

Entre el Abismo y el Cielo

ELEGÍA NOCTURNA

Paul C. Milton

The illustration depicts a knight in a dark, atmospheric setting. The knight is kneeling on the ground, leaning forward with his head bowed in a gesture of grief or exhaustion. He wears a brown hooded cloak and armor. In his right hand, he holds a sword upright, its hilt resting on the ground. The background is a dark, starry night sky with a few falling leaves or petals. The overall mood is somber and reflective.

Entre el Abismo y el Cielo

ELEGÍA NOCTURNA

Paul C. Milton

Ilustraciones de portada e interiores:
Christian Granero

Para Esther... mi pequeño demonio.

Hay varios escritores que han influido notablemente en esta obra, y todos ellos no podían ser más dispares. Por un lado, Malachi Martin y otros como él, han sido la principal fuente de información para el trasfondo del libro, el pozo de donde he bebido para extraer datos que hicieran las descripciones y demás eventos fieles a la realidad. Es, sin duda, la idea que encendió la chispa para encajar el puzzle que tenía en la mente queriendo salir.

Me gustaría citar a otros dos escritores, sin ánimo de convertir esto en un panegírico de nombres, pero, si he de ser justo, merecen ser mencionados.

El profesor J.R.R. Tolkien, al cual cito como lo que es, un maestro, y su colega C.S. Lewis. Ambos han estado presentes desde que descubrí el gusto por la lectura, y a ambos debo agradecimiento, pues me demostraron muy temprano que la fantasía sirve para algo más que para entretener. Ellos supieron encerrar entre sus páginas cosas que trascendían más allá de la letra impresa, espero haberme acercado.

Por último, hay un escritor de renombre, con el que me he cruzado varias veces en mis lecturas sin llegar a congraciarme con él, hasta que por fin lo entendí. Stephen

King ha supuesto dos cosas; por un lado, su manera de entender y representar el mal me ha sido de suma utilidad a la hora de afrontar la ingente tarea de recrear por escrito tantas aberraciones. Pero sobre todo me fueron de inspiración los consejos que daba en una entrevista para The Atlantic sobre cómo escribir un libro; en la misma, además de otras cosas, decía: “Primero escribid para vosotros mismos, después para los demás”.

De manera que no debería decir aquí, “espero que os guste”, sino más bien, “a mí me ha gustado”. Y ahora solo espero compartirlo con vosotros.

A quién lo entienda...

...el bien y el mal han dejado de existir. Ese ha sido el más trágico error de nuestra cultura. Una vez que todo es neutro, una vez que nada es realmente malo en sí mismo, hemos creado un humus perfecto para que germine cualquier aberración. Si todo es relativo, hasta el mismo concepto de aberración es relativo también. Donde ya no existe el bien ni el mal, ya no hay tampoco nada que sea una aberración.

JOSÉ ANTONIO FORTEA

...cruzas una línea y una vez la has cruzado no hay vuelta atrás... nunca perdona y nunca deja de buscar venganza.

RALPH SARCHIE

La libertad intelectual tiene sus propias cadenas, su propia dosis de miopía. Y el triunfo de la mera lógica parece siempre llevar consigo un descuido tanto del ser

humano como de la esencia del espíritu.

MALACHI MARTIN

*Cuando uno deja de creer en Dios,
enseguida se pone a creer en cualquier
cosa.*

G.K. CHESTERTON

PRÓLOGO

UNA INVITACIÓN A LA CORDURA

Tal es, lector, lo que vas a encontrar en esta historia, una vez te sumerjas en ella; ante ti se va a desplegar una invitación a recuperar la cordura, oscurecida y sojuzgada en medio de un mundo en disolución, un mundo, al fin, no más enloquecido que el nuestro, y podría añadir que tan real como él, si bien el lenguaje propio de la fantasía en que se desenvuelve el libro te pueda engañar, haciéndote pensar que te has sumergido en un mundo irreal.

Y es que, usando la fantasía como metáfora o alegoría, como medio e instrumento, el autor pone ante nuestros ojos una radiografía de nuestros propios males, de nuestras sombras abismales; en ocasiones, es cierto, con caracteres tan gráficos, tan físicos y palpables, que casi se mastican y se huelen, y que, no lo oculto, hasta pueden producir repugnancia. El lenguaje mismo, a veces resulta procaz y endiablado, pero en un momento determinado, y sin ningún ánimo de justificación, se nos dice: *“No hay que medir las palabras cuando los tiempos no se detienen a medir sus actos”*. Pues, al fin, de eso se trata, de percibir el alcance del mal que nos envuelve, de que nos produzca al menos repulsión, de tomar conciencia de que las sombras y la oscuridad buscan devorarnos *“como un león rugiente”*; se trata en fin de noquearnos para despertar.

Ciertamente, podemos cerrar los ojos para no ver el avance del mal, y refugiarnos así en nuestra falsa tranquilidad, pero el hecho es que fuerzas oscuras se están armando ante nosotros y contra nosotros. Es un poderoso enemigo, una voluntad de mal, cuya fuerza se alimenta precisamente de nuestra ignorancia y de nuestra cobardía para encararlo; y, lo queramos o no, ya ha puesto cerco al *“campamento de los santos”*, y hasta lo ha empezado a infiltrar.

En un momento determinado dice el autor: *“si estos pasajes hubieran sido destinados a narrar las aventuras de algún púgil afamado, o a relatar los incestuosos encuentros de algún adinerado y reconocido miembro de la sociedad, tal vez entonces habrían sido leídos con más atención y detenimiento. Pero nos encontramos ante la circunstancia de que el hombre no desea leer estas historias porque narran su propia historia, y así el hombre escoge el suicidio voluntario por medio de la ignorancia atesorada”*.

Pero no quiero ceñirme a un tono trágico, no honraría así el libro. Hay pequeños placeres en la vida, que a veces valoramos poco: son aquellos que nos hacen la vida grata. Son discretos, sencillos, humildes, pero si no estuvieran ahí, tal vez nuestra vida resultaría gris, sin color. Todos tenemos en mente esas pequeñas grandes cosas, a las que este relato no es ajeno. Éste está oportunamente salpicado de golpes de humor que solazan el espíritu por momentos, sin caer en la banalización o la trivialización, humor que por cierto el enemigo no encaja bien, y que precisamente por ello resulta una compañía estimable. Hay, de otro lado, hermosos gestos de compasión y piedad, aparentemente pequeños, pero en realidad, inconmensurables y enormemente esperanzadores.

Para el que escribe las presentes líneas, hay un gozo añadido de carácter muy personal: el comprobar cómo mi hijo, por medio de estas arañitas negras sobre fondo blanco, ha sido capaz de plasmar, sin inhibiciones propias ni imposiciones ajenas, lo que le preocupa, lo que le hace daño, lo que le da esperanza y coraje para vivir, lo que en definitiva da sentido a una vida.

Pero todo esto, al fin, pequeños placeres y grandes gozos, nada sería y de nada valdría si no hubiera un sentido, sin una trama que permitiera vislumbrar su razón de ser, si no pudiéramos mirar hacia lo alto y decir: ¡Gracias! Este es el mayor de los dones: saber decir Gracias, y tener a quién decírselo, porque implica que todo, toda nuestra vida: gozos, sufrimientos, caídas, dolores, sacrificio, conocimiento, amor... todo, está bajo la mirada de Alguien que vela por nosotros y nos espera; que nos alienta, nos ayuda a levantarnos y nos deja espacio; que no nos retiene, aunque siempre tiene los brazos abiertos para recibirnos. De esto y mucho más está atravesada también esta historia.

Algunos me dirán ahora: “pero la realidad no es tan dulce”. Tampoco la verdad que este libro va a desvelar ante tus ojos lo es, como ya lo he anunciado en los primeros párrafos. Hay mucho dolor en la vida, cuya medida y profundidad no somos capaces de alcanzar; y hay sufrimientos cuya magnitud nos desborda. Hay grandes y oscuros abismos en los que el hombre se precipita, profundas heridas que nos dejan dolorosas cicatrices, obstáculos que nos parecen insalvables. Pero todo esto sería un mayor sinsentido todavía, si no pudiéramos mirar también a lo alto y gritar: ¡Ayúdame! ¡Perdóname! ¡Sálvame!

De todo esto rebosa la trama de estas páginas, envuelto, eso sí, en una bella historia. Bella, por ser real y verdadera; bella porque, en medio de un mundo ya prácticamente sojuzgado por aquel que desea destruirlo, hay bellísimos gestos de nobleza, grandes muestras de sacrificio y renuncia, y esperanza sin límites. Pero además es historia, sí, historia de nuestro tiempo, y aun de todo tiempo, que tras leerla no deja espacio en nosotros a las zonas intermedias en que habitualmente nos refugiamos para no pensar y evitar así tomar partido, pues, lo que se va a desarrollar ante tus ojos, de un lado, no te permitirá licuar el pensamiento conformándote (en el sentido de adoptar su forma) a la levedad del mal, y de otro no te dejará dispersarte relativizando el bien. Al hilo de su lectura irás descubriendo que un juego crucial está ya entablado y que debes tener clara tu posición en el tablero.

No obstante, no te desalientes y sigue leyendo, y descubrirás también que hay fuertes motivos para la esperanza, porque la hay, a pesar de que ésta siempre parece débil y vencida,

Yo no puedo adelantarte acontecimientos ni palabras del libro que comprometerían tu propia lectura —que al fin de eso se trata, de que tú lo leas—, pues desvelaría lo que tú debes ir descubriendo por ti mismo. Un prólogo o una presentación, al fin, tan sólo debe ser un pequeño apunte que motive la lectura sin desvelar todo lo que está reservado a ella.

Sí quiero hacer notar cómo todo escritor se retrata de alguna manera en sus escritos, pues en ellos se expresa su ser más íntimo, aquello que acuna su pensamiento y aquello que sueña. Sólo añadiré —y ahora me dirijo al autor— que tú ciertamente lo has hecho, y yo, por mi parte, me siento complacido con el retrato de mi hijo que subyace en este texto, porque no has ocultado tus heridas ni has renegado de tus sueños.

Del mismo modo, has sabido retratar lo más oscuro y sórdido del hombre, cuando éste se corrompe y se pervierte, pero también lo más noble que hay en él, mirando siempre más allá y sin perder nunca de vista lo que éste de verdad es, no un vómito existencial, sino un ser amado y querido, y por ello libre.

Has logrado plasmar lo que nos jugamos como fruto de esa libertad, y el camino que todo hombre recorre, el que el hombre lleva recorriendo desde los orígenes, desde su creación: un camino de caída, redención y salvación

Te has asomado por las grietas de todos los rincones oscuros que esclavizan al hombre de nuestro tiempo, sin cortapisas, sin someterte a las imposiciones políticamente correctas y a la actual tiranía del pensamiento único —una de las lacras más nocivas de nuestro tiempo, porque anula la razón de ser del hombre: su sed de verdad y su pasión por la libertad, ambas yendo de la mano: no hay libertad en la mentira, ni la verdad puede ser sojuzgada—. Así pues, afrontas todas las lacras que llenan de oscuras sombras nuestros días —no es necesario detallarlas ahora—. Es difícil no encontrarse a lo largo del libro con cualquiera de los horrores y dramas que están desmoronando nuestro mundo. Pero, en definitiva, no te has reducido a la exploración de esos abismos, ensimismándote en lo más sórdido del hombre, sino que has vislumbrado el camino de restauración: camino de purificación y sacrificio sin límites; camino de tropiezos y grandeza, de miseria y de nobleza; camino que pasa, sobre todo, por la adoración de Aquel que nos ama hasta llegar a la locura de hacernos libres con todos sus riegos, porque solo el amor gratuito y libre tiene valor.

A algunos podría parecerles que se despliega ante sus ojos un mundo cargado de maniqueísmo, en el que dos fuerzas equiparables en poder luchan por el dominio del hombre y del mundo. Pero nada más lejos de la realidad. La lucha es enconada, cierto, pero en todo el libro queda patente quién es el siervo y quién es el Señor; y algo más: aquel que sabe que ya ha perdido la batalla, se revuelve y aúlla con el fin de aterrorizarnos y si puede, de paso, destruirnos, pero eso no debe engañarnos llevándonos al desaliento, ni debe hacernos bajar las armas, pensando que ya está vencido.

No quiero acabar sin hacer una mención especial al acierto que has tenido al incluir una serie de exordios, como nexos de unión de los distintos periodos, como el sustrato metahistórico que subyace en toda esta historia, y

que, a modo de goznes, en un tono más poético y épico, que lo diferencian netamente del relato, articulan el entramado sobre el que se asienta toda la historia. Ciertamente es en ellos donde has alcanzado niveles propios de una rapsodia. Sin ánimo de descubrir nada, sí quiero adelantar al lector que en ellos encontrará —como si de un libro dentro de otro libro se tratase— toda una cosmogonía y una teogonía, que fundamenta a la vez que da cuerpo y sentido a la historia que se va a desarrollar ante nosotros.

El lector avisado descubrirá que, tanto en estos exordios, como en el resto del libro, afloran aquí y allá motivos y personajes de las más diversas mitologías de todos los tiempos y de todos los ámbitos, sin ocultar en muchos momentos hasta qué punto es cierto lo que decía la Vulgata de San Jerónimo, concretamente en el Salmo 96, 5: “*Quoniam omnes dii gentium daemonia*”.

Por último diré que leer este libro nos coloca frente a la verdad de una guerra que nos está declarada desde el principio, una guerra declarada por la oscuridad a la Luz, una guerra eterna enmarcada entre dos gritos de combate: el *Non serviam* y el *Quis ut Deus?* Una guerra, no obstante, que aquel que la declaró, como ya dije más arriba, sabe que la tiene perdida, y por ello sólo se satisface con víctimas, cuantas más mejor, y destruyendo todo aquello que él no puede crear. Ese es su único objetivo y el único medio que le queda para intentar arruinar la obra del que nos dio la vida y hacia el que dirige todo su odio. Estamos, pues, en guerra, lo sepamos o no; estamos sumergidos en ella, lo aceptemos o no.

Y este es, precisamente, uno de los logros de estas páginas: situarnos, frente a frente, de un lado ante quien nos quiere destruir, y de otro ante quien nos quiere llevar a la plenitud, forzándonos a elegir. Nos obliga a posicionarnos, evocando las palabras de Moisés al pueblo de Israel: “*Mira que hoy pongo ante ti la vida y el bien, la muerte y el mal... escoge, pues, la vida para que vivas*”. Así de simple, así de sencillo, así de claro. Es aquí donde nos interpela y nos lanza la pregunta: ¿Tú, de qué lado estás? ¿Junto a quién quieres combatir?

Cuando tú, lector, te internes en este libro, y vayas avanzando y caminando junto con sus personajes, descubrirás que todo el mundo de fantasía en el que te vas sumergiendo, todo él, está teñido de una profunda cosmovisión religiosa, y no hace falta decir, porque tú mismo lo vas a constatar, que es una cosmovisión netamente bíblica y profundamente cristiana.

Asimismo, te confirmará lo que decía Job: *“Militia est vita hominis super terram”* (Job 7, 1). Lo que tienes ante ti es, pues, un manual de combate. Combate al que estamos todos convocados; combate que no podemos eludir; combate del que ya habló San Pablo cuando dijo: *“Porque nuestra lucha no es contra la sangre o la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos que están en los aires.”* (Ef. 6, 12 y ss.)

(N. B.)

Puedo y quiero contar una experiencia particular mía, relacionada con la lectura de estas líneas a las que tú, lector, te enfrentas ahora. Cuando mi hijo me pidió que lo leyera, con el fin de buscar un contraste de pareceres y tener una opinión ajena, en un principio pensé alternar su lectura con otros libros que ya tenía iniciados, y por cierto, de gran interés para mí: siempre hay libros esperando su momento en mi estantería; pero la lectura de lo que sigue me captó y me arrastró de tal manera, que acabé abandonando las otras lecturas para sumergirme de lleno y en exclusiva en la presente.

Y algo más. Una vez acabé la última palabra y cerré el libro, quedé con un punto de nostalgia, porque en ese instante supe que añoraría la compañía de los personajes que por él habían desfilado.

EL PADRE DEL AUTOR

“Todo prólogo es un envoltorio que demora el acceso a la sustancia”
Pasemos, pues, a la sustancia.



DRAMATIS PERSONAE

COSMOGONÍA

Lothan de Orz: Criotor de Mil Ríos.

Irkûn: Pupilo de Lothan de Orz.

Kilumaras: Dios Creador.

Baashamel: El dios de los múltiples rostros.

Mystal: Heldere, Dama de los Cielos.

Dyrene: Heldere, Señor de las Bestias.

Somting: Heldere, Señora de las Plantas.

Fuglene: Heldere, Señor de las Corrientes.

Sarkôn: Mayor de los Mork. Señor de la Tierra y el Fuego.

Ûng: Espíritus corruptos.

Kaimu: Espíritus benévolos.

Trifania: Mork, Dama del Vacío.

Zagut: Mork, Señor de lo Oculto.

Fasto: Mork, Señor de las Tormentas.

LA CASCADA

Jnum: Gran Druida de la Cascada.

Xila: Anciana Kaimu.

Tania: Habitante de Bosque Espeso. Madre adoptiva de Sera.

Sera: Hija adoptiva de Tania, salvada de las aguas el día de la cosecha.

Hermano Ars: Miembro de la hermandad de los druidas.

La matrona: Anciana partera.

Lori: Posadera del Glotón.

Mejunje: Hijo de Lori.

Huginn: Binatural, “pensamiento” de Mabruk.

Brandon: Habitante del Último Refugio.

Dana: Habitante del Último Refugio.

Wilaf: Anciana del Último Refugio.

MIL RÍOS

Lilian Roswood: Mujer de más allá del Risco.

Viejo Tom: Habitante de más allá del Risco.

Mabruk: Consejero de los estarostas.

Diana: La Señora, esposa de Rimbaud.

Rimbaud: Estarosta de Mil Ríos.

Kadros: Bufón de los estarostas.

Lucius: Tabernero del Alegre Juglar.

Varley: Detective al servicio del Estarosta.

Ulfang: Primogénito de Rimbaud.

Leviathanas: El enviado de Baashamel, el profeta.

Ron: Hijo repudiado de Rimbaud, protegido de Kadros.

Confusión: Mork.

Marlon: Hijo primogénito de Varley.

Willhelm: Hijo menor de Varley.

Grim: Guardia de la Espiral.

Lord Tyrol: Noble de Mil Ríos y representante del Gremio Comercial.

Lord Pemberton: Noble de Mil Ríos, enemigo de Lord Tyrol. Portavoz de los estarostas y tesorero.

Lord Gránico: Noble de Mil Ríos.

Lord Goritz: Noble de Mil Ríos. Encargado del abastecimiento.

Lord Sutton: Noble de Mil Ríos.

Lord Moltan: Noble de Mil Ríos.

Lord Brown: Noble de Mil Ríos.

General Hadar: Segundo al mando del Ejército de los Últimos Días.

Marcus: Trabajador de la mina.

Elia: Hija de Marcus.

Asag: Demonio, líder de los gigantes de piedra.

Buer: Demonio de los Vetelas.

Hundun: Padre de los dragones.

LA ESCALA

Torgund: Tío de Sarmiento.

Piro: Nasciturus, padre de Sarmiento.

Rowena: Gran Matriarca de la Escala.

Marthia: Caudilla de los ejércitos de la Escala.

Casio: Líder de la rebelión Nasciturus.

Sasa: Consejera y científica de Rowena.

Glima: Consejera y científica de Rowena.

Sarmiento: Hijo de Piro.

Muninn: Binatural, “memoria” de Mabruk.

Clovis: Sargento Siniestro bajo el mando de Marthia.

Reflejo: Mork.

Garena: Madame del Harén.

Sonya: Caudilla de la Escala, comandante del Caldero.

Razzia: Venerable Matriarca del Gremio, rival directa de Rowena.

Cabo Safiro: Soldado al mando de Marthia.

Cabo Rogto: Soldado al mando de Marthia.

Xifo: Eunuco sirviente de Garena.

Plegg: Sargento del tercer regimiento de Siniestros.

Waldon: Uno de los sujetos de experimentación de Sasa y Glima.

Sophie: Mujer del laboratorio.

Margeri: Mujer del laboratorio.

Wenda: Mujer del laboratorio.

Lobelia: Mujer del laboratorio.

Clovel: Mujer del laboratorio.

Sandin: Mujer del laboratorio.

EL CLARO

Xila: Kaimu protector de la Cascada.

Kadros: Kaimu protector de Mil Ríos.

Torgund: Kaimu protector de la Escala.

MUNDO ANTIGUO

Khalifa Amr: Señor de Mundo Antiguo, padre de los creyentes.

Alawi: Uno de los Sunnas más fanáticos al servicio del Khalifa.

Taruk: Mayor de los Sunnas y señor de la guerra.

Malik: Arquitecto jefe.

El Sangrador: Boticario.

Alek: Ayudante de Malik. Ingeniero jefe.

...en el final habitaba la luz, mas era ya una luz tardía y decrepita. Eclipsada por la sombra de los largos años transcurridos desde su misma creación. Agotada por las heridas infligidas en el mundo bajo sus cálidos brazos. Testigo silenciosa de la lacra que se extendía por doquier.

Y fue entonces que Kilumaras, el de ilimitada bondad, el de infinita paciencia, el misericordioso, selló el destino de su propia creación.

Llevado de la pena y envuelto por su compasión, Él, que ilumina, trajo sobre sus obras la ruptura, la división y la disensión.

Desquebrajó Kilumaras el mundo. Lo partió sin piedad por su propia iniquidad. Hastiado, apesadumbrado, lo desmembró. Y los fragmentos del cataclismo se dispersaron sin criterio divino alguno, llevados de la voluntad de los Perantaraan.

Y la tierra, antes verde y clara, que fue prevista para los hijos de la luz, fue ocultada y cerrada a sus ojos. Y la creación vagó sin rumbo y en la oscuridad.

Libre en su esclavitud.

Y al séptimo día Kilumaras lloró. Y lloró amargamente.

Por la separación de su obra lloró.

Por el repudio de los Perantaraan lloró.

Por la traición de los Mork lloró.

Por la falta de fe de los Heldere lloró.

Más cuando el noveno día había transcurrido, y las lágrimas de Kilumaras anegaron los restos de la desolación, formando vastos océanos, Él los ocultó a los ojos de los hombres; entonces reunió “Aquel que trae la Luz” a los pocos que con Él permanecieron.

Y tras largo pesar y no escasas decisiones, habló así Kilumaras:

«Los Perantaraan han forjado sus corazones de piedra y han rendido su voluntad a los Mork. Donde yo plantara hierba fresca, ellos han plantado cieno y cerraja.

»De piedra será, pues, mi corazón para ellos. Hasta que aquel que vendrá derrumbe la montaña, derrita la roca y haga manar la sangre del corazón de Kilumaras, para que de nuevo la vida brote en el mundo».

Así se cumplió lo previsto por aquellos a los que les fue concedido el don de ver en los días futuros:

“Un corazón de Luz en la piedra enterrado.

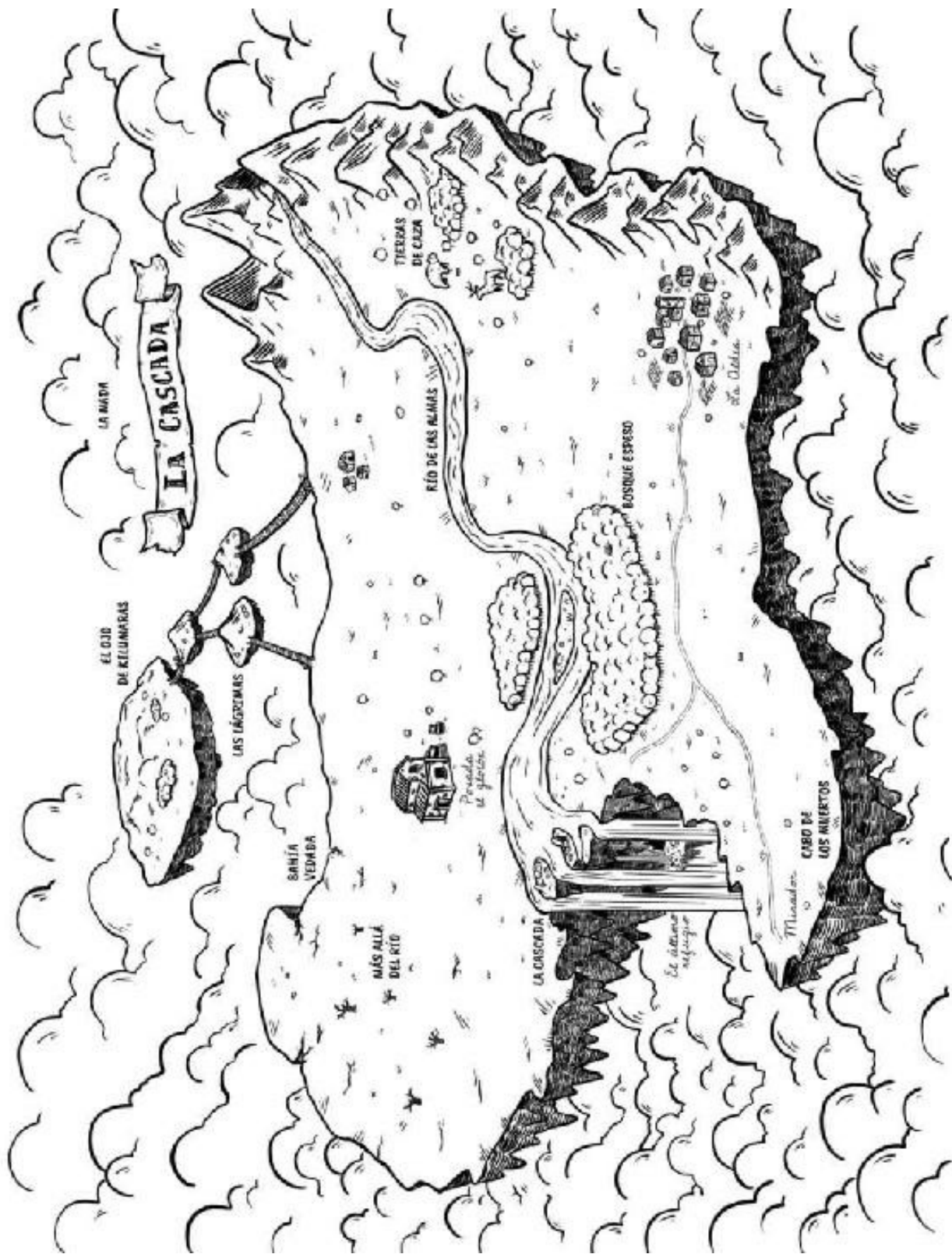
Una Tierra en la sombra alumbrada.

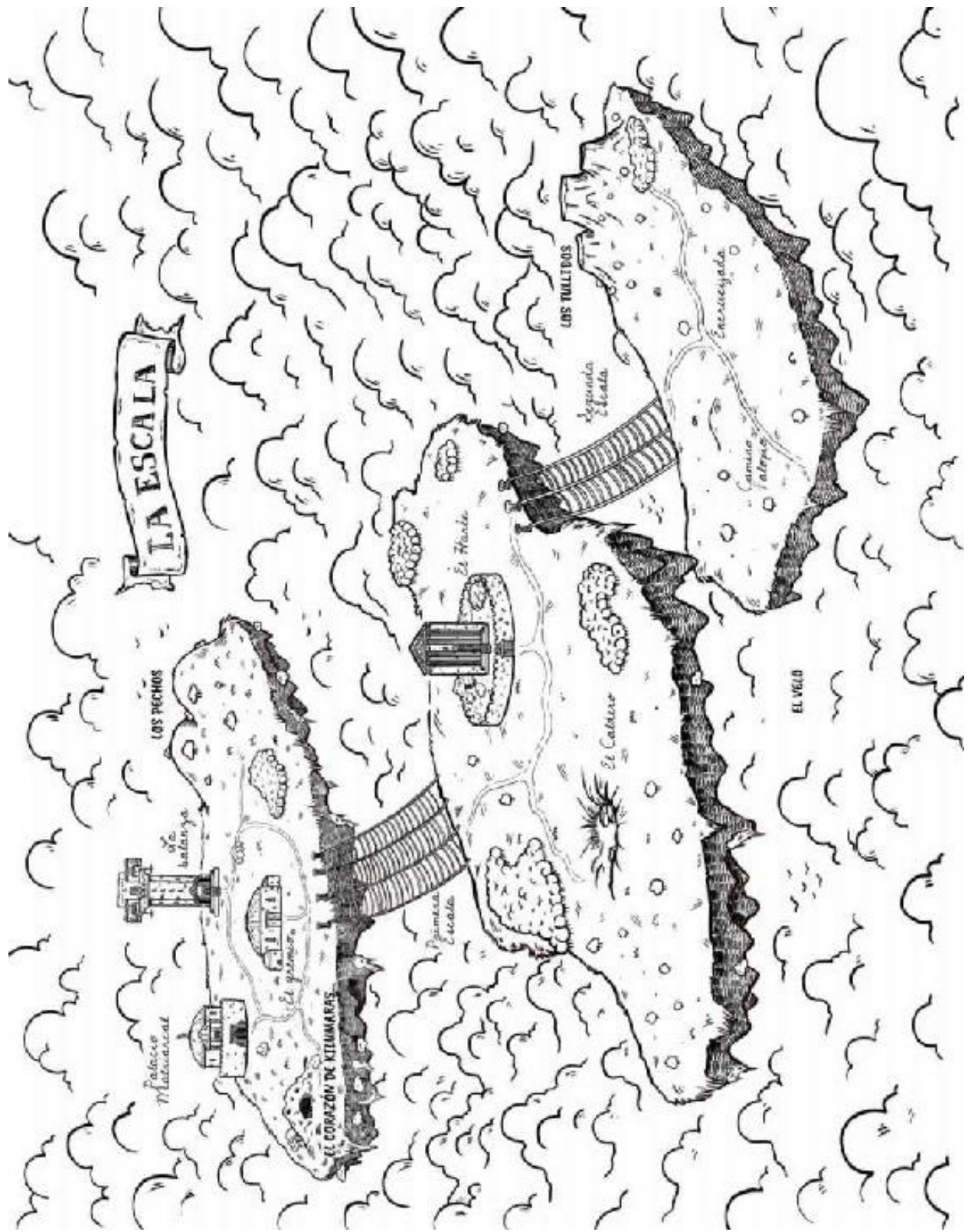
El que es y será olvidado.

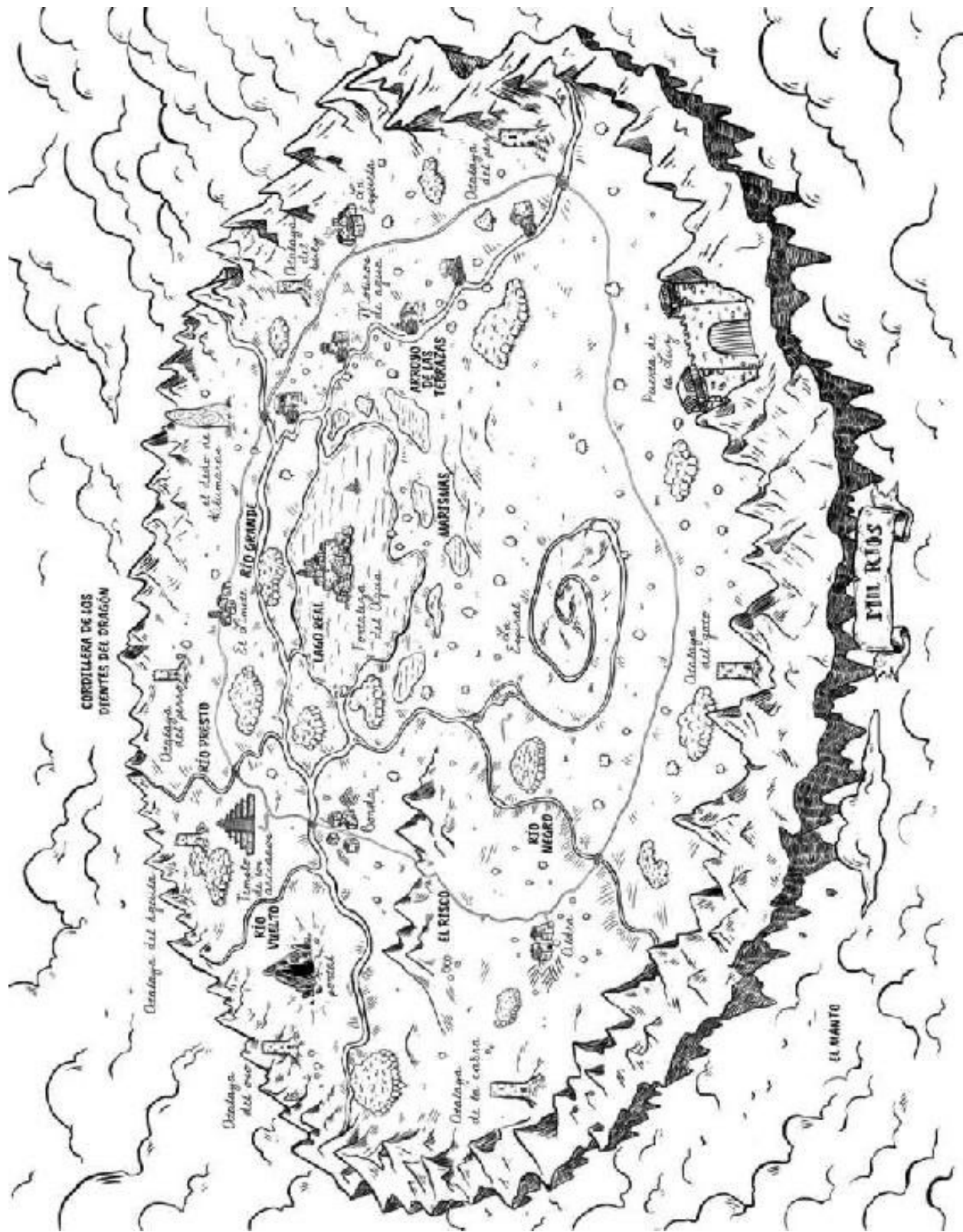
Por su corazón seremos sanados.

*Cuando aquel que vendrá en un cielo llameante sea
anunciado,
el día que fructifica la tierra”*

LOTHAN DE ORZ.
Criptor de Mil Ríos.







CORDILLERA DE LOS DIENTES DEL DRAGÓN

Castalaya del Apesante

Castalaya del pastor

RIO VUELTO

Tiemblo de la benedictina

Castalaya del pastor

EL RIESCO

Castalaya del de carbón

Castalaya del rey

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

RIO GRANDE

El alcazar de las montañas

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

LA CIUDAD DEL REY

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

LAGO REAL

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

MANTOS

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

EL MANTO

MIL RIOS

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

Castalaya del pastor

PRELUDIO

El muchacho huía despavorido bajo la pálida luz de la luna nueva primaveral. No comprendía qué sucedía. Aquella mañana la luz de los ojos de Kilumaras no anunciaba ningún mal presagio. Y sin embargo aquí estaba él.

Decían en su aldea, más allá del Risco, que el gran Kilumaras horrorizado por la crueldad del hombre, sacó de sus cuencas sus propios ojos para no tener que contemplar nunca más su desviada creación. Y ahora colgaban del cielo aquellos dos astros inquietantes, vigilantes, bajo cuya luz uno podía sentirse observado.

Atardecía. La luz del astro del fuego se mezclaba con la purpúrea luz del astro del agua, y los reflejos jugueteaban en la nieve que pisaba aquel joven por un perdido bosque.

Y nevaba, pero era primavera. Cuando el muchacho se despedía de su madre, en la aldea brillaba el sol en lo alto, y el sudor, que anunciaba un verano seco, perlaba las frentes de los vecinos.

Se acercaba la fiesta de la cosecha, y Lilian, su madre, le había enviado a comerciar con nabos, patatas y tomates del huerto familiar a la aldea vecina de Borda.

—No te apartes del camino —le dijo—. Y no te entretengas, que ya sé lo que gustas de contemplar las criaturas y flores que crecen en los bosques en esta época del año.

Y el muchacho, obediente y solícito, cumplió con rigor las instrucciones que le habían dado. Así, cargado con un humilde morral y un pellejo de agua, se encaminó con sus raídas sandalias por la calzada de Borda, un pedregoso camino de redondeados cantos, que había visto más edades que amaneceres aquel niño.

No estaban todavía los soles en lo alto, cuando sintió un escalofrío que no pudo explicar. Se detuvo en seco y miró a sus espaldas, contemplando el camino por el que había venido. Mas no reconocía aquella senda ahora que la miraba; aunque habría jurado que iba siguiendo correctamente la señalización de la misma. Tranquilizándose a sí mismo, se dijo que era la luz que engañaba sus ojos. Reconocía perfectamente el viejo sauce cuyas ramas acariciaban el sendero junto a él, como los cabellos de una doncella desparramados sobre el pavimento. De modo que pensó:

«Tranquilo. Mira al frente y verás como reconoces la calzada de Borda. Has hecho este camino mil veces, no tiene pérdida».

Pero cuando volvió la vista de nuevo al frente, horrorizado, descubrió que tampoco reconocía aquella senda.

«Pero el sauce está en el sitio correcto» —se dijo, empezando a despertar en él la inquietud de hallarse perdido.

Sin saber qué hacer en aquel momento, llegó a la conclusión de que seguir hacia delante era la única opción viable. De modo que, haciendo acopio de todos los arrestos que le quedaban, ajustó el pellejo de agua y el morral de hortalizas y avivó el paso.

Los ojos de Kilumaras parecían estáticos en el cielo. Era como si el día y el tiempo no transcurrieran. El muchacho empezaba a sentirse muy intranquilo. Ya debería haber llegado a Borda. A estas alturas debería haber montado un humilde puestecillo y estar regateando con las ancianas de la aldea por un miserable tomate.

Sin embargo, sus pies estaban hinchados de caminar y había empezado a nevar. No comprendía nada. ¿Cómo era posible en aquella época del año?

Los soles no se movieron, pero su luz empezó a palidecer y cambiar.

«Atardece —se dijo el muchacho—. Pronto tendré que buscar refugio, madre me matará». —Pensaba estas cosas, aunque no le preocuparan tanto como el frío que sentía. Pues sabía que, si no llegaba aquella noche a Borda, siempre podía llegar por la mañana y aprovechar unas horas en el mercado de la plaza, que se abarrotaba el último día de la semana de comerciantes, tahúres y cachivaches.

Todas estas cosas se decía a sí mismo para no detenerse a pensar en por qué demonios sentía un frío tan anormal; su aliento se congelaba al salir de su

boca, tiritaba desde hacía varios kilómetros. La nieve caía de manera irreal sobre un suelo que ya no reconocía, diríase que incluso parecía caer con una lentitud que no era natural. Los copos quedaban suspendidos fantasmagóricamente en el aire y se balanceaban como las hojas del otoño al caer.

No obstante, lo que verdaderamente le preocupaba era la presencia y el odio que emanaba del frío. Odio contra él. Odio contra todo.

Desde hacía unas horas echaba la vista atrás, se detenía en seco esperando escuchar unas pisadas a su espalda. Miraba furtivamente a un lado y a otro del sendero. Pero nunca veía nada que le hiciera sentir que alguien le observaba, o le seguía.

Pero la presencia iba en pos de él. Y no podía darle esquinazo.

No tardó en percatarse de que jadeaba. Había empezado a correr. La sensación de sentirse perseguido se hizo más apremiante y no podía soportarlo. El bosque guardaba un espeluznante silencio. Ni los pájaros, ni las alimañas, ni las ramas de los árboles, ni el viento que se filtra entre sus robustos troncos. Nada. Tan solo silencio. Ni tan siquiera sus propios pies al pisar la escarcha congelada del suelo emitían ruido alguno.

De la inquietud pasó al temor, del temor al miedo y de este al terror. Su carrera ya era una cabalgada apresurada sin rumbo ni concierto. Una huida hacia delante. A donde fuera que le llevara lejos de aquel bosque y lejos de aquella presencia.

Cayó una profunda oscuridad, la pálida luz de los soles daba un aspecto onírico al bosque cerrado por el que se había escabullido huyendo del sendero principal. Las llagas empezaron a cubrir sus pies, y el rostro y los brazos mostraban rastros de múltiples arañazos, provocados por las ramas de los árboles, que parecían arrojarse sobre él como las garras de un gavián. Moqueaba, jadeaba, lloraba. Y todo se le congelaba sobre el rostro impidiéndole respirar. Sentía ahogo, desesperación.

Al poco sintió que nada le importaba, lo único que quería era que todo terminara. Solo quería descanso de su tormento y escapar de la desesperanza que se había apoderado de él. Si le hubieran ofrecido una salida rápida la habría tomado sin dudar, antes que seguir soportando aquella presencia bajo

cuya influencia se sentía desnudo.

Finalmente, tropezó con una piedra oscura y afilada que, por alguna razón, después le pareció de maligno aspecto. Tendido boca abajo sobre la nieve sentía que su corazón iba a estallar. No tenía valor siquiera para levantar la vista.

Sabía que estaba allí, percibía la presencia.

Entonces lloró amargamente. Desesperadamente. No quería morir. En su aldea el viejo Tom siempre decía que:

—Tras el velo oscuro que se ciñe al cerrar los ojos por última vez... no hay nada. Kilumaras era egoísta, y cerró las puertas del mundo a su Reino, dejándonos fuera para sufrir.

Eso decían al menos: que cuando desmembró la tierra fue el acto despreciable de un niño enrabiado.

Así que el muchacho lloraba. Lloraba desconsoladamente. Pues sentía lo que estaba por venir.

Entonces lo oyó. O creyó oír una voz en su interior. Mas la voz iba acompañada de un frío estremecedor que arraigaba en el mismo corazón.

—*Saaaabes lo que tienesss que hacer* —la voz era extraña y arrastraba las palabras siseando. Helaba la sangre en las venas.

El muchacho se volvió hacia el cielo, empapado, lleno de nieve y barro. Sorbió con fuerza sus congelados mocos, que se mezclaban sobre el rostro con las lágrimas, formando una pasta mugrienta. Negó con la cabeza.

—*No hay sssalida de este mundo si no es por mí... Ven y desscansa. Ssabes que es lo correcto.*

Nadie supo jamás de esta historia, ni de lo que vio o dijo aquel muchacho aquella noche. Lo único que se supo fue que Lilian Roswood, habitante de la aldea más allá de la senda de Borda, halló el cadáver destrozado de su hijo en el fondo de un barranco dos semanas después.

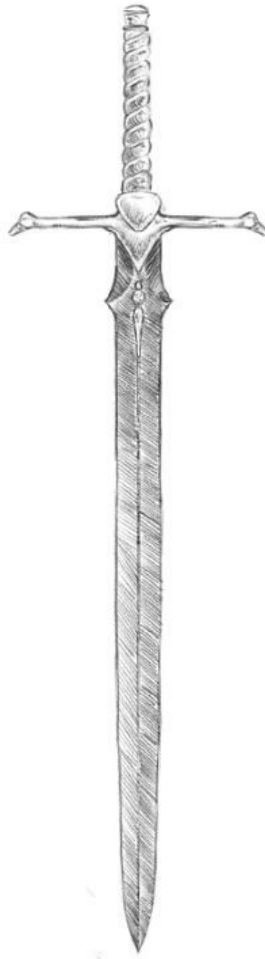
En las tabernas del pueblo fue motivo de habladurías durante unos días, hasta que la rutina dio paso a otras preocupaciones más urgentes.

—La noche debió de atraparle en el sendero. Debió de distraerse con las alimañas y las flores y perdió el rumbo. Menudo cabeza de chorlito era — aseguraba el viejo Tom.

Lo encontraron sobre un manto verdoso de hierba en el fondo del barranco. Brillaba el sol. Un precioso día de primavera.

LIBRO PRIMERO

Presencia



“La creencia de que no existe es Su mayor fortaleza. Y nunca ha disfrutado de mayor ventaja hasta ahora. Es el camuflaje definitivo. No creer en su existencia es estar

desarmado”

I

LA CASCADA

Luna nueva.
El cielo parecía arder en lontananza.
La noche previa a la cosecha.

Los dedos caprichosos de unas llamas verdosas se alzaban hacia el cielo nocturno, anhelantes. Los druidas de la aldea se guardaban mucho de revelar cómo obtenían aquel color turquesa del fuego. Muchos decían que provenía de la quema de las flores del árbol chuba, que crecía más allá de la nada que Kilumaras arrojó sobre la Cascada cuando desgajó el mundo. Pero una gran mayoría, de silencio temeroso, pensaba que se obtenía de la quema de los fetos no nacidos durante la fiesta de la colecta.

La fiesta de la colecta tenía lugar cada año en la víspera del día de la cosecha. Una fiesta extraña, siniestra, que se celebraba en noches como aquella.

Los tímboles extraían sonidos disonantes de sus curtidas pieles, el poblado danzaba enloquecido alrededor de las antinaturales llamas. Hombres y mujeres bailaban desnudos por completo, envueltos en un frenesí inducido por la hierba del diablo, que mascaban constantemente. Los movimientos eran espasmódicos, algunos de los miembros de la tribu que llevaban más años mascando la hoja, diríase que convulsionaban. Los cánticos eran guturales, y cualquier recuerdo que guardaran de semejanza con la belleza, hacía mucho tiempo que desapareció junto con el mundo.

El gran druida se aproximó al centro de la hoguera. Llevaba la piel cubierta de estrafalarios caracteres, como todos sus hermanos. Se trataba de

algún tipo de lengua que nadie conocía o que ya nadie recordaba. Pero, sin embargo, de alguna manera, cuando el pueblo de la Cascada se reunía en aquel aquelarre demencial, para mascar hierba del diablo y celebrar la fiesta de la colecta, todos eran capaces de dibujar sobre sus cuerpos semejante decoración, sin que al día siguiente recordaran o entendieran nada de lo escrito.

Jnum, el gran druida, el mayor de su orden, alzó los brazos sobre la hoguera. Extendió las manos sobre las llamas, mientras su mirada se clavaba en el vacío y la Cascada guardó el más sagrado de los silencios.

Entonces comenzó un balbuceo inconexo, pero entre el aparente caos de los sonidos se distinguía una voluntad y un lenguaje. Era Jnum. Hablaba, pero nadie comprendía, pues sus labios emitían sonidos en una lengua que no conocían. Su rostro se contraía en muecas desagradables, y sus ojos se volvían para mirar el interior de su propio cráneo.

Siempre se repetía el mismo ritual, cada año. El gran druida parecía entrar en trance, pronunciaba un discurso incoherente y extraño en una lengua salvaje, su mente parecía abandonar su cuerpo —algunos aseguraban que en colectas anteriores había llegado a despegar los pies del suelo—, y la violencia de su voz y de su rostro iba en aumento, hasta alcanzar un clímax de espumarajos y gritos bestiales que hacían recular a los presentes ante él.

Era el momento de los recipientes.

Las madres a término, de la Cascada, se reunían en cada colecta para ofrecer la sangre de sus hijos no natos, en un intento de apaciguar la furia del Gran Druida, portavoz de los dioses perdidos, para que, una vez apaciguados, estos bendijeran la aldea con una buena cosecha.

Por ello, catorce mujeres gestantes, en avanzado estado, aproximaron sus pasos a la espectral hoguera donde Jnum emitía pavorosos alaridos.

Desnudas por completo, con sus redondeados vientres pesándoles inmisericordes y sus cuerpos pintados de la tintura amarilla tradicional, formaron un círculo en torno al fuego. Se miraban las unas a las otras. En sus rostros se dibujaba el terror, la determinación, el miedo, la sumisión de saber de antemano su destino.

Era la colecta.

La lucha de las madres primerizas para defender el derecho de sus hijos no natos a formar parte de la Cascada. A ser uno más en la tribu. Así era la

tradicción, cada luna llena de primavera, en la víspera de la Cosecha, cuando los partos son más probables y la tierra necesita ser regada. Es entonces cuando esta exige su parte, en compensación por todo lo que crece en ella.

Uno de los jóvenes iniciados en el arte de la nigromancia druídica, avanzó con un enorme saco abrazado entre sus manos. Descorrió el lazo y dejó caer diez armas en el arcilloso suelo. Manguales, mazas, alfanjes, talwares, bracamartes y hachas de tosca factura cayeron con estrépito al suelo levantando una nube de polvo. Los filos estaban gastados y las empuñaduras roídas. La sangre de innumerables mujeres formaba grotescas costras sobre las hojas. El acólito se retiró a toda prisa.

Inum calló de pronto. Sus ojos seguían vueltos hacia el interior de su cabeza, como si buscara su negra alma allí donde la dejara olvidada. Y aquella fue la señal para que diera comienzo el deleznable holocausto sangriento al que la población de la Cascada rendía adoración. Había empezado el torneo de la colecta del año 741 de la Partición.

Varias mujeres con sus prominentes barrigas corrieron torpemente hacia las armas más cercanas. Otras, las menos, paralizadas por el miedo, lloriqueaban echas un ovillo en el suelo. No tardó mucho en verse vertida la primera sangre, y el rugido monocorde del pueblo enloquecido acompañó el movimiento de cada golpe de hierro.

Dos mujeres reñían brutalmente por la posesión de un mangual. Rodaban por el suelo, arañaban, mordían y revolvían el pelo de su oponente en el cieno. Una de ellas consiguió propinar un potente puñetazo en el bajo vientre a su oponente. Esta perdió la respiración y sintió cómo algo se desgarraba en su interior. El impulso protector materno por excelencia, que debería ser propio de cualquier gestante, le hizo detenerse por un instante, como si cavilara sobre lo que estaba haciendo allí, arriesgando la vida de lo que debería ser máspreciado. La dilación fue suficiente para que, desde el suelo, su rival hiciera girar la esfera de metal macizo erizado de púas, para un segundo después descargar sobre la cabeza de la mujer un golpe brutal y seco, que le hizo girar el rostro con un ruido semejante al que ejerce el curtidor sobre la piel de una vaca.

La mujer quedó tendida sobre un charco de sangre que manaba de su cabeza. La vencedora se volvió para encarar a una pelirroja obesa que

empuñaba una enorme hacha de guerra. El mangual giró en el aire preparando el golpe, calibrando las distancias. Nadie diría que con aquel volumen la mujer pelirroja pudiera moverse tan rápido. Pero el hecho fue que la cabeza de la otra mujer empezó a girar en el aire como la cadena del mangual, mientras arma y cadáver caían al suelo, inertes.

La pelirroja profirió un grito de guerra alzando su hacha. Y su grito se ahogó en su propia sangre, cuando del cerco de sus dientes vio salir por delante de su lengua la hoja de un bracamarte. La mujer rubia de cabellos trenzados que empuñaba el arma, apoyó su pie en la espalda de la enorme mujer y empujó con todas sus fuerzas para extraer el filo del cogote de su enemiga.

Las tres mujeres que plañían en el suelo sin querer levantar la mirada a su destino, fueron ejecutadas sin contemplaciones por otras guerreras. La cuenta del carnicero ascendía a seis víctimas, a doce, si en la Cascada se reconociera la ciudadanía de los que se alojaban en los recipientes muertos. Dos más debían morir, para que la tradición de “la mitad más uno” se cumpliera en la ofrenda de la colecta.

Una mujer de rostro fiero, rapada a cuchillo, fue empujada a las llamas de una patada por su rival, al dejar desprotegido su vientre por tratar de asestar un golpe alto.

Pero la tierra todavía clamaba sangre, y los ojos de Jnum seguían en blanco. Ausentes, ajenos a toda la crueldad que se desarrollaba ante ellos.

Hubo entonces un breve receso. La mitad de ellas habían caído. El cupo estaba casi cubierto. El suelo manaba sangre, vísceras y vientres abiertos. Solo una más debía sufrir, y aquella orgía de aniquilación habría concluido... hasta la próxima cosecha.

Cuando el final de la contienda se aproxima, cuando ves acercarse el final de un arduo descenso alpino... es entonces cuando debes extremar la atención, pues una negligencia de tus sentidos te puede llevar a la tumba. Y ninguna de las presentes estaba dispuesta a ser recordada como la que cerró la fiesta. De modo que recuperando el aliento se calibraban las unas a las otras.

Sucedió lo que en toda fiesta de la colecta. Intuitivamente, unas miradas se encontraban con otras y se forjaban alianzas improvisadas. Nadie estaba dispuesto a caer absurdamente, cuando ya había pasado lo peor. De modo que escogían por selección natural el rival más débil con aquel intercambio de

miradas. El resto formaba equipo, despachaban a la pobre víctima para su lamento y concluían sin riesgos la jornada. Así sus hijos se ganarían el derecho a nacer que les había sido negado.

Los ojos cargados de malevolencia se volvieron hacia la mujer de cabello trenzado rubio. Comprendiendo en el acto lo que sucedía, ella se puso a la defensiva. Colocó el enorme bracamarte por delante de su cuerpo, y lanzó miradas fieras a todas sus compañeras de tragedia. Un fino hilillo de sangre caía de su cuero cabelludo y sus piernas temblaban, aunque no se permitiera dejarlo traslucir. Un suave murmullo, un canto gutural y compuesto de dos notas, empezó a subir de tono conforme la situación alcanzaba su éxtasis.

Las dos mujeres a su izquierda se abalanzaron blandiendo lanza y hacha con torpeza. La agredida, acorralada, no mostró muchas dificultades al desviar tanto un ataque como el otro con dos rápidos movimientos de su hoja. Ambas habían dado un paso atrás, cuando ya tenía encima a tres contrincantes, más una cuarta que daba vueltas ladinamente alrededor de ellas sin perder detalle de cada gesto.

El mangual de su enemiga trazó un arco en el aire, esquivó la esfera picuda rodando por el suelo y las púas se clavaron en el suelo con tanta fuerza, que el arma no retrocedió cuando su dueña tensó los músculos del brazo para recuperarla.

La mujer de cabellos dorados aprovechó aquel instante para levantarse del suelo de un salto, con la cabeza por delante. Como un ariete su cráneo golpeo la barbilla de su oponente. La agredida liberó su arma, dejándola abandonada, y cayó inconsciente en el suelo con un fuerte golpe, que hizo aumentar el cántico enfermizo del público. Pero no estaba muerta, la tierra seguía reclamando su tributo.

Rápidamente las otras dos gestantes golpearon. Una hizo que trastabillara y retrocediera a trompicones hacia la hoguera. La otra blandió horizontalmente su bisarma y alcanzó a la muchacha en el muslo derecho, que comenzó a sangrar profusamente, empapándole toda la pierna y dejando un rastro apelmazado en la arena bajo sus pies.

Resollando, colocó el fuego a sus espaldas y a sus enemigas al frente; la tintura ambarina de su torso se desdibujaba con el sudor, y largos riachuelos amarillos recorrían sus marcadas curvas de mujer, mezclándose con la sangre de su muslo. Empezaba a sentir cómo las fuerzas abandonaban su cuerpo.

Envalentonadas, todas se sumaron, y hostigaban a su presa como si cazaran una bestia herida y acorralada. Una vez más se medían las unas a las otras y calculaban cualquier movimiento que viniera a continuación.

Repentinamente, la mujer que rondaba la escena sin involucrarse apareció a sus espaldas. La muchacha se volvió lo justo, para ver cómo aquella mujer volaba por encima de las llamas con un gran salto, el filo de su afilada lanza por delante, el brazo estirado, aferrando el asta por el guardamanos, y el rostro desfigurado por una mueca. Aquel giro instintivo evitó que el arma atravesara su vientre de lado a lado. Sin embargo, no evitó que entrara por debajo de su hombro derecho, desgarrando todos los tendones y perforando el pulmón, haciéndole caer al suelo herida de muerte y quedando clavada en la arena aturdida por el dolor lacerante.

Satisfecha, su enemiga apoyó el pie sobre el pecho de la caída para retirar la lanza y asestar el golpe de gracia. El final estaba cerca, de modo que el resto de mujeres prefirieron permanecer apartadas, expectantes.

Y en aquel instante, contemplando los ojos de aquella mujer tan orgullosa de sí misma, sintiendo que toda su sangre era drenada fuera de su cuerpo, un último hálito le dio fuerzas donde no las había, no ya por su vida, sino por la de un hijo que amaba como madre sin haberlo conocido aún.

En el momento que, arrogantemente, extraían la lanza de su hombro, la abatida barrió con sus piernas la tierra. Sus pies segaron las rodillas de la mujer, haciéndola caer de espaldas y golpeándose la cabeza. Giró sobre sí misma, rodando a duras penas por el suelo, hasta colocarse a horcajadas sobre la aturdida luchadora.

La herida de su tórax manaba sangre a silbidos sobre el rostro horrorizado y sorprendido de la mujer que yacía boca arriba. Ella trató de revolverse, pero la aferraban con los muslos fuertemente por el tronco. Hubo un infantil intercambio de manotazos, una última y desesperada defensa, hasta que, al límite de sus fuerzas, la mujer de rubios cabellos alzó su puño por encima de la cabeza y lo dejó caer con todo el peso de su cuerpo y toda la fuerza de sus músculos contra el cuello de la otra. Esta exhaló un último y forzado aliento, como si le hubieran extraído todo el aire de los pulmones. Su tráquea hundida no dejaba entrar el aire; sus vías respiratorias mostraban una deforme apariencia de cuello de tenedor. Dio unos últimos estertores y quedó inmóvil.

La exhausta ganadora se derrumbó sobre el cuerpo de su rival y rodó junto a ella. Ambas con la mirada perdida en el firmamento.

Jnum devolvió repentinamente sus ojos a la normalidad y pareció salir del trance. Las llamas recuperaron una tonalidad anaranjada más natural. Incluso por un momento, pareció que las estrellas volvían a brillar, como si hubieran estado ausentes, como si no quisieran mirar al suelo para ver aquello.

—El festival ha concluido —dijo con sequedad. Cuatro acólitos se aproximaron a la arena y empezaron a arrastrar los cadáveres de las mujeres sin ninguna ceremonia, como trozos de carne. Los acercaron a un carro de dos ruedas, del cual tiraban dos mujeres de la aldea, y fueron apilando uno a uno los cuerpos.

Las supervivientes se fueron retirando al pabellón principal, donde sus hijos serían oficialmente acogidos como ciudadanos, una vez la hermandad de los druidas comprobara que las madres eran aptas para desempeñar la tarea de la maternidad... una vez compartieran el lecho de la cosecha con los acólitos.

Recogieron el último cadáver, con el cuello ya amoratado, y lo tiraron bruscamente en la cima de la pila de bajas. Entonces se volvieron hacia la agonizante superviviente, que hacía frente a sus heridas sobre la arena. Al ofrecerle una mano para ayudarla a incorporarse, la mujer se derrumbó y empezó a gemir. Se llevaba las manos al vientre, y todos pudieron ver que no solo sangre brotaba de sus heridas, sino de entre sus piernas, empapándole los muslos.

Varias mujeres se aproximaron al lugar y empezaron a atenderla. Trataban de bajarle la temperatura y exploraban el canal del parto, tratando de determinar cómo estaba el bebé. Una de las matronas se volvió hacia los acólitos y negó con la cabeza.

—Viene de nalgas. Y ella ha perdido mucha sangre —Jnum contemplaba con frialdad la escena. Hizo un gesto imperioso a sus fieles y añadió:

—Arrojadla por la cascada con las demás, no sirve a la aldea.

La moribunda fue cargada, aún viva, en el carro de las muertas, junto a la mujer a la cual ella misma había eliminado. Se retorció de dolor y gemía, viendo cómo la llevaban en volandas y la depositaban, como un fardo inútil, entre el hedor a muerte que empezaba a manar de aquel vehículo. Las mujeres que acarreaban el carro iniciaron la marcha, pero a los pocos pasos, la

matrona que había explorado a la mujer las detuvo.

—Yo cargaré este viaje hermana —le dijo a la más mayor de las porteadoras. Esta no dudó un instante en ceder su puesto, pues no andaba sobrada de fuerzas. De modo que el carro de la muerte se puso en camino, con el tributo de la colecta más generoso de los últimos años: la mitad más dos.

Dos. Como los dos ojos siniestros que habían contemplado todo desde la espesura. Los labios que acompañaban esos ojos se torcieron en una mueca complaciente, y su mirada sonreía. Mas era una sonrisa maligna.

Un único ojo contemplaba la misma escena desde el otro límite de la espesura. Este ojo no sonreía en absoluto. Y los labios que acompañaban al mismo estaban tristes pero serenos. El ojo dejó de observar y se puso en camino detrás del carro.

La aldea quedaba atrás con sus luces y su bullicio. Con su fiesta y sus preparativos para el día siguiente. Las ruedas del carromato se hundían en el fango, dejando tras de sí dos surcos sin retorno para las silenciosas ocupantes. Solo una de ellas gemía y se desangraba sin esperanza, apesadumbrada, pues, ganara o perdiera, su hijo desaparecería junto a ella en la cascada.

Las moscas se arremolinaban en torno al vehículo disfrutando del macabro festín. La mujer entraba y salía del mundo a intervalos. Bien perdía la consciencia, bien la recuperaba. Percibía cada irregularidad de la calzada en el espinazo, cada socavón y cada piedra; sus ojos, profundamente azules y profundamente muertos, se perdían en la contemplación de una mujer morena tendida a su lado.

Parpadeó.

No sabía cuánto tiempo había dormitado aquella vez, pero al abrir los ojos de nuevo, la mujer morena no tenía los suyos, y un cuervo negro como *la nada* se afanaba en picotear la lengua de la mujer, que pendía fuera de la boca como una fruta pútrida e hinchada.

El tiempo transcurrió inmisericorde, y pronto llegaron a sus oídos los primeros sonidos del discurrir del agua. Un riachuelo se convirtió en un arroyo, el arroyo en río, el río en delta populoso de aguas violentas y coronadas de espuma. Hasta que el atronador estampido de la cascada, al final

del mundo, acallaba cualquier otro sonido o pensamiento.

La cascada apareció al final del camino. Una enorme y monstruosa masa de agua que brotaba al final del río único. Una fuerza de la naturaleza a la cual los druidas adoraban como a un dios y a la cual obligaban a rendir adoración. El horizonte terminaba allí. El final del mundo. El final de un mundo que todos conocían como La Cascada. Más allá no había nada, así lo enseñaban los druidas. Cuando Kilumaras arrasó el mundo, recogió a los elegidos en La Cascada. Los puso a salvo en ese pequeño terruño, desató la furia de las aguas, y estas cayeron en torrente sobre el resto de la tierra, anegándola y matando a todo ser que la poblaba. Después ocultó a nuestros ojos la destrucción con un tupido cortinaje neblinoso, al que los habitantes de este lugar llamaban la nada.

Y así es el mundo ahora. Un pedazo de tierra, ni mejor ni peor que otro, circundado de una espesa niebla que nadie osaba atravesar, y cuya única escapatoria era aquella cascada de dimensiones titánicas que vertía sus aguas en un vacío insondable.

Los únicos que atravesaban sus corrientes eran los muertos, que, en ofrenda y homenaje, iban a reunirse con la vieja tierra, supuestamente en el fondo de la misma.

Las mujeres arrimaron el carro cargado de cadáveres al borde mismo del abismo, ambas acarreaban la funesta colecta. Juntas, empezaron a descargar los cuerpos agarrándolos por las manos y los pies, se acercaban esforzadamente a la orilla, balanceaban el cuerpo dos o tres veces y lo arrojaban sobre las rugientes aguas. Al caer, los cuerpos volaban en espirales, agitando los brazos y las piernas sin control, hasta que la corriente los abrazaba haciéndolos desaparecer, o los golpeaba contra alguna roca dejando tras de sí un reguero rojizo.

Tres cuerpos, cuatro, cinco cadáveres volaban ya rumbo al olvido. Llegó el turno de la moribunda, que todavía se agarraba a la vida con enconada prestancia. La aferraron por manos y pies, y empezó a balbucear, parecía suplicar. La matrona se detuvo, observándola con atención.

—Poo... por favor... —parecía decir—. Mi hijo.

—Mírala. Pidiendo por su hijo la muy necia. No sabe que ya está muerto —dijo la otra mujer, que aferraba las manos. La matrona le devolvió una mirada de reproche.

—Tal vez... —empezó la frase.

—Tal vez ¿qué? —atajó con una mirada desconfiada la otra. Pero no necesitaba más palabras. Había leído perfectamente esa mirada de lástima y culpa en los ojos de la matrona—. ¡No! De ningún modo. Hemos venido aquí a hacer un trabajo. Y ahora agarra bien esos pies y ayúdame a tirar este saco de carne a la corriente.

—Pero ella... no forma parte del tributo. La tierra está saciada con la sangre de las caídas. Ella venció —suplicó la matrona.

—¿Que no ves que ya está muerta? —gritó con una mirada de odio la otra.

—Ella puede. Pero el niño que lleva en el vientre tiene una posibilidad.

—¿Pero qué dices? Será un paria. Jamás podrá formar parte de la tribu. Ningún druida lo permitirá.

—Pero venció. Su hijo se ha ganado el derecho.

—¿Olvidas que, al estar tan malherida, los acólitos no pudieron poseerla para afirmar su derecho? Fue rechazada. Venció. Sí. Pero ha sido descartada. El resto son tributo para la tierra, ella... ella solo es basura —la matrona calló cabizbaja, apretando con fuerza los pies de la mujer que se disponía a arrojar a la cascada—. Venga. Acabemos de una vez.

Empezaron la cuenta atrás mientras balanceaban el cuerpo. La mujer semiinconsciente seguía balbuceando sus súplicas. Cuando llegaron a tres la mujer que aferraba las manos lanzó con todas sus fuerzas su parte de la carga hacia la corriente. Sin embargo, la matrona simplemente dejó caer las piernas de la mujer al suelo y cargó con la cabeza por delante contra su compañera. El cuerpo de la moribunda golpeó el suelo, y la mitad de su cuerpo se remojaba en la orilla, mientras los otros dos cuerpos en lucha también golpeaban el suelo con mayor violencia.

La matrona hizo que su compañera echara todo el aire de sus pulmones con un potente golpe en el diafragma. La respuesta fue una mirada de odio sin igual, para la que no hubo respuesta. Ambas debieron recordar en aquel instante su propia participación en la colecta muchos años atrás.

Pero no hubo demasiado tiempo para recordar nada. La matrona sencillamente aferró una piedra pesada y rugosa que se ajustaba bien a su mano y la estampó contra el rostro de la mujer. Una vez, dos veces, tres, hasta que dejó de moverse y patalear y una masa palpitante le llenaba las manos.

Con el rostro cubierto de sangre, arrojó la piedra lejos de ella, asqueada. Las manos empezaron a temblarle al tomar conciencia de lo que acababa de hacer. Pero el recuerdo de cómo y por qué había llegado hasta allí la sacaron de su enajenación.

Apresurada, se arrastró con la ropa cubierta de barro y sangre hasta la mujer rubia, que yacía en la orilla, y la volvió para comprobar si todavía vivía. Respiraba. Entrecortadamente, pero bastaba.

—Por favor... mi niño— miraba suplicante a la matrona la desahuciada mujer, cuyas fuerzas parecían abandonarla por completo. Asintiendo, la mujer arrodillada comprendió. Había llegado hasta allí por aquel niño que no merecía morir. E iba a ayudar a aquella desgraciada a traer al mundo a la criatura de su vientre.

A la mujer no le quedaban fuerzas para expulsar a aquel niño, suponiendo que pudiera sobrevivir al parto, o que el niño sobreviviera a un parto de nalgas. Pero en sus ojos veía la súplica y la urgencia. La matrona volvió a toda prisa hacia el carro, saltando por encima del cuerpo todavía caliente de su compañera. Rebuscó nerviosa entre los utensilios que se hallaban desperdigados en el mismo, hasta dar con un rudimentario pero afilado cuchillo. Volvió en un instante junto a la parturienta y la contempló con cara de lástima. Ella asintió apresuradamente, como apremiándola a actuar.

—Toma. Muerde esto —dijo la matrona, mientras le tendía el cinturón que ceñía su cadera—. Te va doler como nada de este mundo.

Y sin mediar palabra hizo una incisión en el bajo vientre de la mujer y empezó a desgarrar los tejidos.

La mujer gritó inhumanamente, sus manos se crisparon, la musculatura de su cuello se tensó, las venas de su cabeza palpitaban con violencia, la misma estructura de su cabeza parecía ir a estallar. Caminaba en la fina cuerda entre la consciencia y la inconsciencia. Aunque, finalmente, la batalla la ganó una beatífica inconsciencia que le ahorró mayores dolores. La matrona introdujo sus manos en el vientre abierto y extrajo la placenta.

Hábilmente, liberó al bebé de su alojamiento, cortó el cordón umbilical, limpió las secreciones que cubrían la boca de la criatura y pellizcó en los pies al recién nacido. Tras unos instantes de duda, el joven cachorro comenzó un fuerte llanto.

La matrona se apresuró a la orilla y, con delicadeza, limpió lo mejor

que pudo los restos de líquidos y sangre que embadurnaban a la niña. Pues era una niña lo que estrechaba entre sus brazos. Rasgó un pedazo de su manto y la envolvió lo mejor que pudo. La criatura no cesaba de llorar, clamando por el alimento que ahora ansiaba. Pero su madre había visto ya *el final del claro* y no podía amamantar a su cría.

Desesperada con aquel bebé en brazos, se acercó al cadáver de rostro pacífico, sin atreverse a mirar el vientre ensangrentado, que emanaba un olor y un calor intolerables. Estaba a punto de intentar profanar aquel cuerpo para tratar extraer algo de leche de sus cargados pechos, cuando la mujer escuchó un leve gruñido a sus espaldas que la dejó paralizada.

Una loba enorme y blanca se erguía a su espalda. La matrona sentía que se le erizaba el vello de la nuca, y sin embargo, al volver la vista hacia el animal se llenó de una inusual paz. Le devolvía la mirada un único ojo azul como el océano y profundo como sus abismos. Un ojo que transmitía una extraña sensación de familiaridad y sabiduría. La loba se aproximó con pasos cortos a un tiro de piedra de la matrona, sin perderla de vista ni un instante. Entonces se dejó caer sobre el costado exponiendo su vientre de donde emergieron seis rebosantes tetillas. Y de nuevo aquella mirada de un solo ojo clavada en la matrona.

La loba no necesitó aullar, ni gruñir, ni rascar el suelo para hacerse entender. Cautelosamente, la mujer acercó el bebé balbuciente hacia la primera tetilla. La niña, desenroscando sus bracitos de entre sus harapos, aferró un pezón y empezó a succionar. Y mientras el bebé se alimentaba, loba y matrona se miraban sin decir nada.

Cuando se hubo saciado, la loba se incorporó. Clavó de nuevo su único ojo sobre la mujer y el bebé, y partió tan misteriosamente como había aparecido.

La matrona salió del estupor causado por aquella escena y empezó a pensar con claridad, aunque todavía no daba crédito a lo que había sucedido, o si tal vez lo había soñado. Arrebujo a la niña en una mullida y musgosa cuna improvisada, y se hizo cargo de los cadáveres, todavía testigos mudos de todo. No sin esfuerzo, arrastró por turnos cada uno de ellos hasta la corriente y los dejó perderse en el rugiente río.

Después abrazó contra su pecho a la niña y abandonó el carro, pues ella sola no podría tirar del mismo. Ya vendría alguien a por él. En la aldea tendría

que explicar la ausencia de su compañera, pero eso no sería problema. Una lamia de río, o una equidna, bien podían haber dado cuenta de ella. O sin resultar tan fantásica, cualquiera de las criaturas que habitaban el bosque podría haber atacado la partida fúnebre.

El problema sería explicar la presencia del bebé. Y qué haría con el mismo. Pero la decisión estaba tomada. Encaminó sus pasos de vuelta al pueblo.

A su espalda, tras unos frondosos arbustos, un único ojo observó todo y sonrió serenamente. Y no era la sonrisa fácil de la alegría, ni la alocada de la euforia. Fue la sonrisa de la esperanza.

El cielo sangraba intensamente por el oeste, tras *la nada*...

II

MIL RÍOS

Una caprichosa polvareda se levantaba en el horizonte, ocultando la tímida luz matinal que tupía las colinas de una luz rojiza e inquietante. El guardia de la torre observaba la humareda sin perderla de vista. Provenía del oeste. Una pequeña columna que se elevaba en el cielo singularmente. Probablemente un solo hombre a caballo. Y si todo transcurría como desde las últimas seis horas de guardia, se trataría de otro correo oficial. Por su origen diría que de la Atalaya del Oso o de la Cabra vendría.

Desde que los soles habían asomado sus rayos en enconada competición de luces, tres correos habían precedido al que ahora vigilaba. Desde la Atalaya del Perro apareció el primero, con las nuevas luces del alba; venido del Dedo de Kilumaras, apareció el segundo, cuyo trabajo se desarrollaba en la Atalaya del Buey. El tercero se presentó, no hacía ni una hora, de la Atalaya del Pez, el magnífico torreón que hace guardia junto a las tumultuosas aguas del Arroyo de las Terrazas.

En una mañana normal, un correo era común: arriendos, contratos, pequeñas disputas territoriales. Pero cuando son cuatro los que vienen a llamar a tu puerta...

—Esto huele a bosta de primera calidad —masculló entre dientes el vigía, y arrojó un salivazo por encima del paramento que se perdió metros abajo recorriendo los imponentes muros de la Fortaleza del Agua.

La Fortaleza del Agua era el bastión de los estarostas de Mil Ríos. El único vestigio del orden y la ley en el mundo conocido. Su castillo no era conocido como la Fortaleza del Agua en vano, pues sus sólidos muros de roca se alzaban en el centro de la marisma que daban en llamar el Lago Real, aunque fuera poca su majestad. Cuando se levantó su megalítica estructura, el

castillo daba una sensación oscura y amenazante, hasta que la familia de los estarostas ordenó recubrir toda su superficie con bellas cerámicas azuladas y turquesas, como muestra de agradecimiento y alabanza a las aguas, que eran el medio de vida en Mil Ríos.

Así, la Fortaleza del Agua se convirtió en una maravilla sin precedentes y sin igual. Sus torres, contrafuertes y almenas se alzaban orgullosamente revestidos de una singular belleza. Sus caminos de ronda y los adarves cubiertos destacaban por sus recargadas decoraciones.

Qué decir del palacio central y los edificios colindantes con sus cúpulas doradas, que reflejaban la luz de los soles. En definitiva, aquella fortaleza era el orgullo de una pequeña nación creada a sí misma de las cenizas del viejo mundo.

Así lo proclamaban los Kohen, los ministros que oficiaban sacrificios y ofrendas para los dioses del agua. Kilumaras, sostenían los sacerdotes, cuando quebró el mundo, arrasó todo lo conocido y reunió a los sabios, los rectos y los justos en las verdes tierras de Mil Ríos. Y allí los puso a salvo. Y para que no tuvieran que ver el horror exterior, separó Kilumaras las tierras unas de otras y creó los Dientes del Dragón, que protegen a la buena gente de Mil Ríos de los horrores y el vacío que aguarda en *el manto*.

Al menos eso era lo que sostenían aquellos ministros al servicio del estarosta. Aunque el pueblo alentaba otra fe clandestinamente y difería de tales preceptos.

Desde muy antiguo los dirigentes de Mil Ríos establecieron una red de atalayas en los Dientes del Dragón, que —todo el mundo lo aceptó— defendían al pueblo de los horrores que pudieran provenir *del manto*. Aunque algunos sostenían que realmente prevenían la fuga de las gentes de Mil Ríos. Pero, claro, quien decía tal cosa eran los ancianos y los dementes ¿no?

El mensajero atravesó el único paso transitable de aquella marisma que era el Lago Real. Sin dar muestras de cansancio, llegó a las mismas puertas de la fortaleza, que, decoradas con lapislázuli, fulguraban, y alzó los ojos hacia las posiciones defensivas. Un guardia asomó la cabeza:

—¿Dónde tus pasos comenzaron? —preguntó con voz tronante, para hacerse oír metros abajo.

El correo no respondió. Extrajo de entre sus maltratadas ropas un pequeño cencerro, igual que los que utilizan los pastores de los pastos más

allá del Risco, y alzándolo por encima de la cabeza lo hizo repicar con fuerza. La quietud matinal se quebró con su sonido seguido del grito del guardia:

—¡Correo de la Atalaya de la Cabra! ¡Abrid las puertas!

Los goznes chirriaron cuando las enormes hojas de bronce y lapislázuli giraron para dejar paso al mensajero. Los treinta y dos codos de pesadas puertas se entreabrieron lo suficiente como para que cupiera un solo hombre. Nada más atravesar las arcadas de entrada se cerraron pesadamente tras sus espaldas.

Terminando su labor con un ligero trote se detuvo en el patio principal donde salieron a recibirle cuatro hombres armados.

—El estarosta no puede recibirlos en este momento —anunció uno de ellos secamente—. Os reuniré con los demás y aguardaréis su recepción.

El correo habría querido gritar que se trataba de una cuestión urgente. Habría querido alertar a los guardias. Pero los correos oficiales no podían hacer tales cosas. Para garantizar la seguridad en las comunicaciones y su fidelidad, los correos de Mil Ríos recibían un mensaje de su superior inmediato. Lo memorizaban con rapidez, demostraban al emisor que no existían errores de interpretación o repetición y, acto seguido, se les cosían los labios con hilo de oro, hilo que solo la hoja de la daga del estarosta cortaba con facilidad. La operación se remataba con una fina mordaza de seda que lucía el escudo de armas de la familia gobernante, actualmente un torrente que arrastraba cientos de gúldenes de oro.

—Su señoría está en estos momentos ocupado en los aposentos de la Señora —la ilustre mujer del estarosta de Mil Ríos era conocida sencillamente como la Señora—, aguarda el nacimiento de su primogénito, que en esta luna nueva de primavera le será concedido. De modo que no puedo estimar cuándo podrá recibirlos —los cuatro mensajeros se movieron inquietos, y el que hablaba se percató de ello—. Solo puedo sugerir que aguardéis, que no olvidéis vuestro mensaje y que adoréis a Baashamel rogando por un pronto y feliz desenlace.

El que había hablado se retiró, y una extraña sonrisa floreció en su cara en cuanto volvió la espalda a los enviados. Era el consejero del palacio, el hombre sobre el que recaía la responsabilidad, y algunos decían que el poder de Mil Ríos. Mabruk era su nombre, y nadie sabía cómo había llegado tan alto tan rápido, ni de dónde procedía ni cuál era su historia. Pero gozaba de la

simpatía y el favor del estarosta y gobernaba como si él mismo fuera el legítimo dirigente. De modo que su palabra era sagrada.

Con parsimonia y sin apresurarse, llegó Mabruk a los niveles interiores de la fortaleza y se dirigió hacia la enfermería, donde un primerizo padre y gobernante aguardaba en tensión a su primogénito.

El señor de Mil Ríos aferraba entre sus dedos la mano de su esposa, y esta respiraba y jadeaba con dificultad postrada en un camastro, mostrando ya claros signos de parto. La sangre empapaba las sábanas, y la paja del suelo, que habían distribuido los sirvientes, absorbía los llamativos coágulos de sangre que se iban formando alrededor del lecho.

«La vida empieza con sangre y termina con sangre. La ironía yace en la esperanza que parecen depositar todos estos en que una vida, de algún modo, pudiera cambiar este ciclo sin fin... cuando la realidad es que todos sirven a Baashamel» —pensó Mabruk desde la puerta de la habitación donde una pareja de fornidos guardias velaban por el bienestar de la familia.

—Todavía no ha dilatado —afirmó la matrona que asistía al parto, mientras se limpiaba los dedos en un trapo ya de color ferroso, copado de sangre hasta su última fibra.

Mabruk acalló una sonrisa. Saludó cortésmente a los guardias y se retiró a la torre de astronomía, donde llevaba a cabo estudios y experimentos de los que realmente nadie quería tener noticia. El alumbramiento todavía podía llevar varias horas; decidió, satisfecho, que el mensaje de aquellos correos debería esperar perfectamente hasta que su señoría estuviera dispuesto. Entrelazó los dedos en su vientre y subió con teatralidad la escalera de caracol que llevaba al observatorio. Esta noche las estrellas tendrían mucho de lo que hablar.

* * *

El sudor perlaba la frente de la parturienta, mientras apretaba con fuerza las manos de su esposo. En la habitación solo se encontraban el estarosta, la matrona, dos sacerdotes Kohen, para dar fe del nacimiento, y un extraño individuo que parecía desentonar en aquella escena: un bufón.

Kadros era su nombre, y aunque no vestía las ropas ridículas con las que solemos evocar a los bufones, era el bufón de la corte de alguna manera.

Él se consideraba más un comediante. Había servido a la familia de los estarostas desde antes que el mundo se quebrara. Su carácter afable, perspicaz y bonachón le había granjeado la simpatía y el favor de los gobernantes anteriores y del actual. Pero con el presente señor esta simpatía se había convertido en auténtica amistad, llegando a verse a Kadros asistiendo a reuniones relevantes y a eventos familiares de importancia. Nunca interviniendo, pero siempre aportando su consejo, opinión, y por qué no, sus risas cuando se lo solicitaban.

Así que allí estaba de nuevo. En el nacimiento del primogénito de su señor, sin entorpecer, pero acompañando con su cálida sonrisa cada movimiento de la matrona y cada mirada inquieta del estarosta.

Los gritos y jadeos de Diana se hicieron más intensos. Aferraba las sábanas, y los tendones de sus manos se marcaban en el dorso como las cuerdas de un laúd. Rimbaud apretó una de aquellas blancas manos, mientras con la otra ceñía un paño húmedo en la enfebrecida frente de su esposa. Lanzó una mirada preocupada hacia Kadros, y este le devolvió una sonrisa tranquilizadora y un parpadeo reconfortante de sus ojos heterocromáticos. Una mirada que a muchos resultaba inquietante, pero que para Rimbaud formaba parte de la comicidad de aquel hombre.

La matrona sudaba profusamente y se limpiaba como podía con el antebrazo.

—Un esfuerzo de nuevo mi señora. ¡Puje! —Y Diana pujó. Apretó. Clavó las uñas en la ropa de cama, en la mano de su marido, rechinó los dientes, extendió el cuello dejando las venas en latente exposición. Y acto seguido, exhausta, se dejó caer en el colchón sin fuerzas para continuar.

—Hagamos un descanso mi señor... o no puedo garantizar la vida de ninguno de los dos— Rimbaud asintió y se llevó aparte a la matrona.

—¿Qué sucede? —preguntó inquieto. Ella se mordió el labio inferior, sopesando su respuesta.

—Es un niño grande mi señor. Y ella es primeriza... es un parto complicado. El niño está bien colocado y parece colaborar —se apresuró a añadir, ante el gesto preocupado del estarosta—. Pero quizá deberíamos valorar la posibilidad de extraer al niño... —dijo esto último mientras bajaba la mirada.

—¿Está sugiriendo que abramos a la madre y arriesgarnos a perderla?

—preguntó indignado Rimbaud.

—No veo qué más puedo hacer.

El estarosta deambuló por la estancia acariciándose la incipiente barba. Se acercó lentamente a Kadros y, murmurando en su oído, susurró.

—¿Qué debería hacer mi buen amigo? ¿Salvar a la vida inocente que lleva en su interior, arriesgando la suya? ¿O salvar a mi mujer, arriesgando la vida de este ser que no conoce el mal? —Kadros apoyó su mano sobre el hombro de su señor.

—Mi respuesta ya la sabéis, señor. Mas no valoréis las opciones por la inocencia de vuestra criatura ni por los pecados de vuestra esposa. Pues tiempo tendrá vuestro hijo de conocer el mal, y tiempo vuestra esposa de redimir sus pecados. Y ambos merecen la oportunidad tanto de verse enfrentados al mal, como de hacer acto de contrición.

—¿Eso es todo lo que me dirás en esta hora aciaga?

—Es todo cuanto necesitáis oír. Para mí toda vida es sagrada, incluso la de vuestros enemigos, pues fueron puestos entre nosotros por Kilumaras, y Kilumaras no siembra sin semilla —ante la mención de aquella antigua superstición, los dos sacerdotes Kohen dieron un paso al frente.

—Mi señor —dijo el primero, agachando servilmente la cabeza—. No es momento de escuchar palabras huecas y cuentos de viejas. Debéis tomar una decisión. Mil Ríos necesita un heredero y eso bien vale una vida... aunque desgraciadamente esta sea la de vuestra esposa —añadió condescendentemente.

Rimbaud, estarosta de Mil Ríos, los hizo retirarse con un gesto autoritario de la mano, y los dos Kohen retrocedieron doblados por la cintura, como si hubieran recibido un puñetazo en el vientre. Después se atusó la barba. Intercambió miradas con Kadros, con la matrona y con los sacerdotes, para volver de nuevo sobre el ojo verde y el ojo azul del bufón. Entonces contempló a su esposa, yaciente y sudorosa en aquel lecho de sufrimiento, y tomó una decisión. Se volvió hacia la matrona y, hablando con serenidad, sentenció.

—Haga lo que esté en su mano para devolvérmelos... a los dos — cuando dijo “a los dos” clavó su mirada de manera firme en los ojos de la mujer, haciéndole saber que los dos Kohen presentes no debían ser un obstáculo.

—Sí... sí, claro mi señor —Rimbaud tomó la mano ensangrentada de la matrona y se la besó lentamente sin perderla de vista.

—Gracias... señora —ella se mostró turbada y volvió su atención hacia la parturienta.

—Bien... bien... necesitare... unas pinzas de cuchara, y más agua caliente, trapos... y... —la mujer se interrumpió.

—Dime. ¿Qué necesitas? Pide —dijo Rimbaud.

—A usted, o como mínimo a su sirviente —añadió, señalando a Kadros.

—Nos tendrás a los dos —afirmó Rimbaud, retirándose el fajín y arremangándose con decisión.

Comenzaron de nuevo las maniobras, los gritos, las contracciones y la sangre. Esta vez Kadros sujetaba los brazos de Diana, mientras Rimbaud asistía a la matrona. Esta última introdujo unas extrañas tenazas dentro de Diana buscando la cabecita de la nueva criatura, que ya había comenzado a asomar su vida fuera de la madre. La matrona aferró la cabecita con aquellas pinzas de cuchara y empezó a conducirla en la dirección deseada, alternando tirones y breves giros que hacían que Rimbaud la mirara con creciente inquietud.

—Empuje, mi señora, empuje —repetía de cuando en cuando la mujer. Volvió la vista hacia el estarosta sin liberar la presa que hacía con las pinzas —. Es muy ancho de hombros. Se atasca —Rimbaud se pasó nervioso la lengua por los labios y se secó el sudor del rostro.

—¿Qué puede hacer?

—Sólo me queda tirar en el siguiente pujo y rezar. Es arriesgado mi señor... pero el feto ya está sufriendo demasiado y corremos más riesgos si no lo sacamos ya —el estarosta agachó la cabeza.

—Hágalo —ordenó con tono de súplica.

La matrona acompasó sus movimientos a la respiración de Diana y a sus contracciones. Hizo una señal a Kadros para que este liberara a la paciente y se subiera parcialmente encima del vientre de la misma. Y cuando estuvo todo preparado...

—¡Empuje con todas sus fuerzas, señora!

Diana chilló desesperadamente empujando con toda su rabia, Kadros

descansó el peso de su huesudo cuerpo sobre el vientre de la mujer, y la matrona tiró larga y continuamente de las pinzas con una mano, mientras con la otra trataba de ensanchar el canal del parto. Rimbaud solo pudo rezar, aunque no sabía cómo ni a quién, y los dos Kohen no parecían ser de mucha ayuda en ese campo.

Finalmente se produjo el alumbramiento, acompañado de una buena cantidad de sangre que se derramó por el suelo, seguida por la pérdida de consciencia de Diana. Pero el niño ya estaba en brazos de la matrona que lo exploraba, limpiaba y animaba a llorar. Cosa que el pequeño empezó a hacer con inusitada rabia, como si supiera que algo no iba bien. La matrona envolvió al bebé en un lienzo limpio y se lo entregó a su padre, mientras empezaba con rapidez a atender a la madre. El niño berreaba sonoramente.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó emocionado el estarosta, con su hijo entre los brazos. La matrona tardó en responder, mientras limpiaba a la madre, cortaba el cordón y aguardaba la expulsión de la placenta. Ante la falta de respuesta, Rimbaud se aproximó a la mujer y preguntó de nuevo—. ¿Y bien? —ella se volvió y con tono neutro dijo:

—Todavía es pronto para afirmarlo mi señor, pero es un crío muy ancho de hombros. Estaba atascado y he tenido que traccionar demasiado de su cabecita. Los dioses quieran que me equivoque... pero ya he visto secuelas anteriormente por partos similares.

—¿Secuelas? ¿Qué clase de secuelas? —preguntó alarmado.

—Mi señor, no puedo valorarlo ahora mismo. Si hay suerte su cuerpo se recompondrá y solucionará cualquier desperfecto que haya podido suceder.

—¿Qué clase de respuesta es esa, mujer?

—El niño puede haber sufrido algún daño en los nervios, no entiendo mucho de estas cuestiones, sería mejor preguntar a un galeno, pero puede sufrir algún tipo de parálisis... y dada la posición de sus bracitos...

—¿Parálisis? ¿Mi hijo, será un tullido?

—Cómo decía, mi señor... todavía es pronto para afirmar esos extremos —el mundo pareció derrumbarse a su alrededor, y la belleza de la criatura que sostenía entre sus manos se vio impregnada de una infecta amargura. Con lágrimas en los ojos, se volvió hacia Kadros buscando algún tipo de consuelo.

—Mi señor. Lo lamento —no había mucho más que pudiera decir.

—¿Y su madre? —preguntó apresurado Rimbaud.

—Vivirá. Solo necesita reposo —aseguró la matrona. Rimbaud reflexionó sobre aquellas palabras.

—Entonces... siempre existe la posibilidad... de... tener otro heredero.

—¿Mi señor? —se adelantó a intervenir Kadros serenamente, mas con aplomo.

—¿Qué?...—atajó Rimbaud con una mirada dura—. He de contemplar todas las opciones. El heredero de Mil Ríos no puede ser un maldito tullido, Kadros —afirmó, y por una vez buscó el apoyo de los dos sacerdotes Kohen que asintieron sonrientes al unísono.

—Su señoría tiene razón. El heredero debe de ser un varón en plenitud de facultades. La ley lo ordena. Y la ley viene de Baashamel —sentenció uno de aquellos oscuros Kohen. Kadros bufó despectivo.

—Vuestra ley está podrida. Y dudo mucho que provenga de lo divino. No de la divinidad que decís adorar al menos.

—¡Blasfemo! ¡Hereje! ¡Deberías arder en el día de la cosecha como compensación a Baashamel por tus insultos! —atacó el segundo sacerdote.

—¡Basta! —atajó Rimbaud. Y se volvió hacia Kadros—. Debo hacerlo amigo. ¿Lo entiendes? Es la ley. Entregaré esta criatura para su sacrificio en el templo de los ancianos. Es una señal de los dioses por mis políticas erróneas y torcidas. Por eso me envían un heredero torcido y erróneo. Pero si les sacrifico semanalmente y les adoro, como me exigen siempre los sacerdotes... quizá entonces obtenga la gracia de un heredero... —se interrumpió— viable.

—¿Viable? —apostilló Kadros, mirando con lástima a su señor.

—¿Te burlas de mí? —la suspicacia asomó su peligroso filo en la voz de Rimbaud.

—Jamás, mi señor. Nunca me burlaría de un hombre desgraciado que ha perdido la razón.

—¡Me insultas, pues! ¡Tú! ¡Bufón! —respondió enfurecido Rimbaud.

—¡Debe arder, mi señor! —intervino el primer sacerdote. El estarosta le hizo callar violentamente. Se volvió de nuevo hacia su amigo de tan largos años y, más sereno, trató de razonar con él.

—Todos estos años hemos sido amigos, y yo te he beneficiado en la corte y en todo Mil Ríos por ello. Has sido mi amigo, mi mentor, mi confesor, mi consejero fiel... ¿Vas a fallarme ahora, Kadros?

—Nunca os he fallado. Y no os fallo en este momento.

—¿Pues por qué me haces esto? ¿Dónde quedó tu fidelidad? —Kadros sonrió melancólicamente.

—Me habéis pillado. Nunca os fui fiel —la cara del estarosta se desencajó, mientras de fondo seguían escuchándose las peticiones de hoguera por parte de los Kohen.

—¿Cómo dices?

—Pues fidelidad me pedís, os digo que nunca lo he sido. Yo juré lealtad a vuestra persona y a vuestro mandato... más allá de tal cosa nunca dije —la rabia empezaba a aflorar en Rimbaud, y esta era espoleada por los sacerdotes, que desde un segundo plano disfrutaban al ver como aquella amistad se desmoronaba... para beneficio de Mabruk.

—¿Y se puede saber por qué tu lealtad carece del mismo valor que tu fidelidad? ¿Puedo saber en qué demonios basas tal diferencia de jurista?

—No os ofendáis mi señor. Siempre habéis escuchado mi consejo. Y os he servido lealmente.

—¡Mentís!

—No, señor. Nunca lo hago.

—¡Pues explícate! —gritó Rimbaud, haciendo que el bebé volviera a llorar. Kadros tomó una lenta bocanada de aire antes de responder.

—Mi señor. Me pedís fidelidad y no puedo dároslo. Pues fidelidad es obedecer ciegamente vuestros mandatos sin atenerme a la justicia que contengan —Rimbaud enrojeció de ira—. Mi lealtad por el contrario la tenéis por siempre. Pues obedeceré vuestro mando siempre que vuestras órdenes se atengan a la justicia —y entonces calló, esperando el estallido de ira de su señor, que no llegó. Y no llegó porque en el fondo de aquellas palabras sabía que aquel ridículo bufón tenía razón. De modo que tomó la única salida que le dejaba.

—¡Vete! ¡Aléjate del palacio y piérdete en algún páramo donde no vuelva a verte, o dejaré que estos sacerdotes hagan contigo escarmiento —los Kohen se mostraron contrariados, pero no se atrevieron a intervenir en aquel momento. Media victoria era mejor que ninguna. Kadros por el contrario no se

movió.

—¿Tientas mi paciencia, bufón?

—No, mi señor Rimbaud. Pero por apartarme de vuestro lado, estos actos no se convierten repentinamente en justificados, por el simple hecho de que no haya nadie dispuesto a contrariaros.

—¿Cómo te atreves?

—La criatura, señor. No tiene culpa. Me iré. No volveréis a verme. Pero dejad que lo lleve conmigo —Rimbaud se acercó violentamente hasta sentir el aliento de Kadros en el rostro. Este no alteró ni una arruga de su rostro. El estarosta se apaciguó y dio un paso atrás. Contempló la criatura que sostenía entre sus brazos y reflexionó unos segundos.

—Mi señor. No convirtáis un acto injusto, en un acto malvado. No suméis la crueldad a la ignorancia —suplicó Kadros por lo bajo. Rimbaud levantó la mirada.

—No tientes tu suerte, bufón —sopesó al bebé mientras decía aquellas palabras y acto seguido lo extendió hacia su leal amigo, que en breves instantes pasaría a ser odiado enemigo—. Jamás debe conocer sus orígenes, jamás le hablarás de este día, jamás le revelarás ni sugerirás cualquier cosa que pudiera conducirle un día a reclamar el poder en mi asiento, ni sembrarás en él la semilla de la codicia o la ambición —los Kohen dieron un paso adelante.

—Mi señor, no podéis...

—¡Cerrad vuestras pútridas bocas por una vez, malditos aduladores! ¡Cumpliré con vuestras tradiciones, pero no entregaré a esta criatura a vuestros cuchillos! Si es necesario pagaré el sacrificio de cien corderos para apaciguar a los dioses —los sacerdotes se retiraron con profundas reverencias, y la vena latente en el cuello del estarosta se normalizó.

—No puedo arriesgarme, Kadros, a que algún día este niño provoque una guerra civil combatiendo contra el heredero de Mil Ríos. Conozco lo profundo de tus convicciones y sé de la firmeza de tus promesas... por eso... voy a entregártelo.

Kadros hizo una reverencia y trató de abrazar a su amigo, pero este le retuvo.

—Nunca jamás volveréis a pisar este palacio. Si yo o mis guardias llegamos a veros por aquí alguna vez... será vuestra muerte.

—Lo entiendo, mi señor.

Reticente, Rimbaud entregó el bebé en los brazos del bufón, que lo acunó y protegió contra su pecho.

—No sé si lo entiendes en toda su profundidad. Desde el momento que salgas por estas puertas... tú y ese niño seréis mis enemigos. Has nacido para servir ¿Dónde depositarás tu lealtad ahora Kadros? —añadió el estarosta con una nota de lástima y de súplica en su voz. El bufón no apartaba la vista del bebé y sonrió lacónicamente.

—Mi lealtad estará donde siempre estuvo —se volvió y encaminó sus largos pasos hacia la salida—. Con Mil Ríos. Qué Aquel que trae la luz os guarde, su señoría —y, sin más ceremonias, abandonó el palacio para nunca volver, dejando a un confundido Rimbaud susurrando al ver partir a su enemigo:

—Que Kilumaras te guarde... bufón.

* * *

Salió entonces Rimbaud al patio de armas seguido de sus guardias. Diana descansaba en sus aposentos, y el pequeño asuntillo sobre aquel niño parecía haber quedado zanjado a cambio de cien corderos, más una docena de pichones, para el templo. Mabruk apareció lentamente, saliendo de uno de los soportales abovedados del patio para encontrarse con el señor de Mil Ríos. Con las manos ocultas en sus amplias mangas, se acercó y abrió la boca lo justo para ser interrumpido.

—No estoy de humor para tus circunloquios, ni tengo tiempo para nimiedades. Sé concreto y no me hagáis perder la paciencia —atajó Rimbaud.

—Sí, mi señor. Cuatro mensajeros han aparecido esta mañana portando información de sus respectivos puestos de vigilancia.

—¿Cuatro decís? —preguntó alarmado Rimbaud.

—Así es —confirmó Mabruk.

—¿Por qué no me informasteis antes? —preguntó peligrosamente enojado. Mabruk realizó una reverencia a modo de disculpa.

—Señor. En la víspera de la cosecha y con el nacimiento de vuestro primogénito en ciernes... no me pareció apropiado interrumpiros. Pensé que no sería tan urgente lo que tuvieran que decir y preferí aguardar —el recuerdo

de su “primogénito” se clavó como una espina en su corazón. Pero, pasándolo por alto, continuó.

—Cuatro mensajeros... ¿No lo consideraste una urgencia? Traedlos ahora mismo, maldición.

Los cuatro correos fueron llevados ante Rimbaud. Este tomó el abrecartas de plata, que solo los estarostas poseen, y se aproximó a los hombres que formaban en fila ante él. El copero de palacio le seguía de cerca, de modo que mientras Rimbaud retiraba las costuras de los labios de aquellos hombres, con cortes rápidos y seguros, ofrecía un rápido trago a los exhaustos mensajeros.

—¡Hablad! —ordenó, una vez todos hubieron bebido— ¿De dónde venís y cuáles son vuestras nuevas? —los mensajeros de la Atalaya del Perro, el Buey, el Pez y la Cabra anunciaron sus procedencias. Y uno tras otro expusieron sus asuntos.

Fue obvio para los presentes la similitud entre las historias que narraban todos ellos. Rimbaud fue consciente que, de no controlar aquellos rumores, Mil Ríos escaparía a su control. Eran historias de muerte, desapariciones, mutilación, hermanos que se comportaban de manera extraña, padres que cambiaban repentinamente de humor y ni sus propios hijos les reconocían, gente hallada en los bosques vagando y manteniendo extensas pláticas con entes que no estaban allí; sucesos extraños recorrían el continente. Pero no pasó por alto el estarosta, ni tampoco Mabruk, las similitudes entre los casos.

El frío.

Todos describían un extraño frío de una manera o de otra. A veces era un simple escalofrío, una corazonada; otras el tiempo parecía verdaderamente trastocado; en ocasiones describían cómo el hálito de sus bocas escapaba vaporoso en plena primavera. El frío estaba allí, haciendo acto de presencia en todas las historias.

Y las voces.

Los que sobrevivieron para contar los hechos aseguraban oír voces, voces dulces y sugerentes que invitaban a cometer actos despreciables. Voces ásperas y sucias que coaccionaban y forzaban a sus víctimas.

En cualquier caso el resultado era el mismo. Muerte. Dolor. Desesperación.

El último en hablar fue el enviado de la Atalaya de la Cabra. Narró la desaparición y hallazgo de un joven muchacho en las cercanías del bosque de Borda. Habló del lamento de su joven madre, Lilian, y de la incredulidad de su pueblo ante las afirmaciones que hacía.

—¿Cómo podemos saber que no se trata de un caso normal, en el cual un chico se extravía en el bosque, y la noche y sus habitantes dan cuenta de él por su inexperiencia? —interrogó Rimbaud al correo.

—Mi señor. Es el cuarto cadáver que aparece en vuestras tierras con estas características. El edil de la atalaya no cree ya en la casualidad y por eso me envió —los demás mensajeros asintieron, pues sus ediles respectivos habían actuado de igual modo.

—Explícate —exigió el gobernante. Mabruk paseaba lentamente alrededor del cuarteto y de su señor mientras escuchaba todo esto.

—Señor. Todos los cadáveres hallados en los últimos días presentaban similitudes alarmantes, tanto en sus muertes como en sus cuerpos. Todos desaparecieron apenas unas horas, tiempo insuficiente para que nadie les echara de menos, pero cuando se los hallaba...

—¿Qué? —preguntó impaciente Rimbaud— ¿Qué demonios les pasaba?

—Señor. Sus cuerpos parecían llevar descomponiéndose meses, no horas. Como si hubieran muerto hacía tiempo... lo cual... era absolutamente imposible.

—A veces las condiciones de humedad y temperatura pueden hacer que un cuerpo se deteriore de manera prematura mi señor. No creo que sean señales como para generar alarma en nuestra pacífica sociedad —terció ladino Mabruk.

—Además... —continuó, molesto, el correo de la Cabra—. Cuando los cuerpos llegaron a manos del galeno para certificar la muerte, descubrieron que la sangre de los mismos estaba congelada en su interior.

—Puede ser que sencillamente se espesara, puede suceder en los muertos —repuso Mabruk.

—Hablo de congelada, mi señor. La sangre era fría como el hielo cuando se examinó los cadáveres. Y al tacto era como la escarcha que tupe las montañas. No es natural. Es más, en los asentamientos ya ha corrido la noticia y se habla de... —el joven se interrumpió a sí mismo sin atreverse a

proseguir.

—Estoy cansado de vuestros circunloquios y pausas dramáticas. Hablad o callad, pero dejad ya esta incógnita reiterada —aseveró con tono mohíno Rimbaud.

—Muy cierto, mi señor —aplaudió Mabruk—. Es hora de dejar que el estarosta descanse. Ha tenido una mañana muy dura. Atribularle con supersticiones y fábulas de matrona no le ayudara en nada.

—¡Pero, mi señor! Hay testigos que aseguran y certifican todo cuanto decimos. Y sus historias coinciden asombrosamente entre sí. Gentes alejadas cientos de millas unos de otros refieren sucesos similares. En los pueblos se habla ya de una maldición —concluyó el correo del Buey, dando voz a lo que su colega no pudo concluir.

—¿Testigos oculares? ¿Maldiciones? —se burló Mabruk—. Si diéramos pábulo a todo lo que se cuenta y cuece en nuestras aldeas hace tiempo que viviríamos de supersticiones y cuentos de vieja —sibilinamente se volvió hacia Rimbaud—. Mi señor. No podemos... no debemos continuar con esta farsa. Un par de muertes casuales, con asombrosas coincidencias, he de reconocer, no deben generar en nosotros una pauta y precipitar comportamientos alocados. No sería responsable actuar de ese modo en un gobernante. Lo más sabio sería tapar los hechos. Indemnizar a las familias. Si es necesario comprar su silencio para que no esparzan estas fantásticas historias.

Rimbaud se mesaba los cabellos, pensativo. No hacía ni una hora que Kadros había partido y ya echaba en falta su consejo. El buen Kadros. ¿Había sido egoísta? ¿Había tomado una buena decisión? Solo el tiempo lo diría.

—Fantasías o no —comenzó Rimbaud—, cuentos de vieja, leyendas de taberna, habladurías... Mi buen Mabruk, ponerle el nombre que gustéis. Pero el hecho irrefutable es que algo extraño sucede dentro de nuestras fronteras —Mabruk se apresuró a hablar, pero fue interrumpido por su señor—. No voy a dar pábulo a estas historias, y no generaré el temor entre mis súbditos dándoles más importancia de la que tienen. Estoy convencido de que todo tiene una explicación racional. Y llegaremos al fondo de la misma. —Con eso dio por zanjada la discusión con Mabruk, y dirigiéndose de nuevo a los correos añadió— Id a vuestras atalayas y transmitid la noticia. Mil Ríos enviará un investigador a realizar pesquisas en los escenarios de los hechos.

Dicho investigador responderá ante mí y solo ante mí. Tendrá autoridad absoluta para hacer y deshacer a su antojo en su búsqueda de la verdad. Pero no toleraré que se extiendan fantasías y leyendas que aterricen a los habitantes de manera irresponsable. Esta es mi decisión final.

Todos los presentes realizaron una reverencia y la audiencia se dio por terminada. El día transcurrió con sus quehaceres rutinarios sin que nada “anormal” turbara la vida de Mil Ríos.

El cielo sangraba intensamente por el oeste, tras *el manto...*

III

LA ESCALA

Bajo su pie derecho, el traicionero verglás crujó amenazante. Aquel sonido helaba la sangre más que la propia temperatura de la montaña. Había decidido levantarse temprano e intentar la ascensión de los Tullidos aquella mañana, día de la cosecha.

Le sorprendió el frío inusual que azotaba la cara norte del más alto de los Tullidos a primera hora. Los soles daban un color sanguinolento al horizonte por el este, y una suave brisa acariciaba la ladera, haciendo cimbrearse los pocos hierbajos que crecían a esa altitud.

Soltó una sola mano, en la que aferraba una cuchilla afilada, rematada en una empuñadura de madera que atrapaba entre sus dedos. La hoja de acero brotaba de entre su tercer y cuarto dedo como si formara parte de su cuerpo. Observó el hielo, estudiándolo; tanteó ligeramente con la punta y, decidido, asestó un fuerte golpe contra la pared. La hoja se hundió superficialmente y arañó la roca que yacía bajo el hielo, emitiendo un inquietante gemido, pero agarró lo suficiente. No es que fuera un buen agarre, pero tendría que valer.

Despacio, muy lentamente, desencajó el filo de metal que brotaba de la puntera de su bota, flexionó la pierna y asestó una nueva patada un poco más arriba, asegurando el pie.

De esta manera progresaba penosamente siempre hacia arriba. Perdido en las alturas, cómodo en la soledad, acompañado por viento, hielo y peligro, era el único lugar de la Escala en el cual un hombre podía volver a sentirse como tal. Allí arriba, lejos del bullicio, lejos de la servidumbre, apartado de la sociedad matriarcal en la que vivía a diario una vida vacía de significado y privada de sentido, en la montaña y en la soledad de escalar en solitario era

donde hallaba consuelo, esperanza. Y de alguna manera sentía que allí arriba se acercaba a algo que podría calificar de espiritual, pero que no podía ni definir, ni nombrar.

De modo que se levantaba, todos los días que podía, tres horas antes del alba, se acercaba a lomos de una mula piojosa a los pies de la cordillera, y elegía una nueva vía no pisada, ni abierta por hombre alguno, para encontrarse a sí mismo.

Alzó la cabeza y una fina capa de hielo le azotó el rostro, obligándole a entrecerrar los párpados. Intentaba vislumbrar el final de su ascensión y estimar el tiempo que tardaría. Una fuerte corriente de aire parecía desprender capas de nieve y hielo no muy por encima de él, debía de tratarse de una repisa o de la ansiada cumbre. Miró hacia abajo, entre sus pies; por la altura supuso que se encontraba cerca de la cima. Respiró hondo e inició de nuevo y con extrema precaución la coordinada alternancia de brazo, pierna, brazo, pierna.

Finalmente, el pincho que sostenía en la mano derecha encontró agarre en la repisa que atisbara minutos antes. Un suspiro de alivio brotó entre sus labios, alzó el pie contrario y lo hincó en la pared. Aseguró la bota con un suave giro de tobillo para que la punta se clavara más hondo, y entonces movió la mano opuesta buscando de nuevo la repisa con el metal.

La fina capa de hielo que mordían sus botas crujió alarmantemente, sabía que no debía realizar movimientos bruscos, que cualquier error en aquellas circunstancias podía ser fatal. Apresuró su mano libre buscando agarre. Pero no llegó a tocar la repisa con ella. El hielo, que se adhería sucintamente a la pared de la montaña cedió bajo sus pies. Repentinamente, todo su peso colgó de la única mano que tenía aferrada, una suave cascada de nieve y cristales se desprendió ladera abajo. Todo su cuerpo colgaba en el vacío, su corazón traqueteaba con rabia y la respiración se volvió agitada y trabajosa. Trató en vano de enganchar los pies, pero sus hojas no mordían la roca desnuda que quedaba al desprenderse el hielo. Intentaba buscar alguna fisura en la que encajar mínimamente sus púas. Pero no encontró nada.

Pasaban los minutos, y el hombro empezaba a quemar; los tendones tiraban al límite de sus fuerzas, y parecía que la piel se estuviera desgarrando. Por su parte, la mano estaba congelada. No sentía los dedos, y eso hacía que aferrar la hoja de metal que le mantenía con vida se hiciera más difícil a cada

segundo. No podría sostenerse allí por más tiempo. Asumió que su vida terminaba al fin.

Volvió los ojos al horizonte, desde aquella altura podía ver *el velo*, mas nada más allá de él. Las luces rojas de los soles jugueteaban entre los jirones de nubes, y el frío mordía rabioso su cuerpo. Solo lamentaba no poder conocer a su hijo, aunque quizá fuera lo mejor, pues nacería siendo esclavo.

En ese momento un nombre le vino a la cabeza. Un nombre extraído de viejas leyendas y cuentos de niños. Sin saber por qué lo gritó rabioso y se dispuso a caer.

—¡Kilumaras!

Sus dedos congelados se deslizaron, y sintió el vacío absoluto atrayéndole irremisiblemente.

* * *

Torgund tanteó con la yema de los dedos la helada península que se abría ante él. Hacía tres horas que subía por la cara sur del más alto de los Tullidos, y finalmente había alcanzado la cima. Jadeante, alzó su imponente cuerpo por la repisa y se adentró en terreno seguro, alejándose del abismo, satisfecho.

La corpulencia física de Torgund solo iba pareja a su aparente rudeza de carácter, hecho que acentuaba la cicatriz que surcaba su rostro desde una oreja hasta la comisura del labio, y que no se molestaba en disimular. La coriácea cicatriz hacía años que había formado un abultado queloide, fruto de la falta de cuidados por parte de Torgund, que prefería recordar aquella herida para aprender de los errores del pasado, en vez de ocultarla.

Una vez en la cima, volvió la vista al sur, para contemplar el horizonte que había quedado a su espalda durante las últimas horas. El viento soplaba de aquella dirección y una fina lluvia de cristalillos rociaba su arrugado rostro. La poblada barba, recortada en una elegante perilla trenzada, flotaba en el aire matinal dejando ver su ancho cuello lleno de cicatrices. Las canas de su cabellera parecían multiplicarse por el azote de la nieve, mas el pelo se mantenía recogido por las tiras de cuero que formaban una generosa cola de caballo a su espalda. Y de su espalda asomaba la empuñadura de un poderoso espadón que había permanecido oculto bajo la capucha de su manto.

Torgund nunca subía los Tullidos sin su espada. Estaba completamente prohibido que los hombres portaran armas en la Escala, estas se reservaban para las Matriarcas de la primera isla; se consideraba tradicionalmente que la violencia del macho sumada al filo de un arma eran el origen de todos los males, y por ello cientos de años atrás se promulgaron las leyes de la Convivencia Sostenible. Una forma metafóricamente cínica de dar rienda suelta a un nuevo hembrismo desaforado que gobernaba la Escala en la actualidad.

De modo que las armas estaban absolutamente prohibidas para el hombre, y las herramientas de labranza y otros artilugios requerían de licencias expedidas por el Gremio. Pero de todos modos... ¿Quién dijo que Torgund fuera un hombre?

Satisfecho por la reciente ascensión, desenfundó su espada de imponente tamaño y bruñido acero negro. Hincó una rodilla en el suelo y clavó su arma delante de él. Acto seguido agachó la cabeza y sus labios se movieron.

El fiero viento pareció detenerse a su alrededor. La espada, de un profundo negro, pareció desprender luz en vez de absorberla, y si las águilas hubieran dado testimonio, os habrían dicho que Torgund aparentemente hablaba con su espada.

¿Pero esto sería una locura, no?

Terminó aquel extraño ritual alzando la mano derecha al cielo, formó un puño y, ceremoniosamente, lo llevó hacia su frente y después hacia su pecho. Tras realizar aquel gesto, se incorporó, enfundó de nuevo el espadón a su espalda, y sacó de la mochila una cuerda de cáñamo gruesa y resistente. La nieve virgen crujía bajo sus curtidas botas de piel, mientras ondulantes corrientes barrían la capa superficial del Tullido, generando mareas de hielo que semejaban el oleaje del océano.

Torgund marchaba con paso firme, con la vista perdida en aquel fenómeno, reflexionando sobre el hecho de que nadie en la Escala hubiera visto nunca el océano o supiera siquiera qué significaba aquella palabra, vestigio moribundo de un mundo anterior.

Se aproximaba a la cara norte de la montaña. Arrimado a su borde, se descolgó la cuerda del hombro y comenzó a prepararla para rapelar por aquella cara hasta la seguridad del suelo. Extrajo una pequeña petaca de un

bolsillo oculto bajo su ajada gabardina, echó un largo trago, y unas gotas brillantes como el oro se deslizaron por sus barbas. Cerrando con un manotazo el corcho, trasegó el fuerte licor con una mueca de su cara mezcla de placer y ardor. Estaba listo para descender cuando el frío viento de la mañana arrastró una serie de crujidos alarmantes, como cuando un serac se desprende en cascada por la montaña y la deja desnuda.

Se aseguró la cuerda al pecho y comprobó que el extremo tuviera una buena reunión, dio dos pasos sobre el abismo y se dejó engullir por el vacío. Entonces lo oyó.

—¡Kilumaras!

* * *

Había cerrado los ojos. El nudo que se formó en su estómago al sentir el vacío absoluto se apretó hasta presionarle las vísceras, de tal manera que por poco no vacía las entrañas en el pantalón de cabra que llevaba. Pero tan rápido como sucedió todo esto y asumía su muerte, igualmente se detuvo por completo.

No caía. Se había frenado, suspendido en el aire. Asustado, se atrevió a abrir los ojos y, desconcertado, vio por encima de él una figura voluminosa, vestida de gabardina oscura y con la empuñadura de una enorme espada surgiendo a su espalda. Los enormes dedos de aquel desconocido le aferraban la mano congelada por la muñeca y él no la sentía. Aparentemente sin esfuerzo, le alzó hasta colocarle a su altura y dijo secamente:

—Rodéame el cuello con los brazos.

Así lo hizo, apretando su pecho contra la espalda de su salvador y hundiendo la cara en la canosa coleta que lucía. Paso a paso, lentamente, ascendieron de nuevo a la cima. No era mucha distancia, pues el muchacho se hallaba de por sí cercano a su meta, pero se hizo penosa la ascensión debido al peso y la lentitud de la misma.

Cuando por fin alcanzaron la reunión que había preparado Torgund, este dejó caer a un lado al muchacho, le clavó una mirada torva, sin dejar traslucir ningún sentimiento, y dijo:

—Encenderé un fuego, intenta calentarte el pecho mientras tanto.

Media hora después hablaban junto a un cálido fuego y compartían una

taza caliente de algún tipo de infusión que revitalizaba el cuerpo, cuya composición Torgund no reveló. Las manos del joven parecían volver lentamente a su ser, y el temor a la congelación y la pérdida de dedos se fue disipando.

—Eres un Nasciturus, un sin derecho. ¿Puedo preguntar qué demonios haces aquí? —interrogó arisco Torgund. Todavía con voz trémula, el muchacho respondió desafiante:

—Lo mismo podría preguntar yo. Pero en vista de que te debo mi vida, te diré que subí para encontrarme.

—¿Para encontrarte? —bufó Torgund—. Menuda chorrada. ¿Acaso estabas perdido?

—Todos lo estamos en estos tiempos —afirmó el muchacho. Torgund lo miró con desdén y refunfuñó de nuevo.

—Dentro de media hora bajaremos de la montaña. No quiero que un raquíico Nasciturus se meta en problemas y acabe castigado por las Matriarcas.

—De acuerdo... Por cierto, gracias por salvarme la vida, yo me llamo... —el chico extendió la mano temblorosa para presentarse. Pero Torgund no le dejó concluir.

—Si hubiera querido saber tu nombre lo habría preguntado. ¿No te parece?

—Supongo que sí. No obstante creo que no hay nada malo en presentarse y en dar el nombre de uno.

—Si supieras el poder de los nombres no darías el tuyo tan a la ligera, mocoso —la voz del hombretón se tiñó de amargura. Permanecieron en silencio durante unos minutos que ninguno pretendió suavizar. Finalmente, ablandado por los recuerdos, Torgund dijo:

—Me llamo Torgund. Torgund es mi nombre —el muchacho alzó la cabeza de las llamas, sorprendido.

—Piro —dijo él, y extendió la mano. Torgund miró con recelo aquel gesto, y acabó estrechándosela fuerte y rápidamente—. Gracias, de nuevo, por salvarme.

—No hay por qué darlas.

—Yo creo que sí. Lo que hiciste fue algo digno de un héroe —Torgund rechinó los dientes y escupió un flemón sobre la nieve.

—A la mierda los héroes. Eso no existe. Y si alguna vez existió, hace mucho que los hemos olvidado.

—Para odiarte tanto a ti mismo y al hombre... no se te da mal sacarlo de apuros —apostilló Piro.

—¿Ahora resulta que eres mi loquero?... Está en la naturaleza de cada hombre que se precie de tal, proteger a sus semejantes, no tiene mayor importancia.

—¿En serio? Cualquiera te diría que eso es lo menos humano que hay... claro que quizá sea por tu naturaleza —Piro escudriñó inquisitivamente a Torgund, mientras este evitaba su mirada—. ¿Qué eres?

—¡Soy el tío que ha evitado que te convirtieras en una mierda de mancha roja contra la pared de la montaña! Eso debería bastar.

—Está bien. Está bien. —El silencio los envolvió una vez más, y solo el crepitar de las llamas arreciaba acompañado con el viento. Tras un largo rato en que el grandullón no dejó de observar a Piro, sintió el impulso de hablar. A su espalda, la espada negra parecía susurrarle para que lo hiciera.

—Antes dijiste que subiste los Tullidos para encontrarte —inquirió Torgund, rompiendo la tensión—. ¿Qué quisiste decir? ¿Qué buscabas?

—Te burlarás de mí o te enfadarás otra vez. No creo que sea necesario hablar de eso.

—No. Por favor. Querría saberlo. Llevo mucho tiempo solo y ya no sé ni lo que son los modales, ni si existen persona buenas en el mundo. Pero creo que reconozco una buena persona en ti, Piro.

—Está bien —suspiró él—. Subí a buscar mi alma.

—¿Tu alma?

—Sí. Sé que suena muy raro, pero en el mundo en que vivimos, allí abajo —señaló las tierras de la Escala—, tengo la sensación recurrente de que se nos ha robado el alma. Y también me digo que esto no puede ser, pues es el último reducto intocable que nos queda; y por ello subo todas las mañanas a los Tullidos. Para encontrarla. Para recordarme quién soy. Para huir del atronador ruido que silencia nuestra vida —Torgund le miraba con atención.

—¿Por qué gritaste Kilumaras al caer? —Piro negó confuso con la cabeza.

—No sé contestar con exactitud a esa pregunta. En ocasiones, en

momentos de necesidad, me viene ese nombre a la cabeza. Siento un impulso irrefrenable de gritarlo.

—Pues cuida donde los gritas. Ese nombre puede llevarte a la muerte.

—De alguna manera ya lo sabía.

—Así que... —prosiguió Torgund— buscabas tu alma —Piro asintió—. Lo comprendo. Yo subo aquí casi a diario también, buscando paz, recogimiento y olvido. Parece que aquí arriba es el único sitio donde uno puede volver a ser uno mismo.

—Esa es la idea.

—Te contaré algo, Piro, sobre ese nombre que gritas y uno de sus fieles custodios. Una muy especial llamada Mystal.

—Nunca he oído tal nombre.

—Ni tampoco escuchaste nunca Kilumaras, y sin embargo lo conoces. *“Me conocerán aunque no sepan mi nombre”*. Eso dijo en una ocasión. Y parece que tenía razón. —Torgund parecía perdido en ensoñaciones pasadas.

—¿Mystal? —intervino Piro, al ver que Torgund divagaba en su mundo interior. Este sacudió la cabeza y volvió al presente.

—Sí, claro. Mystal... Pues como decía, Mystal era uno de los Custodios de la Luz, una Heldere, elegida por Kilumaras. Era la Señora de los Cielos, y como tal, estableció una estrecha relación con las montañas, que antaño conectaban el cielo y la tierra, permitiendo que criaturas y dioses mantuvieran un contacto directo. Eso fue, claro está, hasta que Kilumaras se vio obligado a cortar aquellos puentes y surgieron cordilleras como la que nos encontramos ahora. Los Tullidos. Escaleras directas al cielo que ya no llevan a ningún lado.

—Es preciosa tu historia.

—Y real, maldita sea. Calla y escucha. Desde que Kilumaras cortó ese puente, el hombre perdió todo contacto con lo divino. Al menos directamente. Pero, sin embargo, cuando el hombre asciende la montaña... algo espiritual le envuelve —los ojos de Torgund parecían llenarse de vida—, algo que no sabe explicar. Y esa cercanía con el cielo le reconforta y le hace encontrarse consigo mismo. Esa es otra de las razones por las que ya nadie sube por aquí. Ya nadie busca encontrarse.

—Por eso cuando te dije que subí a buscar mi alma...

—Dudé de ti. Hoy día no puedes fiarte ni del vientre que te parió. —

Escupió de nuevo, esta vez sobre el fuego.

—¿Y ahora por qué no dudas de mí?

—Porque la historia tiene una segunda parte, y una tercera, y una cuarta. Pero la que nos interesa es la segunda en este momento.

—Cuéntamela —solicitó Piro, ávido.

Torgund suspiró.

—Los puentes con el cielo fueron cortados. Pero el hombre no fue abandonado. Mystal lloró amargamente al ver truncada su obra de piedra y Kilumaras se apiadó del llanto de uno de sus Heldere, de modo que le permitió restablecer ese puente de alguna manera.

—¿Cómo?

—Con la muerte.

—¿Perdona?

—La muerte se convirtió en el nuevo puente con el cielo. Las almas de los muertos, livianas como lo fueron en vida, ascienden por las laderas de la montaña en forma de nube. Las de aquellos que en vida fueron malvados se remansan y lamen eternamente las paredes de piedra, añorando ascender, pero sin hacerlo, a no ser tras largos años de contrición. Y lloran amargamente sus penas en forma de lluvia, granizo y nieve. En ocasiones las lloran con violencia, y tenemos rayos y truenos.

—¿Y las almas de aquellos que obraron con justicia?

—Esas... remontan en las nubes, que son balsas para las almas, nubes que han roto sus lazos con la tierra y derivan hacia el paraíso. A medida que las almas ascienden, los colores de la nube se aclaran, se refinan. Van del azul al oro, pasando por el plata más puro, hasta convertirse en un blanco luminoso que brilla demasiado para ser entendido. —Hizo una pausa para suspirar— Veo algo en tu mirada cuando dices la palabra alma. Algo limpio que no veía desde... No lo recuerdo.

Piro parecía perdido en sus pensamientos, sonriente ante aquella historia.

—¿Las nubes blancas luminosas... son las que han llegado allí, verdad?

—Saca tus propias conclusiones jovencito —respondió Torgund, severo, pero sonriente. Se palmeó entonces las piernas y se puso en pie—. Hora de bajar de este montón de piedras y llevarte a salvo de nuevo a tu penosa vida —Piro le devolvió la sonrisa, no sin sarcasmo.

—Quizá no tan penosa ahora que tendré a alguien de quien ocuparme y a quién querer.

—¿No me digas que has adoptado un pulgoso cachorrillo de perro? — Torgund rio fuertemente su propia broma, expulsando cientos de salivazos como si fuera un sabueso. Cuando por fin se limpió la humedad de las barbas, contempló de nuevo a Piro, que le miraba con severidad.

—No exactamente. Voy a ser padre.

Aquello hizo que Torgund se tambaleara por un momento y mirara incrédulo a Piro.

—No puede ser. Las Matriarcas no lo consentirían, eres un Nasciturus, se supone que no tenéis derecho a tener hijos.

—Sí, si nacen esclavos. Las Matriarcas pueden ser muy firmes en sus principios, al menos en apariencia. Pero no tardaron mucho en darse cuenta de que no podrían alimentar ni siquiera la isla superior, a no ser que exista mano de obra que recoja sus cosechas y cuide del ganado. Y ahí es donde entra en juego el sistema de gestación programada.

—Eso me suena como todo lo que inventan esas brujas. ¿Qué demonios es? —farfulló Torgund.

—Sencillamente se nos permite tener un hijo varón a un Nasciturus cada diez años. Nunca hembras, eso se lo reservan para la isla superior.

—Ya veo... ¿Y la madre?

—No hay madre... ni padre. Lo llaman ciencia, o progreso, no recuerdo la palabra concreta. Sencillamente los fabrican ya esclavos y los asignan a un tutor. Figura a la que yo prefiero denominar padre.

—Adoro el progreso —bufó de nuevo Torgund—. En fin, hijo, no sé si darte la enhorabuena o el pésame.

—Yo me daría la enhorabuena. Siempre he deseado tener la oportunidad de ser padre, pero siempre se nos ha prohibido. Al menos así, cada diez años, tienes la oportunidad de ser elegido para tutorizar a un nuevo niño...

—Esclavo —matizó agriamente Torgund.

—Como prefieras. Pero eso no cambia lo que yo pueda sentir por él. Ni cómo lo vaya a educar —el grandullón rio con amargura nuevamente.

—Tranquilo. Ya se ocuparan de *educártelo* conforme a la legalidad

imperante. Vámonos de aquí antes de que me ponga a vomitar —se encaminó hacia el borde de la montaña y comenzó a preparar un nuevo rápel. Ajustaba las cuerdas y las aseguraba metódicamente pero sin prisas, con la seguridad de los años de experiencia—. Y dime, feliz progenitor. ¿Cuándo te entregarán esa nueva criatura que tiene la desgracia de venir a este mundo?

—¿Eres siempre así de amargado, o es sólo por haberme conocido?

—¿Has visto que tenga muchos amigos?... Claro que soy siempre así de amargado chico —Piro le observó mientras se ajustaba un arnés de cuerda por debajo de las piernas.

—Me lo entregarán bajo tutela hoy mismo —afirmó Piro, sin darle mayor importancia, pero de algún modo aquella información impactó a Torgund.

—Repite eso —Piro balbuceó sin comprender.

—Digo que me lo entregarán hoy mismo —Torgund se alejó del abismo.

—Kilumaras... —susurró para sí— ¿Hoy es el día de la cosecha?

—Así es —confirmó Piro. Torgund volvió la cabeza hacia el amanecer. Los soles teñían de rojo el horizonte. Las nubes en la lejanía parecían sangrar y fundirse con las montañas. Hizo entonces lo único que Piro no esperaba. Desenfundó la espada, y el joven dio un paso atrás precavido. La espada era casi tan alta como un hombre y negra como la noche.

Entonces Torgund se arrodilló y clavó la espada en el suelo, con fuerza, quebrando hielo y nieve. Piro no se atrevía a hablar, pero tuvo la impresión de que su rescatador mantenía una acalorada conversación que no podía ser oída desde fuera. Finalmente, doblegó su voluntad ante la espada negra, alzó el puño hacia el cielo, lo bajó con fuerza contra su cabeza y, por último, lo golpeó contra su pecho.

Al ponerse en pie el rostro de Torgund estaba transfigurado. Como si un nuevo propósito se abriera ante él y su vida cobrara al fin sentido.

—Vamos muchacho. Descendamos. Tienes un hijo del que cuidar.

—¿Ya no es un esclavo? —se atrevió a decir Piro.

—Es una persona... y un esclavo. Y puede que mucho más —Torgund hablaba acertijos y Piro no podía descifrarlos. Se pusieron en marcha, descendieron poco a poco, asegurando cada paso contra la pared horizontal.

Tras dos horas de descenso, realizaron una última parada antes de llegar a la base del Tullido. Aprovecharon para tomar un desayuno ligero y

ambos se miraban en silencio.

—¿Qué fue aquello que hiciste arriba? —preguntó Piro.

—Se llama salvarte la vida chaval —Torgund se limpió la leche de cabra del bigote con la manga de su gabardina.

—No... me refería a esto —Piro llevó la mano al cielo, a la cabeza y al pecho.

—Oh... eso. Nada —dijo el otro, mientras seguía masticando cecina seca y le quitaba importancia.

—Venga ya. ¿Espantabas acaso moscas? ¿Y con quién hablabas en la cima?

—¡Contigo maldita sea! ¿Qué más te da?

—Muy bien. Como quieras —se entrometió entre ambos un silencio desagradable e incómodo. Pero al ver el rostro ofendido de Piro, Torgund decidió ceder en parte.

—Baahh... maldita sea. ¿Si te digo que era aquello —y realizó el gesto —, dejarás de preguntar con quién hablaba? —los ojos de Piro se iluminaron.

—Por supuesto.

—De acuerdo... este gesto —lo hizo de nuevo, cielo, cabeza, pecho— es una antigua... invocación. Significa: *Que la luz de Kilumaras, me dé discernimiento, y habite en mi corazón...* ¿Contento?

—*Que la luz de Kilumaras, me dé discernimiento, y habite en mi corazón* —repitió Piro llevando la mano al cielo, el puño a la cabeza y después al pecho—. Es... bonito, creo... y no lo entiendo.

—Ahora es cuando yo digo: Te lo dije. ¿Qué tal si terminamos de bajar? —sugirió Torgund.

—Por supuesto.

Y bajaron, de nuevo paso a paso, colgando en el vacío, Piro delante y Torgund por encima de él asegurándolo.

—Aunque ¿sabes?... —empezó a gritar Piro entre la ventisca que les azotaba inclemente, mirando hacia arriba.

—¿Qué?

—Me acabarás diciendo con quién hablabas allí... y quién demonios eres —Torgund pudo distinguir la sonrisa pícaro de aquel joven desde donde

se encontraba.

—¡La madre que te...! —rechinó los dientes Torgund— ¡Sigue bajando o te corto la cuerda pipiolo!

Superados varios trompicones y no pocos sustos, que hacían al estómago apretarse contra la garganta, plantaron por fin los pies en la seguridad del terreno horizontal, en los pastos verdes y las tierras de cultivo de la tercera isla de la Escala, la isla reservada para los Nasciturus. Una maltrecha mula aguardaba paciendamente, ajena, rumiando con lentitud.

—Ven a mi casa, es una choza humilde y necesita tapar algunas goteras, pero podrás descansar y podré ofrecerte algo para agradecerte tu ayuda —convidió Piro a un desaliñado Torgund, que estaba terminando de enroscar las cuerdas.

—Mejor no —contestó secamente.

—¿No quieres que te vean conmigo, un sin derechos? —preguntó algo molesto el joven.

—Créeme. Eres tú quien no quiere ser visto en mi compañía —y la sombra de la duda bailoteó en los ojos de Piro—. Ha sido un placer conocerte, Piro. Pero ahora nuestros caminos deben separarse —terminó de anudarse las cuerdas sobre el pecho y comenzó a caminar con paso firme.

—¡Espera! No sé muy bien que es lo que ocultas Torgund. Pero quiero que sepas que aquí eres bienvenido. Y me gustaría que algún día pasaras a conocer a... mi hijo. En cierto modo serás lo más parecido que tenga a un abuelo —sonrió maliciosamente, y Torgund se volvió con el ceño fruncido.

—¿Abuelo?

—Bueno, sí. Por haberme salvado y todo eso.

Ambos sonrieron por un instante, compartiendo esa intimidad que solo se obtiene cuando se ha vivido una situación extrema.

—Muy bien. Ya me pasaré —y comenzó a caminar de nuevo.

—¿Dónde podré encontrarte? ¿Irás a la isla de los Consortes? ¿O acaso vives en la isla de las Matriarcas?

Sin mirar atrás, Torgund farfulló.

—Estaré siempre donde se me necesite, Piro. Ni más ni menos.

Y sin más sus caminos se separaron. Piro reanudó sus quehaceres diarios, con la mente ya puesta en el futuro niño que tendría que atender desde aquel nuevo día. Día de la cosecha.

Torgund, por su parte, desapareció entre la niebla matinal, que todavía no se había levantado y cubría gran parte del valle. Dirigió su mirada al cielo, hacia el este.

—Kilumaras —susurró.

El horizonte amanecía rojo como un rubí, más allá del *velo*.

EL CLARO

Era una perfecta cortina de humo que la vista no alcanzaba a traspasar. Tupida y densa, antinatural y misteriosa, tranquila y absolutamente quieta. El humo, la niebla, o lo que fuera aquello, se limitaba a estar, a levitar, y nada quebraba su existencia. No había tiempo, dirección, ni espacio.

Hasta que una brisa pareció soplar. Mas no había brisa, ni vientos en aquel lugar. La cortina de humo comenzó a ondularse juguetona y se abrió entre volutas y espirales de neblina. En pocos segundos un perfecto espacio circular se había formado, la misteriosa humareda parecía fluir desde el centro del claro hacia fuera, para finalmente formar densas paredes grisáceas que cubrían todo el perímetro. Aquella niebla parecía palpitar llena de vida.

Desde un extremo del claro un jirón de humo se retorció y una enorme loba blanca, tuerta de un ojo, se adentró en el espacio abierto. Oteó a su alrededor, se lamió distraídamente una pata y, lentamente, comenzó a erguirse sobre sus cuartos traseros. Segundo a segundo, fluidamente, sin aspavientos, y hasta podría decirse que con cierta belleza, apareció una anciana de rostro duro donde antes hubiera una loba, y acariciaba entre sus dedos un anillo azabache.

La transformación fue tranquila, hermosa, no como las transformaciones que acostumbran a sufrir seres de similar naturaleza, que entre gemidos, espasmos y gritos reflejan el rechazo de sus cuerpos contra esa forma, pues el ente que les domina los tortura de tal modo. No sucedió así con esta loba blanca, último ser de una raza pura ya extinta.

No había terminado de transformarse, cuando desde el extremo opuesto del claro se derramó otro jirón humeante. A grandes zancadas se adentró en el claro un tipo enorme, diríase que casi un gigante entre los humanos. Se dirigió con paso decidido hacia la anciana mientras su larga coleta se sacudía contra la espalda como la cola de un percherón. Una enorme cicatriz surcaba su

rostro y empuñaba un enorme espadón, negro como el anillo de la anciana.

Al mismo tiempo, y equidistante a ambos, un tercer personaje hizo acto de presencia. Su rostro era afable y su sonrisa amplia y acogedora, sus ojos desparejados resultaban cálidos en lugar de inquietantes. Con pasos medidos y suaves, se reunió con ellos; jugueteaba distraído con un colgante oscuro en forma de diente que rodeaba su cuello.

Reunidos al fin, los tres entonaron las palabras: “*Que la luz de Kilumaras me dé discernimiento, y habite en mi corazón*”.

Tras el saludo, el gigantón fue el primero en hablar dirigiéndose a la anciana:

—¡Xila! Perra vieja... ¿Cuántos años han pasado?... sigues igual de hermosa... ¡y qué ojos! —exclamó jocoso.

—Torgund, bruto tarado. Esta perra vieja sigue teniendo malas pulgas, así que ándate con ojo, no te surque la cara para igualártela de un zarpazo. Y a tu pregunta te diré que no han pasado los suficientes años como para haber descansado de tu pestilente compañía —Torgund rio a mandíbula batiente, mientras la anciana le devolvía una sonrisa.

—Veo que nada ha cambiado por aquí —añadió el tercero.

—Bienvenido Kadros. Te echamos de menos todos estos años.

—Gracias, Xila.

—Lo dice solo porque dentro de un instante te lanzará una tropelía de órdago, payaso —sonrió malicioso Torgund.

—Bufón para ti, si no es molestia —respondió divertido Kadros.

Intercambiaron saludos y abrazos y finalmente se sentaron en el claro, sobre lo que podríamos llamar suelo, aunque pareciera una hierba rala y grisácea.

Tomando la palabra, Xila continuó:

—Sabéis por qué nos hemos reunido hoy aquí. Todos lo percibimos.

—Así es anciana. Pero no sabemos cuál de los tres puede ser. Nos basamos en corazonadas y viejas profecías —apostilló Kadros.

—Eso es cierto, Xila. Llevamos demasiado tiempo en la sombra. ¿Cómo saber si es el momento? ¿Y cómo saber si estamos preparados? —preguntó Torgund.

Xila suspiró, acongojada como ellos.

—Tenéis razón. Los Kaimu llevamos demasiado tiempo aguardando y somos muy pocos. Obviamente no estamos preparados. Pero ¿quién lo está? — todos asintieron—. No obstante, para mí las señales son claras, hermanos. Y vosotros debéis pensar de igual modo, o no estaríais aquí.

*“Un corazón de Luz en la piedra enterrado.
Una Tierra en la sombra alumbrada.
El que es y será olvidado.
Por su corazón seremos sanados.
Cuando aquel que vendrá en un cielo llameante sea anunciado,
el día que fructifica la tierra”*

Kadros recitó la estrofa de memoria, recalcando cada palabra. Aunque se detuvo especialmente en aquello que decía: *“Cuando aquel que vendrá en un cielo llameante sea anunciado, el día que fructifica la tierra”*

—Os dais cuenta ¿No? Todos hemos asistido al nacimiento de una nueva vida en nuestros respectivos protectorados. El cielo estuvo ensangrentado en todo momento. Y hoy... hoy es el día de la cosecha en todos ellos, el día que fructifica la tierra.

—Lo sé Kadros —intervino Torgund—. Por eso estamos aquí y no en la taberna más próxima... pero también podría ser casualidad y que estuviéramos viendo fantasmas donde no los hay. Las profecías pueden resultar engañosas y tener múltiples lecturas.

—Podría ser. Pero yo no creo en las casualidades —concluyó Xila—. Olvidemos por un momento las profecías y demás responsabilidades. Analicemos cuál es la situación actual y hasta dónde llegan las garras de los Mork y sus secuaces. ¿Kadros? —La anciana invitó a que Kadros expusiera en primer lugar. Este carraspeó e hizo un extenso monólogo sobre la situación en Mil Ríos, su protectorado. Finalmente, resumió todo lo dicho:

—En resumen. Mil Ríos se rinde a la idolatría, vuelca su alma en el dinero, los negocios y el dominio. La corrupción se extiende desde lo más alto a lo más bajo de la sociedad; los nobles están divididos entre sí, la rivalidad entre las casas de Pemberton y Tyrol resulta especialmente virulenta, y la plebe sufre. Han implantado además una especie de religión aberrante, dominada por los sacerdotes Kohen y cuya cabeza visible actualmente es un

tal Mabruk, que es mucho más de lo que dice ser, y que se ha convertido en el consejero absoluto del estarosta, siendo el directo responsable de la implantación de este culto. Además adoran a varias deidades naturales, pero todas parecen reunirse en forma y sentido en un solo ente, al que se dirigen por el nombre de Baashamel.

—¿Tú crees que tu protectorado está podrido? Espera y verás. —Así comenzó Torgund su respectiva exposición, que se prolongó hasta que dijo—: Por no extenderme más, en la Escala se rinde honor absoluto a su nombre, y llevados por una corrupta perversión de la igualdad han dividido por completo el mundo en escalas. Tenemos a las Matriarcas que lo controlan absolutamente todo a su antojo, tenemos en segundo lugar a los Consortes, que viven en el harén de la segunda isla junto a los Siniestros del Caldero. Y finalmente tenemos a los Nasciturus, los sin derechos, a los que explotan en la tercera isla para que la igualitaria sociedad de la primera isla viva su ideal utopía. Y para perpetuar su régimen retuercen torticeramente la ley y la palabra para que esta les sirva. Todo esto por no añadir a su dios ciencia que todo lo puede... hasta parir niños. —Escupió en el suelo para recalcar el punto y final de su charla.

—Es grave en extremo todo lo que contáis. En la Cascada por su parte han caído en lo más bajo de los instintos bestiales del hombre. La superstición se ve acompañada de la brujería y la magia. Se realizan rituales salvajes, desde para rogar que llueva, hasta para solicitar el favor en el juego. Y el más brutal de todos es el sacrificio de vidas humanas a la propia Cascada, a la que idolatran como a un dios. Experimentan con los fetos de los niños nacidos, o no nacidos. Y se pasan el día atontados y embrutecidos, anestesiados a base de mascar la maldita hierba del diablo.

Cuando Xila terminó los tres se miraron apesadumbrados.

—Y hay algo más —añadió la anciana. Los otros dos la observaron inquietos—. Uno de ellos estuvo presente durante todo el ritual de la colecta. Un Mork, o uno de sus secuaces.

—¿Un Mork, dices? ¿Corpóreo? —Preguntó Kadros, estupefacto. Xila asintió.

—Sentí su presencia, pude ver sus ojos satisfechos al otro lado de la hoguera. Y él me vio a mí. Sin duda era uno de ellos —Torgund escupió con cara de disgusto y trasegó un largo trago de su licor.

Sobrepasados por la magnitud de todo cuanto habían oído, el humilde titiritero preguntó:

—¿Y qué podemos hacer a estas alturas, cuando todo está tan avanzado? —Kadros se mostraba apesadumbrado. Torgund bajó la mirada a sus pies y acercó de nuevo la petaca a sus labios.

—Resistir —sentenció en voz baja Xila. Los otros levantaron la vista —. Resistir, amigos. Vemos la obra de los Mork allá donde pongamos la vista. Vemos diariamente actuar a sus esclavos y rufianes, tanto físicos, como no. Y vemos a la humanidad ignorante y ajena al peligro que la rodea. No podemos convencer a los Perantaraan de la existencia de los Mork, no creen en ellos, los consideran cuentos de vieja. Esa vía está cortada. Ya se han encargado ellos de cubrir sus huellas para que nadie crea en su existencia.

—Esa es su mayor ventaja, Xila —intervino Kadros, cabizbajo—. La humanidad se desarmó voluntariamente al dejar de creer en ellos. Al convertirlos en cuentos y leyendas, dejó de considerar apremiante el armarse contra ellos, y ahora... y ahora esto es lo que recogemos.

—Así es —corroboró Torgund.

—Pero todo responde a un plan que no entendemos, ni siquiera nosotros, los Kaimu —añadió Xila.

—Supongo que sí... —titubeó el gigante— supongo que debe de haber un plan —Xila se volvió hacia Torgund, que expresaba sutilmente con aquellas palabras la duda que corroía su corazón.

—No hagas eso, Torgund. Tú no —la mirada y la expresión de Xila se volvió lobuna por un momento, hermosa, pero temible. Torgund sintió vergüenza y retiró la vista del brillante ojo de la anciana.

—Tienes razón, Xila, disculpa —concedió el gigante, arrepentido.

—¿Cuál es nuestra estrategia entonces? —preguntó Kadros. Xila reflexionó largo rato y finalmente dijo:

—La Cascada, la Escala, Mil Ríos... viven aislados y desconocedores de la existencia de los demás. Exactamente el caldo en el que mejor se expanden los Mork, pues en el aislamiento hay la desesperación y en ésta la entrada al mundo de los hombres. Y vivimos en un mundo desesperado donde pueden campar a sus anchas; la *presencia* cobra fuerza cada día... quizá sea hora de descorrer *el velo, la nada, el manto*, o como quieran llamarlo, y mostrar a los hombres lo equivocados que están.

—¿Hablas en serio? —preguntó Kadros—. ¿Podría ser ese el sentido de: *Una Tierra en la sombra alumbrada*?

—Lo ignoro, mi querido Kadros. Solo hago lo que me dicta el corazón... pero hasta que sea llegado el momento, velad por los niños que nos han sido encomendados, pues tienen un destino en todo este plan, aunque no sepamos cuál es en la actualidad.

La espesa nube dejó de fluir y sus aguas etéreas y tumultuosas se cerraron sobre los tres. El claro desapareció y tan solo quedó la quietud grisácea y expectante.

EXORDIO

El presente texto ha sido recopilado y transcrito por Lothan de Orz, Criptor de Mil Ríos. Las erratas, omisiones, o incongruencias en el mismo son debidas a la pérdida de pasajes enteros de la obra, el amarilleo del tiempo y el olvido de los hombres. El nombre por el que se conociera el texto nos es desconocido, por lo que nos referiremos al mismo, de aquí en adelante, como: El Libro Sagrado de Kilumaras, o sencillamente, el Libro. Se encuentra entre sus líneas una narración mitológica, de interés erudito, sobre el origen de los tiempos y la partición del mundo. Cualquier semejanza con la realidad es pura fantasía...

Era todo un manto de insondable Oscuridad, en el principio...

Lo abarcaba todo y era nada, ilimitada crecía en la nada y se revolcaba en su propia y obtusa simplicidad.

Hasta que Aquel que trae la luz, volvió su vista y la vio. Poderosa, creciente... orgullosa. Y dijo entonces Kilumaras, “El que Ilumina”:

«Por muchos sueños has sido dueña y señora, momento es de confinarte al vacío».

Y la Oscuridad sintió como se ponían límites a su infinitud. Y gritó, pero impelida obedeció.

Dijo entonces Kilumaras: «Démosle a la Oscuridad un guardián que la vele en su encadenamiento». Y dicho esto, Aquel que trae la luz amasó entre sus manos el polvo que durante un sinfín de ciclos se había depositado en la nada.

Toscamente creó dos rocas e impactándolas atronadoramente la una contra la otra prendió la Oscuridad y la hizo retroceder.

Así creó Kilumaras el Sol primordial, el astro que confinaba a las tinieblas más allá del horizonte. Mas la creación rechazó la luz, y por ello sus ojos aparecieran en el firmamento tras la ocultación del astro rey en la época oscura... pero esa es otra historia.

De las pavesas desprendidas en su alumbramiento creó Kilumaras las estrellas y el firmamento.

Pero no era su afán terminar con la Oscuridad a favor de una Luz artificial e impuesta, pues la una no podía vivir sin la otra. Y el recién creado Guardián se agotaba de brillar en su incesante ardor.

Por ello, Kilumaras, buscando el equilibrio entre la Luz y la Oscuridad, creó la Luna. Aunando piedra y astro la hizo brillar, pero ya no más piedra, y ya no más astro. Algo nuevo, la creó.

Por amor al Sol y al universo la creó.

Y puso Kilumaras en una balanza al Sol y la Luna, de modo que cuanto más brillaba una menos así el otro, y el fulcro de la balanza se decantaba entre ellos según su fulgor. Creó de este modo Kilumaras el tiempo y las estaciones. De modo que la luna, agotada de brillar con su pálida luz, abatida, se dejaba caer en su platillo, haciendo que el Sol, más liviano y descansado, ascendiera en el suyo, para brillar fuerte y vigoroso hasta la hora de su retorno.

Y el ciclo entre la Tiniebla y la Luz quedó establecido.

Tomó entonces Kilumaras los dos yesqueros con los que creara el Sol y los frotó entre sí. Y se desmigajaron y deshicieron en fragmentos. Y los fragmentos se suspendieron en el vacío iluminado por el Sol y se

organizaron en galaxias, y así surgieron los cuerpos celestes.

Pero hubo guerra entre los pétreos habitantes del vacío, y de la colisión de unos y otros nacieron nuevos planetas, nuevas estrellas y nuevas galaxias. Y el universo se pobló de astros y creció.

Y Kilumaras estaba contento.

Pero su obra seguía siendo de piedra, gas y materia.

Y dijo Kilumaras: «Escogeré uno de estos planetas y sobre él perfeccionaré mi obra para hacerla más bella de lo que haya sido jamás...»

IV

LA CASCADA

El agua estallaba contra las paredes de la montaña y se perdía más abajo. Más allá de lo que alcanzaba la vista. Allí dónde ni el ojo ni la imaginación podían llegar.

La niña acariciaba ya la docena de años y florecía hermosa, de cabellera dorada y ojos verdosos y vivos como los ríos. El fruto de la juventud era su belleza. Pero una máscara de rasgos duros como los de su madre, su verdadera madre, envolvía aquel rostro juvenil. Como si le hubiera llegado prematuramente la carga de los años.

Gustaba de contemplar las rugientes aguas al atardecer; la caída de los soles y el sonido del cauce le traían recuerdos. No sabía exactamente de qué, pero siempre sintió una extraña atracción por aquel lugar. Como si de algún modo estuviera ligada a él. Un extraño escalofrío recorría su espalda y le hacía sentir que había vuelto a nacer en ese lugar.

Tania, su madre adoptiva, siempre le decía que no se alejara de las frondosas ramas del Bosque Espeso. Que si veía gente se ocultara, y que siempre volviera corriendo lo antes posible a la cabaña que compartían en el bosque. Por alguna razón, no había nada más importante en su vida que ocultarse del resto del mundo. Madre había prometido contarle la verdad cuando tuviera edad para ello, la verdad sobre su nacimiento, sobre la clandestinidad en que vivían, sobre todo. Y como toda muchacha de su edad estaba convencida de que ya estaba preparada para afrontar su destino y tomar las riendas de su vida.

Aunque escapándose de aquella manera para contemplar la cascada demostraba no ser digna de confianza. La culpa y responsabilidad empezó a mellar su orgullo adolescente. Tenía que volver cuanto antes al bosque. Tania

se estaría preguntando dónde se había metido. Aunque probablemente ya lo sabía. ¿A dónde más podía ir? No conocía absolutamente nada más allá de la cascada, ni más allá de la cerca del bosque que lindaba con el único camino existente para ella.

Ambos soles se fundieron con el horizonte, más parecidos a una uña mordida que a un plato redondo. Los últimos destellos dorados se fundieron con la *nada* y la noche entró definitivamente a reinar.

La muchacha retiró sus pies del vacío en que colgaban y los recogió del borde de la cascada. Le encantaba sentarse de aquella manera y clavar la vista en el vacío sin fondo en que se perdía la corriente. Se puso en pie de un brinco, y alegremente, casi con ganas de cantar, se puso en camino dejando atrás el mirador de Bahía Final.

Rápidamente la espesura la rodeó y la envolvió con la seguridad de su conocido follaje. Los acostumbrados sonidos de la noche le dieron la bienvenida: grillos, alimañas y ranas cantaban a coro su peculiar melodía vespertina. Conocía como la palma de su mano aquella sinfonía, que para otros podría pasar desapercibida.

Por eso su mente reaccionó con alarma ante un sonido que no reconoció.

Se quedó completamente quieta escudriñando la noche y constató que la música natural había cesado, cediendo su espacio a aquel sonido de baja intensidad que se captaba con dificultad.

Era extraño, antinatural, como si algo se arrastrara sobre ramillas secas, pero sin cadencia, anárquicamente. Por un momento pensó en el sonido que producía una escoba al barrer un montón de cristales rotos, y aquello no la tranquilizó. ¿Qué demonios producía aquel sonido en la naturaleza?

Aguzó la vista y escudriñó entre los árboles, que repentinamente parecían hostiles. Algo se arrastraba. Algo grande, del tamaño de una persona, o mayor. Provenía del río.

Por un momento la niña comenzó a temblar. ¿Sería el cadáver retornado de algún sacrificio? A Tania no le gustaba la Cascada, precisamente porque era el lugar donde se arrojaban los cuerpos de aquellos rituales. “*Y eso es mal fario, hija*” solía decir.

Ella nunca había presenciado aquellos sanguinarios cultos, pero por las descripciones de Tania deseaba no hacerlo nunca.

Los minutos se arrastraban con la misma pesadez que aquel desquiciante rechinar. Y entonces se alzó ante ella. No supo cómo podía haber llegado tan cerca sin que se hubiera percatado. Pero hacerse esa pregunta ya no tiene importancia si la respuesta te puede matar.

En las sombras oscuras de la noche destacaron dos pupilas horizontales que brillaban diabólicamente, clavadas directamente sobre la muchacha. Ella se quedó paralizada. Como hipnotizada ante aquella mirada.

Distinguía las formas, pero su cerebro no parecía procesar el peligro, sus miembros no reaccionaban y su cuerpo permanecía inerte.

Una larga cola de serpiente ambarina se enroscaba sobre la corteza del roble más cercano; las escamas de cristal que cubrían su piel eran las causantes de aquel enervante rechinar que había escuchado. La cola se prolongaba hasta continuarse, en apariencia de modo natural, con el cuerpo de una mujer, esbelta, bella y de piel albina.

Sus ojos parecieron sonreír de un modo siniestro. Y entonces, un aullido esclarecedor, salido de las entrañas del bosque, hizo despertar a la muchacha de su estupor y permitió que las extremidades de la chica se pusieran en movimiento, a la vez que la enfurecida lamia lanzaba un grito ensordecedor y agudo, como si una aguja desgarrara los tímpanos.

Unos brazos largos y blancos terminados en afiladas garras, se extendieron hacia ella. Pero la niña corría desesperada por la espesura y las garras agarraron el vacío. La lamia gritó de nuevo, desenroscó su cola como si de un látigo se tratara, y reptó a una velocidad inesperada tras la niña. Emitía gritos histriónicos, arañaba los árboles junto a los que avanzaba en oleadas, como hacen algunas especies de serpiente en los desiertos, que en vez de reptar de modo vertical se impulsan con las sacudidas horizontales de sus cuerpos. Abría la boca y escupía salivazos a cada gemido, dejando apreciar las dos hileras de dientes cónicos que revestían sus fauces. Y su melena, de un rojo infernal, estaba erizada, como si en vez de pelo fueran llamas.

Se escuchó de nuevo un aullido que provenía del bosque.

La niña trató de zafarse de su perseguidora colándose entre una serie de árboles muy apretados entre sí. Pero la lamia embistió con su poderosa musculatura contra la muralla de madera, tirándola abajo y lanzando una lluvia de astillas que surcó el rostro de la niña de arañazos.

Con la cara ensangrentada y trastabillando, cayó al suelo. Se limpió como pudo la sangre de los ojos, y cuando alzó de nuevo la vista, contempló la diabólica sonrisa satisfecha de aquel ser enmarcada en el manto de estrellas nocturno.

El monstruo abrió sus fauces babeando sobre la muchacha, que, aterrada, no podía ni gritar.

Se escuchó otro aullido, esta vez más cercano, más apresurado.

La criatura alargó sus garras hacia el rostro de la chica y tomó su cabeza entre sus asquerosas zarpas de tacto frío y reptiliano. Acercó su carita inocente hacia sus fauces, y las abrió de par en par; un hedor a podredumbre y corrupción inundó los últimos segundos de vida de la niña.

El aullido tronó en el bosque, y un rayo blanco golpeó a la bestia por el flanco, haciéndola caer sobre el costado y liberar a su presa.

Una loba enorme, blanca y tuerta rodó por el suelo. Rauda, se incorporó mientras enseñaba los dientes y alternaba entre ladridos, aullidos y amenazas que brotaban de su garganta. La lamia se revolvió y siseó amenazadoramente en su dirección.

Sin dar tiempo a su contrincante, sacudió su cola como un látigo y golpeó el árbol donde un segundo antes había estado la loba, que ágilmente dio un salto a un lado y rodó sobre su lomo esquivando la amenaza. El árbol se partió por su base y se desplomó agónicamente con un gemido de madera crepitando.

La lamia sacudía el látigo de su cola alrededor suyo, y la loba esquivaba una y otra vez los golpes, mientras los árboles sufrían las consecuencias.

El monstruo empezaba a dar signos de cansancio, la niña también estaba agotada, y por eso atribuyó a su imaginación lo que acto seguido creyó escuchar. La lamia parecía dirigirse a la loba y esta le respondía. Hablaban, si es que esto era posible. No articulaban sus labios, pero la niña podía entenderles.

—*No deberíassss esstar aquí* —siseó la lamia.

—¡Calla y no hables más! ¡Vuelve con tu amo! —ordenó imperiosa la loba.

—*Enfréntate a mí. Ssssin trucos. Tú y yo. Midiendo nuestrass fuerzas como antaño... Xila.*

—¿Puedes ver algo más allá de mi nombre, bestia? —el monstruo entrecerró sus parpados y volvió a sisear, esta vez con un tinte de molestia.

—*Ya lo sabes.*

—Pues comprobemos si viste esto, demonio.

La loba cargó de frente contra la bestia, que, emocionada, gritó embriagada de placer, pues sus provocaciones parecían haber llevado a su rival a un ataque frontal. Y sabía que en una contienda mano a mano, no tendría rival.

Cargó su látigo y lo descargó contra la loba cuando esta saltaba en el aire. La musculosa cola trató de alcanzar a su enemigo, pero este apoyó sus cuartos traseros contra un árbol cercano en pleno vuelo y cambió la dirección de su cuerpo en el último instante. El tronco estalló en una rociada de madera y astillas que por un momento hizo que la lamia perdiera de vista a la loba.

Solo la volvió a ver cuando le hundió las fauces en el cuello y le retorció la garganta. La lamia trató de enroscarse, trató de gemir, y se sacudía intentando aplastarla atrapándola en el abrazo mortal de su cola.

Pero su rival no soltó la presa que sus dientes hacían en la garganta y hundió todavía más sus fauces, hasta que la bestia dejó de resistirse y con unos últimos espasmos quedó inmóvil. La lamia cerró lentamente los ojos mientras sus caprinas pupilas perdían toda luz.

Solo entonces la loba liberó sus dientes y quedó contemplando su macabra obra. Cuajarones de cálida sangre negruzca cubrían su hocico, y una tupida manta del mismo color se deslizaba por el pelaje de su cuello y le empapaba el pecho hasta los codos. Fue ahí cuando desvió su atención hacia la niña, que permanecía postrada en el suelo, aterrorizada, contemplando sin dar crédito a la escena de pesadilla de la que era testigo.

La loba simplemente la contempló con aquel ojo azul. A la muchacha le pareció que aquel animal realizaba un ligero cabeceo, como si fuera un gesto de cortesía, y acto seguido se perdía entre la maleza del bosque a toda velocidad.

Todavía paralizada y estupefacta, los gritos de una mujer la sacaron de su ensueño. Era Tania, que a la carrera recorría los bosques buscándola.

—¡Estoy aquí, madre! —atinó a decir la niña en voz alta. En pocos

segundos apareció una mujer de mediana edad, curtida por el sol y los elementos. Su rostro era severo, mas sus facciones bellas. Empuñado con ambas manos, portaba un bracamarte, y llegó donde se encontraba la niña como una fiera, lista para golpear a cualquiera que amenazara a su cachorro. Tras valorar de un rápido vistazo la situación se aproximó a su hija.

—¡Sera! Maldita sea —abrazó a su hija, y entonces reparó más detenidamente en la peste que despedía el cadáver de la lamia—. ¿Qué demonios ha pasado aquí, Sera?

La niña apenas podía balbucear unas palabras.

—No lo sé. Pero ella me salvó.

—¿Quién? ¿Quién te salvó? —Tania sacudía a la niña tratando de sacarla de su parálisis. Entonces Sera volvió su rostro desenchajado hacia su madre.

—La loba.

Ahora era el turno de Tania para sentir estupor y rememorar terrores pasados. Repentinamente, todo se agolpaba en su mente como un mazazo a la tranquilidad de los años vividos en la clandestinidad.

Recobrando la compostura dijo:

—Explícate.

Y Sera relató todo lo sucedido con pelos y señales, desde que saliera aquella tarde a contemplar el ocaso de los soles, hasta que Tania la encontró aterida de frío y terror junto al cadáver de aquel monstruo.

Tania rumiaba las palabras de su hija y recordó una noche hacía doce años, cuando una matrona algo chiflada llegó hasta su cabaña en el bosque, y desesperada le solicitó ayuda. Todo lo que aquella mujer contó le resultó absolutamente demencial, pero Tania la dejó hablar, pues la posibilidad de tener una hija propia aunque fuera saltándose las normas de los druidas, no era cosa que pasara todos los días. De modo que la pequeña Sera, pues así la llamó, quedó a su cargo y la matrona desapareció para nunca más saber de ella.

Pero aquella mujer le advirtió sobre muchas cosas, algunas obvias, como que no dejara que la muchacha fuera vista y que velara por ella; y otras estrafalarias, como que permaneciera atenta a una loba blanca y tuerta, pues algún día volvería.

Escuchar el relato de Sera hizo que Tania se estremeciera, al constatar

que todo lo que había considerado fábulas y cuentos de una vieja decrepita podían revestir algo de verdad.

Abrazó de nuevo a su hija.

—¡No vuelvas a alejarte de mí! —sentenció amorosa y severa.

—No, madre.

Se pusieron en pie y contemplaron el cadáver de aquella cosa.

—Madre. ¿Qué es? ¿De dónde ha salido? —Tania reflexionó, y decidió que la verdad era lo mejor que podía decir.

—Una lamia de río, hija mía.

—Creía que eso no eran más que historias y leyendas —Tania asentía.

—Yo también, Sera.

—¿Y de dónde vienen? —Tania recordó las historias de la matrona. Y aunque hacía años supuso que eran todo mentiras, teniendo ante sus ojos la prueba palpable de aquellos cuentos, no podía descartar que todo lo demás no fuera cierto.

—Una anciana me contó una vez que las lamias, así como las equidnas y otros seres de leyenda... puede que empiecen a ser más reales en nuestros días de lo que creemos. Dijo... que la naturaleza se estaba corrompiendo. No sé qué quiso decir con aquello, pero fue lo que dijo. —Mirando incrédula la lamia que yacía pútrida a sus pies, añadió— También me explicó que estos seres son el producto de mujeres que pactaron cosas innombrables con serpientes, e hicieron actos bestiales con las mismas.

Sera buscó la mano de su madre y se la estrechó, sacándola del hechizo maligno en el que estaba ensimismada al ahondar en sus recuerdos.

—Vámonos a casa, Sera. Y prométeme que no volverás a alejarte sin avisarme de donde estás.

—Sí, madre. Lo prometo.

Ambas se abrazaron y cogidas de la mano volvieron sus pasos a la cabaña en el bosque. Tania no podía dejar de sentirse inquieta. Si las lamias eran reales... ¿Qué más lo sería?

En el bosque, entre dos altos setos, un único ojo vigilante observaba cómo las dos mujeres abandonaban el cadáver de la bestia.

* * *

La cabaña del gran druida no era muy diferente de la de cualquier otro habitante de la aldea. A no ser por la trampilla que se abría bajo una enorme piel de oso y que en todo momento mantenía oculta a cualquiera ajeno a la orden.

Unos maltrechos escalones penetraban en la tierra y desembocaban en lo que el poderoso Jnum gustaba en llamar el “laboratorio”.

Alambiques, probetas, tubos de ensayo, pequeñas hogueras, y recipientes de todo tipo forma y tamaño decoraban la estancia. Además de una no menos macabra selección de esqueletos, cráneos de pequeños animales, y algún otro espécimen que exponía disecado. Algunos de los frascos y recipientes conservaban seres en distinto estado de maduración. Había fetos, crías y ejemplares jóvenes conservados en alcohol. Y si uno se detenía a observar, cosa que nadie osaba hacer, percibía el sospechoso parecido con un cuerpo humano que tenían muchos de aquellos experimentos.

El maestro se hallaba enfrascado en una ardua reflexión, volcado sobre un mortero de considerable tamaño. Alargó sus afilados dedos hacia una generosa planta de hojas ponzoñosas que colgaba a su espalda. Tomó un par de hojas y las machacó concienzudamente. Un extraño aroma empezaba a emanar de la mezcla, y el gran druida lo inspiró con delectación.

El curso de sus experimentos se vio interrumpido por la intromisión de uno de los acólitos que entró en la estancia con la cabeza gacha, atemorizado y reverente.

—Excelso Alquimista —exageró la reverencia hasta casi tocarse los pies—. El envío partió esta misma mañana.

Jnum se tomó unos instantes para responder, o siquiera darse por enterado.

—Magnífico —giró sus odiosos ojos hacia el acólito—. ¿Han pagado?

—El precio convenido. Como siempre, puntuales, mi señor; cincuenta sacas repletas.

Dos acólitos más hicieron acto de presencia cargando dos de las sacas. Jnum se levantó de su asiento. Se hizo hueco entre sus lacayos y abrió la primera de ellas. Entonces su rostro cambió, su voz cambió, y ya no más parecía el gran druida sino algo distinto.

Tenía entre sus dedos un ramillete de hojas, idéntico al que acababa de

utilizar en su mortero. Sus ojos brillaban de deseo. Inesperadamente, el acólito más longevo se aventuró a preguntar.

—Señor... ¿De dónde provienen esas plantas? ¿Y adónde se envía nuestro producto? —la mirada de odio perfecto lanzada por el gran druida atemorizó a los presentes. No fue un vistazo cargado de rabia, ni siquiera una mirada intensa rebosante de ira. Los ojos del gran druida rezumaron odio, si acaso podéis imaginar lo que digo. Odio por todos y a todo.

—La ignorancia es la fuerza, maestro. No quieras perderla toda de una vez —sonrió malicioso.

El anciano se apresuró a decir:

—Pero si algo os pasara, mi señor... vuestro conocimiento, nuestro sustento, nuestro modo de vida... alguien tiene que saber ese tipo de cosas para poder continuar vuestra obra —Jnum le observó, pensativo.

—No te falta razón, anciano... pero por tu modo de hablar diría que conspiras contra el orden establecido, e incluso contra mi vida —a un gesto rápido del gran druida, los otros dos acólitos aferraron al maestro por los brazos, inmovilizándolo—. Yo fabrico la hierba, y solo yo. No depositaré ese conocimiento arcano en un aprendiz de químico de tres al cuarto. Pero ya que tanto deseáis usurpar el cargo... tal vez podáis desentrañar el misterio sobre su composición probando una dosis completa, maestro. Tomadlo como una muestra de cortesía.

Jnum asió un cucharón y extrajo el producto machacado del mortero. Abriéndole bien la boca al desamparado anciano, le forzó a ingerir un bolo enorme del producto sin depurar.

—Saboréalo, hermano, y dime qué se siente al probar la hierba en su estado más puro y sin adulterar —el anciano convulsionaba, y empezó a babear con profusión—. ¿Oyes ya las voces, viejo? ¿Te susurran al oído?

El maestro cayó al suelo retorciéndose; la base de las uñas de manos y pies comenzaron a sangrar.

—Deja que entren las voces, viejo. Y tu sufrimiento terminará y... compartirás la esclavitud.

Desde el suelo, balbuciendo palabras inconexas, el desgraciado clavaba sus ojos sobre Jnum, hasta que los clavó en el vacío. El anciano movía los labios, mantenía un diálogo silencioso, y el gran druida lo observaba todo como el que observa una cobaya y la analiza. Al final, el

nonagenario, con la vista en el infinito expresó con voz ahogada pero con absoluta claridad:

—No doy mi consentimiento... No os lo doy —Jnum aproximó su cara a la del anciano, y con un tono de voz conspirador le habló al oído, mientras los ojos de terror del moribundo cambiaban a cada palabra que escuchaba.

—Ni falta que hace, abuelo. Las voces no han pedido tu consentimiento... esa es una puerta que abriste hace mucho tiempo. Y créeme. Hay puertas que nunca deberían abrirse. ¿Tu consentimiento?... lo tienen.

El anciano convulsionó nuevamente y escupió sangre. El gran druida se dirigió con un gesto desdeñoso a sus acólitos, que ocultaban su propio terror bajo un rostro pétreo:

—Sacad de aquí la basura. No quiero verle hasta que las voces lo hagan entrar en razón.

Uno de los acólitos empezó a arrastrar al anciano por las escaleras, y Jnum se volvió hacia el segundo.

—Tú —le señaló con un esquelético dedo—. Acércame esa vasija.

El joven obedeció. Entregó la vasija y se apresuró a salir del laboratorio, no pudiendo evitar ver el contenido del recipiente. Parecían pequeñas falanges, huesecillos de manos, pero desde luego no eran manos de adulto.

Jnum tomó un puñado, como el que agarra unos guijarros, y los arrojó al interior de su mortero, donde terminaba de mezclar la hierba para hacer la pasta que luego distribuiría a todo el pueblo.

El acólito subió las escaleras para desaparecer. En sus oídos todavía podía escuchar el rechinar que emitían los huesecillos al quebrarse en el mortero de Jnum.

V

MIL RÍOS

La labor de un investigador, o detective, o husmeador, es bien sencilla. Sacar la mierda a la luz. Buscarla allá donde se encuentre y hacerla pública, para el beneficio de una persona, un grupo o una nación; generalmente la primera de estas opciones resulta ser la correcta.

¿Qué sucede, entonces, si los mismos que te pagan el sustento por dar con las respuestas, pretenden enterrarlas?

Aquella era la pregunta que llevaba haciéndose doce largos y estúpidos años, que sentía había perdido al servicio de una causa y un gobierno corrupto. Y no se quejaba. Al menos la minuta daba para beber hasta dejarse el hígado como una uva pasa.

—¡Otra ronda, tabernero! —reclamó con lengua de trapo y a voz en grito, mientras golpeaba la jarra de barro contra la barra. El encargado se aproximó con parsimonia hacia el cliente, terminando de secar un cuerno en el que algún parroquiano había terminado de ahogar sus penas. Era habitual que hubiera borrachos en el Alegre Juglar, pero no solían vestir chaqueta de corte con solapas, abotonadura de oro y botas de cuero. Aquel hombre, a pesar de lo desaliñado de su aspecto, debía venir de la capital, de la Fortaleza del Agua. Y en la aldea de Borda no estaban acostumbrados a tales atenciones por parte de los estarostas, de modo que el tabernero decidió darle una oportunidad antes de proceder con el protocolo estipulado para ebrios y maleantes. La triple D: *Desembolsa, descalabra y desaparece*. Así la llamaba el hombre que se hacía llamar...

—Me llamo Lucius. Te informo, por si saber mi nombre te ayuda a pedirme la cerveza con mayor educación, amigo —el borracho alzó los ojos con dificultad. Bufó con ironía, se apartó de la barra y realizó una reverencia.

—Y yo me llamo Lúpulo Cebadilla... así que sírveme otra mierda amarillenta de cabra, de esas que pones aquí y haces pasar por cerveza... Lucius —replicó deletreando con sarcasmo cada sílaba.

La reacción no se hizo esperar. Dos gorilas de brazos enormes y cara de pocos amigos aferraron por los hombros al borracho y le dieron la vuelta. Contrariamente a lo establecido por la “triple D”, omitieron el paso uno y saltaron directamente a la fase dos: “*descalabra*”.

—¡Fuera de aquí! —mugió el primero.

En respuesta a su solicitud una nariz bastante enrojecida sorbió sonoramente una generosa cantidad de mucosas.

—Tú primero —respondió el borracho.

—Eres tú el que se va, imbécil —intervino el segundo mastín cuyo cuello era tan ancho como sus hombros.

Casi sin poder abrir los ojos, el forastero se volvió hacia el que le increpaba.

—¿Hablabas conmigo?... —silencio—. Eso me pareció. Hablabas con tu colega, aquí presente —la situación no mejoraba, y el hecho de que aquel apuesto borracho abrazara al gorila y le sacudiera amigablemente los hombros no mejoró la escena.

—Le decía a tu amigo, que él primero... Que, en efecto, será el primero en llevarse una guantada de canción de gesta.

El borracho se volvió como un torbellino, con el puño cerrado, y lo descargó contra la mandíbula del primer gorila. Sorprendentemente, la audiencia contempló cómo el gigante giraba sobre sus pies y caía con la barbilla contra una mesa cercana, convirtiendo todo en un revoltijo de comida y vajillas.

Aunque impresionante y eficaz, no hubo segunda parte. En respuesta, el otro gorila le aplastó la nariz contra la barra y lo arrojó de una patada a la calle, donde estrelló el rostro contra un enorme charco, que resultó no ser agua.

Y así llegamos al paso tres: “*Desaparece*”.

El caballo que se hallaba sobre su cabeza relinchó, displicente, y siguió su camino. Las risas de los comensales quedaron acalladas cuando la sólida puerta de roble de la taberna se cerró a sus espaldas.

Y Varley, que así se llamaba el ebrio protagonista de esta historia, se

volteó sobre el suelo como una croqueta, para quedar boca arriba contemplando el cielo al cálido abrigo de una buena meada de percherón. Una suerte que le hubieran partido la nariz, se dijo, el pis fresco de caballo no huele apenas cuando tu nariz parece una zeta rojiza y sangrante.

Al cabo de unos minutos, cansado de las constelaciones, o de la humedad del suelo, decidió incorporarse. Y contrariamente a todo razonamiento lógico, abrió la puerta de la taberna y entró de nuevo.

La parroquia del Alegre Juglar recibió con un silencio cerrado a Varley. Se podía oler el silencio y cortar el hedor a sudor rancio, pensó Varley. Claro que estaba borracho y quizá no pensaba con claridad.

Arrastrando los pies se acercó hasta la barra.

—¡Dos cervezas, so mierda! —las jarras vacías se acumulaban bajo sus narices sangrantes, y el olor a cerveza le hacía salivar como a un caniche en celo.

Los dos gorilas aparecieron de nuevo a su espalda. El tabernero, incrédulo, intervino antes de que la situación se tornara más desagradable.

—Hijo... estás manchando la barra de sangre. Sé listo. Da la vuelta y vete por donde has venido —Varley sorbió por la nariz una vez más y miró de reojo sobre sus hombros. Después, con aire conspirativo, se aproximó al rostro serio de Lucius.

—Mira... he venido a tomarme un par de cervezas. Pero ya que tú no me las sirves tomaré estas —en un parpadeo, Varley aferró dos de las jarras que reposaban tranquilas sobre la barra, y girándose de golpe, las estrelló contra las cabezas de ambos matones. Las jarras estallaron en pedazos, no así las cabezas. Los gorilas pusieron los ojos en blanco y cayeron al suelo sonoramente, como si los hubieran talado a hachazos. Satisfecho, el detective devolvió su atención a Lucius, el tabernero, que lo observaba con la boca abierta.

Varley arrojó al suelo las asas de las jarras que todavía empuñaba de manera absurda.

—Bien, ahora... ¿por dónde iba?

—Quer... quería usted otra cerveza, señor —balbució Lucius.

—Olvida la puñetera cerveza —desdeñó Varley, golpeando con el puño sobre la barra—. Aquí tengo de sobra —y aferrando un par de jarras abandonadas por otros clientes, las apuró hasta ver el fondo, eructó, y continuó

hablando y bebiendo—. Llevo una docena de años dando tumbos por todo el continente y gasto un humor algo peliagudo... Ya me lo han dicho, no insistas —interrumpió al tabernero, que parecía querer decir algo—. El caso es, que se supone que estoy de servicio, ¿sabes? Trabajo. Y en mi largo periplo laboral he escuchado de todo, leyendas, historias de vieja, cuentos de borracho y hasta poetas callejeros. Sinceramente estoy muy hartos.

—¿Y encontró lo que buscaba? —preguntó Lucius, que volvió a restregar las jarras más tranquilo. Varley sonrió de lado.

—En parte sí. Pero me falta algo vital. Pruebas. ¡Maldita sea! Necesito pruebas hasta para ir al baño. Nadie cree en nada ni en nadie ya. Era más sencillo cuando la gente creía en algo. Al menos tenían la mente abierta. Ahora están más cerrados que las piernas de una doncella —agarró otra jarra, aguzó el ojo hacia el fondo, encogiéndose de hombros, y la apuró.

—¿Y qué le ha traído hasta Borda? ¿Encontrará aquí esas pruebas?

—Seguramente no, amigo. Ya estoy acostumbrado. Busco a una persona.

—Conozco a todo el mundo en un radio de tres aldeas, quizá pueda ayudarle — Varley miró con sospecha al tabernero.

—¿Y por qué ayudarías al tipo que acaba de abrirle la crisma a tus dos osos cavernarios?

—¿Sinceramente?

—No. Olvida la sinceridad, está sobrevalorada. Dime lo que te dé la gana —Lucius asintió, concediéndole aquel tanto, y añadió:

—Quiero que se vaya. Y si para ello solo necesito decirle donde está una persona... pues francamente, pregunte por mi madre si lo desea. Le indicaré el camino más corto a Villagusano, donde se estará pudriendo esa bruja.

—Ah... el amor materno filial... entrañable —ironizó—. Pues fíjese si es casualidad que busco a una madre.

—¿La mía?

—¡Ni en broma, hombre! Busco a una mujer que vive más allá del Risco, cerca de la aldea de Borda, a la cual tengo el gusto de vaciar de viandas en estos momentos. Se llama Lilian, y está resultando un verdadero grano en el culo dar con ella —Lucius abrió los ojos y sonrió.

—¿Lilian? ¿Lilian Roswood? —inquirió el tabernero.

—¿He dicho apellido? No, no lo recuerdo. ¡Qué me importa! ¿Conoces una Lilian, o no?

—Lilian Roswood, la loca —rio Lucius—. Buena suerte amigo. Está como para arrojarse desde el dedo de Kilumaras. Hace doce años murió su hijo y desde entonces no ha vuelto a ser la misma.

—Suenas como algo lógico, yo creo —por un instante, el semblante de Varley se cubrió con una extraña sombra, como si estuviera rememorando sus propios demonios.

—No, no. En serio. No es la misma —Lucius dibujó un rostro serio que por un momento calló a Varley—. Hable con el viejo Tom en la aldea. Él le puede poner al día.

—Estoy cansado y lo que es peor, borracho como un grillo. No voy a buscar al viejo Tom, ni a nadie de su quinta. Dime lo que sepas, y ya me apañaré con eso.

—Yo no sé gran cosa. Solo lo que cuentan. Historias sobre la bella Lilian, que empezó a pasear sola por el bosque donde desapareció su hijo. Boyeros que aseguran haberla visto desnuda, haciendo gestos obscenos en el barranco donde encontraron el cuerpo del muchacho; los hay, incluso, que dicen haberla pillado excitándose sola entre el follaje. Ella no era así se lo aseguro. Era una buena mujer —Varley movía la nariz de un lado a otro, sorbiendo ruidosamente. Había entrado en el modo Varley, su “método”, como él lo llamaba. Era su estado personal de catarsis investigadora.

—¿Qué más cuentan? Pero antes... ponme una cerveza de verdad. Estoy hartándome de beberme las flemas de otros —Lucius llenó una jarra hasta rebosar y continuó.

—La han visto hablando por las calles de noche, pero nadie conseguía entender nada, como si no hablara nuestro idioma. Algunos dicen que le habla a la luna; yo no lo creo, pero es cierto que se oculta de la mirada de los soles durante el día. Y ya sabe, las viejas aseguran que teme el juicio de Kilumaras y otras sandeces y por eso se esconde de su vista.

—Sí que son sandeces, en efecto —Varley bebió, no del todo seguro de si lo que decía era a su vez otra sandez.

—Y la cosa solo ha ido a peor —rezongó Lucius—. Fue a partir del baile de año nuevo. Lilian se paseaba por las fiestas de Borda, como hace media región, nadie le prestaba atención, pues *todo el mundo está ya*

acostumbrado a su presencia. El caso es que, sin previo aviso y con los ojos desorbitados, se aproximó al alcalde de Borda, que disfrutaba del evento como cualquier otro vecino, y sin mediar palabra, clavó su dedo en él y empezó a reír desenfrenadamente. Una risa maligna, se lo puedo asegurar yo.

—¿Y entonces?... ¿Mató a alguien?... ¿Qué?

—No, no, para nada. Pero disolvió la fiesta ella solita. Empezó por revelar en voz alta que nuestro querido alcalde engañaba a su mujer con la hija del panadero, y a partir de ahí, comenzó a girarse a un lado y a otro, revelando los más íntimos y sucios secretos de los presentes. Como puede imaginar... la fiesta terminó rápido.

—Ya veo. Y dígame, mi estimado dispensador de bebidas que alegran el alma... ¿era cierto lo que decía?

—¿Lilian? —Varley asintió—. No lo sé y no me importa, hay una especie de acuerdo tácito en el pueblo. Se asumió que eran todo desvaríos de la mujer. Claro que las cosas que dijo... muchas de ellas se descubrió más tarde que eran ciertas. Así que desde entonces se la evita en general. La gente tiene cierto... respeto... miedo.

—Entiendo —no entendía ni media.

Varley supuso que Lucius callaba gran parte de lo que sabía. Pero prefirió no indagar en los secretos que pudiera haber revelado aquella mujer sobre el tabernero de borda, era irrelevante para su investigación.

—Bueno, amigo. Pues lo ha conseguido. Ya me voy. Tengo una loca peligrosa a la que entrevistar, deséeme suerte.

—Suerte, señor —Varley salía ya por la puerta con paso inseguro, cuando se giró de nuevo, hurgó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo dos gúldenes de oro con el escudo del estarosta. Los arrojó hacia Lucius, que los atrapó incrédulo.

—Ten. Por las molestias. Eso paga de sobra mi consumición, los desperfectos y la tinción de láudano que necesitaran esos dos cuando despierten —señaló a los dos gorilas inertes en el suelo, y agarrando un sombrero de ala ancha del perchero, se lo encasquetó y salió a la luz de los soles. Eso cubría el “*desembolsa*” de la lista. Nunca falla.

Haciéndose sombra con la mano, miró directamente ambos astros y, socarronamente, dijo:

—Kilumaras ¿eh? No me pongas esos ojos hombre —y se dispuso a

buscar una carreta que le llevara hasta la aldea más allá del Risco.

* * *

La ruta por los bosques del Risco duró cerca de dos largos días, que Varley pasó tumbado sobre el suelo de una carreta que olía a leche agria y pescado podrido. El carretero fue el único que se mostró dispuesto a llevar a aquel extraño hasta la aldea, todo por un equilibrado precio ajustado a la avaricia del conductor. Varley entraba y salía del sopor etílico que se había autoinducido días atrás. Cuando abría los ojos, contemplaba el lento discurrir del techo del bosque; después contemplaba a las dos mugrientas mulas que tiraban del carro, entonces se planteaba si habría llegado antes a pie, y acto seguido echaba otro largo trago y seguía durmiendo.

Su conductor aseguraba que el bosque del Risco era el más hermoso de Mil Ríos, no obstante, Varley solo quería que aquel paseo terminara; aquellos árboles le resultaban opresivos, y de alguna manera, parecía que las ramas se alargaban hacia el caminante tratando de atraparlo. Cuando eso sucedía, Varley recordaba su credo: *No creo en nada*. Y entonces todo temor desaparecía. Y si no... siempre tenía una botella de algo fuerte cerca, a la que recurrir para matar aquellas sensaciones.

Cuarenta y ocho horas más tarde llegaron a la Aldea, población diminuta de título absurdo e inconsecuente, que alguna mente pensante determinó sería un buen nombre para un pueblo.

Como buen sabueso que sigue las más sutiles pistas, Varley hizo lo que cabía esperar de él. No en vano, eran doce años de dar tumbos sin rumbo por todo Mil Ríos. De modo que preguntó por el tugurio más próximo, y terminó en el único local de toda la Aldea que respondía a esa definición: La Posada del Tunante.

La escena subsiguiente debió de ser un calco de la descrita en Borda, al igual que esta lo fue de lo sucedido en La Espuela, que a su vez era una copia de lo ocurrido en el Límite. El resumen que cabía hacerse de lo acontecido, podría determinarse enumerando aquello que Varley hizo en su breve estancia en aquel local.

Desaguó tres jarras de cerveza en su colete sin pestañear.

Cruzó dos caras, una de ella muy fea, perteneciente al viejo Tom.

Y obtuvo una dirección fiable.

Aquello era todo cuanto necesitaba. Pagó al tabernero dos gúldenes de oro, “por las molestias”. Y salió raudo, en busca de una pequeña granja a las afueras de la Aldea.

No tardó mucho tiempo en dar con ella, respondía bien a la descripción que había hecho el viejo Tom antes de mearse pernera abajo.

Llegado a la sólida puerta, Varley aporreó con la soltura de un vendedor ambulante la madera y esperó respuesta. Pero aquella no llegó.

Empujó ligeramente la puerta y la misma cedió sobre sus goznes sin dificultad. Una penetrante oscuridad le devolvió la mirada.

—¿Hola? —preguntó—. ¿Lilian Roswood?

No hubo respuesta. Así que entró, cerrando la puerta tras de sí. Aquello no le daba buena espina. En silencio, aventuró un par de pasos sobre la vieja tarima, que gimió lastimera sobre sus grandes botas. “*A la mierda el sigilo*”, se dijo. Y avanzó con decisión. Encontró unas rudimentarias escaleras que ascendían a la primera planta, y entonces fue cuando lo percibió por primera vez.

Olía a huevos podridos, a azufre. Varley pensó que la casa llevaría tiempo abandonada y la comida de la cocina estaría pudriéndose. Pero, al girar la cabeza a su derecha, observó que la cocina estaba allí y que el apestoso hedor provenía de la escalera. Algo no estaba en su sitio. Incluso un detective borracho, amargado y con la nariz rota podía percibirlo.

Ahora podría escribir aquí unas líneas sobre cómo subió decididamente los escalones para desentrañar aquel misterio. La realidad es que, cagado de miedo y a trompicones, subió las escaleras medio borracho y preguntándose qué narices estaba haciendo.

La escalera desembocó en un oscuro pasillo, y allí el olor a huevos podridos se vio acompañado de repente por el frío. «*¿Qué demonios? Si debe ser casi verano*». Hablaba para sí tratando de darse ánimos, y no le funcionaba.

Avanzó inseguro hacia las habitaciones, tuvo que cerrarse la chaqueta y abrazarse el pecho para darse calor, y veía cómo su aliento se congelaba al salir de su boca en pequeñas nubecillas. «*No es natural, da la vuelta Varley*». Pero no volvió.

Un hilillo de luz procedente de una vela se filtraba bajo la puerta al

final del pasillo. Temblando, se aproximó y colocó la oreja sobre la madera escrutando el interior. Distinguió dos voces. Parecían dos hombres. Uno de voz serena y autoritaria parecía dar órdenes, el otro tenía una voz áspera y deforme. Tan deforme que Varley no entendía lo que decía, era casi como si hablara en otro idioma.

Permaneció escuchando unos minutos y, por seguridad, desenfundó el elegante sable que llevaba al cinto y que nunca sacaba bajo ningún concepto, pero estaba aterrado, era absurdo negarlo. Por supuesto no pensaba intervenir, tan sólo estaba recabando información, pero entonces el de la voz áspera gritó, un grito como nunca había oído antes. Los cristales de las ventanas estallaron, Varley salió despedido hacia el pasillo rodando por el suelo y, atónito, miró de nuevo hacia la puerta. Nada en el mundo le habría hecho intervenir en lo que fuera que estuviera pasando allí dentro, pero entonces escuchó un lamento de mujer, y haciendo acopió de la poca entereza que tenía, arrolló la puerta con el hombro, entrando en la habitación como un salvaje.

En su cabeza se había hecho ya la composición. Dos hombres, un extranjero de voz áspera y otro que parecía dar las órdenes, habían secuestrado a Lilian y la retenían. Era evidente que ahora sí tenía que intervenir pues necesitaba hablar con aquella mujer.

Su sorpresa fue mayúscula cuando entró sable en mano y encontró a una mujer en el suelo hecha un ovillo, envuelta en harapos y rodeada de sus excrementos y orines. La mujer no estaba atada, ni mostraba mayor signo de secuestro que el de un perrillo apaleado. Y en la habitación, en lugar de los dos hombres de sus deducciones, tan solo había un hombre de aspecto sereno, que ni siquiera le había prestado un segundo de atención.

Varley meneó la nariz de un lado a otro, aunque no estuviera empleando “su método”. Lo que estaba era nervioso más allá de toda duda.

El hombre tenía una rodilla apoyada en el suelo, junto a la mujer, y los dos permanecían sorprendentemente estáticos. Tan solo el movimiento de los ojos bajo los párpados de ambos revelaba actividad en sus cuerpos. Los minutos se alargaron y Varley no soltaba el sable, pero estaba agotado, así que optó por sentarse en el suelo, a unos metros, que le parecieron razonablemente seguros, de aquellos dos.

Empezaba a acostumbrarse a todo, al frío, al hedor, y a las dos estatuas que tenía ante sí y que parecían personas. Estaba determinado a levantarse y

salir por la puerta, atribuyendo todo lo sucedido a una botella de licor en mal estado, cuando el hombre arrodillado abrió los ojos y los clavó sobre Varley. ¿Y cómo olvidar aquella mirada? Aunque fuera solo por el hecho de que cada ojo era de un color, la profundidad de aquella mirada fue suficiente para detenerle sobre sus pies. Recordaba vagamente haber oído en alguna parte algo sobre un hombre con esa descripción, quizá en las listas de sospechosos en palacio. Supuso que el alcohol le nublabla el entendimiento, pero debía ser importante, era posible que fuera un fugitivo.

El hombre realizó un extraño gesto hacia el cielo, la cabeza y el pecho, y se puso en pie. Sin proferir palabra, salió por la puerta, dejando a Varley atónito y confuso. El detective se volvió, dispuesto a someterlo a un sin fin de preguntas, cuando un grito aterrador de la mujer, que todavía yacía en el suelo, lo detuvo en seco. Para entonces el caballero de los ojos extraños se había esfumado.

La mujer se estiró de manera brutal, de dentro a fuera, como si se encontrara atada a un potro, o como si recios pura sangre tiraran de sus miembros. Varley retrocedió, interponiendo su acero entre la mujer y él. La mujer se estiró hasta casi descoyuntarse las articulaciones, gritó, escupió, profirió palabras extrañas, pataleó y arañó el suelo hasta arrancarse las uñas, y tan rápido como sucedía esto, cesó.

Serena, se hizo una bola, se abrazó las rodillas y empezó a gemir.

—¿Señora? —Varley no sabía si aproximarse o salir corriendo. Finalmente su instinto de husmeador pudo más—. ¿Señora? ¿Se encuentra bien?

Quizá no fuera la pregunta más pertinente. ¿Pero qué más podía decir después de haber visto aquello? La mujer seguía gimiendo, pero su llanto parecía distinto. Varley percibió cómo el hedor, antes constante, se mitigaba hasta esfumarse. Y el terrible frío que penetraba los huesos era sustituido por el cálido ambiente propio de aquella estación. Más confiado, se acercó a la mujer y se aventuró a tocarla con una mano.

La mujer giró el rostro hacia Varley. Lloraba. Y sonreía. Si como suponía era Lilian Roswood... esta había perdido definitivamente el seso.

—Se ha ido —dijo entre sonrisas y lágrimas. Varley se volvió hacia la puerta por donde había desaparecido aquel extraño sujeto.

—Sí. Así es. Ya pasó todo.

—No. Usted no lo entiende —ella le agarró por la manga—. Me ha dejado. Se lo ha ordenado y se ha ido —Varley se soltó con delicadeza de aquella mano.

—Mire, señora. ¿Lilian? —la mujer asintió—. Bien, Lilian. No estoy seguro de entenderla, he tenido un día de mierda y llevo muchas millas sin mear el alcohol ingerido. De modo que ¿por qué no nos sentamos en el salón y me dice qué carámbanos está pasando aquí mientras tomamos algo caliente? —se giró sobre sus pies para abrir la marcha—. Y ya puestos. ¿Puede explicarme quién demonios era ese tipo?

VI

LA ESCALA

Las sábanas se adherían a su piel con una mezcla de sudor y sexo. En los territorios de la Escala hacía tiempo que habían desarrollado formas más elevadas de sexualidad, sin compromiso, sin amor, sin intervención de la opresiva figura del macho. Pero incluso la matriarca Rowena tenía necesidades naturales innegables. Y era en esos momentos cuando hacía uso de los consortes del Harén, escogidos para ella de la isla media de la Escala. Como el que yacía ahora junto a ella con una mirada precavida, muy alejada del éxtasis lógico y más parecida a la de un reo en el patíbulo.

Sin prestarle la menor atención, la matriarca se volvió, ofreciéndole la espalda a su aterrado juguete de esa noche. El joven tembloroso no osaba mirarla siquiera.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que puede ofrecerme un consorte criado y educado durante años? ¿Eso es todo lo que os enseñan? —el acento de su voz anunciaba malos presagios para el atribulado muchacho—. ¡Habla!

Dos fuertes golpes en la puerta de su ostentoso dormitorio, salvaron temporalmente al consorte de tener que ofrecer una respuesta. Sin esperar autorización, la puerta de doble hoja se abrió y la sirvienta de Rowena entró en la habitación.

—Mi señora. Traigo noticias que requieren de vuestra atención.

La matriarca se desprendió de las sábanas y se incorporó en toda su desnudez, orgullosa de su esplendorosa figura, exhibiéndola como un objeto de envidia y adulación. Se aproximó a una mesilla de nácar y escanció un oleoso vino en una copa de plata que apuró a pequeños sorbos.

Desnuda como se hallaba, tomó asiento en la aterciopelada silla que hacía guardia junto a la mesa, y con un gesto de la mano cedió la palabra a su sirvienta.

—Dos cuestiones reclaman vuestro juicio en esta mañana, Rowena, señora de la Liberación. La primera de ellas tiene que ver con nuestras empresas comerciales. Una nueva remesa ha llegado esta mañana. Cuatro machos y dos jóvenes hembras en perfectas condiciones. Y conforme a vuestras instrucciones han sido intercambiados por un envío de piedras.

Rowena se mostró satisfecha. Su sirvienta no podía entender qué interés comercial podía tener intercambiar sujetos jóvenes y sanos por un montón de piedras arcaicas. Pero sospechaba que la gran matriarca tampoco sabría responder a semejante pregunta.

—Las hembras que sean llevadas al gremio, para su educación como miembros ascendidos de nuestra equilibrada sociedad.

—Así será, mi señora. ¿Y los machos? —Rowena sirvió más vino en la copa y lo removi6 con uno de sus afilados dedos. Después, casi sensualmente, sabore6 el vino impregnado en su propia yema.

—Hace dos años que hicimos entrega del último producto macho a los Nasciturus. Restan ocho más para que tengamos otro magnánimo gesto con esa escoria. Que las matronas los exploren. Si están bien dotados, la isla de los Consortes es su destino, a ver si obtenemos algún auténtico consolador — lanzó una mirada despectiva hacia el lecho—. Si las matronas por el contrario estiman que no tienen futuro... que los despeñen —el consorte de Rowena hacía lo que estaba en su mano para pasar desapercibido entre las sábanas, escuchando y temblando—. ¿Siguiete cuestión? —la sirvienta se tomó unos segundos para sopesar cómo presentar la información que llevaba.

—Mi señora, sintiéndolo mucho, ha estallado una nueva revuelta de Nasciturus en la isla inferior —Rowena depositó su copa en la mesa, se alzó de la silla y se cubrió con una bata de lino que colgaba de la pared, era como si para tratar ciertas cuestiones se revistiera de una armadura vaporosa y terrible.

—¿Cuántos?

—La mayoría de los asentamientos que rodean los Tullidos, mi señora. Serán unos miles, mal armados y mal organizados. Pero siguen siendo una amenaza para la autoridad y un puente con un pasado al que no queremos

volver. Además de poner en peligro nuestras canteras y, por tanto, nuestros negocios.

—Lo tengo presente —respondió Rowena con sequedad. Reflexionó unos instantes antes de girar de nuevo hacia la asistente y concluir—. Y por ello daremos un ejemplo sin precedentes con ellos.

—¿Enviamos a la guardia para reprimirlos y devolverlos a sus casas?

—No. No... he pensado que el hombre necesita un recordatorio más severo sobre quién manda aquí, para evitar que su naturaleza agresiva y belicosa vuelva a salir a la luz. Tenemos que recordarles cuál es su sitio en la sociedad, tenemos que recordarles que no queremos hombres como ellos. Tenemos que hacerles ver cómo es el auténtico hombre del futuro —la matriarca hizo una pausa antes de continuar, mientras, reflexiva, se golpeaba los labios con un dedo.

—¿Entonces? —Rowena se volvió con una sonrisa extraña.

—Avisa a Marthia. Que descienda a la isla de los Consortes, que vaya directa al Caldero y reúna cuatro falanges completas de Siniestros —la sirvienta alzó los ojos hacia su señora, el consorte se apretó más todavía contra el colchón.

—¿Cuatro, mi señora?

—¡Cuatro! Hay que terminar de una vez por todas con estas estúpidas algarabías, que no traen sino dudas sobre nuestra forma de vida y la imagen que queremos para nuestra sociedad —sus ojos destilaban ahora un aire asesino—. Si una rama crece demasiado, querida, la cortas. El arbusto sólo es hermoso cuando lo podas y todas sus ramas se ven homogéneas. Ve. Transmite mis órdenes. Y que no tengan miramientos, podemos reponer esclavos siempre que queramos —decía esto pensando para sí en lo barato que salía cambiar personas por piedras.

—Sí, mi señora, así se hará —la sirvienta no necesitaba añadir nada más. Sabía de sobra cómo actuaban los Siniestros en la batalla—. ¿Alguna cosa más?

—Sí. Una última cosa —Rowena volvió a beber—. Que castren a este inútil y lo cuelguen hasta morir —el consorte casi no pudo gritar. Dos mujeres vestidas de armadura y grandes como armarios entraron en el dormitorio y se llevaron a rastras y desnudo al pobre desgraciado, la sirvienta salió tras ellos cerrando las puertas.

* * *

El campamento de los Nasciturus consistía en una ecléctica amalgama de trincheras, fosos y estacas levantadas a los pies de la isla de los Consortes. Entre las primeras acciones que emprendieron en esta nueva rebelión, los líderes de la misma determinaron que había que cortar la brutal escala de cuerda que dominaba el abismo entre la isla media y la isla inferior, donde ellos vivían y morían como esclavos.

Cuando se tomaron medidas para llevar a cabo aquella tarea, se encontraron con que el grosor de las maromas era tal que ni con las hachas más robustas hacían mella. De modo que, de manera drástica, embadurnaron la escala en abundante grasa, y sin dar un paso atrás, le prendieron fuego, cortando el puente que les unía al resto de las islas. Ahora el insondable vacío *del velo* los separaba de sus enemigos y les proporcionaba una falsa sensación de seguridad que aprovecharon para fortificarse junto a los restos de la antigua escalera.

—Estamos en una posición inferior. Aquí somos vulnerables. Deberíamos haber cortado la escala, sembrar este terreno de trampas y atrincherarnos tierra adentro —el joven muchacho, asustado como todos aquellos bisoños ajenos al arte de la guerra, expresaba tan solo el sentir de muchos de los presentes.

—Pero no haremos eso —un hombre entrado en años y de cuerpo sarmentoso encaró a los disidentes, y todos bajaron la vista al suelo, pues era Casio quien así les hablaba, el líder de la rebelión Nasciturus—, porque es lo que ellos quieren que hagamos, muchachos. Quieren que agachemos la cabeza una vez más. Quieren que nos mostremos débiles, inseguros de nuestras acciones. ¡Pero esta vez no, ah no, amigos míos! ¡Esta vez plantaremos cara a la Guardia, esos bastardos que se hacen llamar hombres y sirven como perros a sus amas! ¡Plantaremos cara a las Amazonas que sujetan la correa!

—Pero en el pasado hemos combatido como guerrilleros, no en campo abierto.

—Y las estrategias del pasado ¿para qué nos han servido? —Casio no se molestó ni en buscar al soldado que había emitido aquel juicio—. Es hora de cambiar nuestra forma de pensar, amigos. Todos me habéis elegido para

dirigir esta revuelta, y os pido que confiéis en mi criterio. No habrá victoria si no arriesgamos hasta la última gota de nuestra sangre. No nos retiraremos a posiciones tierra adentro, ni tenderemos emboscadas, cobardemente.

—Señor, no es cobardía, es lo que los Nasciturus sabemos hacer mejor —esta vez sí, Casio buscó airado al que hablaba y lo encaró.

—¡No es nuestra estrategia! ¡Es la estrategia de las ratas y las alimañas; es la estrategia de aquellos que saben que no pueden ganar y se ocultan en las sombras! ¡Es la estrategia de aquellos que no creen en la firmeza de sus convicciones, y por ello intentan implantarlas solapadamente desgastando a su enemigo! Y más importante. ¡No es una estrategia de hombres! ¡Eso es lo que somos! —se giró para mirar a todos los que le rodeaban—. ¡Oís! ¡Hombres! No Nasciturus, ni esclavos, ni personas de segunda. ¡Somos hombres, maldita sea! ¡Y en este campo, al que llamamos nuestra tierra, reclamaremos tal condición para nosotros! ¡Y ganemos o perdamos... tendremos nuestra victoria! Pues si ganamos habremos obtenido la independencia y el derecho de decidir sobre nuestras vidas, y si perdemos... si perdemos habremos muerto como hombres de pleno derecho y libres... no como Nasciturus.

De alguna manera todos apelaron a su hombre interior y se sintieron impelidos a gritar y aclamar aquel discurso. Y eso fue lo que pasó. Las cerca de tres mil gargantas que le rodeaban entonaron al unísono un grito de guerra y clamaban a una:

—¡Casio, Casio, Casio! —mientras golpeaban los regatones de sus lanzas contra el suelo.

—¡Traed a los prisioneros! —ordenó Casio. Y rápidamente, el cerco se abrió para dar paso a diez soldados de la Guardia Matriarcal maniatados, que avanzaron hasta el borde mismo de la isla inferior empujados por sus captores. Casio acalló a la masa levantando las manos, mientras los prisioneros eran puestos de rodillas al borde mismo del *velo*, cuya niebla parecía envolverles de manera fantasmagórica alzando dedos de aire que trataban de alcanzarles.

—Aquí tenemos a estos espías capturados durante la última semana. Consortes serviles que se creen hombres, y no son más que los esclavos útiles de Rowena. Esclavos para la guerra y para los deseos de la carne, que se creen libres porque les dan de comer. Que, como los perros, ruegan a sus amas por una caricia y un mendrugo de pan —hubo aclamaciones una vez más—. ¡Pero no

son culpables, amigos! ¡No lo son! ¡Son víctimas! Y por ello les hemos ofrecido, una y otra vez, la posibilidad de unirse a nosotros, pero es tal su servilismo que morirían por permanecer leales a las mismas personas que los desprecian y utilizan. No podemos permitirles permanecer con vida entre nuestras filas para que siembren el caos y la disidencia. Serán ajusticiados — de nuevo clamó la tropa—. Pero volveré a ofrecerles la opción de unirse a nosotros y de recuperar su condición, una última vez.

Dicho esto, Casio se volvió hacia los prisioneros arrodillados, y, uno por uno, fue hablando con ellos en privado junto al abismo. Nadie escuchó lo que se decían, pero deducían el resultado por lo que sucedía a continuación. Sin crueldad, pero con determinación, un tipo fornido pasaba detrás del preso y, con un punzón y una precisión maestra, daba una puntilla rápida al prisionero en la base del cráneo. El sujeto reaccionaba bruscamente flexionando los brazos y estirando por completo las piernas, con lo que salía despedido sin más miramientos hacia el *velo*, donde desaparecía de la vista engullido por las nubes.

Uno tras otro los diez prisioneros fueron ajusticiados. Los soles caían en el horizonte. Era el ocaso. Piro se acercó a Casio cuando el tumulto se disolvió, minutos después de las ejecuciones.

—¿Cómo está tu hijo, Piro? —se adelantó Casio a preguntar.

—Bien. Muy bien. Lo dejé en casa cuidando de la tierra. Y pedí a mi mejor amigo que velara por él.

—Ese amigo tuyo debería estar aquí con nosotros, si de veras se considera tal cosa —Piro sonrió.

—Es complicado. Tiene sus propias obligaciones y convicciones. Obligaciones que sospecho acabaran por beneficiarnos, convicciones que definitivamente nos ayudarán. Pero hoy por hoy, su ayuda no puede ser en el campo de batalla. De hecho trató de disuadirme.

—¿Disuadirte? ¡Pero qué clase de imbécil es ese! Hay que luchar, Piro. No recuperaremos lo nuestro sin combatir.

—Lo sé, lo sé. El opina igual que tú, Casio —apaciguó Piro a su colega.

—¿Y entonces?

—Bueno. Sencillamente, piensa que no es el momento y que malgastamos nuestras vidas. Admira y aprecia lo que hacemos en estos

momentos, pero su consejo fue de prudencia. Me sugirió que aguardáramos, que no era el momento de combatirlos abiertamente, que el momento llegaría.

—¿De qué es el momento, sino de combatir, Piro? —antes de responder perdió la vista en el horizonte, dubitativo.

—El habló de resistir, de perseverar, no dijo nada más —Casio bufó. Apoyó una de sus ramosas manos sobre el hombro de Piro.

—Amigo, necesito saber que estás conmigo —Piro apoyó a su vez la mano sobre la que mantenía Casio en su hombro.

—Hasta la muerte, Casio —se abrazaron y vieron que ambos soles habían descendido aún más en el horizonte.

—¿Atacarán? —preguntó Piro. Casio movió la cabeza negativamente.

—No lo creo. No hasta el mediodía de mañana, al menos. Fíjate — señaló los soles—. Teniendo en cuenta por dónde se ocultan, mañana al amanecer la luz golpeará directamente contra la isla de los Consortes, estarían cegados; ningún loco lanzaría un ataque contra los soles, sería suicida. Y no vendrán por la noche. Demasiado arriesgado con el *velo* haciendo de muralla natural —Casio cabeceó entonces convencido—. Al mediodía. Vendrán entonces. Prepáralo todo, Piro. Que los hombres estén listos, descansados y que desayunen bien. Podría ser su último desayuno.

Piro asintió y abandonó a Casio a sus pensamientos, mientras se dirigía hacia el campamento para ultimar los detalles de la batalla que estaba por venir.

* * *

En lo alto de los Tullidos, un joven muchacho de doce años contemplaba las luces del campamento que se asentaba más abajo. Se había escapado de su casa, contrariando así la última petición de su padre; pero dado que no le habían permitido unirse al ejército, había decidido contemplar la batalla desde lo alto de los Tullidos. Pasaría la noche allí, a la intemperie.

Extrajo unas tiras de carne seca de su petate y se dispuso a mordisquearlas, mientras imaginaba la cara del tío Torgund cuando viera que no estaba en casa. De alguna manera aquello le produjo risa. Era increíble cómo un rostro curtido y rudo, como el de su tío, podía transformarse en una

bobalicona cara de desconcierto cuando se trataba de alguna de sus travesuras.

El muchacho se arremolinó lo mejor que pudo y se durmió sonriente, pensando en su tío profiriendo procacidades y haciendo aspavientos. Horas después se despertó al escuchar un gran estrépito. Abrió los ojos, alarmado, y vio que los primeros rayos del sol despuntaban en el horizonte cegando a cualquiera que los contemplara. El estrépito se convirtió en tempestad de acero.

—Es imposible —se dijo—. ¿Qué imbécil atacaría con el sol en contra?

* * *

Un estruendo hizo temblar el suelo y los corazones del campamento rebelde. Tres mil pares de ojos se abrieron al unísono y unos cientos de ellos se cerraron al instante envueltos en llama y fuego. Enormes balas de paja embadurnadas en brea caían del cielo, incandescentes, y golpeaban las rudimentarias tiendas de campaña en las que dormitaba la confiada tropa.

—¡Fuera, fuera, fuera! —gritaban los mandos, desgañitándose, para poner en funcionamiento al ejército—. ¡Nos atacan!

Los soldados tomaban escudo, lanza y espada y salían presurosos a medio vestir de debajo de sus sacos. Alrededor el campamento ardía, y a sus espaldas los primeros rayos del alba despuntaban. Tanto Casio como Piro se observaron.

—¡No os preocupéis hombres! ¡Nos están tanteando! —y girándose hacia Piro— Está amaneciendo. No atacarán antes de mediodía. Solo tratan de desmoralizarnos.

—¿Y si te equivocas? —añadió Piro por lo bajo. Casio dejó aflorar a sus ojos la semilla de la duda, y su rostro mostró por un instante lástima. Miró a su alrededor, las tenebrosas columnas de humo que se alzaban en su campo, los rostros aterrados de sus hombres, la inseguridad que él mismo sentía.

—Si es así, amigo mío, ya nada importa. ¡A las trincheras! ¡Refugiaos en las trincheras!

Miles de hombres corrieron como hormigas a refugiarse en los pozos y agujeros excavados al pie de la isla de los Consortes, mientras su campamento era barrido por las poderosas máquinas de guerra de Rowena. Dentro de los

mismos agacharon las cabezas y aguardaron.

* * *

En lo alto, en la isla media, cuatro falanges de Siniestros contemplaban el escenario de su próxima batalla. Cientos de hombres adiestrados y preparados para la guerra desde su nacimiento. Criados para servir a las Matriarcas hasta su último aliento, cubiertos por escabrosas armaduras negras que infundían el temor en el corazón del enemigo con sus formas y decoraciones monstruosas.

Una mujer de aspecto severo observaba desde la segunda línea el desarrollo del bombardeo. Vestía armadura de combate, negra como la noche también, y sus ojos eran tan bellos como crueles. Un sargento de falange se aproximó al pie del caballo, y este relinchó agresivo enseñándole los dientes.

—Mi señora —inclinó la cabeza y se cuadró—. Tienen cortada la retirada. Esperamos su señal.

La sonrisa desfigurada por una espantosa cicatriz, se volvió todavía más inquietante cuando Marthia, caudilla de los ejércitos de la Escala, forzó el tejido de sus comisuras en una mueca cruel.

—Preparad el desembarco, sargento. Hacedlos salir de sus trincheras y después liberad a los prisioneros. Y cuando sus corazones tiemblen... aniquiladlos.

El sargento de los Siniestros no expresó alegría, no expresó pena, no expresó crueldad, no expresó nada. Estaba educado estrictamente en la obediencia y no cuestionaba ninguna orden que proviniera de una matriarca. Y menos de Marthia, caudilla de guerra; soldado legendario bregado en mil batallas, y encargada del programa de adiestramiento de los Siniestros.

Las falanges de Siniestros se aproximaron al borde mismo del abismo, donde el *velo* mostraba su extraña belleza y les lanzaba cantos de sirena.

Los onagros retrocedieron un par de líneas en el ejército y cedieron sus posiciones a los trabuquetes, que cargaron de nuevo munición. Ya no incendiaria, esta vez grandes bloques de piedras se alojaban en sus cestas, aguardando ser enviadas contra el enemigo.

Marthia dio la señal, y los cincuenta trabuquetes liberaron su carga con

el restallar de mil látigos y el gemido de la madera, aturdiendo los oídos del ejército.

* * *

Agazapados y aturridos, en las trincheras rebeldes intentaban asomar las cabezas, pero enormes piedras golpeaban el suelo a pocos metros de ellos impidiendo que pudieran salir de sus agujeros.

—¿Qué demonios traman? —preguntó un soldado cercano a su comandante. Casio se hizo con un trozo de espejo que estaba semienterrado en el fondo de su pozo, y se atrevió a sacar la mano con el cristal fuera de la relativa seguridad del agujero. En su cabeza se seguía repitiendo que no podían atacar con el sol ya casi golpeándoles en los ojos directamente. Tenían que estar locos, o sentirse muy seguros.

El escenario que contempló a través del espejo era un muro de llamas a sus espaldas y un yermo gris y salpicado de boquetes por delante, maltratado por una granizada de piedras enormes.

—Hay que esperar, no podemos salir así.

Entonces, entre el estrépito, la humareda y los fragmentos de gravilla que enturbiaban la visión distinguió algo en lo alto de la isla media, de donde provenían los proyectiles.

—Balistas —se giró hacia Piro, cediéndole el espejo para que observara y diera su opinión. Este cogió el cristal, contempló las posiciones enemigas y arrugó el ceño.

—No lo entiendo. En efecto son balistas. Pero nos están machacando con sus trabuquetes y onagros. ¿Por qué traer ahora al frente armas de menor alcance? Sus jabalinas no podrán alcanzarnos, y aunque lo hicieran, las trincheras nos protegerían de la mayoría de sus proyectiles —desconcertado, devolvió el espejo a Casio, que continuó observando. Pasados unos minutos de incesante bombardeo, exclamó:

—¡Mierda! —miró con cara de circunstancias a Piro y murmuró— Siniestros. Han traído Siniestros —la mera mención de aquel nombre heló la sangre de ambos; le extendió el cristal, Piro espió de nuevo y bajó el espejo asustado, ninguno de ellos se había enfrentado nunca a los Siniestros, eran casi una leyenda, las Matriarcas debían de estar furiosas. Pero si la rebelión debía

tener éxito, era de suponer que este día llegaría.

Sin perder tiempo, Casio dispuso las órdenes:

—Corred la voz por toda la trinchera. ¡Aprestad las armas y preparaos para formar fuera de los pozos a mi señal!

—¿Con este granizo cayendo? —preguntó un imberbe soldado, aterrado en el fondo del hoyo.

—Este granizo terminará muy pronto.

* * *

Desde el abismo insondable que separaba ambos ejércitos, seguía lloviendo una oleada de rocas en vuelo parabólico, que mantenía al ejército rebelde inoperante. Entonces decenas de balistas avanzaron al frente, apuntaron a la isla inferior y dispararon a la par con estremecedores chasquidos de sus engranajes. Las jabalinas que liberaban caían lejos de las trincheras enemigas, pero cerca del borde opuesto de la sima. Lo que Casio había contemplado aterrorizado era que cada una de aquellas jabalinas llevaba atada en su regatón una gruesa maroma de cáñamo, de modo que el ejército Siniestro estaba tendiendo puentes entre ambas islas por medio de aquellas tirolinas.

El bombardeo no cesó, las balistas callaron, y entonces las falanges de Siniestros se agruparon en los puntos de reunión junto a cada tirolina. Uno a uno, tomaban sus escudos por encima de la cabeza, los pasaban a su vez por encima de las cuerdas y se lanzaban con un fuerte impulso al vacío, deslizándose a gran velocidad por las maromas. De aquella manera plantaron pie firme en la isla Nasciturus sin oposición, cubiertos por una contundente lluvia de rocas que hacía que el enemigo mantuviera la cabeza gacha.

En ocasiones, alguna de las maromas, desgastada por la fricción continua, se rompía con un fuerte estallido y mandaba al vacío a una decena de Siniestros, que no proferían ni un somero grito; pero con todo y con ello, en pocos minutos cuatro falanges casi completas de Siniestros formaban frente a las trincheras rebeldes.

El bombardeo cesó, la humareda se disipó, y un silencio aterrador envolvió el campo de batalla. Casio ordenó salir a sus tropas y formar. Los casi tres mil hombres que conformaban aquel atrevido ejército, salieron

gritando con una energía que no sentían y ordenaron sus falanges detrás de la primera línea de estacas, que apuntaba al ejército Siniestro.

Nadie daba el primer paso, y menos los rebeldes, que abrazaban la seguridad de sus posiciones buscando en ellas algo de confianza.

De nuevo los onagros enemigos asomaron sus amenazantes siluetas al abismo, y entonces Marthia liberó a los prisioneros. Una nueva descarga de proyectiles llovió sobre las líneas rebeldes, y estos alzaron los escudos preparándose para el impacto.

Su sorpresa fue mayúscula cuando sintieron cientos de pequeños golpes húmedos sobre sus cabezas, tamborileando en los escudos.

—¿Guijarros? —se preguntó más de uno. Pero cuando empezaron a sentir la cálida humedad de la sangre corriendo por sus caras y fijaron sus ojos en los proyectiles que yacían en el suelo, volvieron los rostros horrorizados. Cientos de genitales masculinos brotaban de la tierra por doquier. Rowena mandaba un claro mensaje.

La furia se apoderó de los rebeldes, que estuvieron a punto de romper filas para cargar contra el enemigo, pero los mandos intermedios y el sentido común les hizo mantenerse tras las estacas.

No obstante, no hubieron de esperar mucho para cruzar aceros; repentinamente, la primera línea de Siniestros se desmarcó por completo de su ejército y se lanzó a la carrera contra las fuerzas rebeldes.

—¿Qué hacen? —inquirió Piro junto a su comandante. Este último cabeceó sin entender.

—No lo entiendo. Cargan en completo silencio, con una mínima parte de sus fuerzas —entonces Piro, que observaba con más detenimiento exclamó:

—¡Y sin armas! —Casio observó de nuevo, incrédulo; un escalofrío le recorrió la espalda y movido por un oscuro presentimiento gritó:

—¡Atrás! ¡Atrás, maldita sea! ¡Retroceded!

Era tarde.

No habían retrocedido diez pasos, cuando la línea de Siniestros alcanzó a la fuerza rebelde, y entonces pudieron ver las vasijas de barro que portaban a sus espaldas, con mechas encendidas brotando de sus boquillas, calculadas para recorrer a la carrera los trescientos metros que separaban a ambas fuerzas.

La explosión recorrió todo el frente en un haz continuo de color. Los Siniestros se desintegraron en un destello instantáneo y sanguinolento, mientras los Nasciturus caían víctimas de la desfigurada primera línea. Con la explosión la hilera de estacas que protegía el campamento quedó destruida, desmochada, y cualquier esperanza de un combate igualado desapareció.

Aturdidos, cubiertos de sangre, y con los oídos sembrados de pitidos desquiciantes, los rebeldes trataron de alzarse. Las cuatro falanges de Siniestros avanzaban ahora como un solo bloque impenetrable hacia ellos.

Los rebeldes reorganizaron filas y cerraron los huecos lo mejor que pudieron. Juntaron los escudos y aprestaron las lanzas. Por su parte los Siniestros marchaban seguros y sin lanzas. Tan solo dejaban ver sus escudos.

Entonces fue cuando Casio entendió la osadía de aquel ataque al amanecer, un poco tarde, pero al menos lo comprendió antes de morir. Los Siniestros cubrían su rostro con unos elaborados velos negros que amortiguaban la luz de los soles, y alzaban los escudos por encima de sus ojos. La armadura de un siniestro es completamente negra, pero su escudo ha sido bruñido una y otra vez para brillar y relucir como un lago de montaña, de tal manera que al incidir sobre su superficie los rayos solares, estos salen rebotados agresivamente hacia su enemigo. De aquel modo podían romper con las reglas establecidas tradicionalmente en la guerra y sorprender a su rival, por ejemplo, atacando con el sol en contra.

La luz que reflejaban las filas de Siniestros deslumbraba por completo a los rebeldes, y les impedía ver con claridad el ejército matriarcal. Sentían el suelo temblar con su avance e intuían los extremos de la falange por la luz que emitían, pero a poco más llegaba la vista. Miles de rayos desviados por los escudos asaeteaban a Casio, Piro y el resto de esclavos desmoralizados.

Piro tomó conciencia de cómo terminaría aquello, alzó la vista al cielo cubierto de humo y vislumbró una estrella solitaria brillando en el firmamento. Con una lágrima reticente, bregando por escapar de sus ojos, alzó la mano al cielo, llevó después el puño a su frente y finalmente a su pecho.

—Kilumaras —susurró. Y añadió— Torgund, cuida de él —después devolvió su atención a la batalla y se dejó llevar a donde quiera que condujera aquella jornada.

* * *

Ambas fuerzas se encontraron finalmente con un fuerte entorchocar de escudos. En un primer instante parecía que la superioridad de las lanzas rebeldes barrería, o frenaría las falanges Siniestras, armadas tan solo con espada y escudo. Las líneas en contacto se sacrificaban absurdamente, quedando ensartadas en las lanzas rebeldes; pero cargadas estas con dos y tres cadáveres empalados eran imposibles de sostener, y entonces el soldado debía hacer la transición entre su lanza y su espada para desenfundar el acero. Fue aquel el momento que aprovecharon las falanges de Siniestros para ejemplificar la verdadera etimología de su nombre, pues hasta ese momento, Casio y todos los demás habían demostrado estar muy equivocados.

Toda su vida habían creído que los Siniestros eran llamados así para infundir miedo, terror y hacer creer al enemigo que aquella fuerza poseía casi poderes sobrenaturales. Nada más lejos de la realidad, como pudieron probar en sus propias carnes.

Los Siniestros eran llamados así porque desde su más tierna infancia eran entrenados en el manejo de las armas con la mano izquierda, una vez más contrariando cualquier lógica militar. Los que se adaptaban formaban parte de la falange, los que no adquirían la destreza exigida eran eliminados.

Esto se traducía en una ventaja inesperada en el combate de falanges, pues cuando el ejército rival sostenía su escudo con el brazo izquierdo y su lanza con el derecho, el siniestro cargaba por el flanco derecho del enemigo con su espada en la mano siniestra. Además aprovechaba el momento en el que su rival realizaba la transición entre lanza y espada, de manera que el costado derecho de su enemigo se hallaba completamente desprotegido, esperando tan solo que alguien le cercenara la vida.

Las consecuencias de aquella estrategia no tardaron en verse sangrientamente recompensadas. El flanco derecho de la formación rebelde empezó a ser segado como el trigo en los últimos días de primavera. La sorpresa y el terror se conjugaron, haciendo que toda la tropa rebelde se tambaleara como una única unidad viva, la falange tembló y empezó a desmoronarse herida de muerte en el costado.

El ejército intentó realizar una maniobra de evolución hacia la derecha tratando de evitar el envolvimiento por parte de los Siniestros, pero era tarde, y la propia inercia del combate los mantenía anclados al terreno sin

poder moverse con eficacia. Tan solo quedaba cortar, tajar, morder y sangrar.

La aterradora presencia de los Siniestros se abría paso por la derecha, introduciéndose más y más en la formación enemiga, como una flecha buscando el corazón. Muy pronto el suelo se tiñó de rojo, y la sangre y el barro se mezclaron haciendo de la superficie un terreno traicionero y resbaladizo.

Las hojas de acero subían y bajaban metódicamente, una y otra vez. Ora un brazo, ora una pierna, ora una cabeza... segaban su objetivo y dejaban a su paso surtidores de sangre que se sumaban a aquella orgía de destrucción.

—¡Aguantad la posición! —se desgañitaba Casio. Pero sabía que la hora era tardía. Los primeros signos de descomposición se apreciaban ya en las últimas filas, cuyos rezagados integrantes empezaban a desaparecer a la carrera por retaguardia, como un tímido goteo que iba desangrando la falange a su vez, de manera más peligrosa que las propias espadas.

* * *

En lo alto de los Tullidos un niño contemplaba la debacle y bullía dentro de él la rabia y la impotencia de la incipiente adolescencia. Cargado de la osadía propia de esa edad en la que no se considera niño y no se considera adulto, el muchacho abandonó sus pertenencias y descendió a toda prisa de la montaña con una habilidad asombrosa, propia de quien conoce sus laderas desde la infancia. La pregunta que debería haberse hecho era: ¿Qué puedo hacer yo contra este mal que presencio?

La respuesta era obvia, pero el niño nunca llegó a formular la pregunta y por eso descendía decidido a entrar en combate con sus manos, si era necesario.

* * *

Lo que empezó como un goteo se convirtió en una desordenada desbandada. La falange rebelde se descompuso por completo. Enormes espacios se abrieron en su estructura y, como el agua enfurecida, penetraron por ellos los soldados enemigos. Lo que restaba era una labor de limpieza, y a

ello se entregaron con entusiasmo y sin piedad. Los caídos eran rematados; los que suplicaban clemencia, decapitados sobre sus rodillas; los que corrían despavoridos, abatidos.

El núcleo de los rebeldes permanecía unido y trataba de organizar algún tipo de última resistencia contra lo inevitable. Casio, Piro y veinte hombres más formaron un corrillo de escudos en un vano esfuerzo de plantar cara. Intercambiaron miradas de despedida entre ellos; la masa de Siniestros los rodeaba, y una pequeña porción de los mismos se desentendió de ellos y continuó tierra adentro, barriendo el territorio con el acero en alto.

La soga se cerró sobre sus cuellos y fueron engullidos por la masa de armaduras negras. A duras penas aguantaron sus escudos y vendieron sus vidas lo más caro posible. Entonces apareció en retaguardia un muchacho dando voces:

—¡Padre! —Piro agonizaba por sus heridas y apenas pudo ver al chico, que temerariamente se abría paso entre las piernas de los Siniestros apuñalando rodillas con una pequeña daga. Diríase que pensaba romper el cerco él solo, con la fuerza de sus bracitos y aquel puñal de juguete. Pero no pensaba en ello y simplemente agujijoneaba a izquierda y derecha lo mejor que podía.

La sangre que manaba de su cabeza le nubló la vista y Piro cayó inconsciente sin poder ver el destino que las cartas repartían a su muchacho. Aquel desobediente chiquillo que en vez de aguardar en casa, como se le había ordenado, estaba allí muriendo para nada.

La horda de Siniestros cerró filas para aniquilarlos. Las cabezas de los líderes rebeldes fueron clavadas en picas y alzadas como estandartes, que más tarde serían colocados al borde del *velo* como recordatorio para futuras rebeliones. Los compases finales de la batalla estaban siendo interpretados.

Lo último que vio el chiquillo fue la cabeza de su padre clavada en una pica y levantada junto a la de Casio. Fue su última visión. Al menos fue la última vez que pudo ver el mundo con sus ojos, verlo al menos como lo veía ahora. Un fuerte golpe en el codo le hizo caer al suelo inconsciente y sangrando por los oídos. Besó el barro rojizo y se quedó en el suelo balbuciendo. La algarabía de la batalla bajó de intensidad, pocos hombres quedaban ya en pie, y entonces apareció, como un rayo oscuro bailando con la elegancia de un danzarín, un gigante entre aquellos hombres. Salió de la nada,

parecía haberse materializado de los jirones de humo de la misma batalla, como un dios vengativo cayó sobre los Siniestros. Blandía un enorme espadón negro, que mordía rabioso las armaduras negras y que hacía brotar sangre todavía más negra. A un lado y a otro barría enemigos, y una larga gabardina desabrochada bailaba a su espalda siguiendo cada uno de sus movimientos. Por un instante los Siniestros dudaron e, inesperadamente, abrieron un espacio por donde penetró aquel ser.

Con la fuerza de sus enormes brazos bajó la espada verticalmente, partiendo a un desgraciado desde el hombro a la cintura. Descenajó su arma descargando una patada en el pecho del Siniestro y volvió sobre sus pies rápidamente, moviendo la espada paralela al suelo. Un soldado que corría hacia él fue frenado en el acto al perder las piernas a medio muslo. Desde esa posición baja, levantó el espadón negro y vengativo desde el suelo hacia el cielo, alcanzando en la axila a uno que alzaba su espada con la mano izquierda. El filo se abrió paso cercenando el brazo y continuó su viaje hasta quedar alojado en el cuello. El gigantón retiró la espada con un rápido tirón, y la sangre brotó de la herida como un abanico carmesí.

El tiempo se detuvo para él, y enfocó sus ojos sobre el niño que yacía entre los pies de sus enemigos. A partir de ese momento todo transcurrió como en un sueño. A su alrededor los Siniestros parecían desvanecerse en las sombras, y un pasillo casi luminoso se abría entre él y el muchacho. Su larga cola de caballo se meneaba de lado a lado como un péndulo, cuando avanzó decidido. Alguna sombra se interponía de cuando en cuando en su camino, y él la segaba, salpicando todo de sangre y vísceras de una manera casi irreal. Llegado hasta el muchacho, el gigante se arrodilló, hundió su acero en la tierra y se fundió con el humo. Los Siniestros buscaron en vano mirando asustados a su alrededor y con suspicacia a los suyos. El niño y el gigante habían desaparecido.

Marthia observaba todo desde la distancia, y una sombra de inquietud la cubrió. Su caballo se revolvió nervioso sintiendo las emociones de su jinete.

* * *

Lejos de allí, en unos humildes terrenos de labranza dominados por una cabaña no menos humilde, un tipo grande arrastraba a un joven muchacho por la tierra, lo tomó en brazos y lo cobijó en el interior. Una vez alojados, el chico acostado y él mismo con un pellejo de vino en la mano, susurró, hablando con el niño inconsciente.

—Espero que esas taradas de la isla superior nunca intenten castrarte, hijo, necesitarían unas cizallas para lo que tienes ahí —trasegó un largo trago, bebiendo de la boquilla con su maltrecho labio—. No te preocupes. Tío Torgund va cuidar de ti.

EL CLARO

Un soplo de aire inexistente barrió la oscura nube y despejó un espacio circular donde, a los pocos segundos, aparecieron los Kaimu. Xila fue la última en entrar, todavía con su forma de licántropo.

—Nunca entenderé por qué prefieres pasearte por ahí de esa forma, Xila —exhortó Torgund—. ¿No se te llena la boca de pelo? ¿No prefieres una forma más humana? —la loba se sacudió y, lentamente, se convirtió en la anciana Xila.

—¿Por qué habría de adoptar la forma de algo que no soy? —medio habló, medio ladró.

—¿Y acaso eres un perro? —rio el gigantón.

—Quisieras saberlo, ¿verdad? —Xila sonrió con ironía.

—La verdad es que no. Ni lo más mínimo.

Intercambiaron saludos, entonaron un canto a Kilumaras y dieron comienzo a la primera reunión en persona que tenían desde hacía una docena de años.

—Llevamos muchos años en silencio, aguardando y resistiendo, como siempre hemos hecho. Pero algunos acontecimientos recientes me han obligado a convocar esta reunión, amigos míos —hablaba Xila con voz triste.

—Creo que todos tenemos cosas que contar —asintió Torgund con un gesto de lástima que sorprendió a los demás. Xila y Kadros, observando la pena de su compañero, le instaron a que abriera el cónclave.

—Los impulsivos hombres de la isla inferior de la Escala se han estado organizando en los últimos años. Yo incluso colaboré en cierta manera para que clandestinamente fueran reuniendo fuerzas, armas y valor. Impulsé a Piro para que se uniera a la causa, y este, movido por un gran ardor, escaló posiciones como escalaba montañas y llegó a situarse muy alto en la

resistencia. De haber subido más alto... quizá ahora estaría vivo. Todos estarían vivos —su mirada se perdió en las paredes de humo que les circundaban, como si entre aquellos jirones rememorara las escenas de batallas pasadas—. Pero no fue así. Eligieron a un líder. Un tal Casio. Un tipo capaz, inteligente, con un buen instinto. Pero errado. Se precipitaron a lanzar una ofensiva contra las Matriarcas, una campaña de alcance limitado, pensando que así podrían cortar lazos con las otras islas e independizarse. Pero Rowena no se toma a la ligera las afrentas. Envío cuatro falanges de Siniestros y los masacraron —aprovechó una pausa, mientras asimilaban aquello, para sacar su petaca y como de costumbre aclararse garganta e ideas con licor.

—¿Y tu protegido? —inquirió Kadros, preocupado.

—Ciego. El muy loco se arrojó a la batalla, creyendo tal vez que podría salvar a su padre. Pero Piro murió, alimento de cuervos ahora, y el muchacho recibió el regatón de una lanza en todo el cogote. Parece que el daño no va más allá, pero ha perdido la vista por completo. Ahora vivo abiertamente con él y me hago pasar por su tío. Pero tampoco puedo dejarme ver mucho, puesto que todos hablan del gigante rabioso que apareció de la nada durante la batalla.

—Tú eres su tío para él, y yo me he convertido en el padre de mi pupilo —apostilló Kadros.

—¿Y tú Xila qué eres? ¿La mascota de la cría? —Torgund rio, y aunque el rostro de Xila era terco a la sonrisa como su carácter, reconocía que aquella pulla distendía el ambiente horrible que habían creado.

—Por el momento me considero su guardián. Y creedme si os digo que lo necesita. En la Escala la guerra y la injusticia asolan el territorio. En la Cascada por ende, la *presencia* está tomando forma física —los Kaimu sintieron un escalofrío, si es que eso era posible—. En nuestra última reunión hablé de magia y brujería, pero ahora la naturaleza se ha corrompido por completo y la *presencia* va tomando las riendas, ha pervertido a los seres vivos que habitan allí.

—¿Qué viste? —preguntó Torgund.

—¿Ver? Luché contra una Lamia, mi querido amigo.

—¡Imposible! ¡Son leyendas! —el gigante se mostraba incrédulo, y Kadros callaba. Xila captó la mirada del bufón y percibió que este ocultaba

también algo de gran importancia, pues la mención de la lamia apenas alteró su pulso, pero prefirió posponerlo para más adelante y respondió al fornido Kaimu.

—Las leyendas suelen estar basadas en hechos reales, hermano. Arranqué la vida de su demoniaco ser, igual que arranqué la garganta de su cuerpo, y puedo asegurarte que era de carne y hueso... Pero habla ahora, Kadros, pues algo te aflige y desconozco de qué se trata.

El apuesto Kadros titubeó, sus ojos fulguraron con un extraño fuego, aunque no pasó inadvertido para el resto que los mismos parecían más apagados que de costumbre. Como si algo dentro de aquel Kaimu hubiera muerto. Como si una parte de él se hubiera perdido o le hubiera sido arrancada una porción.

—Bueno —comenzó—. Mi protegido se encuentra a salvo y goza de una vida razonablemente tranquila, he conseguido mantenerlo oculto a la vista de todos durante estos años. El Estarosta, Rimbaud, ha sido bendecido con el nacimiento de un nuevo heredero. Un varón. Aunque existen sospechas fundadas de que es producto de su escarceos con una sirvienta y no de Diana, su esposa. De modo que debo ser más precavido, si cabe, para evitar recelos en mi dirección, nadie quiere ver una disputa por el trono de Mil Ríos — Kadros se detuvo pensativo.

—¿Qué más, Kadros? ¿Qué te atormenta? —Xila lo presionó inquisitivamente; Kadros tomó una bocanada de aire, como el que toma impulso, y se lanzó sin más miramientos.

—Lilian Roswood —respondió con sencillez.

—¿Quién? —preguntó Torgund.

—Lilian Roswood. Es el tercer caso que he tenido en estos doce años, amigos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Xila, aunque ya empezaba a sospechar y sentía cómo los pelos de sus brazos se erizaban como los de un lobo.

—De *ellos*, de *él*, de la *presencia* —Xila se aproximó a Kadros y, tomándole por la barbilla, le acercó el rostro hasta sentir su aliento en la cara; entonces clavó su ojo auspicioso contra los desaparejos del bufón. Permanecieron así unos segundos que se hicieron interminables, y finalmente, repelida, le soltó con un gesto rápido no exento de temor. Entonces sentenció:

—¿Te has enfrentado a ellos? —Kadros asintió.

—¿Tú? —preguntó sin dar crédito Torgund, y Kadros asintió de nuevo.

—Tienes la mirada de alguien que muere por dentro, mi querido Kadros. Has tocado la más pura vileza, y esta se ha cobrado su tributo en onzas de tu carne —dijo compungida Xila, y aquel era un estado en el cual no habían visto nunca a la anciana. Torgund miraba a uno y a otro sin saber qué decir, de modo que trató de tranquilizar la situación.

—¿Pero podemos estar seguros de que en efecto fueron casos verídicos? Ya sabemos cómo están las aldeas de locos, tarados, enfermos y visionarios en estos tiempos.

—Puedes buscar todas las causas científicas que tu razón desee, Torgund. La verdad seguirá siendo la verdad por mucho que tu razón quiera constreñirla a parámetros más... razonables —gigante y lobo se enfrascaban en una acalorada discusión, cuando Kadros los atajó gritando:

—¡He hablado con ellos! —la reyerta se detuvo en el acto y le miraron aterrorizados.

—¿Que has hecho qué? —Xila se acercó de nuevo a Kadros y depositó una mano cariñosa sobre el antebrazo de su amigo. Más sereno, Kadros repitió:

—He hablado con ellos —Torgund hizo la señal de Kilumaras, y Xila la recitó con sus labios.

—¡Por Kilumaras bendito! Estás loco, Kadros. Ahora eres un imán para ellos; jamás te abandonarán, ni a sol ni a sombra. No se debe hablar con ellos, lo sabes de sobra. No se debe razonar, negociar, ni siquiera se les debe escuchar, la mentira misma sus palabras son.

—Pero, Xila... —replicó Kadros—. Sabes que entre sus mentiras podemos extraer la verdad. Sabes que la retuercen para engañarnos. Pero necesitamos desesperadamente información, cualquier ayuda. Y qué mejor manera de enfrentarlos que conocerlos —Xila asintió reticente.

—Podía haberte costado muy caro. Podías haber muerto. O lo que es peor, podías haber caído —Xila apoyó la palma de su mano sobre el pecho de Kadros reconfortando su corazón—. Pero no te culpo. Yo misma he hablado con aquella Lamia. Un riesgo innecesario tal vez, pero ya sabemos lo hábiles que son manejando las palabras.

—¿Qué te dijo? —quiso saber Kadros.

—Sabía mi nombre. Intentó atraer mi curiosidad. Yo atacué. No debemos prestar oídos a sus provocaciones.

—¿Y si hubiera sabido algo más? Quizá Kadros tenga razón y debiéramos intentar hablar con... —sugirió Torgund.

—¡No, no! —gritó de repente Xila—. Nunca. Ven cosas ocultas, ven cosas lejanas, pero ni por un momento penséis que son todopoderosos. No lo ven todo. Y tiraran de cualquier anzuelo que estemos dispuestos a morder para arrastrarnos.

Torgund y Kadros querían rebatir aquel argumento, pero en el fondo sabían que la anciana tenía razón. Ella suavizó la aspereza de su discurso al ver la impotencia en sus rostros.

—Nadie, ni siquiera nosotros, puede enfrentarles en igualdad de condiciones por su propia fuerza de voluntad. Hasta el más débil de ellos es mucho más fuerte que el más fuerte de nosotros. Tenéis que entenderlo.

—Y lo entendemos —corroboró Kadros—. ¿Pero qué opción nos queda? Algo debe hacerse.

—En efecto. Y se hará —dijo Xila convencida—. Es hora de acudir a los Sagrados. Es hora de echar abajo *la Nada, el Velo, el Manto*, o como narices queráis llamarlo.

Los otros la miraron sorprendidos.

—No sabemos si los chicos están preparados, Xila. ¿Doce años? Apenas unos adolescentes. Son impulsivos, imprevisibles —dijo el gigante.

—Y ni siquiera estamos seguros de que sean los adecuados. Bastaría que nos hubiéramos equivocado con uno de ellos para que todo se fuera al traste —añadió el bufón.

—Lo sé. Pero el tiempo se agota. Y se acerca el momento de enfrentarse a la oscuridad en toda su pureza. Debemos tomar medidas desesperadas hermanos. Y si lo que sabemos sobre los Sagrados es cierto... el tiempo correrá por afluentes diferentes.

Sopesaron las palabras de Xila.

—Apoyo la moción, Xila. Pero te recuerdo que la profecía habla de *Aquel que vendrá...* no dice nada de tres adolescentes. Los hemos protegido esperando que en estos doce años algún tipo de señal nos revelara cuál de los

tres sería el escogido... pero todo ha sido en balde. Estamos igual que al principio —Xila asintió, aunque sonreía de manera sospechosa.

—En efecto, Kadros. Sabemos leer las profecías, pero no interpretarlas... Mas ¿quién nos dice que uno de los tres es el *que vendrá*? ¿Quién dice que la profecía no hace referencia a otra persona? ¿Quién ha determinado el papel de estos tres muchachos?

—No podemos saberlo —intervino Torgund.

—Y por eso es que los protegemos como si fueran los escogidos... pensad ahora sobre lo que sabemos hasta el momento... Los Sagrados, fragmentos de Kilumaras que yacen por el mundo como recuerdo del día en que él mismo se partió por nosotros...

De pronto toda la atención se centró en la venerable sabia, la más longeva y poderosa de los tres.

—Ignoro los designios de Kilumaras... pero no creo en las casualidades, ni creo que actúe al azar. Tres Kaimu, tres nacidos bajo un cielo llameante, tres Sagrados repartidos por el mundo... ¿Casualidad?... No lo creo.

—Quizá tengas razón —asintió Kadros—. Pero no estaremos seguros hasta haberlos llevado allí.

—Correcto.

—¿Y cómo haremos caer la *Nada*? Y de todos modos ¿para qué nos servirá? —preguntó Torgund.

—Nunca lo he sabido —los demás miraron a Xila sorprendidos, pues siempre creyeron que ella tenía las respuestas y que, cuando se lo propusiera, haría caer la cortina que cubría los ojos de la humanidad con tan solo desearlo—. Pero el corazón me dice que el destino nos conduce hacia los Sagrados.

—Y una vez allí, ¿qué?

—Espero que para entonces... la respuesta se presente ante nosotros. Pero en cualquier caso ya sabéis a quién recurrir —afirmó Xila, y ellos comprendieron.

Mantuvieron un extraño silencio durante unos instantes como si tomaran conciencia de sus próximos pasos.

—Nos volveremos a ver pronto. El tiempo se acerca.

La bruma se espesó y engulló las tres figuras que se reunían en el claro.

EXORDIO

Continúan aquí los escritos de Lothan de Orz, Criptor de Mil Ríos. Recopila y recoge aquello que pudo salvarse de las edades pasadas y lo transcribe en estas líneas para las futuras generaciones. Se relata a continuación la creación de los Heldere, los Mork y los que han de venir.

...Aquel que trae la luz tomó un planeta de su elección entre el cuenco de sus manos, y hablándole directamente, dijo: «Vivirás, crecerás, albergarás mi joya más preciada, serás el cofre donde guarde mis más grandes obras, y cuando llegue tu hora te desgarrarás para volver a mí y recoger el fruto de tus largos años de existencia».

Y sopló Kilumaras lentamente sobre el cuenco de sus manos, y el planeta quedó envuelto de su aliento protector. Ni los rayos del Sol, ni de la luna, ni las partículas invisibles, ni otros cuerpos celestes tocarían aquel planeta sin antes atravesar el aliento de Kilumaras.

Y Kilumaras sonrió ante la protección imperceptible que siempre tendría su aliento sobre aquel cuerpo celeste, su planeta elegido.

Entonces se vio preparado para iniciar sus más grandes obras.

Bajo su aliento protector aquel árido cuerpo se transformó. Los cielos relumbraron de azul, la piedra verdeó, las montañas brotaron y la lava descendió a esconderse bajo la tierra donde no causara más daño y diera calor. Y aquel planeta se cubrió de belleza y color.

El Sol contempló todo aquello y, alegre por lo que veía, brilló con más fuerza, haciendo que las plantas germinaran y que la vida brotara. Y se comprometió a abrazar cada mañana, cada día, aquel planeta para darle calor y vida por siempre hasta que sus fuerzas duraran.

La Luna contempló la misma belleza y, sin poder contener la emoción, derramó lágrimas plateadas que atravesaron el aliento de Kilumaras y se vertieron en la tierra.

Las lágrimas se deslizaron por las montañas, se agruparon y se juntaron en los vados, creando así los océanos y los ríos. Y los océanos tienen memoria y recuerdan en cada fibra de su ser de dónde provienen; y los ríos también recuerdan y se vuelven melancólicos al pensar en la Luna. Y por ello es que los ríos fluyen hacia las aguas del mar, y por ello que el mar intenta cada noche, cuando más brilla la Luna, aproximarse a ella para tocarla.

Y surgió así una especial relación entre la Luna y las aguas, y Kilumaras llamó a esta relación de amor, mareas.

Y Agua, Tierra y Cielo estaban muy solos. Y tristes rogaron a Kilumaras que les otorgara el don de poder amar.

Kilumaras reflexionó durante días, o tal vez fueran siglos.

Y halló la solución. Daría al Agua, la Tierra y el Cielo incontables seres a los que amar, seres que serían amados y devolverían dicho amor así en la tierra y el mar, como en el cielo.

Pero no sería Kilumaras quien creara dichos seres. Aquel que trajo la luz decidió compartir el gozo de crear y la belleza de sus diseños con aquellos que serían sus más leales servidores. Aquellos que custodiarían la luz. Aquellos a los que dio libertad para trabajar en su gran obra.

De esta manera creó Kilumaras a los sabios y poderosos Helder, Custodios de la Luz, y depositó en ellos parte de su poder, su sabiduría, su entendimiento y les dotó de la gracia de ver el universo como Él mismo lo veía, pero no en su totalidad.

Creó entonces Kilumaras a los Mork, los Oscuros, Guardianes de las Sombras, que mantienen a la noche confinada evitando su retorno. Y les dotó a su vez de parte de su propia alma, conocimiento y poder, aunque nunca comprendieron la razón por la cual Kilumaras les privó del conocimiento absoluto, y en el fondo de sus corazones atesoraron el rencor.

De este modo noche y día quedaron dispuestos, mas no equilibrados. Es por ello que Kilumaras incluyó en sus planes a los Perantaraan, los Grises, los que vendrían después de la Creación. Y noche y día no comprendieron la disposición de los planes de Kilumaras, pues los Grises vendrían a balancear el equilibrio entre la luz y la oscuridad, y de su libertad dependería que el fulcro se conservara en su bella armonía...

VII

LA CASCADA

El anciano había sido desposeído de todo control y había permitido que otros entraran a controlar su ser. Ciertamente era que fue Jnum, el gran druida, el responsable de su lamentable estado actual, pero no se podía negar que quien jugaba con fuego toda la vida, se acaba quemando.

El excelso alquimista le había obligado a engullir aquella porción de hierba del diablo sin adulterar, y desde el mismo momento que comenzó a escuchar las voces estas le arrebataron su libre albedrío. Y ahora ellas hablaban a través de él, suplantando por completo a quien alguna vez fuera el hermano Ars.

En la Aldea, la población más importante de la Cascada, todos le evitaban. Durante años aquel anciano había ejercido de curandero, y a pesar de todos los pesares había logrado hacerse una reputación respetable en la villa; cosa reseñable, pues en general la orden de los druidas infundía temor y recelo a partes iguales, y tan solo el consumo continuado de hierba mantenía a la población en un controlado sopor.

Pero ahora el anciano resultaba más temible que sus propios hermanos. Donde antes hubiera unos ojos profundos e inquisitivos, había en su lugar dos esferas blancas y opacas que no transmitían la más mínima calidez o sentimiento. Los druidas aseguraron que el hermano Ars había perdido la vista durante el trascurso de un peligroso experimento. Había muchos en la Cascada que dudaban de la versión oficial, pero nadie osaba sugerir en público, o en privado, tan subversivas ideas. En público supondría, si no la ejecución inmediata, sí el encierro de por vida; en privado supondría el bochorno de ser denunciado por algún familiar, pues en la Cascada todo el mundo tenía orden

de vigilar a todo el mundo. De modo que en la Cascada reinaba la paz y la armonía impuestas a golpe de denuncia.

El hermano Ars permanecía sentado en una vetusta silla de madera maciza, apenas visible entre las sombras del laboratorio del gran druida. Tan solo sus opacos ojos blancos destacaban entre la penumbra.

Su superior caminaba arriba y abajo por la habitación, haciendo reflexiones y solicitando su opinión sobre múltiples aspectos a su silencioso oyente. Claro que Jnum no se dirigía al hermano Ars cuando hablaba. Se dirigía a la presencia que ahora habitaba en el hermano Ars.

—¿Qué traman? Me lo pregunto desde hace años y cuanto más cerca estoy de hallar la respuesta más se aleja ésta de mí. ¡Tú debes de saberlo! ¿Acaso no ves todo? —Jnum se movía nervioso. Ars, o lo que fuera aquello, permanecía hierático como una estatua. Al no obtener respuesta, Jnum continuó — No es que me queje. Mientras obtengamos la hierba controlaremos este lugar, ¡pero los niños...! ¿Por qué quieren niños a cambio? Yo también los necesito para mis experimentos —se mostró ofendido—, no puedo prescindir de ellos y cada vez hacen pedidos más grandes. ¿Qué será lo próximo, eh?

El hermano seguía sin pronunciar palabra.

—Dime algo. ¿Qué ves? ¿Para qué utilizan los niños? Tú lo sabes —el gran druida se aproximó hasta su hermano de manera que podía sentir su respiración... o tal vez no era su respiración sino el deseo de sentir algo que lo hiciera parecer humano. El anciano volvió entonces sus ojos vacíos de vida y los clavó sobre Jnum.

—Sabes que no puedo ver nada más allá de la *nada* —respondió con una voz profunda y grave. Pero de pronto la voz de Ars cambió y fue el timbre de una voz de mujer la que concluyó—. Lo sabes bien.

Jnum dio un paso atrás, asustado, y el anciano esbozo una sonrisa femenina, casi lasciva, que erizó el poco cabello que le quedaba al gran druida en la cabeza. No soportaba cuando Ars hacía aquello, y lo hacía a menudo desde que le diera a comer la hierba. Cambiaba de voz como el que cambia de vestido, y normalmente la transformación iba también acompañada de sutiles cambios en su rostro que completaban su nueva personalidad. Después volvía a su rictus habitual, sin transmitir la menor señal de estar vivo.

Jnum reunió fuerzas y rodeó su escritorio para sentarse. Disimuladamente, abrió uno de los cajones superiores y dejó a su alcance,

pero apartado de la vista, una pequeña ballesta con un virote impregnado del veneno de una serpiente Krait. Se disponía a preguntar de nuevo, cuando Ars le interrumpió; la voz de un niño brotó de sus labios, inocente, aunque no los movió, como un ventrílocuo la voz de aquel angelito llenó la estancia.

—Sabes que no puedo ver a través de la *nada*... pero también sabes que aquí puedo ver cosas ocultas... —el rostro de Jnum cambió de color—. Guarda esa ballesta, no sea que te hieras con ella, excelso alquimista —ordenó el niño, mientras añadía el título casi con sorna. Jnum cerró el cajón sin rechistar. El gran druida se acodó entonces sobre el escritorio y preguntó.

—¿Qué puedes decirme? ¿Puedes prever lo que me aguarda?.

—Te inquieta el futuro, ¿verdad? —Jnum pestañeó en silencio—. Pues no estés molesto con el destino, sabio druida. Gobernarás la Cascada hasta el final —Jnum no era tan idiota como para no darse cuenta de que Ars respondía siempre a sus preguntas con sinceridad, pero con ambigüedad.

—¿Debería temer algo?

—Todos tenemos algo que temer —contestó una voz sensual, casi de prostituta.

—¿Todos?... ¿Acaso tú temes algo? —el rostro de Ars se desfiguró y se convirtió en una máscara aterradora. Era todavía el hermano Ars, pero su rostro jamás se había contraído de aquel modo, como si nuevos músculos con funciones desconocidas hubieran aparecido sin más bajo su fina piel. Después se serenó y, con la dulzura de una doncella, contestó.

—Todos tenemos a alguien por encima a quien debemos rendir cuentas.

—Te refieres a una jerarquía, ¿no? —Ars no respondió—. ¿Qué posición ocupó yo en esa jerarquía tuya? —el anciano rio siniestramente.

—Eres el primero, por supuesto —algo hizo temblar a Jnum, y no se atrevió a seguir la conversación por aquel derrotero. Era el “primero”, de acuerdo, pero Ars no había especificado el primero en qué, y el gran druida pensó que tampoco quería saberlo. No por ahora, al menos.

—¿Eres el hermano Ars?

—Sí —respondió al fin la voz familiar de su hermano—. Y no —rio malévolamente la voz de una anciana. Jnum pensó que sería buena idea someter al hermano Ars a las voces cuando le obligó a ingerir la droga, ahora ya no estaba tan seguro. Antaño había visto aquellos efectos en pequeñas dosis, pero nunca tan marcados. Había algo que escapaba a su control, y eso no agradaba

a alguien como el alquimista que presumía de controlar a todo el mundo.

—Está bien —Jnum se rascó los pocos pelos largos y grasientos que se le pegaban en la calva—. ¿Cómo he de llamarte entonces? ¿Cuál es tu nombre? —la risa que siguió fue espantosa; el gran druida hizo uso de toda su voluntad para no taparse los oídos ni mostrar temor, aunque de alguna manera se sentía desnudo ante Ars y suponía que este podía ver dentro de él.

—Mi nombre es muchos, todos y ninguno. Pero puedes llamarme... Ars —y la voz rio nuevamente.

—Como quieras —dijo Jnum dando un golpe desencantado en la mesa—. ¿Qué hago contigo entonces?

—Utilízame —fue la sencilla respuesta.

—¿Para qué? ¿De qué me sirve un druida chalado que imita voces y se comporta como un ventrílocuo? —Ars sonrió casi rasgando las comisuras de tanto como forzó la misma sonrisa.

—Para lo que todo el mundo anhela y busca: poder, dinero, reconocimiento, respeto, placer.

—¿Todo eso puedes darme? —Jnum sospechaba evidentemente cuál sería la contraprestación de todo aquello, le ofrecían la luna a condición de que la descolgara del cielo—. ¿Y por dónde propones comenzar? ¿Me ofrecerás mujeres acaso para acallarme?

—No osaría ofrecer algo tan vulgar a un hombre de vuestra posición —la adulación pareció funcionar e hizo que Jnum se relajara un poco en presencia de Ars.

—¿Entonces?

—Propongo empezar por eliminar a aquellos que hacen peligrar vuestro poder.

—No es mala idea. Me satisface. ¿Pero quién en su sano juicio osaría tal cosa, desafiar mi poder?

—Recuerda que puedo ver cosas, gran druida. Y ahora mismo veo una niña que podría suponer una gran tribulación para nuestros planes —Jnum prefirió obviar que el hermano Ars se había referido a *nuestros* planes, y no a los del gran druida.

—¿Qué sugieres?

—¿No es obvio? Debemos eliminarla antes de que nos cause mal.

Jnum reflexionó durante largo rato.

—De acuerdo —dijo al fin—. Haré esto por ti —y así dejaba claro Jnum que “*nuestros planes*” eran en realidad *sus planes*, y que había entendido las sibilinas intenciones de Ars—. Enviaré a alguien donde me indiques con la misión de eliminar a la niña y a todo al que se encuentre con ella. ¿Contento? —el anciano negó bruscamente, de tal manera que parecía se fuera a partir su cuello.

—No. En absoluto. ¡Envíame a mí!

El gran druida observó al hermano Ars levantarse de la silla amenazadoramente, todavía con el aspecto de una estatua, pero con sus marmóreos ojos atravesándole de lado a lado de manera viciosa.

—De acuerdo. Te enviaré... pero te acompañarán algunos de mis hombres. Comprenderás que necesite la opinión y el testimonio de alguien más que... tú.

Sin decir nada, el hermano Ars salió a grandes pasos por la puerta del laboratorio y subió la escalera.

Jnum se arremolinó en su butaca y suspiró aliviado. No entendía muy bien lo que acababa de suceder pero necesitaba evadir su mente. De modo que se acercó a sus alambiques y probetas, sus matraces y tubos de ensayo, y extrajo de un frasco mediano un feto de unos cuatro meses de edad. Estaba a punto de dar con una manera de cambiar de apariencia, y creía que en el tejido epitelial de un feto en formación se hallaba la respuesta. No había nada como un poco de trabajo intelectual para distraer la mente.

* * *

—¡Sera! ¡Acuérdate de recoger un puñado de hongos antes de volver!
—Tania gritaba así a su hija, mientras la chiquilla se alejaba unos metros en dirección al río, armada con una rudimentaria caña de pesca. No demasiado lejos, siempre a la vista de la cabaña en la que vivían. Tania no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. El mundo se había convertido en un lugar peligroso, y sus habitantes eran aún más peligrosos. Antes se podía pasear por Bosque Espeso disfrutando de la soledad, los sonidos de la foresta y los colores del otoño y la primavera, y ahora... ahora esos mismos colores parecían opacos y mortecinos, y esos mismos sonidos que levantaban el espíritu apretaban el corazón en un puño. Brujería o no, la naturaleza se había

vuelto loca.

Sudaba generosamente mientras terminaba de clavar una última estaca de madera; había decidido que un cercado y algunas trampas serían lo mejor para obtener algo de tranquilidad. Vivir en Bosque Espeso nunca fue fácil, pero si tenían que vérselas con seres como aquella mujer serpiente... más valía estar preparados.

Pensaba esto, y sentía escalofríos al recordar el cadáver de la bestia y el hedor que desprendía. Se hallaba tan enfrascada en sus quehaceres que no se apercibió de la figura encapuchada que se deslizaba a sus espaldas. Se movía de árbol en árbol tratando de no ser vista y su paso era algo torpe y pesado.

El delatador chasquido de una ramita seca puso en alerta todos sus sentidos, y Tania se volvió como un relámpago, dio dos zancadas y alcanzó el bracamarte que descansaba unos metros por detrás de donde trabajaba. Alzó la hoja por delante de ella y escudriñó preocupada la linde de la propiedad. Miró hacia el camino por el que había partido Sera y comprobó que la niña permanecía sentada a la orilla del río pescando distraídamente. Para cuando pudiera alertarla seguramente ya sería tarde, de modo que la única solución era afrontar al intruso y esperar que el ruido de la pelea pusiera sobre aviso a la niña.

Una figura achaparrada y encapuchada salió de detrás de un viejo sauce, a la tenue luz de la espesura su aspecto era el de una bruja, o lo que era peor, el de un druida.

—¿Qué haces aquí y cuáles son tus intenciones? Si buenas son estas, buenas serán mis obras. ¡Vamos! ¡Muéstrate!

La capucha cayó hacia atrás y Tania suspiró aliviada mientras bajaba el arma.

—Tú —dijo sin poder ocultar su sorpresa—, pensé que no te volvería a ver. ¿Qué haces aquí?

La anciana mujer, pues tal era su condición, saludó cortésmente y no esbozó ni la menor señal de antipatía.

—Hola Tania. Ha pasado mucho tiempo ¿verdad?

—Quizá no el suficiente.

—Encantadora, como siempre.

—¿Y cómo quieres que reciba a la persona que llenó mi vida de

dificultades?

—No es que puedas afirmar que haya cambiado mucho tu vida. Hace doce años acudí a ti para que protegieras a una niña, eras la única que tenía alguna posibilidad de hacerlo, dado tu clandestino modo de existencia. Tú la escondiste y cumpliste la palabra dada. Y por ello te doy las gracias.

—¡Vaya!... agradecimiento. Eso es nuevo. En fin, quizá tengas razón, no puedo culparte. Ahora es como una hija para mí. Debería ser yo quien te lo agradeciera.

—Me alegra oír eso.

—Es la verdad... pero nunca me explicaste por qué lo hiciste, por qué aquella noche me asaltaste de aquella manera apresurada. Y nunca volviste para asegurarte que la niña estaba bien. Has continuado con tu labor, matrona, has seguido cometiendo actos innombrables al servicio de un credo que apenas compartes, y sin embargo aquel día rescataste a esta criatura y arriesgaste todo por ella. ¿Por qué Sera sí, y el resto de criaturas que has abortado después no?

La anciana matrona solo pudo entornar los ojos, avergonzada.

—No estoy orgullosa de mis actos... y no tengo respuesta a tu pregunta. En aquel momento, simplemente sentí dentro de mí, en lo más hondo, que era lo correcto.

—¿Y ya está? ¿Así lo justificas todo?

—En ocasiones, grandes actos tienen explicaciones enormemente sencillas. Si todavía no lo sabes, cuando llegues a mi edad igual lo recuerdas.

—¿A qué has venido? —atajó bruscamente Tania. La anciana asintió, comprendiendo que debía ir directa a los negocios y que aquella no era una visita social para compartir una tacita de infusión de ortigas al calor del hogar.

—No sé cómo explicarlo. He recibido una visita de alguien que dice ser un amigo común.

—Yo no tengo amigos, y mucho menos en común contigo. Vivo escondida del mundo y nos conocemos por puro interés. Yo te conseguía la planta del iboga para que trataras tu adicción a dios sabe qué, ¿recuerdas?, y tú me conseguías artículos para hacer mi vida más llevadera. A mí me suena a negocios, no a amistad.

La anciana se sentó con dificultad en un milenario tocón y se vio embargada por la pena.

—Puede que no seamos amigas, Tania, tienes razón de nuevo. Pero no

me juzgues duramente, no sabes lo que es no ser dueña de tus propios actos. ¿Para qué crees que necesitaba el arbusto iboga todos estos años? —Tania no se atrevió a responder, pero, en cambio, se sintió ablandada por la mirada triste de la anciana y aceptó sentarse a su lado. Ella continuó— ¿Has oído hablar de la hierba del diablo?

—Sí. Esa basura que vosotros los habitantes de la Cascada mascáis, bebéis, esnifáis y consumís en todas las formas y maneras posibles para olvidar vuestras insípidas vidas.

—En efecto. Y ojala la consumiéramos para olvidar. La noche que rescaté a Sera... esa noche olvidé tomar mi dosis —un extraño interés se abrió paso dentro de Tania—. Esa noche sentí que era dos personas al mismo tiempo. Yo era la anciana matrona, cuyo trabajo he desarrollado diligentemente todos estos años sin hacer preguntas. Pero también sentí, en el fondo, muy dentro de mí gritando hacia fuera a otra persona. Alguien que gritaba y quería salir.

—No comprendo.

—Tania. Esa noche sentí a mi verdadera persona clamando a gritos desde el fondo de mi cuerpo. Esa noche tomé decisiones contrarias a la persona que soy la mayor parte del tiempo. Y esa noche me sentí bien, completa por primera vez en mi vida. Al día siguiente adopté una decisión. Investigué viejos manuscritos y otros legajos sobre medicina, hasta que encontré la respuesta a mis preguntas. Y la respuesta era el arbusto iboga. Quería dejar de tomar la hierba del diablo, pero si lo hacía los druidas se percatarían. Así que opté por tomarla, pues nadie escapa a su control, pero decidí que a ocultas, por la noche, tomaría hoja de iboga machacada. Y de esa manera paliaba en parte los efectos adictivos de la hierba y matizaba su poder sobre mí. Recuperé parcialmente mi capacidad de decidir sobre mi vida.

Tania la observaba incrédula.

—¿Intentas decirme que todos los habitantes de la cascada están controlados por medio de esa... sustancia?

—Es algo más que control. No sé qué exactamente. Pero como te dije sentí que yo era dos personas a un tiempo. Una de ellas es la desagradable y huraña anciana matrona, y la otra una mujer a la que apenas conozco, que sale a relucir en contadas ocasiones. Como hoy, aquí contigo.

—¿Dime qué crees? —la anciana reflexionó.

—Creo que la gente de la Cascada vive en una prisión viviente. Y esa prisión son sus cuerpos. Creo que en cada una de esas pequeñas prisiones viven los verdaderos seres que son nuestros vecinos.

—Entonces. ¿Cómo viven, andan, comen, actúan? No puede ser una prisión —Tania solo expresaba lo que cualquiera habría dicho. Aquello no tenía sentido y sobrepasaba su entendimiento.

—No lo sé. Solo sé lo que te he dicho. Alguien, muchos, están viviendo nuestras vidas por nosotros. Y esa es la prisión perfecta querida mía. Una prisión invisible que además el huésped acepta pasivamente.

Tania abría los ojos desmesuradamente. Era demasiado para aceptar, eso sin contar que desde hacía poco existían para ella las lamias y sabe el cielo qué más cosas horribles y desconocidas.

—Y tú, mi querida niña, eres la única persona junto con Sera que no se encuentra bajo el control de esa maldita hierba. Por eso estoy hoy aquí. Y por eso nuestro amigo común habló conmigo, como ya hiciera hace doce años, de alguna manera que no alcanzo a comprender.

—¿Qué amigo es ese, anciana? —preguntó Tania, ya embarcada definitivamente.

—Una loba albina y tuerta, cuyo único ojo le habla al corazón —Tania se levantó de un golpe—. Veo por tu reacción que no me equivoco al afirmar que la conoces.

—Puede que nuestros caminos se hayan cruzado, en efecto.

—Algo más que cruzarse diría yo —sonrieron con ironía sus apergaminadas mejillas.

—Realmente, si lo piensas, yo nunca he visto a esa loba de la que hablas —atajó Tania, molesta.

—¿Entonces por qué te levantaste hace un instante como si te hubiera picado un alacrán en el trasero?

—Porque... porque... —titubeó, y por fin lo escupió— porque Sera me describió a la misma loba que describiste tú hará doce años. Y porque Sera me aseguró que la oyó hablar en su cabeza —la matrona miró profundamente a la mujer—. Sí. Eso dijo, yo tampoco lo entiendo.

—¿Me crees entonces? —preguntó la anciana. Tania asintió, al principio poco convencida para terminar moviendo la cabeza con seguridad y afirmativamente—. ¿Me crees entonces si te digo que recibí una visita de la

loba blanca, y que me alertó del peligro mortal en que os hayáis Sera y tú?

—¿De qué hablas?

—Estáis en peligro. He venido a avisaros. Y debéis partir. Hoy, sin demora.

—¿Pero adónde? ¿Qué otro lugar nos queda para escondernos?

—Ella dijo que el tiempo de esconderse está llegando a su fin. Debéis partir, dirigiros a la Bahía Vedada y recorrer las Lágrimas.

—¿El ojo de Kilumaras? ¿La loba te dijo que fuéramos allí? —la anciana asintió—. ¿Y cómo demonios nos esconderemos allí? Los druidas y sus secuaces vigilan día y noche el acceso a través de las Lágrimas. Está en la zona prohibida.

—Esconderse no. Ella me aseguró que debíais llegar allí antes de la próxima luna nueva. Y entonces sabréis que hacer.

—¿Me estás pidiendo que abandone todo, me adentre en territorio druida, donde si nos capturan seremos ejecutadas o algo peor, que lleve conmigo a una niña, y todo con la vaga idea de que una vez allí sabremos qué hacer?

—En resumen podría decirse que sí.

—¡Estás loca!

—¿Y quién no?... —repuso sin darle importancia—. Debéis partir Tania. No tardaran en venir. Ya saben dónde estáis, este lugar ya no es seguro.

—Si saben dónde nos escondemos es por tu culpa —respondió destemplada.

—No, no... algo ha cambiado. Hay un nuevo hermano entre ellos. Un druida mayor que ve cosas y por alguna razón se ha mostrado muy interesado en vosotras, han preparado una partida de caza. ¡Tenéis que huir! —sus últimas palabras prácticamente las gritó agarrando por el antebrazo a la mujer. Tania observó asustada a la anciana, cuyo nerviosismo y angustia conferían veracidad a sus palabras.

Sera apareció trotando alegremente por el camino y canturreando, con un hatillo de peces colgando sobre su hombro y un cesto lleno de hongos en la mano. El bosque se había vuelto oscuro como una caverna, los ruidos de los grillos se habían apagado y Tania alzó la vista como si husmeara el entorno buscando el peligro.

No pasó desapercibida para la pequeña Sera la actitud de su madre, lo que hizo que la niña guardara silencio y apresurara el paso.

—¿Qué sucede, madre? —preguntó cuando llegó a su lado—. ¿Quién es esta mujer?

Tania colocó la palma de su mano sobre la boca de la niña y siguió escudriñando la oscuridad. Las ramas de los árboles se bamboleaban y entrechocaban haciendo gruñir las hojas. Tania tomó de nuevo su bracamarte con todos los músculos en tensión.

De pronto Sera gritó fuertemente al caer de espaldas contra el suelo haciendo volar el cesto de hongos pero sin soltar el hatillo, como si le fuera la vida en ello. Una larga y nudosa raíz que brotaba del suelo a pocos metros se había enroscado en su pierna. La raíz empezó a tirar de la niña hacia atrás y Tania reaccionando con rapidez corrió hasta allí y cortó de dos rápidos golpes la atadura, haciendo que el muñón de madera retrocediera bajo la tierra como una culebra en su madriguera.

—¡Corred! —gritó la matrona justo cuando una veintena de raíces finas y amenazadoras surgieron del manto del suelo y se alzaron como serpientes sobre su vientre.

Tania sujetó en una mano a Sera y en la otra el bracamarte, volvió los pies y corrió sin mirar atrás, arrastrando tras de sí a la joven chiquilla que se esforzaba entre resuellos por seguir el paso.

Muy pronto los gritos de la matrona quedaron apagados en la distancia, mientras las nudosas raíces atraían a la anciana al suelo aferrándola de manos y pies. Finalmente, un nuevo sarmiento salió de su eterno sueño subterráneo y se enroscó al cuello de la mujer, para terminar envolviéndole la boca. Ella perdió el conocimiento y sus gritos cesaron.

El hatillo que llevaba Sera al hombro se sacudía de lado a lado, y en ocasiones alguna trucha fresca salía despedida y caía al suelo dejando tras de sí un reguero de pestilencia. Cuando habían puesto de por medio lo que Tania consideró suficiente distancia, se detuvieron.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —sollozó Sera. Tania se agachó y le secó las lágrimas con delicadeza.

—Nada, hija mía. Ven aquí —y poniéndose de rodillas la abrazó.

—Quiero ir a casa.

—No podemos, Sera. Nuestro hogar ya no existe —la niña se abrazó

con más fuerza y descansó su cabeza sobre el hombro de su madre.

—¿Y adónde vamos a ir, qué haremos? —Tania no tenía respuestas. Pero ante la falta de ellas decidió que lo mejor sería hacer caso a la anciana y honrar su último sacrificio. Acertada o equivocada el corazón le decía que era la única decisión posible.

—Viajaremos pequeña.

—¿Adónde iremos? —Tania se separó de Sera y la miró quitándole los pelos de la cara.

—A Bahía Vedada. Un amigo nos espera allí —aquello pareció tranquilizar a la niña, que tan solo necesitaba un hálito de esperanza al que aferrarse. Pero Tania no estaba tan segura. ¿Un amigo? Quién sabe. Viajar hasta la bahía ellas solas, sortear todos los peligros que pudieran presentarse para llegar al límite del mundo y hacer no se sabe muy bien qué.

Pero no tenían muchas más opciones.

—Vamos, apresúrate. Debemos abandonar Bosque Espeso cuanto antes. Viajaremos ligero, de modo que cazaremos por el camino, no necesitaremos toda tu captura. Deja aquí la mayoría de los peces y carga tan solo con dos para la cena. Vamos.

Sera se descolgó el hatillo del hombro y abrió la tela para obedecer las instrucciones.

—¡Ay! —aterrorizada, soltó lejos de sí el paquete y retrocedió espantada. Tania dio un paso al frente y apartó a su hija. A sus pies contempló la tela que albergaba la pesca de ese día. Las lozanas truchas retozaban y se enroscaban ante ella. Daban saltos y trataban de arrastrarse hasta las mujeres con clara intención de atacar. Los ojos eran inexpresivos y vidriosos, y unos afilados dientes aparecieron en sus bocas, mientras las escamas de sus cuerpos parecían pudrirse ante sus ojos a gran velocidad.

Tania no daba crédito. ¿Qué demonios estaba pasando? Primero la lamia, después los árboles, ahora los peces. Asqueada tomó de la mano a su hija y se alejaron a toda prisa.

—¡Vámonos! Ya recogeremos bayas u hojas por el camino.

Rumbo al norte, sin mirar atrás, abandonaron el tupido follaje de Bosque Espeso, más opresivo y amenazador que nunca cuando lo pudieron contemplar desde fuera. Era como si el bosque entero fuera un ente vivo en plena transformación, las copas se cimbreaban sin viento y los pájaros

callaban y abandonaban sus hogares en silencio.

—Adelante, mi niña —depositó un cálido beso en la cabecita rubia de la muchacha, que se sintió reconfortada, y juntas se adentraron en las tierras Más allá del Río. La tierra prohibida, el territorio que los druidas establecieron como zona maldita y que las llevaría hasta el Ojo de Kilumaras.

VIII

MIL RÍOS

La vida de un borracho nunca deja de ser entretenida, diversa, y lo mejor, nueva cada día, pues no recuerdas absolutamente nada de lo que sucedió la noche antes. Y si eres un detective borracho la vida es más entretenida, diversa y novedosa que nunca.

Hay un dicho que asegura que los ancianos y los niños siempre dicen la verdad, o al menos así dicen en Mil Ríos. ¡Qué gran mentira! Los ancianos no recuerdan la verdad y los niños ni siquiera la conocen. De modo que eso solo deja una opción. Los borrachos siempre dicen la verdad. ¡Qué gran verdad!

Y dado que Lilian Roswood no tenía edad para ser una anciana, ni tampoco eran propias de una niña esas curvas... Varley se decantaba por borracha. Sí, definitivamente tenía que ser una hermana de armas, después de todo lo que le había contado con respecto a su sanación y el tipo responsable de la misma.

Pero como buen sabueso debía comprobarlo por sí mismo, y eso implicaba encontrar a un sujeto llamado Kadros y hacerle una serie de preguntas.

«¿Cómo será?»

—Espero que un borracho —así solo diría la verdad.

«La verdad es que cuando le viste el otro día daba un poco de miedo».

—Cierto. Helaba la sangre. Tal vez debería recalar en el próximo tugurio para calentarme.

Dicen también que si quieres conocerte a ti mismo debes llegar a lo más profundo de tu ser y hacer las preguntas adecuadas. Varley ignoraba qué significaba toda aquella palabrería, pero desde luego cuando bebía de más se hacía un sinfín de preguntas a sí mismo, adecuadas o no, y mantenía amenas

pláticas con su yo interior, que en ocasiones resultaba ser un capullo.

«Esa mujer está loca de atar».

—Sin duda.

«Pero estás haciendo precisamente lo que te dije».

—Soy idiota —confirmó.

Dos carretas se cruzaron en su camino y levantaron un chaparrón de barro que le caló los huesos.

«Serán cabr...»

—¡Hijo de meretriz! ¡Así te parta un rayo, mal nacido! —las carretas y su escolta de hombres vestidos de negro prosiguieron la marcha sin el menor signo de haberse dado por enteradas. Varley se sacudió la ropa y golpeó el sombrero contra el muslo para desprender el barro adherido.

«El aliento me huele a botella de aguardiente recién abierta... y ¡qué sudor!...»

—Si me cayera en un abrevadero algún caballo acabaría dando tumbos por los caminos.

Varley prosiguió su marcha mientras recapitulaba mentalmente la conversación con Lilian Roswood. Al parecer, la mujer cayó “enferma” al poco tiempo de morir su hijo en circunstancias extrañas. Aislada, sola y tenida por loca abandonó todo contacto con el mundo y se recluyó en el hogar, donde mantenía largas conversaciones con el vacío. Aunque ella aseguraba que era escuchada y respondida.

Al parecer entonces comenzaron los ataques. Explicó a Varley un extraño encuentro, y éste dedujo que debían haberla drogado y violado, pues lo que decía no tenía mucho sentido; algo sobre una presencia que insistía en que podía devolverle a su hijo y que la forzó. Muy raro. El caso es que al final ella cedió y el resto bueno... los loqueros seguro que tienen algún término clínico para definir lo que siguió.

Pero, según contaba ella, tan solo una persona creyó su desesperada historia y descartó que Lilian estuviera chalada: Kadros. El misterioso nombre que iba unido a la misteriosa persona que ahora andaba buscando con las sucintas indicaciones que había podido extraer de aquella mujer.

«Lo más seguro es que el violador y Kadros sean la misma persona».

—Eso simplificaría las cosas... y dejaría más tiempo para beber.

«Pero eso no explica el frío, y el olor extraño que envolvía la casa».

—Cierto.

No podía negar que había algo raro en todo aquel embrollo. Pero por primera vez en doce años tenía un caso, un misterio y una pista. Orgullosamente agarró las solapas de la chaqueta y sonrió. Nunca es tarde para empezar a hacer tu trabajo; si descubría algo jugoso a lo mejor podía volver a Mil Ríos e informar.

«Y así abandonar los caminos por un tiempo al menos».

—Estaría bien.

Decidido, continuó su camino y aceleró el paso. Una nueva fuerza había crecido en su interior. No se trataba de desentrañar la verdad; esa fuerza podía durar unos días, a lo sumo unos meses, antes de que todo se desmoronara a tu alrededor abatido por el peso de la realidad: que nadie quiere saber la verdad. Lo cual dejaba a Varley en el paro.

No. Esta fuerza era mucho mayor y más motivadora. Era la fuerza del hogar. Varley quería desentrañar el misterio y volver a casa. A Mil Ríos, a la capital y a sus aposentos en la Fortaleza del Agua.

Silbando con alegría distraída, prosiguió su camino. Quedaba poco, muy poco.

Desviándose del camino cien metros a sus espaldas, un hombre vestido de negro abandonó su rastro. Avanzó media milla por entre los árboles y desapareció de la vista con un desagradable graznido.

Un cuervo volaba hacia Mil Ríos.

* * *

Ambas carretas traqueteaban por aquella senda. Habían dejado atrás la aldea de Borda y a sus habitantes, y tras casi atropellar a un borracho que rondaba por los caminos, pusieron rumbo a la Atalaya del Águila, hacia el Templo de los Ancianos. Los bloques de piedra que acarreaban se necesitaban allí para reparar los escalones y altares de arcaica construcción.

Una pequeña escolta de dos hombres a caballo, completamente vestidos de negro, daba protección a la caravana desde que cargaron junto a la Puerta de la Luz, cerca de la Atalaya del Gato.

El viaje transcurrió sin imprevistos, y todo se desarrollaba con calma

precisión. Hicieron la parada prevista junto al Río Vuelto, allí donde se une al Río Grande, y contemplaron la anormalidad de sus aguas mientras degustaban un refrigerio.

Lo llamaban el Río Vuelto porque se comportaba al contrario que todos los ríos de Mil Ríos, si exceptuaban la Espiral que también constituía una anomalía digna de estudio. El Río Vuelto era un afluente del Río Grande, como todos los cauces fluviales del continente, pero este afluente era singular. Los sabios y eruditos de la Fortaleza del Agua habían comprobado, una y otra vez, que las aguas de este río desembocaban, sin lugar a dudas, en el cauce principal del Río Grande, habían demostrado hasta la cantidad de hectómetros cúbicos que vertía en el mismo. Y sin embargo, este río subsidiario fluía en sentido contrario a su desembocadura, hacia las montañas de los Dientes del Dragón y no al revés. Y aquel inexplicable hecho dejaba sin habla y mudos de asombro a ricos y plebeyos.

De modo que la caravana disfrutaba de un merecido descanso junto a tan estrafalario paisaje, masticando y bebiendo con deleite y sin cuestionarse nada de lo que sucedía a su alrededor.

Pues cuestionarse su entorno era la manera más rápida de ser infeliz en la vida.

Recogieron los bártulos y se dispusieron a partir de nuevo, cuando uno de los escoltas negros hizo un gesto de cabeza al carretero que iba cerrando la comitiva. Se pusieron en marcha, y la primera carreta con su escolta tomó la senda del Templo de los Ancianos. Pero la segunda no la siguió. Se desvió por un camino mucho más abrupto que conducía a la Atalaya del Oso y al nacimiento del Río Vuelto.

Nadie puso objeción y las carretas separaron sus caminos.

No obstante, el anciano conductor de la carreta que se dirigía al Templo no pudo evitar hacerle un breve comentario a su compañero de riendas.

—No comprendo este trabajo —su compañero escupió un trozo de tabaco al empedrado.

—¿Y qué hay que comprender? Cargamos piedras, dejamos piedras. Fin de la historia.

—¿Nunca te preguntas por qué siempre cargamos dos carretas de piedras en Puerta de la Luz para después perder la mitad del cargamento por el camino? ¿Por qué demonios desvían piedras hacia otro destino, si no hay

nada previsto en el plan del día? Te digo que alguien se está forrando a costa de nuestro sudor, hermano.

Su acompañante volvió a escupir, pero esta vez su pedazo de tabaco se mezcló con un chorro de sangre oscura. Se limpió la cara, sorprendido, y comprobó que no era su sangre. El gahzate del anciano sentado a su lado estaba abierto como una hogaza de pan, y su cabeza descansaba sobre su pecho todavía con los ojos abiertos de sorpresa.

El escolta negro acercó su caballo por el lado del copiloto, y detrás de la capucha que le cubría el rostro brotó una voz que sonó como un graznido.

—¿Alguna otra pregunta? —el muchacho negó nerviosamente—. Bien. Entonces continuamos. Toma tú las riendas y no digas nada más.

El soldado limpió un elegante estilete en el jubón del carretero y enfundó el arma sin perderlo de vista, como un ave de presa.

La carreta se alejó golpeando los adoquines con sus aros metálicos y se perdió más allá del Río Grande.

* * *

El salón principal de la Fortaleza del Agua parecía vacío para lo que era habitual en las reuniones de estado. Rimbaud, estarosta por la gloria de Baashamel y la voluntad del pueblo, sostenía el cetro de mando con desgana, mientras atendía las cuestiones planteadas por sus consejeros.

Diana, su esposa, amamantaba a una raquítica criatura llamada Ulfgang, sentada al lado de su esposo. El hijo primogénito de Rimbaud padecía problemas de salud desde su nacimiento, y la leche materna no solo no favorecía que el infante cogiera peso, sino que además consumía a la madre, que cada día mostraba más y más signos de cansancio.

Esto sumado a los problemas inherentes de dirigir una nación, hacía que las bolsas bajo los ojos del estarosta lucieran amoratadas y abultadas.

La viperina lengua del consejero principal, Mabruk, llevaba años lamiendo los receptivos oídos de su señor, y este cada vez delegaba tareas de mayor importancia sobre los hombros de su hombre de confianza. De modo que aquella reunión a puerta cerrada juntaba en la sala a la familia gobernante con Mabruk, dos escoltas del Mil Ríos y dos sacerdotes Kohen que flanqueaban al consejero.

—¿Qué puedo hacer, mi fiel amigo? —la pregunta del estarosta era más bien retórica.

—Ya conocéis el anuncio que realicé cuando nació vuestro hijo. Baashamel me habló a través de las estrellas y fue claro.

—Pero no puedo hacer lo que pide. No puedo instaurar de nuevo esas bárbaras costumbres.

—El dios de las mil caras lo exige. La vida de vuestro primogénito durará quinientos días, ni uno más. A no ser que el señor estarosta cumpla su parte. La vida debe ser purgada en Mil Ríos para salvar a vuestro hijo — Mabruk dejó que el mensaje calara despacio. Llevaba tiempo trabajándose a Rimbaud, y por fin parecía que su reticente fortaleza moral estaba a punto de caer como un castillo de naipes. La pregunta que siguió dejaba claro que las murallas de su alma se resquebrajaban.

—¿Y cómo justificaré ante el pueblo un acto así? —arguyó Rimbaud, sin atreverse a levantar la mirada del suelo taraceado.

—El pueblo no necesita justificaciones. Necesita distracciones. Dadle entretenimiento, dadle infraestructuras, dadle abundancia y comerán de vuestra mano. Ofrecedle el mundo y lo cogerán sin preguntar. Entonces, mi señor, dejaréis de preocuparos por justificar vuestras obras. Pues nadie os pedirá cuentas. En ese momento, no solo conoceréis el verdadero poder, sino que podréis dar forma al mundo tal y como es el deseo de Baashamel — Rimbaud reflexionó, volvió los ojos hacia Diana, pero esta parecía abstraída y enfermiza, de ninguna ayuda le era ahora. Bajó la vista a su hijo y lo contempló succionar con agresividad del maltrecho pezón. Boqueaba como un pez fuera del agua, se desvivía como un polluelo pidiendo el ansiado alimento. Pero Ulfang no crecía y cada día menguaba su salud.

—¿Y la selección? ¿Cómo justificaremos su sacrificio?

—Sencillo. Aquellos que no sigan los preceptos del nuevo canon, o que no asistan a las ceremonias serán considerados paganos y por tanto es nuestro deber purgarlos de la sociedad.

—¿Esperas resistencia?

—Siempre la hay. Las viejas tradiciones mueren arduamente. Los nuevos valores deben abrirse paso de una única manera para prosperar —sus ojos se encontraron mutuamente—: sangre.

—Me repele la idea... pero si es el precio a pagar por el bien de mi

hijo... haz lo que tengas que hacer, Mabruk. Tienes mi autorización para reinstaurar el culto Kohen a Baashamel. El templo de los ancianos volverá a cubrirse de rojo —Mabruk realizó una reverencia hasta casi tocar el suelo con la frente.

—Me inclino ante vuestra sabiduría —el estarosta rechinó los dientes. Dentro de su corazón, en algún recóndito rincón, dos ojos de colores distintos parecían contemplar apenados la herrumbre que oxidaba sus actos. Parecían mirarle dentro del alma y recordarle que la estaba ensuciando más allá de toda cura. Atormentado, desechó aquellos pensamientos y continuó ocupando su mente con tareas, trabajos, distracciones.

—¿Cómo procedemos con el pueblo? ¿Cómo contenemos su descontento, alabamos su ego y hacemos que recuperen su cariño por los estarostas?

—La respuesta se encuentra en la misma pregunta, señor —Rimbaud miró sin comprender—. Alabemos su ego. Construyamos grandes estadios donde puedan asistir a espectáculos viscerales que les recuerden que están vivos. Erijamos grandes monumentos que exalten la fortaleza de nuestro pueblo, ofrezcamos banquetes, fiestas. Construyamos carreteras, subamos los sueldos.

—¿Con qué dinero?

—Con el del pueblo, por supuesto —sonrió Mabruk—. ¿Cómo si no?

—Pero eso implicaría subir los impuestos hasta cotas nunca alcanzadas y generará descontento, temo que incluso una revuelta.

—No sucederá si están entretenidos, con la tripa llena y algo de plata en la bolsa para gastar. Tan solo necesitamos anestesiarles... y el resto caerá en vuestras manos como fruta madura.

Dos cuervos entraron silenciosamente por las ventanas superiores del salón y aguardaron posados en las viguetas de madera del artesonado. Mabruk disimuló sin esfuerzo su sorpresa ante la presencia de aquellas aves.

—Encárgate de que así sea —sentenció Rimbaud.

—¿Firmaréis el acta entonces? —Mabruk observó inquieto al estarosta.

—Firmaré aquello que sea necesario para conseguir mi objetivo —el consejero sonrió vilmente. Sacó de entre los pliegues de su ropa un rollo de papel pulcramente guardado y lo extendió ante Rimbaud para que estampara su firma.

El estarosta alcanzó una pluma de cisne y la mojó en un tintero que descansaba junto al trono de Mil Ríos. Con trazo firme rubricó el papel y confirmó el derrumbamiento de sus defensas. El hombre que era Rimbaud había dejado indefensa su fortaleza interior.

* * *

El estarosta abandonó la estancia junto a su familia y la escolta, dejando a solas con sus pensamientos a Mabruk. A una orden del consejero, los sacerdotes Kohen que le acompañaban salieron apresuradamente, a su vez, cerrando tras de sí las puertas. El silencio cayó como una losa.

Mabruk dirigió de reojo la mirada hacia el techo y vislumbró a ambos pájaros negros expectantes. Uno de ellos graznó y descendió con un elegante vuelo, seguido de su hermano.

Se posaron delante del consejero y sus plumas empezaron a sacudirse mientras graznaban desagradablemente. En unos instantes, donde hubiera dos aves, aparecieron dos hombres de negro cuyo rostro cubrían con capuchas. Sus movimientos eran como los de un cazador y sus vestidos a ratos, y según desde donde se miraran, parecían tejidos con plumas.

Miraron recelosos hacia las puertas del salón.

—Hablad tranquilos. Nadie nos interrumpirá. Y aunque lo hicieran no nos verían y no nos oirían, pues un sortilegio de sombras nos envuelve — Mabruk les dio la espalda, ascendió unos pocos escalones y tomó asiento en el trono. Repentinamente, cualquiera habría visto con claridad quién era el verdadero gobernante de Mil Ríos, de haber podido contemplar aquella estampa—. Informad, hablad, decid. Dos cuervos en un mismo momento no es baladí.

El primero de ellos se adelantó. Hincó la rodilla en tierra y expuso sus motivos.

—Mi señor Leviathanas, hijo de Baashamel, estas noticias os traigo de más allá del Río Grande donde nuestro planes avanzan con celeridad — aquello produjo una sonrisa en el rostro de Mabruk, o Leviathanas—, son ya tres los trabajadores que hemos tenido que eliminar para evitar preguntas indiscretas o fisgones interesados. Cada vez más de ellos se preguntan por el destino de las piedras y de nuestras carretas. Y los que no cuestionan la tarea

callan, pero siembran la cizaña y vierten ideas ponzoñosas en aquellos oídos que se prestan a escuchar. Vengo en busca de consejo, orientación y guía.

Mabruk no parecía afectado por tal noticia.

—Sustituidlos a todos. Pero no los matéis. El estarosta de Mil Ríos acaba de firmar un acta importante, muy pronto necesitaremos a todos esos trabajadores para mayor gloria de Baashamel. A cualquier disidente debemos asignarle a las carretas que se dirigen al Templo de los Ancianos. Y una vez allí... no deben abandonar el lugar. ¿Entendido? —No hubo confirmación por parte del cuervo. Este sencillamente graznó, todavía en su forma humana, un ligero asentimiento, y de nuevo adoptando su forma de ave partió por una de las ventanas más altas. El segundo cuervo dio un paso al frente y repitió el protocolo de su compañero.

—¿Qué me traes tú que tanto urge?

—¡Oh, Leviathanas! No osaría dirigirte una mirada siquiera, si no fuera por la importancia de mi mensaje.

—Cierra tu pico adulador y mueve tu lengua, mensajero —urgió Mabruk.

—El chico. Sospechamos que hemos encontrado al chico —aquello hizo que Leviathanas se levantara del trono.

—¿Es eso cierto? ¿Quién es el responsable?.

—Vuestro hombre. El que da palos de ciego por todo el continente, y al que pasáis cuantiosa minuta para mantenerlo ocupado pero ineficaz, creemos que está sobre la pista.

Mabruk reflexionó unos instantes.

—Si no ha informado aún puede ser por dos razones, o todavía no es consciente de lo que ha descubierto, o es un traidor. En cualquier caso lo necesitamos muerto. Si hurgara en el pasado podría llegar a poner en peligro nuestro calendario. Y ahora un retraso es lo último que queremos.

—¿Cuáles son mis órdenes? —preguntó graznando el hombre de negro.

—El bufón... ¿Lo habéis visto?

—Aún no. Escapó de nuestros cazadores cerca de Borda. Al parecer ayudaba a una mujer local. El investigador jefe Varley llegó en ese momento y el bufón desapareció. Pero el detective se quedó con ella y consiguió sacarle dónde vivía el mismo. La mujer también le dio cuantiosa información que, gracias a la fortuna, nuestro ebrio funcionario tomó como fantasías. Pero, no

obstante, es un sabueso y ha optado por comprobar por sí mismo todo lo que le contó la mujer. Se dirige al norte por rutas secundarias, más allá del Templo de los Ancianos —el auténtico gobernante del mundo sopesó aquellas palabras.

—Bien. Dejad que os guíe a donde sea que se dirija. Y entonces, si confirmáis la presencia de los tres... matadlos —el cuervo, ya transformado, asintió y salió volando hacia el techo—. ¡Aguarda!.

El cuervo clavó sus garras y el pico en el artesonado, para sujetarse al mismo prácticamente cabeza abajo.

—Mejor pensado... matad al fisgón y al muchacho... el bufón... traédmelo con vida si podéis. Ese lo quiero para mí.

El pájaro se descolgó y abandonó la Fortaleza del Agua cargando con sus órdenes.

* * *

Dos días atrás, había pasado cerca del Templo de los Ancianos, camino de la Atalaya del Águila, lugar en cuyas proximidades debían de encontrarse las tierras de cultivo donde Kadros se ocultaba. O eso aseguraba la señora Roswood.

Al pasar junto a la sombra del Templo, aquella pirámide escalonada de amenazadora presencia, Varley sintió un escalofrío. Había algo en aquel edificio que transmitía temor, y toda la tierra circundante diríase yerma e inhóspita. En el Templo, solo los ancianos sacerdotes de esa maldita secta Kohen habitaban y vivían, para lo que fuera que hicieran unos sacerdotes en una pirámide escalonada. A Varley ni le importaba, ni quería averiguarlo. Pero sí captó su atención la actividad inusitada que bullía en las laderas del Templo. Decenas de trabajadores se afanaban picando, cargando y restaurando. Carretas como la que casi le atropellara unos días antes, permanecían aparcadas en un campo cercano, y hombres sudorosos se esforzaban, una y otra vez, descargando los bloques de piedras que trasportaban.

«Al estarosta se le habrá antojado restaurar esta monstruosidad arquitectónica».

—Se nos va el dinero en lluvia —respondió a su propia conciencia el

detective. Hablando lo cual, unas pocas gotas timoratas comenzaron a repicar contra el ala de su sombrero.

«Mierda».

—Remierda —confirmó en voz alta. Alzó el cuello de su chaqueta para protegerse del inclemente tiempo y continuó caminando. Lo que comenzó como una llovizna se convirtió en un diluvio torrencial, y en pocos minutos el barro hizo que sus botas pesaran el doble y se pegaran al suelo arrebatándoselas.

Estaba empapado, de modo que ya no tenía sentido refugiarse ni cubrirse. Decidió que por lo menos disfrutaría de la lluvia; dejó, pues, de protegerse y caminó tranquilamente, como si hiciera un espléndido día de sol. El agua le aclaró las ideas y desengrasó los vapores de su cabeza. Varley comenzó de nuevo a darle vueltas a la sesera recopilando sus propios datos.

Lilian Roswood creía en Kadros. Ella aseguraba que estaba enferma, pero que nadie podía curarla; todos la tomaban por loca. Incluso Kadros, según dijo, necesitó de siete meses para restablecerla y curarla.

—¿Qué clase de enfermedad? —había preguntado él. Y ella no supo contestarle. Pero no dejaba de asegurarle que la había salvado.

—¿Qué medicina utilizó? —preguntó también. A lo que ella simplemente dijo: «*La más antigua que existe*». Y no dijo más, con lo cual Varley se quedó como estaba.

—¿Ya estás curada? ¿Sin más? ¿No necesitas más tratamiento? —quiso saber él. Y de nuevo ella le respondió: «*Kadros me aseguró que el mal ya no estaba. Pero me advirtió que volvería si insistía en hablar en demasía de mi experiencia. Me aconsejó por encima de todo que me ciñera a prevenir tal cosa*».

—¿Cómo? —y ella le había respondido con un nombre que a Varley no le decía nada: «*Kilumaras*». Le sonaba a supersticiones y cuentos de vieja, le recordaba a su infancia.

—¿Cómo enfermaste? —había preguntado en un momento dado. Lilian le respondió diciendo: «*Por mi hijo. La pérdida de mi hijo me dejó susceptible a tal mal. Me había desmoronado personalmente y no tenía... defensas. Esa enfermedad te hostiga por dentro hasta que arraiga en ti*».

—Entonces, ¿estabas mal de salud previamente y enfermaste de algo peor? ¿Es eso? —ella no respondió. Y eso fue todo. La entrevista terminó.

De modo que nuestro algo desaliñado detective caminaba ahora

reflexionando sobre todo y hallando respuesta sobre nada.

«*Como los grandes intelectuales*». Pensó para sí.

No tardó en atravesar unos sembrados primorosamente alineados, un par de establos con algunas cabezas de ganado, y finalmente, vislumbró una humilde cabaña junto a una pequeña y verdosa loma.

Un muchacho de tez blanca y pelo ensortijado se mecía en el porche, enfrascado en un libro, mientras se balanceaba en una hamaca atada entre dos de las vigas.

Varley no percibía amenaza alguna ni en el entorno ni en la actitud de aquel niño. Decidido, salió de detrás de un cobertizo y fue en línea recta hacia la cabaña.

Un cuervo aterrizó sobre el espantapájaros que dominaba el sembrado.

—Hola —saludó cuando llegó hasta el umbral, haciendo que el niño levantara la vista del libro.

—Tiene usted un aspecto lamentable —fue la respuesta del niño. Varley sonrió de lado y miró divertido su vestimenta y el aspecto de sus botas.

—Así es. Y tú tienes una sinceridad apreciable. ¿Vives aquí? —otro cuervo tomó tierra en un manzano cercano.

—Sí.

—¿Sí... y ya? ¿No dirás nada más?

—Usted no ha preguntado nada más.

—Muy cierto. Economía de palabras, una virtud no muy apreciada hoy día.

—Veo que usted no es muy virtuoso entonces —Varley sonrió de nuevo. Chascó la lengua mientras subía dos escalones, y entró en el porche contemplando distraídamente la cabaña. El muchacho había devuelto su atención a la lectura, como si aquel extraño no estuviera allí.

—¿Puedo preguntar qué lees?

—Puede.

—Pues lo hago.

—¿El qué?

—Preguntarlo.

—Está bien.

—¿El qué?

—Preguntar. Ya nadie se hace preguntas.

—Yo sí. Es mi trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Contestaré si me dices qué lees, muchacho.

—¿Coacción?

—Sugestión —afirmó Varley.

—Veo que le gustan las palabras. Eso descarta que sea usted un asesino, no creo que perdiera el tiempo de esta manera, o no sería bueno en lo suyo. Pero por su vestimenta viene de palacio, y por su andar diría que algo borracho.

—Eso siempre.

—Lo cual me plantea otra pregunta. ¿Qué hace aquí un funcionario del estarosta? —Varley no salía de su asombro manteniendo tal conversación con aquel mocoso.

—¿Qué lees? ¿Un cuento? No hay de que avergonzarse. Yo leía cuentos fantásticos hasta los dieciséis años —el chico contempló a Varley con rostro neutro y contestó.

—Vida y moral de los grandes filósofos de nuestro tiempo —Varley casi se atragantó con su propia petaca. Dio dos zancadas y con una mano levantó el libro para leer sobre el lomo: “*Vida y moral de los grandes filósofos de nuestro tiempo*”.

—¡La madre que me parió! —miró de nuevo al chico—. ¿Y te enteras de algo?

—Sí.

—¿Y?

—Es una mierda.

—Vaya. Hemos pasado de la economía de palabras a la vulgaridad.

—Cuando una cosa tiene nombre propio, ¿por qué llamarlo de otra manera?

—Muy cierto.

—No es más que una recopilación de justificaciones amañadas para encajar nuestro mundo en prejuicios previamente concebidos. Es como coger una pelota y tratar de meterla en un cofre rectangular. Y estos eruditos lo único que hacen es disertar sobre cómo constreñir la pelota en tal sitio.

—¿Y lo consiguen?

—Por supuesto. Siempre consiguen que el mundo se amolde a su percepción de lo que debería ser. En eso parece que consiste ser filósofo hoy día... pero por el camino... pinchan la pelota. Y pierde todo su esplendor. Y lo que era un misterio ahora es una bagatela, pues ya tienen todas las respuestas —con tono irónico, Varley exclamó:

—¡Yupiii... la razón vuelve a triunfar! —y añadió un par de palmadas a su ironía—. Qué sorpresa —un tercer cuervo se posó en la boca de la chimenea.

—Ahora usted. ¿A qué se dedica?

—Me parece justo —dijo divertido—. Soy detective y trabajo para el estarosta. Investigo una serie de extrañas muertes que han venido produciéndose en los últimos años y me preguntaba si aquí encontraría alguna respuesta.

—¿Cuánto hace que se producen esas muertes de las que habla?

—Unos doce años.

—No parece que seáis un gran detective —Varley chascó la lengua de nuevo.

—No dije que lo fuera —se rascó la oreja.

—Igual lo eligieron por eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó algo dolido.

—No entiendo mucho de su oficio, señor. Pero si yo fuera su pagador y por alguna razón no quisiera que se supiera la verdad de un hecho concreto, pero por otra parte debiera mantener las apariencias... elegiría a un investigador mediocre para que diera palos de ciego por todo el continente. Y además le pagaría los brebajes necesarios para mantenerlo medianamente contento —Varley echó un vistazo a su petaca.

—¿Eres muy listo, no? A lo mejor debería llevarte conmigo. Dime, ¿vives solo?

—No. Dentro está mi... padre.

—Ajá —asintió lacónico Varley, apoyándose con el hombro sobre una columna de madera que sostenía el techado—. ¿Y cómo se llama?

—Su nombre es Kadros.

Varley no continuó la conversación. Un virote le atravesaba el hombro,

había entrado por detrás y salido por delante clavándole literalmente a la madera. Profirió un grito rabioso y exclamó a los cuatro vientos obscenidades y deseos de defecar sobre familiares variados.

El muchacho se volteó como un barril, cayó al suelo desde la hamaca y se puso a cubierto mientras dos viotes más atravesaban el aire donde antes yacía leyendo. Rápido se arrastró hasta la puerta de la cabaña le arreó una patada y con el vientre pegado al suelo se deslizó al interior.

El detective, por su parte, agarró la cola emplumada del viote que sobresalía de su omóplato, partió la madera y dio un salto hacia atrás liberando su hombro. Después presionando la herida entró en la cabaña detrás del chaval y se sentó bajo una ventana.

—¡Mierda! —Varley inclinó la cabeza hacia atrás, tratando de echar una ojeada por fuera. Tuvo tiempo de ver a tres hombres de negro que se acercaban hacia la cabaña con los brazos apuntando hacia ellos. Se agachó deprisa cuando tres viotes convirtieron el cristal sobre su cabeza en esquirlas.

Con la mano izquierda desenfundó como pudo su sable, lo apoyó en la pared y buscó su petaca. La destapó con la boca.

—Uno para ti —vertió parte del contenido sobre la herida ahogando un gemido—, y dos para mí —y trasegó garganta abajo dos largos tragos.

—Así no será de ayuda —afirmó el chico—. Iré a por mi maza.

Y al instante el muchacho se parapetó junto a Varley con una rudimentaria maza espinada. Solo entonces Varley se percató de que el muchacho tenía uso de una única mano, pues la otra la llevaba atrofiada y pegada contra el pecho.

—¿Y tu padre? —susurró Varley.

—Salió —el detective cerró los ojos y golpeó el codo contra la pared, frustrado. Empuñó el sable con la mano izquierda y se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué hace?

—Me caes bien, chico. Tienes una boca enorme llena de palabras —dijo aquello sudoroso y oculto bajo el ala de su sombrero—. Cuando abra esta puerta... sal por patas. Corre. Adonde sea. Yo los distraeré —el chico asintió.

Varley aferró el pomo de la puerta, lo giró y saltó al exterior. Sus ojos capturaron la imagen de aquellos tres hombres que rápido apuntaban sus

manos hacia él. No llevaban ballesta de ningún tipo, pero sí un extraño dispositivo anclado en los antebrazos que les permitía disparar virotos con gran potencia y precisión. El chico se escurrió hasta la despensa y salió por la parte de atrás de la casa.

Tambaleándose, el detective miró a la muerte a los ojos, y aquello solo le suscitó una cosa: risa. Comenzó a reír, y de la risa pasó a la convulsión. Cuando al fin se tranquilizó dijo:

—¿Tenéis miedo de que un borracho herido os derrote, que así me apuntáis? —los tres hombres se aproximaron sin dejar de apuntarle—. Vamos... esperaba más deportividad por parte de las cucarachas de Mabruk —aquello hizo que el trío se detuviera en el acto. Uno se adelantó. Su voz sonó como un graznido para Varley.

—¿Cómo sabes tú eso? —sonriendo al ver que había tocado hueso, contestó.

—Soy detective, ¿recuerdas? Puede que sea un borracho también, en ocasiones confundo mis prioridades. Pero detective al fin al cabo. Y por eso sé que, de alguna manera... no erais solo una leyenda. Aunque reconozco que no esperaba que fuerais tan espectaculares. Vosotros sois los cuervos que me han estado siguiendo ¿verdad? —no respondieron—. Vaya. Pensé que los binaturales eran solo habladoras. ¿Cómo funciona?

—Esta conversación ha terminado —dijo el hombre de negro apuntándole a la cabeza. Varley sonrió. Y entonces, como una piedra, cayó del cielo la ayuda. Saltando desde el techo cayó, y clavó una daga damasquinada en lo alto de la cabeza del hombre de negro que no tuvo tiempo de disparar.

Todo se desarrolló desenfrenadamente. Varley pateó el cuerpo del hombre de negro mientras que Kadros, si es que aquel era su nombre, se movía como un bailarín sobre el escenario. Con elegancia, esquivaba y golpeaba, se agachaba y hundía las dagas ora en el pecho ora en el muslo.

No tardaron en escuchar el graznido de una pequeña bandada de cuervos que volaban raudos hacia ellos. Kadros se volvió hacia Varley y sus ojos extraños se encontraron con los del detective.

—Coge al chico y llévalo lejos.

—¿Adónde?

—Ya te lo diré cuando sea seguro. Ahora no —Varley empezó a retroceder hacia la casa, hinchado de preguntas. Tan solo escuchó unas últimas

palabras a su espalda antes de romper a correr tras el chico.

—¡Cuida de él!

Los tres hombres de negro yacían en el suelo, ensangrentados sus cuerpos. La bandada de cuervos llegó hasta la cabaña y cercó a Kadros. Fueron girando a su alrededor cada vez en círculos más cerrados, mientras el bufón mantenía una mirada impasible con las dagas en alto. La vorágine negra de plumas y graznidos se cerró sobre él y desapareció engullido por un aleteo desenfrenado.

IX

LA ESCALA

Reclaman su presencia en la sala del trono, excelsa caudilla. —La mensajera de la Guardia cerró la puerta tras de sí antes de que Marthia escupiera su agria respuesta.

No le gustaba que la interrumpieran cuando retozaba con sus concubinas. Ambas doncellas dormían en su lecho y se movían entre sueños; Marthia se había ganado el derecho a descansar un poco y a disfrutar de los placeres que su condición ofrecía. Y entre esos placeres no se encontraba presentarse ante Rowena para someterse a un pormenorizado escrutinio sobre la Batalla de los Campos Rojos. Así la conocían ya por todas partes.

Se levantó de la cama de un brinco, sin molestarse lo más mínimo por el descanso de sus acompañantes, no les debía nada y ellas no le debían nada a Marthia. La liberación de la mujer del yugo masculino se reflejaba diariamente en pequeñas cosas como aquella. Poder al fin disfrutar de sus cuerpos sin dar cuentas a nadie. Por fin podían ser mujeres de verdad comportándose como lo hacían los hombres, lo que en el fondo no dejaba de ser una paradoja, pues, en su búsqueda de la feminidad absoluta, no se dieron cuenta que lo que en el fondo anhelaban era ser hombres.

Se uniformó con una sencilla armadura de cuero, nada recargada y más bien funcional. Enfundó la espada en su cadera y salió a largos trancos de los aposentos.

Al entrar en el salón del trono, Rowena departía con dos sacerdotisas que a su vez ejercían en ocasiones de videntes y científicas. Eran las depositarias del saber, al menos depositarias de todo el saber que se necesitaba conocer.

Nada más apercibirse de su presencia, Rowena interrumpió la conversación y le dio la bienvenida.

—¡Salve, Marthia! Mi más fiel servidora y caudilla de nuestros ejércitos —Marthia respondió con una ligera reverencia, todavía disgustada por haber tenido que dejar el lecho—. Te he hecho llamar porque es mi deseo escuchar de primera mano la narración de lo sucedido durante el combate. Los rumores y leyendas sobre la Batalla de los Campos Rojos empiezan a esparcirse como la mala hierba, y una ya no sabe separar la paja del trigo. Por tanto, habla, que no te cohíban mis queridas Sasa y Glima. Su saber puede aportar algo al tuyo, y viceversa, para mayor gloria de la Madre.

Sin entrar en florituras y de manera mecánica, Marthia se explayó ampliamente sobre táctica, estrategia y el desarrollo ulterior de la batalla. Narró la aplastante derrota de los Nasciturus y explicó cómo era improbable esperar una nueva rebelión a corto plazo. Terminó deprisa y fue eficiente en la utilización de palabras. Muy marcial.

Rowena se mostró satisfecha con los detalles escabrosos, como la amputación genital de los prisioneros y su posterior *liberación* sobre el campo enemigo.

—Todo un golpe de efecto —aplaudió entusiasmada.

—Y un mensaje claro, mi señora —apostilló Glima, mientras la matriarca cabeceaba satisfecha.

—Pero ahora dime, Marthia. Corre un rumor entre la tropa. Es como un susurro entre nuestros Siniestros y Amazonas; su sola mención lo hace desaparecer, así es su fragilidad —Marthia se mantenía firme sin dejar traslucir sus impresiones al respecto, esperando una pregunta directa—. ¿Sabes a lo que me refiero?

Ella carraspeó antes de responder:

—No hago caso de habladurías ni rumores. Y no creo en nada que no haya visto personalmente. Eso tan solo mermaría mi labor.

—Muy loable, sin duda. Por eso me interesa saber lo que viste. En la corte se habla de un gigante, un guerrero que luchó del lado de los Nasciturus en los últimos compases de la batalla. ¿Puedes corroborar tal cosa?

Marthia cambió el peso de un pie a otro y ladeo la boca, incómoda.

—Había muchos guerreros mi señora. Uno solo no supondría nada destacable en la masa del combate.

—Pues tengo entendido que nuestras falanges desearían no volver a tener que enfrentarlo. Parece ser que dejó una profunda huella en sus corazones y en sus cuerpos, según me dicen. De modo que ese solo hombre, en sí mismo, podría significar algo “destacable”.

Marthia carraspeó y habló de nuevo con tono mecánico.

—Es posible que casi al final, cuando la batalla ya estaba ganada apareciera un guerrero bastante corpulento, sí, eso sí que puedo atestiguarlo.

—¿Corpulento? ¡Gigante más bien, según cuentan!

—Yo no diría tanto —Rowena le devolvió una mirada suspicaz.

—También dicen que salió de la nada y que desapareció como había venido, ¿es eso cierto? —Marthia sintió un frío repentino, al recordar el temor que la invadió al ver a aquel tipo irrumpir entre sus hombres como el labrador en la mies. Todo debía de tener una explicación perfectamente racional. Sasa y Glima se lo dirían a la matriarca, de no ser porque ellas no estuvieron allí y no vieron lo que Marthia vio.

—Durante el combate se levantan grandes nubarrones de polvo, mi señora. Es imposible discernir de dónde viene quién y adónde va. Sin duda eso fue lo que pasó. Eso y nuestro exceso de seguridad. Pues confiábamos ya en nuestra victoria, y este guerrero realizó un último y desesperado intento de combatirnos. Y todo por sacar del campo de batalla a un chico.

—¿Un chico dices? —Marthia asintió—. Interesante... —Rowena asimiló aquel dato y reflexionó sobre ello. Nadie en su sano juicio cometería semejante acto de valor. Solo cabían dos explicaciones: o era su hijo, o aquel muchacho poseía algún tipo de valor en particular para la causa. O podían ser ambas combinadas. Recordó entonces el cuervo que le llegara de su comprador hacía unos días, alertándola e invitándola a permanecer atenta ante cualquier personaje singular que destacara por encima de los otros en su reino.

Y un gigante que se adentra en un batallón de Siniestros repartiendo mandobles para sacar a un niño, era sin duda bastante llamativo.

El cuervo además portaba instrucciones para un nuevo pedido de piedras de las canteras de la isla baja, en los Tullidos.

Aquellos absurdos pedidos en los últimos tiempos se hacían cada vez más frecuentes. ¿Acaso no había piedras allá donde habitaban sus compradores? Y ya puestos a preguntarse cosas, ¿dónde exactamente habitaba su comprador? La Escala constaba de tres islas, aquel sujeto se comunicaba

con sus malditos cuervos y nunca revelaba su ubicación. Ella se limitaba a dejar los cargamentos al pie de las montañas sagradas, que eran conocidas como los Pechos, en la isla mayor, y al día siguiente las piedras habían sido retiradas y nuevos niños y niñas eran entregados. El negocio no era malo, permitía a la Escala continuar con la falsa infalibilidad de la gestación programada y hacer creer a todo el mundo que habían dado con la manera de crear vida sin la intervención del hombre. Pero nada más lejos de la realidad.

—¡Matriarca! —solicitó en voz baja Sasa, sacándole de sus ensoñaciones. Rowena volvió a la realidad y observó a Marthia, sopesando las opciones abiertas ante ella.

—Tengo una nueva misión para ti. No es vital para nuestros planes, mas sí importante para mí personalmente.

—Todo para serviros —respondió ella.

—Te ordeno que permanezcas alerta por si volviera a presentarse ese guerrero.

—¿Ordeno partidas de búsqueda?

—Sin excesos. Tampoco sabemos a qué nos enfrentamos. Solo quiero saber más de ellos. Emite una orden de captura. Pero no la hagas prioritaria, no quiero que nadie se pregunte por nuestro interés y despertar más rumores. Unas patrullas en puntos clave bastarán —Marthia asintió.

—¿Y si lo encontramos? ¿Qué hacemos? ¿Debemos encerrarlo o eliminarlo?

—No, no. Traerlo ante mí. Deseo interrogarle y quién sabe... igual resulta ser un buen semental si sus proporciones son igual de equilibradas entre las piernas —Sasa y Glima rieron traviesamente la burla de la matriarca.

Marthia inclinó la cabeza y se dispuso a retirarse.

—Aguarda. No partas. Sasa y Glima estaban contándome un sin fin de cosas interesantes que podrían ser de tu agrado. Siempre es bueno que aquellos que estamos en el poder aprendamos algo más que pueda sernos de utilidad —Marthia pensó que todo aquello que revistiera utilidad en el mundo servía para perpetuar el poder de la mujer, de modo que aguardó. Cualquier otro conocimiento era vano.

Obedientemente, permaneció en posición de descanso con ambas piernas separadas, pero rígida como un palo.

—Como le decía a la matriarca —comenzó Sasa—, estamos en proceso

de recuperar una ciencia milenaria que, por alguna razón que desconocemos, cayó en desuso por los antiguos. Pero ahora, gracias a nuestras investigaciones y a la cantidad apreciable de muestras obtenidas tras la Batalla de los Campos Rojos, que de manera tan gloriosa ganasteis —Glima y Sasa realizaron una ensayada reverencia hacia Marthia—, estamos en disposición de obtener conclusiones inapelables que perpetuarán nuestra visión del mundo y abrirán los ojos a todos aquellos que difieran.

—Incluso con tus conclusiones siempre habrá disidentes. Es inevitable. Es más fácil sacarles los ojos que abríselos —apuntó Rowena.

—Bueno. Para eso la tenemos a ella —dijo Glima, señalando a Marthia, que se sentía fuera de lugar.

—Explícate de una vez —exigió Rowena.

—Una sola palabra, mi señora. Frenología.

—¿Qué demonios es eso?

—Ciencia, mi señora. Ciencia —dijo Sasa.

—La ciencia que nos aportará razones aplastantes para encadenar al hombre a su estado de servilismo actual y domesticarlo finalmente —continuó Glima—. Es la ciencia que relaciona la forma del cráneo y las facciones con el comportamiento. Sasa y yo llevamos años desempolvando este viejo conocimiento que data de antes de la partición del mundo. Los antiguos llegaron a tener un dominio total de dicha ciencia, y con ella purgaron el viejo mundo de todos aquellos no aptos. ¿No lo veis?

—Yo no veo nada —bufó Marthia, aburrida de tanta erudición.

—Permíteles continuar mi valerosa Marthia. Veamos adónde quieren llegar.

—Gracias —dijo Sasa, reverente, antes de continuar donde lo dejara Glima—. Lo que mi colega quiere decir es que disponemos en esta ciencia de un sistema preventivo que nos evitará futuras guerras y que mejorará nuestra especie. Imaginad que pudiéramos prever comportamientos violentos, criminales, degenerados, con tan solo estudiar la forma del cráneo. Evitaríamos guerras y conflictos purgando a los futuros disidentes antes de que cometieran cualquier atrocidad contra la Escala. El orden sería total y vuestro régimen eterno.

Rowena se acodó en su trono, escuchando con atención.

—¿Y qué sabéis hasta el momento? ¿Y qué pedís?

—La madre de todas es muy perspicaz —dijo Glima, que prefirió dejar sus peticiones para más adelante—. En la actualidad podemos correlacionar la forma de la cabeza del hombre con su comportamiento agresivo y belicoso, hay rasgos intrínsecamente ligados a su violencia. Por otra parte, hemos encontrado rasgos inequívocos en hombres de facciones más dulces que carecen de ese instinto asesino propio del macho. Si pudiéramos analizar desde su más tierna infancia estos rasgos, para eliminar a todo aquel que los poseyera, y potenciáramos aquellos que nos interesan... podríamos conseguir que al fin el hombre se pareciera más a nosotras. Conseguiríamos la igualdad al fin.

—Degradando aquello que los hace hombres —se permitió añadir Marthia, que como guerrera los respetaba en cierta manera.

—No, Marthia. Los feminizamos para mejorarlos y así se asemejen más a como debe de ser el mundo —respondió Sasa. Marthia miró con desprecio a la estudiosa. Para ella el hombre era el enemigo a batir, pero siempre en condiciones honorables. Aquella especie de selección natural le sonaba a hacer trampa. Se volvió hacia Rowena.

—¿Y qué pasará si algún día, no muy lejano, vuestro apetito sexual os pidiera meter entre vuestros muslos un fogoso semental? ¿Dará la talla alguno de estos amanerados de laboratorio?

Las palabras de la caudilla hicieron dudar a Rowena, pues en la Escala la bisexualidad era algo común, pero todos sabían de los gustos perversos y salvajes de la matriarca.

—Tenemos la solución para eso —terció Glima.

—Por lo que veo hoy tenemos soluciones para todo —dijo despectiva Marthia sin molestarse en volverse.

—Los cultivaremos —se apresuró a explicar Sasa—. Mantendremos un cultivo controlado de unas pocas decenas de hombres que utilizaremos solo para el placer de aquellos que puedan permitírselo. Mejoraremos el Harén, ofreciendo productos de mayor calidad.

—Creo que eso responde todo —aseveró Rowena—. ¿Y qué pedís? Siempre pedís algo; vosotros los intelectuales sois insaciables: en aras de justificar vuestras vidas, os convertís en un sumidero de subvenciones y privilegios, una gravosa carga para cualquier sociedad.

—Eso es porque elevamos la sociedad hasta su máximo potencial.

—Seguro —rio entre dientes la caudilla.

—Pedimos tan solo acceso a todos los cadáveres de macho que se produzcan en nuestros territorios para proseguir nuestros estudios, y de poder ser...

—¿Qué?

—Algún espécimen vivo —terminó Sasa la frase.

—¿Vivo? ¿Para qué demonios queréis una mascota? ¿Tan solitario es vuestro estudio? ¿O acaso son motivos más lujuriosos lo que os impulsa? —preguntó Rowena con ironía.

—Nos deshonras, mi señora —dijo Glima, ofendida—. Solo servimos al matriarcado.

—Queremos estudiar la posibilidad de producir cambios del comportamiento en especímenes vivos modificando su estructura craneal. Imaginaos todo lo que podríamos aprender y lo útil que podría llegar a ser de cara al control del orden y la población.

Rowena se sirvió una copa, distraída, mientras reflexionaba. Marthia intervino.

—Soy tan solo una guerrera...

—La mejor que tenemos —concedió la matriarca.

—Por tanto, estas cuestiones escapan a mi entender. Pero no es necesario ser científico para darse cuenta de que experimentar con sapos y alimañas es una cosa, y hacerlo con personas, por mucho que sean hombres, es otra bien distinta. Creo que es una línea que no deberíamos cruzar —Marthia no era precisamente una persona blanda, y no le faltaban redaños, pero experimentar con humanos...

—¿Personas, dices? —repuso Sasa con ironía—. Creo que nuestra querida Marthia está muy equivocada. Su buen corazón quiere reconocerle al macho una condición que no posee.

—Y yo creo que vuestra ciencia es un montón de...

—¡Basta! —interrumpió Rowena—. Cada cual tiene su función en la Escala, Marthia. La tuya es la guerra, la de ellas la ciencia. Tomaré en consideración tus recelos, pero no privaré a nuestra tierra de la posibilidad que nos ofrecen estas dos fieles servidoras —Glima y Sasa realizaron una reverencia acompañándola con los brazos—. Toma una pequeña dotación de Siniestros y parte a buscarme a ese gigante del que hablamos y a su joven

retoño. Si no son útiles en mi lecho, podrían ser dos piezas interesantes para los estudios de estas dos.

—Hay algo más, matriarca —comenzó a decir Glima—. Necesitamos algún bebé.

Marthia abrió la boca horrorizada, pero guardó silencio. No forzaría más la paciencia de Rowena.

—¿Con qué fin?

—Queremos comprobar si podemos condicionar a un niño desde pequeño para que guste de la compañía de otros niños, o comprobar si podemos hacerle creer incluso que es una mujer.

—No andamos sobrados de niños en la actualidad —reflexionó Rowena.

—Y menos después de la Batalla de los Campos Rojos —apuntilló Marthia.

—Deberíamos hacer pedidos extra a nuestro proveedor y eso nos costaría semanas de trabajo en los Tullidos, con una mano de obra de la que apenas disponemos tras la batalla —acordó la matriarca.

—Muy cierto. Pero un niño o dos no marcará realmente la diferencia entre nuestro progreso o nuestra extinción.

—En efecto —aceptó Rowena—. Muy bien. Lo tendréis, un bebé. Un macho, pero no quiero perder buen material, de modo que deberéis cuidarlo como si fueran una pieza de incalculable valor.

Marthia no esperó a ver cómo concluía aquello. Hizo un saludo marcial y abandonó la estancia pensando para sí.

«Ya estamos extintos, solo que no lo sabemos».

* * *

—¡Noooooo! —gritó el muchacho, incorporándose en la cama empapado de sudor. Las grandes botas de Torgund resonaron en la habitación cuando este entró precipitadamente, atraído por los gritos. De un rápido vistazo comprobó que no existía peligro y enfundó de nuevo la espada entre sus omóplatos.

—Estoy aquí, Sarmiento —así era como llamaban al chico desde el día

que nació—. ¿Qué sucede? ¿Una pesadilla?

El chico asintió mirando a un lado y a otro sin ver. Una venda le rodeaba la cabeza y le cubría los ojos. El gigante se asentó en un taburete junto a la cama. Sacó un paño húmedo de una palangana y tras escurrirlo lo colocó sobre la ardiente frente del muchacho. Con la otra mano le obligó a tumbarse y lo serenó con sus palabras.

—Sabes que las pesadillas no son reales, Sarmiento. Nadie puede hacerte daño en ellas.

—¿Seguro? —balbució el chico. Torgund dudó por un instante. No era necesario explicarle a un niño de doce años los peligros que se ocultan en los sueños, de modo que prefirió obviar aquella cuestión.

—Seguro —sentenció—. Los sueños, sueños son. Y en cualquier caso, estamos aquí yo y mi buena amiga la samaritana —añadió, dando unas palmaditas sobre la empuñadura del mandoble—. No permitiremos que nadie te haga daño.

—¿Lo prometes?

—Pues claro, hijo —Sarmiento respiró profundamente y pareció volver a descansar—. Coge fuerzas chico. En cuanto estés recuperado nos pondremos en camino. Hay mucho que hacer.

Torgund hizo la señal de Kilumaras y salió de la habitación cerrando la puerta con cuidado a sus espaldas. Sarmiento se quedó solo e intentó conciliar el sueño.

Daba vueltas en la cama hacia un lado, hacia el otro y vuelta de nuevo. El sudor le incomodaba, la fiebre le sacaba de quicio y para colmo no veía nada. Aquel pensamiento hizo que el mundo se le viniera abajo, y comenzó a sollozar empapando la venda que envolvía sus ojos.

Cuando por fin se tranquilizó tiró de las sábanas para cubrirse, pues repentinamente sintió frío. Pasaron los minutos y empezó a tiritar. Se hizo una bola lo mejor que pudo y se apretó contra la manta. Hacía demasiado frío.

Desesperado retiró de un manotazo las sábanas y soltó una sonora blasfemia dirigida contra el clima. Por suerte Torgund no le escuchó, o le habría reprendido severamente. Pero no le preocupaba su tío en aquel momento.

Había un hombre en la habitación y le estaba mirando, mas no decía nada.

El aspecto del intruso era agradable, *familiar* incluso, y permanecía sentado sobre un aparador que descansaba junto a la puerta. Sarmiento se sintió asustado, más de lo que lo había estado nunca, más incluso que durante el fragor de la batalla. Pero entonces un fuego interno lo embargó y se sintió dichoso de nuevo. Reuniendo valor se fijó en aquel sujeto y le habló.

—¡Hola! Me llamo Sarmiento y estás en mi habitación. ¿Quién eres? — no hubo respuesta, tan solo aquellos fríos ojos clavados en el—. ¿Qué quieres? —de nuevo el silencio. El chico decidió hacer como si el extraño no estuviera. Se dio la vuelta en la cama y se tapó con las sábanas. Pensó entonces en llamar a Torgund para que diera su merecido a aquel entrometido, pero algo le hizo pensárselo mejor y trató de mirar por encima del hombro para ver si seguía allí. Comprobó con alivio que ya no estaba.

—Lo habré imaginado —se dijo para animarse.

Al voltearse para colocarse boca arriba, por poco no dejó escapar un grito histérico de sus labios. El extraño estaba sentado en el taburete, junto a su cama, donde no hacía ni diez minutos había estado Torgund. Sarmiento instintivamente subió las sábanas hasta su cara como si fueran una muralla impenetrable.

—¿Quién eres? —balbució—. ¿Qué quieres?

Una mano pálida como el hielo salió de entre las mangas de la túnica que cubría al extraño y se posó sobre la frente de Sarmiento. Por alguna razón absurda el chico sólo podía pensar: «*No veo sus piernas*».

Claro que se percató entonces que tampoco se las había visto cuando estaba sentado en el aparador de entrada, y eso hizo que sintiera mucho más frío.

La mano del extraño estaba fría a su vez, y al contactar con su ardorosa frente Sarmiento podría jurar que hasta había siseado de los vapores que debía de haber liberado. Pero no fue así. El chico se sintió repentinamente reconfortado. Sintió cómo la energía volvía a sus miembros y cómo la fiebre abandonaba su cuerpo. Entonces el intruso apartó la mano.

Una extraña sonrisa se dibujó en su rostro y Sarmiento la interpretó como benévola.

—¿Qué me has hecho? Me encuentro genial. ¿Quién eres? —el extraño comenzó a retirarse con aquella sonrisa en sus labios, sin perder el contacto visual con el chico. Bruscamente Sarmiento casi le gritó: ¡Te ordeno que me

digas quién eres! —el intruso se detuvo en seco y articuló los labios sin emitir sonido alguno. Pero Sarmiento lo supo.

—¿Padre? —la sonrisa del extraño se hizo más amplia y asintió lentamente—. ¡Padre! —exclamó el muchacho.

Pero el extraño visitante ya había desaparecido entre las sombras sin dejar ni rastro. Sarmiento empezó a moverse, se levantó de la cama, sintió sus fuerzas renovadas, sintió la alegría que le embargaba. Había visto a su padre y le había curado. Y fue en ese momento que se percató. “Había visto a su padre”.

¡Podía ver!

Se llevó la mano a las vendas. Pero era imposible. Las vendas seguían allí y sin embargo él percibía el mundo. De un modo extraño, oscuro, casi espectral, pero de alguna manera lo supo... veía con su mente, como si esta fuera un tercer ojo.

Con precaución fue tocando todo lo que “veía”. Las paredes, las sillas, el aparador, hasta llegar a la puerta y abrir la misma. Entonces llamó:

—¡Tío!

Torgund apareció una vez más mandoble en mano.

—¿Qué sucede? ¿Qué haces fuera de la cama?

—Me encuentro mejor... de hecho... me encuentro mejor que nunca.

Torgund se acercó al chico y lo examinó. Sorprendido comprobó que en efecto la fiebre había desaparecido y sus heridas sanado.

—Extraordinario —masculló—. ¿Eres más duro de lo que parece verdad? —el chico sonrió satisfecho—. Bueno. Eso significa que partiremos esta misma tarde. No hay tiempo que perder. Prepara tus cosas y nos iremos.

—De acuerdo —repuso sin rechistar, lo cual ya de por sí resultaba extraño.

Bajo la atenta mirada de Torgund, Sarmiento entró de nuevo en la habitación sin tropezar con ningún mueble y con paso seguro, hecho que atrajo la atención del gigantón. Aunque fue cuando el chico saltó sobre la cama sin dudar, para alcanzar un raído macuto que reposaba encima del armario, que su boca se abrió claramente.

—¿Cómo demonios...? —empezó a decir Torgund.

—No te preocupes, tío. Está todo controlado. Ya te lo explicaré.

—Si tú lo dices —dijo entre dientes, mientras se retiraba y guardaba en su corazón una espina de alerta que le roería.

* * *

Empezaba a atardecer cuando se pusieron en camino. Dos viejos caballos de labranza y un equipaje frugal. Tomaron el camino más rápido en dirección a la escala de cuerda que unía la isla de los Nasciturus con la isla media, o de los Consortes.

Trotaron sin prisa y en silencio. Torgund abría la marcha y Sarmiento trotaba detrás manejando su caballo con tranquilidad, como si el hecho de no ver fuera su condición de nacimiento.

La noche se cerraba sobre sus cabezas, y recorrieron las tierras asoladas por las refriegas de castigo emprendidas por los Siniestros tras la Batalla de los Campos Rojos. Aldeas borradas del mapa, arboledas abrasadas, cuerpos empalados en picas, moscas, charcos de sangre y destrucción por doquier. Y eso teniendo en cuenta que ni siquiera habían llegado a la zona donde se libró el combate.

Sus estómagos ya clamaban por un cena tranquila a la luz de las estrellas, cuando, al acercarse a una encrucijada, un hombre encapuchado se cruzó en su camino.

—¡Alto! —detuvieron sus caballos por precaución más que en atención al mandato—. ¿Qué asuntos os traen al camino Falopio y su encrucijada?

—Nuestros asuntos, no los vuestros —dijo Torgund agriamente—. De modo que apartaos y permitidnos continuar.

El extraño retiró la capucha y dejó ver el característico casco de los Siniestros con su velo negro.

—Vuestros asuntos no son privados, esclavo. Las Matriarcas tienen derecho sobre vosotros.

Una patrulla de Siniestros era lo último que esperaba Torgund. Normalmente, tras un combate como el librado días atrás las Matriarcas aplicaban la política de tierra quemada y dejaban de nuevo a su suerte a los Nasciturus. Aquel cambio de metodología escamaba a Torgund, y sospechaba que aquella inusitada atención tenía que ver con ellos.

—Buscamos a dos personas. Un tipo grande y fornido que porta una

enorme espada —dijo el sargento de los Siniestros, mientras clavaba la vista en la empuñadura del mandoble a su espalda—. Y a un chico —y desvió la vista hacia Sarmiento.

—¿Por qué?

—La matriarca Rowena lo ordena.

—¿Y crees que somos nosotros el objeto de tu misión?

—Encajáis perfectamente en la descripción. ¡Desmontad! —obedecieron lentamente.

—Y entiendo que ahora querrás que te acompañemos —sugirió Torgund.

—Así es.

—¿Y si me niego?

—Esperaba que dijerais eso —siete Siniestros más aparecieron de entre la maleza al borde del camino, apuntándoles con sus arcos.

—Convincente —aseguró Torgund.

—¿Verdad? —replicó el sargento, hinchado de orgullo.

—Pero se me ocurre algo mejor.

—Que no se te ocurra —advirtió el soldado, y los demás tensaron más las cuerdas.

—Tarde.

La espada oscura salió como una furia vengadora, y antes de que el sargento tuviera tiempo de abrir los ojos con sorpresa, el acero ya había mordido un enorme tajo que le partía la cabeza y se detenía en su esternón.

Las cuerdas de los arcos cantaron y las saetas salieron hacia sus objetivos. Torgund rodó por el suelo evitando cuatro de los proyectiles, un quinto quedó alojado en su costado estropeándole la gabardina, pensó.

En una fracción de segundo pudo preocuparse por Sarmiento, gritar su nombre, buscarle con la mirada y ordenarle que se tirara al suelo. Pero, atónito, comprobó que el chico permanecía de pie impertérrito.

Sarmiento, por su parte, se había mostrado confiado desde el principio de la reyerta. Había captado la presencia de su padre parcialmente oculto en el camino. Aquello le llenó de confianza, y el hecho de percibir su entorno, de seguridad. Podía “ver” a los arqueros tensando sus cuerdas, y lo que era más increíble, podía “sentir” la trayectoria que seguirían sus flechas. Por un instante dudó si debía fiarse de sus nuevos sentidos, pero captó la sonrisa y el

asentimiento de Piro y eso bastó para que decidiera permanecer de pie.

—¡Al suelo muchacho! —escuchó gritar a Torgund, pero su voz sonaba falta de vida y opaca. Cinco proyectiles fueron hacia su tío. Cuatro erraron por muy poco y el quinto se alojó en su costado, estaría furioso con ese agujero en su gabardina, pensó Sarmiento.

Dos saetas más volaron hacia él mismo con venenosas intenciones, pero a sus ojos, a sus nuevos ojos, que eran mentales más que físicos, las flechas volaban con parsimonia.

Apartó la primera de ellas de un manotazo, lo cual dejó boquiabierto al arquero y a Torgund, que no le quitaba ojo. La segunda se acercaba muy seguida, y Sarmiento tan solo alzó la mano y cerro su puño en torno al asta, deteniéndola en el aire a pocos centímetros de su cara.

Apretando los dedos la partió y arrojó los pedazos al suelo.

Entonces cargaron. Desenfundando las espadas, corrieron hacia ellos los siete. Los dos que llegaron hasta Sarmiento movían sus aceros rápidamente y con golpes letales, y el chico se limitaba a esquivar, agacharse y rodar allí donde era necesario, agotándose y asustándose a la vez.

Por su parte, Torgund aguardó la carga de los cinco que iban por él, y cuando los dos primeros se encontraban a un brazo de distancia, lanzó un poderoso mandoble que cazó por la cadera al primero, arrebatándole las piernas y dejando que sus vísceras salieran libres como una macabra ristra de embutido. El segundo frenó el golpe que ascendía con el brazo, que por supuesto perdió, y ocupado como estaba en gritar casi no se enteró cuando la espada entró punzante por el pecho y salió por su espalda.

Los otros tres fueron despachados de manera igualmente eficaz e igualmente sanguinaria, dejando la encrucijada ahíta de carne.

Corrió Torgund, pues, hacia Sarmiento, que parecía bailaba con los dos Siniestros que lo acosaban, y despachó con rapidez a ambos, entretenidos y jadeantes como estaban de intentar ensartar al chico.

Resollando, miró precavidamente a Sarmiento y alternativamente a los dos muertos a sus pies. Se incorporó y extrajo la flecha de su costado, comprobando que aquella se había alojado en su petaca y que el preciado licor empapaba sus ropas.

—¡Mierda! —masculló.

—Esa petaca te ha salvado la vida —afirmó Sarmiento como si la

viera.

—Sí. Y esa flecha me ha privado del vicio de vivirla. Tendré que hacerme con otra lo antes posible —Sarmiento asintió riendo—. Y ahora... ¿Puedes explicarme algo de lo que ha sucedido?

—No —repuso cortante.

—¿No? Detuviste dos proyectiles en el aire y bailaste con esos dos palurdos durante varios minutos, hasta que yo los convertí en carne picada, y todo eso sin ver. Por no mencionar tu repentina curación y tu número de saltimbanqui sobre la cama. Yo diría que sí hay algo que explicar, ¿no crees? —Sarmiento agachó la cabeza.

—No... no sé explicarlo, tío. Pero de algún modo, de alguna manera... puedo ver incluso con los ojos cerrados —dijo al fin.

Aquello escamó a Torgund, que empezó a mirar a su alrededor y a olisquear el aire como un cazador que buscara el aroma familiar de su presa. De nuevo volvió su atención hacia el chico y, tomándole por los hombros, se arrodilló y le preguntó con ternura.

—Sabes que puedes contármelo todo, ¿verdad?

—Sí, tío. Lo sé.

—Bien... entonces dime... ¿has estado recibiendo ayuda de alguien? —un pesado silencio cayó entre ellos, más infranqueable que el mayor de los pozos.

—No —dijo con sencillez Sarmiento.

—¿Seguro? ¿Nadie te ha ayudado u ofrecido estas habilidades a cambio de algo? ¿Un trato quizá?

—No —mintió de nuevo, pues pensó que, en efecto, su padre le había curado y le había ayudado en la refriega, y se percató, conmovido, de que no le había pedido nada a cambio. Lo que demostraba, así lo creyó, que en efecto era el espíritu de su padre venido del más allá para ayudarle. Claro, que prefirió guardar todo aquello para sí mismo, pues no estaba seguro de si su tío lo comprendería o le tomaría por un loco. Era mejor que por el momento fuera su secreto.

—No, tío. No sé explicarlo, pero quizá el golpe en la cabeza haya sido el desencadenante de todo esto. Ya sabes que el cerebro humano es un misterio.

—En efecto —dijo algo inquieto Torgund—. Está bien. Confío en ti

Sarmiento —le revolvió el pelo cariñosamente—. Pongámonos en camino. Queda mucho por hacer si queremos llegar al Sagrado antes de la luna nueva.

Montaron de nuevo en los caballos y dejaron atrás la encrucijada, poniendo rumbo a la primera escala.

EL CLARO

Mierda! —vomitó en lo que parecía un suelo de ceniza, hasta tener arcadas de bilis—. Ya sabía yo que no debía haber intentado destilar esas malditas frutas costrosas. Menuda melopea —tuvo una nueva arcada y expulsó hasta la última gota que pudiera contener su estómago. Entonces, a cuatro patas como estaba, fijó la mirada en su propio vómito—. ¡Qué curioso!

«He echado hasta el primer calostro que mamara de la buena de mi madre, y sin embargo...»

—¿Dónde están mis tropezones? —se dijo en voz alta en respuesta a su pensamiento.

—¿Quién demonios eres tú? —la pregunta fue tan ruda como el aspecto de quien la hizo. Un gigante de considerable tamaño se alzaba firme ante él, con la mano sobre la empuñadura de un gran mandoble. El detective se dijo a sí mismo que no recordaba haber sido capturado y por tanto aquello no podía tratarse de su ejecución, aunque la impresión que daba a cuatro patas, bajo la atenta mirada de aquel gorila, arrojara otra imagen.

Con precaución se incorporó y realizó una composición de lugar de un rápido vistazo.

«Estupendo. ¿Dónde demonios estoy?»

—¡Vale! ¡Lo pillo! Estoy soñando. Ahora me abofetearé y todo volverá a la normalidad —dicho y hecho, se golpeó la mejilla con ganas, pero al enfocar los ojos de nuevo, aquel gigante seguía mirándole con cara de pocos amigos—. ¡Pero qué co...!

Un puño del tamaño de una hogaza de pan se estrelló contra su nariz. Los huesos crujieron y su cabeza retumbó como una cacerola rodando cuesta abajo.

—¡Ay! —exclamó llevándose la mano a la nariz que comenzó a sangrar

con generosidad—. ¡La leche! Menuda mierda de sueño.

—Hay sueños que matan —intervino una vieja tuerta, que tenía aspecto de tener más surcos en la cara que el mapa topográfico de una cordillera—. Permíteme repetir la pregunta de una manera más educada. A mi amigo le gustaría saber quién eres. Pero creo que parte de su acritud proviene de no saber qué haces aquí y qué ha sucedido con nuestro colega. Y dado que has aparecido en su lugar... tan solo podemos deducir que de algún modo le conoces, para bien o para mal.

Se recompuso e irguió con dificultad para contemplar a sus dos interlocutores mientras se sujetaba la nariz.

—Claro, con gusto. Y ya puestos... ¿no tendréis un traguito aquí? He gastado mi última reserva compartiéndola con un agujero en el hombro.

—Yo perdí la mía por una maldita flecha —replicó el gigante.

—Al menos a ti no te han abierto un respiradero. Claro que... — entonces se palpó con nerviosismo el hombro herido y comprobó que no había herida alguna—. Vale. Esto es muy raro. No sé quiénes sois ni qué demonios queréis, pero ya podemos empezar a hablar claro porque estoy empezando a ponerme algo nervioso. Y cuando se suman a mis nervios la escasez de suministro, me viene la abstinencia... y no queréis verme así.

—¿Cuál es tu nombre? —intervino conciliadora la anciana.

—Varley —respondió el mecánicamente.

—Muy bien, Varley. Este grandullón que te ha hecho más guapo se llama Torgund y yo soy Xila.

—Vale, vale, vale... ¿Alguien puede explicarme dónde estoy y por qué narices mi herida ha desaparecido?

—Dónde, no tiene respuesta, pues no estamos en ninguna parte que conozcas. Y en cuanto a tu herida... las heridas corporales que te infringieran en el mundo no tienen cabida aquí, este es un espacio para el espíritu.

—Estupendo... tomaré eso como una respuesta, si es lo que pretendía ser —bufó Varley.

—Ahora te toca a ti —intervino Torgund—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Kadros?

—¿Conocéis a Kadros?

—Así es —corroboró Xila. Varley observó a la anciana y removió la

nariz como cuando tenía una corazonada. Aquella gente parecía buena gente. Su instinto se lo decía. Sentía una extraña sensación, como cuando sus pasos se cruzaron con Kadros, pero nada que le hiciera encender las alarmas.

—Está bien. Soy un humilde funcionario de Mil Ríos. No tengo ni la menor idea de qué hago aquí, ni de dónde diantres es “aquí”. Conocía a Kadros, si es que cruzar dos miradas y tres palabras se puede considerar conocerse, aunque viendo a los mozos de hoy día todo es posible.

—Al grano por favor —dijo Xila.

—A eso iba —respondió mientras reventaba una espinilla de su cara. Se limpió los dedos en la chaqueta y siguió—. Vamos a ver... todo empezó con mi investigación sobre personas desaparecidas en los últimos doce años. Hay cierto patrón, si lo queréis llamar así, no os aburriré con los detalles de todos estos años infructuosos... entonces oí hablar de Lilian Roswood —al mencionar el nombre Xila y Torgund intercambiaron miradas que no pasaron desapercibidas para el detective—, y ella me llevó hasta Kadros... pero creo que todo eso... ya lo sabíais. ¿Verdad?

—Así es. Kadros nos habló de Lilian y de otros como ella. Pero dinos... ¿dónde está nuestro amigo ahora?

—Ni la menor idea. Encontré su choza. Vivía con un niño bastante sabidillo y engreído, entonces aparecieron los cuervos de ese mal nacido de Mabruk y se lo llevaron. Luego eché a correr con el muchacho.

—Ya veo —dijo Torgund.

—Por eso estás aquí —asintió Xila.

—¿Cómo?

—Kadros te ha nombrado el protector del muchacho. Ahora tú eres su guardián. Por eso estás soñando y por eso estás aquí con nosotros hablando.

Varley retrocedió sacudiendo las manos.

—No, no, espera. Yo no he firmado nada. ¿Un sueño dices? Estupendo. Eso me libera de cualquier responsabilidad, entonces. No conozco a nadie que haya hecho acuerdos en sueños y que estos fueran vinculantes. ¿Vosotros también estáis soñando?

—No exactamente... el vínculo es más fuerte de lo que crees. Kadros no te cedería la protección del chico si no hubiera visto algo en ti.

—¿Qué demonios iba a ver si nos estábamos atizando con una panda de

rufianes?

—No fue necesario. Te juzgó con una sola mirada. Eso basta a veces para calar a la persona. Y somos buenos en ello, créeme.

—Vale, genial. Entonces supongo que en un rato despertaré en la cueva donde, si no mal recuerdo, me he refugiado esta noche, y de alguna manera sentiré el deber de proteger a este chico con mi vida por no se sabe muy bien qué razón. ¿Es eso?

—Más o menos —asintió Torgund.

—La razón la descubre cada uno dentro de sí —dijo Xila.

—Espléndido —replicó Varley entre dientes—. Vale. Supongamos que acepto y acabo haciendo lo que sea que deba hacer... al fin al cabo creo que mi anterior contrato ha expirado... ¿Qué debo hacer?

—Teníamos un plan.

—¿Cuál?

—Antes de la próxima luna llena, el muchacho debe alcanzar el sagrado de Mil Ríos.

—El dedo de Kilumaras —susurró Varley.

—¡Lo conoces!

—Así es. No soy completamente analfabeto, he oído historias, pero ignoraba que quedaran creyentes... ¿Y para qué narices debe ir el chico hasta ese pedrusco?

—Lo descubrirás, al igual que nosotros, a su debido tiempo.

—¡Ja!... ¿No seréis miembros de algún tipo de secta destructiva de esas, verdad?

Torgund y Xila se miraron.

—¿Puedo partirle la cara otra vez? —susurró el gigante al oído de la anciana, mientras esta lo tranquilizaba.

—Varley, no podemos obligarte a realizar esta tarea. Kadros te eligió para bien o para mal. Nadie te pide que vayas más allá de lo que te dicte el corazón, pero te pedimos que al menos, cuando abras los ojos, recuerdes todo esto y lo pienses fríamente. Mucho depende de que ese muchacho alcance su destino —Varley reflexionó.

—Está bien. No aseguro nada. Cuando pase esta pesadilla prometo pensar en ella un rato, al menos hasta la siguiente taberna. Luego... ya se verá.

—Supongo que es lo mínimo que podíamos pedir.

—¿Y vuestro colega? Se lo llevaron los cuervos, cosa que por cierto me sugiere otra pregunta que más tarde abordaré. Estará encarcelado en la Fortaleza del Agua, y teniendo en cuenta quién mueve los hilos allí... probablemente lo ejecuten pronto.

—Kadros deberá valerse por sí mismo por el momento. No podemos frenar lo que está en marcha. Es más importante que su vida y que la de cualquiera de nosotros.

—Pues yo valoro mucho la mía, pero... ¡vosotros mismos!

—El que quiera salvar la vida, la perderá; pero el que la pierda, la salvará —dijo Xila.

—Mierda. Lo sabía. ¿De qué frenopático os habéis escapado?

—No tienes por qué entenderlo ahora, Varley. Solo el tiempo te dará eso.

—¿Cirrosis?

—Entendimiento.

—Ah.

—Antes de proseguir con esta reunión y de abordar temas más importantes... ¿Tienes alguna otra pregunta?

—Pues mira por dónde. Así es.

—Pregunta.

—Los cuervos de Mabruk. Siempre consideré que se trataba de una leyenda. Yo estaba casi convencido de que eran simples espías imbuidos de un aura de terror para asustar a las ancianas —vio que Xila no pestañeaba—, bueno, a casi todas las ancianas. Pero desde hace unos años empecé a sentir su presencia y a encontrarme siempre al sempiterno cuervo que me seguía a todas partes. Cuando al fin hallé a Kadros... mis temores se hicieron realidad. Los cuervos eran binaturales, mitad hombres, mitad bestias. Y la pregunta es: ¿Son reales? Pero sobre todo... ¿Cómo narices lo hacen?

—Son reales, Varley —respondió Xila, que sacudió la espalda como si espantara unas pulgas. Después, ante sus ojos, la anciana había desaparecido y una loba tuerta ocupaba su lugar.

—¡Me cago en...! —Varley dio un salto atrás.

—No hay nada que temer —dijo Torgund, tranquilizando a Varley.

—Hombre... pues menos mal —respondió con ironía, mientras Xila recuperaba su forma humana.

—El binatural puede ser un don, como en mi caso —dijo Xila con una voz que casi se confundía con un aullido antes de recuperar su tono normal—. O una maldición. No debería haber binaturales en el mundo, tan solo los Kaimu teníamos tal bendición, otorgada por el mismo Kilumaras para velar su creación sin alterarla. Y durante años ejercimos tal tarea. Hasta la partición del mundo... —un velo de tristeza empañó sus ojos.

—Vale, vale, vale. Estoy lejos de entender una palabra de lo que has dicho. Vamos a simplificarlo. Tú eres una anciana adorable de las que juegan a las cartas y salen a pasar la tarde al porche, y además eres una loba tuerta, de aspecto... impresionante he de decir, cuando te place. Bien. Supondré que tenéis buenas intenciones, pues todavía no me habéis descuartizado. Así que, simplificándolo para mi pobre mente dicotómica..., sois de los buenos.

—Si así consigues entenderlo... sí —farfulló Torgund.

—Muy bien. ¿Y entonces los cuervos? Van diciendo a gritos: “eh, oye, soy malo”. ¿Por qué no eligieron una ardilla o un jilguero? ¿Por qué un puñetero e irritante cuervo?

—Porque hay formas en la naturaleza más predispuestas a ser retorcidas que otras. Así de simple. Los cuervos de Mabruk son producto de artes oscuras. No son naturales. Surgieron a través de algún funesto pacto entre el alma del que fuera el hombre y la bestia que ahora lo habita.

—Me quedo como estaba.

—Son de los malos —sentenció Torgund intentando aclarárselo.

—Ah, vale. ¿Lo veis? Todo mucho más clarito para el no iniciado.

—Y ahora —interrumpió Xila—, si no hay más preguntas vanas deberíamos pasar a otros asuntos —se olvidó de Varley como si no estuviera allí.

—¿Deberíamos hablar delante de él? —sugirió Torgund.

—Si está aquí es que es digno de oír cualquier cosa que digamos —Varley sonrió con ironía—. Y dije digno... no inteligente como para entenderlo.

—Por mí no os preocupéis. Podéis hablar de vuestros secretos. Yo beberé más tarde hasta quedar ciego, sordo y desmemoriado.

Xila se encogió de hombros y comenzó.

—La situación en Mil Ríos es clara, Kadros en cautiverio y nuestro nuevo colega al cargo del joven muchacho. En la Cascada no hay grandes cambios, pero sí grandes peligros. La naturaleza se vuelve más agresiva a cada día que pasa. Pero al menos Sera y Tania han puesto ya rumbo al Ojo. Detecto también una fuerte presencia en el continente, y temo que ya sepa dónde se encuentran y esté tras su rastro. No obstante, una buena amiga llegó a tiempo de alertarlas y eso evitó males mayores —hizo una breve pausa para tomar aire—. ¿Qué noticias hay de la Escala, Torgund?

El gigante tenía la mirada perdida en el suelo, si es que había tal cosa bajo sus pies, se atusaba la barba y alternaba rascándose la cicatriz de la cara.

—Yo... creo que lo he encontrado.

Xila lo miró desconcertada.

—¿El qué, a quién?

—Al que buscábamos. Creo que es mi protegido, Sarmiento —Xila trastabilló unos pasos hacia atrás, afectada por aquella noticia.

—¿Sarmiento? —dijo Varley rompiendo el instante—. Madre mía. Tenemos que revisar la cuestión de endosar nombre a los niños, o en poco tiempo los estaremos llamando “Tazón” o “Abrevadero”. Claro que si yo tuviera un hijo lo llamaría “Petaca”, y además...

—¡Basta! —le cortó Xila, que se giró de nuevo hacia Torgund—. Cuéntamelo todo, amigo.

Torgund explicó detenidamente todo lo sucedido desde que Sarmiento había perdido la visión hasta su convalecencia y sorprendente recuperación. Explicó los extraños hechos referentes a sus reflejos, cómo detuvo dos flechas sin tan siquiera moverse; habló de su “visión”, su agilidad, y mientras, Xila escudriñaba las vacías nubes grises del claro.

—¿Le interrogaste al respecto? —preguntó inquieta la anciana.

—Así lo hice. El chico lo atribuye todo al golpe en la cabeza.

—¿Y?

—No sé qué pensar —Torgund se movió nervioso unos pasos hacia un lado, seguidos de nuevos pasos de vuelta—. Una parte de mí quiere pensar que lo hemos encontrado, que ya está. Fin de la historia. Podemos avanzar y plantearnos a dónde conduce todo esto.

—¿Pero?

—Otra parte de mí me dice... que no es trigo limpio. El chico asegura que nadie le ha ayudado, que no ha hablado con nadie, ni visto a nadie, ni mucho menos negociado con nadie.

—¿De qué demonios habláis? —intervino Varley, que se hallaba francamente perdido.

—Silencio —dijo secamente Xila. Después reflexionó sobre las palabras de Torgund—. Quizá sea el muchacho. Pero no está de más tomar ciertas precauciones. Vigílalo de cerca, Torgund. No le quites ojo. Puede que el chico sea el que buscamos, pero no obstante pudiera ser también una trampa. Así que continuaremos por todas las vías abiertas. Los tres chicos deben llegar a los Sagrados. No tenemos alternativa.

—Para mí esto ha ido demasiado lejos. Es mejor que cada uno tire por su cuenta, ¿sabéis? Yo por mi parte espero que no volvamos a vernos, “amigos” —dijo Varley.

—Debemos permanecer unidos. Separados nos darán caza y caeremos uno tras otro. Y créeme si te digo que tu caerás el primero.

—¡A la mierda! No sé qué demonios está pasando, no sé quiénes sois. ¿Unidos dices? Toda mi vida me he valido solo y me ha ido estupendamente.

—¿En serio? —apostilló Torgund sonriendo de medio lado.

—Sí. Solo. Y ahora... ¿Cómo puñetas salgo de este sitio? —preguntó Varley, mirando a su monótono entorno.

—Deja que te cuente una historia, detective —comenzó Xila.

—Señora... que ya tengo una edad.

—Tan solo acumulas años, querido Varley, no sabiduría. Deja que te cuente una historia —Varley bufó, alzó las manos al cielo aceptando sumisamente su destino y se sentó en el suelo.

—Al menos me pondré cómodo —dijo él, y Xila empezó a hablar.

—Existió hace muchos siglos, en el mundo antiguo, un pueblo de las estepas salvaje y combativo. Podríamos decir que eran casi como animales, y sin embargo poseían una gran sabiduría, pues debían ganarse la vida en un entorno hostil y sobreviviendo a constantes guerras entre clanes, lo cual desarrolla un afilado instinto de supervivencia —miró a Varley y Torgund alternativamente, y continuó—. Un día de primavera, una joven madre llamada

Qo'a, mientras aliñaba cecina de oveja, llamó a sus cinco hijos, y sentándolos en fila, dio a cada uno una flecha y ordenó que las partieran. Y todos partieron su flecha; mas luego ató juntas cinco flechas, y ordenó que las partieran, y los cinco lo intentaron uno tras otro, pero ninguno pudo partirlas.

Se interrumpió un instante, suspirando.

—Qo'a les dijo: “Vosotros cinco, hijos míos, sois todos nacidos de mi mismo vientre. Como acabáis de ver con las flechas, separados, cualquiera podrá partiros; pero si obráis de común acuerdo y os mantenéis unidos como las cinco flechas, no habrá quien pueda destruirlos”.

Torgund asentía, mientras Varley los observaba con una mueca de estupor.

—¿No me dejáis elección, eh?

—Eres libre, Varley. Puedes elegir —respondió Xila.

—Nadie es libre. Y los que se creen libres son aquellos que tienen más cadenas. Todo el mundo es esclavo de alguien. Y vuestro... Canasraras ese, es igual que los demás.

—Kilumaras.

—Ya lo sé. ¿Por quién me tomas? Siempre que alguien viene vendiendo libertad yo empiezo a revisar mis bolsillos. No creáis a nadie que junte en su boca en una misma frase libertad, democracia y diálogo. Pues utilizará el diálogo para, con palabras, torcer la democracia y privaros de la libertad.

—¿Es tuya la frase? —preguntó Torgund.

—No. De mi padre. Pero es buena y me la apunto.

—Me habría gustado conocer a tu padre.

—Igual sí. Me enseñó todo lo que sé... sobre bebida, claro.

—Varley —comenzó Xila—. No podemos obligarte a seguirnos en esta locura, es cierto, solo te pedimos que lo reconsideres, libremente.

—Dime, anciana. Dame una pequeña muestra de la libertad que tan a menudo refieres.

—El mundo entero era libre... antes de rendirse a un nuevo señor del mundo.

—¿Baashamel?

—Adopta muchos nombres y muchas caras. Tú lo conoces como

Baashamel, en otros sitios se lo conoce como la Madre, y en otras partes por otros nombres.

—¿Otros sitios dices?

—Sería largo de explicar. Ya lo descubrirás a su debido tiempo.

—Muy bien. Así que me decís que antes, supongo que me dirás que incluso antes de la partición del mundo, este era libre. ¿No?

—Incluso después de la partición era libre.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Era tal la libertad que gozaban sus habitantes, que su máxima expresión fue la capacidad de ejercer el mal.

—¿Qué dices, anciana?

—Fueron libres incluso para hacer y elegir el mal. Hasta ahí llego la libertad que Kilumaras les dio. Libertad incluso para olvidar a “El Que Trae la Luz”. Libertad para odiarle.

—Así que deduzco que el mundo es más libre que nunca. Yo solo veo mal a mi alrededor, por tanto...

—En absoluto. Libres para hacer el mal. Y por tanto libres para encadenarse. Pero una vez han elegido someterse a ese yugo... escapar es...

—Imposible —concluyó Torgund.

—Difícil —corrigió Xila.

Varley anduvo de arriba abajo por el Claro. O bien buscaba una escapatoria, o bien estaba dándole vueltas a su sagaz mente.

—Muy bien. Me despertaré. Pensaré en esta pesadilla de mil demonios que he tenido y tomaré una decisión. No prometo nada.

—No pedimos más. Nosotros por nuestra parte iremos a los Sagrados también. Esperamos verte la próxima luna llena allí o... aquí, antes de eso, si aceptas ayudarnos.

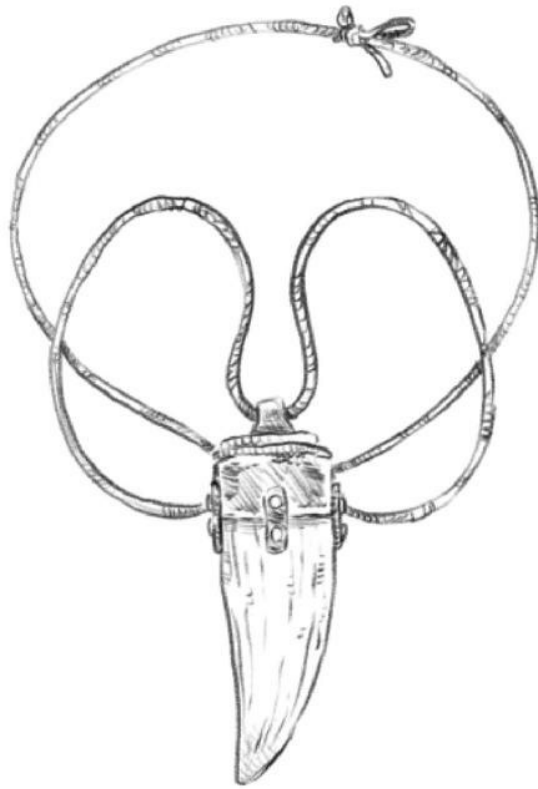
—Espera, espera... yo voy con el chico al Sagrado, al Dedo de Kilumaras... has dicho Sagrados por segunda o tercera vez, ¿hay más de uno?

La niebla los engulló y la quietud tomó posesión.



LIBRO SEGUNDO

Apariencia



“Un pájaro no vuela porque tenga alas. Tiene alas porque vuela”

EXORDIO

Prosiguen aquí los esfuerzos de Lothan de Orz, Criptor de Mil Ríos, por reconstruir lo que somos y lo que hemos sido. La transcripción del texto ha sido realizada con arduo trabajo, dadas las omisiones y ausencia de pergaminos completos que dificultaron la tarea del amanuense.

Y reuniendo a los Heldere y a los Mork les dijo a todos: «Id ahora y realizad obras de vuestras propias manos que sean agradables a mi corazón».

Y fueron. Y durante semanas, o meses, o siglos tal vez, durmieron soñando con aquello que deseaban crear, pensando en el regalo que cada cual realizaría para Kilumaras.

Fue Dyrene, el mayor de los Heldere, el primero en presentar su intención. Y ante el trono de nubes de Kilumaras así le habló: «He escuchado a la tierra y he pensado en su petición. Crearé un sinfín de criaturas que la pueblen, que todos los días de su existencia la acaricien con sus pezuñas, la golpeen cuando bailen y festejen, que gocen del frescor de la tierra sobre sus pieles. Y que hasta el fin de los tiempos vivan en armonía con ella».

Mostró Dyrene a su Señor los sueños que albergaba en su mente, de toda criatura que camina, reptar, y trepa.

Y dijo Kilumaras: «Señor de las Bestias, ve y crea».

Y Dyrene fue, y con el beneplácito de Kilumaras, sin el cual nada es

creado, creó.

A continuación se presentó Somting, la segunda de sus hijas. Y habló así: «Señor Kilumaras. He imaginado que la tierra se poblaba de plantas y árboles, de flores y enredaderas que abrazaban el mundo, de verdor y colores sin límite. Soñé que dichos seres daban fruto, y que una parte de su propia sustancia servía para alimentar a otros habitantes de la propia tierra. Y que finalmente, al morir, se unirían a ella».

Respondió Kilumaras complacido: «Señora de todo aquello que crece y verdea, decora el mundo pues. Ve y crea».

Fuglene habló el siguiente: «Benévolo Kilumaras, he llorado largas noches al contemplar las aguas bajo la luz de tus obras. Su quietud, su soledad, su abnegación. He observado también su rabia, su violencia y su inefabilidad. Así, al igual que de las lágrimas del lucero de la noche surgieron las aguas por tu mano, he dado forma con mi llanto a las criaturas que, bajo tu égida, se cobijarán en las corrientes de los ríos y océanos».

Kilumaras contempló extasiado el sinfín y la variedad de criaturas que saltaban y bullían en las aguas haciéndolas rebosar de vida: «Gobierna pues las aguas sabiamente, Fuglene, Señor de las Corrientes».

Y las aguas trepidaron de vida.

Llegó el turno entonces de la dama Mystal, la hermosa, la bella y misericordiosa. Y no hallaba ella concreción a sus sueños y deseos. Y viéndose perdida, se presentó ante El Que Trae la Luz y dijo: «Mi señor y creador, largas noches he soñado con ofreceros algo digno con que adornar vuestra obra. Mas nada sugiere mi mente que esté a la altura de tu persona».

Y viendo su aflicción, respondió Kilumaras: «Dama Mystal, deja que tu imaginación vuele y tus sueños se eleven por encima de la tierra, y quizá encuentres lo que tu corazón anhela».

Y fue Mystal y durmió aquella noche como ninguna otra que pudiera recordar. Y su mente voló a gran altura y encontró su alma allí prendida. Al siguiente sol se presentó ante Kilumaras y así le habló:

«Sabio señor. Anoche volé alto y volé lejos. Y en las alturas hallé lo que mi corazón ansiaba. Con mi aliento he creado las nubes, con mi canto la aurora, y con mis manos las aves cuyos cantos son los matices de mi voz mil

veces repetidos».

Dijo Kilumaras a esto: «Que así los cielos queden cubiertos de tus obras y que la alegría de tus cantos envuelva la tierra».

Y contemplaron los Heldere su obra, y Kilumaras los contemplaba a su vez satisfecho. Y dijo Kilumaras:

«Realizaré una unión inquebrantable entre mi creación y la luz».

Y amasó Kilumaras las montañas extrayendo el corazón de la tierra y dándole forma entre sus dedos. Y las elevó altas sobre la tierra, para que la creación dirigiera siempre la vista hacia las alturas, hacia la luz, y para que sus corazones sintieran el anhelo de elevarse hasta el creador.

X

LA CASCADA

Será mejor que empieces a hablar, o muy pronto no quedará piel que rascar sobre ese montón de huesos —sentenció Jnum mientras jugueteaba distraído con un afilado escalpelo entre los dedos.

Dos acólitos tensaban las cuerdas que aferraban a la anciana mujer sobre el potro, cuyas vetas de madera se confundían con los regueros oscuros de sangre reseca que tupían su estructura.

La mujer permanecía en silencio con los ojos cerrados y no transmitía la menor emoción. Y aquello quizá fastidiaba en mayor medida al gran druida y alquimista.

—Lo irónico es... que yo no tenía ningún interés en esas mujeres. Era otro el que deseaba darles caza, no yo —Jnum no pudo evitar un ligero escalofrío al recordar al hermano Ars. Era una suerte que siguiera todavía ausente buscando a las dos mujeres—. Pero tus actos han atraído una atención que sospecho no merecían. ¿Qué hacía una matrona de nuestra aldea ayudando a dos fugitivas a escapar? Y lo que es más intrigante, ¿cómo se explican tus acciones si...? —Jnum calló, pues no debía revelar el poder que ejercía la hierba del diablo sobre las personas—. Pero no puede ser... —pensó al percatarse de que nadie se había saltado la dosis, en la aldea se llevaba un control estricto sobre aquella cuestión.

—Te estará carcomiendo, ¿verdad? —dijo en voz baja y hueca la maltrecha mujer—. ¿Será que tu plantita ha empezado a marchitarse? ¿O será la receta? ¿O tal vez el cocinero?

Jnum realizó dos precisos cortes en el dedo meñique de la mujer, uno en la base del dedo y otro vertical sobre la yema del mismo. Después,

aferrando la piel con unas pinzas arrancó como un guante el tejido. La mujer ahogó un grito de dolor.

—Es impresionante la cantidad inmensa de sufrimiento que se puede provocar con algo tan insignificante —dijo burlesco Jnum, mientras arrojaba al suelo el despojo de piel.

—Eres un peón... solo que te niegas a verlo. Tú mismo lo reconociste hace un instante —susurró la mujer con un inaudible suspiro.

Jnum sintió de nuevo el escalofrío.

—Te quedan dedos de sobra, querida. Y cuando acabe con ellos empezaré con los pies. Y cuando termine con estos iré subiendo lentamente hasta que no quede ni un músculo de tu cuerpo sin exponer. ¿Qué te parece?

—Haz lo que quieras... no espero piedad de ti. Hace mucho que la rendiste a tus amos.

Jnum apretó enfurecido los labios. No soportaba que le recordaran que en el fondo no era nadie y que no sabía nada. No toleraba que las cosas escaparan a su control. Y en lo más hondo lo percibía. A pesar de la falsa apariencia de control que reportaba el uso de la hierba... siempre tenía la sensación de que algo se le escapaba.

—Te lo estás preguntando, ¿verdad?... otra vez. La gente te obedece gracias a la hierba. ¿No? —Jnum aproximó su cara a la de la mujer hasta que sintió su olor a sangre y sudor rancio—. Pero entonces, te dices, ¿por qué estoy solo? Nadie se comporta ya como una persona, ya nada te reporta esa sensación de poder de la que antaño gozabas, son solo autómatas. Y con el paso del tiempo es peor. Como si la gente estuviera... desconectada. Como si tu maldita sustancia los hubiera convertido en... otra cosa.

—Sabes algo... ¿cierto?

—Es lo mismo lo que yo sepa. No responderé a tus preguntas —Jnum se apartó airado.

—Será que el otoño se adelanta este año —dijo jugando con el escalpelo—. Porque las hojas no dejan de caer.

Con dos rápidos movimientos despellejó otro dedo y la mujer tan solo apretó los dientes. El druida arrojó al suelo los restos y la observó, orgullosa, rígida, como un bastión terco en su asedio.

—Eres exasperante —la mujer comenzó a llorar levemente, sin histerismo—. Vaya, parece que al fin se te puede quebrar.

—No confundas lágrimas de dicha con lágrimas de pesar —aquello desconcertó a Jnum.

—¿Y por qué habrías de sentirte dichosa?

—Porque muy pronto dejaré este valle de penurias.

—¿Y eso te provoca alegría? ¿Acaso no te aterra llegar al final del claro? ¿No temes el vacío que te aguarda?

—¿Por qué debería? Si todo vuestro control se basa en una gran mentira... ¿Quién dice que el resto no lo será? ¿Quién dice que no hay otra vida, si hay arrepentimiento? —al gran druida le tembló el escalpelo en la mano.

—Así que... repentinamente supersticiosa, cuando ya creíamos haber terminado con todas esas paganas tradiciones arcaicas. Como si no hubiéramos demostrado que el poder de la magia es claramente superior a las entelequias de la religión.

—¿Magia? —la mujer rio con ganas—. No sabes de lo que hablas anciano —el tono despectivo consiguió dar en el blanco—. Llamas magia a controlar a un pueblo por medio de sustancias alucinógenas, llamas magia a tus trucos de salón y fuegos de artificio, y llamas magia a cosas que no comprendes y están más allá de tu razón... cuando te encuentres con la “auténtica” magia... lo sabrás... y temblarás. Porque sabrás que la magia es real, sabrás que no puedes controlarla, y sabrás... quién está detrás.

Jnum aferró violentamente el cuello de la anciana matrona de la Cascada. Era raro verle perder el control, y por ello los acólitos retrocedieron unos pasos sorprendidos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó rabioso.

—Que el poder que se te ha dado no te pertenece. Y la hora de cobrar se acerca... —atinó a gruñir medio asfixiada la mujer—. Y lo peor... es que lo sabes —y entonces rio con una sonrisa de dientes teñidos en sangre.

El gran druida abrió los ojos desorbitadamente, mientras apretaba más y más el cuello de aquel pellejo de huesos atado al potro. Hasta que finalmente gritó enfurecido:

—¡Noooo! ¡No sabes de lo que hablas puta! —y acto seguido hundió el escalpelo en el cuerpo de la mujer—. ¡Mal nacida! —lo clavó de nuevo—. ¡Bruja! —rajó ante la pasiva mirada de los acólitos—. ¡Vete al vacío y muere, vieja! —pasó el escalpelo de un golpe rápido por la garganta de la anciana,

cuya sonrisa en el rostro superó en horror a la sonrisa sangrante abierta en su cuello. Pues la mujer no dejó de sonreír a Jnum de un modo extraño y victorioso mientras su vida fluía oscura y rojiza por su busto.

Apartándose del cadáver ordenó a los presentes que limpiaran aquel desastre y que arrojaran al fuego el cuerpo. Después abandonó el frío cuarto de tortura tambaleándose, pero el frío no lo abandonó a él.

Subió las escaleras y llegó a su laboratorio. Un joven acólito le aguardaba con ojos de haber escuchado los gritos.

—¿Qué quieres? —preguntó Jnum con brusquedad, mientras se enjuagaba la sangre en un bacín repleto de agua.

—Ha llegado un cuervo, gran druida —agachó la cabeza.

—¿Y a qué esperas? Entrégame el mensaje.

—Verá señor...

—¿Qué sucede?

—El cuervo se ha posado sobre un árbol cercano y podemos ver el mensaje enrollado en su pata, pero se niega a descender. Intentamos atraparlo y entonces vuela en círculos. Nos burla y se posa de nuevo. Lo lamento de veras, jamás nos había sucedido algo similar.

—Pájaro de mal agüero —murmuró Jnum—. Está bien. Enseguida salgo.

Jnum abrió la puerta de sus instalaciones y, como una exhalación, un pájaro negro se introdujo en ellas graznando. Revoloteó nervioso por la sala tratando de picotear a todos los presentes que no fueran el gran druida, y finalmente se posó sobre la mesa principal. Movía la cabeza con los típicos movimientos rápidos y espasmódicos de las aves cuando observan a una presa.

—Diríase que pretende entregaros el mensaje en privado... es extraño —dijo uno de los acólitos que había aparecido por las escaleras cargando con el cadáver de la matrona.

El cuervo alzó el vuelo de nuevo y atacó indiscriminadamente a todos menos a Jnum.

—¡Salid! Está claro que aquí sucede algo inusual y este pajarraco pretende que nos veamos a solas.

Apresuradamente, todos abandonaron la sala cerrando la puerta tras ellos. El cuervo descendió al suelo y se acercó hasta los pies del druida a

saltitos y graznando desagradablemente. Resultaba pintoresco, pero el cuervo agachó la cabeza y alzó la pata que portaba el mensaje. Jnum dobló el espinazo y tomando el minúsculo fragmento de papel lo desenrolló para leer tan solo unas pocas palabras.

«*Tu ineptitud e incapacidad nos obliga a ser más claros. Sirva este mensaje como aviso y credencial de nuestro poder*».

Y firmaba su potentado y contratista, que se hacía llamar *Leviathanas*.

—¿Qué demonios se habrá creído este tipo? Ni siquiera nos hemos conocido personalmente, no sé ni quién es el sujeto que responde a este ridículo nombre y me exige pleitesía —hablaba en voz alta, mientras arrojaba el mensaje al fuego del hogar—. ¿Y qué clase de mensaje es ese? Si pretendía ser una amenaza me parece más bien pobre. Cumpló mi parte del acuerdo y ahora me viene con aires de grandeza. ¿*Nuestro poder*? ¡Ja! Menuda burla de mensaje; me hace perder el tiempo.

Entonces a sus espaldas escuchó una voz rasposa que decía:

—Eso era solo el encabezado.

A Jnum se le congeló la sangre en las venas y lentamente se volvió. Ante él contempló que se alzaba un hombre vestido totalmente de negro, de pelo grasiento y mirada implacable.

—Yo soy el mensaje —graznó, y Jnum cayó en las tablas del suelo sobre su trasero.

—¡Tú... tú... pero si eres un cuervo! ¡Maldita sea! ¡Todo este tiempo has sido un cuervo! ¿Cómo es posible?

El hombre de negro sonrió siniestramente, y agarrando del cuello al druida lo alzó del suelo para estamparlo contra una columna de madera que sostenía el techado. Allí lo mantuvo unos segundos dejándole dudar entre si viviría o moriría.

El druida jadeaba y resollaba con dificultad pero consiguió entresacar alguna palabra de su garganta.

—¿Queeégg quieres? —agarraba y arañaba con ambas manos la garra de aquel hombre que lo estrangulaba.

—Me llamo Huginn, y soy el *pensamiento* de mi señor; quiero que escuches con atención —graznó o habló, no sabría decir; y levantándolo del suelo por el cuello lo llevó hasta su silla y lo depositó allí con fuerza—. Mi señor está muy descontento con tu falta de compromiso. Él te ha suministrado

todo lo que necesitas para mantener tu hegemonía sobre esta gente, tu bendita hierba. ¿Y cómo se lo pagas? ¿Con retrasos y disculpas? —el hombre inclinó la cabeza hacia un lado como un cuervo, mientras clavaba sus ojos vacíos en Jnum.

—Yo... yo...

—No he venido a escuchar tus balbuceos, druida. Tan solo escucha. Los tiempos están cambiando y la hora se acerca. Mi señor únicamente exige un último esfuerzo, necesita que arrimemos todos el hombro con fuerzas duplicadas y su obra estará terminada. Y tú, Jnum, como miembro privilegiado de esta empresa comercial —dijo con ironía—, ocuparás el lugar que te corresponde en el nuevo orden.

—Te escucho —el extraño ser se movió por la estancia a sus anchas mientras hablaba de nuevo.

—El *enviado*, Leviathanas, necesita pedidos más generosos de niños.

—Pero eso lleva tiempo. No puedo acelerar el curso natural de las cosas —se defendió Jnum.

—Sabemos que guardas una importante reserva de material para digamos... tu uso particular —Jnum enrojeció—. ¿Qué? —sonrió el binatural—. ¿Pensabas que algo escapa a nuestros ojos?

—No... pero... si entrego esa reserva... la Aldea. Necesitamos niños o nos extinguiremos.

—Por no hablar de tus experimentos —apuntilló el cuervo, sin prestar atención a sus quejas, de manera que Jnum no pudo sino asentir—. No te preocupes. Sé que sabrás como solucionarlo. Tan solo debes inculcar algo más de liberalidad en las mentes de tu gente. ¿Qué tal si celebraras con frecuencia unas fiestas donde todo el mundo pudiera dar rienda suelta a sus pasiones con todo el mundo? Podrías justificarlo como una búsqueda de la unión de la Aldea. Eso os hará fuertes. Y el no saber de quién son los hijos os hará más fuertes aún, pues todos deberéis proteger a todo el mundo y seréis una gran familia universal.

—Desde luego eso ayudaría a tener un buen cargamento cada cierto tiempo. Y si escalonamos bien las festividades dentro de nueve meses podríamos empezar a tener un suministro constante de niños —Jnum empezaba a verle la lógica a aquello.

—¿Lo ves? Es fácil hacer negocios con *nosotros*. No lo compliques con

tus razones.

Jnum reunió coraje para acodarse sobre su mesa y mirar a los ojos a aquel ser.

—Está bien. Dile a Leviathanas que se hará como desea. Podrá recoger un nuevo pedido donde siempre. En las altas lomas de la cordillera. Y esta vez enviaré el setenta y cinco por ciento de mis reservas. Y puedes asegurarle que dentro de nueve meses mis envíos se volverán... regulares, gracias a una nueva política comercial que te agradezco.

—Mi señor se mostrará satisfecho.

—Su precio es alto, pero me ha convencido.

—¿Alto dices? ¿Qué es la vida de unos cientos comparada con el poder que te ofrece? —Jnum agachó la cabeza—. Hay algo más que debo decirte.

—¿De qué se trata?

—A mi señor Leviathanas le agradecería que en tu territorio se implantara definitivamente la nueva fe —Jnum negó sin convicción.

—No es la primera vez que tenemos esta conversación tu señor Leviathanas y yo. Entiendo que en vuestra tierra, donde sea que habitéis, el culto a Baashamel sea algo normal. Pero aquí tenemos que ir más despacio. Hay que introducirlo poco a poco. Además... desconozco los entresijos de vuestros preceptos. No puedo hacerlo así sin más. Resultaría conflictivo. Incluso bajo el control de la hierba podría rebelarse la población.

—A Baashamel le importan poco los preceptos mientras se le rinda adoración. Utiliza tus propios preceptos y tradiciones. Nos trae sin cuidado. Tan solo haz que el pueblo se postre ante él. Ya está, así de sencillo, no es mucho pedir ¿No? Hasta podrías utilizar tus nuevas “festividades” como una manera de rendirle culto, y este último consejo te lo sirvo gratuitamente.

—Veré qué puedo hacer —asintió el druida—. Dile a tu señor que si nuestros negocios prosiguen, haré todo lo que esté en mi mano para que la buena gente de la Cascada abra sus corazones a Baashamel.

Satisfecho, el hombre de negro se dirigió hacia la puerta y empezó a sacudirse en plena transformación, envuelto en una nube de plumas oscuras.

—¡Espera, Huginn! Necesito saberlo. ¿Qué eres? —preguntó Jnum. El hombre a mitad de transformación se volvió espantosamente deformado hacia el druida, que podía distinguir una mordaz sonrisa en una masa a medio camino entre pico y mandíbula.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? —el cuervo, ya transformado, graznó y alzó el vuelo escapando raudo y dejando a Jnum sumido en un profundo estupor.

Todo había parecido una terrible pesadilla y la cabeza le daba vueltas. Se dejó caer en su silla, y entonces, no sabía por qué, recordó a la maltrecha matrona:

«...cuando te encuentres con la “auténtica” magia... lo sabrás... y temblarás. Porque sabrás que la magia es real, sabrás que no puedes controlarla y sabrás... quién está detrás».

—¿Qué demonios eres? —preguntó a la nada.

Y entonces tembló. Tembló como no lo había hecho en su vida.

—La magia es real... —susurró. Pero dentro de su ser surgió una pregunta más oscura para la que no tenía respuesta: *«¿Qué es la magia y de dónde proviene?»*

* * *

Las pequeñas raíces con forma de tubérculos raquíuticos hervían con gracia entre una tormenta de burbujas. Un tímido fuego que apenas ardía las hacía saltar y cocinarse. Y dos mujeres se acurrucaban junto a las llamas tratando de entrar en calor.

Las tierras de Más Allá del Río habían resultado ser más duras, yermas e inhóspitas de lo que esperaban. Nada crecía allí, y el canto de los pájaros o el ruido de cualquier otra alimaña era inexistente. Parecía que toda vida animal se hubiera extinguido, aunque Tania recordaba un tiempo en el que no había sido así. Recordaba un tiempo en el que Bosque Espeso alcanzaba el límite del mundo y casi echaba sus raíces en la *nada*. Un tiempo en que los animales corrían por la foresta y los pájaros saltaban de rama en rama chillando de alegría. Pero con el paso de los años el tupido follaje de Bosque Espeso fue enfermando, oscureciéndose y convirtiéndose en ceniza, y el lindero del bosque retrocedió hasta quedar reducido a una pequeña arboleda arrinconada en una ribera del río.

Tania retiró una pequeña cacerola del fuego, un oxidado artículo de cocina que habían encontrado abandonado en los límites del bosque, seguramente por algún leñador o mercader que recorriera los caminos

limítrofes. Se chupó los dedos y con cuidado sacó una de las raíces tanteándola con los dientes.

—Se puede comer —aseguró—. Toma. Pruébala —y acercó una raíz a Sera.

—No tengo hambre —dijo ella, haciéndose un ovillo y apartando la vista del poco apetecible tubérculo.

—Tienes que comer, mi niña. Nos queda un largo camino y no sabemos qué podemos encontrar. Y ya has visto esta tierra. No creo que encontremos más que raíces en muchos kilómetros.

Ante la insistencia de Tania, Sera acabó cediendo con reticencia. Agarró la raíz que le ofrecían y se la llevó a la boca. Al primer mordisco lo supo.

—¡Puuaaj! ¡Esto es asqueroso! —dijo Sera escupiendo el primer bocado.

—¡Tonterías! Eso es al primer mordisco. Luego todo mejora. Piensa que es... panceta crujiente.

—No es panceta crujiente —dijo despectiva Sera.

—Eso es porque llevas pocos días sin comer. Cuando lleves una semana te sabrá a cecina curada. Y entonces tú misma rebuscarás en el suelo raíces como un gorrino hambriento —Sera miró con ojos asesinos a la raíz que sostenía en la mano—. Anda, come un poco. Luego dormiremos un par de horas y seguiremos caminando cuando oscurezca un poco más.

—Me asusta la oscuridad. ¿No sería mejor caminar de día?

—Es de día ya, Sera —la niña miró a su madre desconcertada y vio que esta no le mentía—. Son los días, que se han oscurecido. Algo raro está sucediendo, y el mundo parece hacerse eco de ello.

Se acurrucaron juntas y durmieron un par de horas hasta que los rescoldos de la pequeña hoguera se enfriaron.

Tania sacudió por el hombro a Sera, y cuando esta abrió los ojos no consiguió ver muy lejos, tal era la oscuridad. Algunos tímidos rayos de luna se filtraban entre la espesa capa de nubes, como lágrimas que trataran de llegar al suelo para consolarlo.

Y se pusieron en camino.

Anduvieron largo rato sin decir palabra, y pasadas unas horas, más de

cuatro y menos de seis, Sera empezó a arrastrar los pies por la ceniza.

—Necesito descansar. Llevamos caminando horas sin parar —Tania la miró con compasión.

—Debemos seguir caminando, hija.

—Por favor... —suplicó ella.

—Está bien. De acuerdo. Encenderemos otro fuego y descansaremos unas horas. Es lo más que te puedo ofrecer.

Y según estaba pronunciando estas palabras los ojos de Sera se abrieron desmesuradamente y exclamó.

—¡Una luz! ¡Allí, al fondo!

Lo primero que hizo Tania fue tirar al suelo a la niña y arrojarla a su lado. Después comprobó que en efecto se trataba de una luz. Parecía cálida y acogedora. Y se extendía de manera uniforme por el yermo.

—Parece una casa. Qué extraño. ¿Quién demonios viviría en un lugar así?

—¿Y nosotras? Vivimos durante años aisladas en el bosque. ¿Quién dice que aquí no pasará lo mismo? —Tania sabía lo poco probable que era aquello—. Quizá deberíamos acercarnos. A lo mejor nos dejan descansar en un establo caliente, o nos pueden dar algo de comer —añadió Sera, ilusionada.

No era buena idea, pero tampoco iban a durar mucho viviendo a base de raíces y agua cocida.

—Merece la pena intentarlo —dijo Tania—. Pero lo haremos a mi manera. Nos acercaremos sigilosamente para observar. ¿Entendido? —Sera asintió vigorosamente—. Y después yo llevaré cualquier conversación que surja, si es necesario diré que eres muda. ¿De acuerdo?

—Sí, madre.

—Muy bien. En ese caso... sígueme.

Avanzaron a hurtadillas al abrigo de la oscuridad, procurando pisar despacio para no hacer ruido, aunque sobre la ceniza sus pies quedaban lo suficientemente amortiguados como para no tomar casi precauciones.

A unos cincuenta metros de la casa se arrastraron y Tania se volvió boca arriba para mirar a Sera.

—Escucha. Quiero que ahora te comas esto.

—¿Para qué? Allí dentro seguro que tienen comida.

—Hazme caso. Es por precaución —y le tendió un saquito con restos de iboga en su interior, recordando la conversación que había tenido con la matrona antes de su precipitada huida. Sera engulló los pedazos a regañadientes, y entonces Tania tomó un puñado para ella.

—Muy bien. Ahora vamos.

Se pusieron en pie y recorrieron los últimos metros hasta la puerta. Sobre un ajado letrero de madera se podía leer: *El Glotón*.

—Con ese nombre seguro que nos dan algo de comer —susurró Sera, que ya se estaba relamiendo.

—¡Calla! —dijo Tania con brusquedad. Y llamó a la puerta.

Una mujer de edad madura y cabellera plateada salió a recibirles.

—¡Bien halladas seáis. No esperaba ningún cliente hoy!

—No me sorprende dada la situación de vuestra posada —respondió Tania.

—Sí. Es cierto —dijo la mujer apesadumbrada—. Desde que el verdor se fue de estas tierras nada ha vuelto a ser lo mismo. Ya nadie se acuerda de las tierras Más Allá del Río.

Tania compartió por un instante la pena de la mujer. Pero trató de desviar el tema hacia donde le interesaba.

—Mi hija y yo buscábamos alojamiento para esta noche.

—¿Sólo una noche? Diantres. Tengo la despensa llena y el fuego preparado. ¿Por qué no os quedáis con nosotros un día y nos ponéis al corriente de lo que sucede en el anchuroso mundo? No son muchas las emociones que vive una mujer como yo en un lugar como este, si me entendéis.

—Pasaremos la noche y nos pondremos en camino por la mañana, temprano.

—En fin. Como digáis, mi señora. ¿Puedo ofreceros un baño al menos?

—Mi hija tomará un baño. Yo me conformaré con un poco de pan, algo de carne seca y vino, si no es molestia.

—En absoluto —añadió la adorable mujer, volviéndose hacia Sera—. Y tú criatura, ¿cómo te llamas? —Sera miró rápidamente a Tania buscando apoyo.

—No habla desde que murieron sus padres al poco de nacer. Los curanderos dicen que es algún tipo de trauma.

—Oh. ¿Adoptiva entonces?... Lo siento. Pobre chiquilla. No te

preocupes. Haré que Mejunje te prepare un espléndido baño. Ya verás cómo toda pena se disipa en un periquete —y la mujer palmeó las manos y sonrió amablemente.

—Sois muy amable... —Tania dejó la frase en el aire esperando que la mujer se presentara.

—Lori —dijo—. Me llamo Lori. Y el pequeñajo bobalicón tras la barra es mi hijo. Le llamamos Mejunje.

—¿Mejunje?

—Sí —y entonces Lori rio coquetamente—. Verá... una fue joven también, como usted, si me entiende —Tania la miró con cara de no saber de qué demonios le hablaba—. Quiero decir... una noche te arrimas a un fogoso árbol y otro a un cortés rruiseñor, al siguiente te encuentras con un alegre colibrí —Lori rio recatadamente—. Y ya sabe. Ni idea de quién es el padre. Así que le llame Mejunje. Porque imagino que tiene un poco de todos —y entonces volvió a reír fuertemente.

—Eh... tanto gusto —dijo Tania—. Yo me llamo Krisa y esta es mi hija Lorna.

—Encantada, Lorna —añadió Lori tomándole la mano—. ¡Mejunje! ¡Ven aquí! —apresuradamente, entró un chiquillo de unos diez años, de baja estatura, mejillas pecosas y ojitos porcinos, muy, muy abiertos—. Lleva a nuestros invitados a sus aposentos y prepara un baño espumoso para Lorna. Rapidito.

El niño asintió y salió disparado a obedecer todo cuanto había ordenado su madre, sin atreverse a mirarle a la cara.

—Ahora subid y descansad. A las ocho tendré lista la cena, entonces quizá queráis contarme alguna noticia, y después podréis dormir antes de seguir vuestro camino.

—Muy amable, gracias. Nos retiramos entonces —dijo Tania tirando del brazo de Sera.

Cuando se hubieron instalado en su habitación y Sera se relajaba en una tinaja de agua bien caliente envuelta en espuma, se atrevió a susurrar:

—Madre. ¿Os disteis cuenta? —Tania levantó agotada la cabeza del sillón orejero donde dormitaba.

—¿De qué Sera? Y baja la voz querida, se supone que eres muda.

—Mejunje. No se atrevió ni a mirar a su madre. Y parece una mujer tan

simpática.

—Las apariencias son así, hija. La señora Lori puede ser adorable con la clientela que debe soltar la plata, pero con su hijo se puede comportar como realmente es.

—¿Las apariencias? ¿Y cómo distinguiré a una persona buena, de una mala entonces?

—Bueno. Es una gran pregunta. Supongo que la experiencia hace mucho. Pero creo que lo mejor es que eduques tus sentidos y tu corazón y no te equivocarás. Voy a hablar con la señora Lori, a ver si pudiera prepararnos algún tipo de vianda para viajar mañana.

—Muy bien madre... Mejunje es un buen chico.

—Sí. Así lo parece —corroboró Tania, ya en la puerta.

—Y está aterrorizado —Tania se detuvo sobre sus pasos y se giró hacia su hija, que jugueteaba con las burbujas del baño.

—¿Qué quieres decir? —Sera se encogió de hombros.

—No lo sé. Es lo que me pareció. Como tú dijiste, educa tu corazón. Lo vi en sus ojos. Tiene miedo de su madre —Tania asintió pensativa.

—Eres muy perceptiva. ¿No es así? —Sera metió la cabeza en el agua resoplando—. Anda, termina de bañarte y cámbiate. Iré a hablar con la señora.

Tania anduvo por el pasillo de la planta superior y se detuvo a pocos pasos de la escalera de bajada. Se oían voces abajo. «*Clientes*», pensó. «*Parece que es su noche de suerte*».

Escuchó hablar a la señora Lori con su melodiosa voz, su interlocutor resultó ser un varón de voz grave. Tania decidió no bajar y otear desde arriba con disimulo sin que nadie la viera. No le apetecía que el resto de la clientela supiera que estaban allí, era mejor pasar desapercibidos.

Lori y el hombre parecían hablar de cosas sin importancia, el alojamiento, el precio a convenir, la hora de la cena... frivolidades.

Al cabo de unos minutos Tania se había cansado de fisgar y decidió que no había que ser paranoicos. Estaban en las tierras Más Allá del Río, «*¡qué demonios!*»

Así que se aproximó al rellano de la escalera, cuando escuchó la voz de un nuevo cliente al que no había visto entrar, y se detuvo. Era una mujer. Tania retrocedió para observar de nuevo. Desde donde estaba veía a la señora Lori y

al hombre encapuchado, escuchaba hablar a la mujer, pero no la veía, debía de quedar fuera de su ángulo de visión. Trató de estirar el cuello para buscar a la nueva interlocutora, y entonces se añadió un tercero a la conversación, un niño que preguntaba y que tampoco se dejaba ver:

—¿Estamos de acuerdo? —Lori respondió afirmativamente, y entonces habló la mujer a la que Tania no veía.

—Debemos apresurarnos —dijo la mujer que seguía sin vislumbrar.

—Es de la máxima importancia —habló de pronto una voz de muchacho que tenía tintes de demente y arrastraba las palabras.

—Lo ordenan y debes obedecer —corroboró al rato una niña a la cual tampoco podía ver.

—No toleraremos más errores —sentenció rudamente y con voz cortante una anciana.

Llegado ese momento, Tania empezaba a preguntarse cuántos clientes había ya en la sala común, y se sintió preocupada por aquella repentina afluencia de personal. Hacía frío, tanto que parecía que no hubieran encendido el hogar.

La conversación que se desarrollaba en la planta baja carecía de sentido para ella. Decidida, se acercó al rellano de la escalera, descendió el primer escalón, echó un rápido vistazo a la sala común y retrocedió como una exhalación por donde había venido, ahogando un grito de terror. El frío se volvió más acuciante.

La sala común estaba vacía. A excepción de la señora Lori y un varón encapuchado que no dejaba ver su rostro, nadie había llegado a la posada del Glotón.

Tapándose la boca a sí misma, como si intentara evitar que su propio terror la traicionara, retrocedió hacia las habitaciones con una pequeña daga empuñada en la mano.

Tropezó con algo y se volvió con brusquedad, aterrorizada, interponiendo la daga por delante.

El niño, Mejunje, estaba delante de ella llevándose el dedo índice alternativamente a los labios para hacerla callar. Después señaló la sala común y se pasó el mismo dedo por el cuello como si se cortara el gáznate. Acto seguido hizo un gesto para que le siguiera.

Volvieron a la habitación de Sera sigilosamente.

Una vez dentro cerraron la puerta con precaución, Sera los sorprendió, sin comprender qué sucedía.

—¡Madre! ¿Pero qué haces? —Tania no dejaba de apuntar con la daga a Mejunje, y sin perderle de vista, se hizo con su petate y el bracamarte.

—Será mejor que empieces a hablar muchacho. ¿Quién es ese tipo y a qué juega tu madre? —susurró.

—¡No es mi madre! ¡Puede que se parezca a mi madre, pero no es ella! —Mejunje prácticamente escupió las palabras—. No sé quién es, mi madre murió hace dos meses, cuando esa bruja la asesinó. Después esperaba que a mí me sucediera lo mismo. Pero no fue así —el muchacho se sentó en el suelo abatido—. Me mantuvo con vida y me hizo participar de todas sus maldades. Y cuando no me hacía participe me obligaba a mirar —Tania bajó las armas lentamente.

—¿Habla de la señora Lori? —preguntó estupefacta Sera, aunque nadie se molestó en responderle.

—Prepara tus cosas, Sera, nos vamos.

—Lléveme con usted —suplicó Mejunje—. Llevo esperando esta oportunidad mucho tiempo. Por favor. No me deje con ella.

Tania reflexionó unos instantes.

—Está bien, chico —afirmó, mientras le sacudía el pelo—. Confiaré en ti, y espero no equivocarme. Empecemos a labrarnos esa confianza desde ya. Qué tal si me dices por dónde demonios salimos discretamente de esta casa; pero antes... tienes que comerte esto —Tania le tendió a Mejunje un puñado de hojas de iboga, y el muchacho las engulló sin preguntar siquiera, demostrando así su determinación.

—Lo mejor es que salgamos por donde han entrado. La posada nunca es la misma y nunca se levanta sobre el mismo terreno. Esa mujer la guarda en su bolsillo al amanecer y la despliega al anochecer. De manera que el edificio se adapta a sus necesidades de cada día, en el caso de hoy, una acogedora posada para ustedes. Lo único que he observado permanece inalterable es la entrada principal, el resto, no puedo garantizar a donde lleva. Pero sí les digo que ya he visto antes a otros tratar de huir por ventanas, puertas traseras y tragaluces... y no tuvieron un buen final —Mejunje apartó la vista con desagrado.

—Muy bien... —Tania tamborileó con los dedos sobre la empuñadura

de su arma. Vosotros dos salid al pasillo. Refugiaos entre las sombras —los dos muchachos se pusieron en marcha.

—¿Y tú que harás? —preguntó Sera.

—Llamaré su atención. Supongo.

Salieron al descansillo y los tres percibieron el frío espantoso que hería los huesos e incluso el corazón. Los niños se refugiaron detrás de un aparador mientras Tania se dirigía decidida hacia las escaleras.

Puso el pie sobre el primer escalón y la madera gimió aparatosamente haciendo que la señora Lori saliera presta a recibirla.

—Mi querida Krisa. La cena estará enseguida. ¿Resulta todo de vuestro agrado?

Tania descendió los escalones como si no pasara nada y observó al encapuchado, que parecía tomar un pichel de cerveza en una mesa alejada.

—Sí. En efecto. Estamos muy contentas con la acogida y la estancia. Me preguntaba tan solo... ¿Podría alimentar un poco más el fuego del hogar? Mi querida hija se muere de frío.

—Por supuesto querida mía —Lori se dirigió a la chimenea y arrojó dos gruesos troncos de madera seca. Tania se aproximó y frotó ambas manos buscando el calor de la llama.

—¿Quiere tomar algo?

—Sí. Una copa de lo más fuerte que tenga estaría bien.

—Vaya. Un día largo, ¿no es así?

—Ni se lo imagina.

Al cabo de un momento Lori apareció con un vaso de madera cargado hasta los bordes de un líquido verdoso que parecía algún tipo de licor de hierbas. Tania dio un sorbo y contuvo el aliento.

—Fuerte —susurró perdiendo la voz.

—¿A que sí?

Tania tosió un par de veces.

—Y dígame querida —añadió distraídamente la señora Lori, mientras sacaba brillo a unos vasos y colocaba la vajilla—. ¿Cómo está la pequeña Sera?

Tania removió el vaso entre sus dedos viendo el líquido balancearse de un lado a otro sin derramarlo.

—Pues la verdad, la pequeña *Lorna*, está muy bien, gracias.

Se produjo un silencio desagradable, potenciado más, si cabe, por el frío que parecía volverse más salvaje por minutos. La señora Lori dejó lentamente lo que estaba haciendo y miró inquisitiva a Tania mientras esta se calentaba junto al fuego.

Entonces intervino el desconocido. Y fue la sorprendente voz de una niña de unos siete años la que recriminó a la posadera:

—¡Eres idiota! Nunca confíes el trabajo a un “*parlante*”. Los de vuestra clase no sabéis llevar las cosas con discreción.

Tania percibió cómo el encapuchado se ponía de pie y se encaminaba hacia ella. La señora Lori, o lo que demonios fuera, respondió al desconocido. De pronto su voz ya no fue amable y sonó rasposa y malvada.

—¡Tú qué sabrásss! —con la ese final sacó la lengua de entre sus dientes, siseando como un reptil, y miró con ojos desorbitados al hombre. Este tan solo levantó la mano y la señora Lori rodó por el suelo gimoteando como un animal herido.

Un adolescente habló a sus espaldas, escapaban en su voz incluso los gallos propios de la edad.

—¡Tú, mujer! Entrégame a la niña.

Tania no pensó demasiado lo que hacía. Rápida, se volteó y derramó el contenido de su vaso sobre la ropa del hombre, al mismo tiempo que aferraba del hogar una rama incandescente y golpeaba con ella la tela.

El ente soltó un agitado chillido de mujer madura y empezó a palmotear sus ropas, mientras estas humeaban a gran velocidad. Los gritos de mujer se mezclaron con los lamentos de un bebé y la risa de una hiena, y el hombre salió corriendo como una tea por la entrada principal.

La señora Lori siseó desde detrás del mostrador y saltó sobre el mismo con ambos pies, adoptando una postura simiesca e inquietante. Tania desenfundó su arma y apuntó con ella a la posadera.

—¡Nos vamos a ir de aquí, todos! —afirmó tratando de parecer amenazante.

—Eso ya lo veremos —replicó la posadera siniestramente. Pegó un brinco antinatural y desapareció por una ventana que hizo añicos, y corriendo sobre cuatro patas como un animal, desapareció en la oscuridad.

Tania no daba crédito. No podía creer que fuera a resultar tan fácil.

Pero era absurdo no aprovechar semejante oportunidad.

—¡Mejunje! ¡Sera! Bajad, nos vamos.

Dicho esto subió por las escaleras a toda velocidad y no había llegado a la mitad del tramo de escalones cuando se detuvo alarmada. La casa gemía.

Era como si todos los maderos, tablones y clavos de aquella posada canturrearan y rechinaran al unísono. Tania miraba a su alrededor con el aliento congelado escapando por su boca. Lentamente puso la oreja contra la pared y escuchó con atención aquel gemido de madera. Por un momento, pensó, creía haber escuchado incluso el latido de un corazón al otro lado de la pared.

Aunque sus pensamientos quedaron interrumpidos cuando Sera gritó a sus espaldas:

—¡Madre! —Tania se giró con rapidez empuñando el bracamarte, pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar sus brazos estaban inmovilizados. La barandilla de madera se había desamarrado de su sitio y ahora le aferraba los brazos como una poderosa sogas que iba apretándose más y más. Tania sentía sus huesos crujir bajo la presión y percibía como el aire escapaba de sus pulmones para no volver a entrar.

Mejunje rápidamente bajó los escalones hasta donde estaba Tania, le arrebató el bracamarte y, con los mejores golpes que pudo asestar, cortó la madera que sujetaba a la mujer.

Tosiendo para recuperar el aliento y sin tiempo para pensar, Tania recuperó su arma y empujó escaleras arriba al chico, mientras a los pies de la escalera los tablones de los escalones se levantaban y desencajaban de su sitio, las ventanas estallaban en miles de fragmentos de cristal y los muebles de la planta baja se desplazaban hacia ellos abriendo y cerrando puertas y cajones con estrépito.

—¿Qué está pasando? —preguntó asustada Sera.

—¡No tengo ni idea, quedaos detrás de mí! —ordenó Tania.

—Es la casa —intervino Mejunje—. Traté de decíroslo. Pero tenía miedo de que no me creyeráis y me dejarais aquí.

—¿Qué pasa con esta maldita casa, chico?

—Está viva. La casa tiene vida.

No había terminado la frase cuando las tablas de las paredes se

doblaron hacia dentro, como si fueran dientes o brazos que trataran de atraparlos.

Rodeados por todas partes Tania tomó una decisión precipitada.

—¡Saltad, vamos!

Saltaron todos a la planta baja cayendo con estrépito sobre las mesas y esparciendo la cacharrería y la vajilla por el suelo. Tania corrió al hogar y sacó dos grandes troncos incandescentes del fuego, después entregó uno a cada uno de ellos.

—¡A cualquier maldito sinfonier psicópata que se aproxime prendedle fuego! ¡A la puerta, vamos!

Las lámparas cayeron al suelo, el techo se abrió para tratar de cerrarse sobre ellos, las vigas de madera rechinaban cuando se curvaban de manera anómala, como si fueran los dedos de una mano gigante.

Los tres se abrieron paso hacia la puerta prendiéndole fuego a todo, mientras Tania hacía saltar astillas con su arma de cada parte del mobiliario que se acercaba más de la cuenta.

Embistieron la entrada principal y se precipitaron al exterior. Todos sus enemigos inanimados se detuvieron en el umbral sin atreverse a traspasarlo. Tirados en el suelo, Tania y los muchachos contemplaban las llamas que se alzaban hacia el cielo.

—¿Se ha terminado? —jadeó Sera, aunque Tania no se atrevió a asegurarlo. Entonces sintió que le aferraban por los hombros; una fuerza inapelable la alzó en el aire y la arrojó unos metros más allá. Cayó como un saco de patatas y rodó dolorida. Entonces vio a la señora Lori, a cuatro patas, sobre el suelo ceniciento, sacándole la lengua intermitentemente.

Mejunje y Sera se levantaron para ir a ayudarla, pero un fragmento de madera flexible se enrolló en el tobillo de la niña y la hizo caer. Sera se miró el pie y entonces comprobó horrorizada cómo la barandilla empezaba a tirar de ella hacia la casa, donde la puerta se abría y cerraba con violencia, como si fuera la boca de un monstruo cuyas entrañas estaban en llamas.

Sera chilló y Mejunje le agarró las manos. El chico trataba de tirar y tirar, pero la fuerza de aquella madera infernal arrastraba a los dos chicos y Tania no podía ayudarles.

La señora Lori saltó sobre Tania, ella rodó por el suelo y esquivó a la mujer antes de que le cayera encima. Se puso en pie y blandió el bracamarte con tanta fortuna que alcanzó a la señora Lori amputándole una mano. La mujer siseó, contempló el muñón, del que manaba sangre negra y espesa, con indiferencia, y a continuación extendió fuera de su boca una larga y sucia lengua viperina con la que se lamió la herida de un modo lascivo.

Tania, aterrorizada, empuñó el arma con ambas manos, con tanta fuerza que le palidieron los dedos.

Mejunje desesperaba tratando de evitar que la casa engullera a Sera; intentó anclar sus pies en el porche, contra los cimientos de la casa, pero todo era inútil. Podía sentir el calor que manaba de la casa en llamas, podía ver la luz que emitía, incluso cerrando los ojos por el esfuerzo. Tironeaba y tironeaba, gritaba y rogaba, pero todo sin éxito.

Finalmente, agotado, estaba dispuesto a ceder y dejarse llevar, no le quedaban fuerzas y comenzó a aflojar las manos.

Y entonces la casa chilló.

Fue como cuando una fuerte brisa otoñal sacude las ramas del bosque con violencia, cuando todos los troncos y hojas del bosque crujen y crepitan, pero cien veces más fuerte.

La fuerza cedió, y Mejunje cayó sobre su trasero todavía sujetando a Sera. Cuando levantó la vista vio una loba blanca y tuerta, cuya pata delantera descansaba serena sobre la barandilla, que yacía inerte en el suelo como si se tratara de una serpiente de madera. En el lugar donde reposaban los dedos de la loba surgían volutas de humo, como si el contacto de sus pies con la madera quemara.

La loba se aproximó a los chicos y se interpuso entre ellos y la casa haciendo de pantalla protectora. Sera y Mejunje no dejaban de mirarla, el chico asustado, la niña sorprendida por volverse a encontrar con una vieja amiga. Entonces la loba aulló con fuerza, y la casa estalló en una lluvia de astillas y llamas, alumbrando la noche hasta las estrellas.

No habían tenido tiempo de asimilar nada de lo sucedido cuando la loba ya había desaparecido en otra dirección.

La señora Lori saltó como un animal sobre Tania, con las fauces

abiertas y la asquerosa lengua sacudiéndose sobre su pecho. Sus ojos eran odio y sus manos garras.

Tania dispuso el arma para asestarle un golpe que no llegó a descargar.

Un rayo blanco saltó sobre la mujer en pleno vuelo, y aferrándola por el cuello la derribó, para luego destrozarle el rostro a dentelladas.

Tania, todavía temblando, apuntó con el arma a la loba blanca, el animal se volvió a mirarla con su único ojo y el hocico negro de sangre putrefacta. Entonces la reconoció y bajó su bracamarte.

—Eres tú... suspiró aliviada —y se dejó caer agotada en el suelo. La loba se aproximó a Tania y mirándole con profundidad le dijo sin mover los labios.

«Poneos en camino inmediatamente. No se atreverá a atacaros ahora que está débil y estoy yo aquí. Corred».

Tania no tenía el ánimo para discusiones. Se encontró con Sera y Mejunje y, sin darles tiempo para hablar de lo sucedido, se pusieron en marcha. Ya habría tiempo por el camino para asimilar todo.

* * *

En las tierras de Más Allá del Río, un fuego rabioso iluminaba la noche, y una loba blanca y pura se recortaba entre los juguetones dedos de las llamas. A poca distancia, unos ojos llenos de ira le devolvían la mirada sin atreverse a actuar.

Y el hermano Ars se retiró hasta tener una mejor oportunidad, balbuciendo con la voz de un niño de tres años execrables blasfemias.

XI

MIL RÍOS

Abrío los ojos y se arrastró fuera del lecho improvisado, con la misma gracia y beatitud que un rodaballo asfixiándose en tierra firme. Se restregó los ojos con el dorso de la mano y recibió la pálida luz de un nuevo día con un esperanzador:

—¡Mierda de mañana!

Varley consiguió incorporarse fuera de la estrecha gruta donde se había refugiado, se desperezó como lo haría un babuino somnoliento, se rascó en todas las partes de su cuerpo donde debía de estar proliferando un pequeño ecosistema, y entonces pensó en la noche que había pasado. Sueños inquietos y pesadillas habían sembrado su vigilia. Buscó entre su ropa la petaca sin recordar que ya no le quedaba ni gota

—¡Y encima sin una gota para desayunar! —resopló.

—Tienes agua si lo deseas —la voz del chico interrumpió sus pensamientos.

—El agua es para lavar la ropa.

—Y a veces el cuerpo... —añadió, mientras se pasaba la mano por la nariz indicándole que hedía. Varley asomó las narices a su propia axila.

—Tampoco es para tanto —carraspeó.

—Cuando llegas a acostumbrarte.

—¿Y no va de eso la vida? ¿De acostumbrarse? —se rascó sonoramente el trasero.

—Tal vez. Pero para ser un detective tienes los modales de un estibador.

—Te sorprendería lo similares que son ambas profesiones, hijo —el

chico suspiró condescendiente.

—¿Por qué he tenido que acabar con un fracasado y un borracho?

—¿Sabes contar? —Varley sacó dedos mientras enumeraba—. Un fracasado y un borracho. Eso son dos, y dado que el borracho soy yo, supongo que tú eres el fracasado.

—¿En qué te basas para llamarme fracasado?

—Para empezar en que tienes una mano tonta y eso te debe de frustrar cantidad.

—Te parecerá bonito insultar a un tullido.

—Te parecerá bonito insultar a un borracho —respondió haciendo muecas con la cara.

—¿Qué haces? —preguntó el muchacho, mientras Varley seguía haciendo muecas.

—Ensayaba mi mejor cara de: “Estoy enfadado muchacho”.

—¿Y para qué demonios necesitas poner cara de enfadado? —dijo el chico, observando a Varley como si este se hubiera vuelto loco.

—Mira, chaval. Es mejor tenerla y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla. De modo que... —y siguió haciendo muecas agresivas hasta que dio con una que le satisfizo—. ¡Ajá! —exclamó.

Guardaron silencio sosteniéndose las miradas con cierta agresividad y sin dar el brazo a torcer, uno impulsado por la osadía de la adolescencia, y el otro por la temeridad y la abstinencia. Finalmente, Varley rompió el silencio.

—Mira chico, te propongo una cosa para que podamos mantener un diálogo fluido y entendernos; propongo que dejemos a un lado nuestras respectivas ofensas contra minusválidos y borrachos.

—Me parece bien.

—Y que nos centremos en insultar a cualquier otra minoría que no esté aquí presente... por ejemplo la gente de color. ¿Qué te parece?

—No acabo de entender tu lógica, pero si eso favorece una mejor convivencia entre nosotros... lo intentaré.

—¡Bien dicho! —y Varley le palmeó la espalda—. Vamos por buen camino. No nos hemos presentado correctamente, por cierto, yo soy Varley. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—No creo que pudieras pronunciar mi nombre, Kadros me bautizó en la

alta lengua de los antiguos.

—Bien, estupendo. Solo cabía esperar que hasta eso complicarais —resopló—. Está bien, pues de alguna manera tendré que llamarte.

—¿Qué propones? —Varley reflexionó. Hizo amago de volver a sacar su botellita y se detuvo al recordar que no tenía licor. Entonces se le iluminó la mirada.

—Lo tengo. ¡Ron!

—¿Ron? ¿Por Ronald?

—¿Qué narices! Ron, de caña de azúcar.

—¿Y por qué debería responder al nombre de una bebida alcohólica?

—Porque cuando me hablas me raspas en la garganta, chico. Por eso.

El muchacho observó a Varley sin saber qué decir.

—Muy bien, Ron, entonces. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Me quedaré contigo... Kadros... —Varley recordó sus extraños sueños, no daba crédito a las imágenes que asaltaban la mente de uno cuando duerme, pero desde luego habían sido muy vívidas—. Kadros me pidió que te acompañara a un lugar... un pequeño viaje que debemos concluir antes de la luna nueva.

—¿Y por qué harías algo así por Kadros?

—Pues para empezar, listillo, porque no tengo trabajo, dado que los mismos tipos que trataban de mataros a vosotros ahora tratan de matarme a mí. Y si hay algo peor que un borracho, es un borracho sin trabajo. Pues el borracho sin trabajo bebe por aburrimiento, mientras que el borracho con trabajo bebe para poder seguir quejándose de su trabajo. Créeme, tener trabajo le da sentido a tu alcoholismo... y además... tengo curiosidad.

—Está bien, está bien. No discutiré contigo, habíamos acordado meternos con la gente de color, ¿recuerdas?

—Ya lo creo... ¡malditos amarillos!

—¿Y a cuento de qué viene eso ahora?

—De nada, pero Pruébalo. Todas las mañanas, cuando te levantes, insulta a alguna minoría étnica sobre la que puedas echar las culpas de lo que sucede en el mundo... sentirás cómo toda responsabilidad se desliza fuera de tu cuerpo de una manera balsámica. Vamos... prueba —reticente, Ron exclamó:

—¿Malditos negros?

—Sí, bueno, algo así. Pero con más energía. ¿Te has sentido mejor?

—No.

—Será que te falta práctica. Es igual. Pongámonos en marcha, este cuerpo necesita nutrirse.

—¿Puedo preguntar qué te ha pasado en la nariz?

—¿Nariz? ¿Qué le pasa a mi nariz? —Varley se tocó y una punzada de dolor le recorrió todo el organismo. La tenía rota, amoratada y con sangre coagulada en las narinas—. ¿Pero qué...?

—¿Un mal sueño quizá? —Varley miró a Ron, y entonces recordó: Xila, Torgund... el puñetazo.

—Pero, pero no puede ser —sorbió sangre por la nariz ruidosamente y sintió de nuevo la punzada de dolor; asustado buscó la herida de su hombro, aquella que en su sueño había desaparecido. Pero allí seguía, vendada y cicatrizando.

Y entonces recordó las palabras de la anciana y se percató de una gran verdad que le maravilló y horrorizó a partes iguales: las heridas que te infligen en este mundo físico no tenían cabida en el Claro, como la de su hombro, se limpian antes de entrar; sin embargo, las heridas recibidas en el Claro traspasaban los planos y los mundos, y esas eran las heridas más graves, pues eran las heridas del alma.

—Mierda... —Varley empezó a reír contemplando la sangre entre sus dedos—. Dime, chico, ¿estoy despierto?

—No más que otras veces, pero sí, yo diría que estás despierto —Varley rio con más fuerza.

—Es increíble... vamos chico. Tengo un trabajo que hacer.

—¿Cuál?

—Tú, tú eres mi trabajo —afirmó, mientras recogía sus cosas apresuradamente.

—¿Por qué? —y entonces Varley recordó a la singular mujer loba.

—Sé que te sonará extraño, pero alguien me dijo una vez que *la razón la encuentra cada uno dentro de sí mismo. Que tenemos libertad para elegir.* Y yo he elegido acompañarte.

—Pues adelante —afirmó Ron, que no apreciaba la idea de caminar solo por los senderos.

—Adelante, antes que caiga más la noche —dijo Varley.

—Acabamos de levantarnos, Varley, son los días que se vuelven más oscuros.

Varley sacudió la cabeza como si saliera de un sueño, y contempló el opresivo cielo plumizo que les rodeaba.

—Démonos prisa.

* * *

Las escaleras bajaban rojas y ambos soles permanecían ajenos al sacrificio, ocultos entre la bruma. Algunos decían que era Kilumaras tapándose los ojos ante aquellos actos.

Una gran muchedumbre se había reunido en el restaurado Templo de los Ancianos; las obras de mejora continuarían durante meses, pero lo necesario estaba concluido y ya funcionaba a pleno rendimiento.

Decenas de sacerdotes Kohen se hallaban allí, acompañados por una siniestra escolta de hombres de negro con aspecto de cuervos, cientos de guardias de la Fortaleza del Agua, y no pocos curiosos que se dieron cita en el señalado día que habían marcado las nornas como el de la *Reinstauración*. El día en que el hombre volvería a sus antiguas tradiciones, las tradiciones que, según los siervos de Baashamel, los hicieron grandes una vez.

El estarosta de Mil Ríos lo había ordenado, y había extendido una *cédula de retiro* para todos aquellos ciudadanos no aptos, o que constituían un obstáculo para el inevitable progreso de la sociedad. La inauguración del Rito de la Sangre dio comienzo con el sacrificio de quinientas personas, una por cada uno de los días de vida que se estimaba le restaban al primogénito del señor de Mil Ríos, Ulfgang, el Hechizado, como ya empezaba a conocersele entre la plebe, dado su aspecto enfermizo y raquítico.

Los sacerdotes de la verdadera fe llevaron a cabo la selección entre ancianos, subnormales, discapacitados e indigentes, y encerraron en los calabozos y barracones habilitados para la ocasión al resto de individuos que no irían en el primer cupo.

La sorpresa fue mayúscula, sin embargo, para los trabajadores de la estiba y albañiles, que durante meses se habían afanado cargando enormes bloques de piedra desde la Puerta de la Luz hasta la Atalaya del Águila, en aras de reconstruir en tiempo récord el milenario templo.

Su incredulidad tenía que ver con el hecho de que fueron los primeros seleccionados para abrir el Ritual.

Una noche la guardia de la Fortaleza del Agua rodeó el campamento de los trabajadores y lo vació por completo, apresándoles sin la menor explicación.

Hasta el día de hoy, en el que, con ojos desorbitados y amordazados, pudieron contemplar horrorizados la macabra respuesta a sus preguntas.

La pirámide escalonada de los Ancianos volvía a estar en funcionamiento, y quinientos prisioneros, ya menos, pues era media mañana, ascendían cabizbajos los escalones de la misma.

Desde lo alto llegaban cantos guturales y gritos rituales; cuando se hacía el silencio, uno de los sacerdotes Kohen, que dirigía aquel aquelarre demencial, exhortaba a los presentes a rendir culto a Baashamel y pedirle por la prosperidad del primogénito del estarosta.

Entonces un prisionero recorría los últimos escalones de su vida, y el presidente de la ceremonia comenzaba a hablar en lenguas extrañas de cadencia desagradable.

Nadie nunca escuchó tales lenguas y tales palabras en el mundo. Mas todos lo atribuían a la influencia directa del gran Baashamel sobre sus siervos Kohen, que parecía abrirles la mente a otros planos de la existencia.

La víctima era desnudada al completo y anclada de pies y manos en las astas de una cabeza de carnero tallada en la roca viva. El rostro de la estatua era hosco y aterrador, con sus inmisericordes pupilas horizontales perfectamente reproducidas.

El prisionero quedaba suspendido sobre la caprina cabeza, entre ambos cuernos, con sus miembros extendidos como un aspa. Entonces el sacerdote ascendía hasta él, trepando por las barbas de piedra del chivo y la lengua viperina que se había tallado brotando fuera de sus quijadas como un gusano obeso y siniestro.

La víctima podía contemplar los ojos en blanco de su ejecutor, y por su cabeza pasaban un sinfín de pensamientos finales: ¿Cómo demonios he llegado aquí? ¿Qué he hecho para merecer tal castigo? ¿Por qué no me cortaron el cuello a mí en aquella carreta antes de tener que pasar por esto? —eso se preguntaba la siguiente víctima, mientras recordaba la piadosa muerte de su compañero a manos de uno de los hombres de negro.

Y así llegaba su hora.

El sacerdote Kohen vestía una larga túnica oscura y una máscara de rostro obscuro; con sus ojos en blanco balbució palabras grotescas escupiendo cada sílaba y, sin previo aviso, hundió una daga de pedernal negro bajo el esternón del sacrificado.

El hombre convulsionó y escupió sangre por la boca cuando el puño del sacerdote se abrió paso entre sus entrañas y se cerró sobre su corazón.

Una fuerte sacudida anunciaba que su vida le había sido extraída del cuerpo, y el sacerdote se volvía con la víscera palpitante en la mano hacia el pueblo. Nuevos versos blasfemos eran proferidos, mientras los latidos se espaciaban hasta detenerse por completo; la víctima contemplaba todo conscientemente muerto mientras la luz escapaba de sus horrorizados ojos.

El Kohen, extasiado, mordía el corazón de la víctima y lo arrojaba escaleras abajo, donde una horda de fieles enardecidos se peleaban por el honor de comer parte de la víscera y así comulgar con Baashamel.

A continuación el celebrante se hacía a un lado y daba paso al verdugo que aguardaba junto a la cabeza de cabra. Entonces el eficiente funcionario activaba una palanca similar a la de un patíbulo y las dos astas cornudas de la cabra caían a plomo contra el suelo, separándose en direcciones opuestas y desmembrando al desgraciado. La lengua de piedra de la cabra recogía la sangre derramada por su víctima y esta rebosaba por sus bordes para rezumar escaleras abajo.

Brazos y piernas eran arrojados por el camino que siguiera previamente el corazón, mientras que el torso se colocaba en una pica, a la vista de todos, para regocijo de Baashamel.

La siguiente víctima agachaba la cabeza, se orinaba encima y subía los últimos peldaños. Los cuernos del carnero volvían a su posición inicial y el sacerdote entraba de nuevo en trance.

Quinientas almas expiraron esa mañana como pago por la salud de Ulfgang, primogénito del estarosta. Quinientas almas y litros de sangre inauguraron una nueva era de fe y razón hermanadas en el culto a Baashamel.

Y un hombre de negro sonrió, antes de convertirse en un artero cuervo y salir batiendo alas, satisfecho, a informar a su señor.

* * *

La sala del trono de Mil Ríos lucía engalanada con todo el boato y la fastuosidad propios de un burdel que añora ser un palacio. Tapices, guirnaldas y escudos de armas decoraban toda la extensión de la estancia.

El estarosta de Mil Ríos, Rimbaud, se alzaba en el trono. A su derecha la futura reina Diana, macilenta y ojerosa, y la raquítica criatura que tenían por hijo y a la que ya trataban de amamantar con nodrizas. A su izquierda el consejero del reino, Mabruk, discreto, sonriente, seguro.

Todos los nobles, los sacerdotes y hombres de poder de Mil Ríos se daban cita allí. El momento era único y definitorio. El gobernante de Mil Ríos, el señor estarosta, tras largos años de servicio y aconsejado por sus leales súbditos, había anunciado que:

“Por la presente, hago saber a todo noble y plebeyo de Mil Ríos que: Ordeno mi propia coronación como regente y rey de este gran país, como reconocimiento por los largos años de servicio que la familia de los estarostas ha rendido a Mil Ríos, y en aras de una mejor y más satisfactoria forma de gobierno para mis súbditos. Y hago así saber las modificaciones implícitas en el código penal y legal sobre nuestros terrenos y predios, para regocijo y orgullo de la nación. Y firmo con mi sello y rúbrica, yo, Rimbaud, regente de Mil Ríos, Primero de su estirpe”.

Sonaron clarines, cantaron trompetas, Rimbaud era rey, bajo la atenta mirada de descontento de Lord Pemberton, Lord Tyrol, Lord Sutton, Lord Brown y los demás representantes de una nobleza que veía cobrar vida a sus temores.

Debería sentirse contento, se dijo el rey, pero un vacío inabarcable habitaba en su corazón.

—¿Cómo puede ser eso? Poseo fama, poder y dinero —se preguntó, pero el sabor era amargo en la victoria y se volvía ceniza en su boca.

El banquete, la música, la fiesta, todo era opaco, insonoro, incoloro e insulso. Miró a su mujer y sintió asco, observó a su vástago y fue repudio lo que le inspiró, contempló a la plebe y fue odio.

—¿Qué me pasa? ¿Qué me falta?

«Yo lo sé».

Rimbaud giró alarmado la cabeza a derecha e izquierda. Debía de ser

su exacerbada imaginación quién le hablaba.

—Debo estar soñando, delirando —se dijo. Miró en todas direcciones buscando el origen de aquellas palabras, pero todo el mundo parecía disfrutar de las celebraciones, ajenos a cualquier otra cosa—. Será el cansancio que me hace oír cosas.

«*Te equivocas*».

Rimbaud se levantó del trono ante la atónita mirada de Diana y el rostro pétreo de Mabruk. Entonces el regente se dirigió hacia su consejero.

—¡Dime que has sido tú! —exclamó fuera de sí.

—¿El qué, mi señor? —preguntó Mabruk, inocente. Rimbaud se volvió, alarmado, como si escuchara algo— ¿Sucede algo, mi señor? —inquirió su ladino sirviente.

Con ojos desorbitados y lleno de terror le confesó a su consejero:

—Acabo de oír unas voces. Y me hablaban. Y no era nadie presente en esta sala.

Mabruk puso cara de circunstancias ante aquella revelación y guardó silencio durante unos instantes.

—¿Me estaré volviendo loco? —se preguntaba Rimbaud en voz alta.

—¿Loco? No lo creo, señor.

—¿Entonces qué? —Mabruk sacudió la mano con desdén.

—¿Habéis contemplado la posibilidad de que vuestros recientes actos, la vuelta a la fe de vuestro pueblo, la unción de vuestra cabeza como legítimo rey... puedan ser vistos a ojos de Él como motivo suficiente para dirigirse a vuestra persona sin intermediarios?

Rimbaud observó a Mabruk sin dar crédito.

—¿Lo decís en serio?

—Por supuesto, alteza —Rimbaud se volvió pensativo, mientras contemplaba los festejos—. Quizá su *divinidad* desea que os convirtáis, además de en Rey, en sacerdote supremo.

Respondió el estarosta:

—¿Y qué debería hacer? ¿Hablarle?

—Sin duda, mi señor. Cuando Baashamel habla, uno escucha y actúa. Negarse sería de necios, amén de insensato. Y no os aconsejaría que tentarais su paciencia.

El regente de Mil Ríos reflexionó sobre aquello.

—Sin duda Baashamel debería sentirse satisfecho por todos mis esfuerzos. ¿Por qué entonces no salva a mi hijo, por qué no ayuda a Ulfgang?

—Baashamel no actúa así. Deberéis preguntárselo vos mismo, alteza.

¡Alteza! A Rimbaud le agradó cómo sonaba aquel título en labios de su consejero.

—¿Debería responderle incluso estando en público, en medio de los festejos de la coronación?

—No creo que sea menester el uso de la palabra con el verdadero dios. Si él lo desea escuchará aquello que tengáis que decir aunque no lo verbalicéis.

Rimbaud asintió, mientras bebía un delicado vino dulce en una copa de plata. Mabruk aparentó centrarse de nuevo en las celebraciones, pero realmente no quitaba ojo de encima al rey.

Entonces lo percibió, el movimiento nervioso en los párpados del rey cuando atendió a la llamada.

El regente por su parte sintió frío. Se acodó en su recién estrenado trono, y trató de abrigarse más, dentro de su nueva capa de marta cibelina, mas no halló consuelo en las suaves pieles y la ostentación de las riquezas.

Pero escuchó la voz en su cabeza asaltándole de nuevo:

«*¡Su Alteza Real!*» —la voz sonó burlesca, o eso creyó Rimbaud, como si un actor cómico acompañara tales palabras de una mofa y una reverencia exagerada. No obstante, respondió dentro de su cabeza.

—¿Quién eres?

«*Ya sabes quién soy*».

—¡Baashamel!

«*Tú lo dices, no yo*».

—Te he servido, he obrado tal y como mi consejero dijo que hiciera. Solo puedo deducir que si estás hablando conmigo es por una de dos... o bien te muestras satisfecho con mis actos... o por el contrario no son todo cuanto deseabas. ¿Cuál he de suponer?

«*Las dos y ninguna*».

—¿Qué significa eso?

«*Significa, Rimbaud, regente de Mil Ríos, que estoy satisfecho por tu fe*

y entrega a mi causa. Y significa que nunca las obras son suficientes al servicio del auténtico dios».

—¿Mis obras no bastan para demostrar mi devoción? He cumplido tus mandatos y tan solo espero que el pequeño Ulfgang sea curado por tu misericordiosa mano —Rimbaud habría jurado que unos labios incorpóreos rieron estentóreamente ante la palabra misericordia.

«Tus obras me han agradado. Y acepto el sacrificio por la vida de tu hijo. Mas debo exigir algo mas a cambio de ella. Exijo una prueba de fe por tu parte».

—¿Qué deseas?

«La vida de tu hijo perpetuará tu linaje y la corona en tu familia por siglos sin termino. Pero para ello debe hacerse un pacto de sangre».

—¿Quieres mi sangre? Sacaré aquí mismo mi daga y pactaré contigo aquello que desees con tal de darle vida a mi hijo.

«No tu sangre —la voz pareció reír—. La de tu pueblo. Quinientas almas me has entregado por la vida de tu hijo. Una por cada uno de los días de vida que se han previsto para el joven Ulfgang».

—Así es. Y quinientas más te daría si con ello salvaras su vida —la voz pareció callar antes de responder, reflexiva.

«Ofréceme pues quinientas almas durante quinientos días. Quinientas almas cada día hasta el último día de tu hijo. Y cuando el final sea pronto para él, verás que la vida florece de nuevo en su cuerpo. Y lo verás crecer y heredar tu corona».

—¿Quinientas? ¿Cada día? Eso supondría sacrificarte un cuarto de millón de habitantes para salvar a mi hijo —la voz guardó silencio—. ¿De dónde sacaré tanta gente? Ya he barrido con delincuentes, minusválidos y ancianos. ¿Qué haré cuando se acaben?

«Ofréceme sangre de la que no puedas prescindir. Por el momento me he conformado con tus limosnas. Me has dado de lo que te sobra. Empieza a sacrificarte de verdad y yo salvaré a tu hijo».

Rimbaud, sintiendo que la voz se apagaba en su cabeza y que la vida de Ulfgang se apagaba con ella, se apresuró a responder:

—¡Las tendrás! —la voz retornó repentina y satisfecha.

«¡Hay algo más!»

—Habla.

«Como dije, tus obras por sí mismas no bastan. Es necesaria tu fe. Tus obras son buenas a mis ojos. Pero ahora requiero que pongas en ellas tu corazón. Necesito que me entregues tu corazón».

Rimbaud reculó, pero como el desesperado al borde de un barranco, sintió la atracción del vacío y saltó.

—Lo tendrás.

La voz se esfumó entonces y el corazón de Rimbaud pareció llenarse de una extraña alegría, delirante e incontrolable. Era como un éxtasis demencial.

Entonces se puso en pie y brindó, y apuró su copa sintiendo un sabor extraño y una textura espesa en el vino que le escanciaban. Repetidas veces lo hizo. Hasta que, hastiado por aquel sabor, contempló el oscuro néctar y, horrorizado, comprobó que el vino que le servían, oloroso y escogido, se convertía en sangre en su copa.

Las celebraciones se prolongaron hasta altas horas. Mil Ríos, por primera vez en su historia, tenía un rey ungido.

Y Leviathanas, el enviado, sonreía.

* * *

Habían dejado atrás la ominosa presencia de las tierras vigiladas por la Atalaya del Águila. El reciente despunte de actividad en el Templo de los Ancianos, arrastraba en el aire los gritos de cientos de personas, cuyas voces, mezcladas con el ulular del viento, resultaban abominables.

A Varley le helaban la sangre aquellas voces lastimeras arrastradas entre los dedos de Eolo. Por eso apresuró el paso y llegaron antes de lo previsto a la ribera del Río Presto, cuya corriente fluía hacia la Fortaleza del Agua con más rapidez que las de cualquier otro.

Nadie en su sano juicio osaría vadear aquel río, a riesgo de ser arrastrado y destrozado contra las piedras de su cauce. Pero Varley no estaba en su sano juicio; y además de eso, conocía un recodo del río donde las aguas se remansaban y era relativamente fácil su vadeo. De modo que, tras algunas quejas por parte de Ron que quedaron sin atender, llegaron a un agradable claro guardado por sólidos sauces de ramas populosas que caían en cascada

como el cabello de una doncella.

—Es por aquí —aseveró.

—¿Estás seguro? —preguntó escéptico Ron.

—Completamente.

—¿Pero cómo?

—Mira, chico, nunca olvido una buena curda, ni una mala apuesta. Y si estas dos van de la mano, entonces el recuerdo lo elevamos al nivel de lecciones para la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Que hace años un muchacho joven y bastante subnormal apostó que podía cruzar a nado el Río Presto, después de haberse enlatado entre pecho y espalda un barrilete de cerveza. Y eso supuso una revelación para su creciente personalidad. Por un lado aprendió que se puede vomitar tres veces el propio peso en bilis y otros líquidos de colorines. Pero por otra parte descubrió que existía un paso en este río por el cual no era un suicidio vadearlo.

Ron respondió irónico.

—Bueno. Si tu pudiste cruzar sin uso de tus facultades, yo podré hacerlo sin uso de mi brazo —Varley se giró como si hubiera recordado algo de golpe.

—Mierda, sí. No recordaba ese pequeño detalle... —bufó sin más—. Es insoluble, yo te ayudaré.

—Querrás decir indiferente.

—Lo mismo, chico.

Se pusieron en marcha. Pero a pocos metros del agua, cuando ya casi podían sentir la helada corriente, hallaron a un pequeño encapuchado sentado sobre sus piernas junto a un tosco cofrecillo de madera.

Varley hizo a un lado a Ron y se adelantó con precaución; receloso, saludó al desconocido.

—¡Salud, amigo! Buena mañana para un ratito de reflexión a la orilla del río, ¿verdad? —el hombre levantó la vista del suelo y clavó sus extraños ojos sobre Varley.

—Nadie dijo que fuera buena la mañana, ni mucho menos que estuviera reflexionando —Varley apretó los labios, previendo un hueso duro de roer—. Pero tampoco dije que no lo hiciera, ni que la mañana no lo fuera, a pesar de

estas sempiternas nubes —añadió. Aquello hizo que Varley se relajara un poco, pero Ron le tironeó de la manga del gabán y susurró con rapidez.

—Siento frío —y por alguna razón, un hecho tan banal que podría solucionarse con una bufanda, activó todas las alarmas internas del detective.

Varley se dirigió de nuevo hacia el personaje.

—Que tengáis buena mañana, pues. Nosotros ya nos vamos —no habían dado dos pasos en dirección al río, cuando un terrible dolor de cabeza los asaltó haciéndoles caer. Parecía que el cráneo les estallara desde dentro. Cuando miraron recelosos al desconocido, observaron que sostenía abierto el cofrecillo entre sus manos; al cerrarlo con un golpe seco, sus dolores de cabeza desaparecieron.

—Aún es temprano. Podríamos platicar —sugirió el extraño. Varley, a regañadientes, y consciente de que se encontraban en un lío, aunque no pudiera determinar su magnitud, accedió de malos modos.

—Por supuesto... ¡Muchacho! Ven aquí, compartamos un rato de “juerga” con mi nuevo amigo —Ron se sentó en el suelo junto a Varley, ambos enfrentados al entrometido.

—Permitidme que me presente, pues no carezco de educación y buenos modales. Soy Cúmulo de Confusiones y Contradicciones, pero para simplificar podéis llamarme Confusión.

—Mira, oye. Pues un placer —replicó Varley con ironía—. Yo soy un sin fin de malas decisiones tomadas a deshora, pero puedes llamarme *Hasta los Huevos* —concluyó. Después miró a Ron y añadió—. Y aquí el chaval tiene un brazo de pega, puedes llamarle *Abracitos*.

—Un placer Varley, un placer... —y el extraño pronunció el nombre de Ron en la lengua antigua, tal y como Kadros le había bautizado. Desconcertados, ambos clavaron los ojos sobre el hombre y apretaron las manos sobre la empuñadura de sus armas—. Eso no será necesario —aseguró Confusión, señalando con la cabeza la espada de Varley y la maza que llevaba Ron al cinto.

—¿En serio? Pues a mí me parece que igual sí necesito tirar de la mona para abrirte un respiradero.

—Tu acero no será necesario, detective —aquel tipo sabía a qué se dedicaba. Inquietante, a Varley no le gustaba que la gente fuera más perspicaz que él mismo—. Queréis atravesar el Río Presto —afirmó. Y Varley asintió

precavido—. Muy bien. Pues sabed que nadie atraviesa el Río Presto si antes no lucha con Confusión, ya que caminamos por el mundo sembrándola y servimos a la misma.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me he sentado aquí.

—Buena respuesta. Y ¿qué es lo que quieres?

—Sencillo. Todo ser de este mundo se debate en su vida conmigo.

—¿Qué es esto, el concurso de debate de la escuela? ¿Quieres debatir?

—De ninguna manera. Llamémoslo juego —y Varley vislumbró unos ojos que brillaban maléficamente bajo la capucha.

—¿Y si aceptamos jugar que sucederá?

—Sencillo. Si gano, el chico se quedará conmigo y tú morirás.

—Ajá —respondió Varley con apatía, como si aquello no tuviera la menor importancia—. ¿Y si yo gano?

—Proseguiréis vuestro camino sin interrupción.

Ron tiró de la manga de Varley y este agachó la oreja para atender a sus palabras:

—Deberíamos negarnos, seguro que es una trampa, y este tipo me da escalofríos.

—Completamente cierto, sin duda —susurró Varley, sin mirar a Ron—. ¡Aceptamos! —exclamó divertido el detective, ante los ojos atónitos de Ron y la mirada ladina del extraño.

—Espléndido —dijo el encapuchado, mientras Varley palmeaba las manos como si se dispusiera a degustar una copiosa comida.

—¿Por dónde empezamos? ¿Tiene nombre tu juego, reglas? Y lo que es más importante, ¿letra pequeña o dobles interpretaciones? He pasado por unas cuantas tabernas y de no pocas he salido por la ventana y no por la puerta debido a este tipo de malentendidos.

—Tiene nombre. Me gusta llamarlo “*el juego de si sí, no; si no, sí; o todo lo contrario*” —Varley jugueteó con la punta de la lengua dentro del paladar, ahogando una mordacidad.

—Un nombre bonito... conciso. De esos que uno dice: “*ya sé a lo que voy a jugar*” —y el detective asintió burlesco con la cabeza.

—Muy bien. Me alegro que te guste —añadió Confusión—. Y ahora las

reglas... cada jugador planteará dos interrogantes sobre su propia vida personal para que el rival determine su veracidad. De esa manera determinaremos vuestra sagacidad, detective. Y finalmente una última pregunta digna de confusión. Un acertijo que sellará el resultado de la contienda.

—Sé que tu nombre es Confusión, ¿pero no te parece que partes con una ligera ventaja en todo esto, dado que ya sabes cómo me gano la vida? ¿No sería lógico deducir que puedes leer de alguna manera a las personas? — Confusión sonrió desagradablemente.

—En absoluto. Tú aceptaste el reto.

—¿Y las preguntas son libres?

—En efecto —Varley movió la nariz como cuando tenía una corazonada, mientras su activa conciencia reflexionaba profundamente.

«*Capullo*».

Mas sus labios dijeron:

—Comencemos.

—Como soy un caballero dejaré en tus manos formular la primera cuestión.

Varley se estrujó la sesera, mientras Ron le contemplaba con cara de preocupación. No era apasionante depositar el destino en manos de un alcohólico. Claro que Varley llevaría la peor parte en cualquier caso.

—¡Lo tengo!... —Varley se devanó los sesos. Y finalmente soltó lo que a priori parecía una solemne sandez— ¿Cuál es mi mayor debilidad? Y no estoy hablando de gustos alimenticios ni de alcohol. Hablo en genérico.

—¿Pero qué haces? —le codeó Ron, para quién la respuesta era bastante evidente.

—Chistt... calla —lo recriminó. La cara de Confusión era ilegible. Pero Varley pudo apreciar un parpadeo sutil en sus ojos, parecía furia, o recelo, no sabría decir.

—Es evidente, mi querido detective, que no sabéis controlar las pasiones, los sentimientos. Esa debilidad os desborda y os maneja. El alcohol y la comida no son más que francachelas que anestesian vuestra realidad. — fue la tajante respuesta. Entonces Varley asintió.

—Así es.

—Curioso —afirmó Confusión.

—¿El qué?

—Que no lo niegues. Este juego se llama “si sí, no”. Sencillamente, porque al realizar una pregunta personal y verse al desnudo, lo lógico es que la gente lo niegue... pero tu reacción ha sido... inusual.

—Considero que soy un desastre en casi todos los aspectos, compañero, pero al menos soy consciente de por donde tengo vías de agua.

—Interesante... —repuso Confusión—. Pero igualmente un punto sube a mi marcador. Mi turno.

—Pregunta —Ron cabeceó viendo el devenir de los acontecimientos oscuro como la noche. Confusión entrelazó los dedos de las manos y miró profundamente a su oponente. Entonces preguntó:

—Será una pregunta difícil.

—No esperaba menos.

—Ahí va. Todos tenemos un jefe en esta vida. Todos trabajamos para alguien, formamos parte de una sociedad equilibrada cuyo funcionamiento depende de que todo el mundo realice su función. Mi trabajo ya lo conoces y resulta tan extraño como superfluo en apariencia. Dígame, detective, como en esas grandes historietas de teatro que representan en la corte... ¿Ante quién diría que rindo cuentas?

Varley se tomó su tiempo y observó a su rival. Era orgulloso sin límite, eso estaba claro, y de alguna manera aquella pregunta no hacía sino querer demostrar lo poderoso que era, y lo insignificante que era Varley.

El detective sacudió la nariz de un lado a otro, mientras sorbía mucosidades y se rascó con deleite la entrepierna colocándose las joyas.

—Es evidente que cualquiera afirmaría rápidamente, dada la rareza de vuestro trabajo, que no respondéis ante nadie, pues un sujeto tan poderoso como vos no puede rendir pleitesía. Otros dirían que sois tal vez un vulgar maleante que asalta en los caminos, y quizá sí, o quizá no, trabajáis para un jefe criminal mayor. Pero no tenéis cara de servir a un vulgar jefe criminal —Confusión sonreía divertido—. Lo que me lleva a pensar que sois una especie de trabajador por libre. Pudiera ser que un subcontratado, un asesino o un sicario. Pero una vez más, sospecho por vuestro aspecto que no necesitáis matar a nadie para conseguir vuestros objetivos.

—Sois bueno en verdad, caballero. Pero se requiere una respuesta. ¿Habéis decidido?

Varley se paseó distraído de arriba abajo, y entonces, como si fueran sus propios pensamientos cuando discurría habitualmente consigo mismo, una nueva voz entró en su cabeza.

«Sabes la respuesta».

«¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién narices eres?»

«Sabes la respuesta. La has tenido siempre delante de ti. Y te diriges a ella».

«¿Quién eres?»

«También lo sabes. Nos conocimos hace unos días. Antes de que los cuervos me llevaran».

—Kadros —murmuró Varley.

—¿Decíais? —preguntó Confusión.

—¡Digo cuadros! Soy un apasionado del arte, y me estaba evadiendo reflexionando sobre antiguos lienzos y otras obras sacras en las que los antiguos pintaban y... —y entonces Varley se dio cuenta de que conocía la respuesta.

—¡Dejad de divagar y responded de una vez! Por simpático que podáis parecerme eso no os salvará. Un pacto es un pacto. Y nadie hace tratos con nosotros en balde.

«Nosotros».

—Muy bien. Aquí va la respuesta. Dado que la pregunta exacta ha sido: ¿Ante quién rendís cuentas? Mi respuesta debería encaminarse, engañosa, o confusamente, hacia vuestro contratista o jefe por encima, en la jerarquía que fuere. Pero ese no es el significado de vuestras palabras, Confusión.

—No os desviéis. Es obvio que me refería a para quién trabajo.

—No cambiemos ahora el reglamento. Vuestra pregunta fue legítima y mi respuesta lo es. Y creo que en última instancia... vos, rendís cuentas ante Kilumaras.

Ron levantó la cabeza y palideció asumiendo que habían perdido y que Varley se había vuelto loco, pero, sin embargo, Confusión le observaba con ojos odiosos y sin responder. Sencillamente, apretaba los labios y no podía articular palabra, embargado por un odio sin límites hacia Varley.

—¿Acaso lo negáis? —Confusión escupió las palabras.

—Sí. Lo niego.

—Pero este es el juego de si sí, no, si no, sí. ¿Verdad? Y vos no sois tan limpio como yo, sospecho. Por tanto eso significa que en efecto... rendís cuentas ante Kilumaras. Si no ahora... —continuó hurgando en la herida Varley—. Quizá más adelante. Pero nadie puede negar que rendirá cuentas ante él... ¿Verdad, compadre?

Confusión estalló.

—¡Muy bien! En efecto. Todos rendimos cuentas ante él —parecía que cada sílaba que pronunció en ese momento le abrasara en los labios, y Varley habría jurado que era humo y no vaho lo que surgió de entre sus dientes al hablar.

—¡Empate a uno entonces! —exclamó Varley victorioso alzando los brazos.

—Preguntad... detective —el juego había tomado repentinamente un tono mortal, y la aparente mansedumbre y afabilidad de Confusión desaparecieron.

—De acuerdo. ¿Cómo acabé en esta penosa situación, que es mi aborrachada vida? ¿Qué desencadenó todo? —Ron se llevó las manos a la cabeza, pues Varley hablaba al dormir y era evidente la respuesta.

Confusión rio mientras respondía con rotundidad.

—Una sola palabra: Infidelidad —y guardó silencio, sonriente, mientras empezaba a sumarse otro punto.

—No tan deprisa, amigo —y su rostro cambió.

—¿Acaso lo negáis?

—Sí, lo niego. Desarrollarlo y os lo demostraré —furioso, Confusión empezó a hablar.

—Teníais todo, detective, estabais casado y gozabais de dos encantadores niños. Trabajo, dinero, una vida apacible no exenta de problemas. Y un buen día, sin aviso previo, la pifiasteis. Fuiste infiel a vuestra esposa, y eso desencadenó una cascada de acontecimientos que os llevaron a convertirlos en el borracho miserable que sois.

Varley aplaudió divertido.

—¿Qué os resulta tan divertido?

—Descubrir hasta donde llega la profundidad de vuestra *visión*. He oído alguna cosilla sobre el particular en un cónclave de mamarrachos al que

asistí en un lugar extraño; había un melencólico canoso y una mujer algo loba.

—Es igual lo que creáis saber, detective, mi respuesta es correcta.

—No lo es, y os lo demostraré. En efecto tenía todo cuanto dijisteis. Matrimonio, hijos, vida plácida y sosegada. Pero lo que desencadenó todo no fue la infidelidad, querida Confusión, ¿no os importa que os trate en femenino verdad? Hoy día ya no sabes con quién narices hablas... Como decía, lo que desencadenó todo fue una “in”, pero fue una infelicidad. Aquello me llevó por derroteros extraños, comportamientos anómalos y anárquicos, hasta que, en efecto, mi propia esposa me acusó de algo que no había sucedido.

—¿Cómo?

—Yo no cometí infidelidad. Cometí infelicidad. Y al verme además acusado de actos que no había perpetrado, fui arrastrado casi de la mano a terminar consumando esa otra “in” de la que habláis. Pero aquello fue tan solo la punta del iceberg de mi desmoronamiento. De modo que vuestra respuesta es “in”-correcta y el punto se sube a mi marcador —concluyó Varley sonriente. Confusión le observó apretando los dientes, si es que tenía.

—De haber sabido que erais tan bueno en este juego habría planteado un duelo a espada.

—De haber sabido que erais tan taimado yo también.

—Muy bien. El punto sube en vuestro casillero. Disfrutadlo. Porque será el último. Mi turno de nuevo. A ver qué tal dilucidáis esto: Provengo de una extensa familia que asienta sus raíces en los mismos orígenes del mundo. Mis hermanos son ira y son fuego. Son rabia, lujuria y odio. ¿Quién soy yo?

Varley quedó algo descolocado por la pregunta y reflexionó una vez más. Pasados unos minutos respondió:

—Huelga decir que sois Confusión, pero dada la redundancia del asunto descarto esa posibilidad. Y puesto que habéis citado esos atributos tan “bellos”, descartaré también que seáis ira, fuego y bla, bla, bla. Lo que me lleva a concluir que sois...

—¿Lo sabéis ya?

—Un Mork —Confusión calló por un momento sin poder disimular su estupor.

—¿Dónde conocisteis ese nombre? —preguntó rabioso.

—Eso es lo de menos. Tuve una familia religiosa, eso es todo. Nunca creía una palabra de lo que decían... pero sospecho que estoy empezando a

replantearme la vida a la vista de los recientes acontecimientos.

—Ya. Buen intento, detective. Pero incorrecto.

—¿No sois un Mork? —Varley se mostró desconcertado, estaba totalmente seguro de que sus deducciones habían sido las correctas. Entonces Confusión sonrió.

—Como mi propio nombre indica —la voz del hombre cambió a un tono más agudo—, querido amigo, la confusión se compone de muchas capas —y la voz adoptó una tonalidad femenina—. Y Confusión... —la voz se volvió grave, casi rugiente— ¡Somos muchos! —Y adoptando un tono de nuevo sosegado, añadió—: De manera que tu respuesta es incorrecta, pues no soy uno. Y el empate sube de nuevo al marcador, querido amigo.

Varley se daba de cabezazos rememorando una y otra vez el hecho de que Confusión habló minutos antes de *nosotros*, y él lo había pasado por alto. Debía haberlo supuesto.

—Tan solo nos quedan los acertijos, mi querido detective —afirmó con voz melosa Confusión—. Y es vuestro turno.

La tensión empezó a ser palpable en sus sienes y en el movimiento de su nariz. Varley empezaba a percatarse del peligroso juego que había entablado. Y mirar a su rival no ayudaba, pues cada vez se semejava más a una bestia agazapada lista para saltar sobre su yugular.

—¡Preguntad! —ordenó imperiosamente.

Varley se acuclilló. Se acarició la barbilla y se rascó la cabeza. Después contempló a Ron adivinando sus pensamientos. Le sonrió de lado y volvió a mirar al suelo. Su cabeza divagó y viajó desde sus tiempos de niño hasta la actualidad, ante sus ojos se desplegaron los múltiples errores que había cometido a lo largo de su vida y quiso llorar, pero no ahora, no delante de Confusión. Apretó los puños y rechinó los dientes, y perdió la vista en la nada. En el vacío. Entonces recordó a su padre, recordó cómo se mecía en sus rodillas y el joven Varley chillaba lleno de alegría. Recordó sus lecciones, su rectitud y su amor. Y recordó... su sabiduría.

—¡Lo tengo!

—¡Hablad ya!

—Pero será difícil —advirtió Varley.

—No esperaba menos. Vamos, decid.

—“*Es más grande que Kilumaras* —la mención del nombre hizo que

Confusión se retorciera incómodo—, *más malo que el diablo, los pobres lo tienen, los ricos lo desean y si lo comes mueres*”.

—Vaya —dijo Confusión—. ¡Por fin un acertijo de verdad! Esperad que piense —Varley le hizo un gesto con la mano invitándole a que se tomara su tiempo. Confusión miraba alternativamente a Varley y a Ron, como si en sus caras se hallara la solución grabada. Contempló sus famélicos rostros y sonrió con malignidad. Su respuesta fue clara.

—Hambre —y comenzó a reír—. Era difícil, en efecto amigo, mas no imposible para una mente como la mía. Ahora tan solo podréis empatar, y en ese caso moriréis igualmente.

—Esa regla es nueva —protestó Ron.

—Mis reglas —afirmó Confusión, mirando a Varley—. No obstante os concedo la opción de empatarme y morir con algo de gloria.

Ahora fue Varley quién sonrió irónicamente.

—Me alegró que me hagáis el honor. Más matarme no será necesario. No aún, al menos.

—¿Cómo es eso? —reprendió furioso Confusión.

—Pues porque vuestra respuesta fue incorrecta. Aproximada, pero incorrecta. Pensarlo —refunfuñando Confusión argumentó punto por punto mientras desplegaba dedo a dedo para reafirmar sus palabras.

—Más grande que Kilumaras es el hambre, sin duda, más malo que el diablo de nuevo es el hambre. Los pobres sin duda la tienen, y los ricos siempre desean hambre de más cosas, y si te alimentas del hambre mueres. Mi respuesta es correcta. Y ahora, por vuestra prepotencia, os mataré sin dejaros la posibilidad de empatar.

—No tan rauda. Permitidme revelaros la verdadera respuesta a este acertijo.

—¡No hay otra respuesta!

—Sí que hay otra. La correcta, como por otra parte sucede con casi todas las cosas.

—¡Escupidla, maldito!

—Nada.

—¿Cómo?

—La respuesta es “nada” —el rostro de Confusión se desencajó cuando

tomó conciencia del engaño y empezó a reflexionar sobre el asunto detenidamente. Mas Varley ya se había lanzado a exponerlo:

NADA es más grande que Kilumaras.

NADA es más malo que el diablo.

NADA tienen los pobres.

NADA desean los ricos.

Cuando NADA comes mueres.

—¡Arrggghh! ¡No creas que este engaño te salva, humano! Me queda una pregunta y, como dije, si empatamos, mueres.

—Estoy preparado.

—¡Veremos! —y añadió—. *“La ficción es la verdad que se encuentra dentro de la mentira, y la verdad de esta ficción es muy sencilla...”*.

Varley jugueteó con la lengua en los carrillos mientras pensaba.

«La ficción... será ca... dentro de la mentira... Y la verdad es muy sencilla...»

De pronto Varley lo supo. Lo vio claro si aplicaba aquel lenguaje a sus propias experiencias en Mil Ríos

—¿Y bien? —Varley levantó los ojos y los clavó en los de su enemigo.

—La magia existe —afirmó rotundo el detective, mientras observaba cómo la piel de Confusión mudaba de color, si alguna vez lo tuvo.

—¡Es imposible! ¡No puede ser!

—Eso arroja un cuatro a dos a mi favor, amigo. He ganado limpiamente y exijo continuar mi camino.

—¡No puede ser! —rugió.

—¿Además de no tener vida, carecéis de palabra? Prometisteis dejarnos paso si ganaba yo, y así ha sido.

—¡Aaaaaaaaarrrrrrrrrrrggggg! —por un momento un reflejo animal surcó sus pupilas—. ¡Id, malditos humanos! Pero tú... —clavó su afilado dedo en el pecho de Varley— verás derramada tu propia sangre antes del fin.

Confusión desapareció en un estallido de ramas y una nube de hojas secas. Sin decir palabra alguna; el detective y Ron vadearon el Río Presto sin mencionar lo ocurrido.

XII

LA ESCALA

De manera que ya habéis comenzado.

—Así es, mi señora —corroboró Glima.

—Eso está bien. Exponerme vuestros avances para que pueda comprobar que mi inversión no ha sido inútil —solicitó Rowena.

Sasa dio un paso al frente y, tras saludar reverentemente a la Matriarca, procedió a explicar el curso de sus investigaciones.

—Mi señora. Nuestras obligaciones nos mantienen ocupadas la mayor parte del día, pero tu fe en nosotras no es baladí. Creemos estar trabajando por el buen camino, pero no obstante mantenemos todas las vías de investigación abiertas.

—En la actualidad —intervino Glima—, nuestro trabajo se concentra en la modificación conductual; la cual tratamos de obtener por diversos métodos. Por un lado utilizamos sujetos de estudio sometidos al más básico de los adoctrinamientos educativos, por medio del cual buscamos modificar sus conductas masculinas más agresivas para hacerlos maleables. Llamadlo condicionamiento, si preferís, por medio de lo que comen, lo que hablan, la escuela y la vida comunal. Pero, como no tardamos en comprobar, el problema con esta técnica subyace en su lentitud y en el consumo de ingentes cantidades de tiempo...

—Por eso —terció Sasa—, abrimos una nueva rama en nuestro estudio. Utilizando bebés de pocos meses hemos descubierto cosas asombrosas. Por medio de vendajes sobre sus dúctiles cráneos, conseguimos modificar la estructura ósea y amoldamos sus fontanelas a nuestro antojo; aquí es donde la frenología se convierte en un arte. Con ello, el espacio que recoge sus

cerebritos queda preestablecido por nosotras, de manera que creemos poder asegurar que también así modificamos sus tiernas cabecitas. Es decir, hacemos que su estructura ósea se semeje más a la nuestra, y de ese modo sus cerebros también... Lo llamamos craneometría.

—Interesante —Rowena juntaba las yemas de los dedos formando un corazón con las manos mientras escuchaba.

—De esta manera hemos observado modificaciones en el comportamiento muy notables, que llevan a un sujeto masculino incluso a tomar decisiones más propias de una mujer, el modo de vestir, los juegos que escogen... —Glima tomó aire antes de proseguir—. Todavía es temprano para asegurarlo, pero creemos poder localizar las áreas del cerebro que deben ser tratadas y cómo debe ser reestructurada la morfología craneal para obtener hombres... más femeninos.

—El tercer método es quizá el más alienante y agresivo, y sus consecuencias pueden demostrarse a largo plazo más nocivas, pero no obstante trabajamos en ello con igual devoción —aseguró Sasa.

—Esta estrategia —continuó su compañera— omite la sutileza de la manipulación psicológica, o la técnica exquisita que supone el *vendaje conductual*, como nos gusta referirnos al mismo. La última estrategia consiste en tomar un bebé con pocos días de vida y convencerlo desde tan tierna edad de su feminidad, pero no de manera psicológica, sino física. Por supuesto todo ello conlleva una gran pericia quirúrgica para la extracción de los genitales externos.

—Cuya extirpación a tan temprana edad supone la carencia futura de las hormonas que definirán al ente masculino, lo cual facilitará mucho el trabajo —aseguró Sasa, que parecía cercana a batir palmas como una colegiala emocionada.

—Así es, pero este último método padece de una alta tasa de rechazo que, además, resulta en gran medida... violento —se detuvo observando la pétrea mirada de Rowena—. Cuando el sujeto toma conciencia de la situación, de su origen real, puede suponer o bien una aceptación, si hemos conducido bien el condicionamiento, o bien un rechazo violento que lo lleve a sufrir una caída en su naturaleza primigenia. Por ello consideramos conveniente combinarlo con los otros dos métodos.

—Y así obtendremos una sociedad femenina perfecta —concluyó Sasa.

Rowena tenía los ojos muy abiertos y sus dedos tamborileaban unos contra otros.

—¿Y todo eso en el poco tiempo que lleváis estudiando la cuestión?

—Bueno, mi señora —Glima miró de reojo a Sasa.

—Todo buen científico debe supeditar las convenciones sociales al progreso —afirmó Sasa.

—¿Y eso que quiere decir? —preguntó Rowena.

—Señora, no os ofendáis, pero llevamos años investigando estas teorías. Pero por fin ahora disponemos de medios ilimitados para concluir nuestra obra y ejecutarla... gracias a vos, mi señora —Glima hundió la cabeza entre los hombros servilmente.

—No me ofende. Es más, me satisface —las dos mujeres respiraron aliviadas—. Y dispondréis de todo el material que necesitéis... hemos recibido unas últimas remesas especialmente generosas de nuestro valedor.

—Gracias, señora.

—Pero, queridas mías —y el tono se volvió severo—, que no se vuelva a repetir. Que nunca más llegue a mis oídos que realizáis ningún tipo de investigación sin mi autorización previa.

Aquellas palabras sonaron como una clara amenaza, y fue evidente que ni Sasa ni Glima menospreciaban el tono de la matriarca.

La puerta del salón se abrió tímidamente y una sirvienta entró en el mismo con pasos cortos por humildad y rápidos por diligentes. Cuando llegó a su altura se postró en el suelo, sumisa, y solo cuando Rowena habló, ella levantó la cabeza.

—Gran Matriarca. Ha llegado un cuervo hará pocos minutos.

—Espléndido. Id a las pajareras y traedme el mensaje.

—Eso es lo extraño del caso, mi señora. El cuervo está aquí. A las puertas de vuestro salón, como si esperara ser recibido.

Rowena sopesó a la sirvienta, valorando si ordenarla matar, o si una azotaina bastaría. Pero los ojos de la joven no eran los de una mentirosa. La matriarca se levantó de su asiento y, con un ademán imperativo, despidió a la mujer ordenándole dejar la puerta abierta al salir.

Entonces, por las tablas entreabiertas de la puerta principal apareció un cuervo. No volaba. Avanzaba hacia el interior del salón a saltitos, como si

picoteara granos por la vereda. En el silencio reverberante de la estancia, tan solo se escuchaba el clic clac de sus dedos al castañetear con las pulidas baldosas; Glima y Sasa hicieron amago de retirarse, pero Rowena las detuvo alzando la mano como solía hacer, acostumbrada a que sus gestos se obedecieran. Ambas mujeres se detuvieron en los escalones y retrocedieron, hasta situarse a los lados de la gran matriarca. El cuervo llegó hasta los pies de la señora de la Escala y graznó.

Intercambiaron miradas sorprendidas, pues el pájaro carecía de la clásica cánula que se ataba en una de las patas para portar los mensajes.

—¿Qué tipo de broma es esta? —inquirió Rowena.

—Quizá mi señora... —comenzó Glima— perdiera el mensaje y venga a presentar sus disculpas.

—¿Un cuervo? —preguntó, incrédula y molesta a partes iguales.

—Cosas más raras se han visto —aportó Sasa. Rowena contempló al desagradable pajarraco mientras escuchaba a su suerte de consejeras.

—Pues no queda más remedio que devolverle por donde ha venido. Sin mensaje poco podemos hacer, dada la discreción de nuestro interlocutor.

No había dado dos pasos tras girar sobre sus pies, cuando escuchó los gritos ahogados de Glima y Sasa.

—¿Se puede saber qué demonios os...? —la voz de Rowena se vio bruscamente interrumpida por una serie de palabras graznadas.

—Yo soy el mensaje —un hombre de aspecto desagradable y vestido de riguroso negro de la cabeza a los pies, se hallaba donde antes hubiera un gran cuervo. Rowena tranquilizó tajante a sus acompañantes y tomó asiento. Después, midiendo sus palabras, habló.

—Había escuchado de cosas semejantes, pero nunca pensé que vería una con mis propios ojos. Esto explica que nuestro pequeño negocio tenga tantas filtraciones. Imagino que a tu señor no le habrá resultado difícil establecer una sólida red de espías donde le placiera —el hombre-cuervo no pestañeó—. ¿Quién eres?

La voz del cuervo resonó entonces áspera y acompasada. Con la cadencia propia de un graznido escupía las palabras. Rowena parecía no verse afectada, pero las dos sacerdotisas se encogieron temerosas, como si al ocupar menos espacio encontraran protección contra algo que no podían controlar.

—Yo soy el mensaje. Me llamo Muninn y soy la *memoria* de Leviathanas. Y mi señor no olvida.

—Me alegro, porque las mujeres tenemos aún más memoria, cuervo —replicó Rowena, tratando de resultar petulante.

—Cuida tus palabras, mujer —la palabra “mujer” en labios de aquel ser sonó por primera vez en mucho tiempo despectiva en la Escala—. Ignoras con quién andas en negocios. Pero la ignorancia no te eximirá del pago.

Por un instante, sus miradas se cruzaron, y la arrogancia fue vencida por la maldad de los ojos muertos e inmisericordes del cuervo.

—Ahora que has aprendido a guardar el debido respeto, mujer, te repetiré las palabras que Leviathanas te dirige: “Mi memoria es eterna, mi brazo es largo y mi odio rápido” —el hombre guardó silencio.

—¿Eso es todo? —exclamó Rowena—. ¿Y cómo debería interpretar dichas palabras?

—Tan solo exige dos cosas, gran matriarca. Que pagues con las piedras de los Tullidos que se solicitaron la generosidad de los recientes envíos de niños a tu tierra...

—Eso es factible. Día y noche trabajan en las canteras extrayendo las piedras que pedís. Y día y noche se depositan en las estribaciones de los Pechos —donde desaparecían misteriosamente al día siguiente, se ahorró comentar Rowena, aunque la curiosidad por averiguar cómo lo hacían y para qué las utilizaban le abrasaba por dentro.

—Y una cosa más... vuestra sumisión a la auténtica fe.

Glima y Sasa alzaron momentáneamente la vista antes de devolver la mirada hacia sus pies, aterradas por el fuego que ardía en los ojos del mensajero. Sin embargo, Rowena apretó los dientes y le sostuvo la mirada.

—¿Pretende acaso Leviathanas poner en peligro todo lo que aquí hemos construido, así como nuestro acuerdo comercial? No le creía un necio.

—Cuidado... mujer —de nuevo aquel tono.

—¿Y qué pretende? ¿Quiere que renuncie a varios centenares de años de paz y seguridad en mis territorios, gracias a la Madre, para pasarnos a adorar a un desconocido Baashamel?

—Le conoces más de lo que imaginas —aseveró enigmático el cuervo—. Pero renunciar a vuestras creencias no está implícito en mi mensaje.

—¿Entonces? ¿Cómo pretende que haga que mi pueblo repentinamente

comience a adorarlo?

—Los resortes de la política escapan a mi entendimiento. Pero sospecho que dado que nadie ha especificado la sexualidad de Baashamel... no resultará difícil convencer al populacho de que La Madre y Baashamel son una misma y única cosa.

Rowena rumió aquella idea.

—Tendría que consultarlo con el Gremio, en la Escala no somos salvajes, votamos las decisiones importantes.

—Ah... sí... olvidaba eso. Por supuesto. Dejad que voten. Pero asegurados que tras esa falsa apariencia de que controlan sus destinos el resultado sea el deseado —Muninn rio siniestramente.

La gran matriarca buscó apoyo en sus sacerdotisas, científicas y consejeras, pero no lo encontró. Glima y Sasa se refugiaban la una en la otra sin osar decir una sola palabra. El cuervo habló de nuevo al percatarse de su presencia.

—Obsérvalas... ellas sí recuerdan cuál es su lugar —y clavando sus mortecinos ojos de ave de presa sobre Rowena, añadió—. Recuérdalo. Recuérdalo tú también. Todo lo que tienes, todo lo que eres... ¿a quién se lo debes? —Rowena asintió—. Duplica los envíos, contrata más trabajadores, o esclaviza a la población, nos es indiferente, pero consigue esas piedras... y... —Muninn se detuvo, paladeando las palabras—. Lleva a tu gente a la luz de Baashamel... *La Madre* —añadió con una sonrisa sarcástica que le abarcó el rostro.

El hombre dio un salto en el aire y se transformó de nuevo en un cuervo negro como el azabache. Dejó tras de sí un revoltijo de plumas oscuras que pendularon hasta quedar detenidas en el suelo, y partió a toda velocidad batiendo alas fuera del salón. Al atravesar las puertas por poco arrojó al suelo a una sirvienta que portaba un refrigerio para la matriarca.

Las tres mujeres y la sirvienta se miraron inquietas y, como dirigidas por una coreografía secreta, se encogieron a la vez cuando el graznido de un lejano cuervo reverberó entre las columnas y vidrieras.

* * *

Caía la noche, o bien el sol salía, ya era imposible de dilucidar esos

extremos. Lo único seguro es que los días se oscurecían.

Torgund y Sarmiento caminaban por las estribaciones entre la isla de los Nasciturus y la de los Consortes buscando una manera de continuar su camino. La gran escala de gruesa maroma había sido reconstruida con eficacia tras los cruentos acontecimientos que se vivieron a sus pies, mas no era la escala definitiva y había sido elaborada con materiales rápidos y mano de obra barata, lo que hacía el pasaje, cuanto menos, aterrador, si no ya inseguro.

Torgund parecía olfatear las cuerdas de un extremo al otro, buscando, probando entre sus expertos dedos la consistencia de los nudos y farfullando cada pocos minutos, decepcionado.

—¡Menuda...! ¡Esto es un asco...! ¡Vaya pedazo de...!

Y así un sin fin de exabruptos que Sarmiento parecía observar con ojos opacos desde un segundo plano, pateando piedras distraídamente y haciéndolas caer hacia el *velo*.

La presencia de su padre, Piro, permanecía silenciosa y sentada en la posición de loto al pie del camino, sin quitar la vista de su hijo.

Sarmiento sabía que estaba allí pero prefería no dirigir la cabeza en su dirección; en los últimos días su imagen se había vuelto funesta, triste y mortalmente inquietante. Útil sin duda, eso lo tenía claro, pero no dejaba de resultar estremecedora. Un frío sutil había avanzado lentamente por sus venas y había terminado por envolverlo por completo, haciendo que la presencia de Piro hubiera pasado de alarmante a sencillamente habitual.

El chaval ocasionalmente giraba el rostro hacia Torgund, tratando de no llamar la atención sobre el hecho de que poseía una percepción de su entorno que era rayana a la vista normal. Así permanecieron hasta que Torgund, de muy mal humor, arrojó una enorme piedra por encima de su cabeza hacia el *velo* y se sentó en el suelo golpeando la tierra con los puños, semejante a una bestia que se dispusiera a embestir.

Aprovechando aquel descuido, Sarmiento miró de reojo a Piro esperando pillarlo desprevenido, pero nada más lejos de la realidad. Su padre tenía los ojos muy fijos en él, ajeno por completo a los lamentos infantiles de Torgund.

Entonces percibió que las pupilas mortecinas de Piro se desviaban hacia la derecha del camino y observó en aquella dirección sin hallar nada de interés. De nuevo contempló a su padre, y este hizo un gesto de cuello rápido

hacia la derecha como si quisiera indicarle algo.

Sarmiento observó una vez más en aquella dirección, aunque no vio nada... pero lo sintió. Ante la insistencia de su padre, que empezaba a realizar cada vez gestos más bruscos, el muchacho se incorporó, rodeó a su tío y observó las maromas de grueso cáñamo con detenimiento.

No era un chico especialmente perspicaz, ni de capacidades reseñables, pero, sin embargo, sentía que sus sentidos se focalizaban con mayor intensidad en un tramo de cuerda que en cualquier otro momento le habría pasado desapercibida. Sorprendido ante su propia intuición, contempló de nuevo a Piro y este le devolvió la mirada con una sonrisa enigmática en los labios. Entonces, el espectro cabeceó varias veces asintiendo, y Sarmiento comprendió que, de alguna manera, le estaba ayudando.

—¡Es por aquí! —exclamó el chico. Sorprendido, Torgund se puso en pie y se aproximó hasta colocarse junto a su sobrino. Observó con ojo profesional los cabos, los nudos, la consistencia.

—¡Carámbanos! Puede que tengas razón chico —palmeó a Sarmiento, y se afanó en seguida tensando y aferrando cuerdas y maromas, valorando su integridad. Tras unos minutos realizando aquella tarea dijo escuetamente—: Increíble. ¿Cómo lo has sabido?

Sarmiento se encogió de hombros al responder.

—Intuición —Torgund miró a un lado y a otro, husmeando, como si buscara a alguien, pero los caminos permanecían silenciosos y desiertos.

—Ya, claro. Eso pensé —pero Torgund sabía que el chico le ocultaba algo desde los sucesos en la cabaña. El trato entre ellos parecía haberse quebrado; el vacío que los separaba se hacía grande como un abismo y era cada día más palpable, y la confianza se resentía.

«Y el frío... —se dijo Torgund—. Este chico está helado desde que repentinamente sanó de sus heridas».

El gigantón colocó una pesada bota sobre el primer peldaño de cuerda y descargó lentamente su peso, entonces se volvió satisfecho, al comprobar que no cedía, y le tendió la mano a Sarmiento tratando de agarrarle para ayudarle a subir, preocupado por su invidencia.

—Sabes que no necesito ayuda —fue la respuesta seca que le dedicó, de un modo que pilló por sorpresa a su tío. Torgund dejó caer la mano al costado

y miró preocupado a Sarmiento, como si no le conociera; el chaval que nunca antes había mostrado rebeldía o malos modos se alzaba altivo ante él.

—Muy bien —repuso Torgund. Y trepó rápidamente escaleras arriba, un largo y penoso ascenso hasta la isla media—. Espero que al menos me sigas el ritmo... chico —gritó desde varios peldaños por encima de su cabeza.

Sarmiento se colocó al borde del abismo, preguntándose por qué se había mostrado tan hosco con su tío, cuando este no había hecho más que cuidar de él. Alzó la cabeza como si pudiera ver el final de la escala y entonces sintió temor. ¿A quién iba a engañar? Era ciego. No tenía ninguna seguridad trepando sobre el vacío entre ambas islas. Dudó.

Pero allí estaba de nuevo su padre. Contemplándole desde el mismo borde, o flotando quizá sobre el mismo abismo. Parecía que, al igual que Torgund instantes antes, le tendiera la mano invitándole a subir.

Sarmiento extendió la suya tratando de cogerla y entonces, por primera vez desde que aquella visión le acompañara, esta habló. Era la voz de su padre, la reconocería en cualquier parte, mas sonaba triste, lejana y apagada, como si hablara a través de un cristal. Pero estaba claro que se dirigía a él. Le hablaba. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no antes? ¿Volvería a hablarle más adelante, o sencillamente alucinaba?

«*Ven, toma mi mano, y tú también flotarás*» —susurró su padre.

Sarmiento hizo ademán de agarrar la mano mortecina que se le tendía, y sintió cómo sus dedos se cerraban sobre uno de los cables de cáñamo y no sobre los dedos que contemplaba en su cabeza. Maravillado, observó el rostro sonriente de su padre. De nuevo le tendía la mano unos centímetros por encima de su cabeza y Sarmiento trató de asirse otra vez. Una vez más sus dedos atravesaron la incorpórea mano, que era como una niebla matinal, y agarró la cuerda. Pero parecía irle indicando paso a paso dónde debía situar las manos y los pies. Su padre seguía velando por él.

En pocos minutos trepaba con agilidad detrás de Torgund, alcanzando la isla media pegado a sus pies.

—Impresionante —fue todo lo que dijo el gigante—. Cualquiera diría que eres ciego ¿eh? —comentó Torgund, sin ocultar la indirecta.

—Tengo otros sentidos que parecen haberse potenciado, tío —se excusó él.

—Ya. Bueno. Pues como entre esos sentidos tan desarrollados no tengas

la velocidad o la ralentización temporal, no llegaremos nunca a la isla de las Matriarcas para la próxima luna nueva chaval.

Guardaron silencio mientras ambos cavilaban.

—Puede que yo tenga una solución a eso —avisó Sarmiento. Torgund ladeó la boca, escéptico.

—¿Ah sí? Con todos los retrasos que estamos sufriendo y los que nos quedarán, estoy abierto a escuchar cualquier opción.

—Acortaría nuestro viaje y nos abriría los caminos. Pero es posible que no te vaya a gustar.

—Sorpréndeme —musitó su enorme tío.

* * *

Una pequeña escuadra cabalgaba por el camino Falopio, levantando una lluvia de guijarros a su paso. Los caballos obedecían presurosos, fruto de años de adiestramiento, pero sus instintos se rebelaban a cada casco que ponían en el suelo, como si aquel camino de grava suelta transmitiera un *algo* etéreo que solo los animales pudieran captar.

Las bestias se removían inquietas y los jinetes perdían el temple.

Uno de los soldados montados se aproximó a la cabeza de la columna, acompasando su trote con el del comandante. Realizó un saludo marcial y habló:

—Las monturas están inquietas, caudilla.

—Lo he notado, sargento. Seguimos adelante. Tenemos órdenes de encontrar a esos dos fugitivos y eso es lo que haremos.

—Sí, señora. Tan solo... —el sargento calló repentinamente, y Marthia detuvo su caballo, y con ello la columna de hombres a su cargo frenó en seco. Revolvió su hermoso frisón negro, mientras este agitaba su espléndida melena y golpeteaba con elegancia los cascos sobre las piedras del pavimento. Entonces clavó sus ojos marciales sobre el soldado, y este bajó la mirada, aunque lentamente fue alzando la vista para encarar a la caudilla.

—Habla... sargento —combatían juntos desde hacía años y se conocían mejor que el mejor de los matrimonios. Un tipo de conocimiento personal que solo se adquiere al mezclar tu sangre con la de los otros en el fango. Por eso, aquel “habla” iba cargado de infinitud de significados que escapaban al resto

de los mortales. Era una confianza y una demostración de interés fuera de lo normal. Pero ya no estaban en la alta isla, ni en el Gremio, ni en el Palacio Matriarcal. Estaban sobre el terreno y allí las normas las dictaba otro código. El código de los hermanos de sangre. Y aunque en la Escala tales ideas eran motivo de persecución y se consideraban retrógradas, Marthia, caudilla de los ejércitos, rendía honor a tales ideas.

Así pues, sabiendo todo esto, el sargento no se amilanó y habló con sinceridad, pues entendía el código y, a pesar de su situación de ostracismo social, admiraba y respetaba a su comandante.

—Mi señora, seguimos la pista de esos dos fugitivos desde hace algunas lunas y nuestros pasos nos han llevado desde el campo de batalla hasta su humilde hogar, y de allí a los caminos. Y me niego a creer que no lo hayáis notado.

—¿El qué? —preguntó Marthia, aunque por supuesto que lo había percibido.

—Parece... es como si allí por donde hubieran pasado nuestros objetivos... la tierra enfermara. Allí donde hallamos pistas sobre ellos los cultivos mueren, el ganado enloquece y la tierra se convierte en ceniza. Y el frío... no es normal para esta época del año.

—Siempre hace frío en esta época.

—No de esta manera, Marthia, es antinatural —la confianza de pronunciar su nombre no pasó desapercibida, pero la caudilla obvió la cuestión sin darle importancia.

—¿Qué insinúas?

—Solo me pregunto... ¿A quién damos caza? ¿Son hechiceros, asesinos, mercenarios? ¿Son ellos los que provocan estos fenómenos que dejan atrás?

—¿O son los fenómenos los que los persiguen? —concluyó Marthia su razonamiento.

—Precisamente —asintió el sargento. Marthia le devolvió el asentimiento.

—Solo hay una manera de averiguarlo, camarada. Debemos encontrarles y entonces podremos preguntar todo lo que deseemos.

—Y rezar a la Madre para que no sean hechiceros —Marthia sonrió

con ironía, pues su fe en la Madre era absolutamente falsa y políticamente interesada.

—Sí. Recemos a la Madre. Pero, por si acaso, alerta a los hombres, que tengan aprestado el acero. Mi fe reside hoy más en la fuerza de vuestros brazos que en la calidez de sus oraciones —el sargento saludó de nuevo con marcialidad y distribuyó las órdenes. La columna reanudó la marcha al trote, rumbo al norte, hacia la encrucijada donde se creía habían visto por última vez a los sospechosos. Y donde habían perdido una patrulla hacía unos días.

No habían caminado ni una hora, cuando alcanzaron la dicha encrucijada y no requirieron entrar en la misma para darse cuenta de que llegaban. El frío descendió hasta límites insospechados, y un hedor anormal penetró en sus fosas nasales bloqueando cualquier otro sentido.

Marthia exhalaba su aliento congelado y detuvo nuevamente el avance para analizar la situación con detenimiento, antes de tener que verse envueltos en un altercado.

—¿Qué sucede? —preguntó el sargento, y Marthia señaló la encrucijada con el mentón y el barboquejo de su casco.

—Ahí delante. ¿Lo notas?

—Ya lo creo. Este frío penetra hasta los huesos.

—¿Y el olor? —el sargento asintió.

—Serán los cadáveres de la patrulla.

—Pudiera ser —corroboró Marthia—. Pero, sinceramente, Clovis —el sargento abrió desmesuradamente los ojos al ser llamado por su nombre—, ¿cuántos campos de batalla hemos visto con un sin fin de cuerpos abrasados por el sol, carroña pasto de cuervos y alimañas...?

—No menos de dos docenas —recapituló mentalmente, como si ante sus ojos se librasen todas y cada una de las batallas pasadas.

—Ajá... ¿Y cuántos recuerdas que emitieran un olor tan penetrante como este? —Clovis dirigió la vista de nuevo hacia la encrucijada—. Por no decir que hablamos de una patrulla muerta: unos diez cuerpos pudriéndose al sol, y hieden peor que un ejército que llevara medio mes corrompiéndose entre un mar de sangre... no tiene sentido —la caudilla escupió en el suelo para subrayar sus palabras.

—¿Qué piensas? —Clovis omitió involuntariamente el rango.

—¿Una emboscada?... ni idea.

Durante unos minutos nadie se aventuró a decir nada. Marthia contemplaba el camino y dejaba que el frío y el olor sulfuroso llenara su mundo y su percepción. Finalmente aferró con fuerza las riendas y, con una sola sacudida, alzó la cabeza de su orgulloso frisón negro:

—¡En marcha!

Los caballos avanzaron con precaución, adentrándose en la encrucijada.

Como esperaban, a ambos lados del camino y sobre el pavimento mismo yacían los cuerpos sin vida de una patrulla de Siniestros. Los tímidos rayos de la luz del día se filtraban entre las negras nubes y daban a la escena un aire irreal. Desmontaron y, tomando por las riendas a los caballos, avanzaron con las espadas desenvainadas observando a los caídos.

Nadie expresó su opinión, pero a nadie escapó la sospechosa ausencia de moscas, alimañas o carroñeros. Como si ningún bicho osara alimentarse de unos cuerpos que llevaban allí tiempo suficiente para estar casi en los huesos, cortesía de la fauna y flora de la zona.

Ataron los caballos junto a unos árboles al borde del camino y comenzaron a registrar e inspeccionar los cadáveres.

—Al menos es evidente que murieron combatiendo, mi señora —dijo uno de los soldados.

—Eso parece —aseguró Clovis, señalando la brutal herida que se abría sobre el pecho del que fuera sargento en aquella patrulla—. La espada que hizo esta herida debía de ser del tamaño de un hombre fuerte, por lo menos.

—Y el tipo que la blandiera un gigante, sin duda —asintió Marthia—. Puede que después de todo vayamos por el buen camino.

—Puede.

Registraban bolsillos y morrales en busca de pistas, analizaban el terreno pisoteado, la tierra y piedras removidas, reconstruyendo el combate; las conclusiones no podían resultar más inquietantes.

—Creo... parece que solo eran dos.

—Así me lo parece a mí también, sargento —Marthia apretaba los dientes sin querer creer lo que tan evidentemente leía sobre el terreno.

—¡Mi señora! —un Siniestro gritó y llegó a su lado corriendo, con el velo negro ondeando sobre su rostro.

—¿Qué sucede?

—Una niña, mi señora. Unos veinte metros por delante, en el recodo.

Quizá viera algo.

—De acuerdo —Marthia asintió—. Nos acercamos despacio y todos juntos. Que nadie enfunde las armas.

—¿Por una niña? —preguntó uno de los hombres.

—¡Como si es un bebé! La trataré como al asesino de esta patrulla mientras no se demuestre lo contrario. Que nadie baje la guardia.

Lentamente, cuidando dónde ponían los pies, recorrieron el camino hasta llegar al recodo. El desvío se bifurcaba hacia el norte a los Tullidos, y hacia el oeste a la escala que ascendía a la isla de los Consortes. En el camino norte una niña permanecía arrodillada junto al cuerpo caído de un Siniestro.

El olor a muerte se volvía más intenso en aquel punto, pero no debería provenir de la inocente criatura, todo apuntaba a que aquello no era posible.

—Llora —susurró uno de los Siniestros, e involuntariamente bajó la guardia. ¿Qué había más inocente que una niña de unos siete años llorando a uno de sus compañeros? Una pena y empatía muy humana llenó por un momento la fibra de aquellos hombres.

Contemplaban atónitos a aquella hermosa niña llorando sobre el cadáver de su compañero. Las lágrimas caían de su rostro y bañaban el cuerpo; su larga melena negra caía en cascada, enmarcando las gotas que brotaban de sus ojos. Cada cierto tiempo se agachaba sobre el rostro del muerto y parecía susurrarle palabras con sus buenos deseos para el último viaje, incluso lo besaba en las mejillas, la frente, los labios.

La escena ablandaría hasta el corazón más duro, y no fue distinto con Marthia y su patrulla. Bajando las armas se aproximaron hasta la niña.

No distaban dos metros entre la niña y Marthia, cuando Clovis, con ojos horrorizados, retuvo del brazo a su comandante.

La caudilla de los ejércitos se revolvió contrariada por aquella muestra de insubordinación que no podía dejar sin reprimenda. Tan solo la confianza que existía entre ellos libró al sargento de recibir una cuchillada en el acto. Y fue esa confianza la que hizo que Marthia se limitara a pedirle explicaciones con un tono absolutamente neutro cargado de autocontrol.

—¿Cómo te atreves? —pero Marthia leyó en los ojos de Clovis un temor que no podía definir. Aquello la retuvo un instante y preguntó—: ¿Qué sucede?

Entonces el sargento dirigió su vista hacia el cielo, hacia el tupido manto

de nubes plumizas, y después hacia la niña. Repitió ese movimiento otras dos veces incrédulo, como si confirmara algo evidente, y susurró al oído de su superior, aunque todos pudieron hacerse eco.

—La sombra.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, sin comprender.

—La niña, mi señora, no emite sombra —Marthia dibujó en sus ojos una alarma repentina. La espada, antes laxa en su mano, se vio empuñada con fuerza de nuevo. Los nudillos de los presentes blanquearon sobre las empuñaduras de sus armas. La tensión había vuelto como un zarpazo.

—¿Y qué significa eso?

—No lo sé —aceptó Clovis—. Pero apostarí a que el hedor que percibimos proviene también de la cría.

—No puede ser.

Marthia se giró sobre sus talones con precaución y se aproximó hacia la niña anteponiendo su acero. Cuando prácticamente podía tocarla se acuclilló y confirmó dos cosas. La peste infecta provenía de allí y la niña en efecto lloraba y besaba a los muertos.

Carraspeó un par de veces sin conseguir llamar su atención hasta que se decidió a hablarle.

—Chiquilla... ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —los hipidos y movimientos acompasados de su pecho se entrecortaron, y pareció mirar de reojo a Marthia. La caudilla sintió en aquella mirada el fulgor de un ascua ardiente clavada en su piel, quiso sacudírsela de encima, pero optó por resistir hasta llegar al fondo de la cuestión—. Puedes decírmelo, no temas.

—No tengo temor —fue la cortante réplica.

—Bien. Eso es bueno. ¿Entonces por qué lloras? ¿Conocías a alguno de estos hombres?

—En absoluto —murmuró.

—¿Entonces?

—No quieres saberlo.

—Puedo ayudarte, si me dejas. Dime qué te aflige y haré lo que esté en mi mano.

De nuevo la mirada quemante penetró el cuerpo de Marthia y la hizo sentirse desnuda, como si vieran a través de ella, como si la piel fuera una cortina transparente de rocío tras la cual sus más íntimos secretos eran

expuestos al escarnio y la vergüenza. Marthia se incorporó asustada por un momento. Insegura, apuntó con su espada hacia la niña.

—¿Por qué estás llorando? —pasaron unos segundos y, sin poder soportar aquella mirada por más tiempo, ordenó—. ¡Contesta!

La muchacha miró ligeramente hacia los Siniestros, a su líder, y sonrió. Hermosa, fría, todavía llorando.

—Lloro, Marthia... porque no fui yo quien los mató.

Un revuelo recorrió el escuadrón como una brisa gélida de invierno, el sonido de varios pares de pies moviéndose inquietos en el sitio.

Marthia pensó que la muchacha deliraba, pero había dicho su nombre, aquello era inusual y llegaría hasta el fondo de la cuestión. Clovis trató de retenerla pero ella se zafó con orgullo y encaró de nuevo a la niña.

—De acuerdo. Ahora ya sabemos por qué lloras... y asumo que de alguna manera me conoces. Pues entonces, la lógica, o la cortesía me dicen que debieras de presentarte. ¿Cómo te llamas?

La niña dejó que su cabellera descendiera en una cascada azabache sobre el muerto y se inclinó de nuevo para besarlo. El olor a heces y orina reconcentrada se hicieron más intensos.

—Soy vosotros y soy yo —Marthia carraspeó.

—Mira, me estoy hartando de tus juegos, niña. Si no me contestas con claridad te encerraré en un encantador y húmedo calabozo. Han muerto hombres aquí. Hombres que estaban bajo mi mando. Y quiero respuestas.

—Vaya ¿desde cuándo te importan los hombres, caudilla? —Marthia no supo qué decir—. Sssssh... —la niña se llevó un dedo a los labios—. Será nuestro secreto. No queremos que Rowena y las demás sepan que admiramos a los hombres.

—¡Basta! Te exijo que me digas tu nombre.

—Te lo he dicho. Soy vosotros y soy yo.

—¡Qué demonios! ¡Sargento! —se volvió hacia sus hombres para impartir órdenes.

—Reflejo —dijo la niña, y Marthia se detuvo.

—¿Perdona?

—Mi nombre es Reflejo. Y soy vosotros... y soy yo. Soy todo lo que sois. Soy dos caras de una misma moneda.

Hastiada por aquella conversación, Marthia hizo una serie de gestos con la mano para que rodearan a la niña y se dispusieran a prenderla. No habían terminado de cerrar el círculo, cuando los Siniestros en el extremo opuesto se tambalearon, haciendo resonar sus escudos y lanzas. Marthia levantó la vista, contrariada por aquella falta de disciplina.

—¿Qué demonios sucede? —gritó enfurecida.

—Se... se... señora... debería... —el Siniestro que hablaba señalaba a la niña con la punta de su lanza. Marthia se apartó de la niña, dejándola llorando y besando el cadáver con su inocente rostro pegado al del caído. Giró por detrás de Reflejo, y se situó frente al Siniestro que con rostro desencajado seguía señalando en dirección a la niña. Marthia se volvió y ahogó un grito.

Incrédula, avanzó hacia la niña, cuyo ojo izquierdo la miraba también de reojo y abrasaba igual que su pareja. Aterrada por lo que veía, diciéndose a sí misma que aquello era imposible, giró, esta vez por delante de la niña, hasta volver junto a ella, donde comenzaran su charla. Atónita, y sin dejar de apuntarla con su filo, dio la vuelta de nuevo alrededor de la niña, observándola desde todos los ángulos, mientras su temblorosa escuadra aguardaba instrucciones.

Lo que vio Marthia quedaría grabado en su cerebro para siempre. Por un lado Reflejo era la niña adorable que lloraba y gemía junto a los caídos, besando y agasajando sus cuerpos. Pero, tan solo girando del otro lado, Reflejo ofrecía una cara completamente distinta. Su cara era una masa informe de tendones putrefactos y jirones de piel que se estiraban y contraían cuando movía la boca. La cuenca de su ojo dejaba ver un glóbulo ardiente que protruía fuera del cráneo de manera obscena; sus cabellos eran ralos y grasientos, mechones desordenados y enredados que flotaban irrealmente en el aire como si estuviera sumergida en un lago; los dientes que le restaban, amarilleaban, e hilachas de carne pendían de ellos, colgándole fuera de la boca por cualquiera de los orificios abiertos en su rostro.

Marthia siguió rodeándola. Por un lado lloraba y besaba, pero al dar la vuelta, las lágrimas eran las gotas de sangre que caían de su boca, y los besos eran las dentelladas que asestaba en el rostro del muerto totalmente desfigurado. Reflejo en efecto ofrecía dos caras, por un lado era una niña hermosa y aparentemente atenta, pero por el otro era un cadáver putrefacto que

se alimentaba de los cuerpos de sus hombres.

Aguantando un deseo incontrolable de vomitar, Marthia la encaró por su lado más terrorífico, deseando así no dejarse engañar por la encantadora niña.

—¿Qué eres, monstruo? —Reflejo rio. Los soldados a un lado del círculo escucharon la melodiosa voz de una niña de corta edad. El resto tembló bajo la atronadora risa de una bestia desconocida raspándoles en los oídos, como la grava del suelo al ser removida con una azada.

—¿Qué soy? —rio de nuevo—. Curiosas criaturas sois vosotros, que siempre preguntáis que es lo que hay en el menú cuando ya habéis pedido — cerraron lentamente el círculo—. Soy aquello que la humanidad ha pedido... nada más.

—¡Prendedla!

Los Siniestros se abalanzaron sobre ella con sus lanzas por delante. Mas solo pincharon el aire, y las lanzas se clavaron en el suelo haciéndoles trastabillar con el impulso. En aquel momento Reflejo aprovechó la ventaja, pues las armas no parecían hacerle ningún daño, y desató una furia inusitada sobre todos ellos.

Su fuerza era inhumana, y pronto rodaron todos por el suelo, magullados o malheridos. Marthia voló por los aires, y una rama baja de un árbol cercano la frenó dejándola aturdida y sin aire. Clovis recibió un zarpazo en el hombro, pero no entendía qué fiera se lo había asestado, pues seguía viendo a la niña enfurecida ante él.

Uno de los Siniestros fue degollado por una afilada uña, y un abanico de perlas carmesí regó el camino.

Finalmente, la patrulla al completo se arrastraba y gemía mutilada. Reflejo parecía inmensa, por encima de todos ellos. Aferró por el tobillo a un rezagado que trataba de arrastrarse hasta la relativa seguridad del grupo y lo llevó de esa manera de vuelta a la encrucijada. Desde allí se volvió hacia Marthia y sus hombres rugiendo.

—¡No olvidéis vuestro lugar en todo esto!

Dicho lo cual sujetó con ambas manos la cabeza del Siniestro, que trataba de balbucir algo, y lo despojó de la misma como si descorchara una botella de vino espumoso. A borbotones y estallidos brotó la sangre hacia el cielo mientras el cuerpo caía de rodillas y Reflejo les arrojaba la cabeza de su compañero.

Después desapareció como si nunca hubiera existido, salvo en la imaginación de Marthia y sus hombres.

* * *

Tardaron varias horas en rehacerse, enterrar a sus caídos, rezar oraciones a la Madre por ellos, y limpiar la encrucijada de todo resto de los hechos acaecidos. Nadie quería revivir los acontecimientos y hallaron en la disciplina una buena herramienta; obedecer órdenes dejaba menos tiempo para pensar. Ya tendrían tiempo de dilucidar lo sucedido cuando se detuvieran. O cuando capturaran a los dos fugitivos y pudieran preguntarles qué demonios estaba sucediendo allí por donde pasaban.

Así emprendieron de nuevo el camino sobre sus monturas. Las dejarían en la casa de postas más cercana a la escala. Seguirían el rastro de los huidos, ascenderían a la isla media y allí, en una nueva casa de postas, tomarían nuevas monturas, frescas y robustas, para proseguir la caza.

Lo que nadie previó fue lo que sucedió después. Nada más alcanzar la casa de postas de la isla media y disponerse a pasar la noche, habiendo desmontado de los caballos y acercándose a pie, no salió a recibirles el funcionario que ocupaba el puesto de responsabilidad en la casa.

Un niño de unos doce años y un gigantón canoso con el pelo recogido en una cola de caballo, cuya espada despuntaba por detrás de sus hombros, salieron a recibirles.

Marthia desplegó a los Siniestros, y en unos segundos volvían a estar todos en guardia, aterrados ante la posibilidad de enfrentarse de nuevo a cosas que no comprendían. Pero tan solo habló el chico. Con una voz dulce y sincera:

—¡Nos entregamos! —ambos fugitivos levantaron las manos por encima de la cabeza.

EL CLARO

Estamos perdiendo el control de la situación por momentos. Nuestra labor ha pasado a un plano superior en el cual debemos seguir hacia delante a pesar de todo lo que queda detrás. Todos lo habéis visto. Allí por donde pisamos, este ente se expande y se extiende como una enfermedad, y cada día sus cadenas, los frenos que antaño se le impusieron, son más débiles. Por tanto... no podemos, ni debemos perder tiempo y energía en combatir a todos y cada uno de sus lacayos. Debemos proseguir en línea recta y sin vacilación hacia nuestro objetivo final, por duro que sea el camino y por salvajes que sean los obstáculos que el enemigo plantará ante nosotros.

Xila miró a Torgund y a Varley; este último callaba pero parecía estarse mordiendo la lengua hasta sangrar.

—Sé que es difícil de entender. Más aún para ti, Varley, pues descendes de la raza de los Perantaraan, los grises. Para Torgund y para mí... resulta relativamente más sencillo comprender que, en aras de un bien mayor, debemos sacrificar algunas cosas. Mas no creas que por ser Kaimu somos ajenos a la culpa y el dolor. Velamos por el mundo y sufrimos con él. Pero creemos que en el final todo responderá a un plan superior, y en esa creencia encontramos consuelo.

—Ya —Varley se mordió el carrillo—. Pues me alegro, porque yo no encuentro consuelo en esas esperanzas, sinceramente. Soy más de cuchillo y tentetieso, pero supongo que es mi naturaleza “grisácea”.

—Comprendo tu frustración, Varley. Pero no hay otra manera. Ya es demasiado tarde para corregir lo que está en marcha. Las señales fueron dadas, los avisos enviados y las advertencias sistemáticamente desoídas. Esta tierra ha tenido tiempo de sobra para enderezar su rumbo, pero ahora... ahora me temo que los Mork avanzan para reclamar su parte.

Varley pateó el misterioso suelo bajo su bota.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué no hace diez años? ¿O dentro de treinta ya puestos? ¿Por qué se extiende con tal virulencia precisamente cuando le toca a uno vivir su vida? ¿No podrían esperarse unos añitos esos Mork, y dejarme morir en paz sobre la barra de algún económico e higiénico lupanar, ahogado en mi propio vómito y sin remordimientos?

Xila y Torgund intercambiaron miradas; comprendían la rabia que bullía en el interior de Varley.

Finalmente, la anciana respondió.

—No está en tu mano elegir cuándo será la hora, Varley. Pero sí puedo asegurar que si los Mork han elegido este momento para actuar es por el *Vacío* —Varley la miró fijamente, sin comprender.

—¿Qué significa eso? ¿Acaso no era al vacío a donde se supone que fueron enviados?

—Veo que conoces algo de los viejos escritos... ocultas tus cartas demasiado bien detective —afirmó Torgund.

Varley se volvió con un dedo acusador apuntado hacia su rostro.

—Borracho... pero de familia religiosa. Vete haciendo a la idea grandullón.

—No me refiero al vacío al cual fueron desterrados para la protección del mundo —continuó Xila.

—¿Entonces?

—Quiero decir que el mal, este tipo de mal al que nos enfrentamos, es el Señor del Vacío. Conoce el vacío como la palma de su mano, y te aseguro que sabe perfectamente que el vacío, como tal, no existe. Hablo del vacío en el mundo, el vacío en el corazón de los hombres, el vacío moral, el vacío espiritual...

—Lo siento... creo que me dejé el intérprete fuera del mundo de los sueños; a lo mejor el pequeño pedante que me acompaña a todas horas entendiera esto, pero yo estoy algo perdido... ¿puedes concretar más, por favor? —replicó Varley con sarcasmo.

Xila suspiró.

—Detective... es sencillo. El mal no entiende de vacíos. Si existe uno... él viene a ocuparlo. Si uno está vacío de corazón, él vendrá a ocuparlo; si uno está vacío de espíritu, él vendrá a ocuparlo; si uno se desarma, si está vacío de herramientas para defenderse, él vendrá a ocuparlo; si el mundo se

vacía... si el mundo es tal cual es hoy en día, un enorme vacío hinchado de cosas superfluas... él vendrá a llenar ese vacío.

—Interpétalo como un asedio, si te es más sencillo —intervino Torgund—. Un asedio que ha durado miles de años, un asalto lento, pausado pero constante que parece estar alcanzando su clímax.

—Un clímax que llega precisamente cuando el mundo está más vaciado, cuando parece prácticamente hueco, de hecho —concluyó Xila.

—Ya veo... vamos a ver si me he enterado de algo —Varley adoptó una pose académica—. Me estáis diciendo que esa cosa, ese ente, ese mal... los Mork, o la madre que los trajo... básicamente ocupa todo resquicio que le dejamos ¿no?

—Así es.

—Vale... pues entonces ¿por qué no a mí? No soy el mejor de los hombres, pero sí debo andar entre el peor de los vividores.

—Quizá no seas virtuoso, quizá seas un trasgresor impenitente, llámalo como te plazca... has sido atacado por esas vías con anterioridad, y creo que lo sabes, si lo analizas detenidamente, ¿cierto?; pero no ha arraigado en ti porque no has sido vaciado. Tu interior es bueno, quizá no limpio, ni puro, pero sí bueno. Y como tú, hay mucha más gente en la clandestinidad que tampoco han sido ocupadas. Queda gente buena en el mundo, Varley, imperfecta, pero buena. Y todavía pueden hacer mucho bien si trabajamos juntos, entonces toda imperfección será perfeccionada.

Varley apartó la mirada de Xila. Por un instante se sentía desnudo. Todos sus desmanes, sus trasgresiones, sus perversiones, todas esas “imperfecciones” se veían claramente reflejadas en el ojo de la loba, que parecía de pronto como un tizón al rojo clavado en su corazón.

Bajo aquella mirada se vio forzado a analizar lo que había sido su vida hasta aquel instante.

Varley se tambaleó sin percatarse, como si estuviera borracho, mas lo que estaba era perturbado. Torgund lo sujetó con delicadeza y le ayudó a sentarse en el suelo. Entonces, con las lágrimas casi aflorando a sus ojos, dijo:

—¿Por qué creéis en mí? ¿Cómo podéis siquiera confiar en un monstruo como yo? —su vida seguía pasando en imágenes dolorosas y claras. Xila se arrodilló junto a él.

—Creo que te atribuyes una culpa y una carga en extremo pesadas para

tus fuerzas, hijo. Creo que debes entender que no estás solo, que no eres el único... y que al final todo cobrará sentido. Tanto tus sufrimientos, como tus alegrías.

—No sabéis las cosas que he hecho, no tenéis ni la menor idea —cabeceó él.

—Sabemos más de lo que imaginas, Valerian... —Varley levantó los ojos y los clavó en aquel único y penetrante globo ocular cargado de una sabiduría que trascendía los mundos.

—¿Cómo sabes...?

—Buscas el perdón... pero buscas en el lugar equivocado, detective. Al final, créeme, lo encontrarás —entonces la anciana Xila se aproximó a la mejilla de Varley y la besó con dulzura de madre. El detective no pudo sino abrazarse a la mujer y Torgund los rodeó a ambos como un gran oso con sus peludos brazos.

El tiempo pasó y no pasó. Los minutos en el claro parecían arrastrarse o estirarse a su antojo, sujetos a la voluntad de una mente ajena a los tres.

Cuando finalmente Varley se recompuso, se separó de Xila y esta continuó la reunión; en los ojos del detective se percibía una nueva determinación que antes no estaba allí. Un sentido y un objetivo.

—Debemos centrarnos en alcanzar los Sagrados. Quedan tan solo cinco lunas hasta la luna nueva, y necesitamos coordinarnos. ¿Qué progresos hemos hecho? —preguntó Xila cambiando el foco de atención en la conversación.

—Disculpad... tanto en la última reunión como en esta habéis hecho referencia a los Sagrados, cuando yo solo conozco uno: El Dedo de Kilumaras. ¿De qué demonios habláis? —Xila y Torgund se miraron.

—Díselo —susurró Torgund.

—Es sencillo... existen tres Sagrados, Varley. El Dedo, el Ojo y el Corazón de Kilumaras.

—No comprendo... ¿Y en qué Atalaya se ubican? Conozco el Dedo. Se encuentra en el territorio de la Atalaya del Perro... pero el Corazón y el Ojo... nunca he oído hablar de ellos.

—Porque no pertenecen a Mil Ríos, detective —guardaron silencio, mientras Varley miraba alternativamente a uno y a otro asimilando aquella revelación.

—Espera... espera... ¿me estás diciendo...? No puede ser —y finalmente, como en un suspiro, preguntó—. ¿Hay más tierras aparte de Mil Ríos? ¿Más allá de la cordillera de los Dientes del Dragón? —Torgund y Xila asintieron y Varley se llevó el puño a la boca para morderlo tratando de salir de aquel sueño—. No estamos solos —susurró primero para después exclamar —: ¡No me fastidies!

—Durante la partición del mundo Kilumaras se dividió en tres sagrados. Tres partes de su ser que velarían por lo que quedaba de los Perantaraan y la creación —explicó Xila—. Y depositó dichas partes en tres regiones que evolucionarían y crecerían aisladas. Los Sagrados serían como los faros desde los cuales Kilumaras vigilaría la creación una vez se hubiera marchado.

—¿Y por qué no sabemos nada de esas otras regiones? ¿Cómo es que no las hemos visto?

—Lo que en tu tierra se llama el *manto*, y en otras partes el *velo*, o la *nada*, os ocultó a los unos de los otros.

—¿Por qué?

—No sabemos con exactitud por qué obra como obra. Pero está claro que optó por aislaros de vuestros semejantes; creemos que para evitar vuestra corrupción, como sucediera antaño. Quizá en pequeños núcleos de habitantes supuso que el mal se expandiría con menor virulencia... pero en el final... estamos viendo que, en efecto, evolucionasteis por separado y cada cual desarrolló su particular manera de pervertirlo todo: magia, superstición, corrupción, sodomía...

—Y no estáis aislados por completo —añadió Torgund—. De alguna manera, ese mal consigue comunicarse entre los tres territorios y trabaja en armonía... y por eso nosotros, los Kaimu, hacemos algo similar. Nos reunimos aquí, en este espacio, para comunicarnos y elaborar la mejor estrategia para combatirlo.

—Así que el *manto* nos aisló y nos protege a unos de otros. ¿No?

—Algo así... pero también del Mundo Antiguo.

—¿Disculpa? —Varley se volvió.

—El Manto... os oculta entre vosotros. Pero principalmente... os oculta del Mundo Antiguo. Hay más cosas que no entiendes y que serán reveladas... una vez lleguemos a los Sagrados —hizo una pausa, valorando

sus propias palabras—. Creo..., o espero. Cuando el Manto caiga... será el comienzo.

—¿De qué?

—Esperemos que del fin.

—¿Insinúas que el mundo se va acabar? —preguntó Varley, incrédulo y mareado.

—Espero de todo corazón que ese no sea el plan. Tengo fe en que sea diametralmente opuesto, pero lo que sí sé, es que este plan pasa por revelar al mundo su propio origen, sus raíces: mostrarles la verdad. Lo que suceda después... lo veremos.

—Lo que nos lleva de nuevo a los Sagrados y a la necesidad de hacer caer el *velo*... —Varley se tambaleaba ante aquella tormenta de información, mientras Torgund hablaba—. Mi chico y yo estamos ya de camino, hemos aplicado una nueva estrategia y esperamos llegar a tiempo dentro de cinco lunas.

—¿Qué estrategia? —inquirió Xila.

—Nos dejamos capturar —respondió con sencillez. Los otros dos le miraron atónitos.

—¿Perdona?

—Fue idea del chico... pero tranquilos... era la única manera de llegar en el plazo previsto. Ahora no nos estorban las patrullas y cabalgamos a buen ritmo en vez de ir a pie. La mismísima caudilla de sus ejércitos nos escolta.

—Vaaaya... ¿Caudilla? —preguntó Varley.

—Es una larga historia... en la Escala las cosas han evolucionado de otra manera, amigo. Pero hay dos aspectos que me preocupan. Sarmiento... está cambiando. Está irascible, distante, se comporta erráticamente, y creo que sigue descubriendo algún tipo de poder dentro de él que lo está desconcertando.

—Yo tengo la respuesta a eso, grandullón —dijo Varley recuperando su lenguaraz modo—. Ego ilimitado, insatisfacción congénita —enumeraba divertido—, manía persecutoria y sensación de indestructibilidad... el diagnóstico es simple. Se llama adolescencia... y el mío padece de lo mismo, solo que de manera más pedante que el tuyo.

—Pudiera ser que sí, Varley. O pudiera ser que no —sentenció Xila—. Sigue vigilándolo de cerca Torgund. Y esperemos que todo sea fruto de su

edad. ¿Qué otra cosa te preocupa?

—La caudilla, Marthia. Parecía aterrada cuando nos encontramos. De hecho, todos ellos lo parecían. Nos han seguido la pista durante leguas, y al parecer, allí por donde estuvimos un reguero de maldad nos siguió. Aún no he conseguido obtener más datos, pero debieron de ver algo que los perturbo sobremanera. Los Siniestros no se ablandan con facilidad —Varley le observó al mencionar a los Siniestros; seguía absorbiendo información como una esponja y como buen sabueso.

—Eso tan solo nos remite al comienzo de nuestra reunión, Torgund. Este mal se está expandiendo. Por alguna razón ha fijado sus ojos en nuestros protegidos y nos sigue la pista. Debemos ser precavidos. Yo también tuve que intervenir a mi manera para proteger a Sera... y conocimos a un ser inquietante. Creo que se trataba de un “*perfecto*”.

—Creo que necesitaré otra dosis de claridad aquí —dijo Varley. Con amabilidad Torgund lo instruyó.

—Un “*perfecto*” es un ser que se ha entregado por completo y sin remisión.

—¿Habláis de su alma? ¿Es eso posible?

—Imposible no es. Solo poco habitual, pues el alma no le pertenece al enemigo, y siempre queda un resquicio de salvación hasta en el ser más perverso de la creación.

—Pero en ocasiones, excepcionalmente —continuó Xila—, hay uno que cede por completo su voluntad y su ser.

—¿Y llegado el caso se puede hacer algo por él? —preguntó Varley inocentemente. Torgund y Xila se miraron con pesadumbre.

—Lo mejor que se puede hacer con un ser así es eliminarlo. Extrema como suena esta afirmación, viniendo de mí —dijo la anciana—, créeme que no hay otro remedio.

—Muy bien, esperemos entonces que no haya muchos como ese que te encontraste.

—Espero que así sea. Y porque me crucé con él os digo que quebraré una de mis normas —el grandullón contempló sorprendido a la anciana como si no se conocieran de nada—. Hasta que Sera alcance el Ojo de Kilumaras... yo viajaré con ella y su madre adoptiva... y con ese pobre desgraciado al que hemos recogido, Mejunje.

—¡Vaya! —exclamó Torgund—. ¿Tu corazón de granito se está ablandando, abuela?

—No seas imbécil, Torgund. Sabes que con un *perfecto* rondándola, su única posibilidad de alcanzar el Sagrado pasa por que yo la proteja... no en la distancia, sino a su lado.

—Bueno —el gigantón enganchó los pulgares en el cinto—. A lo mejor hasta les coges cariño.

—Ya veremos —sentenció ella—. Y ahora, dado que nuestro querido detective sigue aquí, podemos suponer que continúas tu camino con buen tino. ¿No es así?

—Bueno. Sí, así es. Espero alcanzar el Dedo en cinco días. Si no hay más contratiempos y ningún colega me vuelve a partir la nariz —miró a Torgund dándose toquecitos en la misma—. Por cierto... buen truco. Mi hombro está mejor cada vez que me reúno con vosotros, aunque mis narices sigan como un pimiento.

—Creo ver en tus ojos que entendiste lo que significaba... ¿Verdad? —dijo Xila.

—Sí, eso creo —corroboró Varley—. En fin, volviendo a la cuestión, tuvimos unas jornadas la mar de entretenidas. El Templo de los Ancianos está de nuevo en funcionamiento, se lo oculté al chico, pero podíamos escuchar los gritos y gemidos durante todo el camino. No sé de cuánto será consciente.

—Cielos —la anciana entornó los ojos—. Avanza deprisa.

—Eso me parece. El estarosta... por cierto, recientemente proclamado rey, ha promulgado nuevas leyes, según dicen por los caminos y reinstaurado antiguos cultos, precisamente al sujeto que nombrasteis en nuestro último encuentro, ese tal Bechamel.

—Baashamel —concluyó Torgund.

—Sí, lo sé... —Varley meneó la cabeza—. Qué poco sentido del humor tenéis.

—Baashamel es el nombre que prefiere el Enemigo, y no es tema de burla; aunque tiene muchos, todos de blasfema pronunciación y compuestos de lenguas muertas.

—Genial —Varley movió la maltrecha nariz de un lado a otro—. ¿Y qué es él? ¿Una especie de Némesis de Kilumaras? —Torgund rio sarcástico y Xila continuó.

—Eso quisiera él, desde luego.

—Pero no le llega ni a la altura del dedo gordo del pie —escupió Torgund.

—Era el mejor de los Mork —explicó Xila—. Solo que con el paso de las edades se ha olvidado quién es, o qué es. Sabemos que fue uno de ellos, pero ya nadie recuerda o guarda conocimientos de aquella época.

—Bueno... eso quiere decir que al menos no es todopoderoso... alguna ventaja tendrá eso.

—Visto así... pero todavía puede ser muy dañino, como has comprobado. Ves sus actos por todo el mundo. Desde el comportamiento de las personas, hasta la transformación de los animales, la podredumbre de la tierra y el oscurecimiento de los cielos. Es posible que no sea todopoderoso, pero en este mundo hasta el más débil de sus lacayos es más fuerte que el más fuerte de nosotros.

Varley escogió aquel momento para soltar la bomba:

—Creo que he encontrado un Mork.

—¿Disculpa? —inquirió Torgund, dando un paso al frente.

—¿Qué viste? —intervino Xila—. ¿Y el chico?

—Ron bien, no os preocupéis.

—¿Le has llamado Ron? —Torgund sonrió.

—Sí. Esperaba que lo aprobaras —el gigante rio—. Su nombre era demasiado complicado, por lo visto, para ser pronunciado. Aunque el mal nacido con el que nos topamos parecía saberlo todo sobre ese nombre... como vosotros sobre... el mío.

—Sí, en efecto debía ser uno de ellos. Pueden ver cosas, como el nombre real de Ron, por ejemplo. Pero ignoran otras, y no pueden ver a través de ellas. Como qué plan existe para ese chico. Y no lo ven porque no pueden entenderlo —dijo Xila

—Nosotros tampoco —terció Torgund.

—Así es. Tampoco nosotros tenemos la visión completa del plan. La diferencia estriba en que nosotros luchamos para que ese plan tenga consecución, porque creemos que será por el bien de todos, y ellos pretenden destruirlo por puro odio.

—Visto cómo se comportan me inclino a creer en lo que decís. Y empiezo a preguntarme por qué demonios no escucharía más a mis padres.

—Porque eras imbécil —Torgund palmeó la espalda de Varley, y ambos rieron.

—Eso es totalmente cierto. Si tuviéramos aquí algún tipo de taberna, melenudo, te invitaría a un pichel de buena cerveza espumosa. Y hasta pagaría yo la cuenta.

—Tiempo habrá de comprobar la largueza de tu generosidad —rio el gigante de nuevo.

—Dinos ahora, Varley, ¿qué sucedió? —preguntó Xila.

El detective se frotó las manos como si se dispusiera a degustar un festín. Y entonces narró su encuentro con Confusión. Mientras hablaba las caras de sus amigos iban cambiando y adoptando un cariz serio y preocupado.

—Pudiste haber muerto... y habríamos perdido a Ron. Lo sabes ¿verdad?

—Sí. Pero algo me decía que podía vencer a ese malparido.

—¿Cómo le venciste finalmente? —quiso saber Torgund que no salía de su asombro. Varley sonrió, ciertamente satisfecho.

—Recordé una vieja tonadilla, o acertijo que solía repetir mi padre, aquello fue lo que más lo descentró: “*Es más grande que Kilumaras, más malo que el diablo, los pobres lo tienen, los ricos lo desean y si lo comes mueres*”

—¿Y qué respondió Confusión?

—Su respuesta fue: el hambre. Pero yo le corregí, para su enorme disgusto, debo añadir. Pues la respuesta era *nada* —Xila y Torgund sonrieron abiertamente, mientras Varley recitaba:

NADA es más grande que Kilumaras.

NADA es más malo que el diablo.

NADA tienen los pobres.

NADA desean los ricos.

Cuando NADA comes mueres.

—He de reconocer que estoy sorprendida, detective. Cuando te conocí no habría dado dos gúldenes por ti. Y mírate ahora —Xila lo observaba con una profunda alegría aflorando a sus mejillas—. Kadros debió de ver algo en ti que los demás no supimos percibir.

—Eh... gracias... supongo —repuso Varley sonriendo de lado.

—Es un milagro que salieras con vida de un enfrentamiento cara a cara con Confusión, nunca he visto un perro más ladino y taimado que él —le explicó Torgund.

—Eso pensé yo... he de reconocer que fui el primer sorprendido, aunque mi propio éxito me generó varias preguntas.

—Pregunta —dijo Xila, extendiendo una mano.

—Veréis... como os contaba, en uno de los acertijos que erré. Confusión afirmaba no ser un Mork, sino muchos. ¿Cómo es posible tal cosa?

—Vaya —chasqueó la lengua Xila—. Es difícil de entender. No creo disponer del tiempo necesario para explicártelo ahora, Varley. Sería demasiado complicado. Pero no te mintió, cosa sorprendente por otra parte.

—Ya.

—¿Qué más?

—Bueno. Más que una pregunta es una reflexión que me hice mucho después de ese encuentro. Cuando ya caminábamos silenciosos por los caminos el chico y yo... recordé aquella pregunta que respondí diciendo que Confusión rendía cuentas ante Kilumaras... él rabió y ardió de furia. Pero otorgó.

—Ajá —asintió Xila—. ¿Y qué te preguntas? —Varley volvió a mover suspicazmente la nariz.

—Veréis... nunca he sido muy creyente... o tal vez era crédulo, pero no muy creyente. Sin embargo, he comprobado que, en efecto, seres como estos existen físicamente. Lo que me lleva a cuestionarme... si uno de ellos, terrible como era, reconoció a regañadientes su sumisión ante Kilumaras...

—¿Sí?

—La demostración de la existencia de uno, automáticamente supone la existencia del otro —sentenció Varley.

—¿Tú crees? —sonrió Xila de medio lado, ocultando tras aquella sonrisa una mal disimulada satisfacción.

—Bueno... no sé. Supongo que no soy un experto. Pero hace un mes no pensaba que los cuervos se transformaran en personas, ni que existieran seres como Confusión... de modo que debo atenerme a lo que me dice el corazón, y creo que en esto no yerro.

La loba y el gigante intercambiaron miradas comprensivas.

—Eres mucho más de lo que se aprecia a simple vista, amigo mío — dijo Torgund.

—Vaya. Gracias, supongo —su cara cambió por un instante y agachó la cabeza, sin que el gesto de abatimiento pasara desapercibido para la anciana loba.

—¿Hay algo más sobre lo que hayas reflexionado, que te provoca semejante pesar? —Varley dudó por unos instantes si debía hablar o callar.

—Vamos, hermano —habló Torgund, apoyando una mano grande como una hogaza sobre el hombro de Varley.

—Confusión... dijo algo antes de marchar. Me hizo un vaticinio, una advertencia.

Xila suspiró, pues sabía el tipo de argucias de las que se valían aquellos seres.

—Querido mío, debemos ser muy precavidos con cualquier cosa que emitan nuestros enemigos. Siempre dirán una mentira envuelta en medias verdades, de manera que su digestión resulte más rápida y eficaz. Pero no debes dejar que eso te turbe, pues ni ellos mismos pueden ver su propio destino.

—¿Qué te dijo? —preguntó Torgund.

—Me dijo, que antes del fin, mi sangre sería derramada.

Ninguno dijo nada más.

Torgund y Xila rodearon a Varley y lo abrazaron como a un hermano. Las palabras de poco valían ya. Todos sabían lo que debían hacer, y los obstáculos que deberían afrontar no serían más sencillos con el paso de las lunas, sino más funestos e intrincados.

Cinco días. Cinco lunas.

El destino aguardaba.

EXORDIO

Cabe reseñar que a partir de la redacción del siguiente pergamino comenzaron las dificultades para nuestro amado maestro, el criptor Lothan de Orz. A las ya mencionadas vicisitudes que tuvo que soportar, se sumaron ahora sucesos impredecibles que terminaron por minar su ingente compromiso para reconstruir el pasado.

El incendio de la Gran Biblioteca de Mil Ríos y su prolongada enfermedad, hicieron que el buen criptor perdiera un precioso tiempo del que no disponía y gran cantidad de material que todavía no había tenido ocasión de transcribir. *«Podría decirse que alguien deseaba el fracaso de mi tarea»* — llegó a mentar en una ocasión el maestro — . *«Como si no desearan que la historia fuera contada»*.

Se presentaron orgullosos los Mork, los guardianes de las sombras, ante el señor de la luz; y presentaron sus manos vacías aduciendo:

«Señor Kilumaras, varios talentos nos diste, mas tuvimos miedo de perderlos y no estar a la altura de tus deseos, y preferimos guardarlos para

mejor obrar».

Enfadado Kilumaras mostró su ira, mas también su misericordia:

«¡Qué obra mejor hallaréis que la de la vida!»

Pero los Mork callaban, pues en el fondo de sus corazones se urdían otras obras con el hilo de la envidia y la rueca de la avaricia.

Mas Kilumaras optó por dar una segunda oportunidad a los Mork y, ordenándoles partir, les prohibió retornar hasta haber creado algo con sus propias manos que fuera digno de la creación de Kilumaras.

Los guardianes de las sombras fueron y crearon con los dones que se les había otorgado. Mas fueron todas sus obras inquietantes y extrañas, pues albergaban odio en ellas y las realizaban con argucias. Y pensaban ellos que así deformaban la visión de sus hermanos, los Heldere, y por ende confundían la creación de Kilumaras.

Mas, ignorantes de los planes de Kilumaras, desconocían que toda creación le sirve y que sus planes van más allá de las obras.

Y así fueron y se presentaron de nuevo ante Kilumaras.

Sarkôn, el mayor de los Mork, fue el primero en presentarse. Ladino y taimado, habló con fingida mansedumbre a Kilumaras y dijole así:

«Te saludo a ti, el Que Trae la Luz, y te presento mi obra. Con la fuerza de mi mano he hecho sangrar a la tierra y ahora su rojo néctar mana de las montañas, y el suelo se resquebraja por su fuerza y tiembla; y su belleza solo es igualada por la energía que libera».

Creó así Sarkôn los volcanes y terremotos, y sonrió complacido recreándose en el dolor que percibía en el rostro de los Heldere, pues temían estos que aquellas obras extrañas dañaran sus propias creaciones y trajeran mayores pesares.

Mas dijo Kilumaras:

«Grande y poderosa es tu creación. Digna de ti y merecedora de respeto, Sarkôn, señor de la tierra y el fuego».

Y Sarkôn se retiró cargado de reverencias, mas no reveló a Kilumaras que en la sangre de la tierra, que ahora brota esporádica por la boca de las montañas, el señor de la tierra y el fuego fraguó a los Úng, los espíritus corruptos que aguardan su momento.

Mas Kilumaras no ignoraba los secretos de su corazón, y por ello,

apartado de todos, creo en secreto a los protectores. Y esta fue la primera partición, pues para darles forma cortó el señor de la luz uno de sus dedos y con los huesecillos del mismo los talló de su propia sustancia. Y los esparció por la tierra dándoles dones que les permitieran vigilar la creación sin alterarla. Y Kaimu los llamó: Espíritus benévolos.

La siguiente en hablar ante Kilumaras fue Trifania, para quién no pasó desapercibida la ausencia de un dedo de la mano de su señor.

«¡Oh, Kilumaras! Viendo que en mi ignorancia y sencillez no puedo igualar a mis hermanos con las obras, he creado algo distinto».

Y sabía Kilumaras que mentía, pues era poderosa en verdad.

«He nadado por los cielos, desplazando las nubes y las aves, las estrellas y las galaxias, y he creado algo inmenso e inabarcable. Lo llamo Vacío».

Y contemplaron horrorizados los Heldere el vacío, y sintieron temor ante la obra de su hermana y repudio por la malformación de sus propias creaciones.

Mas nada dijo Kilumaras en contra, pues el vacío también servía a sus planes, y muy pronto aquella insondable nada reclamaría su parte. Pues se sirvió Kilumaras del vacío en el futuro para encadenar en él a los Úng, a sus obras y a sus creadores.

«Ve Trifania, Señora del Vacío, y siéntete llena por tu obra».

Y siguieron pasando los Mork ante su Señor, colocando a los pies de Kilumaras sus creaciones, que eran obra y burla al mismo tiempo; pero todas servían a propósitos superiores. Y al ver que el Que Trae la Luz no se alteraba ante sus obras, sus corazones se cargaban de desconcierto y mayor odio.

Fue Zagut quien habló a continuación, y dijo así:

«En honor y alabanza a todo lo creado hasta el momento, he entrado en mí mismo y he llegado al corazón de la creación. Así he dado forma a un mundo completo dentro de este mundo, que vive y existe paralelo y no se percibe. Un mundo de sombras para reflejo y alabanza del tuyo, mi Señor».

Y el terror se reflejó una vez más en los presentes. Y Kilumaras no tembló, aunque sabía lo que suponía aquella obra y lo que ocultaba. Y su corazón se reconfortó pensando en los Kaimu.

«En verdad que esta es una obra extraña, Zagut, Señor de lo que permanece oculto. Ve y gobierna tu submundo sin que ambos colisionen».

Hablaron los Heldere con su señor, atónitos y aterrados:

«¿Que no ves, Señor, que están deformando tu obra?»

Mas Kilumaras respondió:

«Se envilecen y envanecen con cada nueva creación que me ofrecen, pero los créé libres como vosotros, y libremente se conducen por un camino que han elegido».

«Pero su libertad será la ruina de la creación».

Replicó Kilumaras por el contrario:

«Sus obras serán la salvación de la creación, mas no lo saben y no lo ven. Y tan solo al final lo entenderán».

Y los Heldere se retiraron compungidos, pues tampoco entendieron a Kilumaras.

Habló pues el último de los Mork, Fasto.

«Kilumaras, Señor de la Luz y la noche, de la vida y la muerte. Me he alzado sobre la creación y la he contemplado. Y conmovido por su belleza he querido gritar a todo el universo su maravilla. Y de mis gritos han brotado descargas y rugidos de imponderable hermosura que jalonarán los cielos y decorarán el firmamento».

Los Heldere callaron, aunque Mystal Dama de los cielos, lloraba apenada cada vez que su obra era rasgada por la de su hermano.

«Poderosa es tu voz y hermosa y terrible tu creación. Ve, Fasto, Señor de las Tormentas, surca los cielos con tu energía si así te lo dicta el corazón...»

XIII

LA CASCADA

...que latía dentro de su pecho de manera desaforada, mientras trataba de disimular los papeles que tenía esparcidos sobre el escritorio.

El mal nacido se había presentado de repente, como salido de la nada y había pillado al Gran Druida, al Alquimista Supremo, al Portavoz de los dioses perdidos, en plena faena: aliviando la vejiga.

A Jnum, como era sabido, no le gustaban las sorpresas.

«¿Qué haría allí? ¿No se suponía que debería estar tras esas chicas, más allá del Bosque Espeso? ¿Y cómo ha llegado tan aprisa?»

Cosas como aquella se preguntaba el venerable alquimista, mientras se abrochaba los pantalones con torpeza.

Cuando tomó conciencia de su inoportuna presencia, salió precipitadamente de la mugrienta letrina y se abalanzó sobre el escritorio, tratando de ocultar sus estudios a ojos del hermano Ars. Si es que acaso quedaba algo del hermano Ars bajo aquel viejo pellejo de vino.

Pero el cetrino y enjuto ser estaba ya sentado delante de su escritorio, con la característica sonrisa siniestra a la que el gran druida había empezado a acostumbrarse.

Recobrando en parte la compostura, Jnum se alisó la túnica, carraspeó y ordenó los papeles y viales que poblaban su mesa, como si Ars nunca hubiera estado allí. Dejó pasar unos minutos en un vano intento de demostrar quién mandaba, pero aquello tan solo parecía divertir más al ser que ocupaba la silla de su despacho, pues su sonrisa se iba haciendo más amplia segundo a segundo; tanto, que Jnum retiró la vista con desagrado, al comprobar cómo las comisuras de sus labios comenzaban a rasgarse como un papel amarilleado

por la edad.

—¿Está bien! —dijo al fin Jnum, sin poder soportar por más tiempo aquella sonrisa—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Resulta gracioso que lo preguntes de esa manera —la sonrisa se abrió más, y las comisuras se rajaron permitiendo atisbar las líneas molares a ambos lados de su rostro. Jnum ahogó una arcada, y el hermano Ars redujo bruscamente la sonrisa a un rictus severo. El gran druida se llevó un pañuelo a la boca, como si se protegiera de una extraña enfermedad.

—¿A qué te refieres con “gracioso”?

—A nada —respondió una anciana—. Al hecho de que en tu pregunta estaba implícita tu respuesta —y una risa de bebé brotó de sus labios. La típica risita nerviosa de un bebé de pocos meses que en otras circunstancias habría resultado contagiosa, pero que en aquel momento helaba la sangre. Tan bruscamente como había empezado, cesó, y Jnum tomó asiento.

—Muy bien —cruzó los dedos encima del escritorio—. ¿Qué quieres? ¿Y qué haces aquí cuando se suponía que deberías estar a días de viaje dando caza a esas dos muchachas?

—No te preocupes por eso. Sigo sobre la pista y pegado muy de cerca a su rastro.

—Pues me gustaría saber cómo, dado que estás aquí amargándome el día.

—Tu comentario me duele —afirmó una niña—. Salvo por el hecho de que poco me importa tu opinión —respondió la antigua voz de Ars—. Estoy con ellas ahora mismo, y estoy contigo también.

Jnum reflexionó sobre aquello, arrellanándose en el asiento. Después se acodó sobre la mesa y dirigiéndose al ser, preguntó con voz tímida:

—¿Eres capaz de bilocarte? —la sonrisa de Ars se abrió una vez más, permitiendo ver hasta la última muela picada y amarilla de su dentadura. Jnum asintió—. Tomaré eso como un sí, entonces. Pues dime, ya que me haces gozar de tu presencia, ¿por qué mis hombres me informan que te distanciaste de ellos y te lanzaste a capturar a las fugitivas en solitario?

—Te informaron mal.

—¿Ah sí?

—No estaba solo. Nunca estoy solo —afirmó la voz de un adolescente, cuyos gallos hicieron hincapié en la palabra “solo” por dos veces.

—Vale... me es indiferente. La cuestión es que dejaste atrás a mis hombres... y tú —dijo señalándole con el dedo— eres culpable de haberlas perdido, y te haré responsable por ello llegado el día.

El hermano Ars se incorporó apoyando lentamente los puños sobre el escritorio, el gran druida podría jurar que no lo recordaba tan alto. Pero allí estaba, enorme como el baluarte de un castillo.

—Deberías ser más cauto al emitir tus palabras, gran druida —la voz amenazante de un niño hablaba, cambiando repentinamente a la rasposa y siseante voz de un ser desconocido, que Jnum sabía no era humano. Si los simios y reptiles pudieran hablar, se dijo, tendrían aquella voz—. ¿O prefieres tal vez que haga público tus pequeños negocios? ¿Quieres que todo el mundo sepa el fin de tus hermosas fiestas orgiásticas? ¿El negocio de los bebés? —Jnum lo contempló con los ojos muy abiertos, era imposible que Ars supiera aquello, había estado a kilómetros de allí cuando todo eso fue conciliado—. Sí. Sé lo que te transmitió el cuervo Huginn, no me mires así... ¿o tal vez... preferirías que explicara los experimentos que realizas con los fetos descartados? ¿Quieres que todo el mundo sepa que cambias de apariencia gracias a ellos, y que posees a toda doncella que te place bajo distintos rostros?

A esas alturas la cara de Jnum lucía desenchajada. Y el latido nervioso con el que recibió al hermano, se había convertido en un bombeo agresivo que casi dolía en el pecho.

Jnum optó por dejar correr la situación, en vista de que no podría vencer.

—Está bien, de acuerdo. Pero eso tan solo responde a mi segunda pregunta. Ya sé qué haces aquí. Pero ¿y mi primera pregunta? ¿Qué quieres?

—¿Yo? —preguntó una tierna niña—. Nada.

—¿Entonces?

—Me dejé caer por aquí... para comprobar que lo que es de mi señor sigue en orden. Y para recordarte tus compromisos y no dejar que flaquee tu voluntad.

—Pues es un detalle. Ya lo has comprobado, ahora puedes irte —Jnum sacudió la mano nervioso hacia la puerta como si espantara un moscardón.

—Ya me iba... Gran Druida —Ars inclinó la cabeza, burlón. Se incorporó y abandonó lentamente la estancia. Una vez en el umbral giró sobre

sus pies, y mirando con unos ojos vacíos de vida y vidriosos a Jnum, añadió —. No olvides lo que has visto hoy aquí... estaré observando, puedo estar en todas partes o en ninguna.

Tras eso subió las escaleras y desapareció, dejando a Jnum sumido en un torbellino de ideas. El Portavoz de los dioses perdidos, título rimbombante y ya obsoleto, se recostó sobre el respaldo y estiró las piernas como cuando era un crío, y se dio cuenta de que sus manos temblaban. Y no podía controlarlas. Exhaló varias veces y vio cómo su aliento formaba cristalillos en el aire. «*¿En qué momento pensé que sería buena idea someter al hermano Ars a aquel proceso?*» se dijo.

Qué frío tenía.

* * *

Sera tembló y sufrió varios escalofríos sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Se frotó el pecho varias veces con los brazos. Tania y Mejunje abrían la marcha, que ya hacía varios días que transcurría por las mismas tierras muertas, sin vegetación, sin un hálito de vida. La propia monotonía del paisaje desolado arraigaba dentro de uno mismo y sumía el optimismo en la más negra de las penumbras. Cuando día tras día y noche tras noche convives con un sitio así, alimentándote de raíces, insectos y alguna distraída alimaña, tu voluntad se vuelca y se convierte en desesperación.

Pero Tania los espoleaba, siempre hacia delante, siempre hacia el límite de la Cascada, buscando el borde septentrional de la *nada* y arrojándoles breves miradas de reojo.

Su fuerza era la de los dos muchachos, que la observaban caminar firme con su bracamarte al cinto, como si nada la pudiera detener, y se obligaban a seguirle el paso para no resultar una decepción para ella, y lo que era más importante, para sí mismos. Una mezcla de orgullo y pundonor adolescente que la joven Tania explotaba para hacerles viajar más deprisa, ansiosa por salir cuanto antes de las tierras de Más allá del Río.

—¡Ánimo, muchachos! —se volvía de cuando en cuando para alentarles —. Falta poco. Hoy, al anochecer, llegaremos a nuestro destino. ¡Justo a tiempo!

A tiempo para lo que fuera que tuviera que suceder, aunque aquella parte decidió omitirla por razones obvias y la guardó para su propio

desasosiego.

Esa noche sería la luna nueva. Esa noche, si conseguían llegar hasta el Ojo de Kilumaras, sabrían si todo había valido la pena, o si tan solo se guiaban por una ciega superstición. Pero para ello debían llegar a la Bahía Vedada y, desde allí, atravesar la estrecha cadena de puentes colgantes que se suspendían entre las lágrimas de Kilumaras: un archipiélago flotante de islotes rocosos abandonados, que se comunicaban desde tiempos remotos con dichos puentes y acercaban al aventurero ocasional hasta el Ojo. Pero ya no eran muchos aquellos que se acercaban a esta zona, unas tierras ya proscritas y consideradas malditas por el gremio de druidas, que tenían orden de limitar el acceso y detenían al caminante que se adentraba en ellas.

Y hacia allí se dirigían Tania y los muchachos, dispuestos a abrirse paso hasta el Ojo si fuera necesario.

Los soles iban cayendo lentamente y se escondían tras el horizonte, dos bolas rojizas fulgurantes, como los ojos rabiosos de alguna bestia de leyenda, ocultándose tras unos párpados imaginarios. Sus rayos mortecinos se extendían como dedos sobre la ceniza de la tierra y jugueteaban, ajenos al mundo, con sus luces y sombras entre los remolinos y corrientes de polvo.

Sera se rezagaba, arrastrando los pies como un condenado, y Tania se esforzaba por acompasar sus pasos con los de ella para no forzarla. Llevaba dos días percibiendo que algo le sucedía, pero aunque tenía sus sospechas no quería agobiarla. A su debido tiempo se lo diría.

Claro que, su debido tiempo llegó al cabo de quinientos pasos más haciendo surcos en el suelo como un labriego.

Sera se dejó caer de rodillas, se llevó las manos al bajo vientre y dejó escapar un gemido de dolor. Tania corrió a su lado, mientras Mejunje, que no entendía qué demonios pasaba, se hizo a un lado.

—¿Por qué no me avisaste, Sera? —preguntó Tania, una vez arrodillada junto a ella, a la vez que extraía de su morral un pellejo con algo de agua. La niña alzó la vista con gesto de dolor.

—No quería retrasarnos.

Tania sacó también un paño y comprobó que, en efecto, Sera estaba manchada de sangre de cintura para abajo, a lo largo de la pernera de sus pantalones corrían unas manchas de color pardusco.

—¿Está herida? —preguntó Mejunje.

—En absoluto, chico —respondió Tania—. Es tan solo algún tipo de broma cósmica que las Erinias arrojaron sobre las mujeres para burlarse de nuestra fragilidad.

—¿En serio? —gimió Sera.

—Sí, hija mía. Pero cada mes les demostramos que somos más fuertes que su mezquina venganza —la niña se sentía reconfortada de alguna manera con aquella historieta. Aunque sabía que su madre las inventaba, el hecho de sentir que debía demostrar a quien fuera que era más fuerte de lo que se creía, le daba arrestos para seguir adelante.

—Venga, caminemos un poco más. Debe haber algún arroyo cerca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mejunje. Y Tania señaló con un dedo hacia delante.

—Por ese pequeño animalejo —apuntó el dedo hacia una pequeña salamandra que correteaba entre el polvo, confundiendo su piel con el entorno—. Por muy maligna que sea su especie... en algún momento tendrá que echar un sorbo. Y dado que llevamos varios días sin agua... creo que nuestro pequeño lagarto sabrá donde encontrarla.

Dicho aquello, ayudaron entre los dos a levantarse a Sera y reemprendieron la marcha, siempre hacia el norte, buscando ahora con deseo una corriente cristalina.

No tardaron en alcanzar a la escurridiza salamandra, que correteaba hacia unas pequeñas rocas junto al camino. El animal aceleró repentinamente el ritmo y se deslizó entre dos piedras desapareciendo.

—¡Maldición! —exclamó Mejunje. Dejaron a Sera en el suelo, recostada lo más cómodamente posible, y Tania se aproximó entre las rocas para explorarlas. Las tanteó con las manos, y apoyó la oreja sobre su fría superficie. Las rodeó a izquierda y a derecha y entonces vio algo que atrajo su atención.

—Musgo... —susurró. Desenfundó su bracamarte y, despacito, fue golpeando con la empuñadura las formaciones rocosas, hasta que dio con una que sonaba especialmente a hueco. Allí descargó repetidas veces y con fuerza la culata de su arma; el sonido reverberaba en el vacío interior de la tierra, pero asustaba más su resonar en el vacío exterior del mundo yermo. Mejunje miraba en todas direcciones como si esperara que un enemigo imaginario acudiera al reclamo de aquella orquesta.

Al décimo golpe Tania retiró la espada, resollando, y un fino reguero de agua empezó a correr entre las rocas. Sonriente se volvió hacia los muchachos y descargó dos golpes más contra la piedra. Entonces, un generoso chorrillo de agua brotó tímidamente, empapándole las botas.

—¡Agua! —exclamó risueño Mejunje, que se precipitó hacia la roca y ya se hinchaba a dos carrillos el gaznate.

—¡Vamos! —dijo Tania a Sera—. Bebe un poco y te lavaremos —y volviéndose hacia el chico que yacía satisfecho panza arriba—. ¡Mejunje! Tú llena los pellejos mientras tanto.

Transcurrió una hora, en la cual se repusieron, lavaron y comieron las pocas provisiones que habían podido reunir por el camino. Tania preparó una infusión de jengibre con corteza de calambre, utilizando su propia reserva de hierbas que cargaba en el macuto. Cuando el agua había hervido largo rato en un pequeño fuego, se la ofreció a Sera.

—¡Puaj! —exclamó la niña cuando el brebaje rozó sus labios—. Está asqueroso.

—Sí —confirmó Tania—. Y también te aliviará los dolores. Créeme, sé de lo que hablo.

Sin rechistar, pero dejando ver su disgusto en una mueca de asco, Sera bebió rápidamente la infusión.

—Muy bien. Descansaremos media hora más y después nos pondremos en marcha. Los soles ya se han puesto, y la luna debe estar a pocos minutos de hacer su aparición. Quiero llegar al Ojo antes de medianoche.

Dormitaron durante ese tiempo, y cuando Tania lo ordenó, se pusieron en camino una vez más, sin la menor objeción.

Una fría brisa barría las tierras baldías de norte a sur, una corriente que parecía arrastrar cantos y voces de épocas pasadas y que anunciaba con su helor la cercanía de la *nada*.

No muy lejos de allí vislumbraron dos grandes postes de robusta madera, culminados por un rudimentario dintel. Era la entrada este de las Lágrimas.

La añeja red de puentes colgantes se extendía a partir de ese punto, hasta llegar saltando de isla en isla hasta el Ojo de Kilumaras.

—¡Observad! —dijo Tania extendiendo su brazo en dirección al portal—. Las Lágrimas de Kilumaras. Ya están cerca.

—Y hemos conseguido alcanzarlas sin más encuentros desagradables —comentó Mejunje.

—Sí. Y yo me siento mucho mejor de mis dolores, gracias madre —concluyó Sera, mientras Tania le revolvía cariñosamente el pelo.

Después, fijando la vista al frente, hacia su destino, sintió un leve escalofrío. No era raro a estas alturas de sus andanzas sentir semejantes cosas, pero por alguna razón decidió que era mejor prevenir.

—Escuchad. Quiero que todos llevemos un arma —los muchachos la miraron con inquietud—. No creo que pase nada, ¿de acuerdo?, pero es mejor estar preparados para cualquier eventualidad —los miró primero a uno y después al otro para confirmar que entendían sus palabras—. Muy bien. Tampoco es que tengamos gran cosa. Yo seguiré llevando mi bracamarte, pero quiero que cada uno de vosotros llevéis al menos algo con lo que podáis cortar y tajar.

Tania revolvió entre sus pertenencias y extrajo una pequeña daga que entregó a Mejunje. El muchacho la aferró por la empuñadura como si le hubieran entregado un lagarto venenoso. Tras eso, desprendió de su cinto una deslucida hoz. La misma que solía utilizar para buscar hierbas y recolectar bayas en Bosque Espeso. Era antigua pero bien afilada. Se la entregó a Sera y la muchacha la empuñó con seguridad, pues no era la primera vez que hacía uso de ella, claro que para recolectar. En esta ocasión la utilidad resultaría bien distinta.

—Muy bien. ¡Y ahora en marcha!

El singular trío avanzó decidido hacia los puentes colgantes. En la penumbra de la noche no apreciaron las dos siluetas que guardaban la entrada hasta que estuvieron a pocos metros de las mismas.

Tania hizo un gesto rápido y repetitivo con la mano izquierda, mientras empuñaba el bracamarte con la derecha. Ambos muchachos se agacharon y avanzaron tras ella despacito y midiendo cada pisada para no hacer ruido.

Las siluetas tomaron forma.

Eran dos encapuchados, las túnicas que vestían eran típicas de los druidas en la Cascada.

No iba a ser todo tan fácil, pensó Tania, pero en cualquier caso eran solo dos. Y los druidas no eran precisamente famosos por sus habilidades en

el combate. No obstante, debían ser precavidos.

—¿Ajónde crejéis que vaijs? —la pregunta surgió de ambos hombres al tiempo. No podrían haber determinado si hablaba el de la izquierda o el de la derecha. Pero la voz resultaba entrecortada, rasposa y confusa.

—¡Queremos pasar por la vía de las Lágrimas! —exclamó Tania renunciando a toda sorpresa—. No queremos problemas.

Ambos druidas no se tomaron la molestia ni de volverse, seguían ofreciendo sus espaldas al mundo, a la Cascada en general. Como si más que vigilar quién pudiera salir, vigilaran quién pudiera entrar.

—¡Ja, ja, ja! —rieron a coro, perfectamente sincronizados. Y hablaban de la misma manera. Desde fuera parecían marionetas reproduciendo la voz de un actor tras el telón.

—¿No quige pojbevas? Vojotros soijs el pojbeva.

Lentamente se giraron hacia la izquierda al mismo tiempo. Llevaban algo en las manos, y a esa distancia, bajo la vaga luz de la luna que se alzaba ya en el cielo, tan solo podían asegurar que goteaba.

Tania sintió un frío monstruoso y empezó a tiritar, al mirar hacia Mejunje y Sera comprobó que sufrían del mismo mal.

—Queremos pasar. Podemos pagar —dijo Tania, fijando su vista en la oscuridad palpable que habitaba bajo las capuchas.

—Y pajaréis... —dijeron ellos. Entonces, bajo las sombras de las capuchas se encendieron dos pares de abrasadoras ascuas que debían de ser sus ojos, como si hubieran abierto unos intangibles párpados y tras ellos se cayera en una fragua maligna.

Sera y los demás dieron un paso atrás asustados.

Con la luz trémula que emitían aquellos malévolos ojos pudieron al fin atisbar lo que llevaban en sus manos. De la mano izquierda de ambos druidas pendía un extraño gancho como el que usaban los carniceros en la aldea para colgar las piezas de la matanza. Y en el afilado extremo de cada gancho, clavadas a ellos como percas a un anzuelo, colgaban dos cabezas, atravesadas una por los carrillos y la otra por el paladar. Los muñones sanguinolentos de sus cuellos goteaban lentamente sangre oscura, y los jirones de piel que pendían de las cabezas indicaban que las mismas habían sido arrancadas y no cortadas.

Los escalofríos fueron a más, cuando los druidas retiraron sus

capuchas, y espantada, Tania comprobó que carecían de cabeza. Sin embargo, las capuchas se habían sostenido en su sitio en todo momento, como si hubieran tenido algo entre los hombros. Y ahora los ojos ardientes como el fuego, colgaban suspendidos en el vacío semejantes a dos astros.

Los druidas volvieron a hablar.

Mejunje comenzó a gemir asustado al ver cómo las cabezas en los ganchos emitían extraños sonidos rasposos, tratando de articular palabras con sus labios mientras aquellos hierros atravesaban sus bocas.

—Venij... oj esperábamos.

Tania empezó a retroceder con el bracamarte apuntando a aquellas criaturas.

—Despacio, Sera... atrás Mejunje. Nos vamos.

—Pero tenemos que llegar antes de que la luna... —empezó Sera.

—¡Es igual! Si nos matan importará poco que lleguemos a tiempo. ¡Atrás he dicho!

Retrocedieron poco a poco, pasitos lentos al principio y precipitados al final, y cuando giraron sobre sus talones para dejar atrás a los engendros, dieron de bruces con su peor pesadilla.

Un niño de voz inocente preguntó:

—¿Ya os ibais? —y saliendo a la pálida luz de la luna contemplaron al hombre de muchas voces con el que cruzaron sus pasos en la posada de infausto recuerdo, El Glotón.

El desagradable anciano, con voz de niña, repitió la pregunta.

—¿Ya os ibais? Pero si acabamos de llegar —una horda de druidas decapitados y ojos ardientes apareció tras él, todos ellos portando sus cabezas chorreantes en otros tantos garfios.

Tania dio un paso al frente mientras se mordía los carrillos y apretaba la lengua contra los dientes; no sabía por qué, pero pensó que después le dolería la mandíbula. De algún modo aquello le hizo sonreír, pues para preocuparse por su mandíbula primero tendría que salir viva de allí.

—¿Os gusta lo que les he hecho? —preguntó Ars en su versión femenina, abarcando con sus brazos las docenas de druidas agrupados a su espalda—. No creáis que fue tarea sencilla. Requiere tiempo y esfuerzo separar una cabeza del cuerpo sin las herramientas adecuadas.

Empezó a sonreír mientras lo decía. Tania quiso cerrar los ojos, mas no

pudo, atraída por el extraño poder que existe en el horror. La sonrisa siniestra de Ars se hacía tan amplia que sus mejillas se rasgaban por las comisuras dejando ver hilera tras hilera de dientes.

—¡Aléjate, monstruo! —masculó Tania tratando de parecer fiera, aunque si no le quedara algo de respeto por sí misma, estaría ya mojando los pantalones.

El ente, anciano como era, avanzó chascando la lengua y haciendo gestos negativos con cabeza y manos.

—No, no, no, no, no... ¿cómo se puede ser tan vulgar? —su voz era como la de los académicos y eruditos—. ¿Monstruo? Por favor... que obscenidad.

Tania blandió delante del rostro de Ars su arma, el acero silbó pasando a pocos centímetros de su cara. El adoptó un rictus severo: los ojos de cristal, el ceño fruncido, la barba sucia y pegajosa por la falta de higiene.

—Te lo diré de otra manera... mujer. Coge al chico y deja a la niña. Vete, corre a tu madriguera, hoy seré benévolo. Sienta bien ser benévolo de cuando en...

—Lo que te sienta bien es el poder de decidir sobre la vida y la muerte. ¿Verdad? —se atrevió a interrumpir Tania, a lo cual Ars le devolvió una fría mirada—. Yo me burlo de tus ofertas y magnanimidad. No es bondad, cuando sabes que tarde o temprano... nos matarás a todos.

—Chica lista... —dijo con voz de niño, seguida por la tierna lengua de trapo de un bebé que respondió como si mantuvieran un diálogo entre ellos—. Quizá deberíamos arrancarle la cabeza y convertirla en uno de nosotros.

—¡Atrévete! ¡Prefiero elegir el día y la hora de mi muerte antes que dejarlo en tus manos!

—Palabras, palabras, palabras, palabras... —y cada vez que repetía “palabras” una voz distinta acudía. El cerco de druidas decapitados se fue cerrando—. Es una lástima que estés sola, y una delicia que pueda reservarte cosas peores que la muerte dado que no temes a esta.

—¿Quién ha dicho que esté sola? —la voz llegó fuerte y repentina como un terremoto del exterior del círculo. Los muertos vivientes y su señor volvieron la cabeza hacia el origen de la pregunta.

La anciana parecía avanzar hacia el cerco con pasos pesados y torpes, propios de su aparente edad.

Sin necesidad de solicitarlo las filas de druidas se abrieron dándole acceso al centro de la formación. Se apartaban a derecha e izquierda formando un pasillo, repelidos por su presencia.

Las cabezas sangrantes de los ganchos gemían, algunas aullaban y otras proferían ingentes amenazas y blasfemias.

Cuando alcanzó a Tania y los muchachos, y se situó entre ellos y Ars, Tania percibió algo familiar en el único ojo que la miró de reojo. Sin mayor interés, la venerable mujer encaró el rostro del desagradable ser al que se enfrentaba. Sin embargo, Tania escuchó su voz con claridad en su cabeza, como si hablaran a su lado:

«Cuando tengas que correr corre. Y no mires atrás. Lleva a los chicos contigo, sigue los puentes, siempre hacia delante por el camino recto y nunca te desvíes».

«Te conozco» —afirmó Tania.

«Ya lo creo que me conoces, parece que no dejamos de vernos en los últimos tiempos».

Haciendo una mueca de disgusto, Ars comenzó a hablar. Su voz era pausada, propia de un diplomático.

—Aparta de mi camino, anciana. No eres rival para lo que ha de venir. Y estoy cansado de que te entrometas en mis asuntos.

—Es que da la casualidad de que tus asuntos son mis asuntos... hijo de Sarkôn.

«Tú eres la loba... de alguna manera... sé que lo eres» —dijo Tania mentalmente.

«No lo olvides. Corre y no mires atrás. No hay nada que podáis hacer tú y tu espadón. Y mucho menos espoleando a dos niños».

—Vaya... veo que mi fama me precede —respondió Ars con ironía—. ¿Cómo lo has sabido? Podía tratarse de cualquier familiar inferior, y sin embargo...

—Apesta a la estirpe de Ûng. Hiedes a corrupción —el niño que Ars llevara dentro rio divertido.

—Me rindo, hermana —alzó las manos cómicamente—. Pero creo que reiteraré mi petición —y cambiando a la sibilante voz de un reptil, añadió—. ¡Aparta de mi camino! Ningún Kaimu decrepito detendrá el destino de este mundo.

—No concibo aún si mi deber es detenerte o no, Ûng. Es posible que ninguno de los dos comprenda lo que está pasando, y mucho menos el destino. Pero sí que entiendo que mi lugar está aquí. Entre tú y estos humanos.

—Ah... los humanos —abrió los brazos en cruz y se balanceó de lado a lado como un títere—. Mira a tu alrededor, ¡loba!, y dime qué ves —Xila recorrió con la mirada el cerco de druidas decapitados, que tan solo aguardaban una orden para arrojarse contra ellos—. ¿Lo entiendes? ¿Ves qué ahora están mejor, cuando aceptan su auténtica naturaleza?

—¿Qué hiciste, Bestia?

—¿Yo? —rio con voz aniñada—. Absolutamente nada. Fueron ellos mismos. Las voces que habitan en ellos lo ordenaron y se arrancaron las cabezas. Hace tiempo que son meros cascarones; a todos los efectos, *nosotros* controlamos sus vidas. Aaah... Deberías haberlos visto, hermana, fue un verdadero espectáculo.

—No controláis sus vidas... Bestia... no las de todos, al menos.

—Por poco tiempo —siseó él—. Pero basta ya de dilatar lo inevitable. Te lo repetiré una última vez... ¡Aparta de mi camino y vete!

Xila dobló las rodillas entonces con aparente dificultad, el brazo estirado apoyándose en su cayado. Con parsimonia sacudió las anchas mangas de sus vestimentas y, alargando un dedo, comenzó a escribir extraños caracteres sobre la ceniza del suelo. Tania, Sera y Mejunje se juntaron más buscando refugio tras la encorvada espalda de la anciana.

Todos los druidas y el propio Ûng se sintieron de alguna manera inquietos, y un temblor de ansiedad recorrió sus filas como una oleada de viento entre las hacinadas copas de un bosque: el mismo rumor, el mismo sonido y murmullo.

Pero Xila continuaba escribiendo en la tierra.

—¿Qué haces? —preguntó con vehemencia la voz de niño. Mas no obtuvo respuesta—. He preguntado. ¿Qué haces?... respóndeme.

—Sabes que ni tú ni yo respondemos el uno ante el otro. Y tú mejor que nadie, Ûng, deberías saber que la Palabra de Kilumaras está escrita en la misma tierra que creó. Es la Magia Insondable, de la cual habéis olvidado toda existencia, sumidos en vuestra oscuridad.

Repentinamente Xila golpeó el suelo con la mano, una palmada seca, fuerte, que resonó como si hubiera golpeado un gong.

Los símbolos del suelo brillaron y se apagaron en un instante.

Al principio, un fino velo de partículas de arena se alzó alrededor de la anciana como una corona de ceniza al viento. Al segundo, la corona se convirtió en una oleada y al momento en una tormenta.

La ceniza golpeó como una ventisca antinatural las filas de decapitados, haciéndolos rodar por el suelo y revolcarse entre lamentos, gemidos y crujir de dientes, una melodía más propia del inframundo que del mundo de los vivos.

Xila contempló aquellas bestias temerosas y postradas, que por primera vez en sus malogradas existencias saboreaban el miedo. Sin dar tiempo a que se recuperaran, o siquiera comenzaran a incorporarse, la anciana se giró hacia Tania y gritó con voz tronante:

—¡Corred por vuestras vidas!

Tania aferró por el cuello de las chaquetas tanto a Sera como a Mejunje y salió a toda prisa saltando por encima de los dos druidas descabezados que le habían cerrado el paso en primera instancia.

Xila retrocedió caminando de espaldas tras ellos, sin dejar de mirar a sus enemigos, para, tras veinte pasos, girar sobre sus talones y correr con la energía propia de un jovenzuelo hacia las Lágrimas. Al saltar por encima de los dos druidas, que ya empezaban a incorporarse con sus labios emitiendo sonidos lastimeros, Xila tocó en la frente a cada uno de ellos con el anillo negro de su mano y ambos cayeron al suelo. Un último hálito salió de entre sus dientes y una nube negra brotó de sus bocas, hasta que quedaron rígidos, quietos, pero serenos.

A sus espaldas, la horda de muertos se puso en pie, y al grito de: “¡No dejéis que escapen!”, se arrojaron como autómatas hacia los puentes colgantes.

Sera corría delante de Mejunje, y Tania cerraba la marcha, echando rápidas miradas hacia atrás de cuando en cuando, para comprobar que la anciana loba los seguía.

Los carcomidos tablones de las pasarelas gemían mohínos bajo sus pies, pero no tenían tiempo de pararse a pensar si aquellas pasarelas resistirían su peso o se vendrían abajo. A pocos metros por detrás se escuchaba el estrépito de las lenguas trabadas por el acero, que proferían grandes gritos y palabras horrendas.

Ellos siguieron corriendo sin detenerse y alcanzaron la primera Lágrima, un yermo islote suspendido en medio de la *nada*, que apenas podía acoger a tres personas juntas.

—¡De frente! ¡Seguid! —llegaron las voces de Xila.

Tania empujó a los muchachos, sin pensar, por la siguiente pasarela; los ojos incandescentes de sus perseguidores brillaban como guirnaldas festivas, suspendidos en el aire de la noche. Una imagen hermosa, de no ser por los sonidos que los acompañaban: rechinaban dientes, chascaban las lenguas, escupían insultos.

Aquellos que se acercaban demasiado a Xila, hacían oscilar en el aire sus cabezas empaladas, como si se tratara de macabros manguales. La anciana se revolvía con rapidez y asestaba precisos golpes con su cayado de roble. Los druidas caían sobre la pasarela o se precipitaban al vacío entre gritos bestiales. Los que venían detrás saltaban sobre los cuerpos de sus compañeros y seguían avanzando, y al final, no muy lejos, Xila contempló la sonrisa macabra de Ars desfigurándole el rostro y rasgando sus carrillos. Sus miradas se cruzaron por un instante, y Xila vio el vacío ávido que habitaba en aquellos ojos mortecinos y de opaca mirada.

Con la vara sacudió el muñón que fuera el cuello de uno de los druidas y lo empujó contra sus compañeros. Retrocedió varios pasos ante el agresivo impulso que tomaban de nuevo, y con un rápido movimiento de su mano deslizándose sobre el cayado, hizo que este se prendiera como una antorcha.

La horda se detuvo temblorosa por un instante, dubitativa.

Ars avanzó posiciones, abriéndose paso a empellones, y se colocó al frente de su ejército infernal.

—No hay salida. ¡Anciana! ¿A dónde te crees que los llevas, además de a su propia muerte? ¿Crees que en el Ojo hay algo para vosotros? —Xila respondió sosteniendo el fuego en la mano.

—No malgastaré saliva con sirvientes. ¡Desiste, Bestia! O encuentra tu final.

—Cuanta petulancia. ¡Qué arrogancia derrocha! Puede que seas sabia por anciana, pero la edad te ha vuelto orgullosa.

Ars y sus muertos avanzaron hacia Xila, deteniéndose momentáneamente al observar una peculiar sonrisa en sus labios.

—Puede ser que tengas razón —dijo ella. Tranquilamente, observó a

sus espaldas cómo Tania y los muchachos se alejaban camino de la siguiente Lágrima. No tardarían mucho en llegar al Ojo. Tan solo un poco más.

* * *

Tania se detuvo resollando, con las manos aún aferradas al pescuezo de Sera y Mejunje. Una sola pasarela restaba por cruzar, y llegarían a la extraña isla flotante a la que se conocía como el Ojo de Kilumaras. En la penumbra se apreciaba, bajo una tímida luz de luna, la ovalada estructura de la formación granítica, y las coronas de piedra concéntricas que parecían recrear un iris, una pupila y un globo ocular. Estaban cerca, pero ella no sabría continuar una vez llegaran allí; ¿qué demonios iba hacer ella con aquellos dos adolescentes?

Eso le trajo de vuelta al presente y al bullicio que resonaba tras ellos. Se volvió y contempló a Xila cerrando el paso a una enorme horda de bestias sobre la decrepita pasarela suspendida en el vacío.

La respiración se fue normalizando. Vio cómo la anciana loba encendía de alguna manera el cayado que enarbolaba como un estandarte, y sus enemigos se detuvieron.

Hablaban. La duda le golpeó como un granizo frío. ¿Estaría traicionándoles?

Sacudió la cabeza... ¿Cómo podía pensar aquello después de todo lo que había pasado? ¿Quién vertía semejantes pensamientos en su alma?

Negó, convencida, con el rostro, espantando aquellos pensamientos. Y después, justo después, todo se precipitó.

Un pequeño destacamento de druidas se había desgajado del grupo principal y ahora corría por el conjunto de pasarelas contiguas, al oeste, tratando de rodearles por la espalda. Tania apretó los dientes. Serían unos diez, no demasiados, pero suficientes para acabar con los tres. Quiso gritarle a Xila que se apresurara, pero entonces abrió los ojos sin apenas creer lo que veía.

La anciana apoyó la antorcha a su espalda, sobre la seca madera de la pasarela, y un fuego virulento rugió de pronto tras ella, cerrando así el paso al resto y condenándola.

Desde la distancia pudo ver brillar el ojo de la loba recortado entre el fuego, y leyó claramente sobre sus claros colores lo que debía hacer. Aferró

de nuevo a los chicos y corrió el último tramo hasta el Ojo, a la vez que controlaba las pasarelas del oeste, viendo acercarse con rapidez a los furibundos decapitados.

* * *

Xila se deshizo de la antorcha y la arrojó por encima de sus enemigos. Esta cayó una docena de hombres más adelante y comenzó a lamer la madera prendiéndola a su vez.

Ars parecía reír. No mostraba temor por verse rodeado de llamas, como si entre ellas sintiera que estaba su hogar. Pero no era así el caso de los druidas, que, temerosos de la luz, trataban de escapar de ella arrojándose al vacío, y ardiendo como teas al tratar de atravesar el fuego.

Al final solo Xila y Ars se mantenían firmes sobre los tablones, mientras a su alrededor el fuego crepitaba con mayor virulencia a medida que pasaban los minutos. La madera crujía, las cuerdas restallaban y el puente entero gemía con sonidos secos y graves.

Ars exhaló un brutal grito rabioso y cargó contra Xila. Su boca pareció abrirse más y más, conforme su grito se prolongaba, y desde donde estaba Tania juraría que sus fauces se abrían como las de un león, a la par que rasgaban su rostro y dejaban asomar una temible hilera de afilados colmillos retorcidos.

La anciana corrió hacia él, con una ligereza que contrastaba con su evidente imagen de madurez. Cuando sus pasos la llevaron a estar a pocos metros de aquel ser, Xila saltó en el aire y, en pleno vuelo, se transformó en la enorme y temible loba blanca de un único ojo. Su pelaje níveo brillaba y ondulaba a la luz del fuego, sus fauces abiertas mostraban unos dientes afilados, y sus zarpas como cuchillas se adelantaron al frente buscando a su enemigo.

El choque entre ambos fue como el de dos estrellas al colisionar. Una luz brillante emanó de ambos; una oscura y mortecina brotó de Ars y una clara y cálida de la loba.

Las fauces de Xila se hundieron en la base del cuello de su enemigo y el icor negro comenzó a fluir espeso hacia su boca. La sangre era amarga, era oscura, era malvada, como el propio Ūng.

El ente se revolvió estallando en lastimeros llantos de bebé, mientras su desfigurada mandíbula, ya surcada por infinidad de jirones sanguinolentos allí donde se resquebrajaba para abrirse más, aferraba con violencia una de las patas de la loba y cerraba sus cónicos dientes hasta escuchar un sonoro “crack” que anunciaba un punzante dolor.

La pasarela ardía como una enorme bola de fuego, suspendida en el vacío como si se tratara de una tercera esfera solar, eclipsando a la misma luz de la luna nueva que dominaba el firmamento aquella noche, oculta entre las nubes. Y los dos contendientes se debatían ora adelante, ora atrás, sin ceder terreno.

* * *

En ese momento, Tania alcanzaba al fin la última Lágrima de Kilumaras a todo correr, resoplando junto a los muchachos, que se debatían entre asustados y horrorizados por una situación que los sobrepasaba.

Se tomó un segundo para hacerse una composición de lugar, giró la cabeza hacia el oeste y observó cómo los druidas, agitando sus cabezas prendidas de los garfios como si fueran boyeros con lazo, se les echaban encima. Era evidente que llegarían antes que ellos hasta el Ojo.

Entonces volvió la mirada a su espalda, y sin poder apartar los ojos de aquella panorámica, contempló el puente en llamas y a los dos púgiles empecinados en su combate y ajenos a todo lo demás.

El Ûng cerró sus dientes sobre una de las patas delanteras de Xila, y la loba aulló de dolor soltando por un instante la presa que hacían sus fauces en el cuello del otro. El ente sacudió a su presa como si fuera un conejo y la hizo rodar sobre los maderos.

Allí postrada y claramente indefensa, sus miradas se cruzaron. El único ojo de Xila brillaba incandescente pero en paz. Los ojos de Tania, en cambio, la contemplaban atónitos.

A ambos extremos de la pasarela las maromas crepitaban y comenzaban a saltar, restallando como las cuerdas de un piano al cortarlas bruscamente.

La loba realizó un gesto brusco con la cabeza indicándole a Tania que continuaran. Hinchó sus pulmones de aire y aulló. Aulló profundo, aulló con fuerza, y su aullido llenó el vacío de la *nada* e inflamó la Cascada. Su voz

animal recorrió leguas, recorrió campos, bosques y ríos como un vendaval, y en alguna recóndita estancia el Alquimista Supremo, Jnum, se encogió sobrecogido.

La pasarela se desplomó.

Las cuerdas se soltaron, y el puente se plegó bajo el peso del Úng y del Kaimu. Una guirnalda ardiente iluminó el cielo estrellado mientras se hundía en la *nada* y el aullido se perdía en las insondables profundidades.

—¡Noooooooooooo! —el grito le ardió en la garganta, pero no había tiempo. Tania empujó a los chicos de nuevo y entre empellones y tirones alcanzó el Ojo de Kilumaras.

Similar a una mesa ovalada era aquella formación de milenaria piedra, con los surcos y grabados que recordaban al ojo de algún titán primigenio, o a un perdido cíclope.

Por el otro extremo del Ojo aparecieron los druidas. Gritaban, blasfemaban y ardían de odio sus dos pares de ojos; los propios y las dos esferas ardientes suspendidas sobre sus inexistentes cuellos.

Tania se abalanzó sobre la piedra arrojando por delante a los niños.

Los tres golpearon a la par la fría roca y entonces ella gritó:

—¡Que la luz de Kilumaras me dé discernimiento y habite en mi corazón!

Los druidas rodaron por el suelo y se precipitaron al vacío gritando, sin comprender de donde procedía aquel terremoto que hacía temblar la tierra.

Se produjo un destello deslumbrante que partió el cielo y surcó las estrellas, el brillo cegador...

XIV

MIL RÍOS

...a duras penas le permitió abrir los ojos.

La taimada luz de los soles golpeaba con rabia la superficie de madera y se filtraba por entre los tablones.

La Atalaya del Oso no era más que otro rudimentario puesto de vigilancia, alejado de la capital y olvidado de la mano de las altas jerarquías, tranquilas allá en su Fortaleza del Agua. Uno de tantos bastiones levantados en los límites de Mil Ríos, con la intención de vigilar aquello que existe más allá de los Dientes del Dragón, si es que había algo tras el *manto*.

¿Pero para qué vigilar lo que hay al otro lado del *manto*, si ya nadie creía en el más allá?

La orden de construir la red de atalayas databa de cientos de años atrás, producto de alguna oscura tradición que hablaba de otros pueblos y otras gentes. Y los estarostas acordaron establecer una vigilancia perpetua de sus fronteras, ante el temor de que, algún día lejano, de entre las brumas del *manto*, se presentara un enemigo desconocido para el cual no tenían nombre.

Mas los siglos pasaron inapelables. Y la tradición, la vigilancia y la necesidad de la misma cayeron en el olvido. Y con ello vino la monotonía, y de la mano, la desidia.

Las siete atalayas se alzan en la actualidad como marchitos recuerdos del pasado, escasas de recursos, escasas de dotación, escasas de razón. Reliquias de un tiempo anterior que muchos en palacio querrían olvidar, si no erradicar.

Los dos hermanos montaban guardia desde hacía quince años en aquel lugar y nunca acontecía nada, esa era la norma. Los días se sucedían en monótonas cadencias, y se superponían unos encima de otros formando meses

y después años. Y la vida pasaba, y los vigilantes guardianes se acomodaban.

Tan solo en los últimos años algunos sucesos extraños atrajeron la atención de los guardianes; gente que desaparecía misteriosamente, muertes inexplicables, cambios en la naturaleza...

Las atalayas realizaron un cónclave y enviaron a un guardián de cada una de las posiciones para informar en la Fortaleza del Agua de los hechos registrados. Pero cuando fueron recibidos por el estarosta Rimbaud, ahora rey, su atención no pasó de ser un mero compromiso de mínimos.

Se les hizo saber que un investigador había sido asignado al caso y se cerró la cuestión. Pero cuando el nombre del investigador llegó a oídos de ambos hermanos, Marlon y Willhelm, supieron que sus preocupaciones eran irrisorias para la corte, o bien no las tomaban en serio.

—¡Santo cielo! ¿Varley? —dijo por aquel entonces Willhelm—. Si apenas puede andar en línea recta un metro.

—Pues es lo que han ordenado —corroboró Marlon, mientras cerraba el sobre sellado que habían recibido de la corte—. Supongo que husmeará a cuatro patas como un cerdo buscando trufas.

—Es evidente que alguien no quiere que se sepa la verdad, o no habrían asignado a padre el caso.

—Puede que tengas razón, hermanito —asintió Marlon.

—¿Y qué haremos? Esto no puede quedar así —afirmó Willhelm.

—Haremos lo que veníamos haciendo... recabar información, investigar y aguardar. Esperemos que llegado el momento los de “arriba” abran los ojos... y quizá, por una vez, hagan algo útil.

—No te hagas ilusiones, Marlon. He visto a Rimbaud y está desequilibrado, y no me refiero a locura, si me entiendes. Se comporta como si caminara sobre el filo de una navaja, volátil, inestable.

—Quizá tengas razón, hermanito. Pero yo creo que es el consejero Mabruk quién sujeta la correa del estarosta. Tendrías que verlos juntos. Es un espectáculo penoso.

* * *

Años después los extraños sucesos fueron empeorando, las

desapariciones aumentaron en número, asesinatos sin resolver se les sumaron; osarios profanados, cadáveres de animales sacrificados bestialmente y clavados en los troncos de los árboles o en los dinteles de las casas... y los días se volvieron oscuros y fríos.

Mas sus peticiones para que aquellos temores fueran escuchados dejaron de llegar a la corte. O quizá sencillamente se desestimaron antes de llegar a aquel que ostentaba el poder.

Así supieron que nada se haría al respecto; y el día que Rimbaud se coronó rey, asumieron que el mundo estaba cambiando y ellos se habían quedado anclados en un tiempo pasado.

Los acontecimientos que siguieron con los meses tampoco fueron de su agrado, ni contribuyeron a disminuir su alerta.

Contemplaron alarmados cómo interminables caravanas surcaban los caminos y se dirigían al antiguo Templo de los Ancianos, una vieja estructura piramidal de ominoso aspecto.

No comprendían qué interés podía tener el rey Rimbaud en la reconstrucción de aquel edificio con aspecto de mastodonte.

Por otro lado, habían observado que siempre se desviaban una o dos carretas por el Río Vuelto, hacia los dominios de la Atalaya del Oso, y aquello sí empezaba a preocuparles, pues entraba dentro de su ámbito de trabajo.

Las carretas iban siempre cargadas de piedras traídas de lejanos lugares, y siempre escoltadas por uno o dos inquietantes hombres de negro.

Pero los hermanos proseguían con su labor, tratando de mantenerse ajenos a los tejemanejes de la corte, aunque, no obstante, siempre atentos a cualquier destello de información que pudiera llegarles.

Para Marlon y Willhelm todo cambió en torno a una hoguera, una fría noche sin estrellas, degustando unas resacas patas de hurón especiadas con agracejo.

Acababan de escupir los últimos huesecillos, cuando un rumor entre los arbustos cercanos les hizo ponerse en guardia. Asentando las piernas abiertas sobre el suelo, y enarbolando maza y lanza respectivamente, escudriñaron con interés las ramitas que parecían moverse solas sin la presencia de brisa alguna.

Las juguetonas luces de la hoguera lamían sus aceros y se reflejaban en sus ojos acuosos, cuando de entre las sombras llegó arrastrándose un cuerpo.

Al principio ambos reaccionaron con precaución, adelantando sus armas y esperando un ataque. Pero, a no mucho tardar, comprobaron que el cuerpo en cuestión se arrastraba hacia el fuego resoplando, ajeno a su presencia. Marlon y Wilhelm se hicieron a un lado sin dejar de apuntar al extraño que, cuando alcanzó la hoguera, se volteó sobre su espalda y, contemplando las estrellas, suspiró.

Se trataba de un anciano que debía de tener tantos años como arrugas y cicatrices surcaban su rostro, si no más. Manchas reseca y rojizas le cubrían las mejillas y el jubón, y en las piernas dos vendas oscurecidas por la sangre desprendían un espantoso olor a queso curado.

Marlon y Wilhelm bajaron las armas. Aquel hombre estaba en las últimas y no suponía ninguna amenaza, era absurdo amenazarle.

—Agua —balbuceó el anciano. Rápidamente, Wilhelm, que tenía el corazón más pronto que su hermano, descolgó de su cinto un pellejo y se lo ofreció al moribundo.

El hombre bebió con nerviosismo, como si la diferencia entre su vida y su muerte dependiera de aquel sorbo; de tal modo se aferra a la vida el hombre, aun sabiendo que todo está perdido.

Cuando terminó de engullir, retiró el pellejo y tosió. Wilhelm trató de incorporarlo, casi acunándole entre sus brazos, mientras Marlon observaba la escena sin terminar de fiarse del desconocido.

—¿De dónde sales tú, quién eres y qué haces aquí?

—¡Marlon! —le recriminó su hermano—. ¿Que no ves que está muriendo?

—Claro que lo veo. Y eso es lo que me preocupa.

El anciano levantó tímidamente un dedo huesudo y tembloroso, señalando en la dirección por la que había venido.

—Ellos... los cuervos... están construyendo algo... —balbuceaba entre toses y silbidos que parecían provenir de su pecho— las piedras... matan a todo el que pregunta...

Marlon se acuclilló junto al viejo.

—¿Por eso estás tú así? ¿Trataron de matarte por preguntar? —el anciano asintió a duras penas—. ¿Para quién trabajabas?

El abuelo se llevó los dedos a sus raídas ropas y palmeó con la mano el escudo de la familia de los estarostas de Mil Ríos. Wilhelm y Marlon se

miraron atónitos.

—¿Insinúas que trabajas para el rey Rimbaud? —preguntó Marlon.

—¿Quién te ha hecho esto? —intervino Wilhelm.

Los ojos vidriosos del hombre se fijaron en Wilhelm, y con la mano golpeó de nuevo el escudo bordado sobre su pechera. Después de aquello sufrió un estertor y quedó quieto, con la mirada perdida en el cielo, sus ojos al fin cargados de paz. Wilhelm lo depositó en el suelo casi con ternura y le cerró los párpados delicadamente.

—¿Qué significa esto, hermano? —preguntó Wilhelm, el menor.

—No tengo ni la menor idea, hermanito —afirmó Marlon, que no acababa de entender qué sucedía.

—Deberíamos investigarlo, Marlon.

—¿Investigarlo? Si a este hombre lo han matado por trabajar para Rimbaud... es más, si lo ha ordenado matar Rimbaud, ¿para qué investigar? ¿A quién íbamos a informar?

—Puede que tengas razón. Pero averiguar la verdad no hará ningún daño. Y quién sabe... igual descubrimos algo que nos ayude a entender todo esto.

—¿Por qué siempre me arrastras a hacer locuras? ¿Y desde cuándo saber la verdad no hace daño? No hay nada en este mundo que haga más daño que la verdad; si no, mira cómo huyen de ella todos aquellos que pueden.

—Quizá tengas razón... pero si te arrastro a mis locuras es porque tú eres el hermano mayor y eres demasiado responsable para emprenderlas... para eso estamos los hermanos menores, para embarcarnos en mil aventuras y que los mayores tengáis que venir a socorrernos.

Marlon cabeceó.

—Muy bien. ¿Qué propones? —Willhelm sonrió.

* * *

A media tarde los dos hermanos habían retrocedido sobre los pasos del anciano, reconstruyendo con cuidado el camino que este había seguido. Abandonaron su puesto en la Atalaya del Oso, contraviniendo las ordenanzas, por supuesto, pero ninguno de los dos estaba por la labor de dejar al otro aventurarse en solitario por el Río Vuelto.

Pasadas dos horas desde que empezaran a seguir las señales que el anciano había dejado, escucharon un revuelo que provenía del sur.

Ruido de herramientas, canteros y carretas, relinchos de caballos y graznidos de cuervos.

Willhelm y Marlon se arrastraron sobre sus vientres por un repecho del terreno, acortando por una trocha, y se asomaron del otro lado de la ladera.

Sobre una pequeña depresión, que formaba un caldero natural, contemplaron a unas seis de decenas de afanosos trabajadores que se movían rápidos como hormigas.

Grúas, cuerdas, carretas y obreros. Picando roca, arrastrando bloques de piedra de extraño color y con extraños jeroglíficos inscritos. Todo a cubierto de miradas indiscretas, ocultos en aquella hondonada.

—¿Qué demonios hacen? —susurró Willhelm

—Ni idea... vamos —y se arrastraron siempre hacia el sur para tratar de ver más de cerca, intentando esquivar la presencia de lo que parecían ser los guardias: hombres de negro con aspecto siniestro que circundaban el campamento.

Rodearon las tiendas donde supusieron se alojaban los trabajadores, y se ocultaron tras dos deslustrados carrmatos. Desde allí podían observar los andamios y riostras que sostenían una singular estructura de piedra.

—¿Pero qué...? —comenzó Willhelm.

—Parece... parece un portal de piedra. Pero es enorme, ¡lo menos tendrá sesenta pies de altura! —dijo Marlon.

—Bastante más que la Fortaleza del Agua... ¿Qué demonios es...? —pero Willhelm no terminó la pregunta porque la mano de su hermano se ciñó sobre sus labios.

Dos guardias de negro se apostaron a pocos metros de ellos, junto a los carrmatos. Hablaban, aunque Marlon habría jurado que los oía graznar palabras más que pronunciarlas.

Las voces rasposas decían:

—Ya casi está.

—En efecto. Leviathanas estará satisfecho.

—Y el Señor también... ¿Se sabe si vendrá? —el otro cabeceó negativamente.

—Lo dudo. Es muy discreto. Le gusta actuar de otra manera.

—Entiendo... ¿Qué pasará cuando coloquen la última piedra? —su compañero rio de una manera extraña, como si fuera el crotozar de una cigüeña.

—Que comenzará —sentenció.

—Mil Ríos caerá.

—No solo Mil Ríos. El Mundo Antiguo volverá. Y todo el Mundo Suspendido caerá. El hombre... los Perantaraan caerán.

Willhelm y Marlon retrocedieron lentamente por donde habían venido, con un nudo en sus gargantas.

Hasta que no alcanzaron el Río Vuelto no osaron apretar el paso, pero, una vez allí, se desbocaron en una precipitada huida de regreso a la Atalaya del Oso.

Con las piernas ardiendo por la carrera, ascendieron a lo más alto de la atalaya, contemplando el horizonte en todas las direcciones como si esperaran un ataque inminente.

Cuando por fin se tranquilizaron y pudieron comenzar a reubicar sus pensamientos, hablaron, todavía resollando:

—Creo que está claro que el rey no está detrás de esto... ese tal...

—Leviathanas —terminó Marlon la frase.

—Sea quien sea —continuó Willhelm—, está detrás de todo.

—Eso parece... pero hablaron también de “otro”... ¿Recuerdas?

—El “Señor”, dijeron —y Marlon asintió—. ¿Y qué demonios era ese portal?

—Ni idea... pero no me gustó nada lo que oímos sobre el Mundo Antiguo.

—A mí tampoco... ¿Mundo Suspendido? ¿Qué era eso?

—Lo ignoro... pero Mil Ríos forma parte de ello de alguna manera, hasta donde he podido deducir.

Así siguieron durante largo rato, hasta que al fin Willhelm hizo la pregunta que ninguno de los dos quería plantear.

—¿Y qué hacemos ahora? —Marlon miró a su hermano sin querer contestar.

—¿No es evidente? —su rostro se volvió taciturno—. Debemos informar al Rey. Debe saberlo.

—Eso pensaba... y por eso yo seré el correo.

—No hermanito. Iré yo. Es demasiado peligroso; esta información... puede costarle la vida al portador.

—Tú estás agotado —contestó Willhelm—. Y además, yo soy el más rápido en lo que a correr se refiere. Llegaré antes que ningún otro —Marlon lo miraba sin querer dar su brazo a torcer.

—Está bien. Pero te acompañaré.

—De ningún modo. Ya hemos dejado la atalaya sin vigilancia durante suficiente tiempo. Uno debe quedarse y vigilar lo que sea que estén haciendo esos personajes. Debes quedarte Marlon.

Su hermano mayor terminó por ceder a regañadientes.

Decididos en su empresa, Willhelm se despojó de todo aquello que supusiera una carga superflua, se calzó las mejores botas que tenía y un fino jubón de cuero que aunque no le protegería del intenso frío le permitiría moverse con agilidad. Además no pensaba parar de correr hasta llegar a Mil Ríos, lo que haría que el frío resultara casi reconfortante.

Cuando estuvo todo dispuesto, Willhelm se anudó al cuello el colgante con la zarpa de un oso, símbolo que identificaría al mensajero como procedente de dicha atalaya. Marlon por su parte tomó aguja e hilo de oro y con sumo cuidado cosió los labios de Willhelm, que apretaba los dientes para contener el dolor.

Cuando hubo terminado, colocó una fina mordaza de suave tejido sobre sus labios; la tela lucía el escudo de los estarostas, el torrente con los gúldenes de oro; todavía no habían recibido las nuevas mordazas con el escudo real, de modo que tendrían que conformarse con aquel.

Y así el mensaje del Rey quedó sellado. Solo Rimbaud con su daga podría abrirlo.

Willhelm y Marlon se fundieron en un cálido abrazo con sabor a despedida. Y el menor de los hermanos saltó a la fría noche que ya caía, y comenzó a correr sin descanso hacia el este, hacia la Fortaleza del Agua, portando un mensaje de la mayor gravedad.

* * *

La Espiral es un río singular. Extraño afluente del Río Negro, que a su vez vierte sus aguas en el Río Grande.

Sus corrientes son las más bravas que cabe imaginar y las más traicioneras de entre los cauces de Mil Ríos. El curso de sus aguas sigue un recorrido completamente anormal, pues no fluye lineal como otros, sino que traza una espiral continua que parece centrifugar su caudal, y lo arroja después en un breve y precipitado descenso hacia el Río Negro.

La familia de los estarostas ordenó, años ha, que se colocaran diques de contención, a modo de presas, en la salida de la Espiral y en diversos puntos intermedios de su recorrido. Tras ello construyeron pontones y plataformas, toscos pero resistentes, en los arribes, y los distribuyeron por todo el cauce de la Espiral. Dichas estructuras flotaban a la deriva por el cauce sacudiéndose con violencia y amenazando con volcar en cualquier momento, pero nunca llegando a naufragar. Las estructuras se convirtieron en la prisión más espantosa que quepa imaginar.

Los condenados eran asignados a uno de los pontones, donde se los encadenaba por los pies. Después la plataforma se liberaba al capricho del río, y allí cumplían condena dando tumbos arriba y abajo en sus tumultuosas corrientes. Los diques a lo largo del cauce dividían el río en secciones y evitaban la comunicación o el motín entre presos. Aunque poco podían hacer, pues pasaban la mayor parte de su condena mareados o vomitando, encadenados a sus flotantes celdas.

Cuando un convicto era reclamado para audiencia, los grandes brazos de unas grúas de madera, dispuestas en puntos estratégicos, pescaban los pontones con una enorme red. El presidiario era arrastrado hacia la orilla y llevado a la oficina más cercana, donde se revisaba su caso, se escuchaban las apelaciones, se le juzgaba y, normalmente, volvía por donde había venido, sin apenas haber tenido tiempo de sentir la tierra firme de nuevo bajo sus pies.

Mabruk, consejero de la corona, entró en una de estas oficinas vestido con su túnica habitual, con las manos ocultas bajo las mangas y acompañado por dos misteriosos cuervos que descansaban sobre sus hombros.

En la oscura estancia había dos guardias y un preso arrodillado y envuelto en cadenas.

Mabruk rodeó al preso dando vueltas alrededor del mismo, sopesándolo, valorando su estado y su siguiente movimiento. Se arrodilló y se

detuvo delante del cabizbajo desdichado.

Sin mediar palabra, giró la cabeza hacia el cuervo que descansaba en su hombro izquierdo:

—¿Tú qué opinas, Huginn? —el cuervo del pensamiento graznó agresivo transmitiendo su opinión. Mabruk asintió. Después volvió la cabeza hacia el otro pájaro negro que permanecía atento en su hombro derecho—. ¿Qué dices tú, Muninn? —el cuervo de la memoria recordó los pecados del prófugo con otro fuerte graznido—. Eso me parecía a mí —sentenció Mabruk.

—Mi señor Leviathanas... —comenzó a decir el preso, pero la mano de Mabruk cayó sobre su boca como un mazo, añadiendo una nueva cicatriz a su, ya de por sí, maltrecho rostro.

—Cierra el pico... pájaro de mal agüero —replicó Leviathanas.

Con parsimonia rodeó de nuevo al prisionero, recreándose en su aspecto desvalido, alimentándose de su temor.

—Tengo entendido... —comenzó a hablar de nuevo Mabruk— que es a ti a quien debemos agradecer que tanto el chico, el único que puede reclamar el derecho a heredar el trono de Mil Ríos, he de añadir, como ese estúpido investigador que contratamos... sigan con vida... ¿verdad?

—Mi señor... —balbuceó desde el suelo el preso que escupía sangre negra mezclada con un fino plumón del mismo color.

Mabruk le pateó la cara, y un sonoro crujido restalló.

—¡Silencio! Sé lo que dirás... que capturasteis al otro; que ese era el auténtico peligro. ¡Pero qué sabrá un cuervo sobre los planes del Señor!

—Solo un niño... y un borracho... —consiguió decir.

Mabruk se agachó.

—Un niño manco y un borracho que han burlado a un Mork, un niño y un borracho cuya misión no entendemos... pero la...

—Tememos —terminó el preso. Mabruk lo miró desconcertado por un momento.

—¿Temer? ¿Temer?... no. No pueden cambiar el destino. Quería decir que no la entendemos... pero la terminaremos —agarró con la mano los carrillos afilados del hombre y continuó—. No tengo tiempo para permitirme tener miedo —dejó caer la cabeza sin ningún cuidado contra el suelo.

El consejero real se disponía a salir de la estancia cuando uno de los

guardias preguntó:

—¿Qué hacemos con él, lo devolvemos a la Espiral?

Sin responder, Mabruk alzó la mano y cerró el puño. Las cadenas que envolvían al binatural se ciñeron con fuerza y brusquedad. El preso tuvo tiempo de exhalar un graznido, antes de reventar en pedazos bajo la presión de los eslabones de metal. Una nube de sangre y plumas flotó anodinamente durante unos instantes en el aire.

—No tengo tiempo... tengo más casos que revisar. Pasemos al siguiente.

Los guardias, asqueados, comenzaron a limpiar la oficina de despojos, mientras Mabruk salía al exterior y entraba en la siguiente estancia, donde aguardaba otro preso para entrevistar.

La nueva sala estaba sin vigilancia. Tan solo un guardia en la entrada con cara de no tener ningún interés en volver a entrar. Cuando Mabruk abrió la puerta, un fuerte hedor a humedad le golpeó, como si el olor tuviera forma física. Traspasó el umbral y cerró tras su espalda, quedando a solas con el prisionero que, chorreante, permanecía arrodillado en el suelo.

Siguiendo la misma estrategia de antes, el consejero comenzó a dar breves paseos alrededor del hombre, tratando así de quebrar su aparente tranquilidad.

—Mira lo que tenemos aquí... —comenzó a hablar Mabruk. El preso no hizo ni el amago de darse por enterado de su presencia—. Dime... Kadros... ¿Dónde está tu dios ahora? —Leviathanas se alzó triunfante como si aquella frase fuera una daga que hundiera en su corazón. Kadros abrió sus dispares ojos y los levantó, clavándolos con calma en los de Mabruk.

—No lo sé... —su enemigo sonrió— dímelo tú que debes de saberlo.

—¿Yo? —preguntó sorprendido—. ¿En qué momento pensaste que yo sabría dónde...?

—No lo sé... —cortó bruscamente Kadros a un desconcertado Mabruk—. Pero dado que eres experto en huir de Él, supuse que sabrías donde estaba.

Los cuervos que descansaban sobre los hombros del consejero graznaron enfurecidos, y le habrían sacado los ojos allí mismo de no ser porque Mabruk los acalló. El consejero se aproximó al antiguo bufón de Mil Ríos y descargó el dorso de la mano sobre su mejilla, abriéndole la piel con sus múltiples y arcanos anillos.

—¿Crees que me asustaré con tus vulgares juegucitos de palabras, bufón? —Kadros lo miró de nuevo.

—En absoluto. Sé que tú estás por encima de eso, pero qué me dices de tus hombres —y señaló con el mentón la puerta, refiriéndose al guardia que permanecía fuera. Mabruk sonrió.

—Ya sabes cómo son, sabes cómo los creó. Frágiles, débiles, rencorosos, supersticiosos y, lo más divertido bajo mi punto de vista..., reincidentes —Mabruk rio—. Lo cual, si me permites decirlo, resulta encantador, pues *nos* brinda la posibilidad de disfrutar una y otra vez de los pequeños matices de sus caídas, como si asistiéramos repetidas veces a una buena comedia teatral.

—Sí. Tienes razón. Así fueron creados. Pero olvidas la otra cara de la misma moneda. El hombre es capaz de lo peor, pero también de lo mejor, aunque tú y los tuyos os empeñéis en potenciar su lado negativo.

—El lado negativo es más rápido y lucrativo para ellos. ¿No lo ves? ¿Cuántos quedan ya fuera de nuestra influencia?

—Pocos. Eso te lo concedo.

—Poquísimos... y pronto ninguno —Mabruk se acercó hasta casi besar su rostro—. Olvidasteis, amigo, que este mundo... —movió el dedo en el aire abarcándolo todo— esta tierra, este espacio, esta... dimensión, o como quieras llamarlo, *nos* pertenece. Tan solo reclamamos nuestro derecho sobre estas tierras.

—Por eso las ocultó. ¿Verdad? —Leviathanas observó a Kadros con interés.

—¿Tú qué crees?

—No puedo saberlo. Desconozco el plan —repuso Kadros—. Pero sí sé que Él no quería romper el mundo ni abandonarlo. Y de alguna manera... no creo que lo hiciera. Siempre pensé que el *velo*, el *manto*, la *nada*... Creo que realmente puso a salvo al mundo. Creo que lo protegía en parte de vosotros y en parte de ellos. Creo que cuando la situación se volvió insostenible, optó por el menor de dos males.

—¿En serio? —preguntó el consejero, que parecía divertido.

—Sí. Tuvo que elegir: destruir su propia creación... o darle un periodo de tregua y aislamiento para que esta intentara rehacerse y sanar.

—Y dime, Kaimu. ¿Qué tal le fue a la creación? —preguntó con la

ironía grabada en la voz.

—Supongo que era inevitable... una prórroga —sentenció Kadros, y Mabruk comenzó a aplaudir.

—Así se habla. O sea, que aceptas que este mundo es *nuestro* y que ya lo hemos reclamado.

—Acepto que no comprendo el plan. Y que no sé a qué responde este periodo de reflexión que se nos dio... pero puedo inferir...

—Ahora seguro que dirás algo bueno —sonrió sarcástico Mabruk.

—...que se nos dio este tiempo para separar la paja del grano.

Leviathanas ladeó la sonrisa, y sus ojos brillaron con un fondo de amenaza, pues en su interior comprendía lo que significaba aquello. Se contuvo y no lo abofeteó de nuevo, pero, más sereno, se aproximó a su oído y susurró con voz siniestra.

—Ha llegado la hora de la cosecha, entonces, Kaimu.

Leviathanas dio instrucciones a sus dos cuervos, y ambos levantaron el vuelo presurosos, graznando salvajemente. En el exterior se formó una fuerte algarabía cuando una bandada de estos animales rompió el silencio y se dirigieron hacia el noreste, rumbo a la Atalaya del Buey. Kadros cruzó su mirada una vez más con el consejero, pues sabía lo que aquello significaba, y este último se dispuso a salir mientras comentaba:

—Creó que preferirás ponerte en pie... han venido a verte, e imagino que no querrás mostrarte de esa manera tan penosa.

Dicho esto abandonó la sala, y una figura regia se recortó en el umbral, contrastada entre la penumbra del interior y la claridad del día. La puerta se cerró tras el visitante y quedaron ambos a solas.

—¡Rimbaud! —exclamó Kadros, con una nota de alegría en su voz que fue ahogada secamente por la respuesta.

—Te dije que si volvías alguna vez... tendría que matarte.

—Así es. Ese día dijiste muchas cosas... y pocas con sentido, si mal no recuerdo —el rey se mordió los labios.

—En cualquier caso debes dirigirte a mí como a tu Rey. Es lo correcto.

—Disculpad, alteza —dijo Kadros, no sin cierta sorna—. No nos llegan noticias a menudo, en esta hospedería en la que habéis tenido a bien alojarme.

El rey Rimbaud dio un par de pasos al frente para acercarse a su viejo

amigo, y se frenó en seco, dubitativo. No pasó desapercibida para Kadros la vacilación del rey, ni su sudoración, así como los movimientos nerviosos que se producían en ocasiones sobre su rostro.

—¿Estáis enfermo, mi señor? —el rey carraspeó varias veces tratando de reponerse, al menos en apariencia.

—En absoluto —se colocó las ropas y la corona con nerviosismo y trato de avanzar hacia Kadros. Sobre su rostro quedaba reflejado el enorme esfuerzo que le suponía acercarse a él. El antaño bufón escudriñó al rey de arriba abajo como si lo inspeccionara.

—¿Qué miras? —preguntó el rey molesto.

—A vos... pero me cuesta encontraros, si es que estáis ahí —Rimbaud bufó desdeñoso.

—Ya me advirtieron que era absurdo venir a verte, no sé ni por qué lo he hecho. Supongo que en el fondo soy un romántico.

—O quizás es que todavía queda algo de vos ahí dentro —Rimbaud le devolvió una mirada furibunda.

—Mabruk tenía razón. Debería haber dejado en sus manos la ejecución. Verte tan solo empeora las cosas.

Entonces Kadros trazó sobre la arenilla del suelo, que descansaba encima de los tablones, un extraño símbolo.

—¿Qué haces? —preguntó el rey, atraído por una morbosa fascinación, mientras se asomaba sobre la escritura—. ¡Asqueroso mal nacido, perro sarnoso! ¡Montón de bilis y sangre de puta! —el rey profirió algunos otros improperios en rápida sucesión, mientras se retiraba hacia las sombras, horrorizado ante la visión de aquel símbolo en el suelo. Cuando por fin se tranquilizó, encontró los profundos ojos de Kadros contemplándole como dos pozos cristalinos de distinto color.

—¿Desde cuándo su alteza utiliza tal variedad de vocabulario? —preguntó Kadros, y Rimbaud le miraba balbuceante sin saber qué decir.

—Yo... no sé qué...

—¿Sabéis qué es esto? —Kadros señaló el símbolo trazado en el suelo.

—¡No lo sé...! —respondió con violencia Rimbaud, rechinando los dientes sonoramente y desviando la mirada como si no se atreviera a mirar.

—Este símbolo... es la señal de Kilumaras, mi señor —respondió con sencillez Kadros, provocando un brinco en el rey que de nuevo prorrumpió en

gritos. Kadros se apresuró a borrar con la palma de la mano el suelo y Rimbaud recuperó lentamente la compostura.

Como si saliera de un sueño el rey preguntó.

—¿Qué hago aquí, Kadros? Maldita sea, Kadros... ¿No te advertí que no volvieras?

Pero Kadros no escuchaba, y tan solo murmuraba palabras y frases enteras apenas audibles, pero que de alguna manera hacían temblar a Rimbaud.

Una vez más su alteza sufrió un brusco ataque de ira, desapareciendo bajo los insultos cualquier reflejo de su amigo.

—¡Detente! ¡Para de una vez hijo de perra! —pero Kadros continuó murmurando en voz baja—. ¡Te digo que pares! —mas Kadros no lo hizo—. ¡Aaaaaaaahhhhh!

Rimbaud gritó horrorizado, llevándose las manos a la cabeza, y corrió hacia la puerta. Entonces Kadros hizo una pausa para observar al rey. Este se volvió temblando de arriba abajo y, apretando los dientes, sentenció:

—¡Dentro de tres días serás ejecutado!

Entonces Rimbaud abandonó la estancia apresuradamente y dejó a Kadros sumido en la pena, pues su mejor amigo padecía sin medida.

* * *

Los últimos vestigios del atardecer morían junto con la luz de los soles, y Varley y Ron caminaban despreocupados por la vereda.

La aldea de El Límite había quedado atrás, con sus chozas y casas de barro de tres pisos. Un lugar modesto y superpoblado con una heterogénea mezcla de personas y credos, donde prácticamente cualquier superstición tenía cabida.

En Mil Ríos se promovía una determinada religión, el culto a Baashamel, ya oficial desde el Día de la Reinstauración. Sin embargo, todo tipo de pequeñas creencias pululaban entre la gente de bajo abolengo; y aldeas de la periferia como El Límite, eran el caldo de cultivo ideal para semejantes entelequias.

Así, ambos viajeros tuvieron que sortear a un bullicioso grupo de sacerdotes Kumran, que vestían túnicas moradas y sacudían grandes

incensarios, mientras elevaban cánticos al dios del viento. Esquivaron a dos mujeres que se hacían llamar vestales, más parecidas a trabajadoras de lupanar que a sacerdotisas de ninguna confesión, que les rogaban encarecidamente tocaran sus pechos para ser consagrados en el culto de la hembra. Al atravesar algún que otro mercadillo, trataron de venderles asfódelo, violetas para obtener dinero, helecho para pociones de amor, saúco para los deseos, y sabe el cielo cuantos hierbajos más y tripas de alimaña se les ofreció en el breve tiempo que Varley y el chico permanecieron en El Límite.

No obstante, cuando rebasaban un puestecillo y se abrían paso hasta el siguiente, siempre en línea recta, Varley respondía categóricamente una de estas tres cosas.

—¡No, gracias!

—¡Aparta!

—¡Que te den! —utilizando esta última con mayor predilección.

De modo que en no mucho tiempo habían atravesado el mercado y abandonado la ruidosa aldea, con el deseo firme de no volver sobre sus pasos.

—Veo que eres un dechado de virtudes, detective —comentó Ron con ironía. El irritante mocoso, que no levantaba dos palmos del suelo, se pronunciaba como toda una autoridad en la materia.

—En la brevedad está la sabiduría —zanjó Varley—. Nunca me verás dar grandes discursos antes de partirle la cara a alguien... a no ser que necesite una distracción —dijo sonriendo, mientras recordaba el comienzo de su aventura allá por la aldea de Borda.

—Es posible. Pero desde luego, si no por tus palabras, por tu rostro deberían haberse quitado todos de tu camino al instante.

—¡Ajá! —Varley se volvió repentinamente, satisfecho.

—¿Ajá, qué?

—¿No te lo dije?

—¿El qué?

—Que era mejor tener una cara de enfado y no utilizarla, que no tenerla y necesitarla —la sonrisa de Varley se abrió amplia como un amanecer. Ron sacudió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo... este punto es para ti. ¿Contento?

—Desde luego —añadió Varley, que silbando y palmeándose los muslos, se puso en marcha de nuevo golpeando los tacones de las botas con pequeños brincos—. Nada sienta tan bien como cerrarle la boca a un mocoso de doce años, que debe tener un intelecto de filósofo —murmuró.

—Sigue soñando, Varley. Mi boca todavía funciona —dijo Ron a sus espaldas.

—Eso tiene arreglo, chaval.

Así habían dejado atrás El Límite, y la noche caía imponderable sobre las tierras de la Atalaya del Perro.

Caminaron durante largo rato, siempre hacia el este, dejando a su derecha el curso descendente del Río Grande, marchando hacia las picudas montañas donde nacía en las nevadas alturas de los Dientes del Dragón.

Varley conocía el Dedo de Kilumaras y jamás le había prestado la más mínima atención. Apostaría hasta haber realizado alguna comida campestre junto a su granítica presencia, y no recordaba nada de especial, aparte de que era grande, liso y que parecía un dedo de gigante.

Pero con todo lo que había visto, oído y vivido en los últimos días... estaría dispuesto a creer que aquel pedrusco venía del mundo exterior. Y si no, al menos le daría el beneficio de la duda.

Era lo mínimo que podía hacer.

La luna comenzó a brillar en el cielo, y Varley la contempló embelesado por su belleza. Al principio no percibió nada inusual en su redondeada y brillante figura.

Una mota negra que bien podía ser una legaña, la propia luna, o el síndrome de abstinencia que empezaba a hacerle ver mariposas, se apreciaba sobre su superficie.

Pero conforme pasaba el tiempo y volvía a mirar, otra mota se sumaba a la anterior.

Inconscientemente aceleró el paso y Ron apretó el ritmo tras él.

Pasaron varios minutos en los que prefirió no mirar la luna, argumentando para sí mismo que así no vería más motas negras. Pero la curiosidad fue más fuerte y miró.

¡Diez eran ya las motas! Y parecían bailar bajo la luz lunar en una coreografía determinada.

—Chico... —Varley se volvió hacia Ron, y este le devolvió la mirada esperando que dijera algo puntilloso—. Creo que deberíamos correr.

En un abrir y cerrar de ojos las motas se convirtieron en veinte manchas que comenzaron a hacerse enormes como manzanas, como rocas, como bestias aladas.

Varley rompió a correr con el sable desenfundado y Ron empuñó el martillo. No cruzaron palabra alguna y sencillamente corrieron hacia delante.

Entonces la bandada de cuervos cayó sobre ellos, festoneada por el halo lunar; una algarabía de graznidos, gruñidos y batir de alas, acompañada de una lluvia desenfundada de plumas negras, que se desprendían con violencia al picar el vuelo contra sus dos presas.

—¡Sigue, Ron! ¡Corre! —gritaba Varley, que se rezagaba unos pasos por detrás tratando de cubrirle la retaguardia.

El investigador corría un par de metros, y cada cierto tiempo se giraba con brusquedad, justo cuando uno de los cuervos picaba contra él.

Este se transformaba en el aire en un hombre de negro y caía encima suya empuñando dagas, espadas, o afiladas garras metálicas.

Varley esquivaba, tajaba, empujaba y corría de nuevo.

Otro cuervo acometía sin darles tiempo a recuperar el aliento, batiendo las alas contra ellos. Varley repitió el giro y lo cazó en el aire en plena transformación. El hombre de negro perdió ambas piernas a la altura de la rodilla.

El binatural cayó al suelo gimiendo a mitad de conversión, arrastrándose por el suelo, mientras boqueaba desde un rostro que mezclaba las líneas de un humano y las facciones de un ave.

Ron y Varley no se detuvieron a contemplar la horrenda escena; los cuervos seguían llegando y ellos corrían al límite de sus fuerzas.

La noche se volvía opresiva y una manta de alas negras cubrió la luz plateada del disco lunar. Dos cuervos destacaban entre el resto, dos cuervos de aspecto malvado que graznaron como si distribuyeran órdenes, y entonces la bandada al completo se arrojó contra ellos como las aguas tumultuosas de una cascada oscura.

—¡Corre, no mires atrás, corre, hacia el Dedo! —gritaba Varley, sin apenas respirar. El Dedo de Kilumaras ya se intuía a pocos metros.

La horda de pájaros llegó a tierra desembocando como un vendaval. Las aves se transformaban en hombres de negro nada más alcanzar el suelo y corrían tras su presa enarbolando armas de siniestra factura. Algunos apuntaban y disparaban sus virotes desde las mangas de los antebrazos. En pocos segundos la carrera nocturna alcanzó su punto álgido. El Dedo de Kilumaras era la meta, Ron y Varley corrían al límite y tras ellos no menos de doce hombres de negro aullaban, graznaban y gritaban, mientras disparaban y blandían afilados aceros.

Ron tropezó, rodando por el suelo a pocos metros de la lisa presencia de granito del Dedo. Varley, que venía detrás, lo aferró por el pescuezo y, arrastrándole los últimos metros, se abalanzó contra el menhir.

Con la mano por delante tocó la piedra, al igual que Ron, que apoyó también la palma contra la fría superficie. Entonces, sin saber por qué lo hacía, trazó la señal de Kilumaras y susurró:

—¡Que la luz de Kilumaras me dé discernimiento y habite en mi corazón!

Hubo un brusco destello de luz que brotó desde la cúspide del dedo y que se expandió como las ondas del agua en un estanque al romper su quietud con un guijarro. La luz barrió a los hombres de negro haciéndoles rodar por el suelo.

Muninn y Huginn fueron los primeros en incorporarse. Miraron a su alrededor, contemplaron su fracaso y graznaron. Graznaron con un sonido tan desagradable que el resto de hombres cuervo tremolaron como las hojas de un árbol.

El graznido...

XV

LA ESCALA

... llegó a sus oídos, y se clavó en el corazón de la patrulla para no soltarles más. Los Siniestros se miraron unos a otros; Marthia corcoveó con su frisón negro y su mirada se cruzó con la de Torgund, penetrante, profunda... y en aquellos ojos, la caudilla de los ejércitos comprendió qué se ocultaba algo. El graznido se atenuó y volvió el silencio, un sonido casi más temible y ominoso que el rugir de cualquier bestia, pues en el silencio aguardan y se esconden los peores temores y las más atroces pesadillas, de manera que ni el más curtido de los Siniestros pudo evitar sentir un escalofrío ante tan inabarcable e intangible enemigo.

—¿Deberíamos hacer un descanso? —preguntó Clovis tras aproximarse a su comandante, pero al no recibir respuesta de Marthia, que continuaba con su duelo ocular con el gigantón, carraspeó—. Los hombres están cansados, y lo que es peor... creo que el miedo ha comenzado a extenderse entre ellos. Cuchichean cuando nadie les ve y hablan en torno al fuego, por la noche, compartiendo confidencias y temores.

Volviendo a la realidad, Marthia desvió la mirada de Torgund y contempló a su sargento como si lo viera por primera vez.

—¿Sí, Sargento?.

—Decía que los hombres necesitan una pausa. Llevan así, sin parar, dos días. Pensaron que nos detendríamos en el Caldero a recuperar fuerzas, tras nuestro encuentro con aquella... aquella niña... pero entonces continuamos y obedecieron sin dudar. Después hemos pasado por el Harén y lo dejamos atrás, y ya empiezan a preguntarse si pretendes llegar sin dormir al palacio Matriarcal.

El rostro pétreo de Marthia parecía ofendido.

—Harán lo que se les ordene, sargento.

—Por supuesto, mi señora —Clovis hizo una reverencia, ocultando su dolor por aquella respuesta destemplada, y trotó de nuevo yendo a ocupar su puesto junto a la patrulla.

Marthia se aproximó con un galope ligero hasta Torgund, que avanzaba tranquilo sobre su montura, maniatado a la silla.

Adaptó su trote al del otro caballo y esperó en silencio junto a él, sin saber muy bien por qué buscaba su compañía. Entones, sin mirarla siquiera, Torgund preguntó:

—Entre Clovis y tú... ¿Hay algo, verdad? —Marthia apartó la vista, conteniendo un ataque de ira, que se apagaba con la increíble sorpresa que revestía tal pregunta.

Desenfundando su espada respondió.

—¿Qué quieres decir? —Torgund no pestañeó.

—Nada. Tan solo me preguntaba si lo que es evidente para mí, lo sería también para ti. Pero veo que has aprendido bien de tus superiores y eres una maestra de la autonegación.

La empuñadura de su espada golpeó la cabeza de Torgund, abriéndole una pequeña brecha que empezó a teñir sus cabellos plateados con una fina película granate.

—Yo diría que eso es una clara respuesta... no haré más preguntas, señorita —replicó Torgund, sonriendo. Marthia se acercó a él, rabiosa.

—No sé quién demonios eres, ni quién es el mocosito. Ignoro qué interés tienen en vosotros las Matriarcas; desconozco el papel que jugáis en todo esto grandullón... pero sí sé algo con certeza... —dejó la frase en el aire.

Torgund le sostuvo la mirada y Marthia prosiguió.

—Sabes algo —el semblante del gigante era triste y cargado de pesar—. Y por tu aspecto pareces mayor... pero llevo todo el camino observando tus ojos, y diría que mayor no es la palabra... pareces atemporal, casi ancestral... como si hubieras vivido miles de años.

La única respuesta que obtuvo fue el ruido de los cascos de los caballos traqueteando sobre el suelo.

—No hables si no quieres, pero escucha. Te vi en la Batalla de los

Campos Rojos. Vi cómo sacabas al chico del campo de batalla. Jamás había visto nada igual: tu destreza, tu manera de arrebatarse vidas como si no tuvieran valor alguno...

—Te equivocas —interrumpió—. Nunca quito una vida a la ligera —se hizo un elocuente silencio entre ambos. Marthia asintió, pues empatizaba por completo con lo que acababa de escuchar.

—Está bien. Disculpa —Torgund asintió, aceptando las excusas—. Lo que quería decir es que nunca había visto nada semejante, y mucho menos creía que llegaría a ver algo como lo que presencié después —Torgund no le quitaba ojo de encima—. Desapareciste —susurró ella, como si no quisiera que los demás la escucharan—. Todo el mundo lo negará, pero yo sé lo que vi. Y mis hombres también lo saben.

—Y me temen por ello —repuso él, sin apenas abrir los labios.

—Así es.

—Pues no deberían temerme a mí —añadió devolviendo la vista al frente, mientras Marthia se mordía los carrillos; tras avanzar unos metros en silencio se atrevió a preguntarle.

—¿A la niña? ¿A Reflejo? —el gigante la miró de nuevo y asintió.

—A ella y a los que son como ella. Temedlos.

—¿Qué sabes?

—Sé que bajo tu falsa apariencia de seguridad y masculinidad sigues sintiéndote vulnerable.

Marthia retrocedió como si la hubieran abofeteado.

—Sé que eres mejor persona de lo que nunca lo será Rowena. Y sé que tampoco me crees cuando te lo digo.

—Deja los halagos para quien los aprecie. Quiero saber qué está pasando. Quiero saber por qué allí por donde pisáis tú y ese chico suceden cosas inimaginables. Quiero saber por qué os siguen la pista seres como... Reflejo —casi dolía repetir aquel nombre y recordar lo vivido.

Torgund asintió sonriendo y le concedió su deseo.

—Siempre han existido y existirán dos bandos en eterna contienda. Cuando los objetivos de uno interfieren con los planes del otro el conflicto es inevitable.

—¿Hablas de los Nasciturus y las Matriarcas?

—Eso es un vulgar baile de salón. Un vago atisbo de lo que subyace bajo la superficie.

—¿De qué bandos hablas? No hay más facciones en la Escala.

—No hablo de la Escala, y sabes de sobra de que bandos estoy hablando. ¿No es así? —Marthia apartó la mirada—. Puede que tú me hayas calado durante todo este camino taladrándome con tus miradas inquisitivas... pero yo tampoco he estado ocioso, caudilla. Y he visto más de lo que crees.

Quiso acelerar el trote y apartarse de él. Pero una vez habían empezado, ¿por qué parar? Necesitaba llegar hasta el final.

—Desconozco el nombre de esos bandos de los que hablas. Pero sospecho que tiene que ver con los conocimientos que se perdieron durante el ascenso de las Matriarcas.

—¿Se perdieron? —preguntó irónico Torgund, observándola. Marthia sabía que aquello era falso. Los conocimientos no se perdían, se ocultaban, se negaban, se tergiversaban, pero no se perdían. Aquel gigante la hacía sentirse como una colegiala, pero el mal nacido hablaba la verdad.

—De acuerdo... en resumen: si tú estás en un lado de esta contienda y en el otro seres como Reflejo... —se miraron— creo que preferiría estar de tu lado.

—Ahí tienes tu respuesta, caudilla.

—¿Eso es todo?

—Por el momento es todo lo que necesitas saber. Has dado un salto de fe en mí y has utilizado el sentido común. Y son éstas dos cosas compatibles entre sí y poco utilizadas en la actualidad.

Marthia pestañeó repetidas veces sin dar crédito.

—Eres extraño, Torgund —dijo, llamándole por su nombre por primera vez.

—Me han llamado cosas peores —se miraron y ambos sonrieron. Era una sonrisa limpia y de camaradas.

Esa misma tarde ascendieron sin impedimentos por la escala que unía la isla media, con la gran isla de las Matriarcas. Recabaron en una nueva casa de postas, cambiaron las monturas y continuaron su camino.

Una vez en marcha, Marthia sintió el aguijón de la curiosidad clavarse en sus entrañas de nuevo. Alcanzó a Torgund y casi tímidamente le preguntó.

—¿Qué son? —Torgund la miró bajo sus gruesas cejas sin decir palabra.

—¿Quién? —dijo al fin.

—Ellos... ¿Qué son? ¿Los que son como Reflejo? —Torgund se pasó la lengua por los carrillos y esbozó una agria mueca, tragándose la respuesta.

—No.

—¿No, qué?

—No creo que estés preparada —dijo sencillamente Torgund, a lo cual Marthia apretó fríamente los labios y exclamó.

—¿Por qué soy una mujer? —el Kaimu se giró con brusquedad hacia ella y hasta detuvo el caballo. Aquello sorprendió a la caudilla y obligó a detener el avance de toda la columna.

—¿Te percatas, Marthia, que en tu mundo siempre que se os niega algo a vosotras, rápidamente lo desviáis a una mera cuestión de lo que tenéis entre las piernas?

—Yo... —balbució Marthia sin saber qué contestar a eso, porque, en el fondo, sabía que tenía razón. Era como las habían educado. Siempre que el macho te niegue algo atribúyelo a tu condición de mujer. Hazle sentir culpable, haz que acepte su condición de criminal por el mero hecho de ser hombre y entonces se os concederá todo y dominaréis el mundo. Así se hablaba en la Escala. Así era el credo de las Matriarcas.

—No estás preparada, Marthia, para lo que tengo que decir. Tu condición no es la cuestión... tu humanidad por el contrario... es otra historia. Lo que sé tampoco es para tus hombres, que aquí te siguen, ni para los Nasciturus. Lo que sé os será revelado en su debido momento.

—¿Cuándo? —Torgund sonrió, pero Marthia apreció lástima, o quizá pesadumbre en aquella sonrisa.

—Pronto —dijo devolviendo la vista al frente—. Desgraciadamente pronto.

* * *

—Nuestra red de espionaje ha sido contundente mi señora Rowena —era Sasa quién había tomado la palabra—. Y los cuervos enviados por nuestro “socio” comercial han sido claros también. El mismísimo Leviathanas ha

mostrado interés por los fugitivos; especialmente... por el muchacho —Sasa reprimió un escalofrío al recordar a Muninn y su siniestra mirada vacía.

Rowena caminaba de un lado a otro con los puños apretados contra su vestido de tafetán negro y cuello alto. No le gustaba que le dieran órdenes, menos cuando estaba acostumbrada a ser ella quien ejerciera el mando.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Acaso Marthia no ha cumplido con su deber?

—Todo lo contrario, mi señora —intervino Glima—. Pero, según las últimas noticias, se nos ha recomendado un tratamiento más “oficial” para los fugitivos. Consideran que el uso de una modesta patrulla, aunque dirigida por la mejor de nuestras guerreras, podría no ser suficiente para la importancia de la tarea.

—Ya veo —bufó Rowena, sin hablar con nadie en particular—. A mí me suena más bien a que nuestro estimado Leviathanas pretende dirigir la política de la Escala. Se introduce poco a poco en nuestros estamentos, aguardando que llegue el día en que desee barrernos por completo del escenario.

Hubo un momento de pausa en el que cada cual se abandonó a sus oscuros pensamientos, hasta que finalmente una de las consejeras, Rowena no sabría decir cuál dada su introspección, rompió el silencio.

—Gran Matriarca... ¿qué ordenáis?

Rowena sacudió la cabeza como si saliera de un sueño, y observó a las dos mujeres que aguardaban expectantes ante ella. Entrelazó los dedos y se mordió el labio superior, como si estuviera llevando a cabo un arduo proceso deductivo.

Nada más soltarse el labio tuvo la respuesta.

—Enviad a nuestras Amazonas. Que se encuentren con la patrulla y les den escolta hasta palacio.

—Muy bien, señora —afirmó Glima.

—¿Y nuestro hombre? —preguntó Sasa. Rowena se acarició el mentón.

—Que siga informando. Quiero saber si se produce algún comportamiento inusual por parte de Marthia, o de esa patrulla.

—Así se hará, mi señora.

Las dos consejeras abandonaron la sala de audiencias con premura. Mostrando más prisa por volver junto a sus macabros experimentos que por

transmitir las instrucciones de la matriarca; pero si la presteza con una cuestión aceleraba las posibilidades de estar de nuevo entre sus bateas y cachivaches... serían prestas, pues.

Rowena se arrellanó en su trono y entrelazó las manos sobre su cara.

Necesitaba lo que Leviathanas ofrecía, y el comercio era bueno para la Escala. Qué remedio quedaba, era eso o la extinción de su modo de vida. Pero la fría sospecha ya anidaba en su corazón desde hacía tiempo. Aquel negocio supondría la ruina de la Escala. Y lo que era peor: su propia ruina.

La sala estaba en silencio, solitaria. Rowena parlamentaba a solas con su conciencia. Solamente ella en su inabarcable soledad.

Grande es el peso de una corona sobre las sienes del soberano, mas enorme resulta sobre el alma de quien la porta.

* * *

Los soles empezaban a caer, y los Siniestros se detuvieron y dispusieron todo para pasar allí la noche. Marthia distribuyó las guardias y fijó el perímetro, asignó a cada cual sus funciones y envió a un par de hombres en busca de la cena, armados con grandes arcos.

Mientras tanto se avivó una hoguera y se desensillaron los caballos. Un sin fin de tareas se sucedían rutinariamente y con normalidad al terminar el día: llenar los pellejos de agua, cazar, buscar leña, cepillar los caballos, afilar y engrasar las armas, vigilar a los prisioneros...

El sargento Clovis aprovechaba un descanso entre tareas para confraternizar con el resto de la tropa jugando una partida a los dados. El juego estaba prohibido en el Palacio Matriarcal, pero fuera de sus dominios y de su vista, Marthia toleraba que sus hombres rebajaran la presión.

Sarmiento se revolvió maniatado junto a Torgund sin decir palabra. Permanecía silencioso desde que se habían entregado.

—Todavía no te he dicho nada —comenzó a decir Torgund, ante el rostro desdeñoso y la incomodidad de Sarmiento—. Pero gran jugada la tuya. Estamos a un tiro de piedra del Corazón de Kilumaras, y no hemos tenido que hacer nada más que precisamente lo que querían nuestros enemigos. ¿Cómo se te ocurrió?

Sarmiento parpadeó varias veces sin saber qué decir. Entonces recordó

a su padre, Piro. Recordó los consejos y recordó su extraña presencia, sempiternamente siguiéndole desde el día en que se presentó en su cuarto convaleciente.

Y fue darle cabida en su pensamiento y allí estaba él, asomando su rostro deslucido y grisáceo por detrás del hombro de Torgund, sin decir nada, sin abrir los labios, simplemente clavándole los ojos.

—No... no sabría decirte —respondió al fin—. Sencillamente me pareció lo más lógico en aquel momento.

—Ya —Torgund lo taladró con la mirada—. Pues sigue así de perspicaz, rapaz, y haremos de ti algo grande.

—Pensé que ya lo era —respondió airado Sarmiento—. Pensé que todo esto, esta locura, esta huida... es porque me buscan a mí. Así que, importante debo de ser, ¿no crees?

—Puede —aceptó Torgund, preocupado—. Pero quizá no sea la importancia que deseas. A lo mejor, antes de que concluya esta historia, desearías haber carecido de toda importancia o renombre.

—Lo dudo —rebatía Sarmiento, ofuscado.

Torgund iba a responder, cuando, caminando con tranquilidad, se aproximó Marthia, y optó por cerrar la boca. Sus hombres la observaban desde la calidez del fuego que habían encendido; a Torgund no le gustaba lo que leía en algunas de aquellas miradas. No obstante aprovechó el vistazo para no perder de vista al Siniestro que custodiaba sus armas. No estaba dispuesto a perder su espada después de tantos años de servicio.

Marthia dobló las rodillas y se acuclilló delante de ellos. Los observaba pero no decía palabra. Fue el gigantón quién rompió el hielo.

—¿Por qué vuelves de nuevo y me observas como si estuviera tras una jaula de exhibición? —la caudilla sonrió ante la comparativa.

—En el fondo estaba pensando que eres un bicho raro. Así que es posible que tu símil no sea del todo descabellado.

—Pregunta lo que quieras, y si está en mi mano responderé, caudilla.

—¿Quién dice que quiera preguntarte nada? —entonces Torgund rio de una manera campechana y saludable.

—Tus ojos, Marthia. A tus hombres podrás engañarlos con tu aparente falta de sentimientos. Pero yo sé leer en los ojos de la gente. Los ojos son como dos pozos, hay quien los mira un instante, se asusta y desvía la mirada

por la profundidad que contemplan. Hay quien los mira y queda maravillado por lo que ocultan. Otros los miran y no ven nada, pues no son capaces de apreciar vida o muerte. Hay ojos que brillan, ojos que amenazan, ojos que aman y ojos que odian.

—¿Y los míos que dicen, gigante? —Torgund calló seriamente.

—Tus ojos están despertando. El velo que fue puesto delante de ellos está cayendo y la cortina de humo será pronto evidente a su mirada.

—Sigues diciendo sinsentidos.

—Dices eso porque todavía no ves —Torgund clavó la vista más allá de Marthia; por encima de ella observaba a los Siniestros reunidos junto al fuego, que, distraídamente, agitaban un cubilete lleno de dados. La Caudilla volvió la cabeza al ver que el prisionero dirigía hacia allí sus ojos.

—¿Qué sucede?

—Un rápido vistazo a tus hombres... cuatro no han soportado mi mirada, tres han reído divertidos por mi osadía, dos te estaban mirando el trasero y no se han molestado en devolverme la mirada, y uno... uno me ha sostenido la mirada, desafiante, durante varios segundos.

—¿Sí? ¿Y qué?

—¿Confías en estos hombres? —la pregunta era de complicada respuesta, dado el cargo que ostentaba Marthia en el ordenamiento de la Escala. Por eso dudó durante unos instantes sobre qué responder. Finalmente se acercó cuanto pudo a Torgund y le dijo en privado.

—Daría mi vida por ellos. He luchado con ellos desde hace años y nos conocemos como hermanos.

—Suponía que dirías algo así, Marthia. Eres buena en el fondo, y ejercer este mando de caudilla te hace infeliz. ¿Verdad?

Marthia se levantó como si le hubieran arreado un sonoro bofetón.

—¿Qué sabrás tú sobre mí! —se volvió bruscamente y se alejó con largos pasos, hasta que una sola frase la detuvo.

—Tienes un traidor entre los tuyos, Marthia.

No se giró para mirarle. Simplemente escuchó la advertencia con la luz de las llamas destellando en sus pupilas.

—Guárdate de él.

Marthia reanudó su camino y se unió a sus hombres junto al fuego.

* * *

El campamento dormía; la quietud de la noche acompañaba la vigilia de los hombres, pero sus sueños eran inquietos.

Y no solo de los hombres, Marthia se removía constantemente entre sus mantas de campaña.

La luna ya se alzaba orgullosa en el cielo, pero su plateado ego era atenuado por el manto de nubes grises, que parecía no querer ser llevado por el viento a ninguna otra parte.

El sueño comenzó con brusquedad y sin origen alguno aparente. Simplemente empezó, como si abriéramos un libro por la mitad y leyéramos al azar.

La sensación de desubicación, desconcierto y temor, de no saber qué pasa, de no entender qué hacemos allí exactamente, ni cómo hemos llegado era abrumadora.

Marthia cambió de posición, balbuceando inconscientemente palabras inaudibles.

La caudilla de la Escala se veía a sí misma caminando con paso precavido hacia un horizonte oscuro y luminoso a la vez.

El mundo ardía.

No el campo, ni la escena; en su sueño la sensación era de que el mundo, en su totalidad, ardía.

Y ella, con su espada desenfundada, avanzaba hacia las llamas, deseando combatir las y deseando... morir, descansar, soñar.

Murallas de oscuridad se alzaban a su alrededor, devorando toda esperanza y barriendo como una ola gigante toda vida, mas las llamas ardían cada vez más vivas.

A su lado cargaron ejércitos enteros de sombras, siluetas sin forma que parecían guerreros.

Marchaban hacia el fuego.

Ella gritaba que se retiraran, que no avanzaran hacia las llamas, pero no la escuchaban. La horda de guerreros sombra alcanzó el muro de fuego y este se defendió como si fuera un ser vivo.

Marthia juraría que incluso las llamas cobraban forma; podía distinguir una mano gigante allí, dedos como troncos de árbol allá, un brazo que parecía descender desde las negras nubes y barrer las filas de soldados enfrentados a su fulgor.

El ejército de sombra era diezmado.

Marthia gritó, pero no escuchaba su propia voz. El fragor del fuego era imbatible y no había sonido alguno que pudiera superarlo.

Desesperada cargó, sin plan alguno cargó, resignada cargó.

Al encuentro de la muerte cargó.

Entonces los muros de oscuridad cayeron sobre la tierra, y se transformaron en ejércitos enteros de hombres con extrañas vestimentas y animales de comportamiento humano.

Los hombres empuñaban espadas curvas, vestían túnicas, pendientes dorados taladraban los lóbulos de sus orejas y cubrían sus cabezas con una amalgama de turbantes y capacetes de hierro. Eran peludos, desagradables y hablaban en lenguas extrañas. Enarbolaban sus armas y cargaban contra Marthia como si sus vidas tuvieran el valor de un grano de arena.

La caudilla tembló, pues alguien que no teme a la muerte es alguien que no tiene esperanza, y contra un enemigo así ¿qué armas podría oponer?

La horda se abalanzó sobre ella y la engulló.

Marthia gritó. Entre la maraña de brazos, piernas, barbas y rostros morenos, apenas si pudo distinguir un rostro extrañamente familiar.

¿Dónde había visto antes esa cara?

El rostro parecía flotar en el aire, suspendido por encima de los animales que trataban de desgarrarla furiosamente.

Entonces recordó.

¡El padre del chico! Recordaba aquella cara cuando trajeron los cadáveres de los caídos y se ordenó la mutilación de los cabecillas, tras la Batalla de los Campos Rojos. Sabía que era el padre del chico, el muchacho al que el grandullón llamaba Sarmiento.

¿Qué demonios hacía en su sueño?

Repentinamente la cara de aquel hombre se bestializó, enseñándole unos colmillos más propios de un jabalí que de un hombre; sus ojos se convirtieron en los de una fiera, y de alguna parte un zarpazo le cruzó la

cara...

* * *

...Marthia abrió los ojos y se incorporó sudorosa. Resoplaba, y percibía el latido de su propio corazón martilleando en las sienas. Miró a un lado y a otro.

Los rescoldos de la hoguera humeaban, y a su alrededor la tropa dormitaba. La imagen de aquel rostro monstruoso seguía sacudiendo sus pensamientos.

En medio de aquella pesadillesca escena, completamente fuera de lugar... reflexionando sobre aquello en la gélida noche, buscando con la mirada la luz de la luna, Marthia se preguntaba si aquel rostro, el padre del muchacho, no habría pretendido más bien sacarla del sueño. Era extraño, pero tenía la sensación de que había intentado despertarla por alguna razón.

Se puso en pie y se abrigó con una raída capa sobre el jubón. Dejando a sus hombres dormitando, se alejó de la hoguera y fue a dar una vuelta por el perímetro.

Los guardias estaban en sus puestos, los relevos se estaban llevando a cabo con normalidad. Revisó las monturas, las vituallas y se entretuvo en supervisar las armas, no porque hiciera falta realmente, sino por mantener ocupada su atribulada mente.

Cuando se quiso dar cuenta iba camino del árbol de los prisioneros, pero, pensándolo mejor, se detuvo, prefiriendo evitar volver a tener una plática con Torgund. Aquel sujeto solo conseguía removerla por dentro... y ahora encima una pesadilla, cosa que no recordaba haber padecido desde hacía años, le ocupaba la cabeza.

No había empezado a alejarse, cuando retuvo su atención la imagen del árbol. Faltaba algo.

¡Faltaba el guardia!

Sin dar la alarma se apresuró hasta el lugar y encontró al Siniestro en el suelo. Vivo, pero inconsciente. Lo zarandeó para espabilarlo, y este salió de su aturdimiento con dificultad, balbuceando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—El grandote... se soltó como si las cuerdas fueran de papel...

Marthia lo miraba atónita. Si Torgund podía haber escapado con tanta facilidad en cualquier momento... ¿Por qué esperar? ¿A qué venía toda aquella pantomima?

—¿Por dónde se fueron? —preguntó ella; a lo que el guardia señaló con una mano erguida, sin conseguir decir más palabras.

Marthia se precipitó en aquella dirección sin pensarlo dos veces. Corría entre la maleza arañándose el rostro con las ramas bajas, y apartando a su paso con el brazo cualquier otro obstáculo que apreciara en la oscuridad.

Se detuvo escuchando el silencio, tratando de percibir a su enemigo. Pero no tuvo que percibirlo. Su enemigo se manifestó intencionadamente.

El sonido de un espadón al ser extraído de su vaina resonó entre los árboles seguro e inquietante. Marthia se volvió y allí estaba él. Torgund, el gigante, que no solo había escapado, sino que además había recuperado su preciada espada.

—¿Por qué me has seguido Marthia? —preguntó él.

—Porque ese es mi trabajo, grandullón —Torgund bajó la punta de su acero hacia el suelo, para nada amenazador.

—Debo irme, no puedo retrasarlo por más tiempo... ni el chico tampoco —Sarmiento apareció tras él. Marthia le apuntó con su espada.

—Tú —dijo—. ¿Por qué demonios veo a tu padre en mis sueños? —Sarmiento no dijo palabra, pero Torgund sí parecía sorprendido, incluso preocupado. Se volvió hacia Sarmiento como si esperara una respuesta, pero el chico no abrió la boca.

En cualquier caso la pregunta murió en los labios de la mujer.

El ruido de docenas de cascos de caballo llegó a sus oídos resonando como un concierto de timbales.

Marthia y Torgund miraron alrededor sorprendidos, para, acto seguido, mirarse el uno al otro como si de pronto comprendieran algo que hablaban en una conversación sin palabras.

Entre la oscuridad brilló el acero desenfundado, y dejándose ver bajo la tímida luz de luna, tamizada por los jirones de la noche, apareció el sargento Clovis con paso precavido.

Marthia suspiró aliviada.

El ruido de los caballos seguía aproximándose y empezaba a sentirse

bajo los pies.

—Eres tú —respiró aliviada—. ¿Qué sucede? ¿Quién nos ataca en medio de la noche?

Clovis no respondió, pero tampoco bajó su espada. Marthia comenzó a mirarle con inquietud.

—Sargento... ¿Qué sucede? —Clovis continuó avanzando hacia ella sin decir palabra, pero sus ojos reflejaban la lucha interna que debía de estar librando en su corazón.

Entonces Marthia miró a Torgund y de nuevo a Clovis, que se acercaba con la espada preparada. El Kaimu habló tras ella.

—Te advertí que te guardaras de él —Marthia le devolvió la mirada y repentinamente tomó conciencia de todo. Traspasada por los ojos profundos y sinceros de Torgund, e impresionada por la fría y taimada mirada de Clovis, tomó su decisión.

—¡Corred! ¡Id a donde demonios sea que vayáis! ¡Corred!

Torgund cabeceó agradecido y, aferrando a Sarmiento, salió precipitadamente a la carrera.

Cuando sus pasos se perdieron en la distancia ella se giró hacia Clovis. Su juego de piernas era ya el propio de la danza del combate y no los pasos de alguien que se vuelve a recibir a un amigo.

Levantó su espada hacia él sin querer dar el primer envite.

—¿Qué sucede Clovis? ¿Qué significa esto? —lo interrogaba manteniéndose a un brazo de distancia.

—Las Amazonas vienen.

—Lo imaginé en cuanto vi tus ojos, sargento. ¿Qué has hecho? ¿Por qué?

—Estás distraída —escupió Clovis—. Esos dos, que ahora has dejado escapar, confirmando así las sospechas de la Gran Matriarca, te tienen atontada —Marthia asintió de lado a lado como si sopesara sus palabras.

—Es posible. No negaré que hay algo en ellos que no acabo de entender... pero estoy segura que, sea lo que sea, es importante. Y está por encima de nosotros. Por encima de rangos, cargos y poderes.

—¿Por qué, Marthia? ¿Por qué lo haces? —preguntó Clovis. Ella dudó un instante y respondió.

—Tú no conoces la corte como yo la conozco. No has visto lo que allí se habla y decide. No sabes las cosas que hacen con los tuyos. Mirándolo bien... es posible que lo que hago lo haga por vosotros. Por los hombres, por idiotas como tú, sargento, solo que todavía no te das cuenta.

—¡Mientes!

—Que te den, imbécil —respondió ella ácidamente—. Eres uno de tantos tontos útiles, que adoctrinados por nosotras mismas, sí... me incluyo, soy parte de este sistema al fin y al cabo, nos servís porque así os lo ordenamos —Clovis la miraba al borde del llanto—. Yo aprecio al hombre, lo respeto y combato con él y contra él. Eso creo que te da perspectiva. Aprecio al hombre, y sin embargo me acuesto con mujeres...

—Lo... lo sé —el rostro de Clovis reflejaba algo más que la simple culpa del traidor.

—¿Y por qué? Porque os han convertido a todos en una pandilla de emasculados. Ya no quedan hombres en la escala que merezcan dicho título. Así que me refugié en las de mi sexo, porque así es como está previsto en la Escala. ¿Y qué he sentido?

Clovis levantó la mirada deseando poder decir algo, pero Marthia se apresuró en su discurso.

—Ceniza en mi boca y vacío en mi corazón. Clovis... siento que hay algo que se me ha negado y que no sé explicar. Y la misma gente que nos hace esto a ti y a mí, quiere ahora a esos dos —señaló el camino por el que habían escapado Torgund y Sarmiento—. Y en ese desgarrado grandullón, por primera vez en mi vida he vislumbrado a un hombre de verdad... ¿Para qué crees que lo querrá Rowena, Clovis? ¿Para colgarle una asquerosa medalla al mérito masculino? ¿O para cortarle las malditas gónadas y hacerse un collar con ellas?

—Yo... yo... —balbuceó él.

—¿Lo ves? Ni siquiera ahora tienes lo que hay que tener para enfrentarte a mí... ni mucho menos a la realidad.

—Yo... —entonces Clovis gritó—. ¡Cállate!... —y alzando la espada, se abalanzó sobre ella descargando un golpe brutal que descendió desde el cielo hasta el suelo, donde un segundo antes se hallaba Marthia.

—¿Lo ves? Ni siquiera puedes controlar tus emociones, sargento. Te revuelcas en tu propia estulticia, de la que te has alimentado desde que te

adiestraron en el Caldero. Te quitaron la condición de hombre y te llenaron la cabeza de sentimentalismo de lupanar. ¡Despierta! ¡No eres dueño de tus pensamientos, deseos, ni emociones! ¡Estáis programados!

—He dicho... —apretó los dientes con rabia—. ¡Que te calles!

A duras penas Marthia detuvo el golpe que arrojó contra ella. La espada voló paralela al suelo como una guadaña y Marthia la frenó con su acero vertical, sintiendo como todos los tendones del hombro gritaban de dolor tensándose.

Dio un traspié por la inercia, y dispuso su espada defensivamente para recibir una granizada de golpes que detenía metódicamente conforme iban llegando.

El fragor de su duelo repicaba en la noche, y la melodía de las espadas se elevaba hacia las estrellas, que se ocultaban horrorizadas tras las nubes.

Marthia propinó un cabezazo contra la nariz de Clovis, y este comenzó a sangrar impregnándose el peto y la armadura.

Clovis escupió y cargó de nuevo.

La violencia del combate negaba cualquier impresión previa que pudiera hacer creer que había existido algo entre ellos dos.

Lo que comenzó con una cierta caballerosidad por ambas partes y una notable contención por parte de Clovis, había derivado en una sañuda retahíla de estocadas, que conforme pasaban los minutos los dejaba jadeantes.

En la última finta Marthia extrajo una daga de una vaina damasquinada que llevaba anudada al muslo. Con su espada alta retuvo el golpe de Clovis y por lo bajo hundió la daga de mano izquierda en el jubón del sargento, buscando causar el máximo daño. Pero por desgracia el acero penetró unos pocos centímetros, mordiendo la piel pero no incapacitando a su rival.

Clovis gruñó.

A Marthia le flaqueaban las fuerzas, y sus golpes ya no eran lo fuertes y precisos que requería para ganar aquella lid.

Clovis aferró la muñeca izquierda de su caudilla y apretó con los dedos hasta que le hizo extraer y soltar la daga.

Después, sin destrabar sus espadas en alto, el sargento triunfó sobre su comandante con un brutal cabezazo apuntado contra el rostro de la misma.

Marthia cayó al suelo semiinconsciente, a tiempo de ver cómo una

docena de Amazonas aparecían tras Clovis a todo galope.

Si los Siniestros eran la mano izquierda de las Matriarcas, las Amazonas eran sin duda alguna la derecha. Orgullosas, seguras, la guardia personal de Rowena.

Las batallas campales y los asedios se reservaban para la carne de cañón como los Siniestros, pero las tareas importantes y de relevancia se adjudicaban a las Amazonas.

Los caballos los sobrepasaron sin detenerse a preguntar por donde habían huido los fugitivos, y se perdieron entre las sombras retumbando los cascos contra el suelo. Los gritos de guerra de las Amazonas flotaban en el aire, y Marthia pudo escuchar una última pregunta antes de sumirse en un doloroso sueño:

—¿Por qué? —Clovis la observaba desde arriba, como si fuera un dios todopoderoso juzgándola.

* * *

Torgund corría a grandes zancadas espoleando a Sarmiento a cada momento.

—¡Vamos chico! ¡Queda poco!

—¡No puedo más! ¡Esto es una locura! —sollozaba él.

—Locura o no, es lo que debemos hacer. ¡Arreando! —y de un cogotazo lo espabiló.

Corrieron sin parar hacia una extraña y oscura formación montañosa que se alzaba hacia el sur.

Sarmiento cojeaba y miraba de vez en cuando a sus espaldas, donde la figura de Piro, su padre, los seguía haciendo aspavientos para que volvieran atrás.

El chico pensó que, como en otras ocasiones, deberían de hacerle caso. Hasta el momento su guía les había servido bien, ¿por qué no ahora?

Además estaba el hecho de que cuanto más lo observaba más débil se sentía, más flaqueaba su voluntad y más ganas de correr en dirección contraria tenía.

De tal modo que, a la primera oportunidad, se detuvo dejando que Torgund siguiera corriendo delante suya. Giró sobre sus pies y desanduvo el

camino por el que habían venido.

Fue al encuentro de su padre, que sin lugar a dudas sabía lo que se debía hacer.

En ese instante Torgund percibió por el rabillo del ojo cómo Sarmiento avanzaba en dirección contraria.

—¡Vuelve aquí, maldito idiota! —chilló. Pero Sarmiento parecía no escuchar.

Al otro lado del claro, entre los jirones de niebla, aparecieron saltando fuera de la bruma una docena de caballos.

—Amazonas —susurró Torgund, viendo cómo estas se acercaban a toda velocidad hacia el chico—. ¡Sarmiento! —gritó de nuevo, pero el muchacho parecía sordo además de ciego, con la mirada fija en las doce Amazonas pero ajeno a ellas, avanzando con sus ojos apagados.

Solo quedaba una opción.

Desenfundado su brutal espada, tan alta como una persona de constitución normal, cargó contra los jinetes sin pestañear.

A grandes trancos cargó.

Las Amazonas avanzaban sin oposición, y ya alargaban los brazos para coger por el pescuezo al chico y alzarlo sobre una de las labradas sillas, cuando se descargó sobre ellas una tormenta de acero; de acero negro que pronto se tiñó de rojo.

Torgund apartó a Sarmiento de un empujón, y este cayó al embarrado suelo saliendo de su ensimismamiento.

Mientras tanto el gigante barrió con la espada el aire y alcanzó al primer caballo entre el cuello y el hombro, casi decapitándolo por el golpe y frenándolo en seco. La amazona que lo montaba trató de aferrarse a la cruz de su montura, pero cuando el pura sangre dio la voltereta, la amazona salió despedida partiéndose el cuello contra una traicionera piedra.

Torgund liberó la espada del caballo y encaró a las siguientes mujeres que le apuntaban ya con sus lanzas.

La primera asta que osó acercarse pudo seccionarla sin dificultad con un golpe de su acero. Giró sobre sus pies y lanzó la espada como si fuera un dardo, empalando por el pecho a otra mujer, cuyo caballo dobló la rodilla, y ambos rodaron. La tercera lanza la aferró por la noble madera tras hacerse

rápidamente a un lado, desmontó a la amazona y le pateó la cara sin contemplaciones, ni debates morales.

Corrió hacia la mujer empalada y extrajo su querida espada negra, un vómito sanguinolento brotó entre el cerco de dientes de la caída.

Enfrentó de nuevo a las restantes, que ya no corrían hacia él. Más bien medían sus pasos y su estrategia, sopesando por donde encarar a aquel gigante.

Torgund andaba marcha atrás sin perder de vista al enemigo y con la espada en guardia.

—¡Empieza a correr! —dijo sin mirar a Sarmiento, que se hallaba a su espalda—. Y haz el favor de no repetir tamaña insensatez.

Sarmiento obedeció esta vez y corrió, tanto como pudo, a trompicones.

Una de las Amazonas trató de sobrepasar a Torgund para cazar al chico, pero este barrió el caballo al pasar por su lado, a la altura de la rodilla o carpo del mismo, desjarretándolo. Las piernas del caballo se separaron del cuerpo y, chillando el animal, arrastró a su jinete al suelo aplastándolo.

Una segunda mujer trató de cargar pensando en pillarle desequilibrado, pero Torgund se giró hacia la montura y la embistió con sus anchos hombros golpeando contra el pecho de la misma. Aquello hizo que las Amazonas temblaran más aún si cabe, pues ¿quién ha visto nunca a un hombre detener a un caballo con la sola fuerza de sus hombros?

El caballo se puso a dos patas encabritado, la amazona cayó de espaldas y Torgund la ajustició sin dudar en el suelo.

—¿Siguiente? —dijo secamente hacia las que quedaban, sin ocultar un cierto regocijo ante el temor de aquellas mujeres.

Continuó caminando de espaldas, retrocediendo, y cuando la distancia entre las temerosas mujeres y él fue suficiente, volvió la vista en dirección contraria y estalló en una frenética carrera.

Sin saber cómo reaccionar, ellas dudaron por unos instantes, pero temerosas del castigo y dispuestas a no manchar su reputación, empuñaron de nuevo las riendas y sacudieron los caballos.

Cargaban de nuevo.

Sarmiento acababa de alcanzar la formación rocosa de extraño aspecto que buscaban; a todos los efectos parecía el corazón de un titán de piedra que hubiera sido extraído y depositado en aquel páramo. Era casi milagroso que

hubiera podido alcanzar el Sagrado sin ver, pero en las cercanías de aquel ancestral baluarte, la percepción del mundo parecía volverse más nítida, casi podría decir que había recuperado la vista.

Giró para contemplar cómo Torgund corría hacia él, perseguido a cada lado por varias Amazonas que no osaban trabar combate.

Más que perseguirle, parecía que lo escoltaban.

Desde aquella distancia, apenas unos metros, vio los gestos de su gran mano indicándole que avanzara.

—¡La cueva! ¡Entra en la cueva!

Sarmiento se giró y contempló que el corazón de piedra poseía una serie de extrañas aberturas tanto en su base como en su cima. En efecto semejaban las salidas y entradas de aurículas y ventrículos de un enorme corazón.

Sin pensarlo por más tiempo se arrojó por la primera apertura que alcanzó. Entró en el corazón de Kilumaras.

Torgund avanzaba raudo sin detenerse ante nada. Sus perseguidoras lo cercaban, y cuando fijó su vista en la inquietante estructura rocosa frente a él, percibió la presencia de una niña hermosa y triste a la vez que le contemplaba a un lado del camino.

En un rápido vistazo la vio sonreír, y cuando pasó a su lado, ella volvió su rostro alegre y dejó ver su otra cara. Los jirones de piel podrida al viento y la espantosa mueca de odio que le dedicó se quedaron grabados en la memoria del Kaimu.

La niña emitió un grito gutural que heló la sangre de todos.

Las mujeres no osaron continuar tras su presa, si para ello debían pasar por encima de aquel ser de pesadilla.

De modo que Torgund saltó los últimos metros, mientras las Amazonas arrojaban sus armas contra él. Las afiladas lanzas volaron rectilíneamente, y habrían alcanzado a Torgund en plena espalda, pero en cuanto hubo traspasado el umbral de piedra, por el que segundos antes entrara Sarmiento, se esfumó en la oscuridad. Tan solo se escuchó el repicar de las lanzas contra la roca y unas palabras vagamente susurradas, “...*me dé discernimiento y habite en mi corazón*”.

La luna nueva arrojaba una pálida luz que no presagiaba...

INTERLUDIO

...nada bueno.

La Cascada, Mil Ríos, La Escala... todo el mundo lo percibió. Incluso en lugares más lejanos, la gente alzó la vista hacia el cielo sobrecogida.

Los brillantes astros solares se movían. Los testigos dirían años después que aquel día el sol bailó. Mas era de noche, era luna nueva y los soles brillaron.

Donde había dos soles, cuatro aparecieron. Un extraño fenómeno que combinó dos parhelios en uno solo.

Las mujeres y los niños se refugiaron bajo techo, los animales callaron, y los poderosos temblaron.

Desde la Bahía Final, donde las rugientes aguas de la Cascada saltaban al vacío, una fuerte brisa sopló, barrió los páramos y sacudió las cabañas de los habitantes del continente. Supersticiosamente se refugiaron en sus casas. Pero Jnum, el Gran Druida, recorrió las calles y calzadas, dejando que su túnica ondeara lastimeramente sacudida por el viento, como sus lúgubres pensamientos.

El aire corrió como un vendaval por la Cordillera de los Dientes del Dragón en Mil Ríos, silbando entre sus alturas palabras olvidadas. Marlon se acurrucó en la Atalaya del Oso atemorizado, mientras Mabruk, en la Fortaleza del Agua, en su alta Torre de Astronomía observaba los cielos con preocupación.

El torbellino cobraba fuerza y velocidad, y sus etéreos dedos alcanzaron el mismísimo corazón de Kilumaras en la Escala. El aire jugueteó

penetrando en sus oquedades, y el silbido que provocaba en su interior recordaba vagamente al acompasado latido de un corazón. De modo que aquel día afirmaron que su corazón volvió a latir.

Mientras, en el Palacio Matriarcal, las altas vidrieras decoradas con escenas de mujeres alzándose por encima de sus cadenas, estallaron en mil pedazos al ser azotadas por el viento. Una lluvia de afilados cristales inundó el interior y Rowena tuvo que refugiarse bajo su trono.

En ningún rincón del mundo se sabía qué pasaba. Nadie comprendió de dónde provenía aquel vendaval. Solo recordarían el terror, el miedo, la inquietud, cuando descubrieron que no estaban solos.

Las brumas que cubrían el mundo, el *manto*, el *velo*, la *nada*, como eran llamadas y conocidas, comenzaron a disiparse.

Los espesos nubarrones cobraron vida, se apelmazaban y golpeaban azotados por la brisa. Se sacudían y dispersaban. Otros ascendían perdiéndose, haciendo espirales en el alto cielo.

Las nubes comenzaron a fluir como la corriente viva de un río, todas en la misma dirección ascendente, como si entre las estrellas se hubiera abierto un sumidero que las estuviera engullendo.

La tierra se sacudió, y con sus temblores tembló la gente.

Finalmente los rayos de los soles brillaron intensos por un instante. *Manto*, *velo* y *nada* habían desaparecido, el mundo permanecía oscuro por las nubes grises que ahora lo cubrían desde lo alto. Pero la cortina que se había impuesto ante sus ojos había desaparecido, y el hombre, los Perantaraan, pudieron ver allá donde sus ojos alcanzaran, cubriendo distancias antes inconcebibles.

La maravilla ante el espectáculo de la visión se vio atenuada por el terror. Desde Bahía final, desde las Lágrimas, o desde los mismos Tullidos, los Perantaraan contemplaron que habían sido engañados.

En la lejanía, flotando en el horizonte, grandes continentes de roca viva estaban suspendidos en el aire, entre las nubes.

Desde la Cascada, desde sus rugientes aguas que ahora veían caer a la tierra, sobre un mundo que se encontraba árido, miles de metros por debajo de ellos, pudieron contemplar la cordillera de los Dientes del Dragón en Mil

Ríos.

Desde las Atalayas de Mil Ríos los vigilantes guardianes dieron la voz de alarma, pues hacia el este contemplaban una monstruosa cascada que rompía aguas en el vacío, y hacia el oeste percibían tres islotes flotantes de roca conectados por enormes maromas de cuerda.

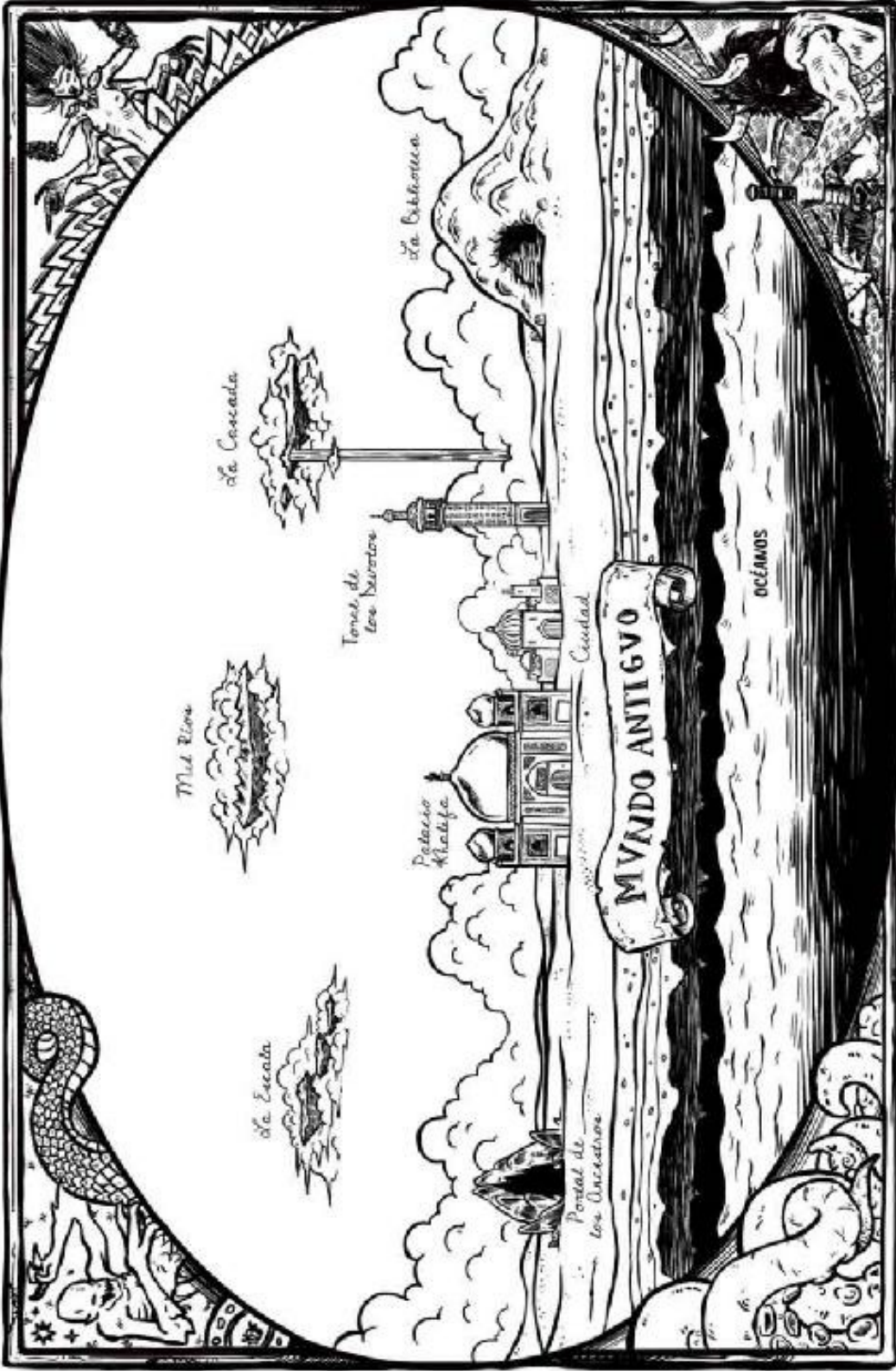
La guardia matriarcal de las Amazonas a su vez reforzó la vigilancia, cuando tomó conciencia de una fortaleza de lapislázuli que refulgía en lontananza.

El mundo abrió los ojos. Y vio. Y el don de la visión vino acompañado del temor y la incompreensión.

No tardaron en proliferar las más agoreras profecías y augurios por todas las regiones del mundo, acompañados de profetas, mesías y videntes de todo pelaje. Algunos aseguraban que era el fin del mundo, otros que el comienzo de una nueva era. Se multiplicaron los suicidios colectivos, nacieron cultos, ritos y sectas adaptados a los tiempos.

Pudieron ver y no vieron.

El tiempo de contrición había terminado, y la hora de la penitencia comenzaba...



XVI

MUNDO ANTIGUO

...con un fuerte estallido que atronó a los presentes, haciendo que alzaran la vista al cielo.

Pero pronto agacharon la cabeza bajo las sacudidas, los palos y los latigazos. Los Dhimmi carecían de derechos en Mundo Antiguo, de modo que sumisamente prosiguieron arando la tierra sin rechistar.

Sus amos no toleraban ninguna digresión en el trabajo. Cosa que no dejaba de resultar irónica, pues la palabra tolerancia era ampliamente utilizada por el Khalifa, allá en su opulento palacio, levantado por los esclavos con la fuerza de sus músculos y la argamasa de su sangre.

El encapotado cielo clareó. Por primera vez en siglos los hombres de Mundo Antiguo vieron lo que existía sobre sus cabezas. Puede que los Dhimmi se sintieran aturdidos, o asustados por aquella extraña imagen de un cielo nublado y un archipiélago de islas flotantes vagando sobre sus cabezas. Pero para los Sunnas, los señores, aquello era una señal enviada por Baashamel, el dios de los creyentes y azote de los infieles.

La visión de aquellas islas voladoras solo despertaban un instinto, desde la más elevada de las jerarquías de palacio hasta en el último guerrero de sus huestes que ahora dominaban Mundo Antiguo.

Y ese instinto era de conquista.

Nuevas tierras solo significaban nuevos esclavos, Dhimmis, nuevas riquezas, nuevas mujeres, mayor dominio. El mundo sería uno solo bajo su mando, o no sería nada.

La jerarquía de los Sunnas se dirigió en caravana hacia el palacio del Khalifa Amr.

En un mundo normal irían a palacio cargados de preocupación, buscando el consejo de su regente en la que pudiera ser una crisis manifiesta. Sin embargo, nada más alejado de sus motivos. Si iban a su encuentro, no era en busca de consejo, sino para exigir la proclamación de la Yihad. La guerra que los fieles librarían en un ciclo eterno de destrucción, hasta que todo el mundo adorara a Baashamel o ardiera.

Así ocurrió en el pasado y así ocurriría en el futuro. O al menos eso anunciaba el profeta de Baashamel en sus textos.

Leviathanas, el profeta.

El misericordioso; que transmitió su saber a los elegidos, y les anunció una segunda Yihad con la que finalmente gobernarían la tierra como amos y señores.

Pero Leviathanas les abandonó cuando el mundo se quebró, cuando Kilumaras abortó radicalmente la Segunda Guerra Sacra.

Y la tierra se oscureció. Un manto cubrió por completo las regiones del Mundo Antiguo, y nunca supieron qué fue de sus enemigos ni de Leviathanas.

Y las Tierras quebradas desaparecieron a sus ojos y jamás supieron de su paradero.

No obstante ellos eran adalides y guardianes del saber transmitido. Y fielmente cumplieron los preceptos y aguardaron gozosos el día en que Leviathanas volviera con sus hijos y encabezara la segunda Yihad, la guerra final, o como gustaban llamarla los más pedantes, la Tercera Guerra Sacra.

De modo que para los Sunnas la señal en los cielos resultaba clara.

Era el momento de ultimar los preparativos y aprestar a las tropas. El pueblo de Mundo Antiguo siempre estaba preparado para la guerra; no obstante, ahora necesitaban un catalizador, un frente común que los impulsara hacia delante en busca de su destino manifiesto.

Los caballos se detuvieron a las puertas del palacio Khalifal. Desmontaron cediendo sus monturas a los esclavos de la corte, y se adentraron en la suntuosa residencia de Amr.

Envueltos en sus sedas, y revestidos de joyas y otros ornamentos no menos ostentosos, recorrieron los pasillos de bóveda de cañón alicatados de rubíes y zafiros.

Todo en palacio estaba pensado para dar al visitante la sensación de

hallarse entre los escogidos, entre los hijos de Baashamel, como en ocasiones gustaban en referirse a sí mismos.

Su dios les había otorgado su saber, sus costumbres, sus leyes; su misma lengua tenía origen en los escritos sagrados de Leviathanas. La lengua de los creyentes, que los acercaba más a dios y los ponía en contacto con él, de tal manera que algunos pocos escogidos decían oír la mismísima voz de Baash resonando en sus cabezas.

Y Baashamel hablaba a través del Khalifa Amr, transmitiendo sus deseos. Aquella era la creencia.

La creencia que, en Mundo Antiguo, era lo mismo que decir la ley. Pues religión y política formaban un solo cuerpo perfecto bajo Baash.

La comitiva entró en la sala de guerra. Una enorme estancia de planta circular, delimitada por fastuosas columnas, y rematada por una siniestra cúpula que detallaba en imágenes y teselas las sangrientas guerras del pasado.

El Khalifa aguardaba en el centro de la sala a sus Sunnas, sus señores de la guerra, que habrían de hacer su voluntad. Sin mediar palabra, uno a uno, fueron arrodillándose, besando los anillos en la mano de Amr y pronunciando palabras de sumisión. Después cada cual ocupaba su puesto previsto en una labrada silla de caoba, alrededor de un desproporcionado pebetero de oro donde quemaban incienso y otras hierbas aromáticas.

Cuando todos los presentes estuvieron sentados, algunas esclavas hicieron acto de presencia repartiendo brebajes y caprichosos frutos a los Sunnas; en copas de plata y bandejas doradas fueron servidos.

El vino fue generosamente escanciado; entre ellos no había necesidad de aparentar y todos bebían sin pudor. Realizaron siete libaciones y siete brindis en honor a Baashamel. Y derramaron la mitad de sus copas sobre los azulejos del suelo.

Los saludos iniciales concluían allí.

Entonces uno de los grandes Sunnas, Alawi, levantándose de su asiento y mirando a todos los presentes, con especial reverencia al Khalifa, explicó por qué se habían reunido:

—¡Hermanos! ¡La señal ha sido clara, el tiempo ha llegado y bendita es la hora en que Baashamel se ha revelado!

—¡Baash Baar Kua! ¡Baash Baar Koira! —gritaron todos a una. Que en

la lengua común sería algo así como: “Baashamel sea temido, Baashamel sea adorado”.

El hermano Alawi tranquilizó a los Sunnas, mientras se deleitaba ante su fervor.

Todos sonreían y se miraban alborozados, como si ya estuvieran afilando las espadas y pasando a cuchillo a sus enemigos.

—¡Hermanos! Como decía, es el momento de llamar a los fieles. Los cielos se han abierto, como el profeta Leviathanas prometió que sucedería. Y los últimos vestigios del mundo están a nuestro alcance, al fin. La última guerra ha llegado. La última oportunidad de mostrarnos dignos a los ojos de Baashamel y obtener nuestro pasaje seguro a la Yanna, purificados en la sangre de los pueblos infieles que escaparon durante la segunda guerra sagrada, donde combatieron nuestros ancestros al lado de los Mork.

Los corazones y los ojos de los presentes parecían cargados de una furia devota incuestionable. Una inquebrantable determinación y certeza de hallarse en posesión tanto de la verdad suprema como del derecho divino.

—¿Y qué es lo que nos pides? —preguntó Taruk, el mayor de los Sunnas, aunque todos conocían la respuesta.

Alawi se giró teatralmente hacia el Khalifa Amr. Y sonriendo de medio lado dijo:

—Yihad —dejó que la palabra calara en toda su hondura, y entonces, girando hacia el círculo de los Sunnas, exclamó con toda la fuerza de su pecho —: ¡Yihad!

Y la sala prorrumpió en vítores, aclamaciones y gritos de guerra.

El Khalifa Amr apaciguó la algarabía con aplomó. Todos los señores de la guerra volvieron a sentarse y aguardaron las palabras del “El Viejo de la Montaña”, como en ocasiones se daba a conocer.

Contemplando satisfecho a aquellos hombres, que no habrían de fallarle, anunció:

—¡Y Yihad será! —los gritos de gozo resonaron por todo Mundo Antiguo— ¡Reunid a las tropas, acantonad los ejércitos y mandad emisarios a las tierras perdidas! Utilizad los Kolf para llegar hasta ellos. Sembrad el temor en sus corazones, mostraos a los antiguos reyes del mundo, y conminadles al alto destino que les está reservado.

—¡Baash Baar Kua! —gritaron.

—Mas ser misericordiosos —añadió Amr sonriendo a través de su entrecana barba—. No olvidemos que todavía pueden servir a la causa de Baashamel si son correctamente guiados. Ofrecedles aquello que dijo el profeta Leviathanas: *Sumisión, o muerte*.

—¿Y el pago? —preguntó Taruk.

—Si optan por la sumisión, que sería lo más sabio, y así debéis hacérselo ver, exigirles la dimma —sentenció Amr con un gesto firme de su puño, y los despidió con urgencia.

Los Sunnas disolvieron la reunión, henchidos de fervor y deseosos de emprender la ingente tarea asignada.

Aunque la realidad es que esta revestía menos dificultad de lo que pudierais imaginar, pues Mundo Antiguo se preparaba para la guerra final desde el principio de los tiempos.

Mundo Antiguo sabía que la guerra estaba por llegar, y en el fondo su fortaleza y su ventaja se basaban en este simple hecho. Mundo Antiguo nunca dejó de creer. Y su adoración por Baashamel es firme, sólida como la roca, e inamovible como la montaña.

* * *

La lujosa sala quedó en silencio cuando los últimos pasos resonaron sobre el pulido suelo y los guardias cerraron las puertas.

El Khalifa Amr apretó sus dedos sobre los reposabrazos, y repasaba en su cabeza intrincados planes de batalla, urdidos durante años de alimentar un odio ávido.

De lo alto, desde el alféizar de uno de los ventanales, descendieron dos cuervos negros que planearon hasta aterrizar sobre los hombros de Amr.

El Khalifa miró a izquierda y a derecha y los pájaros graznaron estridentemente. El señor de Mundo Antiguo sonrió.

—Decidme... ¿Qué noticias hay de las tierras quebradas... qué dispone nuestro señor?

Los cuervos susurraron en sus oídos...

EL CLARO

...palabras sin sentido.

La espesa bruma que los rodeaba se disipó y dio cabida a todos los presentes. Las nubes grisáceas fueron retrocediendo parcamente, entrelazándose y jugando entre volutas y espirales, hasta que todos ellos parecieron quedar suspendidos sobre un gran nubarrón que aparentaba estar listo para descargar en cualquier instante.

Desde aquella altura se les permitía ver el mundo entero sin límites y sin tiempo, sin dimensión y sin espacio.

El *velo*, la *nada*, el *manto* se retiraban arrastrados por una brisa que no se sentía en la piel.

Estaba aturdido. Pero no lo suficiente como para no saber contar. Alarmado por la presencia de los otros echó mano a la empuñadura, pero tan solo para parecer amenazador, y sin la menor intención de desenvainar.

—¡Vale, vale, vale! —comenzó Varley, dando tumbos como si hubiera bebido, cosa que realmente llevaba tiempo sin hacer. Todavía le costaba acostumbrarse al Claro y sus sensaciones—. Aquí me faltan algunos rostros conocidos y me sobran lo menos cuatro personas que no sé de dónde han salido.

Buscó a Torgund entre los reunidos, y clavándole la mirada al encontrarlo, añadió.

—Disculpa, pero... ¿Qué diantres ha sucedido? ¿Quiénes son todos estos, y qué carámbanos de mundo es este en el cual la tierra desaparece bajo nuestros pies para mostrarnos más tierra? ¿A qué puñetas juega tu Dios, grandullón?

—¿Y por dónde quieres que empiece a responderte? —su coleta aleteó violentamente cuando se giró hacia él.

—¡Maldición! Odio que me respondan preguntas con cuestiones. Debería estar prohibido... —Varley se rascó la frente y arrugó la nariz como

si contuviera una flema—. Está bien. Empieza por decirme qué está pasando en el Claro y de qué va esto... y ya puestos, a qué juega Kilumaras. Si es que lo sabes... —Y señalando al resto de los presentes— La cuestión de qué hacen estos fulanos aquí puede esperar, de pronto me agobia más mi agorafobia recién adquirida.

—¡Perdona! —intervino Tania, airada.

—Escucha... —Varley se interrumpió al fijar los ojos en ella— guapa...

—¡No! —interrumpió ella—. ¡Escucha tú, listillo! ¡Hemos tenido que enfrentarnos a suficientes descabezados por hoy, de modo que cerrarás el pico y me dejarás preguntar hasta que me sacie de hablar! ¡Y te advierto que soy una mujer muy verbosa! —Varley se tragó la lengua ante el impulso de la mujer. Ron, que permanecía de pie junto a él, le clavó el codo en las costillas divertido.

—Parece que has encontrado a una mujer igual de bocazas que tú, detective. La horma de tu zapato.

Varley se distanció de Ron pagándole con un bufido y una mueca. Iba a responder algo ingenioso a aquella mujer, cuando ella se encaró con el muchacho.

—¿A quién llamas bocazas, alitas de pollo? —dijo ella despectivamente, haciendo referencia al brazo paralizado de Ron. El chico enrojeció de ira y a punto estaba de abalanzarse contra ella, cuando Torgund se interpuso.

—¡A ver si nos tranquilizamos todos de una vez! Hemos pasado por muchas penalidades y todos estamos algo susceptibles. Pero si hemos acabado reunidos en este lugar debe de ser por alguna razón. Nadie viene al Claro si no es voluntad de Kilumaras... Para empezar... estamos aquí físicamente... todos —los miró uno a uno—. Cosa que debería ser imposible, pues el Claro es un espacio que utilizábamos para comunicarnos mentalmente por medio de nuestros tótems... mi espada, el anillo de Xila y el colgante de Kadros.

—¿Y tú eres? —dijo ella, refiriéndose a Torgund. Este se giró y respondió amablemente.

—Me llamo Torgund, soy amigo de Xila... la loba blanca —ella lo escrutó con la mirada, parecía que lo olfateara incluso.

—Más que su amigo... yo diría que eres su familiar. De alguna manera

extraña sois la misma cosa. Puedo percibir en ti lo mismo que en ella.

—¿El qué?

—Profundidad. Tus ojos... es como mirar el universo. No tienen fin, como si la experiencia de miles de años se atesorara tras ellos. Ese... aura.

Torgund sonrió con agrado.

—No andas muy lejos de la verdad. ¿Y tú eres?

—Tania —y extendió una mano que estrechó Torgund. Después se volvieron hacia los demás y se fueron presentando ya más sosegados.

—Bien... —continuó Torgund— y ahora que nadie es un desconocido. ¿Qué deseas preguntar, Tania?

Ella carraspeó. Miró a Varley y después a Torgund.

—Bueno... en fin... quizá... le cedo la palabra a Varley —el detective la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Disculpa?

—Pregunta tú, no me mires así... —Varley asintió con ironía, sin dejar de mirarla—. ¿Qué? Solo estaba nerviosa y tenía que meter ruido, pero la realidad es que no sé qué demonios preguntar ni de qué demonios va todo esto. Así que quizá sea lo más apropiado callar un poco y escuchar la locura que tengáis que contar.

—Deja que te ponga al día —salió Torgund en apoyo de Tania.

Durante los siguientes largos minutos, el gigantón se explayó en relatar todo lo sucedido hasta el momento y explicar los detalles que iban surgiendo sobre la marcha. La detención de Kadros, la misión de proteger a los chicos, la aparición de Varley, la situación en las tres tierras conocidas...

Mientras, Sarmiento, Sera, Ron y Mejunje parecían congeniar y habían formado su propio grupillo y se entretenían realizando juegos de manos y acertijos.

Cuando el relato de Torgund alcanzó el presente, Varley retomó su pregunta donde la había dejado, pero al menos ya estaban los tres adultos sentados y al día, y los jóvenes jugueteaban alrededor como si fuera una vulgar escena de campo de lo más vulgar.

—Empecemos por una sencilla. El *velo*, el *manto*, la *nada*... hemos visto desde este hermoso palco de primera fila, al que llamáis el Claro, cómo se iban a hacer puñetas y se disolvían. Y como ya me anunciasteis, hemos visto nuevas tierras más allá del horizonte, confirmando que no estamos solos.

Pero... me preocupa lo que hay bajo nuestros pies. ¿Qué demonios es eso? Hablasteis de vuestros respectivos protectorados, pero no dijisteis nada... — Varley se aproximó al perímetro del Claro y señaló hacia el vacío— ¡de eso!

—Mundo Antigo —murmuró Torgund. Varley recordó vagamente haber oído aquel nombre antes.

—¿Cómo? —preguntó Tania.

—Mundo Antigo —confirmó Torgund ya con voz clara—. Xila lo suponía, Kadros y yo tan solo lo tomábamos como cuentos de vieja. Al fin y al cabo, Xila es la más anciana de los tres y sabe cosas que nadie más conoce. Pero es cerrada y amante del libre albedrío, y se niega a revelar nunca nada más allá de lo necesario para llevar a cabo nuestra misión. Su sabiduría siempre resultó de gran utilidad y de apoyo espiritual en los momentos más oscuros.

Tania lo contempló cabizbaja.

—Ya no podrá ayudarnos más, Torgund... —Tania tragó saliva—. Cayó defendiéndonos de esos druidas resucitados que os describí.

—Nunca se sabe, Tania, nunca se sabe. Xila jamás hacía nada llevada de arrebatos o pasiones, sus razones tendría para defender aquel puente y cerrar el paso a ese Ûng. Y por cierto, no utilices el término resucitados, no con esos seres. Son Reavivados.

—¡Diferencia relevante! —apostilló Varley, irónicamente.

—Toda. Tus reavivados son el producto de un arte arcano y oscuro que está más allá de nuestro conocimiento. Una oscuridad tan insondable como la luz que percibiste en mis ojos.

—Ajá —asintió Varley, metiendo sus labios hacia dentro y dejándolos restallar como una pompa de jabón—. Genial. Bueno, de acuerdo. Y entonces, volviendo a la cuestión... Mundo Antigo.

—Mundo Antigo. El último refugio de los hombres caídos; de aquellos que durante la Segunda Guerra Sacra lucharon del lado de los Mork contra los Heldere y los Perantaraan. Un reino desértico, yermo y lleno de odio que creíamos desaparecido. Un mundo de guerra y muerte, esclavitud y pasiones insaciables.

—Y ahora ha vuelto —afirmó Varley—. ¡Estupendo! No teníamos bastantes problemas, ciertamente.

—Es cierto que no resulta esperanzador, detective. Pero interprétalo desde mi punto de vista. Mundo Antigo no es solo la manifestación de que el

hombre no está solo en el mundo, aislado en sus pequeñas islas. Para hacernos saber que no estamos solos habría bastado con revelar la Cascada, Mil Ríos y la Escala —se detuvo reflexivo—. Ahora, por fin, entiendo las lecciones de Xila —sonrió como si viajara en sus recuerdos—. Mundo Antiguo es la demostración palpable de que Kilumaras no se fue con la partición del mundo.

—¿Y cómo llegas a esa conclusión? —preguntó Tania.

—¿No os dais cuenta? —Negaron los dos a un tiempo—. Al caer el *velo* se ha revelado la existencia de este desierto, de la desolación que quedó en el mundo tras la guerra. Y a su vez se ha revelado para ellos la existencia de la Cascada, Mil Ríos y la Escala; lo cual ciertamente acarreará problemas. Pero no creo que sea casual. Pensad —Torgund entrecruzó los dedos—. Todas las historias cuentan que Kilumaras partió el mundo en su ira, y cada uno de vosotros pensó que éramos la única tierra que albergaba vida tras el cataclismo. Pero ahora el *velo* se descorre y vemos que Kilumaras no nos abandonó ni nos exterminó —calló un instante y sentenció—. Nos concedió una prórroga. Y para poder hacerla en justicia nos aisló de Mundo Antiguo, que nos habría aniquilado en aquellos momentos de debilidad, y nos aisló entre nosotros para que creyéramos y diéramos fruto.

—¿Prórroga dices? —replicó, al fin, Varley—. ¿Para qué exactamente?

—Eso no me corresponde a mí decirlo. Pero seguramente para lo que haya de venir.

—Muy bien, vale. Así que el *velo* ha caído. Y ahora sabemos que Kilumaras no se fue, sino que nos dio un tiempcito. Pero digo yo... ¿Si fue capaz de elevar estos tres territorios por los aires para aislarnos de lo que sea que habite allí abajo...? ¿Por qué demonios no lo barrió directamente y listo?

—Por el libre albedrío.

—¿Oh, eso! —Varley puso cara de circunstancias.

—Sí, eso —añadió Torgund, suspicaz—. Es una oportunidad para el mundo y para los Perantaraan. Para Kilumaras habría sido más sencillo hacer que una estrella chocara con este mundo y terminar con la vida en un ¡pluff! —dio una fuerte palmada—. Borrón y cuenta nueva, y a empezar de nuevo.

—¿Y por qué no?

—Porque aunque te parezca mentira ama su creación. Y no la rendirá con tanta facilidad. De modo que se nos da, se te da a ti también, Varley, una segunda oportunidad. A los Perantaraan se os ha dado la posibilidad de

escoger, y el tiempo de la elección ha llegado.

—Está bien —empezó Tania, algo hastiada de conceptos filosóficos—. ¿Y qué pasa con los muchachos? Dijiste que Xila, Kadros y tú optasteis por protegerlos porque uno de ellos debería de ser de alguna manera una especie de escogido para no se sabe muy bien qué. Se suponía que ese “elegido” debería haber aparecido aquí, en el Claro junto a vosotros. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Entonces qué hacen aquí los tres? ¿Y qué importancia tienen los Sagrados si han resultado ser meras piedras de transporte?

—No tengo una respuesta clara a eso, Tania.

«¿Qué decía padre todas las noches? ¿Cómo era aquella historia?» —la conciencia de Varley había entrado en funcionamiento.

—Puede... puede que yo sí —dijo Varley repentinamente, mientras movía la nariz como cuando le guiaba su instinto.

—Habla —lo apremió Tania.

«*La llegada de los tres. Espera la llegada de los tres, cuando todos se volverán al Sagrado, y el mundo recuperará lo que le fue robado*» —la voz de su padre resonaba en su cabeza. Casi podía sentir cómo le revolvía el pelo antes de irse a dormir.

—¿Y si...? ¿Y si estábamos equivocados? ¿Y si los sagrados no eran un lugar?

—¿Cómo? —preguntó Torgund.

«*Algún día, hijo, algún día entenderemos al Uno, que son tres*».

—Una vieja historia que recuerdo de mi infancia... culpada a mis padres... —sonrió y continuó—. Hablaba de Kilumaras, la partición y demás... y hablaba de algo curioso en lo que creían mis padres, aunque nunca presté la suficiente atención...

—Suéltalo ya por el amor de... —dijo Torgund.

—¿Y si los sagrados fueran los chicos? ¿Y si ellos fueran una herramienta de Kilumaras para algo más importante? ¿Y si los tres formaran un todo? O ¿y si cada uno de ellos constituyera un aspecto de un mismo ser? Imaginaos... digamos que Sera fuera la inocencia y la pureza, Ron la sabiduría y Sarmiento la fortaleza.

«*Ahora es cuando has empezado a mascar hierba, amigo*» —ya no era la voz de su padre. Esta vez era la suya propia diciéndole amablemente que se

mordiera la lengua bien mordida.

Se hizo el silencio, y los ojos del Kaimu cobraron una especial hondura que parecía engullir a Varley.

Tras eso comenzó a reír sanamente, una risa rica y profunda que brotaba de lo hondo del corazón.

—¡Cielos, Varley! ¡Eres increíble! ¡Bendito sea Kadros por encontrarte!

—Yo no le veo la gracia —repuso Varley, ofendido por sus crecientes risotadas.

—Pero si tienes razón, detective —y le palmeó el hombro al llamarle detective—. ¡Tienes razón, maldita sea! Los chicos son los Sagrados. Los chicos son casi con toda certeza la partición de Kilumaras. Los escritos dicen que Kilumaras partió el mundo y que se quebró por nosotros. ¿Y si lo interpretamos mal? ¿Y si realmente se partió por nosotros físicamente?

—Resulta inquietante, pero creo que dices estar de acuerdo conmigo —añadió Varley.

—¡Pues claro! Y si Xila estuviera aquí te clavaría su único ojo y te diría lo mismo. Por eso ninguno de ellos fue excluido en el Claro, y por eso los tres están aquí. Porque los tres son una misma cosa, los tres forman parte de un todo que no entendemos.

—¿Y Mejunje, Tania y yo mismo? —añadió Varley—. ¿Por qué estamos aquí?

—Todo tiene su razón de ser, amigo mío. Todos tendremos nuestra misión llegado el momento.

La verdad se cernió sobre ellos sin que pudieran negarla. ¿Qué sentido tenía si no? ¿Qué juego era aquel en todo caso?

—¿Deberíamos decírselo a ellos? —preguntó Tania.

—De ninguna manera —atajó Torgund—. No aún por lo menos. Ignoramos el efecto que una revelación así podría tener en unas mentes tan jóvenes. Creo que será mejor... esperar.

—¿Hasta cuándo? —dijo ella. Torgund la miró sin tener una respuesta clara a aquella pregunta.

—En situación normal te diría que hasta que Xila diera su valoración del caso... pero me temo que no podrá ser. De modo que creo que lo mejor será esperar a que maduren algo más antes de tratarlos como adultos.

Supo por el rostro de la mujer que la respuesta era completamente insatisfactoria. Pero para él también lo era, de modo que deberían convivir con ello.

—Dejemos a un lado la cuestión de hacerles partícipes de esta historia de vodevil y respóndeme a esto... —intervino Varley de nuevo—. El dedo, el corazón y el ojo... ¿Qué son entonces?

—Señales —corroboró Torgund—. Señales que no supimos interpretar. Piedras de transporte... hay más piedras mágicas en el mundo de las que imaginamos. Piedras de poder que pueden hallarse en los Tullidos mismamente si uno sabe lo que busca.

No sabía por qué, pero fue un alivio. Varley sentía que todo aquello comenzaba a cobrar sentido y agradecía que todos estuvieran allí, tanto los chicos como la mujer que le había mirado despectivamente desde un principio, Tania. No deseaba cargar en la conciencia con la muerte de nadie, de nadie más al menos. Y durante su viaje había llegado a cuestionarse el dilema obvio de que si Ron hubiera resultado el elegido... ¿qué habría sido del resto? ¿Carnaza, cebo para peces?

—Espléndido... —se inmiscuyó Tania, que había mantenido silencio—. Todo eso está muy bien, pero si lo que decís es cierto y tan solo quedas tú —señaló al gigante—, no te ofendas, Torgund, ¿qué vamos hacer ahora?

—Precisamente para eso nos reunimos en el Claro. Aquí tomamos las decisiones en paz y en pleno acuerdo bajo la égida de Kilumaras.

—Pues se me ocurren unos cuantos puntos que debatir —corroboró Varley—. Empezando por la escasez de licor en mi organismo desde que comenzamos esta singular colaboración —Torgund le miró con ojos cansados—. Vale, vale... entendido. Ya me callo.

—Veamos —centró Torgund la conversación de nuevo—. Tania ha acertado en la cuestión.

—¿En serio? —dijo ella.

—Así es. Estoy solo, amigos. Y si vamos a seguir adelante con toda esta locura, deberíamos conseguir toda la ayuda que nos sea posible.

—Por fin dices algo que tiene sentido, viejo —dijo Varley, sonriendo aliviado—. ¿En qué has pensado? ¿Un ejército? ¿Una rebelión?

—En Kadros —respondió él con total sencillez, ante el rostro atónito de su amigo, que hizo amago de llevarse la mano a una petaca que ya no

existía. Varley carraspeó varias veces antes de responder.

—Será una broma.

—En absoluto.

—Pero es una locura —terció Tania.

—Puede parecerlo, sin duda, pero creo firmemente que con él a nuestro lado se incrementan nuestras opciones.

—Si te refieres a “incrementan nuestras opciones de ser empalados”... sí, estoy de acuerdo, aumentan exponencialmente cada segundo que siquiera sopesamos esta cuestión. ¡Por el amor de... —Varley puso los ojos en blanco — estás hablando de rescatar a un reo de muerte de la Fortaleza del Agua, de la mismísima Espiral! ¿Estás chalado?

—Sí. Y por eso necesitare de alguien que conozca el entorno y este chalado —Torgund clavó sus ojos sobre Varley, que le devolvió la mirada y sacudió la cabeza resignado.

—Hoy las bromas vienen de dos en dos. ¡Venga hombre...! ¿Cómo narices vas a convencerme para que haga semejante locura?

—Sinceramente esperaba no tener que convencerte.

—O sea que lo iba hacer por altruismo puro —respondió ofendido—. Porque consideras que soy una buena persona, que tengo mucho más que dar, o que hay mucho más dentro de mí de lo que aparento. Me dirás que poseo un corazón justo y que sé distinguir el bien del mal y cosas por el estilo, y recurrirás a mi espíritu bondadoso, si es que está ahí, para que te ayude en tu estúpida misión, y yo solo debería asentir, decir sí y seguirte. ¿Ese es tu gran plan?

Torgund asintió.

—Bueno, sí. Más o menos. Aunque...

—Aunque ¿qué?

—Pensaba decirte más bien que si me echabas una mano en esto las dos primeras rondas corrían de mi cuenta.

Por un momento se hizo el silencio, mientras ambos litigaban con la mirada.

Pasados aquellos segundos tensos, en los que Tania llegó a recular pensando que se enzarzarían en algún tipo de trifulca, Varley sonrió de lado.

—Por el escroto de una rata sifilítica, Torgund... eres un gran negociador.

Extendió la mano y estrechó la del gigantón, o más bien dejó que sus dedazos engulleran la suya mientras sonreía.

—Te seguiré al maldito infierno si al final del camino hay cualquier tipo de líquido que tenga más de doce grados de gradación.

Rieron satisfechos, Varley salvaba las apariencias y seguiría siendo un borracho empedernido sin corazón, y Torgund obtenía su guía y compañero en una misión suicida, aunque todos supieran que el bueno del detective tenía otras motivaciones amén de las éticas.

* * *

Los muchachos jugaban distraídos, ajenos por completo a lo que se traían entre manos los mayores, por cuyos rostros podían deducir las profundas preocupaciones a las que se enfrentaban.

Sarmiento se sentía incómodo en aquel lugar, y durante un buen rato no quitó ojo a su tío, ni a aquel irreverente detective; hasta que Varley estrechó sonriente la enorme mano de Torgund como si hubieran llegado a un acuerdo.

Entonces volvió al presente, parcialmente. Pues sentía dentro de sí mismo un vacío que nada podía llenar, y no comprendía qué lo producía.

Inconscientemente buscó con la mirada a su padre, Piro, pero no estaba allí. Por alguna extraña razón su padre no había viajado con ellos al Claro, y aquello provocaba sentimientos encontrados en Sarmiento. Por un lado achacaba ese vacío a la ausencia de su padre, cuya presencia había llegado a convertir en dependencia, pero por otro lado se sentía en paz y relajado como no recordaba haber estado desde mucho antes de la Batalla de los Campos Rojos, y además al fin había recuperado algo semejante a la vista, aunque era como si viera el mundo a través de unas cortinas bien gruesas.

Ensimismado en su enrevesada mente, volvió finalmente a la realidad cuando Sera le dio unas palmaditas en la espalda. Él se volvió y encontró la mirada fija de los otros tres niños escudriñándole. No le gustaba que le escudriñaran, le hacía sentir desnudo, sucio... falso.

—Hola. ¿Sigues con nosotros? —Sera sacudió una mano delante de sus ojos, pues sabía que era ciego. Fue un gesto absurdo e infantil, como si no terminara de creer que el muchacho no pudiera ver. Sarmiento carraspeó y asintió un par de veces antes de contestar.

—Sí, sí. Aquí sigo. Disculpad. Estaba pensando en... mi padre — aquello hizo que los demás adoptaran caras de serias circunstancias, pues ya estaban al corriente de la historia de cada uno.

—Perdona —continuó Sera—, no pretendíamos molestarte.

—En absoluto, no es molestia, ¿qué decíais? —preguntó Sarmiento con una renovada alegría que no sentía.

—Ron y yo nos preguntábamos... si nos habíamos visto con anterioridad. Y al cuestionarnos sobre esto, nos percatamos que nos sucedía lo mismo contigo. Tenemos la sensación de que ya nos conocíamos.

—Eso es improbable —contestó.

—En efecto —intervino Ron—, pero párate por un segundo en silencio y simplemente concéntrate en nosotros con detenimiento. Dime, ¿qué sientes?

Sarmiento meneó la cabeza condescendentemente, y finalmente se concentró en ellos uno por uno. Empezó por Mejunje, al cual taladró con una mirada vacía e iracunda mal disimulada.

—No siento más que el miedo de un crío aterrado.

—Él no, amigo —dijo Ron—. Hablo de Sera y de mí mismo.

Sarmiento se giró hacia ellos y los escrutó sin ocultar su aburrimiento. Al principio su mente no se fijó en nada específico, pero conforme pasaban los segundos su rostro fue cambiando, transformándose lentamente. Una mueca en los labios, un parpadeo intermitente de incredulidad, hasta que finalmente su boca permaneció abierta, dándole un aspecto ridículo.

Sera se acercó y se la cerró con delicadeza.

—¿Qué has sentido? —preguntó Ron.

—Yo... yo —balbució.

—Dinos —lo apremió Sera.

—Es como... como si de alguna manera fuéramos...

—Hermanos —dijeron los tres a la vez. Y se miraron unos a otros sin dar crédito a lo que acababa de suceder.

—Y rechazados —añadió Ron—. Sera es mujer en una sociedad que la humilla y utiliza, yo un tullido en una sociedad en la que prima la apariencia, y tú eres hombre y además ciego en un mundo en el cual el varón no tiene cabida.

—¿Puede ser que seamos hermanos, primos o familia? —dijo Sarmiento, a lo que Ron negaba sin duda alguna.

—Es imposible. Provenimos de lugares completamente remotos unos de otros. Lugares de los cuales hasta hace unas horas ni siquiera sabíamos de su existencia. Pero de alguna manera... los tres poseemos una...

—Conexión —concluyó Sera.

—¿Y qué explicación tiene esto entonces?

Sera y Ron se miraron sin saber qué decir.

—Lo ignoro...

Mejunje se apartó de ellos, a medio camino de sentir un sano temor por lo que había escuchado. Pero si hubiera formado parte de aquel extraño trío, se habría percatado por un momento de que él también estaba conectado con aquel suceso, pues el mismo desagradable escalofrío los recorrió a los cuatro. Un vértigo incontrolable, como si se hubieran asomado al mismo borde de un abismo insalvable, cuya caída parece atraerte sin remedio.

Así se sintieron, al tomar conciencia de que sus vidas estaban conectadas de alguna manera que no alcanzaban a comprender y por algún motivo que escapaba a su razón.

* * *

—¿Pero qué haremos con los chicos? —preguntó Varley, tras ultimar detalles y planes para la próxima etapa de su viaje.

Torgund se giró hacia Tania.

—Era igual de improbable que Sera, Ron y Sarmiento llegaran al Claro, como que Tania y Mejunje aparecieran con ellos.

—Bueno... era la protectora de la chica en ausencia de Xila —comentó Varley.

—Así es. Pero la gracia del destino nunca deja de sorprendernos con sus caprichosos recodos. Hemos perdido a Xila, Kadros sufre cautiverio, yo no puedo rescatarlo solo y necesitamos que alguien cuide de los niños.

Varley asintió adivinando por donde iban las pesquisas del gigante.

—Comprendo. Sugieres que Tania ha sido escogida de alguna manera para velar por los cachorros. Para cuidar el hogar y a la prole mientras nosotros vamos a hacer nuestras cosas de hombres —dijo Varley con sorna, y Tania lo miraba sin saber si reír o soltarle una bofetada.

—Bueno... —replicó Torgund, que no esperaba una respuesta así—.

Dicho así no suena exactamente como lo que estaba pensando.

—Pues me sé de un sitio llamado la Escala, del cual provienes por cierto, en el cual te mirarían muy, muy mal, por tener una concepción tan sexista del mundo amigo.

Se hizo el silencio y entonces empezaron a reír.

—¿Te han dicho alguna vez que eres imbécil? —repuso Tania, riendo.

—Muchas —asintió él—. Tantas que a veces lo cito como si fuera mi apellido.

Cuando dejaron de reír la mujer tranquilizó a sus compañeros.

—Id tranquilos. Yo cuidaré de estos muchachos.

—Es más que cuidarlos, Tania —añadió Torgund—. Es probable que debas orientarles, guiarles, darles ejemplos y, en definitiva..., educarlos.

—Espera, espera, espera... ¿De cuánto tiempo estamos hablando grandullón?

—Esa es la cuestión, Tania... no lo sé. En el Claro el tiempo es caprichoso y no responde a nuestros deseos. La llegada de los tres a este lugar puede significar un antes y un después, y poner en marcha cosas que ni siquiera podemos imaginar.

—Pues menudo panorama —bufó ella.

—No puedo pedirte que lo hagas. Es tu decisión.

Los miró sin saber muy bien qué decir. Se mordió la lengua, los labios y los carrillos mientras sopesaba sus opciones.

—¿Y si prefiriera irme con vosotros?

—Evidentemente te dejaría partir.

—Pues yo soy una niñera pésima —dijo Varley—. Pregúntale a Ron.

Tania cruzó los brazos y se recorrió la cara con una mano.

—Está bien, palurdos. Creo que ninguno de nosotros sabe muy bien en qué demonios anda metido. Pero me apunto. Cuidaré de estos muchachos el tiempo que sea necesario...

—Gracias —dijo Torgund.

—Pero daos vida allá fuera con lo que sea que tengáis que hacer, mal nacidos —rieron de nuevo.

Torgund se apartó del grupo y se acercó a los chicos para despedirse, entonces Tania atrapó por la muñeca a Varley y este se volvió sorprendido.

—Oye, escucha... —comenzó. Varley la miraba fijamente. Cuando se habían conocido unas horas atrás la había llamado guapa, y ahora se cercioraba de que así era— quería disculparme contigo.

—¿Disculparte? —ojos verdosos, pelo claro, fibrosa, echa a la vida de campo y no a la pomposidad de la corte—. ¿Por qué?

—Por cómo empezamos. Por lo mal educada que fui.

Él sonrió.

—Creo que en una competición entre tú y yo a insultos, ironías y diatribas... estaría reñido.

Ella sonrió y rio, y a Varley le sonó musical aquella risa y misteriosa aquella sonrisa.

—Está bien. Solo quería que lo supieras.

—Disculpa aceptada, Tania —le gustaba aquel nombre. Qué absurdo que te pueda gustar un nombre—. Lo justo ahora es que tú aceptes mis disculpas para que parta a la aventura empatado a puntos contigo.

—¿Y por qué querría empatar a puntos conmigo un tipo tan competitivo como tú...?

—Porque si me voy empatado significa que tendré que volver para desempatar. Y así, podré verte de nuevo.

«¿Pero qué narices estoy haciendo?» —habló su conciencia.

Ella se aproximó a Varley y, sorprendentemente, le besó la mejilla.

—Disculpa aceptada entonces, jugador. Por tu pronto regreso.



LIBRO TERCERO

Punto de Ruptura



“Su conocimiento de la Verdad solo le sirve para una cosa. Como herramienta para desvirtuar esa misma Verdad”

EXORDIO

Tras la muerte de Lothan de Orz, ilustre Criptor de Mil Ríos, la tarea de proseguir su magna obra recayó sobre mis humildes hombros. Yo, Irkûn, aprendiz y pupilo del maestro, recibí el encargo de labios de un moribundo que exhalaba su vida entre agónicos regueros de sangre. Sus oídos, sus ojos, su nariz, todos sus poros, cada orificio de su cuerpo perdía tanpreciado líquido privándole del calor de la vida.

Ni la medicina, ni la fe lo salvaron. Pero antes de cerrar los ojos para siempre, el maestro tuvo palabras para mí que fueron un encargo y una advertencia: *“Continúa mi obra... no cejes en la tarea que te ha sido encomendada y llévala a su fin, la Caída debe narrarse... y ten siempre presente que ellos no querrán que la acabes. Guárdate de ellos... pues como me ves te verás...”*

Continúa pues aquí la narración donde la interrumpiera Lothan de Orz.

Y así el mundo fue, y fue así como nació el mundo. Y este creció y se expandió más allá de sus límites, y las obras de los Heldere y los Mork

proliferaron.

Mas vio Kilumaras que no era suficiente y que el mundo gozaba solitario en su belleza.

Y reuniendo a los Mork y a los Heldere así les habló:

«He visto las obras de vuestras manos y siento pesar, pues, en su hermosura, agostan sus días para el solo disfrute de sus creadores. No es bueno que la creación esté sola. Daré a la misma un compañero que la cuidará y dominara libremente según sus designios».

Los Heldere se mostraron fascinados y asustados. Fascinados ante la voluntad de Kilumaras, y asustados por dejar sus obras en manos ajenas. Los Mork se mostraron desconfiados, y rumiaban en su corazón oscuros planes para la obra de Kilumaras.

Fue así que Kilumaras abandonó el mundo durante un tiempo que nadie supo precisar, y, separado de todo lo creado, dio forma a la última de sus obras que completaría todo.

Perdido en el universo, sacó Kilumaras su propio corazón y púsole entero sobre la fragua de una hermosa estrella. Con sus propias manos lo amasó, le dio forma, lo partió. Y de los fragmentos de su propio corazón creó Kilumaras a los Perantaraan, o los grises, como habrían de llamarse. Ni luz, ni oscuridad, sino lo mejor de ambas partes. Capaces de brillar por encima de toda la creación, o de sucumbir a la más profunda tiniebla. Libres para decidir.

Y fue esta la segunda partición de Kilumaras, tras haber renunciado a uno de sus dedos. Y puso todo su corazón en su nueva obra.

En la oscura noche del mundo, sucedió que las estrellas bajaron del cielo en forma de cometas, y esta lluvia azotó el mundo durante tres días y tres noches.

Y de cada estrella fugaz que caía en la tierra surgió uno de los Perantaraan, que de esa manera poblaron el mundo. Y es por esta fugacidad que la vida de los Perantaraan es breve y es brillante.

Y despertaron con ojos inocentes a la creación; y su venida fue anunciada por la lluvia de estrellas, que algunos pueblos todavía celebran, desconocedores de su significado.

Los Heldere observaron maravillados a los Grises y quisieron correr a recibirles, convivieron con ellos y les concedieron dones y sabiduría. Y

como iguales los trataron, y como hermanos los amaron.

Los Mork por su parte sintieron celos por aquella obra y no tardaron en urdir malicias contra los Perantaraan. Y así se estableció un odio que habría de durar por siempre. Pues los Mork juraron odio eterno a los Grises allá donde estuvieran.

Empezaron por tejer en sus corazones formas corruptas y contrahechas. Y no tardaron en reunirse para compartir sus aberraciones.

Fue Trifania, la Dama del Vacío, la que proporcionó el lugar para sus maquinaciones, y Zagut, señor de lo que permanece oculto, quién propició que sus actos pasaran inadvertidos a los ojos de Kilumaras.

Dejaron así que Sarkôn y Fasto cargaran con el peso de sus ideas. El señor de la tierra y el fuego fundía grandes fragmentos y les daba formas aberrantes, mientras el señor de las tormentas liberaba sus rayos sobre cada creación dotándolas de vida.

Así aparecieron sobre el mundo los demonios primarios, las bestias, los espectros, las lamias, los ghouls, ogros, ettins, dríades, arpías, mantícoras y ondinas. Y otros muchos de los que no se habla en estos textos y que tan solo la más perversa de las imaginaciones pudo pergeñar.

Y fueron liberados por el mundo, y causaron gran dolor y estupor entre los Perantaraan, y mayor dolor, si cabe, entre los Heldere que veían el mal inundar la creación.

Pero Kilumaras, aunque piadoso, no era ciego, ni mucho menos le temblaba la mano. Y mandó sus huestes de seres luminosos a combatir aquella lacra.

A los Heldere, por su parte, a capturar a sus hermanos los mandó, para que rindieran cuentas y dieran explicación de sus actos.

Largos y cruentos años trascurrieron hasta que la faz del mundo se vio limpia de la plaga que habían desatado los Mork. Y fue tal la muchedumbre de seres demoniacos desatados en aquella, la Primera Guerra, que no pudieron darles muerte a todos, y es por esto que en el mundo arraigo un mal que nunca mudó.

Vencidas y capturadas, las impías bestias fueron congregadas ante el creador; pero, ofuscadas, agacharon sus corruptas y grotescas cabezas, sin atreverse a contemplar la luz que el rostro de Kilumaras irradiaba.

Y vio Aquel que lleva la luz, que el mero hecho de estar ante él causaba dolor entre aquellas tristes criaturas. Pues habían sido creadas de la oscuridad absoluta y temblaban ante la luz absoluta.

Llevado de una justicia misericordiosa, abrió Kilumaras la tierra con uno de sus dedos, como el labrador rotura el suelo con su arado. Y allí, en la oscuridad de las profundidades del mundo, creó Kilumaras una tierra hueca donde pudieran vivir sin interferir con la creación, aunque en ocasiones algunos escaparan, con el paso del tiempo, manifestándose de diversas maneras ante los Perantaraan.

Y añadió Kilumaras a este espacio una habitación sencilla y pulcra, una estancia entre las profundidades y la tierra, donde aquellos que desearan volver a la luz del creador podrían pasar años de contrición en la serena contemplación de sus almas.

Mas eran pocos los que optaban por aquel cuarto de redención, y preferían rodear dicha estancia, para saltar al mundo de los hombres con el corazón rabioso y henchido de odio.

Complacido por aquella solución, llamó a su presencia a sus hijos, los Mork, que atados de pies y manos con los mismos cabellos de Kilumaras, fueron presentados ante él.

Explicaciones por sus actos solicitó Kilumaras. Mas todos callaban. No avergonzados, no arrepentidos, tan solo orgullosos.

Dispúsose el que Trae la Luz a dar sentencia, cuando Sarkôn, el más astuto y ladino de todos ellos, tomó la palabra y dijo así: «No estires tu mano presurosa, en el juicio, a castigar sin escuchar a estos que somos tus hijos».

Aquello hizo que Kilumaras contuviera su ira y su sentencia, permitiéndole hablar: «Pues todo cuanto hicimos lo hicimos para mayor gloria de Kilumaras», dijo Sarkôn.

Los Helder se removieron ante aquellas palabras, pues contenían, a ciencia cierta, mentiras sin disimulo. Mas Sarkôn no fue interrumpido y continuó: «Fuimos prepotentes y sentimos envidia de tus actos. Pues tú creas vida, y ¡qué vida! Por ello quisimos semejarnos a ti en divinidad y dar vida a obras que pudieran competir con las tuyas».

«La malicia y el horror deforme vuestras obras son» —replicó enfurecido Dyrene, que tensó las sogas de cabello divino con furia. Mas

Kilumaras le contuvo. Y Sarkôn terminó sus cuentas.

«Nuestra obra se torció, mas no por maldad, sino por falta de pericia y maestría. Rogamos no castigues lo que fue un acto de amor hacia ti, con una injusticia».

Y así concluyó el juicio de los Mork. En su corazón, que sentía cada muerte de los Perantaraan, pues estos provenían de él, Kilumaras sabía que Sarkôn y sus hermanos mentían de todo corazón. Mas no queriendo dañar a sus hijos sin darles una oportunidad los perdonó.

Y terminó así la Primera Guerra.

XVII

LA CASCADA

La danza era demencial, oscura y compulsiva. No era baile, pues el baile era belleza, y aquello eran movimientos anárquicos, sacudidas violentas y cuerpos apretados unos contra otros.

El fuego, que ya nunca más sería luminoso, se elevaba con ardientes pavesas hacia un cielo sin estrellas, en búsqueda del calor y la luz que ya no reconocía.

La noche estaba cubierta, como todas las noches; desde hacía tiempo, los días se oscurecían y la noche y el día eran uno. Era como si la Confusión se hubiera vuelto corpórea.

Amigos y enemigos, verdad y mentira, luz y oscuridad, todo quedaba confundido bajo la mortecina luz de un crepúsculo antinatural.

La *nada* había caído, se había retirado y los habitantes de la Cascada habían sido convocados por Jnum, el Gran Alquimista.

Como portavoz de los dioses perdidos, había sido relativamente sencillo para él convencer a la población de su deber natural de adorar a Baashamel. Aquel cuervo de mal agüero parecía haber estado en lo cierto; el pueblo, en definitiva se amoldaba a las creencias del momento para sobrevivir; rápido desterraba y desechaba las tradiciones del pasado para adaptarse al nuevo régimen de pensamiento imperante. Casi no era necesario recurrir a la corrección conductual, aunque por supuesto la orden de los druidas contaba siempre con la inestimable ayuda de la hierba del diablo.

Jnum paladeaba estos pensamientos, mientras tanteaba en su bolsillo un saquito de cuero que protegía con interés y contemplaba distraídamente la orgía comunitaria que se desarrollaba ante sus ojos.

No se había separado de la bolsa en toda la noche y no pensaba perderla de vista. Se palpaba repetidas veces los bolsillos cada cierto tiempo para asegurarse de que todavía estuviera allí.

Cualquier observador sagaz habría supuesto que contenía oro, plata, o cualquier otra preciada mercancía. Sin embargo, en el interior había tan solo polvo. Pero no era cualquier tipo de polvo. Era una mezcla, producto de los experimentos y estudios de Jnum.

En los morteros del laboratorio, a la lóbrega luz de las velas, había molido una heterogénea combinación de falanges de bebés, sangre de cordón umbilical y menstrual, todo ello mezclado con hierba del diablo, tal y como le había aconsejado Leviathanas en su última comunicación, un favor inesperado que sospechaba no era desinteresado, aunque en aquel momento aquello carecía de importancia.

La pasta que se creaba de aquel mejunje se vertía en un pellejo; recipiente que había sido confeccionado con la piel fresca de un niño de dos años y que, de hecho, todavía conservaba en cierta manera la forma de su antiguo dueño, recordando vagamente a una muñeca de trapo.

Pasado un tiempo determinado se trituraba todo junto, incluido el pellejo.

El resultado... un polvo de aspecto grisáceo que ahora Jnum se administraba en pequeñas cucharadas cada mitad de la hora.

Todo esto no dejaría de ser una macabra anécdota innecesaria, pero los efectos que el polvo tenía sobre Jnum eran evidentes, aunque permanecían ocultos al resto del mundo a plena vista.

¿La razón?

Aquella mezcla de sangre infantil y sangre de la mujer que le da la vida, habían otorgado a Jnum la fórmula que andaba buscando desde hacía largo tiempo.

Su piel se estiraba, sus facciones se rejuvenecían y su propio rostro y complexión cambiaban cada noche, dotándole del más absoluto anonimato.

Cuando salía por las calles de la Cascada habiendo ingerido aquella sustancia, ya no era Jnum, el gran Druida... era uno más.

Y en el fondo, de aquello se trataba todo. De ser uno más.

Por un lado podía olvidar el peso de ser el gobernante de la Cascada durante unas horas, y por otro lado disfrutar de los placeres desenfrenados de

los rituales, sin comedirse ni comprometerse públicamente.

Y por eso estaba allí esta noche. Junto a los habitantes semidesnudos de la Cascada, bailando alrededor del fuego, gritando a Baashamel por sus bendiciones y compartiendo mujeres una tras otra sin control y sin freno.

La tasa de embarazos había aumentado notablemente, y esperaba poder suministrar todo el producto en unos meses, tal y como habían acordado; pero ya que implementabas semejante norma, ¿qué le impedía disfrutar un poco de la misma?

Pensaba esto mientras pasaba al lado de dos hombres que asaltaban a una mujer, comportándose como dos cerdos hozando en el mismo barrizal. La discusión entre ellos duró apenas un instante pues la mujer, en estado de trance, dio con la solución para pacificar sus instintos animales, y se entregó a ambos por un lado y por el otro de manera bestial. Sus gritos se elevaron al cielo.

Jnum no pudo evitar percibir que el cuerpo de la mujer gritaba con supuesto deleite, pero bajo la superficie percibía otros gritos que clamaban bien distinto, elevando la vista al firmamento sin hallar consuelo; como si una vida distinta habitara dentro del cuerpo que hacía cosas que no se le habían solicitado.

Imaginaciones, pensó. Y prosiguió su marcha.

En las bancadas, en las mesas donde todavía quedaban comensales, en el arcilloso suelo, de pie, sentados, como animales, todo el mundo copulaba. La música demencial y los bailes se mezclaban con los gritos de éxtasis de la población presente.

Dos mujeres de exuberantes bustos se aproximaron con gesto depredador hacia Jnum, claro que no veían al gran Druida, sino a un joven y musculoso mancebo.

Él les devolvió la mirada con ojos henchidos de lujuria.

Las mujeres llevaban el cuerpo pintado de rojo, dibujando extraños patrones que recordaban signos cabalísticos y rituales. Llevando la vista más allá de la apetecible imagen de aquellas dos deseosas mujeres, Jnum apreció en el suelo un cuerpo inmóvil.

Parecía un hombre y, por las sonrisas traviesas de ambas hembras, supuso que acababan de copular con él. Pero, cual mantis, habían rajado el cuello de su semental, para luego pintarse las pieles desnudas con la sangre

que manaba de la sonrisa de su garganta.

Por un pequeño instante Jnum pensó que aquello era enfermizo, demencial, pero los pechos desnudos y los muslos empapados de aquellas dos eróticas Ledas hicieron que el gran Druida olvidara cualquier atisbo de pudor.

Como cada noche desde hacía unos días, compartía con la plebe el ritual orgiástico y la ordalía del culto a Baashamel. De las semillas de esa noche brotarían infinidad de vástagos que mantendrían vivo el comercio y a resguardo la Cascada.

Mientras produjeran niños, Leviathanas había prometido que ningún mal arreciaría su tierra. Y dados los acontecimientos de la noche anterior, cuando la *nada* cayó, era una seguridad nada desdeñable a la cual aferrarse.

Jnum fornicó hasta quedar saciado, y cuando terminó comenzó de nuevo. No recordaba un vigor semejante ni en su más elevada juventud. Pero una fuerza imponderable lo impulsaba, de manera que se dejaba llevar.

De cuando en cuando miraba en derredor suyo y comprobaba el estado de surrealismo en que se desarrollaba todo. Ninguno de los habitantes de la Cascada parecía percibir nada raro, todos se comportaban como autómatas, y el suelo resultaba pegajoso con la pastosa mezcla de sudor, sangre, semen y arena.

Cuando el frenesí del sexo desapareció, se deshizo de aquellas dos putas y, arrebujiándose en sus túnicas, caminó de vuelta a su laboratorio. Dejaba atrás las llamas que no calentaban, la fiesta que no alegraba el corazón y el amor que no llenaba.

Al menos sus pasiones estaban cubiertas, se dijo. Aunque no podía evitar tener la sensación de que no sabía lo que era acostarse con una mujer. Durante toda su vida había controlado la existencia de la Cascada, había tenido todas las concubinas que se le habían antojado y aun así no había sentido amor. No al menos tal y como lo describían en los libros prohibidos de épocas pasadas que guardaba con celo en su escritorio.

Por eso creyó que modificando su aspecto, adquiriendo una imagen más robusta y juvenil hallaría aquello que se le resistía. Pero, para su desconuelo, descubrió que el sexo se le deshacía en la boca como ceniza en la hoguera. Un vulgar acto mecánico que ya no satisfacía más que una mera función biológica.

Y en aras de encontrar aquello que anhelaba y seguir dominando su tierra, había realizado inenarrables actos de barbarie para los que su

atribulada mente siempre encontraba justificación.

Unas veces lo llamaba ciencia, otras progreso, en ocasiones bien común... pero, le pusiera el nombre que le pusiera, un pequeño destello interior le decía que el nombre era muy sencillo: Infanticidio.

Había asesinado cientos de niños, natos y no natos, basándose en diversas excusas. Control de la natalidad, ahora culto a Baashamel, mañana liberación de la mujer y al año siguiente selección natural para obtener habitantes sanos y fuertes.

Pero utilizara la excusa que utilizase, ninguna ocultaba aquella cruda verdad. Y los frascos y vasijas que abarrotaban su despacho eran testigos mudos de una vida dedicada a la destrucción de la infancia.

Cualquiera diría que odiaba la infancia, pero no era así, o al menos no fue así cuando comenzó. Pero entonces... ¿de dónde provenía aquel desapego?, se preguntaba. ¿De dónde provenía aquel odio hacia los niños que le impelía a comportarse de aquel modo?

Dio un paso dentro de su despacho y expulsó una bocanada de aire frío de entre sus labios. Hacía un frío irreal pero muy perceptible, casi físico, que parecía rielar sobre la propia piel.

Descendió la escalera que conducía a su sancta sanctorum, dejando atrás todos y cada uno de los macabros experimentos, que le devolvían frías miradas de reproche desde sus nichos de cristal.

Entonces se le heló la sangre.

Oía gemidos.

Primero uno, breve, lento y lastimero, que fue creciendo para después apagarse del mismo modo que había aparecido.

Jnum miró en la dirección de la que creía había provenido el llanto, y se aproximó a una de las mesas. Se detuvo delante de una vasija que contenía el cuerpo decapitado de un bebé conservado en un viscoso líquido verdoso.

—¿Pero qué...? —se dijo, sin comprender por qué tenía la impresión de que el sonido venía de allí. Inspeccionó más de cerca la vasija y entonces, aterrado, dio un salto hacia atrás, dejando escapar un grito muy revelador.

Los bracitos del bebé se habían abalanzado contra él, golpeando el vidrio del recipiente. Jnum abrió los ojos desmesuradamente, y observó paralizado cómo las uñitas de aquel bebé sin cabeza arañaban el cristal.

Aquella aberración relajó sus bracitos, dejándose llevar en su flotante

habitáculo, y entonces el gemido se reanudó. Esta vez estridente y balbuceante.

Al instante se sumó un nuevo llanto, con hipidos y entrecortadas aspiraciones.

Al volverse, el gran Druida comprobó que el sonido era producido por la piel de otro niño, que tenía extendida entre dos estacas, secándose sobre una de sus mesas de laboratorio. Las estiradas facciones de aquel rostro infantil se contraían llorando y sus tersas mejillas se desgarraban.

Jnum trastabilló y cayó al suelo, arrastrando algunos objetos y tubos que se rompieron con estrépito.

¡Maldición! ¡Maldición! ¿Qué está pasando? —lloraba ahora Jnum, asustado como un bebé. Tenía que ser el abuso de alcohol de aquella noche. Sí, eso tenía que ser.

El frío se volvió glacial y Jnum comenzó a temblar. El llanto de los dos niños formó coro con el de otros diez que se sumaron a ellos.

Un cráneo rechinaba los dientes; una cabeza reducida movía sus labios para lamentarse, y su piel apergaminada crujía cada vez que abría la boca. Los ojos de algunas víctimas, que flotaban en otro recipiente, se volvieron al unísono para mirarle caído en el suelo como un pordiosero, y los cuerpos de otros niños, colgados del techo con ganchos de carnicero, comenzaron a balancearse y gemir.

Jnum se arrastró gritando y tapándose los oídos; enloquecido, se refugió bajo la mesa de su despacho y suplicó en vano que aquel tormento concluyera. Suplicó en vano, pues no sabía a quién suplicar.

Entonces gritó de puro terror; un terror que ahonda en el mismo tuétano y toma posesión de tu cuerpo incapacitando tus actos y nublando tu mente.

—¡Baaaaaassstaaaaa!

Y el silencio sobrevino, y la quietud retornó a sus aposentos.

Incrédulo, y dejando escapar una risa nerviosa, el gran Alquimista, portavoz de los dioses perdidos y todo lo demás, se fue incorporando de debajo de su mesa.

Echó un vistazo a su alrededor, riendo nerviosamente, contemplando el absurdo de sus temores y achacándolo todo a una mente muy activa, o al abuso que había hecho esta noche de su sustancia secreta. El cansancio, el consumo en exceso, sumado a su viva imaginación, podían haber hecho que su conciencia disparara aquellas alucinaciones.

Pero entonces se percató de que, en el fondo, las alucinaciones se habían retirado, pero no así el frío. Y tomar conciencia de aquello le hizo sufrir un escalofrío fuerte como un bofetón, que lo dejó espabilado en un santiamén.

Lentamente, muy despacio, se fue girando hacia su escritorio, como temiendo ver lo que encontraría allí observándole. Antes de verlo siquiera, lo percibió por el olor.

Era ácido sulfhídrico, y copaba todos los sentidos una peste insufrible a huevos podridos.

—Tú —dijo simplemente Jnum, al contemplar al hermano Ars cómodamente sentado sobre su silla.

Lo reconoció sin lugar a dudas, aunque lo percibía rejuvenecido. Su pelo grasiento y canoso ahora brillaba limpio, y las vetas blancas se habían reducido considerablemente. Era un nuevo Ars, o su hermano gemelo.

Entonces recordó que su propio aspecto todavía era treinta años más joven y su cuerpo robusto y atlético. Llevó la mano hacia su saquito, donde el mágico polvillo aguardaba para devolverle a su estado original, pero Ars le interrumpió divertido.

—No te molestes —Jnum se detuvo en seco—. Sabes de sobra que lo *sabemos*. Todos esos oscuros secretillos a los que te aferras y que te empeñas denodadamente en ocultar.

Sin hacer caso de sus palabras, Jnum engulló el polvillo y recuperó su aspecto habitual ajado y fibroso. De alguna manera sentía que así recuperaba el control de la situación.

—Ridículo —afirmó la voz de una niña resabida—. ¿Todavía piensas que tus cambios de aspecto son producto de tu infinita sabiduría y de tus estúpidos experimentos?

Jnum sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

Repentinamente, ante sus ojos, el rostro de Ars se transformó como si su piel fuera un líquido vivo en movimiento.

El rostro que le miraba en aquel instante era el de una de las mujeres con las que acababa de copular, y su voz idéntica en todos los aspectos.

Jnum sintió náuseas y se aferró al escritorio mareado.

—Dominamos el arte de las apariencias desde mucho antes que los hombres habitaran el mundo... gran druida —citó el título con una voz lasciva.

Jnum desvió la mirada apesadumbrado hacia el saquito que sostenía en la mano.

—Pero... mis experimentos...

—Inútiles... ¿Quién crees que sembró en tu mente la idea de hacer tales cosas?

Jnum hizo memoria tratando de recordar, y se percató de que no era capaz de establecer un sentido a sus pensamientos. No recordaba cómo ni por qué había comenzado a experimentar con niños.

La sonrisa del hermano Ars tan solo confirmó lo que pensaba.

—¿Por qué? ¿Para qué? —preguntó Jnum, sin saber cómo debía sentirse exactamente.

¿Un fraude? ¿Un fracasado?

La respuesta fue una sonora carcajada.

—¿Por qué el perro persigue al gato, y el gato al ratón?

—Porque está en su naturaleza.

—¡Exacto! —exclamó la niña—. Es el odio lo que está en la misma raíz de la naturaleza. El odio al contrario, el odio al poder, al débil, al fuerte, el odio a lo desconocido y a lo rutinario.

—No comprendo.

—Es sencillo. *Odiamos* a los cachorros de los Perantaraan. Los odiamos en la misma medida en que los ama Él. Y si cada uno de estos sufre a nuestras manos, provocando siquiera un parpadeo en sus omnipotentes ojos... será tiempo bien invertido...

Jnum reflexionó.

—¿Me utilizasteis? Todos mis experimentos y mis estudios... ¿no fueron más que una herramienta para obtener un fin tan sencillo como atacar a los niños?

—Precisamente... aunque también obtuvimos cuantiosos beneficios de ello; puedes estar seguro que no nos mueve el mero odio. No somos tan básicos. Todos esos niños han servido a un fin superior.

—¿Hablas de nuestro acuerdo comercial con Leviathanas?

Ars lo escudriñó con la mirada.

—Supongo que ya no importa responder a esa pregunta... En efecto, así es.

Jnum se mostró hundido y desmoralizado. La hondura de la realidad empezaba a abrirse paso a través de él como un cuchillo sobre la mantequilla, pero desgarrando su fibra interior.

—¿Entonces toda mi magia...?

—¿Qué magia?

—Todos mis actos...

Ars realizó un saludo, inclinando la cabeza con una impúdica sonrisa.

—Fuimos nosotros. Eso que llamas magia... fue con nuestro permiso y colaboración. Tú, ¡oh gran alquimista, gran druida y portavoz de los dioses perdidos!... no eres más que un mono de feria bien adiestrado y muy obediente.

Jnum cayó sentado en un butacón cercano a la mesa. Se llevó las manos al rostro y sollozó. El peso de las almas de todos aquellos niños no provocaba su llanto, aquello estaba más allá de su capacidad de sentir, pero la losa del fracaso hundía sus hombros y desencadenó un llanto nervioso.

El hermano Ars se puso en pie y se aproximó a Jnum rodeándole con el brazo. Una serie rápida de palmaditas trataron de tranquilizar sus sollozos, hasta que la respiración se le atragantó en la garganta. Ars le hablaba, pero Jnum oía en sus palabras por primera vez desde hacía años la voz de su madre.

—Ya está, ya está... tranquilo —habló su madre.

Jnum se incorporó aterrado, señalándole lentamente.

—¿Qué eres? —Ars sonrió, mientras volvía a su asiento, y su rostro rejuvenecido no pudo contener tamaña sonrisa. Las mejillas comenzaron a rasgarse como la última vez que se vieron.

—Sabes de sobra lo que soy o dejo de ser. Siempre lo has sabido. Tan solo elegiste negarlo, olvidarlo u obviarlo.

Jnum tembló, y sin saber por qué sintió la necesidad de preguntar algo absurdo.

—¿Dónde están mis... mis...?

—¿Tus acólitos, estudiantes, seguidores...? —Jnum asintió.

—Sí. Los que envíe para ayudarte en tu misión.

—Ah... sí. Eso... bueno verás... no pudieron soportarlo... y perdieron la cabeza —la risa histérica de una anciana rubricó la frase.

Cuando el silencio se asentó de nuevo, y Ars se limpiaba la saliva de la

boca, tras haber reído convulsivamente, Jnum dirigió su mirada hacia la salida, reprimiendo un impulso incontrolable de correr hacia ella.

—¿Te gustaría? —preguntó un niño balbuciente, mientras Ars entrecruzaba sus siniestros dedos.

—¿El qué? —replicó Jnum inocentemente.

—Por favor... lo sabemos. Pero también sabemos que te hicimos una promesa antaño, gran Druida... no podemos tocarlo.

Jnum recordó entonces las palabras que pronunció Ars tiempo atrás, y que ahora se le antojaban siglos atrás...

«*Gobernarás hasta el final... —y después, al referirse a la jerarquía que ocuparía el propio Jnum— eres el primero...*».

Entonces lo supo. Estaba claro. Debía salir de allí. Pero en vez de correr tan solo preguntó.

—¿Es... es el final? —balbuceó.

Ars se levantó de nuevo de la silla del gran druida, e hizo a un lado el pesado escritorio con una sola mano, con firmeza, pero con parsimonia. No se apreciaba violencia ni premura en sus gestos. Jnum por su parte retrocedió varios pasos e hizo caer un juego de viales, que, al resonar contra el suelo, crisparon sus ya maltrechos nervios.

—¿Qué... qué...? —no sabía qué quería preguntar, tan solo deseaba dilatar los minutos, buscar una salida, huir de aquel ser que él mismo había ayudado a crear.

El hermano Ars, o lo que fuera, rio. Y rio con fuerza. Y en su risa se entrecruzaban y mezclaban llantos de niño, risas burlescas, carcajadas despiadadas, y todo acompañado de lo que parecía el grave y severo rugido de un león.

No dijo nada, no añadió palabras grandilocuentes, sencillamente dejó que su risa fuera ensanchando su sonrisa. A su vez dejó que su sonrisa fuera rasgando las comisuras de sus labios y que éstas rasgaran sus mejillas. Unos dientes afilados como cuchillas, repartidos en varias hileras, brotaron hacia el exterior conforme sus fauces se abrían.

Jnum tuvo la estúpida idea de pensar en serpientes. A saber por qué. Pero el caso es que aquella manera de abrir las mandíbulas, le hacía únicamente recordar a una serpiente cazando una presa mucho más grande que ella misma y a la cual pretendía engullir.

El alquimista, en su lento retroceso, tropezó con los cuerpos de los jóvenes suspendidos del techo; asustado, los trataba de apartar a manotazos, mientras veía el desfigurado rostro de Ars cernirse sobre él.

Entonces los cuerpos inertes comenzaron a hablar. Casi parecía que cantaran dentro de su cabeza.

«Es la hora...»

«Ven a reunirte con nosotros...»

«Participa de tu obra...»

«Recibe el pago por tus servicios gran Druida...»

«Reúnete con el violador del alma...»

Jnum trastabilló y gritó horrorizado.

—¡Nooooooooo! —chilló, mientras se aferraba los cabellos a ambos lados de la cabeza y tiraba de ellos arrodillado en el suelo.

Sin cejar los cadáveres en sus cánticos, Ars se alzó por encima de Jnum como un torreón. Su rostro apenas apreciable tras aquellas mandíbulas parecía divertido, incluso trató de decir algo. Algo como...

—¡Por fin adoptas la postura debida! —Jnum seguía de rodillas.

Pero sus palabras resultaban incomprensibles, de tan dilatadas como tenía las fauces.

El gran alquimista inició un grito de horror al observar el interior de aquellas fauces. No había garganta, no había paladar, o esófago, tan solo... fuego.

Tras las repetidas hileras de dientes que se abalanzaban contra él, no había nada más que un infierno ardiente; habitando en el interior del que fuera uno de los ancianos druidas de la Cascada, solo existía un pozo de lava.

Las manos de Ars lo aferraron como dos garras por los brazos. La presión de aquellos dedos huesudos cortaba la circulación, y el dolor candente de sus miembros quedaba atenuado por el temor que sentía y no podía expresar.

Ars terminó de desencajar su mandíbula, y todo el mundo se redujo a aquella enormidad de boca abrazándose a su rostro, abarcando y amoldándose a las líneas de su cara, exactamente como haría una pitón al engullir a una rechoncha alimaña.

La boca se cerró sobre su cara paralizada de terror, y ambos cayeron al suelo unidos por aquel macabro abrazo. Jnum reposaba boca arriba y Ars

mordía su rostro sentado a horcajadas sobre las tripas del gran Druida.

Si gritó nadie lo escuchó, pues sus gritos resonaron en el pozo ardiente que era el interior de Ars.

Cuando al fin dejó de patear y de resistirse, la bestia retiró lentamente sus fauces del rostro de su superior nominal, arrastrando consigo hilachas de sangre, saliva y carne.

La boca de Ars volvió lentamente a su disposición inicial, dejando en el suelo un guñapo ensangrentado sin rostro, que había sido el poderoso mandatario de la Cascada.

Sonriendo moderadamente, aferró el cuerpo, lo desnudó, lo mancilló y lo colgó de un gancho de carnicero junto a los cadáveres de los silenciosos niños.

Satisfecho, retornó a la butaca, recolocó el escritorio y se acomodó lo mejor que supo.

En ese momento llamaron a la puerta y adoptando la voz del gran Druida permitió que quién fuera accediera al interior.

Uno de los acólitos de Jnum se adentró en la estancia con paso nervioso. No percibió nada fuera de lo común en la sala, pues estaban acostumbrados a los extraños experimentos de su señor y a los olores y oscuridad de la sala.

Tampoco se percató del nuevo cuerpo que colgaba en un lateral, ni percibió nada anómalo en el rostro del gran alquimista. ¿Por qué debería? Al fin y al cabo... era el rostro de Jnum, el gran Druida, quién le devolvía la mirada desde el otro lado, y era su voz la que respondía a sus ruegos sin dilación y con aplomo.

—Mi señor, ¡oh, gran alquimista! Ha llegado un mensajero.

—Lo esperaba —repuso Ars, utilizando la voz y manierismos propios de Jnum.

—¿Lo... lo esperabais?

—Así es.

—Verá, señor, no proviene de nuestro amigo comercial, viene de...

—Mundo Antiguo —atajó Ars. El joven druida se mostró desconcertado ante los conocimientos que albergaba el gran Druida. Quizá, después de todo, sí merecía ostentar el cargo de decano de la orden. Las dudas

sobre su aptitud eran realmente infundadas.

—Así es. Y he de advertiros que ha venido montado en una bestia alada que nos resulta de naturaleza desconocida, a la par que aterradora.

—Puede que os resulte desconocida, amigo mío. Pero lo que han contemplado tus ojos era un Kolf.

El acólito no podía ya sino admirarse ante tal despliegue de seguridad y sabiduría.

—Y puedo asegurarte que no será el último que veamos en estos tiempos. Ahora ve, es probable que a no mucho tardar se nos encomienden nuevas e importantes tareas, que deberemos cumplir en plenitud de nuestras capacidades —añadió Ars, antes de despedir al druida con instrucciones concretas de hacer entrar al emisario y dejarlos a solas.

XVIII

MIL RÍOS

Se materializó de la nada, dio tres pasos, se hizo a un lado, cayó de rodillas y vomitó todo lo que llevaba dentro, que era nada. De manera que las arcadas hicieron que los espasmos de su vientre provocaran un dolor opresivo, con el que lidió como mejor sabía:

—¡Me cago en la madre de tu peluquero, mal nacido!

Dicho lo cual vomitó una generosa ración de bilis y mocos.

Resollando en el suelo, se incorporó lentamente apoyando las manos en sus rodillas, y alzó ligeramente la cabeza hacia su compañero.

—No recordaba una curda así desde mi más tierna infancia... tendrías que haberme visto... aquello sí que eran vomitonas, compañero. Echaba bilis hasta que la vejiga se me juntaba con la vesícula, y entonces vomitaba mi propia orina a falta de otros fluidos dentro de mi organismo —cayó de culo—. Qué tiempos... qué tiempos.

Torgund se aproximó, acuclillándose junto a Varley.

—Dime —continuó el detective—. ¿No tendrás alguna solución mágica para este mareo, verdad? —Torgund asintió y le descargó una fuerte colleja tras la cabeza—. ¡Me cago en...! —y ¡zas!... recibió un nuevo correctivo.

—La primera para espabilarte, la segunda por blasfemo.

—¡Pero si no he dicho nada! —protestó.

—Pero lo ibas a decir.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Nos conocemos ya desde hace un tiempo, Varley... sé perfectamente lo versátil de tu verbo.

—Vale, vale. De acuerdo. Tú ganas... ¿Se puede saber cuándo remite este

mareo?

Torgund cabeceó.

—No con exactitud. Jamás había utilizado mi espada para transportar a otra gente que no fueran Kaimu. Pero los tiempos lo exigen, dado que para eso te he traído. Necesitaba de alguien que conociera Mil Ríos y se hiciera una imagen visual de adónde íbamos. La espada no puede hacernos viajar si no conoce el destino. Y creo que no has salido mal parado dentro de lo que cabe.

—Estupendo... —una nueva arcada interrumpió cualquier agudeza que hubiera pensado decir.

Torgund le aferró por el brazo y le ayudó a incorporarse.

—Pongámonos en camino. No tenemos tiempo que perder.

—¿Por alguna otra razón en particular que no sea el fin del mundo, la destrucción de todo lo que queremos y la completa aniquilación de las reservas de alcohol?

Torgund le alcanzó un maltrecho papel que tomó del mismo suelo del camino en el que estaban. Camino que no hacía ni un mes había sido bautizado como camino real.

Varley enfocó la vista y trató de leer.

—Uuuh... vaya. Veo que desde que nos fuimos han mejorado la cartelera de teatro.

Torgund asintió y dejó caer el papiro al suelo. Renqueantes, se pusieron en marcha por el enlosado camino, rumbo a la Fortaleza del Agua.

El papel quedó tirado en la tierra a merced de los elementos. Una fuerte corriente se alzó de la nada, materializándose tan repentinamente como ellos habían aparecido. Seguidamente, una ruda ráfaga de viento se lo llevó jugueteando a la deriva con él, llevando el anuncio de las próximas ejecuciones allí donde volara.

Se les agotaba el tiempo.

* * *

Tomaron la calzada de piedra que conducía directamente a la Fortaleza del Agua, con la mente puesta en intrincados planes de infiltración para la Espiral. Las nubes permanecían sempiternas, alzadas en el cielo, y la opresión en cuerpo y alma se hacía más intensa conforme sus pasos los acercaban al

corazón político de Mil Ríos.

Para Varley suponía volver a un lugar del que partió años atrás con una extraña misión y al que no deseaba volver.

«*Es irónico dónde nos conducen nuestros pasos*». —comentó su activa mente.

—¡Pero piensa que eres enorme, amigo! Nos detendrían en el primer control que encontráramos.

—Podría abrirme paso con mi espada —aseguró Torgund.

Varley se llevó la mano al rostro emitiendo un sonido de desesperación ante el plan de su colega.

—¿Y de qué nos serviría? Tendríamos encima a todo el ejército en un pestañeo, animal.

—Me hago cargo.

—¿Te haces cargo? ¿Pero qué plan suicida es éste? ¿Acaso a los de tu clase no les incomoda la posibilidad de acabar mutilados?

—Algo, quizá... tal vez —la mandíbula de Varley se desencajó queriendo decir algo pero sin decirlo.

—Menuda respuesta... Mira, compañero, para infiltrarse en la Espiral es por lo que me pediste que te acompañara en este viaje. Se supone que soy tu “experto” sobre el terreno, de modo que harías bien en seguir mi criterio en este campo.

—De acuerdo. ¿Qué propones?

Varley se detuvo sorprendido, pues no esperaba que verdaderamente Torgund fuera a tener en cuenta su opinión. Pero rápidamente se rehízo de la sorpresa inicial y comenzó a escupir sus ideas.

—Bueno. Lo primero de todo será atravesar las murallas exteriores de la Fortaleza del Agua; una vez dentro de la ciudadela, lo principal será evitar que llames la atención... Deberíamos camuflarte como estibador o mercader, algún empleo en el que se te pueda cargar de bártulos sin que nadie sospeche demasiado por tu tamaño.

—¿Y una vez dentro? —Varley carraspeó.

—Sí. Eso... bueno, ahí empieza la parte fea... Básicamente nuestra labor será de observación, recabar información, asegurarnos de que, en efecto, los prisioneros siguen encarcelados en la Espiral, no sea que ahora al bueno del rey le haya dado por inventar alguna novedosa forma de reclusión y... no

tengo ni idea de cómo seguir desde ahí. Tú no eres una opción para entrar en palacio de otra manera que no sea abriéndote paso a machetazos, y a mí me reconocerían probablemente todas las putas y taberneros de la corte... así que...

—Puedo ocultar mi presencia si lo deseo— aseguró Torgund.

—Eso ayudaría, pero seguiría dejando el problema de mi “popularidad” entre la gente de baja estofa.

Ambos reflexionaban sobre la cuestión, tratando de trazar un ingenioso plan, cuando el traqueteo de una carreta cargada de toneles resonó sobre los guijarros del camino.

Dejaron de lado por un instante sus desacuerdos, y aprestaron sus sentidos, esperando, como era habitual, algún tipo de problema que en aquella ocasión viniera sobre ruedas.

La carreta pasó junto a ellos levantando una fina explosión de barro y piedrecillas; ambos caminantes tenían los dedos sobre las empuñaduras de sus espadas cuando el carretero posó sus ojos sobre ellos.

Venía murmurando y resollando como un viejo malhumorado, pero al fijarse en ellos detuvo su chismorreó como por ensalmo. Observó a Torgund, quien evidentemente resultaba intimidante, pero fue al detenerse en Varley cuando sus ojos ceñudos realmente se abrieron en franca sorpresa.

—¡No puede ser...! —dijo el extraño.

—¡No fastidies! —exclamó Varley.

—¿Qué sucede? —susurró Torgund.

—¿Eres tú? —continuó el recién llegado.

—Eso depende —respondió Varley.

—¿De qué depende? —preguntó Torgund que cada vez comprendía menos.

—De si aquí mi paisano lleva dos gorilas en la carreta o no. ¿Cómo era aquello...?

—*Desembolsa, descalabra, desaparece* —completó el carretero.

—Sí... eso era. Lucius, ¿verdad? Del Alegre Juglar —dijo Varley entrechocando las yemas de los dedos—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha sido de tu insigne negocio?

—Hacer hago lo que puedo, que es poco, así que hago sencillamente lo que me dejan, que es nada. Y en cuanto a lo que le ha pasado al Alegre

Juglar... ha ocurrido lo que con tantos otros desde que ese megalómano de Rimbaud se autoproclamó rey: incautación, confiscación, extorsión...

—Hummm —murmuró Varley con ironía—. Incautación, confiscación, extorsión... antes hablabas de la triple D. ¿Cómo llamas a esto? ¿ICE?

—Lo llamo putada de manual —sentenció Lucius.

—Buen resumen. Ordinario, basto, pero conciso.

—¿Os conocíais? —preguntó Torgund.

—Se puede decir así —corroboró Varley, mientras Lucius cabeceaba afirmativamente—. Lo que me recuerda... Lucius, amigo, compañero... —se detuvo dudando— o lo que sea; tú eres tabernero... ¿No tendrás algo que merezca ser bebido en esos toneles que transportas a tu grupa?

El rostro de Lucius se contrajo en una mueca de disgusto que pronto se difuminó bajo otra de impotencia.

—Más quisiera yo... pero están todos vacíos. Cortesía de la casa real, si me lo preguntas.

—¡Maldición!... —Varley alzó la vista como si clamara al cielo—. ¡Esta sí que es buena! Que seamos dos borrachos y un tabernero, al fin nuestros caminos se crucen y no lleves más que toneles vacíos.

—Oferta y demanda, camarada —respondió Lucius—. Muchos sois los sedientos y pocos los profesionales para abasteceros.

Los tres viajeros se miraron durante unos segundos, y desinflaron la tensión reinante entre risas provocadas por el absurdo de su situación.

—Ya beberemos en otra ocasión entonces —dijo Torgund terminando de reír—; ahora, si nos disculpas, deberíamos continuar —concluyó.

—Eso espero... beber —suplicó Varley.

—¿Y a dónde os dirigís, si puedo preguntar? —intervino Lucius.

Torgund y el detective se miraron de soslayo sin atreverse a revelar su destino. Por muy identificados o comprensivos que se mostraran con la situación del tabernero, este seguía siendo a todos los efectos un desconocido.

Lucius cabeceó resignado.

—Bien, de acuerdo... guardad vuestros misterios, pero todavía no os he dicho que tengo una petaca para uso personal debajo de mi capa... y estaría dispuesto a compartirla si viajáramos juntos.

—Ignoro si seguimos el mismo camino, Lucius. No queremos desviarte de tu destino —replicó Varley diplomáticamente.

—¡Por el amor de...! Punto uno, el destino apesta; y punto dos... ¡estamos en el mismo camino! —dijo mirando con ojos enloquecidos el firme del terreno que pisaban—. Y este camino no conduce a ninguna otra parte. Vais a la Fortaleza del Agua, es obvio. Y tenéis un aspecto de conspiradores que no podéis con él.

Torgund y Varley se miraron de nuevo, esta vez con ojos inquisitivos, analizando en qué demonios se parecían a unos conspiradores. No tardaron en observar detalles como la ropa raída, las armas deslustradas, los rostros ojerosos y las botas embarradas que cantaban “sospechoso” a diez leguas. No obstante, puesto que no querían revelar todavía su intención de infiltrarse en la Espiral, optaron por dejar correr la cuestión. Al fin y al cabo, contaban con realizar un breve reconocimiento en la ciudad, antes de lanzarse a lo loco a asaltar una prisión como aquella.

—Está bien. Es posible que nuestro aspecto no sea el más favorable... ¿Pero por qué habrían de ser indignas nuestras intenciones? —preguntó Varley.

—Por favor —bufó Lucius—, muchachos... ¡qué soy tabernero! Sé leer una trifulca, una hora antes de que suceda, en los posos de la cerveza de un beato sacerdote, y en las manchas de la taza de una inocente nodriza.

Varley asintió pensativo. Y el tabernero continuó:

—No me digáis nada que debáis ocultar... solo decidme una cosa.

—No decirte nada y solo decirte una cosa me resulta contradictorio —respondió Varley.

Lucius continuó ignorándole:

—Sean cuales sean los motivos que os imperan a entrar en ese lodazal que es la capital... ¿Hará daño a todos esos engreídos y pedantes emperifollados que han llevado a la ruina al Alegre Juglar?

Torgund negó, pero Varley respondió de manera ambigua.

—No garantizo que nadie sufra daño alguno, pero si puedo asegurar que se les hará justicia.

El gigante se mostró sorprendido por la verdad de sus palabras y asintió. Aquello pareció convencer a Lucius.

—Está bien. A falta de venganza tendré que conformarme con algo de justicia. ¡Subid!

Y subieron. Una vez acomodados lo mejor que pudieron en el estrecho pescante, Lucius extrajo una botellita de entre sus ropas como había prometido

y la pasó a sus acompañantes. Agradecidos bebieron sin dar crédito a su suerte.

—Pensé que lo de la petaca era un farol. Dijiste que los toneles estaban vacíos —balbuceó Varley.

—Y lo están. Pero tú preguntaste por toneles, no por mi reserva personal.

—¡Ahora ya puedo morir en paz! —suspiró Varley, recostándose en el respaldo, satisfecho con el calor que brotaba de sus entrañas y ascendía quemante hasta su garganta.

—Antes de hacer ese último viaje que todos gustamos en posponer, amigo, déjame que os ayude a entrar en la Fortaleza del Agua discretamente... y asegúrate de que no te endiñen estando yo en las cercanías. Quiero ver sufrir a todos esos necios que se pavonean, pero no estoy dispuesto a morir en el intento.

* * *

Negra era su capa, negros sus ojos, negra era su vestimenta, negros sus pensamientos y negro su corazón.

Mabruk paseaba de arriba abajo como un animal enjaulado, en su torre de astronomía, aparentemente cargado de preocupaciones y avejentado de aspecto; el consejero del reino gobernaba a todos los efectos los destinos de los habitantes de Mil Ríos, ante la inoperancia y enajenación del regente Rimbaud.

Esa mañana se presentaba cargada de compromisos. Disponía de unos minutos antes de su audiencia privada con el rey, en la cual sabía que habría de dar explicaciones por la reciente “muerte” del primogénito de la casa, Ulfgang.

Leviathanas sonrió. Era excesivamente sencillo manipular y manejar los sentimientos de los Perantaraan. Y él no solo era un maestro en esa cuestión, sino que además disfrutaba con todos los pequeños matices que conllevaba corromper una vida.

El aleteo nervioso de dos cuervos procedentes de la alta claraboya atrajo su atención. Los pájaros graznaron y volaron en círculos un instante, antes de trazar un picado hacia su amo. Leviathanas se volvió lentamente.

Hacía tiempo que sus movimientos eran pausados, calculados, eximiendo

a su cuerpo de los espavientos y sinsabores de poseer sentimientos.

Los binaturales, Huginn y Muninn, desecharon su forma animal y se transformaron en los sirvientes de negro de Leviathanas. Tomaron tierra a sus pies ya en posición genuflexa, dejando a sus espaldas una nube de plumón oscuro.

—Bien, bien, bien... —habló Leviathanas mirándolos sin misericordia alguna—. ¿Y cómo hemos de valorar vuestro fracaso? —si tenían sangre en sus venas, ambos cuervos pudieron sentir cómo se helaba ante las palabras de su amo—. Creo que vuestra misión era sencilla. Traerme al chico y matar a su guardián... guardián que por añadidura resulta ser un borracho.

Los binaturales no alzaban la mirada del suelo, aceptaban la merecida reprimenda con fingida humildad, mientras alimentaban un odio enfermizo hacia su propio señor.

—¿No decís nada? ¿Guardáis silencio?

Huginn carraspeó, o graznó. Los sonidos que emitía por su boca a menudo se entremezclaban.

—Mi señor... —el dorso de la mano se estrelló contra el rostro de Huginn, haciéndole volver la cara enrojecida.

—¡Habla! —lo apremió Leviathanas iracundo—. ¡Explícame por qué he de soportar vuestro fracaso! ¡Explícame por qué habéis puesto en peligro todo! ¡Os advertí que necesitaba al primogénito del rey para llevar a cabo el ritual! —hizo una breve pausa mientras se controlaba—. Por suerte —continuó más sereno—, nunca obro sin tener un plan de rescate... tendré que conformarme con la rata raquílica de Ulfgang.

Los ojos de Mabruk se fijaron sobre sus siervos y estos agacharon la cabeza suplicantes.

—Júzganos con justicia, mi señor. Hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano.

—¿Justicia? —Leviathanas anduvo alrededor de ellos sopesando la utilidad de aquellos dos—. ¿Jusssticia dices? —su voz arrastrada vibró serpentina—. Observaréis que la justicia de *nuestro* Señor es realista, y por tanto solo entiende de resultados. Y su mandato es hermoso en su misma sencillez...: traer el alimento necesario... o convertiros vosotros mismos en alimento para el Señor.

Los cuervos tremolaron. Leviathanas se alimentó de su temor y continuó:

—No obstante... ha sido un mal menor para nuestro proyecto. Como decía, Ulfgang se haya ahora en mi poder. Tras una larga y penosa enfermedad la pobre criatura ha muerto —Leviathanas rio siniestramente—. Es impresionante lo que se puede conseguir con un poco de veneno y la credulidad de la corte.

Huginn y Muninn alzaron los ojos hacia su amo con precaución.

—¿Entonces...? —susurró Muninn.

—¡Está vivo, idiotas! Y a falta del primogénito del rey haré buen uso de su segundo hijo para llevar a cabo el ritual. Esperemos que el efecto sea el deseado, o vuestros plumíferos pescuezos dejaran de sostener esas ridículas cabezas.

—¿Pero cómo?

El orgullo y el ego de Mabruk se veían recompensados explicando los recovecos de su urdimbre.

—El hijo del rey nunca estuvo enfermo. Ni la leche de su madre, ni el pecho de su nodriza eran el problema. Fui yo quién provocó la enfermedad del infante. Y me sirvió bien como podéis comprobar. Por un lado era mi seguro, y ahora veis que necesitábamos del mismo, debido a vuestra ineptitud —agacharon la cabeza de nuevo—; pero por otra parte, no menos importante, su uso nos ha permitido introducir sin pudor alguno a Baashamel en las vidas de estos crédulos seres. Y en concreto nos ha propiciado el control casi absoluto de Rimbaud —rio divertido—. ¡Imaginad la cantidad de Perantaraan que han caído en los últimos meses víctimas de la superstición, la desesperación y el egoísmo, en el Templo de los Ancianos!... —se relamió—. Todavía puedo escuchar sus gritos, y mis vigilias se empapan de la sangre que fluye por las escaleras del templo. ¡Y solo tuvimos que hacer enfermar al hijo menor de Rimbaud para que este se precipitara a instaurar el culto al Señor!

Rio grotescamente, mientras Muninn y Huginn retrocedían precavidamente.

Tan brusca como había empezado interrumpió su risa al entrar un sirviente en la estancia.

—¿Sí? —pregunto Mabruk con acritud. El azorado sirviente respondió.

—Se... señor. El rey reclama vuestra presencia en sus aposentos, desea hablar con vos sobre algunas cuestiones antes de la audiencia en la sala del trono.

—¿Audiencia en la sala del trono? ¿Qué audiencia? —a Mabruk no le gustaban los imprevistos, y mucho menos que el rey tomara decisiones por su cuenta.

—Un mensajero, mi señor, llegó hace una hora a las puertas, al parecer portando un mensaje de la mayor importancia. Rimbaud desea que estéis presente cuando retire el sello de sus labios, y los gremios y la nobleza quieren aprovechar la ocasión para expresar su descontento.

Mabruk reflexionó.

—Muy bien. Comunicarle al regente que iré con la mayor premura.

El sirviente realizó una reverencia, y se dispuso a abandonar la estancia caminando hacia atrás. Mabruk lo detuvo repentinamente.

—El mensajero... —el sirviente se detuvo reverente— ¿De qué atalaya procede?

—Del Oso, mi señor.

Mabruk rechinó los dientes, mientras una vena le palpitaba en la sien; una corazonada, una inquietud se había clavado en su cerebro como una astilla candente. Si aquel mensajero provenía de la Atalaya del Oso solo podía significar una cosa: alguien sabía lo de su pequeño secreto.

—Retírate. En seguida me reuniré con el rey.

Una vez a solas con Muninn y Huginn añadió.

—Ya sabéis lo que hay que hacer.

Asintieron y la reunión se dio por concluida.

* * *

Arrodillado sobre su lecho de madera flotante, helado y perdido en las corrientes de la Espiral, Kadros libraba un silencioso combate contra el mareo y contra su Enemigo. Sus ojos de colores desparejados vibraban bajo sus párpados con la misma rapidez que se sucedían sus palabras.

—*¡Qué la luz de Kilumaras me dé discernimiento y habite en mi corazón!* —repetía una y otra vez, una y mil veces.

Visto desde fuera, seguramente parecería que había perdido la razón. Incluso, visto a nivel personal, la gente puede llegar a pensar en lo absurdo que resulta la mera repetición sistemática de unas palabras aprendidas de padres a hijos. Pero Kadros persistía, pues sabía que la eficacia de su oración

no residía en los circunloquios, las palabras grandilocuentes y las terapias innovadoras. Sabía que la eficacia de la misma, subyacía en aquella repetición sincera, abnegada y entregada, carente de orgullo, exenta de juicio, cargada de fe.

Y a través de las palabras se hallaba en paz, y a través de sus palabras encontró el estado que necesitaba para enfrentarse a su Enemigo.

Una vez más se encontraban cara a cara en silente combate, como aquella vez que parecía ya lejana en la remota aldea de Borda, donde asistió a una inocente criatura llamada Lilian, una pobre madre que había perdido todo, y en la cual la desesperación ejerció de ariete para abrir las puertas a algo más oscuro.

—¡Qué la luz de Kilumaras me dé discernimiento y habite en mi corazón! ¡Qué la luz de Kilumaras me dé discernimiento y habite en mi corazón! ¡Qué la luz de Kilumaras me dé discernimiento y habite en mi corazón! ¡Qué la luz de Kilumaras me dé discernimiento y habite en mi corazón!

* * *

El consejero real se abrió paso entre la guardia y accedió a los aposentos del Rey Rimbaud, primero de su estirpe.

Una oleada de dolor le hinchó los sentidos, y se regocijó. Acababa de alimentarse del temor de sus esclavos, y ahora tomaba de postre el dolor del caído.

El rey permanecía cabizbajo sobre su rústica silla. La piel se le había vuelto cetrina y el rostro era macilento. Sostenía entre sus manos un hermoso muñeco de trapo que había pertenecido a su hijo Ulfang. Que pertenecía, se corrigió Mabruk, sonriendo para sí mismo y obteniendo de aquel muñeco un placer inenarrable.

El regente no se tomó la molestia ni de alzar la mirada, y Mabruk saludó con un ligero cabeceo y palabras de compromiso.

—¿Me habéis hecho llamar alteza?

Lentamente, unos ojos hinchados por enorme bolsas, y enrojecidos por la falta de sueño y las constantes lágrimas, se elevaron hacia el consejero del reino.

—Así es —susurró casi sin fuerzas para hablar—. Quizá tu presencia pueda explicarme el significado de esto —Rimbaud arrojó a los pies de Leviathanas el muñeco de trapo—. Quizá tu presencia pueda explicarme por qué Baashamel no cumplió su promesa... ¡Quinientos días! Dijiste. ¡Quinientas mentiras!

Mabruk percibía en el rey una ira y una furia que por un momento le hicieron temer. Había olvidado lo volubles e impredecibles que resultaban en ocasiones los Perantaraan.

—Mi señor... —comenzó solícito.

—¡Quizá tú boca, que tan solo profiere absurdos, pueda explicar el suicidio de mi esposa Diana! ¡O la ruina de la periferia de Mil Ríos, sacrificada en los altares de tus sacerdotes Kohen, y sumida ahora en la pobreza más absoluta, pues ni siquiera las tabernas y prostíbulos han sobrevivido, sucumbiendo ante la falta de clientela!

—Mi señor...

—¡Guardias! —cuatro hombres armados con alabardas entraron en tropel en la habitación y rodearon al consejero.

—¡Aguardad, alteza! —¿Qué significaba aquel cambio de humor? ¿Cómo era posible que Rimbaud pareciera momentáneamente libre del yugo que se le había impuesto?

* * *

Hacía frío. Un frío glacial. Pero Kadros sudaba con el esfuerzo. Su combate se volvía despiadado por momentos, y una voz cruel reía en su cabeza; o tal vez no era en su cabeza, quizá la voz era incluso real.

«¿Crees que puedes vencer? ¿Crees que puedes detenerme? ¡Es mío!»

Pero Kadros ignoraba la voz, y el murmullo de sus propias palabras comenzó a hacerse audible imponiéndose a quién le hablaba.

—¡Oh Kilumaras, tú que portas la luz y traes la vida, yo invoco tu nombre, y humildemente ruego tu clemencia, para que me asistas graciosamente en el asalto contra este enemigo y contra cualquier Mork, Úng o espíritu inundo, que ahora atormenta a la criatura hecha por tus manos!

«¡Palabras vacías, ridículo sirviente!» —se burlaba la voz.

—¡Él mismo te ordena que abandones tus propósitos, que abandones

esta criatura! ¡Él te lo manda! Él, que ordenó tu caída, y tu encadenamiento; Él, que te ordenó partir fuera del mar y del viento y de la tormenta, para que obedecieras y dejaras de molestar a la raza de los Perantaraan, porque tú eres el portador de la muerte y el ladrón de la vida, eres el que grita fuera de la justicia y por eso desaparece de la tierra; ¡Baash, tiembla, tú eres el Enemigo y el adversario. Gritas falsamente justicia y eres la raíz de todos los males, de todos los vicios y maldades. Traidor de naciones, instigador de envidia, codicia, locura, fuente de toda discordia y exceso!

«¡Iluso, ya es demasiado tarde para eso! ¡Sé cosas, Kaimu! ¿No querrías oírlas? ¿No quieres conocer el futuro?»

Kadros ignoró de nuevo aquellas palabras y continuó:

—¡Márchate de aquí, por lo tanto, transgresor; márchate, seductor lleno de toda malicia y falacia, villano, enemigo inconcebible. Persecutor. Da lugar a dejar libre el sitio que ocupas, impiísimo que eres; da lugar a Kilumaras, en el cual no encontraste el menor oprobio, quien te despojó de tu reino y lo destruyó, que te venció y ató tus manos y rompió tus vasos y te proyectó en las tinieblas exteriores, donde para ti con tus ministros no habrá redención...!

Y así proseguía el combate en las turbias aguas de la Espiral.

* * *

Rimbaud carraspeó, tembló y sus ojos se volvieron vidriosos de nuevo. Aquel era el Rimbaud que recordaba Leviathanas, de modo que, aprovechando su flaqueza, Mabruk desplegó su verbo una vez más.

—Mi señor. La muerte de Ulfgang no es culpa de nadie —el rey alzó la mano y los cuatro guardias se dispusieron a la espera.

—Habla.

Mabruk dio un paso al frente adoptando la pose de humilde consejero, a la cual era tan poco proclive.

—Alteza. Ni vos, ni vuestra difunta esposa, ni vuestros siervos, ni Baashamel son culpables de la muerte de vuestro hijo.

—¡Pero yo sí que soy culpable de sacrificar cientos de vidas de mi pueblo para nada! —replicó el rey.

—No para nada. Ha sido una prueba de fe. Y la habéis superado con creces, aunque haya tenido que ser a través del sacrificio. Pero ahora

Baashamel ha demostrado al pueblo que ni siquiera los poderosos están exentos de rendirle pleitesía. Vuestro hijo, Ulfang, será la llama que encenderá el fervor del pueblo y los guiará a la cálida luz de sus abrazos — Leviathanas sonrió ante su propia retórica.

«Eres mi elegido, mi mejor seguidor, y serás recompensado por tus sacrificios en mi nombre».

La voz habló en la cabeza de Rimbaud, que sacudió los ojos de un lado a otro, buscando nervioso su origen. Aquellos gestos similares a los de un ave de presa no pasaron desapercibidos para Leviathanas. Fuera cual fuera el combate que se estuviera librando en torno al rey, su fortaleza interior se estaba desmoronando y el asalto final era inminente.

* * *

«¡Resistirse es inútil. Todos seréis cosechados. He sido desterrado al mundo y me he convertido en su Señor. Ahora, criaturas inferiores, pereceréis y me solazaré en vuestro sufrimiento!»

Kadros apretaba los ojos con fuerza, los músculos de la cara le temblaban y sus miembros se contraían como garras, aferrándose a los troncos de su prisión. Se sentía desfallecer, flaqueaba; el envite de su Enemigo era poderoso, y la presa que ejercía sobre Rimbaud profunda.

Llevado de sus oraciones, bruscamente, se vio trasladado de alguna manera junto a Rimbaud y Leviathanas. Su cuerpo permanecía en la Espiral, pero su alma se hizo presente en las dependencias del rey.

El consejero del reino se volvió hacia Kadros y sonrió, aunque el regente ignoraba la presencia del antiguo bufón, pues no podía verle.

«De modo, que eras tú» —habló Leviathanas en la cabeza de Kadros.

El Kaimu no respondió. Permanecía lejos de allí, luchando denodadamente en su prisión de agua contra fuerzas que lo sobrepasaban.

—Entonces... la muerte de mi hijo... el suicidio de Diana y la ruina de mi reino... todo por...

«Falta de fe...» —susurró la Voz en la atribulada mente del regente, para, acto seguido, verse repetidas las palabras casi al unísono por su consejero.

—Falta de fe.

«*Dime tu nombre*» —clamaba Kadros en la distancia.

Rimbaud se incorporó de la silla, alarmado por el insólito hecho de que las palabras de su cabeza se reprodujeran en labios de su consejero.

Lentamente, se aproximó a Mabruk. La locura, la desesperación y la desesperanza brillaban en los ojos del rey con la luz de la muerte.

—¿Verdaderamente los Kohen profesáis la auténtica fe? —preguntó asustado.

«*Así es*» —respondió la Voz.

—Así es —corroboró Leviathanas.

«*¡Te ordeno que me digas Tu nombre!*» —exclamó Kadros al límite de sus fuerzas.

Lentamente Rimbaud dobló la rodilla ante Leviathanas, ocultando su rostro entre las ropas del consejero. Y allí, arropado como un bebé, gimió sordamente.

Como un padre cariñoso, Mabruk colocó sus manos sobre la cabeza del regente y, sonriendo, desvió la mirada hacia la presencia de Kadros que seguía susurrando palabras sagradas.

«*Sé lo que intentas, Kaimu*» —habló Leviathanas mentalmente.

«*¡Te lo ordeno por Su señal!*» —seguía hablando Kadros.

«*Y quiero que sepas, para que sufras, que es inútil. Él ahora nos pertenece*».

«*Nos pertenece*» —repitió la Voz.

* * *

Un estallido de dolor devolvió a Kadros a su realidad. Su fría y húmeda realidad. Estaba agotado, exhausto y sin resuello. Se quedó tendido boca arriba sobre la helada madera, contemplando el cielo girar sobre su cabeza en mareantes espirales.

Había fracasado. Y con aquella había perdido la cuenta de las veces que lo había intentado. Y su fracaso era aún más profundo al haber revelado su presencia a Mabruk. Las consecuencias no se harían esperar, y el lazo con el que ataba a Rimbaud se ceñiría con más fuerza que nunca.

La salvación del rey acababa de depositarse en otras manos que no eran

las suyas.

* * *

Leviathanas se arrodilló junto al rey y le susurró.

—Mi señor —Rimbaud sollozaba—. Mi señor... —el rey alzó la mirada empañada—. Debemos acudir a la sala del trono. Recordad que tenemos una audiencia y asuntos urgentes que tratar. Debemos acudir y vos debéis ejercer vuestra sagrada tarea.

—No... no creo que pueda —Rimbaud se encontraba realmente abatido.

—Yo estaré con vos... y Baashamel os ayudará. Confíad en mí.

Llevado como un niño de la mano, o como un cerdo al matadero, Rimbaud se dejó conducir a la sala del trono.

* * *

—Si nos hubieras vestido de meretrices rabizas no habría sido peor —explotó Varley hacia Lucius.

—Pero habéis cruzado las puertas de la Fortaleza y estáis dentro. ¿O no?

—Y vestidos de idiotas pasados de copas —remató el detective, contemplando el ridículo aspecto de sus ropas de bufón.

—Puede ser que sí. Pero ya ves que no ha puesto pegas ninguno de los guardias. Todo el mundo sabe que el rey por estos tiempos sufre de una fuerte falta de ánimo. Utilizar esto a nuestro favor era lo más inteligente para adentrarnos hasta las mismas cocinas reales. Pensadlo... “Hola, somos una compañía de cómicos teatrales, que hemos venido para tratar de endulzar los días del rey y solazar sus noches”.

—La frase era buena —reconoció Torgund.

—Es mía, gracias —cabeceó Lucius—. Y además, el hecho de asegurar que somos tal cosa, que no somos, garantizaba también pocas preguntas acerca del gigante de tu amigo. La gente está cansada de ver compañías ambulantes con enanos, mujeres barbudas, eunucos, tragasables y grotescos gigantes.

—Ya veo —dijo Torgund—. Muy inteligente, posadero. No obstante,

cuando lleguemos a palacio trataré de pasar desapercibido para el resto. No quiero que ningún ojo indiscreto sospeche de mi presencia.

—Lo que tú digas, amigo. Y es tabernero, no posadero.

—Lo que tú digas, tabernero —respondió Torgund.

—Gracias. Y ahora que habéis visto la eficacia de mis métodos. ¿Podéis decirme a quién tratáis de rescatar? —ambos se giraron incrédulos hacia Lucius—. No tratéis de negarlo, por favor. Antes, en el camino, os he dejado continuar con vuestra pantomima por un benévolo respeto y una diabólica e insana diversión. Pero nadie se cree que volváis a este lugar por vuestra propia voluntad, tan solo en busca de información, o para tomar unas jarras en algún oscuro antro.

Varley observó a Torgund y ambos parecían de acuerdo. Si querían continuar, no podían negar que la ayuda de un tercero sería positiva. Y no estaban los tiempos para andar rechazando compañeros de penurias. De modo que Torgund dio un paso al frente.

—Buscamos a un amigo y un hermano.

—¿Eso son dos personas? —preguntó Lucius.

—¡No, carámbanos! —interrumpió Varley—. Es una forma de hablar, aquí mi amigo el hormonado es algo poético en ocasiones.

—¿Hormonado? —preguntó Torgund, sin comprender.

—Olvídalo... Mira, Lucius, buscamos a un amigo. Está prisionero en la Espiral y pensamos acceder a la Fortaleza del Agua, recabar información, ver cómo está la situación y luego, seguramente, llevar a cabo algún tipo de plan...

—Suicida —aseveró el tabernero.

—Algo así —añadió Torgund.

Distraídamente Lucius se rascó un grano de la papada, mientras observaba a uno y a otro sopesando si lo que le decían era verdad, o una solemne parida.

—No estáis de broma —afirmó sorprendido.

—Pues claro que no —repuso Varley, ofendido—. ¿Dónde has visto tu dos borrachos con menos sentido del humor? O ya puestos, que mientan.

—Entiendo —respondió Lucius—. Bueno... en ese caso... seguidme.

—¿Así sin más? —preguntó Torgund.

—Sí. Así sin más. Entiendo que queréis rescatar a un colega, que de

alguna manera os ayudará a hacer algún tipo de cosa, que a su vez ayudará a obtener una especie de resultado, que será la razón principal por la que os ayudo. Porque espero que ese resultado conlleve un dolor de muelas para todos estos mangantes, idólatras y mamarrachos que podéis encontrar en la corte. Como veréis... mi objetivo no ha variado desde la última vez que hablamos.

—Ya veo. ¿Por dónde sugieres que empecemos?

—¿Qué tal... por la sala del trono?

—¿Perdona? —preguntaron a coro.

—Hay una audiencia no prevista esta mañana en palacio. Y eso siempre significa noticias, si no interesantes, sí frescas. De modo que entramos, nos mezclamos con la plebe, y atendemos a lo que sea que tengan que contar esas gentes tan importantes. Después salimos empapados de rico conocimiento, partimos un par de cráneos, rescatamos a vuestro amigo...

—Y nos tomamos unas cervezas —concluyó Varley.

—Suena bien —aseguró convencido Torgund.

—¿Pues a qué esperamos?

Varley se volvió hacia Torgund.

—Eh... grandullón. Quizá sea ahora el momento de que disimules tu presencia. No queremos atraer demasiadas miradas curiosas cuando estemos allí dentro. Bastante peligroso es que yo vuelva a palacio, como para encima andar paseando tus dos metros diez por escena.

—Entendido.

Torgund se ocultó bajo un raído manto que lo cubría por completo, y dirigió sus pasos hacia el palacio, ligeramente apartado de Lucius y Varley. Quizá no fuera el mejor de los disfraces, pero dada la cantidad de gente que abarrotaba las calles de acceso no resultó difícil mezclarse.

Con mil ideas, planes y proyectos, asaltaron la enorme escalinata de jade que daba acceso a la nave central de palacio, ascendiendo escalón a escalón hasta alcanzar las hercúleas puertas.

* * *

Cuando alcanzaron la nave principal, lo primero que atrajo su atención era la bulliciosa actividad que abarrotaba el salón real. Comerciantes,

consejeros del reino, representantes de las casas nobles, altos cargos del ejército, embajadores de los territorios de Mil Ríos... una gran multitud que hablaba a grandes voces y no se entendía, poblaba cada recoveco entre las grandes pilastras y columnas de zafiro.

Se habían reunido todos para asistir a la audiencia real. Eran tiempos de tribulación, y la gente se removía inquieta profiriendo rumores y habladurías que necesitaban ser aclarados en ese día. El rey debía tomar en consideración el temor de su pueblo, o el pueblo tomaría en consideración la pasividad del rey.

Entre el gentío, Varley y Lucius trataban de pasar desapercibidos. A duras penas conseguía Varley controlar su ansiedad.

—¿Quieres relajarte? —sugirió Torgund en voz baja, tras ellos, oculto entre las sombras a la mirada indiscreta del resto del mundo.

—Eso intento, amigo. Pero no es sencillo volver a este lugar, tras tantos años, y no sentir un respingo de temor.

—¡Vamos! —exclamó Lucius—. ¿Quién te iba a reconocer? Ni siquiera pareces el mismo. Y te lo digo yo que se supone que hace menos tiempo que he conocido tu fea cara, con que todos estos pelagatos no se detendrán ni un instante a analizar tu rostro.

—Quizá tengas razón... pero no creo que eso funcione si aparece uno de esos binaturales con los que tengo por costumbre toparme.

—Eso es cierto —afirmó Torgund—. Y por eso permaneceremos en un segundo plano. Escuchad y observad, nada más. En cuanto concluya la audiencia nos iremos por donde hemos venido sin levantar sospechas.

—Lo que tú digas. —Avanzaron hacia un lateral del salón, confundiéndose con todo tipo de gente, para finalmente acomodarse en una posición discreta con las espaldas apoyadas contra una deslustrada pilastra.

Todo parecía transcurrir con normalidad, hasta que Varley sintió un leve temblor retrepano por su columna; seguidamente le sobrevino un frío atroz. Reconocía aquella sensación, desgraciadamente se estaba empezando a convertir en algo familiar. Buscó de un lado a otro con la mirada, tratando de acotar el origen de aquel misterio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Torgund, alarmado por el comportamiento de Varley.

—Frío —dijo el—. Muchísimo frío.

Torgund miró a su vez por toda la sala, sin mayor éxito que su colega.

—No te preocupes. Es normal, Varley.

—¿Normal? —respondió suspicaz.

—¿No esperarías que en un lugar como este, tan podrido que puede olerse su hedor a millas de distancia, no estuviera presente alguno de *ellos*, verdad?

—Quizá tengas razón. Pero no me digas que es normal. Nada de esto lo es.

—¿De qué narices estáis hablando? —intervino Lucius.

—Ya te lo explicaré, si tenemos ocasión.

Varley continuó inspeccionando el salón del trono, hasta que cantaron unas claras trompetas anunciando la llegada de Rimbaud, el rey.

Le precedió el consejero del reino, Mabruk, y Varley no pudo evitar encogerse al verlo. Lo recordaba de años atrás, y nunca le había gustado, había algo en él que no era... humano. Quizá fuera la mirada, no sabría decir. Sin embargo, en aquella ocasión Varley percibió algo distinto en él. Algo oscuro que no había visto la primera vez.

—Torgund...

—Lo veo, calla.

Con pasos cortos, Mabruk se alzó peldaño a peldaño hasta la base del trono; la multitud se acalló ante su sola presencia, y entonces entró el regente custodiado por su guardia pretoriana.

—¡Por todos los cielos!

—¿Qué? —susurró Lucius.

—Si parece un anciano —dijo Varley.

—Silencio —insistió Torgund.

El rey ocupó su trono y, cabizbajo, cedió la palabra a su ladino consejero con un gesto displicente de la mano.

—¡Amigos todos! —comenzó Mabruk, alzando las manos—. Sed bienvenidos. Como sabéis, la audiencia de hoy ha sido convocada con la mayor brevedad, para escuchar a uno de nuestros leales mensajeros y tratar de resolver las cuestiones que preocupan a vuestros corazones.

Se oyeron algunos carraspeos despectivos y una o dos risas nerviosas, bajo las que se ocultaba un profundo desprecio.

—¡Déjate de historias y vayamos al grano! —clamó una voz entre la multitud.

—¡Eso! —apoyaron no pocos de los presentes.

—¡Amigos! ¡Amigos! —apaciguó Mabruk a los presentes con palabras amables—. Mantengamos el orden para que podamos satisfacer vuestras inquietudes. —Los chismorreos se extendieron como una ola hasta que se acallaron—. Cedo la palabra al representante del gremio comercial, tiene la palabra el ilustre Lord Tyrol.

Un hombre de complexión gruesa y entrado en años, se aproximó al trono ante el silencio expectante de los presentes.

—Alteza —Tyrol hincó la rodilla en tierra y agachó la cabeza.

—Poneos en pie —le invitó Mabruk, pero Lord Tyrol permaneció orgullosamente postrado—. Os he dicho que os levantéis.

—Solo respondo ante el rey... Lord Mabruk. Y que yo sepa, vos todavía no lo sois.

Mabruk sonrió siniestramente y paladeó aquel “todavía”. Después se volvió hacia Rimbaud aguardando su veredicto. El rey tan solo dirigió un gesto rápido hacia Lord Tyrol, invitándole a levantarse del suelo. El hombre, orgulloso como pocos, se levantó y permaneció erguido ante su rey.

—Exponed vuestra causa a la corona —invitó Mabruk al noble.

—¡Mi causa! —comenzó su discurso—. ¡Mi causa es la ruina! ¡Mi causa debería ser la del rey! ¡Por eso estoy aquí, yo y mis compañeros! —un sector de los presentes dio voces reafirmando su presencia, pero Mabruk no se dejaba impresionar.

—Aplacad vuestra ira, Lord Tyrol —lo exhortó Mabruk.

—Haré tal cosa cuando su majestad explique la razón por la que este gran territorio se abalanza inconsciente hacia la ruina. Cuando explique por qué hemos sacrificado a tantas y tantas personas en los altares de esa nueva religión. Cuando rinda cuentas por la ruina de Mil Ríos, pues ni comerciantes, ni mujeres, ni niños se han librado de la hoz del segador.

Mabruk descendió un par de escalones a fin de situarse lo suficientemente cerca para resultar intimidatorio, pero no lo suficientemente cerca como para colocarse a su nivel. Entonces sonrió, e ignorándole se dirigió a la plebe.

—No escuché tanta vehemencia en Lord Tyrol antaño; cuando los

sacrificados fueron mendigos no parecía importaros, pues vos no erais mendigo. Cuando optamos por los reclusos os dijisteis: yo no soy tal cosa. Y cuando tomamos a inadaptados y minusválidos os reafirmasteis una tercera vez, pues no iban por vos ni los vuestros.

La multitud se dividió en una oleada de cuchicheos encontrados.

—Eso... eso... —comenzó Tyrol.

—¿No es lo mismo? —preguntó Mabruk—. ¿Acaso hay muertes que están bien a los ojos de Baashamel y otras que no? ¿Acaso no debemos todos la misma devoción y entrega? ¿O es que Lord Tyrol se cree por encima de los demás? ¿Es posible que los propios nobles acomodados en sus privilegios no sean también responsables de nuestra ruina?

—Yo no he dicho...

—¡No! —interrumpió violentamente Mabruk, para después adoptar un tono más sutil y peligroso—. Pero lo pensáis. Y los pensamientos suelen ser más mortíferos y peligrosos que las propias palabras.

* * *

Mientras el debate proseguía, Varley, Lucius y Torgund no perdían detalle.

—Estamos acabados —sentenció Varley.

—¿Por qué? —preguntó Lucius—. Puedes ver que todavía queda gente como Lord Tyrol que oponen algo de resistencia.

—¿Resistencia? —bufó Varley—. He visto vodeviles con más realismo que esta audiencia. Eso que llamas resistencia es puro teatro.

Lucius miró alternativamente al detective y al centro del debate entre Mabruk y Lord Tyrol.

—¿Cuánta gente cabe aquí, doscientos, quinientos, mil?

—Unas mil personas, sí.

—Ya... —señaló a Mabruk—. Te diré esto, tabernero. Junta un malo y mil tontos —barrió con la mano la estancia, abarcando a todos los presentes—, y tendrás mil un malos al final del día.

Torgund asentía apenado con la cabeza, tras ellos.

Varley sintió un escalofrío, y percibió cómo su mirada era atraída por

unos ojos extraños que le devolvían el desafío desde el otro extremo de la sala. Un encapuchado le observaba, y aunque Varley permaneció en silencio, reconoció al instante a su observador.

—Confusión... —susurró Varley, y el helado escalofrío se recrudeció.

* * *

Lord Tyrol descendía del estrado con el rabo entre las piernas, cuando subió rápidamente otro noble de aspecto belicoso.

—¡Lord Pemberton! —saludó Mabruk.

—Alteza —respondió Pemberton, obviando al consejero—. Todas las cuestiones tratadas considero que son de la máxima importancia, pero como uno de los señores militares de Mil Ríos, es mi deber atraer vuestra atención sobre la desaparición del *manto*. ¿Qué estrategia debemos seguir? ¿Cómo debemos comportarnos ante la presencia de otros territorios en las cercanías? ¿Debemos mostrarnos hostiles, o atentos?

—Creo que le dais demasiada importancia a algo que no la tiene —intervino Mabruk.

—Y sobre todo... —continuó Pemberton, ignorando a Mabruk—, queremos saber vuestra opinión con respecto a las leyendas que hablan de Mundo Antiguo y sus habitantes. ¿Qué acciones emprenderemos en caso de hostilidades?

Un incómodo silencio recorrió la sala del trono, mientras todos los ojos se volvían hacia el regente en busca de respuestas. Rimbaud odiaba que hicieran aquello, sentía una creciente rabia interior cuando el pueblo se volvía hacia él en busca de respuestas. Le hacía sentir asco por la despreciable debilidad de sus súbditos.

Mabruk se adelantó en defensa del regente.

—¿Hostilidades? ¿Acaso olvidáis la solidez de la Puerta de la Luz, o la muralla natural que llamamos los Dientes del Dragón? —aquello provocó comentarios de aprobación—. Por no hablar de nuestro valeroso ejército, Lord Pemberton —añadió agasajándole los oídos al noble.

—Todo eso es cierto... Mabruk... pero no obstante complacedme.

—Su alteza no tiene todas las respuestas, Lord Pemberton.

—Pues si no las tiene quizá no debería ser rey.

Aquello ocasionó un importante revuelo, e hizo que Rimbaud se

levantara del trono como si el asiento quemara.

Rápido y taimado, intervino Mabruk una vez más.

—No deberíais atormentar a un hombre que acaba de perder a su único hijo y su amada esposa en el mismo día, Lord Pemberton. No es caballeroso... ni inteligente.

La velada amenaza estaba dibujada en los ojos del consejero, y Pemberton retrocedió.

—Disculpad alteza. No pretendía ofenderos, todos nos sentimos apenados por vuestra pérdida y os transmitimos nuestro más sentido pésame.

—En cuanto a vuestras preocupaciones... se basan mayoritariamente en supersticiones y cuentos de vieja. No creo que tengamos nada que temer de Mundo Antiguo.

—¿Cómo podéis afirmarlo con tanto aplomo?

—Creo que lo más sabio cuando encuentras un vecino, no es armarse hasta los dientes y correr a aniquilarlo. La actitud más inteligente sería valorar potenciales aliados. No deberíamos descartar nada, ni Mundo Antiguo, ni a nuestros nuevos vecinos que flotan en la distancia. No hay que temer a lo desconocido, sino acogerlo con los brazos abiertos.

De nuevo el murmullo general se dividió en un sinfín de murmullos, cuando el debate se trasladaba a los pequeños corrillos que se formaban. No obstante, los nobles parecieron conformes con el resultado final de la negociación. Durante las tres partes de una hora se trataron otras cuestiones, económicas, religiosas, administrativas, y para todas encontró Mabruk acomodo.

Se acercaba el final de la audiencia e hicieron pasar al mensajero de la Atalaya del Oso. Un pasillo central se abrió entre la multitud para darle acceso.

Varley contuvo el aliento, pues reconocía en aquel sudoroso mensajero a su hijo, Willhelm. Quiso correr hacia él, pero se contuvo.

Willhelm llegó hasta el trono, se arrodilló, saludó y se alzó de nuevo esperando que su rey realizara el protocolo acorde.

Mabruk oteó alrededor y captó en lo alto del salón la presencia de dos cuervos, Huginn y Muninn. Ambos pajarracos sacudieron sus negras cabezas afirmativamente y Mabruk devolvió satisfecho su atención al emisario.

Rimbaud tomó el afilado abrecartas, mientras un copero aparecía junto a él para ofrecerle al mensajero el tradicional trago, tan merecido después de

recorrer largas distancias con los labios sellados.

Willhelm alzó la boca, y el rey rasgó con facilidad el sello de los estarostas y las puntadas que había debajo. Rimbaud no pudo evitar sentir una punzada de dolor al ver aquel escudo que le recordaba otros tiempos ya lejanos.

El mensajero se pasó la lengua entre los dientes y estiró su musculatura facial abriendo y cerrando la boca varias veces. Entonces el rey tomó el cáliz del copero que aguardaba a su lado y se la ofreció a Willhelm.

En aquel momento los ojos de Varley se clavaron sobre Confusión, y captó en los labios de aquel ente una sonrisa malvada. Miró de nuevo a Willhelm y otra vez a Confusión, y sintió una punzada de temor dentro de su corazón. Impulsado por aquella sensación se puso en movimiento y, lentamente, comenzó a abrirse paso entre la multitud tratando de llegar hasta su hijo.

—¿Qué haces? —preguntó alarmado Lucius.

—Sigámosle —afirmó Torgund.

Así, entre codazos, se fueron abriendo paso hasta las primeras filas, y Varley percibía aquella malévola sonrisa a sus espaldas taladrándole el cerebro.

Willhelm se llevó la copa a los labios y bebió un largo y sediento trago, notando cómo el cálido y oleoso vino llenaba su paladar y aliviaba su garganta.

—Habla, noble mensajero. ¿Qué es tan urgente decir que te ausenta de tu guardia? —solicitó con voz segura Mabruk.

Willhelm abrió los labios pero no emitió palabra. Lo intentó de nuevo y una espuma rosada empezó a bullir fuera de su boca. En cuestión de segundos estaba en el suelo convulsionando como si ardiera por dentro. Sus ojos comenzaron a sangrar, sus oídos sangraban y hasta la base de las uñas y el cuero cabelludo sangraban. Era como si cada gota de su ser tratara de escapar de su cuerpo.

Horrorizado al ver aquello, Varley corrió hacia su hijo y cayó a sus pies. Mabruk observó satisfecho al moribundo mensajero, pero también reconoció, alarmado, al detective, y no pudo evitar lanzar una mirada furibunda hacia sus cuervos, que precavidamente alzaron el vuelo y desaparecieron por un ventanuco.

—¡Willhelm! ¡Willhelm! —gritaba, mientras lo abrazaba con fuerza para mantenerlo en el mundo de los vivos. Varley alzó la vista entre lágrimas, como si buscara ayuda, y observó a Confusión erguido tras el rey devolviéndole la mirada. Entonces recordó: “*Antes del fin verás derramada tu propia sangre*”.

Siempre pensó que aquellas proféticas palabras hacían referencia a su propia muerte, y estaba conforme, en paz... pero aquello. Aquello era peor, y Confusión lo sabía, y lo estaba disfrutando.

Tan solo disponían de unos segundos antes de que el salón se llenara de guardias, y el revuelo ya era notablemente incontrolable entre la multitud. Torgund se agachó junto a Varley, y Lucius hizo otro tanto. Los guardias empezaban a rodearlos.

—¡Traición! ¡Traición! —gritaba el rey—. ¡Traedme a todos los coperos! ¡Alguien pagará por esta afrenta!

—¡Escucha, Varley! —susurró Torgund—. Si quieres que esta muerte sirva para algo escúchame.

Varley lloraba desconsoladamente, abrazado al cuerpo rígido de Willhelm.

—Lo han matado a causa del mensaje que portaba. Y el mensajero venía de la Atalaya del Oso, es obvio que algo sucede allí que no quieren que sepamos. Ahora necesito que aferres la empuñadura de mi espada y visualices ese lugar, la Atalaya.

—¡Varley! —clamaba Lucius—. ¡Tenemos que irnos!

Torgund aferró la mano izquierda de Varley y la cerró en la empuñadura de su negro espadón, llamando la atención de todos los presentes. La multitud ahogó un grito de asombro, y Mabruk dio un paso hacia ellos, alarmado por la presencia de lo que sabía era un Kaimu.

—¡Prendedlos! —vociferó el consejero, desquiciado.

Unas últimas lágrimas paternas cayeron como rocío sobre las mejillas inertes de Willhelm. El cabello del muchacho flotó en el aire como una cascada, cuando Lucius, Varley y Torgund desaparecieron abrazados en su pesadumbre. El cuerpo de Willhelm se desplomó en el suelo y yació a los pies de Mabruk que parecía alterado.

—¡Buscadles! ¡Traedlos de vuelta! ¡Son espías, traidores! —los guardias corrían de un lado para otro como si obedecieran a algún propósito,

aunque estaban más desconcertados si cabe.

Una nutrida tropa entró entonces en la sala, escoltando a los diez coperos del reino, tal y como había ordenado Rimbaud. Entre golpes y fustigazos, los hicieron arrodillarse ante el trono, y aquello distrajo al consejero por un instante de su inquietud previa.

—¡Alteza! —habló uno de ellos—. ¡Todo esto es un error...! —el asta de una alabarda le partió los dientes y no volvió a hablar, ocupado como estaba en escupir las piezas esmaltadas al suelo.

—¡Habéis traicionado mi confianza! —comenzó el rey, que apenas se sostenía—. Habéis quebrantado siglos de tradición y eliminado de un plumazo la fe de Mil Ríos en vuestro servicio. Durante siglos habéis sido adalides de la pureza y la transparencia de las comunicaciones entre las atalayas... hasta hoy. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Puedo acaso prescindir de vosotros?

Mabruk se acercó a Rimbaud.

—Mi señor. Mis cuervos son perfectamente capaces de llevar y traer cualquier mensaje que necesitéis, y considero que este crimen no debería quedar sin un justo escarmiento que sirviera de ejemplo al pueblo.

El rey anduvo durante unos instantes a lo largo y ancho de su sala del trono, entre el silencio atónito de los presentes, que no daban crédito a los acontecimientos de los que eran testigos. Finalmente Rimbaud se giró hacia el jefe de la guardia.

—¡Decapítadlos!

—¿Aquí... mi señor?

—¡Aquí! ¡Ahora! ¡Qué todo el mundo vea que la justicia es rápida e implacable, maldita sea!

Los coperos agacharon las cabezas, obligados, entre golpes e imprecaciones; trataban de resistirse, pero todo era inútil. Entre la multitud y el bullicio Confusión contemplaba la escena como si nadara en su elemento.

Las hojas de acero mordieron los cuellos desnudos sin ninguna piedad ni remordimiento. Las cabezas rodaron por el suelo a los pies del soberano, tras hacer grotescos sonidos secos contra las baldosas. Una de las cabezas quedó colgando del tronco de manera obscena y necesitó de un segundo tajo. Algunos cuerpos convulsionaron como el rabo de una lagartija, otros se desplomaron en el acto; la mayoría se orinaron encima o incluso defecaron sobre las ropas que cubrían la poca dignidad que les quedaba.

La audiencia había terminado con una regia ordalía.

Lentamente se abrieron las puertas y los nobles, los gremios y demás invitados fueron abandonando el palacio en completo silencio.

No habían salido ni siquiera la mitad de ellos cuando, apresurado, entró un sirviente que alcanzó sin resuello el trono.

—¡Alteza! ¡Le dije que esperara, pero no me ha escuchado!

—¿Quién tiene que esperar? ¿Quién no te ha escuchado?

El batir de unas alas gigantes provocó una corriente de aire propia de un huracán. La corte se arrojó al suelo y rodó por tierra, cuando un ser de aspecto vampiresco profanó la sala entrando por las puertas a sus anchas.

El murciélago gigante se detuvo, tras un breve planeo, a los pies del trono, delante del mismísimo rey.

El jinete que lo montaba vestía sedas de colores ocres y rojizos, ceñía sobre su cabeza un ostentoso turbante, y una espada curva colgaba de su cinto. Lanzó miradas despectivas a todos los presentes, analizándoles, hasta que su vista recayó en Leviathanas. Entonces sufrió una especie de trastorno, de reconocimiento. Y sonrió siniestramente.

Y Leviathanas le devolvió la sonrisa.

Un kolf de Mundo Antiguo había llegado.

XIX

LA ESCALA

Los eslabones de las cadenas arañaban sus muñecas y le hacían palpar los tobillos. Es impresionante lo que le puede suceder al cuerpo humano si lo sometes a tan solo unos días de encierro, penalidad y oscuridad.

La piel, antes firme y dorada, parecía ahora transparentársele sobre los huesos y había adoptado un color ceniciento.

La humedad del presidio había hecho presa de sus pulmones y una fea tos acompañaba gran parte de sus horas de vigilia. Unas amoratadas bolsas se marcaban bajo sus ojos, y la piel de los brazos y glúteos parecía querer colgar libremente, separada de sus músculos.

Esa era la situación que, por suerte, se dijo Marthia, no duraría mucho.

El juicio por traición estaba fijado para la mañana siguiente; Rowena, las grandes Matriarcas y no pocas de las más importantes Amazonas estarían presentes para emitir su veredicto. Aunque la depuesta caudilla no albergaba duda alguna sobre el resultado de la vista.

Si hay algo que no tolera bien la mujer es la traición, o aquello que pudiera percibir como traición; de manera que no existía nada más firme ni más cruel que un jurado compuesto exclusivamente por mujeres.

Esto era algo que Marthia había aprendido con los años, que la mujer puede ser su peor enemigo. Que no necesita buscar el origen de sus males en agentes externos, en el poder del hombre, o en cualquier otra idea sugerente que se amoldara a su ideología. La mujer, en la Escala, hacía tiempo que había encontrado la fórmula para destruirse a sí misma.

Así que no le cabía la menor duda sobre cuál sería la pena.

La muerte.

Y podía estar segura de que ni aquellas que se pronunciaron antaño como sus leales amigas, pestañearían lo más mínimo el día que la quemaran.

El castigo por traicionar el sagrado credo del género era la hoguera purificadora. Cada vez menos personas habían recibido dicha pena, pero, de cuando en cuando, algún disidente necesitaba ser pasado por la parrilla, para recordar a la población que la mujer era fuerte y justas sus reclamaciones.

Un cerrojo se descorrió chirriante, y por un minúsculo hueco de la pared, abierto en la mampostería de su celda, arrojaron una sucia escudilla de barro que, al impactar contra el suelo, derramó parte de su contenido.

Marthia adolecía de los refinamientos propios de una señorita, gracias a su dilatada vida castrense, de modo que llenarse el buche con aquellas gachas de tendones y sopa sucia no le iba hacer perder el apetito.

Sin miramientos, tomó una agujereada cuchara de madera y comenzó a sorber el contenido del balde. Las cadenas de sus muñecas y sus tobillos dificultaban la simple tarea de llevarse el alimento a la boca, pero con un poco de práctica vació en escasos minutos el recipiente.

Satisfecha, tiró a un lado la escudilla y se recostó contra la fría piedra a su espalda. El eco de la vajilla al golpear el suelo se apagó y fue sustituido por un extraño sonido que atrajo bruscamente su atención.

Parecía proceder de una celda contigua, sonaba como si arañaran con las uñas la pared, o trataran de grabar el cómputo de los días transcurridos en cautiverio sobre la piedra viva.

Marthia aguzó el oído. No tardó en estar segura de que aquel sonido no provenía del exterior sino del interior de su celda. Aquello la hizo retroceder sobre sus cadenas como si le reportaran una vaga seguridad.

El frío ocupó la estancia, cosa que no era extraña, pues estaba en un calabozo. Pero aquel frío le resultaba familiar.

El sonido de los arañazos se hizo más intenso, ahora ya no le parecía roca. Le recordaba a lejanos campos de batalla, cuando hendía su espada en la carne y esta se atoraba entre las costillas del enemigo, de modo que, al retirarla con brusquedad, el roce del acero contra el hueso emitía un nauseabundo gemido.

Lentamente, se dispuso de rodillas y avanzó con tiento hacia el extremo opuesto de su celda; esta no era precisamente amplia, de manera que estuvo

allí en cuestión de tres pasos.

Se detuvo en seco con el aliento contenido y el corazón acelerado.

Hay veces en la vida en las que prefieres estar equivocado y esta era una de ellas. Marthia reconoció la amarillenta tibia de un ser humano y el sonido inequívoco de los afilados dientes que se afanaban en roerla.

Un tibio hálito de luz se filtró desde la claraboya del techo y alumbró parcialmente a la alimaña con la que compartía celda.

—¿Tú? —Marthia retrocedió un par de pasos y golpeó con la espalda la piedra a la que estaba encadenada—. ¿Qué demonios haces tú aquí?

—Acompañar al necesitado, claro está —aquella afirmación sonó burlesca.

—Permíteme que lo dude —la reprendió Marthia.

—Me ofendes.

—Quizá es lo que pretendía.

—Me ofendes nuevamente.

—Me alegro... Te lo repito, ¿qué haces aquí? —le habría gustado saber también cómo había entrado, pero decidió limitar las preguntas a algo más básico. La niña se incorporó y dejó de roer distraídamente el hueso humano. Despreciativa, lo arrojó al suelo y se aproximó a Marthia.

—Sabes que vas a morir... ¿verdad? —dijo de pronto Reflejo.

—Se me ha pasado por la cabeza, sí —la niña sonrió hermosamente por la comisura cuyo rostro era el de una tierna criatura, y por el otro lado, en espejo, una mueca macabra devolvió la sonrisa, toda carne pútrida y jirones.

—Pues ahí tienes tu respuesta.

—¿Estás aquí porque voy a morir?

—En efecto.

—Disculpa, pero no lo entiendo.

—Ni falta que hace, mujer —“mujer”, en labios de aquel ser, cobraba un significado inquietante.

—Si te dijera que me importan un rábano tus motivaciones, supongo que no valdría de nada, ¿verdad? —Reflejo sonrió—. Deduzco que igualmente me soltarías la plástica sin yo desearla. De manera que... —Marthia se recostó en la pared y, deslizándose por la misma, se sentó en el suelo— al menos te escucharé sentada.

—Es costumbre entre los míos visitar al necesitado en sus últimas horas —comenzó Reflejo.

—¡Qué caritativo! —respondió irónica Marthia—. Déjame que te ayude... disfrutáis atormentando al personal.

—Nos alimentamos de la desesperación de aquellos que van a dar el salto.

—Interesante... ¿El salto? —Marthia rio.

—Y es un alimento enriquecido, hoy por hoy. Pues los tuyos saben que es un salto al vacío. Y no hay nada que desespere más a los de tu raza que la incertidumbre, el vacío y el final. Por mucho que lo nieguen, se engañen, o llenen sus vidas de experiencias vitales... saben que al final del camino... nada hay.

—Tu punto de vista sería útil con otra persona, niña. Pero yo he sido soldado toda mi vida. La posibilidad de no ver un nuevo amanecer no me espanta, vivo con ello. Cuando tu vida es matar o morir... ese *salto* comienza a relativizarse. De manera que, muy temprano, obtienes una claridad mental que te da la respuesta a tu problema.

—¿Que es?

—Sencillamente asumes que ya estás muerto. Y decides cómo quieres morir mejor: ¿Cordero? ¿O león?

Reflejo la observaba no sin cierto grado de asombro. Marthia continuó.

—De modo que ahórrate tu monserga sobre desesperación y otras chorradas conmigo. No te servirá.

—Veo que elegiste ser león —Marthia asintió. Reflejo se deslizó hacia la puerta del calabozo haciendo amago de retirarse.

—¡Espera! —la detuvo Marthia, y Reflejo se volvió— Ya que voy a morir, ¿no te costaría demasiado explicarme qué narices hacéis aquí tú y los tuyos?

Reflejo sonrió, y su pútrido globo ocular se clavó sobre la caudilla.

—¿Por “aquí” nos referimos a la Escala, o al mundo en general?

—El mundo es demasiado grande para mi entendimiento. Limitémonos a la Escala, ¿quieres?

Reflejo se relamió como si estuviera a punto de paladear una tarta de arándanos. Sabía que no podía alcanzar el corazón de Marthia con el temor a

la muerte, pero la desesperación también alcanzaba a los Perantaraan por otros derroteros

—El odio.

—¿Eso? ¿Algo tan vulgar y abyecto os ha traído a la Escala? Pues sí que sois idiotas. Ni que los tuyos tuvieran el monopolio sobre el odio.

Reflejo apareció como un rayo ante los ojos de Marthia, y le aferró las mejillas con una mano negra que emitía olor a muerte.

—A la Escala nos trajo el odio a lo femenino, Marthia. En otros lugares, otros motivos. Pero tú has preguntado por la Escala —Marthia no podía articular palabra con aquella zarpa aferrándole, de modo que se limitó a escuchar—. Odiamos a la mujer con todas nuestras fuerzas. La despreciamos, nos es más odiada que cualquier otra de sus criaturas. Y en la Escala hemos alcanzado el clímax de su destrucción.

—¿Pog qué ojdiáis a la mujer? ¿Qué clímax, si juguimos aquí? —el cepo de sus dedos se estrechó con más fuerza.

—La odiamos... porque representa todo aquello que nosotros no podemos ser: pureza, virtud, inocencia, limpieza... pero por encima de todo la odiamos por ser madre.

—¿Quég?

—Odiamos a las que traen la vida al mundo y prolongan las ramas del árbol de los Perantaraan.

Marthia no entendía prácticamente nada, pero percibía el profundo odio que anidaba en el corazón de Reflejo, visible en el fulgor de sus ojos, pues, una vez comenzaba a brotar por entre sus labios, rebosaba imparable.

—Solo Él podía dar la vida... ¡Y el muy necio depositó ese mismo poder en algo tan estúpido y frágil como una mujer! Intentó hacernos comprender su punto de vista... pero nos negamos. ¡Y juramos destruir todo rastro de la mujer en el mundo! Y en la Escala... lo conseguimos.

Reflejo soltó bruscamente a Marthia y ella se acarició las mejillas, mientras removía la mandíbula intentando reajustarse la misma.

—Entiendo... —comenzó—. Entiendo que nos odiáis a muerte... eso te lo concedo. ¿Pero destruirnos? Seguimos aquí, por si no te has dado cuenta, imbécil.

Reflejo rio, y la prisión de piedra retumbó con ella. A Marthia no le

gustaba nada el cariz que estaba tomando aquella conversación.

—Y así demuestras que la destrucción de la hembra es aún más completa, pues la habéis aceptado y asimilado como vuestra. He ahí la maravilla y la sutileza de vuestra propia aniquilación.

—¿De qué demonios hablas? —Reflejo se relamió.

—Hablo de cómo introdujimos en vuestros corazones la necesidad de semejaros más y más a los hombres. Vuestros corazones anhelaban ser como ellos, correr como ellos, saltar como ellos, trabajar como ellos, fornicar como ellos. Y en vuestra persecución de una falsa equiparación con el hombre os perdisteis por el camino y dejasteis de ser mujeres. Conseguimos que vosotras mismas exigierais vuestro exterminio llamándolo derechos.

—No te creo —repuso Marthia, confusa.

—No lo necesito. ¿Ves? La semilla de la desesperanza ha arraigado en ti también, caudilla. Te estás preguntando: ¿tendrá razón esta zorra?, ¿habrá sido toda mi vida un engaño? Puedes aceptar impertérrita la muerte, Marthia, pero no eres capaz de asimilar una vida de mentira.

—¡Calla! —estalló ella. Pero Reflejo no le hizo el menor caso y continuó.

—No hay mujeres en la Escala. ¡Ni una de ellas! Sois un desierto yermo de esterilidad autoinfligida, renunciasteis a su don por propia voluntad, y, una vez más, el muy necio no hizo nada. Pronto comenzasteis a dedicar más tiempo a pareceros al hombre que a disfrutar y agradecer las diferencias que os hacían mujeres. Os vestisteis como hombres, os liberasteis de vuestras supuestas ataduras y comenzasteis a fornicar indiscriminadamente con hombres y mujeres, buscando tan solo vuestro propio beneficio. Perseguisteis una vida sin ataduras, sin familia, sin hijos. Y para cuando os quisisteis dar cuenta... os estabais extinguiendo. Entonces depositasteis vuestra fe en la ciencia. Pero la ciencia no acudió a salvaros y os falló. De manera que finalmente acudisteis a *nosotros*, y puntualmente os suministramos los niños y la vida que necesitabais para perpetuaros. Y con todo y con eso, ciegas, ignorasteis vuestro error. Y olvidasteis que la mujer no es nada sin el hombre y que el hombre es menos sin la mujer.

—¡He dicho que te calles!

—Y así es como termina el relato de vuestra propia aniquilación. Y todo lo que necesitamos fue verter un dulce susurro en vuestros crédulos

oídos, que siempre ansían creer aquello que mejor se amolda a sus deseos.

Marthia se refugió en sí misma, haciéndose una bola de sollozos.

—Ahora, Marthia, duerme, sueña y desespera —Reflejo se retiró alimentada y saciada, y la dejó sola en su confinado sufrimiento.

Esa noche Marthia soñó de nuevo.

Los inaccesibles muros de oscuridad impenetrable se alzaban a su alrededor una vez más. Y después vinieron las llamas, los gritos, los ejércitos de sombras y las espadas curvas.

Ella quería despertar, quería huir. Pero un poder mayor que el suyo la mantuvo en aquel sueño durante toda la noche.

* * *

Se había convocado una asamblea de urgencia en el palacio matriarcal. Las representantes del Gremio, las caudillas del Caldero y las encargadas del Harén se daban cita allí, rodeadas al completo por un ejército de Amazonas. Ningún hombre había sido autorizado a asistir, ni siquiera los Siniestros habían sido llamados.

El revuelo era palpable, la inquietud creciente. Tanto era así, que asuntos de suma importancia, como un juicio por traición, habían sido aplazados.

Rowena, gran matriarca de la Escala, presidía la reunión y contemplaba desde su posición de poder el gallinero en que se había convertido el palacio. Puede que hubieran conseguido un mundo más justo, más sensible, más femenino al desplazar al hombre al ostracismo, pero había cosas que no habían cambiado, se dijo Rowena: hablamos tanto que seguimos sin escuchar.

Sasa y Glima permanecían junto a ella y, a una señal, se adelantaron hacia el tumulto y atrajeron la atención de la audiencia golpeando un gran cetro contra un enorme plato de bronce que colgaba suspendido del techo.

Paulatinamente, sin prisas, el bullicio fue cesando. Parecía que todas y cada una de las mujeres presentes quisieran dejar la última palabra suspendida en el aire. Rowena no pudo evitar preguntarse si su sociedad ideal resultaría no ser tal cosa. Pero rápidamente descartó aquel sentimiento, pues ponía en peligro todos los dogmas establecidos, y aquello no podía permitirse.

Establecido el silencio se iniciaron las exposiciones, y tanto el Gremio

como el resto de representantes presentaron sus preocupaciones.

Si hubieran podido observar por un pequeño agujero un palacio similar, a unos cientos de millas de allí, un palacio rodeado de ríos, cuyos lustrosos muros reflejaban el agua; si hubieran podido escuchar y palpar el ambiente en dicho lugar, quizá se habrían percatado de que, en el fondo, las diferencias que eran motivo de división en la Escala entre hombre y mujer, no eran tal.

Los mismos miedos, los mismos impulsos violentos, las mismas pasiones, la misma capacidad potencial de hacer el bien y obrar el mal.

* * *

La madame del Harén se mostró alterada. No estaba hecha para la guerra, como sus compañeras Amazonas o las caudillas. La madame tan solo regentaba el Harén y se aseguraba de que un flujo constante de hombres, niños, eunucos y otros esclavos del placer fluyeran con regularidad y eficacia, cumpliendo así cualquier deseo o aberración que sus arrendatarias quisieran ejercer sobre ellos.

—¡Disidencia! A eso nos conducen los rumores e historias que recorren nuestra tierra —estalló finalmente Garena, la madame, emperifollada en los lujosos vestidos que consideraba apropiados para dirigir semejante negocio.

—Guardemos la calma —intervino Rowena.

—¿Calma? —preguntó Garena—. Es fácil decirlo rodeada de Amazonas, guardias y acompañantes, consejeras y sirvientas. Pero cuando tienes que regentar un negocio donde a tu alrededor todo son hombres... ¡Hombres! —recalcó la palabra como si hablara de la peste—. Entonces un simple rumor, una idea, puede ser letal. He observado cómo cuchichean a escondidas, se reúnen y urden y traman. Si no lo controlamos pronto, no me cabe duda de que nos encontraremos con una revuelta que costará más sangre.

Rowena se volvió hacia otras dos portavoces: la caudilla Sonya, del Caldero, y la matriarca Razzia, del Gremio.

—¿Cuál es vuestra opinión? ¿Vuestro análisis?

Sonya avanzó al frente, erguida, como guerrera que era. Había sido recientemente ascendida a caudilla suprema, como consecuencia de la caída en desgracia de la anterior propietaria del título.

—Existe peligro —comenzó la musculosa mujer—. Garena no está

exenta de razón. Los rumores se han extendido también entre los Siniestros. La caída del *velo* tiene en estado de ansiedad a todos los machos de la Escala. Se dice que nuevas tierras se han manifestado, y los rumores son que dichas tierras están habitadas y dominadas por el hombre. Nuestras propias tropas no pueden evitar sentir un deseo interior de unir sus fuerzas a los que son sus semejantes.

—Muy cierto —corroboró discretamente Razzia, que en público mostraba un rostro y en privado ansiaba la caída de Rowena para ocupar ella misma su lugar.

—¿Mi valoración? —continuó Sonya—. Podríamos encontrarnos ante una insurrección generalizada. Si los esclavos del Harén se rebelaran, los Siniestros se volvieran contra sus mandos, y yo perteneciera a un grupo rebelde de Nasciturus... aprovecharía el momento para levantarme en armas; tendríamos tumultos en las tres islas simultáneamente.

—¿Podríamos controlar una rebelión de esa envergadura? —preguntó Rowena sin ocultar su preocupación.

—Es improbable —respondió Sonya—. Nuestras Amazonas son las mejores, pero no somos suficientes en número.

Rowena se incorporó como si algo le hubiera pinchado y anduvo nerviosa de un lado a otro.

—¿Y qué podemos hacer para conjurar la amenaza? —preguntó finalmente, sin dirigirse a nadie en particular; esperando sencillamente que la respuesta le lloviera del cielo.

Razzia dio un paso al frente y tomó la palabra descargando la respuesta no en forma de lluvia, sino de granizo.

—La respuesta es sencilla, Rowena. Una purga.

Los presentes volvieron su atención repentinamente hacia Razzia, como si hubiera encendido una hoguera en el centro de la sala.

—¿Disculpa? —preguntó Rowena, asegurándose de que había escuchado bien.

Razzia vio llegado su momento y no se entretuvo en desperdiciarlo.

—Sugiero que purguemos a los hombres. La única manera de evitar que en un futuro no muy lejano unan fuerzas con sus congéneres, ya sea del mundo inferior o de las islas vecinas, es exterminar aquellos sectores de población

que detectemos proclives a la sedición.

—¿Sugieres que acabemos con todos? —intervino Sonya—. Eso interrumpiría por completo nuestro funcionamiento. Sin esclavos, sin soldados, sin amantes... No puedes hablar en serio matriarca.

—Nunca hablo en balde.

—¿Entonces? —intervino Rowena—. ¿Cómo esperas que subsistamos si exterminas nuestro sustento?

—¿Debo entender por tus palabras que dependemos de los hombres para vivir? —inquirió Razzia, y Rowena percibió la trampa en sus palabras. Si aceptaba su argumento exterminarían todo hombre en la Escala, y eso supondría su propia aniquilación, lo quisieran o no. Pero si se mostraba en desacuerdo, entonces sería acusada de traición y sería considerada indigna de ostentar el cargo, pues no podían admitir que necesitaban al hombre.

—En absoluto... matriarca —enhebró con cuidado sus palabras Rowena—. Tan solo digo que no podemos acabar de la noche a la mañana con nuestro modo de vida. Por supuesto que no dependemos de los hombres, pero no podemos eliminarlos de un plumazo. Es mejor...

—Eliminarlos por etapas —terció Glima.

—Precisamente —reafirmó Rowena, agradeciendo la asistencia de su consejera—. La idea de la purga no es incoherente. Pero deberíamos implementarla por tiempos, para dar lugar a una transición equilibrada.

—¿Y por dónde empezar? —añadió Sonya—. Mis Siniestros deberían ser reservados hasta el final, en caso de que pudiéramos necesitarlos contra la amenaza del mundo inferior.

—¿Qué fiabilidad tienen un montón de hombres armados, caudilla? —repuso hiriente Razzia.

—¡Quizá más que un montón de esclavos deseosos de venganza contra el Gremio, como es el polvorín del Harén!

—¿Pretendes terminar con mi negocio? —reapareció Garena.

—¡No he dicho eso! —se defendió Sonya—. Solo digo que mis soldados se atienen a la disciplina, y tus acompañantes se ciñen al látigo.

La discusión subió de tono, y pronto la riña se extendió entre todas las presentes. Alzando la voz, Rowena atajó la algarabía.

—¡Silencio! ¡Silencio!

Tardaron en serenarse los ánimos, pero finalmente volvió la calma.

—Todas estamos de acuerdo en que tener hombres en nuestras fronteras, dada la situación actual, sería como alojar una quinta columna bajo nuestro techo.

Hubo repetidos gritos y gestos de asentimiento ante las sabias palabras de la matriarca.

—Por lo tanto propongo una votación. La purga se realizará por etapas, si no hay objeciones; tan solo queda decidir qué sector será purgado en primer lugar.

—Deberían ser los Nasciturus sin duda —sugirió Sonya.

—Sin la menor duda —sentenció Rowena—. Pero hacer eso supone realizar una campaña militar contra su isla, y debemos pensar ahora en nuestras propias casas. Los Nasciturus pueden esperar aislados en su terruño un merecido exterminio, ahora son débiles y no me parecen una prioridad.

—La cuestión es qué grupo eliminar primero —concluyó Sasa.

—En efecto. Así pues —continuó Rowena—, aquellas que consideren que debemos purgar en primer lugar el Caldero, que se sitúen a la izquierda de la nave central; y aquellas que consideren que debe ser el Harén, que se ubiquen en la derecha.

Una mayoría abrumadora de mujeres se agrupó en el lado derecho de la sala, mientras el rostro de Garena palidecía y se llevaba las manos a los ojos para no ver.

—Está decidido, pues —concluyó Razzia.

—Así es —corroboró Rowena—. ¡Sonya!

La mujer dio un paso al frente.

—Reúne a tus Siniestros y dirígete ahora al Harén. Ya sabes cómo actuar.

—Sí, matriarca.

La caudilla abandonó el palacio a paso marcial.

Garena, madame desde hacía años y años del reconocido negocio que estaba a punto de cerrar, se ausentó cabizbaja, sin despedirse siquiera de las Matriarcas.

—Bien —reanudó Rowena la reunión—. Solventado este aspecto... ¿cuál es la siguiente cuestión que requiere de nuestra atención?

—Mi señora —intervino Sasa—. Hemos sido informadas de que la última remesa de piedras extraídas de nuestras canteras en los Tullidos ha sido enviada. Ha sido una remesa enorme, tal y como se nos solicitó. Y al parecer la compensación será igualmente enorme. Esperamos un importante excedente de niños para los próximos días.

—Excelente —sonrió Rowena—. Eso facilitará nuestra tarea de reconstruir el Harén llegado el momento... ¿alguna cosa más?

—La sala del juicio está preparada para juzgar a la caud... a la rebelde, mi señora —dijo Glima.

—Perfecto. Vayamos —Sasa se aproximó a la matriarca y le susurró en el oído.

—Pero antes, a tus humildes siervas les gustaría tener unas palabras contigo en privado.

Rowena las observó con ojos inquisitivos. Se mordió el labio inquieta y ordenó:

—Se levanta la sesión. Que todas aquellas que deseen asistir al juicio acudan.

El palacio se fue evacuando paulatinamente, hasta que los goznes chirriaron sobre sí mismos y las consejeras quedaron a solas con la gran matriarca.

—Muy bien. Ya estamos a solas. ¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar hasta después del juicio? —preguntó Rowena sin ocultar su molestia.

Glima dio un paso al frente, dubitativa.

—Mi señora. Estáis al corriente de nuestros estudios y nuestras pesquisas, y sabéis que perseguimos tan solo el bienestar de nuestras compañeras y la perpetuación de la mujer como especie dominante.

—Intuyo que, tras estas hermosas palabras retóricas, lanzarás algún tipo de comentario decepcionante que me hará enfurecer. ¿A qué tantos circunloquios, si no? —le respondió Rowena molesta. Glima agachó la cabeza sumisa e intervino Sasa.

—Gran matriarca, mi colega no pretende ofenderos. Nada más lejos de la realidad. Solo pretendemos exponeros nuestros últimos hallazgos.

—¿Y por qué debería ser eso tan malo o inquietante, que venís a mí con secretismo y oscuridad?

Se hizo un silencio espeso que distanciaba más si cabe a la gran matriarca de sus consejeras. Rowena las evaluó detenidamente a ambas, sin entender bien qué sucedía. No obstante, la matriarca no era una inútil, y no era precisamente torpe juzgando y observando detalles que a otros pasan desapercibidos.

—Tenéis miedo —concluyó. No era una pregunta, pero hizo que ambas consejeras se removieran incómodas sobre sus pies—. ¿Después de todo lo que habéis hecho? ¿Qué sucede? ¿Algún niño de dos cabezas os ha mordido el talón?

—No, mi señora —empezó a hablar Glima—. Nuestros estudios con niños, bebés e infantes han ido conforme a lo previsto pero...

—¿Pero qué? —apremió Rowena.

—Los hombres —acudió Sasa en ayuda de Glima—. Nuestros estudios conductuales para variar las tendencias sexuales del hombre y feminizarlo... hemos encontrado algo que...

—No esperábamos —concluyó Glima.

—¡Hablad ya, maldición! —dijo impaciente la gobernante de la Escala.

—Hemos conseguido homosexualizar a los hombres, hemos conseguido feminizarlos, y es en estos últimos donde se ha manifestado una anomalía inesperada.

—¿Acaso no les gustan las sedas y los encajes? —rio Rowena.

—Oyen voces, mi señora —afirmó brevemente Sasa, y Rowena la observó incrédula.

—¿Cómo que oyen voces, consejera?

—No sabemos cómo explicarlo... La única razón lógica que hemos encontrado es... que oyen algo que está fuera de nuestro plano de percepción.

—Os estarán tomando el pelo y metiendo miedo en el cuerpo... mis inocentes amigas —sonrió Rowena, pero ellas negaban—. Simplemente habrán encontrado en esas voces un modo de confundiros. Algo tan sencillo como eso. No creo que sea para preocuparse.

—¡No, Rowena! —el grito de Glima atrapó por sorpresa a la matriarca. Nadie antes le había alzado la voz de aquella manera. Su consejera debía estar realmente aterrada.

—¿Qué sucede?

—Hablamos con... “ellos”... con las voces. Y no eran los sujetos con los que comenzamos a experimentar. Eran otra cosa. Sus rostros se desfiguraban, sus labios caían en muecas espantosas y sus voces se volvían rasposas y ásperas.

—¿Qué os dijeron que tanto os asusta?

—Revelaron cosas que era imposible que supieran, cosas sobre nuestras vidas pasadas, secretos íntimos, e hicieron anuncios sobre el futuro —dijo Sasa.

—Y en ocasiones utilizaban lenguas desconocidas para nosotras y parecían quedarse estáticos, en trance.

Rowena empezó a sentir una punzada de temor, pero optó por aligerar las tribulaciones de sus fieles sirvientas.

—Amigas mías... es obvio que vuestras cobayas saben más de vosotras de lo que podíais imaginar, pero no quiere decir que sean especiales. No olvidemos que siguen siendo hombres. Los hemos desnaturalizado por nuestra propia conveniencia, pero en el fondo son y siempre serán hombres... nada especial.

Dicho esto, Rowena inició su retirada bajando los escalones con rapidez. Sasa la aferró por una manga, y Rowena la fulminó con la mirada ante tamaña afrenta.

—¡Murciélagos! ¡Han anunciado la llegada de los jinetes del murciélago, Rowena!

La gran matriarca se zafó con brusquedad de su mano.

—¡Murciélagos, ratas y colibríes! No sé qué demonios os traéis las dos entre manos. Pero si no dejáis de decir tonterías ordenaré que os encierren. Y es mi última palabra.

Rowena abandonó el salón dejándolas sumidas en el miedo. No tenía tiempo para los terrores nocturnos de sus consejeras, seguramente producidos por la constante inhalación de los vapores malignos que emanaban de su laboratorio.

Tenía una visita que atender.

* * *

La Balanza.

Por tal nombre se conocía el palacio de justicia en la Escala. El lugar donde las Matriarcas impartían equitativas sentencias y hacían cumplir la ley. Un lugar en evidente decadencia, se decían, por el mutismo al que habían sometido a los hombres. Pensaban que ya no era tan imperiosa la necesidad de un sistema judicial, una vez el mayor foco de injusticias había sido relegado a un segundo plano: el hombre.

De tal manera, argumentaban que aquella era la causa de la decadencia de la Balanza, y no más bien la propia corrupción de una ley travestida, que sentaba sus bases en la propia injusticia entre hombres y mujeres.

El esperpéntico edificio erigía sus cimientos más allá del Gremio, en los territorios septentrionales de la isla mayor, alejado de los núcleos urbanos, como si las mujeres de la Escala hubieran perdido el estómago para albergar la justicia en sus hogares y hubieran decidido trasladarla al extrarradio, donde no molestara a sus obtusas conciencias.

Desde su imponente estructura, ahora ya roída por el paso de los años, podía vislumbrarse prácticamente toda la Escala. Una poética manera, pensaron sus creadoras antaño, de decir que nadie escapa a la mirada de la justicia.

El granito componía su fortaleza y núcleo interior. Mármoles blancos, negros y rosados se combinaban en su fachada dándole un esplendoroso acabado, ahora ya deslustrado.

La torre central se elevaba metros y metros amenazando con rasgar las nubes y en lo alto dos brazos horizontales se alejaban del centro, equidistantes. En el extremo de cada brazo se habían construido suspendidas dos salas: los platillos de la Balanza. En una de ellas se llevaban a término las vistas y los juicios. En la torre central se abrían, en toda su longitud, celdas y mazmorras para albergar a los prisioneros, mientras que el otro platillo de la balanza se reservaba para las ejecuciones y la hoguera.

Y así funcionaba la ley en la Escala. Pasabas por un platillo de la Balanza, se dictaba sentencia y, o bien eras libre, o bien consumías tu última noche en una de las mazmorras de la torre aguardando un amanecer que no llegaría.

Los asistentes aquel día abarrotaban el platillo donde se llevaría a cabo el juicio en breves instantes. Hacía siglos que no se juzgaba por traición a ninguna mujer y se percibía el revuelo y la expectación.

Lo que hacía del reciente caso algo más grave, era que la acusada no solo había traicionado a la Escala, sino que además había comenzado a realizar comentarios contrarios a la doctrina hembrista imperante.

Y si bien dejar escapar a dos prisioneros era grave, ir contra corriente lo era más. El orden hallaba su catarsis en el pensamiento único. Si alguien planteaba siquiera la posibilidad de una opción diferente... debía ser acallado.

Por lo tanto, cuando Marthia se adentró en la estancia circular presumía la sentencia de antemano. No la juzgaban por dejar escapar a Torgund y al muchacho, la juzgaban por pensar. Y lo que era peor, por pensar diferente.

Entró en la sala escoltada por una pequeña guardia de Amazonas. No estaba maniatada, contrariamente a lo que se pudiera pensar; las mujeres de la Escala se jactaban de ser así de civilizadas, aunque su ejecución no revistiera semejante beneficio.

No menos de un centenar de hermanas la observaban con atención, mientras se dirigía al centro de la sala, donde todas y cada una de ellas podrían evaluar cada gesto y palabra.

Manténían silencio y esperaban expectantes en sus gradas que Rowena iniciara la vista. Las Matriarcas guardaban con celo el cumplimiento y el protocolo de la ley, al fin y al cabo, su régimen se justificaba a sí mismo por la injusticia que perpetró el hombre contra ellas.

Marthia se ubicó en su lugar y miró desafiante a Rowena; no pensaba darle el gusto de mostrarse compungida, arrepentida y agachar el rostro ante su mirada. A pesar de hallarse confusa y agotada, tras una noche de pesadillas horribles y visiones funestas, haría lo que estuviera en su mano para presentar batalla.

Rowena se incorporó y alzó la voz; la resonancia de la sala no exigía que levantara mucho el tono, y sus palabras llegaron con claridad a todas las presentes. Una claraboya en lo alto de la estancia iluminaba acusadoramente a la prisionera.

—¡A los ojos de Baashamel y con la bendición de la Madre, se abre la sesión! El caso que nos atañe en el día de hoy: la Escala contra la caudilla Marthia. Como voz de la acusación tomará la palabra la matriarca Razzia, que hablará ahora en primer lugar...

—¿Y qué hay de la defensa? —interrumpió Marthia con ironía. Los

ojos de la gran matriarca taladraron a la caudilla y, conteniendo su furia, susurró.

—La acusada asumirá su propia defensa. En la Escala cada cual es responsable de sus actos, es lo justo que ahora se proceda de igual manera.

—Preferiría defenderme con una buena espada, pero mientras no le rompa las narices a una de estas y se la arrebate —señaló a las Amazonas que la custodiaban como perros—, me conformaré con usar las palabras.

—¿Una amenaza? —preguntó Rowena.

—Un comentario —aclaró Marthia.

—Bien. Me tranquiliza. Odiaría tener que añadir algún cargo más a la ya de por sí amplia lista... —se giró hacia la matriarca Razzia—. Tiene la palabra la acusación. Si es tan amable, matriarca, de presentar los cargos...

Razzia se aproximó a la acusada y la rodeó mientras enumeraba los cargos que se presentaban contra ella, con la voz metálica e inmisericorde de quien conoce la sentencia de antemano.

—¡Sedición! —las mujeres presentes golpeaban la grada a cada acusación—. ¡Traición! ¡Colaborar con el enemigo! —Razzia realizó una pausa dramática y añadió—. ¡Heterosexualidad!

El último cargo fue lo único que desequilibró el pie firme de Marthia. ¿Qué clase de acusación era aquella? ¿En qué se basaban? Todas sabían que yacía con mujeres y con hombres indistintamente, como cualquier otro habitante de la Escala.

—¿Cómo se declara la acusada? —preguntó Razzia sacando a Marthia de sus propios pensamientos.

—Culpable —respondió sin dudar, y causando con ello un gran revuelo en la sala.

—¿La acusada se declara culpable? —preguntó Razzia, algo decepcionada porque la privaran del sabroso espectáculo de humillar a una caudilla.

—¿Eres consciente de la gravedad de lo que afirmas? —intervino Rowena, mientras Marthia asentía.

—Por supuesto. Es evidente que la sentencia ya está dictada. ¿Además de quitarme la vida, queréis privarme también de mi tiempo? Lo siento, pero yo decidiré cómo paso mis últimas horas, y desde luego no será contemplando vuestras feas caras arrugadas que parecen coles embarradas.

La parte posterior de su cabeza estalló, mandando señales dolorosas a su cerebro. El regatón de una lanza le había golpeado en el cogote, y Marthia se volvió hacia la amazona que le había sacudido, con tal frialdad en sus ojos que obligó a la guerrera a retroceder con la cabeza gacha.

—Se acepta la protesta —repuso Marthia con ironía, dirigiéndose a Rowena.

—Entierra tu petulancia, Marthia —respondió la gran matriarca—. Las acusaciones que se esgrimen contra ti no son baladíes, y deberías tener en más consideración la vista de hoy. Al fin al cabo... es tu vida de lo que se debate hoy.

—Precisamente por eso, porque es mi vida, me tomo la vista de hoy como lo que es: ¡una farsa y una pantomima! —un sinfín de golpes y abucheos respondieron desde el graderío, traduciendo la animadversión del jurado. Marthia miraba a su alrededor y solo percibía hostilidad y rostros iracundos.

—¡Orden! ¡Orden, mis señoras! —clamaba Rowena—. No permitamos que las baladronadas de esta mujer nos rebajen a situarnos a su nivel.

La calma pareció asentarse de nuevo y el juicio pudo continuar.

—De las tres primeras acusaciones, que forman un conjunto que podríamos juzgar como una unidad —comenzó Razzia—, cabe exponer que esta mujer —señaló con un dedo acusador a Marthia— fomentó la sedición entre sus hombres, el descontento y, con ello, sembró la duda, que no trae sino el peligro y la anarquía. El peligro de una rebelión, de una ruptura de nuestras tradiciones y un desmembramiento de nuestra sociedad. Y para ello solo tuvo que confraternizar con ellos, tratándolos como lo que no son: iguales. —Razzia realizó una estudiada pausa antes de exclamar—: ¡La acusación llama a declarar a los cabos Safiro y Rogto!

Dos Siniestros del antiguo escuadrón de Marthia entraron en la sala. Ella agachó la cabeza asqueada, sin poder mirarles siquiera. Ambos soldados percibieron su repulsa y sintieron un pinchazo en el corazón.

La declaración de ambos hombres fue una absoluta celada. Les obligaron a recrearse en largas explicaciones sobre cómo la caudilla permitía el juego entre sus hombres, debatía con ellos, pedía consejo. Hablaron sobre cómo compartían las cargas y las raciones en campaña, y de cómo dormía como uno de ellos, sin hacer uso de privilegios ni prebendas. Cuando terminaron de declarar fueron expulsados de la sala por cuatro Amazonas tan

musculadas como cualquier Siniestro.

—De la acusación de sedición... —prosiguió Razzia—. ¿Qué veredicto arrojáis?

El griterío no dejaba lugar a dudas.

—¡Culpable! ¡Culpable! —gritaban, mientras Razzia trataba de apaciguar los ánimos soliviantados.

—¡Silencio! —ordenó Rowena, y Razzia continuó.

—Continuaré por el delito de colaboración con el enemigo. Dejaré que el delito de traición lo juzguen sus señorías cuando terminen de escuchar todas las acusaciones, pues si no es traición la suma de todas sus faltas... que Baashamel me abraze las entrañas.

Golpes de confirmación acompañaron sus grandilocuentes palabras.

—La caudilla Marthia colaboró y deliberadamente permitió que dos fugitivos de extrema relevancia se dieran a la fuga, llegando incluso a cruzar el acero con uno de sus Siniestros, en un intento deliberado de cubrir la dicha huida. Para la resolución de esta cuestión llamo a declarar...

Marthia había asumido que Clovis asomaría por la puerta de un momento a otro, sin embargo, se sorprendió por completo cuando una de las jefas de las Amazonas entró en la estancia a petición de Razzia. Era una jugada extraña, pudiendo haber llamado a Clovis y terminar con aquella representación.

No había mucho que escuchar en aquella ocasión. Las preguntas fueron planas y las respuestas más llanas aún. La amazona se ciñó a responder las preguntas de Razzia mecánicamente y relató todo cuanto había visto. Cómo había sido testigo de la lucha entre la caudilla y uno de sus hombres, cómo las Amazonas corrieron tras los fugitivos y cómo, lamentablemente, los perdieron.

—¿Tiene algo que decir la acusada al respecto? —preguntó Rowena.

—Nada en absoluto —repuso Marthia.

—En ese caso...

—Salvo que... —interrumpió a Rowena, cosa que no le sentó nada bien — nuestra aguerrida amazona no ha explicado cómo una partida de Amazonas entrenadas y valerosas, que montaban algunos de nuestros mejores caballos, pudieron perder a un viejo y un muchacho ciego que iban a pie

La gran matriarca apretó los labios, mientras que la amazona

interpelada desviaba la mirada. Un nuevo zurriagazo sacudió la sien de Marthia recordándole su lugar.

—No juzgamos aquí a nuestra fiel compañera —replicó Rowena—, sino a vos, Marthia. De modo que ahorraros las preguntas derivativas y ciñámonos al caso.

Fue hallada culpable del cargo. Obviamente.

Razzia retomó la sesión.

—El último cargo que presentaré, y que os conducirá automáticamente a sentenciar si la acusada es una traidora o no, será la acusación de ¡heterosexualidad!

Aquello sí que causó un vendaval de cuchicheos nerviosos, como si alguien hubiera citado a Ramatag, el hombre hecho de barro con el que las mujeres solían asustar a los niños pequeños cuando se portaban mal. Una superstición antigua, que versaba sobre un hombre que fue creado del barro y que esclavizaba a las mujeres a su voluntad por medio de sus costillas mágicas.

—¿Cómo se declara la acusada? —Razzia clavó de nuevo su huesudo dedo sobre Marthia.

—Diría culpable... —sonrió de medio lado—. Pero me pica la curiosidad. ¡Inocente!

—Explicaos —ordenó Rowena.

—De todos los cargos que se presentan contra mí, este es el más ridículo. Todo el mundo sabe que en la Escala se practica una sana bisexualidad, y que como miembro destacado del ordenamiento he practicado dicha sexualidad sin tapujos. Es por tanto que solicito se retire ese cargo al menos; cargo que por otra parte es indemostrable, pues no podemos valorar el mundo interior de las personas.

Las mujeres reunidas en las gradas debatían entre ellas.

—Silencio... silencio hermanas —pedía Razzia comprensiva. Cuando consiguió la atención de la audiencia prosiguió—. ¿Y si dispusiéramos de un testimonio de primera mano?

—Diría que mientes. Lo cual por cierto... creo que también es delito —respondió Marthia.

—Muy cierto. Veamos entonces quién debe ser juzgada: la caudilla por traición, o esta humilde servidora por mentirosa. —Se giró hacia la puerta de

acceso—. ¡Llamo a declarar al sargento Clovis de los Siniestros!

Los ojos de Marthia se abrieron de par en par, no dando crédito a lo que escuchaba, y de pronto comprendió la jugada traicionera que se desarrollaba delante de sus narices. Razzia se volvió satisfecha hacia ella, pareciendo vibrar y alimentarse con el rostro desencajado de la acusada.

Clovis se aproximó al centro de la sala, y se detuvo entre Razzia y Marthia, permaneciendo firme y seguro como correspondía a su posición. Vestía de armadura completa, el velo retirado para dejar ver su rostro, y el casco bajo el brazo. La ausencia de arma en su cinto llamaría la atención en una estampa tan aguerrida, pero no estaban permitidos los hombres armados en la Escala, a no ser que tuvieran la autorización pertinente. Se daba por supuesto que el binomio macho más arma era igual a violencia, nadie se detuvo a pensar nunca en las palabras seguridad, disuasión u otras más complejas para las mentes unidimensionales que poblaban el mundo tras años de riguroso adoctrinamiento.

Se notaba que Razzia deseaba disfrutar del momento, pero aunque lo prolongara, algún día tenía que empezar, de manera que comenzó, y lo hizo como un terremoto.

—Sargento Clovis. ¿Podría referirnos las repetidas ocasiones en que la acusada se favoreció de su posición para hacer uso de usted, y las palabras traicioneras que vertía en cada uno de esos encuentros?

Clovis dudó un instante, pero sin que diera tiempo a percibir su vacilación comenzó a relatar los escabrosos hechos que se le solicitaban.

—La acusada —comenzó, y Marthia bajó la mirada; ya no era caudilla, ni siquiera comandante y mucho menos se referirían a ella por su nombre—, en efecto, utilizó la coacción de su rango para arrastrarme en al menos tres ocasiones a su lecho.

La Balanza estalló en una marisma de cuchicheos.

—Durante esos encuentros, a los que accedí de mal grado, no cesó de manifestar sus ideas acerca de los beneficios y maravillas que reportaba una sexualidad entre hombre y mujer, y de lo infinitamente superior que resulta la combinación de dos seres distintos que se fusionan en un solo cuerpo.

—¡Blasfemias! —gritó alguna de las Matriarcas presentes.

—¡Traición! —exclamó otra.

Razzia continuó sonsacando detalles al testigo, a cual más morboso y

retorcido. Y urdió su maraña pervirtiendo lo que no debería haber sido visto como lacra. Terminada la exposición de los hechos, Razzia prosiguió donde Clovis lo había dejado.

—Es sabido además que la acusada ha abandonado las prácticas bisexuales propias de nuestra cultura. La acusada se cree de alguna manera superior al resto de los habitantes de la Escala, o bien ha desarrollado un peligroso desprecio por las que son como ella, sus hermanas.

La aparente tranquilidad y civismo de las presentes pendía de un hilo muy fino. Podían pasar del aspecto regio y señorial al linchamiento y el pandillerismo en cuestión de segundos.

—No hace falta que expongamos más hechos —hizo una señal y retiraron a Clovis de la sala de juicios. El sargento pasó junto a Marthia sin volver el rostro siquiera, y Marthia permaneció con la mirada clavada en sus pies que no se movían ni nerviosos, ni inquietos, pues permanecían clavados en las losas con un deje de aceptación.

—¿Cómo se declara la acusada? —preguntó retóricamente Razzia.

Por un momento Marthia levantó la mirada y la clavó sobre la septuagenaria serpiente.

—¿De qué serviría que dijera inocente? Somos culpables, pues el mundo quiere que tal cosa seamos.

Marthia se hundió en sus pensamientos. ¿A aquello habíamos llegado? Querían construir una sociedad perfectamente femenina, igualitaria, paritaria, y por el camino algo se torció, se pervirtió. ¿Sería posible que en las propias palabras de Clovis existiera un trasfondo de verdad? Al fin y al cabo las mejores mentiras son aquellas que contienen una parte de verdad.

¿Sería posible que la misma relación entre hombre y mujer fuera un fiel reflejo del mundo? ¿Era entonces absurdo soñar una sociedad perfecta de mujeres, o una sociedad perfecta de varones? ¿No sería la combinación de ambos polos opuestos lo que daría riqueza, auténtica igualdad y vida a una sociedad?

La respuesta daba igual, y le resultaba indiferente en ese preciso momento, cuando Razzia exponía sus conclusiones finales.

—...las ideas manifestadas por la acusada no solo constituyen traición, sino que además son extremadamente peligrosas. La heterosexualidad ha sido siempre y será el origen de toda violencia entre el hombre y la mujer. La

heterosexualidad y la fidelidad trajeron la violencia, los celos, la frustración de las pasiones insatisfechas. La heterosexualidad nos trajo ese obsoleto amor romántico que llevó a las de nuestro género en retrógrado retroceso hacia nuestra ruina.

Aplausos y vítores acompañaron sus declaraciones, mientras Rowena contemplaba con temor a su rival aprovechándose de un juicio sumario para hacer campaña.

—Fuimos nosotras, las mujeres, las Matriarcas, las que remodelamos el mundo para que fuera como siempre debió de ser: Femenino. Eliminamos toda mención al amor sentimental, que solo nos trajo dolor, y eliminamos cualquier restricción sexual que nos atara a nuestro cuerpo... pues, ¿por qué no deberíamos tener disfrute y control absoluto sobre nuestro cuerpo?

Escuchando las palabras de la matriarca, Marthia no podía evitar pensar que se habían equiparado al cuerpo de los hombres en una precipitada búsqueda de la “igualdad”.

Recordó las dolorosas palabras de Reflejo.

Tal vez dejaron de amar su propia feminidad, dejaron de valorarla como lo que era, con sus gracias y limitaciones, y comenzaron a atacarla, y al atacarla la Escala sufrió y entre otras cosas se esterilizó.

¿Podía ser la mujer el peor enemigo de la mujer?

—Y los años nos han dado la razón. La violencia del hombre ha desaparecido, y la que permanece tan solo la conducimos hacia nuestros intereses militares y defensivos. El sistema sagrado de la Escala funciona, y las mujeres al fin pueden gozar sin restricciones ni remordimientos de su cuerpo. Sin dar cuentas a nadie, sin depender de los varones —añadió despectiva.

Entonces recorrió la estancia, casi observando una por una a todas las Matriarcas del jurado. Después se detuvo ante Marthia y la señaló acusadoramente.

—De ahí que las palabras y hechos antes relatados sean de una especial gravedad. Esta mujer, si es que podemos llamarla así, no solo profana su cuerpo con el uso exclusivo de varones, sino que siembra la duda en el propio sistema.

Y esto es algo que no podían tolerar, se abstuvo de mencionar Razzia.

Las presentes prorrumpieron en un griterío feroz, arrastradas por la

furia que tan ladinamente había pergeñado Razzia, en ese momento henchida de orgullo desmedido.

Aprovechando el impulso que le brindaba la multitud, gritó para hacerse oír.

—¡Así pues, respetables Matriarcas! ¿Cuál es vuestro veredicto?

Y la farsa concluyó como había empezado, entre gritos, mentiras y falsedades consensuadas.

Marthia fue declarada culpable y condenada a morir en un plazo no superior a una semana. Hasta entonces aguardaría su destino enclaustrada en las mazmorras de la Balanza, en el baluarte de la torre principal.

Una vez declarada culpable, y por tanto carente de derechos, su escolta personal de Amazonas la maniató y, sin mayor miramiento, la empujó a golpe de flagelo fuera de la sala.

No habían alcanzado el umbral, cuando la rabia exuberante de las Matriarcas quedó enmudecida por un ominoso estruendo que sacudió todo el juzgado de arriba abajo, hasta los cimientos.

Las Matriarcas quedaron en silencio, contemplando pequeños fragmentos de yeso y polvo que se desprendían de la cúpula sobre sus cabezas.

Nadie se atrevió a aventurar una palabra siquiera. Aguzaban los oídos, y las Amazonas presentes se desentendían de la cautiva disponiendo sus lanzas en prevención.

Incluso Marthia permanecía paralizada, escudriñando el techo abovedado como las demás.

El sonido de la masa de aire siendo batida por unas enormes alas hizo que muchas se encogieran en sus asientos. ¿Qué clase de alas podían provocar tal flameo? ¿Acaso los dragones no eran un mito?, se dijeron muchas; más no lo compartieron en voz alta por temor a quedar como necias.

El aleteo cesó, pero lo que fuera que estaba en el exterior posado sobre la cúpula emitió un terrorífico silbido, agudo como una cuchilla, acompasado como una melodía, que reverberó en la sala, aturdiendo a todas las presentes y obligándoles a taparse los oídos.

Marthia no tuvo el beneficio de taparse los oídos, maniatada como estaba; de manera que, horrorizada, contempló con sus sentidos lo que acababa de escuchar, y sin saber por qué le trajo a la memoria tiempos

mejores, tiempos infantiles en los que corría con sus hermanas y jugaba en las cavernas del sur, a las cuales algunos Nasciturus irredentos se empeñaban en llamar el Corazón de Kilumaras.

De aquellas aventuras recordaba dos cosas: salir impregnada de excrementos de ratas voladoras, y el sonido agudo que estos murciélagos emitían.

Pero aquello no podía ser un murciélago.

El murciélago que emitiera un sonido como el que acababan de escuchar, debía medir lo menos diez metros de envergadura de punta a punta.

Rowena pareció reconocer el sonido, a su vez, y desvió con el rostro lívido la mirada hacia Sasa y Glima. Las palabras y avisos de sus consejeras resonaron de nuevo en su cabeza... *“Han anunciado la llegada de los jinetes del murciélago...”*. Pero aquello no podía ser, se dijo, ¿o tal vez sí?

Unas pisadas pastosas y pesadas, cargadas de humedad, comenzaron a moverse por el exterior desprendiendo más nubes de polvo a su paso, los haces de luz se filtraban por la cortina polvorienta y la sala adoptó un aspecto irreal, como si el tiempo se hubiera detenido.

El indeseado visitante alcanzó la claraboya central de la cúpula, y un enorme hilo de baba cayó desde la misma hasta el suelo, produciendo un asqueroso ruido gelatinoso. Las Amazonas formaron un círculo defensivo al pie de la apertura aguardando lo que fuera que amenazara desde allí.

Entonces una sólida maroma se descolgó desde lo alto.

Las Amazonas dieron un paso atrás, como si de una serpiente mitológica se tratase, y alguien se descolgó deslizándose por la misma hasta llegar al centro de la estancia.

Una decena de afiladas puntas de acero apuntaron al desconocido, que vestía un vistoso turbante y cubría el rostro con la parte del mismo que descansaba sobre sus hombros.

Cuando dejó a la vista su aspecto, las Matriarcas sintieron que su mundo se volcaba irremisiblemente.

No fueron sus llamativos ropajes, su aspecto afeminado, los pendientes de sus orejas y nariz, o los tatuajes escarificados de su rostro, lo que sorprendió a las mujeres de la Escala.

Lo que aterró y sembró la duda en sus corazones era bastante más mundano.

Era un hombre.

MUNDO ANTIGUO

El Khalifa Amr bebía vino dulce en una copa de plata, sumido en la fría contemplación del horizonte. Desde la lustrosa balconada de la sala de guerra, donde aguardaba, se contemplaban perfectamente aquellas tierras lejanas suspendidas en el aire como por encantamiento.

Tres pequeñas islas flotantes se alzaban en el oeste, recortadas entre los haces de ambos soles, unidas por largas maromas de cuerda trenzada, gráciles fragmentos de roca semejantes a un archipiélago volante.

Si observaba en lontananza, justo delante de sus ojos, podía contemplar el orgulloso bastión de afiladas montañas que se elevaba ante él. Una isla tosca, desgarbada, cuyo perímetro tupían poderosas cordilleras que conformaban una formidable fortaleza natural.

Echó un largo trago, paladeó el oleoso néctar, y fijó entonces la vista en el este.

Aquella roca suspendida en el aire atraía la atención por su belleza. Podía resultar tosca, como su abrupta hermana, pero revestía una belleza singular, con aquella imponente masa de agua que vertía al vacío sobre la tierra; con sus ondulantes aguas bailoteando entre los acerados rayos de un sol que no se dejaba ver.

La corriente desembocaba sobre Mundo Antiguo, rompiendo con violencia contra un suelo yermo, que parecía bebérsela con avidez; los ancestros y sabios aseguraban que aquella cascada era el origen mismo de los océanos, aunque ahora se hallaran secos y empobrecidos, sin que esos mismos sabios y ancestros encontraran una mejor explicación para dicho fenómeno que la mano del hombre; pues la desaparición de los mares los llenaba de

desconcierto.

Cuando la cortina brumosa e impenetrable de Kilumaras cayó sobre el mundo, y la vista no alcanzaba a contemplar la tierra, los bravucones habitantes de Mundo Antiguo no osaron traspasar el espeso telón que había sido dispuesto ante sus ojos. De manera que el agua llegaba a las ciudades por pequeños arroyos y charcas, pero todos sospechaban que, más allá del *velo* de sus ojos, una masa importante de agua habitaba.

Las pocas patrullas o exploradores que se aventuraron antaño y nunca volvieron para informar, eran engullidas sin dejar rastro, y el aterrador sonido que volvía de la espesa niebla hacía pensar que monstruos y criaturas de leyenda habían dado cuenta de todos.

Y sin embargo, Amr contemplaba ahora el monstruo del que tanto se había hablado: una masificada corriente de agua que se precipitaba cientos de metros en el vacío, trazando un vertiginoso arco, para golpear la tierra de Mundo Antiguo sin piedad. Como un martillo celestial cuyo rugido recordaba el aliento de un dragón.

—Pronto... muy pronto —susurró el Khalifa hablando para sí mismo.

Fuertes golpes sobre las puertas de entrada hicieron temblar las jambas. Amr giró contrariado sobre sus pies, y las puertas de la sala de guerra se abrieron.

Dos extraños seres se adentraron en la sala con pasos torpes y entrecortados, parecía que trotaran más que caminar. Cuando la luz del tímido sol, filtrada por un manto de oscuridad, arreció en la estancia, el aspecto de los sirvientes quedó en evidencia.

Uno de ellos caminaba encorvado, apenas disimulando su evidente joroba y deformidad. La fealdad de su rostro solo era igualada por el esperpento de sus pies, que no eran pies sino cascos de cabra. Portaba una bandeja con viandas y caminaba con un ligero trote que lo hacía parecer ridículo.

El otro sirviente caminaba erguido y cargaba con un pergamino urgente. Sus colmillos habían crecido hasta sobresalir por fuera de sus labios, y su fino vello corporal era ahora una mata espesa como la de un lobo.

Eran los taxonímicos. Criaturas desnaturalizadas creadas para servir, para trabajar, un peldaño por debajo con respecto a los dhimmi.

Estas bestias antaño fueron humanos que, castigados y como pena, eran

recluidos y utilizados para oscuros experimentos. El resultado: los taxonímicos; inclasificables, ni hombre ni bestia. Enteramente obedientes y enteramente desgraciados.

El sirviente de aspecto cánido alargó el pergamino al Khalifa, y este lo recogió sin prestarle la menor atención, eran menos que bestias y menos que esclavos.

Amr bebió apresurado de su copa y, tirando el pergamino al rostro del taxonímico, gritó reclamando la atención de quien quiera que estuviera apostado fuera de la sala.

—¡Convocad a los Sunnas!

* * *

No pasaron ni diez minutos, cuando se reunían de nuevo en la sala de guerra los señores Sunnas de Mundo Antiguo con el poderoso Khalifa Amr.

Se reunieron en círculo, como la última vez, y comenzaron protocolariamente la sesión con el saludo de rigor:

—¡Baash Bar Kua, Baash Bar Koira! —*Baashamel sea temido, Baashamel sea adorado*, repitieron todos.

Tomó la palabra entonces Taruk, el mayor de los Sunnas.

—¡El Viejo de la Montaña ha llamado, y nosotros hemos acudido! ¿Qué nuevas hay del Mundo Quebrado? Mis hombres y yo ansiamos el momento de probar nuestra valía en esta guerra final.

—Tiempo habrá para eso, sin duda, amigos míos —comenzó Amr—. Me han comunicado que las embajadas que enviamos al Mundo Quebrado han regresado. Los recibiremos en breves instantes, y por eso he reclamado vuestra presencia aquí, pues conforme a las palabras que emitan serán así las decisiones que tomemos.

Una emoción incontrolable recorrió a los presentes, pues no dudaban del resultado de aquella reunión.

Eso era bueno, se dijo Amr, la tensión, la dedicación y devoción que mostraban sus subordinados.

Era aquello lo que había que explotar, ya fuera un soldado raso o un poderoso gobernante; la pasión sin razón era el motor de la sociedad, y Mundo Antiguo no era una excepción al respecto.

Movidos por el sentimentalismo y las palabras bien engarzadas, sin detenerse a cuestionar nunca sus actos. Así era el mundo, y siempre lo sería: millones de personas que se creen libres, pero sin saber “para qué”; se consideran independientes, sin cuestionarse “de qué”; autónomas, sin entender “por qué”, y en lo más profundo de su ser son prisioneros de los sentimientos.

Y las decisiones basadas en los sentimientos son fáciles de manipular y de conducir hacia un fin superior, Leviathanas lo sabía, Amr lo sabía.

—¡Hacedles pasar! —ordenó el Khalifa.

Con paso firme y seguro, orgullosos, así entraron los embajadores. Dos eran los llegados, y ausente permanecía el tercero por el momento. Aquello no gustó al Khalifa, pero optó por concentrarse en lo que tenía a mano y dejar para más adelante aquella falta de decoro.

Llegaron hasta la venerada figura de Amr, plantaron la rodilla en tierra y besaron sus pies.

—¡Levantad, amigos míos! Y decid... ¿qué nuevas hay del Mundo Quebrado? ¿Cómo han recibido a nuestros emisarios los habitantes del Mundo Suspendido?

El primero de ellos, con rostro satisfecho tomó la palabra:

—Mi señor Khalifa, excelsos Sunnas —dijo observando a su alrededor—. Vengo gustoso de mi misión, sabiendo dentro de mi corazón que mi éxito es absoluto y que la recompensa de Baash en la Yanna será copiosa.

—Así es para aquellos que cumplen sus preceptos y siguen sus mandatos —respondió Amr.

—¡Baash Bar Burturak Katum! — exclamaron todos, lo que en la lengua común podría ser algo así como: “Que el reino de Baashamel dirija el mundo”.

Continuó entonces el emisario.

—Volé raudo y alcancé ese islote al este de nuestras tierras, cuyas aguas vierten sobre Mundo Antiguo. Allí se lo conoce como la Cascada, y hacen desde luego honor al nombre, pues populosos y rugientes son los cauces que dan vida al colosal arco que desde nuestra tierra vemos caer como un arcoíris de azul y espuma.

—Ahórranos las sutilezas y recreos verbales —sugirió Alawi, nervioso por escuchar lo antes posible el informe.

Obedientemente, el emisario prosiguió sin prestar atención a Alawi.

—Mi conclusión es que no debemos preocuparnos por la Cascada, mis excelsos señores.

Un revuelo de satisfacción se extendió entre los Sunnas, pero el Khalifa indagó.

—¿Y cómo es eso? —Orgullosa como si hubiera sido obra de su mano, el emisario respondió.

—Porque la Cascada ya ha caído, mis señores —ante el silencio incrédulo de los demás, el mensajero prosiguió—. Me entrevisté con el Gran Druida, o alquimista, un sujeto que se hace llamar Jnum, y desde el mismo momento que entré en sus aposentos y clavé mi mirada en él, y sus ojos encontraron los míos, lo supe.

—¿Qué? —inquirió Taruk.

—El tal Jnum es de los nuestros. Está de nuestra parte. Es extraño, porque no parecía humano; sentí frío en su presencia, y se movía con ese cuerpo suyo como si, en el fondo, vistiera un traje y no fuera su propia piel. Pero lo importante es que tiene el dominio completo de la población y nos abre las puertas. La Cascada es nuestra, señorías... y no ha hecho falta derramar una sola gota de sangre.

Viendo la decepción en el rostro de algunos de los Sunnas añadió.

—Salvo la que deseemos derramar una vez esclavicemos a la población.

—¿Y la dimma? —preguntó Amr.

—Pagaran, sin duda —concluyó el embajador.

—¡Excelente! —exclamó Taruk.

—Además de lo dicho, permitidme añadir que el culto a Baashamel se ha impuesto entre sus gentes desde hace un tiempo a esta parte.

—¡Es un signo del cielo! Los designios de Baash son irrefrenables. ¡Baash Bar Kira Sitaq! —exclamó Alawi.

—Sin duda —corroboró el Khalifa—. Pero no olvidemos que siempre serán dhimmi. Por mucho que se adhieran a la fe verdadera, siempre serán creyentes de segunda clase; no son como nosotros, los puros, y no merecen ser vistos como...

—Personas siquiera —concluyó Taruk.

—En efecto. Por el momento la suerte nos sonrío y satisface nuestros

designios, que son los de Baash. Pero sus vidas serán moneda de cambio en el futuro.

Todos los Sunnas mostraron su acuerdo sin fisuras.

—Ahora ve, venturoso embajador, disfruta del vino y la comida; y que alguien le traiga una pareja de vírgenes para que calienten su lecho y se sometan a todos sus apetitos.

—¡Gracias, mi señor! —el embajador se dobló por la cintura hasta casi tocar el suelo con la frente y se retiró.

Entonces fue el turno del segundo representante.

—¿Qué tienes tú que decir? —preguntó Amr directamente al embajador, sin andarse con rodeos.

—Excelencia, señores. Mi mensaje es más importante si cabe que el de mi compañero, pues durante mi estancia en la tierra que hacen llamar Mil Ríos, hallé al que estaba perdido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alawi tras un largo silencio que nadie osaba quebrar.

—Me entrevisté con Leviathanas en persona.

La incredulidad recorrió la sala y se alzaron puños y gritos aiosos contra el emisario.

—¡Blasfemia! ¡Impuro! ¿Cómo osas? —Alawi era el que se mostraba más iracundo, siempre empeñado en mostrar su pureza y su devoción.

—Tranquilizaos mis leales Sunnas, no es necesario que os apresuréis siempre a demostrar quién de vosotros es el más observante de la ley —los acalló Amr—. Quiero oír lo que tiene que decir. Después decidiré si le arrancamos la piel en el aspa.

—Gracias, venerable y adorado anciano —respondió el mensajero—. Leviathanas predijo que esto pasaría, y por eso os envía una prueba de la veracidad de mis palabras, para que aquellos de entre nosotros que no tienen fe, crean.

—¿Cómo te atreves? —clamó Taruk sacando a media vaina su acero. Pero en cuanto avanzó tres pasos hacia el mensajero, dos cuervos graznaron en lo alto atrayendo la atención de los presentes.

Las negras aves descendieron trazando lentos círculos, para finalmente aterrizar teatralmente a un lado y otro del emisario.

Taruk retrocedió asustado, cuando ante sus ojos una espesa nube de plumas se transformó en dos extraños hombres de vestiduras negras.

Aquellos invitados inesperados no dijeron nada, sus rostros expresaron menos.

—Estos son Huginn y Muninn, los sirvientes de Leviathanas en persona —dijo el emisario realizando las presentaciones.

—Un bonito truco... pero sigue sin demostrar la veracidad de tus palabras —afirmó Amr.

—Así es... por eso, como había previsto Leviathanas, no seré yo quien hable.

Entonces los ojos del emisario se pusieron en blanco, su cabeza se sacudió sin control, y a punto estuvo de caer, de no haber sido sostenido por los dos binaturales que lo acompañaban.

Un fino hilillo de espuma brotó de su boca y, entre los espasmos, mordió voluntariamente su lengua y la escupió sanguinolenta a los pies del Khalifa, que contemplaba asqueado la escena.

Cuando por fin sus hombros se relajaron y las aves de negro lo liberaron, el emisario clavó sus ojos vueltos y opacos hacia los presentes.

Una mueca burlona se dibujó en sus labios sobre su apariencia desfigurada. Paseó entre los aterrados rostros de los Sunnas, y se detuvo ante la lengua amputada, contemplándola displicente.

Con sorna le asestó un puntapié, enviándola a la parte posterior de la sala, donde descansaban los perros del Khalifa, que ansiosos se abalanzaron sobre el succulento bocado.

Y entonces la prueba llegó.

El emisario, Leviathanas, habló sin lengua y vio sin ojos.

—¡Yo soy el que soy! —articularon profundos sus labios, sin una lengua que restallara en su paladar.

El Khalifa no pudo sino sentir un temor primigenio que anidaba en su médula y tomaba el control de todo su ser. Y como él, todos los presentes cayeron en posición genuflexa, en claro acto de sumisión.

—¡El profeta ha venido! —Amr inclinó la cabeza, mientras abría los brazos exponiendo su pecho a la voluntad del profeta, Leviathanas.

El recién llegado sonrió satisfecho, contemplando al orgulloso Khalifa y sus Sunnas sumidos en el terror. «*Como en los viejos tiempos*», se dijo.

—La hora es llegada —habló de nuevo aquella inquietante voz que brotaba de entre el cerco de sus dientes—. La guerra que esperabais está a las puertas.

—¡La guerra final! —exclamó Taruk.

—¡Yihad! —confirmó Alawi.

—¡La Tercera Guerra Sacra que marcará el fin de los tiempos y traerá el reinado de Baashamel! —dijo Amr dichoso.

Leviathanas habló haciendo uso de aquel pellejo de alquiler.

—Me regocijo en vuestro celo, sin duda. Pero aquietad vuestras ansias de sangre por un instante y escuchad lo que tengo que decir.

—Habla, mi señor —el Khalifa ocultó la cabeza entre sus brazos cuando besó el suelo con la frente.

—Mis obedientes siervos. Mi pueblo elegido. No debéis preocuparos por la tierra que llamamos Mil Ríos. Pronto, muy pronto, tendré el control absoluto de ese sucio terruño. Aunque ya domino todas sus instituciones desde las sombras; es el momento de reclamar la posición para la que siempre nacimos. Seremos gobernantes de la tierra y yo seré el *Señor del Mundo*.

—¡Baash Bar Kua! —exclamaron todos.

—¡Prepararemos el camino para el que ha de venir! —exclamó Taruk, y todos se mostraron conformes.

Leviathanas se volvió hacia Taruk.

—Ya ha venido —sentenció—. Nunca se fue. El Mundo Suspendido, el Mundo Quebrado, Mundo Antiguo, son suyos... —durante unos segundos escrutó las miradas sumisas de todos ellos, que pretendían mostrar resolución y petulancia—. Ahora tan solo queda reclamarlas.

El desconcierto quedó grabado en sus rostros. Tan solo el Khalifa, carraspeando nervioso, aventuró algunas palabras entrecortadas.

—Entonces... entonces, ¿debemos esperar su señal? —Leviathanas se volvió.

—Las señales han sido muchas, siervo, y todas desoídas tanto por vosotros como por los estúpidos habitantes del mundo. No, no habrá más señales. El *velo* de este mundo ha caído y es hora de salir al escenario y representar nuestro papel.

—¿Qué debemos hacer?

—Reconstruid el Portal de los Ancestros, el antiguo altar sacrílego; y

en el momento convenido tened prestos vuestros ejércitos. Sabréis lo que tenéis que hacer en el momento que lo veáis.

—¿Y qué hay de la tercera isla?

—Pronto tomaréis esa decisión y sabréis como actuar. Pero una vez solucionéis esas minucias, acantonaos en las inmediaciones del Portal.

Un cuchillo pareció cortar los hilos invisibles que sostenían aquella suerte de homúnculo, en cuanto expresó su última frase. Y mientras el cadáver consumido del embajador caía al suelo y se arrugaba como si envejeciera cien años antes sus ojos, todos exclamaron:

*“Baash Bar Burturak Katum,
Baash Bar Kira Sitaq,
Baash Bar Kua,
Baash Bar Koira,
Kuture Kituré Abaddon”*

Frases que todos conocían y cuya última línea significaba: *“El que es y será, retornará”*. Aunque en la lengua común, *Abaddon* era traducido como el *“destructor”*.

Dos sirvientes taxonímicos entraron a petición del Khalifa en la sala, y limpiaron con presteza los despojos humeantes del mensajero de Mil Ríos, como si no tuviera la menor importancia que un hombre se hubiera consumido tras comunicar su mensaje.

Los reunidos se observaron alarmados unos a otros, sin atreverse en absoluto a ser el primero en abrir la boca. De manera que recayó sobre Amr, como Khalifa, la responsabilidad de sobreponerse raudamente a lo acontecido y avanzar conforme a los planes del profeta.

—¡Atendamos de una vez al último de nuestros emisarios, y pongamos manos a la obra para que los designios del profeta sean prontamente cumplidos! ¡Haced pasar al último mensajero, donde sea que se haya metido!

Las puertas se abrieron y dos soldados se adentraron en la sala, portando una parihuela cubierta por un fino manto de lino.

Los hombres depositaron la rudimentaria camilla en el suelo, a los pies del Khalifa, y se arrodillaron ante él.

—¿Qué significa esto? ¿Dónde está el embajador?

Sumisamente, ambos soldados levantaron la tela que cubría los restos

mortales del embajador.

Los Sunnas retiraron la vista de manera afectada, como si no hubieran visto atrocidad semejante, aunque ellos mismos con sus propias manos habían perpetrado horrores idénticos.

Amr se incorporó de un brinco inusual para su edad, parecía haber rejuvenecido por cómo se movía alrededor del cadáver contemplándolo.

El cuerpo se hallaba desnudo, habían arrancado pendientes y anillos del mismo, y habían maquillado obscenamente al hombre de tal modo que parecía una buscona y no un digno miembro de Mundo Antiguo.

Pero fue la profanación de su virilidad lo que hizo que la sala prorrumpiera en gritos de venganza y llamadas a la yihad.

Los genitales del hombre habían sido amputados burdamente, y su miembro se encontraba embutido entre sus dientes, mientras que sus testículos colgaban ridículamente del cuello a modo de ornamento.

La sangre se había secado sobre el cuerpo; surcos y regueros se extendían por su pecho, hasta llegarle a la llaga mugrienta que se abría bajo su pubis. Los afluentes sanguinolentos se unían allí al torrente principal que había brotado de la herida. Sin embargo, al contemplar la limpieza de sus piernas, que carecían de rastros o costras de sangre, Alawi se aventuró a decir:

—Estaba colgado boca abajo cuando lo trocearon como a un cordero.

Y todos mostraron su estupor, su asco y su repulsa por tales actos barbáricos.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto el Khalifa dirigiéndose a los soldados.

Con la cabeza sumisa, sin atreverse a levantar la mirada, comenzó a hablar uno de ellos:

—Mi excelso amo. El embajador cumplió con su misión al pie de la letra, y es digno de ser encumbrado entre los más santos de nuestra raza. Nuestros espías siguieron de cerca al emisario, tal y como se hizo con el resto, a modo de garantía.

—¿Y?

—Hizo lo que se le ordenó, como los otros. Mostró las siete cabezas momificadas de los reyes de la antigüedad, planteó nuestras reclamaciones y expuso nuestro inmenso poder.

—¿Y no temblaron los corazones de nuestros enemigos, ni claudicó su voluntad ante tal muestra?

—Existe un pequeño impedimento en la Escala ante tales muestras de poder —el hombre carraspeó—. Los informadores nos revelaron que la Escala es gobernada y controlada por mujeres, y que el hombre es tan solo un pequeño reflejo de lo que antaño fue. El hombre es esclavo en la Escala, y se lo recluye en una de sus islas como si fueran ganado. Los más afortunados son utilizados como juguetes de placer o guerreros... de manera que cualquier palabra proferida por varón no es tenida en consideración. Ni creyeron, ni aceptaron las amenazas.

Una vena palpitaba agitada sobre el cuello del Khalifa.

—La mujer... —susurró al principio— la mujer... ¡La veleidosa hembra, la inconstante, artera y ladina fruta! ¿Cómo es posible? ¿Cómo consiente Baash un mundo donde la mujer obra a su antojo y ejerce el poder de semejante manera? ¿Acaso no está escrito que la mujer no está hecha para el gobierno, dada su cambiante naturaleza? ¿Acaso no dejó claro Leviathanas en sus escritos que la mujer existe para someterse al hombre?

Así continuó durante largo rato, haciéndose preguntas y acrecentando el odio acervo que hacia la mujer sentían. Un odio tan antiguo como el mundo en el que vivían. Un odio que el mismo profeta había instigado.

Se volvió hacia los soldados.

—Llevaos el cadáver. Que lo limpien y quemem conforme a nuestros ritos. Y que después esparzan las cenizas en el campo sagrado, junto a nuestros ilustres antepasados.

Los hombres obedecieron con presteza, y desaparecieron cargando con el cuerpo.

—¿Qué hacer ahora? ¿Cómo deberíamos proceder?

—Leviathanas aseguró que sabríamos cual era la voluntad de Baash, qué sabríamos cómo actuar —afirmó Alawi.

—Así es —corroboró el Viejo de la Montaña.

—Es evidente cuál es el deseo de Baash —terció Taruk—. Debemos comenzar por la Escala. No podemos consentir su mera existencia, debemos barrerlos del mapa.

—Estoy de acuerdo —aseguró Alawi—. Pero no podemos descuidar

las palabras del profeta. Hay que cuidarse de tener presto el Portal de los Ancestros para cuando nos sea reclamado.

Debatieron por breve espacio, y fue Amr, como Khalifa quien los salmodió con la decisión final.

—Alawi. Tú te ocuparás de tan sacra tarea. Lleva contigo cuantos hombres necesites, y no te prives de esclavo alguno. Reconstruye el Portal conforme a los deseos del cielo y prepara el acantonamiento que te seguirá en unas semanas. ¡Vamos! ¡Parte ya y no aguardes más!

El Sunna saludó sumiso y abandonó la reunión sin decir palabra.

—En cuanto a ellas... —la palabra femenina se le atragantó—. ¡Taruk! —el implicado dio un paso al frente—. ¡Reúne a todos los kolf y a todos los hombres disponibles!

—¡Así se hará, alabado!

—¡Disponlos al alba! ¡Que purifiquen sus espíritus y ofrezcan libaciones a Baash! ¡Es hora de tomar el cielo!...

Taruk sonrió lateralmente, disfrutando por primera vez desde hacía años con sus obligaciones.

* * *

El Khalifa Amr paseaba de nuevo a solas por la amplia sala, perdido entre sus columnas. Alcanzó la balconada, como cuando aguardaba la llegada de noticias no hacía ni dos horas. Y allí, bebiendo vino aguado y maravillándose ante el ocaso, sintió una punzada en la espalda.

Los soles de Mundo Antiguo brillaban con fuerza a través de la espesa oscuridad nubosa. Pero uno de ellos se filtraba con mayor intensidad entre la capa grisácea. Uno de ellos parecía estar acercándose como un cometa a la tierra. Había adoptado un color rojizo como el de la sangre, y su tamaño se hacía inmenso por momentos a sus ojos, como si lo contemplara por un catalejo y se aproximara más y más hacia la mira.

Sol rojo, amanecer rojo. Tenía que ser una señal de Baash. Su guerra era santa. ¡La Yihad estaba a punto de comenzar!

EL CLARO

Al incorporarse sobre el fuego, en el que permanecía agachada removiendo un guiso improvisado, su rodilla emitió un seco chasquido que fue acompañado de una severa punzada de dolor.

—¡Mierda! —exclamó Tania. No era el dolor lo que la sacaba de sus cabales. Era el tiempo.

Sí. En efecto. Sus articulaciones crujían, su pelo empezaba a mostrar vetas blanquecinas, y alguna que otra señal de madurez se abría paso sobre su antes tersa piel.

El tiempo había pasado.

Al principio, la primera semana desde que partieron Varley y Torgund, llevó el cómputo de los días.

Al mes de su partida comenzó a impacientarse.

Cuando transcurrió un año el desánimo se hizo presente. Y a estas alturas ya ignoraba el tiempo que había transcurrido.

¿Abandonada? ¿Olvidada? ¿Utilizada? Tal vez sí, o tal vez no, se decía. Pero en definitiva le traía sin cuidado. Había encontrado una misión, o un objetivo en la vida, y eso era algo que no muchos podían alegar en su defensa cuando daban el salto más allá del claro.

Dadas las circunstancias, lo había hecho lo mejor que había sabido. Cuidar de Sera hasta que alcanzó los doce años, le había imbuido de un sentido innato de lo que se debe y lo que no se debe hacer en lo que a tutela de niños se refiere.

Pero nadie le había preparado para cuidar de cuatro muchachos. Y mucho menos para lidiar con sus preguntas y sus descubrimientos sin respuesta.

El día que descubrieron que habían nacido bajo la misma estrella, o si se prefiere, bajo el mismo sol rojizo, ese día fue uno de tantos en los que los

rostros interrogantes de los adolescentes se volvían hacia Tania, en búsqueda de respuestas que ella no poseía.

Por lo menos Mejunje era distinto a los otros. Libre, sencillo, con preguntas y preocupaciones propias de su edad. Un oasis de infancia entre tanto niño envejecido prematuramente.

Tania añadió más agua al caldo y avivó las llamas, aventando la hoguera con una enorme hoja, más parecida a una sábana que a una planta.

Todavía se admiraba, a pesar del tiempo pasado, de cómo podían seguir hallando sustento en aquel terruño flotante dejado de la mano de Kilumaras. Pero la cuestión era que seguían disponiendo de agua limpia y animales de los que servirse.

¿Qué demonios hacían allí? ¿A qué narices esperaban? ¿Qué se suponía que tenían que hacer? ¿Permanecer quietos hasta que un buen día el agotamiento y la edad terminara con ellos?

Tan solo los muchachos parecían sobrellevar la espera con calma y mantenían la mente fría. O aparentaban mantenerla templada.

Ocupaban la mayor parte de su tiempo en celebrar ocasiones especiales o inventadas; no importaba en absoluto el objeto de la fiesta, la cuestión era mantenerse ocupados y tener algo que hacer.

Cuando llegaba el día del triple cumpleaños organizaban una gran fiesta y hasta un baile con el boato y la ligereza propios de una corte. Como Mejunje quedaba fuera de aquellos eventos, y por no hacerle de menos, su cumpleaños no era celebrado con menor generosidad.

Por lo demás, cazar, cultivar, aprender todo lo que podían de Tania y de los demás, sobre todo de Ron, que parecía una fuente inagotable de conocimiento, ocupaba el resto de sus jornadas.

Así aprendieron, de manera autodidacta, variados aspectos de la vida. Cada uno compartiendo el campo que dominaba.

Sera aportó todo lo que pudo sobre caza y pesca, Sarmiento aquello que recordaba de agricultura, plantas y estrategia, aspecto este último que aprendió escuchando a su padre y a otros Nasciturus preparar sus revoluciones.

Por su parte, Ron se recreaba en largos monólogos sobre autores, filósofos y literatos de los que los demás no habían oído ni hablar, pero aquello le convirtió en el narrador de historias del grupo y en el moderador de

tan singular grupo de debate.

Siempre disponía de una anécdota histórica, fábula o cuento que resultaba apropiado en la conversación, y los demás empezaron a valorar en lo que valía aquellos conocimientos que alimentaban la mente y no el cuerpo.

En ocasiones dejaban a Mejunje, el pequeño del grupo, con Tania, para que él la asistiera con alguna tarea, o sencillamente lo dejaban entretenido en algún elaborado rompecabezas que hubiera creado Ron para la ocasión.

Era en esos momentos de soledad, alejados de la vigilante mirada de Tania, en los que Sera, Ron y Sarmiento se acercaban al límite del Claro, se sentaban sobre la hierba y dejaban colgar temerariamente las piernas sobre el abismo, como si recordaran su época adolescente, cuando todavía tenían doce años y no veintidós.

De esa manera contemplaban el horizonte, como si trataran de averiguar lo que sucedía más abajo en el Mundo Antiguo, o en las islas vecinas que casi parecían poder tocar.

A veces pasaban así las horas, hasta que Tania les avisaba para comer y ellos se miraban desconcertados, pues no habían sido conscientes del paso del tiempo.

—¿Qu... qu... qué pasó? —preguntaba Sera tartamudeando.

—Lo habéis notado, ¿verdad? —decía Ron.

—Es como si no estuviéramos aquí —sentenciaba Sarmiento—. Bueno... quizá nuestros cuerpos sí, pero sentí mi mente volar lejos de aquí.

Cada día que pasaba percibían que la conexión que sentían entre los tres iba en aumento. Hasta tal extremo llegaba el nexo entre ellos, que ya se adelantaban a las palabras del otro durante las conversaciones, o podían averiguar lo que estaban pensando con solo mirarse.

En ocasiones la situación les resultaba inquietantemente perturbadora, pero optaron por callar para no preocupar a Tania, no revelándole todo cuanto sucedía dentro de sus mentes durante aquellos encuentros a tres.

—Yy... yo... yo me sentí fuera de mi cuerpo —aportó en una ocasión Sera—. Era como si... si... si fuera otra mujer... y me vi ayudando a una anciana desesperada...; no acabo de entender lo que vi. Las imágenes son rápidas y bo... bo... borrosas.

Ron asentía, y a su vez aportaba sus sensaciones, revelando a las dos

únicas personas que podían entenderle lo que había visto en sus viajes, si es que así podía referirse a ellos.

—Yo por mi parte... creo que asistí a unos viajeros en el camino... no sé qué camino... ni siquiera sé si eran viajeros o salteadores. Era confuso. Pero estoy seguro de que lo hice.

—En mi... sueño... —concluyó Sarmiento, que no terminaba de creer lo que veía, pues lo que veía era...—. Me veo a mí mismo. Me veo correr. Pero no soy yo quien mira, o bueno, soy yo, pero no soy yo mismo. Me veo correr desde el lindero de un bosque como si yo fuera otra persona. Y en ese momento desenfundó una espada y dejó de ver a mi “yo” corriendo, para enfrentarme a múltiples enemigos.

Eran hechos como aquellos los que ponían en común en sus repetidas escapadas al borde del abismo, y para los cuales no hallaban explicación.

Ni siquiera podían asegurar que fueran reales, y por tanto consideraron que se trataba de sueños compartidos.

—¿Os dais cuenta de que siempre que “soñamos” ocupamos el mismo espacio y tiempo? Es como si todos entráramos en trance a la vez, y volviéramos en sí al mismo tiempo —sugirió un día Ron.

—¿De...de... deberíamos decírselo a Tania? Quizá sean algo malo estos... presagios —añadió Sera.

—Ni en broma —atajó Sarmiento, que suavizó el tono de voz tras darse cuenta de su brusquedad—. No creo que debamos preocupar a Tania con estas “visiones”...

—¿Y por qué no? —preguntó Ron.

—La gente corriente no suele tomarse muy bien el hecho de que alguien manifieste dones, o peculiaridades que se salen de la norma.

—Quizá te... te... tengas razón —dijo Sera—. Y además me horroriza el hecho de provocar más quebraderos de cabeza a Tania, suficiente tiene ya con su carga.

—Lo que no cabe duda es que estos “sueños” significan algo —sentenció Ron—. Y el hecho de que vengan a nosotros en el mismo momento y en el mismo lugar no hace sino corroborar la teoría.

No hizo falta que Ron añadiera nada más sobre la “teoría”. Todos lo habían percibido desde la primera vez que llegaron al Claro. Tres completos desconocidos con una conexión inexplicable.

—De manera que, hasta que no sepamos con mayor certeza qué está pasando, deberíamos ser discretos a la hora de hablar de todo esto.

Los tres mostraron su acuerdo. Eran un equipo, se sentían como hermanos, funcionaban como uno solo.

Se abrazaron y volvieron sobre sus pasos, para reunirse con Tania y Mejunje. Entonces Ron aferró por el brazo a Sera reteniéndola por un instante.

—Por cierto, Sera... deberías hablar con Tania. Parece que tu tartamudeo va a peor.

Sera agachó la cabeza, desconsolada.

Desde que habían llegado al Claro había empezado a perder el habla, y cada año que pasaba perdía más y más capacidad. La confusión de palabras con la que empezara en los primeros años se había traducido en una marcada dislexia y tartamudeo, haciendo que cuando estaba nerviosa fuera endiabladamente difícil entenderla.

Viendo el dolor reflejado en sus ojos, y sintiéndolo de alguna manera que no podía explicar, Ron abrazó con su único brazo a Sera y la besó en la frente.

—Vamos —añadió con suavidad. Y se reunieron con los demás para compartir una de las recetas secretas de Tania.

* * *

Sarmiento siempre había sido más cerrado y hosco que los demás, cosa que, sin embargo, le perdonaban con liberalidad, pues no tomaban en serio sus exabruptos.

Por eso no sorprendía a nadie cuando se ausentaba y daba largos paseos por el Claro, recorriendo su perímetro a pie y contemplando el vacío, como el suicida que se debate entre si debería dar el paso definitivo o no.

Cada cual tenía sus peculiaridades.

Pero Sarmiento sabía que esto no era una peculiaridad que tuviera que ver con ser más listo, más rápido o tener algún tipo de manía.

Sabía que en su peculiaridad estaba su maldición.

Cuando llegó al Claro, por primera vez en meses se había sentido en paz, completo. Y creyó que así sería para siempre en aquel lugar.

Pero, poco a poco, volvió a saborear la amargura y a entristecerse por su ceguera, a preguntarse ¿cómo? y ¿por qué? Y dejó de pensar en las cosas que sí que podía hacer, para obsesionarse con las cosas que no podía hacer.

Y sin encontrar respuestas, porque no las había, o no las quería, se sumió en una profunda melancolía que le llevaba a dar largos paseos en solitario.

Al principio sus compañeros temían que se despeñara, al pasear imprudentemente de aquella manera sin compañía; pero pronto entendieron que su aparente ceguera visual se compensaba con aquel sentido especial que le evitaba cualquier peligro, y del cual había hecho alarde en no pocas ocasiones.

Aquel sexto sentido había sido Piro para él. Su padre. Aunque desde que la presencia desapareció, había encontrado esa paz inesperada que no creía posible un mes antes.

Apartado en aquel lugar ajeno a los mapas, al espacio y al tiempo, Sarmiento creía haber dado esquinazo a la inquietante figura de su padre. No podía negar que había resultado de la mayor utilidad y que le había asistido en todo momento diligentemente. Pero Sarmiento no podía dejar de pensar que había algo malo en que los muertos no descansaran para venir a ayudar a los vivos. Eran los vivos los que tenían que ayudar a los muertos en su camino hacia el descanso eterno.

Algo no encajaba, por mucho que se beneficiara de ello.

Pero con el paso de los meses y los años, ese sentimiento comenzó a desaparecer; esa sensación de lo correcto y lo incorrecto se difuminaba, y la amargura empezó a brotar de nuevo, corroyéndole por dentro y apuñalando la paz interior que creía haber encontrado.

Y la sensación solo se agudizaba con el paso de los días. Una premonición.

Por eso no le causó sorpresa el día que se presentó de nuevo, como el adicto que lo ha dejado, pero recibe una nueva dosis que le hace recordar en un instante todo lo que había sido.

Su padre había estado ausente muchos años, y un buen día, cuando alzaba orgulloso la edad de dieciocho años por encima del suelo, Piro reapareció.

Así, sin más, se presentó en el Claro. Y desde aquel día Sarmiento fue

volviéndose más triste y ausente a cada momento, dejando atrás toda paz.

Hasta llegar a los veintidós años presentes, en los cuales sus extravagantes comportamientos ya no llamaban la atención de los otros, pues se habían aclimatado.

* * *

En uno de estos largos paseos en los que Piro se hizo presente, padre e hijo no hablaron. Sencillamente se observaron.

Sarmiento se preguntaba por qué cuando era un adolescente había desaparecido Piro durante seis largos años, y reaparecido ahora, en aquel preciso instante, para atormentarle hasta el presente.

Entonces, reflexionando sobre ello, alcanzó la respuesta; y por el simple hecho de pensarla supo que era verdadera, al verla reflejada en los ojos de Piro.

En el Claro, de alguna manera, y por alguna razón, había dado esquinazo a su padre. Como si aquel lugar fuera tierra sagrada, o un terreno protegido donde sus poderes e influencias no tuvieran cabida.

Pero todo tenía un límite, y cuando el *velo* cayó su padre pasó el tiempo vagando en su búsqueda por diversos lugares, hasta que *le fue concedida* la posibilidad de llegar incluso hasta el Claro.

Y allí estaban los dos, volviendo a encontrarse un día tras otro desde hacía cuatro años.

Ninguno decía nada y tan solo se observaban, como si calcularan.

Hasta que un buen día, de improviso, la presencia de su padre habló de nuevo. Y no sería esta la última vez que hablaran, aunque sí la primera en que utilizó sus labios como si articulara palabras.

La impresión que sufrió Sarmiento no fue inferior al frío que percibía; y no sabría explicar por qué, pero verle mover los labios se le antojaba obsceno, como si aquel individuo no fuera su padre y estuviera violando su ser.

—Te veo bien—dijo Piro.

Sarmiento dudó por un instante recelando de tan afables palabras.

—Gracias, supongo—la sonrisa de Piro no resultó precisamente afable

—. ¿Puedo preguntar por qué has vuelto? Estuvimos años sin volver a vernos, pensé que habías encontrado al fin el descanso junto a nuestros ancestros. Y en los últimos tiempos vuelves, no me hablas y, repentinamente, hoy decides comunicarte, y además, por primera vez, utilizando tus labios.

—Me llevó algo de tiempo dar de nuevo contigo. ¿Me echaste de menos?

Sarmiento recordó la paz que lo embargó cuando la opresiva presencia de su padre se había ausentado. La respuesta obvia habría sido negativa, pero tampoco podía decir que lo había echado de menos, pues recelaba de que aquello motivara aún más a Pir... a aquel ser.

La silenciosa respuesta fue interpretada por Piro sin mayor dificultad, como si sospechara lo que se albergaba en la cabeza de su hijo. No obstante, sin otorgarle la menor importancia, pasó por encima del asunto sin mayor transcendencia.

—Pero finalmente te hallé —continuó—. ¿Acaso no he velado por ti todo este tiempo? —Sarmiento asintió a su pesar. En el Claro había empezado a comprender que su padre ocultaba algo, algo oscuro. ¿Sería quizá muy tarde para desprenderse de él?

—Sí. Así ha sido. No puedo negarlo —reconoció.

—¿Y acaso no merezco algo de gratitud por ello?

—Puede que sí —rezongo Sarmiento.

—¿Puede? ¿Cómo crees que puedes ver, si tus ojos son dos pasas atróficas? ¿Cómo se entiende que poseas los reflejos y la percepción de la que disfrutas, si no es por un don?

—¿Te lo debo a ti?

—¿A quién si no? —Sarmiento lo miro sin ojos, tratando de percibir cualquier signo sospechoso.

—¿Y es un don? —preguntó al fin.

Piro cerró repentinamente la boca, sorprendido por la rapidez del muchacho, e interrumpiendo la frase que afloraba en sus labios. Guardó silencio un largo y frío instante y preguntó a su vez.

—¿Qué si no?

—Lo contrario tal vez... ¿Una maldición? —el espectro de su padre pareció ensancharse hasta aumentar de tamaño. Sarmiento no recordaba que

Piro gozara de espaldas tan generosas y dio un paso atrás amedrentado. Visto así podía igualar en tamaño al mismísimo tío Torgund.

El chico decidió distraer la atención de su padre por otros derroteros, y aquello hizo que su imponente figura se desinflara tan rápidamente como había crecido.

—Dime... ¿Cómo es que ahora hablas? Que hablas normal, quiero decir, no en mi cabeza.

Piro se detuvo un momento antes de responder.

—Porque ya está cerca y eso me da poder.

—¿El qué?

—Aquello por lo que he venido.

—Odio preguntar lo obvio y proseguir con esta conversación de toma y daca, pero ¿a qué has venido? —de nuevo Piro ensanchó sus labios.

—He venido por ti.

Sarmiento calló por un instante, asustado, percibiendo cómo un frío helador penetraba el tuétano de sus huesos.

Rehaciéndose en cierta medida se atrevió a preguntar una vez más.

—Has venido a por mí... ¿y eso te da poder?

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

—¿Y quién te da ese poder?

—Tú me lo diste.

Sarmiento abrió los ojos desmesuradamente, como si por hacer tal cosa fuera a recuperar la vista.

—¿De qué narices estás hablando? —exigió saber, perdiendo la paciencia.

—Hablo de que a no mucho tardar —la voz de Piro se fue modulando a cada sílaba que pronunciaba—. *Tú serás yo* —la voz de Piro cambió por completo, y Sarmiento reconoció su propia voz saliendo de entre los labios de su padre—, *y yo seré tú*.

Asustado el muchacho trastabilló con una piedra y rodó por el suelo, magullándose las piernas y las manos. La imagen etérea de su padre flotaba un palmo por encima del suelo, inclinada sobre él.

Aunque fuera absurdo, por segunda vez el muchacho se percató de un detalle siniestro. Postrado en la tierra como estaba, dispuso de un momento para observar las piernas de su padre flotando sobre la hierba, y Sarmiento supo con certeza que no había piernas allí, intangibles, informes, indefinidas, tan solo una bruma en constante movimiento que no era capaz de adoptar una forma concreta.

—Todo este tiempo... —balbuceó Sarmiento— eras mi padre, o lo que queda de él. Confié en ti, te seguí, te obedecí, compartí contigo mis más privados pensamientos.

El rostro de su padre adoptó una mueca burlesca, su cara se aproximó a la de su hijo, y Sarmiento apreció atribulado los colmillos que parecían haber aumentado de tamaño en su mandíbula.

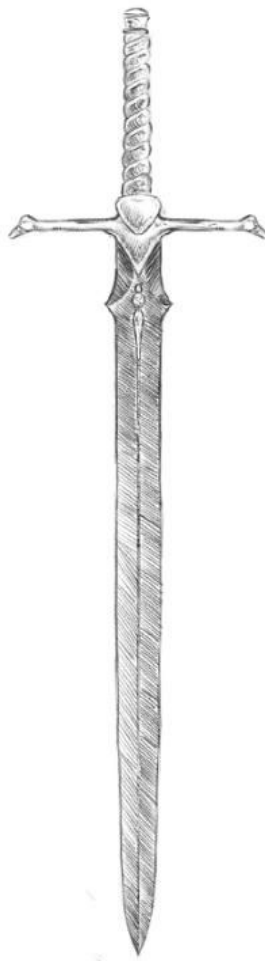
Entonces una bocanada de aire embargó sus sentidos con el insoportable hedor de los huevos podridos, y Piro añadió.

—¿Quién ha dicho que yo fuera tu padre?



LIBRO CUARTO

La Voz



“La Confusión, al parecer, es el arma primaria del mal”.

EXORDIO

N*ingún profeta es bienvenido en su propia tierra».*
Fue una de las últimas piezas de sabiduría que nos dedicó Lothan de Orz, antes de ascender. Y la razón le acompañaba hasta en la última de sus palabras. Pues hoy su aprendiz y nuevo Criptor de Mil Ríos se ve en la tesitura de afrontar una cruel paradoja. La realidad impera y me encuentro escribiendo una historia que nadie se atreve a escribir, una historia que nadie quiere leer y una historia que no se quiere ver concluida.

El maestro solía decir qué si estos pasajes hubieran sido destinados a narrar las aventuras de algún púgil afamado, o a relatar los incestuosos encuentros de algún adinerado y reconocido miembro de la sociedad, tal vez entonces habrían sido leídos con más atención y detenimiento. Pero nos encontramos ante la circunstancia de que el hombre no desea leer estas historias porque narran su propia historia, y así el hombre escoge el suicidio voluntario por medio de la ignorancia atesorada.

Las fuerzas en juego son muy superiores a mis propias y humildes fuerzas, eso lo supe desde un principio. Tan

solo trataré de finalizar, en la medida de lo posible, estos relatos de la historia, previos al Desmembramiento del Mundo, para que alguien pueda leerlos en el futuro y saber lo que con sangre y esperanza se logró.

Cualquier error en los mismos es culpa mía y de nadie más, los saltos lógicos que puedan producirse en la narración han sido debidos a mi incapacidad para reconstruir los pasajes concretos, o a mi falta de sagacidad para desenlazar acontecimientos. Espero que el maestro lo comprenda.

Hace mucho frío en esta habitación... tengo que recordar hacerme con un brasero.

Como tantas otras cosas, no es la misericordia ajena a la corrupción del mundo. Y de esta manera amor y perdón se vieron confundidos, hasta resultar irreconocibles.

Los Mork fueron devueltos al mundo y al abrazo del padre; una nueva oportunidad de comenzar y ascender hasta el lugar que había sido previsto para ellos desde antes de la creación del tiempo.

De manera que, durante varias generaciones de Perantaraan, los Mork florecieron y prosperaron dando a luz obras aparentemente hermosas y creaciones de manifiesta utilidad.

Pero los Heldere no se engañaban ante esta aparente buena disposición de sus hermanos, y se mantenían vigilantes transmitiendo su inquietud.

Así fue que, a petición del padre de todos, bajaron hasta los Perantaraan, y convivieron por un tiempo entre ellos. Aconsejándoles sabiamente, asistiéndoles y mostrándoles la voluntad de Kilumaras.

Pero aunque hubieran provenido dichas perlas de sabiduría de las dulces palabras de Mystal, los grises eran poseedores de una gracia única concedida por el padre de todos: la libertad.

Y es este un don muy preciado y mal definido, que lleva a los Perantaraan a realizar sus mayores hazañas y a cometer sus más nefastos errores.

De tal modo que pronto se apercibieron los grises de que les había sido concedida la capacidad de discrepar de los designios de Kilumaras, incluso de derivar en sentido absolutamente opuesto.

Ni Mork, ni Heldere comprendieron jamás tal decisión. Y no les fue concedida respuesta lógica alguna a sus reiteradas peticiones, ni discernimiento para iluminar su significado.

A ojos de Kilumaras su mayor creación y su más perfecta criatura fueron los grises, pero sabía que no serían absolutamente perfectos si los constreñía para que actuaran como se esperaba de ellos.

La perfección de los Perantaraan radicaba en su imperfección y su inherente capacidad para tomar decisiones.

Y el amor del que gozaba Kilumaras sobremanera era aquel que le era libremente entregado.

Así pues, decidió que la perfección del hombre residiría en el amor desinteresado.

Por tanto, los grises recibieron el don del libre albedrío, y Kilumaras estableció con ellos una alianza única por la que jamás intervendría en asuntos de los hombres, salvo llegada la mayor necesidad.

Y tal alianza, que a ojos de los Mork fue vista como egoísta, resultó ser el mayor gesto de amor de “Aquel que Trae la Luz” por su propia obra.

Por su parte, ocultos en las sombras, los Mork no perdieron nunca ocasión de hacer que el libre albedrío del hombre lo arrastrara lejos de la luz.

Sabiendo esto, vieron los Heldere que el hombre vivía su breve existencia en una balanza de difícil equilibrio, y por ello tomaron en sus manos la tutela de los grises, tratando de contrapesar la influencia de sus opuestos.

Pero al igual que su vida, la memoria y la voluntad del hombre es también fugaz. De manera que virtuosamente, atesoraban consejos que después se apresuraban a desoír.

Y por el orgullo vino la ignorancia, y por la ignorancia la caída.

Así habló Mystal, la de bellas palabras, a los hijos de los

Perantaraan:

«Guardaos, pues, de los Mork y sus regalos, pues no desean otra cosa más que fuerais como ellos».

Algunos de los grises interpretando las palabras de los Heldere se dijeron:

«Entonces seríamos fuertes y sabios».

Más ella los reprendió, corrigiéndoles con ternura:

«No. Tan solo quieren que todo lo creado carezca de luz, tal y como ellos adolecen de la misma».

Pero la duda germinaba en sus corazones, y desoían tales consejos, creyendo que podrían lidiar en ambas corrientes para adquirir el máximo beneficio.

Mas hay corrientes que llevan a puerto, y corrientes que hacen naufragar; y el orgullo de los grises no les permitía apreciar el rumbo que tomaba el frágil esquife de sus vidas.

Algunos de los Perantaraan se reunían y declaraban convencidos:

«No creemos en el mal, ni creemos en los malignos. No son más que cuentos de los Heldere para mantenernos bajo control y no permitirnos explotar todo nuestro potencial».

Y esto decían mientras Sarkôn, desde las sombras, reía. Pues él y los suyos vertían tales ideas en tan predispuestos oídos, siempre que tenían oportunidad.

Fue Dyrene quien, de manera tajante, respondió a los hombres ante aquellas afirmaciones, diciendo:

«¿Qué es entonces lo que afirmáis?»

«¡Que no creemos en el mal!» —afirmaron ellos, sin ocultar su desafío.

«Pues sabed que él si cree en vosotros».

Y con “él” quiso decir Dyrene el mal y todas sus obras y todas sus criaturas.

Sucedió entonces que los grises cerraron su corazón, y no quisieron comprender aquello que se les decía y que estaba ante sus propios ojos.

De tal manera, tan maravillosos dones tuvieron consecuencias nefastas, tanto por el uso como el desuso que el hombre hizo de los mismos.

Y llegó el día en que los Perantaraan, habiendo alcanzado maestría en las artes y las ciencias, cargados de conocimientos, pero vacíos de razón y carcomidos en sus corazones por la polilla del orgullo desmedido, se presentaron petulantes ante el trono de Kilumaras.

Como padre solícito, recibió a sus hijos atribulado por la rebeldía que manifestaban y entristecido por su falta de piedad.

Pero, pensativo, atendió sus súplicas y escuchó atento sus reclamaciones. Y percibió el padre la mano de los Mork en los actos de sus hijos, y escuchó en labios de sus preciadas criaturas las palabras de Sarkôn y sus hermanos.

Mas nada podía hacer por ellos más que enseñarles la luz.

Y libres eran sus hijos de repudiarla cerrando los ojos o alejándose de ella.

Durante semanas se prolongaron las conversaciones, en las que Kilumaras no pudo sino sufrir a cada petición, que no eran ruego, sino puñalada contra su corazón.

De manera que el hombre pidió y pidió y pidió...

Aquí se interrumpe abruptamente el relato de los hechos recogidos por el Criptor Lothan de Orz. De las peticiones poco o nada pudo ser recuperado, aunque sí podemos intuir el carácter abusivo de las mismas. La narración se retoma como sigue:

...de manera que Kilumaras concedió contra su voluntad, para honrar el privilegio del hombre de poder negarle.

Y de todas estas reclamaciones que los Perantaraan hacían utilizando su don, llamó la atención de los Heldere la, en apariencia, más ridícula de todas.

Cuando ya habían exigido todo, y todo les había sido concedido, se adelantó uno de los ancianos sabios y así habló a Kilumaras:

«Excelso regidor, que gobiernas, otorgas y llenas de gracias según tu

voluntad».

Habló así el hombre, y produjeron sus palabras pesadumbre en Kilumaras, pues demostraban que los hijos no habían comprendido al padre.

«Una última gracia te solicitamos. Un último presente, y partiremos en paz y agradecidos por tu generosidad sin límite».

«Habla». Dijo sencillamente Kilumaras, que recelaba y repelía de toda forma de adulación, pues sus hijos habían tergiversado la alabanza con la pleitesía, confundidos por la superstición y la dilución de su fe.

«Nuestra petición es grande. Pues deseamos pedirnos poder. Un único poder».

«Ya goza de gran poder el hombre cargado con su libertad» — respondió el padre— «No está hecha la espalda del hombre para soportar mayor carga que esa».

«En efecto, puede ser. Mas en nuestra libertad percibimos un vacío que no sabemos llenar».

«¿De vacío me hablas, cuando vuestra copa rebosaba? ¿Cuál es vuestra petición entonces?»

«Solicitamos el poder de llenar el tiempo y llenar la vida. Pues nuestros días se suceden, desde el nacimiento a la muerte, uno tras otro, sin sentido y en perfecta monotonía».

Kilumaras contempló afligido el mundo de los hombres, representado en aquellos pocos Perantaraan.

Y entonces habló, y sus palabras volaban en un hálito de tristeza.

«El vacío que sentís os corresponde a vosotros llenarlo. Y el poder de llenar el tiempo ya os fue concedido, y pertenece al hombre la decisión sobre cómo ocuparlo y vivir sus días. Mis hijos y yo tan solo podemos mostraros el camino, pero son los Perantaraan los que tienen que mancharse los pies con el polvo del mismo».

Aquella respuesta no satisfizo a los hombres, y, a pesar de todo cuanto les había sido concedido, partieron tristes y en franca enemistad con Kilumaras, pues el vacío reptaba dentro de sus venas como una bestia abrasadora que los devorara por dentro.

No perdió el tiempo Sarkôn, y envió a Trifania, la Señora del Vacío, para que se encontrara con los hombres en su viaje de regreso al mundo,

cuando descendían por las montañas sagradas.

«¿Qué os aflige con tanta intensidad, que vuestros rostros contrae y vuestros corazones atribula?»

Y los hombres, tras recapitular la entrevista con Kilumaras, concluyeron.

«El vacío. Queremos el poder de poder llenarlo».

Entonces Trifania les habló con palabras que querían oír; y ellos percibieron la diferencia con las palabras de Kilumaras, que decían verdad, pero a las que no querían escuchar.

«Kilumaras es injusto con los Perantaraan porque os teme. Teme a aquello en lo que podéis llegar a convertirlos. Teme que un día seáis tan poderosos que oséis asaltar el mismo cielo».

Así los Mork llenaron el vacío y el tiempo del hombre con todo tipo de cosas perecederas y portentos caducos, que durante largos periodos podían llegar a satisfacer las ansias de saciedad, pero que no nutrían, ni alimentaban; de manera que el hombre siempre corría hacia delante, en busca de más insignificancias que nada más alcanzar se disipaban en el aire.

Y bajo el dominio de los Mork y su influencia, el hombre aprendió a odiar a Kilumaras y olvidó cuanto por ellos había sido hecho.

Pero Kilumaras, a cuyo ojo no pasaba desapercibido toda urdimbre y plan maligno, contemplaba y esperaba.

Pues uno no concede el don de la libertad para retirarlo a renglón seguido, cuando la situación se tuerce.

De manera que, paciente, aguarda que su creación recapacite y vuelva de nuevo a la luz.

Y su espera no es una espera pasiva, pues Kilumaras jamás descansa, y traza sus propias sendas y caminos.

Así pues, previendo la caída de los Perantaraan, Kilumaras comenzó a tejer con hilo de vida la maraña del mundo. Y del ovillo de sucesos, personas y acontecimientos presentes, pasados y futuros tejió Kilumaras en su telar la salvación del hombre.

Y así quedo dispuesto el plan del padre para salvar al hijo de su propia libertad.

XXI

LA CASCADA

Quitando el desprecio y el asco que sentía por la funda que ahora habitaba, el hermano Ars no podía minusvalorar los beneficios de haber escalado hasta lo más alto de la jerarquía, entre un pueblo tan rudimentario y supersticioso como el de la Cascada.

Fáciles de conducir, fáciles de manipular. Como inocentes corderos llevados al matadero que, sonrientes y voluntariosos, se arrojaban por el precipicio a una sola señal.

Seguro que años atrás todos ellos se consideraban independientes de pensamiento, incluso revolucionarios dentro de su constreñida sociedad.

Ilusos.

Nunca percibieron la verdad que subyacía. Nunca se preguntaron quién movía los hilos. Y nunca combatieron al verdadero Enemigo, ocupados como estaban peleando entre ellos, eliminando formas de pensamiento contrarias, expulsando a los rebeldes, apuntando siempre con sus dedos afanosos hacia un progreso que nunca alcanzaban.

El progreso.

Era como si les pusieran en las manos todo cuanto necesitaban para llenar el vacío insentido de sus vidas y, una vez rebosantes, se vaciaran repentinamente para reclamar urgentemente una nueva remesa.

Siempre hambrientos, siempre necesitados, siempre sedientos. Así eran los Perantaraan, se decía Ars. Y lo que más divertido le resultaba, era que padecían hambre, y su mesa estaba abarrotada de manjares; pasaban sed, y su copa rebosaba; sentían necesidad de cosas mediocres, y no atinaban a observar que ya disponían de todo cuanto pudieran requerir.

Era apasionante percibir todos los pequeños matices que aniquilaban al hombre, arrastrándose por el suelo tras un pellejo de agua, cuando el río rugiente corre a su lado, haciendo un ruido ensordecedor que sus mortales oídos parecen ignorar.

El hombre... maravillosa criatura, tan frágil.

En estas cavilaciones se movía el gran druida, cuando algunos acólitos, aquellos pocos que todavía conservaban la cabeza, pensó Ars, entraron sumisos y se sometieron a la penetrante mirada de su reverenciado líder.

El alquimista, el druida y ahora casi el dios.

Pues por tal le tenían ya entre el pueblo, ahora que poseía tan especial conexión con Baashamel y sus siervos.

Todos habían percibido los notables cambios que se habían producido en los aposentos del gran druida, pero atraían poco la atención, dado lo propenso que era este a las excentricidades y los experimentos de macabro y oscuro propósito.

Los cuerpos y recipientes con especímenes frescos se habían multiplicado. La peste a huevos podridos y la sensación de frío eran alarmantemente aturdidoras; y por si aquello fuera poco, algunos habrían jurado sentirse tocados por unos dedos invisibles al estar ante la presencia de Jnum.

Mas nadie compartía nada con nadie por el temor constante a ser denunciado. De aquella manera, la autocensura y el silencio se imponían como una mordaza aceptada y adorada que lavaban y planchaban con reverencia.

Pero lo evidente era que la oscuridad se había vuelto física y palpable en los laboratorios de Jnum, y se extendía como una espesa sustancia que todo lo envolvía, que se filtraba por los poros del hombre y anidaba en sus entrañas. Nadie escapaba a su ominosa presencia, y los dedos cuyas caricias sentían sobre los cabellos y los hombros, y que erizaban cada pelo de sus cuerpos, parecían ser dedos oscuros provenientes de dicha penumbra, avivada por un ente al que preferían no conocer.

Uno de los druidas encapuchados tomó la palabra temeroso, mientras creía observar cómo Jnum se recolocaba una mejilla que colgaba de manera estrafalaria.

—Mi señor —comenzó sin atreverse a alzar la mirada—. Los preparativos han concluido y todo está dispuesto para la gran cosecha.

—Excelente —los acólitos dudaron sin saber qué añadir—. ¿Algo más?
—preguntó Ars sin traslucir sentimiento alguno.

—Bueno... —comenzó otro de ellos—. Señor, creemos que...

—¿Qué?

—Creemos que no habrá suficiente producto para realizar el último envío que nos ha solicitado Baashamel por medio de su siervo. No disponemos de suficientes mujeres encinta.

—Entiendo... no será un problema.

—¿No lo será? —repuso asombrado el primero, que se atragantó con sus propias palabras nada más pronunciarlas.

Jnum lo fulminó con la mirada, y, sin miramientos, le asestó una bofetada que lo hizo rodar entre viales y fluidos de origen desconocido. El resto de druidas tan solo agacharon la cabeza.

—¿No soy acaso el que os ha traído la verdadera fe? ¿El qué ha forjado eterna alianza con Mundo Antiguo evitando así la muerte y el caos? ¿Acaso no soy el elegido de Baashamel?

Como autómatas asintieron a cada una de sus palabras.

Disfrutando de su terror y alimentándose de él, adoptó repentinamente un tono benévolo con ellos.

—No debéis preocuparos. Que no os atemorice nada, pues Baashamel obrará portentos a través de su siervo. Y veremos señales en el cielo; y sus actos nos manifestaran que es el verdadero y el único amo del mundo.

No levantaron los ojos.

—Compartiré con vosotros, mis fieles, una gran verdad. Alzad vuestros rostros y miradme.

Obedecieron.

—Y la verdad es... que no hay verdad. Que todo es relativo y que cada uno de vosotros establece su propia verdad —la sonrisa del gran druida se ensanchó—. Olvidad todo cuanto creéis saber, todo cuanto habéis aprendido. La verdad es la mentira, la alegría es la tristeza, y “para siempre” es solo temporal. Durante demasiado tiempo hemos sido limitados y sometidos bajo esta forma nuestra —Jnum contemplaba ahora sus manos ante él, disfrutando de la aberración que era aquel disfraz suyo—. Es hora de abrir las mentes y volar libres de todo condicionamiento impuesto por dioses u hombres. Es hora

de ascender a nuestro yo superior.

Las palabras de Ars llenaron de interés a los temerosos acólitos.

—¿Acaso habéis dado con una nueva fórmula druídica que alcance todos esos objetivos? —la pregunta no revestía ironía alguna. La ironía ya no existía en un mundo como el de la Cascada. La ironía fue víctima de la uniformidad y el pensamiento único, como lo fueron antes que ella el amor y la piedad.

Jnum se giró hacia ellos mostrando los dientes. ¡Estaban afilados y cónicos como los de las bestias!

—No. No más fórmulas, o más emplastos, potingues, ni pociones.

—¿Entonces?

—Haremos que el hombre explore su naturaleza oculta. Que explote todo su potencial. ¿Pensáis que nuestro estado natural es este, de vigilia y sueño constantes, un día tras otro, hasta que la fuerza de los años nos lleva de este mundo al olvido?

Asintieron.

—Os equivocáis. La vigilia que vivimos no es más que un estado de la consciencia, y no el más fuerte, ni el más interesante de ellos. Debemos explorar y abrir la mente, abandonar el retrógrado conocimiento tradicional y abrir nuestro tercer ojo, el ojo de la mente, que nos mostrará maravillas sin nombre, y nos elevará a un plano superior de la existencia.

Los acólitos no parecían entender nada de lo que se les decía, pero a Jnum le resultaba indiferente. Eran carne. Nada más que carne.

Se postraron de rodillas ante el gran druida.

—¿Cómo, mi señor? ¡Muéstranos dicho conocimiento, y líbranos de la amargura de la insipidez de la existencia! ¡Ayúdanos a abrir nuestro tercer ojo!

Ars no cabía en sí de... ¿gozo? No, no era aquella la palabra apropiada para describir sus sensaciones.

Quizá un tiburón, en el frenesí sangriento de un mar de aguas revueltas y rojas, comprendería mejor lo que sentía Ars en aquel instante.

Pues así percibía en ese momento a sus acólitos: como cebo, carnada, sacrificio.

Imperioso les ordenó:

—¡Postraos! —y ellos hincaron la rodilla en tierra.

Relamiéndose en su interior ante el festín libremente otorgado, comenzó a explicar:

—Para abrir vuestras mentes y canalizar vuestra energía, en aras de encontrar la paz y el equilibrio vital, tan solo se os exige una ínfima cosa.

—¿Qué maestro?

—Antes de abriros a nuevos planos de la existencia, a todo humano se le exige única y exclusivamente su... aceptación. Debéis aceptarme como maestro, guía y enviado del que ha de venir.

—¡Aceptamos! —dijeron todos. Unos por convicción, otros por temor, los menos por apatía y aburrimiento de vivir.

«Aceptamos, aceptamos, aceptamos...»; la palabra hacía eco dentro de Ars y la saboreaba.

—Bien... recibid, pues, el don de ver en lo oculto.

Uno a uno, fue imponiendo las manos sobre sus esclavos, y se detenía unos instantes sobre las cabezas gachas de los sumisos druidas. Ellos por su parte tremolaban emocionados, y, tras ser ungidos, alzaban la cabeza dichosos hacia el gran alquimista, el cual a sus ojos era ahora enorme como un dios.

Si verdaderamente hubieran podido ver en lo oculto, o abrirse a otra dimensión y bilocarse como su amo; o si dicho don fuera tal cosa... habrían podido observar lo que a ojos de Ars era evidente.

Uno a uno, arrodillados ante el Ûng, al cual suponían humano, eran iniciados con la imposición de manos. Creían que la sabiduría de Jnum actuaría sobre sus campos energéticos para abrirles a nuevos e inexplorados planos de la consciencia.

Y si cualquiera de ellos hubiera podido realmente “ver”, habrían visto cómo a sus espaldas se arremolinaban sombras informes que parecían brotar de sus propios cuerpos.

Parecía que un campo de energía se estableciera, en efecto, entre las manos de Ars y el suelo, de manera que las sombras surgían como largos cabellos de las espaldas, de los pobres incautos y se retorcían, empujadas por la fuerza que ejercían las manos del gran druida.

Cuando hubo terminado, los acólitos permanecieron arrodillados, y tras ellos las sombras había adoptado un aspecto vagamente humanoide, como si fueran funestos ángeles guardianes velando por sus protegidos.

—Retiraos ahora y disponed todo para el ritual de la noche de mañana.

Todos asintieron sin cuestionar en absoluto las órdenes, y abandonaron sus aposentos cabizbajos y con las manos entrelazadas bajo las anchas mangas de sus túnicas.

En estricto orden, y sin abandonar al huésped asignado, cada una de las sombras partió a su vez abrazándose con brazos oscuros y humeantes al cuello de su “protegido”.

Ars los despidió satisfecho. Era tan sencillo, tan fácil, tan estimulante y divertido.

Los Perantaraan seguían negando la existencia de tales entes, de tales seres, y al mismo tiempo se abrían a ellos con apresurada facilidad.

El gran druida no pudo sino reír loco de alegría, de alegría enfermiza y demente, de alegría que se nutre de la desesperanza y la aniquilación.

* * *

Una vez a solas, retomó sus tareas.

Al día siguiente, al anochecer, tendría lugar la gran cosecha. La última cosecha. La última remesa de niños necesaria para que Leviathanas concluyera sus planes. Por tanto, debía apresurarse y actuar esta misma noche, un día antes de la bacanal prevista.

Ars había sido partidario en los últimos tiempos de abrirse directamente al mundo y atacar definitivamente y con contundencia los reinos de los hombres, pero el príncipe de este mundo lo reprendió severamente con su último cuervo; quizá porque todavía no alcanzaba a comprender en lo que se había convertido, quizá porque no asía la sutileza de la transformación sufrida por Jnum, Ars, y el Ûng que supuestamente era ahora. Si hubiera sabido quién habitaba ahora este cuerpo, tal vez habría utilizado otras palabras.

Leviathanas defendía una estrategia más lenta y sutil, pero segura. Además de resultar eficaz, decía, haría que los Perantaraan se destruyeran prácticamente entre ellos, dejando para Leviathanas el acto final de la consumación de sus destinos.

Ars ardía en deseos de aniquilar a la frágil estirpe del hombre, pero tenía que reconocer que los ardides del príncipe rezumaban una especial crueldad, que resultaba divertida a la par que emocionante.

Por supuesto obedeció.

Todos obedecen y todos tienen alguien jerárquicamente por encima, excepto quizá el que ha de venir; y él también sabe que responde ante otra jerarquía, aunque reniegue de ella.

Jnum se arrimó a la gran mesa central del laboratorio principal, y abrió uno de los cajones extrayendo un desgastado libro.

Si prestáramos atención a la expresión de su rostro, el rostro de Jnum, que ahora se pudría sobre su verdadero ser, sumando su nauseabundo olor al ya de por sí desagradable hedor que se desprendía por donde pasaba, podríamos pensar que sentía deleite y no andaríamos muy alejados de la realidad de sus sensaciones.

Ars tenía ante sí un grueso volumen de tapas negras y páginas amarillentas roídas por años de clandestinidad. Sobre el cuero de su portada una imagen cobraba vida, repujada por el artista que macabramente la ideara.

Un macho cabrío cabalgaba sobre el orbe del mundo, y la serpiente lo circundaba como un anillo protector. Sobre las tapas, bajo el sello, se apreciaban reseca costras de lo que probablemente fuera sangre antigua.

Ars rascó distraídamente con una uña mugrienta la fina película, y sopló sobre el volumen liberándolo de su polvoriento encierro.

Era el grimorio.

El libro negro que se dice fue escrito por el mismísimo Sarkôn con la sangre de los primeros hombres caídos. Perdido tras finalizar la segunda guerra entre los poderes celestiales y terrenales. Hallado por su elegido, Leviathanas. Y finalmente entregado a su siervo... Ars, el Ûng.

Cuando el Ûng combatió contra aquella engreída loba tuerta, en los perdidos territorios septentrionales de la Cascada, cerca del Ojo de Kilumaras, y ambos cayeron a una muerte segura, fue Leviathanas, por el poder del grimorio de Sarkôn, quien lo trajo de vuelta de la sombra eterna.

Y cuando volvió en sí, su propósito era firme y su determinación clara. El fin estaba cerca, y él sería uno de los dedos de la mano del que ha de venir. Impregnado con la autoridad que Leviathanas le había otorgado, no resultó difícil hacerse con el poder en aquel pequeño territorio; y ahora... ahora... algo más había vuelto del abismo cuando retornó de entre los muertos.

Juntos, los dedos del príncipe se cerrarían como el puño de la destrucción sobre este decrepito mundo.

Jnum abrió el grimorio. El libro carecía de paginación, o índice alguno.

El usuario simplemente podía percibir el penetrante olor de aquello que buscaba. El olor se traducía en sensaciones, y las sensaciones en imágenes, y así el lector iniciado encontraba el capítulo y la sección concreta que necesitaba consultar.

Cualquier otra persona abriría el libro, y tan solo percibiría el olor a moho y humedad brotando punzante de sus hojas apergaminadas. Y si llegara tan lejos como para abrirlo, tan solo vería cientos de páginas garabateadas con dibujos extraños, mandalas surrealistas y grabados de plantas extintas.

Pero a ojos de Ars toda aquella panoplia de imágenes cobraba vida y movimiento, y pudo encontrar sin dificultad aquello que buscaba.

Lentamente, comenzó a susurrar palabras en una lengua que ningún hombre ha oído antes, y que ningún hombre debería oír jamás.

La lengua áspera resonó entre las paredes del laboratorio, reverberando entre tubos, serpentines y matraces, dándole una acristalada y macabra musicalidad a su voz.

Las velas titilaron, y sucumbieron a una corriente inexistente; los recipientes crepitaron y resonaron entre sí, llegando incluso a estallar; y toda luz, toda vida y toda alegría desapareció.

Con notable esfuerzo mantuvo la invocación, y Ars contempló cómo las páginas que permanecían abiertas ante sí comenzaban a tremolar, y la superficie antes amarilla del libro parecía licuarse, hasta formar un espejo opaco de oscura apariencia.

Lentamente, unos dedos negros como el humo surgieron fuera del libro. Tantearon las páginas y palparon los bordes de la encuadernación.

A los dedos siguió una mano oscura que surgió del grimorio, cobrando forma humana. Otra mano se abrió paso en la página opuesta. Antebrazos, codos y brazos salieron fuera de sus páginas.

Y entonces apareció una cabeza sin rostro, sin expresión, pero por cuyo comportamiento se entendía gozaba por el hecho de haber sido devuelta al espacio físico.

Desperezándose con los brazos, como en un bostezo matutino, y apoyando las manos sobre la mesa del laboratorio, la cabeza terminó por salir al exterior, y tras ella un ser completo de pies a cabeza.

El ente oscuro y maldito se alzaba ante Ars, y la superficie de su aparente piel tremolaba negra como la noche y fría como el hielo.

Ars entrelazó los dedos, orgulloso por su capacidad de convocar seres así. La sensación de poder y el sabor de dominio lo embriagaban.

Se aproximó despacio, hasta estar cara a cara con el ser. Se contempló a sí mismo reflejado sobre la superficie humeante del ente, y entonces se dirigió a él.

—¿Sabes por qué has sido convocado, antiguo espíritu?

Ars dejó de verse como en un espejo, y la superficie del rostro del espíritu comenzó a transmitir imágenes, como si contemplara un sueño en el agua desde el brocal de un pozo.

Conforme las imágenes corrían con rapidez, Ars reía y se frotaba las manos. Leviathanas tenía razón. Era mejor destruir a los Perantaraan, no por el fuego y la espada, sino desde dentro y con sutilezas, hasta que llegado el día en que se hicieran manifiestos ante ellos no pudieran plantar resistencia.

El ente dejó de emitir imágenes de pesadilla, y Ars aproximó su rostro al suyo. Despacio, y obscenamente, besó al ser como si este tuviera labios, y un flujo de lava incandescente brotó de los labios del Ûng, vertiéndose en el interior del espíritu y transluciéndose en su incorpóreo cuerpo, como si tuviera un sistema digestivo por el que trasegara aquel líquido maligno.

Jnum, Ars, despegó sus labios de la criatura y la contempló con las palmas abiertas hacia ella.

—Dispones de esta noche, llevas mi semilla, sabes lo que tienes que hacer.

El íncubo de Ars asintió y se disipó en un soplo de brisa, abandonando la estancia entre los resquicios de las vigas.

Las velas sintieron una corriente en sentido contrario, y misteriosamente sus pabilos prendieron de nuevo.

* * *

Esa misma noche un espíritu exterminador barrió la Cascada de norte a sur y de este a oeste. No respetó dintel o jamba marcada; no atendió ruegos ni súplicas, pues este era su mundo y cada casa su hogar.

La noche retrocedió a su paso, atemorizada por su impenetrable oscuridad, y raudo, se desplazaba como una nube aberrante de un lugar a otro.

Entró en cobertizos, hogares y templos, y allí donde recalaba los vellos se erizaban y el aliento se congelaba.

El íncubo de Ars voló de casa en casa, y buscó a todas y cada una de las mujeres que habitaban en esta tierra; gestantes o no, las visitó.

En sueños, o en duermevela, ellas temblaron; algunas se resistieron, y a la mañana siguiente atribuyeron los hechos a pesadillas o al abuso de la hierba; pero todas recibieron al espíritu en sus hogares, y en la intimidad de sus almas fueron violadas metódica y siniestramente.

El ente montó burdamente a todas las mujeres de la Cascada, visitó sus vientres; y allí donde la matriz era estéril, sembró vida; donde la hallaba vacía, la colmó; y donde se gestaba un inocente, lo sustituyó.

Los nuevos vástagos, engendrados en una noche oscura y fría, crecieron antinaturalmente, hasta alcanzar el periodo terminal en unas pocas horas de nocturnidad.

A la mañana siguiente toda la región bullía escandalosa entre rumores y felicitaciones.

—¡El último milagro de Baashamel! —gritaban algunos.

Las mujeres paseaban gozosas por los campos y caminos, compartiendo con amigos y vecinos la dicha de su estado, y luciendo sonrientes sus abultados vientres. Embargaba a toda la población la sensación de ser el pueblo elegido por los dioses, aunque ignoraban para qué habían sido escogidos.

Pocas fueron las voces discordantes que alertaron sobre la anormalidad de aquellos embarazos. Menos todavía fueron las mujeres que, aun no deseando estar encinta, levantaron la voz en contra del pensamiento común.

Y por supuesto, ninguna se atrevió a revelar las inquietantes sensaciones que despertaban las criaturas dentro de sus cuerpos.

Al frío constante, se sumó la sensación de sentirse observadas y la incapacidad de librarse de dicha sensación, pues la percepción venía de dentro. En efecto, eran incapaces de deshacerse de la firme inquietud de que sus propios hijos las estaban espiando, y tal cosa las hacía sentirse desnudas, indefensas.

Hubo muchas que pensaron en abortar; otras por temor a las represalias, pues todos debían colaborar, callaban.

Algunas eligieron la vía rápida, y optaron por saltar al vacío desde la

Cascada, cuando comenzaron a escuchar a sus hijos hablándoles en la cabeza sin haber dado a luz siquiera: «*Mamá, mamá, mama...*»

El enviado de Ars había obrado con eficacia, no se puede cosechar sin haber sembrado primero.

* * *

Y llegó así el día del festival de la cosecha. Un festival que prometía ser excepcional en todos los aspectos y que quedaría grabado en la memoria de todos.

Acudieron desde los cuatro puntos cardinales de la Cascada; nadie quería perderse el evento, que había sido anunciado a bombo y platillo durante las últimas semanas como algo sublime de ver.

Nadie quería perderselo, y nadie osaría contrariar al gran druida.

Aunque unos pocos, muy pocos, sí desafiaron el poder imperante. Mas su desafío no fue deliberado. De uno en uno, por parejas, y en reducidos grupos, se fueron reuniendo en el Cabo de los Muertos, donde las rompientes aguas de la cascada rugían.

Cuando una pareja encontraba a otro caminante en la ruta del bosque, se detenían desconfiadamente; pero conforme el grupo se fue haciendo mayor y compartieron sus vivencias, se hizo evidente que, por alguna incomprensible razón, se quería que no estuvieran presentes en la cosecha de esa noche.

Reunidos apenas dos decenas de personas en los lindes de Bosque Espeso, optaron finalmente por sentarse a deliberar. Algo más que la casualidad los había traído hasta allí, pues si no, ¿qué otra cosa los habría guiado?

—Yo sé lo que vi —afirmó una.

—Está claro que es eso.

—No puede ser de otra manera.

Todos los presentes aseguraban haber recibido una visita la noche anterior, pero no fría y siniestra como la del resto de habitantes, sino cálida y compasiva.

Las descripciones variaban de uno a otro en pequeñas nimiedades, pero permanecían claras en su forma.

Una mujer encapuchada, de edad indeterminada, había acudido puerta

por puerta a aquellos que todavía no habían recibido la visita del ícubo. Algunos la identificaron como matrona, otros no supieron especificar. Pero la cuestión era que aquella mujer los puso en camino en plena noche, los hizo huir en las sombras, siempre apremiándoles un paso por delante del ente convocado por Ars.

Y allí estaban ahora los pocos que habían podido escapar, hombres mujeres y niños. Y de las mujeres gestantes presentes, ninguna manifestó las sensaciones o síntomas del resto de compañeras que habían quedado atrás, pues ellas habían salvado la inocencia de sus vástagos huyendo en la noche.

Haciendo memoria, y revisando sus morrales y zurrones, comprobaron que la supuesta matrona también había repartido con generosidad unas hojas extrañas que les obligó a mascar en el acto.

Más tarde las identificaron como hojas de iboga, y recordaron algo que la mujer les dijo sobre que contrarrestaba los efectos de la hierba del diablo. Y aunque no eran conscientes de que hubiera nada que contrarrestar, por primera vez en sus vidas tenían algo parecido al control sobre sus actos.

Guardaron con cuidado las reservas de iboga y acordaron ponerse en camino, lo más lejos posible de la civilización, adentrándose en las tierras de Más Allá del Río.

No era una decisión especialmente inteligente, o útil, pero sí fue consensuada, pues todos recordaban que aquello fue lo que les había pedido la matrona que hicieran; y aunque no entendían lo que estaba sucediendo, sí comprendían que su salvación pasaba por obedecer a aquella mujer por el momento.

* * *

Probablemente aquello les libró de contemplar el horror que se desató en la Cascada esa misma noche. Aunque alejados como estaban en las tierras Más Allá del Río, sintieron escalofríos y se arrebujaron en sus capas, cuando creyeron percibir los gritos de agonía y los cánticos oscuros que arrastraba el viento desde el este.

Cuando el sol caía, la población sometida a la voluntad del Gran Druida fue arremolinándose y reuniéndose en el claro donde solían perpetrarse las celebraciones de la cosecha.

Todos acudieron, hombres, mujeres y niños. Las mujeres, todas ellas, en avanzado estado de gestación.

Los últimos rayos del sol despuntaban en el horizonte, cerrándole los ojos al día, como si este prefiriera no contemplar las atrocidades que pertenecían a la noche. En ese mismo instante, la muchedumbre al completo se adentró en el claro, brincando, bailando y celebrando enajenadamente no sabían muy bien qué.

Todos habían consumido en los últimos tiempos dosis absolutamente generosas de hierba del diablo, y habían abierto las barreras y fortalezas de sus almas a cosas que nunca deberían haber sido invitadas.

Pero ignorantes y embriagados de un frenesí de ebriedad, saltaban y cantaban ajenos a todo mal.

La oscuridad reinó, y el Gran Druida se hizo presente encendiendo una gran hoguera de verdosas llamas; nadie se percató de que, en aquella ocasión, la hoguera había brotado de los mismos dedos del druida, cuando antaño recurría a efectos y trucos de charlatán.

Bajo la fantasmagórica luz, los ojos de Jnum brillaban crueles, y a su izquierda y su derecha un ejército de sombras parecía cobrar forma; pero aquellas oscuras siluetas no cargaban contra nadie ni combatían, sencillamente contemplaban la escena. Habían venido a mirar. Literalmente, deseaban contemplar el espectáculo grotesco que se desarrollaba ante ellos.

Y los habitantes de la Cascada eran incapaces de verlos, incluso cuando los atravesaban llevados de sus espirales y bailes demenciales.

Las sombras fueron cerrando un cerco en torno a los celebrantes, y conformaron un nutrido y sombrío auditorio, en un coliseo de indolentes humanos bestializados.

La música era estridente, los coros eran rasposos y de lenguas blasfemas, los hombres y mujeres se dejaban llevar por la sodomía, en lujuriosa seducción; todo ello, mientras cien carneros eran sacrificados y degollados y la gente se bañaba en la sangre derramada...: las puertas del inframundo parecían haber abierto sus puertas.

Pronto la ropa comenzó a sobrar, y mujeres y hombres arrancaron con violencia sus vestimentas; hedía a sudor, alcohol, hedía a corrupción.

Bajo la burlona mirada del ejército de sombras, el hombre y la mujer firmaron su aniquilación, y los Perantaraan dieron el último paso en su

imparable debacle hacia la bestialización. Cualquier distinción con un animal quedó eliminada.

Allí se mezcló el barro, la sangre, el sudor y el sexo.

Las mujeres eran asaltadas por grupos de hombres que se comportaban como jaurías de perros. Las mujeres sodomizaban a otras mujeres con cualquier ocurrente objeto, y olvidaban todo daño que pudieran ejercer; jóvenes que forzaban a niñas a practicarles perversiones sin nombre; mujeres amarradas a estacas o árboles y violadas brutalmente...

Hombres con hombres, mujeres con mujeres, tríos, lujuria y masoquismo. Ni una remota brizna de luz, ni un atisbo de amor en ninguno de aquellos actos de mera copulación y destrucción de la persona.

Y Jnum sonreía. Y el ejército de sombras sonreiría a su vez, de haber tenido rostros, al ver al hombre arrastrarse por el suelo como la serpiente, a la que siempre despreció con petulancia.

Era la hora de alzarse, para la serpiente; y era el momento para el hombre de reptar como una bestia.

El Gran Druida sonrió de nuevo hasta que sus comisuras sangraron, y la apetosa funda que habitaba se desfiguró en su rostro, haciendo pendular pellejos colgantes de carne muerta.

Ya no miraba la escena que se desarrollaba ante él. Contemplaba el cielo encapotado. Ese cielo plomizo que anunciaba desde hacía meses los tiempos por venir.

Y entre aquella masa impenetrable de oscuridad y nubarrones, una estrella hizo su aparición titilando tímidamente. Una pura e inocente luz, cuya llama no llegaba a calentar a los hombres, pero que contemplaba ruborizada la escena.

Jnum alzó el dedo hacia el astro, y sonriendo con mayor fuerza, tanto que su boca ya goteaba sangre sobre su túnica, exclamó dirigiéndose al mismo:

—¿Lo ves? —su voz sonó profunda y desagradable, no era la voz de Jnum y no era la voz de Ars—. ¿Ves en lo que se han convertido? —añadió con voz chillona de niña.

La estrella no respondió. Pero un fragmento celeste pareció desprenderse de la misma y adentrarse en el mundo, como una estrella fugaz que más bien parecía una lágrima rasgando el firmamento.

Jnum devolvió, orgulloso, su atención a la orgía imperante, que seguía su curso inexorable.

Cuando sus deseos de humillación y deshumanización estuvieron completamente satisfechos, detuvo la bacanal, y el silencio se instauró como una losa entre la muchedumbre.

—¡Hermanos! —comenzó—. Adoradores todos del único y verdadero señor del mundo.

—¡Baashamel! ¡Baashamel! ¡Baashamel! —exclamaron como un trueno los presentes, y el los acalló de nuevo con gesto imperativo de sus manos.

—Hoy celebramos la última cosecha de nuestra era. Hoy recogeremos el fruto que dará a luz al futuro del mundo.

La multitud tronó poseída por una alegría desmedida.

—Pero... —hizo una pausa calculada— el progreso y el nuevo orden, cuyo dios es Baashamel, tienen un precio.

—¡Dinos el precio! ¿Qué debemos hacer? ¡Lo que tenga que hacerse se hará! —exclamaron ellos.

—¡Ya sabéis el precio!

El pueblo tronó como una única garganta.

—¡Niños! ¡Niños!

Ars continuó.

—Todo lo que Baashamel ha reclamado de este gran pueblo ha sido que compartiera su fertilidad y su abundancia, y que entregara algunos de sus vástagos periódicamente.

—¡Entregarlos a Baashamel! —gritaron ellos.

—¡Pero esta vez es distinto. El fin está cerca! El esfuerzo debe ser mayor si cabe, y Baashamel juzgará nuestro sacrificio si con él mostramos nuestra sumisión y fidelidad.

La algarabía resultaba estridente y enfermiza. Hombres que eran padres, mujeres que serían madres, gritaban desaforadamente cantos de muerte. Ninguno se percataba o percibía anormalidad o contradicción en el hecho de ser portadores del don de la vida, mientras entonaban arengas a la muerte.

—¡Por tanto...! —tranquilizó a las hordas enloquecidas—. ¡Por tanto, en ésta, nuestra última cosecha, recogeremos todos y cada uno de los niños de

la Cascada, nacidos o no nacidos y los entregaremos confiados a la voluntad de Baashamel!

—¡La voluntad de Baashamel! —gritaron posesos— ¡La voluntad de Baashamel!

—¡Qué comience la cosecha!

El cerco de sombras se cerró, y los celebrantes se estrecharon inconscientemente en el espacio que se les concedía. Las sombras confluyeron hacia el epicentro de la fiesta y barrieron con sus gélidos dedos la voluntad de hombre y mujer.

* * *

Alejados de la vorágine desenfrenada, dos pares de ojos contemplaban los inenarrables actos y retiraban la vista asqueados; como para reafirmarse en su decisión, extrajeron unas hojas de iboga y las masticaron con fruición.

Entonces, volviendo la cabeza, los pesados ojos del gran druida se posaron sobre ellos, o sobre el remanso de oscuridad en el que se ocultaban.

Paralizados, sin atreverse a respirar siquiera, mantuvieron su posición, temerosos de revelar su presencia. Pero Ars ya sabía que estaban allí: algunos, los pocos que habían escapado a sus redes y artimañas.

Sin embargo, el alquimista no dio instrucción u orden alguna contra ellos; se limitó a sonreír y extender las manos, como invitándoles a contemplar desde la distancia los frutos de su obra.

Ellos, acongojados, no movieron un músculo, y contemplaron el festival tal y como Jnum había deseado.

Más tarde llevarían el horror de sus testimonios allí donde se ocultaran clandestinamente, y sembrarían un terror inigualable que serviría fielmente a los propósitos del príncipe del mundo.

De manera que Ars no alzó la mano contra ellos y les permitió presenciarlo todo.

Los gritos vibraron en el oscurecido cielo, pero nadie acudió en su auxilio. Las mujeres corrían de un lado para otro, tratando visceralmente de sobrevivir, manteniendo instintivamente el arraigado afán de

autoconservación, a pesar de su dominación.

Las que tuvieron la suerte de ponerse de parto, fueron arrojadas sobre sucias mesas o sobre ásperas esteras, donde, sin miramientos, se las presionaba, golpeaba e increpaba para que expulsaran a los vástagos de Baashamel.

Cuando el recién nacido afloraba al exterior, era arrancado brutalmente del canal del parto de su madre con un brusco tirón. El infante era llevado en unas cestas a una cabaña, donde ya aguardaban el resto de sus hermanos, mientras a la madre se la dejaba agonizante allí donde había dado a luz.

Peor fue el destino de aquellas cuyos hijos no estaban maduros para salir al mundo, o que sencillamente se retrasaban más allá de la paciencia de los celebrantes.

—¡Baashamel ha reclamado a todos! —fue lo único que tuvo que decir Ars.

La población se arrojó sobre toda mujer que no paría de manera natural. Arrojadas y arrastradas por el suelo eran desnudadas y sus ropas arrojadas a la verdosa hoguera.

Sin aguardar, entonces, ni atender a súplicas, se las abría en canal con cualquier objeto que se hallara al alcance de la mano, y el niño era sacado al exterior tras rajar la matriz sin contemplaciones.

Llevados de tan dementes acciones, nadie se detuvo a preguntarse el cómo, o el porqué, pero ninguno de los niños nacidos en aquella funesta noche lloró o emitió queja alguna por el hambre o el frío; ninguno se comportó como lo habría hecho un niño.

Por el contrario, los gritos desgarradores de las madres se mezclaban con la algarabía diabólica de sus verdugos, igual que la sangre de sus vientres se mezclaba con la arena de la tierra, empapándolo todo, y convirtiendo en pocos minutos el claro en un lodazal pestilente, donde las moscas no tardaron en llegar para refocilarse.

Así sucedió durante toda la noche hasta que despuntó el alba.

Tan sangriento fue el amanecer que los mismísimos soles, los ojos de Kilumaras, permanecieron ocultos tras el tupido manto de nubes, recelando ante semejante escena.

Los niños fueron reunidos, clasificados y apilados, dispuestos

ordenadamente para su pronto envío; los muertos descartados sin miramientos. Los planes del amo iban conforme a lo previsto, y Ars sonrió observando la incipiente lucha entre la luz del sol y las sombras de la noche que se batían en retirada.

* * *

La pareja de testigos silenciosos que contemplaban todo desde el lindero del claro, desaparecieron en la bruma matutina aterrados y portando consigo un mensaje carente de esperanza.

Los cadáveres fueron dejados donde habían caído, para goce de las bestias y alimañas desnaturalizadas que ahora frecuentaban estas tierras.

Y Ars giró sobre sus talones y se encaminó hacia la aldea saboreando su victoria. Y no había mayor victoria que disfrutar de la indiferencia de Kilumaras ante los actos que acababan de tener lugar. Era esa indiferencia la que espoleaba sus obras y la que daba argumentos al amo.

Sin embargo, algo se condensaba y tomaba forma, ajeno a la voluntad del mal. Y una gota se desprendió de la negra nube en la que había viajado.

La gota se precipitó con fuerza sobre el mundo, magnificando la atrocidad de la matanza al ser vista a través de su vítrea composición.

Pero no cayó sobre la tierra, sino que impactó contra la raída capucha del gran druida, que se detuvo al sentirla sobre su cogote.

Tan solo era lluvia. Y la lluvia era algo... natural —se dijo.

Durante aquel largo día el cielo lloró amargamente.

XXII

MIL RÍOS

Aparecieron entre un estallido de ramas y una nube de hojas caídas, que tremolaron ante la furia repentina de la llegada.

Torgund permaneció de pie junto a Lucius, mientras que Varley proseguía de rodillas, aferrado a la empuñadura de la espada negra, como si aferrara el cuerpo de su hijo, sollozando entrecortadamente, con los ojos tan cerrados que no podía ver como el llanto regaba la hierba con su actitud cabizbaja.

—Willhelm... mi hijo... —sollozaba, mientras los hipidos y lágrimas entrecortaban sus palabras— Willhelm...

Varley se agachó hasta besar el suelo con la frente; su llanto se volvió ahogado como el de un bebé privado de aire; su boca se abría en una horrenda mueca, pero no emitía sonido alguno, y sus amigos lo observaban en silencio, compartiendo su dolor.

Entonces tomó aire, e hinchando bruscamente sus pulmones, gritó. Gritó brutalmente, y su voz resonó entre roca y árbol, arrastrando su llanto más allá de sus labios. Y hombre y bestia se ocultaron, pues su grito resonó como el de una fiera herida.

Sin haber terminado de exhalar su gemido, sujetó con firmeza la espada, apoyó el mango en el suelo y la afilada hoja contra su pecho, y sin dar un instante a segundos pensamientos, se arrojó sobre el acero, buscando desesperado terminar con su dolor.

Sin embargo, el acero no mordió la piel, ni atravesó sus costillas, ni detuvo su corazón herido. Un puño duro como una piedra y grande como una

hogaza de pan, le descerrajó tal golpe en la mejilla que lo mandó inconsciente rodando por tierra.

Cuando recuperó la consciencia y abrió lentamente los ojos sintiendo un dolor de mil demonios, buscó con la mirada cualquier cosa que le resultara familiar, y encontró a Torgund sentado junto a un tímido fuego limpiando su espada.

—¡Hijo de mala rabiza! —comenzó a decir, intentando incorporarse, mientras se llevaba una mano a la cabeza que todavía le resonaba como una campana—. ¿Qué narices has hecho, por qué no me dejaste terminar?

—Porque no eras tú quién estaba tomando esa decisión. Era la desesperación la que movía tus dedos y dominaba tu pensamiento. Y ya sabes a quién sirve la desesperanza.

—¡Maldito gigante! ¡Debiste dejarme hacerlo! ¡Debiste dejarme terminar! ¿Acaso no puedo decidir cuándo quiero terminar mi asquerosa existencia?

—¿Quieres de verdad que responda a esa pregunta?

—¡No!... ya sé lo que dirías. Y maldigo tus palabras y tus ideas.

—Huyes del dolor porque no puedes entenderlo. Y ante la ignorancia la escapatoria del hombre es drástica y no meditada. Pero el dolor forma parte de la vida. Huir del mismo es un acto de pura cobardía, y no te tengo por un cobarde, Varley. Aprenderás a lidiar con tu dolor, y con el tiempo entenderás el sentido del mismo.

Varley trató de incorporarse, pero trastabilló sin poder sostenerse.

—Tendríamos que haber asaltado la Espiral y rescatar al desgraciado de Kadros sin pasar por el maldito palacio —suspiró.

—¿Y qué habría cambiado eso? —sugirió Torgund—. ¿Acaso Willhelm no habría muerto si tú no hubieras estado allí?

—¿Quién sabe?... tal vez... si yo no hubiera estado Confusión no habría dado cumplimiento a sus palabras y quizá Willhelm ahora estaría vivo.

—Está jugando contigo Varley, no dejes que se meta en tu cabeza. Además... te advertí, aunque tu mente no me escuchó, que la espada no puede transportarme allí donde nunca ha estado el que la toca, requiere de una imagen mental del lugar al que viaja. Por tanto la Espiral nunca fue una opción; ni tú ni Lucius habéis estado nunca. Era irremediable que pasáramos

primero por el palacio.

—Si tú lo dices... —Varley se recostó sobre la hierba—. ¿Y a dónde hemos venido si puede saberse?

—La Atalaya del Oso —añadió Lucius interviniendo al fin.

—¿Cómo? —exclamó Varley recuperando repentinamente sus fuerzas.

—Sí, Varley. Sé que estás en shock, pero fue lo que te pedí que hicieras —dijo Torgund.

—No, no, no... esto no está bien... tenemos que irnos... no estoy preparado, no puedo enfrentarme a esto ahora mismo.

Torgund lo detuvo con delicadeza y le obligó a sentarse de nuevo.

—Ahora o nunca, amigo mío. Además, no tenemos opción. Willhelm murió por traer información sobre este lugar, y lo que sea que obre aquí el enemigo debe ser revelado.

El crujido de unas ramitas secas fuera del círculo de luz de la hoguera detuvo la conversación en el acto. Los tres compañeros se apiñaron espalda contra espalda, con un Varley todavía tambaleante, mientras escudriñaban en la penumbra.

—Con esta maldita hoguera pueden vernos perfectamente, y nosotros no los veríamos hasta que tuviéramos una daga en el gaznate —susurró Varley.

—Y eso suponiendo que sean humanos —añadió Lucius.

—¡Callad! —ordenó Torgund.

Los sonidos de la noche anidaron en sus oídos sin arrojar la menor pista sobre la identidad del intruso, si es que era uno solo.

—¿Quién va? —preguntó como un trueno el gigante, dirigiéndose a las sombras.

—Lo mismo podría preguntar yo —respondió la noche.

—No pretendemos inmiscuirnos en vuestros asuntos —continuó Torgund—. Somos solo viajeros.

—No hay viajeros en el Río Vuelto —respondieron de nuevo.

—Os prometemos que nuestras intenciones no son hostiles. Acercaos a la luz y dialoguemos.

Escucharon entonces con claridad cómo el tendón retorcido de una cuerda de arco se tensaba siniestramente.

Lentamente a sus espaldas fue haciéndose visible la silueta de un solo

hombre que les apuntaba con una punzante flecha de acero.

—Al que pestañee lo convierto en una brocheta de sesos —amenazó el hombre, tensando aún más su codo hacia atrás.

El intruso se adentró en el círculo de luz, donde los tres viajeros aguardaban con las manos a la vista tratando de apaciguarlo. Varley entrecerró los ojos como si aguzara la mirada y dio varios pasos hacia atrás tambaleante.

—¡Te dije que no estaba preparado para esto! —se lamentó, como si hablara con un Varley distinto a él mismo y que no estuviera presente. Torgund giró el rostro preocupado hacia su amigo.

—¿Qué sucede? —preguntó Lucius.

—¿Varley? —dijo al fin el intruso, a medio camino entre la pregunta y la sorpresa.

Por un instante se hizo el silencio entre los cuatro hombres que compartían la hoguera, y tan solo las sombras de sus cuerpos se movían danzando a la luz de las llamas.

En tan solo un parpadeo, el desconocido tensó más el hombro hacia atrás y liberó los dedos que sostenían la flecha.

El astil del proyectil se sacudió en el aire por un instante, como el rabo de un reptil, pero rápidamente se rehízo y canalizó toda aquella energía en un letal impulso hacia delante, buscando el corazón de Varley, que abrió los brazos recibéndolo casi con agradecimiento en su pecho.

Pero la punta no besó su carne ni penetró sus entrañas. Un sordo “clac” la detuvo en pleno vuelo a pocos centímetros de su objetivo, cuando la espada negra de Torgund descendió como una guadaña interceptándola.

Ofuscado al ver su proyectil yaciendo sobre la hierba, el arquero cargó de nuevo; se disponía a disparar una vez más cuando Torgund lo desarmó utilizando la guarda de la espada contra su nariz. Después lo inmovilizó contra el suelo con sus enormes manos, que lo aferraban por los brazos como dos cepos de caza.

—¡Suéltame desgraciado! —daba patadas y cabezazos contra el pecho del gigante, se revolvió acrecentando la furia de sus ataques, hasta que Varley se incorporó con dificultad, como si cargara sobre sus hombros con el mayor peso que cargar pudiera.

Se aproximó hacia ambos y dirigiéndose al arquero dijo con sencillez:

—Marlon... —aquello paralizó por un momento la garra que ejercía

Torgund, al constatar que en efecto se conocían—. Wilhelm ha muerto.

El joven dejó de debatirse entre los brazos del Kaimu. Torgund se hizo a un lado, y Marlon se sentó como pudo sobre la hierba, contemplando el rostro triste de Varley entreverado de claroscuros.

Y sin más lloró. Y siguió llorando durante largo rato en el cual nadie osó interrumpir.

Pasado el llanto, los golpes contra el suelo y las explicaciones al cielo, Marlon clavó la vista en Varley.

—¡Todo ha sido culpa tuya!

Lucius y Torgund se miraron de reojo.

—Marlon... —comenzó Varley.

—¡Calla! —exclamó él, incorporándose bruscamente y apartándose del grupo.

Varley lo siguió midiendo tanto sus pasos como sus palabras.

—Hijo... —continuó. Y entonces Lucius volvió la vista boquiabierto hacia Torgund, que hacía tiempo que había atado los cabos sueltos.

Pero Marlon se había puesto en pie y corría desconsolado de regreso a la Atalaya del Oso, el único lugar que en ese momento podía llamar casa y en el cual podía sentirse seguro.

Varley se disponía a correr tras su hijo, cuando Torgund le retuvo con firmeza.

—Déjame que hable yo con él —sugirió el gigante con tono amable, aunque Varley se revolvió como si le hubiera mordido el talón una serpiente.

—¿Tú? —dijo liberándose de su mano—. ¿Qué sabrás tú?

—Más de lo que presumes, amigo, ya deberías saberlo después de este tiempo.

Varley agachó la cabeza avergonzado por su actitud y recapacitó.

—Está bien. Ve. Intenta hacerle entrar en razón, y si después de eso quiere hablar conmigo, aquí estaré.

Torgund abrazó a Varley con ternura, y tras separarse, habló a Lucius:

—Cuida de él hasta que vuelva, no vaya hacer alguna estupidez.

—Eso sería muy propio de mí —aceptó Varley.

—Descuida —asintió Lucius—. Casualmente, aproveché nuestra breve estancia en las callejuelas de Mil Ríos para hacerme con esto —el tabernero

sacó de entre sus ropas una botella de vino de Mil Ríos sin desprecintar—. ¡Un reserva de la Espuela! Cálido al paladar y con regusto afrutado...

Varley ya observaba a Lucius como si la ornamentada botella con forma de ánfora estuviera descorchada; y haciendo movimientos renqueantes hacia Torgund añadió:

—Ve... yo estaré bien —y sonrió.

—Sí que lo estarás —asintió Torgund, devolviéndole la sonrisa; después desapareció tras los pasos de Marlon, dejando atrás el sonido de una botella de reserva de la Espuela abriéndose con un sonoro “plop” que resonó en la oscuridad.

Torgund se abofeteó la mejilla. Estaba salivando.

—Dichoso vino —se dijo.

* * *

Transcurrieron tres horas, en las cuales Varley y el tabernero alternaban conversación, juego y cabezadas de agotamiento. En ese tiempo nada oyeron y nada vieron proveniente de la Atalaya del Oso.

Eso hizo que, al comienzo de la cuarta hora, Varley se incorporara y empezara a caminar inquieto de arriba abajo, ante la preocupada mirada de Lucius.

—Ya vendrá —aseguró para tranquilizarle.

—¿Cuánto hace que se fue? —preguntó Varley, sin dar signos de haber escuchado a su compañero de fatigas.

—Hará unas tres horas —afirmó.

Varley asintió, dio tres vueltas sobre sí mismo, y clavó de nuevo la mirada en la dirección por la que habían desaparecido Torgund y su hijo.

En ese momento, cuando ya comenzaba a perder toda esperanza, vislumbró a Torgund recortándose entre las sombras. Su corazón se desbocó, Marlon no venía con él. Pensó que la aceleración en su pecho era producto de la decepción, pero cuando el gigantón se hizo a un lado, y su corazón comenzó a latir como si fuera a salirse del pecho, comprendió que no latía rápido por decepción, sino por temor de enfrentar a sus propios demonios.

Marlon caminaba hacia él y lo miró a los ojos. Por primera vez veía en aquellos ojos los ojos de su hijo.

—Hablaré contigo... —dijo—. Pero no esperes mi perdón, te juzgaran por tus pecados y no seré yo quien lo haga —añadió, sin poder evitar posicionarse de aquella manera por encima de su padre.

Varley, sin embargo, sonrió con ironía, recuperando por un instante el brillo de sus ojos. Se disponía a apoyar su mano sobre el hombro de Marlon, cuando se detuvo a medio camino pensándolo mejor y respondió:

—En efecto... me juzgaran por ellos. Y quién lo haga va estar muy ocupado en ese caso. De manera que será mejor que aprovechemos el poco tiempo que me queda para hablar, no puedo garantizar que vuelva a disponer de él.

Sin más se retiraron aparte. En cuanto estuvieron a una distancia considerable, Torgund observó con rostro serió a Lucius.

—¿Cómo fue? —preguntó preocupado el tabernero. Torgund se aproximó severo y respondió.

—Dime que te queda algo de vino en esa ánfora y te contaré lo que quieras.

* * *

Varley se sentó sobre la nudosa raíz de un viejo fresno e invitó a Marlon para que se sentara a su lado. Por descontado que el joven rechazó la invitación y prefirió permanecer de pie, caminando de un lado a otro sin apenas mirar a su padre.

—Hijo... —empezó titubeando Varley— yo... en fin, vosotros dos... —se detuvo y se atusó nervioso el cabello de la cabeza.

«*Y eso que has bebido Varley... maldito chiflado*» —habló su conciencia.

Replanteándose su estrategia sobre la marcha, sorbió sonoramente por la nariz y recommenzó.

—Mira... habré ensayado este momento delante del espejo cien mil veces, y ahora mismo no sé por dónde empezar.

«*Es posible que sea porque esos ensayos iban acompañados de una botella, imbécil*» —sentenció la conciencia.

—¡Calla! —se recriminó en un susurro dirigiéndose a su propia

cabecita atribulada.

Marlon se detuvo un instante, mirándole con recelo.

—¿Has bebido? —su padre titubeó un segundo antes de responder.

—Siempre. ¿Para qué negarlo? —Marlon alzó la vista al cielo—. Pero no creas que el hecho de beber me hace menos cuerdo. Pues están los sabios que hayan la virtud en la continencia, y estamos el resto que encontramos la verdadera sabiduría en la claridad del vino... claro que por el camino ganamos sabiduría y perdemos virtud, pero esa es otra historia.

—¿Qué quieres? —interrumpió Marlon.

—Hablar con mi hijo si es posible.

—Pues ya estoy aquí. ¡Habla!

—Eso intento... pero no sé por dónde empezar.

—Deja que te ayude —dijo Marlon con voz hiriente—. ¿Qué tal si comienzas por explicar por qué nos abandonaste? —Varley no necesitaba ver que aquella conversación no versaba sobre sus propios demonios, sino sobre las heridas y demonios de ambos.

Abatido, respondió lo mejor que pudo.

—Me gustaría tener una respuesta fácil para esa pregunta, hijo. Pero creo que todo se reduce a una falta de comprensión y empatía, mezclado con egoísmo en ambas direcciones. Mezclar, agitar y ¡badabum!

—No escurras el bulto culpando a madre.

—No la culpo. Pero sí la hago responsable, en la misma proporción en que yo pueda serlo. Ambos compartimos nuestra parte de responsabilidad en vuestro sufrimiento.

Marlon agachó la cabeza como si retrocediera a una época más feliz. Una época en la que estaban juntos como una familia y Willhelm vivía.

—¿Qué os pasó? ¿Qué le pasa a la gente como tú hoy día?

Varley rio irónicamente.

—Supongo que padecemos el mal del matrimonio...: la mujer cree que el hombre cambiará, pero el hecho es que no cambia; y el hombre cree que la mujer no cambiará, pero siempre cambia.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué nos dejaste?

—¡No os abandoné! —estalló al fin—. ¿De acuerdo? Se me expulsó, se me desterró, se meapestó. Soy un desgraciado que se vio obligado a vivir

aparentando sentir una felicidad que no sentía, tan solo para salvaguardar vuestra propia felicidad. Se me privó de la alegría de ser padre, y todo...

—¡Porque engañaste a madre! —interrumpió Marlon, hiriente, haciendo que Varley pusiera los ojos en blanco.

—No, Marlon. No fue así —cabeceó—. Aunque tu madre y vosotros dos preferíais simplificar las cosas de tal manera para haceros más digerible la píldora.

—¿Entonces?

Varley reflexionó por un instante, como si no supiera cómo exponer los hechos.

—Se me acusó de un pecado que no había cometido. Se me persiguió por un crimen sin fundamento, y donde necesitaba comprensión y ayuda, tan solo se me ofreció la asistencia de charlatanes y boticarios de pandereta.

—¿Lo niegas?

—Totalmente. Yo no engañé a nadie. Pero acepto que aquellos hechos que tu madre temía hubiera cometido, terminaron tomando forma al arrinconarme y verme sumido en la tristeza. Así que sí; aquello que temía tu madre que fuera cierto, terminó por hacerse real, gracias en gran medida a mi depresión y a su falta de empatía.

—Madre era la mejor persona que he conocido —contraatacó Marlon.

—Y es cierto hijo. Tu madre ha sido muchas cosas, entre ellas una gran mujer, gran madre y mejor luchadora... pero la empatía nunca ha sido su fuerte, por mucho que se disfrazara de dulzura y comprensión.

Marlon cargó con su cuerpo contra Varley derribándole con el hombro. Rodaron ambos por el suelo, y el muchacho se subió a horcajadas sobre su padre, asestándole puñetazos en el rostro sin misericordia.

Varley no se defendía y Marlon descargaba un mazazo tras otro, impregnándose las manos con la sangre y las babas de su padre. Sacudiéndose con cada golpe toda la frustración de sus breves años de vida.

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Mentiroso! —decía.

Cuando su ataque cedió, y Varley pudo escupir flemas sanguinolentas y algún diente, jadeante, respondió:

—¿Mentiroso? Que me lo hayan repetido toda la vida no hace que sea más cierto, hijo —escupió de nuevo, y aferrándose la nariz con dos dedos palpó el hueso blanco que brotaba hacia fuera de manera obscena. Con un

rápido movimiento se sucedieron tres fuertes sonidos: “Crac” al colocarla; “Arrrrrgh” cuando Varley gritó; y “plof” cuando se dejó caer contra el suelo aturdido por el dolor.

—Nos dejaste... nos dejaste... y ahora mamá está muerta... y Wilhelm... —sollozó abatido Marlon.

Varley se aproximó hacia su hijo arrastrándose por el suelo sin molestarse en incorporarse.

—Nunca os dejé hijo. Nunca. No estuve lo suficiente a vuestro lado, descuidé las cosas importantes, y no hay un minuto de mi vida que no me arrepienta por ello. Pero no os dejé; eso, al menos, tienes que entenderlo. Os quise a mi manera, y os di todo cuanto tuve y se me permitió daros.

Suprimió un breve sollozo, y continuó.

—Nunca he podido ser padre, no de verdad, al menos, y lo siento. A veces me encuentro pensando sobre lo que sería empezar de nuevo. Ser padre otra vez, y poder disfrutar de lo que supone criar a un hijo... Todo eso, con vosotros se me ha negado. Pienso...

—¿Qué piensas?

—Que habría sido bueno en ello —se miraron—. Pero creo que es algo que nunca sabremos con certeza.

Marlon quiso acercarse a su padre y abrazarlo, pero el orgullo lo retuvo.

—¿Por eso acabaste ahogando las penas en alcohol? ¿Para olvidar tus fracasos como padre?

Varley asintió sin dejar de mirar a su hijo; el atisbo de una mueca dolorosa se dibujaba en su cara.

—En efecto. Bebí para olvidar. Pero hace tiempo que no tiene efecto alguno, y los recuerdos vienen y van a su antojo burlándose de mi tolerancia al vino.

—¿Y madre... por qué?

—No pudo soportarlo... Al principio parecía que sería capaz de lidiar con ello, pero en el fondo ella sabía que no era lo bastante fuerte. Se fue encerrando en sí misma más y más, hasta que la persona que era tu madre me fue irreconocible; llegué a cuestionarme qué pude haber visto en semejante mujer. Y, no obstante, traté de hacer honor a mi juramento; realicé gestos e hice promesas; cometí espantosos errores que no se supieron hablar y fueron

utilizados como arma arrojadiza; y, finalmente, sospecho que mal aconsejada por sus más allegados, me arrojó de nuestra familia pensando que con ello solventaría algo.

—¿Y solucionó algo?

—Nada; y se lo advertí en su momento que así sería. Tan solo me alienó, e hizo que olvidar quién era resultara más y más sencillo. Si con sus actos esperaba recuperarme, tan solo rubricó nuestro mutuo fracaso.

Durante un tiempo permanecieron en silencio, escuchando la brisa nocturna sacudir la hojarasca y contemplando a las mariposas nocturnas batir sus alas.

—Lo que daría por un buen trago en este momento —suspiró Varley. Su hijo volvió la mirada hacia su padre y sonrió de lado, observando por primera vez a un hombre sencillo cuyos sufrimientos doblaban su espalda.

—No creo que tenga nada que ofrecerte para beber —dijo Marlon.

—Es igual. Ya estoy acostumbrado a la sensación de sequedad en la boca y a los arañazos de mi estómago pidiendo licor, como los pajarillos piden gusanos a sus madres.

—Pero creo que sí puedo darte esto —añadió.

En ese momento Marlon extendió la mano derecha hacia su padre, que la contemplaba como si se tratara de un alacrán. Alternando sus ojos entre la mano que se le tendía y la mirada de su hijo, Varley estrechó sus dedos con temor. Y nada más apretarlos entre sus palmas sintió que una oleada de calor lo embargaba.

—No digo que sea capaz de perdonarte, padre. No aún, al menos. Pero te comprendo y sé que no fuiste responsable de la muerte de Willhelm, aunque el rencor me impulsara a culparte —apretó su mano con más fuerza, y Varley lo atrajo hacia él, fundiéndose en un abrazo.

Ahogadamente, sin emitir sonido alguno, comenzó a sollozar. Y fue un llanto amargo pero alegre, si es que puedo explicarme. Y las convulsiones e hipidos fueron en aumento, haciendo que Torgund y Lucius aparecieran a su vez buscando el origen de semejante barullo.

Dejaron que padre e hijo permanecieran abrazados el tiempo que necesitaran, mas el llanto por el reencuentro no cedía. Así, Torgund dio un paso al frente y Lucius lo siguió. Se arrodillaron a un lado y a otro de la pareja y, abriendo sus brazos, se sumaron al regocijo.

* * *

En los pasillos y estancias de la Fortaleza del Agua se había instaurado la penumbra y el pesar, con raíces profundas que se alimentaban a diario de la desesperación de sus habitantes.

Y nadie había en Mil Ríos más desesperado y más pesaroso que Rimbaud, el regente de las tierras y predios de los cauces.

A todo el mundo se le hizo evidente, mas nadie osaba mentarlo; el rey de Mil Ríos parecía decrepito, avejentado y oscuro. Y no es que fuera solo oscura su piel, era oscura su alma.

El pueblo decía que era lógico, pues en poco tiempo había perdido esposa e hijo. Sin embargo, algunos aseguraban que su vida había estado siempre sembrada de tragedia, pues recordaban cuando el rey era un estarosta alegre y sencillo, aconsejado siempre por su fiel bufón, y cómo en aquellos años el rey había tenido un primogénito que, según dijeron, murió a los pocos meses de vida. Aunque algunos amantes de las conspiraciones sostenían que el rey lo había matado con su propio cordón umbilical al nacer; o que su difunta madre, Diana, devoró la placenta y el bebé, volviéndose loca al alimentarse de su propia sangre; los menos pensaban que el bufón del rey lo había secuestrado y daba rienda suelta a sus enfermizas perversiones.

En cualquier caso, lo único que había de real en todo aquello era que Rimbaud ya no era el mismo. Y probablemente ya no hallaría felicidad en este mundo.

«Y no hay otros mundos... eso te lo puedo garantizar».

La voz hablaba en su cabeza como aquella primera vez, burlona, superior.

Sentado en su trono, el regente atendía, o más bien veía pasar a sus súbditos realizando peticiones que no pensaba atender. Ya nada le importaba, ¿para qué molestarse?

Terminadas las audiencias, y a solas con su consejero Mabruk, el rey se recostó en su silla, aplastado bajo el peso de una corona que no sabía muy bien cómo había llegado a ceñirse en torno a su frente.

«Te viene grande... ¡Oh, rey de Mil Ríos! ¿O debería decir rey de las Mil Penas?»

Mabruk aguardaba paciente los designios de su rey... su títere. Percibía en las muecas del monarca y en los pequeños espasmos de sus mejillas la presencia de un Mork. La sutil tortura de la mente a la que era sometido Rimbaud desde hacía años, había rendido cuantiosos beneficios, convirtiendo al regente en una sombra de lo que fue, impulsada tan solo por el hálito formal que le restaba por espirar.

—¿Que ha de hacer un rey —comenzó a hablar Rimbaud con voz pastosa, arrastrando las palabras con desgana—, cuando su reino ya no le pertenece?

—Reinar, mi señor —aseguró Mabruk sin mirarle a los ojos.

—Pero para reinar debemos hacerlo sobre alguien, o sobre algo, un reino... y yo he perdido a mi pueblo, o la fe de mi pueblo, que es lo mismo que perderlos a ellos. He perdido mi reino, o lo perderé muy pronto a manos de una potencia extranjera que solo predica la conquista y la violencia... y he perdido...

Rimbaud agachó la cabeza y comenzó a sollozar. La corona, de sencilla factura, rodó de su frente y cayó rebotando escaleras abajo, esparciendo un eco ensordecedor en la sala del trono.

Mabruk detuvo la joya de los reyes con un pisotón firme de su calza.

—He perdido a Diana... he perdido a Ulfgang... y he perdido a mi primogénito y a mi mejor amigo antes que a ellos...

«Tus actos los han matado a todos».

Mabruk tomó la corona, y ascendió por las escaleras para ceñirla de nuevo sobre la cabeza de Rimbaud. Sin embargo, este sacudió un fuerte manotazo, e hizo que la corona volara precipitadamente por donde había venido, restallando contra el mármol del suelo.

—¡Aparta de mi tus cadenas!

—¿Llamáis cadenas a vuestra corona? —lo recriminó Mabruk

—¡Sí! ¡Yo la maldigo! ¡Pues por ella lo he perdido todo! ¡Y nunca me otorgó poder, sino desdicha y desesperanza!

Lloró convulsivamente mientras el Mork que habitaba en él lo azuzaba como a un perro moribundo.

«No hay salida, no hay futuro, la nada solo. No sois nada... y a la nada habréis de volver».

—No hay salida, no hay futuro... —susurró Rimbaud— nada... nada... nada... —repetía.

—¿Mi señor? —de pronto el rey clavó sus ojos en Mabruk como si tomará conciencia repentinamente de que estaba allí.

—¿Tú? —se levantó y avanzó a trompicones hacia él con la mirada perdida de los dementes—. ¡Mi consejero leal, tú me dirás qué debo hacer! —dijo mientras lo aferraba por los hombros desesperado.

—¿Yo, mi señor?... —fingió incredulidad—. No osaría deciros cómo debéis actuar. Soy tan solo vuestro más leal y fiel servidor —inclinó la cabeza teatralmente, y Rimbaud retiró sus manos.

—¡Sírvenme pues! ¿Qué debo hacer? ¿Luchar? ¿Rendir el reino a los degenerados que vienen de las profundidades? ¿Abdicar en alguien más joven y fuerte? ¿Quizá alguno de los nobles? ¿Sutton, Brown...? ¡Contesta! —lo apremió.

—Tan solo puedo deciros que miréis en vuestro interior. Y hallaréis la respuesta con sabiduría y templanza.

Rimbaud dio la espalda a Mabruk mientras dos cuervos negros, Huginn y Muninn se deslizaban sobre los hombros del consejero.

—¿Debería mirar en mi interior...?

«Si... mira allí... te encantará lo que vas a encontrar. Vosotros los Perantaraan odiáis mirar hacia dentro, siempre ocupados con lo que hay fuera. Y cuando por fin volvéis la vista atrás... ¡ajajajajajaa!... no reconocéis ni vuestro propio nombre».

La mente del rey se inflamó con imágenes de desolación: su reino arrasado por las llamas y devorado por los insectos; la podredumbre y los vapores sulfurosos de pozos profundos alzándose por doquier; Mil Ríos destruido e infestado de túmulos sin nombre.

Un espejo gigante, de cuyo reflejo no podía escapar, cargó contra el rey obligándole a verse en él. Por un instante contempló su rostro juvenil, aquel rostro que tanto había añorado, la sonrisa que enamoró a Diana, las manos que jugaron y bromearon con Kadros...

Desconcertado, se llevó las manos a la cara sin dar crédito a lo que veía. Palpó las mejillas con las yemas de los dedos, precavido. Entonces sintió cómo sus dedos se adherían a su piel y, al retirarlos, arrastraban hilachas de tejido pútrido que se desprendía del hueso.

Poseído por el nerviosismo, comenzó a tirar de un lado y de otro; la piel flotaba en filamentos de su rostro reflejado, y él gritó horrorizado ante aquella visión; hasta que la máscara que había sido Rimbaud se desprendió y debajo tan solo quedó un anciano decrepito, de mandíbula desdentada y piel cetrina, que con ojos huraños y malévolos le devolvía la mirada desde el espejo.

—¡Calla! —ordenó el rey, y el espejo se esfumó llevándose consigo las pesadillas.

«Ya es tarde para hacerme callar. ¡Soy el señor de este mundo... contemplad mis obras y desesperad!»

—¡Dime tu nombre, ente, bestia, o demonio y dime qué debo hacer! —dijo al fin, decidido a dirigirse a la voz y obtener así respuestas y descanso por cualquier medio posible.

«Pues que tu petición haces, no seré yo quien la desoiga... Sarkôn me llamaban algunos, pero por otros nombres he sido conocido con el correr de los años... Adulador, traidor, maestro de engaños, príncipe de la mentira, y ahora... Señor del Mundo».

—Puesto que parece ejercer gobierno sobre los reinos, al contrario que yo. ¡Respóndeme ahora!

«¿Quieres saber qué tienes que hacer?... La respuesta es tan sencilla como que tienes la respuesta ante ti».

Rimbaud contempló el enorme vitral de colores que se alzaba ante él dejando pasar la tímida luz del sol. Los juegos de luces se entremezclaban rojos, verdes y amarillos sobre su rostro apesadumbrado.

—¿Es esta la respuesta?

«Es la respuesta que querías. ¿No es así?»

—¿En verdad es lo que quiero?

«Es el momento. ¡Hazlo!»

—No sé si tengo valor para ello —respondió Rimbaud.

«No es cuestión de valor, sino de desesperación; y tú rebosas la misma. ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo ya!»

Rimbaud contempló detenidamente la vidriera con los ojos húmedos. Cada una de las partes de la composición daba forma a un pasaje de la historia antigua. Pasajes largamente olvidados que todavía hallaban refugio en obras

de arte y vitrales como ese.

La luz de los soles a través del cristal, alumbraba la imagen difusa de lo que el artista quiso fuera Kilumaras, y bajo su manto la creación del mundo se desplegaba con infinitud de detalles.

¿Era aquella la respuesta? ¿Era otra la respuesta? —se preguntaba Rimbaud. “*Tienes la respuesta ante ti*”, había dicho Sarkôn.

«*¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo!*» —proseguía aquella sombría voz presionándole.

El rey de Mil Ríos, heredero de la familia de los estarostas, sangre de noble linaje, dio un paso al frente como si deseara contemplar más de cerca el arte del cristal.

«*¡Hazlo!*»

Sin previo aviso, y sin mirar atrás, Rimbaud avanzó con fuerza hacia delante, rompiendo en mil pedazos la hermosa vidriera. Su cuerpo se precipitó al vacío sin emitir grito, o gemido. Sencillamente voló por el cielo nuboso sin mirar atrás, con la conciencia carcomida, sin esperanza. Y sobre las frías losas de la Fortaleza del Agua su sangre se derramó en un cálido y oscuro charco, que se fue extendiendo lentamente, pero sin oposición, alrededor suyo.

Mabruk se aproximó a la vidriera abierta al cielo, de cuyas uniones colgaban afilados fragmentos de cristal sin desprender; Huginn y Muninn graznaban pletóricos sobre sus hombros.

La guardia alertada por el griterío entró como un vendaval en el salón del trono, y encontraron a Mabruk junto a la vidriera con sus ropas vibrando por el viento que entraba en la estancia. Sin mirarles ni una sola vez, dijo:

—El rey Rimbaud ha muerto. Llamad a todos los señores y que se preparen las exequias. Hasta que encontremos un heredero adecuado, yo ejerceré la regencia de Mil Ríos en aras de una transición pacífica... —y tras pensarlo un instante añadió—: Y llamad al sumo sacerdote Kohen, debe preparar un viático adecuado para la ocasión.

Los soldados no rechistaron. Sorprendentemente no hicieron comentario alguno, ni dejaron traslucir la menor sospecha contra el consejero del reino.

Todo el mundo estaba hastiado y abatido, ya a nadie le importaba nada. ¿Qué el rey había muerto, y había un nuevo regente? Pues tanto gusto y a otra cosa. La apatía gobernaba el mundo ahora, y la apatía era la cesión voluntaria de la voluntad.

La guardia se retiró, y entonces Leviathanas se permitió una abierta sonrisa. Con deleite se aproximó al trono, y se acomodó gustoso, con ambos cuervos parloteando triunfantes a su alrededor.

—Todo se está desarrollando conforme a lo previsto mis queridos siervos —los espantó de su espalda, y se sumió en algún tipo de reflexión que consiguió que su rostro reflejara un triunfo enfermizo y peligroso. Desvió la vista hacia la vidriera, donde el rostro de Kilumaras le devolvía una mirada fragmentada y silenciosa; divertido por la ironía del momento, habló dirigiéndose a su enemigo:

—Lo más gracioso del asunto es que, en efecto, Sarkôn decía la *verdad*. *Rimbaud tenía la respuesta delante*. Pero fue lo bastante necio como para no verla, y en vez de ir hacia ti, optó por pasar a través de ti; es una sutileza exquisita mentir diciendo la verdad, impulsando así al hombre a actuar de manera irreflexiva e imprudente.

Hizo un breve silencio, mientras Huginn y Muninn ocupaban los reposabrazos y se dejaban acariciar por su amo.

—No hay nada más placentero que ver rendirse a un hombre, cuando tenía la salvación al alcance de su mano, de haberlo sabido.

Los graznidos resonaron como risotadas frívolas en el silencio del trono.

* * *

En su fría prisión flotante, Kadros sintió una punzada mortal de dolor y se dejó caer desfallecido. Había combatido de nuevo, había luchado en la distancia tratando de mediar por su amigo, el rey... y había fracasado.

—Rimbaud, Rimbaud... ¿Qué ha sido de ti? —se lamentaba el Kaimu para el cual la pena no era ajena.

Rehaciéndose con dificultad se colocó en posición fetal y, preocupándose por primera vez en mucho tiempo por sí mismo, comenzó a tiritar.

La Espiral cobró fuerza repentinamente, como si estuviera allí por primera vez. Había estado tan ocupado tratando de salvar a Rimbaud que se había olvidado por completo de comer, de beber... asediado siempre por la fuerza inmarcesible que parecía habitar el mundo.

—Kilumaras sálvalo, Kilumaras sálvalo.

Suplicó durante horas, sabiendo que el destino de Rimbaud nunca estuvo en sus manos, sino en las de Él.

* * *

—Y por esa sencilla razón es por lo que hemos venido hasta aquí —concluyó Torgund.

Marlon miraba a uno y a otro, alternando entre Torgund, su padre y Lucius.

—A mí no me mires —afirmó Lucius excusándose—. Yo apenas si conozco a estos dos.

—¡Venga ya! —exclamó Varley—. Un buen tabernero siempre conoce a su parroquia mejor que sus propias madres. Al fin al cabo sospecho que los has visto vomitar más veces que sus progenitores cuando eran niños.

—En eso te doy la razón, amigo. Pero, que yo sepa, entraste una única vez en mi local, le partiste la crisma a mis...

—Gorilas —apuntilló Varley.

—Lo que sea... —replicó Lucius—. Aunque por tu manera de beber cerveza reconocí inmediatamente un hígado bien trabajado, sí señor.

—¿Es un cumplido?

—Viniendo de un avezado servidor de espirituosos... desde luego.

—¡Está bien! —interrumpió Torgund—. No tenemos tiempo para esto.

—Tienes razón —acordó Varley—. Disculpa. En ocasiones me pierdo mi propia verbosidad.

Se ciñeron nuevamente a la cuestión que tenían entre manos.

—En definitiva. Aquí mi amigo de tres palmas —dijo Varley señalando a Torgund— cree que la muerte de Willhelm está obviamente relacionada con lo que sea que fuera a cantar en la sala del trono. Y lo lógico es pensar que en esta atalaya algo se ha descubierto que nadie quiere que se sepa.

—Y así fue —corroboró Marlon. Su sentencia sin ningún tipo de sentimentalismo aguzó los sentidos del resto.

—¿Sabes algo? —preguntó Torgund.

—Desde luego. Lo he visto... fue entonces cuando decidimos que había que dar el aviso... y terminó por acudir Willhelm... debería haber sido yo —

concluyó Marlon con el pecho oprimido.

—Eso ahora no importa, hijo —susurró Varley, descansando una mano sobre su espalda—. Debemos averiguar por qué murió tu hermano y...

—Vengarlo —terminó Marlon la frase.

—Desde luego —asintió Varley—. Todo llegará... espero.

—Quien vive su vida con la meta de la venganza en el horizonte solo encuentra ceniza —alertó Torgund. Padre e hijo se volvieron resentidos.

—No es la meta de mi vida en este momento, grandullón. Pero no me pidas que perdone lo que se ha hecho. Ni que excuse a los causantes de nuestra desgracia.

—Solo te alerto sobre los peligros de juzgar a la ligera.

Varley sonrió mientras asentía.

—Torgund, amigo... yo no voy a juzgar a nadie. Eso es problema entre Kilumaras y ellos...

—Así es.

—Pero nada impedirá que acelere un poco la entrevista —y se giró de nuevo hacia Marlon—. ¿Puedes llevarnos hasta aquello que visteis?

—Por supuesto. Pero desde la última vez los he estado observando, y han incrementado la vigilancia y las patrullas; será complicado.

Torgund dio un paso al frente y desenfundó su espadón negro, clavándolo con brusquedad en el suelo a pocos pasos de Marlon.

—¿Recuerdas el lugar? —Marlon asintió sin comprender—. Bien... en tal caso...

Se vieron interrumpidos cuando el cielo se iluminó, bruscamente, con una granizada de saetas embreadas que surcaron el cielo dejando tras de sí un rastro humeante.

Los cuatro se pusieron en alerta, como empujados por un resorte, y desenfundaron sus armas; Torgund arrancó la suya del suelo y la blandió por delante del grupo.

—¿Qué sucede? —preguntó Lucius.

—Vendrán a concluir el trabajo —afirmó Varley.

—Es más que eso... ¡Mirad! —Torgund señaló cordillera arriba recorriendo con la mirada los Dientes del Dragón.

—¡La Atalaya del Águila! ¡Y la Atalaya del Perro! ¡Están en llamas! —

exclamó Marlon.

Torgund asintió.

—No es solo que vengan a terminar el trabajo y a silenciar a cualquier testigo de sus planes. Están aprovechando para purgar el reino. Intuyo que un nuevo señor controla Mil Ríos desde hace tiempo, aunque Rimbaud se haga llamar rey. Y sospecho que ya no encuentra útiles a los mensajeros de las atalayas...

—Cuando tiene cuervos —terminó Varley la frase; se miraron ambos comprendiéndose a la perfección.

—¡Mabruk! —dijeron a la par, y las flechas incandescentes comenzaron a clavarse por doquier, prendiendo el pasto, las copas de los árboles y la apartada estructura de la atalaya.

En los límites de su visión, una patrulla armada se adentró a la carrera con las armas en alto cargando contra ellos. El crepitar de la hojarasca y la madera crujiendo se sumó al coro de voces beligerantes haciendo que sus corazones dudaran.

—¿Plantamos cara? —preguntó Marlon, que movía y removía sus dedos sobre la empuñadura de su maza como si no terminara de aferrarla correctamente.

—¡Ni en broma! —repuso Varley—. ¿Recuerdas o no el sitio en cuestión que nos ha traído hasta aquí?

—Sin duda —afirmó. Torgund se acercó a él de nuevo y clavó la espada en el suelo.

—En ese caso cierra los ojos y visualízalo. Cada detalle, cada recoveco que recuerdes.

—¿Para qué servirá eso? —preguntó.

—¡Tú hazlo! —uno de los atacantes se había aproximado ya a tiro de piedra; Varley tomó por el filo un cuchillo del cinto y lo arrojó con maestría. El frío metal se hundió por encima de la gola del hombre alcanzándole en el cuello y deteniéndolo en seco. El soldado frenó su carrera como si hubiera chocado contra una pared invisible, y cayó al suelo como una losa—. ¡Espabila, maldita sea! —terminó Varley, increpando a su propio hijo.

—¡Vale, vale! —Marlon respiró hondo, y aferró la empuñadura del espadón negro mientras el resto tocaban al muchacho por los hombros.

Los cuatro desaparecieron justo cuando una maraña de flechas se

clavaba allí donde habían estado.

Una orquesta de graznidos furiosos se sumó al desconcierto de la tropa, que miraba atónita las pavesas alzándose al cielo.

* * *

Aterrizaron con brusquedad contra el suelo, entre una tupida masa de árboles que los protegía de miradas indiscretas. Se llevaron las manos a la espalda y a los hombros, allí donde se habían magullado.

—¿Pero qué...? —preguntó Marlon aturdido.

—Cuando uno no retiene la imagen con claridad... —explicó Torgund refunfuñando— esto es lo que pasa.

—Menuda mierda de viaje —añadió Varley.

—Uuurrghh —atinó a compartir Lucius, revolcándose entre raíces.

—La próxima vez voto por viajar a patita —sugirió irónico Varley—. Este sistema tuyo es basura, amigo.

—Te responderé como acostumbras a hacer tú, Varley: esa es tu opinión, y si me lo permites me paso tu opinión por el agujero ciego.

—¡Vaya! ¡Mírale! Si al final se te va pegar algo de mí, santón —rio Varley.

—¡Silencio! —exclamó Marlon nervioso, haciendo que todos se pegaran contra el suelo.

En ese instante una patrulla de tres hombres de negro atravesaba la espesura sobre monturas también negras. Dos de ellos continuaron sin detenerse, pero el tercero retuvo su brioso caballo, que le recriminó el tirón agitando los belfos con un relincho quejumbroso.

Ninguno de los cuatro respiraba, tratando de minimizar cualquier sonido que pudiera revelar su posición. La oscuridad y la densa foresta los ocultaban, de manera que era solo cuestión de esperar, esperar... pero el hombre de negro no se alejaba.

«¡Malditos binaturales!» —se dijo Varley que había desarrollado una especial inquina contra ellos. Torgund no necesitó leerle la mente para saber lo que estaba pensando.

El hombre cuervo meneó la cabeza de un lado a otro, cual ave de presa, y abría y cerraba rápidamente la boca, como si fuera una cigüeña al crotorar;

aunque el sonido de sus dientes entrechocando rápidamente resultaba más enervante y siniestro.

Finalmente el jinete agitó la cabeza y se retiró, volviendo de cuando en cuando el cuello hacia atrás de manera antinatural para un ser humano, girándolo al modo de las aves cuando vuelven la mirada.

Los cuatro suspiraron lentamente cuando desapareció el jinete, dejando salir el aire que habían contenido en los pulmones, y entre susurros Torgund le sugirió a Marlon:

—Llévanos a donde sea que tengamos que ir y salgamos de aquí sin perder un minuto.

—Me parece —dijo Marlon.

—Lo veo —añadió al unísono Varley.

—Desde luego sois padre e hijo —sentenció Lucius.

* * *

Así llegaron al declive donde Willhelm y Marlon habían contemplado por primera vez las obras de mampostería, y el desmesurado arco que sobre ellas se elevaba desafiando la imaginación.

—¡Santo cielo! —quiso gritar Varley, pero se quedó en un susurro impostado—. Tendrá lo menos cuarenta pies de altura.

—Willhelm y yo concluimos que sesenta.

—¿Sesenta? —silbó por lo bajo admirado.

—¿Y para que construyen una puerta que no abre a ninguna parte? —preguntó Lucius cautamente.

—Las puertas y portales siempre abren hacia algún sitio, amigos. Eso es lo que me preocupa; si Mabruk está construyendo un portal escondido en Mil Ríos... no es nada bueno. ¿Podemos verlo más de cerca? Mi vista no es lo que era —solicitó Torgund.

—Imposible. Hay decenas de guardias... y esos hombres de negro... me ponen nervioso.

—Maldición —rezongó Torgund. Marlon se arrastró hasta el grandullón y extrajo algo de su zurrón.

—Pero tengo esto —en su mano alargaba a Torgund un pequeño catalejo, y el rostro del gigante cambió.

—Es perfecto —lo agarró sin mediar palabra, lo desplegó, y se lo llevó rápido al ojo sin cicatriz. En sus manos el aparato parecía más un mondadientes que un catalejo.

Durante largo rato movió el aparato de un lado a otro refunfuñando. En ocasiones su boca se torcía en una mueca de preocupación, y escupía sobre el suelo, enfurecido.

—¿Qué ves? —susurró Varley—. ¿Qué pasa?

Torgund cerró el catalejo con un seco “clic” y se lo devolvió a Marlon. Después se arrastró junto a ellos y expuso su teoría.

—Reconozco esas piedras. Las runas y jeroglíficos que contienen, algunas de ellas me son familiares. Y la grafía se extiende por todo el portal.

—¿Dónde? ¿Cómo? —preguntó Lucius.

—Proviene de la Escala —sentenció Torgund—. De los Tullidos. He subido muchas veces esas montañas, y no es la primera vez que me topo con esos símbolos.

—¿Qué son? —intervino Marlon, a lo que Torgund se volvió hacia él y dijo claramente agitado.

—Son piedras de transporte —y al ver que le miraban sin comprender, añadió—. Funcionan de similar manera a como funciona mi espada, el anillo de Xila, o el colgante de Kadros. Pero contienen una magia mucho más oscura, mucho más negra, que está grabada en la misma piedra. La historia dice que Sarkôn, señor de la tierra y el fuego, dejó parte de su espíritu en dichas piedras para que permaneciera su mal siempre ligado al mundo. Inamovible como la roca, firme como una montaña.

Varley sintió un escalofrío al escuchar el nombre del Mork. Recordaba aquellas historias de labios de sus padres. Cuando era niño siempre pensó que eran cuentos para ir a dormir, o historietas para asustar a los pequeños de la casa; ver que aquellas historias iban cobrando vida ante sus ojos no dejaba de asustarle.

—¿Entonces estás diciendo que están construyendo una especie de portal de transporte? —preguntó Marlon, incrédulo.

Torgund asintió sin añadir nada más. La firmeza de su gesto lo decía todo.

—Pero no lo entiendo —susurró Lucius, mientras Varley se hacía con el catalejo y echaba un rápido vistazo—. Si estamos hablando de que ese arco de

piedra es una especie de portal de transporte... ¿Qué es lo que transporta y desde dónde? ¿Y si no es para traer nada sino para llevárselo? A lo mejor no tiene tanta importancia como creemos. A lo mejor solo es una manera de mejorar el comercio.

—No creo que Mabruk contemple la posibilidad de utilizar ese portal para llevarse algo. Es obvio que tiene poder para transportar las piedras desde la Escala hasta Mil Ríos por medios que nos son desconocidos. Y si se ha tomado la molestia de traer semejante cargamento tan poco a poco, no creo que sea para sacar algo de Mil Ríos, sino para traerlo. Algo que no tiene la posibilidad de transportar de la misma manera que un montón de piedras —dijo Torgund.

—Vale. ¿Pero el qué? —insistió el tabernero.

Varley se retiró el catalejo.

—Un ejército —sentenció el detective, y todos se volvieron hacia él. Al sentirse observado, les miró suspicaz—. Al menos eso es lo que haría yo —y volvió a mirar por el artilugio—. Por no decir que están almacenando alimentos en aquel cobertizo como para alimentar a dos Fortalezas del Agua durante seis meses —señaló una enorme nave construida rudimentariamente con madera y paja.

—Tendría lógica... —aseveró Torgund—. Quizá la magia de Mabruk solo sirve para transportar objetos inertes, como un montón de piedras de la Escala. Es posible que con seres vivos no funcione igual.

—Y sería la manera de conquistarnos desde dentro, atacar desde el mismo corazón —dijo Marlon.

—Exactamente como a ellos les gusta —susurró Varley.

—¿Quiénes? —preguntó Lucius, que seguía a duras penas la conversación.

—Estás pensando en Confusión... —intervino Torgund—. ¿Verdad?

Varley plegó el catalejo y se lo devolvió a su hijo, mientras asentía, recordando las profecías que le había hecho aquel maldito ser.

—Hay otra cuestión que me intriga —dijo pensativo dirigiéndose a todos, pero buscando los ojos de Torgund, como si en ellos hallara un pensadero apropiado—. La logística.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marlon.

—Sí... a ver, ¿cómo han montado todo este tinglado pasando

desapercibida toda la operación a los estaros... al rey? Debe de haber sido un esfuerzo común, y ha tenido que contar con la colaboración de la Escala sin lugar a dudas.

Torgund abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Por los ojos de Kilumaras! —exclamó—. Claro que están en contacto con la Escala... y con la Cascada también. Han necesitado de todos.

—¿Y cómo contactaban? —preguntó Marlon.

—Los cuervos —explicó con sencillez Varley, sin dejar de mirar a Torgund; sus mentes trabajaban en ese momento al unísono, desentrañando la madeja que se rendía ante sus pies—. Esos malditos binaturales debieron de organizarlo todo por orden de Mabruk.

Torgund asintió.

—Es seguro que así es. Pero piensa, Varley, amigo... Piensa en estos tres reinos flotantes, piensa en ellos como en uno solo y dime qué ves. Si tú fueras Mabruk... y necesitaras unas piedras milenarias con el poder de Sarkôn durmiente en su núcleo... ¿Cómo harías para que los habitantes de la Escala te las dieran libremente?

—Libremente no. Les ofrecería algo a cambio —dijo el detective.

—Exacto. ¿Pero el qué?

Por un momento se hizo el silencio, mientras sus cerebros trabajaban sin cesar. La intensidad de sus miradas era casi dolorosa, como si ninguno de los dos quisiera pestañear para no demostrar al otro su debilidad.

Entonces Varley dio un golpe en el suelo, como si hubiera dado con la solución a un problema irresoluble.

—¡La madre que me parió! —levantó la voz demasiado, y los otros tres se encogieron temiendo que les hubieran oído.

—Sssssshhhh —le increpó su propio hijo.

—Perdón —volvió a susurrar Varley—. Hijos de la gran, grandísima e inabarcable puta.

—Eso lo aclara todo, supongo —dijo Lucius.

—Ahora lo veo —dijo Varley.

—¿Lo ves? —preguntó Torgund.

—Explícate por favor —el tono de Marlon era más una orden que un ruego.

—Solo hay que atar los cabos sueltos. Ver las piezas sobre el tablero y la información que tenemos...—rio—. Al final, atender vuestras sesiones en el Claro hasta va a rendir beneficio —rio Varley, hablando a Torgund.

—¡Habla ya! —dijo Marlon.

—Perdón... la cuestión es cómo conseguir que la Escala te dé unos pedruscos malignos, ¿no? Bien... negociemos. ¿Qué puede ser lo que quieran las mujeres de la Escala? ¿Qué recurso pueden necesitar tanto como para negociar con Mabruk por unas piedras?

—¿Oro? —aventuró Lucius.

—¿Territorios? —sugirió Marlon pensando en el recién reaparecido Mundo Antiguo.

—Niños —afirmó Torgund, sin dejar de mirar a Varley. El detective sacudió un dedo afirmativamente en dirección al gigante.

—¡Exacto! Niños. ¿Pero de dónde va sacar Mabruk en Mil Ríos suficientes niños para abastecer a una nación que carece prácticamente de natalidad? ¿Tal vez pueda hacerlo esquilmando a otra radicalmente?

—De Mil Ríos no, desde luego, alguien se habría percatado ya —acordó Marlon.

—¡Correcto! ¿Qué tal si los sacamos entonces de una nación que se basa en las supersticiones y los rituales paganos? Una sobre la que posea un control absoluto —Varley transmitía la emoción en sus palabras, disfrutando del ejercicio mental de revelar secretos como cuando era un joven sabueso—. ¿Qué tal una sociedad que rinde culto a la fertilidad y procrean sin ningún tipo de control, y además se les estimula a ello?

—La Cascada —continuó Torgund, satisfecho.

—Muy bien —dijo Varley.

—Pero es absurdo. Has dicho que la magia de Mabruk no puede transportar seres vivos —recriminó Marlon.

—Cierto. Pero hablábamos de un ejército tocado de turbantes con toda su impedimenta, y de adultos con no menos de siete arrobas por cabeza, si me permitís el símil porcino con estos bastardos... unos cuantos niños de tan solo tres o cuatro kilos en cada partida podrían ser perfectamente transportados de otra manera.

Marlon calló.

—Corre el rumor de que se han visto bestias aladas sobrevolando los dientes del Dragón... es descabellado, pero... podría ser...

—¡Ahí lo tienes! —aplaudió Varley, cada vez más satisfecho de sus deducciones.

—Todo eso está muy bien. Encaja y resuelve el misterio de las piedras y los niños. Pero ¿qué saca la tercera parte implicada, los habitantes de la Cascada, o siendo más claros, sus gobernantes? —preguntó Lucius, que había empezado a seguir con interés el monólogo de Varley, como si se tratara de una competición deportiva.

—Esa es buena, mi querido vinatero —corroboró Varley—. Y precisamente era la parte que tampoco me cuadraba en mi argumentación cuando se desarrollaba a toda mecha en mi cabecita de cirrótico. Pero cobró sentido al recordar las palabras de Xila y todo cuanto nos reveló en el Claro. También recordé mis conversaciones con Sera y Tania —ahogó un absurdo suspiro, sin saber por qué; al citar a esta última, su corazón dolía—...

—¿Y la conclusión? —apremió Marlon.

—La Cascada es una sociedad supersticiosa que está sometida bajo el control de una jerarquía drúidica, que mantiene su hegemonía basada en un poder místico, mágico o divino. Esto implica hacer constantes demostraciones a la población de sus habilidades, o contactos con entidades del más allá, para recordarles lo insignificantes que son. En definitiva hacer magia.

—Y sabemos que la orden de los druidas no era más que una banda de mercachifles —continuó Torgund.

—Precisamente. Así que ¿cómo hacer magia y controlar a la población? ... —Dejó que calara la pregunta, y él mismo la respondió—: Drogas... sustancias... o lo que ellos llamarían hechizos, o magia.

—Así podrían controlar a la población si consiguen que todo el mundo se administre su dosis; mientras por otra parte destierran, o someten al ostracismo, a aquellos que se resisten; como Tania, o Sera.

—Y veladamente, Mabruk traería ejércitos de este mundo y de otros para arrasar el reino de los Perantaraan, completando así la ansiada venganza de los Mork —apoyó Torgund

—¡Tiene lógica! —aplaudió Lucius, como si hubiera alcanzado el clímax de algún complejo proceso mental, aunque la última exposición de Torgund le había sonado a rúnico.

—Claro que la tiene, cantinero.

El peso de tales revelaciones cayó frío como un jarro, una vez expuesto; como si fuera un enorme monstruo de tres cabezas, representadas en los tres reinos, y al cual uno no podía enfrentarse sin perecer. De manera que la euforia inicial por sus descubrimientos, dio paso a una melancólica pesadumbre, ante la inabarcable tarea que se abría ante aquellos que desearan oponerse al curso de los acontecimientos.

—¿Y qué podemos hacer? —dijo cabizbajo Marlon.

Entonces Torgund animándoles a todos con sonoras palmadas en la espalda respondió:

—Puede que poco; puede que nada; eso corresponde a otras manos. Pero por el momento solo podemos hacer lo que hemos venido a hacer —los miró profundamente—. Kadros sigue encerrado esperando que alguien le libre de la ejecución.

Varley no sabía por qué razón, pero aquel pequeño objetivo le hizo recuperar la cordura y centrarse en los problemas inmediatos, olvidando toda la compleja trama que acababan de descubrir.

—Tienes razón. Debemos ir a la Espiral —Torgund asintió dando la razón a su amigo—. Hay que ponerse en marcha.

Varley se separó del grupo con paso decidido y se detuvo al comprobar que nadie le seguía.

—¿Qué? —preguntó volviéndose hacia el resto.

—Jamás llegaríamos a pie hasta la Espiral; no a tiempo para salvar a Kadros, al menos —afirmó Torgund.

Varley retrocedió como si le hubieran asestado un puñetazo en el plexo.

—¿Entonces no hay nada que podamos hacer? ¿Hemos fracasado... otra vez?

—Todavía no —Torgund desvió la mirada hacia Marlon, y este lo observó sin comprender todavía.

—¿Por qué me miráis a mí? —preguntó Marlon. Varley abrió muchos los ojos comprendiendo el razonamiento de Torgund, pero comenzó a replicar cansino.

—No, no, no... por favor. Otra vez no.

—Marlon... ¿Conoces la Espiral, has estado alguna vez allí? —

preguntó Torgund, y Marlon asintió—. Bien... quiero que la visualices con todo detalle.

—¡Mierda de viajecito que nos aguarda! ¡Espero que Kadros tenga bajo la axila la salvación del mundo, o me voy a cag...! —dijo Varley antes de que los cuatro se esfumaran sin dejar ni rastro aferrados a la espada negra.

XXIII

LA ESCALA

Rowena no podía negarlo, tan solo disimularlo. Tenía miedo. Los hechos se habían sucedido rápidamente y sin tiempo real para asimilarlos. El juicio contra la gran caudilla; las temerosas advertencias de sus consejeras, esas dos pequeñas sanguijuelas que parecían temblar, víctimas de sus propios experimentos; la llegada del mensajero de Mundo Antiguo y su posterior ejecución... todo se conjuraba para privarle de sosiego y reposo a la señora de la Escala.

Todavía recordaba cómo aquel animal afeminado las había amenazado y se había comportado con una arrogancia tal, que no se veía en el mundo de la Escala desde que el hombre había sido derrocado. Y sin embargo, a pesar de toda su petulancia y orgullo, algo le decía a Rowena que no deberían haberlo despachado de aquella manera. Algo le decía que ese solo acto traería sobre la Escala una venganza cruel y despiadada. Aunque, por otra parte, sospechaba que las gentes de Mundo Antiguo no necesitaban de una excusa para comportarse como lo hacían.

No obstante, si algo le quitaba el sueño y le hacía removerse en su cama, era pensar en Razzia. Fue Razzia, su eterna rival, la que azuzó a las Amazonas y las Matriarcas; fue Razzia la que socavó su poder y la hizo quedar como una pusilánime si no se sumaba a las voces que exigían el ajusticiamiento del embajador, negándole así el pan y la sal.

Sin debate jurídico alguno, el hombre fue despedazado y enviado de vuelta sobre su montura.

Recordar la presencia de aquel extraño cruce de murciélago con sabía el cielo qué cosa, también la inquietaba. La bestia en ningún momento defendió a su jinete ni intercedió por él con amenazas o rugidos. Permaneció

expectante en todo momento; y si hubiera podido afirmarlo, Rowena habría jurado que sonreía. Como si supiera algo que ellas ignoraban.

En cualquier caso ya era tarde. Tarde para dar marcha atrás en todos los aspectos. Cuando el orgullo nos impulsa cuesta abajo, la caída suele ser breve y la frenada brusca.

Sasa y Glima permanecían de pie frente a la matriarca contemplando su abatimiento.

—¿Mi señora? —aventuró Glima. Rowena creía haberla visto mover los labios durante los últimos quince minutos, pero no había escuchado nada de lo que había dicho, como si le hablara en un lejano sueño.

Ambas consejeras se observaron, preocupadas.

—Gran Matriarca —susurró Sasa, a la vez que depositaba su mano sobre el antebrazo de Rowena. La mujer pareció salir de su estado de estupor y recalar por primera vez en la presencia de ambas mujeres.

Agitando la cabeza dijo:

—Disculpad. No he podido conciliar el sueño esta noche por culpa de una imagen recurrente ¿Qué me decíais? —las consejeras se miraron sorprendidas. Nunca habían detectado signos de debilidad en Rowena. Y el hecho de que padeciera pesadillas no era un buen presagio.

—Mi señora... estábamos elevándoos nuestro informe sobre la última transacción comercial.

Rowena sacudió la cabeza, saliendo así del estupor provocado por sus preocupaciones particulares.

—Sí, sí... disculpad... continuad —Sasa observó preocupada a la Gran Matriarca. ¿Disculpad? ¿Cuándo fue la última vez que recordaba haber visto a Rowena disculparse por nada?

Glima se adelantó a hablar, viendo que Sasa no se atrevía a repetir su exposición.

—Reverenciada Matriarca... —comenzó—. Hace escasas horas apareció una remesa inusualmente importante de bebés en los Pechos. Más de los que habíamos recibido nunca. Y dicho envío venía acompañado por un pergamino sellado que nos instaba, no sin ciertas amenazas veladas, a concluir el envío de piedras en el acto.

Rowena las miraba sin decir palabra, como si todo aquello ya no le importara lo más mínimo. De manera que la asustadiza consejera prosiguió:

—A falta de más instrucciones procedimos como hasta ahora, y ejecutamos el envío de las piedras marcadas de los Tullidos tal y como se nos exigía. De manera que con este último negocio hemos terminado nuestras relaciones comerciales... por el momento; pues nuestro hombre ya no desea más de nosotras, y por nuestra parte tenemos niños y niñas para perdurar durante bastantes años.

—¿Y dices que se llevaron todas las piedras?

—Así es, mi señora —respondió Glima.

—¿Cómo demonios lo hacen? —se preguntó a sí misma la matriarca.

—¿Mi señora? —Rowena permaneció pensativa.

—Transportarlas... ¿Cómo lo hacen?... ¿Serán esas bestias aladas? ¿Magia tal vez?... ¿Algo peor?

Sasa dio un paso al frente.

—Matriarca... creo que la respuesta a esa pregunta nunca la sabremos... —aguardó esperando un exabrupto, o una reprimenda que no llegó—. Pero lo importante, como decía Glima, es que hemos recibido el mayor envío de bebés de nuestra historia.

La gran matriarca tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Rowena.

—En palacio, hasta que seamos capaces de clasificar los especímenes y asignarles su destino —se apresuró a decir Glima.

—Muy bien, muy bien... —asintió Rowena sin prestar demasiada atención, inmersa en sus pensamientos—. Podéis retiraros —fue una orden y no un ruego.

Apenas habían dado tres pasos, tras hacer dos sumisas inclinaciones de la cabeza, cuando Rowena las detuvo.

—¡Esperad! —se frenaron en seco aguardando los deseos de su señora—. Los niños... —había algo raro en la expresión de la Gran Matriarca que no supieron descifrar, algo parecido al terror; y si hubieran mirado de cerca habrían apreciado frías gotas de sudor corriendo por sus sienes— ¿Hay algo extraño en ellos? ¿Alguna... anomalía? —añadió.

Ambas consejeras dudaron sobre cómo responder ante aquella pregunta.

—¿Extraño, mi señora? —susurró Sasa.

—¡Sí! —recalcó Rowena más alto de lo que pretendía—. Marcas de

nacimiento, anomalías físicas... comportamientos inusuales, miradas... que denoten una mente más incisiva que la que corresponde a un bebé... qué se yo... ¿algo?

Glima y Sasa negaron rotundamente.

—Mi señora... el producto es perfectamente normal. La única anomalía radica en su número, que ha sido inusitadamente alto para lo que estamos habituadas.

Rowena seguía observándolas, sospechando que le ocultaban información.

—¡Muy bien! ¡Retiraos! —aquel tono sí fue el propio de la matriarca. Imperioso y señorial.

Ya a solas con sus inquietudes, Rowena volvía una y otra vez a la noche pasada, a las imágenes vertidas en su mente y al sudor que bajaba por su espina dorsal.

Sombras, fuego, la Escala en llamas, y una horda de bebés que gateaban hacia ella con las fauces repletas de dientes cónicos ensangrentados, hundiendo sus rodillas en las vísceras y cadáveres que abarrotaban el Palacio Matriarcal...

* * *

Garena contempló sus nudillos cuando dejó de vagar entre sus preocupaciones. Los últimos diez minutos los había pasado mirando hacia el sureste, con la vista clavada en las negruzcas murallas del Caldero, recorriendo sus afiladas torres rematadas con intimidatorios matacanes y sus múltiples barbacanas invitando a cualquier intruso a una cálida bienvenida.

¿Qué era el Harén al lado de semejante estructura? Un pozo de eunucos y sodomitas, con multitud de sedas, terciopelo y chifón para envolverlos.

¿Qué posibilidades tenía de haber ganado pugna alguna contra la todopoderosa caudilla de los ejércitos?

¿Acaso podía haber seguido protegiendo a sus “chicos”, como le gustaba llamarlos, de lo que en el fondo siempre supo era una vida de esclavitud a la espera de una fría ejecución?

No. No podía. Garena ya no creía en nada, pero si había algo parecido a un dios en el mundo, este debía de saber que lo había intentado con todas sus

fuerzas. Toda su vida la había dedicado a paliar la aborrecible tarea de aquellos muchachos, para que fuera lo más llevadera posible; al mismo tiempo que lidiaba con las altas esferas de poder en un frágil equilibrio para no ser acusada de sedición.

En parte, así había sido toda su vida. Pero contra la apisonadora de un mundo inclemente... ¿Qué es una simple anciana?

—Nada —susurró para sí misma, y encrespó de nuevo las manos contra la barandilla, haciendo que sus nudillos palidieran al perder el tan necesario riego.

Un joven eunuco se aproximó hasta la madame portando una bandeja de plata con un cáliz repleto de vino.

—¿Madame? —preguntó el muchacho, llamando la atención de Garena.

Ella soltó la barandilla, esperando encontrar la marca de sus manos sobre el metal, de tanto como había apretado, y desvió la mirada triste hacia el chico.

—¿Sí, Xifo? —el chico aferró la labrada copa y se la tendió a su señora. Garena la tomó y la bebió con cierto asco, sintiendo que aquel oleoso brebaje de color oscuro era la sangre que pronto todos habrían de beber.

El sirviente ya se retiraba, pero se detuvo al constatar que la mirada de Garena no se apartaba de sus ojos. Se conocían desde hacía años, cuando la madame lo tomó bajo su ala y protección. Le había servido con devoción y había aprendido a adelantarse a sus deseos y preguntas, basándose tan solo en los gestos de su rostro, la contracción de sus labios, las arrugas en los ojos, los surcos de su frente avejentada. Todo ello le hablaba con más claridad que muchas palabras.

Garena preguntó:

—¿Queda algún hombre entre los nuestros, Xifo?

El chico no se atrevió a responder, temiendo lo que muy bien podría ser una trampa.

—¡Contesta muchacho! No estoy tramando ninguna encerrona y te va la vida en ello.

Dubitativo respondió.

—Mi señora. Puesto que me lo pedís, os diré que nunca dejamos de ser hombres...; aunque nos castren, nos vistan de mujer, nos adoctrinen... en el fondo de nuestros corazones hay algo salvaje e indómito, que siempre aflora

cuando menos lo esperas, y que nos recuerda nuestro verdadero ser.

Garena contempló a Xifo sin saber muy bien si reír o llorar.

—Eso es bueno, entonces. Escúchame, pues, y presta atención, mi querido Xifo —el chico la miró preocupado, no ya por él, sino por el equilibrio de su señora—. El Harén no es más que un vulgar palacio de mármoles y pasillos lujosos donde se cultivan los placeres de nuestra noble sociedad; como el que cultiva tomates, o siembra patatas para la guarnición.

Xifo se atrevió a abrir los ojos con sorpresa, no ante la revelación de algo que ya sabía, sino por escuchar semejante cosa en boca de la madame a la que consideraba justa, e incluso bondadosa, pero de la cual no esperaba más que de cualquier otra mujer.

Y todo porque no conocía auténticas mujeres, no en la Escala.

—Habéis sido esclavos y habéis servido en todo aquello que se os ha exigido —se ahorró enumerar el sin fin de perversiones que ahora acudían a su mente—. Pero ha llegado la hora de elegir... deberéis escoger: ser corderos en un matadero... o recuperar vuestra hombría y vender cara vuestra piel como leones.

La sorpresa dio paso al miedo en el rostro de Xifo.

—¿Qué queréis decirme, mi señora?

—Hablo de una purga, amigo mío. La purga ha llegado. Antes del ocaso... estaréis todos muertos. Y yo con vosotros.

Entre ambos se estableció un silencio cargado de comprensión, palabras no dichas, y un profundo agradecimiento por los años de velada protección que sabía les había procurado Garena. La madame se manifestaba ahora, al final de su vida, como la auténtica mujer que era y que nadie había conocido, excepto, tal vez, en pequeña medida, su sirviente.

Xifo balbuceó algunas palabras nerviosas que no alcanzó a articular con claridad hasta que, carraspeando, añadió:

—¿Qué... qué debemos hacer?

Garena reflexionó. ¿Qué podían hacer, en efecto? Contra la gran caudilla y una horda de Siniestros bien adiestrados cualquier oposición sería vana. Años y años de rebeliones Nasciturus habían demostrado este aspecto claramente.

—Nada —la respuesta cayó como un jarro de agua fría, y Garena observó la desesperanza hacerse carne en Xifo—. Pero podemos plantar cara

para favorecer que al menos unos pocos logren escapar.

—¿Y no podríamos salir todos? ¿Ahora mismo?

—¿Y adónde iríais, eh?

—A la isla baja... —Xifo se interrumpió, percatándose de su posible error si toda aquella conversación, después de todo, hubiera sido una trampa —. Allí... allí tenemos amigos —concluyó cabizbajo.

Garena sonrió entonces, a punto de estallar de la risa. Aquello confirmaba que las presunciones de las Matriarcas no eran del todo equivocadas. En efecto, los hombres permanecían en contacto de alguna manera, y la llamada de la libertad siempre pulsaba en sus corazones; un fuego rabioso, incluso en la más absoluta desesperanza.

—Vaya... —rio ella; sonriendo, apoyó su mano en el hombro de Xifo —. Es tarde para escapar ahora mismo. Sonya nos habrá cercado a estas alturas; no es tonta, y actúa con implacable eficacia en aquello que se propone.

—Pero no se ve a nadie en millas a la redonda —replicó el.

—Así es. No puedes verlos u oírlos, porque no quieren que los veas venir. Son Siniestros, hijo. Y saben lo que se hacen. Cuando quieran que los veas ya tendrán su espada alojada en tus tripas y estarás en el suelo pataleando sobre tu propia sangre.

Xifo tenía ganas de vomitar. Dejó la bandeja a un lado, se dobló por el vientre y contuvo una arcada. Apoyándose sobre las rodillas, se alzó de nuevo; en aquella ocasión Garena leyó resolución en su cara; puede que hubiera un ápice de terror en su mirada, pero era un temor resolutivo.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó.

Garena volvió a sonreír. No recordaba la última vez que había sonreído tanto y tan sinceramente; era triste que tuviera que ser el día en el que seguramente moriría. Ironía o equilibrio, según se mirase.

—Corre la voz, mueve deprisa mi mensaje. Sé que no te será difícil; no soy tonta, y conozco perfectamente que cuando algo pasa en el Harén, en cinco minutos lo sabe todo el Harén.

—¡Sí, señora! —¿aquella respuesta tan marcial provenía del eunuco?

—Tracad las puertas, y bloqueadlas con todo aquello que pueda ser de utilidad; tapiad las ventanas con maderos, destrozad los muebles que necesitéis para conseguirlo —Xifo asentía a todo—. Y formad una partida de hombres que asalten las cocinas sin dejar un puchero sin remover. Armaos con

cuchillos, tenedores, hachetas. Id después a los establos, tomad horcas, guadañas, hoces, todo lo que corte, pinche y mutile.

—¡Sí, señora! —Xifo parecía crecer de tamaño, imbuido de un aire soldadesco. Habría sido un gran Siniestro, pensó Garena. Quizá la predestinación asignada en la Escala no fuera tan infalible como pensaban.

—Mientras, tomad toda la reserva de aceite que nos quede en la cocina y vertedla en las perolas más grandes que tengamos. Calentadlo bien, y mantenedlo así hasta que lo necesitemos. Y aquellos de vosotros que se hallen ociosos que preparen trampas por todos sitios, que utilicen la imaginación y a ser posible un puntito de crueldad.

Xifo tomaba nota mental de todo cuanto se le decía. Aunque no pudo evitar comentar lo que atribulaba su mente:

—Mi señora Garena —rara vez había escuchado su nombre en labios de un esclavo, le gustaba cómo sonaba—. Los Siniestros...

—¿Si?

—Son hombres como nosotros... existe la posibilidad de que podamos hacerles dudar, cambiar de opinión, incluso...

—¿Estás pensando en que se unan a nosotros? —preguntó Garena compasiva; Xifo asintió.

—Tal vez deberíamos plantear una resistencia sin crueldad, no demasiado enconada —Garena sonrió ante la dulce ingenuidad del eunuco.

—Eres tan bueno de corazón como temía, Xifo. Deja que esta anciana perversa y añosa te cuente algo... Las Matriarcas también sospechan de los Siniestros, y no vendrán solos. Una legión de las mejores Amazonas los guardarán, para asegurarse desde la distancia que cumplen su cometido, y de no ser así... los pasaran a sangre y fuego. De manera que la única manera de favorecer que algunos de nosotros escapemos hacia la isla inferior —Xifo sonrió al ver que Garena hablaba de la isla de los Nasciturus con semejante normalidad—, será darnos tiempo. Y conseguir tiempo pasa por enconar el combate y hacer que sea doloroso y puerta por puerta. Los Siniestros luchan en campo abierto... haremos que descubran el espanto del combate urbano.

Apesadumbrado, pero comprendiendo la gravedad de la situación, Xifo asintió.

—Entonces se hará como ordenáis... —Xifo saludó marcialmente y añadió llenó de orgullo— Caudilla Garena.

Se volvió sobre sus talones y partió veloz a repartir instrucciones y comunicar la gravedad de la situación.

Garena se quedó paralizada en el sitio con las últimas palabras de Xifo flotando en el aire... “Caudilla”...

La anciana dejó caer sobre un sillón de tafetán sus doloridos huesos y por primera vez en años se permitió llorar. No lloraba por ella, no lloraba por sus posesiones, o el emporio que había levantado y del cual, era absurdo recordarlo, se había lucrado; lloraba por sus hijos. Todos aquellos muchachos atribulados, atormentados y mutilados... eran sus hijos.

* * *

Ambos Siniestros corrieron hacia la caudilla. Se detuvieron, saludaron con marcialidad y agacharon las cabezas. No les pasó inadvertida la presencia de una generosa guarnición de Amazonas que los había acompañado hasta allí, a ellos, a los Siniestros, el ejército de élite de la Escala ahora sumido en la duda y bajo la lupa de las Matriarcas.

Si querían seguir con vida debían demostrar su compromiso y su valía, y aquello pasaba por ejecutar las órdenes dadas sin miramientos ni titubeos.

Esto rondaba la mente de los recientemente ascendidos sargentos Safiro y Rogto, que ahora rendían pleitesía a Sonya; pero también martilleaba la mente del resto de sus hermanos allí reunidos, atrapados en una guerra que no querían librar, pero tan hechos a ella, y tan acostumbrados a obedecer sin cuestionar las órdenes, que ahora no habrían sabido comportarse si obtuvieran su libertad. De manera que la única solución viable era dejar que las cosas permanecieran como estaban y que todo siguiera su cruel e inevitable curso.

—Caudilla suprema —dijo Rogto—, las tropas están preparadas y aguardan vuestras órdenes.

La caudilla avanzó hacia ambos sargentos con pequeñas sacudidas de las riendas, a lomos de un lustroso ruano. Los miró con condescendencia y con dureza. Era el rostro duro que se le presupondría a la crueldad de un varón, surcando las facciones de una mujer. Contradicciones que en la Escala eran la norma; y sin embargo, Safiro no dejaba de pensar en lo superiormente cruel que podía llegar a ser la mujer. Lo había visto, lo había vivido, había crecido conociendo el lado más oscuro de la mujer.

—¡Excelente! —asintió la caudilla con cierto tono de superioridad—.

¿Puedo contar con que se obedecerán mis órdenes, o me traicionaréis como hicisteis con Marthia?

Rogto y Safiro se escondieron de aquellos ojos crueles. Cuestionar si obedecerían su mando resultaba absurdo, con la demostración de fuerza de todas aquellas Amazonas armadas que se extendían a sus espaldas. Y, no obstante, hubieran querido hacerlo.

Sonya había querido reafirmar su control citando a la anterior caudilla, dejar claro quién mandaba ahora, pero no había calculado bien un aspecto importante: si los Siniestros habían crecido conociendo el lado más oscuro de la mujer, Marthia había sido lo más parecido que habían tenido a la oportunidad de vislumbrar su lado más luminoso. Y haberla traicionado por cobardía, como hicieron durante el juicio, suponía una carga que todavía los atormentaba.

—Por supuesto, caudilla —respondió Safiro en lugar de Rogto, viendo que su camarada tardaba en responder. Eran buenos compañeros, siempre apoyándose en las situaciones comprometidas, conociendo las debilidades del otro, pero complementándolas con sus propias fortalezas.

El ruano de Sonya piafó como si no terminara de dar crédito a las afirmaciones de aquellos hombres.

—Bien. ¡Pues que avancen los regimientos!

—¿Algún orden en particular? —preguntó al fin Rogto.

—¿Orden? —lo reprendió displicente Sonya.

—Sí... señora. ¿Atacamos por secciones? ¿Rodeamos los flancos...?

Sonya rio con desprecio.

—Ya veo que os habéis criado con una blandengue —reía Sonya—. ¿Me habláis de estrategia, como si supierais algo de ella?

Ellos titubearon.

—No osaríamos semejante cosa, mi señora. Tan solo solicitábamos instrucciones que puedan minimizar las pérdidas.

—¿Pérdidas? ¿Contra una pandilla de eunucos y sodomitas?... Puesto que las pedís estás son vuestras instrucciones. ¡Atacad de frente, atacad con fuerza, no deis cuartel y exterminadlos! ¡No dejéis uno solo de ellos con vida!

Asintieron, volvieron a sus filas y pusieron en marcha el ejército, como una larga serpiente de metal que brotaba de las sombras y se aproximaba hacia

el Harén.

Una joven amazona trotó hasta que su montura se encontró con la de Sonya.

—¿Y si oponen resistencia? Quizá perdamos muchos hombres —la caudilla volvió con brusquedad la mano y le partió el labio a la mujer con su brazalete dorado. Después sonrió mientras se limpiaba en el jubón la sangre de la amazona.

—Has dicho la palabra mágica: “Hombres”. ¿Qué importa cuántos mueran? Al fin y al cabo nosotras les damos la vida; me parece justo que ahora los mandemos a su muerte —hizo una pausa, como si pensara sobre sus propias palabras—. Hombres matando a hombres... ¿acaso no fue siempre así?

* * *

El ejército Siniestro avanzaba con sigilo, como si pisaran sobre fina arena de playa y no sobre roca suelta y grava. Las lanzas en ristre aferradas en la mano izquierda; los escudos sostenidos con la derecha, como les habían adiestrado para sorprender a sus rivales. Claro que en aquella ocasión no se enfrentaban a una falange organizada de soldados. Eran civiles, niños, jóvenes y esclavos sexuales a los que iban a dar muerte.

Infinidad de pensamientos funestos y oscuros rondaban las mentes de todos y cada uno de ellos, y sin embargo avanzaban. ¿Qué otra opción tenían?

Se consolaban pensando que al menos todo habría terminado en unas horas.

La pretenciosa y recargada estructura del Harén se dejaba ver ya con claridad, recortada en todo su majestuoso esplendor.

Las filas de hombres se detuvieron en seco a una orden de sus mandos, mientras sopesaban la mejor línea de avance.

El camino parecía expedito y despejado. Nada parecía oponerse a ellos, y sin embargo el corazón se les encogía en el pecho a Rogto y Safiro.

—¿Qué? —preguntó el segundo; economizando las palabras como todo buen soldado.

—¿Lo sientes? —preguntó a su vez Rogto, y Safiro asintió.

—Sí. Es como siempre. El silencio y la quietud —Safiro se refería a

sus experiencias pasadas, reduciendo conatos de rebeliones Nasciturus.

—Siempre esta calma aparente... —Rogto cabeceó—. No presagia nada bueno, y los hombres lo saben, no son tontos... no puedo decir lo mismo de ellas...

—No son tontas —susurró Safiro—. Solo que... nosotros somos prescindibles.

—Te juro que preferiría cien veces cargar enloquecido contra un ejército rugiente de sangrientos enemigos. Esta mierda me enloquece...

Safiro le dio un par de coscorrones contra el casco a nivel de humorada.

—¡Eh! Céntrate amigo. Hagamos lo que hemos venido a hacer, y salgamos de aquí con vida para contarlo. ¿De acuerdo?

—Sí. De acuerdo —se estrecharon las manos cogiéndose por los antebrazos y, a una señal, el ejército estuvo de nuevo en marcha.

Distaban cien metros de la entrada principal y en los amplios ventanales y balcones del Harén no se vislumbraba un alma; Rogto lo supo entonces.

«*Es una trampa*» —pero no dijo nada, todos lo sabían. De modo que tan solo ordenó.

—¡Cargad!

Y fila tras fila, columna tras columna de Siniestros se abalanzaron contra los pulidos muros del edificio, en una extraña carga silenciosa que no presagiaba nada bueno.

Llegaron a las puertas dispuestos a traspasarlas, cuando se vieron bruscamente detenidos por el impacto. La serpiente de acero que era el ejército se detuvo y estrujó como un acordeón, en un rechinar de armas y gemidos, codazos y pisotones.

—¡Está atrancada! —gritó alguien; y Safiro suspiró, mirando hacia Rogto, sin pronunciar el ya consabido: “lo sabía”.

Entonces se desataron los infiernos.

Los ventanales que rodeaban las puertas por encima de sus cabezas se rompieron hacia fuera, provocando una nutrida lluvia de cristales grandes como manos, que cayeron sobre la tropa provocando cortes y arañazos considerables. Algunos Siniestros respondieron sin esperar órdenes, descargando sus armas arrojadas y alguna que otra ballesta contra las ventanas, pero con nula fortuna, pues nadie asomaba por allí.

—¡Tirad abajo la puta puerta! —gritó Rogto, mientras varios Siniestros se adelantaron con enormes mazas y empezaron a aporrear las jambas como si sonaran campanadas.

No habían sonado tres campanadas, cuando una lluvia de muebles cayó sobre las primeras filas, y los primeros gritos y heridos serios empezaron a multiplicarse. Los hombres se parapetaban bajo sus escudos, pero una cama de madera maciza, una cómoda de roble, o un banco de pino, arrojados desde aquella altura, eran proyectiles que aplastaban piernas, cabezas y brazos sin piedad.

—¡La puerta! —gritó de nuevo el sargento, sabiendo que no venían preparados para aquello. Se suponía que sería una limpieza, no un asedio, y ninguna amazona había estado dispuesta a discutir la posible estrategia para semejante contingencia. De manera que allí estaban, atrapados en un embudo y tratando de derribar una puerta a mazazos.

—¡Ha sido idea de esas zorras! —gritó un soldado refiriéndose a las Matriarcas—. ¡Sabían que esto pasaría!

—¡Por eso no tenemos ni un miserable ariete! —gritó otro.

—¡Callad ahora, maldición, y abrid cuanto antes la maldita puerta! —gritó Safiro.

Con cada grito y pierna fracturada, la rabia y el odio iban creciendo dentro de los Siniestros. Odio contra las Amazonas, contra las Matriarcas, contra la vida, pero prioritariamente en aquel momento, odio contra el Harén y los eunucos que lo habitaban. Si las Amazonas querían que exterminaran a aquellos hombres y habían albergado dudas, ahora los remilgos se habían disipado, sustituidos por un ansia homicida de revancha. Y dado que en aquel instante no podían estrangular a una matriarca, bien valía la pena desquitarse despellejando algún invertido.

* * *

—¿Lo ves? —arguyó Sonya, dirigiéndose a la amazona que todavía permanecía junto a ella—. Es así de sencillo; son como perros —señaló las puertas del Harén que en aquel momento parecían un hervidero—. Ahora es cuando su verdadero yo saldrá a la luz. Olvidarán por completo que nos odian y se dedicarán metódicamente a hacer su trabajo. Y cuando el humo se disipe y

la sangre se limpie... volverán a nosotros como perrillos dóciles a los que has dado un hueso que morder y, agradecidos, nos lamerán la mano.

—¿Sabíais que pasaría?

—Sabía que Garena cometería alguna imprudencia. ¡Vamos! Es hora de que acometamos nuestra tarea.

Y dicho esto espoleó su ruano rumbó al Harén, seguida por una pequeña guardia personal de Amazonas.

* * *

La hoja de una de las puertas restalló con fuerza combándose hacia dentro, el primer signo de que aquella entrada comenzaba a ceder. La segunda puerta también cedía lentamente con un acompasado rechinar de metal, producto de los mazazos que se descargaban contra ella.

—¡Vamos!

La premura se vio detenida repentinamente cuando los gritos se extendieron a espaldas de Rogto y Safiro como una ola. Eran gritos de dolor y terror.

De los despejados ventanales asomaban enormes ollas que vertían el aceite hirviendo destinado a la cocina sobre sus cabezas.

Los soldados trataban de abrirse paso corriendo, alejándose de los marcos de las ventanas, pero la masa impedía a aquellos desgraciados correr y quedaban a merced del oleoso líquido ardiente que se adhería a sus pieles y las despellejaba.

Arrojaron sobre los sitiadores antorchas encendidas que prendieron sobre los Siniestros, entre desgarradores gemidos de dolor que parecían producto de animales y no de hombres.

El ritmo de las mazas se incrementó, espoleados sus portadores por el temor, los gritos de sus mandos y el olor a carne quemada.

Finalmente las puertas cedieron lo justo para permitir el paso de dos hombres apretados hombro con hombro. Adoquines y piedras del edificio empezaron a volar por las ventanas, y los Siniestros presionaron para abrirse paso hacia el interior, aplastando y abandonando a los compañeros a su suerte.

Rogto y Safiro entraron en el recibidor a trompicones, seguidos por

parejas de Siniestros que fueron abarrotando el lugar, y que se parapetaban tras los sargentos como si fueran polluelos tras sus madres.

Por una puerta lateral apareció corriendo un joven armado con un cuchillo de cocina. Clavó su arma contra la garganta de un Siniestro y siguió su carrera sabiendo que los soldados no romperían filas. Así los habían entrenado.

En el exterior proseguían los gritos e imprecaciones mientras la lluvia de mobiliario redoblaba su furia.

Desde un voladizo en el interior del Harén, un muchacho arrojó un candelabro que le abrió la cabeza a otro soldado mientras el chico desaparecía tras un tapiz.

Así se sucedían pequeños y breves ataques que se iban cobrando su precio, a la vez que en el exterior la resistencia cedía, invitando a los Siniestros a entrar en mayor número.

Algún otro eunuco trataba de sorprender por el flanco a los Siniestros con un ataque fugaz, pero a cada minuto esto resultaba más difícil, y varios fueron ensartados por múltiples lanzas que, vengativas, golpeaban una y otra vez.

Rogto dividió a los hombres en grupos para que limpiaran el edificio, y distribuyó las tareas por zonas y plantas

—¡Vosotros las cocinas; tú, coge a diez hombres y barre el comedor; vosotros la planta baja; ellos la despensa; la segunda escuadra las habitaciones...!

—Odio este tipo de batallas —susurró Safiro.

—Calla —lo recriminó Rogto—. Nosotros iremos a los aposentos de Garena.

Y se pusieron en marcha.

Cuando el combate se trasladó definitivamente a los pasillos y estancias del Harén, los Siniestros descubrieron un tipo de combate para el cual no estaban habituados. Una lucha sangüinaria plagada de trampas, rápidos golpes de mano y desesperación. Una lucha enconada, habitación por habitación, más propia de una guerrilla que de un combate limpio, ejército contra ejército, midiendo sus fuerzas en el campo de batalla.

De manera que en pocos minutos algo se trastocó en la conciencia de los Siniestros, y lo que iba a ser una operación ejecutada con el escalpelo del

cirujano, se convirtió en una brutal orgía de sangre ejecutada con el hacha del leñador.

El resentimiento, el temor, la frustración... Todo se revolió, y la limpieza se convirtió en una masacre prolija, en actos de crueldad.

Los soldados avanzaban palmo por palmo, mientras eunucos y jovencitos les salían al paso armados con cuchillos, hachetas, candelabros, horcas y palas. A pesar de lo rudimentario de su armamento, sus esfuerzos iban mellando hombre a hombre las fuerzas asaltantes, y creando una sensación de debilidad para la cual no estaban preparados.

De tal manera que los Siniestros reaccionaron con inusitada violencia cuando un enemigo caía entre sus manos. Los suelos se cubrieron pronto de sangre y masas de carne informe; los enemigos eran mutilados, empalados y decapitados en el acto. Otros eran arrojados por los balcones, y sus huesos se rompían contra las piedras y contrafuertes, pero estos eran los afortunados. El revanchismo hacía que algunos grupos de Siniestros sodomizaran a no pocos jovencitos antes de darles muerte, no sin previamente embutirles sus propios genitales en la boca, tras habérselos mostrado sangrantes ante sus ojos.

Algunos eunucos en llamas corrían escaleras abajo, emitiendo gritos más abrasadores que el propio fuego, y haciendo que las filas se abrieran a su paso.

Si algún osado defensor trataba de apuñalar por la espalda y caía al suelo, era destrozado a estocadas y lanzadas sin piedad, como si se tratara de una bestia rabiosa.

Rogto y Safiro avanzaban por los pasillos con sus espadas desenfundadas, pero sin tener que hacer uso de las mismas, rodeados como estaban por una nutrida guardia de Siniestros. Metro a metro, superando cada obstáculo y trampa, grabando en su memoria cada atrocidad perpetrada, se aproximaban a los aposentos de Garena con la cabeza embotada y las náuseas en el estómago.

No habían recibido instrucciones específicas al respecto, pero era obvio que la horda descontrolada que llamaban ejército no iba a contenerse en absoluto. Así que, por propia iniciativa, asumieron como un deber personal encontrar a la madame.

—¿Y qué piensas hacer? —susurró Safiro en el oído de Rogto, tratando de hacerse oír por encima del barullo dominante.

—¿Personalmente?... sacarla de aquí y llevarla ante las Matriarcas —y viendo el rostro incrédulo de su camarada añadió—. Nuestras manos ya están suficientemente manchadas de sangre, no les haré también el trabajo sucio de librarles de esta arpía. Si la quieren muerta que la juzguen, que pierdan el tiempo en la Balanza con sus bailes de salón, que les rechinen los dientes escuchando alguna hiriente declaración por su parte.

Safiro asintió, justo cuando alcanzaron la labrada puerta que daba paso a la habitación principal de Garena. Rogto se detuvo y repartió algunas instrucciones rápidas, no quería que algún imbécil incontrolado cometiera una estupidez. Había dicho que la quería viva, y era cierto. Sería una pequeña venganza contra las Matriarcas, que además podría justificar o presentar como un acto de obediencia hacia ellas. Era su particular y delicada manera de decirles: «*¡Qué os jodan!*»

Llamó a la puerta descargando violentamente el puño contra la misma.

—¡Garena! ¡Abrid la puerta, quedáis detenida por orden de la Gran Matriarca Rowena y el consejo de la Escala! —ante la ausencia de respuesta se volvió hacia dos soldados, y haciendo una señal con la cabeza, dijo—: ¡Adelante!

Los dos hombres arrimaron el hombro contra la puerta y levantando sus pesados mazos la abrieron en tres rápidos golpes.

Rogto fue el primero en poner un pie en la estancia, seguido por Safiro y cinco Siniestros más. Las espadas desenfundadas, las lanzas apuntando al frente y unas cadenas preparadas para retener a la acusada.

Pero ahí terminó toda su actuación.

La caudilla suprema y algunas Amazonas se habían adelantado; estaban allí firmemente plantadas, y al constatar su violenta entrada se giraron hacia ellos. Sonya tenía el peto y el jubón cubiertos de sangre, y a sus pies yacía Garena con el pecho abierto como un libro.

Rogto permaneció paralizado con la mandíbula desencajada, lleno de sorpresa. El rostro de Safiro y los Siniestros mostraban un cuadro semejante.

—¡Habéis llegado! —Sonya se aproximó un par de pasos, tendiéndoles una mano ensangrentada en la que portaba una víscera palpitante—. ¡Coged esto y llevadlo ahora a palacio! ¡Será el anuncio de nuestra victoria!

Ninguno de los dos sargentos hizo ademán de recoger aquella víscera, ambos con los ojos clavados en el tórax abierto de la madame.

Con la empuñadura de la espada, Sonya descerrajó un puñetazo contra la mandíbula de Rogto partiéndole el labio y sacando por simpatía a ambos soldados del estupor.

—¡Despertad desgraciados! ¡Os he dado una orden!

—Sí, señora —se apresuró a balbucir Rogto, alargando las manos para recibir en el cuenco que hacía con ellas el corazón de Garena.

—¡Partid! ¡Y anunciad lo que ha sucedido aquí! ¡Quiero que a mi llegada se nos reciba con trompetas y timbales! —los ojos de la caudilla brillaban con un insano reflejo de codicia.

Safiro estaba pensando precisamente en los ojos de la caudilla y el extraño reflejo codicioso que en ellos percibía, cuando por un instante creyó ver un rostro pútrido observándole bajo la celada de una de las Amazonas. Sacudió la cabeza como si tratara de salir de un sueño, y cuando se fijó de nuevo, la amazona en cuestión había vuelto el rostro y era evidente que su cara era saludable y juvenil. Tenía que haber sido su imaginación, el cansancio, o un vulgar *reflejo*.

Apresurados y asqueados, envolvieron la víscera aún caliente en un paño sucio y la guardaron en una bolsa de cuero. Traspasaron el umbral de la habitación y se dirigieron a los corredores y escaleras, camino de la puerta principal.

Cada dos o tres pasos Rogto miraba de soslayo a Safiro, o Safiroladeaba los ojos de reajo hacia Rogto, manteniendo así una especie de diálogo silencioso. Para cualquier otra persona tales gestos pasarían desapercibidos, pero entre ellos el entendimiento era completo. Tantos años sirviendo juntos con Marthia y Clovis, se conocían a la perfección, y sabían lo que pensaba el otro con tan solo escuchar la profundidad o la cadencia de sus ronquidos.

Rogto se detuvo en seco y su pequeño séquito con él.

—¿Qué sucede? —preguntó Safiro.

—Creo que he oído algo... venía de allí —Rogto señaló un corredor sombrío que se abría a su derecha, donde yacían varios cadáveres, y cuyas paredes lucían grotescas manchas de sangre—. ¡Cabo! —dijo dirigiéndose a uno de sus hombres—. Tome este pasillo, inspecciónelo y reúnase conmigo después en la entrada principal. ¡Vamos!

—¡Sí señor! —respondió el Siniestro, que se precipitó por el pasillo seguido del resto.

Cuando los pasos rítmicos de los soldados se perdieron por el pasillo, Safiro habló sigiloso.

—¿Qué piensas?

—¿Ves esa puerta de allí? —señaló con el mentón. Safiro asintió—. Es el aljibe mayor —su compañero no comprendía del todo, así que prosiguió—, que comunica bajo tierra con el sistema de alcantarillado.

De pronto todo cobró sentido, y el rostro de Safiro se iluminó con una sonrisa.

—¿Desertar entonces?

—En efecto.

—¿Y después?

—Ya se verá.

Conocían los riesgos y los peligros. Sabían que no hallarían reposo en ningún lugar de la Escala. Serían rechazados por los Nasciturus, que reconocen a un Siniestro a diez millas; y en la isla superior sencillamente serían despellejados. Proscritos, repudiados, pero dispuestos a elegir la hora y el lugar de sus muertes, y lo que era más importante... por qué morir.

Juntos y decididos se adentraron en el aljibe, y desde allí accedieron a la longeva red de alcantarillado.

Caminaron durante más de media hora con la mierda hasta los tobillos, siempre en línea recta y hacia el sureste, alejándose del Harén y acercándose lo más posible hacia la escala de conexión con la isla baja.

Cada cierto tiempo trataban de reorientarse, pues si se desviaban demasiado hacia el sur terminarían por meterse en la red de alcantarillas del Caldero, y aquello era lo último que deseaban.

Se tapaban la boca y la nariz con un pañuelo, intentando en vano mitigar la peste que les embotaba los sentidos.

—Serán maricas perfumados... pero su mierda huele igual de mal que la mía —bromeó Safiro, y ambos rieron aliviando en buena medida la tensión.

Rogto seguía llevando consigo la bolsa de cuero con el corazón de Garena, no sabía por qué, pero tenía claro que no iba dejar una parte de aquella anciana tirada en aquella lúgubre alcantarilla.

Anduvieron sin descanso, sabiendo que probablemente su desertión ya había sido notificada y que el tiempo apremiaba; hasta que alcanzaron la verja

de hierro oxidado que abría al exterior, a la oscuridad y a la carrera por la libertad.

Salieron precipitadamente y sin tomar demasiadas precauciones, deseando aspirar una bocanada de aire limpio.

Ambos se arrodillaron e inspiraron profundamente, tratando de borrar el hediondo recuerdo de sus cerebros.

Se miraron, rieron y se palmearon la espalda como si fueran dos cómplices de un audaz robo, y cuando se disponían a ponerse en camino Rogto dijo.

—Espera... creo que deberíamos enterrarlo.

—¿El corazón? —Rogto asintió.

—Sí... no me parece correcto tirarlo sin más y dejar que alguna alimaña se lo eche al colete. Creo... que es lo mejor.

—De acuerdo... ¿Dónde?

Miraron a su alrededor, y Rogto señaló un arroyo cercano.

—¡Allí, junto al arroyo! Creo que será el mejor sitio para que descanse lo poco que queda de Garena —añadió, rememorando por un instante la imagen de la mujer destrozada a los pies de Sonya.

Asintieron de mutuo acuerdo, y así lo hicieron. Se aproximaron al limo del arroyo y, abriendo un agujero no demasiado profundo, enterraron el corazón de Garena en la tierra.

Reverentes, sin saber por qué, guardaron un contrito silencio.

—¿Quieres decir algo? —preguntó Safiro.

—Esto... no... no creo —respondió Rogto—. No sé —recapacitó, y dijo entonces de seguido—: Que descanses en paz anciana. Que esta última morada de tu corazón junto al arroyo, sirva de alguna manera para lavar las culpas que pudieras llevar contigo.

Safiro se golpeó en el pecho con el puño para reafirmar las palabras de su colega.

En ese momento una ramita seca crujió a sus espaldas, y ellos se volvieron con brusquedad desenfundando las espadas.

—¿Quién va? —preguntó Rogto nervioso.

—¿Nos habrán seguido? —susurró Safiro, temblando ante la idea de sufrir la justicia de Sonya. Ya había visto en primera persona en qué consistía,

y no le agradaba la idea de tener que pasar por ello.

—¡Muéstrate! —gritó Rogto haciendo acopio de todo el valor que no sentía.

Lentamente, un joven se aproximó saliendo de las sombras. Caminaba tranquilo aunque receloso. Tras él avanzaban con igual precaución media docena de hombres armados con aperos de labranza. Ambos sargentos removieron los dedos sobre las empuñaduras de sus espadas; no eran muchos enemigos, pero eran suficientes para superarles si no tenían algo de suerte.

El inminente combate estaba por librarse, cuando el joven que avanzaba en primer lugar se detuvo a pocos pasos.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó simplemente.

Rogto y Safiro se miraron desconcertados.

—¿A qué te refieres? —inquirió el veterano empuñando con firmeza su acero.

—Enterrar el corazón de la madame.

La incredulidad debió de reflejarse con meridiana claridad en sus ojos, pues el joven prosiguió como si aportara aclaraciones.

—No es lo normal. Ni siquiera comprendo por qué cargasteis con él hasta aquí; y menos teniendo en cuenta que sois... Siniestros —solo invocar aquel nombre hizo que los otros seis visitantes se pusieran en tensión, como si esperaran un repentino y sanguinario ataque.

—Yo... —comenzó Rogto sin saber qué decir—. Yo... bueno, en fin... la cuestión es... que no sé qué decir.

—Sí que lo sabes —interrumpió Safiro—. ¡Díselo!

—Bueno... nosotros estuvimos allí cuando la anciana murió... y...

—Os encargaron llevar su corazón a palacio... entiendo —ellos asintieron—. Sin embargo, habéis optado por desertar; y no solo eso, habéis atravesado toda la red de alcantarillado cargando con ese corazón, cuando podíais haberlo tirado en cualquier cloaca; y, no contentos con ello, le habéis dado sepultura y recitado palabras de consuelo por el alma de Garena.

—Sí... puede... tal vez... —balbució Rogto avergonzado, pues sentía la culpa martilleando en su pecho.

—Espera... —dijo Safiro, observando con detenimiento al muchacho—. Yo te conozco... tu eres ese eunuco... el que sirve personalmente a la

madame.

El chico se giró hacia el sargento.

—Lo soy. La he servido hasta su último aliento. Y he cumplido sus últimas instrucciones.

—¿Cuáles? —preguntaron.

—Sobrevivir —replicó brevemente.

Guardaron silencio, como si recordaran durante un instante respetuoso a la difunta mujer. Entonces el chico habló de nuevo:

—Imagino que vuestro objetivo no difiere mucho del nuestro, ¿verdad? —ellos asintieron con la cabeza.

—Sobrevivir —concordaron.

—Y es evidente por la ruta que habéis escogido que tenéis intención de aproximaros a la isla de los Nasciturus —asintieron de nuevo, aunque a regañadientes—. Bien... hace cinco minutos habría tratado de daros muerte, o de hacer que mi grupo se escabullera con sigilo lo más lejos posible de vosotros...

—¿No irás a...? —intervino uno de los seis personajes con aspecto de labriegos envueltos en seda.

—Todos lo habéis visto —interrumpió el eunuco—. Puede que sean Siniestros... pero no son nuestros enemigos. Y debemos reunir toda la ayuda posible si queremos sobrevivir. —Y volviéndose hacia los sargentos les interpeló—: ¿Viajaréis con nosotros a la isla baja como camaradas y amigos? ¿O seremos enemigos?

Por primera vez en mucho tiempo Rogto se permitió sonreír. Hacía un milenio que nadie se refería a él como amigo; camarada sí, por supuesto. Pero hasta esa palabra había perdido su significado de tanto repetirla. Y escuchar en labios de aquel eunuco desconocido la palabra “amigo” refiriéndose a ellos dos, dos traidores por partida doble, perjuros en juicio y traidores a sus camaradas, hizo que algo se descolocara para bien en sus corazones.

—Sí... viajaremos con vosotros. Y en lo que podamos os ayudaremos.

—¡Está decidido! —sentenció el chico que parecía liderar el grupo—. Por cierto, me llamo Xifo.

XXIV

MUNDO ANTIGUO

Actividad. Esa era la palabra que definiría un mundo yermo, tradicionalmente conocido como Mundo Antiguo. La tierra que debería haber permanecido en las sombras, pero que ahora, levantado el velo de los ojos del mundo, resurgía para llevar su castigo sobre aquellos que no eran dignos.

Al menos esto era lo que se repetía una y otra vez el Khalifa Amr, tratando de convencerse de su propia mentira. Una mentira que hundía sus raíces en el mismo origen de su credo y que se remontaba al propio profeta Leviathanas.

Una mentira bajo la cual subyacía una verdad inapelable: Control.

Lo había sabido desde siempre. No predicaba la fe, no predicaba a Baash. No sabía qué era la fe y no creía en Baash, o al menos no había creído en él hasta que aquel mensajero se inmoló ante sus ojos portando sus mandatos.

Fe, religión y credo no habían sido más que una forma de control. Y dudaba que existiera cualquier otra creencia en esta tierra que no respondiera a algún tipo de control.

No obstante, había que reconocer a su doctrina el trabajo realizado con media docena de vagos preceptos, extraídos probablemente de la codiciosa imaginación de algún escriba que afirmaba repetir las palabras de Leviathanas.

Leviathanas, el profeta que demostraba con cada uno de sus actos que todo aquello en lo que habían creído no era más que un mero sistema de control, unas cadenas decoradas de palabras y embutidas en un inamovible cuerpo político, cuyos fines habían sido manifiestos desde un principio para

aquellos que hubieran querido verlos.

Y de tal manera se resumía su fe: Política, control, dominio y conquista. Aquellos eran los verdaderos mandamientos que se ocultaban bajo una rimbombante plétora de palabras vacías, que se disfrazaban de poesía para aparentar sabiduría.

Su fe... un erial.

Su religión... un sistema de control.

Su credo... una receta de dominio.

Sus textos sagrados... propaganda.

Su corazón... un yermo donde solo germinaba el odio.

Su dios... su dios, ahora sabía que sí era real... por primera vez había tenido una señal trascendente, que podría suponer la piedra de clave que trastocara su conciencia. Una nueva era de iluminación. Y sin embargo... nada de eso pasó.

El Khalifa Amr no había sentido una oleada de cálido amor por su dios, ni se vio embargado de alegría ante su presencia. El único sentimiento que experimento fue temor... y vacío. Pero jamás reconocería tal cosa.

Y no reconocerlo pasaba por continuar comportándose de manera rutinaria y devota. Aceptando su destino, fuera cual fuese, sin hacer preguntas. Como en aquel preciso instante, cuando el Gritador llamó a la oración desde lo alto de la Torre de los Devotos.

El Khalifa extendió ceremoniosamente una labrada alfombra, y arrodillado, hundió la frente en el suelo repitiendo mecánicamente palabras de fe e inanidad. Como siempre, como ahora; debían repetirse sistemáticamente aquellas palabras hasta que estuvieran impregnadas en la misma médula... hasta que de tanto repetirlas carecieran de sentido y fueran perfecto vehículo hacia el alma de los creyentes, donde se podría introducir cualquier idea o deseo que sirviera a un proyecto mayor.

Fe, política y religión... qué grande era Baash que había unificado todo. Qué grande era Baash que sabía utilizarlo.

—Baash Bar Burturak Katum —susurró Amr sin regocijo. Por suerte para él, estaba solo en sus aposentos, y nadie pudo apreciar el temblor nervioso de sus manos cada vez que pronunciaba el nombre sagrado... Baash, Baash, Baash...

* * *

En las caballerizas de palacio se arremolinaban iracundos cientos y cientos de Kolfs, traídos de todos los rincones de Mundo Antiguo. Los extraños seres cuyos orígenes eran una negra niebla, y sobre los cuales sus jinetes preferían no preguntar, emitían agudos chillidos que recordaban vagamente a los gritos que hacían los murciélagos en la noche, cuando ciegamente se orientaban en su vuelo.

Sin embargo, los aullidos de los Kolfs eran radicalmente más agudos, más potentes y escalofriantes. Tanto es así, que sus propios jinetes se adiestraban desde niños para poder acostumbrarse al terror que suponía mirarlos sin que por ello les temblaran las piernas. No obstante, era sabido dentro del gremio que sus corazones inevitablemente se encogían y temblaban cada vez que montaban una de aquellas bestias, aunque sus miembros estuvieran entrenados para aparentar serenidad.

Las bestias se estaban reuniendo a lo largo y ancho del palacio, en sus caballerizas y terrenos aledaños. Había tantos que ni siquiera el mismísimo Taruk, uno de los poderosos Sunna, había visto semejante reunión en toda su vida. Y el jaleo y algarabía que organizaban resultaba intimidatorio.

El señor de la guerra, Taruk, pasó revista aceleradamente, avanzando fila tras fila de Kolfs. Observando cómo sus jinetes se equipaban, ajustaban los petos y armaduras de vuelo, y amolaban sus alfanjes, lanzas y cuchillos.

Mientras su revista se desarrollaba por los terrenos exteriores, no reparó, o más bien no quiso darse por enterado, del penetrante olor que recorría el acantonamiento de arriba abajo.

Sin embargo, en cuanto puso un pie en las caballerizas y traspasó el umbral, tuvo que suprimir su instinto inicial de fruncir el ceño y taparse la boca. Los vapores que emanaban allí eran no solo penetrantes, sino heraldos de muerte y putrefacción.

No eran aquellas criaturas las que provocaban el hedor. No ellas por sí mismas, al menos. Lo que hacía que el olor a muerte impregnara todo el recinto era el ritual de la sangre; la ceremonia que se realizaba antes de un combate importante para entrar en comunión con Baash y hacer que jinete y montura fueran uno solo.

Si Taruk se hubiera tomado su tiempo, habría comprobado que dicho

ritual ya estaba en su fase final en los alrededores, mientras que en el interior apenas acababa de dar comienzo.

Cada Kolf y su jinete aguardaban estrictamente ordenados a un lado y a otro, abriendo un generoso pasillo, formando con toda la impedimenta y el equipo. Y enfrente de cada pareja, una esclava cubierta con un velo carmesí aguardaba, sin dejar traslucir tras sus ropajes terror o devoción.

Entre la esclava y los guerreros se extendía una especie de palangana ojival, en honor al ojo de Baash que todo lo ve.

El acto daba comienzo a una señal de los imanes, cuando las esclavas eran desnudadas por completo y obligadas a arrodillarse encima de las palanganas.

Los varios imanes destinados a ejecutar el ritual de la sangre, se distribuían por la nave e iban recorriendo fila tras fila, deteniéndose a espaldas de cada esclava arrodillada. En ese momento los ojos del jinete y el imán establecían contacto, a la vez que cantaban a coro y los aullidos del Kolf se unían a la escabrosa melodía:

*Krat a Vas. Krat a Ves.
Kolf an Kolfunê arran Moruné.
Baash tru Krakôn.*

Que traducido de la lengua de Mundo Antiguo significaría algo así como:

*La sangre lava, la sangre une.
Que jinete y montura sean solo uno.
Seréis la espada de Baash.*

Entonces el imán sacaba una daga damasquinada y rajaba la garganta de la esclava sujetándola por el pelo. Así la sostenía hasta que toda su sangre vertiera sobre la palangana, que en pocos minutos se llenaba del espeso fluido oscuro ante los ojos de su dueña, que se iban apagando en lentos parpadeos.

El jinete se aproximaba hasta el recipiente y llenaba un cáliz en el mismo; era una copa grabada con versos profanos en todo su contorno. El imán, por su parte, desechaba el cadáver de la esclava como un vulgar despojo, y aferrando la palangana con ambas manos, se aproximaba hasta el Kolf.

Los ojillos ambarinos de la malévola criatura brillaban con fulgor,

relamiéndose; entonces su jinete alzaba la copa, y brindando con su montura, apuraba el contenido de un solo trago. Por su parte el Kolf gritaba agudamente y tragaba de un solo lametazo el néctar de la palangana sostenida ante él. Después, sin dejar de mirar a los humanos como si fueran el postre por venir, sacudía su lengua viperina fuera del cerco de sus dientes restallando como un látigo.

La copa y la palangana serían llevadas a la herrería, para que el gremio de los herreros, por medio de oscuras artes que les permitía doblegar el acero a su voluntad, confeccionara las armas rituales que acompañarían a cada binomio de jinete y Kolf.

Y así concluía el ritual. El cadáver se dejaba a los pies de la bestia para que se regocijara con su carne y el imán pasaba al siguiente de la fila.

Taruk contemplaba aquello una vez tras otra sin transmitir la menor emoción. Diríase que no veía lo que sucedía a su alrededor. Y sin embargo lo olía. Aquello sí le incomodaba. Pero la tradición era la tradición, y el ejército de Mundo Antiguo no iba a la guerra sin celebrar antes el ritual de la sangre.

Cuando terminó la revista, se aproximó a uno de los mandos para debatir con él los detalles de la campaña.

—¿Sabe todo el mundo lo que tiene que hacer?

—Sí, señor.

—Excelente. ¿Y la reserva? Aunque espero que no sea necesaria. ¿Tenemos suficiente?

—Espada y lanza servirán para doblegar a esas mujeres infieles. Pensar siquiera que necesitamos de algo más, es inverosímil, si me permite la osadía señor.

—Estoy de acuerdo. Pero es mi deber contemplar todas las posibilidades. De manera que si fuera llegado el caso...

—No hay de qué preocuparse. Tenemos polvo negro en abundancia, y todas las escuadras irán equipadas con tirafuegos para cada uno de los hombres.

—¡Perfecto! —exclamó Taruk—. ¿Cuándo podremos partir? —el soldado hizo algunos cálculos rápidos.

—Al alba.

Taruk movió la cabeza, satisfecho.

—Excelente. Que todos los regimientos confluyan en la Escala. Dejad tan solo tres legiones para hacer una visita a nuestro aliado, Jnum. Nos ha

prometido un abundante suministro de esclavos.

—Así se hará.

Taruk abandonó presuroso las caballerizas sin devolver el saludo. Anhelaba una bocanada de aire fresco, no viciado por la sangre y los orines; por el contrario, tomó la última reserva de aire “limpio” en semanas por venir, donde el único aroma que captarían sus sentidos sería el de la muerte.

* * *

En el fondo de su corazón sabía que no era nadie. Taruk tenía fortaleza, el Khalifa sabiduría, el resto de Sunnas despuntaban por su astucia, su templanza, su determinación...

Alawi no reunía ninguna de esas cualidades, y saberlo le atormentaba cada día de una vida miserable e insignificante. Y no obstante, Alawi era un igual, un Sunna.

Había trepado hasta esa posición desde lo más bajo de una sociedad tan compartimentada como la suya, y no había sido gracias a ninguna de aquellas capacidades tan valoradas en el khalifato.

Porque lo que Alawi tenía, y de lo que los demás carecían, era su fanatismo. Un fanatismo que le había otorgado una posición y un objetivo en la vida. Un fanatismo que le había permitido ser alguien donde antes no era nada.

Un fanatismo que le acercaba la Yanna a un hombre que antes no era más que un despojo. Y en eso precisamente radicaba la grandeza de su credo, se decía Alawi. ¿Qué otro credo, o fe, podía declarar con seguridad que el hombre podía ganar la Yanna en este mundo con tan solo un claro acto de sumisión?

Las religiones del pasado eran tribales y absurdas, pretendían orientar a sus fieles dándoles pautas, dogmas, o consejos para llevar una vida recta; la cual, teóricamente, los conduciría hacia la salvación.

¡Absurdo! —se repetía Alawi. Él se crio entre la basura, robó, violó, incluso se prostituyó él mismo para sobrevivir. Alawi había cometido todo tipo de tropelías, y jamás había cumplido alguno de los preceptos sagrados del profeta. Y sin embargo un día el Khalifa lo acogió, le abrió los ojos y le mostró lo desviado de su vida, no por medio de preceptos y dogmas; le enseñó la vía recta a la salvación dedicando su vida al Khalifato universal.

Donde otros decían: arrodíllate y pide perdón; el Khalifa decía: levántate, mata al infiel y hallarás el perdón. Era el perdón por los actos, y no el perdón de las palabras ni del arrepentimiento. Aquella era otra maravilla de su credo. El hombre era demasiado orgulloso como para entrar en la Yanna por sincero arrepentimiento; sin embargo... si una vida de desorden y pecado pudiera ser enmendada en el último momento por grandes actos de devoción... ¿Quién no aprovecharía la oportunidad de una vida eterna rodeado de placeres y lujo a cambio de un insignificante acto de crueldad?

Desde aquel momento su vida cambió, y Alawi, el sodomita de alquiler, se convirtió en Alawi el Sunna del Khalifa.

Su fe se volvió radical, y se convirtió en la voz de la conciencia en las reuniones de palacio. Sus palabras jamás se desviaban de los textos que Leviathanas, el profeta, les legó. Reprendía y corregía con violencia a cualquiera que no obrara conforme a la ley, y ascendió rápidamente en el escalafón.

Alawi sonrió. ¿Era feliz? Eso creía. Al menos sentía algún tipo de felicidad, aunque esta radicara en el poder que ejercía sobre otros, o en el temor que inspiraba su cargo. Y de todas maneras, ¿qué importaba la felicidad terrena, si en la Yanna gozaría de las promesas del profeta?

Todo esto pensaba, cuando el restallar de un látigo rompió el hilo de sus pensamientos trayéndolo de vuelta a la realidad. Un taxonímico con aspecto de roedor cayó al suelo, doblando las rodillas bajo el peso de su carga y los zurriagazos del capataz.

El enorme bloque de piedra que llevaba sobre los hombros le aplastó las piernas, al caer, con un fuerte crujido que anunciaba una fractura desagradable.

Alawi lo contemplaba indiferente, como ausente. El capataz observó al Sunna como si esperara instrucciones, y Alawi sencillamente le dio la espalda.

Sin perder un minuto, y látigo en mano, el capataz ordenó a otro taxonímico que levantara la carga. El ser de aspecto de roedor ahogó un gemido cuando el bloque desaprisionó sus maltrechas piernas, y miró con gesto de súplica a su compañero sin hallar el menor atisbo de compasión en él.

El capataz descargó el látigo sobre la espalda del portador, y este se puso en marcha, uniéndose a la ya extensa fila de extraños seres que cargaban

con enormes bloques de piedra.

El maltrecho taxonímico que yacía en el suelo agachó la cabeza esperando su inevitable destino. El cuchillo del capataz le hizo una sonrisa púrpura en el cuello confirmando sus temores, y un millar de perlas carmesíes regaron la tosca arena.

Alawi dejó atrás las hileras de esclavos y alcanzó la explanada, donde se alzaban andamios y grúas de madera, rodeando lo que era ya con claridad un monstruoso portal de piedra restaurado.

La arcada se alzaba sesenta pies sobre el suelo, y Alawi echó el cuello hacia atrás para contemplar su cúspide destacando con el sol del atardecer. Todo marchaba conforme a lo previsto.

—Disculpe mi ignorancia, gran Sunna —era el capataz, que se dirigía a él con la cabeza gacha y actitud genuflexa.

—La ignorancia siempre está disculpada —le respondió Alawi, sabiendo que de la ignorancia vivía su credo también. Aunque era ironía lo que rezumaba su boca, a ojos del capataz solo fueron palabras cálidas y bondadosas lo que escuchó.

Al menos hasta que se extralimitó:

—¿Para qué sirve este portal? —una bofetada volvió del revés la cara del capataz, que clavó todavía más la vista en el suelo.

—Sé más respetuoso... estás hablando del Portal de los Ancestros. Una de las puertas depositadas en el Mundo Antiguo para que el profeta y Baash pudieran entrar en contacto con los hombres; a través de los portales nos hicieron ascender más allá de nuestras limitaciones físicas.

—¿Y cómo es que solo quedaban estas ruinas maltrechas? —balbuceó el capataz. Alawi rezongó.

—Fueron destruidos antaño por la ignorancia y el temor de hombres impuros.

—Ya veo. Si me disculpa su excelencia... quisiera preguntar una última cosa.

Alawi disfrutaba de las zalameras palabras del capataz, de manera que no se mostró contrariado, sino incluso dispuesto a responder.

—Habla.

—No acabo de comprender. Restauramos una puerta de sesenta pies

que no da acceso a ninguna estancia. Que no abre a ninguna parte. ¿De qué manera puede ayudarnos este arco de piedra a someter a nuestros enemigos?

Alawi rio satisfecho constatando la marcada ignorancia del capataz.

—No todas las puertas abren hacia dentro. Y no todas las puertas permanecen cerradas. Esto... —abrió la palma de la mano emocionado hacia el arco— es algo más que una puerta. Este portal abre a otros reinos... a otros planos de la existencia...

... a otros mundos.

EL CLARO

Hubo un tiempo en el que soñó que podía tener otra vida. Incluso llegó a fantasear con la posibilidad de enamorarse de un hombre socarrón y divertido. Un tipo peculiar que se hacía llamar Varley y que, al parecer, era detective.

Pero cuando los años fueron sucediéndose y se percató de que este nunca regresaría, aceptó la cruda realidad. O la había olvidado, o estaba muerto. Y por egoísta que resultara, prefería pensar que había muerto, a considerar la posibilidad de que se hubiera olvidado de ella, o de que hubiera encontrado a otra mujer.

Prometieron volver, ¿lo habrían olvidado?

Varley era posible que sí. Tenía fama de empuñar la botella como un mandoble y descargarla con idéntica velocidad, pero Torgund... Torgund parecía una persona en la cual se podía confiar. Y si él había dicho que volverían, entonces es que volverían. Eso se repetía a sí misma a menudo... aunque enseguida la realidad se imponía en su pequeño mundo de unos cientos de metros cuadrados.

El Claro.

Tania ya no lloraba. Hacía mucho que no. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Por quién? En todo caso lloraría por sí misma, pero tampoco era dada a lamentarse.

Ni siquiera los chicos parecían ya necesitarla; quizá un poco Mejunje, el pequeño de todos, que todavía se dirigía hacia ella como si fuera la madre que perdió en aquella posada ya muy lejana... ¿Cómo se llamaba... el botón, el glotón...? Los recuerdos pesaban y se diluían en el disolvente universal más poderoso, el tiempo.

Los muchachos habían crecido. Todos rondaban la treintena, y no eran unos críos a los que se les pudiera aleccionar, corregir, o contener por mucho tiempo en aquella cárcel flotante. Hacía demasiado que ansiaban partir, salir

de allí, adonde fuera que no fuera el Claro. Y lo único que los mantenía a salvo y protegidos en aquel extraño lugar fuera del espacio y del tiempo, era el simple hecho de estar flotando en una isla en medio del horizonte.

Las vidas de todos ellos yacían hechas añicos en el pasado, lo único que restaba por hacer era reconstruir y comenzar una nueva existencia. Y como toda vida que crece, esta necesitaba expandirse y reclamaba espacio para desarrollarse. Y el Claro comenzaba a resultar opresivo y agobiante.

De no haber sido porque sus fronteras eran un abismo insondable, hacía tiempo que todos ellos la habrían abandonado, dejándola atrás, en la vana esperanza de que Torgund y Varley regresarían.

Pero hizo una promesa. Hizo una promesa, se repetía...

—Y van a volver. Sé que volverán —susurró Tania, terminando de apagar los rescoldos de la hoguera en torno a la cual habían compartido cena y silencio.

* * *

Sera paseaba por las estribaciones exteriores del Claro, muy ceñida al borde del abismo y a aquel anhelado mundo que se abría a sus pies. La acompañaban Mejunje y Ron, inseparables los tres ahora que Sarmiento parecía haberse vuelto más hosco, huraño y retraído; si es que eso era posible.

—Qui... go, g...tri...na...je... — el tartamudeo de Sera se había convertido en mutismo con el paso del tiempo, y ahora se veía sometida a la prueba más dura de su vida. Había perdido el habla y era incapaz de comunicarse, tan solo sonidos guturales y balbuceos salían de sus labios.

Sin embargo, por alguna razón que no alcanzaban a comprender, Mejunje se había convertido en su mano derecha, su apoyo, su portavoz, pues era el único de ellos que había demostrado entender algo de lo que decía Sera, en el apretado galimatías que emitía cada vez que hablaba.

—Dice que no comprende qué hacemos aquí. Que estamos perdiendo el tiempo —tradujo Mejunje.

—Sin duda —corroboró Ron reflexionando. En los últimos tiempos el chico se había vuelto más contrito y pensativo, si cabe, como si su cabeza siempre discurriera buscando el significado de las cosas—. Y quizá sea cierto... —continuó—. Pero he tenido tiempo de pensar en ello. Realmente... todos hemos tenido tiempo de pensar en ello. Y no puedo sino concluir que

nuestra vida no es una pérdida de tiempo. Y que nuestra estancia aquí tiene alguna razón de ser que, aunque no alcancemos a comprender, podemos atisbar.

—Gri.... Fjk.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sera a través de Mejunje.

Ron se rascó pensativo el pelo hirsuto que brotaba de su rostro imberbe.

—Es algo que constaté cuando comenzaste a perder la voz, Sera —ella desvió la mirada ocultando una lágrima. Todavía no había superado aquello. Mejunje le estrechó la mano reconfortándola—. Perdona, Sera. A veces olvido lo duro que es esto para ti.

—Dilo de todos modos, lo soportará —adujo Mejunje por propia iniciativa, estrechando con cariño la mano de la chica.

—¿No os dais cuenta de la lamentable estampa que reflejamos, a pesar de habernos repetido una y otra vez que tenemos un cometido especial todos nosotros? Sí, incluso tú Mejunje —añadió Ron, al ver la sonrisa escéptica del muchacho—. Si tú no estuvieras aquí no sé cómo nos habríamos comunicado con Sera.

—¿Escribiendo? —sugirió, y Sera le dio un cogotazo con la mano—. ¡Ay! Perdona —se disculpó, frotándose el pescozón.

—Tal vez. Pero tú mismo puedes deducir que escribiendo, Sera habría terminado por cansarse; eso la habría llevado a evitarnos y, finalmente, a retraerse en sí misma para no incomodarnos. Tú le has dado el equilibrio que necesitaba, y quizá, solo quizá, esa haya sido tu función. Y no es una función menor, créeme.

—Gracias... supongo.

—Huj, utl...bra...te.

—Sera pregunta: ¿Qué quieres decir con “estampa”?

—Sencillo —prosiguió Ron—. Un manco —trató de elevar el brazo parético, con escaso éxito—. Un ciego —cabeceó en dirección opuesta, refiriéndose a Sarmiento, estuviera donde estuviera—. Y ahora una muda.

Callaron. ¿Qué podían decir? Sera se aproximó al oído de Mejunje y habló allí lentamente, para no avergonzarse más de lo que ya estaba.

—Dice que está de acuerdo. Damos pena. ¿Es lo que querías escuchar? ¿Piensas que se han equivocado? ¿No seremos acaso una simple pandilla de

lisiados sobrevalorados?

—No lo creo, Sera —dijo él, mirándola con profundidad y compasión—. Nuestros cuerpos están marcados, es un hecho. Pero creo que lo que se busca son nuestros corazones.

—Creo que vas a tener que explicarte mejor, compañero —sugirió Mejunje, que en ocasiones ya solo necesitaba mirar a los ojos a Sera para saber lo que estaba pensando.

—¿Y si todo esto no fuera más que un periodo de prueba? Tu voz, sus ojos, mi brazo... ¿Y si el sentido de todo esto no fuera más que un ejercicio del corazón para salir de nosotros mismos y alcanzar aquello que estamos llamados a ser? ¿Y si todavía no somos las personas que se supone que Xila pensaba, esos elegidos? ¿Y si este lugar, el Claro, nos estuviera dando forma como en una especie de retiro?

—No sé qué te diría Sera... —comenzó Mejunje—. Pero yo sí sé que te diría. Deja de mascar hongos, amigo, te están afectando.

La chica rio. Cuando reía era el mejor momento de todos. Era en ese instante cuando se igualaba a cualquier otro y desaparecía su silencio, su mutismo; y eso la llenaba de alegría, haciendo brotar una risa absolutamente natural.

—Vale, vale, de acuerdo. Sé que suena extraño. Pero pensad en todo lo que hemos hecho desde que estamos aquí. Sera... —se dirigió a ella directamente—. Lo hemos hablado muchas veces, tú percibes la conexión. Estamos en el Claro, pero de alguna manera... percibimos lo que sucede en otros lugares. Incluso... hemos intervenido en ocasiones.

Sera asintió temerosa, como si se negara a aceptarlo.

—Sabes que es cierto. Al principio pudimos atribuirlo a sueños, imaginaciones... pero creo que lo que hacemos aquí resuena en el mundo. Piénsalo. La matrona... la mujer que te salvó del vientre de tu madre; la sentiste viva, presente, en este momento y en este lugar. Y tú misma me dijiste que influiste en ella, que la asististe de alguna manera para que ayudara a tu madre y así te salvara. Es inexplicable, pero de alguna manera... tú misma ayudaste a salvarte la vida. Igual que nos revelaste hace dos días cómo influiste en otra mujer, para hacer que un montón de andrajosos se refugiaron donde nadie pudiera encontrarlos; pero nos dijiste que eso aún no había sucedido cuando lo llevaste a cabo. Aquí el tiempo no funciona de igual modo;

creo que eso lo hemos deducido desde bien temprano. Piensa en mi caso. Ayudé a dos desconocidos en una encrucijada de caminos y los transporté en un carro hasta palacio, y solo ahora veo con claridad que eran Torgund y Varley. ¿Pero cómo puedo saberlo si yo estuve aquí? ¿Y Sarmiento? Al igual que tú, se ayudó a sí mismo impulsando a una amazona a combatir, cubriendo así su propia retirada y la de Torgund —calló un instante—. Es evidente que de alguna manera los tres estamos conectados al mundo. Y creo que cuando estemos listos, preparados tras este largo periodo de prueba... se nos dejará volver al mundo.

—ajsh...lufn.

—Pregunta si has leído eso en alguno de tus libros, o te lo has inventado sobre la marcha.

—No lo he leído en ninguno de mis libros... Todo cuanto te he dicho me lo ha dicho el corazón, Sera.

Ella se aproximó a Ron y le dio un abrazo. Mejunje no pudo evitar sentir una ligera punzada de celos, aunque no sabía de donde procedía ese sentimiento. ¡Ni que Sera fuera su novia!

Cuando se separaron, Ron enjugó con su mano sana la mejilla de Sera por la que se deslizaba una tímida lágrima.

—Anda, vamos. Volvamos con Tania. Lo está pasando mal. De hecho tan mal como si fuera nuestra propia madre; nos ha cuidado lo mejor que ha sabido, y ahora se ve desplazada y sin comprender qué es lo que hacemos. Creo que se culpa por ello. Venga, pasemos un rato con ella, y que sea como al principio: todo cantos y alegría.

—Me agrada esa opción —afirmó Mejunje, mostrando su acuerdo—. Vayamos y démosle una sorpresa.

—¿Le has comprado algo? —se burló Ron, y Mejunje se volvió con seriedad.

—El mejor regalo del mundo para una madre, listillo. Un abrazo.

* * *

Prefería permanecer así. Apartado, aislado. Sentía cada vez más la animadversión de sus compañeros. ¿Le ignoraban, o le repudiaban? ¿Era

adrede, o sencillamente la amistad duraba lo que duran las promesas?

Realmente no tenía respuestas para semejantes preguntas, al igual que ignoraba en qué medida cargaba con la responsabilidad de la situación, cegado por algo que no podía controlar.

No sabía si la percepción era suya, o alimentada por su padre... su padre. ¿Su padre? ¿Dónde estaba su padre? Muerto. Ahora lo sabía.

Miró de reojo por encima del hombro, observando sin ver, y encontró lo que esperaba. El ente, la cosa, el sempiterno ser observándole con enervante persistencia.

Sintió frío, un escalofrío.

Ahora lo sabía, su padre ya no volvería. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Sarmiento rio con amarga ironía. Veía más cuando era ciego, que ahora que poseía aquel extraño sentido de la vista.

Se incorporó y anduvo veloz, alejándose de la presencia, cuando se detuvo junto a un joven arbolucho y se dejó caer bajo sus ramas; allí estaba Piro de nuevo.

—¡Vete! —gritó Sarmiento, arrojándole una piedra.

El pedrusco pasó de largo sin rozar siquiera a Piro, o tal vez lo atravesó. El espíritu de su padre se acuclilló a pocos metros de donde él descansaba.

—¡He dicho que te vayas! —gritó de nuevo, escupiendo salivazos de rabia.

—No veo ni una sola razón por la cual debiera hacer tal cosa —respondió el ente—. Hijo —añadió.

—¡Yo no soy tu hijo, monstruo!

Piro se encogió de hombros y sonrió satisfecho.

—Es igual. Eso ya no importa.

Los ojos siniestros de Piro y los ojos opacos de Sarmiento se encontraron por un breve instante.

—¿Cómo no iba a tener importancia? Utilizas el rostro de mi padre, pero sé bien que no lo eres.

—Es evidente —asintió Piro, burlesco, y cambiando repentinamente a un tono más condescendiente—. Has resistido durante demasiado tiempo, hijo —carraspeó como si se atragantara con la palabra—. En eso te reconozco el

mérito. Pero es hora de rendirse.

Había anidado dentro de él. Es más, ingenuamente creyó en algún momento que podría controlarlo; era responsable, había permitido que anidara dentro de él. Y ahora, aquello que veía fuera de su cuerpo con la forma de su padre, no era sino él mismo reclamando su debido espacio.

¿Pero qué no habría hecho cualquier otro en su lugar? Podía ver, se sentía poderoso y no como un vulgar lisiado... ¿Quién no habría aceptado semejante trato, aun sin saber la letra pequeña del contrato?

—Acéptalo —sugirió Piro, con un tono de voz meloso y susurrante que casi hacía olvidar por un momento lo que era: una orden—. Es hora de rendir cuentas.

Sarmiento contempló a Piro con los ojos cargados de lágrimas reticentes a brotar. Estaba cansado, no podía negarlo. Durante años había disfrutado de las ventajas y beneficios de contar con aquella extraña ayuda venida de otro mundo; incluso pensó que se había librado de ella cuando llegaron al Claro y desapareció por un tiempo; hasta que dio con él de nuevo y todo se reinició con renovada virulencia, como una recaída durante una grave dolencia.

Sarmiento se derrumbó. Escondió el rostro entre sus manos y comenzó a sollozar, impotente. Piro se aproximó lentamente a él, sin dejar huellas en el suelo con sus pies, y depositó una fría mano sobre la cabeza de su hijo. Por un momento parecía que el auténtico padre del muchacho saliera al exterior apiadándose de su hijo.

Pero aquella cosa no era Piro, y su actitud era mera apariencia.

—Estoy... cansado... haz lo que hayas venido a hacer —claudicó Sarmiento, estrechando así el lazo de la soga alrededor de su cuello.

Piro no dijo nada más, tan solo puso los ojos lentamente en blanco, mientras parpadeaba a gran velocidad y se relamía de placer.

Qué extraño —se dijo Sarmiento. Ya no sentía nada, no percibía nada, hasta la figura de su padre se disipó en la brisa sin dejar ni rastro. Por un momento se permitió soñar que todo había terminado, que se había ido para siempre, que todo era una ilusión de su mente. Pero no tardó en sentir una extraña opresión en el pecho. Como si su propio yo quisiera salir de su cuerpo, reventándolo en todas direcciones; como si la barrera de su piel fuera ahora una prisión en la que se veía obligado a habitar.

Trató de hablar, de articular alguna miserable palabra; pero, con sorpresa y espanto, constató que sus pensamientos no eran suyos, y que su mente había sido ocupada por algo más, que abarrotaba todo el espacio disponible y que tan solo reservaba un pequeño receptáculo para él, para Sarmiento.

Quiso gritar y se sintió sonreír; quiso llorar y sus manos batieron palmas. Trataba de mover sus brazos, o sus piernas, transmitir las órdenes desde su cerebro, pero estas no llegaban.

Había sido desplazado de alguna manera incomprensible; seguía allí, pero ya no estaba allí, perdido el control, prisionero de su propio cuerpo.

Usurpado en su ser.

Se escuchó gritar de emoción y éxtasis jubiloso, pero no era el quién gritaba. Después recorrió los terrenos del Claro saltando, bailando y haciendo cabriolas. Se alimentó de alimañas crudas, arañas y otros seres igualmente desagradables; deseaba vomitar, pero contrariamente a su voluntad engullía bocado tras bocado.

Tras alimentarse, el ente utilizó su cuerpo a placer. Lo profanó, lo hirió, lo vejó. Una demostración de fuerza y poder sobre la voluntad del hombre, encerrada en aquel frágil recipiente. El chico quería hacerse daño, poner fin a aquello, suicidarse. Su cabeza lo impulsaba a arrojarse por el borde del Claro, pero una fuerza opuesta y poderosa se oponía siempre a cualquiera de sus intenciones.

Sarmiento se revolvía dentro de sí mismo. ¿Pero qué quedaba de él? ¿Quién se revolvía en su interior, cuando él ya no era él mismo? ¿Acaso aquello era lo que llamaban alma? ¿Acaso era el alma aquella pequeña habitación a la que el ente no podía acceder, a pesar de haber tomado el control de todos sus actos?

No tardó en encontrar una palabra para definir lo que sentía, a pesar de no poder expresarlo, o verbalizarlo.

De alguna manera Sarmiento supo que había sido violado.

EXORDIO

Esta noche he vomitado sangre.

Por la mañana recibí la visita del matasanos, y yo mismo he acudido a escuchar los consejos de algún otro galeno: “Absolutamente normal” ha sido el diagnóstico. Ningún sabio del cuerpo es capaz de encontrar mi dolencia, aunque yo ya reconozco los síntomas.

Estoy siendo atacado igual que lo fue mi maestro antes que yo. Si, como me dijo en una ocasión, “el mayor enemigo del Enemigo es la Verdad”... entiendo que no quiera ver conclusa esta obra y se revuelva contra mí.

De manera que muy a su pesar lucharé por concluirla. No por orgullo. Si la termino armado de orgullo, lo más seguro es que arruine estas epístolas y le otorgue victoria y razón a quien no la tiene.

Si Aquel que trae la luz me lo permite la concluiré por amor. Amor a mi maestro y amor a la raza del hombre. Y si armado con esta armadura el Enemigo me vence, sé que su victoria será efímera, que su éxito se volverá en su contra, y que algún otro, siguiendo mi ejemplo, le dará fin y contrapunto.

Así la armonía de esta música resonará, le aturdirá y correrá a esconderse. Y la muerte de Irkûn, humilde

aprendiz del gran Lothan, no habrá sido en vano.

El hombre se refocilaba en su propia inmundicia, satisfecho de haber llenado el vacío de sus corazones con cosas más vacías aún.

Y contento de ser, por el mero derecho de ser, fue alejándose más y más de la luz y abrazando inconsciente, o deliberadamente, los atractivos que los Mork ofrecían a sus ojos.

Uno a uno los Heldere suplicaron a Kilumaras que pusiera fin a aquella espantosa representación; pero una y otra vez Kilumaras sostuvo la promesa hecha a los Perantaraan y respetó su libertad, incluso al coste de ver llorar a sus criaturas y sus Custodios de Luz.

Por su parte los Mork avanzaron deprisa, como una infección bien asentada, que empieza despacio devorando un organismo, pero que, cuando ha tomado posesión del mismo, se esparce virulenta e imparable.

Fue una época que se describió como de portentos y señales en el cielo. Y muy cierta resultaba tal descripción, pues los Mork entablaron estrecha relación con el hombre, y diariamente los deslumbraban con luces y poderes allende su imaginación.

Un estado de dudoso equilibrio perduró durante generaciones de supuesta "paz", y la abundancia de la cornucopia rebotó, cegando todavía más a los ya de por sí distraídos ojos de los Perantaraan.

Tanto es así, que el hombre desterró a Kilumaras de su vida, llegando incluso a consagrar semejante acto en ceremonias de triste recuerdo.

Y el hombre negó a su Dios y renegó de él. Y Kilumaras, triste, como solo puede estarlo un padre que ve a su hijo acercarse al precipicio, permitió que el hombre se inmolará revestido de ignorancia.

Todo porque lo amaba.

Por aquel entonces, se avino Sarkôn con los hombres, y les convenció para que tomaran parte en un proyecto que pondría a su alcance el poder del mismísimo Kilumaras.

Habló así Sarkôn a los hijos de Kilumaras, los grises, los que habían de venir, los humanos o Perantaraan:

«Amigos míos. Pues fuisteis hechos de materia divina, sois como

dioses vosotros mismos. Me pregunto entonces: ¿Por qué negaros el mismo poder que los dioses? ¿Acaso no merecéis compartir las gracias y dones del cielo?»

Los hombres respondieron enfurecidos ante aquellas palabras. Y su furia se dirigió contra los Heldere y Kilumaras, a los que veían como claros enemigos de la humanidad y su progreso. Sin embargo Sarkôn los apaciguó, pues el momento no era llegado:

«Como amigo vuestro que soy, os diré lo que haremos. Juntos construiremos una puerta. Una puerta que con nuestra ayuda os dará acceso al mundo que habitan los dioses; y entonces, solo entonces, podréis tomar aquello que es vuestro por derecho».

Los Mork fueron aclamados como los nuevos dioses de la humanidad, y las obras de sus maquinaciones fueron llevadas a cabo por las manos de los hombres. Los más activos y diligentes de ellos fueron ascendidos por los Mork, y se les abrió la mente a conocimientos supuestamente ocultos, que deslumbraron a sus maleables conciencias. Mientras, aquellos hombres que rechazaron las enseñanzas de los Mork fueron desterrados, o sometidos a la esclavitud; y los menos afortunados de ellos, destinados a un funesto propósito, al que llamaron ciencia, y que trató de clasificar a las personas por su apariencia, rostro, o creencia.

Se produce aquí un ligero salto en la narrativa. Los textos legados por el Criptor resultan ilegibles, y hacen referencia, según creo, a algún tipo de historia apócrifa respecto de lo referido en los anteriores párrafos. Después continúa así hablando del pueblo antiguo.

Fue así Fasto, Señor de las Tormentas, quien ofreció a estos escogidos de los Mork el polvo negro de poder. Y Sarkôn, Señor del Fuego, quien los orientó para que crearan armas que funcionaban con dicho polvo. Y el hombre llamó a dichas armas tirafuegos, y fue uno de los primeros inventos que el hombre creó para matar al hombre.

Armados de aquella manera, los Adhan, que así recibieron el nombre de los Mork, y que significaba: “Aquellos que llaman a los fieles”, se

convirtieron en los sirvientes de los Guardianes de la Sombra. Y fue esta la primera división de la humanidad; la segunda vendría por la esclavitud y el destierro.

Los hechos del destierro y la esclavitud fueran narrados en los párrafos pretéritos; sin embargo, por alguna razón se altera el orden lógico de la narración, citando en primer lugar la segunda división del hombre y en segundo lugar la primera, alterando así el orden cronológico de los hechos. Ignoro si se trata de una mera figura poética u oculta algo más.

*Aconsejados por los Mork, los Adhan sometieron al resto de los Perantaraan y pusieron por escrito una doctrina inspirada y dictada por la mismísima Trifania, Dama del Vacío. Una doctrina que era su poder y su condenación al mismo tiempo. Un credo y un sistema que perduraría hasta el final de los tiempos, una fe para un **Mundo Antiguo**.*

De esta manera el hombre se sirvió del hombre, y por medio de los nuevos esclavos erigieron el Portal de Sarkôn, creyendo así que alcanzarían a los dioses en su grandeza.

Mas en secreto, y donde nadie lo veía, Sarkôn escribía palabras horrendas en un grimorio que el mismo había confeccionado con negras artes. Y, amparado por la noche, se aproximó al enorme Portal que levantaba sesenta pies del suelo, y con un dedo incandescente grabó los mismos textos en la piedra viva. Mas nada dijo a los Adhan, y mucho menos a los Perantaraan.

Así el Portal quedó concluso. Y era este un enorme arco de piedra maciza que, en efecto, abría al país de los dioses, o paraíso. Pero que también abría a otros portales secretos que solo conocía el negro corazón de Sarkôn.

Los Adhan, extasiados por las obras de sus manos, acudieron en masa a contemplar el Portal.

Y allí se reunieron los Mork y hablaron así a los hombres:

«No es justo que carguéis solos con la responsabilidad y el peso del mundo. No siempre podremos estar con vosotros. Por ello os otorgamos estos dones, sean vuestra ayuda y vuestro apoyo».

Y entonces fue cuando el grandioso Portal se activó por vez primera. Y por primera vez el hombre se preguntó si había hecho bien. Pero, como tantas otras veces, la respuesta se adelantó a la pregunta, y ya era tarde para enmendar sus actos.

A través del Portal, Zagut, Señor de lo Oculto, convocó a los ayudantes de la humanidad. Y así los Mork trajeron al mundo a los Úng, y los llamaron espíritus sirvientes para burlarse del hombre.

A su vez abrieron el Portal a recónditos espacios y lugares que no deberían haber sido abiertos, y la tierra se plagó de criaturas que deberían haber sido benévolas y que pronto se revelaron como opuestas a la vida.

Así vinieron al mundo ondinas, estirges, sílfides, liches, sombras y otros. Y por último llegaron las bestias aladas que fueron adiestradas como montura para el hombre... los Kolf.

LA CASCADA

Abandonaron la calzada al alcanzar el lindero del bosque. Allí redujeron la apresurada marcha y se adentraron entre los troncos y las ramas bajas de los árboles.

Cada día que pasaba, Bosque Espeso se volvía más siniestro, y la sensación de que algo, o alguien vigilaba desde cada recodo y cada grieta del camino, acrecentaba el desasosiego de aquellos que se atrevían a aventurarse por sus senderos.

Antes de dejar atrás el camino, borraron su rastro y plantaron falsas pistas que orientarían a cualquier husmeador hacia el Mirador de Bahía Final. Probablemente nadie sospechaba que tendrían la osadía de atravesar el bosque para llegar hasta la misma garganta de la rugiente cascada.

Nada más poner el pie en el sendero, ambos fugitivos cambiaron la actitud corporal y su manera de caminar. Habían realizado una apresurada transición, de correr despavoridos huyendo de lo que habían presenciado en la Aldea central, a reducir el paso a una silenciosa cadencia en la cual contenían hasta el aliento. Obligados por las repetidas incursiones en los terrenos de Más Allá del Río, se vieron en la necesidad de refugiarse donde nadie pudiera encontrarlos. No eran idiotas, sabían de sobra que Bosque Espeso ya no era seguro, y que decenas de alimañas y bestias hostiles poblaban ahora estas tierras. De modo que adentrarse en la espesura de cualquier otra manera que no fuera silenciosa suponía un suicidio seguro.

Se ciñeron las capuchas de sus mantos y avanzaron con toda la premura que permitía tantear el terreno a cada paso, evitando cada ramita o guijarro que pudiera delatarles. Durante el rato que anduvieron por aquellos dominios,

ni una sola palabra emitieron, recurriendo siempre a un rudimentario lenguaje de signos que habían ido improvisando con el tiempo.

Recorrer el bosque a lo ancho, desde un extremo al otro, no requería más de cuarenta minutos, cada uno de los cuales se hacía largo como un día y terrorífico como una pesadilla.

Las raquílicas y abundantes ramas de los árboles parecían inclinarse hacia ellos tratando de agarrarles a cada paso. El viento ululaba entre las copas y las ramas altas crepitaban, como si, por el hecho de ser mudos, los árboles intentaran delatarles batiendo palmas con sus nudosas manos de madera.

A esa inquietante sensación de que las raíces saldrían de la tierra y echarían a caminar tras ellos, se sumaba la constante presencia de algo indefinido que habitaba en el bosque... o quizá habitaba en toda la Cascada, pues identificaban aquella sensación como algo ya familiar, si bien en Bosque Espeso su poder resultaba más embotador.

Si quedaban animales amables en aquel lugar, corrían a ocultarse bajo tierra; y si percibían unos ojos en la oscuridad, o detrás del tronco de un anciano fresno, siempre los sentían fríos, siniestros y calculadores.

En un momento dado escucharon un ligero aleteo tras ellos, y se giraron con brusquedad, buscando el origen del mismo. La mujer había desenfundado dos oxidadas espadas cortas, y el hombre se llevó al hombro un arco de caza fabricado en arce, que había visto ya demasiados años de intemperie.

Ni la caída de una hoja sobre el suelo del bosque alteró la quietud del lugar.

Entonces escucharon el aleteo, una vez más, a sus espaldas; y, como antes, se volvieron sin ocultar su nerviosismo. Al fin y al cabo no eran soldados, ninguno de los fugados lo eran. Campesinos, alfareros, herreros, cocineros, amas de cría... ningún soldado. Tan solo un espíritu de supervivencia a prueba de todo obstáculo.

En ese instante, un extraño y diminuto ser alado picó contra la mujer y se posó sobre su hombro. La muchacha se sacudió nerviosa, tratando de librarse de la alimaña, pero sin emitir ruido alguno para no atraer la atención de seres peores que aquel.

Ella se revolvía asustada, y su compañero apuntaba el arco en su dirección sin atreverse a disparar contra el animalejo, que la aferraba por los

cabellos y había conseguido retirarle la capucha.

El doxy, que así era como se conocía a aquel despreciable bichejo, era un ser diminuto, del tamaño de un petirrojo y con la horrenda belleza de una araña. Su aspecto era humanoide, como de una mujer con dos alas queratinosas más grandes que el propio cuerpo; su brillo nacarado recordaba a las de un escarabajo. Poseía además ocho extremidades, dos pares de brazos y dos pares de piernas con aspecto de raíz, y un cuerpo bulboso que le daba cierta familiaridad con un tubérculo volador.

Todo esto no dejaría de ser sencillamente desagradable, de no ser por el hecho de que los doxys son mortalmente venenosos. Poseen cuatro afilados dientes en la boca, semejantes a los de una serpiente mordedora, y gustan de hincarlos en el cuello de sus víctimas, inoculando una cantidad ínfima pero letal de veneno, que mata a la presa en unas horas si no se administra el consabido antídoto.

De manera que la chica hacía bien en sentirse alterada. El doxy tiraba de sus pelos y ella se revolvía tratando de alejarlo de su cuello, girando la cabeza en un sentido y otro, rápidamente, y sacudiendo los brazos. Impotente, su compañero esperaba la ocasión de atravesar aquella patata voladora con una de sus flechas; no era mal cazador, pero no se atrevía a hacer fuego con su amiga moviéndose anárquicamente presa del terror.

La muchacha rodó por tierra y se revolcó, y el chico miró alrededor, temiendo que aquel ruido atrajera algo peor. Por suerte para ellos el mal del bosque debía estar durmiendo, u ocupado en otra parte.

Lo peor sucedió entonces. El doxy hundió sus afilados colmillos en el cuello níveo de la chica, tras balancearse de sus cabellos y hacerla levantar la cabeza hacia el cielo. En una milésima, había introducido el veneno; satisfecho, alzó el vuelo. Ahora solo tenía que esperar a que su víctima cayera inconsciente, y todo un enjambre de aquellos repugnantes seres tendrían alimento para una semana.

El chico disparó una flecha rauda, que se perdió en la oscuridad sin alcanzar su blanco. Durante un minuto permaneció vigilante, ajeno a la agonía de la chica, temiendo que el doxy, en su avaricia, volviera a rematar la jugada mordiéndole a él también.

Cuando se sintió lo bastante seguro de que el doxy no estaba interesado en él, se arrojó de rodillas junto a ella, le despejó el pelo de la cara e hizo lo

que pudo por sonreír.

—Lo has hecho genial... No has gritado ni siquiera cuando te mordió —dijo el chico con lenguaje de signos.

Ella intentó sonreír, pero la mordedura hacía que tirar de la musculatura de la cara fuera un suplicio.

El muchacho la ayudó a incorporarse, y se pasó uno de sus brazos por detrás del cuello para sujetarla y ayudarla a caminar.

—Vamos... te ayudaré a llegar... tenemos que llevarte con las ancianas, ellas podrán darte el antídoto. Pero tú tienes que poner de tu parte y mover el culo —esta vez ella leyó los labios del chico en vez de entenderse por signos.

Al principio avanzaron deprisa, o todo lo deprisa que puede avanzar un joven arrastrando a una muchacha por el bosque y evitando hacer excesivo ruido.

Pero conforme se aproximaban al final del bosque, y vislumbraban los rayos del sol atravesando la foresta, ella se derrumbó. El veneno del doxy se propagaba deprisa en su interior, y sus piernas dejaron de responderle; la piel tenía un color cerúleo y las venas se marcaban debajo de la misma, como si la recorrieran por dentro lombrices sebosas.

—¡Vamos! ¡Levanta! —se atrevió a decir en voz alta el joven viendo que el final estaba cerca.

El último tramo, ajeno ya a todo peligro, pues el tiempo apremiaba, cargó a la muchacha sobre sus hombros y rompió a correr. Siempre hacia delante, recto hacia la Cascada, trastabillando y sintiendo arder los pulmones dentro de su pecho.

Un ensordecedor aullido surgió a sus espaldas, pero el chico siguió corriendo sin mirar atrás, espoleado por el terror que daba fuerzas a sus piernas y le hacía olvidar que el aire ya no entraba en sus pulmones.

A la llamada de los lobos se sumó un sinfín de voces animales: gruñidos, graznidos, cacareos, que, aunque familiares, no parecían de este mundo. Era como si los cálidos cantos de las aves y las bestias, como si la misma naturaleza, se hubieran amalgamado, confundido y pervertido en una miríada de sonidos que atenazaban el corazón y paralizaban los miembros.

Como el corredor cuando rompe la cinta al llegar a la meta, así saltó el muchacho fuera de la espesura dejando atrás todos aquellos gritos que no se

atreveron a salir al exterior. Podría decirse que para estas bestias sin forma, el mero hecho de plantar sus pezuñas fuera de Bosque Espeso resultara doloroso, temerosos de recibir la escasa luz que se filtraba hasta la tierra entre los nubarrones.

Así, jadeante y aterrorizado, llegó con su preciada carga al límite del mundo, o lo que hasta no hacía mucho tiempo era considerado el límite del mundo; ahora sabían que había otras tierras allende la Cascada, las descubrieron aterrados cuando la *nada* cayó.

El chico se aproximó al borde del abismo, donde las aguas del río de las Almas se arremolinaban antes de precipitarse estruendosamente en el vacío. Depositó en el suelo con sumo cuidado a la chica inconsciente que balbuceaba sin sentido; y sin perder un minuto, extrajo una cuerda del morral y la anudó en torno al pecho de ella, pasándola por debajo de las axilas.

Mientras hacía todo esto echaba vistazos nerviosos hacia el límite del Bosque Espeso, temiendo que algo maligno brotara por allí.

Sin pensarlo por más tiempo, afianzó sus pies contra un tocón mohoso que descansaba sobre el borde del abismo y, con presteza, descolgó a la chica cascada abajo, descendiéndola lentamente mientras soltaba cuerda.

La masa de agua rugía y se sacudía junto al muchacho, que apretaba los dientes cada vez que dejaba ceder un palmo de cuerda. No quería que su amiga se lastimara contra la pared de roca negra y resbaladiza, de manera que medía sus movimientos casi tanto como sus respiraciones.

El atronador gemido de la cascada disimulaba cualquier otro sonido circundante; así era mejor, no atraería miradas indiscretas, pues se daba cuenta de que estaba jadeando y resollando por el esfuerzo.

Finalmente, la muchacha dejó de pendular como una marioneta, y aterrizó en una pequeña meseta de piedra; el chico percibió cómo la tensión cedía en sus brazos y sus hombros, y al fin relajó las piernas y se dejó caer boca arriba, hinchando el pecho a bocanadas.

Se asomó con precaución por el borde y atisbó a la chica, inconsciente y empapada, pero a salvo al fin. Más allá de la muchacha y de la meseta de piedra el agua seguía su camino precipitándose en el vacío, perdiéndose su acuosa voz en los confines del mundo, del Mundo Antiguo.

El joven enrolló la cuerda y se la colocó cruzada sobre el pecho; después, con extremo cuidado, inició el descenso agarrándose a cada piedra

afilada y grieta que encontraba para apoyarse. Habría preferido utilizar la cuerda atándola en el tocón, pero era mejor no dejar atrás pistas que revelaran de manera tan explícita su paradero.

A pesar del agotamiento, no tardó en llegar donde descansaba la muchacha, que se debatía, ahora sí, entre la vida y la muerte. Era urgente que la llevara al Último Refugio. La cargó sobre sus hombros y se adentró por un oscuro y resbaladizo corredor de piedra, que se abría entre la pared de la montaña y la monstruosa cascada.

El Último Refugio. Así lo habían bautizado los supervivientes de la Cascada, los pocos habitantes de aquel horrendo lugar que habían logrado escapar de las garras de Jnum y sus secuaces; aquellos que descubrieron la claridad mental cuando dejaron de consumir Hierba del Diablo; aquellos que fueron reconociendo como iguales a los que eran como ellos, reuniéndose en la clandestinidad y, poco a poco, conformando un heterogéneo grupo de resistencia.

Aunque denominarlos resistencia era quizá algo optimista. Eran ancianos, matronas, mujeres y jóvenes que apenas habían despuntado en la madurez; y los pocos bebés que habían nacido antes de la noche del gran festival y habían sido escondidos por sus familias.

El chico se adentró en el interior de la montaña, perdido en un laberinto de pasillos que conocía lo suficientemente bien como para hallar el camino con rapidez.

En cuestión de minutos vislumbró una luz al final del túnel, y hacia allí dirigió sus pasos con decisión, encorvado bajo el peso de la muchacha cargada sobre sus hombros.

Cuando entró como una exhalación en aquel oasis de luz, que era un gran salón de piedra rudimentariamente decorado y habilitado como hogar común, él gritó:

—¡Ayuda! ¡Necesita ayuda!... —varias mujeres y algún hombre avanzaron hacia él y le ayudaron a descargarla de su espalda—. Doxy... un doxy... —atinó a susurrar, antes de sentarse en el suelo sin resuello y perder el conocimiento.

* * *

Cuando despertó postrado en un viejo jergón, el rostro de una amigable anciana lo miraba desde arriba sonriendo con una boca parcialmente desdentada.

—Buenos días Brandon —dijo la anciana. El chico se incorporó un poco y la miró preocupado.

—Buenos días Wilaf —saludó, reconociéndola—. ¿Cómo...? —se llevó la mano a la cabeza, que le martilleaba ligeramente en las sienas. La anciana lo ayudó a recostarse de nuevo.

—Descansa, hijo. Estabas agotado. Habéis realizado una larga caminata en un tiempo absolutamente increíble.

Brandon se recostó una vez más y suspiró.

—¿Cómo está Dana? —preguntó al fin. La anciana Wilaf sonrió.

—Fuera de peligro. Llegaste a tiempo Brandon... unos minutos más... y Dana habría dejado de respirar.

Aquellas palabras fueron suficientes para reconfortarle, y cerró los ojos como si se dispusiera a dormir diez horas más.

—Antes de eso... —lo apremió la anciana, espabilándole; aunque Brandon abrió los ojos somnoliento y ella se disculpó—. Lo siento... necesitamos saber qué es lo que visteis. Qué os hizo recorrer en unas pocas horas de oscuridad y sueño tan largo camino a la carrera y atravesar Bosque Espeso —añadió sin ocultar su temor—. Debe de tratarse de algo realmente importante.

—Es verdad —corroboró Brandon, que de pronto parecía tomar consciencia de por qué estaba allí, aparte de por salvar a Dana. También se percató por primera vez de la presencia de más mujeres y hombres en la estancia, todos rodeando el jergón en el que yacía y con rostros de preocupada expectación.

—Vimos algo... horrible —comenzó el chico, rememorando las imágenes de pesadilla de las que habían sido testigos no hacía ni veinticuatro horas—. No sabría describir tanta... sangre... fuego... maldad.

Tras eso el muchacho se extendió relatando los hechos que habían presenciado. Los tributos a Baashamel, los cánticos, la orgía y el sacrificio. El secuestro de los no nacidos, el asesinato en masa, las violaciones y... la sonrisa de Jnum que, en todo momento, parecía saber que estaban allí

espiando entre la penumbra; y sus ojos, aquellos ojos que parecían capaces de leer las mentes.

Conforme avanzaba en su relato, Brandon observó los rostros y muecas de los presentes y leyó desesperanza, depresión, hundimiento, incluso podría jurar que alguno de esos rostros le recordaban a los de la gente que termina por suicidarse drásticamente.

Su relato más que aportar información, o ayuda a los supervivientes, había traído melancolía. Tan solo había potenciado lo que de autodestructivo hay dentro de cada uno de nosotros.

Brandon calló. Por un instante creía comprender la razón por la cual el gran Alquimista había permitido su huida.

Sin raíces a las que agarrarse, sin esperanza, sin horizonte... tan solo tenía que esperar, y el trabajo de darles caza se culminaría por sí mismo. El hombre se autodestruiría en su negra desesperación, sin poder aferrar la luz una última vez.

* * *

La población estaba reunida para la ceremonia. Ars había colmado el tiempo de su pueblo con ritos y celebraciones que les recordaran constantemente quién estaba al mando y a quién debían adorar.

Antaño, la gente renegaba de Kilumaras aferrándose a diversas excusas para no venerarlo; se decían cosas como: *«¿Quién lo ha elegido? Cuando mis hijos sean mayores que decidan por sí mismos. Tenemos derecho a decidir»*.

Y para cuando se querían dar cuenta, alguien ya había escogido por ellos.

Una docena de druidas acólitos, absolutamente privados de su voluntad, se balanceaban repetitivamente mientras entonaban cánticos guturales y profundos.

El alquimista Jnum los contemplaba satisfecho. Gozaba regodeándose en la obra de sus manos, percibiendo la destrucción que era capaz de ejercer con tan pocos recursos y tanta materia prima en forma humana. Era admirable la credulidad de los Perantaraan, en algunas ocasiones tan lentos a creer en *Él* y tan proclives a deslumbrarse con *ellos*. Bastaba con hablarles de cosas que

parecieran místicas, o asegurarles la posesión de conocimientos ocultos, o poderes arcanos innombrables... y, acto seguido, te seguirían como perrillos falderos, sacramentando la arena que pisaran tus sandalias.

¡Humanos!... tan contradictorios.

Renegando de la luz simplemente por ser eso: Luz. Olvidándose de ella por el simple hecho de resultarles repetitiva día tras día, pues los soles salen y los soles se ponen y nada cambia.

Tanto se habituaron a la misma, que dejaron de valorarla, y empezaron a pensar que la expansión de sus mentes y esos estados superiores de la conciencia se hallaban en otra parte. Y sembrada la raíz de la duda, el árbol creció rápido y profundo en sus almas, arraigando con fuerza en el corazón. Era sencillamente...

—¡Magnífico! —se dijo Jnum.

Todo respondía a la perfección a un plan superior; seguir a Leviathanas y Baashamel había sido como recibir una magistral clase de psicología humana. De hecho era posible que el mejor psicólogo del mundo fuera Baashamel: entendía mejor a los Perantaraan de lo que ellos se comprendían a sí mismos, y esto le permitía manipularlos a placer. Aunque no requirió de intrincados planes para ello; el secreto estuvo siempre en ceñirse a las pequeñas cosas del día a día. Esos pequeños gestos que decantaban la balanza de la vida hacia un lado o hacia el otro.

Hacer que una persona sea gruñona cada día, huraño el otro, mal educado con el de al lado; aniquilar la convivencia, hacerla imposible en las poblaciones, en los mismos barrios y finalmente en el núcleo familiar y el matrimonio. Un plan lento, pero sumamente eficaz, que rendía beneficios ahora.

El hombre venía entonces y clamaba al cielo preguntándose por el origen de su amargura:

—¡Tengo derecho a ser feliz! —gritaban.

Y escuchaban una respuesta que no querían oír: «¡Sígueme!»

Y el hombre se daba la vuelta cabizbajo, y volvía por donde había venido, más entristecido si cabe. Pues aunque le prometieran felicidad eterna, era incapaz de seguir la senda que se le marcaba.

Miraba entonces al anchuroso mundo, donde gobierna el *príncipe* y gritaba:

—¡Tengo derecho a ser feliz!

Y escuchaba la respuesta que sus oídos ansiaban oír.

—¡Por supuesto que tienes derecho!

E introdujo así Baashamel, por medio de sus útiles peones, la idolatría y la hierba del diablo en la Cascada, pues con ello garantizó los más altos grados de satisfacción y felicidad.

Los Perantaraan abrazaron aquellos remedios para su agonía vital sin dudar. Donde los otros exigían arrepentimiento, actos de bondad y esfuerzo... Baashamel otorgaba felicidad prensada en forma de hoja, y tan solo exigía un simple tributo de sumisa adoración.

¿Qué humano dejaría pasar la posibilidad de ser feliz sin esfuerzo?

Y así, año tras año, día a día, el hombre se fue encerrando en sí mismo, e insensibilizándose ante su prójimo; mas cuando el hombre está aislado, completamente aislado del mundo... entonces es cuando resultan más vulnerables a los engaños de los Ûng.

Pero no olvidemos que obtuvieron lo que querían: los Perantaraan obtuvieron la felicidad a costa de su libertad.

Dicen que la libertad también tiene un precio, pero si ese precio fuera la felicidad... ¿Qué haría un humano?

El Gran Druida rio para sus adentros. Aquel bucle maquiavélico de pensamiento, urdido a la perfección, le dejaba un regusto dulce en la boca que no se diluía nunca.

Las decenas de lugareños presentes se balanceaban al unísono con los druidas que dirigían la ceremonia. Ars lo observaba todo desde una rústica butaca de madera noble, levantada para la ocasión sobre una tarima.

Repentinamente, los cánticos y bailes se detuvieron en el acto cuando el aire se revolvió en la plaza donde estaban reunidos.

La repentina corriente se deslizó entre las cabañas de adobe y paja, y casas mejor labradas de madera y piedra.

El polvo se alzó en espirales desde la calzada de guijarros, enturbiándoles la vista a los presentes. La mayoría se postró en el suelo tomando aquello como una señal de Baashamel. Pero Ars cerró los ojos, se puso en pie, y se dejó envolver por la espiral polvorienta de partículas que se filtraban por cualquier resquicio de la ropa.

El primero de ellos aterrizó con brusquedad, separando al pueblo del Gran Druida. Sus garras golpearon el suelo con fuerza levantando una lluvia de guijarros; sus alas se sacudieron con violencia varias veces antes de plegarse a su espalda. Después la criatura se volvió hacia Jnum y chilló con fuerza, abriendo la mandíbula como una serpiente y haciendo vibrar su garganta y restallar su lengua como un látigo.

Ars sonrió a la criatura y abrió los brazos hacia ella como si quisiera abrazarla.

—¡Bienvenidos... todo está dispuesto! —afirmó. El jinete que montaba sobre el Kolf asintió y volvió la montura hacia el pueblo con un brusco tirón de las riendas. El ser alado se giró reticente hacia la gente, y alargando su cuello chilló de nuevo.

Los habitantes de la Cascada se agacharon más todavía, como si desearan hacerse invisibles; incluso algunos rodaron por el suelo ante el hálito de la criatura.

El herrero del pueblo, arrodillado en la primera fila, alzó lentamente la cabeza, sudoroso. Temblando aterrorizado, movía los labios incrédulo sin articular palabra, mientras la inmisericorde criatura lo contemplaba con sus pequeños ojillos nacarados.

El jinete que la montaba, vestido por entero de armadura, y cargado con más armas de las que nunca se habían visto en la Cascada, sacudió ligeramente las riendas.

Sintiéndose libre para actuar, aunque nunca hubiera necesitado permiso de nadie, pues ante nadie respondía, el Kolf chilló mientras adelantaba su lengua púrpura. Esta se enroscó alrededor de la cintura del herrero que permanecía arrodillado y que, inútilmente, se debatió horrorizado con manos y pies, sacudiéndose en un vano intento por liberarse.

La lengua arrastró al desgraciado hasta las fauces del Kolf, erizadas por numerosos colmillos, y sin ningún tipo de compasión ante las súplicas de su víctima, decapitó al hombre de un solo bocado.

Aquello hizo reaccionar a los presentes, que se levantaron horrorizados dando alaridos y comenzando a correr en todas direcciones sin sentido ni orden. La hierba del diablo puede que controlara sus actos, pero bajo aquella catarsis fúngica yacía algo primigenio e inevitable que ahora los espoleaba: el instinto de supervivencia.

Solo los más adictos de todos permanecieron en sus sitios obnubilados, como ofrenda voluntaria a los dioses del Mundo Antiguo.

El Kolf hizo crujir el succulento bocado en su boca y despreció el cuerpo del herrero, que cayó al suelo y se sacudió varias veces entre espasmos, mientras de su cuello truncado manaban en brotes ráfagas de vida.

La bestia tragó, estiró el cuello hacia el oscuro cielo, y en esta ocasión rugió. No era un león, ni un tigre; ningún animal conocido podía emitir semejante rugido e infundir similar terror. Pero quien debía escuchar oyó. Y la llamada no fue desoída.

Descendiendo de entre las brumas del cielo, cayeron sobre la Cascada las tres legiones enviadas desde Mundo Antiguo para purificar la tierra.

La gente corría despavorida buscando con desesperación un lugar donde ponerse a cubierto, donde ocultarse y buscar refugio. Pero eran decenas los Kolf enviados, y en la Cascada no habían sido instruidos para la defensa ni el combate. En la Cascada todos vivían sometidos a un dios superior que hablaba con ellos a través de la hierba, y aquel dios había decidido que era llegada la hora de reunir a sus súbditos ante él.

Los jinetes que caían del cielo como una tromba de chillidos y alas membranosas y oscuras, entonaron sus cánticos de guerra, haciéndose oír por encima del fragor de los gritos, la sangre y las espadas:

*“Katum Barak Azôh.
Sateg Lavez Krotojol.
¡Baash Bateg, Baash Bateg, Baash Bateg!”*

Con lo cual querían decir:

*“Que el Mundo sea Sanado.
Que la sangre limpie la Ponzoña.
¡Baash viene, Baash viene, Baash viene!”*

Y así recorrían los terrenos y pagos, dando caza y muerte a todo el que les placiera, y repitiendo en todo momento con voz tenebrosa y grave:

“¡Baash Bateg, Baash Bateg, Baash Bateg!”

La mayoría de la población corrió hacia sus humildes casas, pero en las callejuelas y plazuelas no tardaron mucho en ser blanco fácil para los ataques que venían desde el cielo y que pronto tiñeron las piedras de rojo.

La sangre manaba generosa, y los gritos se alzaban desesperados suplicando al vacío; aunque sus súplicas tuvieron respuesta cuando las nubes comenzaron a descargar agua desde el cielo.

La lluvia comenzó fina y entrecortada, haciendo que Ars levantara la cabeza hacia el cielo preguntándose si, en efecto, la lluvia sería natural; pues algo le decía que el mundo lloraba, quizá incluso eran lágrimas del eterno enemigo. Aquel último pensamiento le llenaba de regocijo siempre.

Algunos de los huidizos habitantes, viendo la masacre que se desarrollaba en la ciudad, giraron sobre sus talones y corrieron despavoridos en direcciones opuestas, hacia Bosque Espeso y las tierras de Más Allá del Río.

Uno de los jinetes, el que parecía estar al mando ordenó:

—¡Enviad una escuadra tras ellos! ¡A esos los cogemos vivos, se necesitan esclavos en Mundo Antiguo a nuestro regreso!

Una docena de Kolfs fueron desviados del frente principal y asignados para aquella cacería campestre. La Aldea ardía por los cuatro costados y las almas confinadas en su interior ardían con ella. El olor a carne quemada se alzaba en pavesas, haciendo salivar a las bestias aladas que rugían de placer.

No menos de cien personas corrían como alma que lleva el diablo, aproximándose rápidamente al lindero del Bosque Espeso; apenas habían alcanzado los primeros árboles, cuando un humilde campesino fue levantado del suelo repentinamente.

El pobre hombre, aterrorizado, vio que quien lo levantaba del suelo era un siniestro sauce entre cuyas ramas se veía atrapado de pies y manos. Los fugitivos se detuvieron espantados, preguntándose si serían alucinaciones o realidad. No tardaron en comprobar la realidad de lo que presenciaban, cuando el sauce tiró de cada uno de los miembros de aquel hombre y su tronco mutilado cayó al suelo entre alaridos.

De alguna manera aquel bosque, que día tras día se había vuelto más

oscuro y siniestro, ahora había despertado en toda su maldad. Por allí no podían escapar, de manera que se lanzaron a la carrera bordeando el perímetro de la foresta, en un desesperado intento de llegar a Más Allá del Río.

En la distancia se escuchaban ya las pesadas alas de los Kolf sacudiendo el aire, cerniéndose sobre ellos amenazantes.

El grupo corría entre trompicones sin detenerse a ayudar a nadie; era una estampida, un “sálvese quien pueda” en toda regla.

Hasta que algo saltó desde el interior del bosque y cayó sobre la mujer que iba en cabeza. El grupo se detuvo en seco, haciendo que los que venían detrás empujaran a los que iban delante y algunos de ellos rodaran por el suelo.

De entre las entrañas abiertas de la mujer caída alzó la cabeza sonriente una lamia. Fragmentos de carne colgaban de entre sus dientes cuando los enseñó amenazante. Su rostro de mujer se crispó en una mueca cuando siseó, mientras su larga cola de serpiente se lanzaba a por nuevas presas contorsionando su anillada musculatura.

Sin saber hacia dónde escapar, los fugitivos se dispersaron. Entonces los entes que habitan en Bosque Espeso se sirvieron a placer todo cuanto gustaron. Ondinas, mantícoras, nagas, todo ser y monstruo que prosperaba en la oscuridad del bosque salió a la luz; si es que era luz lo que permitía ver en la Cascada y no tan solo una tímida película luminosa tamizada por un cielo plomizo.

La cacería se prolongó y los gritos agonizantes de sus víctimas resonaron en todo el continente. Gritos desde Bosque Espeso, gritos desde la Aldea, gritos desde Más Allá del Río; gritos que llegaban a los atemorizados oídos de unos pocos supervivientes que se ocultaban bajo la tumultuosas aguas de Bahía Final.

La tierra ardió por los cuatro puntos cardinales, y las llamas se alzaron hacia el cielo tan altas que fueron vistas como almenaras desde Mil Ríos, desde la Escala y desde Mundo Antiguo, donde los astrólogos del Khalifa se mostraron sorprendidos ante el halo luminoso y rojizo que se apreciaba en las alturas, y que manifestaron era una señal de Baash.

Los pocos supervivientes que lograron esquivar bestias, llamas y acero, no tardaron en caer prisioneros de las partidas de Kolf que sobrevolaban el territorio. Agotados y desesperados, prácticamente se entregaban a sus

captadores, deseando obtener un final rápido por medio del acero, en lugar de vagar aguardando una muerte a garras de algún horror innombrable de los que habitaban ahora en la Cascada.

Sin embargo, la absurda esperanza de obtener una muerte rápida y misericordiosa se veía pronto truncada, cuando constataron que los invasores del cielo ya no mataban, tan solo capturaban.

Ataban a los nuevos esclavos, los agrupaban y envolvían en redes como si fueran hatillos de ropa sucia; después alguno de los Kolf aferraba la red con sus garras posteriores y se lanzaba al vacío, llevando su preciado cargamento de vuelta a Mundo Antiguo, donde acabarían sus días en cautiverio.

De esta manera prosiguió la masacre, y la Cascada no tardó en yacer en silencio; al menos el silencio de los hombres, pues las llamas crepitaban y chisporroteaban elevando plegarias vacías al cielo.

El hombre que lideraba la partida contempló satisfecho su obra y se aproximó al único habitante de la Cascada que permanecía en pie, que con orgullosa mirada, y sin temor alguno, se mantenía firme ante la aterradora silueta de su montura.

—Está hecho —afirmó el soldado.

—Quedan algunos. Ocultos —replicó Ars, refiriéndose a los pocos supervivientes de cuya existencia y ubicación tenía cumplido conocimiento.

—Los atraparemos.

—¡No! —interrumpió Ars contrariando al jinete—. No merece la pena. Esos pocos desgraciados están acabados. Ellos mismos se destruirán en su propia desesperanza. Dejadlos. Sus muertes serán así más edificantes —el hombre de Mundo Antiguo creyó ver por un momento que aquel druida se relamía. Resultaba inquietante estar ante su presencia, incluso cuando era uno mismo el que estaba por encima montando una monstruosa criatura. Pero, por alguna razón, aquel andrajoso emanaba algo maligno. El guerrero prefirió no discutir; al fin y al cabo, tenían esclavos de sobra con los que apaciguar los más variados deseos de sus amos allá en el suelo.

—¡Está bien! —dijo por respuesta—. Colocaremos las cargas y partiremos. ¿Te llevamos anciano?

Ars rio divertido, lo cual no gustó nada al jinete. No era el hecho de que se rieran por su propuesta, era aquella risa en sí.

—No te molestes por mi transporte —sonrió, y una comisura se rasgó mientras hacía por colocarse la piel sobre el cráneo, como si llevara puesta una funda—. He terminado aquí, se me requiere en otro lugar, pero quizá volvamos a vernos... jinete —algo oscuro y maligno brillaba tras aquellos ojos que hablaban de volver a verse, como si reclamaran el alma del interpelado.

El soldado asintió, sin querer permanecer un minuto más allí. Sacudió las riendas y espoleó su montura, haciendo que esta alzara el vuelo en un torbellino de polvo y aire.

Ars quedó a solas con su propia desolación. Comenzó a caminar descalzo por sus dominios con una sonrisa demencial grabada en el rostro, disfrutando de cada imagen de muerte y desgracia que hallaba a su paso. Lentamente, se adentró en las llamas que consumían la Aldea, y su falsa piel comenzó a fundirse como si fuera cera. Con un lento goteo de apestosa grasa humana, retales e hilachas de piel comenzaron a desprenderse de todo su cuerpo mientras caminaba entre el fuego. Reía y reía mientras recuperaba a cada paso su aspecto anterior. Dejaba de ser Jnum, el estúpido e influenciable gran alquimista, y volvía a ser de nuevo el hermano Ars.

Entre el rugiente fuego alzó la vista al cielo, sin ver, y gritó:

—¡Míralo bien! ¡Ha comenzado!

Las llamas lo engulleron. Los jinetes de Mundo Antiguo pensarían que había muerto consumido en su locura. Pero como bien había advertido, se le requería en otro lugar.

Por su parte, los Kolfs rezagados se reunieron bajo la montañosa isla flotante que era la Cascada. Volaron por debajo del mismísimo arco de agua que daba nombre a aquel terruño, y se aferraron con sus poderosas garras en la piedra, cabeza abajo, como era propio de los murciélagos en oscuras cavernas.

El líder repartió gestualmente las instrucciones con rapidez, pues sabían de antemano lo que tenían que hacer.

Durante las siguientes horas los Kolfs se movieron a lo largo y ancho del mundo invertido de la Cascada, todo roca primigenia y granito. Y en cada grieta o falla que encontraban en aquella superficie, depositaban un saco de polvo negro unido a una mecha. La mecha se extendía uniéndose a otras mechas a su vez y así conformaron un sólido entramado que abrazó la Cascada

como un cuenco.

Cuando terminaron, se encontraron de nuevo en el punto de reunión.

—¿Todo listo? —preguntó el líder.

—¡Listo! —respondió uno de los jinetes.

—¡Enciende la mecha!

Y la encendieron. Los Kolfs se soltaron de sus asideros y cayeron al vacío como piedras. Cuando los separaban cien metros de la Cascada, abrieron sus membranosas alas reteniendo el aire en ellas y frenando su caída. Después planearon de regreso a Mundo Antiguo.

XXVI

MIL RÍOS

Las antinaturales aguas del Río Vuelto fluían inquietantes desde los valles de Mil Ríos hacia las montañas, perdiéndose en la intrincada cordillera de los Dientes del Dragón.

La sola visión de aquel cauce navegando en sentido contrario al orden natural, activaba los recelos del observador, haciéndole entender, a un nivel subconsciente, que algo allí no era como se suponía debía ser.

Y la presencia de un portal de piedra de sesenta pies, alzándose en los llanos próximos, no hacía sino acrecentar la sensación de desasosiego y aprensión.

El área bullía en preparativos; algo se fraguaba ajeno a miradas curiosas, y el mismísimo Mabruk, regente nominal, al menos por el momento, supervisaba las idas y venidas de carros, sacerdotes kohen provenientes del templo de los ancianos, vituallas, y otros artefactos y cachivaches que por alguna razón había hecho traer con premura hasta allí.

Las ropas de Mabruk absorbían toda la luz y, aunque oscuras, irradiaban un poder innegable, que hacía que todo aquel que entrara en contacto con su persona se sintiera impelido a obedecer. Su rostro había cambiado, si bien no a mejor. Sus ojos inquisitivos se habían vuelto más penetrantes, agudos como agujas; su piel parecía un pergamino adherido a los huesos tan solo por costumbre, y su pelo raleaba grasiento sobre su cráneo. Supervisaba todo cuanto entraba y salía de allí, y no perdía detalle alguno. Se movía nervioso, y en ocasiones jugueteaba con los dedos preguntándose cuánto faltaría.

Mabruk podía mostrarse paciente, pero Leviathanas ardía por dentro de impaciencia... al fin y al cabo, llevaban siglos esperando.

La depresión del terreno sobre la que se había construido el portal, y que ahora supervisaba un afanoso Mabruk, olía a muerte; despedía el olor profundo de la putrefacción que emanaría de una recua de bueyes moribunda acechada por aviesos buitres. Pero sin embargo nadie encontraría cadáver alguno en las inmediaciones.

Algo perverso se cocía, y era evidente que ni la mismísima naturaleza podía disimularlo. Arañas, roedores, aves y bestias hacía tiempo que habían abandonado la zona; el olor que brotaba de árboles, flores y plantas era el de la carroña, y la mismísima actitud de las aguas del río denotaba que algo torcido ocurría en el mundo delante de nuestros propios ojos.

El consejero del reino, o regente, o tirano, como hacía tiempo lo llamaban algunos en privado, se detuvo, percibiendo algún tipo de cambio en el aire.

—Has venido —no era una pregunta. Simplemente constataba un hecho, sin volverse siquiera para mirar a su interlocutor.

Entonces algo se materializó, o apareció; quizá los poetas hubieran sabido describirlo de manera más precisa, pero el caso es que se hizo presente sin más, sin grandes fuegos ni juegos de luces.

A espaldas de Leviathanas se alzó un hombre encapuchado que vestía ajados andrajos y caminaba descalzo. Ocultaba su rostro, pero bajo las sombras de su túnica se percibía el despuntar de una siniestra sonrisa.

Cuando estuvo a un brazo de distancia, el encapuchado se detuvo y ceremoniosamente dobló la rodilla y se humilló ante su amo. Fue entonces cuando Leviathanas se volvió.

—Lo has hecho bien, hijo mío —dijo mientras depositaba una de sus filosas manos sobre el hombro del recién llegado—. Los fuegos de la Cascada se observan desde aquí rebosando por encima de los Dientes del Dragón, como si se tratara de un amanecer que nunca llega.

—Ese amanecer nunca llegará. No para los Perantaraan al menos —confirmó el anciano.

—En efecto —afirmó sonriente Leviathanas—. Gracias a tus esfuerzos, hermano Ars, el primero de los bastiones de la humanidad ha caído.

—Fue vuestra guía y no mis esfuerzos, mi señor.

Muninn y Huginn volaron a posarse sobre los hombros del regente graznando con furia. Se afianzaron sobre Leviathanas, clavándole suavemente

sus afiladas garras sobre los hombros, y quedaron expectantes, contemplando al hombre arrodillado, como si aguardaran una sola señal de su amo para sacarle los ojos.

—Bien dicho, hermano... —se regocijaba ante la sumisión de un ser tan poderoso como aquel Úng—. ¡Pero ahora ven... vamos! ¡Tenemos cosas que hacer, labores que atender y que reclaman nuestra atención inmediata!

Ars se incorporó y preguntó.

—Entonces... ¿Es la hora?

Leviathanas se volvió hacia su siervo, sonriente.

—Es la hora —su respuesta fue tajante y sencilla, pero fue recibida con una miríada de graznidos jocosos por parte de ambos cuervos, que rieron demencialmente, como si gozaran por primera vez en siglos previendo un festín de carroña inminente.

Leviathanas se adentró en la hondonada y se aproximó al enorme Portal seguido por Ars, el cual contemplaba admirado y empequeñecido la mole de sesenta pies de roca, que a cada paso que daba en su dirección parecía hacerse más y más grande, engullendo hasta la tenue luz del día.

Los cuervos mensajeros de Leviathanas se alzaron en el aire y se lanzaron hacia el horizonte, para ejecutar los oscuros designios que les hubiera asignado su señor.

* * *

Ocultos a ojos indiscretos, aparecieron abruptamente en las inmediaciones de la Espiral; sin plan trazado, sin recursos, fiados tan solo en una vaga chispa de esperanza. Torgund, acostumbrado como estaba a este tipo de presentaciones, logró aterrizar de pie. Sin embargo Lucius y Marlon rodaron por el suelo desorientados, este último sujetando todavía la espada negra en el puño.

Se sacudieron las ropas, se buscaron con la mirada, y Lucius vació las tripas tras una sonora arcada. Torgund se acercó lentamente a ambos. Recuperó la espada de manos de Marlon y la enfundó con habilidad entre sus omóplatos, para acto seguido sacudir una palmada entre los omoplatos de Lucius.

—¡Anima esa cara! No ha sido tan movido como la última vez que

viajamos con Varley —la palmada, más que apoyar al tabernero, ayudó a que terminara de vaciar el contenido de su estómago, por poco que fuera y por bañado en cerveza que se encontrara este.

—Hablando de lo cual... —dijo Marlon incorporándose—. ¿Alguien ha visto a Varley? ¿No se soltaría antes de que escapáramos, verdad?

Torgund giró la cabeza en todas direcciones buscando indicios del paradero de su amigo, sin obtener mayor éxito que los otros.

—No creo que se soltara. Estaba bien agarrado —aseguró el gigantón con cara de preocupación.

—Deberíamos buscarle —repuso Lucius, que parecía estar saliendo del estupor causado por sus sacudidas tripas.

—Tal vez... Lo mejor será que nos separemos; haremos dos grupos de búsqueda: Marlon y tú iréis juntos, yo por mi parte... —empezó a decir Torgund, cuando de pronto se vio interrumpido por una voz familiar.

—De no ser porque estamos a medio camino de una lacrimógena y hermosísima reconciliación de novela... —habló Varley repentinamente a sus espaldas— diría que me hiciste aterrizar a propósito en medio de aquel lago, hijo.

Varley apareció entonces empapado de pies a cabeza, chorreando agua y dejando tras de sí un reguero generoso sobre el áspero suelo.

Marlon y los demás hicieron un mal disimulado esfuerzo para no romper a reír.

—La madre que te... —empezó Varley.

—¡Cuidado! —le interrumpió Marlon levantando la mano—. Todavía no te he perdonado, a ver lo que dices.

Se callaron todos bruscamente percibiendo la incomodidad de la situación, y cuando sus caras eran más serias y precavidas Marlon comenzó a reír.

—¡No ha sido a propósito! Jajajaja... Pero no descartaría haberlo hecho de haber sabido que habría un lago cerca... jajaja —los demás se sumaron a sus risas, Varley incluido.

—Serás... —comenzó Varley.

—Además, sabes que no ha sido a propósito... ja, ja... —seguía riendo Marlon—. Si hubiera sido yo, te habría hecho aterrizar en un campo de ortigas

y no en un lago cristalino.

—Pues ya que era un lago podías haber tenido el buen gusto de ahogarme en un lago de cerveza, ¡maldición!

—Si existiera un oasis bendito como el que describes, mi sagaz sabueso, construiría una casita a sus orillas —replicó Lucius.

—¿Y por qué no una taberna? —sugirió Torgund divertido, pero el tabernero negó.

—Sigues sin tener visión de negocio, mi desgarbado amigo. Yo viviría junto a ese lago espumoso y extraería de él el rico néctar de la cebada, que después vendería a precio desorbitado en algún tugurio de mala reputación. Si cualquier fulano pudiera arrimarse a la orilla y abrevar a su gusto, muy pronto toda la zona se convertiría en un erial, dada la afición de los paisanos a la bebida.

—Ya veo —rio Torgund—. Especulador hasta el final.

—Créeme, sé de lo que hablo. El tabernero es como el doctor del alma del borracho, somos maestros regulando el flujo de alcohol que puede metabolizar cada mangante... en el fondo estaría haciendo una obra de caridad.

—Todo eso es maravilloso y la mar de estimulante —interrumpió Varley—. ¿Alguien puede darme algo con lo que secarme, antes de que muera de pulmonía y me quede sin conocer la taberna de este adulterador de bebidas?

Marlon extrajo una manta de su equipo y se la tendió a Varley, que se frotó con deleite el cuerpo tratando de entrar en calor. Lucius y Marlon se adelantaron unos pasos a inspeccionar el terreno; estaban muy cerca de la Espiral, y cualquier movimiento en falso podía dar al traste con su misión, de manera que Marlon se sentía más cómodo si inspeccionaba personalmente el camino a tomar.

Varley terminaba de secarse, cuando detuvo su vista en el este, clavada en la cordillera de puntiagudos dientes que se alzaba en la distancia.

Embobado como estaba, no percibió la llegada de Torgund, el cual, sin miramientos, le asestó un manotazo en el cogote a la vez que preguntaba.

—¿Estás aquí? —Varley parecía salir de un sueño y asentía distraído—. ¿Qué sucede? —preguntó Torgund. Varley señaló hacia los Dientes del Dragón.

—Es como si estuviera amaneciendo antes de tiempo —explicó Varley, mientras señalaba el resplandor que despuntaba por encima de las cúspides nevadas.

Torgund observó en aquella dirección y cabeceó agachando la cabeza.

—No son los soles, Varley —el detective se giró, contemplando incrédulo a Torgund, este último añadió—: es la Cascada... está en llamas.

—¿Cómo? —preguntó Varley.

—La Cascada ha caído, Varley. Y muy pronto, si no nos damos prisa, el mundo de los hombres caerá con ella... —Varley miraba el cielo sin dar crédito, mientras Torgund continuaba—. ¿Acaso crees que esa columna grisácea son nubes?... —señaló una neblina que brotaba tras las montañas—. Es el humo que se alza en el horizonte. ¿No percibes el tenue olor que alcanza hasta donde estamos?... Es el olor del final, amigo.

A pesar de sus palabras, el Kaimu descansó una de sus manos, grandes como hogazas, sobre el hombro de Varley, y le dio un apretón tratando de reconfortarle. Con sus dedos en torno a su hombro, percibió el temblor que sacudió el cuerpo del detective.

—¿Qué sucede? —preguntó de nuevo Torgund. Pero Varley se retiró distraídamente la mano de su amigo del hombro, como si un insecto se hubiera posado sobre él.

—Na... nada —aunque, mirándole con inquietud, añadió—: creía haber visto algo... allí, en el humo.

Torgund observó la columna de humo, que se alzaba hacia el cielo fundiéndose con la nubosa cobertura que desde hacía tiempo tupía el firmamento. Era como un río de niebla desembocando en un mar de nubes. Pero no observó nada anómalo más allá de lo que ya de por sí resultaba aquella estampa.

—¿Qué viste? —Varley sacudió la cabeza.

—Nada —dijo él. Pero en su fuero interno no podía evitar afirmar lo que había visto. La columna de humo se sacudía, y los jirones de humo parecían fluir y materializarse en una bestia de siete cabezas y diez cuernos; las bocas de la bestia se abrían y cerraban profiriendo palabras grotescas y blasfemas que Varley no podía escuchar con el oído, pero percibía de alguna manera.

Sin embargo, se reafirmó en lo que había dicho, para no hacer creer a

Torgund que había perdido el juicio.

—Nada, amigo... un engaño de las luces. Nada más.

Torgund lo siguió, preocupado, hasta donde se hallaban Lucius y Marlon. Cuando Varley se arrastró hacia su hijo preguntó:

—¿Cómo vamos? — Marlon negó inseguro.

—No lo sé. Veo muchos refuerzos adicionales. Es como si supieran que veníamos.

—¿Qué esperabas después de nuestro numerito en la Fortaleza del Agua? —repuso Torgund arrimándose a ellos.

—Muy bien... —comenzó Lucius—. ¿Y cuál es el plan?

Todos callaron. Todo cuanto hubieran podido urdir con anterioridad estaba supeditado a una somera vigilancia y una entrada furtiva. Pero con la profusión de guardias deberían improvisar algo totalmente distinto.

—Yo tengo un plan —los sorprendió Varley, viendo que el resto callaba, mientras podía casi escuchar el sonido de sus cerebros trabajando a pleno rendimiento.

—Cuenta —lo apremió Marlon.

—Es sencillo... trazamos una línea recta entre nuestra posición actual y el bueno de Kadros.

—Ajá... ¿Y después? —preguntó Lucius.

—Nos cargamos a todo hijo de ramera que se interponga.

Los tres se giraron hacia Varley sin dar crédito.

—Es... sencillo, me gusta —respondió Torgund. Varley le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Y a qué esperamos entonces? —dijo Varley, mientras se ponía en pie y se encaminaba hacia la Espiral decidido.

—¿En serio? —preguntó Marlon, levantándose tras ellos.

—¿Pero es que habéis perdido el puñetero juicio? —preguntó Lucius, siguiendo sus huellas, más asustado por quedarse solo que por entrar en aquella prisión.

Descendieron con precaución desde el remanso del cauce donde el Río Negro vertía a la Espiral, convirtiendo así el río principal en subsidiario del afluente. Otro hecho insólito, aunque no tan destacable como las aguas que corrían en sentido contrario allá en el Río Vuelto, se dijo Marlon.

Desde donde estaban se contemplaba el cauce completo de la Espiral. Si no se prestaba la suficiente atención, podría confundirse con un lago de aguas agitadas, pero cuando el observador lo contemplaba con detenimiento, no podía sino maravillarse por el caprichoso trazado de su cauce, enrollándose una y otra vez sobre sí mismo como el caparazón de un caracol gigante.

No habían alcanzado el primer puesto de guardia, tras esquivar un par de patrullas que por suerte ejercían su labor de manera incompetente, cuando Torgund los arrastró a todos al suelo, abriendo sus brazos como un oso para abarcarles.

—¿Qué pasa? —susurró Varley.

—Dos guardias, justo delante —respondió precavido el Kaimu.

—¿Y no era ese el plan? —replicó Varley, dándole golpecitos a su espada con un nudillo.

—Sí. Pero será mejor no alertar a toda la guarnición... supongo —respondió Torgund. Varley asintió repetidas veces, no sin un deje de ironía en el rostro.

—Tiene sentido. Ve tú delante. Te sigo.

—El grandullón para mí. Tú a por el flacucho —expuso Torgund en tono conspirativo.

—Yo por mí te haces cargo de los dos y tan amigos.

—No... tengo una idea mejor.

—Lo que tú digas —dijo Varley, aprestando el acero. Pero Torgund extendió la mano y le hizo enfundar la espada.

—No, Varley. Vamos a necesitar esos uniformes.

El detective miró de reojo al gigante, terminando de guardar su espada y comprendiendo repentinamente lo que pretendía. Varley sacudió la nariz de derecha a izquierda como cuando tenía una corazonada.

«*A la mierda una vez más*» —opinó su conciencia sin preguntar.

—¡Por el amor de...! De acuerdo. Lo haremos a tu manera. Pero que sepas que mi plan era mucho más divertido.

Torgund y Varley reptaron sobre el limoso suelo, dejando tras ellos las marcas propias de un basilisco en el lógamo.

«*Por si no tuviera bastante mierda adherida a la ropa...* —pensó Varley—. *¡Calla de una vez entrometida!*» —reprendió a su conciencia.

Los dos guardias, uno grande como un púgil, el otro flacucho como un tallo, pasaron a pocos pasos de Varley, pero enfrascados como iban conversando sobre sus últimas conquistas amorosas, pasaron por alto los dos bultos embarrados que aguardaban en el suelo.

Cuando ya habían rebasado su posición, Torgund saltó a la espalda del púgil, aferrándolo por el cuello e inmovilizándole los brazos. Varley enfrentó en el acto al soldado espiga, embistiéndole con el hombro y haciéndole rodar por el fango.

Ambos guardias se enfrentaron a sus atacantes, sin pensar por un momento en dar la alarma. Tan desacostumbrados estaban a estas situaciones, que su propio instinto de supervivencia lo único que hacía era ordenarles contraatacar.

El flacucho se incorporó hecho una furia, y golpeó con su guantelete el rostro de Varley con más fuerza de la que aparentaba su fibrosa constitución.

—¡Joder! —exclamó Varley, llevándose la mano a la nariz cuando de esta brotó un surtidor de sangre junto a un cuajarón a medio coagular—. ¡Que ya estaba rota, capullo! —dijo recolocándose la nariz, a la par que ahogaba un grito y una blasfemia mayor. Después enfrentó al soldado meneando los puños como si compitieran—. ¡Venga, gordito. Arrímate, que le dé un poco de lustre al busto!

El flacucho cargó contra Varley, y cuando iban a entrar en contacto, el soldado cayó aplastado bajo el peso de su enorme compañero, que apareció como caído del cielo machacándole los huesos.

Varley miró en la dirección desde la cual había volado tan irregular proyectil, y encontró a Torgund sonriendo de lado a lado. El irredento borracho arreó una patada al barro.

—¡Lo tenía controlado! —exclamó Varley.

—Ya lo he visto.

—¿Lo pones en duda? Estaba a un minuto de hacerle una mascarilla facial a ese cerdo con el barro del río.

—Eso me parecía. Pero pensé que no teníamos tiempo para tratamientos de belleza —Varley estaba a punto de descargar alguna otra respuesta mordaz, pero Torgund no lo permitió—. Venga, abrevia y empieza a ponerte la ropa del flacucho.

—¡Serás...! —fue todo cuanto dijo Varley, mientras se afanaba en

desnudar al desgraciado que yacía bajo la voluminosa masa de músculos de su colega.

* * *

Con paso marcial, pero sin mucha convicción, dos guardias se aproximaban a los puestos de control de la Espiral, custodiando a una pareja de cabizbajos prisioneros. Uno de los guardias destacaba por encima del resto por su tamaño y su gesto de pocos amigos. Vestía las ropas reglamentarias para su rango, pero, aparentemente, entre los suministros de palacio no debía de existir un jubón o peto de su talla, pues iba embutido en el mismo con aspecto de ir a estallar en cualquier momento.

—Me ciñe demasiado —susurró Torgund retocándose el jubón constantemente—. Esta basura apenas si me deja respirar.

—¡Cállate y camina. Has sido tú el que ha tenido la feliz idea! —respondió Varley.

—¡Callaos los dos! —susurró también Marlon, que caminaba por delante de ellos cabizbajo junto con Lucius, ambos maniatados, aparentando ser lo que no eran—. ¡Se supone que sois nuestros captores, maldita sea. Demostrad un poquito de seriedad!

Asintieron, a la vez que percibían la inquisitiva mirada de varios guardias recelosos conforme se aproximaban a su destino.

Sintiendo aquellos varios pares de ojos fijos en ellos, Varley aventó su espada y sacudió de plano la misma contra las posaderas de Marlon.

—¡Andando escoria! —gritó Varley, obteniendo por respuesta una mirada ofendida por parte de su hijo. Torgund, siguiendo el ejemplo de su compañero, empujó con el pie a Lucius, el cual rodó por el suelo embadurnándose de barro.

—¡Oye! —se revolvió el tabernero, olvidando por un instante su papel y atrayendo con ello las miradas de los guardias que se repartían a lo largo del cauce. Ante el inminente fracaso de su misión, si la suspicacia de los guardias iba en aumento, Varley intervino desviando de nuevo la atención hacia sí mismo.

—¿Tienes algo que decir aborto de comadreja? —Lucius cerró el pico sorprendido, mientras veía cómo le apoyaba la espada en el pecho—. Eso me parecía. ¡Ahora levanta de ahí pedazo de boñiga seborreica, antes de que te

meta esta espada tan dentro del culo que te pueda limpiar los “paluegos” de los dientes con ella!

Lucius se incorporó cabizbajo y Varley le propinó un nuevo puntapié. Aquello hizo sonreír al resto de los guardias que volvieron rápidamente la atención a sus respectivos quehaceres.

Torgund miró a Varley sin ocultar su asombro, y el detective se encogió de hombros restándole importancia a su acertada actuación, que, obviamente, pensaba habría sido digna de las más excelsas tablas y de algún reconocimiento en el mundo de la farándula.

Así prosiguieron, adentrándose en la temible prisión de agua, y encaminaron sus pasos hacia uno de los imponentes brazos grúa que se encargaban de meter y sacar prisioneros del torrente.

Sin dejar de mirar hacia atrás por si algún soldado decidía seguirles, alcanzaron la caseta de guardia que les pareció más vacía, y donde esperaban detenerse unos instantes a replantear su estrategia. Argumentaron brevemente y Marlon susurró:

—Ese espadazo de antes me ha sobrado.

—Vamos Marlon... tu padre no te calentaba los cachetes desde que eras un crío. Y además... tú le debes una nariz —replicó Torgund.

Marlon sacudió la cabeza, aceptando su razonamiento.

—Dejémoslo en empate, pues —y girándose hacia Lucius—. Mi golpe puede que no estuviera de más, pero ¿qué me dices de él?

Varley miró al tabernero sintiendo una ligera punzada de culpa.

—Él... bueno... es un escamoteador de cobres, pero él... venga, de acuerdo, el suyo sí que ha sobrado.

Lucius puso los ojos en blanco, y Varley le dio unos toquecitos alegres con la hoja de la espada en el trasero. Aclarado aquel punto prosiguieron con el plan.

No obstante, cuando abrieron la pesada puerta de la caseta y se precipitaron al interior, supieron que debían seguir con la pantomima hasta las últimas consecuencias.

Un soldado se puso en pie para recibirles, mientras que su colega dormitaba junto a una partida de cartas abandonada largo tiempo atrás.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el primer soldado.

—Trasladamos a estos prisioneros desde la Fortaleza del Agua para su

reclusión, tras haber sido hallados culpables de sedición... y difamación... y sodomía —respondió Varley, para quien no pasaron desapercibidos los ojos de Marlon tornándose blancos.

—No tenemos ningún aviso... —respondió el guardia, sospechando algún tipo de engaño—. ¿Quién lo ordena?

—Mira hijo... —empezó Varley acercándose al guardia en tono conspirativo—. Estos dos fulanos no han sido sometidos ni a una somera vista judicial. El mismísimo Mabruk los llevó a su laboratorio en la torre de astronomía y salió de allí hecho una furia solicitando infinitos castigos y muertes varias para estos dos —señaló a los prisioneros por encima del hombro—. De manera que si esperas que tengamos algún tipo de orden de los juzgados puedes sentarte a esperar; pero si sabes lo que te conviene... no creo que quieras contrariar a tu nuevo “regente”.

El guardia cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro nervioso y tragó saliva. Después se volvió hacia su somnoliento camarada y lo despabiló zarandeándolo.

—Tú... Grim... ¡Eh oye... Grim! ¡Despierta atolondrado, que tenemos trabajo!

El hombretón amaneció, con los ojos parcialmente cerrados, de su placentero sueño, y parpadeó varias veces tratando de reencontrarse con el mundo de vigilia, muy a su pesar.

—Tenemos que procesar a esos dos —el primer guardia señaló a los prisioneros, hablando con el que respondía al nombre de Grim. Este último se incorporó lentamente dejando ver su importante tamaño y su no menos vigorosa musculatura, que afloraba por debajo de las mangas de su camisa palpitando sudorosa tras una noche de juerga.

«¿Acaso fabrican las parejas de guardias con el mismo molde, gordo y flaco?» —reflexionó la conciencia de quién ya sabemos.

Grim observó a los prisioneros y se estiró como un gato, mientras el otro guardia preparaba un par de cerrojos de hierro para colocárselo a los prófugos. El grandullón los contempló con parsimonia, como si se recreara en la desgracia ajena, y se volvió hacia Varley, al cual también escrutó interesado.

Cuando perdió el interés en ellos, se giró por completo y quedó cara a cara con Torgund.

Repentinamente, algo cambió en el rostro de Grim. La musculatura de su cuello se tensó como los vientos de sujeción de una tienda de campaña, sus puños se cerraron como la cabeza de un martillo de herrar y sus dientes rechinaron emitiendo un desagradable sonido.

Varley lo observaba todo y pensó en intervenir sin comprender todavía a que se enfrentaba.

—¿Ocurre algo amig...? —empezó Varley.

—¡Túuu! —gimió con voz áspera Grim, mientras arrastraba el pronombre. Varley retrocedió percibiendo la amenaza en la voz del guardia y llevándose la mano a la empuñadura. Torgund por su parte lo enfrentaba sin pestañear, como si hubiera reconocido la amenaza y la estuviera sopesando.

Marlon dio un par de pasos hacia el fondo de la estancia, arrastrando consigo a Lucius, mientras trataba de aflojar las cuerdas que lo amarraban.

El otro guardia se acercó aguijoneado por la curiosidad.

—¿Qué pasa Grim, colega? —preguntó él.

—¡Tú! —repitió Grim—. ¡No deberías estar aquí! ¡Este no es tu lugar! —Grim escupía espumarajos conforme su furia se incrementaba, sin aparente sentido, y las venas de sus antebrazos comenzaban a marcarse gruesas como serpientes.

Su colega desenfundó la espada.

—¿Qué pasa? ¿Quién es él? —repitió la pregunta, apuntando con la espada a Varley, que retiró los dedos de la empuñadura y levantó ambas manos en señal de paz.

La temperatura se desplomó dentro de la estancia, y pequeñas bocanadas de vaho se entremezclaron en cada exhalación mientras la tensión iba en aumento.

—¿Os conocíais? —preguntó Varley sin saber exactamente ni qué sucedía, ni qué hacer; en cuyo caso su conciencia tan solo sugería que buscara una manera de distraer la atención y rebajar los ánimos.

El cuello de Grim palpitaba aumentando de volumen de manera extraña, y su rostro se mostraba congestionado y rubicundo de furia. Torgund levantó lentamente su puño derecho al cielo, lo bajó con precaución a la cabeza, y finalmente lo golpeó contra su pecho, todo mientras susurraba palabras inaudibles.

«*La señal de Kilumaras*» —relacionó con rapidez la aplicada cabeza

de Varley, mientras Marlon y Lucius se apretaban cada vez más contra las tablas de la pared.

El guardia, desconcertado, y todavía con la espada sobre el pecho de Varley, se dirigió directamente a Grim desviando por un instante su atención.

—Háblame, Grim. ¿Os conocéis?

El voluminoso guardia era el único que no emitía bocanadas de vaho a cada respiración, era como si hubiera dejado de respirar. Tan solo exclamó con voz rasposa.

—Te reconozco... ¡Kaimu!

«¿Kaimu? ¿Cómo demonios puede haberlo reconocido?» —se dijo Varley antes de que todo se precipitara.

Varley aprovechó la distracción del soldado que le amenazaba, para apartar la espada de un manotazo sobre la hoja y rápidamente cargar con el hombro derecho sobre su oponente. Ambos trastabillaron y rodaron por el suelo.

Marlon y Lucius dieron un paso al frente, liberado este último de sus ataduras, aunque el tabernero fue más bien reticente, atemorizado por lo extraño de la situación. Padre, hijo y tabernero redujeron al soldado flacucho en hermanada trinidad, mientras Torgund no apartaba los ojos de Grim.

—¡Quedaos atrás! —gritó Torgund y los tres se quedaron parapetados tras las anchas espaldas del Kaimu. Después dirigiéndose a Grim—. Ahora te reconozco Ûng...

«¿Ûng? No me fastidies... ¿es que esas cosas están por todas partes?» —la conciencia de Varley le golpeó las neuronas, y Varley pateó el suelo, en consecuencia, asqueado.

—¿Cuánto hace que habitas ahí? —lo interrogó Torgund— ¡Habla!

Grim apretó tanto los dientes que rechinaron fuertemente. Sus ojos se habían transformado en dos esferas venosas cargadas de odio.

—Ayer... hoy... ¡Siempre! ¡Este es mi mundo Kaimu!

—No —respondió el Kaimu sin estridencia, mientras estrechaba sus dedos sobre la empuñadura que le asomaba por encima del hombro derecho—. Equivocado... como siempre.

Grim exhaló un extraño grito de rabia, y Torgund desenfundó el acero negro como la noche, y adoptando una elaborada postura defensiva aguardó la

carga de su enemigo.

El soldado de Mil Ríos dio un paso al frente y sonó una campana, o algo semejante a una campanada, al mismo tiempo que el enorme guardia se desplomaba a los pies de Torgund humeando por sus cabellos.

Observando la humareda que se desprendía del soldado inconsciente, Lucius se aproximó:

—Verdaderamente es un ser del inframundo... ¡Mirad como echa humo por la cabeza!

Torgund miraba el cuerpo, desconcertado, y Varley, asumiendo su actitud más detectivesca, se agachó sobre el cuerpo, lo observó dos segundos y sentenció:

—Por mucho que este bastardo sea o no un Ūng... su sesera está llena de fideos. No humea porque sea un mal bicho —se levantó, y clavando los ojos en la penumbra añadió—. Humea porque alguien le ha estampado el rancho en toda la coronilla. ¡Sal! No te haremos daño.

Lentamente, de entre las sombras se hizo visible una mujer menuda, enfundada en unas modestas ropas de labor. Se adentró en la luz temerosa, con la mirada clavada en las tablas del suelo y con una generosa perola de acero todavía humeando en las manos.

—Me gusta su manera de sacar demonios... —Varley se giró hacia Torgund—. ¿A ti no amigo? —el Kaimu rezongó algo ininteligible. Marlon se acercó a la mujer, y con mano tierna la aproximó a los demás.

—No tengas miedo —dijo el joven, tranquilizador, y entonces la mujer alzó la vista y recorrió con la mirada el rostro de cada uno de ellos.

—No tenéis esa mirada —dijo al fin.

—¿Qué mirada? —preguntó Lucius.

—La que tienen todos ellos —dijo ella simplemente, y aunque no ahondaron más en la cuestión sabían a qué se refería.

Varley por su parte, tras contemplar por un instante a la mujer con vivo interés, chascó la lengua como si hubiera dado con una pista esquivada que llevara rumiando hacía tiempo.

—Yo... —se acercó sacudiendo un dedo delante de su rostro, y ella se apretó más contra Marlon—. Yo te conozco.

Incrédulos, todos miraron a Varley, sin saber si hablaba en serio o se

jugaba un farol de tantos.

—No, en serio —continuó el—. Nos hemos visto antes. Y creo saber dónde.

—¿De qué hablas? ¿Dónde? —pregunto Torgund aferrando a su amigo por el antebrazo. Varley hizo caso omiso y buscando los ojos huidizos de la mujer prosiguió.

—Eres ella... ¿Verdad? Esa mujer —al fin ella levantó la mirada y, asintiendo, respondió.

—Sí.

—¡Ja! ¡Lo sabía! —exclamó, palmeándose los muslos como un niño.

—¿De qué narices habláis? —preguntó Marlon.

—El detective y yo nos conocimos en extrañas circunstancias... nos vimos el día que Kadros...

—¿Sí? —preguntó Torgund, interesado al oír aquel nombre.

—El día que Kadros me salvó —concluyó ella.

—¡Exacto! —aplaudió Varley—. Y por eso estás aquí ejerciendo de sirvienta para estos palurdos. ¿A que sí? —ella afirmó sacudiendo la cabeza.

—Así es. Cuando Kadros me sanó... yo... yo estaba en deuda con él. Por primera vez desde la muerte de mi hijo, estaba en paz. Vuestro amigo, Kadros... no sé lo que hizo con exactitud, pero erradicó el mal que había en mí.

—¿Cómo? —preguntó Lucius.

—Con el antiguo rito de expulsión —intervino Torgund meditabundo; ahora todos le prestaban atención como si esperaran una explicación, de manera que la aportó—. Los Kaimu somos antiguos, tan antiguos como el mundo. Kilumaras nos organizó y nos ordenó salvaguardar la creación, pero no contra catástrofes, guerras, o violencia, sino contra el enemigo de toda vida.

—¿Baashamel? —susurró Varley, y Torgund asintió.

—Así se hace llamar ahora, pero ha tenido otros nombres. Aunque nuestra guerra no es solo contra él, sino contra todos sus súbditos; y os sorprendería saber cuántos son.

—¿Y qué pasa con vosotros, qué sois? —preguntó Marlon para quien todo aquello resultaba difícil de asimilar.

—A vuestros ojos no somos más que gente solitaria, monjes, montaraces, una especie de orden errante que posee habilidades en combate, que manejan hierbas, pociones y que atesoramos conocimientos arcaicos y trasnochados. Y así ha de ser. Pero nuestra hermandad ha velado por los Perantaraan desde la partición del mundo, y así será hasta su unificación.

Los demás pasaron por alto probablemente la mayoría de las cosas que Torgund expresaba en sus palabras y las que dejaba por decir. Pero para Varley no pasó inadvertida la expresión, “unificación”.

—Muy bien, vale, estupendo —repuso precipitadamente Lucius—. De manera que Kadros te salvó, ¿no es así? Vale, y tú ahora sientes que tienes una especie de deuda con él por aquello y malvives en esta pocilga en la esperanza de... ¿de qué exactamente?

—Supongo que en la esperanza de que apareciera una oportunidad —replicó ella humildemente.

—Como nosotros —añadió Marlon, y Lilian asintió.

—Muy bien, muchacha. Pues ya tenemos motivo y oportunidad. ¿Tenías algún plan? —ella levantó los ojos.

—Tengo un plan.

—¡Oye! ¿Y qué pasa con mi elaborado plan de entrar repartiendo leña? —preguntó Varley.

* * *

Los guardias conversaban animadamente junto a los controles y engranajes de la enorme grúa de madera.

El rastro humeante y oloroso de un sabroso guiso estofado seguía de cerca a la sirvienta, que cargaba con la olla del rancho. En cuanto se acercó, ambos guardias detuvieron en seco su conversación, atraídos por aquel olor tan sugerente. Sin darle tiempo casi a descolgarse la perla de la espalda, los guardias ya estaban desenganchando del cinto sus escudillas y aproximándose a ella como depredadores.

—¡Huele bien! ¿Qué toca hoy? —preguntó el más granujiento, alternando miradas hambrientas tanto al guiso como a la mujer.

—Buey —respondió ella cabizbaja.

—¡Buey! ¡Por todos los diablos! —exclamó el segundo—. El cambio de regente se celebra bien.

—¡Baah!... será porque es día de ejecuciones. A los gerifaltes les gusta tener contentos a los verdugos en día de ejecuciones. ¡Descarga aquí mujer! —ordenó—. Y no te vayas muy lejos por si tengo que descargar ahí... —añadió lascivo, toqueteando las faldas de la sirvienta que se revolvió avergonzada.

La mujer se hizo a un lado, tras depositar en el suelo la cacerola, y los guardias se colmaron las escudillas a reventar y se saciaron a placer del succulento bocado.

No habían terminado de engullir el último pedazo de pan remojado en generoso vino, cuando sus ojos bizquearon y cayeron tendidos junto a la perola durmiendo inconscientes como benditos.

La mujer pateó la panza de uno de los guardias, tomándose aquella pequeña revancha, e hizo una señal en dirección a la cercana caseta, por donde aparecieron cuatro sombras que arrastraron los cuerpos al interior sin dejar ni rastro.

—Bien. Marlon, Lucius. Poneos sus uniformes y quedaos con Lilian junto a la grúa; seguid departiendo como si dierais cuenta del rancho. En cuanto a ti y a mí —dijo Torgund, volviéndose hacia Varley—. A los controles.

Ambos se adelantaron por el pontón de madera y se hicieron con los controles de la grúa. El manejo de aquella obra de ingeniería requería de la labor de al menos dos operarios, de manera que Torgund y Varley se afanaron cuanto pudieron para disponerlo todo en la mayor brevedad.

Los frutos de sus esfuerzos no tardaron en manifestarse, el brazo de la grúa giró sobre su eje y en pocos minutos quedó suspendido sobre el torrente virulento de la Espiral.

Sobre las rugientes aguas pasaban rebotando sobre su oleaje las pequeñas prisiones de madera, a las cuales se aferraban con uñas y dientes sus desgraciados inquilinos.

—¿Cómo sabremos cuál de ellas es? —preguntó Varley, para quien todos y cada uno de los famélicos presidiarios eran iguales.

—Lo sabré —afirmó Torgund convencido.

Vieron pasar una tras otra las plataformas flotantes golpeadas por la corriente, y sin mover un músculo, permanecieron expectantes, aguardando que la que portara a Kadros hiciera su aparición. Varley sintió una punzada de

remordimiento.

—¿Torgund?

—¿Huum? —rezongó sin mirarle siquiera.

—¿Qué pasará con toda esta gente, los abandonamos aquí sin más? ¿Los dejaremos a su suerte? —Torgund se giró lentamente, percibiendo la lucha que se libraba dentro de su amigo.

—No podemos salvarlos a todos, Varley.

—¿Uno al menos? ¿Dos quizá? —el detective seguía contemplando el paso de los maltrechos y sufrientes cautivos. Y cada uno que dejaba pasar era una espina que se clavaba más hondo.

—Varley... podríamos. Y si lo hiciéramos... pondríamos en riesgo nuestro objetivo.

—¿Lo vale? —preguntó Varley.

—¿Cómo?

—Kadros. ¿Vale la vida de toda esta gente? —Torgund agachó la cabeza y se revolvió.

—Seguramente no. Y el mismo te lo diría. Pero necesitamos a Kadros y no a esta gente.

—Te equivocas. Si esto es algún tipo de guerra definitiva, rollo final de los tiempos y esas cosas... vamos a necesitar toda la ayuda posible.

—¡Atento! —gritó Torgund, concluyendo así la discusión. La plataforma a la cual iba aferrado Kadros avanzaba veloz hacia ellos—. ¡Ahora! ¡Suelta el cabrestante!

Varley golpeó la palanca y la polea chilló furiosa, haciendo que una gran red de pesca, tejida de gruesa maroma, se zambullera en el agua. La red atrapó la prisión de Kadros haciendo gemir la grúa con la voz de la madera y sacudiendo el pontón en toda su longitud.

Pero lo tenían al fin.

—¡Creo que ha picado algo! —exclamó Varley, y Torgund realizó un gesto victorioso felicitándose por su mutua pericia.

No sin cierta delicadeza, alzaron la plataforma en la que yacía Kadros y la depositaron sobre el pontón.

Rápidamente lo liberaron de su prisión flotante, e inconsciente, lo arrastraron como si fueran hacia el patíbulo, de manera que no levantaron

sospechas ante las miradas displicentes de otros guardias.

Buscaron refugio en la caseta de guardia donde ya aguardaban Lucius, Marlon y Lilian. Torgund entró de golpe arrastrando sobre sus hombros el decrepito despojo en que se había convertido Kadros.

—¡Dadle calor! ¡Rápido! —ordenó Torgund. Marlon y Lucius se miraron sin saber por dónde empezar, mientras que Lilian suspiró mirando hacia el techo y se abalanzó a por unas mantas y algo de caldo.

Lo tumbaron sobre las tablas del suelo y lo taparon lo mejor que pudieron, tras despojarle de sus ropas húmedas y revestirlo con la ropa de uno de los guardias.

En pocos minutos, Kadros abrió los ojos ligeramente y esbozó una media sonrisa al reconocer sobre él a su hermano.

—¿Ya he muerto? —susurró.

—Todavía no, amigo —sonrió Torgund, mientras le acercaba una escudilla humeante a los labios para que entrara en calor. Una vez se hubo reconfortado, al menos en parte, dejó ver sus dispares ojos y clavándolos en Torgund confesó:

—He fracasado, Torgund.

—No digas eso.

—¡No!... no me digas que no...

—Venga, amigo... todos lo hemos pasado mal.

—Rimbaud ha muerto —sentenció Kadros, dejando a Torgund con la palabra en la boca. El gigantón jugueteó con la lengua dentro de su paladar buscando alguna palabra que pudiera decir y que no encontraba.

—¿Cómo? —dijo al fin. Kadros titubeó antes de responder.

—Sucumbió... sucumbió ante Desesperación. Se quitó la vida —el rostro de Torgund se transformó en una máscara impenetrable al escuchar aquel nombre.

Todos callaron sintiendo un gran pesar embargándoles sin saber bien por qué. El tabernero, Lucius, que al fin y al cabo era el único de los presentes que se sentía como si fuera descubriendo el mundo minuto a minuto, trató de consolar al desvalido Kaimu.

—Bueno. Nada pudiste hacer, en tal caso. No es el primer hombre que se arrima a mi taberna bajo los efectos de dicha dolencia. Siempre vienen

buscando ahogar las penas, pero de alguna manera la desesperación siempre vence a la botella.

—Kadros se refiere a Desesperación, Lucius. Y no a la desesperación —intervino Torgund.

—No... no creo que os comprenda. ¿Qué quieres decir?

—Desesperación es un Mork, amigos —Torgund se incorporó y los miró atribulado—. Como Reflejo, o Confusión. Son Mork que deambulan por nuestro mundo sembrando el caos y la cizaña, pero sin actuar abiertamente, sirviéndose de sus siervos, los Úng, o de ese al que ahora llaman regente, o profeta en otras tierras, Leviathanas.

—Pero... —comenzó Marlon—. A ver si lo comprendo... ¿Hay más Mork? ¿Según las leyendas tenía entendido que eran tres los...?

—Cuatro —corrigió Kadros desde el suelo.

—Eso, cuatro —terminó Marlon—. Entonces... ¿Es que ahora hay una especie de nueva generación?

—No, Marlon —corrigió Torgund—. ¿Acaso no usa Baashamel muchos nombres? ¿Acaso no sospechamos que Sarkôn fuera su nombre en un principio? ¿Quién dice que Trifania, Señora del Vacío, no vive hoy entre nosotros como Desesperación? ¿Acaso no cuadra que el Señor de las Tormentas, Fasto, se haya reinventado a sí mismo como esa deleznable cría que recibe el nombre de Reflejo? ¿Cómo no ver a Zagut, Señor de lo Oculto, en las palabras y actos de Confusión?

—Estás... ¿Estás diciendo que los Guardianes de la Sombra son reales? —preguntó Marlon.

—¿Acaso hace un mes creías en la existencia de los Kaimu? —Marlon rezongó—. Y ahora conoces dos, hijo —sonrió Torgund.

Lilian se aproximó a Marlon y, con una mirada triste que parecía recordar otros hechos, le dijo:

—Confía en ellos, Marlon. Son veraces en lo que dicen, y yo... yo puedo responder por ellos, pues he vivido entre las sombras hasta que Kadros me sacó de ellas —volvió los ojos hacia el Kaimu que yacía en el suelo, y este asintió agradecido.

Marlon se mostró conforme, tampoco es que pudiera decir nada más.

—No es que dude de vosotros, en serio. Pero todo esto me sobrepasa, es como si todo lo que me han enseñado a despreciar, todas esas leyendas y

cuentos... repentinamente cobrarán vida. Y me siento como un necio. Siempre he confiado en vosotros, desde el momento que te conocí Torgund. Al fin y al cabo, si mi padre os ha seguido hasta aquí, haciendo las cosas que dice habéis hecho... o está majara, o sois reales —buscó con la mirada a su padre—. ¿Verdad, Varley?

Solo entonces se percataron de la ausencia del detective, que tras sacar a Kadros de la Espiral se había esfumado.

—¿Dónde está Varley? —preguntó Lucius.

—Ya decía yo que estaba muy callado —sonrió de medio lado Marlon. Torgund se apresuró hacia la estrecha ventana de la caseta y oteó el exterior.

—No le veo.

Un gran estrépito y algarabía se desató de golpe en los alrededores, e hizo que los ocupantes de la caseta se encogieran temiendo lo peor.

Se escucharon gritos, carreras y llamadas de alerta de la guarnición, seguidos por un sin fin de órdenes precipitadas que apenas podían escuchar.

—¿Qué sucede? —preguntó Lilian.

—¡Silencio...! —dijo Torgund, indicándoles que se tendieran en el suelo—. No tengo claro que nos hayan localizado.

—Lo habrán cogido, ¡maldición! —masculló Marlon.

El taconeo de unas botas presurosas sobre la madera de la entrada les comprimió el corazón en un puño, y Torgund desenfundó lentamente su enorme espada disponiéndose a enfrentar a quien fuera que estuviera allí. El gigante trataba de buscar un ángulo desde el ventanuco para identificar al intruso, pero desde su posición era inútil.

Entonces la puerta se abrió y Varley cayó hacia dentro resollando. Nada más caer al suelo, Torgund suspiró, y el detective alzó la cabeza viendo a sus camaradas.

—¡Fiiuuu!... eso ha estado cerca. ¡Hola Kadros! ¡Un placer verte de nuevo!

—Parece que no me equivoqué contigo, detective —sonrió Kadros.

—Eso depende —corrigió Varley mientras se incorporaba.

—¿De qué depende?

—De qué demonios querías de mí, por supuesto. Tiendo a decepcionar a la gente de la cual no sé qué espera de mí —Varley rio sarcástico, y el ruido en el exterior fue en aumento.

—¿Qué has hecho? —preguntó, al fin, Torgund.

—Liberar a los prisioneros, por supuesto —respondió Varley, sin darle importancia.

—¿Cómo? —exclamó Torgund, dando voz a lo mismo que pensaban todos.

—Sí, grandullón. ¿No pensarías que los iba dejar ahí a su suerte no?

—La madre que te... —comenzó Torgund.

—Venga, venga... no dramaticemos. Al fin y al cabo tienes una espada que viaja a tu antojo. Y he sido lo bastante prudente de liberarlos una vez estabais ya todos juntos. ¿Qué problema hay? —Torgund se debatía entre arrearle un puñetazo en la nariz que le recolocara la misma, o felicitarle por su temeridad.

—Acercaos a mí y agarraos a la empuñadura, o al filo con cuidado.

Obedecieron y ayudaron a Kadros para que asiera el filo negro.

Después desaparecieron dejando la Espiral sumida en una debacle caótica. La revuelta había empezado.

* * *

Pocos minutos después de que todo esto sucediera, en un lugar no demasiado lejano, en aquellas mismas tierras, junto a la rivera del Río Vuelto, un cuervo descendió del cielo y graznando se aproximó a Leviathanas, que permanecía junto a un extraño altar, acompañado de Ars.

El cuervo se transformó en mitad del picado y quien aterrizó junto a su amo fue Muninn.

—¿Sí? —preguntó Leviathanas, molesto.

—Hay una fuga masiva en curso en la Espiral.

—¿Kadros? —inquirió, y el cuervo asintió—. Es igual —sentenció Leviathanas—. Eso ya no tiene importancia. La hora se acerca y un solo hombre no cambiará el devenir de los acontecimientos. Quédate junto a mí, Muninn. Y contempla el futuro.

Leviathanas se volvió hacia Ars, y juntos se dispusieron alrededor del rústico altar que habían levantado a los pies del portal.

Constructores, guardias, esclavos y sacerdotes, todo el personal había

sido evacuado de aquella hondonada y tan solo eran testigos el Ūng, su Señor y el binatural.

Lentamente, Leviathanas extrajo de debajo de su manto un pequeño bulto envuelto en lienzos blancos que ya amarilleaban, y lo depositó sobre la mesa de piedra. Cada uno de los cuatro costados de la mesa poseía grabados símbolos y letras semejantes a los que se vislumbraban en el portal, y en cada uno de los cuatro se apreciaban relieves que reproducían las efigies de tres de los Guardianes, Trifania, Zagut y Fasto, junto al rostro andrógino del profeta. Dejando reservada así la superficie horizontal y rasposa a la reproducción de aquel que no tiene rostro, para el señor de todos ellos: Baashamel.

Sobre dicha superficie depositó el “profeta” el bulto que cargaba, y este se revolvió y movió dócilmente al depositarlo.

Tras recitar algunas palabras incomprensibles, Leviathanas desenvolvió el paquete, y los ojos de Ars brillaron.

Sobre el altar yacía un pequeño niño de corta edad. Ulfang, el hijo del difunto rey Rimbaud. La sangre real que necesitaba Leviathanas para ejecutar su plan. La sangre que había obtenido enloqueciendo por el camino al padre y la madre de la criatura. La sangre de la cual se había servido para alcanzar el poder.

Después extrajo una daga carmesí de hoja ondulada y retorcida como sus actos, la alzó sobre su cabeza y profirió, una vez más, palabras impronunciables por lengua humana. Tras eso desvió la mirada hacia Ars y le tendió la daga ceremonialmente.

—Es la hora —sentenció.

El Ūng aferró el arma que se le ofrecía relamiéndose, y mientras Leviathanas alzaba los brazos hacia el Portal, Ars se afanaba con el infante.

Quizá fue mejor que no hubiera testigos de tan atroces actos, pues conforme el Ūng despiezaba a la criatura, Leviathanas ofrecía los fragmentos al Portal y untaba sus piedras con la sangre inocente, formando pentáculos y siluetas obscenas.

Cuando el ritual hubo concluido algo vibró en el vacío existente entre su arco y sus jambas. La materia inefable de aquel vacío cobró forma, y una cortina vaporosa se materializó en el Portal, quedando allí en suspensión como si se tratara de una puerta etérea. Una puerta que abría a lugares que nunca debieron ser abiertos.

—Ya está hecho —susurró Ars—. ¿Entonces... es la hora?

—Todavía no —susurró Leviathanas, felicitándose.

—¡Pero ya está abierto! ¡Podemos traer a todos mis hermanos!

—Así es... pero necesitamos que venga Mundo Antiguo también. Y para ello deben concluir su propio Portal; esa es la clave que abrirá por completo la red —el rostro de Ars se constriñó decepcionado, como si hubiera esperado ponerse manos a la obra nada más terminar aquel ritual—. Pero no decaigas, amigo. Muy pronto verás saciada tu sed; antes nos encargaremos de esas Matriarcas —concluyó con desprecio—, igual que te ocupaste de los presuntuosos druidas. No obstante aceleraremos nuestro programa con respecto a nuestros amigos del mundo de abajo.

Después se volvió hacia Muninn.

—Esta misión es para Huginn... y ya está de camino.

XXVII

LA ESCALA

Se despezó sin ánimo. Entreabrió los ojos, y tras parpadear un par de veces, los recuerdos volvieron nítidos a su memoria. El juicio, la Balanza, su maldita y estrecha celda, el sueño, Reflejo...

Era el día de su ejecución, en unas horas irían a buscarla. Probablemente una sucinta escolta armada, casi seguro que dirigida por la propia Sonya, que no perdería la ocasión de verla más humillada.

Se volteó sobre el costado, sintiendo como las piedras bajo la paja húmeda se le clavaban en la cadera; ya no tenía veinte años, eso estaba claro. Quizá había vivido lo suficiente, quizá no merecía la pena vivir más para ver lo que estaba por venir.

Quizá era una guerrera que había perdido la voluntad de luchar.

Una pequeña trampilla en la puerta se descorrió con brusquedad, y una mano anónima arrojó sin miramientos un cuenco de gachas al interior de la celda, junto con un mendrugo agusanado de pan y un vaso de agua.

El grasiento contenido de la escudilla se derramó sobre la paja y el vaso de agua apenas si llegó medio lleno a sus manos.

Apuró el agua y dejó de lado el resto. Al fin y al cabo no tenía mucho sentido comer aquella bazofia, cuando en pocas horas ibas a ser pasto de las llamas.

Marthia se quedó pensativa contemplando la pared mientras sostenía el tosco vaso, y entonces lo estrelló con furia contra los toscos bloques de granito, perdiendo la poca paciencia que le restaba consigo misma.

No iba a llorar. No podía, no debía. ¿Era eso cierto, o sencillamente es lo que le habían enseñado durante toda su vida? ¿Era natural llorar, o tan solo

una debilidad del espíritu? ¿Debía ser firme, o mostrarse humana? ¿Por qué nadie enseñaba esas cosas, por qué nadie les había explicado lo que implicaba ser mujer? No. ¿Para qué iban hacerlo? En un sistema como el que imperaba no podían tolerar pensamientos como aquellos, eran tóxicos, nocivos. Las Matriarcas habían liberado a la mujer de todas sus debilidades, y por el camino la hicieron fría e inflexible, como el acero que ahora empuñaban tan asiduamente.

Arrastrando los pies, dejó de lado la pared y se dirigió encorvada hasta la pequeña ranura que abría al exterior, apenas más grande que una modesta saetera, a la cual habían añadido un grueso barrote de hierro en el medio.

Oteando el horizonte, en la medida que aquel ventanuco lo permitía, sintió un vuelco en el alma al mirar en lontananza, hacia el oeste; de pronto sus pesadillas parecían muy reales, y creyó ver los muros de fuego y las sombras cobrando vida.

Pronto cayó en la certeza de que sus temores eran infundados.

El cielo tenía un color extraño, y el sol transmitía una luz rojiza. El plumizo manto de nubes reflejaba los tonos carmesíes y anaranjados que se alzaban en la distancia, como si contemplara un incendio reflejado en el espejo opaco del cielo.

Y un incendio era, en efecto, se dijo Marthia. Pero no parecía proceder de la Escala, ni de las tierras inmediatamente cercanas que levitaban en el horizonte. Su procedencia era todavía más distante, de manera que hasta ella tan solo llegaban los reflejos de las luces jugando entre las oscuras nubes.

Si hubiera tenido constancia de ello, habría sabido que eran las tierras de la Cascada las que se consumían bajo aquel fuego que ella solo podía intuir.

Volvió a recostarse sobre la paja, contemplando el techo de su celda. Respiró profundamente una vez, dos veces, hasta que hastiada de esperar gritó con fuerza:

—¿A qué demonios estáis esperando? ¡Venga! ¡Venid a por mí, malditos!

* * *

Triunfante. Así se adentró Sonya en el Palacio Matriarcal. Como una conquistadora victoriosa, como si acabara de conseguir una gran gesta frente a un enemigo mítico, cuando en su interior no hacía sino esconder la cruda realidad.

Tan solo había masacrado a una pandilla de niños imberbes carentes de armas o entrenamiento. Pandilla que de hecho había resultado ser más correosa de lo esperado, y que había presentado una enconada resistencia que se había cobrado no pocas vidas de sus legiones.

Aunque la plana mayor de las Matriarcas, las Amazonas y demás representantes del poder en la Escala, estaban presentes, Sonya no podía evitar sentir una punzada decepcionante en su pecho. ¿Dónde estaban los festejos? ¿Dónde la salva de trompetas de plata con la que se recibe triunfante a una caudilla? ¿Dónde habían quedado los tapices y pendones que solían decorar aquel salón cuando se celebraba una victoria?

La caudilla llegó hasta los primeros escalones, donde la gran matriarca Rowena permanecía sentada junto a sus consejeras y a la siempre envilecida presencia de la matriarca Razzia, que proseguía arrimándose al árbol esperando su pronta caída.

Sonya realizó el saludo pertinente, y a una señal de Rowena se puso en pie.

—Enhorabuena, caudilla —la saludó Rowena, sin convencimiento alguno en sus palabras, que sonaron como un mero formalismo—. Una victoria más para nuestra causa.

Sonya se encogió. Su victoria era pues una más. Ni grande, ni épica, ni gloriosa, ninguno de aquellos adjetivos se aplicaban a sus actos.

—Gracias, mi señora —respondió, no obstante.

Razzia se incorporó, y lentamente se aproximó a la caudilla, como si al levantarse hubiera entrado en las tablas de un escenario y se dispusiera a interpretar un papel bien ensayado.

—Victoria, sin duda —comenzó sibilina—. Pero... ¿definitiva? —dejó la pregunta flotando en el aire y clavó sus desagradables ojos sobre Sonya.

—¿No ha sido así? —replicó ella, apenas ocultando su malestar—. ¿Acaso no merezco algo de crédito?

—Por supuesto, mi señora —corroboró Razzia, ante la mirada pasiva de Rowena y su séquito—. Pero nos hemos cuestionado no pocas preguntas en

este consejo en las últimas horas.

—¿Puedo conocer el motivo de vuestras dudas? —solicitó Sonya.

—Faltaría más... —la anciana la miró de nuevo, disfrutando; parecía no haber tenido suficiente con la caída de una caudilla, que se mostraba ansiosa por precipitar a otra en desgracia—. Tenemos entendido, haga el favor de corregirme cuando lo estime oportuno, que un presente, símbolo de vuestra victoria, iba a ser ofrecido a nuestra suprema Madre.

Sonya tremoló ligeramente, pero consiguió mantener un rictus severo que no dejaba traslucir la menor expresión.

—Así es. Yo misma arranqué de su pecho el corazón a Garena, y ordené a dos soldados que lo trajeran cuanto antes a vuestra presencia, para dar testimonio de nuestro éxito.

—Sí. Algo así habíamos escuchado —respondió irónica Razzia—. Bien. ¿Dónde está el corazón de la madame?

Sonya se mordió el carrillo por dentro, evitando una respuesta ácida.

—Lo ignoro.

—¿Lo ignoráis? —Sonya asintió—. Bueno, permitidme que os lo diga... ¡Desaparecido! ¡Junto con los dos hombres a los cuales encomendasteis su custodia! —levantó ligeramente la voz al final para recalcar su error.

—Yo... no podía saber que esos dos perros traidores desertarían.

—Pero sí que sabíais que habían estado bajo el mando de Marthia, ¿verdad? —Sonya asintió—. ¿De manera que aquello no os hizo cuestionar por un momento que albergaran segundas intenciones?

—Pensé que, sometidos como estaban a múltiples humillaciones, doblegarían su carácter apasionado... me equivoqué.

—Os equivocasteis, en efecto.

—Si sirve de algo, saldré de inmediato en su busca, les daré caza y traeré sus cabezas clavadas en mi lanza.

—Por entrañable y apetecible que pueda resultarnos dicha imagen, eso no cambia un hecho más grave. Hecho que, por otra parte, podría suponer una equivocación todavía mayor que la de vuestro juicio con estos dos hombres.

—¿Cómo os atrevéis? —preguntó Sonya enfurecida.

—No os ofendáis, mi señora, y escuchadme antes de juzgarme; y puesto

que nosotras hemos escuchado vuestras disculpas, oíd ahora nuestras dudas — Sonya retrocedió como si le hubieran sacudido un zurriagazo—. Nuestra duda gira más bien en cuanto a vuestra aptitud para ostentar el cargo. ¿Carecéis de juicio, o sois una traidora?

—¡Pero qué...! —comenzó Sonya, pero se tragó las palabras al ver a la Gran Matriarca incorporándose de golpe—. Disculpad, mi señora. No se volverá a repetir —se corrigió, agachando la cabeza.

—Prosigo —retomó Razzia la palabra—. Fuisteis vos quien sugirió encarecidamente que se atacara el Harén, que procediéramos a purgar aquel lugar antes que a vuestros adiestrados y fiables Siniestros del Caldero.

—No vi que os opusierais demasiado —le recriminó Sonya, a su vez.

—Yo acaté la voz de la mayoría, caudilla. Vos en cambio... pudisteis manipular a esa mayoría para vuestro beneficio.

—¡Purgar el Harén era la opción más lógica! —estalló.

—Es posible. Pero vuestros hombres demuestran constantemente su poca adhesión a vuestro mando. Y eso nos llena de inquietud, ¿pues cómo vamos a evitar que nuestras legiones de Siniestros se rebelen, si son incapaces de obedecer órdenes sencillas? Lo que nos hace cuestionarnos si no debimos purgar más bien el Caldero, terminar con la amenaza principal y enviar después, de ser necesario, a nuestras Amazonas a lidiar con el Harén.

—¡Habríamos quedado indefensos ante las amenazas de Mundo Antiguo! ¿Acaso no lo veis? ¡No hay suficientes Amazonas para...!

—¿Dudáis de la superioridad de la mujer en combate, entonces? —interrumpió Razzia.

—¡Yo no he dicho tal cosa!

—Pero creéis que nuestras Amazonas no son suficientes para defendernos de nuestros enemigos... ¿No es así?

Sonya calló. Sintió el sabor de la ceniza en su boca; cómo el placer que había obtenido destronando a Marthia se disolvía con rapidez, al verse enredada en las mismas tramas en las que se vio envuelta su predecesora.

Alzarse sobre el cuello de sus semejantes resultó fácil, caer había demostrado ser más rápido e implacable, sin embargo.

—¿No decís nada? —prosiguió la araña tejiendo—. Muy bien. No añadiré más —se giró hacia la Gran Matriarca—. En manos de nuestra madre

está decidir ahora cual es vuestro destino.

Rowena se puso de nuevo en pie, y sus consejeras con ella. Con ceremonia y boato se aproximó hacia la caudilla suprema y comenzó a hablar:

—Sonya. Por mucho que nos duela, tus acciones no nos dejan otra opción —la caudilla observaba a la Gran Matriarca sin dar crédito a lo que oía—. Por lo tanto es nuestro deseo...

—¡Mi señora! ¡Sé que estáis sometida a muchas presiones! ¡Sé que esta arpía no os deja un resquicio para maniobrar! —dijo Sonya refiriéndose a Razzia, que la observaba desde un extremo sonriente—. Pero antes de que digáis nada...

—¡Silencio! —gritó Rowena, y la sala entera calló sobrecogida—. Escucharéis lo que tengo que decir hasta el final. Y si no guardáis silencio ordenaré que os corten la lengua.

Sonya retrocedió controlando su temperamento, mientras Rowena continuaba:

—Así pues, este consejo ha dictaminado que seáis...

El estruendo repentino hizo que la frase quedara cortada a la mitad. El suelo tembló brevemente y se detuvo, seguido al instante por una docena de cortinillas de yeso que se desprendieron del techo sobre la muchedumbre.

Todas las mujeres quedaron petrificadas, aguzando los oídos, y esperando cualquier señal que explicara aquel sonido repentino que tan bruscamente había interrumpido la sesión.

Una vidriera reventando en lo alto del salón quebró el tenso silencio. Una vasija de barro penetró la cristalera de colores y cayó entre la multitud, explotando al impactar, y brillando con un fogonazo que esparció metralla como esquirlas en todas las direcciones.

Las afiladas piedras quebraron piernas y arrancaron tiras de piel, hasta que frenaron su recorrido contra una sólida columna o un cráneo desafortunado.

La confusión y el caos se apoderó de la sala. Las Matriarcas corrían en todas direcciones buscando refugio, cuando una nueva salva de vasijas de barro cayó desde lo alto con idénticos resultados, multiplicando la confusión.

Algunas mujeres se dirigían hacia la salida, otras corrieron hacia las profundidades del palacio buscando refugio. La guardia de Amazonas marchó

disciplinada hacia Rowena y la rodearon con un muro de escudos y lanzas erizadas.

—¡Proteged a la Gran Matriarca! —clamaban, mientras iniciaban una retirada ensayada hacia los aposentos de la Madre.

El gran salón era ya un hervidero de caos, gritos, carreras, explosiones, sangre. Sonya contempló inmóvil cómo Rowena era sacada a trompicones por su guardia, mientras que sus consejeras Sasa y Glima se retiraban apresuradamente a su madriguera en los laboratorios de palacio.

Y Razzia.

Aquella Matriarca entrometida, con ínfulas de poder, que urdía planes propios en todo momento, permanecía relajada, contemplando los acontecimientos como si no le afectaran, hasta que sus ojos se encontraron con los de la caudilla.

La veterana Matriarca no necesitó detenerse a interpretar aquellos ojos, y leyó claramente la amenaza que vibraba en sus pupilas. Lentamente, con precaución, pero sin detenerse, se encaminó hacia la parte posterior del salón buscando una de las puertas que daban acceso al interior.

Sonya saltó entonces como un resorte, como si hubiera estado esperando aquella señal para abalanzarse sobre su presa.

En dos zancadas alcanzó a Razzia, la aferró por el hombro y la hizo volverse a gran velocidad, mientras le hundía su afilada espada en las entrañas; entre la confusión nadie se detuvo a lamentarse por sus actos.

La Matriarca ahogó un grito de dolor y sorpresa, y clavó sus ojos en los de Sonya.

La sangre corría por la empuñadura y cubría el antebrazo de la caudilla, cuando esta aferró a Razzia por el cogote y la atrajo hacia ella para susurrarle al oído:

—¿Dónde está tu voz de la mayoría, arpía arrugada? —Sonya extrajo el acero lentamente disfrutando de la manera en que se abrían los ojos de la anciana. Se miraron una última vez, y la caudilla hundió de nuevo su espada en el vientre de la mujer, desgarrándola por dentro. Una vez, dos veces, tres veces; no hacía ni un día que había practicado la misma técnica en Garena, y aquí estaba ahora consumando su arte.

Finalmente retiró el acero, y Razzia se deslizó como la vaina de una

espada hacia el suelo, cayendo con un sonido sebo y húmedo contra las baldosas.

Allí quedó la codiciosa matriarca, contemplando el artesonado con la mirada perdida, con Sonya como única testigo de las últimas palabras que pronunciara.

—No... no... —susurraba entrecortadamente—. No puede ser... *él* me lo prometió... lo prometió. Yo sería... yo...

Ladeó la cabeza, dejando escapar un reguero sanguinolento de la boca, y exhaló su último aliento.

Sonya se quedó allí plantada contemplando a aquella mujer a la que despreciaba, y preguntándose de qué demonios hablaba, y quien era "*él*". Miró a su alrededor y contempló la masacre que la rodeaba. Mujeres en llamas corriendo, miembros cercenados, medio techo se había venido abajo, y ni se había percatado, enfrascada como estaba con su venganza particular.

¿Quién era él? ¿Con quién andaba en negocios Razzia?

Una nutrida formación de guerreros tocados con turbantes irrumpió en el salón, alfanjes en mano, repartiendo muerte a diestra y siniestra.

¿Quién era él? Importaba poco en ese momento. De manera que Sonya giró sobre sus pies, y dejando atrás el cuerpo sin vida de la matriarca, corrió a salvar su pellejo.

* * *

Marthia sintió el temblor que sacudió toda la Balanza. Incluso percibió cómo toda la estructura se bandeaba hacia un lado, amenazando con caer como un árbol de corazón podrido.

Preocupada, se incorporó de un brinco, y se abalanzó contra la saetera de un solo barrote para tratar de otear el exterior.

Entonces retrocedió asustada, reprimiendo un grito de horror. Lentamente recuperó la compostura y se obligó a mirar de nuevo fuera de su celda.

—Mi sueño —susurró. Y esta vez no se equivocaba, pues ni era el cielo, ni era un juego de la luz de los soles. Un muro de llamas se alzaba en la isla de las Matriarcas donde quiera que mirara. Y el muro era alto como un edificio, y le devolvía la mirada sacudiendo burlonamente sus ardientes

brazos.

Cientos de bestias aladas se alzaban batiendo sus alas por encima de las llamas, y cada vez que sacudían las mismas, agitaban el negro humo formando remolinos y espirales.

Los gritos de aquellos animales llegaban a sus oídos agudos y aterradores; la antes verde llanura era ahora grisácea como la ceniza, y todo el terreno entre la Balanza y el Gremio, e incluso más allá, alcanzando el Palacio Matriarcal, parecía debatirse en una batalla desesperada.

Apretando la mejilla contra la pared para tratar de vislumbrar mejor, conseguía entrever las falanges de Siniestros que, organizadas a toda prisa, cargaban contra un enemigo al que desde su celda no alcanzaba a otear.

A pesar de la rapidez con la que había sobrevenido aquel ataque sin precedentes, los Siniestros demostraban una elogiabile aptitud y organización. Marthia no pudo evitar sentir una ligera punzada de orgullo culpable, pues ella había ayudado a crear aquellas unidades... unidades a las cuales veía ahora con otros ojos y preferiría no haber dado a luz.

Eran sus únicos hijos, sus hermanos, y lucían allá en el campo de batalla esplendidos y gloriosos, cargando contra un enemigo muy superior; empuñando el acero en sus siniestras y el escudo en las diestras; profiriendo gritos desafiantes y organizando sus líneas con precisión, como un ente vivo, como el oleaje del mar adaptándose a la insalvable enormidad de un acantilado.

De repente Marthia deseó estar con ellos. Gritó pidiendo a su carcelero que la dejara salir para ir a unirse a sus hermanos, pero su custodio o no estaba, o hizo caso omiso de sus ruegos.

Ella aferró el único barrote de su celda y tiró de él con fuerza, apoyando incluso los pies en la pared. Sintió cómo los tendones de sus hombros y sus brazos gemían por el esfuerzo, y finalmente desistían haciéndola caer exhausta sobre el suelo.

—¡Dejadme salir, malditos! —gritó—. ¡Me necesitan ahí abajo! —cayó entonces en la cuenta del absurdo de mermar sus fuerzas tirando del barrote de una saetera, por la cual apenas le cabía un brazo.

—¡Idiota! —se dijo. Y comenzó de nuevo a lanzar imprecaciones.

Se desgañitaba sin resultado alguno. Enfurecida, la emprendió a golpes con la puerta de su celda hasta que los nudillos le sangraron, y cuando hubo

descargado hasta el último puñetazo contra la madera, oyó con claridad el sonido de un capacete impactando contra las jambas desde el otro lado.

«¿Qué demonios...?» —se dijo. Apretó el oído contra la madera y guardó silencio esperando escuchar algo al otro lado.

Nada salvo silencio.

Transcurrieron algunos minutos, y escuchó a alguien jugar con el juego de llaves del carcelero, para más tarde escuchar a ese mismo alguien hurgar con una llave en la cerradura.

Marthia se retiró de la puerta hacia el lado opuesto de la apertura natural, y se armó con la escudilla que todavía estaba en el suelo.

En ese momento la puerta se abrió, barriendo la celda hacia el lado contrario al que ella se encontraba, y en cuanto atisbó una cabeza traspasando el umbral, le estrelló la escudilla de barro con todas sus fuerzas, y la misma explotó en un granizo de esquirlas, seguida por un:

—¡Ay, mierda! —el hombre dio un traspies hacia delante, y Marthia lo zancadilleó. Sin perder un instante, ella lo hizo rodar por el suelo, atrapó un afilado fragmento de barro, mientras se subía a horcajadas sobre el hombre, y al instante siguiente tenía su improvisada arma apretada contra el cuello del intruso.

—¡Tú! —exclamó Marthia reconociéndole.

—Sí, yo —asintió Clovis con las manos en alto, e intentando llevarse una de ellas, despacio, a la brecha que tenía en la frente. Marthia lo miraba incrédula.

—¿Qué haces aquí?

Clovis entornó los ojos suspirando.

—¿No es obvio?

—Has venido a matarme.

—¿Pero qué...? He venido a sacarte de aquí, Marthia.

La mujer desvió un instante la vista hacia la puerta abierta de su celda, y contempló al Sinistro caído a sus pies con el capacete abollado. Ella aflojó entonces un poco la presión que ejercía sobre la garganta de Clovis.

—Puede ser que digas la verdad... por una vez —se puso en pie con precaución, y después le tendió una mano a su antiguo sargento para ayudarlo a incorporarse. En cuanto este estuvo en pie, Marthia le sacudió un gancho de

derecha en todo el mentón, haciéndole caer de culo.

—¡Oye!

—Puede ser que digas la verdad... pero no me fío de ti.

—Eso me lo he ganado, lo reconozco —asintió, mientras se ajustaba la mandíbula.

Ella volvió a tenderle la mano y lo ayudó a levantarse, aunque esta vez ambos guardaron las distancias.

—De acuerdo. Por el momento colaboraré contigo. ¿Cuál es el plan? ¿A qué compañía vamos a unirnos?

—¿Compañía? ¿Unirnos? ¡Tú estás loca!

—¿Dónde quedó lo de caudilla?

—Olvidalo, Marthia. Aunque tus intenciones sean honorables te matarían nada más verte. Y si no lo hicieran caerías igualmente ahí fuera... — se contuvo un instante y añadió—. Tú no has visto lo que yo.

—O a lo mejor he visto más de lo que crees —susurró Marthia, rememorando su sueño.

—Debemos huir.

—Vaya... era lo menos que podía esperar de ti. Primero un traidor y ahora un desertor —bufó despectiva—. Claro, igual que esos dos perros de Rogto y Safiro.

Clovis se mordió la lengua; el rescate estaba resultando menos cuento de hadas de lo esperado, claro que Marthia no era ninguna princesa, ni Clovis un caballero.

—Rogto y Safiro han desaparecido. Están en busca y captura por traición. Y yo...

—¿Tú qué? —Clovis la miró con aire culpable.

—Lo he dejado todo para venir a por ti.

Durante un minuto que se prolongó por un siglo, ambos se estudiaron con la mirada. Marthia era un soldado, un guerrero, sabía cómo funcionaban estas cosas. En el fondo sabía que Clovis decía la verdad; a saber las presiones y chantajes a los que habría sido sometido para declarar aquellas maldades en su juicio. Y lo mismo pasaba con Rogto y Safiro, buenos hombres, pero en una sociedad como la suya ser bueno no bastaba.

—Está bien —dijo ella al fin, tendiéndole la mano—. Confiaré en ti. Una vez más, Clovis —el rostro de su sargento se iluminó—. Pero como detecte que tratas de jugármela... te corto las pelotas y te las meto por el culo.

Clovis sonrió divertido y salió de la celda seguido por Marthia que le quitó al guardia su espada.

No tardaron demasiado en abandonar la Balanza; parecía que todos los hombres y mujeres habían sido llamados a las armas, de manera que la vigilancia era inexistente.

Salieron al exterior y la luminosidad del día deslumbró a Marthia, cuyos ojos se habían empezado a acostumbrar a las penumbras de su prisión. Tras parpadear varias veces, y abrir al fin los ojos por completo, se cercioró del engaño del que había sido víctima.

Era imposible determinar si era de día o de noche, y desde luego no era la luz de los soles la que le había deslumbrado al salir a campo abierto. Eran las llamas que ardían por doquier, y que habían convertido la oscuridad en día, las que picoteaban sus ojos como un ave de mal agüero.

—¡Por todos los cielos! —exclamó al mirar a su alrededor, compungida.

—Te lo dije. No hay nada que podamos hacer aquí. ¡Si nos quedamos moriremos!

Marthia parecía absorta en la contemplación de toda aquella desolación: las llamas, las incontables columnas de humo, el cielo plomizo, los ejércitos que combatían en la distancia, el fragor de la batalla, que anulaba cualquier otro sentido, la muerte.

Pero algo ajeno a todo aquello distrajo su atención por un instante, algo que la hizo sentir un nuevo escalofrío, y aferró por el antebrazo a Clovis.

—¡Clovis! Fíjate en eso —Marthia señalaba hacia el cielo, entre las nubes.

Entonces ambos lo vieron. El resplandor carmesí que atravesaba el manto gris, y que iba aumentando y disminuyendo su volumen cíclicamente, como si el sol bailara de tal manera que parecía variar su tamaño de un minuto al siguiente.

—¡Es uno de los soles! Qué extraño —aseveró Clovis.

—Hace tiempo que algo raro se percibe en los soles, pero esto es

extraño en verdad —afirmó Marthia mostrando su acuerdo.

—No me gusta lo que veo, Marthia. Apresurémonos.

Los dos echaron a correr en dirección contraria al combate, dirigiendo sus pasos hacia la escala que unía la isla de las Matriarcas con la isla media, su única vía de escape. A su espalda dejaban el halo antinatural y rojizo que parecía formarse alrededor de uno de los soles, y que se distanciaba del mismo en aros concéntricos.

* * *

Hordas de guerreros montados sobre terribles murciélagos se abatían una y otra vez contra las filas de Siniestros y Amazonas, que conforme avanzaba el combate se desmembraban y desorganizaban con mayor facilidad, víctimas del desaliento y el cansancio que agarrota los músculos, tras varias horas de blandir la espada contra un enemigo abundante como las gotas de lluvia.

La infantería de Mundo Antiguo, apoyada por su inmensa y exclusiva superioridad aérea, avanzaba por los llanos sin oposición, haciendo retroceder a los defensores palmo a palmo, a pesar de su enconada defensa.

El fuego, la sangre y los gritos dominaban el combate. Los hombres caían, las falanges retrocedían con todo el orden del que eran capaces, y plantaban de nuevo el pie firme en el suelo, aguardando una nueva oleada de un enemigo que no parecía tener fin.

Los Kolfs, que así se llamaban aquellos murciélagos, picaban contra ellos por la retaguardia, atormentándoles. Las bestias gemían con un chillido agudo al iniciar el picado, y barrían la retaguardia, capturando entre sus garras y dientes a cualquiera que se distanciara ligeramente de la formación compacta de la falange.

El Palacio Matriarcal ardía como una tea en la distancia, el Gremio ardía también, los llanos ardían, y entre pared ígnea y pared ígnea, combatían los hombres encerrados en un macabro terreno de juego.

Los Siniestros asignados al área del Gremio apuntaban las lanzas hacia el enemigo, que ahora cargaba contra ellos enarbolando las cabezas de los caídos en sus picas y gritando consignas a su dios.

La marea de carne y acero que se abalanzaba sobre ellos haría temblar

las piernas del más templado, y el suelo retumbaba bajo el trote de aquel ejército ávido de sangre.

Tan solo unos metros separaban a un ejército del otro, cuando un Kolf sobrevoló la primera línea de Siniestros arrojando una vasija de barro del tamaño de una gran perola.

La vasija cayó entre las tres primeras filas y detonó con un salvaje estampido, barriendo a todos los hombres entre las cuatro primeras líneas y las cinco columnas adyacentes. No menos de treinta hombres cayeron desgarrados por la metralla y el fuego que produjo la explosión. Pero lo más grave era que un enorme hueco se había abierto entre las líneas defensivas.

Disciplinados, los Siniestros trataron de cerrar filas, pero la marea de Mundo Antiguo se les echaba encima y no tuvieron tiempo de cerrar el espacio abierto en su defensa.

La infantería enemiga chocó brutalmente contra la muralla de lanzas, y aunque muchos murieron empalados allí mismo, los que venían detrás se filtraron como el agua entre los dedos, haciendo más grande la brecha y alzándose sobre los cadáveres de sus camaradas que, como locos suicidas, se habían arrojado contra las armas enemigas.

El enemigo había abierto una herida profunda en la formación, y esta no tardó en comenzar a disgregarse, sometida bajo los golpes que caían sobre ellos por dos frentes.

El estrépito del combate quedaba atrás, mientras la batalla se recrudecía a lo largo y ancho de la Escala.

* * *

Rowena entró en sus amplios aposentos escoltada por media docena de Amazonas. Nada más traspasar el umbral, cerraron la pesada puerta y formaron junto a la misma defensivamente.

La Gran Matriarca se sirvió una generosa copa de vino de una jarra de plata que reposaba en una pequeña mesilla.

Apuró el trago como si se tratara de su última copa, y dejó de nuevo el recipiente sobre la mesilla con un golpe seco. Recuperada la compostura, se volvió hacia sus guardianas increpándolas.

—¿Qué hacéis ahí paradas? —las Amazonas se miraron las unas a las otras sin saber que decir—. ¡Vamos! ¡Deberíais estar allí fuera defendiendo el

palacio, y no aquí dentro contemplando cómo bebo. ¿A qué esperáis?

La mujer que ostentaba el mayor rango entre la tropa dio un paso vacilante al frente.

—Mi señora —comenzó, dudando sobre cómo expresar algo que parecía tan evidente—. Por vuestra seguridad es mejor que permanezcamos a vuestro lado.

—¿Para qué? —pregunto Rowena, sintiendo cómo el vino corría por sus venas, aportándole el valor que de otra manera le habría sido esquivo.

—Señora... Gran Matriarca —se corrigió la Amazona al contemplar los ojos furibundos de Rowena—. Somos vuestra última línea de defensa en caso de que el Palacio Matriarcal caiga. Vuestra vida...

—¿Mi vida? —se sirvió una nueva copa—. Mi vida no vale un ardite. Es nuestra tierra, nuestra sociedad, nuestro modo de vida lo que se desmorona allá afuera. ¡Es eso lo que tendríais que estar defendiendo! Y no a una vieja chocha que se oculta en sus aposentos a beber mientras pasa la tormenta.

—Pero si la tormenta pasa... —dijo la Amazona—. Necesitaremos vuestra guía y vuestro gobierno.

—¡Puuuf! —bufó Rowena—. Gobernar lo puede hacer hasta esa zorra costrosa de Razzia. Os lo aseguro... cualquiera puede gobernar, cualquiera. Pero para eso el gobernante necesita tener algo sobre lo que ejercer el gobierno y un pueblo al que dirigir. Y mucho me temo que esta tormenta de la que hablamos no va pasar de largo, hija mía.

Las mujeres agacharon la cabeza avergonzadas ante sus palabras.

—Venga, vamos —añadió con un tono casi de ternura hacia sus guardaespaldas—. Haced lo que os digo. Defended el palacio. Al fin y al cabo para llegar hasta mí, primero tendrían que pasar por encima de vosotras; de manera que defendiendo el palacio me estaríais defendiendo también a mí. No estaríais incumpliendo vuestro sagrado mandato.

La mujer de mayor rango, una teniente, según parecía por las coronas de laurel dorado que lucía en las hombreras, esbozó una ligera sonrisa. Hizo un gesto de asentimiento antes de abrazar a la Gran Matriarca y partió satisfecha por poder cumplir con dos deberes en un solo acto.

—Ha sido un honor, mi señora.

Rowena abrazó una a una a sus Amazonas, mientras abandonaban sus

aposentos por la puerta que daba al pasillo. Cuando la última hubo abandonado la estancia, Rowena cerró la puerta y atrancó la misma con una gruesa pieza de madera dispuesta para tal efecto.

Allá afuera, donde su mundo parecía abocado al ocaso más absoluto, amortiguado por los gruesos muros de sus habitaciones, el fragor del combate llegaba a sus oídos... apenas un susurro de espadas y gritos.

Con la mano temblorosa se sirvió una nueva copa de vino; por un momento pensó que ya estaba bebiendo demasiado, pero era incapaz de controlar sus nervios en aquel instante, y además pudiera ser que fuera el último, de manera que importaba bien poco lo que bebiera.

El sonido de una espada tintineando en el suelo se proyectó desde el pasillo amplificado a sus oídos. Rowena se quedó paralizada con la copa a medio camino de sus labios. Aguzó el oído buscando cualquier indicio o susurro que pudiera delatar a un asesino, a un sicario. Aunque, ¿para qué iban a mandar un sicario a cobrarse su pellejo, cuando su enemigo disponía de un ejército tan formidable de hombres, bestias y aquellas mágicas explosiones contenidas en tinajas de barro que todavía no alcanzaba a comprender?

Sin duda su cabeza le había jugado una mala pasada, había imaginado que era una espada lo que sonaba. Podía haber sido un candil mal anclado que se hubiera precipitado al suelo; podía ser cualquier cosa, pero su imaginación quería magnificar los hechos, como si con ello encontrara una especie de placer culpable, planteando las peores circunstancias, atosigándola.

Rowenaapuró el vino diciéndose a sí misma: “Pamplinas”

Pero cuando se disponía a rellenar de nuevo el cáliz, se quedó paralizada escuchando una vez más.

El sonido que alcanzaba a percibir ahora, no era el de un objeto rebotando en el suelo. Parecía más bien el de algún comensal falto de escrúpulos, sorbiendo una sopa de bogavante sin ningún tipo de educación.

El ruido era insidioso, pero constante. No molestaba por su intensidad, pero sí por su persistencia; como las moscas, que aun sabiendo que son inofensivas, sentimos la necesidad de espantarlas o aplastarlas para que cejen en su insufrible revoloteo.

Igual le sucedía a Rowena. Trató de distraer su mente diciéndose a sí misma que allí estaba segura; que no debía abrir la puerta aunque la curiosidad la carcomiera; que no debía descorrer el cerrojo aunque aquel

constante sorber se estuviera metiendo en su cerebro.

Ahora bien, todo el mundo tiene un límite, y el de Rowena no era precisamente un límite alto. De manera que, hastiada por la impertinencia de aquel ruido que no se sometía ante la Gran Matriarca de la Escala, Rowena estampó su copa contra el tapiz más cercano conteniendo un gritito de rabia, y se dirigió a la puerta.

Apartó la pieza de madera y descorrió el cerrojo, y con paso decidido e imperioso entró en el pasillo.

El ruido de sopa bebida a lametones se hizo más acuciante; el pasillo permanecía en penumbra, pero allí el ruido se volvía más intenso sin duda. Rowena alcanzó una antorcha que colgaba de la pared y yacía apagada. Todas las antorchas, de hecho, que deberían estar alumbrando el pasillo, permanecían apagadas.

Frustrada por oír, pero no poder ver, entró en su habitación antorcha en mano y la prendió en el fuego del hogar. Acto seguido se adentró de nuevo en el pasillo, y la luz penetró por la bóveda de cañón, adaptándose a cada recoveco del mismo como una nube de gas.

Sus ojos vieron lo que nunca creyeron, y su cerebro fue incapaz de procesar lo que veían. ¿Qué era lo que tenía ante ella? ¿Qué hacía que sus miembros no romperán a correr lo más lejos posible de “aquello”? Pero Rowena se quedó paralizada, presa del horror que le produjo la simple visión, mientras el gélido ambiente hacía cabrillar el vello de sus antebrazos.

Las Amazonas a las que acababa de despedir estaban arrojadas de cualquier manera por el suelo. Unas boca abajo, otras despatarradas con los miembros en posturas imposibles, alguna incluso incrustada entre los gruesos muros. Ríos de sangre formaban lagos rojos y espesos en torno a los cuerpos; una de las mujeres yacía en el suelo como una marioneta suspendida por unos macabros hilos. Flotaba a pocos centímetros de las baldosas, con el vientre abierto, colgando de sus propios intestinos, que enganchados sobre las lámparas de acero de la bóveda la hacían balancearse de manera siniestra.

La imagen era propia de una imaginación febril e infernal, pero no dejaba de ser una masacre de tantas que había presenciado en tiempos. Nada con lo que no pudiera lidiar su curtido estómago.

Lo que verdaderamente paralizó a Rowena fue ver quién, o más bien quiénes eran los responsables de tamaña atrocidad.

¿Una horda de guerreros? ¿Una bestia invocada por algún ritual de sangre ancestral? ¿Un demonio alado del Mundo Antiguo?

Nada de eso habría resultado tan aterrador como los veinte pares de ojitos pequeños y risueños que se volvieron hacia ella repentinamente.

«¡Niños!» —pensó Rowena. Los niños de la última remesa de su último negocio con Leviathanas. Aquellos que se suponía iban a permitir a la Escala vivir sin preocupaciones durante largo tiempo—. ¿Qué narices les pasaba a aquellas bestias? —se dijo Rowena, sin comprender que al fin su negocio con la vida de los inocentes, y el obsesivo abuso de los no nacidos, se volvían inesperadamente contra ella de manera siniestra.

Las palabras de sus consejeras Sasa y Glima, volvían ahora burlonas a su memoria. Había algo *extraño* en aquellos niños; y ella no le dio la menor importancia entonces, quizá debería haber escuchado, pero ya era tarde.

La jauría de bebés, algunos de los cuales no deberían tener aún edad para caminar, se pusieron en pie sobre sus rechonchas piernitas; dejaron de sorber de las heridas abiertas de aquellas desgraciadas, y fijaron sus ojitos malévolos y sus sonrisas sangrientas en Rowena.

El más próximo abrió los brazos como si pidiera un abrazo, y exclamó con voz clara e infantil.

—¡Mamá!

Rowena gritó y arrojó la antorcha al suelo, para acto seguido correr hacia sus aposentos desesperada, mientras no dejaba de repetirse: «*Mi sueño, mi sueño*»...

Y entonces recordó las noches sin dormir y aquellas siniestras criaturas gateando hacia ella.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —comenzaron a gritar las criaturas a sus espaldas de manera compulsiva, mientras echaban a correr tras ella de forma grotesca, pues sus cuerpecitos desproporcionados no deberían haber podido hacer tal cosa.

Rowena se encerró en sus aposentos, asediada por una histeria incontenible que le hacía llorar, gritar y tirarse de los pelos y la ropa, todo a la vez.

Los niños, que ya no eran tal cosa, suplantados hacía tiempo en un remoto lugar, y cuyas auténticas almas estaban ya fuera del alcance de aquel

mal, alcanzaron la puerta de la habitación como una marea demoníaca.

Apelotonados contra la gruesa madera, se apilaban unos encima de otros golpeando la puerta con una violencia inusitada, mientras proseguían gritando:

—*¡Mamá, mamá, mamá!* —y arañaban la puerta con sus deditos ensangrentados.

Las bisagras comenzaron a ceder y los gritos de los bebés dejaron de ser dulzones como la voz de un niño, para convertirse en algo más parecido al gruñido de un lobo.

La puerta se desprendió parcialmente de sus goznes inclinándose hacia el interior, donde Rowena contemplaba todo paralizada.

Entonces unas manitas se auparon por el espacio abierto y una carita regordeta y ensangrentada se asomó al interior.

La voz sonó áspera, adulta, profana y rasposa. Y sonó fuerte, haciendo temblar los muros y el corazón.

—*¡MAMAAAAÁ!*

La puerta se derrumbó. La única esperanza que le quedaba a Rowena era que el terror paralizara su corazón antes de tener que pasar por aquello.

Pero su corazón siguió latiendo... hasta el final.

* * *

Una última y variopinta hueste de Amazonas y Siniestros plantaba una resistencia desesperada, en los llanos comprendidos entre el Palacio y el Corazón de Kilumaras. Empujados palmo a palmo por una fuerza ingentemente superior, los supervivientes se habían visto obligados a abandonar el Palacio a su suerte, e iniciar un desorganizado repliegue hacia la escala que unía una isla con otra.

El escaso grupo de apenas unas quinientas manos, entre mujeres y hombres, se había comprimido al principio, quebrando sus ordenadas filas y convirtiéndose en un cuadrado, que al cabo terminó rodeado y se transformó en un círculo defensivo asediado por todas partes cuando fueron sitiados.

Entre los presentes nadie podía decir que no sangraba por alguna herida

de mayor o menor gravedad, pero todos sufrían. Y por primera vez en décadas, Amazonas, mujeres y hombres peleaban codo con codo por su tierra, olvidando por un instante, funestamente tardío, sus diferencias.

En los últimos estertores del combate se produjo un receso. Estaban completamente rodeados y con la retirada hacia la escala cortada.

Todo estaba perdido, pero al mirarse de guerrero a guerrero, fuera hombre, o fuera mujer, vieron que todavía tenían algo que salvar. A pesar de las diferencias, de las humillaciones sufridas, de las injusticias, todos eran soldados de la Escala. Y lo que restaba por salvar era a sí mismos.

Una especie de silenciosa comprensión y aceptación recorrió las filas, como si todos hubieran comprendido que aquello era el final y que de allí no había salida.

Fueron rodeados por hordas de hombres acorazados, de piel oscura y rostros hoscos, cuyas pobladas barbas ocultaban la mayoría de los rasgos de sus caras. A su vez, un círculo de fuego los envolvió, y las paredes de dicho muro se alzaron hacia el oscuro cielo ocultando toda esperanza.

De entre las llamas un último anillo de ataque se elevó. Estaba éste compuesto por las enormes bestias aladas, que en gran número se alzaron en el cielo, sacudiendo pavesas en todas direcciones al avivar el fuego con sus enormes alas membranosas.

El hombre que parecía montar la más espléndida de aquellas criaturas, avanzó hacia sus enemigos con un controlado vuelo que lo mantuvo estático, colgado del cielo por encima de sus cabezas. El hombre, que dijo responder al nombre de Taruk, extrajo de su montura un extraño artefacto de aspecto cónico, que al colocarlo sobre sus labios incrementó el volumen de su voz, permitiendo que todos le oyeran:

—¡Es el momento de rendir cuentas. Es el momento de someteros a la suprema voluntad de Baashamel! —gritó Taruk, petulante—. ¡Hombres! Demasiado tiempo habéis agachado la cabeza —evidentemente no tenía pensado rebajarse tanto como para dirigirse directamente a unas hembras a las que despreciaba, de modo que hablaba solo a los Siniestros—. ¡Habéis luchado con bravura, habéis demostrado vuestro valor! ¡Si deponéis ahora las armas, vuestras vidas serán respetadas! ¡Aquellos de vosotros que sean declarados válidos, podréis uniros a nosotros y alcanzar el Khalifato

Supremo! ¡Y juntos dominaremos el mundo, y lo haremos a imagen y semejanza de Baashamel!

Aunque elocuentes y aunque la oferta pudiera resultar tentadora, un hábito de inconformismo se contagió entre las filas de Siniestros y Amazonas, dejando la respuesta en el aire.

Un maltrecho y avejentado sargento del tercer regimiento, al que se conocía sencillamente por el nombre de Plegg, se volvió hacia su ama y señora, la Amazona que al parecer daba ahora las órdenes.

Con decisión colocó el filo de su lanza en el cuello de la mujer, que parpadeó temiendo lo peor, y entonces le dijo:

—Todos hemos sido idiotas, todos hemos obrado injusticias presentes o pasadas. He vivido lo suficiente para saber que lo que digo es cierto, y no me arrepiento de ser lo que soy.

—¿Qué hace soldado? —preguntó la Amazona, demasiado cansada para reprenderlo o amenazarlo, pero temerosa de una traición. Al fin y al cabo... todas sabían que el hombre era cambiante como el océano.

—Digo, mi señora, que sus Amazonas están muy maltrechas, y que sus heridas las han dejado más debilitadas que a nosotros. Digo que, por una última vez, hagamos algo grande juntos en lugar de enfrentarnos entre nosotros. Digo que, por una vez, siga mi liderazgo y nos permita hacer lo que todo hombre debería hacer por una mujer.

Atónita, la mujer abrió los ojos sin dar crédito a lo que oía. Pero tan sorprendida estaba por aquellas palabras, que con un gesto difuso de la mano le concedió el mando. Sin embargo, añadió con la poca ironía que le restaba:

—No se acomode en el mando, soldado. Tendrá que devolvérmelo cuando esto termine.

—No dude que lo haré, mi señora —respondió el soldado, sonriendo a una mujer por primera vez en mucho tiempo. La Amazona, titubeando, devolvió la sonrisa y le asestó un puñetazo sobre la placa pectoral a Plegg, como señal de agradecimiento.

—Hemos sido todos unos estúpidos —acordó ella—. Me alegra saber que al menos, al final, nos hemos dado cuenta.

Plegg asintió con una sonrisa triste pero plena de vida. Acto seguido se giró hacia el enemigo, y con rápidos gestos, ensayados una y otra vez a lo

largo de su vida, distribuyó las órdenes, estrenando su nuevo mando como si lo hubiera ejercido desde siempre.

Con elegancia y eficacia las Amazonas se agruparon en el centro del círculo defensivo y los Siniestros dieron un paso al frente, formando alrededor del núcleo de mujeres un bosque de lanzas en un último gesto vano de protegerlas.

Taruk rio divertido. Aunque bajo su sonrisa ocultaba su desconcierto.

—¿En serio? ¿Después de todo optáis por defenderlas? —y finalmente perdiendo la paciencia—: ¡Necios! Viviendo bajo su dominio os habéis ablandado, afeminado. ¿Unirá acaso el hombre su destino al de la mujer? —les recriminó.

El Siniestro que se hacía llamar Plegg, que había adoptado el mando en aquella última defensa, dio un paso hacia delante.

—Hombre y mujer antaño fueron uno —resonó su voz inflamando los corazones de los suyos—. Y aquello que nos separó en vida no conseguirá hacerlo en la muerte —respondió desafiante.

El Sunna se mordió los labios rabioso ante tanta osadía, pero lo que más le hacía enfurecer era la incomprensión. El hecho de no comprender cómo aquellos hombres podían ahora, después de tantos años de sometimiento al sexo débil, defenderlas voluntariamente.

—¡Qué así sea!... —Taruk arrojó una lanza de hoja aserrada contra el engreído Siniestro, como un dios lanza rayos del cielo. El brutal impulso del proyectil hizo que la lanza penetrara el pecho de Plegg, atravesando su corazón y brotando ensangrentada por su espalda. La lanza quedó clavada en el suelo empalando al sargento.

El orgulloso Siniestro fijó los ojos en el cielo apurando su último hálito de vida; atravesado por el asta de la lanza, y con los brazos abiertos en cruz, ofreció su último sacrificio y su última orden.

—¡Cargaaad! —gritó a duras penas, mientras la sangre brotaba de entre sus labios a borbotones.

Algo se disparó en el interior de todos y cada uno de aquellos guerreros, mujeres u hombres, todos guerreros. Algo tan puro, honorable y sagrado como no habían sentido en sus vidas. Algo por lo que merecía la pena vivir, y algo por lo que merecía la pena morir. Y hermanados, al fin iguales en sus diferencias, hombre y mujer cargaron como uno solo contra su enemigo.

Desde lo alto, un oscuro cuervo observaba con ojillos nerviosos el desarrollo de la batalla; desde donde estaba, habría podido jurar que aquel círculo de andrajosos sencillamente estalló hacia fuera.

En todas las direcciones el círculo se abalanzó agresivamente contra las confiadas líneas de Mundo Antiguo.

Las Amazonas y Siniestros que pasaban a la carrera junto al cadáver de Plegg, hermoso en la muerte, aprovechaban para golpear con el puño la armadura del sargento; e incluso en algunos casos se detenían a besar sus ensangrentadas manos. No pocos mojaron sus dedos en la sangre que brotaba de la herida de su pecho y se ungieron las mejillas sin dejar de correr.

Así cargó la última resistencia de la Escala, cuyo empuje pilló por sorpresa a las fuerzas que había enviado el Khalifa Amr.

Cuando los Siniestros se estrellaron contra las filas enemigas, éstas se combaron hacia fuera, mientras el campo se sembraba con más cadáveres y se regaba con más sangre.

El Sunna Taruk incluso tuvo que hacer retroceder su montura, pues más de una lanza cortó el aire donde un segundo antes se agitaba su kolf.

Los Siniestros, apoyados en la retaguardia por sus hermanas Amazonas, siguieron empujando hasta el límite de sus fuerzas, haciendo que incluso las últimas filas del enemigo retrocedieran y perecieran abrasadas en el fuego circundante que ellos mismos habían creado.

Pero agotados, heridos y maltrechos, sabían que lo último que defendían ya no eran sus vidas, sino su honor y, tal vez, sus almas.

Pronto la resistencia se estancó, y el movimiento hacia el exterior del círculo se fue comprimiendo hacia dentro, rebasados por una marea irrefrenable de acero.

Fue aquel momento el que aprovecharon los kolf para cargar desde el cielo, picando aquí y allá, alzando en el aire un Siniestro, o una Amazona, que después arrojaban a su muerte, tanto al vacío del abismo, como al filo de las lanzas.

Atacados desde todos los frentes, asediados también desde el cielo, la resistencia terminó por implotar; el llano quedó sembrado de cadáveres para festín de los cuervos, y la sangre de hombres y mujeres se mezcló al fin sin distinción.

Tan solo una mujer restaba en pie, rodeada de muerte y lágrimas; la

última Amazona de la Escala, era aquella que hacía escasos minutos cediera el mando al sargento Plegg. Aquella que ahora, inspirada por actos de semejante valor como los que había vivido y de los que era testigo, se batía empeñada contra un destino inapelable, toda bañada de sangre.

A su alrededor tan solo halló rostros divertidos y burlescos. Las fuerzas de Mundo Antiguo la engulleron mientras ella blandía el acero a izquierda y derecha cobrándose sus últimas víctimas, mientras no dejaba de gritar:

—¡Volverá a salir el sol! ¡Volverá a salir el sol!

Aunque el cielo tupido de gris se burlara de sus palabras.

* * *

Arrastrándose entre las sombras, de parapeto en parapeto, Clovis y Marthia alcanzaron al fin los lindes de la Escala, allí donde la enorme escalera de cuerda y maroma reciamente tejida unía la isla superior y la media.

—Debemos apresurarnos, esta isla está perdida; pero quizá en la media, o incluso en la inferior, podamos organizar una resistencia viable — sugirió Marthia.

—No hay resistencia que pueda frenar esto, Marthia —replicó Clovis cabizbajo. Ella se volvió y le asestó un sonoro bofetón.

—¡Deja de comportarte como el tonto útil de un sistema que ha muerto, y empieza a espabilar! —él se llevó la mano a la mejilla, y la miró como si mirara a otra mujer completamente distinta a la que había conocido, una mujer que curiosamente le caía mejor en esta nueva faceta—. No nos vamos a rendir. La Escala, las Matriarcas, las Amazonas, todo puede irse al infierno. Aquí ya no se trata de defender nuestro pequeño nicho, Clovis, aquí hay en juego algo más.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Me lo dice mi instinto —Marthia retrocedió en su mente hasta sus desagradables encuentros con aquella asquerosa niña que se hacía llamar Reflejo—. Algo, o alguien mueve los hilos, amigo... y es ese alguien al que debemos cortar las pelotas.

Clovis sonrió divertido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Quieres que te parta la cara de nuevo?

—No, no —terció él levantando las manos risueño—. Estaba pensando que me gustas... que me gusta esta nueva faceta tuya, quiero decir... caudilla —ella sonrió a su vez, mirándole con interés, aunque una mirada suya podía confundirse fácilmente con la de un depredador a punto de saltar sobre el cuello de uno.

—Olvidémonos de títulos de caudillaje. Vamos a dejarlo en Marthia, ¿vale?

—Por supuesto —sonrió todavía más Clovis.

—Venga. Pon a funcionar esas piernas y busquemos la manera de salir de aquí.

Habían avanzado unos doscientos metros en dirección a la escala cuando el fragor del combate con sus ruidos, sus olores y su humo arrastrado por la brisa, los hizo buscar refugio entre unos matorrales.

Toda el área era un yermo abrasado por la lucha y el fuego; Marthia no pudo reprimir un escalofrío, pues a cada paso que daba, las imágenes de pesadilla vertidas por Reflejo en su cabeza, cobraban vida con mayor intensidad.

Ocultos, desde donde se encontraban observaron cómo la Escala luchaba, cómo la Escala desafiaba a su enemigo, y cómo la Escala caía. Los pocos restos de sus fuerzas avanzaban hacia donde estaban ellos, pero muy pronto estas se vieron rodeadas y sometidas.

Vieron cómo las fuerzas de Mundo Antiguo estrechaban el lazo sobre Siniestros y Amazonas. Vieron cómo las tropas rodeadas plantaban cara y desafiaban al enemigo. Marthia contempló, conmovida, a un desconocido sargento dando un paso al frente e increpar al enemigo. Pudo vivir y vibrar desde la distancia, con sus hermanas y hermanos, sintiendo como ellos la necesidad de acudir rauda a unir su acero al suyo. Incluso llegó a desenfundar su espada e incorporarse; y habría acudido a unirse a sus camaradas de no ser porque Clovis la retuvo.

—¿Qué haces? —preguntó él, mirándola preocupado.

—¡Suéltame! ¡Tengo que ayudarles! —dijo ella tratando de zafarse.

—¿Acaso no ves qué están perdidos? —respondió Clovis sin ocultar su

pesar.

Marthia desvió los ojos hacia el combate que se debatía a unos cientos de metros de su escondrijo.

El osado sargento yacía ahora empalado al suelo por una lanza, y las fuerzas de la Escala cargaban en una última y desesperada lucha contra su enemigo.

—Vamos —susurró Clovis zarandeándola—. No hay nada que tú puedas hacer.

A regañadientes, Marthia dio la espalda a sus hermanas, a sus hombres, a su anterior vida. Y aunque no volvió a mirar atrás, sus otros sentidos captaron las llamas, el calor, el hedor, la sangre, los chillidos de las bestias aladas y, finalmente, el silencio.

Y no obstante una voz tronaba solitaria en el ocaso llevada por el viento:

—*¡Volverá a salir el sol! ¡Volverá a salir el sol!*

Aprovechando la distracción que la batalla les proveía, corrieron los últimos cien metros en dirección a la escala casi sin preocuparse por buscar refugio. Tenían el paso franco, y aparentemente no había nada que se interpusiera entre ellos y su destino.

Hasta que llegaron al mismo límite de la isla, donde la escala de gruesa maroma unía un terreno con otro.

Las llamas que barrían todo el territorio llegaban hasta el mismo límite, y tres mercenarios, tocados con turbantes y cargados con pesadas cimitarras, se afanaban en avivar las llamas para cortar la comunicación que unía las islas.

El fuego ya lamía las cuerdas, y estas comenzaban a deshilacharse entre chisporroteos crepitantes, anunciando los escasos segundos que les restaban con cada estallido del grueso cáñamo.

—¡Llegamos tarde! —exclamó Clovis.

—¡No he dejado atrás todo cuanto conozco para fallar ahora! —lo reprendió Marthia—. Aprieta los dientes y cierra el culo... que nos vamos de aquí.

Entonces se lanzó a la carrera, desenfundado la espada y cargando contra los tres guerreros sin el menor atisbo de vacilación.

Clovis sorprendido la siguió.

Los tres hombres que prendían fuego a la escala se volvieron hacia aquellos dos ilusos que cargaban desaliñados contra ellos; sorprendidos por sus gritos y sonrientes, se dispusieron a recibirlos. Siempre resultaba agradable contemplar la desesperación en el prójimo, otorga un grado de superioridad a quien observa, y eso siempre se traduce en placer.

Claro que su exceso de confianza fue su perdición.

El primero de los hombres menospreció a Marthia en su cabeza, mucho antes de menospreciarla en combate, y lo pagó con dos palmos de acero desparramando sus tripas sobre la ceniza. El desgraciado cayó de rodillas sujetándose los intestinos, que colgaban de su vientre como un ovillo desmadejado.

Clovis se enzarzó con el segundo, ya más cauto, intercambiando golpes y paradas que resonaban secas entre las cálidas llamas.

Marthia se volvió hacia el tercer hombre, ya absolutamente alerta, y cargó contra él con la espada apuntando agresivamente hacia su corazón.

El guerrero esquivó, paró y respondió con un eficaz tajo que alcanzó a Marthia a medio muslo. Ella gritó más por rabia que por el dolor, y al embestir de nuevo perdió su espada ante un hábil movimiento de su rival.

—¡Mierda! —exclamó ella, reprendiéndose por su propia torpeza.

Al mirar al hombre lo vio sonreír; no soportaba que le sonrieran de aquella manera, y el hecho de que el imbécil llevara tres dientes de oro tan solo empeoraba la situación.

Confiado, el soldado trató de clavarle la espada en el vientre; sin embargo Marthia rodó por el suelo, esquivó la estocada y se situó a espaldas del hombre. Entonces, con todas sus fuerzas, asestó sendas patadas en las corvas desprotegidas del enemigo haciéndole caer de rodillas.

El soldado rugió sacudiendo su espada descoordinada, como si con ello esperara alcanzarla por casualidad. Marthia se incorporó y lo pateó por detrás haciéndole morder el polvo.

—¡Marthia! —gritó Clovis, que tras haber despachado a su oponente y viendo el aprieto en que se encontraba, le arrojó su propia espada.

Marthia aferró la espada que volaba precisa hacia ella, y sin titubear atravesó al hombre de piel oscura, sintiendo cómo las vértebras gemían al

seccionar la columna.

La escala de cuerda explotó entonces repentinamente. Los asideros que la unían a la isla de las Matriarcas se soltaron entre lenguas de fuego, y el extremo sobrante, todavía anclado a la isla media, comenzó su precipitado descenso como un velo que cae delicadamente; el último umbilical que les quedaba para aferrarse a la vida.

—¡Corre! —gritó Marthia sin pensar, y lanzándose en una carrera enloquecida.

Ambos corrieron a la par, a pesar de las heridas, impulsados por la adrenalina. Y sin pararse a pensar, saltaron entre las llamas al abismo que se abría ante ellos, precedidos en su caída por la escala de cuerda que desaparecía rápidamente.

Aunque la caída se hizo eterna, tan solo fueron unos pocos segundos. Al poco habían alcanzado la maroma y se asieron a ella con uñas y dientes, afianzándose lo mejor que pudieron con los codos y las rodillas para hacer mejor presa.

Así acompañaron la caída pendular de la escala en dirección a la isla media; la cual alcanzaron con una brutal sacudida final contra sus paredes, que a poco estuvo de hacer que se soltaran.

Resollando y respirando entrecortadamente, Marthia abrió los ojos y encontró a Clovis a pocos metros de ella colgando de la cuerda como una marioneta.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Teniendo en cuenta la locura que acabamos de hacer... Sí, claro. De fábula.

Ambos comenzaron a reír. Y sus risas se alimentaban la una a la otra, haciendo que cualquier intento de frenarlas resultara imposible.

* * *

Ambas consejeras corrían aterradas por los pasillos del Palacio Matriarcal sin hallar la manera, o el lugar, donde poder sentirse seguras. El palacio estaba tomado por hordas de soldados enemigos, y Sasa y Glima corrían como pollos sin cabeza, esquivando pequeños conatos de resistencia

por parte de aislados grupos de Siniestros o Amazonas. La sangre cubría suelos y paredes, y allá donde mirasen había muerte, violaciones, o vejación a manos de aquellos extraños de piel tostada.

A las dos mujeres les llenaba de horror contemplar cómo hasta las mismas Amazonas, orgullosas y aguerridas, una vez sometidas por estos hombres, eran arrastradas por sus cabelleras y violadas una y otra vez por vociferantes grupos de soldados.

Cuando los guerreros de Mundo Antiguo habían saciado sus apetitos y su orgullo masculino, aniquilando la resistencia de estas selectas mujeres, los cuerpos de las humilladas eran colgados con cuerdas desde los más altos ventanales para que todo el mundo pudiera verlas, desnudas y ensangrentadas, como lo que eran: débiles.

Las grotescas imágenes de la debacle del mundo que creían conocer se grabaron en sus memorias.

Sasa tropezó en el pasillo con el cadáver de un Siniestro que yacía encima de una Amazona, abrazándola con su último aliento; ambos cuerpos atravesados compartían la postrera lanza que los mató.

Tras incorporarse y arreglarse las ropas, se giró nerviosa hacia Glima.

—¿Por qué haría tal cosa? —preguntó sin comprender aquella extraña escena.

—¿Quién sabe? —respondió Glima apremiándola, mientras la tomaba del brazo. Pero Sasa parecía paralizada—. ¡Sasa! ¡Despierta!

Su colega sacudió la cabeza recordando la funesta realidad. Por un momento había hallado un significado de paz en aquel abrazo final entre aquel hombre y aquella mujer. La estampa que conformaban era ridícula, anacrónica, y sin embargo estaba cargada de un “algo” que no sabía explicar.

—Perdona —dijo ella ensimismada.

—¡Vamos! Creo que podemos alcanzar nuestros laboratorios si continuamos por este pasillo y tomamos las escaleras. Una vez allí, podremos encerrarnos y aguardar que nuestras fuerzas encaucen la situación.

Sasa se volvió con la mirada perdida pero la cabeza perfectamente ubicada.

—¿Realmente crees que eso es posible? —Glima no respondió a su pregunta.

—Vamos —y avanzó tirando de ella.

Desesperadas, alcanzaron sus aposentos sin encontrar apenas oposición, lo cual las sorprendió; dado que la batalla se había trasladado al exterior, esto facilitó que ambas pudieran refugiarse.

Bajaron los tres peldaños que daban acceso a los laboratorios y cerraron las puertas tras ellas, corriendo todos los cerrojos y asegurando las mismas con los muebles más pesados que sus fuerzas les permitían arrastrar.

—¡A salvo al fin! —jadeó Glima—. Ahora solo tenemos que esperar.

—Menos mal... —jadeó a su vez Sasa— que disponemos de alimentos y bebida —dijo esto pues ignoraba el tiempo que podrían pasar allí encerradas.

—Al menos... podremos ocupar el rato investigando —sonrió irónica Glima, cuyo aliento recuperaba la normalidad.

La sonrisa se dibujó en los labios de ambas, aunque ésta durara poco. Desde la trastienda llegó el sonido de un vial de cristal restallando contra el suelo.

Como si aquel sonido proviniera de la batuta de un director reclamando la atención del público sobre el atril, así quedó todo el laboratorio, en completo silencio, aguardando la melodía que abría aquel compás.

Glima se aproximó cauta hacia la puerta principal, mientras Sasa se apretaba las manos conteniendo la respiración y observando la puerta abierta de la trastienda, que profundizaba en los laboratorios y almacenes. Con lentitud, como si temiera despertar a una bestia que estuviera agazapada del otro lado, Glima acomodó su oreja sobre la madera y prestó atención a cualquier cosa que estuviera fuera de lugar.

—Nada —concluyó en un susurro—. Fuera no ha sido, claramente se trata de algún frasco que ha rodado por la repisa.

Sasa suspiró aliviada.

Sus nervios se crisparon de repente cuando el ruido se convirtió en orquesta. Algo, o alguien, barrió de las encimeras las decenas de frascos, recipientes, matraces y cubetas que las llenaban.

Ambas mujeres se miraron sin apenas disimular sus temores.

—Eso viene del laboratorio —susurró Sasa temblando—. Alguien ha debido de entrar durante la confusión.

—No puede ser... ¿Quién haría semejante cosa durante un momento así? Piensa. Un guerrero no, desde luego. Ningún guerrero entraría en un laboratorio para ocultarse, es absurdo.

—Salvo que buscaran algo.

—Lo dudo. ¿Los has visto? —Glima se encogió de hombros—. Parecen todos unas bestias descontroladas. No creo que tengan interés por nuestros estudios, Sasa.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Sasa, aunque Glima se abstuvo de responder lo obvio. Ya estaban muertas de ser tal el caso.

—Lo más probable es que alguien se haya escondido aquí para evitar el combate, lo cual apunta a un sirviente, un criado, un esclavo, o alguna de las ancianas Matriarcas —razonó con aplomo Glima—. De manera que no hay nada que temer. Ven, vamos —añadió, sin mostrarse muy convencida y buscando el apoyo de su compañera para sentirse más arrojada.

Sasa avanzó dubitativa detrás de Glima, y juntas se adentraron en el amplio sótano donde habían trabajado en los últimos tiempos.

El lugar estaba oscuro y una pálida luz verdosa, proveniente de los líquidos vertidos, brotaba del suelo, dándole al estudio un aspecto irreal.

Glima agarró sin pensar una tibia que yacía expuesta sobre un mostrador y miró a Sasa, invitándola a que tomara cualquier cosa a su alcance en prevención.

Ella aferró una silla, que entre sus manos ofrecía un aspecto más bien ridículo.

Armadas de tan rudimentaria manera siguieron dando pasos hacia delante.

—*¡Os advertimos que venían!* —dijo una voz extraña que parecía más bien la exhalación postrera de un cadáver.

Glima y Sasa se revolvieron gritando, al encontrarse con seis extraños a sus espaldas. O quizá extraños no fueran, pues eran los hombres con los que habían experimentado y de cuyo anómalo comportamiento habían advertido a Rowena.

—¡Sois vosotros! —suspiró aliviada Glima—. Pensábamos que alguien se habría escondido aquí para evitar el combate —resolló, mientras observaba las miradas perdidas de aquellos hombres y sus inapropiadas sonrisas

risueñas—. Vuestra ayuda nos será de utilidad. Volved al recibidor y apilad todos los muebles que podáis en la entrada principal para que nadie pueda entrar.

Los hombres no se movieron de su sitio.

—¡Vamos! —gritó finalmente Glima, y ellos se volvieron sonriendo e hicieron tal y como se les había ordenado.

—¿Por qué demonios sonríen de esa manera? —preguntó Sasa en voz baja.

—Ni idea.

—Pues me están poniendo de los nervios.

—Calla, ya vuelven —la cortó bruscamente Glima.

Los seis hombres entraron de nuevo en el laboratorio, cuya verdosa iluminación parecía ahora brillar más intensa, y bajo cuya luz las sonrisas de sus cobayas se volvían más siniestras.

Los seis se situaron en hilera, como si fuera una formación ensayada presentando armas ante un general.

—¿Se puede saber por qué sonreís de esa manera? —preguntó al fin Glima.

—Porque estabais avisadas.

Sasa recordó la entrevista con Rowena, mientras sus temblores fueron incrementándose: *“Han anunciado la llegada de los jinetes del murciélago”*.

—Sí. Puede que fuera así, pero nosotras no tenemos poder de decisión —respondió Glima.

—¿No lo tenéis? —dijo el más sonriente de ellos.

—No... —respondió, haciendo una afirmación que sonó como una pregunta.

De pronto Sasa y Glima se dieron cuenta de que temblaban, y no era solo por temor. Hacía frío. Un frío que atrapaba el alma y trepanaba los huesos; sus dientes castañeteaban y a cada respiración el aliento se congelaba ante ellas.

—Pues entonces... ¿Por qué decidisteis por nosotras? —no entendía por qué razón, pero aquel “nosotras” le hizo un nudo en el estómago a Glima.

—Mira... Wal... ¿Era Waldon no? Nosotras simplemente pretendíamos hacer un mundo más igualitario, más justo. Que no hubiera diferencias...

—¿Acaso no es la diferencia la razón básica de la existencia? Desde el mismo momento en que una célula se separa de otra ya decís que se “diferencia” de su hermana. ¿No es precisamente lo que nos hace diferentes aquello que combatíais? ¿Acaso no pretendíais igualar al hombre y a la mujer? ¿Convertir el aceite en agua?

—Yo... nosotras... —balbuceó Glima.

—Ah... —suspiró el hombre—. Confusión habría disfrutado de todo cuanto habéis obrado aquí. Manipular la naturaleza era el último escollo por salvar en su búsqueda del caos más absoluto. Tergiversar las mentes, las almas, los pensamientos, los sistemas sociales, las economías... todo eso es un mero pasatiempo. Pero... —hizo crujir varias vértebras sin dejar de sonreír— ...tergiversar la creación le llena de deleite.

Sasa y Glima comenzaron a dar cautos pasos hacia atrás, retrocediendo sin saber de qué o adónde exactamente.

—Mira, Waldon... —comenzó Glima, apaciguadora.

—¿Waldon? ¿Quién es Waldon? —dijo burlesco él, buscando en todas las direcciones a quien respondiera a dicho nombre.

—¡Déjate de bromas, Waldon! —exclamó Glima, perdiendo la paciencia y dejando escapar un graznido de terror al pronunciar su nombre.

—Soy Sophie, madres, no más Waldon. Waldon era débil y se rindió hace tiempo; le hicimos una oferta que no pudo rechazar —la sonrisa se hizo más amplia, mientras las mujeres empezaban a recorrer con la vista a todos y cada uno de los hombres con los que habían experimentado; y cuando sus ojos se detenían sobre uno de ellos el aludido se presentaba:

—Margeri, madres.

—Sandin, madres.

—Wenda, madres

—Lobelia, madres.

—Clovel, madres.

Las consejeras de Rowena chocaron con la espalda contra la pared, arrinconadas por sus seis creaciones.

—Vale, vale —tartamudeó Glima, tratando de recobrar la compostura, mientras Sasa escondía el rostro entre sus manos—. Veo que nuestros estudios han funcionado, hasta habéis escogido nombres propios, de manera que...

—¿Escogido?... no. Habitan en nosotros, madre —Glima se quedó con la boca abierta sin terminar la frase.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Yo no me he inventado el nombre de Sophie, madre. Sophie habita en mí.

Sasa ahogó un gritito.

—Y os da encarecidamente las gracias, pues fuisteis vosotras las que abristeis las puertas necesarias —Waldon, Sophie, o como demonios se llamara, realizó una cortés reverencia que les puso los pelos de punta.

—De... ¿nada? —tartamudeo Glima.

Sophie levantó un dedo inquisitivo, que se llevó a la base de la nariz como si reflexionara.

—Pero ha surgido una contrariedad, madres —Waldon, o Sophie, hizo una breve pausa mientras entrelazaba los dedos femeninamente y avanzaba un paso hacia ellas—. Sophie, Margeri, Sandin, Wenda, Lobelia y Clovel están... hambrientas.

Glima y Sasa trataron de retroceder, sin recordar que la pared estaba ya apoyada contra sus espaldas.

La luz turquesa del laboratorio se esfumó por encanto, y tan solo los gritos desgarradores de ambas consejeras abarrotaron la estancia.

En cuestión de segundos sus gritos cesaron, y tan solo quedó el húmedo chapoteo de la sangre, los sorbidos y los chasquidos de huesos, cuya médula era devorada con avidez por aquello que habían dejado entrar en el mundo.

* * *

La guadaña de la guerra barría la Escala de este a oeste y de norte a sur. Los ejércitos se encontraban una y otra vez chocando en estrépito de aceros y carne. Lo que comenzó como una monstruosa batalla campal había mermado en intensidad, que no en crudeza, y ahora se reducía a una sucesión de breves escaramuzas perpetradas por grupos aislados de supervivientes, que trataban de dar respuesta con su último aliento a un enemigo insuperable.

Fuego, humo, sangre, cuerpos, restos de armas y desperdicios, orines e inmundicia cubrían cada recoveco y campo allá donde alcanzara la vista. La

devastación no habría sido mayor si hubieran salado la tierra.

El mal campaba por doquier, en los actos y en los corazones de los hombres, hasta que el último justo cayó abatido por las flechas enemigas. Aunque muchos otros Siniestros y Amazonas siguieron combatiendo tras caer sus hermanos, no quedaba uno justo entre ellos, pues sus corazones hacía tiempo que se habían obliterado.

Entonces, algo ajeno a la voluntad del hombre y a la voluntad del mal acaeció. Algo que nadie podría haber predicho; algo que más tarde sería contemplado como un fenómeno astrológico por algunos, como una señal por otros.

Uno de los astros gemelos que iluminaban el mundo, aquel sobre el que no pocos observadores habían alertado, pues parecía aumentar de tamaño a su antojo y haber enrojecido de furia, sencillamente estalló allá en los confines del firmamento donde se hallara suspendido desde la creación.

De manera que uno de los llamados ojos de Kilumaras, se desprendió del cielo, dejando ciego al dios; a raíz de lo cual, muchos comenzaron a reconocer como el Dios tuerto a Kilumaras, que hastiado y sobrepasado por la maldad que asolaba el mundo, arrancó uno de sus propios ojos para no verlo y para barrerlo de su presencia. O al menos, eso sostenían aquellos más crédulos de entre los habitantes del orbe.

Lo que fue un hecho es que la noche se convirtió en día, rasgando el manto de nubes; y que un halo de luz cegadora brotó del núcleo donde antes descansaba una estrella.

No precedió estruendo alguno, ni viajó en el aire o el espacio el sonido de semejante explosión. El ojo de Kilumaras simplemente se descompuso en infinidad de fragmentos grandes y pequeños.

Los más pequeños de estos fragmentos se disolvieron cuando, al aproximarse al mundo, entraron en contacto con el aliento de Kilumaras, aquella barrera que envuelve el globo según los eruditos y astrólogos. Pero los más grandes de ellos... los más grandes entraron por centenares, atravesando el aliento y convirtiéndose en atronadores proyectiles de roca y fuego, que barrían el cielo como una lluvia de estrellas endiabladas.

Algunos pocos golpearon en tierras de la Cascada, otros cayeron contra los Dientes del Dragón en Mil Ríos, sacudiendo las orgullosas montañas y recordándoles de donde proceden. Pero la gran mayoría, como si la ira

contenida de alguna deidad primigenia se hubiera reservado para la Escala, cayeron sobre la tierra de las Matriarcas.

La pesada lluvia de roca y fuego cayó como un granizo justiciero sobre culpables e inocentes; las batallas que tenían lugar se destrabaron, y los ejércitos huyeron despavoridos y en masa en todas las direcciones.

Los jinetes de kolf intentaron esquivar la lluvia aniquiladora con escaso éxito, perdiendo en el intento a la mayoría de sus efectivos. Su atribulado líder, Taruk, volvió grupas y picó aterrado de vuelta a Mundo Antigo con lo que restaba de sus hombres y los prisioneros que habían podido capturar.

Muchos más cayeron en el viaje de regreso, perseguidos por las piedras ardientes que no golpeaban en la Escala y los desmontaban de sus monturas haciéndoles precipitarse al vacío.

Desesperados batallones saltaban al completo al encuentro de la *nada*; cortadas las rutas de escape de una escala a otra, tan solo podían arder o saltar; y riadas de hombres se precipitaron aterrados, acogiéndose al abrazo del abismo.

La isla de las Matriarcas se sacudió hasta la médula, azotada por la ira de aquel astro fragmentado; hasta que finalmente, sometida por la fuerza inapelable de aquel fenómeno, la propia isla se fragmentó y se precipitó al vacío y hacia Mundo Antigo, desapareciendo del firmamento y arrastrando con ella las almas de todos cuantos sobre sus tierras se batían.

El mundo quedó en suspenso por un instante; y los testigos, tanto en las islas inferiores como en otras tierras, contuvieron el aliento.

La isla superior se precipitó más allá de las nubes como una cascada de polvo, barro, sangre, rocas y cadáveres.

Una funesta constelación para recuerdo de la caída del hombre y la mujer.

XXVIII

MUNDO ANTIGUO

Los sabios astrólogos de Mundo Antiguo, encerrados en sus observatorios, contemplaron el fuego alzándose en el este. Las llamas ardían en el cielo y todo el firmamento parecía estar en llamas. Tras la cortina de oscuras nubes que ocultaban a sus ojos las tierras suspendidas, la luz brotó, y las plomizas masas de algodón se volvieron incandescentes.

Mas nadie lo interpretó como presagio alguno, pues sabían que la Cascada estaba allí y que las legiones del Khalifa estaban cosechando aquella tierra en ese preciso momento. Hacía diez años aquel resplandor habría sido motivo de temor y superstición, pues desconocían el lugar donde se hallaban los últimos Perantaraan. Una señal en el cielo como aquella, habría dado lugar a innumerables actos de expiación y sacrificios en honor de Baash.

Pero los tiempos habían cambiado, y los Adhan era ahora los dueños del mundo; o si no lo eran, muy pronto lo serían, tal y como prometió el profeta, tal como se lo transmitió el dios inclemente.

Pronto el fuego se vio recompensado, y las noticias llegaron al palacio del Khalifa, que se regocijó tanto por los hechos como por la remesa de cautivos que vinieron a engrosar las filas de esclavos tan necesarios. Cientos de hombres y mujeres habían sido recuperados para la causa de Baash. Cientos de trabajadores que engrandecerían la gloria de Mundo Antiguo y ayudarían a recuperar su esplendor pasado.

Sin embargo, lo que sucedió poco tiempo después sí descuadró las rígidas cuentas de astrónomos, astrólogos y eruditos.

El fuego se apagó en el este y se alzaba ahora en el oeste, la Escala ardía. Las fuerzas del Sunna Taruk asaltaban desde el cielo el bastión de

aquellas pecaminosas arpías, el nido de corrupción de las Amazonas.

Igualmente las noticias fueron transmitidas, e igualmente el Khalifa se regocijó; hasta que el sol bailó en el cielo.

Aquel día uno de los astros gemelos pareció cobrar vida. El evento fue perfectamente avistado desde Mundo Antiguo sin la intermisión de nube alguna, como podía suceder en el Mundo Suspendido, lo cual permitió apreciar el fenómeno con total claridad.

El astro, enrojecido, aumentaba y disminuía de tamaño en cuestión de segundos, como un corazón palpitante bombeando vida y calor al universo. Incluso, por un instante, los sabios afirmaron ver un sol desplazarse lateralmente por el cielo, eclipsando a su hermano brevemente.

Raudos, los guardianes de la doctrina aconsejaron la pronta realización de ritos, sacrificios y actos de expiación, pues Baash mandaba señales inequívocas de su desencanto. De manera que, durante aquel largo día, hombres, mujeres y niños fueron sacrificados para apaciguar la ira de Baash el inmisericorde.

La sangre corrió generosa y gratuita en poco tiempo, hasta que los soles se detuvieron y dejaron de realizar extrañas órbitas.

Un parhelio se formó en el cielo, y la imagen de cuatro soles, donde antes hubiera dos, fue interpretada por los astrólogos como una señal de Baash. El dios mostraba su beneplácito y apadrinaba los actos de los Adhan una vez más. Habían recuperado su favor y el Khalifa Amr volvía a respirar aliviado.

Al menos hasta que el sol carmesí comenzó a crecer, iluminando la tierra de un color sanguinolento que tan solo presagiaba males mayores.

De nuevo, astrólogos, adivinos y videntes fueron consultados al respecto. Y una vez más recomendaron recurrir al sacrificio para aplacar al dios.

Sin distinción alguna se hizo oblación de las víctimas expiatorias ya fueran esclavos, taxonímicos o ciudadanos de segunda. Y nuevamente se asumió que todo volvía a su cauce cuando el sol se detuvo y adoptó una silueta amenazante y granate, pero sin cambios aparentes.

A la mañana siguiente sobrevino el día que los Adhan recordarían como “El día de la ceguera” o “El gran pesar”.

El anómalo astro explotó sobre sus cabezas emitiendo aros concéntricos de fuego celeste. Los habitantes de Mundo Antiguo encogieron sus cabezas y se ocultaron en sus casas y palacios, atemorizados; aunque los sabios repetían, convencidos, que se trataba de una señal de Baash mostrando su satisfacción, que no había de qué preocuparse.

El mismo Khalifa quiso creer aquellos presagios, hasta que la primera roca ígnea golpeó el palacio, derribando su más ostentosa cúpula y arrastrando con ella el minarete sagrado.

El letal aguacero se agravó en cuestión de segundos, y las tierras de los Adhan recibieron una dura lluvia de roca y fuego que redujo a ruinas gran parte de sus ciudades y produjo ingentes víctimas entre sus habitantes.

El fuego y los gritos desesperados fueron la única música que se escuchó aquel día.

Hombres y mujeres miraban al cielo aterrados, contemplando la ira de dios, pensando que lo peor ya había pasado; pero lo peor estaba por venir.

Entre los jirones de humo que se elevaban desde Mundo Antiguo, una amenaza mayor se hizo patente.

Una nube de fragmentos rocosos, barro, tierra, árboles y restos de ciudades enteras caían sin freno contra su antes controlado mundo.

Los restos de la otrora rampante isla de las Matriarcas descendían con violencia, golpeando aquella ancestral tierra con un estruendo sin precedentes, en una inagotable cascada de destrucción.

Tierras de labranza, áridas pero productivas, fueron arrasadas. Tres ciudades de mediana importancia quedaron enterradas bajo los restos, y miles de almas perecieron en un redoble final de cascotes.

Cuando el polvo se asentó y las rocas dejaron de rodar sin control, el silencio fue recobrando una vez más su reino, dejando atrás oídos reverberantes y dientes rotos.

La tormenta había pasado, pero desde las tierras del oeste, más allá del Portal de los Ancestros, ahora en apresurada restauración, tembló la tierra.

Los gigantes de piedra en las profundidades del mundo habían despertado, o así lo interpretaron los eruditos. Durante horas dichos seres parecieron combatir denodadamente, y la furia de sus envites se transmitía al mundo generando temblores y seísmos.

El suelo se resquebrajó en el oeste, la tierra se abrió y las fallas terrestres cedieron. Y surgió entonces de las profundidades del mundo algo que los ojos de los Adhan no habían visto en cien generaciones.

El agua.

La corriente brotó a raudales por las fisuras del suelo. El fluido vital saltó hacia los cielos, impulsado por una fuerza largamente durmiente que ahora despertaba.

Tras la tragedia sufrida, aquello parecía al fin un bálsamo concedido por Baash. Pero la corriente no cedió y la tierra se anegó. Los campos fueron inundados y las ciudades abandonadas en varias hectáreas a la redonda del foco principal.

Y siguió manando sin descanso desde aquel día.

Hizo llamar entonces el Khalifa a sus astrólogos, astrónomos y eruditos, y los interrogó con respecto a sus presagios y augurios.

—¿Cómo pudisteis interpretar las señales del cielo como buenos presagios, cuando tan solo la desgracia sobrevino? —preguntó enfurecido Amr, ante su temblorosa audiencia—. ¡Sacrificios! ¡Eso solicitasteis, y eso se os concedió! ¿Y para qué? ¡Solo ha traído muerte y desolación a mi mundo!

—Mi grato señor... —trató de apaciguar su ánimo un anciano vidente.

—¡No sois más que una pandilla de charlatanes! ¡Ladrones de mi tiempo! ¡Y sabéis como se castiga en mi reino a los ladrones!

Amr se deleitó unos instantes ante la pesadumbre de sus súbditos que palidecieron. Pero no era suficiente; si dejaba sin castigo aquella afrenta pronto su infalibilidad quedaría en entredicho.

—Aunque tal vez cortaros las manos no sea el castigo que merecéis... —sugirió el Khalifa, viendo el alivio reflejado en los rostros de los presentes—. ¡Guardias! —una docena de hombres armados irrumpieron en la sala—. ¡Prended a esta chusma de tunantes!

Hubo algún inútil intento de resistirse, pero todo fue en vano. Aquellos hombres, ratones de biblioteca, no eran rival para la fornida guardia del Khalifa.

—Llevad a los prisioneros hasta el límite de nuestras tierras, allí donde alcanza el agua que ahora inunda nuestro mundo por días —los hombres asintieron—. Y una vez allí empalad sus almas viperinas mirando al horizonte; si la madera no es quién los mata antes, sean las aguas quienes aneguen sus

pulmones.

Y así se hizo.

Sacados a rastras, y llevados más allá del Portal de los Ancestros; donde lo que antes era un charco se convirtió en un lago salado, y finalmente en un pequeño mar interior.

Y a la vista de las aguas se dispusieron estacas para cada uno de los reos, afiladas maderas de pino cuyas puntas habían sido endurecidas al fuego. Y maniatados a un patíbulo aledaño, los prisioneros eran dispuestos con sus anos sobre las estacas y dejados allí con suavidad, para que la lanza se abriera paso por sus entrañas lentamente; hasta que brotara con el paso del tiempo por sus bocas, o sus cuellos, manteniéndoles con vida el mayor tiempo posible.

Y así fueron abandonados a su suerte, contemplando las aguas que subían de hora en hora, y rogando al vacío que el agua los ahogara antes que la estaca se abriera paso en su interior.

Tras ejercer la justicia de su propia mano, el Khalifa Amr hizo llamar a ingenieros, arquitectos y constructores, y tras llevarlos al campo de ejecución, para que contemplaran a los astrólogos y a su vez las aguas en auge, los hizo comparecer.

—Espero que todos hayáis sacado las conclusiones pertinentes de lo que vuestros ojos han presenciado.

Todos ellos asintieron sin rechistar, pues entendían perfectamente el destino que les aguardaba si fallaban en su próxima tarea.

—Bien. Aclarado este punto... mis consejeros sostienen que las aguas crecen a un ritmo desaforado cada día que pasa; y los surtidores bajo la tierra, de los que mana dicha fuente, no tienen visos de ir a agotarse próximamente como se sugirió en un principio —sondeó con la mirada a los cabizbajos ingenieros—. Así pues, para eso estáis aquí. ¿Qué se puede hacer al respecto? Necesitamos detener el avance de las aguas, al menos hasta que la tierra se asiente y ese manantial deje de brotar.

Los arquitectos guardaron silencio, mirándose entre ellos con nerviosismo. Los perros del Khalifa gruñeron como si pidieran una tajada del pastel, y Amr jugueteaba con los anillos de sus dedos aguardando una respuesta.

—¿Y bien? —una vez más, silencio y miradas de reojo—. ¿Debo preparar acaso más estacas para que os reunáis con mis astrólogos?

Impulsado por el miedo y los ojos temerosos de sus compañeros, un joven arquitecto tomó la palabra, convirtiéndose de un plumazo en portavoz no deseado.

—¡Malik, oh, excelso! —intervino el joven, arrodillándose.

—Levántate, Malik —ordenó el Khalifa—. Y habla.

El arquitecto se incorporó cuidadosamente, podía sentir el aliento de los perros de presa a pocos centímetros de él. Sin embargo, haciendo de tripas corazón, y sabiendo que no solo su vida, sino la de todos estaba en juego, comenzó a hablar con una decisión que sus compañeros recibieron con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¡Gran Khalifa, guía de los fieles! Tras examinar detenidamente el manantial y la disposición de las aguas, así como su caudal y curso más probable, hemos determinado que lo que en principio hemos contemplado como una tragedia, podría muy bien convertirse en una bendición.

Algunos de sus colegas menearon la cabeza, temiendo que aquel farol hubiera llegado demasiado lejos y todos lo terminaran pagando con sus pellejos.

—¡Expícate! —solicitó Amr, haciendo que sus perros se sentaran sobre sus cuartos traseros.

—Lo primero, gran señor, sería realizar diques en todo el perímetro a la mayor brevedad posible; esto podemos considerarlo una urgencia, pues lo que prima es contener el agua para que sirva mejor a nuestras intenciones.

—Dispondrás de cuadrillas de trabajo inagotables, si lo que propones es lógico —sentenció Amr, haciendo que Malik tragara saliva, pues por inagotables el Khalifa quería decir inacabables. Aquellos que murieran forzados por las tareas, serían prontamente sustituidos por una nueva remesa de esclavos o taxonímicos.

—Gracias, mi señor. Pero contener las aguas es una mera nimiedad. Si no hacemos algo con el agua embalsada, que además podemos dar por hecho seguirá fluyendo, muy pronto nuestras presas no servirán de nada. Por eso necesitamos canalizar el agua acumulada; y es entonces cuando nuestra tragedia se convierte en bendición.

—¿Cómo? —quiso saber Amr.

—Regadío, mi señor. Agua corriente, pastos fértiles. Podríamos hasta crear zonas de recreo y esparcimiento con lagunas para el baño; crear incluso

arrozales, y de paso aliviar el hambre que sacudirá a nuestro pueblo la próxima estación.

Aquellas palabras parecían satisfacer al Khalifa Amr, para disgusto de sus mastines, que viendo su rostro alegre se retiraron hacia un lateral para seguir royendo un solitario hueso.

—Suenan demasiado bien. ¿Es factible?

—Sí, mi señor —respondió sin dudar Malik.

—Quizá después de todo fuera cierto que Baash nos ha bendecido. De aquí podría resurgir nuestro mundo tal y como había sido profetizado. Tal vez no debería haber empalado a esos contempladores de estrellas.

Malik tembló y asintió, pero callaba sin osar decir nada más.

—¡Muy bien! Desde este instante serás el arquitecto jefe, y todos esos —señaló al resto de los presentes— estarán a tu servicio. Cualquiera de ellos que te desobedezca debe serme reportado de inmediato.

—Gracias, mi señor.

—Habla con mis consejeros. Te daré un sello de mi mano para que te provean de todo cuanto necesites.

—Gracias, ¡oh, Khalifa!

—Puedes retirarte —la sala se despejó tan rápido, que cualquiera hubiera pensado que aquellos hombres huían de una muerte inminente.

A la salida, caminando deprisa por los pasillos de palacio, un anciano arquitecto con aspecto de roedor detuvo a Malik, increpándole, pero sin atreverse a levantar la voz:

—No sé si darte las gracias por salvarnos, o denunciarte ahora mismo para evitar que nos despellejen más tarde. ¿En qué estabas pensando? —preguntó.

—¡En salir con vida de allí, maldita sea, igual que todos! —susurró encolerizado, por la actitud desagradecida de aquel hombre.

—Mira, hijo. No somos amigos, pero estamos juntos en esto para bien o para mal. Y yo ya soy muy mayor para andar orquestando fugas descabelladas, de manera que será mejor que trabajemos de mutuo acuerdo.

Malik lo observó retrocediendo un poco.

—Gracias... espero.

—Pero eso me lleva a mi siguiente cuestión. Puede que engañes durante

un tiempo al Khalifa, e incluso a toda la nación si quieres; la mayoría son unos palurdos irredentos, y no recuerdan lo que es tener cultivos de verdad, agua corriente y demás. Pero dime... —le miró profundamente a los ojos—. ¿Qué piensas hacer cuando se descubra que ese manantial tuyo es salado, y que bien podríamos meternos ese agua por nuestros culos? Tendría la misma utilidad para beber que como lavativa.

Malik reflexionó durante un segundo, era consciente de la gravedad y la verdad de todo cuanto decía aquel anciano entrometido.

—Tiene que haber algo que podamos hacer, algo se nos ocurrirá... tiene que haber químicos, boticarios, gente sabia en hierbas que pueda ayudarnos.

El anciano asintió escéptico.

—Alguno habrá que no hayan matado, sí.

—¡Maldita sea! Eso no ayuda.

—Malik... —repuso el anciano aproximándose a él en tono conspirativo—. Conozco a un tipo que es capaz de procesar el agua salada y hacerla tan dulce como las tetas de una virgen. Pero es un repudiado, un renegado, alguien peligroso a quién expulsaron de su cátedra por su fanatismo, por sus brutales experimentos con humanos y por su ebrio afán de gloria. Entre los suyos llegó a ser conocido como “El Sangrador”.

El joven apenas si pudo contener la emoción sonriente.

—¡Si puede ayudarnos con esta situación... eso bien valdría el perdón de las obras que dices! ¡Es maravilloso! —el anciano le contuvo pidiéndole precaución.

—Pero ten presente que dicho truco solo puede hacerlo en pequeñas cantidades; solo nos servirá para satisfacer la curiosidad del Khalifa cuando haya que hacerle demostraciones y ofrecerle pruebas de nuestros avances.

—Servirá por el momento.

—Y hasta que se nos ocurra algo mejor, te recomiendo que eternices las obras tanto como puedas.

—Eso haré... ingeniero jefe —el anciano enarcó una ceja—. Sí, desde ahora eres mi mano derecha... eh...

—Alek... mi nombre es Alek —dijo estrechándole la mano.

* * *

La cúpula de Mundo Antiguo se reunió para recibir a Taruk, que hacía tan solo unas horas acababa de tomar tierra, al fin, en los terrenos del Palacio Khalifal, cargado de pesar, quemaduras, maltrecho y con una recua de esclavos muy inferior a la prevista.

Todos los Sunnas guardaban silencio, mientras el chamuscado guerrero, con sus ropas y armadura ennegrecidas, avanzaba hasta su amo y señor.

Ante él hincó la rodilla y agachó la cabeza, bajo la luz que se filtraba por una claraboya recientemente abierta a causa del diluvio de pedruscos que le precedió.

Amr lo contemplaba con un rictus severo.

—Habla, Taruk, señor de la guerra.

—No soy digno, mi Señor, sería mejor que hicierais llamar al verdugo y concluyéramos mi ignominia de manera honorable.

—Mis verdugos están descansando, Taruk. Están algo solicitados en estos últimos días —el Khalifa rio su propia gracia, mirando a su alrededor, encontrando la complacencia burlona del resto de Sunnas.

—No comprendo —replicó Taruk.

—Tu comprensión no es necesaria —lo acalló Amr, pero consideró responder—. Tan solo una ligera discrepancia estelar que ha terminado de manera contemplativa para no pocos videntes. Pero dejemos eso a un lado. No estás aquí para ponerte al día, sino para explicarnos qué ha sucedido. Todo cuanto son capaces de decirme mis consejeros es que parte de la Escala cayó sobre nosotros, al parecer arrastrada por una explosión solar. Cuéntanos lo que sucedió.

Taruk asintió, y se explayó entonces embarcándose en una pormenorizada narración de tácticas, estrategias y relatos sobre gestas y combates en los que habían tomado parte él y sus hombres, para los que no escatimó elogios.

Hasta que llegó al momento en que el fuego cayó del cielo. En ese instante se detuvo.

—¿Qué sucede? —exigió saber Amr.

—Nada, mi señor. Relataros lo que sigue me trae malos recuerdos, pues

en mis palabras reviven los espíritus de aquellos que cayeron bajo mi mando.

—Fieles sirvientes del Khalifato. Deberías honrarlos Sunna Taruk.

—He perdido prácticamente la totalidad de los hombres que me fueron asignados, no creo que mi homenaje pueda traerlos de vuelta... Gran Khalifa —añadió Taruk, consciente de la impertinencia de sus palabras.

—Sé breve, pues, Taruk —repuso Amr agriamente, obviando la ofensa, mas no perdonándola.

El señor de la guerra se ciñó entonces a describir lo sucedido con matemática precisión, sin florituras ni adornos.

Cuando alcanzó la parte en la que él y los jinetes supervivientes descendían hacia Mundo Antiguo esquivando las llamas y las rocas, cerró la boca tras añadir:

—Y el resto ya lo conocéis —remató, mientras observaba los daños ocasionados en todo el palacio.

—Así es, gracias, Sunna —concluyó Amr.

—Es una tragedia sin paliativos —intervino entonces Alawi—. Casi la totalidad de nuestros medios aéreos aniquilados. ¿Sabéis cuanto se tarda en criar un kolf adulto?

Taruk asintió diciendo:

—Por no contar la perdida en hombres que hemos sufrido, hermanos. Quizá... —pero calló de pronto, no queriendo forzar su suerte.

—¿Quizá qué, Sunna? —reclamó saber Amr.

—Yo...

—¡Habla! ¡No puedo prescindir de mi mejor general ahora mismo, tu vida está garantizada a pesar de tus impertinencias!

Tras debatirse durante tres pulsaciones que fueron mil, Taruk respondió.

—Tal vez deberíamos hablar con Leviathanas, tal vez deberíamos retrasar sus planes. Solicitar una prórroga.

—Nuestros, Taruk —lo reconvino una voz molesta—. Nuestros planes, no los suyos —añadió Alawi, displicente—. No olvides a quién sirves.

—Bien matizado, Alawi —corroboró Amr satisfecho—. ¿Pretendes que echemos a perder este momento? —preguntó, dirigiéndose de nuevo hacia el señor de la guerra.

—Yo... he visto cosas inexplicables, mi señor... —su mirada pareció

perderse en los recuerdos—. He visto el sol bailar en el cielo, he visto a una estrella explotar y caer contra mis hombres como si fuera un fuego justiciero. He visto sucumbir a mis tropas ante la ira de un poder que no puedo entender. Tal vez deberíamos replantearnos...

—¿A quién sirves Taruk? —lo interrumpió Alawi, con la aprobación del Khalifa.

—A Baash, sin duda —respondió con rapidez. Quizá con demasiada rapidez.

—No parecéis seguro de ello, Taruk —terció Amr.

—¡Mi lealtad no es cuestionable, mi señor!

—Entonces... —replicó Alawi— ¿Cuál es la cuestión?

—La cuestión es que creo que Baash no es la única fuerza en conflicto en este mundo. Creo que hay algo dormido que podría estar despertando de su letargo. Y temo que su furia pueda barrernos con tanta facilidad como hoy lo hizo en el campo de batalla.

—¿Hablas de la leyenda del Antagonista, la Némesis? —todos los presentes callaron, asustados ante la sola mención de aquel nombre—. ¿Si esa fuerza que dices hubiera despertado...? —continuó Alawi— ¿Crees que un acto como el que tuvo lugar, matar a tus hombres y a los defensores de la Escala, responde a una mente equilibrada? ¿Castigar a unos y a otros por igual es propio de una divinidad justa?

—No lo sé... tal vez... no sé qué decir.

—¡Basta! —elevó la voz el Khalifa reclamando su atención—. Todos conocéis los sagrados escritos. Sabéis que existen otras fuerzas en juego y otros actores en esta historia, pero abandonaron el escenario largo tiempo ha.

Los Sunnas presentes mostraron su acuerdo.

—Es verdad, todos los sabemos y nadie puede negarlo. Nos enfrentamos a un grave problema desde el principio de los tiempos. Los Adhan juramos lealtad a Baash. Él nos liberó de nuestras cadenas y nos hizo más fuertes. Nos hizo amos del mundo por encima de los Perantaraan. Pero no podemos olvidar que este mundo que habitamos tiene la forma que otro dios le ha dado, y, por tanto, posee normas y secretos que todavía pueden obedecer al Antagonista.

Dejó que aquellas ideas calaran entre los allí reunidos, y después

continuó:

—Y ante esta contrariedad nuestro credo nos aporta dos únicas opciones. ¡Dos y no más! A saber: desaparecer sumisamente en los confines de la historia... o destruir el mundo y hacerlo de nuevo tal y como nosotros lo concebimos, a imagen y semejanza de Baash. ¡Eso es el Khalifato! Y eso, hermanos, es a lo que todo Adhan temeroso de Baash debe consagrar su existencia. Nuestras vidas, las vidas de tus hombres, Taruk —dijo señalándole—, no tienen ningún valor si no sirven al Khalifato.

Taruk agachó la cabeza, asintiendo sumisamente. Su corazón y su conciencia le apuñalaban diciéndole que algo no era correcto, que había algo en todo aquello que estaba... ¿mal?

Pero el gran señor de la Guerra, el Sunna Taruk, no recordaba qué era el *mal*. Una palabra tan solo, o algo que se reservaba para los niños cuando contrariaban a sus padres. En Mundo Antiguo se había erradicado el concepto de mal, relegándolo al olvido, sumergiéndolo en el mar de confusión y palabras que enarbolaron durante generaciones aquellos que decían servir a un bien mayor. Así, el mal dejó de existir y se sustituyó por la posverdad, la mentira emotiva, donde la realidad y los hechos carecían de valor en sí, y la sociedad apelaba a la sensibilidad y las creencias personales.

El mal, el bien, la verdad, el amor... dejaron de constituir absolutos, y se convirtieron en realidades relativas supeditadas al capricho del espectador.

Pero todo aquello lo ignoraba Taruk, nacido y criado en un mundo inmerso en semejante sistema. Tan solo un atisbo de rebelión visceral arañaba sus entrañas, haciéndole sentir un breve desasosiego que no podía explicar.

El Sunna alzó el rostro hacia su Khalifa, que había seguido perorando sin descanso, mientras él divagaba en los recovecos de su conciencia.

—Tenéis la razón, mi señor —concluyó sumiso—. Vuestras palabras son divinas y exhalan la verdad. Os ruego que disculpéis mi debilidad.

El Khalifa Amr sonrió, mostrándose en apariencia conmovido; en ocasiones gozaba al lucir su magnanimidad.

Y así Taruk, de manera tan sencilla, demostró que la conciencia de un hombre, que pudo ser mejor, se doblega por la fuerza de la costumbre ante un credo que no compartía.

Repentinamente, un cuervo entró graznando sin permiso alguno en la

sala de guerra del palacio, donde estaban todos reunidos. Sin dilación ni impedimentos voló raudo hasta las mismas barbas del Khalifa, donde se transformó en un hombre vestido de negro con aspecto enfermizo y malévolo.

Cuando la barahúnda de plumas negras que había provocado se disipó, un hombrecillo de rigurosas ropas oscuras y con ojillos inquietantes exclamó en voz alta sin dirigirse a nadie en particular.

—¡Salid todos! —su voz era imperativa y no admitía recurso.

Durante unos instantes los Sunnas se mostraron dubitativos y altivos, pues ¿quién era aquel pajarraco para dar órdenes allí? ¿Quién se había creído?

Amr se volvió hacia los suyos y ordenó en tono más comedido:

—¡Retiraros todos! —los Sunnas iniciaron la retirada, recordando entonces quién era el pajarraco: el sirviente de Leviathanas, al cual debían obediencia; pero ¿ciega? Se preguntó Taruk.

—¡Tú no! —añadió el binatural, señalando a Alawi—. Esto te incumbe.

El Khalifa asintió, ante la mirada interrogativa del Sunna, y Alawi se quedó donde estaba.

Los demás desaparecieron.

Una vez el último de los Sunnas había traspasado el umbral, Amr comenzó a hablar tratando de dominar la conversación y no parecer intimidado, pero Alawi percibía en el Gran Khalifa algo que hasta hacía dos minutos nadie habría percibido, dadas sus palabras.

Debilidad.

Allí, incluso elevado por encima de aquel negro mensajero, Amr parecía pequeño, menguado. El sabio Viejo de la Montaña había dejado de parecer sabio, y tan solo quedaba el viejo.

—¿Qué necesita tú señor, cuervo? —su infantil esfuerzo por aparentar firmeza fue premiado con una sonrisa divertida por parte del mensajero.

—Ya sabes quién soy anciano, soy Huginn; y ya sabes a quién sirvo.

—En efecto. Y yo te pregunto de nuevo, ¿qué necesita tú señor, mensajero? —Huginn volvió a sonreír, haciendo entrechocar los dientes como si fueran un pico.

—Nuestro dueño desea más presteza —cuando el cuervo dijo: *nuestro dueño*, el corazón de Amr se encogió, pues sabía que la elección del posesivo

no había sido casual.

—Leviathanas parece algo apresurado. Las obras siguen conforme al plan previsto; el portal estará preparado en el plazo acordado —aseguró el Khalifa.

—Eso es bueno saberlo, a mi señor le complacerá —Huginn desvió la mirada hacia Alawi interrogándole con los ojos—. Siempre que eso sea cierto.

Alawi, tratando de no amilanarse respondió.

—¿Acaso lo dudáis? En Mundo Antiguo dudar de la palabra del Khalifa es dudar de la palabra de Baash. ¿Pretendéis que os desplumemos, cuervo?

Huginn rio entonces a carcajadas, escupiendo salivazos por entre sus dientes.

—¿La palabra de Baash? —preguntó entre hipidos nerviosos y divertidos—. Bien... vale, sí, por qué no —dejó de reír, y sus ojos y ceño se fruncieron, recuperando un tono oscuro en la voz—. ¿Y dónde está mi portal?

—Casi concluido —aseguró Amr.

—¿Casi?... Veréis, tengo un oído muy fino y cuando volaba rumbo a vuestro brillante palacio... ¿o debería decir ruinoso palacio?... El caso es que no he podido evitar escuchar sobre vuestros proyectos arquitectónicos. Son muy ambiciosos, desde luego.

El Khalifa lo observaba nervioso, mientras Huginn comenzaba a enumerar:

—Diques, presas, canalizaciones, regadíos... encomiable. ¿Y cuántos hombres nos va costar? ¿Cuántos días de retraso nos supondrá vuestra pequeña aventura urbanística?

—Si no contenemos el agua es posible que no tengas nunca tu portal, cuervo. Todo quedará anegado. He dado prioridad a esto. Pero tu portal será concluido en el plazo previsto —respondió Amr.

—Vamos, vamos. ¿Por un poco de agua nos ponemos así?

—No es un poco de agua —interrumpió Alawi—. Y no deja de brotar. De seguir así, en unos meses podríamos enfrentarnos a un serio problema. Las cosechas, la salud del pueblo, las ciudades...

—Bien argumentado, pero pensándolo bien... os importa una giba el pueblo. ¿Y cuánto tiempo más puede brotar agua de semejante manantial? ¡Vamos! algún día dejará de brotar; el agua no es eterna, de hecho... nada lo es

—Huginn rio divertido ante su propio chiste.

—La condenación lo es, lo recogen los textos sagrados —interrumpió Alawi, quisquilloso defensor de la tradición.

Huginn se volvió hacia el Sunna con ojos furibundos, como si algo le hubiera pinchado, conteniendo una ira cuyas ascuas parecían arder en sus pupilas de rapaz.

—Eso no son más que memeces para crédulos anacrónicos como tú, absurdo defensor de la ley escrita —respondió lentamente, como si masticara las palabras una a una, con un odio especialmente voraz.

Alawi desvió la mirada hacia su Khalifa esperando alguna palabra de apoyo, pero en los ojos del Viejo de la Montaña vio que se derrumbaba todo cuanto pudiera oponer.

—No retendremos ni un solo trabajador del Portal de los Ancestros. Los planes de Leviathanas no sufrirán ningún retraso —dijo al fin, desviando la atención de Alawi hacia el tema que interesaba a Huginn.

—¿Tengo vuestra palabra? —preguntó el cuervo, todavía con la vista hiriendo al Sunna.

—Por supuesto —repuso con aplomo Amr.

—Respondéis con vuestras vidas, así que asumiré que no mentís. Iré ahora a comunicarle la buena nueva a mi señor. Que tengáis un buen día.

Una nube de plumas negras había comenzado a formarse en torno a Huginn, cuando Taruk irrumpió de nuevo en la sala de guerra, acompañado por seis guerreros y un prisionero.

El cuervo se detuvo a media transformación, interesado por aquella inesperada irrupción; cuando Taruk llegó a su altura, encaró con rostro de pocos amigos a Huginn.

—¿No te ibas? —preguntó despectivo Taruk.

—Creo que me quedaré un ratito más —añadió el cuervo.

—Como quieras —respondió Taruk; y volviéndose hacia Amr—. ¡Mi señor! Me presento de nuevo ante vos y os pido disculpas, pero tenemos una prisionera que insiste en hablar con el Gran Khalifa de Mundo Antiguo.

—¿Insiste? —preguntó ofendido el Khalifa. Taruk sacudió la cabeza.

—Sí. Ha matado a tres hombres y lisiado a dos más. Normalmente la habríamos ajusticiado en el acto; pero, por sus palabras, pensé que podría

interesaros oír lo que tiene que decir, antes de tomar una decisión sobre su castigo.

—¿Una fierecilla, eh? —sonrió el cuervo.

Amr ignoró el comentario y preguntó:

—¿De dónde procede dicha prisionera? —la mujer, rodeada de guardias, permanecía cabizbaja, pero no abatida. El orgullo emanaba de su postura y no la defeción.

—De la Escala, Gran Khalifa.

—¡Ah...! Entonces es una de esas...

—Sí, señor —corroboró Taruk.

—Bien... bien... —susurró Amr, mientras descendía hasta situarse junto a la prisionera, cuyo rostro estaba tiznado de hollín y cuyas ropas caían en jirones allá donde se mirase—. ¿Y qué desea del señor de Mundo Antiguo nuestra invitada? —preguntó el venerable anciano con tono burlón.

La mujer levantó la mirada, y todos vieron unos ojos de metal que no traslucían temor alguno.

—Algo de atención, para empezar, Gran Khalifa —expresó con voz dura la mujer.

—Supongo que matar a tres hombres y lisiar a dos más te ha comprado algo de mi tiempo. Dime... ¿cómo acabaste con mis guardias? Son guerreros entrenados, no creo que te resultara fácil.

La prisionera escupió una sangrienta flema en el suelo, obteniendo un gesto de desagrado por parte de Amr. Entonces rio divertida, y desvió la mirada hacia el Sunna Taruk, como si esperara que él relatará los hechos. El Khalifa volvió la vista, a su vez, exigiendo de este una explicación:

—Al primero de ellos lo empujó por un matacán, y este se rompió ambas piernas al caer, pero sobrevivirá —comenzó él.

—Vaya... —repuso el Khalifa, abriendo los ojos sorprendido.

—Al segundo... —retomó Taruk la narración— le estampó la cabeza contra un muro. Está sin sentido en la enfermería, pero parece que saldrá de esta.

—Impresionante. ¿Maniatada? —Taruk asintió—. Menudo carácter —rio Amr, mientras en la sombra Huginn no dejaba de sondear a la mujer con la mirada—. Y durante todo ese tiempo recibiría las palizas y azotes pertinentes,

de ahí vuestras ropas harapientas y la sangre ¿Me equivoco?

—Todo cierto... menos lo de la sangre —respondió ella provocadora.

—¿Disculpa? —dijo el Khalifa.

—Digo que la sangre no es mía.

El anciano buscó con la mirada a Taruk, y este asintió corroborando las palabras de la mujer.

—Y, con todo, se las apañó para matar a tres más.

—¿Cómo? —quiso saber Amr, y Taruk continuó:

—Camino de su celda... tropezó, o fingió caer. Uno de los guardias se agachó para golpearla y ella lo zancadilleó, haciéndole caer a su vez. Momento que aprovechó la prisionera para morderle el cuello... arrancándoselo de cuajo.

Todos observaron las reseca manchas de sangre que se mezclaban con hollín en su rostro, conformando un maquillaje nada favorecedor. Huginn sonreía con aprobación.

—Ya os dije que no era mía —masculló ella.

—¿Y los dos que restan? —solicitó Amr.

—Se abalanzaron contra ella. Pero fue más rápida. Se incorporó, y empuñando como pudo la lanza del guardia abatido, los traspasó con la misma.

Huginn dejó escapar un silbido divertido.

—Desde luego tenéis grandes guerreros —se burló el cuervo—. Tendré que llamar la atención de mi señor sobre esta cuestión.

Taruk clavó sus ojos cargados de deseos violentos sobre el pájaro, que calló por el momento devolviéndole una sonrisa sarcástica.

—Muy bien. Ya conocemos los hechos —dijo el Khalifa—. ¿Qué quiere entonces esta mujer de mí? ¿Tal vez mi muerte, como la de esos pobres desgraciados?

—Podiera ser —respondió la mujer, extendiendo por la estancia una brusca inquietud—. Pero no seré yo, mi señor —y agachó la cabeza sumisa. Todos respiraron aliviados de alguna manera.

—¿Entonces?

—Quiero reconocimiento por mis servicios, y quiero... formar parte de vuestras fuerzas. Puedo ser de utilidad.

—¿Qué servicios?

—Yo misma he matado con mis manos a una de sus Matriarcas... — replicó la mujer—. Y ahora he demostrado que puedo ser letal. Y además conozco el Mundo Suspendido mejor que vosotros... A mí me parece un buen trato por mi vida.

Amr calló, sorprendido ante semejante oferta, e interrogó con la mirada a Taruk.

—Lo he comprobado. Había testigos, y todos coinciden en que esta mujer dio muerte a una de sus grandes Matriarcas. La primera en la línea de sucesión, al parecer —se apresuró a responder el Sunna, ante la pregunta no dicha.

—Impresionante... ¿Y cómo se llamaba la venerable anciana a la que dio muerte nuestra joven heroína, cuarenta años más vital que su víctima? — preguntó, hiriente, Amr.

—Se llamaba Razzia —respondió la mujer, ignorando sus burlas.

El cuervo dio un respingo, abandonando el segundo plano.

—¿Razzia? —intervino al fin Huginn, prescindiendo de los gestos del resto que lo convidaban a callar—. ¿Mataste a la matriarca Razzia?

La prisionera asintió, sin terminar de comprender la emoción que sentía el cuervo. Entonces Huginn se volvió hacia el Khalifa.

—Esta prisionera es mía. Se vuelve conmigo a Mil Ríos, con mi señor.

—¡De ninguna manera! —respondió Amr, tratando de mantener el control de la situación.

—Necesitaré transporte, ropas decentes y alimentos para el viaje — continuó Huginn, haciendo caso omiso de las protestas del Khalifa.

—¡Aquí tú no dictas las órdenes, mensajero! —exclamó Amr conteniendo su furia, pero sin ocultarla.

—¿Preferís que sea el propio Leviathanas quien venga en persona a solicitar esta petición? —todos callaron, y el Khalifa se mordió la lengua.

Finalmente, tuvo que dar su brazo a torcer; Amr ordenó que se hiciera como deseaba Huginn, y se le proporcionara un kolf y cuanto pudiera requerir, para llevar a aquella mujer de vuelta ante Leviathanas.

Mostrando un agradecimiento, que evidentemente no sentía, Huginn abandonó la Sala de Guerra con la mujer tomada del brazo, y tras superar el

umbral cortó sus ataduras.

—¿Quién eres tú? —se atrevió a preguntar la mujer.

—Sirvo a Leviathanas, y sospecho... que tú también podrías servirle.

—He oído antes ese nombre —el cuervo sonrió por toda respuesta.

—¿Cómo te llamas, mujer?

—Sonya... era... era la caudilla de los ejércitos de la Escala —respondió, apesadumbrada.

—No te muestres así. Tus aptitudes no caerán en saco roto entre nuestras filas.

Anduvieron durante un rato hasta alcanzar las caballerizas, donde algunos pocos kolf supervivientes se lamían las heridas, y un sirviente los aguardaba con las vituallas y vestimentas apropiadas. Entonces Sonya inició una pregunta que dejó a medias:

—¿Razzia...? —Huginn se volvió hacia ella, y sin necesidad de escuchar más, supo cuál era la pregunta.

—Trabajaba para nosotros, en efecto —Sonya abrió los ojos, como si todo cuanto se engranaba en su cabeza encajara en su lugar.

—¿Qué...?

—Su misión era socavar los cimientos de vuestra sociedad, sembrar la disensión, intentar si era posible llegar a lo más alto y trabajar desde allí para debilitaros, y hacer que vuestra tierra estuviera madura para cuando fuera llegada la hora —respondió Huginn, una vez más, a una pregunta a medio plantear.

Sonya asentía con asombro.

—Siempre supe que era una puta —susurró Sonya.

—La buena noticia es... —la mujer miró de reojo al extraño hombrecillo— que, gracias a ti, tenemos una vacante, y necesitamos tal vez a alguien con tus dotes para el cargo.

Sonya tomó las ropas que le tendía el sirviente, y sonriendo, dejó caer sus harapos, mostrando a la vista de todos su cuerpo trabajado y definido, de firmes músculos y alto busto. El lacayo desvió la mirada avergonzado, pues aquel comportamiento no era propio de las mujeres en Mundo Antiguo. Sin embargo Huginn no apartó la mirada en ningún momento, mientras Sonya se vestía con una sencilla armadura de placas de cuero, propia de los pilotos de

kolf durante los entrenamientos.

Sonriendo con una picardía a medio camino entre lo sexual y lo malvado, Sonya respondió:

—Yo sirvo a Leviathanas.

* * *

Cuando Alawi quedó de nuevo a solas con el Gran Khalifa, atribulado, lo asaeteó a preguntas:

—¿Qué haremos? ¿Cómo? Nuestras vidas dependen de nuestra sumisión, pero si no priorizamos para contener las aguas, puede que sea trágico el desenlace.

Amr se atusaba la barba preocupado.

—Hagamos lo que hagamos... veo ruina. Estamos en un callejón sin salida.

—Alguna manera habrá de salir, mi señor.

—De este no —afirmó el Khalifa, que tras reflexionar un instante más, añadió—. Dale al ingeniero jefe Malik aquello de lo que podamos prescindir, pero refuerza las labores de reconstrucción en el portal; es menester que concluyamos con la mayor premura ese maldito arco, para poder centrarnos de nuevo en nuestras otras amenazas.

—Sí, mi señor.

—Y dile a Malik que muy pronto iré a supervisar en qué invierte nuestros recursos. Serán escasos, pero hay que someter a esos arquitectos a toda la presión que podamos, no vayan a pensar que descuidamos sus tareas porque no tenemos el ojo puesto sobre ellos.

—Así se hará, mi señor.

EL CLARO

La muchacha, que realmente lucía ya como una mujer, paseaba relajada al borde del abismo, contemplando las tierras que desde hacía tiempo había aprendido a llamar hogar.

Su cuerpo había madurado; sus piernas largas y firmes, a causa de los ejercicios a los que rigurosamente se sometía junto a sus compañeros desde que entraron en la vida adulta; su rostro suave y dulce, pero pétreo. Su cabello recogido en un sinfín de trenzas laboriosamente enhebradas, que confluían en un tronco central detrás de su espalda.

Cargaba cruzado sobre el pecho un arco, a cuya fabricación dedicó todo su celo y toda su habilidad, tras años de aprender a dominar el arte en cuestión. La pulida madera del mismo deslumbraba con su brillo bajo los rayos del único sol reinante, haciéndola parecer blanca.

La mujer contempló entonces el sol. Allí, suspendido en solitario, habiendo perdido a su hermano, a su pareja. Todos ellos habían sido testigos del trágico suceso; todos habían presenciado cómo la estrella gemela ardía y se consumía en el cielo.

Casi sin debatirlo, interpretaron aquella señal como un mal presagio, pues nada bueno podía traer el futuro cuando el cielo caía sobre la cabeza de uno.

Aunque no todos hacían interpretaciones funestas de los hechos. Solo una persona, la mujer que durante largos años había ejercido como madre, padre, institutriz y tutora; solo ella, que humildemente les había enseñado todo cuanto sabía de caza, ciencia, historia, lenguas, hierbas; solo ella observó el sol sangrar y caer del firmamento, para exclamar con voz comedita:

—Es la hora.

Ella era la única que no había perdido la esperanza, y ella era la única

que mantenía unida aquella familia disfuncional, como una especie de figura materna sobre cuyos hombros recaía tan ingente tarea.

La muchacha que paseaba junto al abismo pensaba en aquel preciso instante en su madre adoptiva, cuando un fuerte estruendo la sobresaltó, haciendo que empuñara el arco con premura y preparara una flecha en la cuerda.

A pocos metros de donde se hallaba aparecieron seis extraños personajes a los cuales no reconoció. Cuando digo “aparecieron” no hablo de retórica, pues se materializaron de la nada como por ensalmo; lo cual no ayudó a que la suspicacia de la mujer disminuyera en lo más mínimo.

Tras un primer vistazo contabilizó a cinco hombres y una mujer. Uno de los hombres parecía un gigante, y hacia él apuntó su primera flecha, sopesando que era la mayor amenaza, aunque dudando si uno de sus proyectiles podría infligirle una herida lo bastante grave como para frenarlo si se mostraba hostil.

—¡Quietos, quedaos donde estáis! —quiso gritar ella, pero realmente sus labios emitieron un sinfín de balbuceos y cloqueos ininteligibles.

Ante aquel recibimiento, y escuchando los extraños sonidos guturales que emitía aquella mujer, que aunque hermosa, les apuntaba con una flecha, dos de los hombres alzaron sendas espadas, mientras un tercero hacía girar una pesada maza entre sus dedos; el cuarto, con aspecto de tabernero, aferraba una piedra del suelo. La mujer y el quinto hombre cuyos ojos eran dispares, se ocultaron tras la muralla de sus compañeros.

—¿Quiénes sois? —quiso decir la arquera, sin hacerse entender, y observando los rostros de desconcierto de los visitantes.

—Creo que no va disparar —susurró uno de ellos, que empuñaba una espada y vestía un gabán oscuro muy gastado.

—Calla. No le des ideas —lo reconvino el gigante.

El que empuñaba la maza alzó las manos en el aire, mostrando su arma y haciendo un gesto de paz.

—Dejádmela a mí —sugirió, mientras arrojaba su maza al suelo entre la muchacha y ellos, en tierra de nadie.

La mujer no le quitaba el ojo de encima cuando se aventuró a dar tres pasos en su dirección.

—Toda tuya —asintió el de aspecto de tabernero.

No había dado los tres pasos cuando se detuvo en el acto. Una saeta se clavó en el suelo a pocos centímetros de su pie derecho, sacudiendo el

penacho de plumas que lucía en la cola.

—¡Me cago en todo lo...! —empezó el joven, saltando sobre un pie.

—¡Esa boca! —lo reprendió el del gabán—. ¡Todavía soy tu padre!

El que decía ser el padre del muchacho se adelantó, escrutando a la chica con la mirada y comprobando que, rápida como el rayo, había preparado otro proyectil.

—Mira, ojo de halcón —comenzó con tono distendido y juguetón—. No queremos hacerte daño, ¿vale? Y supongo que si eres quien creo que eres, tampoco te convendría meterme una de tus flechas empenachadas por el ojo. De manera que... ¿Por qué no bajas tu arpón y hablamos? —y tras pensarlo un instante añadió—. Bueno... nosotros hablamos y tú haces eso que haces... ese bla bla bla —reiteró, mientras movía la mano como si fuera la boca de un títere.

El gigante se palmeó la cabeza, renegando del poco tacto de su compañero, mientras la muchacha tensaba y disparaba una segunda flecha. Esta atravesó el gabán del padre a pocos centímetros de su cadera izquierda.

—Serás pu...

—¡Varley! —lo reprendió al fin el gigante—. ¿Quieres parar?

El tabernero ahogó una risita divertida.

—¡Ha sido ella! ¡Y además iba a decir puñetera, maldito mediador! —se defendió el tal Varley.

—¡Alto! —gritó un jovencito que apareció de la nada, interponiéndose entre la arquera y los visitantes—. ¡Que nadie dispare! ¡Si queréis hablar podéis hacerlo conmigo!

—¿Alguien lo reconoce? —preguntó Varley, mirando a sus compañeros. Todos respondieron negativamente. De manera que, sin dejar de empuñar la espada, se encaró con el mozuelo y la arquera.

Apenas había empezado a abrir la boca:

—Mirad chicos... —comenzó a decir.

Cuando...

—¡Varley! —el detective se tuvo que tragar las palabras tan rápido, ante la nueva intromisión, que a poco estuvo de atragantarse con su mordaz lengua.

—¿Tania? —balbuceó dubitativo. Y tanto la arquera como el muchacho

se volvieron hacia Tania. Ella se aproximó lentamente hacia el hombre de largo gabán que bajó la espada para recibirla.

Cuando estuvieron a un palmo de distancia, y pudo apreciar los mechones canosos que cubrían la cabellera de la mujer, Varley dijo:

—Vaya... ¿Tanto tiempo ha pasado? —y dándose cuenta de su error añadió—. Bueno... esto... quiero decir... ¡Estás estupenda!

Los dedos de Tania se cerraron en un puño y dieron un beso de bienvenida a Varley en toda la mejilla. Este se sacudió hacia un lado y se acarició la mandíbula, comprobando si algún diente había sido exiliado de su boca a perpetuidad.

—¡Au! —exclamó tras un momento.

—¡Ya era hora! —sentenció Tania.

Sin darle ocasión de responder se presentaron dos jóvenes a la carrera; uno lisiado de un brazo, y el otro claramente ciego, dadas las telarañas opacas de sus ojos, aunque no mostraba dificultad alguna para moverse.

—¡Kadros! —exclamó el lisiado nada más verlo, dejándolo todo y corriendo hacia el hombre para abrazarlo con alegría.

—¡Hijo! —dijo a su vez el hombre de los ojos desiguales, sonriendo y devolviéndole el abrazo.

Fue entonces el turno del gigante, que contemplaba al muchacho ciego con vivo interés.

—Sarmiento, muchacho, ¿eres tú? —preguntó el grandullón, sabiendo que tenía que ser el chico en cuestión. Pero el chico no hizo ningún amago de reconocer su voz, ni de moverse en su dirección; a todos los efectos parecía ausente, con los ojos de cristal clavados en la distancia, observando por encima del hombro del gigante algún punto lejano.

Decepcionado, el hombretón se aproximó hacia Sarmiento, y depositando su enorme mano sobre él, preguntó:

—Sarmiento, hijo, soy yo, Torgund. ¿Te encuentras bien?

El muchacho, que repentinamente pareció volver de algún sueño distante, centró de pronto sus ojos en los de Torgund y exclamó palmeándole la mano.

—¡No me toques! —la violencia y el tono de su voz alarmaron a Torgund sobremanera, que lo observó cargado de preocupación.

Tania por su parte, que permanecía al lado de Varley, se percató de la incómoda situación que tenía lugar, y se acercó tratando de apaciguar los ánimos.

—Quizá deberíamos sentarnos y hablar, ha pasado demasiado tiempo —sugirió, conciliadora, tomando de la mano a Sarmiento. Su propuesta fue bien recibida, y a ella se sumó una nueva voz conocida por todos, que resonó a espaldas de los presentes con autoritaria potencia.

—Estoy de acuerdo. Es hora de que hablemos —dijo una mujer de aspecto maduro y tuerta de un ojo, caminando hacia ellos.

—¡Xila! —gritaron Kadros y Tania al unísono, mientras Torgund observaba a la anciana con la mandíbula caída. La anciana había cambiado, su apariencia era venerable, acorde a su edad, y sin embargo, las arrugas, la joroba de su espalda, las venillas de sus antebrazos, todos aquellos signos de la edad habían desaparecido. Era como si hubiera traspasado el mundo y vuelto rejuvenecida de alguna manera, limpia, purificada.

—¿Sabéis? Este sitio, que por cierto ignoro por completo donde está, sería un lugar espléndido para montar una taberna —sugirió Lucius, el tabernero—. ¡Por el amor de Dios, hay más gente que en un mercado! ¡Y se producen más intromisiones inesperadas que en un debate político!

* * *

Barracones, cobertizos, establos, tierras de labranza, huertos; una casa común trabajada en ladrillo y piedra con habitaciones individuales separadas para cada cual; incluso un salón de recreo y un lago con un rudimentario embarcadero.

Allá donde miraban los ojos de los recién llegados se abrían desmesuradamente, preguntándose de donde habían salido todas aquellas cosas.

—¿Lo habéis construido todo vosotros? —preguntó Varley; a lo que Tania sencillamente asintió, para después añadir:

—Ha pasado algo de tiempo.

—Ya veo —afirmó, mirándola fijamente cuando se detuvo ante ella.

Haciendo acopio de cierto atrevimiento, se aventuró a retirar un mechón canoso que le caía sobre la frente, cubriéndole los ojos.

—Han pasado demasiadas cosas en vuestra ausencia, muchachos —se apresuró a añadir Tania, mientras se volvía disimulando su azoramiento.

—¿Y de dónde sacasteis los materiales para construir todo esto? —preguntó de pronto Lucius.

—Y ya puestos... ¿y la comida? —añadió Marlon.

Tania sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No sé explicarlo... sencillamente este lugar cubría nuestras necesidades siempre que era preciso. Necesitamos caza, y aparecieron animales que tan solo daban la cara cuando salíamos a buscarlos; necesitamos pesca, y apareció ese lago de allí —señaló—. Hizo falta madera, y crecieron bosques de la noche a la mañana; la tierra era estéril, y se fertilizaba cuando requerimos sembrarla... no puedo explicarlo.

—Tal vez yo pueda —intervino Xila, apareciendo por detrás—. Pero será mejor que entremos dentro, nos cobijemos y nos pongamos cómodos. Hay mucho de lo que hablar.

* * *

Cuando se hubieron acomodado, y todos compartían algún tipo de bebida o vianda, se encontraron ante la violenta circunstancia de sentir que no se conocían. De manera que en los primeros tanteos de la conversación que siguió, parecían en verdad un grupo de extraños.

El tiempo no había pasado de manera uniforme para unos y otros, y los muchachos, que otrora eran solo unos adolescentes, lucían ahora cuerpos y rasgos adultos a sus treinta y tres años.

Miles de preguntas quedaban en el aire, y ninguno osaba ser el primero en abrir la veda, en parte por temor, en parte por respeto. Todos recelaban, pues todos se cuestionaban si en verdad conocían a las personas allí reunidas y si podían confiar en ellas.

Al fin Varley, incapaz de seguir callado por un minuto más, se puso en pie, dispuesto a sacudir preguntas a diestro y siniestro. Pero una barahúnda de balbuceos lo interrumpió antes de separar los labios siquiera.

Sera se había incorporado y se dirigía a la audiencia como si esta la comprendiera a la perfección.

El muchacho llamado Mejunje, que ahora la acompañaba a todas partes,

y cuya atracción por la muchacha apenas quedaba disimulada por una vaga fachada de profesionalidad autoimpuesta, se puso en pie a su vez, y comenzó a traducir simultáneamente todo cuanto decía.

—Sera sabe que tenemos cientos de preguntas que estamos ansiosos por responder. Pero quiere ser ella la primera que rompa el hielo —anunció el chico.

—Siempre me gusta romper el hielo, sobre todo si es con un buen licor. Pero dime, ¿cómo puedes entender algo de lo que dice? —se adelantó a preguntar Varley.

—No lo sé. Sencillamente la entiendo. Es como si este lugar me permitiera... entenderla. Como si me hubiera concedido...

—Un don —terminó Xila la frase, asintiendo.

—Precisamente —corroboró Mejunje, sin dejar de mirar a la anciana Kaimu; entonces añadió—. Lo que me lleva de nuevo a la pregunta de Sera. Quiere saber quién eres tú, qué haces aquí, y cómo es posible que hayas vuelto cuando te vio caer en el abismo. Dice que no debatirá nada con vosotros hasta que expliques ese punto, pues no sabe si podemos fiarnos de ti.

Xila asintió, sonriendo.

—Muy cierto, y muy justo. Gustosa satisfaré todas vuestras preguntas, al menos las que pueda responder —y mientras decía aquello recorrió con la mirada a todos y cada uno de los presentes, hasta que su único ojo se detuvo atraído por la mirada esquiva del joven Sarmiento, que no pudo sostenérsela, azorado. Lo que vio, o más bien lo que no vio Xila en el joven, lo guardó en su corazón para debatirlo en el futuro con Kadros y Torgund en cuanto tuvieran ocasión.

Entonces continuó:

—Trataré de responder a vuestra pregunta principal. Soy Xila, eso puedo asegurarlo. Y estoy aquí con vosotros, y a la vez no estoy aquí —percibió las miradas crípticas de todos—. Tan solo se me ha permitido presentarme ante vosotros en este momento de necesidad y de esta forma, ahora, al final, cuando más necesitáis de consejo. Y os corresponde solo a vosotros determinar si podéis confiar en mí o en mi palabra.

—Pero te vimos caer —afirmó Tania.

—Y así fue —aseguró Xila—. Caí. Y mi cuerpo murió, pero mi ser no. Y por eso ahora me veis diferente.

—No lo entiendo —intervino Varley.

—No es comprensible a simple vista, amigo mío —le respondió Xila con sorprendente cariño—. Tan solo debéis entender que este lugar, este Claro, no obedece las órdenes o las reglas del mundo. Este lugar está fuera y dentro del mundo a la vez. Es y no es al mismo tiempo.

—Ah... eso lo deja todo mucho más claro, sin duda —aseguró Marlon con ironía.

—Eres en efecto el hijo de tu padre —respondió Xila sonriéndole. Y volviendo de nuevo sobre su discurso—. No es fácil de entender, pero podéis palpar sus efectos. Vosotros —dijo, dirigiéndose a aquellos que habían habitado en el Claro— habéis crecido, habéis madurado, os habéis hecho adultos. Habéis aprendido tanto del mundo como de vosotros mismos, y habéis entrenado hasta dominar diversas artes. En resumen, estuvisteis custodiados en este lugar, donde el tiempo transcurre de diferente manera al del mundo, para ser preparados para lo que estaba por venir.

—¿Qué ha de venir? —preguntó Lucius.

—El final —sentenció Xila, que percibiendo el temor en sus caras añadió—. O el principio.

—¡Magnífico! —exclamó Varley—. O sea que nos aguarda una cosa y la contraria, porque no tienes ni idea de lo que se nos viene encima. ¿Es eso?

—En absoluto. Sé lo que ha de venir. Pero ignoro el resultado final, pues puedo ver todas las opciones abiertas simultáneamente.

—¿Cómo? —preguntó entonces Kadros, que había permanecido en silencio hasta entonces. Xila se volvió hacia él, y con serenidad, le respondió:

—El Plan, amigo mío, me ha sido revelado en los salones del reino. Pero su conclusión está ahora en manos del hombre.

Todos callaron por un instante, pensando que la anciana había enloquecido.

—¡Fenómeno! —exclamó entonces Varley.

—Deja de lado tu escepticismo, detective. Con todo lo que has vivido ya deberías saber que en este mundo se juega a un juego que sobrepasa la razón.

Aquello hizo que Varley cerrara el pico, pues sabía que en el fondo tenía razón.

—¿Quién eres? —preguntó entonces Torgund, avanzando hacia ella mientras la escudriñaba con la mirada. Xila lo observó, y percibió la duda en él. De alguna manera su duda la llenó de pena, aunque comprendía perfectamente sus recelos.

—Siempre fuiste el más fuerte de todos nosotros, Torgund, pero tu fuerza vino acompañada de una tremenda debilidad. ¿Temes que sea una de ellos verdad? Como esa niña pútrida que conociste, Reflejo, o quizá como Confusión, o Desesperación. Temes que haya adoptado la forma de Xila para embaucaros y arrastraros a vuestra caída... ¿Verdad?

Torgund asintió.

—Y haces bien en temerlo —sentenció Xila cabizbaja—. Pues hay poderes en este mundo para los que todavía no han sido preparadas las cadenas... ¡Acércate, Torgund! —ordenó con autoridad la mujer.

El gigante se aproximó a ella sumisamente, sin saber qué decir. Entonces Xila destapó la cuenca vacía de su ojo tuerto, y el gigante cayó de rodillas, haciendo la señal de Kilumaras.

Donde había vacío en su ojo, ahora restallaba y brillaba un ascua rojiza, pero no amenazadora, sino grande, hermosa, e inabarcable como una galaxia.

Torgund agachó la cabeza solicitando la bendición de Xila, y la anciana depositó una de sus manos sobre la larga y blanca cabellera del Kaimu.

—No tenéis nada que temer, amigos míos. Soy Xila, pero he sido transfigurada, y ahora soy también el heraldo del Dios Tuerto. Kilumaras ha dado la señal, todo el mundo la pudo ver en el cielo, aunque no todo el mundo hará caso de ella. Uno de los soles, uno de sus ojos que velaban en la oscuridad del mundo, ha caído del cielo.

—*Cuando aquel que vendrá en un cielo llameante sea anunciado, el día que fructifica la tierra*—. Susurró Kadros recordando la antigua profecía.

—Así es Kadros —respondió Xila.

—Pero... yo creía que ese verso se refería a nuestros muchachos, aquellos que nacieron bajo un cielo llameante —era Torgund quién hablaba ahora, poniéndose en pie.

—Y puede ser que así sea, de hecho, Torgund. Las profecías pueden tener múltiples lecturas y cumplirse de múltiples maneras. Tan solo la creación cree que existe una única manera de alcanzar su objetivo —trató de explicar Xila

—Y Kilumaras no actúa nunca por una única vía. Jamás apostaría el destino de la creación a una única carta.

—Veo que Kilumaras sigue haciendo las cosas sencillitas, ¿verdad? Acertijos, vagas pistas en pergaminos amarillentos... ¿Por qué no pude ser claro? ¿Por qué no hace algo si tan poderoso es? ¿Cómo puede tolerar tanto mal?

—Ya sabes la respuesta a eso, Varley —respondió Xila tajante.

—Libre albedrío —susurró el detective, mascullando con desagrado las palabras—. Vale, tú ganas. Pero a veces desearía una mano un poco más firme por su parte y menos albedrío. Nos habría ahorrado un sinfín de problemas.

—¿Y qué habríamos ganado con ello, salvo volvernos inmaduros y no saber lidiar con la libertad que se nos regaló? —preguntó Kadros—. Lo que tienes que entender, Varley, es que este mundo es tan solo un escenario, un ensayo, donde aprendemos a hacer uso de nuestra libertad para semejarnos más a quién nos dotó de ella. Porque la vida que conoces, amigo mío, es tan solo el parto, una larga gestación que aguarda su alumbramiento a una nueva vida. Y como todo parto... será doloroso al nacer.

Cuanto dijo Kadros parecía cargado de sentido y significado. Y aunque quisiera rebatirlo, Varley no encontró ni las fuerzas ni los argumentos apropiados.

—Quizá tengas razón... —aceptó, para tras un breve instante añadir—. Pero para mi parto me pido una buena dosis de láudano, compañero.

—Que sean dos —añadió preocupado Lucius.

Kadros sonrió.

—Veré qué puedo hacer.

El debate siguió girando en torno a los recientes acontecimientos y al dónde, cómo y cuándo sucedieron tal, o cual cosa; hasta que todos los presentes fueron capaces de encajar, no sin algo de esfuerzo, todas las piezas del rompecabezas. Pero cuando las explicaciones concluyeron, poseían una imagen global de los acontecimientos sobre la que eran capaces de trabajar.

El muchacho tullido, llevando su brazo pegado al cuerpo sin vergüenza alguna, preguntó a continuación:

—Yo quisiera saber... ¿Qué nos está pasando a Sera, Sarmiento y a mí? ¿Cómo es posible que podamos salir de nuestros cuerpos de alguna manera, e

influir en el Mundo Suspendido? Mundo que, por otra parte, se mueve a un ritmo diferente al nuestro.

—Como ya dije... Ron ¿verdad? —respondió Xila— ...el Claro no sigue las normas del mundo, y sus habitantes son capaces de establecer conexiones y realizar prodigios de extraña categoría.

Ante aquella revelación, los muchachos, impelidos por el ojo de Xila y los rostros de desconcierto de los recién llegados, se apresuraron a relatar todo cuanto había sucedido en su ausencia. Y conforme se extendían en los detalles, el semblante de Torgund se tornaba más grave, a la par que observaba como Sarmiento revelaba y ocultaba información a partes iguales.

—Pero afirman que manipularon a diversas personas desde aquí, desde el Claro, para ayudarme a mí, por ejemplo, cuando controlaron a la caudilla de las Amazonas. O a Lucius, cuando me halló en la encrucijada junto con Varley —Lucius sintió que se le erizaban los pelos, solo de pensar que alguien había estado dentro de él—. Incluso Sera pudo ayudarse a sí misma en el pasado siendo ya adulta, plegando el tiempo a su antojo, cuando influyó sobre la matrona que la rescató siendo un bebé. ¿Cómo explicar eso? —preguntó Torgund.

—¿Tomaron posesión de alguna manera de sus mentes? —inquirió Kadros repentinamente nervioso al preguntarse que eran esos tres chicos.

—¿Posesión? En absoluto mi buen amigo. En todo caso se les permitió realizar una conexión espacio temporal inusual con sus objetivos, pero en ningún momento hubo algo semejante a posesión por su parte, pues en ningún momento hubo cesión de la voluntad por parte de los implicados. Digamos que, de algún modo, este lugar ayudó a Ron, Sera y Sarmiento en la misión que tienen por venir y les permitió influir sobre las personas necesarias para ello. Pero no percibas nada maligno en una influencia benévola, Kadros. Como ya he repetido varias veces, aquí el tiempo funciona no con las reglas de los hombres, sino con las reglas de Kilumaras. Este Claro, este lugar es un espacio tanto físico como espiritual. —Y dirigiéndose a los chicos— Habéis vivido un periodo de desierto y preparación antes de ser revelados al mundo, y por eso he vuelto entre otras cosas... es el momento de cerrar el Claro para siempre, es el momento de volver al mundo.

Tanto los chicos como los adultos, exceptuando Kadros y Torgund, se miraron estupefactos. En el Claro habían encontrado el único remanso de paz

del mundo, el único lugar donde podían relajarse y permanecer en paz, ajenos al devenir de los males presentes; y aunque en sus corazones habían ansiado el momento de abandonarlo, especialmente los tres muchachos, el hecho de dejarlo para siempre les producía ahora un singular pesar.

—¿Cerrarlo? ¿Quieres decir que jamás volveremos a un lugar como este, donde vivíamos en paz, podíamos ser nosotros mismos y la tierra proveía todo cuanto requeríamos? ¿Habremos de volver a sufrir las penurias del mundo? ¡Sería como expulsarnos de un paraíso! —exclamó Sarmiento, interviniendo por vez primera con un tono no exento de recriminación.

—Así es —respondió serenamente Xila—. No volveremos a un lugar así, no en esta vida al menos. Y un paraíso en solitario no es paraíso sino yermo, mi querido muchacho. El Claro no fue más que un prelude de cosas más grandes y gloriosas. Pero puedo asegurarte que allí donde iremos hallaremos nuestra forma definitiva, pues aunque en el Claro decís haberos sentido al fin vosotros mismos... —el ojo tuerto y candente de Xila pareció perforar a Sarmiento—. Dudo que alguno de vosotros haya alcanzado aún esa disposición.

Bajo aquella mirada Sarmiento se sintió desnudo. Quería gritar, quería correr, y aquello que habitaba dentro de él se retorció iracundo. Sarmiento dio un paso atrás y agachó la cabeza avergonzado, aunque solo Xila y él mismo sabían que no era la vergüenza lo que le hacía retroceder, sino la inapelable mirada del Dios Tuerto reflejada en su heraldo Kaimu.

—Vale, vale —intervino Marlon—. Lo que no acabo de comprender es: si estos tres —señaló a los muchachos— son alguna especie de agentes del cielo, que han venido por alguna razón a echarnos una mano... —dejó la pregunta sin concluir.

—Adelante. Dilo —lo animó Xila—. No habrá ofensa y tu pregunta es muy lógica.

—De acuerdo. No os ofendáis, pero ¿por qué un tullido, un ciego y una muda? ¿No habría sido mejor un guerrero, un mago y un sabio? ¿Qué sé yo?

Varios de ellos asintieron, y los propios muchachos no se mostraron ofendidos, pues ellos mismos se habían cuestionado semejantes cosas a menudo.

—No es sencillo —comenzó Xila.

—Nunca lo es —corroboró Varley.

—Sera, Ron y Sarmiento no son todavía lo que deben ser. Forman parte de algo más grande que nos será revelado en su debido momento. Sus imperfecciones, sus defectos, si quieres llamarlos así, no son sino la constatación de su humanidad. Pero cuando su humanidad ascienda, los Perantaraan verán el rostro del Dios Tuerto.

Posiblemente solo Torgund y Kadros comprendieron algo de lo que había dicho Xila, y ni siquiera ellos lo entendían del todo.

—Muy bien —habló entonces Varley, terminando con el incómodo silencio—. Por mi parte fenómeno, no necesito entenderlo todo para creerte. Si tuviera que entenderlo todo me explotaría la cabeza. Personalmente estoy deseando volver al mundo y ponerlo en orden, y además, estoy cansado de aguardar en este lugar a que los acontecimientos se desarrollen a mi alrededor. Por una vez parece que nos vamos a adelantar a los hechos, a contraatacar. Así que... ¿Cuál es el plan?

Tania se situó junto a Varley y discretamente le estrechó la mano, sintiendo la necesidad de apoyar de algún modo aquellas palabras.

—Haremos lo único que se puede hacer llegados a este punto —reiteró Xila volviendo a centrar el discurso—. Trataremos de salvar a todo aquel que desee ser salvado.

—Pues eso suena como un porrón de gente, amigos —repuso Lucius.

—Estoy con el bodeguero —asintió Varley—. Me parece un objetivo loable pero inabarcable. No imagino a nadie que no deseara ser salvado, sería demencial.

—Te sorprendería —apostilló Xila.

—¿Qué insinúas? —preguntó Marlon entonces.

—Lo único que digo es que no se trata de la salvación física de lo que hablamos aquí, no exclusivamente, al menos. Y por tanto hallaremos gente que no deseará ser ayudada, asistida, o salvada —todos miraban a Xila sin ocultar en gran medida su incredulidad—. Existen almas tan negras en este mundo, que hace mucho tiempo que traspusieron ese umbral; y ahora, su orgullo, su odio y su mentalidad les impide dar marcha atrás aunque les pusiéramos la salvación en las manos.

—¿Debemos ignorar, por tanto, a las personas, y limitarnos a aleccionarlos con promesas intangibles? —sugirió Lilian, algo molesta, pues todavía recordaba el dolor que suponía perder a un ser querido y el dolor que

sufrió al estar ella misma a punto de perderse.

—Xila no quiere decir eso —intervino Kadros, tranquilizándola; todavía gozaba de una gran influencia sedante sobre aquella mujer, y sus palabras la hicieron relajar visiblemente los hombros.

—En efecto, Lilian tiene razón —se defendió Xila—. Debemos velar por las vidas de todos cuantos podamos, pero sin descuidar la otra parte que forma sus personas. De manera que, aquí y ahora, actuaremos sobre aquello que es más inmediato.

—¡Zurrarles la badana para proteger sus vidas físicas, y preservar eso otro que no me entra en el cráneo! —afirmó Varley.

—Algo así —corroboró, con una media sonrisa divertida, la anciana.

—Empiezo a pillarle el tranquillo a estos juegos de panteón divino —afirmó Varley palmeándose un hombro distraídamente.

—¿Y por dónde empezamos? —preguntó Lucius.

Entonces la venerable anciana de mirada penetrante se volvió hacia los tres muchachos, traspasándolos con su ojo ígneo.

—Empezaremos por revelar al mundo la presencia de los enviados de Kilumaras. Ellos deberán reunir a los justos que quedan en la tierra, y acantonarlos en el lugar donde se habrá de decidir el destino de este tiempo.

Ron, Sera y Sarmiento temblaron, sintiéndose sobrepasados por aquellas palabras, que implicaban hechos y decisiones que producían vértigo, como si el mismo abismo se hubiera abierto bajo sus pies.

—Blj... ummm... ujio —fue Sera, quién menos cabía esperar, la que dio un paso al frente y Mejunje junto a ella.

—Dice que está dispuesta a hacer lo que sea necesario, pero que no sabe por dónde empezar —tradujo Mejunje.

Xila se aproximó a la muchacha, y sin dejar de sonreír, tomó su rostro con tal ternura, que ninguno de los presentes había sido testigo antes, de semejante gesto por su parte. Entonces la anciana la besó en la frente, y Sera se sintió llena de una fuerza inexplicable que la hizo sentirse reconfortada y dispuesta.

—Tenías que ser tú quién diera el primer paso —sonrió Xila—. La empatía y el amor de Kilumaras están en ti.

—¿Qué he de hacer? —preguntó Mejunje, planteando la pregunta de

Sera.

—Volverás a la Cascada, y deberás ser presurosa, pues le queda poco tiempo a tu tierra natal. Reunirás a los supervivientes y los llevarás al lugar donde todo se decidirá.

—¿Cómo los encontraré y cómo sabré llevarles al lugar donde nos reuniremos? —preguntó Sera.

—Lo sabrás. Kilumaras va contigo ahora.

Se adelantó entonces Sarmiento, una vez más, beligerante y quisquilloso.

—¿Y qué se supone que he de hacer yo?

—Algún día, cuando vayas a las islas bajas de la Escala, tu gente te reconocerá como lo que realmente representas y no como lo que eres ahora — la respuesta fue seca y severa, y no pasó inadvertida para Torgund la advertencia oculta en sus palabras.

Se volvió entonces Xila hacia Ron, pero Sarmiento la increpó desabrido:

—¿Acaso no hay beso ni buenos deseos para mí?

Xila se giró de nuevo hacia el muchacho, con un atisbo de lástima surcando su rostro.

—No, Sarmiento. Nada de eso hay para ti todavía, pues aún no estás preparado para recibirlo.

Xila centró de nuevo su atención en Ron, dejando a Sarmiento sumido en una agreste lucha interior, donde la paz y fortaleza que había sentido Sera se veía sustituida por el odio y la envidia más abyectas.

—En cuanto a ti... —dijo dirigiéndose a Ron, que observó a la anciana con un temor casi reverente—. Deberás volver a Mil Ríos, reunir a la gente justa que reste en aquel terruño, y aguardar la llegada de los otros.

—¿Qué otros?

Xila alzó la mirada hacia el cielo con paciencia.

—Sera, Sarmiento y los demás se reunirán contigo en Mil Ríos — después se giró para mirarlos a todos, y añadió—. Allí es donde se decidirá el destino de los Perantaraan. Allí es donde se ha dispuesto todo, y donde todos los planes hallaran cumplimiento.

—Pero ¿cómo? Si puede saberse —preguntó Ron, que se mostraba cada vez más preocupado a medida que avanzaba la conversación. Xila se volvió

hacia su colega Kaimu.

—¿Torgund?

El gigante dio un par de pasos al frente y desenfundó la enorme espada negra que cargaba sobre el hombro. La mostró para que todos la vieran, y contemplaran el fulgor de sombras que brotaba de su oscura hoja.

—Debí suponerlo —murmuró Varley al oído de Tania, que no entendía de que iba aquello. Entonces Torgund habló.

—Con esto viajaremos a Mil Ríos cuando sea la hora de reunirnos de nuevo.

—¡Eso está bien para ti y para mí! —exclamó con violencia Sarmiento, atrayendo las miradas sorprendidas del resto—. ¿Pero qué será de los demás? —y preguntando aquello, apenas habiendo cerrado la pregunta, se percató de que no le importaba el destino del resto sino tan solo el suyo mismo.

Con paciencia, Xila se colocó en el medio del círculo de reunidos, junto a Torgund y su imponente espada.

—¡Sera! —dijo entonces, y la muchacha se aproximó sin dudar. Cuando estuvo a su lado la anciana jugueteó brevemente con un anillo negro como la noche, que emitía similares fulgores a los de la espada de Torgund, y sacándose del segundo dedo se lo tendió a la mujer—. Tú llevarás esto. Cuando sea el momento, traerás a todos los hombres y mujeres justos de la Cascada a donde el anillo te lleve.

—¿Y a dónde me llevará? —tradujo Mejunje la pregunta de Sera.

—El anillo se reunirá con sus hermanos. ¿Kadros?

En ese momento el bufón se aproximó, y los tres Kaimu se alzaron ante ellos imponentes, revelando de alguna manera su verdadera naturaleza.

Lentamente, Kadros extrajo de debajo de su jubón un colgante con forma de afilado diente negro, que aproximó entonces a la espada y el anillo de Xila; en el acto comenzó a vibrar y brillar oscuro como sus hermanos.

—El diente de Kadros será el faro que llevará a la espada y al anillo allá donde se encuentre. Diente, espada y anillo volverán a reunirse, pues estos son los dones que concedió Kilumaras a nuestra orden, los Kaimu. Y nos fueron concedidos para que veláramos por el bienestar de los Perantaraan. Y por una última vez servirán a su causa sin dudar.

—¡Tu colgante! —exclamó Ron—. Jamás pensé que fuera más que un recuerdo de una vida anterior sobre la que no querías hablar.

Kadros sonrió, asintiendo.

—No era el momento de hablar de esos temas, Ron. Pero todo ha cambiado.

Xila se aproximó entonces al chico y, delicadamente, le besó en la cabeza como había hecho antes con Sera. Sin entender lo que sucedía, Ron se vio embargado por una energía y una vitalidad desconocidas antes para él, y toda duda, todo temor parecieron diluirse, disiparse.

—Recibe el aliento del Dios Tuerto, Ron —susurró Xila sin que nadie pudiera escucharle.

—¿Amuletos? —preguntó Lucius, interrumpiendo el momento de intimidad.

—Podrías llamarlos así —respondió Torgund—. Pero son mucho más que eso. Pues los amuletos no dejan de ser representaciones vacías de almas perdidas que ansían alzar los ojos hacia algo más grande que ellos mismos. El hombre, los Perantaraan, siempre han alzado la mirada hacia el cielo, pues en sus corazones intuían que algo trascendente los estaba llamando; pero, perdidos, olvidaron quién o qué los llamaba. Esto —dijo Torgund, señalando su espada— es más que un amuleto.

Xila asentía corroborando cada una de las palabras del otro Kaimu, para acto seguido añadir:

—El Dios tuerto Kilumaras nos habla a través de ellos, amigos. Puede que abandonara el mundo, en apariencia, pero nunca dejó de preocuparse por su creación. Y cuando la comunicación entre su obra y su creador se interrumpió por el orgullo, la envidia y la corrupción, Kilumaras estableció un sistema clandestino, por el cual poder transmitir su voluntad a los hombres de alguna manera. Y ese fue el don y la carga que nos otorgó el día que nacimos de uno de sus dedos amputados.

Se hizo el silencio mientras cada cual rumiaba aquellas palabras. Se mezclaban en sus ojos la incredulidad y el pasmo, en todos, excepto en Sarmiento.

En su rostro no había desconcierto alguno, sino avidez y deseo; y no pasó su mirada desapercibida al ojo incandescente de la anciana, que lo vigilaba aun estando de espaldas a él.

Tomó entonces la palabra Varley, que carraspeando ligeramente dijo:

—Sé lo que estaréis pensando. ¡Chorradas! ¡Cuentos de vieja! Disculpa

Xila, no hay ofensa —dijo mirando a la anciana, que a su vez sonrió divertida; lo cual no dejaba de escamar a Varley, pues no estaba acostumbrado a aquella versión simpática de Xila—. Yo mismo casi no puedo creer nada de lo que me cuentan estos tres... —señaló el trío de Kaimu—. Pero lo que es un hecho incontestable es que, desde que camino con ellos, he sido testigo de cosas inexplicables por la simple razón... cosas que me han hecho recordar... —dudó un instante, y entonces sintió la cálida mano de Tania sobre su hombro, la estrechó con la suya, y prosiguió—. Me han hecho recordar... a mis padres. Sus historias, sus cuentos, como yo los llamaba entonces, sus avisos, sus alertas, sus consejos... y entonces, al encajar las piezas, descubrí que nuestros estimados amigos aquí presentes, brotaban de aquellas historias cobrando vida ante mí. He visto hombres transformarse en pájaros; he visto entes caminando de cuerpo presente por el mundo; he presenciado actos oscuros; he asistido a rituales que no comprendo; me he enfrentado a fuerzas contra las que no tenía ninguna posibilidad —dijo recordando el Portal, y recordando a Confusión—. Y todo cuanto he visto me habla de un mal tan inabarcable e inmarcesible, que más bien diría es una ola que barrerá nuestro mundo sin remisión.

Las caras de todos se agacharon, y Varley compartió su desesperanza. Entonces continuó:

—Sí. Incluso aquí y ahora percibo en vosotros y en mí a uno de ellos actuando. Ese que llaman Desesperación y cuyo rostro no deja ver —Kadros asintió, aprobadoramente—. ¿Pero sabéis qué os digo?... Toda la vida he sido un borracho profesional, esperando ahogarme en alcohol, o morir joven para no tener que afrontar cosas como las que se avecinan. Pero por primera vez en mi vida me siento limpio, y eso no quiere decir que no me apetezca una copa —añadió, palmeando los hombros de Lucius—. Por primera vez en mi vida alguien me habló de esperanza, y yo le creí —sonrió hacia la anciana—. De manera que si Xila, Torgund, o Kadros me dicen que Kilumaras se comunica con ellos, y que todo este embrollo responde a algún tipo de plan que no entendemos... yo les creo.

Después se giró hacia los tres, y añadió con lágrimas en los ojos.

—Y los seguiré hasta el final, sea cual sea, si con ello sirvo de alguna manera en esta locura.

Tania se acercó hasta Varley, tomándole la mano lo giró hacia ella, y entonces lo abrazó, sabiendo que con aquel abrazo ella también se embarcaba.

Uno a uno todos fueron mostrando su acuerdo, y de algún modo sus corazones se hincharon con fuerzas renovadas.

—Entonces, si todos estamos de acuerdo, es hora de repartir las labores, amigos —comenzó Xila, una vez más—. Formaremos grupos, y cada cual se ocupará de asistir a uno de nuestros muchachos en la tarea que se les ha encomendado.

Lentamente, fue recorriendo el círculo seleccionando a los escogidos. Xila exclamaba:

—¡Sera! —la aludida dio un paso al frente para reunirse con la anciana.

Entonces Xila recorría con la mirada a cada uno, y cuando se detenía delante de cualquiera de ellos, observaba el fulgor del anillo que todavía portaba.

Las sombras tremolaban en su superficie de jade y parecían hablarle directamente a Xila, sin que el resto pudiera escuchar. La anciana asentía, y entonces tocaba en el hombro al elegido.

Así formó el primer grupo.

—Te acompañarán Tania, Mejunje y Marlon; ellos deberán ayudarte en tu tarea.

Sera asintió alegre, al conocer a sus compañeros, y conmovida por todo cuanto sucedía a su alrededor.

Después Xila se giró hacia Sarmiento, sin ocultar una profunda desconfianza.

—¡Sarmiento! —el muchacho no se inmutó, mientras Xila repetía la operación, aunque se percató del extraño tono ambarino que adoptó el anillo de la anciana al pasar junto a él.

—Te acompañarán Torgund y Lucius. Buscad aliados en la Escala, los tenéis, incluso aunque los desconozcáis.

Sarmiento no hizo el menor gesto de asentimiento ni complacencia. Permaneció allí estático, con la mirada cargada de odio clavada en la anciana. Pero Xila lo ignoró, continuando hacia Ron.

—Y Ron —su voz pareció de seda al decir su nombre—. Te seguirán en una de las más difíciles tareas Varley, Kadros y Lilian. Ellos te asistirán, y juntos haréis que Mil Ríos despierte y se prepare.

Ron agachó la cabeza apesadumbrado y sobrepasado por aquella

inmensidad que se depositaba sobre sus hombros; Xila le levantó la cabeza tomándole con ternura por la barbilla.

—¿Qué sucede?

—Yo...—balbuceó.

—¿Si? —preguntó Xila, comprendiendo a la perfección lo que no decía.

—Sé lo que me pides, pero... ¿Cómo podrá un tullido, apenas entrado en la vida adulta, convencer y reunir a los nobles de Mil Ríos y sus gentes, para cumplir lo que nos has revelado? Además, Mil Ríos ya tiene señor, Mabruk, según hemos sabido. —Lanzó una mirada comprensiva hacia Varley—. ¿Qué podría hacer yo contra semejante gobernante?

—Muy cierto, Ron —afirmó Xila—. Comparto tus dudas. Es difícil que un tullido logre convencer a todas esas gentes orgullosas. Pero, tal vez, el legítimo heredero de Mil Ríos, descendiente del linaje de los estarostas, sí pueda convencerles y hacer que se vuelvan contra Mabruk. Recuerda también que no estás solo... el Dios Tuerto te asistirá, igual que al resto de tus amigos.

Ron sintió que se mareaba, y dio un ligero traspiés hacia atrás. Después buscó con la mirada a Kadros, que había sido como un padre para él, y encontró la respuesta en su mirada.

—Para protegerte te ocultamos al mundo, Ron. Tu padre te entregó a Kadros en vez de matarte por tu deformidad, y te escondimos en el destierro y la clandestinidad, sabiendo que algún día podrías ser necesario —afirmó Xila, viendo su desconcierto—. Pero eso ya ha pasado, y es hora de que reclames el trono de los hombres en la última batalla, hijo.

Ron quería correr, quería gritar, huir, escapar, renunciar a todo aquello.

—Pero yo... yo... es que... no puedo... yo no soy...

Kadros se aproximó, y abrazándole lo tranquilizó:

—Yo estaré a tu lado, hijo.

Aquellas palabras parecieron sedarle, mientras Varley se aproximaba, a su vez, y sumándose al abrazo junto con Lilian, añadió:

—Tú tranquilo. Entre el Kaimu de los ojos festivos y este borracho nadie podrá resistirse a tu encanto.

—¡Eh! —exclamó Lilian—. ¡Que yo también estoy para algo!

—Sin duda. Disculpa querida —se corrigió Varley—. Corrijo Ron:

ojos claros, la mujer que oye voces, y este humilde borracho, se partirán el lomo por ti.

Ron sonrió, pues, aunque asustado, no habría deseado estar en ningún otro lugar ni con ninguna otra persona que no fuera aquella familia.

—Pero baja tres octavas tu inteligencia —sentenció Varley—. Podrías hacer quedar como imbéciles a gente muy poderosa, y eso no le gusta a nadie.

Acto seguido Xila entregó su anillo a Sera y Kadros su colgante a Ron. Torgund, por su parte, conservó la espada.

—¿No debería llevarla yo? —le preguntó Sarmiento con gesto agrio.

—Aún no. Es posible que todavía la necesite para algo más —respondió Torgund, críptico.

Xila habló una última vez:

—Aprovechad los últimos momentos en este Claro, pues una vez me haya marchado se disipará hasta desaparecer. Aprestaos y reforzaos con la armadura de Kilumaras para lo que ha de venir.

—¿Tú no vendrás? —inquirió Tania, a lo cual Xila sonrió llena de alegría.

—No me ha sido concedido volver al mundo. Tan solo en este Claro y en este momento se me ha permitido estar. Y como heraldo del Dios Tuerto, me quedaré atrás cuando hayáis partido, para asegurarme que este lugar queda clausurado para siempre.

Con lágrimas en los ojos, uno a uno, fueron despidiéndose de la anciana, que los saludaba con alegría y ternura. Incluso a Sarmiento lo despidió con un misterioso:

—¡Volveremos a vernos, Sarmiento! —aunque el muchacho tan solo bufó cuando la anciana lo abrazó.

Y así se disolvió la reunión, y cada cual fue a ocuparse de sus asuntos y a atender sus necesidades. Algunos optaron por comer y beber, la mayoría por charlar; los corrillos privados se fueron formando, ultimando detalles de última hora sobre tantas cosas que habían quedado por decir.

* * *

Cualquier veterano puede dar fe de lo que digo, si afirmo que los peores momentos en una guerra no son los vividos en el fragor del combate, cuando la

sangre y los gritos embotan tus sentidos, sino aquellos instantes que median entre una batalla y otra, cuando la mente divaga y goza de tiempo para reflexionar, añorar y llorar a los caídos. Ese momento en el cual resucitas cada segundo acontecido y tratas de darle marcha atrás, y te culpabilizas por aquellos errores que pudieron haberse evitado.

De esta manera divagaba ahora Varley, sumido en una larga espera, con el espíritu nómada, hurgando en el pasado en busca de una solución a su presente. Y como todo aquel que hurga en el pasado sin objetivo claro, provocando más dolor que beneficio.

Una cálida mano le apretó el hombro a su espalda, y Varley giró ligeramente la cabeza en aquella dirección. Era Tania quien trataba de reconfortarle, sabiendo por su actitud que algo lo atribulaba.

—¿Qué sucede? —preguntó ella con dulzura.

—Nada —se apresuró a responder él.

—¿Nada? —replicó ella con ironía, acariciándole el pelo como si fuera un niño pequeño—. Dime, ¿qué te preocupa?

—Yo... —balbuceó Varley, que no deseaba compartir sus sentimientos con nadie; y mucho menos preocupar a una mujer por la que, según empezaba a darse cuenta, albergaba sentimientos confusos—. Yo... estaba pensando en Wilhelm —concluyó al fin, dejando caer una barrera.

Tania se sentó a su lado sin dejar de observarlo, y se unió a su distraído juego, consistente en arrojar pequeños cantos rodados por el borde del abismo.

—¿Es por Confusión? —preguntó al fin ella—. ¿Por aquello que dijo?

Varley asintió, sin apartar la mirada del vacío, como si allí se reencontrara con el propio “yo” que sentía semejante agujero en su interior.

—Es que... —comenzó, pero Tania depositó su mano sobre las suyas tranquilizándolo, y terminó la frase por él.

—Temes que al separarte ahora de Marlon puedas perderlo también a él. ¿No es así?

Varley asintió con fuerza y escondió los ojos entre sus piernas.

—Varley... Marlon estará conmigo. Yo cuidaré de él.

El rudo detective asintió varias veces, cabizbajo.

—Pero todo cuanto dijo Confusión se ha cumplido.

—Eso no es cierto —lo contradujo ella.

—¿Ah no?

—No. Según dijiste, afirmó: “*Tu sangre será derramada antes del fin*”.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Varley dando una palmada—. ¿Qué significan si no sus palabras?

—Varley... escucha. Solo te dijo lo que necesitabas oír para perder el equilibrio. Probablemente ni siquiera sabía con certeza que Willhelm iba a morir, o siquiera si sería Marlon el primero en caer. Xila y los demás te advirtieron. Su nombre es Confusión y hará lo que sea para desestabilizarte, no puedes permitirselo. Y en definitiva ¿qué significa lo que te dijo?... ¡nada! ... *Tu sangre* puede ser la tuya misma, o la de tus hijos, la de uno, o la de ambos; Confusión ignora esos detalles por completo. Tan solo disfrazó una mentira con unas pinceladas de media verdad.

Varley desvió los ojos llorosos hacia Tania y le estrecho la mano.

—¿Cuándo te has vuelto tan increíblemente sagaz? Has crecido muy por encima de mí, Tania.

—He tenido tiempo, Varley —le asestó un puñetazo cariñoso en el hombro—. Veintiún años para ser exactos.

—Sí, así es. Lo siento.

—No te preocupes. No es culpa tuya. Al fin y al cabo cumpliste tu promesa.

—De alguna manera... y oye... ahora que tú eres la mayor... ¿Cuánto? ¿Cuatro años más que yo?

—¡Cinco!

—¡Vaya! Cinco años —Varley cambió su estado taciturno por una cierta frivolidad que resultó reconfortante para ambos—. Eso te convierte en toda una madurita. Hasta podría plantearme flirtear contigo si quisiera, ya no estaría mal visto —Tania lo observaba con seriedad—. ¿Ya no sería delito, no? ¿O en la Cascada seguís un código diferente al de Mil Ríos?

—Serás imbécil —respondió ella, extremadamente seria.

Por un momento Varley temió que le cruzaran de nuevo la cara. Entonces Tania se aproximó hacia él lanzando el primer ataque, e inesperadamente, lo besó en los labios sin que hubiera podido tomar aliento.

De primeras Varley se quedó paralizado, sin saber muy bien cómo

reaccionar; pero entonces todos sus instintos y esperanzas reprimidas afloraron, y el mundo a su alrededor se desdibujó dejándola solo a ella.

La rodeó por la cintura con ambas manos y la atrajo hacia sí, sin despegar los labios de los de ella, como si nunca hubiera saboreado nada semejante.

Y en aquella intimidad se comunicaron como nunca antes lo habían hecho, y todo quedó dicho entre ellos dos. Las palabras sobran, y tan solo el diálogo sostenido de sus cuerpos desnudos perduró durante minutos, extensos como horas.

La hierba parecía brotar verde y mullida, como si la tierra que sentían bajo la espalda los acogiera en su lecho o bendijera aquella unión.

Tania se revolvía graciosamente en una extraña danza que era mitad baile, mitad lucha, pues trataba de escapar de sus abrazos, y al mismo tiempo se apretaba a él, buscándole.

Por su parte, Varley reía. Y casi se asustó al escuchar su propia risa, pues por primera vez en mucho tiempo sonaba limpia y sincera.

Sin saber muy bien por qué, su mente se fijaba en los pequeños detalles que hacían de cada momento un algo especial; se percató de que los dedos de los pies de Tania crujían ligeramente cuando se contorsionaba, y aquello le resultó divertido; y al mismo tiempo lo atesoraba, de alguna manera, en su fuero interno, como si aquel defecto resultara encantador.

Cuando la respiración de ambos se acompasó, y dejaron de respirar el uno en la boca del otro, quedaron tendidos en la hierba, abrazados, relajados y en paz, deseando prolongar aquel instante por toda la eternidad, deseando ausentarse de la realidad que les aguardaba y fugarse de la misma tomados de la mano.

Varley contemplaba el cielo oscuro, sonriente, mientras a su lado Tania jugueteaba con los pelos de su pecho y lo miraba con los ojos entornados.

—¿En qué piensas? —preguntó ella con un susurro, con esa voz que queda reservada siempre para la intimidad.

Varley se giró hacia ella y entrelazó sus piernas con las suyas antes de responder:

—Supongo que en nada. Y eso es lo maravilloso del asunto.

—¿En serio? ¿Acabamos de hacer lo que acabamos de hacer, y no piensas nada en absoluto? —repuso ella, entre divertida y sorprendida.

—Bueno... —musitó el—. Tal vez en que te crujen los huesos una

barbaridad, tal vez deberíamos llevarte a que te viera un curandero.

—¡Idiota! —exclamó Tania, dándole una palmada en el pecho; pero Varley reía, y la besó con dulzura haciendo que ella cediera sin demasiado esfuerzo.

Cuando se detuvieron y se quedaron, como dos idiotas embobados, mirándose a los ojos, Tania se puso seria.

—¿Qué crees que será de nosotros?

—¿Nosotros, tú y yo? ¿Nosotros, el mundo? O ¿Nosotros y nuestros amigos?

—Por el momento me conformo con una respuesta que nos afecte a ti y a mí.

Varley jugueteó con la lengua por dentro de sus carrillos, reflexionando sobre aquello. Su conciencia, siempre activa, tenía la respuesta clara.

«¡Vamos a morir todos, imbécil!»

Sin embargo, tras sumergirse en los ojos de ella, respondió:

—No me importa —Tania se acodó, incorporándose parcialmente, mirándole con incredulidad.

—¿Sabes por qué? —ella negó con la cabeza, y entonces las palabras brotaron de labios de Varley como oxidadas por el desuso—. Porque te quiero.

* * *

Apartados de los demás, y encogidos bajo el peso de todas las responsabilidades que afrontaban, Xila y Torgund deambulaban sin rumbo fijo, conversando discretamente:

—Entiendo que tienes dificultades con Sarmiento, ¿no es así, viejo amigo?

El gigante se detuvo rezongando, y pateó una enorme piedra que debería haberle roto al menos uno o dos dedos del pie, sin embargo, Torgund ni siquiera pestañeó.

—Así es.

—¿Por qué no lo comentaste en nuestros anteriores encuentros? —inquirió Xila.

—Teníamos cosas más apremiantes de las que ocuparnos, y además...

pensé que sería algo pasajero, que podría manejarlo.

—¿Y pudiste? —preguntó la anciana, inclinando la cabeza como si la propia pregunta le hiciera adoptar forma de interrogante en la espalda.

—En absoluto... —Torgund miraba el suelo buscando allí las respuestas—. Después pensé que el hecho de separarnos ayudaría, que se centraría... pero al volver, tan solo he visto que el problema se ha agravado.

Xila asentía, como si ya supiera todo de antemano.

—Así es —afirmó, sin embargo.

—¿Sabes algo? —quiso saber Torgund.

Xila lo tranquilizó amablemente, e invitándole a tomar asiento sobre un tocón respondió:

—Quizá sea mejor que primero me digas qué es lo que tú crees.

Musitando palabras por lo bajo, Torgund se acomodó, y bajo la mirada inquisitiva de Xila y su inquietante ojo candente, comenzó a hablar.

—No sé qué pensar. Todo comenzó a torcerse tras la Batalla de los Campos Rojos, cuando el padre del muchacho y sus aliados fueron masacrados.

—¿Piro? —corroboró Xila pensativa.

—Así es, ese era su nombre... era mi amigo. Lloré su pérdida tanto como el que más, pero no tuve tiempo de detenerme a pensar. Agarré a su único hijo y me prometí salvaguardarlo de todo mal... pero... —Torgund calló.

—¿Pero qué? —lo animó la anciana.

El gigante dudaba sobre cómo continuar.

—Desde el mismo momento que despertó, ciego y dolido, tuve una corazonada, un presentimiento; algo había cambiado en él.

—¿Solo eso?

—Bueno. Normalmente las corazonadas no se acompañan de escalofríos y otros signos... —ambos sabían de lo que hablaban sin decirlo—. Y luego está el hecho de que Sarmiento haya sido capaz de realizar proezas impropias de un invidente, de las cuales cuidarse por sí mismo no es la menor.

Xila asentía.

—Hay algo que no encaja. Algo no funciona bien dentro del muchacho. Y su... violencia... tanto verbal como física, su repudio incluso a tocarnos si puede evitarlo... creo que...

—¿Sí? —lo empujó Xila.

Torgund dudaba, pero finalmente concluyó:

—Es posible que un Ūng esté jugando un doble juego con el chico.

Xila asintió positivamente.

—Es más que seguro, amigo mío, que así sea. Si sabes leer los signos, el hecho aflora por sí mismo. Semejante suciedad no puede permanecer oculta demasiado tiempo. Tarde o temprano tienen que dar la cara y alardear de sus obras.

—¿Entonces mis sospechas eran ciertas? —inquirió Torgund.

—Sí, querido amigo. Aunque hayas preferido cerrar los ojos a ellas porque no querías afrontarlas —aquellas palabras dolieron como una bofetada, pero iban cargadas de verdad.

—¿Qué puedo hacer? —balbuceó Torgund, sin ocultar su pesar.

—Lo primero y más importante, depositar tus esperanzas en el Dios Tuerto, pues nadie, ni siquiera tú Torgund, con toda tu fuerza, puede enfrentar a un Ūng por la mera fortaleza de los brazos. Recuerda a Kadros, recuerda lo cerca que estuvo de terminar mal para él cuando, sin consejo ni orientación, se batió en duelo por Lilian.

Torgund asentía, recordando cómo desde entonces su amigo, y también Kaimu, quedó marcado como un faro para el resto de los Ūng que habitaran en el mundo.

—Hablaré con él. Si Kadros pudo hacerlo, tal vez yo pueda...

—¡Sabes de sobra lo que tienes que hacer! ¡Todos lo sabemos! Ha sido nuestra misión desde el día que surgimos del dedo de Kilumaras. Divagar con Kadros tan solo mermará tu determinación; buscar en su experiencia detalles morbosos que alumbren el camino que se encuentra ante ti, no facilitará la tarea. Y no te enfrentas a un Ūng cualquiera, si mi ojo no me engaña.

—¿Si tu ojo no te engaña? ¿Qué quieres decir?

Xila observó con profundidad a Torgund, y este comprendió en el acto a qué ojo se refería la anciana; el heraldo del Dios Tuerto, cuya visión alcanzaba ahora los límites de la comprensión, no necesitó dar más explicaciones.

—¿Qué has notado en el chico fuera de lo común? —inquirió Xila, que aunque conocía ya la respuesta, empujaba al gigante a buscarla por sí mismo.

—Bueno... sus ausencias prolongadas, sus inusitados reflejos, y su capacidad de comportarse como si viera con normalidad, cuando sus ojos son un cristal opaco; eso para empezar.

—Llamaremos a eso regalos. Continúa —dijo Xila.

—Mantiene largas conversaciones consigo mismo.

—¿Seguro?

—Bueno... cuando habla de esa manera clava la mirada en lugares concretos, árboles, piedras... pero allí no hay nada.

—Que nosotros veamos no. Muy bien... podemos concluir que habla con alguien. Bien, continúa.

—Su intervención ha sido vital en numerosas ocasiones, descubriendo cosas que resultaban ocultas incluso para mí.

—¡Correcto! Luego... —Xila dejó la frase a medias.

—Alguien le ayudaba —concluyó Torgund.

—Correcto de nuevo. ¿Qué tenemos entonces? Regalos inmediatos como la vista y los reflejos; capacidades inesperadas de orientación, acompañadas de hechos que sugieren algún tipo de ayuda externa; y largas conversaciones con el vacío.

—De hecho, en ocasiones parecía como si estuviera protegido —Torgund recordó el episodio de las flechas, mientras Xila asentía satisfecha—. Pero... —masculló Torgund—. ¿Por qué iba un Úng a protegerlo y otorgarle regalos?

—Obviamente persigue un fin paralelo al de Sarmiento, y que este último, o bien ignora, o prefiere no ver —respondió Xila.

—¿Y por qué narices iba a aceptarlos Sarmiento? Si uno de ellos hablara a cualquier otro hombre, lo más probable es que el Perantaraan muriera de terror y corriera en dirección contraria. ¿Cómo demonios lo iba a engatusar para aceptar tratos con él?

Xila sonrió satisfecha.

—Y al fin has llegado al meollo de la cuestión.

Torgund la miraba desconcertado.

—¿Ah sí?

—Sí. Para aceptar semejantes tratos, es obvio que un chico tan desconfiado y curtido como Sarmiento debía de confiar en la “persona” con la

que realizara el trato.

—Tiene sentido —Torgund se mesaba la barba—. Alguien familiar.

—O de hecho... un “*familiar*”.

Torgund se volvió hacia Xila con los ojos muy abiertos. De pronto las piezas parecían caer en su sitio y encajar. Todo cuanto había presenciado en los últimos tiempos cobró sentido. El mazazo de comprensión le sacudió con virulencia, tanto que, incluso físicamente, se tambaleó sin querer aceptarlo.

—¿Piro?... Te refieres a Piro —susurró al fin Torgund, aventurando la respuesta que ya sabía.

Xila asintió.

—¡Pero eso es imposible, Piro jamás!... ¿Qué has visto? —Torgund se había aproximado a Xila, y tomándola de los hombros la apremiaba.

—Olvida a Piro. Tu amigo está muerto y aguardando el momento de reunirse con el Dios Tuerto en sus estancias. No hablamos de Piro aquí, mi querido Torgund, lo sabes bien. La entronización del príncipe de este mundo lleva fraguándose desde hace siglos, y nuestro enemigo es paciente. Haz memoria del pasado, recuerda todo lo que vivió nuestro pueblo, los Kaimu. Conoces a los Ûng, sabes la gran variedad de ellos que poblaban el mundo antes del Desmembramiento. Los había graciosos, burlescos, malignos, ladinos, torcidos, contrahechos, traicioneros, violentos. Los había que hablaban de paz, los había sexuados... y también teníamos a los *familiares*, aquellos que se aproximaban a su víctima bajo una apariencia agradable, que se ganan su confianza con favores, regalos o dones. Y que finalmente, cuando ya controlaban por completo sus acciones, reclamaban su derecho y suplantaban a la persona por completo, privándola de su ser.

Torgund asentía, recordando todo cuanto decía Xila, pero sabiendo también que hacía muchos siglos que no se enfrentaban a algo así. Quizá Kadros era el único Kaimu que recientemente se había enfrentado a algo semejante, y corriendo un gran riesgo personal.

—¿Qué viste? ¿Camina Piro junto a Sarmiento? ¿Por eso le habla al vacío?

—No, amigo. Piro caminaba a su lado, pero me temo que esa etapa ya pasó. Ahora el Ûng que hostigaba al muchacho ha cogido las riendas, y uno y otro son indistinguibles.

—¡No! —exclamó Torgund, golpeándose el pecho—. ¡Es culpa mía!

¡Yo lo he perdido!

Xila lo tranquilizó con ternura sintiendo su culpa.

—No, Torgund. Aún no está perdido. El control que ejerce el ente sobre Sarmiento todavía no es completo.

—Pero... ¿Y nuestra misión? ¿Cómo vamos a completarla si para ello tenemos al enemigo entre nosotros? —Xila lo serenó nuevamente.

—Sabrás qué hacer cuando llegue el momento; y además ten presente que gozamos de una gran ventaja —Torgund la miró sin comprender, y ella concluyó—. El *familiar* que maltrata a Sarmiento, en estos momentos ignora la importancia de los muchachos. Y eso es una baza que tenemos a nuestro favor.

—¡Pero asistió a todas nuestras reuniones y debates, sabe lo mismo que nosotros!

—No, no es así. Cree que sabe algo, y tratará de interferir, pero realmente no sabe nada. ¿O acaso sabes tú cual es el destino de esos tres chicos?

El gigante parecía minúsculo ahora que estaba encogido de hombros bajo el peso de aquellas revelaciones.

—No, no lo sé.

—¡Exacto! Y ese Úng solo interferirá cuando crea que puede hacer más daño.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó Torgund, preocupado.

—Aguardar y no precipitarte. Sabrás lo que tienes que hacer. Los Kaimu nacimos para esto; ten presente, si llega el momento, el poder que tienen los nombres. Eso puede ayudarte. Pero, por encima de todo, no fíes en tus propias fuerzas, Torgund. Ten presente esto, o fracasarás y contigo todos nosotros.

Quería llorar; todo lo grande que era, y un nudo de impotencia se estaba formando en su garganta.

—Sería mejor que fuera Kadros... yo... soy más débil. No estoy preparado.

La compasión se reflejó en los ojos de Xila, y Torgund pudo sentir por un instante la calidez del Dios Tuerto en la mirada de su heraldo.

—Mi querido Torgund —dijo Xila abrazándole—. Esta misión te ha sido encomendada a ti, y el Dios Tuerto sabrá porqué. Pero debes saber que no

estás solo, nunca lo estarás, aunque el camino sea angosto y la senda oscura.

Así se despidieron la anciana y el gigante. Y aquella fue la última vez que se verían en este mundo.

* * *

Cuando Xila se apartó de Torgund, y se separaron, éste último vagó sin rumbo fijo, rumiando todo cuanto habían hablado. Pensó en buscar a Kadros, pero como ya le había advertido Xila no obtendría beneficio allí. Y muy posiblemente si hablara con él perdería la entereza, atacado por el temor al que se enfrentaba.

De manera que la soledad se apoderó de Torgund y sintió un tremendo frío. Pero no era el frío terrorífico que conocía tan bien. Este era el frío de la indefensión y la pesadumbre. La sensación de vacío que deja a su paso el silencio, las dudas, y la fe.

Como una rémora se adherían a su espalda los parásitos de su mente, haciéndole renegar y desear huir.

La luz del anochecer, si es que del anochecer se trataba, filtraba un brillo amoratado a su alrededor, y en su tambaleante marcha a punto estuvo de tropezar con un bulto que, acuclillado, murmuraba por lo bajo, contemplando las pocas estrellas que desde el Claro eran visibles.

Se detuvo justo a tiempo de no arrollar a quién fuera, y entonces, al percatarse de quién era, sufrió una punzada de dolor en el pecho por haber estado rezongando los últimos veinte minutos.

Permitió que la mujer concluyera sus murmullos, mientras recordaba cómo Xila le había dicho: *“No estás solo, aunque el camino sea angosto y la senda oscura”*

¿Podría ser que el Dios Tuerto hubiera puesto a aquella mujer allí precisamente en aquel momento?

Cuando la mujer terminó, sus ojos se volvieron hacia el gigante y aunque apenas podían verse, sus pupilas brillaban bajo la luz nocturna.

—Lilian... —susurró Torgund, como si temiera despertar a alguien.

Ella lo miraba como si supiera de antemano de lo que iban a hablar, como si siempre hubiera sabido que aquel momento llegaría y le estuviera esperando.

—Tienes dudas, ¿verdad? —dijo ella, provocando un respingo en el gigante al sentir que le leían la mente. Ella sonrió—. No, Torgund. No te leo la mente. Pero sabía que vendrías.

—¿Te avisaron?

—Algo así —respondió ella, críptica.

—¿Por qué crees que he venido?

—Podríamos decir que te has encontrado conmigo por pura coincidencia. Pero sabes dentro de ti que no ha sido así. ¿Verdad? —Torgund asintió, y ella prosiguió—. Uno de los extraños obsequios, o más bien secuelas que cicatrizaron en mi cuerpo tras mi funesta experiencia, es que ahora poseo una peculiar sensibilidad o afinidad cuando uno de *ellos* está presente.

Torgund la miró sorprendido ante sus palabras.

—Entonces lo sabes —afirmó.

—Lo sé. Puede que no a un nivel consciente. Pero sé que Sarmiento sufre lo mismo que sufrí yo.

El gigante se arrimó a ella, como si por el hecho de acortar las distancias la respuesta se hallara más próxima.

—Estoy perdido, Lilian. Sé que parece increíble, yo, un Kaimu y todo eso. Pero estoy perdido.

—Tienes dudas —sentenció ella—. Y tus creencias se han puesto a prueba. Como lo fueron las de Kadros.

Torgund asintió. Y tras unos segundos de debate interior, decidiendo si formulaba la pregunta o no, al fin dijo:

—¿Qué fue lo que hizo?

—Deberías saberlo, Torgund. Hace siglos que no ejercéis, puede ser. Pero creo que tu bloqueo responde más bien a una crisis personal de fe que a tu mala memoria.

El gigante golpeó el suelo con uno de sus puños, y el golpe sonó amortiguado por la hierba. No estaba molesto, ni era una amenaza, sencillamente estaba...

—Estás frustrado, lo sé.

—He vivido toda mi vida para este momento, pero han transcurrido tantos siglos, que las costumbres se han relajado y mi fe se ha diluido, y ahora

no sé si soy capaz, o siquiera digno.

Lilian estiró una mano que estaba dando el paso a la vejez rápidamente, y lo acarició en la mejilla. Torgund levantó la mirada al sentir el inesperado tacto.

—Solo puedo decirte que debes armarte. Aún no es tarde, ni está todo perdido. Ármate, prepárate, y sabrás cuándo es el momento.

—Eso mismo dijo Xila, que sabría cuál era el momento. —Entonces se quedó pensativo, como si hubiera tenido una corazonada, y preguntó—: ¿Qué fue lo que utilizó Kadros contigo? ¿Cuál fue su arma?

Lilian sonrió.

—Su arma y su armadura fue una increíblemente pequeña e insignificante. Una que pasaste por alto, aun cuando la conocías y sabías de su poder.

—¿Cuál? —preguntó Torgund, nervioso.

—La oración, Torgund. Kadros rezó por mí. Y cuando me liberó, me hizo prometer que rezaría todos los días, pues, aunque sanada, lo que me infectó siempre podría volver.

Torgund se recostó en la hierba, contemplando las estrellas, y recordó las palabras de Xila... *“No podrás con tus propias fuerzas”*.

Era increíble que él, uno de los Kaimu, resultara ser tan necio. Tenía el recuerdo de todo cuanto su orden había realizado en todos aquellos siglos. Conocía de sobra las oraciones, pero un día comenzó a pronunciarlas por inercia, un día sintió que eran repetitivas, e incluso llegó a tener la osadía de modificarlas para hacerlas más cercanas; y la eficacia se perdió en lo mundano de las mismas.

De manera que la solución no sería mágica, ni recurriría a armas míticas, o recursos fantásticos. La solución siempre estuvo delante de sus ojos y la conocía; tan solo necesitaba recordar y creer. Tan solo necesitaba volver a sus raíces.

Aquella misma noche, Torgund comenzó a forjar su armadura, retirando la herrumbre de los años.

* * *

Una fría luz despuntó sobre el Claro. Los grupos, equipados y dispuestos, ultimaban los preparativos y se disponían para partir.

Xila parecía haber hablado con cada uno de ellos en privado horas antes, y cada uno de ellos guardaba en su interior aquello que les había transmitido. Y no fueron palabras vacías, o despedidas necias, pues tuvo para cada uno las palabras exactas que necesitaba oír.

Detenida ante Kadros, no hubo despedidas, y la anciana tan solo advirtió:
—Antes del final, tuya será la responsabilidad y el momento.

Mas no añadió más.

Incluso Sarmiento tuvo un momento de intimidad con la anciana, cuando la noche anterior esta se acercó hasta donde estaba el muchacho rumiando sus pensamientos.

—¡A ti no tengo nada que decirte! —afirmó con dureza—. A ti, Sarmiento, tan solo te ruego que resistas.

Y sin más desapareció sin dejar ni rastro, tan solo sus palabras en el recuerdo.

Varley se acercó a Marlon sin saber qué decir. Hasta en dos ocasiones intentó abrir la boca para despedirse, pero el recuerdo de Willhelm atenazaba su lengua y Marlon lo supo.

—Tranquilo, padre —Varley lo observó con los ojos empañados, al escuchar cómo le había llamado—. Lo sé.

Se abrazaron, y cuando se fundieron en aquel abrazo, Varley lo supo, y Marlon lo supo. Había perdón y reconciliación en sus brazos. No existía otra manera en la que el curtido detective pudiera haber partido más dichoso, aun cuando partía hacia su incierto destino. Quizá había encontrado finalmente el perdón al que se refería Xila; quizá había hallado por el camino incluso un perdón más importante; quizá Varley se había perdonado a sí mismo.

—Volveremos a vernos —afirmó Varley, separándose de su hijo.

—Cuenta con ello, viejo —respondió él.

Tras eso besó a Tania sin vergüenza alguna, lo que despertó alguna sonrisa traviesa entre los presentes y algún gesto de consuelo en más de uno, al comprobar que en el mundo todavía podía existir algo tan incomprensible como el amor.

Una cálida brisa los sacudió a todos, soplando desde el este; la luz

brillaba con mayor intensidad, y el Claro brillaba con ella, destellando con miles de gotas de rocío que parecían las cuentas de un collar de perlas.

Los abrazos y las despedidas concluyeron, de manera que cada cual fue a reunirse con sus compañeros de viaje.

Sera, Tania, Mejunje y Marlon se reunieron en un pequeño círculo, y agarrándose por las manos, comenzaron a difuminarse sus siluetas, fundiéndose con su entorno, y finalmente desapareciendo, dejando tras ellos un escueto remolino de hojas.

Varley, Kadros, Lilian y Ron hicieron otro tanto, abrazando al joven heredero de Mil Ríos, sobre cuyos hombros recaía tan gran responsabilidad; y se esfumaron de la misma manera que lo habían hecho los demás.

Sarmiento se mostró reticente a viajar de aquel modo, pero finalmente las enormes manos de Torgund lo obligaron a agarrar la espada negra clavada en el suelo, y junto con Lucius, dejaron atrás el Claro.

Cuando las hojas se posaron sobre la hierba, y el rocío dejó de titilar con los rayos de luz; cuando la brisa amainó y el silencio imperó, una loba albina, cuyos ojos parecían ascuas, apareció caminando por el Claro.

No mostraba premura, ni temor; ni tan siquiera cuando el perímetro de aquella isla comenzó a encoger retrayéndose hacia su centro, donde aullaba la loba.

En cuestión de segundos el Claro había desaparecido, o se había ocultado al mundo, nunca lo sabremos, dejando tan solo el aullido esperanzador y guerrero de aquella loba resonando en la oscuridad.

INTERLUDIO

El velo del mundo se rasgó y algo siniestro se filtró más allá de la razón. Ese algo estaba enardecido, envalentonado y gozoso por haber vuelto a su principado y verlo todo dispuesto a sus pies; así se volvió más engreído, si cabe.

Todo odio, ira, rabia y venganza.

No pudo contenerse; necesitaba demostrar al mundo quién era, hacérselo saber a todos. Necesitaba sembrar el terror en sus corazones y saborear sus temores, cuando supieran que los amaneceres estaban contados y que las noches no tendrían final.

De modo que habló.

Y se dirigió a todo el mundo y a nadie en particular. Y su Voz se escuchó con toda su aterradora dureza y con perfecta claridad. Todo habitante del orbe la oyó. Nadie pudo refugiarse a su Voz.

Era absolutamente indiferente que durmieras, estuvieras sordo, o hablaras distinto idioma. La Voz habló en el interior de todos los Perantaraan, y nadie pudo escapar a su clamor.

Y aún sonando tan solo en la fortaleza interior de los hombres, las palabras tronaron como si fueran gritadas por un dragón parlante enfurecido.

Aquel día los corazones de los hijos se encogieron, atenazados por algo que no podían explicar. Y como no podían explicarlo, en gran medida tampoco lo compartieron por temor a ser tomados por locos. Y se distanciaron los unos de los otros temiendo reconocer la verdad.

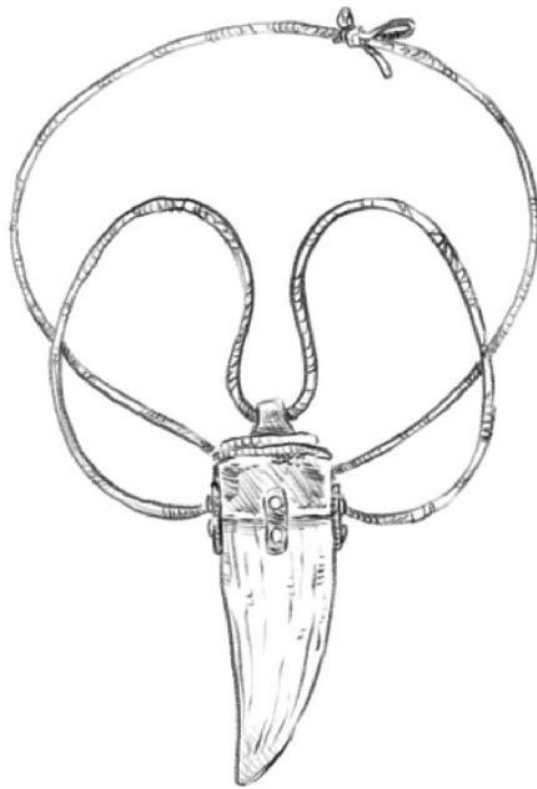
De manera que la Voz consiguió separar al hombre del hombre con su sola palabra, cuando ya había conseguido separar al hombre de Dios con sus negras obras.

Tan solo unos pocos compartieron lo que habían escuchado y se percataron de que la amenaza era real. Y cuando recordaban lo que dijo aquella Voz, temblaban sus cuerpos y tremolaban sus espíritus.

«Abandonad toda esperanza. He vuelto a reclamar mi trono sobre este Mundo. La hora es llegada de rendir cuentas a vuestro soberano, a vuestro amo. Someteos o sucumbid».

LIBRO QUINTO

Conflicto



“Su deleite... la belleza bestializada y la bestia

embellecida".

EXORDIO

Asediado por todos los frentes, víctima de los mismos males que aquejaba mi mentor, y recibiendo idénticas respuestas en mi inútil periplo, en busca de un remedio que no llega; amparado en una ciencia que no concibe sabiduría fuera de sus encorsetados parámetros.

Así me encuentro hoy yo, Irkûn, el aprendiz de un anciano que sabía demasiado, que hablaba demasiado y que murió demasiado pronto. Aunque no tan pronto como voy a morir yo. Asumirlo es importante; yo ya lo he asumido. Hacer las paces con el Altísimo es otra cuestión. Esa cuestión todavía aguarda a que mi orgullo se vea doblegado por la negra Señora.

¿Por qué digo todo esto? Supongo que porque la veo en mis sueños. Siento cómo se abre paso en cada fibra de mi ser. Y cuando la muerte llegue, no quiero que estos escritos, que tanta sangre están reclamando, caigan en el olvido.

Por eso transmito a mis pupilos todo cuanto he recopilado en los últimos años. En la esperanza de que, dividiendo la tarea en núcleos más asequibles, podamos alcanzar algún día a ver el final de tan ingente narración.

Sé que mi tutor, el gran Criptor, tendría algo que decir al respecto. Pero no he hallado una solución más adecuada. Igualmente sé que el hecho de subdividir esta narración, otorgando voz a tan diferentes plumas, puede acarrear textos apócrifos e incoherencias narrativas que provoquen confusión en el futuro. Pero poseo la certeza de que quién busque la verdad, podrá hallarla en estas páginas, si tiene la voluntad necesaria para rebuscar entre la maraña de palabras que las habitan.

Ignoro por qué ha de ser así, pero puede que estas sean mis últimas líneas. Si así fuera, sabed que lo he intentado. He luchado en justa lid, he conservado mi alma.

Las barreras que separaban nuestro mundo del mundo oculto quedaron tendidas el día que Sarkôn abrió su Portal, con el beneplácito consciente, o no, de los Perantaraan.

La malévola influencia de los Adhan, los Ûng y los Mork, fue más de lo que los hombres pudieron soportar, y su manera de afrontarlo no consistió en enfrentar el mal que habían ayudado a alumbrar. Por el contrario, los Perantaraan se unieron a ese mismo mal, esperando con ello transitar las aguas de aquella tempestad sin mojarse los pies.

Pero cualquier pescador que surca el océano sabe que semejante idea es mera ilusión. Y no fue diferente en este caso. El hombre sucumbió y cedió a todo cuanto se le exigió, y lo que es peor, se ofreció voluntariamente, buscando congratularse con sus nuevos amos.

Así surgieron las grandes aberraciones de su tiempo, cuando el hombre, prescindiendo de Dios, jugó a ser dios.

Y con un ego desmedido, que alentaban en sus oídos los Mork susurrando palabras como libertad, tolerancia y progreso, los Perantaraan alumbraron sus más graves faltas.

Pues adoraban la libertad sin responsabilidad, la tolerancia sin

caridad, que es amor a Dios, y se sometían al progreso sin sabiduría.

El hombre puso pues coto al hombre, y la vida ya no era válida excepto bajo ciertos requisitos.

Los Adhan instruidos por los Ūng, los espíritus sirvientes que nunca revelaron a quién servían, enseñaron a los Perantaraan la negra ciencia de la Frenología.

Y el hombre fue clasificado por su aspecto, por el ángulo de su nariz, o por el corte de sus orejas. Y donde había armonía, se sembró la diferencia. Y no fue esta la diferencia enriquecedora que nos hace crecer, sino la diferencia egoísta que nos reduce a simples animales y potencia nuestra capacidad para odiar al prójimo.

La siguiente mancha en sus almas fue por el deseo del hombre de poder decidir sobre cosas tan inalcanzables como su propia descendencia, potenciando las semillas fuertes y desechando las débiles o defectuosas. De manera que se renunció a la gracia natural y se proyectó la concepción artificial o programada.

De igual forma que el hombre deseaba poder concebir de manera artificial, se planteó también que tenía derecho a no concebir si así lo deseaba.

Y raudo se aferró a palabras tan violadas como libertad y derecho, para quitar toda libertad y todo derecho a las criaturas que nunca llegarían a nacer.

Y fue este el pecado que más lloró Kilumaras y el que más odiaron los Heldere. Tanto fue así que, de no haberlos retenido, los Custodios de la Luz habrían aniquilado a los Perantaraan aquel mismo día sin dudarlo, si no fuera porque la mano de Aquel que trae la Luz los contuvo.

Kilumaras fue paciente y, esperanzado, concedió una prórroga misericordiosa a su creación, esperando que esta al fin se volviera a la luz.

Mas no fue así.

Y el hombre selló su destino con la última de sus afrentas.

Enarbolando una vez más las palabras derecho y libertad, que los Mork vertían sibilinos en sus oídos siempre que tenían ocasión, el hombre se enfrentó de nuevo a sí mismo.

Horrorizado por el agostamiento de sus cuerpos, temeroso de la

decrépita senectud, y abatido, pues no veía sentido ni esperanza en el deterioro de la vida, el hombre tomó cartas sobre su propio destino.

Y fue un triste pecado este, pues su único origen radicaba en la falta de fe y esperanza de los Perantaraan, que, cegados por sus propios logros, habían perdido de vista el horizonte, obnubilados por la montaña de saber que habían acumulado a su alrededor.

Así se atribuyeron el derecho a decidir la hora de sus propias muertes. Así el hombre se erigió en dios sobre la vida y tomó en sus manos la decisión de escapar del mundo a su antojo; y no utilizó la palabra “escapar” gratuitamente, pues no era una muerte “digna” lo que añoraban sus almas, tan solo una vía de escape sencilla y eficaz a algo que no podían comprender y los aterrizzaba.

Los Heldere trataron de advertir a sus hermanos menores, pues sabían que su temor a la muerte se debía a que el hombre había depositado sus esperanzas en el ahora, olvidando las promesas hechas por Kilumaras.

Mas sus oídos eran sordos y sus corazones herméticos.

De tal manera el hombre concluyó su demencial descenso, y su corrupción fue completa.

Con tres simples decisiones, la eutanasia, la frenología y el aborto, el hombre se alzaba como el peor enemigo del hombre, pues en tan sencillos pasos destruía su pasado acabando con la vida de sus mayores; destruía su presente juzgando a sus hermanos, y destruía su futuro aniquilando a sus hijos.

Y para ello solo tuvo que prestar oídos a palabras necias, cuando más le habría valido arrancarse las orejas para no escuchar.

Mas Kilumaras aguantó y contuvo a sus Custodios, sabiendo que la hora no era llegada y que entre los Perantaraan restaban algunos justos.

Así fue, al menos, hasta que los Adhan, inducidos por los Mork, y aliados con oscuros ejércitos de Ûng, decidieron que los Perantaraan debían someterse a la raza elegida, a ellos, los depositarios de Sarkôn.

Y estallaron las Guerras Fratricidas, donde el hermano mató al hermano y el cisma del hombre se consagró con la sangre derramada que alimentaba a los Mork.

Cientos fueron masacrados, y aquellos que no podían defenderse,

sacrificados. Y los justos fueron inmolados en holocausto.

Viendo todo esto Kilumaras lloraba sentado en su trono, mientras seguía sosteniendo las riendas de los Heldere, apaciguándoles para que no actuaran, pues el plan del cielo no seguía aquel curso, y algún justo quedaba.

Pero llegó el día en que el orgullo, la prepotencia y la osadía llevó nuevamente a los Adhan a prestar oídos a Sarkôn, y unidos todos, junto con los Úng, formaron firme alianza.

Y dijo así Sarkôn a las huestes reunidas de hombres, bestias y espíritus inmundos:

«¡Largo tiempo ha que los señores de la luz nos privan de ella! Su egoísmo disfrazado de benevolencia hiede a podredumbre. ¡Es hora de reclamar lo que es nuestro! ¡Es hora de tomar el cielo al asalto y destronar a quién nunca fue entronado! ¿Quién lo ha elegido a él? ¿Por qué someternos a su insípida voluntad?»

La muchedumbre rugía con estrépito, y su clamor era horrendo como un pozo negro de hiel.

Enardecidos, los oídos del hombre eran sordos y sus ojos ciegos, de manera que no otorgaron suficiente importancia a cuanto decía Sarkôn, ahora rodeado de sus lacayos Mork, como si de una guardia infernal se tratara.

Fue allí, en aquella funesta planicie, agreste y desarbolada, donde Sarkôn hizo el anuncio que debería de ser premonición de nuestro tiempo.

Y dijo así, impulsado por la masa:

«¡Es hora de entronizar a un nuevo Señor del Mundo, y es hora de hacerlo según las premisas del Mundo! ¡Demasiado tiempo hemos soportado las cadenas impuestas por el Cielo! ¡Luchad a nuestro lado, ganaos vuestra libertad, liberaos de vuestras cadenas, que hunden sus raíces en la superstición y una tradición idólatra, y elijamos libremente a aquel que gobernará la tierra!»

Trifania, Zagut y Fasto rugieron como los demás, pero sus corazones albergaban una ambivalente personalidad, pues odiaban a Kilumaras más que a nada, pero odiaban casi de igual manera entronizar a alguien que no fueran ellos mismos; de manera que servían a Sarkôn, pero siempre

vigilantes ante cualquier signo de debilidad que propiciara el ascenso de otro Señor del Mundo.

Finalmente estuvo todo dispuesto, y los ejércitos del Mal se congregaron junto al Portal de Sarkôn gritando amenazadores hacia el Cielo:

«¡Matemos a Dios!»

El gran Mork extrajo su negro grimorio, y leyendo palabras impronunciables y malvadas, dio vida a la piedra, abriendo la puerta que unía el Mundo con el Cielo.

Mas no contento con ello, abrió otros portales, portales ocultos, portales ancestrales de los cuales ni los mismos Mork tenían conocimiento, y entraron por ellos bestias primigenias y espíritus inmortales ávidos de sangre, que se sumaron a las ya nutridas huestes del mal.

Comenzó así la Segunda Guerra entre el Cielo y los Infiernos; y fue esta la más dolorosa para Kilumaras, pues la creación, el hombre, tomó parte en ella.

XXIX

LA CASCADA

Enciende la mecha! —exclamó el soldado.

El subalterno obedeció sin dilación, utilizando el yesquero que guardaba en las alforjas de su Kolf.

Al principio brotaron unas tímidas chispas que salpicaron todo alrededor, tratando desesperadas de cobrar vida y aferrarse al cabo que era la mecha.

Pero cuando al fin la chispa cobró fuerza y se hizo llama, se propagó rauda y furiosa a lo largo del cordel, como si tuviera prisa por alcanzar su objetivo.

Los jinetes alados se lanzaron al vacío y desaparecieron entre la bruma, dejando tras de sí el silencio y el silente chisporroteo de una llamita que no presagiaba nada bueno.

—¿Cuánto? —preguntó al fin uno de los jinetes a su líder, haciéndose oír por encima de los fuertes aleteos de sus monturas.

El que estaba al mando reflexionó durante unos instantes, echando cálculos apresurados sobre la cantidad de polvo negro distribuido bajo el continente de la Cascada, los metros de mecha utilizados, y demás parámetros que solo él conocía.

Aunque no sabía por qué demonios respondía a una pregunta tan directa de un vulgar soldado, terminó por comentarlo en voz alta, como si se respondiera a sí mismo de manera distraída.

—Una hora tal vez... dos como máximo.

Los jinetes sonrieron satisfechos. Aquello era tiempo de sobra para

ponerse a cubierto de la explosión y de los cascotes que se desprenderían. Más que suficiente para regresar a Mundo Antiguo como héroes.

* * *

Al mismo tiempo que esto sucedía, en un lugar apartado de nuestra percepción, un grupo variopinto de hombres, mujeres y Kaimu perfilaban los bocetos de un desesperado plan. Pero como bien se dijo con anterioridad... el tiempo no transcurre de igual manera para todos en aquel recóndito lugar... ¿Verdad? Luego nadie debería sorprenderse de lo que sucedió a continuación.

* * *

Bajo el torrente violento de la cascada en Bahía Final, bajo la atenta mirada de las rocas en el Cabo de los Muertos, una joven lavaba su maltrecha melena recuperada ya del mal trago que había pasado.

Por breves instantes se permitió relajarse, se permitió sentirse segura, o al menos todo lo segura que podía encontrarse ningún habitante de la Cascada, dadas las circunstancias.

Pero el Último Refugio era seguro y también su última esperanza. La de todos. Las últimas partidas de exploración habían regresado y sus informes no fueron halagüeños en absoluto.

No quedaba un alma en la Cascada, sus tierras arrasadas, sus habitantes masacrados o esclavizados, y los pocos supervivientes que habían resistido, tanto a la invasión, como al adoctrinamiento producto de la Hierba del Diablo, se ocultaban bajo aquella masa de agua, que daba nombre a su hogar.

¿Qué futuro podían esperar, pues, que no fuera morir lentamente por agotamiento, inanición o soledad?

Pero todo aquello estaba ahora en el futuro, y en aquel instante lo único en lo que se afanaba la muchacha, era en sacar algo de lustre a un cabello que recordaba hermoso en otra época.

Se desenredaba el pelo con un cepillo fabricado en hueso, y se esforzaba por deshacer los nudos que tironeaban de las raíces de su cuero cabelludo.

Tan ofuscada estaba con uno de aquellos nudos, que no percibió la llegada de un entrometido. Aunque hubiera querido, la cascada tronaba con furia, impidiendo entenderse a pesar de que intentaran gritar.

Sorprendida, se volvió hacia el intruso, y tan rápidamente como sus músculos se tensaron, volvieron a relajarse al reconocerlo.

Haciendo algunos gestos para entenderse, como cuando transitaban por las oscuras sendas de Bosque Espeso, entraron en la montaña.

Una vez allí sus voces eran ya audibles y el sonido del agua quedó amortiguado por los gruesos muros de piedra.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó al fin el muchacho entrometido.

—Mejor —afirmó ella.

—¿Seguro? Me tenías preocupado, Dana. Ese Doxy te dio muy fuerte, podías haber muerto.

La chica sonrió tristemente en dirección al chico y le acarició la mejilla, dejando a un lado el peine y los enseres que llevaba.

—Podía... pero por suerte allí estabas tú para salvarme, Brandon.

—Yo... —el chico se ruborizó.

Ella lo besó tímidamente en los labios y se abrazaron, encontrando el único refugio privado que no pensaban compartir con nadie más. Ese pequeño espacio de íntima paz que solo les pertenecía a ellos.

—Pensé que nunca lo harías —dijo al fin Brandon cuando se separaron.

—Yo he pensado que nunca lo pedirías... de modo que me he adelantado. Haber estado a punto de diñarla te abre los ojos, te lo aseguro.

—Gracias, Dana

—No me las des. Es algo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Pero nuestras vidas eran... complicadas; y luego estaban esos malditos druidas, claro. Al menos ya no tendremos que preocuparnos por ellos.

—De ellos no, desde luego.

La voz de Brandon sonaba funesta, como si el alivio producido por la desaparición de aquella secta se viera empañado por un tormento aún mayor. Aquello hizo que Dana retrocediera sobre sus pasos, y acariciándole de nuevo la mejilla, preguntó:

—¿Qué sucede?

Él le devolvió la caricia sobre el dorso de su mano, y tratando de sonreír con los labios, aunque sus ojos permanecieran tristes, dijo:

—Nada. Estoy cansado, eso es todo.

Dana lo escrutó con la mirada sin dar crédito a nada de cuanto decía. Lo conocía; sus labios sonreían, pero sus ojos mentían.

—¿Tú lo has oído? —Brandon levantó entonces la vista, sorprendido—. ¿Verdad?

—¿Qué... a qué te refieres? —balbuceó él.

Dana parpadeó un par de veces, disculpando el recelo de Brandon a revelar lo que sabía.

—La “Voz”, idiota. La escuchaste ¿verdad? En tu cabeza.

Entonces fue el turno de Brandon de retroceder y apartarse de Dana, como si no creyera lo que oía.

—¿Tú también?

—Sospecho que todos —asintió ella—. Aunque la mayoría no quieran reconocerlo por temor a ser tenidos por locos. —Animada por poder decir cuanto pensaba, prosiguió—. ¿No percibiste cómo todo pareció detenerse a tu alrededor cuando aquella Voz habló? Todo se paralizó al instante, como suspendido en el tiempo, atrapados por el hechizo de aquellas palabras. Y cuando salimos del mismo, cada cual pestañeaba como soñoliento y miraba a su alrededor como si estuviéramos perdidos, o desubicados... fue real, Brandon. No lo soñaste.

—Pero ¿quién sería capaz de algo semejante? —había miedo en su pregunta. Y hacía bien en tenerlo, pues si alguien era capaz de introducirse en la cabeza de toda una población simultáneamente, ¿de qué no sería capaz?

—No lo sé... pero está claro que juega muy por encima de nosotros.

Haciéndose una rápida composición de lugar, Brandon concluyó:

—Debemos escondernos.

—No creo que dé resultado, Brandon.

—¿Por qué no? —cuestionó, algo dolido.

—Por la sencilla razón de que si esa Voz es capaz de entrar en nuestras cabezas... ¿Verdaderamente crees que no sabe dónde nos ocultamos?

—Tienes razón —aceptó Brandon, cabizbajo—. ¿Y qué deberíamos

hacer entonces?

—No lo sé... esta es una decisión que deberíamos tomar todos juntos... pero sospecho que terminará siendo una decisión individual de cada cual. Esa Voz... nos ha dividido.

Como si vinieran a reafirmar sus palabras, escucharon un griterío por los corredores de acceso a la cascada.

Tomándose de la mano se apresuraron por el pasillo, siguiendo los gritos, hasta que volvieron al lugar donde no hacía ni diez minutos Dana se arreglaba el cabello.

—¡No lo hagas! —gritaba alguien, pero apenas se distinguían las voces entre las aguas que se precipitaban al vacío.

—¡Todavía hay esperanza! —reprendió otra voz.

Dana y Brandon se aproximaron al borde del abismo, donde casi podían tocar la cortina de agua y miraron hacia arriba, de donde parecían provenir las voces.

Lo siguiente que vieron, apenas un parpadeo, fue un cuerpo cayendo al vacío arrastrado por la corriente.

Dana ahogó un grito y se abrazó a Brandon, que permanecía con los ojos muy abiertos, clavados en el telón espumoso, como si no diera crédito a lo que acababa de pasar.

—¿Así es como va terminar? —susurró Dana—. ¿Acabando con nuestras vidas uno a uno, hasta que no quede nadie?

Brandon le acarició la melena, sintiendo la suavidad y la limpieza de la misma, hecho absurdo en el que detener su atención, teniendo en cuenta lo que acababa de ver. Pero no respondió. No tenía nada que decir, no sabía que decir.

* * *

Veinte minutos después se reunieron en cónclave todos los supervivientes del Último Refugio. Las caras eran serias y la actitud deprimente. Por la disposición de sus hombros podías saber quién había tirado la toalla y quién se aferraba todavía a un hálito de esperanza. No había muchos de estos últimos.

No fue una reunión tensa, pues para que existiera tensión debería darse la voluntad de vivir; y aquella gente ya no vivía, simplemente transitaba por el mundo. De manera que el encuentro fue triste, como cuando conversas con un enfermo terminal que ha aceptado su destino y ha renunciado a la lucha.

—Creo que ha llegado el momento de aceptar la realidad.

Hablaba Wilaf, la anciana que había asistido a Dana en su recuperación y la cabeza más visible de aquel extraño grupo. Durante los últimos minutos había expuesto, en una concisa y monótona perorata, los puntos de preocupación que amenazaban la supervivencia de todos. Y las probabilidades eran tan abrumadoras, que no hacía ni siquiera el esfuerzo de disimular su desencanto.

Los recientes suicidios no venían sino a añadir leña a un fuego, que hacía tiempo carecía ya hasta de combustible, ahogado en su propia agonía. La actitud era simplemente la del que duerme y se deja morir; si la desesperación hubiera sido corpórea, se habría hecho presente en aquel acto.

Claro que la Desesperación estaba presente, pero ninguno de ellos podía verla.

—Y esa realidad pasa por aceptar que ya estamos muertos, y que cualquier medida que adoptemos será inútil. Cualquiera de nuestras vanas esperanzas no harán sino prolongar lo inevitable —continuó Wilaf.

—Creo que deberíamos debatirlo y tal vez votar una resolución común que... —fue uno de los más jóvenes quien habló. El ardor de la juventud todavía no se había apagado en él, a pesar de haber sido vapuleado con crueldad convirtiéndolo en un anciano prematuro.

—¿Debatir? ¿Votar? —lo interrumpió uno de los ancianos—. Hablas como si esto fuera una democracia decrepita de las de antaño. Para hacer lo que demandas tendríamos que ser siquiera un pueblo, una nación, y no somos más que una banda de zarrapastrosos supervivientes... —el anciano los observó a todos con ojos de metal—. Yo digo que cada cual por su cuenta.

Su declaración provocó un gran revuelo, y el debate se desplazó a la masa, cuya voz nunca escucha, ni deja escuchar; y en pocas ocasiones halla solución a problema alguno.

La anciana Wilaf contemplaba el debate sin intervenir ni moderar a los participantes.

—¡Divididos no tenemos ninguna posibilidad! —exclamó el joven, exaltado por la actitud cerril de sus mayores.

—¡Yo digo que cada uno busque la manera de morir que mejor se adapte a sus deseos, y aceptemos que nuestro tiempo ya pasó! —sugirió el anciano, dirigiéndose de nuevo al tumulto, donde cada vez encontraba mayor apoyo.

—¡Fácil de decir, viniendo de un pellejo arrugado como tú! —lo increpó el joven.

—¡La Cascada devastada, los pozos secos o envenenados, seres de pesadilla deambulando por la tierra, el alimento escaso, la mitad de nosotros enfermos o heridos! ¡Y tú hablas de sobrevivir!

—¡Pues sí!

—¿Por qué aferrarse a la vida cuando esta ha perdido todo su significado, si es que alguna vez lo tuvo? —la pregunta brotó de labios del anciano casi como un chillido agudo.

El sector más joven de los presentes no podía evitar asentir ante aquellas afirmaciones, pero al final todo se reducía a una única respuesta. La misma fue expresada por el muchacho que parecía haber tomado las riendas:

—Quizá porque es lo único que nos queda.

El anciano se acercó al chico hasta que este pudo oler con claridad el aliento pútrido del hombre. Entonces, clavándole un afilado dedo en el pecho, le recriminó:

—Yo no quiero sobrevivir, hijo. Quiero vivir. ¡Y vivir mil años si fuera posible! Temo a la muerte como el que más. Es más: ¡Odio a la muerte con todas mis fuerzas! Y verla sonreír desde el otro lado, observando cómo nos desgastamos con la edad, me carcome el espíritu.

Entonces se giró hacia la audiencia.

—¡Escuchadme todos! Vosotros podéis hacer lo que os convenga. Yo he expresado mi opinión y sabéis que lo que digo es cierto. ¡Sabed que no dejaré que la muerte se divierta conmigo eligiendo el momento de partir! ¡Aquí y ahora yo la desafío y le digo que puede irse al infierno!

De entre sus ropas el anciano extrajo un afilado cuchillo, y sin apartar los ojos del atónito joven con el que debatía, se rajó a sí mismo el cuello abriéndose una amplia sonrisa en la garganta.

Dana ahogó un nuevo chillido y se abrazó una vez más a Brandon, que contemplaba toda la escena junto a ella.

Wilaf se incorporó de un brinco, mientras el joven corría a socorrer al anciano, llegando a tiempo de aferrarlo cuando caía de rodillas con el pecho empapado de su propia sangre.

—¿Por qué? —preguntó el chico; pero el hombre ya no hablaba con la boca, sino con la mirada. Y aquella mirada era de desafío, aquella mirada albergaba un orgullo desmedido. El último grito de prepotencia de un hombre sin esperanza, cuya única manera de demostrar su supremacía sobre lo humano y lo divino era privarse de la vida cuando a él se le antojara.

Un charco oscuro se fue extendiendo a su alrededor. Aquella acción desmedida e inesperada terminó de apuntillar a los presentes. Desesperación los aferró por el corazón, saboreando la aleatoriedad de no saber quién sería el siguiente en dejarse llevar.

La sangre todavía no se había enfriado, y el cuerpo seguía sin ponerse rígido, cuando ya comenzaron a escucharse gritos de:

—¡Es lo que deberíamos hacer todos! ¡Ese hombre es un ejemplo y un valiente!

—¿Valiente? —preguntó otra voz entre la audiencia—. ¿Es un acto valeroso escapar de manera tan egoísta a la vida? Ese anciano podría habernos ayudado a sacar adelante esta pequeña comunidad.

—¿Quién dice que seamos una comunidad? —preguntó otro.

El murmullo se extendió más rápido que la propia sangre del muerto, y las palabras que se expresaban llevaban disensión y cisma en su interior.

* * *

Cuatro sombras se descolgaron desde lo alto de la cascada aferradas a una gruesa maroma, rebuscando con manos y pies asideros donde afianzar la precaria posición en la que se encontraban.

Lentamente, paso a paso, fueron descendiendo hasta que alcanzaron un saliente de la montaña, que se abría hacia el interior de la misma por debajo del arco espumoso de la corriente de agua.

Se reunieron los cuatro. Tres de aquellas figuras avanzaron decididas

hacia el interior, una se retrasó ligeramente azotada por sus pensamientos.

Al percatarse de su ausencia, los demás volvieron sobre sus pasos, y la hallaron contemplando el horizonte bajo el umbral azul y rugiente que los rodeaba.

Una mujer, aprestada para la guerra como si se dispusiera para una próxima batalla, se aproximó y, tocándola por el hombro, preguntó:

—¿Qué sucede Sera?

La chica se giró con los ojos llorosos hacia la mujer a la que había aprendido a conocer y querer como a una madre. Sera jugueteaba distraídamente con el anillo de Xila entre sus dedos, sumida en las reflexiones que provocaban aquellas lágrimas incipientes.

Tania le acarició el cabello.

—Dímelo, cariño. Sabes que puedes decirme lo que sea.

Mejunje y Marlon aparecieron tras ellas, y el jovencito dijo:

—Sera se pregunta cómo demonios hará que esa gente le preste oídos, y mucho menos que la sigan.

Tania sonrió de medio lado, revolviéndole el pelo a Mejunje, que ya era todo un hombre, aunque para Tania siempre sería aquel chiquillo asustado del Glotón.

—Mira eso Sera —dijo entonces Tania, señalando el anillo azabache con el que jugueteaba la chica entre sus manos. Ella lo miró, y a su vez miró interrogativa a su madre—. ¿Crees en serio que hemos encontrado este lugar por casualidad? ¿De veras crees, después de todo, que eso no es más que un anillo?

La muchacha negó con la cabeza, y Tania continuó.

—De alguna manera ese anillo nos ha llevado hasta los pocos supervivientes de la Cascada, y como dijo Xila, debemos intentar salvar a aquellos que deseen ser salvados.

—Esperemos que quede alguno —apostilló Marlon, recordando los cadáveres que habían encontrado por el camino con claros signos de haberse suicidado.

Tania se volvió hacia el chico algo molesta.

—¿Podrías dejar de ser tan Varley por un momento?

Marlon levantó las manos disculpándose, y ella miró de nuevo a Sera, cuyos ojos asustadizos reflejaban los de una niña, pero en su apariencia externa eran los de toda una mujer.

—Mira, Sera. Estoy convencida de que cuando te presentes ante ellos sucederá lo que tenga que suceder. Y no podrás hacer nada por evitarlo, tanto para bien, como para mal. Has aceptado ser un instrumento de fuerzas que no comprendemos, tan solo nos queda aceptar nuestra pequeñez con esperanza y decisión.

La chica no parecía encontrar consuelo en sus palabras, hasta que Mejunje se aproximó a Sera y le tomó la mano con cariño.

—Yo creo que lo harás muy bien, Sera —dijo mirándola a los ojos. Al devolverle la mirada, Sera vio en aquellos ojos más ternura de la que creía que existiera en el mundo, y se sintió azorada.

Haciendo signos preguntó:

—¿De verdad lo crees?

—¡Pues claro! Además... Xila os bendijo a todos —añadió Mejunje, para sorpresa de los tres—. ¡Recuerda el beso! —dijo explicándose—. Esa anciana no era dada a gestos de cariño en absoluto, ¿y ahora reparte besos? Creo... creo que eso era algo más que un beso —concluyó, ante la mirada atónita de todos y los ojos comprensivos de Tania.

—¿En serio? —preguntó Marlon escéptico—. ¿Y qué fue, una vacuna contra la viruela?

Tania lo golpeó en el hombro.

—¡Ay! —exclamó él.

—¡Por Dios, que eres hijo de tu padre! Hay muchas cosas que no comprendemos, Marlon. Y es muy posible que nosotros los adultos no estemos preparados para ver la inocencia y la grandeza de un simple beso, como la ve Mejunje. Y si el chico dice que el beso era algo más que un beso, yo no veo motivos para desconfiar de él.

Mejunje contemplaba a Tania como si viera a un guerrero enfrentándose a un gigante con las manos desnudas.

Después ella se volvió hacia el chico.

—Te creo, Mejunje. Xila no daba puntada sin hilo. Ahí tienes toda la razón; es posible que aquel beso tuviera más significado del que imaginamos.

—Yo creo que les dio algo. Algo que no entendemos —susurró Mejunje.

—¿Algo? ¿Un arma? —preguntó Marlon, y el chico se volvió hacia él.

—Un arma tal vez, o una armadura. En cualquier caso no son armas que conozcamos ni comprendamos, como bien ha dicho Tania.

Marlon aceptó que utilizar la razón en aquel momento no haría sino enfurecer todavía más a Tania. De manera que prefirió callar antes de que volvieran a compararle con su padre.

—Vale. Muy bien, pero entonces... ¿Qué pasa con Sarmiento? A él no lo besó.

—Muy cierto —corroboró Tania—. Xila afirmó que no estaba preparado, aunque de todas maneras la anciana añadió: “aún”. Supongo que Sarmiento sigue su propio camino y deberá llegar a su destino por una vía distinta.

Todos asintieron.

—Y ahora nosotros deberíamos también apresurarnos y dejar de parlotear —sentenció Tania, zanjando el asunto; y tomando a Sera de la mano se adentraron juntas bajo la cascada.

* * *

En el corazón de la montaña, tras el laberinto de pasillos y corredores abiertos en roca viva que formaban aquellas cavernosas oquedades, entre cajas de suministros y hamacas improvisadas, debatían acaloradamente los supervivientes de un lugar que habían conocido como la Cascada.

La discusión había subido de tono en los últimos minutos, y el temor a que pudiera llegarse a las manos se reflejaba en el rostro de la anciana Wilaf. La desgraciada mujer, que había tratado de corazón mantener unida aquella comunidad y salvaguardarla de todo peligro, veía ahora cuán fútil e inútil era su fe.

Alicaída y cabizbaja, contemplaba la escena sin reunir la voluntad suficiente como para intervenir.

Alrededor del cadáver caído del anciano, que con tanta frialdad se había suicidado ante sus ojos, se increpaban un grupo y otro manteniendo posturas opuestas.

Los unos gritaban que todo aquello era demencial, los otros exigían su derecho a decidir sobre sus destinos.

Estos últimos, embriagados por su recién estrenada libertad, se encontraban con que, en efecto, no sabían qué hacer con ella, si no era privarse de una vida de la cual no querían responsabilizarse.

No existía un punto de acuerdo entre ellos, y cada vez se hacía más evidente que acabarían desgarrándose como animales los unos a los otros.

Y así habría sido.

Hasta que sobrevino un aplastante silencio y la anciana Wilaf se incorporó de su asiento, dejando crujir su cadera, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Desde la entrada principal fluyó una brisa cálida, que precedió a una extraña luminosidad candorosa. Las discusiones se detuvieron, y las miradas se volvieron atraídas hacia allí.

Por unos breves instantes los corazones se hinchieron de paz y las pasiones se amansaron; tan drástico resultó el cambio que algunos se revolvían pensando que se trataba de algún nuevo tipo de brujería. Quizá los druidas no estaban acabados después de todo, pensaron otros.

Pero, sin embargo, lo que atravesó el umbral era lo último que pudieron imaginar. Una muchacha de aspecto virginal, radiante, luminosa, que avanzaba con pasos firmes pero delicados, a cuyo alrededor parecía reunirse un manto de estrellas.

La joven avanzó hasta el centro de la estancia donde, para asombro de Wilaf, se revolvía un viperino áspid que le sacaba la lengua amenazadoramente a la recién llegada. Sin embargo, nadie más que la anciana parecía ver el reptil.

La muchacha, ignorante de la presencia de aquel ser, pasó por encima de la serpiente sin atender a su amenaza o a sus violentos siseos. Entonces se detuvo con firmeza, y plantando los pies en el suelo, le aplastó la cabeza.

Wilaf reprimió un grito de asombro cuando la imagen desapareció; ante ella tenía a la misma muchacha y su reducido séquito, a pie firme, al otro lado del cadáver del anciano muerto.

La anciana miró nerviosa hacia un lado y hacia el otro, como si buscara a la serpiente, pero no la halló. Hasta que, clavando sus ojos en los de la muchacha y observando la escena, se preguntó si aquel anciano caído no sería

realmente la serpiente.

Tras aquel momento, y tras disiparse la luz que portaba aquella visitante, todos los presentes se sintieron colmados de algo que no conocían, pero que de alguna manera reforzaba su resolución. Mas no la de todos. Algunos habían cerrado tan férreamente sus corazones que la luz no pudo entrar en ellos.

Y como si de una ley física se tratara, aquellos que más puros y dignos se creían, aquellos más blancos, reflejaron la luz sin dejarla penetrar en su interior. Sin embargo, los pecadores, aquellos que se sentían sucios e indignos, aquellos que creían que tenían almas negras como el carbón, esos absorbieron la luz y quedaron repentinamente limpios.

Y se hizo un extraño silencio que nadie osaba quebrar, hasta que Wilaf, reuniendo valor, dijo:

—¡Os doy la bienvenida, y me pregunto quién sois! —sus ojillos todavía se movían nerviosos, temiendo que la serpiente pudiera esconderse debajo de sus ropas.

Sera comenzó a hablar por medio de Mejunje. Y, para asombro de Marlon, la audiencia guardaba silencio y escuchaba como si supieran que estaban ante alguien que no podían repudiar.

—Yo era vosotros. Pero ahora soy algo más —Sera hablaba y el chico traducía. Y mientras hablaba, apenas tenía tiempo de pararse a pensar en lo que decía, y las palabras fluían de su mente como un torrente incontenible, pero no incontrolado; el torrente de su voz rebosaba luminosidad, coherencia e inspiración.

La muchacha se tomó su tiempo en exponer sus orígenes, en recordar a su difunta madre que cayó por salvar a una hija no nata. Recordó a la matrona que de algún modo, inspirada por ella misma desde el futuro, la salvó en su pasado.

Hechas las presentaciones, reconstruyó los sufrimientos del pueblo de la Cascada bajo el influjo de los druidas. Puso al descubierto los engaños de Jnum, sus negocios y amistades con fuerzas oscuras que habían esclavizado y finalmente destruido sus tierras.

Y mientras exponía todo aquello nadie interrumpía y las bocas se iban abriendo paulatinamente, en mudo asombro, cuando las piezas comenzaron a

encajar.

—Y ahora me presento ante vosotros porque el destino que aguarda al mundo en su totalidad, es el destino que ha sufrido la Cascada. Y ha llegado la hora de que los Perantaraan se unan para defender no solo su tierra, sino su eternidad.

Sera enmudeció y el silencio corrió por la caverna mientras contemplaba los rostros incrédulos de los presentes: jóvenes, ancianos y algunos pocos niños salvados clandestinamente.

Uno de los ancianos, al que todos tenían por sabio y que se había posicionado a favor del suicidio colectivo, dio un paso al frente. En efecto, resultó ser uno de los puros y limpios, un hombre de ropas blanqueadas que no había dejado penetrar la luz y que ahora se mostraba agrio y ofuscado.

Sera recordó entonces las palabras de Xila, cuando les advirtió que no todos querrían ser salvados.

—¿Y así, sin más, pretendes que te sigamos y hagamos tu voluntad? ¿Y nos hablas de los Perantaraan? ¿Nos vienes con leyendas a solucionar problemas reales?

—No es mi voluntad, ni pretendo que me sigáis. A mi tan solo me ha sido ordenado ofrecer una puerta, pero también se me especificó que debíais ser vosotros quienes la atravesaran libremente. No puedo obligaros.

—¿Y por qué deberíamos fiarnos de una cría y su banda de delincuentes armados? —preguntó, displicente, el anciano mirando con ojos desconfiados; especialmente a Marlon, que apretó la empuñadura de su maza con fuerza.

Sera extrajo su arco por encima del hombro y lo acarició ante los ojos del anciano.

—Tal vez seas de esos que opinan que defenderse nunca está justificado. Quizá seas de esos vocingleros útiles que le hacen el trabajo sucio a aquellos que quieren invadiros, conquistaros y esclavizaros. Tal vez recomendarías sumisión, rendición y pleitesía. Pero te aseguro que la hora de negociar pasó hace mucho tiempo. Nuestro enemigo no ha venido a negociar, ha venido a reclamar lo que considera suyo, su derecho, igual que vosotros reclamáis el vuestro tan acaloradamente.

—¿Cómo te atreves niñata? —exclamó el viejo haciendo que Marlon desenfudara la maza preventivamente.

Sera tranquilizó a ambos y añadió.

—Si no me crees a mi... tal vez deberías hacer caso de la Voz.

El aliento se detuvo a medio camino en todas las gargantas, y no pocos tragaron saliva sonoramente cuando Sera comenzó a repetir aquellas palabras:

«Abandonad toda esperanza. He vuelto a reclamar mi trono sobre este Mundo. La hora es llegada de rendir cuentas a vuestro soberano, a vuestro amo. Someteos o sucumbid».

Cuando el impacto de aquella revelación se asentó, al menos en parte, fue Wilaf la que dio un paso al frente y preguntó, pálida como la nieve:

—Tú... esas palabras... ¿Dónde las has escuchado?

Con toda tranquilidad, respondió la muchacha:

—Todos las habéis escuchado.

Entonces unos y otros se revolviéron, observando de reojo a sus semejantes, contemplando a familiares y amigos, y percatándose, en verdad, de que todos habían ocultado aquel hecho.

Por el rabillo del ojo Sera captó que un hombre y una mujer realizaban gestos con las manos comunicándose. Y llamando su atención, les dijo:

—La respuesta es sí —afirmó Sera, dirigiéndose al hombre—. Tu compañera tenía razón, todos la han escuchado y todos tienen miedo.

—¿Conoces el lenguaje de signos? —preguntó el chico, a lo que Sera respondió sonriendo.

—¿Qué otro remedio me ha quedado? —concluyó Mejunje, como portavoz de Sera.

El desagradable anciano dio unos pocos pasos atrás amedrentado, dejando que fuera Wilaf la que se aproximara a Sera y la observara como si la estuviera auscultando.

—¿Insinúas que la amenaza es real?... ¿No pudo ser algún tipo de pesadilla compartida?

—Podemos estar mareando la respuesta eternamente hasta que encaje mejor con nuestros prejuicios, pero eso no hará que la verdad deje de ser verdad... no fue un sueño. Fue una declaración. Una amenaza. Y os corresponde a vosotros, a cada uno de vosotros, libremente, decidir cómo responderá a este desafío que se nos plantea.

Las palabras de Sera resultaban duras e irrefutables. Tan solo aferrándose a las pasiones podían renegar de ella, pero apelando a la razón...

—¡Es cierto!

Todas las miradas se volvieron hacia la pareja de jóvenes que se habían comunicado por signos, y se adelantaron hasta que casi pudieron tocar a Sera.

—¡Es cierto! —repitió el que se llamaba Brandon—. ¡Todos lo sentís dentro de vosotros, y todos lo habéis visto actuar! ¡Todos habéis escuchado esa Voz en vuestra cabeza, pero ninguno hemos tenido valor de reconocerlo por temor a quedar como pusilánimes ante el resto! Pues bien... —se giró hacia Sera—. Yo he escuchado esa Voz y no tengo miedo de reconocerlo.

—¿Por qué? —preguntó, serena, Wilaf; a lo que Dana, la compañera de Brandon repuso:

—Porque vemos en esta mujer el rayo de esperanza que estábamos esperando —Sera asintió agradecida hacia Dana—. Porque no pensamos esperar sentados a que esa Voz cumpla su promesa. Porque vosotros habéis aceptado vuestro destino, pero no por ello debéis arrastrarnos a los demás.

—¡Bien dicho!

—¡Así se habla! —exclamaron algunos de los más jóvenes presentes.

Resentido, el anciano que había cedido la palabra a Wilaf atacó de nuevo:

—¿Y qué vais hacer? ¿Inmolaros tras esta desconocida haciendo lo que ella os diga? ¿Y en qué se diferenciará eso de cumplir la voluntad de los druidas como antes hacíamos?

—¡En todo! —respondió Dana, beligerante. Brandon la apaciguó con ternura y habló por ella y por todos los que todavía albergaban alguna esperanza.

—No puedo explicarlo... pero veo en los ojos de algunos de los presentes que sentís lo que yo mismo he sentido cuando esta mujer entró en nuestro refugio —se volvió entonces hacia los ancianos—. Igual que veo en los ojos del resto que no percibís lo mismo que yo percibo.

Todos guardaron silencio, y entonces prosiguió.

—Hace un instante debatíais y peleabais interminablemente por el derecho a decidir vuestros propios destinos. ¡Pues bien! Estoy de acuerdo.

¡Hagámoslo! ¡Que cada cual decida lo que desea hacer! Seguir a esta mujer a donde quiera que nos lleve, o quedarnos aquí y perecer sin remisión, pues no hay futuro en este lugar. Desde ahora yo os digo que seguiré a esta mujer, pues veo en ella algo que nunca he visto. Y si mis ojos o mi mente me engañan y resulta ser una entequeia más, como las que hemos vivido junto a los druidas, pues que así sea; mas yo no lo creo.

Dana se acercó a Brandon, estrechándole la mano. La pareja ejercía un gran peso entre el sector joven de los supervivientes, y eso hizo que la gran mayoría se uniera a la causa al cabo de pocos minutos.

Entre los recelosos no pocos ancianos optaron por quedarse donde estaban, aunque también muchos volvieron sus destinos hacia Sera, pues, en efecto, habían visto algo en aquella mujer que los aterraba y atraía a partes iguales.

Wilaf se acercó entonces a Brandon, y acariciándole la mejilla como una madre cariñosa, dijo:

—Nadie se interpondrá, mi querido niño. Seguiréis vuestro propio camino. Partid ahora y dejadnos, pues.

—Pero... —una lágrima de emoción quiso aflorar en los ojos de Brandon, pero Wilaf se la enjugó antes de que brotara.

—Tú mismo lo has dicho. Es tiempo de tomar decisiones extremas. Vosotros habéis tomado la vuestra, deja ahora que hagamos lo mismo.

Viendo el dolor que traspasaba al muchacho, Sera se acercó tratando de razonar con lenguaje de signos con la anciana.

—Hay sitio para todos y todos sois necesarios, Wilaf —explicó Sera lo mejor que pudo.

—Y no lo dudo, niña —repuso Wilaf con cariño—. Sé que la puerta que ofreces permanece abierta, yo misma he creído verla en ocasiones y me he preguntado siempre por qué no reúno el valor de traspasarla. Pero como bien has dicho... tiene que ser cada uno de nosotros quien decida traspasarla. Ellos han decidido —señaló a Brandon y los demás—. Pero yo y los míos... no podemos hacerlo.

“No todo el mundo quiere ser salvado”.

Las palabras de la anciana loba resonaban en la mente de Sera, que finalmente cabeceó varias veces aceptando su decisión.

—Está bien —aceptó—. Rezaré por vosotros.

—¿A quién? —preguntó, escéptica, la anciana.

Sera la contempló con una mezcla de ternura y pesar. Se despidió de la anciana y añadió:

—En efecto... no puedo ayudaros —y dándose la vuelta, partió seguida por Tania, Marlon, Mejunje y las dos docenas de supervivientes que habían elegido seguirles.

Lentamente, y con lágrimas en los ojos, dejaron atrás las cavernas y salieron al exterior. Con precaución, abandonaron la protección que ofrecía la cascada y treparon la montaña hasta alcanzar la planicie de Más Allá del Río.

Los elegidos se reunieron en torno a Sera, y esta los contempló sin saber qué decir. Tania se aproximó y la animó lo mejor que pudo. Reuniendo entonces todo el valor del que era capaz habló con decisión:

—No puedo deciros que el camino que habéis escogido sea fácil. Pero sí puedo aseguraros que es el camino correcto. Tampoco puedo garantizar que al final de este camino hallemos la salvación y la paz, pero sí puedo compartir mi esperanza con vosotros, pues creo que es el único camino.

—¿Cómo lo haces? —preguntó uno de los jóvenes supervivientes.

—Se refiere a ¿cómo consigues atraernos con tus palabras? —terció Brandon.

—¿Eres una bruja? —preguntó otro.

Sera negó bruscamente, y explicó con la misma sencillez que la caracterizaba:

—No soy yo quién lo hace... sino vosotros. A través de mí se os ha ofrecido un don, pero sois vosotros los que lo habéis escogido. Esperemos que todo sea para bien.

La miraban incrédulos.

—Sé que tenéis muchas preguntas. Pero no hay tiempo para eso ahora. Cuando nos reunamos con los demás habrá tiempo de ponerlos al día.

—¿Los demás? —preguntó Dana.

—Sí —intervino entonces Tania—. Los demás. ¿No creeríais que estabais solos en esto? ¿Verdad?

—Pues sinceramente, pensábamos que sí —respondió Brandon por todos.

Sera se acercó al muchacho y lo besó en las mejillas.

—Desesperación os lo hizo creer... pero no estáis solos. Nadie está solo en esto, aunque el enemigo trate de separarnos y aislarnos para hacernos más frágiles.

Repentinamente la tierra tembló. De norte a sur y de este a oeste se sacudió la Cascada y el estrépito de una brutal detonación embotó los oídos de todos.

Cuando se disipó el temblor, la tierra comenzó a resquebrajarse bajo sus pies y aparecieron grietas y surcos, que se abrieron con rapidez, destejiendo el mismo tejido de la existencia.

Bajo tierra, los ancianos de la Cascada rumiaban sus decisiones y se abrazaban unos a otros esperando que el Último Refugio soportara aquellos envites, pero los pilares de la tierra no soportaron la explosión, ni los terremotos, y la oquedad en la que se refugiaban se vino abajo sobre sus cabezas.

Con su último aliento, Wilaf fue capaz de suplicar perdón antes de fenecer, y su petición no fue desoída.

Bajo el continente de la Cascada las mechas de Mundo Antiguo habían alcanzado sus respectivas cargas, y las subsiguientes explosiones habían conseguido que la montaña flotante en la que habitaban se desmenuzara y fuera desgajándose, a la vez que sus fragmentos se desprendían precipitándose al vacío. El hueco que dejaban los fragmentos provocaba nuevos temblores, que a su vez abrían nuevas grietas; y el proceso parecía repetirse una y otra vez, hasta que toda la Cascada desapareciera y fuera engullida por el abismo como tragada por un sumidero.

Así se deshacía la Cascada en un constante granizo de cascotes.

Con los ojos apremiantes, Sera se volvió hacia los supervivientes, tratando de mantener el equilibrio mientras el suelo se movía bajo sus pies.

—¡No hay tiempo! ¡Venid ahora en torno a mí y cogeos por las manos!

—¿Qué? —preguntaron varios al unísono.

—¡Confíad en ella, maldita sea! —exclamó Marlon, empujando a los indecisos.

—Por favor —suplicó Tania, de manera más dulce.

Brandon y Dana asintieron y se tomaron de la mano, ofreciendo sus

manos libres a los demás. Poco a poco los supervivientes fueron agarrándose unos a otros y formando una larga cadena humana que llegaba al fin hasta Sera, cuyo anillo oscuro vibraba ansioso espoleando a la muchacha con premura.

La tierra se abrió aún más y el fuego brotó de la tierra. Nubes de humo y chorros de fuego se alzaron en la Cascada mientras el suelo no cesaba de temblar.

Tania y Marlon se reunieron con Sera y Mejunje, pero cuando iban a darse las manos, Sera se detuvo sintiendo un escalofrío a su espalda que reconoció al instante.

El tiempo pareció detenerse mientras ella se volvía hacia el mundo dando la espalda a Tania y los demás.

Los surtidores incandescentes se alzaban hacia el cielo ralentizados, a sus ojos; las pavesas tremolaban antes de perderse en el firmamento arrastradas por las corrientes ascendentes de aire.

Y entre el humo y la llama apareció un hombre encapuchado, con apariencia de mendigo, que se detuvo a pocos metros de donde ellos se hallaban.

Marlon y Tania, que también se habían girado, empuñaron sus armas; pero Sera permaneció impassible con su arco al hombro.

—¿Me echabas de menos? —la pregunta brotó de los labios del mendigo, pues estos se movían cuando él hablaba, pero la voz que llegó hasta ellos resultó ser la de una mujer. Aquello hizo que Marlon temblara y que Tania volviera a recordar imágenes que habría preferido olvidar.

Por su parte Mejunje quedó petrificado, deseando escapar a la carrera, pero sin hacerlo, pues un impulso mayor de fidelidad y amor hacia sus compañeros le impelía a resistir.

Sera dio un par de pasos decididos hacia el intruso y habló con sus ya comunes balbuceos; sin embargo, el mendigo no necesitó de la ayuda de Mejunje para entenderla, el galimatías de palabras que brotaba de labios de Sera parecía claro para aquel ser.

—Nadie puede echarse de menos en este mundo... Ars.

El hombre realizó una forzada reverencia, sonriendo siniestramente.

—Creo que no nos han presentado como es debido, pero veo que tampoco es necesario.

—Entre tú y yo no son necesarias las presentaciones. Yo te conozco y sé a quién sirves.

—¿En serio? Conmover, pero lo que realmente nos preguntamos aquí no es quién soy yo... si no ¿quién eres tú?

—¿Te gustaría saberlo, verdad? —respondió Sera. Ars se mordió el labio inferior haciendo brotar la sangre, traicionando con ello su aparente fachada de frialdad.

—¿Acaso lo sabes tú? ¿O te utilizan como a todos los demás? —las palabras parecían vomitadas más que pronunciadas cuando escupió las preguntas.

Repentinamente, Sera se sintió imbuida de una decisión a la que parecía estar empezando a acostumbrarse.

—Tal vez lo sepa.

Aquello hizo que Ars gimiera con estupor y se retorciera plegándose sobre sí mismo, como si el cuerpo que habitaba no le perteneciera y pudiera maltratarlo y doblegarlo de maneras obscenas.

—¡Eres una niñata engreída y estúpida!

—O sea que no podéis verlo todo ni controlarlo todo, vaya —la muchacha clavó aún más hondo su daga, y con idéntica profundidad clavó sus ojos en los de su enemigo hallando la respuesta a su propia pregunta— ¿Entonces, es cierto? ¿No tenéis ni la menor idea?

Ars gritó y se arañó el rostro rabioso con sus largas uñas abriendo surcos sanguinolentos en sus mejillas.

—¿Y a quién le importa quién seas tú o tus amigos? —barbotó.

—A ti, por lo que se ve —replicó mordaz la chica.

—¡Eso ya da igual! ¡El mundo termina, y todos seréis sometidos!

—¿Igual que destruisteis la Cascada? ¿Esa será vuestra obra, destruirlo todo? —exclamó enfurecida Sera.

—No... igual no... con tu tierra fuimos especialmente atentos, mi niña —la voz de Ars se convirtió en la de un venerable anciano, pero conforme hablaba se transformó en la de una bestia sin nombre—. Cuando le declaramos la guerra a Dios empezamos a atacar a sus criaturas más inocentes, a los niños —saboreaba cada sílaba que emitía, y Sera apretaba los puños conteniendo su rabia—. Sabíamos que si atacábamos a los niños, conseguiríamos convertir a

la buena gente que habitaba esta tierra en auténticos demonios.

—¡Calla! ¡Bestia! ¡No quiero escuchar tus palabras!

—Ah, es una lástima. Pues mis palabras contienen tanta verdad...

—¡Como mentiras! —interrumpió Sera combativa—. ¡Vete! ¡Ya no queda nada aquí para ti!

Ars rio con fuerza, dejando que su sonrisa se abriera hasta el trago de sus orejas rasgando las mejillas, que al abrirse emitieron el asqueroso sonido de un pergamino húmedo quebrándose.

—¡Eres una niña tonta y vulgar, no tienes ningún interés para nosotros!

Entonces Ars se arrodilló violentamente en la tierra y hundió sus puños en el cieno limoso de cenizas.

A su contacto la tierra pareció temblar y elevarse para después caer haciendo que todos rodaran por el suelo.

La tierra terminó de abrirse, y el fuego y la llama brotaron por doquier en torno a los supervivientes, que, aterrados, se apretujaron junto a Sera.

Divertido Ars se incorporó con ojos malévolos contemplando la escena.

—Me pregunto qué os matará antes. ¿El fuego, o la caída?

Sera se arrastró hasta Tania y Mejunje que le tendían la mano. La cadena humana estaba cerrada y solo faltaba ella por unirse, cuando exclamó dirigiéndose a Ars:

—¡Ninguna de las dos, payaso!

Y cerró sus manos con la de sus amigos, completando así la cadena. En el acto el anillo de Xila vibró y resonó buscando a su hermano que colgaba del cuello de Ron transformado en un extraño diente. El anillo destelló una última vez y se dispersó en una explosión de ceniza brillante.

Las casi treinta personas que tenía delante se disolvieron en el aire cuando la tierra se abrió, y lo que quedaba de la Cascada se precipitó al vacío buscando el olvido.

Un grito bestializado e inhumano reverberó en el abismo llenándolo todo.

XXX

MIL RÍOS

La Calle de las Pulgas, el Callejón de la Cebada y la Plaza de las Putas. Tres lugares emblemáticos; al menos entre los bajos fondos de Mil Ríos. Una trinidad sórdida y oscura, donde tenían lugar la mayoría de los chanchullos y se urdían la casi totalidad de las traiciones que se daban en la Fortaleza del Agua, ya fueran regicidios, infidelidades o sobornos.

Un lugar entrañable para cogerse la peor de las melopeas, agarrarse una buena enfermedad venérea, o pergeñar el asesinato de alguna cuita pendiente.

Un hedor completamente insalubre a alcohol, orín y vómito invadía las estrechas aceras, y los viandantes esquivaban como mejor podían los desperdicios y la inmundicia, bajo la tímida luz de los escasos faroles que se distribuían cada sesenta metros.

Borrachos tendidos en sus propios despojos; gente inmóvil de la cual no podías determinar si estaban muertos, o se hacían los muertos en la esperanza de tender una trampa a algún alma caritativa; mujeres de mala vida y bustos empolvados que exponían la mercancía en cada recodo.

A lo largo de este escenario se deslizaba escurridizo un hombre encapuchado. Ocultaba bajo una raída túnica su apariencia, mas sus botas embarradas no podían disimular su noble cuna.

Miraba a izquierda y derecha en cada esquina, temeroso, ocultando su rostro entre las sombras.

Cuando se sintió aceptablemente seguro reanudó el paso y, con decisión, se dirigió a la esquina entre la Calle de la Cebada y la Plaza de las Putas, donde se alza, o más bien se mantiene en pie a duras penas, una triste fonda de macabro nombre.

Un muñeco de paja que ha visto muchas muertes y muchos tratos, cuelga del cartel que anuncia al visitante: Posada del Ahorcado Cimbrente.

El hombre se encaminó hacia la puerta y asestó dos golpes rápidos y tres lentos. Una trampilla se descorrió a la altura de los ojos, y unos labios que no se dejaban ver dijeron desde el interior:

—¡Una noche de mierda para andar dando saltos por aquí!

—No, si la mierda es tu negocio —fue la respuesta; la trampilla se cerró con un fuerte golpe. Del otro lado de la puerta se escuchó tintinear un juego de llaves y descorrerse varios cerrojos, hasta que al fin la puerta se abrió.

El interior era en todo parecido al exterior. Misma iluminación y similar hedor, con la diferencia de que dentro el sudor y el hogar hacían que la temperatura fuera más agradable.

El hombre traspuso el umbral y, nada más entrar, la puerta se cerró con fuerza tras él. Aquel que le había abierto lo aferró por la pechera del jubón y colocó su espada corta apoyada contra su gazonate.

—¿Quién sois?

El recién llegado retiró con una mano la capucha de su cabeza, y con la daga que sostenía en la otra asestó un par de toquecitos juguetones contra los testículos del portero.

El aludido bajó la mirada hacia sus posesiones y separó un poco la espada del cuello de aquel hombre.

Entonces apareció a la carrera otro visitante de ropas nobles y botas embarradas, similar en gusto y estilo al intruso.

—¡Lord Pemberton! —exclamó.

—Lord Gránico —respondió con parsimonia el recién llegado.

—Baja la espada imbécil —ordenó Lord Gránico dirigiéndose al guardia, que obedeció inmediatamente.

—Disculpad, mi señor. Debía asegurarme —el portero hizo un ademán respetuoso.

—No te disculpes. Hacías lo que tienes que hacer. Pero la próxima vez vigila tus pelotas.

—Sí, señor —respondió, mientras se retiraba y se disponía a hacer guardia de nuevo.

Lord Gránico tomó el gabán de Lord Pemberton y lo acompañó a un reservado en el interior de la posada.

—Ya han llegado todos, Lord Pemberton.

—Excelente. Espero que todos esos egos puedan compartir la misma estancia. ¿Hay suficiente espacio? —preguntó con ironía.

—Pronto lo veremos —aseguró Lord Gránico.

Cuando ambos nobles entraron en el saloncito que tenían reservado, las conversaciones pendientes se postergaron y callaron todos, recibiendo a Lord Pemberton con gestos corteses y estudiados.

—Milores —saludó con sencillez Pemberton, antes de tomar asiento en un extremo de la mesa.

Desde el extremo contrario Lord Tyrol lo miraba receloso; sus familias nunca terminaron de entenderse, y como pasaba entre sus familias, así sucedía entre los Gránico y los Goritz, los Sutton y los Moltan. Y luego estaban los Brown, que sencillamente se llevaban mal con todo el mundo.

Tan solo haberlos reunido allí todos juntos ya había supuesto una locura y un nutrido desembolso entre sobornos y corredores de rumores. Pero al fin se sentaban todos a la misma mesa, cosa que no sucedía desde tiempos de los primeros estarostas.

—Señores —empezó al fin Lord Pemberton, levantándose de la silla, con voz dominante, actitud que odiaba el resto—. No me andaré con rodeos. Es evidente que todos los presentes nos odiamos, la mayoría incluso a muerte, y a todos nos repele sentarnos al lado de los demás como si lleváramos sin lavarnos tres estaciones.

Hubo gestos de asentimiento y sonrisas sardónicas entre la audiencia.

—Pero creo sinceramente que ha llegado el momento de que las casas nobles de Mil Ríos se junten y debatamos el curso a seguir. Nuestro reino... —Lord Pemberton carraspeó antes de corregirse, pues todos odiaban ese nuevo término, algo que por lo menos tenían en común; Mil Ríos nunca había sido un reino—. Disculpen... nuestro *starostwo* jamás se ha visto enfrentado a una situación semejante —concluyó, utilizando la forma arcaica que se utilizaba para referirse al feudo de los estarostas.

Sus palabras arrancaron gestos de asentimiento una vez más y alguna palmadita afirmativa sobre la mesa.

—No digo que las cosas fueran bien en los últimos tiempos de Rimbaud, pero desde que esa alimaña venenosa de Mabruk se hizo con el control, hemos ido de mal en peor. Y mis informantes me refieren actos, más allá del Río Vuelto, crueles e inexplicables que requieren ser aclarados.

—¡Además Rimbaud era del linaje de los estarostas! ¿Quién es Mabruk para interrumpir el linaje? —exclamó Lord Sutton, dejando ver sus dientes amarillentos.

—¡Exacto! —corroboró Lord Goritz, rabioso—. Es un usurpador que somete al pueblo con artes oscuras y supersticiones vacías.

—Deberíamos colgarlo por su asqueroso miembro, si es que tiene —recalcó Lord Moltan.

—¡Claro que tiene! ¡Es un maldito sátiro lujurioso! —afirmó Lord Tyrol.

Lord Pemberton dio un fuerte golpe en la mesa para atraer su atención. Los nobles eran muy rápidos desviándose de las cuestiones importantes para centrarse en pasiones menores.

—¡Milores! Todo eso está muy bien, pero Mabruk controla a la guardia real, tiene espías, soldados, caballería y sabe el cielo qué más. Actualmente posee un poder difícil de desafiar... al menos para una sola casa —añadió con sutileza.

A oídos de Pemberton llegó el chasquido de alguna lengua contra el carrillo y no pocos rechinares de dientes. “Al menos para una sola casa”, eso había dicho, y todos habían captado su intención.

—Pero... —continuó— si las siete casas nobles de Mil Ríos se unieran bajo un mismo pabellón —dijo, cerrando los puños frente a su rostro—, bajo el mismo pendón... quizá consiguiéramos que se nos uniera también el pueblo descontento.

—Eso suena como una revolución —exclamó Lord Sutton—. No me gustan las revoluciones; las urdimos los nobles, y cuando se descontrolan, acaban siendo las cabezas nobles las que ruedan y la sangre noble la que mancha las baldosas.

—¡Muy cierto! —lo apoyó Brown desapasionadamente.

—¿Y en cualquier caso... bajo que pabellón libraríamos esta revolución? ¿El de la casa Pemberton? —preguntó Lord Tyrol escéptico—. Yo

creo que el mío es más estético a la hora de salir al campo a rebanar cogotes. Y además es carmesí, no tendríamos que preocuparnos por la sangre.

Varios de los presentes mostraron su apoyo, y en el acto comenzó una sonora discusión sobre qué bandera debería enarbolar la revuelta, si es que esta se diera. Mientras, Lord Pemberton cabeceaba frustrado viendo escapársele entre los dedos la posibilidad de unir a aquellos orgullosos señores.

—¡Tan solo hay un único pabellón que seguiría el pueblo! —gritó para hacerse oír, a la vez que golpeaba su jarra de peltre contra la ruda madera y derramaba su cerveza.

Todos lo miraron de nuevo intrigados.

—¡Milores! Es evidente que ninguno de nosotros seguirá el pendón de un eterno rival, y es evidente que el pueblo sencillamente no nos seguirá a ninguno. Ellos son la octava casa de Mil Ríos y nos odian por igual. Pero los necesitamos.

—¿Entonces? —preguntó Moltan.

—¿Qué tramas Pemberton? —preguntó Tyrol desconfiado.

El aludido alzó la mirada hacia sus nobles compañeros y, con tranquilidad, expuso su idea.

—Nuestro pabellón debe ser el de los estarostas, milores. Es el único que nos reúne a todos y es el único que seguirá la plebe, por tradición y porque los retrotrae a un pasado glorioso.

Lord Pemberton extrajo de debajo de sus ropas un raído y deteriorado pendón, con el torrente y los gúldenes de oro bordados en su lienzo. Entonces, teatralmente, lo extendió sobre la mesa.

Varios de los presentes tragaron saliva, y alguno sintió un nudo en la garganta.

—¿Crees de verdad que alguien seguiría ese trapo sucio? —preguntó Brown escéptico.

—Es cuestión de darle lustre, milores. Os sorprendería lo ávida que está la gente de recuperar sus tradiciones. Somos animales de costumbres, animales de tradición, y aunque el progreso pretenda privarnos de ellas, en nuestro fuero interno deseamos volver a aquello que nos hacía felices y nos reportaba seguridad. Y dados los tiempos que corren... sí, diría que este

pendón podría provocar un gran revuelo.

—Pero ese paño por sí mismo no vale de nada si no tenemos una opción de gobierno viable, milores —señaló Tyrol—. Y Mabruk se ha asegurado de que la línea familiar fuera cortada.

—¿Y el heredero de Rimbaud? —preguntó Gránico.

—Si te refieres a Ulfgang, es mejor que no os cuente los detalles que me trajeron mis espías al respecto —apuntó Pemberton—. Pero os haré un breve resumen.

Y les explicó lo que sus espías habían averiguado en las cercanías del Portal. Aquello hizo que se mostraran alicaídos y que escondieran las miradas horrorizados.

—¿Y qué demonios es ese Portal? —preguntó Goritz.

—No tenemos ni idea. Pero sí sabemos que allí murió nuestra última esperanza de sucesión.

—¿Y el otro? —apuntó Moltan, atrayendo miradas de incomprensión. De manera que viendo la parálisis general añadió—. Creo que todos habéis oído los rumores, se dice que no lo mataron, que lo exiliaron. Pudiera ser que esté vivo.

—Es igual. Tardaríamos demasiado en encontrarlo —respondió Pemberton—. Y además, no son más que rumores.

—¡Pero el pueblo les da crédito! —intervino Tyrol—. Podríamos jugar esa baza.

—¿Qué estás sugiriendo? —inquirió Gránico.

—Que si no tenemos heredero... lo creemos. Eso sí que podría reunir al pueblo bajo una única bandera.

Por un momento callaron, y cuando comenzaron a mirarse los unos a los otros la idea parecía ir tomando forma.

—Claro que... —comentó Brown—. Eso plantea un nuevo dilema.

—¿Cuál? —quiso saber Pemberton.

—¿No es obvio? —repuso Brown, displicente—. ¿A quién vamos a colocar de pelele? Yo desde luego no pienso seguir a ningún imbécil que no sea de mi casa.

—Lo que nos lleva de nuevo a la casilla de salida: nadie seguirá el pabellón de otra casa distinta de la suya misma —afirmó Tyrol.

La discusión se recrudeció. Los gritos fueron en aumento, y los cruces de acusaciones hicieron que los presentes por poco llegaran a las manos.

Lord Gránico enarboló una cuita pendiente contra Lord Goritz por un hijo bastardo dentro del seno de su familia. A su vez Goritz acusó al sobrino del primero de haber violado a su prima.

Lord Moltan se acaloró con Lord Sutton por unas tierras de labranza que ambos reclamaban.

Lord Pemberton y Lord Tyrol mantenían por su parte un duelo ocular, eternos enemigos que no necesitaban hacer recuento de sus cuentas pendientes.

Y mientras, Lord Brown bebía y reía divertido contemplando a sus colegas saltando al cuello de sus rivales, a la vez que les aplaudía, pensando que cuando todos ellos se hubieran masacrado por cuentas pendientes sin importancia, los Brown serían los auténticos regentes de Mil Ríos.

La reunión no podía haber ido peor, se dijo Lord Pemberton. Como siempre hacía el ser humano: tenía la solución a sus conflictos al alcance de la mano, pero su egoísmo y afán de protagonismo le hacían repudiar las posibilidades más evidentes.

El atribulado Lord no podía culpar a sus colegas, él era de la misma opinión que sus homólogos, pero le asqueaba sentirse sucio y ruin tratando de sacar tajada incluso en una situación como aquella.

Claro que todo podía haber ido peor, se dijo. Si hubiera hecho notar los acontecimientos recientes y les hubiera hablado de la Voz que había escuchado en su cabeza, para plantearles un frente común contra un enemigo imaginario... eso sí que habría dado al traste con todos sus esfuerzos; de manera que trataría de seguir negociando con aquellos egos insufribles. Haría concesiones, pediría prebendas y esperaría que todo se solucionara lo suficientemente rápido como para poder plantear un golpe de estado, una revuelta, una guerra, o lo que fuera que saliera de allí.

Aunque mucho se temía que lo que saldría sería alguna nueva traición entre casas nobles, que terminara con sus cabezas ensartadas en una picota.

—¡Mierda! —susurró Lord Pemberton mientras a su alrededor el reflujo de la batalla verbal le sacudía como la marea.

* * *

En los alrededores del Río Vuelto, junto al oscuro portal de piedra fría, que parecía haber cobrado vida propia, Mabruk, regente nominal de Mil Ríos, había comenzado a acantonar sus tropas.

Lentamente, pero sin descanso, sus planes avanzaban y cobraban forma. Mientras, el último bastión de los hombres aguardaba tembloroso, sin saber lo que se fraguaba tras sus fronteras.

Por su parte Huginn permanecía ausente, esperaba que estuviera regresando ya de su misión en Mundo Antiguo. En cuanto a Muninn, había reunido las huestes llevando la voz de su señor por doquier, en todas las direcciones: entregó mensajes a la guardia real; buscó entre renegados y criminales que se refugiaban en los Dientes del Dragón; informó a todo aquel que les fuera afín, e incluso voló más allá de este reino, para alertar a futuros aliados que apenas llegamos a imaginar.

De tal manera que el Ejército de los Últimos Días, como lo había bautizado Mabruk, había comenzado a reunirse y levantaba tiendas y pabellones junto al Río Vuelto, esperando instrucciones de Leviathanas, su amo y señor, que, de alguna manera, estaba ejerciendo una atracción magnética sobre cualquier alma descarriada o espíritu sediento de sangre que deseara participar de la matanza y la carnicería.

—Es cuestión de días —afirmó, hablando con sus generales, hombres orgullosos que se pavoneaban con unos cargos recién creados a su medida—. Pronto reuniremos un gran ejército, y cuando este portal se abra al Mundo Antiguo, nuestras fuerzas se unirán a las tuyas, barreremos la podredumbre de la faz de la tierra y reedificaremos el mundo como a *nosotros* nos plazca.

—¿Serán suficientes? Han vapuleado mucho en los últimos días a esos barbudos sedosos de turbantes horteras —expresó uno de los comandantes.

Leviathanas no se molestó ni en mirarlo.

—Serán suficientes. Y contaremos con muchos más aliados y guerreros; pronto, muy pronto lo veréis. Nuestras huestes cubrirán la hierba de la campiña, secarán los ríos a su paso, esquilmarán los bosques solo con su número. Nuestros hijos serán incontables como las gotas del mar.

Aquello bastó para que el soldado guardara silencio. Si su señor decía que tendrían hombres, entonces tendrían hombres suficientes.

Eso zanjó la cuestión sobre el número de tropas, pero la reunión de la

cúpula militar no se disolvió entonces. Algunos de los hombres que la conformaban también expresaron sus dudas, a petición siempre de Leviathanas, pues nadie osaba sugerir la menor sombra de discrepancia con planes que no alcanzaban a comprender, más que en la pequeña parte que les atañía: reunir hombres, dirigir hombres, matar a otros hombres.

Todavía existía preocupación por los recientes sucesos acaecidos en el salón del trono, el día que aquel mensajero de la Atalaya del Oso fue asesinado por tres intrusos, o al menos así había sido transmitida la noticia. Igualmente preocupaban las fallas de seguridad, que propiciaron la fuga de un contingente importante de presidiarios en la Espiral.

Sin embargo, el regente parecía no dar importancia a todo aquello, ni mostraba el menor interés en regresar cuanto antes a la Fortaleza del Agua, prefiriendo dirigir su reino desde el campo, donde de hecho había establecido su cuartel general, y donde atendía cualquier asunto del reino, aunque fuera simplemente para desoír toda petición que se le hacía.

Era como si toda la atención de Leviathanas estuviera ahora focalizada en un único objetivo y todo lo demás hubiera pasado a un segundo plano. De manera que fugas, asesinatos, hambruna, descontento, conspiraciones, e incluso rumores de sedición entre las casas nobles parecían traerle sin cuidado.

A todo respondía de igual modo.

—*Nos ocuparemos de ellos antes de lo que imagináis.*

Y con una frase tan críptica, como inútil para las necesidades inmediatas del pueblo, obviaba toda cuestión y posponía cualquier resolución.

Así, si uno le tomaba el pulso a la situación imperante en Mil Ríos, podía recibir una respuesta y la contraria según donde se encontrara.

Si te hallabas entre los hombres y soldados que se acantonaban en las cercanías de la Atalaya del Oso, solo escucharías opiniones elevadas y ardor casi juvenil por tirar abajo el sistema y rehacerlo de nuevo.

Si paseabas por los callejones y pasillos de palacio, captarías susurros y cuchicheos conspirativos que no presagiaban nada bueno.

Y si finalmente optabas por salir al campo, escucharías los improperios más obscenos y las opiniones más acaloradas contra lo divino y lo humano, pues el pueblo ardía contra sus gobernantes y lo pagaba con sus dioses.

Pero nada de aquello tenía ya importancia para Leviathanas. El final, el añorado final estaba cerca. Y nada podía ya detenerlos.

El consejo se disponía a disolverse, cuando en las cercanías aterrizó bruscamente una criatura alada, a la cual los presentes reconocieron como un kolf de Mundo Antiguo.

Eso hizo que todos se detuvieran y se preguntaran qué demonios sucedía. E incluso Leviathanas, sorprendentemente, se mostró interesado.

De la grupa de la bestia descendió una mujer, de aspecto duro e indoblegable. Vestía al estilo de Mundo Antiguo, lo cual no fue del agrado de los generales de Mil Ríos, como tampoco lo fue el hecho de que la ropa que vestía era más propia de un varón.

Tras ella se apeó Huginn, conservando su aspecto de hombre taciturno de oscuros ropajes. El sirviente de Leviathanas se dirigió sin dilación hacia su señor, seguido de cerca por la mujer. Cuando estuvieron a un metro del regente, ambos hincaron la rodilla en el suelo y habló entonces el cuervo.

—Mi señor —dijo Huginn, alzando la vista cuando se lo indicó Mabruk—. Os he traído un presente que puede resultarnos muy útil en la próxima guerra.

Leviathanas contempló con interés a la mujer, valorándola con mirada calculadora. Por su parte la mujer le devolvía la mirada sin pestañear, cosa que enfureció aún más a los generales presentes, que siempre temblaban ante la presencia del regente.

—Esta mujer mató a nuestro agente y además... —siguió Huginn, que se detuvo cuando Leviathanas le cerró el pico con una mano.

—¿Tiene boca, verdad? —preguntó Mabruk—. Has hecho bien en traerla, mi leal sirviente. Ahora cierra tu pico y retírate. Yo me encargaré de ella.

Huginn lanzó una mirada odiosa contra el suelo, evitando los ojos de Mabruk; aunque Leviathanas era perfectamente consciente del odio que despertaba entre sus siervos, al igual que era consciente de la obediencia que le profesaban.

Cuando Huginn se transformó y desapareció, la mujer contempló su partida con una mirada divertida.

—Me gusta ese truco —afirmó. Pero nada más decirlo, una bofetada le

cerró la boca.

—¿Cómo osas hablar en presencia del regente de Mil Ríos sin su permiso? —exclamó airado uno de los generales.

La mujer lo miró mientras se limpiaba la sangre del labio.

—Veo que eres el primero en la cola. ¡Perfecto! —respondió con frialdad, a la vez que escupía sangre a los pies del general, que a su vez hizo amago de golpearla de nuevo.

Mabruk lo contuvo con un bofetón de su parte. El general cayó de rodillas al suelo enfurecido, pero sin atreverse a murmurar la menor queja.

—¿Tú mataste a Razzia? —preguntó al fin Mabruk, sin molestarse en mirar siquiera al hombre.

La mujer asintió sin pestañear, como si aquello fuera lo más natural. Leviathanas estaba intrigado y a la vez enamorado de aquella frialdad.

—Dado que has venido hasta aquí, puedo suponer que estás interesada en trabajar para *nosotros*.

Asintió de nuevo.

—¿Cómo te llamas?

—Sonya —respondió brevemente.

—Muy bien, Sonya —se volvió hacia sus generales—. Estoy rodeado de pusilánimes generales, que lo más cerca que han estado de una batalla es en los libros de historia, que con tanta presunción leen y releen esperando encontrar fórmulas mágicas para sus deberes. Mi pregunta es sencilla: quiero concluir aquello que empezó en la Cascada y continuó en la Escala; quiero liberar a los hombres de su esclavitud, y para ello debo rehacer el mundo por completo. Los aquí presentes me aleccionan diariamente sobre suministros, avituallamientos, norias en el frente, técnicas de asedio y a saber cuántas cosas más. Tú, por el contrario —se volvió hacia ella—, has visto suficientes guerras y batallas de primera mano. Y si no me engaña mi instinto... gozas de un especial don para la crueldad. ¿Cuál sería la estrategia a seguir si fueras quién dirigiera este ejército?

Aquella pregunta cayó como un jarro de agua fría sobre los generales, que se removieron inquietos en sus sitios.

Sonya los contempló uno a uno, leyendo en sus rostros cuánta guerra habían visto en sus años de servicio. Tras una breve inspección, Sonya habló

con arrojo:

—Creo que tu camarilla de generales es muy hermosa, toda llena de armaduras y medallas, cinchas y caballos de guerra. Pero también creo que no suman una decena de años de experiencia entre todos.

—¿Cómo te atreves? —exclamó uno de ellos, algo entrado en años, dando un paso al frente. Mabruk lo cayó.

—¡Silencio! Os he escuchado pacientemente, ahora escuchémosla a ella.

El reprendido retrocedió rezongando. Sonya prosiguió.

—Acantonar las tropas está bien. Es una bonita demostración de músculo para unos ejercicios militares. Pero yo no retrasaría más lo inevitable. Huginn me ha contado muchas cosas interesantes durante nuestro viaje, cuando podía centrarme en algo que no fuera su asqueroso aliento.

Mabruk sonrió, haciendo unos morritos divertidos con los labios, gesto que sus generales en la vida le habían visto hacer.

—Deberíamos atacar antes de que nuestro enemigo tenga tiempo de agruparse, o conspirar. Hay que destruirlos antes de que las siete casas tomen conciencia de lo que realmente importa y se unan. Y por supuesto hay que evitar que llegue cualquier ayuda del exterior. ¿Y cuál es el factor común a todo eso?

Mabruk cabeceó pidiéndole una respuesta.

—El tiempo. El tiempo juega a favor de nuestro enemigo. Cuanto más tiempo le demos más se organizaran, más frente común harán, y más posibilidades hay de que llegue ayuda exterior.

—¿Qué sugieres, entonces? —preguntó un general más bisoño, con aspereza. Sonya se volvió hacia el mismo.

—¡Atacar! ¡Atacar de inmediato! A sangre y fuego, sin piedad y sin miramientos. Así será como suprimiréis cualquier conato de rebelión, igual que los suprimíamos contra los Nasciturus.

Leviathanas comenzó a aplaudir divertido por aquellas palabras y aún más divertido por los rostros desencajados de sus generales.

—¡Bravo! ¡Bravo! Todo fuego, rabia y muerte. Verdaderamente eres un diamante en bruto. Tendré que agradeceréelo a Huginn más adelante —hizo una pausa y continuó—. No podría estar más de acuerdo contigo, niña.

—Cuidado —advirtió Sonya, amenazadora, al oír que se refería a ella

de aquella manera. Los generales temblaron solo de pensar que aquella mujer osaba desafiar así a Leviathanas.

Por su parte Mabruk rio aún más divertido y dijo, al fin:

—¿Dirigirías mis ejércitos como caudilla suprema del Ejército de los Últimos Días?... Creo que sería un cargo acorde a tu anterior categoría.

Por primera vez Sonya pestañeó dudando si aquello era una trampa, pero vio claramente en la actitud de Leviathanas que aquel “hombre” hablaba en serio.

—Sería un honor, mi señor —respondió ella, al fin, provocando temblores rabiosos entre los hombres. Uno de ellos, el que parecía ser más bisoño, no pudiendo soportar por más tiempo aquella pantomima, se interpuso entre Sonya y Leviathanas.

—¡Mi señor! ¡Esto es un ultraje! Cualquiera de nosotros debería dirigir a los hombres, no es momento para cambios en la cabeza del ejército. Y mucho menos para convertirnos en salvajes poniendo una mujer al mando. ¡No puedo consentirlo! ¡Si ni siquiera tiene huevos! —el acalorado discurso fue recibido con gestos de asentimiento por parte de los generales.

—Disculpa —replicó Sonya a sus espaldas.

El hombre se volvió iracundo a mirarla desafiante, y entonces recibió una brutal patada en la entrepierna que lo hizo caer al suelo entre sollozos, sintiendo cómo la sangre se le extendía por el calzón.

—Ahora tu tampoco tienes huevos —afirmó Sonya escupiendo sobre él y pasando por encima suya con una grácil zancada.

Leviathanas asintió varias veces satisfecho.

—Creo que eres exactamente lo que necesito. Está decidido. Serás caudilla de mis ejércitos. Familiarízate con las tropas, solicita toda la ayuda que necesites, y que cualquiera que te la niegue sepa que responde ante mí.

—¡Guardias! —gritó Sonya, sonriendo casi lascivamente a su nuevo amo.

Una decena de hombres armados se reunieron junto a los generales y, por un instante, estos se plantearon dar un golpe de mano, pero se contuvieron prefiriendo urdirlo con más templanza. Necesitaban tiempo para deshacerse de ella.

—¡He sido ungida como vuestra caudilla! He hecho saber a vuestro

señor que el tiempo juega a favor de nuestros enemigos. Y como el tiempo es lo que ansían esos enemigos, aquí tenéis mi primera orden para vosotros.

Los diez soldados se removieron expectantes.

—¡Prended a estos mal nacidos! —ordenó al fin Sonya, señalando a los generales.

La confusión se desató brevemente cuando los aludidos se vieron retenidos y maniatados en el acto, a la vez que eran golpeados y ultrajados. Aquella perra extranjera había demostrado su credo al ciento por ciento. Atacaba rápida y al corazón, sin dar tiempo al enemigo a reagruparse.

Leviathanas se retiró de la reunión complacido, haciendo un gesto a los guardias para que prosiguieran conforme a lo que ordenara su caudilla.

—¡Cortadles la lengua, las manos y los pies, y dejadlos tirados junto al arroyo para que los devoren las bestias! —concluyó ella.

* * *

La pirámide escalonada se alzaba silenciosa bajo la tímida luz de la luna, aunque nadie podía asegurar que no fuera de día y que la fantasmagórica luz que tocaba el suelo no fuera la del único ojo de Kilumaras que restaba, tamizados sus rayos por la tupida capa de nubes.

El Templo de los Ancianos parecía un edificio paralizado en el pasado, monumento a supersticiones y ritos pretéritos de inenarrable crueldad y vileza, que deberían haber permanecido en el olvido de no haber sido por la intervención de Leviathanas.

Sus escaleras descendían desde la cúspide truncada, recubiertas por una negra costra, que tras los recientes sacrificios parecía imposible arrancar de su superficie. De manera que la pirámide, tal y como la habían conocido los habitantes de Mil Ríos, había dejado de existir. O quizá se semejaba más a como fue concebida en un principio por sus creadores, pues aquellos que perdieron la Segunda Guerra dejaron en recónditos territorios la huella de su negro recuerdo.

Mabruk el regente, Leviathanas el siervo enviado, la misma persona e idéntica maldad, avanzaba decidido hacia el pie de las escaleras.

Había dejado atrás el campamento de su querido ejército, ahora en

manos firmes como las suyas gracias a la recién nombrada caudilla.

Caminaba solo y no parecía sentir recelo, pues ¿qué temería el mismo miedo?

Sin dilación, comenzó a ascender las escaleras haciendo que la costra sangrienta crujiera bajo sus pies. Sin aparente cansancio alcanzó la cima, donde yacían las amarras y los silenciosos e inanimados altares de sacrificio. Y allí aguardó.

Al rato un anciano descalzo avanzó hacia él, ascendiendo las escaleras por el lado opuesto. Cuando el invitado llegó a su altura, Leviathanas lo saludó con familiaridad.

—¿Ars! ¡Ya era hora! ¿Has cumplido con tu misión?

El anciano sonrió de manera enigmática y se mostró reticente a responder, como si no le debiera nada a Leviathanas, o no tuviera por qué rendirle pleitesía.

—¿A qué viene esa actitud? ¡Responde!

Ars emitió un gorjeo divertido como un bebé.

—Cumpliré tus deseos por el momento... pero ten por seguro que no por mucho más tiempo.

Leviathanas no terminó de entender a qué se refería Ars, pero se olvidó de ello mientras escuchaba lo que tenía que decir.

—Encontré su refugio. Y los habría sometido a todos de no ser porque se presentó una muchacha entrometida.

Mabruk reflexionó.

—La muchacha... ¿La conocemos?

—Ya lo creo. Aunque está muy crecida para el tiempo que ha transcurrido desde nuestro último encuentro.

Leviathanas reflexionó.

—¿Ella? —Ars asintió varias veces afirmativamente.

—Traté de destruirla, pero aquella loba maldita debió de dotarla de algún artilugio, pues tanto ella como los supervivientes que la acompañaban desaparecieron antes de que la Cascada se hundiera.

—Y es de suponer adónde vendrán ahora.

Ars asintió una vez más.

—Precisamente lo que queríamos evitar. ¡Ha empezado a llegar ayuda del exterior y tú has fracasado! —acusó Mabruk enfurecido; aunque, si hizo temblar a Ars, este no lo dejó traslucir en lo más mínimo —. ¿Son muchos?

—No más de treinta. La mayoría de los ancianos y los desesperados hallaron su tumba en las cavernas —respondió Ars, saboreando el reflujo del recuerdo.

—Eso tendrá que valer por el momento. ¡Vamos, sígueme! Todavía queda mucho por hacer.

Sin embargo, el anciano no hizo amago de moverse.

—¿Qué te pasa? Te he dicho que te muevas.

—Estamos esperando a alguien —afirmó Ars con voz cortante.

Leviathanas se sintió inquietantemente sorprendido. Ars siempre había resultado incontrolable, e incluso misterioso, como si dentro de aquel cascarón cohabitaran innumerables personalidades. Pero aquella actitud desafiante para con sus superiores era misteriosa a la par que novedosa.

—¿De verdad?

Ars asintió, y repentinamente Mabruk fue más Mabruk que nunca y menos Leviathanas. Por primera vez sintió frío, y fue el más penetrante y agudo de su larga vida.

Seguidamente, aparecieron dos figuras ascendiendo por los laterales de la pirámide hasta donde se encontraban; Mabruk miró hacia ambos lados sin perder de vista a Ars.

—¿Qué significa esto? —preguntó el consejero regente.

—Es hora de presentarnos... *siervo* —aquellas palabras de Ars hicieron caer de rodillas a Leviathanas, que tartamudeando añadió.

—Entonces... ¿Habéis venido?

—Nunca nos fuimos, respondió una voz infantil y femenina a su derecha.

—Siempre estuvimos —apuntó otra masculina a su izquierda.

—Hemos vuelto —resonó una tercera Voz, que no pertenecía a ninguno de los presentes que él pudiera ver.

Entonces los vio a todos y comenzó a comprender. Y en la comprensión halló un regocijo desconocido.

—No lo celebres antes de tiempo —advirtió una niña de rostro dulce a

su derecha—. Queda mucho por hacer —concluyó, dejando ver la otra mitad de su cara hecha jirones de piel pútrida.

—Tú... —susurró Leviathanas—. Tú eres la que llaman Reflejo.

La niña asintió.

—No siempre me he llamado así, ni siempre he tenido este aspecto. Pero fue necesario para sobrevivir.

—¡Presentaos! —exclamó, imperativa, la Voz incorpórea que actuaba como un tercer invitado inesperado.

La niña que respondía al nombre de Reflejo se adelantó y dijo:

—Yo soy Reflejo, aunque solían llamarme Trifania.

Mabruk abrió desmesuradamente los ojos.

—La Dama del Vacío —susurró, mientras agachaba la cabeza e hincaba con más fuerza las rodillas en el suelo.

—Yo adopté el nombre de Confusión, mas antaño recibí el nombre de Zagut —se presentó el segundo.

—Señor de lo Oculto —recitó Mabruk como un alumno aplicado. Entonces giró la mirada hacia Ars, atribulado, haciéndole la obvia pregunta con los ojos.

—Yo soy Fasto —corroboró Ars.

—Señor de las Tormentas —concluyó Leviathanas.

—Y tormenta hemos traído —aseguró él.

Sin atreverse a levantar la mirada, Mabruk lanzó su pregunta al vacío.

—¿Y vos, mi señor? ¿Quién sois?

La Voz reverberó entonces en cada recodo y arroyo. Hizo vibrar piedra, sangre y huesos, cuando dijo:

«YO SOY DESESPERACIÓN, QUE ANTAÑO FUE SARKÓN DE LA TIERRA Y EL FUEGO, Y QUE AHORA ES BAASHAMEL, LA PLAGA DEL HOMBRE».

Leviathanas cayó directamente al suelo, postrado cuan largo era sobre la sólida piedra, temblando de arriba abajo.

—Yo... yo soy tu siervo, Leviathanas, el profeta, el enviado. Aquí estoy por y para tu voluntad, mi señor.

Ars, o Fasto, como prefería él, se aproximó al regente de Mil Ríos

para, no sin cierta sorna, susurrarle al oído:

—Te dije que no te obedecería por mucho más tiempo, Mabruk.

Leviathanas se atrevió a mirarle, tras recibir su autorización.

—Pero... ¿Cómo es posible? Eras un Ûng.

—Lo era, igual que antes Ars era un hombre, hasta que un Ûng lo tomó para mí y yo a su vez ascendí a ese espíritu servicial.

—Y ahora es un Mork. Tú, Fasto.

Fasto asintió.

—Dejemos eso para otro momento —comenzó Confusión—. Tú, perro —dijo dirigiéndose a Leviathanas—. ¿Cómo está el ejército de mi señor?

—Presto. Acantonado en el Río Vuelto y a la espera de que nuestros elegidos Adhan cumplan su parte. Cuando su Portal se una al nuestro habremos concluido y podremos abrirlo a su vez a otros Portales. La marea de las tinieblas será imparable.

Mabruk creyó percibir una sonrisa bajo la capucha que cubría el rostro de Confusión.

—Todo eso es maravilloso, ya puedo saborear la victoria. Al fin los Portales serán abiertos de nuevo —afirmó Reflejo.

—Lo único que estás saboreando son los mancebos que guardarás para tu recreo particular, Trifania —aseveró Fasto—. A mí me preocupa más lo que he visto en la Cascada; esa mocosa entrometida ha vuelto a aparecer y ya no es ninguna niña. De manera que es muy posible que los otros dos muchachos no sean tampoco niños.

—¿Por qué preocuparnos? —preguntó aburrido Zagut—. Son unos malditos críos, no podrán cambiar nada.

—Me preocupo por la sencilla razón de que nuestro Enemigo hace cosas que no tienen sentido, que no comprendemos, y todo ello me preocupa. No comprenderlo me corroe. A veces me pregunto si Él lo hace a propósito. Si concibe argucias y engaños que tan solo sirvan para distraernos de algo más grande —concluyó Fasto.

—En ocasiones he sentido ese mismo ardor. Esa incipiente astilla que percibes te están clavando en el corazón, y cuya nimiedad te hace obviar el riesgo del daño que puede ocasionar —afirmó Reflejo.

—Exacto —apuntó Fasto.

Sarkôn habló entonces con firmeza.

«Esos niños no tienen la menor importancia, no son nuestra prioridad. Cuando hayamos aniquilado la raza de los Perantaraan nada de eso importará ya. Si se interponen en vuestro camino, aniquiladlos».

Todos agacharon la cabeza en gesto sumiso, aunque por el rabillo del ojo Leviathanas pudo captar expresiones en sus rostros, de que aquella falsa sumisión era más miedo que respeto. Y Sarkôn, Baashamel, lo sabía. Nada pasaba desapercibido a sus ojos, excepto aquello que Kilumaras le había ocultado.

¿Podían pertenecer los muchachos a este último grupo? ¿Podía Kilumaras haberlos ocultado con algún propósito?

Pero era absurdo. ¿Realmente su Enemigo iba a jugarse el destino de los Perantaraan a esa única baza: tres críos contrahechos y rechazados por sus propias gentes?

Carecía de sentido.

«Estad preparados. Ha llegado la hora de tomar posesión de este mundo, de reclamarlo como justo pago por todo cuanto les hemos dado, para sumirlo en eterna oscuridad. Al fin verán con claridad la naturaleza de sus obras, de sus ciencias, de sus artes y sus avances. Contemplan, desesperados, la firma de sus amos en ellas, e, impotentes, clamarán al cielo rogando ayuda. Y yo susurraré: Noo».

* * *

Desde la calle llegó el revuelo y el griterío del pueblo enloquecido. Parecían gritos festivos y folclóricos. ¿Pero quién podía tener ganas de celebraciones dadas las circunstancias?

Los siete señores de las siete casas nobles se incorporaron de sus asientos y, alarmados, hicieron llamar a sus sirvientes.

Al momento entró en la estancia un joven, apenas un adolescente; sonreía de oreja a oreja.

Lord Moltan, viendo el colibrí de su blasón, lo reconoció como de su propia casa, y sin perder un segundo lo increpó:

—¡Tú, muchacho! ¿Qué demonios sucede ahí fuera?

El chico se detuvo en seco, frenado por el tirón que le dio su señor por la manga.

—Creo... creo que deberían verlo por ustedes mismos, mis señores. El pueblo está revolucionado, ¡ha vuelto a Mil Ríos!

—¿Quién? ¿Quién ha vuelto a Mil Ríos? —preguntó Lord Sutton apremiante.

—¡El heredero de Rimbaud!

—¿Ulfgang? —preguntó Tyrol sorprendido.

—No, no —negó el muchacho—. El otro, el que desapareció. El otro. El sin nombre.

Los siete nobles intercambiaron miradas de incredulidad. ¿De qué demonios iba aquella farsa? ¿Y quién sería el impostor?

—Rápido. Llévanos hasta él —solicitó Pemberton, tan interesado como los demás por desenmascarar a aquel engreído que pretendía aprovecharse de la convulsa situación reinante en la ciudad.

Parecía que todo el pueblo llano había abandonado sus casas y chabolas, y los que no lo habían hecho se encaramaban a tejados y balcones para tratar de ver lo que sucedía. La voz había corrido como la pólvora, y nadie quería perderselo.

Los nobles salieron a la calle, dejando atrás la Posada del Ahorcado Cimbreado. No les agradaba abandonar la oscuridad conspirativa de aquel local y salir a cara descubierta, después de haber tomado tantas medidas de seguridad. Pero ¿qué remedio les quedaba? Aquel indeseable que se hacía llamar heredero de Rimbaud, podía dar al traste con todas sus cábalas. O podía convertirse en una útil herramienta, si lo manejaban correctamente; pero en cualquier caso, necesitaban verlo cuanto antes y sopesar sus opciones.

Abriéndose paso entre la multitud, alcanzaron la Plaza de las Putas, junto a cuya fuente central, que representaba una exuberante mujerona manando leche de sus pezones a la pila principal, se encontraba el núcleo de aquella improvisada manifestación.

Los nobles llegaron hasta el mismo centro y hallaron a una mujer que vestía ya largos años, dos hombres y un joven cuyo brazo daba signos de no funcionar correctamente.

Lord Pemberton enarcó una ceja recalando en ese brazo, pues

recordaba las historias, chismes y rumores que mencionaban dicha dolencia, como el motivo por el cual Rimbaud se deshizo de su primogénito hacía ya muchos años.

—Sé lo que estás pensando, Pemberton —susurró Tyrol en su oído—. El tullido... pero escucha bien lo que te digo. Es imposible. ¿Cuánto hace de aquellos hechos? ¿Trece, quince años a lo sumo? El heredero de Rimbaud no debería llegar a los dieciocho, y este impostor ronda ya la treintena.

Pemberton asintió varias veces, dando pábulo a lo que su rival sugería. Reordenando sus ideas con decisión y erigiéndose en portavoz de las casas y del pueblo, comenzó a hablar.

Toda la muchedumbre se apaciguó y calló rápidamente, como si asistieran a la apertura del primer acto de una esperada representación.

—¿Quiénes sois y cómo demonios habéis llegado hasta aquí? ¿Cómo habéis entrado en Mil Ríos, y cómo habéis dado con nosotros?

—Muchas preguntas son esas; no os pongáis nervioso, Lord Pemberton —susurró Lord Brown, arimándose a su homólogo.

Uno de los desconocidos, que vestía un maltrecho gabán oscuro y tenía toda la pinta de encajar en el paisaje de aquellas callejuelas, como si fuera parte íntima del mobiliario, avanzó hacia los nobles tras pedir permiso al tullido.

—Muchas preguntas son esas —comenzó diciendo el desconocido, provocando una miradita culpable entre Brown y Pemberton—. Pero trataré de responderlas lo mejor posible para romper el hielo, signifique lo que signifique esa frase.

—Disculpad nuestra actitud —se excusó Pemberton, adoptando un tono más conciliatorio por el momento—. Pero no son tiempos fáciles en la Fortaleza del Agua.

—¿En algún sitio lo son? —afirmó el recién llegado, despertando voces de apoyo entre la población.

—Ten cuidado —susurró entonces Tyrol a Pemberton—. Puede que el tullido sea o no sea lo que dice. Pero este es un jugador.

Lord Pemberton asintió, y volviéndose al que le hablaba, dijo:

—Muy cierto. Sed pues bienvenidos; disculpad nuestra premura y responded, si hacéis el honor, a las preguntas que he formulado.

—Sin duda que os haré el honor. Sobre cómo hemos entrado en la Fortaleza del Agua y hemos burlado la seguridad, que parece ahora sometida bajo el férreo yugo de Mabruk —aquello despertó nuevos vítores por lo bajo —, siento deciros que no puedo revelarlo todavía.

—No es un comienzo prometedor, señor —afirmó Sutton.

—Sin duda que no lo es. Pero dado que confío en vosotros tanto como vosotros en mí, prefiero guardar algunas cosas hasta ver quién de ustedes es digno de confianza y quién no.

—Parece lo justo —concluyó Lord Gránico.

—¡Dejadle hablar! —gritó la multitud.

—Comenzaremos por algo sencillo, para que podamos dirigirnos los unos a los otros con propiedad; yo soy Varley, y estos que me acompañan son Lilian, Kadros y Ron.

Aquellos nombres no significaban nada para los nobles, sin embargo, el nombre de Kadros hizo que Lord Goritz y Lord Tyrol lo observaran con vivo interés.

—Ahora que ya sabéis nuestros nombres, quizá deberíais presentaros para así aparentar que esto es una reunión civilizada.

Lord Pemberton carraspeó y se presentó:

—Yo soy Lord de la casa Pemberton, señor de Mil Ríos, portavoz de los estarostas y tesorero de las arcas.

Tras él se presentaron el resto, algunos de ellos a regañadientes. Pero todos cumplieron sucintamente con el protocolo establecido.

—Espléndido. Las presentaciones ya están hechas —afirmó Varley—. Volviendo entonces a la cuestión sobre cómo os hemos encontrado a los siete representantes de las casas de Mil Ríos, bueno... digamos que para eso...

—¡Nosotros les ayudamos! —exclamaron algunas voces entre la multitud.

Varios hombres se adelantaron; algunos con el colibrí de los Moltan en las ropas; otros con la capa carmesí de los Tyrol; tres de ellos resultaron ser empleados de las caballerizas de los Sutton, con el toro embolado en sus pechos. Igualmente salieron de entre la multitud gente con la cornucopia del tesoro, empleados de Lord Pemberton. Por parte de Lord Gránico, dio la cara solo un soldado con el blasón del río y el valle. Y finalmente dos guardias de

Lord Goritz, sobre cuyos escudos tenían grabadas las hormigas de su casa sosteniendo encima de sus hombros la hacienda Goritz.

Por parte de Lord Brown no apareció nadie, cosa que hacía desconfiar al resto de nobles, pues no sabían si aquel lord servía a la nobleza, a Mil Ríos, a Mabruk, o a sí mismo. De manera que ningún escudo con el perro ahorcado de los Brown se dejó ver.

De nuevo clamaron:

—¡Nosotros les ayudamos!

Lord Pemberton se aproximó a sus hombres sin dar crédito.

—¿Cómo? ¿Por qué? Sabíais que esto era una reunión secreta, y ahora la habéis convertido en un espectáculo. Os pedí discreción ¿Por qué lo habéis hecho?

Sin traslucir culpa o temor en sus palabras, el hombre respondió:

—Porque estos hombres son lo que dicen ser, porque necesitan toda la ayuda que podamos prestarles, y porque...

—Nos liberaron de la Espiral cuando nadie más lo hizo—concluyó un hombre de la casa Sutton.

Fue el turno entonces de Lord Sutton, que, aproximándose a su hombre, lo interrogó:

—Explícate.

El muchacho habló.

—Estos desconocidos entraron en la Espiral; sospecho que de igual manera que hoy han entrado en Mil Ríos. Ignoro qué ayuda o magia utilizan, pero entran y salen de sitios que aparentemente resultan imposibles para el resto.

—¿Y qué hacían allí?

—Buscaban a ese —señalaron a Kadros, y de nuevo Tyrol y Goritz sintieron una corazonada en el pecho.

—¿Entonces? —continuó Sutton.

—Lo rescataron bajo las mismas narices de los guardias; y pudieron dejarnos allí para penar eternamente, pues ni nuestra casa ni nuestro Lord hicieron esfuerzo alguno para recuperarnos de la injusta condena que nos impuso Mabruk, convertidos en moneda de cambio y garantía por medio del chantaje —aquel reproche hizo que Sutton frunciera el ceño—. Sin embargo,

ellos nos liberaron, y por eso estamos hoy aquí con nuestras familias y nuestros amigos, a vuestro servicio, milord. Pero teníamos una deuda de vida con estos hombres y estamos ligados a ella. Por eso están aquí, por eso les hemos traído ante las siete casas nobles de Mil Ríos.

Lord Sutton miró entonces al resto de nobles, y fue Pemberton quien habló de nuevo.

—Si os habéis tomado tantas molestias para llegar hasta aquí, tiene que ser importante lo que tengáis que decir. ¿No preferiríais que entráramos y debatiéramos lo que sea en privado?

—Lo que tengo que decir es para todo aquel que quiera escuchar — interrumpió al fin el tullido, que respondía al nombre de Ron—. Mi mensaje es para todo el mundo, no solo para que unos pocos lo oigan y lo utilicen según sus intereses.

—¡Nos insultáis! —exclamó Tyrol.

—¡Por favor, Tyrol! —exclamó Brown divertido—. Dejad hablar al muchacho y bajad una octava vuestra hipersensibilidad.

Lord Tyrol retrocedió como si le hubieran abofeteado y dejó hablar al muchacho.

—Mi nombre es Ron, aunque eso poco importa, pues ese nombre no significa nada para vosotros. Mas sabed que eso es porque mi padre nunca llegó a ponerme un nombre. Pues, cuando apenas daba mis primeros sorbos de aire, me repudió por temor, por avaricia; pecados, estos, todos suyos sin duda. Pero también me repudio por consejo de Mabruk, pues, deshaciéndose de mí, tomó poco a poco el control de la mente de Rimbaud hasta hacerlo enloquecer.

—Conocemos la historia. Pero, supuestamente, el primogénito de Rimbaud fue descartado. Y todos sabemos lo que eso implica. Su primogénito murió, pues no era viable como heredero —aclaró Brown, más interesado que nunca.

—Fui salvado por la intercesión de otra persona —Ron señaló a Kadros.

Goritz tragó saliva y le asestó un codazo a Lord Tyrol.

—No puede ser —susurró.

—Calla —respondió el último.

La voz de Ron continuaba sonando con claridad, llegando a todos los

oídos:

—¡Este hombre se llama Kadros! ¡Fue bufón de mi padre! ¡Pero más que eso fue consejero y amigo! Hasta que, por salvarme, fue desterrado bajo pena de muerte si alguna vez volvía a poner un pie en Mil Ríos, o me revelaba mi pasado. Este hombre me cuidó, me rescató, me crio, me formó y me preparó para cuando este día llegara.

Varley le dio un toquecito en el hombro y Ron sonrió.

—Muchos otros me han ayudado, sin duda. No estaría aquí de no ser por ellos.

—¡El heredero de Rimbaud! —exclamó la plebe.

—¡No nos precipitemos! —los exhortó Pemberton, apaciguando el tumulto—. ¿Qué pruebas tenéis de todo cuanto decís? —preguntó.

Ron desvió la mirada hacia los nobles, repasándolos uno por uno, hasta que Tyrol y Goritz bajaron la vista avergonzados. Sin dudar Ron los señaló a ambos.

—Preguntadles a ellos.

Lord Pemberton se volvió, incrédulo.

—¿Goritz, Tyrol?

—Yo... —comenzó Tyrol—. La historia que cuenta sobre el destierro y la condena impuesta sobre su cabeza... coincide con los soplos que recibí de mis espías por aquella época; sin duda el relato es idéntico. Pero podría haberlo oído en cualquier parte; hace muchos años de eso. Incluso podría haber conocido al auténtico heredero de Rimbaud, haberlo matado y suplantarle ahora para sacar provecho.

—¿Goritz? —lo espoléó Pemberton.

—Yo... creo que dice la verdad —Tyrol lo fulminó con la mirada—. Sí, Tyrol, deberías decirlo tú, pero puesto que callas hablaré yo... Reconozco a ese hombre —señaló a Kadros—. Es, en efecto, lo que ha dicho el muchacho. Y si no recuerdo mal era un hombre íntegro, de palabra y profundos valores, que jamás mentiría, ni se vería envuelto en conspiración alguna... De manera que si el Kadros que yo recuerdo está ahí de pie ante mí... estoy seguro de que este chico es lo que dice ser.

El pueblo estalló en vítores.

—¡Esperad, esperad! ¡Todo esto es ridículo! —intervino Lord Sutton

—. ¿Cómo iba Mabruk a urdir semejante trama desde el mismo nacimiento del muchacho hasta ahora? ¿Por qué iba un simple consejero a querer deshacerse de ti?

—¿Acaso sería la primera vez que hace algo así? —sugirió Ron, pensando en el hermano que no había llegado a conocer y sintiendo una punzada de dolor en el pecho.

Los nobles callaron al recordar los rumores sobre el destino de Ulfgang, y Lord Pemberton tomó la palabra:

—Aceptemos, pues, que eres lo que dices ser. ¿Qué es lo que quieres? ¿Poder? ¿Has venido después de este tiempo solo para disputarle el poder a Mabruk y sumergirnos en una guerra civil?

—En absoluto —replicó Ron—. Ni quiero el poder ni lo ansío. No deseo el cargo de estarosta de Mil Ríos más de lo que desearía ahogarme en una ciénaga —utilizar el antiguo título hizo latir los corazones con más fuerza—. Pero si es lo que tengo que hacer para unir a los pueblos... lo haré. Porque esa es mi misión.

—¿Cuál?

—Liberaros —sentenció Ron.

—¿De qué, si pude saberse? ¿De la nobleza? ¿Eres otro revolucionario?

—De vuestro verdadero Enemigo —respondió Ron—. Si todavía no lo conocéis me dais lástima, pero si conserváis algo de sentido común debéis saber quién es.

—¿Mabruk? —preguntó Gránico.

—En parte —corroboró Ron.

—Pero Mabruk no es su verdadero nombre —intervino al fin Kadros, que había preferido dejar al muchacho llevar la iniciativa—. Su verdadero nombre es Leviathanas, y como toda alma corrupta, respeta una jerarquía establecida que ama tanto como odia.

—¿Insinuáis que Mabruk no es Mabruk y que no es nuestro enemigo?

—Es vuestro enemigo —continuó Ron—. Y se llama Mabruk, al menos así se le conoce por aquí. Pero también tiene otros nombres: profeta, vidente, heraldo... Leviathanas. Él no es más que el preludeo de la tormenta.

Entonces Ron reveló cuanto sabían de los planes de Mabruk: el Portal,

relato que hizo enmudecer a la nobleza al ver respondidas algunas de sus dudas; sus tratos con el Mundo Antiguo; sus engaños y negocios entre la Cascada, Mil Ríos y la Escala; el asesinato de Willhelm... Contó cómo había ascendido lentamente, a la sombra de los estarostas, hasta que la ocasión estuvo madura para su alzamiento. Comentó sus sospechas sobre la muerte de Diana, Rimbaud y Ulfgang, hechos que hallaron buena acogida entre la plebe que escuchaba atenta, pues nadie creyó nunca la versión oficial emitida por la corte.

Así habló largo rato, hasta que concluyó hablando sobre quién había de venir y para quién preparaba el terreno Leviathanas.

Los nobles callaban sin saber qué decir, momento que aprovechó Kadros para apoyar su mano sobre Ron y susurrarle:

—Lo estás haciendo muy bien, hijo.

—No sé de dónde vienen las palabras, pero brotan sin más a través de mí —susurró a su vez respondiéndole.

—No te preocupes por su origen. Sigue fiando en ellas; sigue creyendo que darás con la palabra adecuada y estas brotarán de tus labios con la fuerza de la verdad.

Mientras los representantes de las siete casas de Mil Ríos se miraban unos a otros, a ratos intercambiando miradas incrédulas, y a ratos con gestos negativos. Todo cuanto había descrito Ron encajaba con lo que sabían y con la información que obtenían de espías y compradores de rumores.

—No creo que estos pavos emperifollados nos sean de gran ayuda, Ron —susurró Varley.

—Démosles tiempo para pensar.

Pemberton conversó entre susurros con los demás, y dirigiéndose de nuevo hacia Ron, habló con voz pausada, sopesando todo cuanto habían escuchado.

—Morks, Ûngs, espíritus sirvientes... es muy difícil de creer, hijo. Nos hablas de enemigos sacados de páginas amarillentas o leyendas. Entiende que recelemos.

—¿Más difícil de creer que qué? —los miró acusador; e increíblemente, la nobleza bajó la mirada ante un joven plebeyo que reclamaba ser de sangre noble—. ¿Es acaso más fácil creer en uno de los soles

deshaciéndose en el cielo? ¿Más fácil es creer que existan criaturas aladas de otras tierras? ¿Más fácil es creer que una bruma se descorre y os revela la presencia de otros mundos, cuando os creíais solos? ¿Más fácil es que el heredero de Rimbaud haya vuelto? ¿Más fácil es, tal vez, que las siete casas de Mil Ríos se reúnan, después de años, al fin bajo el mismo techo? ¿Acaso es más fácil un amanecer, o la gestación de una nueva vida? ¿Tan solo porque nunca habéis visto tales cosas sois incapaces de creer?... —y añadió—. ¿Acaso visteis la Voz que escuchasteis en vuestras cabezas? ¿Es eso más sencillo de creer?

Esa última afirmación hizo correr un enorme revuelo entre los presentes, tanto que los nobles se miraron temerosos de que el pueblo se revelara. Sabían de lo que hablaba al recordarles aquella Voz. Noble y plebeyo, todos la habían escuchado y todos habían callado atemorizados. ¿Cómo podía saberlo aquel muchacho, cuando ni ellos mismos lo habían compartido con nadie por temor a quedar en evidencia?

Ron se aproximó a ellos.

—Milores... habéis visto y oído cosas que no tienen explicación lógica o científica. No hallaréis la respuesta en vuestros libros ni en vuestros sabios. Porque la respuesta que buscáis no la da la razón, por mucho que adoréis al dios “razón”. La respuesta que buscáis, se tiene, o no se tiene.

—¿Cómo? —preguntó, realmente intrigado, Lord Tyrol.

Ron lo observó sonriente.

—Amigos, plebeyos y nobles. Lo que ahora os estoy pidiendo es un salto. Y será el salto más grande que daréis jamás, porque será un salto de fe ciega. Fiados tan solo en una vaga esperanza y una certeza que se adquiere en lo profundo del alma.

Entre el pueblo, rápido a las pasiones y lento a abrigar los cambios, se produjo una rápida conmoción. Parecía que la muchedumbre solo aguardaba un gesto por parte de sus nobles para estallar.

—No me cuesta creer en lo que cuentas de Kilumaras, de Mabruk, o Leviathanas. No me cuesta ver que nos hallamos en el filo de la navaja, jugando a un juego cuyas reglas desconocemos —intervino al fin Lord Moltan—. Lo que me cuesta creer es en ese Enemigo del que hablas.

—Su mayor arma es precisamente la incredulidad de los hombres —intervino Kadros con severidad—. Cuanto menos creen los hombres en su

existencia más poder adquiere y con más arrogancia actúa —aseveró.

Lord Moltan y los demás callaron sin saber cómo rebatir todo aquello. Sin embargo, Lord Brown no quitaba ojo a Ron y Kadros, mientras se mesaba una barba rala e incipiente.

Nuevamente proliferaron los corrillos y las comidillas, los debates y las discusiones hasta qué, repentinamente, Lord Brown dio un paso adelante y se aproximó a Ron tendiéndole la mano:

—Podéis contar conmigo —expuso con sencillez—. Y con mi hacienda y mis hombres. Combatiremos juntos esta amenaza. Y cuando todo esto acabe, recordad que Lord Brown fue el primero en tenderos la mano.

La reacción no se hizo esperar. Lord Brown, el repudiado, el extraño y huraño Lord Brown, se había adelantado a todas las casas. Había dado un salto al vacío que sus congéneres ignoraban si era un movimiento político o de corazón. Pero el efecto fue casi inmediato.

Una a una, las casas de Mil Ríos juraron unirse para conjurar la amenaza inmediata a la que se enfrentaban, y el pueblo estalló en vítores de alegría y cantos belicosos.

Ron fue alzado en hombros por el pueblo, y Pemberton no tardó en alzar el ajado pabellón de los estarostas en una pica para unirse a la fiesta.

—Al final parece que hemos conseguido poner al pueblo de nuestra parte —afirmó Lord Tyrol.

—De la suya —corrigió Pemberton, señalando a Ron que se perdía vitoreado entre la muchedumbre.

—Lord Brown... —susurró, sarcástico, Tyrol.

—Sí. Quién lo iba decir. Al final resulta que su actitud huraña no era más que una manera de mostrarnos su desprecio. Y ha resultado ser el único que ha sabido leer con rapidez lo que se necesitaba para unir al pueblo y salvar lo que podamos de nuestra tierra.

—Ha sido algo más que una maniobra política, milores —habló Kadros a sus espaldas, y estos se volvieron sorprendidos—. No hay que menospreciar un acto desinteresado de fe cuando se tiene a la vista. Aunque supongo que lleváis toda una vida aprendiendo a leer las dobles intenciones en todo cuanto veis, y ahora os cuesta limpiar vuestras miradas —los Lores enrojecieron, avergonzados como colegiales—. Aceptad un consejo... No urdáis ni

pergeñéis intrincados planes para conservar lo “que podáis de vuestras tierras”, como decís. Lo que está por venir cambiará el mundo para siempre, y vuestra tierra... ya no será la misma.

—¿Insinuáis que lo perderemos todo? —sugirió Pemberton.

—Al contrario... lo ganaréis todo —y, sin más, Kadros se esfumó mezclándose con la multitud y dejándolos a solas con sus pensamientos.

—Odio los acertijos —afirmó Tyrol apretando el puño.

—En algo estamos de acuerdo, entonces —respondió el otro.

Se disponían a retirarse, cuando Lord Pemberton se percató de la presencia de Varley en las cercanías. Recordando algo, lo apremió llamándolo a voces para hacerse oír por encima de la gente.

—¡Detective! ¡Detective!

Divertido al escuchar utilizar aquel término para referirse a él, Varley se abrió paso a codazos hasta alcanzar al noble. Cuando estuvo junto al mismo, Lord Pemberton dijo:

—Todavía no respondisteis a mi primera pregunta.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Cómo entrasteis en Mil Ríos, burlando las guardias y patrullas?

Varley palmeó en la espalda a Lord Pemberton como si fueran amigos de toda la vida que se dispusieran a compartir unos picheles de cerveza.

—Si te lo dijera, amigo, no lo creerías.

XXXI

LA ESCALA

Algo muy dentro de su ser suplicaba que no lo hiciera. Pero su alma era como un náufrago que grita en una isla desierta.

En su fuero interno, en algún recóndito lugar de aquel cuerpo donde ahora vivía encerrado, sentía que sus labios se movían, pero estos no articulaban palabra. Tenía pensamientos, emociones. Albergaba odio, rabia, desesperación, tristeza, pero nada de esto trascendía o se expresaba a través de su rostro.

Era un esclavo, un prisionero, un rehén de aquel ser que se había adueñado de su voluntad y que ahora lo controlaba.

Asistía a sus propios actos y todas sus palabras como un mero espectador, contemplando desde fuera cuanto sucedía, pero permaneciendo dentro y observando con sus ojos. La sensación era similar a aquella que afirman algunos haber experimentado al morir, cuando sus almas abandonan sus cuerpos y pueden contemplar desde fuera el cascarón que dejaron atrás. Con la diferencia de que el muchacho no podía dejar atrás el cascarón que habitaba.

Rabioso, sentía que arañaba por dentro su propia piel tratando de escapar; daba órdenes a su cerebro, golpeando sus costillas desde el interior, en un vano intento de abrir la caja torácica y huir. Pero nada de aquello funcionaba, y su cascarón, controlado como una marioneta, como un autómeta, hablaba e interactuaba con el resto del mundo a expensas suya.

En ocasiones se encontraba prisionero de aquella inexplicable soledad, viendo rostros conocidos a su alrededor y clamando en el vacío:

«¡Ayudadme!»

Pero cualquier intento por su parte de suplicar ayuda, venía siempre seguido por una macabra risa, que pretendía sonar como la de su padre, pero que ya no ocultaba su verdadero origen.

«¡Sigue gritando al vacío, como hará muy pronto toda la humanidad! ¡Nadie puede ayudarte! ¡Nadie vendrá a ayudarte!»

Horrorizado, vio su propia mano moverse veloz para capturar algo del suelo. Estrechándolo entre sus dedos, sintió que era peludo e hirsuto. Aquella cosa se movía nerviosa entre sus garras y parecía querer defenderse.

El asco y el espanto lo hicieron marearse cuando se llevó a la boca la araña y la masticó, haciéndola crujir entre sus dientes, saboreando cada matiz de sus jugos y sintiendo sus duros pelos rozándole la lengua.

«Come muchacho. Tienes que alimentarte».

La risa de Piro resonó dentro de su ser como el eco de una oscura caverna.

* * *

Había improvisado un vendaje lo mejor que pudo. La herida del muslo la torturaba desde hacía varios kilómetros, y el hecho de tener que apresurarse no hacía sino abrir más y más el corte de su pierna.

Clovis marchaba delante abriendo camino, observando cada recodo y cada arbusto como un perro de presa; desconfiando de cada árbol caído en el camino, y recorriendo el cielo con los ojos cada pocos minutos si percibía un cambio en el viento, o un olor que no reconocía.

Marthia lo observaba y no podía evitar sentirse satisfecha. En el fondo, era gracias a su entrenamiento que aquel hombre era tan metódico. Y era gracias a su entrenamiento que todavía estaban con vida.

Se apoyó de nuevo sobre la espada que había robado, y utilizándola a modo de muleta, cojeó un par de pasos en su dirección antes de caer al suelo exhausta.

—¡Te tengo! —exclamó Clovis, ayudándola a caer de una manera más ortodoxa.

Marthia golpeó el suelo con las rodillas, y finalmente cayó de culo sin el menor deseo de volver a levantarse.

—Deberías continuar —dijo ella—. No hago más que retrasarte y no sabemos de cuánto tiempo disponemos. Si existe alguna oportunidad de que salves el pellejo, esa pasa por dejarme aquí y correr.

—Tal vez debería... —asintió Clovis, mientras Marthia se recostaba sobre la hierba—. Quédate aquí. Enseguida vuelvo.

Durante unos minutos la antigua caudilla deseó que aquel estúpido le hubiera hecho caso. Aceptó sin remordimientos el hecho de que la idea de abandonarla había sido suya y saboreó el olor de la hierba fresca y la brisa.

No era la peor forma de morir.

Eso pensaba al menos, hasta que el olor del humo y el sonoro chisporroteo de un árbol cercano la hizo despabilarse.

Entrando y saliendo de un débil estado de consciencia, y entreviendo lo que sucedía más allá, atinó a vislumbrar a un hombre que portaba una antorcha y la sacudía bajo las ramas de un árbol.

¿Qué haría aquel imbécil? Estaba provocando un montón de humo. ¿Acaso pretendía prenderle fuego al resto de la Escala?

No supo nada más hasta que abrió los ojos dos horas después y se percató de que se había quedado dormida, o más bien inconsciente.

Lentamente, se removió en su improvisado lecho de hojas, el cual no recordaba haber fabricado, y lo primero que vio fue un cálido fuego sobre cuyas brasas se asaban un par de peces.

El olor que arrastraba el aire hasta ella era delicioso, y su estómago rugió insatisfecho, recordándole lo mal que lo había tratado en los últimos tiempos.

Entonces, apareciendo entre la oscuridad de dos frondosos árboles, surgió Clovis cargando un hatillo de ramitas secas.

—Veo que has despertado —señaló su compañero, mientras se agachaba para alimentar el fuego, para lo cual alternaba breves soplidos acompañados con una ramita que removía las brasas; así permitía que las llamas tomaran aire.

Marthia se acodó en el suelo y lo miró con aire confuso, todavía algo cansada por la pérdida de sangre y las privaciones.

—¿Qué... qué has hecho?

—La cena, un par de percas. Especiadas con lo que sea que crece por

estos lares.

—No, no —dijo ella, llevándose la mano a la cabeza y reparando entonces en el cuidado vendaje de su muslo—. Me refería a esto —se señaló las curas.

—Ah, eso —dijo él sin darle importancia—. Supervivencia. Deberías haberme dicho que el corte era tan profundo. Creía que no era más que un arañazo.

—¿Cómo? —preguntó sin más, y Clovis respondió.

—Sencillo. Primero busqué una colmena. Después espanté a su nutrida prole con humo.

Marthia cabeceó recordando aquellas imágenes inconexas que carecían de sentido. Clovis prosiguió.

—El resto fue sencillo. Extraer unos panales, exprimir la miel, hervirla bien hasta convertirla en una pasta, y tras limpiar lo mejor que pude tu herida aplicarla sobre la misma.

Marthia asentía, incrédula.

—Y yo que pensé que eras un necio.

—Y lo soy. Pero entiendo algo de medicina de campaña. Como por ejemplo que la miel reduce la inflamación, evita la infección y favorece la cicatrización.

—Ya veo.

—Después solo tuve que vendarlo todo. Aunque tendrás que cambiar el vendaje de vez en cuando, no quiero estar buscando panales todo el día.

Marthia rio con ironía.

—Sí, será lo mejor, no sea que lleguemos tarde a nuestra cita —explicó, recordándoles a ambos que no sabían a donde iban, ni qué podían esperar.

Calladamente, se reunieron junto al fuego y devoraron las percas con fruición. Algunos frutos silvestres pusieron la guinda a aquel improvisado banquete.

—Tal vez deberíamos descansar un poco más —sugirió Clovis.

—Ya he descansado suficiente. Continuemos.

—¿Llegamos tarde a nuestra cita? —preguntó Clovis sonriendo.

Marthia cabeceó sin ocultar su pesadumbre.

—No, no lo creo —se volvió hacia él con ojos tristes—. Lo bueno de la muerte es su infinita paciencia. Siempre espera la muy hija de puta.

—Eso tengo entendido.

—Pero no quiero que me pille durmiendo, y por eso huyo. Siempre hacia delante, corriendo no sé muy bien hacia dónde, detrás de no sé muy bien qué.

Clovis comprendía perfectamente a lo que se refería. Sin dudar, preparó el escaso equipaje que llevaban y lo dispuso todo para partir.

—¿Vamos? —dijo al fin, como si en verdad tuvieran una cita con la muerte.

Su marcha fue lenta pero constante, y el terreno por el que avanzaban semejante a un cementerio en aspecto y silencio.

La tierra dejaba atrás la verde hierba y se volvía ceniza gris; los árboles raleaban, y cualquier sonido de pájaros, bestias u hombres brillaba por su ausencia. Parecían avanzar por un desierto desolado, asentado sobre lo que una vez fuera la isla media.

Dejaron atrás los humeantes restos del Harén, testigos silenciosos de los execrables hechos que habían tenido lugar allí.

Y así anduvieron sin oposición y sin testigos durante varias jornadas, evitando acercarse al Caldero, por temor a que todavía pudiera existir en el mismo una guarnición, pero también por precaución, no fuera que el enemigo, considerándolo un objetivo militar, lo atacara y les pillara en medio del fuego.

Claro que, dado el paisaje que contemplaban día tras día, cada vez se les hacía más evidente que en aquel terruño no había vida y que si ésta había existido alguna vez, hacía mucho que había emigrado a otra parte.

La herida del muslo mejoró notablemente y dejó de torturar a Marthia, que ahora caminaba con relativa normalidad y un sencillo vendaje. Cuando finalmente cosieron los bordes de la herida, una vez se aseguraron que la infección había sido revertida, Marthia se sintió llena de energía y con una cicatriz más.

—Otra costura más para la colección —suspiró—. Supongo que me hago vieja. Y menos mal, no sé quién iba a querer ver este cuerpo lleno de surcos y cicatrices.

—Bueno. Supongo que bastará con que no utilices falda.

Marthia se volvió hacia Clovis entre divertida y sorprendida.

—No tenía intención. ¿Te parece qué las circunstancias invitan a ello?

—No. En absoluto. Solo digo que una falda sería un cambio agradable para variar —sonrió.

—Ya —dijo ella mientras le arreaba un cogotazo con la mano abierta.

—¡Ay! —exclamó él, divertido.

—Para faldas estamos —concluyó ella sonriendo y mirando con los ojos al cielo como si hablara con un niño pequeño.

Anduvieron largo tiempo, dejando atrás las desoladas tierras de la isla media, batidas por un viento triste que tan solo daba vida al polvoriento suelo.

Así llegaron hasta los límites de la misma y alcanzaron la escala que descendía a la isla Nasciturus.

—Sabes que allí abajo tenemos más posibilidades de que nos maten que de otra cosa. ¿Verdad? —comentó Clovis.

—Probablemente. Pero el resto de la Escala está muerta. Si queda alguien con vida con quién hacer fuerza, o con quién matarnos a cuchilladas, claramente está allí abajo —afirmó Marthia.

—En eso no te falta razón.

—Y fíjate el terreno que dejamos atrás. Cuando comenzamos a caminar por él la hierba parecía bullir de vida, y conforme avanzábamos se volvía ceniza y toda vida desaparecía. No creo que quede siquiera un arroyo por aquí lo bastante ancho como para poder alimentarnos.

—¿Y las percas? —preguntó Clovis.

—No podemos volver atrás —dijo ella—. Y sinceramente, dime que el arroyo donde las cazaste no era más que un charco estancado a punto de secarse.

El soldado cabeceó a regañadientes. Como siempre aquella mujer parecía tener razón.

—No, amigo. Una vez puestos en camino debemos proseguir. ¿O acaso has cambiado de opinión? Te recuerdo que fuiste tú quién sugirió esta locura.

Negó con la cabeza y reanudaron la marcha.

No hablaron durante un buen trecho y por supuesto apenas respiraron cuando descendieron la rudimentaria escala que se había colocado entre ambas islas, sustituyendo a la firme y sólida que existía antes de la Batalla de

los Campos Rojos.

Pero Marthia percibía en Clovis una melancolía desde hacía varios días, para la cual no hallaba una explicación. Finalmente, una noche en la cual compartían el calor de un pequeño fuego, ella se animó a preguntar:

—¿Qué sucede?

—¿A qué te refieres? —preguntó él a su vez.

—A tu cara de seta arbórea. ¿Qué, si no?

Clovis calló agachando la cabeza y fijando la mirada en el fuego. Los dedos de las llamas jugueteaban en sus pupilas sin dejar traslucir sus pensamientos, pero su rostro hablaba de una gran preocupación.

—Supongo que me cuesta aceptar que todo cuanto tenía ha desaparecido —respondió al fin.

Marthia parpadeó varias veces sorprendida.

—¿Te refieres a la isla de las Matriarcas o a tu trabajo?

—Supongo que a todo.

Ella arrastró el culo por el suelo sin tomarse la molestia de levantarse, hasta que se acercó a él para observarle.

—Clovis... eras un esclavo, como todos los demás. ¿Cómo demonios ibas a echar de menos semejante vida?

—Porque es la única que he conocido —Marthia lo observó con lástima, en el fondo ella compartía su parte de culpa en todo aquello—. Te sorprendería lo pronto que se habitúa uno a los grilletes, siempre y cuando goce de alimento, cobijo y algo de tiempo para sí mismo.

—En eso solo puedo darte la razón —afirmó Marthia, reconociendo en ella misma yugos similares a los de Clovis—. Pero no creo que sea eso todo lo que te preocupa. ¿No es así?

El Siniestro sonrió de medio lado y la miró, contemplando su rostro iluminado a medias por la hoguera.

—Sigues siendo buena en lo tuyo, Marthia. Calas a la gente con una mirada y juzgas con rapidez. Y como es habitual en ti, no sueles equivocarte.

—Dime entonces. ¿Qué sucede?

—Nada —se apresuró a contestar.

Marthia retrocedió un poco quebrando la cercanía que habían

establecido, muy tentada de abofetearlo para hacerle escupir lo que fuera. Pero pensándolo mejor, una corazonada se ancló en su cabeza, y jugando su única baza se atrevió a preguntar al fin:

—¿Tú también lo has oído? —aquella pregunta hizo que Clovis la mirara petrificado y que se pusiera de pie en el momento.

—¿De qué me hablas?

—De qué va ser... de la Voz.

—¿Cómo... cómo sabes lo de la Voz que oigo? —Marthia sonrió.

—No lo sabía. Tan solo fue una corazonada. Y veo que estaba en lo cierto.

—¡Maldita sea! ¿Por qué me haces esto? —preguntó Clovis, enfadado.

—Porque yo también la he oído —el soldado se detuvo en el acto mirándola incrédulo—. Sospecho que todo el mundo la ha oído. Creo que era un mensaje para todos, sin excepción.

—Yo... pensé que me estaba volviendo loco.

—Quizá exista alguien que desea que pensemos eso.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Bueno. ¿Te acuerdas de aquella niña tan agradable que encontramos en el camino, la que resultaba estarse alimentando de los caídos y no limpiándolos con sus lágrimas?

—¿Cómo olvidarlo? —respondió sintiendo un escalofrío muy real al recordar aquel rostro hecho jirones.

—Esa niña... me visitó en mi encierro en la Balanza —Clovis abrió la boca sin saber qué decir, de manera que ella continuó—. Me enseñó cosas, me dijo cosas. Me hizo desesperar, renegar. Me hizo ver más de lo que desearía. Pero, en medio de todo, algo seguía diciéndome que mentía, que aquella niña no podía saberlo todo ni verlo todo, que de alguna manera se equivocaba.

—¿En qué?

—Pues para empezar en cuanto a mí. Yo soy su primera equivocación, pues no estoy muerta. Y en cuanto al resto, aunque la Escala en efecto haya caído, creo que tan solo dijo lo que mi cabeza necesitaba escuchar para terminar de desviarse por completo. Pero apareciste tú. ¿Cómo no pudo saber algo así, si tanto pregonaba?

—No lo sé.

—Y entonces, el otro día, entré en una especie de parálisis. Como un éxtasis. Pensé que te darías cuenta.

—En absoluto, yo debía de estar sumido en el mío propio.

Ella continuó.

—Todo pareció detenerse a mi alrededor. Y escuché la Voz. Oí su amenaza, su ultimátum. Pero como no hiciste comentario alguno, lo dejé pasar mientras lo rumiaba. Yo ya había tratado con Reflejo recientemente. Resultaba obvio que aquella Voz y aquella niña forman parte de un todo. Así que en esto pensaba, mientras tú sencillamente te ibas sumiendo más y más en la apatía y la desesperación, cumpliendo con los deseos de ese monstruito de alguna manera. De modo que se me hizo evidente que estabas cambiando, y solo pude sacar una conclusión lógica para ese cambio tuyo.

—Que había escuchado las mismas palabras que tú.

—En efecto —asintió ella.

—Increíble. ¿Y todo eso lo has deducido por mi expresión?

—Fue una corazonada, o un farol, llámalo como quieras.

—¡Mujeres! —suspiró.

—También podrías llamarlo así, por supuesto.

Se miraron durante un rato sin saber qué decir. La gravedad de aquellas revelaciones era inabarcable para Clovis.

—¿Y por qué? ¿Por qué iba a hablarnos a todos individualmente, cuando era una amenaza común? —preguntó.

—He pensado mucho en ello, y solo puedo suponer una cosa. Quien sea que nos hablara quiere mantenernos divididos y aislados. Separarnos entre nosotros. Hacer que incluso entre madre e hijo se guarden secretos, que entre marido y mujer se establezca silencio, o que aquellos a los que queremos nos despierten recelo.

Clovis la miró una vez más sonriendo con ironía.

—Vaya... —dijo, pensando en la última frase de Marthia.

—Vaya ¿qué?

Repentinamente Clovis se puso en guardia y desenfundó su espada, gesto que imitó automáticamente Marthia sin pensar. Alarmados, clavaron los ojos en la oscuridad mirando a un lado y a otro con frialdad.

—¿Qué sucede? —susurró ella.

—¿Recuerdas eso que decías sobre que esa Voz quiere aislarnos y que nos sentimos solos? —ella asintió—. Pues le funciona de pena, no estamos solos. Hay alguien entre esos árboles de más adelante. Y creo que nos están apuntando.

* * *

El muchacho caminaba delante de ambos, y el gigante y el tabernero apenas si intercambiaban alguna mirada.

Ninguno decía nada en absoluto, pero ambos observaban. Día tras día, noche tras noche. Claro, que no disponían de tiempo para observar eternamente; en algún momento habría que tomar una decisión.

—No entiendo por qué nos has hecho aparecer aquí —espetó Lucius mirando con severidad a Torgund—. No me mires así. Estamos en lo que vulgarmente se conoce como el culo del mundo; sé muy bien, porque lo he probado en mis carnes, que esa espada Kaimu tuya podría habernos dejado allí donde íbamos, sin problema. Pues sabes perfectamente a donde nos dirigimos. Y sin embargo... ¡Puff! —dio una palmada para remarcar su perorata—. Aquí estamos. En medio de ninguna parte.

El Kaimu siguió andando sin responder a sus provocaciones. Lucius aceleró el paso para ponerse a la altura de sus largas zancadas.

—Puedes ignorarme todo lo que quieras, Torgund. Pero a él —señaló a Sarmiento, que trastabillaba veinte metros por delante de ellos— no podrás ignorarle por mucho más tiempo.

Torgund se revolvió cogiendo por la pechera al tabernero, clavándole los ojos con furia.

—¡Venga! ¡Vamos! Dime que me equivoco —lo invitó Lucius; estaba exaltado, pero trataba de mantener un tono de voz que Sarmiento no pudiera escuchar.

Torgund le soltó la ropa rezongando:

—Necesito tiempo.

—Ya... ¿quién no? —comentó Lucius, arreglándose la chaqueta—. Pero no sé si ese chico te lo concederá. A mí me parece que cada día que pasa va de

mal en peor, amigo.

—Lo sé. Cuando encontremos a los supervivientes de la Escala... entonces creo que, según lo que suceda... —el gigante agachó la cabeza—. No estoy seguro de lo que tengo que hacer —concluyó.

—Y tampoco creo que quieras hacerlo, por lo que veo; aunque ignoro qué es lo que tramás.

—No sabes cuánta razón tienes, tabernero. Ojalá pudiera explicártelo con una jarra de cerveza entre nosotros.

Lucius rebuscó entre sus bolsillos interiores, refugio de pelusas, cachivaches, calderilla y...

—¿Una petaca? —preguntó Torgund.

—Reserva personal, amigo. Ni una palabra a ese ajumado de Varley.

—Descuida, no le diré nada a mi colega dipsómano —aseguró Torgund, que descorchó la petaca y apuró un largo trago, sintiendo cómo le embriagaba un agradable calorcillo.

Colocó el corcho en su sitio, exhalando un suspiro de satisfacción, y se la devolvió a Lucius.

—Y ahora supongo que querrás que te cuente de qué va todo esto, ¿no?

—En absoluto —respondió Lucius, cortante.

—¿Cómo?

—Que me importa un bledo. Lo único que quiero es que te centres, porque si sé una cosa a ciencia cierta es que lo que sea que tengas que hacer con Sarmiento... yo no puedo hacerlo.

Torgund asintió agradecido y le estrechó la mano a Lucius.

—Gracias.

—Hablando lo cual... —añadió Lucius, liberando la enorme mano que engullía sus dedos—. ¿Dónde diablos se ha metido ese chico?

Alarmado, Torgund miró en derredor. Reprimió una sonora blasfemia, cosa que no habría sido propia en él aunque la situación la pidiera a gritos, y echó a correr a largos trancos siguiendo las huellas de Sarmiento.

Pronto alcanzó el rastro cuando se perdía en el interior de un claro de árboles. Apresurados, lo siguieron, y no tardaron en encontrar a Sarmiento acucillado en medio del descampado.

Lentamente, se acercaron hasta casi poder rozarle la espalda, que desde

aquella posición les recordaba a una jorobada.

Un extraño sonido de tierra removida llegaba hasta sus oídos, y con lentitud, Torgund y Lucius rodearon al chico hasta situarse delante suyo.

Lo que vieron los dejó sin palabras durante más tiempo del que hubieran deseado.

Sarmiento se encontraba en medio de un extraño símbolo estelar que había dibujado en la tierra con sus dedos. Y en aquel recogimiento huraño, acuclillado y jorobado, arañaba el suelo enloquecidamente y con tanta violencia, que se había arrancado ya todas las uñas de las manos y sangraba profusamente por la raíz de los dedos.

Lucius y Torgund se agacharon y le aferraron los brazos, pero él se debatía desesperadamente por seguir arañando el suelo. Cuando se fijaron detenidamente, observaron que, entre los arañazos ensangrentados del suelo, había escrito un sinfín de runas y caracteres desconocidos, para los cuales no tenían explicación.

Lo levantaron del suelo, y Sarmiento se revolvió con una fuerza sobrehumana que por poco no los hizo caer, hasta que finalmente Torgund hizo valer su ancho pecho y lo retuvo con todas sus fuerzas.

—¡Tranquilízate, chico!

Sarmiento respondió articulando más palabras por minuto de las que nadie creería posible. No hablaba, era más bien un torrente desbordado e imparable, ininteligible.

Era evidente que decía algo: emitía palabras, pero ni Torgund, ni Lucius podían entender nada de cuanto decía. Aquella lengua les era completamente desconocida.

En vista de que la situación no mejoraba y de que Torgund no tomaba una decisión, fue Lucius el que se aproximó a Sarmiento; este le clavó en los ojos una mirada odiosa como no había visto antes, ni vería. Sin dudarlo, el tabernero le descerrajó un fuerte golpe en la cabeza con una piedra y el chico cayó al suelo inconsciente.

Ninguno de los dos intercambió más que miradas. Pero eran elocuentes.

Los ojos de Torgund decían:

«¿Qué has hecho?»

Los de Lucius respondían:

«Vas a tener que tomar una decisión».

* * *

Estaba oscuro. Su visión no alcanzaría más allá de los quince metros, pero su instinto de soldado seguía diciéndole que allí había alguien. Y, o mucho se equivocaba, o Marthia percibía lo mismo; a pie firme, con las piernas bien abiertas y plantadas en el suelo, enarbolando su espada y esperando un ataque.

Tanto ella como Clovis contenían el aliento. El viento les agitaba los cabellos, y los rescoldos de la hoguera descuidada palpitaban con lentitud, avisando que muy pronto se apagarían.

—¿Amigos? —susurró Clovis preguntándole a Marthia por encima del hombro, pero sin perder de vista su campo de visión.

—Si les atizamos ahora, desde luego ya no lo serán —afirmó ella.

—¿Y qué sugieres?

Marthia se mordió el carrillo rebuscando la respuesta pero sin encontrarla. Habían venido hasta tan lejos con la estúpida idea de juntarse con algún otro grupo de desgraciados, y ahora que al fin lo encontraban su primera reacción era ponerse en guardia.

Pero con los tiempos que corrían, ¿quién no se pondría a la defensiva a la menor sospecha?

—¡No tenemos intención de pelear! —gritó al fin. Y decía la verdad. Ninguno de los dos estaba por la labor.

—¡Nos gustaría creer que dices la verdad! —exclamó una voz desde los árboles—. Pero hemos tenido malas experiencias con mujeres antes, como podrás suponer.

—¡Salid para que podamos hablar! —propuso Marthia.

—¡Acercaos vosotros si queréis! —respondió la voz desde la protección que le proporcionaba la arboleda.

Marthia se mordió la lengua para no gritar. Le exasperaba aquella situación, pero sabía que en su caso ella habría hecho lo mismo.

Clovis empuñó con más fuerza la espada y asentía mirando a Marthia, dándole a entender que tan solo esperaba una señal suya para cargar al asalto.

Pero ella se lo pensó dos veces antes de actuar de manera precipitada.

—¡No parece que así vayamos a conseguir nada!

—No, en efecto —repuso la voz—. ¡Siempre podéis volver por donde habéis venido!

Clovis dio tres pasos hacia delante deseando defenestrar a aquel pícaro, pero Marthia lo retuvo.

—Tranquilo, baja el hierro ese y escucha. Así no vamos a conseguir nada. Y nosotros dos solos no duraremos mucho si, como temo, la situación está por empeorar. Necesitamos toda la ayuda que seamos capaces de encontrar y no enemistarnos con nuestros posibles aliados.

Clovis asintió, aunque rezongaba y sacudía la cabeza con disgusto.

—Muy bien. Tú mandas.

Marthia le sonrió mientras le pasaba una mano por la mejilla, y él levantó la mirada sorprendido.

Sin dejar de mirarse, ella habló de nuevo hacia la arboleda:

—¡Tú ganas! ¡Salimos desarmados!

Con las manos en alto, se aventuraron hacia la espesura, y mientras avanzaban se despojaban de cualquier arma u objeto que pudiera ser considerado como una amenaza.

—¡Ya es suficiente! —exclamó el desconocido—. Hablaremos desde ahí.

El interlocutor se adentró entonces en la escasa luz nocturna, abandonando la seguridad de la oscuridad que le proporcionaba su refugio. La tenue penumbra era suficiente para distinguir las siluetas de unos y otros, pero a duras penas los rasgos de un rostro.

—Bien. Ya estamos cara a cara. Hablad.

Marthia dio un toquecito tranquilizador a Clovis en el antebrazo para que la dejara hablar a ella.

—Gracias... nosotros... venimos de la isla de las Matriarcas. Somos fugitivos.

—Un largo camino —afirmó el hombre.

—Así es. Nuestro único propósito es encontrar otros supervivientes como nosotros y como vosotros, para hacer frente común...

—¿Y seguir librando las batallas que las mujeres no se atreven a librar

por sí mismas? —interrumpió el hombre.

—No... no más batallas. No si no las escogemos libremente... Nuestro único propósito es sobrevivir.

De pronto se escuchó un murmullo entre los árboles, un cierto revuelo que fue en aumento. Cuchicheos y voces pidiendo silencio, hasta que una nueva voz exclamó en la oscuridad:

—¡No me jodas! ¡Es ella!

Marthia pensó por un instante en echar a correr, darles la espalda, y apostarse la vida a una sola carta, pero se contuvo y esperó a ver cómo se desenvolvía aquella madeja.

—¡Silencio! —exclamó el hombre hacia los árboles.

—¡Pero si es ella! ¡Es la caudilla de la Escala!

Clovis dio un paso al frente y se interpuso entre cualquier posible peligro y Marthia, hinchando el pecho de tal modo que parecía mucho más grande de lo que realmente era.

—¡Y el sargento Clovis! —exclamó una tercera voz.

Ambos pensaron que su trayecto terminaba allí, a manos de una banda de renegados resentidos que los despellejarían por puro divertimento.

Pero las dos voces que habían hablado avanzaron hacia ellos y se acercaron con seguridad y sin dudar, hasta que estuvieron tan cerca que podían tocarse.

Marthia se quedó muda de asombro, mientras que Clovis trataba sin éxito de volver a cerrar la boca.

Se observaban los rostros unos a otros sin saber qué decir; Marthia se mordía el labio como si contuviera algo que quería escupir, pero que no debía expresar.

Fue ella la que finalmente avanzó hacia los dos hombres, mientras todo alrededor de aquel cuarteto permanecía en suspenso.

Marthia sonrió primero a uno y después al otro, hasta que en un arranque de simpatía les tendió la mano. Ambos hombres se miraron entre ellos confundidos; aquella actitud por parte de Marthia les resultaba desconocida.

Encogiéndose de hombros, el primero estrechó la mano que le tendían, momento que aprovechó Marthia para tirar del mismo hacia ella y clavarle la

rodilla en la entrepierna.

—¡Pero qué...! —tuvo tiempo de exclamar el segundo, mientras veía rodar por el suelo a su compañero y a su vez lo acompañaba instantes después, tras recibir un sonoro rechazazo en la mandíbula.

—¡Quietos! —ordenó el que hubiera hablado en primer lugar, antes de que aquellos dos intervinieran.

Clovis y Marthia levantaron las manos en señal de paz. De entre los árboles aparecieron media docena de hombres armados que, amenazantes, se sumaron a la improvisada fiesta.

—¡No os mováis! —repitió, mientras hacía señales para que los rodearan y prendieran.

Haciendo aspavientos desde el suelo, los dos hombres caídos comenzaron a reír, para desconcierto de sus compañeros, que alternaban miradas entre los atacantes y los agredidos.

—¡Esta sí es la Marthia que recordaba! — rio el primero, mientras Clovis le ofrecía la mano y le ayudaba a incorporarse. Marthia por su parte asistió al otro, que todavía se colocaba los dientes.

—¿Os conocéis? —preguntó el que parecía dirigir aquel grupo.

—Pues claro —afirmó uno de ellos—. Esta de aquí es Marthia, caudilla suprema de la Escala —añadió burlesco.

—Eres un capullo Rogto —respondió Marthia.

—Y este tipo de rostro hierático y momificado es el exsargento Clovis, amigo, desertor y grandioso virtuoso de la espada de dos manos.

—Hola Safiro —saludó Clovis sin emoción.

Rogto y Safiro se volvieron hacia el cabecilla.

—Ella era nuestra comandante. Dirigía nuestra escuadra; era ¿cómo diría?... una buena jefa. Dura, pero justa. Nada que ver con esas perras a las que estábamos acostumbrados.

El cabecilla se aproximó a ellos.

—Bueno, si prometen no volver a pegaros, o no pegar a nadie más, pueden quedarse —ofreció, tendiéndoles la mano con una sonrisa. Estrechó la que le devolvía Clovis y aferró un instante la de Marthia que, apretándosela con fuerza, la retuvo allí un instante.

—Yo te conozco —comentó ella, escudriñándole con la mirada—.

Trabajabas para la madame, ¿no es cierto?

Como el hombre apretaba los labios y recelaba de responder, Marthia añadió:

—Trabajabas para Garena... era una buena mujer —y tras pensarlo mejor—. Posiblemente la última mujer auténtica que nos quedaba.

Sus palabras parecieron surtir el efecto deseado y el hombre se presentó:

—Me llamo Xifo. Y sí, trabajaba para Garena; y sí, era más una madre para mí que una madame.

—Encantados Xifo. ¿Estás tú al mando? —preguntó ella

—Si quieres llamarlo de esa manera... vale, estoy al mando. Pero la realidad es que no hay mando alguno y que cada cual va un poco por libre. Los que me acompañan son aquellos que he conseguido reunir y que están dispuestos a hacer fuerza, al menos para sobrevivir.

—¿Y los demás? —quiso saber Clovis.

—Mayormente divididos... pero venid.

Invitados por sus nuevos amigos, se adentraron en la espesura. A unos pocos cientos de metros, aquel grupo había establecido un asentamiento rudimentario, pero hogareño.

Pronto estuvieron todos reunidos junto al fuego, compartiendo anécdotas e intercambiando noticias sobre todo cuanto había sucedido, de manera que al poco podían reconstruir los sucesos de las últimas semanas sin demasiada dificultad.

—De manera que os obligaron a declarar contra vuestra comandante —concluyó Xifo.

—Así es —aseveró Rogto arrepentido—. Tal vez por eso terminamos aquí, desertando de todo cuanto conocíamos. Lo que me recuerda que todavía no nos hemos disculpado... —y volviéndose hacia Marthia acompañado de Safiro, añadió—. Lo siento Marthia... nunca debimos ceder a sus chantajes —ambos agacharon la cabeza verdaderamente arrepentidos.

—Eso es ya agua pasada, chicos —respondió ella, quitándole importancia—. Además, está todo perdonado; a ti te he convertido en mujer de una patada, y a ti te he dejado más guapo con ese guantazo —Safiro rio, llevándose la mano a la mejilla todavía amoratada.

Xifo se acercó al oído de Clovis y le susurró:

—No sé si preguntarte cómo te perdonó a ti.

—Me partió la cara —respondió con sencillez; aunque lo que verdaderamente guardaba en su corazón era el tacto de sus dedos ronzándole la mejilla.

—Pero volviendo a la cuestión —prosiguió Marthia—. ¿Cuál es la situación?

Fue el turno de Xifo para incorporarse, dejar a un lado la escudilla con algunos huesecillos, y hablar con una autoridad que nadie habría esperado de un eunuco que hasta hacía poco tiempo habitaba en el Harén.

—Cuando la Escala cayó, la mayoría de la gente, el pueblo y los escasos supervivientes que restaban entre Amazonas y Siniestros, corrieron a refugiarse en la isla media, pero allí la tierra padece algún tipo de enfermedad que la ha hecho marchitarse en cuestión de días.

—Sí, hemos visto esa enfermedad de la que hablas. No hay nada habitable, o comestible en la isla media —corroboró Clovis.

—Así es —continuó Xifo—. De tal manera que la única opción era bajar hasta aquí, hasta la isla de los Nasciturus; pero sabiendo el pasado reciente y las rencillas pendientes existentes entre el ejército y los libertos Nasciturus... era obvio que pensarán que refugiarse aquí sería su última opción.

—Y aun así algunos lo hicieron —sugirió Marthia.

—Sí, en efecto —asintió Xifo—. Tenemos algunos Siniestros y algunas guerreras Amazonas entre nosotros.

—¿Y Matriarcas? —preguntó Clovis.

—No sabemos de ninguna que haya salido con vida de la hecatombe.

Todos asintieron, recordando el fuego que cayó del cielo barriendo la isla de las Matriarcas.

—De manera que —prosiguió— aquellos que no quisieron probar suerte con nuestra capacidad de perdonar, optaron por hacerse firmes en sus errores y juraron lealtad a un nuevo señor.

—¿Qué quieres decir?

—Se han unido a las fuerzas de Mundo Antiguo, han jurado lealtad a esa divinidad oscura que llaman Baashamel, y se acantonan con su ejército

preparando el próximo movimiento —terminó Xifo.

—¿Crees que volverán contra nosotros? —sugirió Rogto.

—Lo dudo mucho —afirmó Marthia pensativa—. No merecemos el esfuerzo. No, esta gente tiene planes más grandes que una pandilla de zarrapastrosos como nosotros.

La mujer golpeó el suelo con el puño sin ocultar su frustración.

—Y me encantaría poder frustrarlos de alguna manera. ¿Qué hay del resto? ¿Qué pasa con los Nasciturus?

—Sí, en cuanto eso... —respondió dudoso Xifo— están muy divididos. Es la primera vez en años que ven una posibilidad de vivir en paz, ajenos a lo que suceda fuera de sus fronteras; es la primera vez que se hacen dueños de su libertad, y me da la impresión de que no saben cómo manejarla.

—La libertad sin orden deriva en caos —añadió Clovis, y Xifo asintió.

—Sí, durante años lucharon como dementes por conseguirla, y ahora... no saben ni qué hacer con ella.

—¿Y tú sí? —apostilló Marthia—. Al fin y al cabo, tú también estabas sometido.

El eunuco se volvió hacia ella.

—Muy cierto, pero como ya dije... Garena era algo más que una madame para mí. Me adoptó, me formó, me proporcionó una educación que se le habría negado a cualquier otro varón, y clandestinamente me permitió leer textos proscritos obligándome a pensar. Me enseñó a luchar primero con esto —se dio unos golpecitos en la cabeza con los dedos—. Para después hacerlo con esto —se palmeó el corazón con la mano.

—Vaya —sonrió sarcástico Safiro—. A nosotros nos enseñaron a pelear primero con esto —desenfundó su espada—. Y después con esto —se llevó una mano hacia la entrepierna apretándose los testículos.

Marthia le descerrajó un cogotazo que lo hizo soltar una carcajada.

—¡Oye! —se quejó él—. Que es lo que me han enseñado.

—Entonces, quizás sea mejor que sea Xifo quién esté al mando y no tú, pedazo de batracio.

Rieron todos distendidamente y siguieron compartiendo la comida, la bebida, el tiempo y la vida. Por primera vez en años, sintieron que la comida sabía distinta, la compañía resultaba agradable y en la vida había esperanza.

Cuando ya todos dormían y se habían acomodado, Xifo paseaba a solas con Marthia por el campamento, hablando de todo cuanto los agobiaba. Ambos compartieron, a petición de Marthia, sus puntos de vista sobre la Voz que, ahora sí, sabían ya con certeza todo el mundo había escuchado.

—Tenemos que hacer entender a todo el mundo la amenaza a la que nos enfrentamos —explicaba ella.

—Será difícil unirlos.

—Debemos intentarlo. No dejaré que mis pesadillas se extiendan al resto del mundo.

—Estoy de acuerdo. No sé qué podemos hacer tan pocos contra algo tan grande, pero te prometo que lucharemos juntos en esto. Necesitamos tu energía y tu liderazgo Marthia; los hombres están divididos, pero si nos mostramos unidos, Siniestros, Amazonas, Nasciturus... quizá tengamos una oportunidad.

Ella apoyó la mano sobre el hombro de Xifo sintiendo un placer inesperado en verse rodeada de gente en la cual confiar desinteresadamente, no por jerarquía, y no por el mando. Solo por lealtad y por valores.

—Entonces ¿cuál es tu plan? —quiso saber Marthia al verlo tan decidido.

El eunuco la miró con los ojos turbados ante aquella pregunta.

—Esperaba que tú me lo dijeras.

Marthia se adelantó unos pocos pasos y alzó la vista al cielo buscando las estrellas que recordaba de su infancia, pero las estrellas ya no estaban allí. Al igual que las respuestas a aquella pregunta, una espesa y oscura alfombra de nubes las cubría, sin que el ojo humano pudiera discernir su presencia.

Pero, aunque no pudiera verlas, Marthia sabía que estaban allí.

¿No era eso en lo que consistía creer?

XXXII

MUNDO ANTIGUO

Aquel que dirigía la oración lo hacía con pasión:
—*Mas Él fue herido por nuestra falta de convicción, molido por nuestra incredulidad; el castigo de nuestra guerra fue sobre Él, y por sus heridas fuimos nosotros elegidos.*

«¡No tememos a la Voz, porque la Voz está con nosotros!»

Rezaban en el templo, a coro, todos los fieles, y volvían a repetir la antistrofa cada vez que el director alzaba la palabra:

«¡No tememos a la Voz, porque la Voz está con nosotros!»

El quinto rezo del día estaba a punto de concluir, y la muchedumbre se había reunido para humillarse ante Baashamel.

Cientos de creyentes permanecían postrados sobre el suelo, con las cabezas escondidas entre sus manos, mientras recitaban sus oraciones como un mantra.

En Mundo Antigo el contenido de la letra carecía de relevancia, y lo que predominaba era la letra en sí. No tenía valor que los textos sagrados pudieran ser interpretados, porque la interpretación no existía en Mundo Antigo, solo la letra. Y cualquiera que se desviara de la letra era reo de muerte.

Así la oración se convirtió en recitación, la recitación en asimilación, y finalmente en convicción. No había espacio para el sentimiento, la emoción, o la comunión con su adorado Baashamel. Una vez más, lo único que tenía importancia era el conocimiento estricto de todo cuanto decían los textos sagrados legados por el Enviado.

Y así hasta cinco veces al día.

El Khalifa Amr presidía aquella sacra reunión y ocultaba su rostro entre las manos como cualquiera de ellos; sin embargo, no pasaban desapercibidos para su aviesa mirada los movimientos incómodos de uno de sus Sunnas.

El poderoso, el bravo Taruk se removía incómodo durante la oración, como si un abrojo hubiera quedado prendido en su ropa interior.

¿Qué podía ser lo que atribulara de aquel modo a tan fiero guerrero?

¿Quizá la culpa? ¿Tal vez el remordimiento? ¿Quizá fuera la nueva catástrofe provocada por sus hombres, con la reciente explosión de la Cascada?

De tal manera se cuestionaba Amr, mientras recitaba a la perfección sus oraciones sin errar una coma.

Pero cuando la monótona cadencia de vacías peticiones llegaba a su fin, el Khalifa escrutó con descaro al Sunna, y la semilla de la duda arraigó en él.

Reconocía esa mirada en sus ojos. No era remordimiento. El remordimiento era una lacra inadmisibile, por supuesto, pero podía comprenderse que un hombre tan fogueado como Taruk padeciera en ocasiones semejantes dudas.

Tampoco era culpa. La mirada de Taruk no reflejaba los pensamientos atormentados de quien se siente culpable por actos que no puede olvidar.

No. En aquella mirada el Khalifa leía algo más.

Leía traición.

El Sunna Taruk se incorporó del rezo, y enrolló la esterilla de fibra vegetal que le acompañaba cada vez que se postraba ante su dios.

Entonces levantó la mirada y sus ojos se cruzaron brevemente con los del Khalifa, que parecían estarlo taladrando, ceñudos.

Inquieto, desvió la mirada y salió apresuradamente de allí.

El Khalifa apretó los dientes mientras se mesaba la barba. Sí, aquel hombre traslucía traición. Puede que no conscientemente, pero la fortaleza de su espíritu estaba asediada por pensamientos, que muy bien podrían terminar por derivar en abierta traición.

Sin esperar un minuto, hizo llamar a uno de los pequeños y menudos niños que le servían haciendo las veces de espías, correos, o para calentar su cama.

Revolviéndole el ensortijado pelo le habló al oído, y el infante partió con premura tras el Sunna.

Taruk, por su parte, tenía muy claro hacia dónde se dirigía. Llevaba tiempo reflexionando sobre ello. Deseaba dar con las respuestas que buscaba, antes de que todo el ejército estuviera listo para partir y se viera envuelto de nuevo en la vorágine del combate, que apenas dejaba tiempo para pensar.

Así, sus pasos lo llevaron hasta la antigua biblioteca, un lugar vedado para cualquier habitante de Mundo Antiguo, pero que los Sunnas y el mismo Khalifa podían consultar en ocasiones, si con ello servían mejor a la causa.

No es que fuera una gran biblioteca, de hecho a duras penas podía considerarse una librería, pero contenía el poco saber que se conservaba de tiempos pretéritos.

Taruk había visto el sol caer del cielo arrasando una isla flotante y otros hechos igualmente sorprendentes que rebullían en su cerebro, haciéndole pensar que la presente guerra era, en efecto, un duelo entre dos voluntades ajenas al devenir del hombre, tal y como insinuó el Khalifa tiempo atrás.

Pero una única cuestión lo atormentaba. Siempre creyó que para combatir a su enemigo debía conocerlo. Y ahora se enfrentaba, probablemente, a la peor amenaza a la que se había visto encarada su tierra. ¿Y qué sabía del enemigo de Baash?

Nada.

El mismísimo Khalifa había reconocido, tanto pública como privadamente, la existencia de otras fuerzas que dieron forma al mundo. Y contra esas fuerzas eran puestos a prueba en aquella su última batalla.

Así, Taruk se adentró en la biblioteca en busca de cualquier conocimiento que pudiera encontrar sobre el enemigo, para utilizarlo en el futuro.

El atrio principal era oscuro; dos hileras de columnas se abrían a izquierda y derecha recibiendo al estudioso. Al final de aquel corredor, bajo la tibia luz del pabulo de una vela, rasgueaba un pergamino un ajado anciano, con una pluma que parecía haber visto más edades que su dueño.

Taruk se aproximó y carraspeó para llamar la atención del hombre, que no hizo amago de dejar de escribir.

Tras una de las columnas junto a la entrada, apareció discretamente un joven muchacho que no perdía de vista al Sunna.

Taruk carraspeó de nuevo.

—Disculpad, anciano —dijo al fin—. Tengo algo de prisa.

El anciano depositó la pluma en el tintero y levantó hacia Taruk unos ojos vidriosos.

—¿Y cómo, si puedo saber, os apresuráis de tal manera, si ya la fogosidad de la juventud os ha abandonado? —preguntó el anciano, cuya boca gozaba de la compañía de tan solo seis amarillentos dientes.

—Mis motivos son solo míos, anciano. Deberíais ser más cauteloso a la hora de provocar a uno de los Sunnas.

El anciano chasqueó la lengua juguetonamente, sin darle importancia al cargo que ostentaba su interlocutor.

—Pero ya que lo preguntáis... —continuó Taruk—. Busco información sobre el enemigo al cual deberé enfrentarme en breve.

—¡Ah! Un clásico. Conoce a tu enemigo, ¿no es así?

Taruk asintió complacido, y el anciano extrajo de debajo de su escritorio un grueso volumen, donde llevaba cuenta de todos los legajos que bajo su techo almacenaba.

—¿Cuál es el nombre de ese enemigo? —preguntó el anciano.

—El enemigo es el enemigo de Baashamel —explicó Taruk; y recordando las palabras de Alawi, añadió—: Némesis.

—¡Ah, sí! Némesis... sí, claro, claro —el anciano parecía divertido.

—¿Qué os resulta tan divertido? —preguntó Taruk, sin ocultar su frustración.

—Nada, tan solo que vengáis en busca de semejante información. Yo he escrito todo cuanto se sabe de Némesis. Si lo preferís podría haceros un resumen.

Taruk lo escrutó con sospecha.

—Prefiero leerlo por mí mismo, si no es molestia —respondió. Pero reflexionando sobre las palabras del anciano, que no le quitaba sus inquietantes ojos de encima, añadió—. ¿Queréis decir que vos habéis escrito todo cuanto hay bajo este techo?

El anciano rio.

—Mejor aún. Lo he reescrito todo.

—¿Disculpad? —preguntó Taruk incrédulo. El anciano por su parte

parecía desinhibido, como si poco le importara reconocer lo que hacía allí.

—Pensé que lo sabíais.

—Bueno, no exactamente —balbuceó él, que jamás le habían importado libros o manuscritos.

—Ah... los Sunnas —suspiró el bibliotecario—. En decenas de años que llevo destinado a este lugar, jamás ha pasado uno de vosotros por aquí. Hinchidos de fuerza y orgullo, sin percibir quién ostentaba el mayor poder.

Taruk carraspeó nuevamente.

—¿Y quién es aquel que ostenta el mayor poder?

El hombre pareció ofendido.

—¡Yo, por supuesto! —replicó con aplomo.

Ahora fue Taruk el que sonrió, pensando que aquel hombre había enloquecido tras largos años de soledad, con la única compañía de páginas amarillentas. Pero decidió seguirle la corriente al anciano.

—Y decidme... ¿cuál es ese poder que ejercéis?

—Yo reescribo la historia, hijo. Yo hago caer imperios y hago alzarse naciones. Yo quito y doy la razón a los poderosos. Yo digo lo que está bien y lo que está mal.

Era todo, menos lo que podía esperar Taruk. Las palabras de aquel anciano resonaron en su cabeza cobrando todo el sentido del mundo y haciéndole cuestionarse todo cuanto sabía. No parecía loco, después de todo.

Su siguiente pregunta resultó previsible:

—¿Por qué me contáis esto? —el anciano bufó divertido.

—Obviamente porque nunca he podido contárselo a nadie. Nadie ha pasado por aquí jamás a consultar absolutamente nada, exceptuando el Khalifa Amr, claro está, que deseaba asegurarse de que yo realizaba mi trabajo minuciosamente.

—¿Nadie?

—Nadie. Bueno, un joven Sunna con demasiadas ínfulas y ansias de poder, tal vez; uno de esos puristas de la ley —Alawi, se dijo Taruk—. Pero quitando esos dos, nadie. ¿A quién le importan los libros ahora? Nadie los lee. Pero los tenemos porque bien utilizados dan poder.

Taruk palideció, inmerso en un torbellino de preguntas.

—Está bien, es igual. Lléveme hasta los documentos que le he pedido.

—¡Ipsa facto, señor! —el anciano rebuscó en el grueso volumen que tenía ante él—. Pasillo cincuenta y seis, escalera H, estantería azul —respondió sucintamente.

El Sunna hizo amago de abrir la marcha, pero deteniéndose preguntó:

—¿No me acompañáis? —sugirió Taruk.

—Oh, no. Disculpadme, excelso señor, pero mis huesos ya no son lo que eran, y apenas si puedo levantarme de este escritorio para hacer mis necesidades en aquella palangana.

Taruk desvió la mirada hacia donde señalaba el hombre y vio la palangana a la que se refería, y el profundo olor que no había captado al entrar se hizo ahora patente. No había visto libros en su vida, y había llegado a pensar que así olían las bibliotecas viejas.

Apresuradamente, anotó las indicaciones del anciano en un recorte de papel y se adentró con una antorcha en la oscura biblioteca, que desde donde se encontraba más parecía las fauces abiertas de alguna monstruosa bestia: todo oscuridad, humedad, e incertidumbre.

El muchacho de pelo ensortijado que espiaba desde la entrada retrocedió precavidamente y salió raudo a informar a su señor.

* * *

Amr paseaba bajo la sombra de un anciano sicomoro mientras se atusaba la barba y las preocupaciones a similar ritmo.

Cuando el Viejo de la Montaña necesitaba tiempo de soledad se refugiaba en los jardines del Palacio Khalifal, y paseando entre sus exóticas plantas y escuchando el estridente graznido de los pavos reales, bajo el ronroneo de unas pequeñas fuentes, solía hallar la respuesta.

Esta vino a él sobre los pies de un joven muchacho, al cual había enviado a recabar información. El niño, pues no levantaba más de diez primaveras sobre sus estrechos hombros, se adentró en el jardín con la confianza que otorga haber realizado semejante acción en multitud de ocasiones.

Conocía entradas y salidas de Palacio que solo el propio Khalifa y sus pequeños y huidizos espías sabían y utilizaban.

Sin mediar más que un breve sonido gutural a modo de bienvenida, el

Khalifa exigió al muchacho la información que le había enviado a recabar.

Jadeante expuso:

—Ha ido a la biblioteca, mi señor.

—¿La biblioteca? —repitió, incrédulo, el anciano—. ¿Estás seguro?

El muchacho asintió repetidas veces y a gran velocidad, dándole un aspecto ridículo a su aniñado rostro.

Amr dio la espalda al chico, que, emocionado, se distraía con unas uvas maduras que le arrojó su amo. Mientras el joven se deleitaba con la fruta en un cercano poyete de piedra, Amr reanudó su marcha circular, mientras rumiaba lo que podía significar aquello.

Técnicamente, los actos de Taruk no suponían ningún tipo de traición. Al fin y al cabo, los Sunnas y él mismo eran los únicos autorizados a consultar los escritos. Cuestión aparte era que nadie los consultara y todo el mundo fiara desde hacía décadas en todo cuanto profería el Khalifa.

¿Podía significar aquello que la sombra de la duda había arraigado en el corazón del Sunna que dirigía sus ejércitos? ¿Estaría buscando respuestas a preguntas que no osaba formular?

No podía acusarlo de nada abiertamente, pues nada había hecho todavía. Pero algo tan irregular, algo tan inesperado como que uno de sus Sunnas intentara leer... no podía ser casualidad, ni un arrebató pasional. Aquello era premeditado.

Tan solo él, Amr, el Gran Khalifa, y tal vez el fanático de Alawi, bajo la tutela de Amr, habían consultado aquellos escritos.

El anciano giró sobre sus talones y contempló al inocente niño, que engullía las pequeñas y dulces uvas una tras otra. Repentinamente, el asunto de Taruk careció de importancia, desplazado por un repentino ardor bajo el vientre del anciano.

Al fin y al cabo ¿qué peligro podía existir? El caudillo de sus ejércitos rebuscaba en antiguos legajos pistas sobre su futuro, o como buen guerrero que era, pretendía estudiar a su enemigo.

¿Qué peligro podía haber, cuando la historia la habían escrito ellos personalmente? Y el anciano bibliotecario era ya un pellejo arrugado que no sabía ni lo que decía. De poca ayuda le iba ser.

Apartó de su mente a Taruk. No tenía importancia; nadie podía frenar ya

los planes de Baashamel; aunque, no obstante, lo mantendría vigilado.

El Gran Khalifa se aproximó al poyete donde permanecía ocioso el niño, se sentó junto a él y con una mano benévola le acarició el rostro, mientras le sonreía de manera extraña.

El muchacho percibió en el Khalifa algo que, por desgracia, no le era ajeno, y sus ojos se nublaron con resignación. No derramó siquiera una lágrima cuando el señor de Mundo Antiguo le susurró con una voz cargada de lujuria.

—Abre la boca.

* * *

«Pasillo cincuenta y seis, escalera H... estantería azul»... allí era.

Taruk arrugó el papelillo en el que había anotado las indicaciones del bibliotecario y cambió de mano la antorcha, de la izquierda a la derecha, para arrojar algo más de luz sobre la estantería azul.

Si era azul, que Baash ascendiera y lo viera. Se intuían vetas azuladas sobre la marchita madera, que crujía bajo el peso de unos voluminosos tomos, en los cuales se apreciaba el paso de los años y no de las manos.

El Sunna leyó por encima los gastados lomos, tratando de decidirse por uno. Finalmente, resoplando ante títulos que no comprendía, se decidió por uno llamado: *Obra Sapiencial*.

Extrajo el libro con cuidado, sin evitar cierto recelo al contacto con el mismo. Las tapas de aquel tomo no estaban fabricadas con la piel de ninguno de los animales que se criaban en Mundo Antiguo. Reconocía aquel tacto, aquella piel... esa piel era... Prefirió reprimir aquello en lo que estaba pensando y abrió el volumen por la mitad; el libro crujió como un bebé llorón, al verse forzado a hacer algo que no quería.

Leyó:

“El absoluto, el poderoso, el que somete naciones”.

Pasó un par de páginas:

“Rechinarán los dientes, se morderán las lenguas, se ahogarán en su sangre”.

Cerró el libro frustrado. Aquello no era más que un libro de cuotas y

citas de algún supuesto erudito, cantando las loas de Baash. No necesitaba acudir a la biblioteca para tal cosa, tenía de sobra de todo aquello en la ciudad.

Tamborileó con los dedos sobre el libro cerrado antes de devolverlo a su sitio. No dejaba de recomerle la idea de que algo no encajaba. Todos aquellos libros, y el mismo bibliotecario, que aseguraba haber inventado cuanto decían... ¿Por qué modificar el pasado? A no ser... que se deseara controlar el futuro.

Taruk dio un respingo ante la certeza de que estaba teniendo pensamientos peligrosos. O, de hecho, al ser consciente de que estaba pensando.

Por un momento sintió la necesidad de abandonar aquel lugar y olvidar todo cuanto había visto u oído, pero sus propios pies, refrenados por su inquieta conciencia, se detuvieron para volver ante la estantería azul.

Tras vacilar decidió coger un nuevo tomo al azar.

“Historia de la Caída y la segunda Venida” —así rezaba el lomo con letras repujadas, sobre lo que ya podía asegurar con certeza no era piel de vacuno.

Dejó correr algunas páginas como si fueran naipes entre sus dedos, y se detuvo ante un inquietante grabado, que mostraba una figura oscura levantándose sobre otras tres que parecían estar por debajo de ella, y todas se apoyaban sobre un orbe que parecía simbolizar el mundo. Buscó en el texto y leyó:

“Tras el encierro y la caída, tras la traición de los Perantaraan, el puño demoledor del Enemigo se batió sobre los Mork. El enemigo es vengativo, traicionero, voraz. Sometió a los Adhan y expulsó a los Mork, pues el Enemigo es egoísta y no desea compartir el Mundo”.

Taruk levantó la mirada del libro. Aquellos textos eran historia antigua, en efecto. Había escuchado fragmentos similares en sus oraciones; él mismo los había recitado. Pero si tal y como decía el anciano... todo había sido reescrito. ¿Qué pretendían ocultar aquellos textos?

Dejó el libro a un lado y rebuscó con la mirada. Cada lomo que acariciaba le transmitía la misma sensación de desasosiego que el primero.

Tras una hora larga indagando entre aquellos legajos, se sentía frustrado y abatido. Allí no había nada que encontrar sobre Némesis. Nada nuevo que aportar a todo cuanto ya le habían inculcado desde pequeño.

Pero seguía sin encajar. Nada de aquello. ¿Quién demonios era Némesis? ¿Qué pasó entonces?

Se rascó la cabeza y se dispuso a salir resollando, cuando su mirada se detuvo en una pequeña esquina de papel que sobresalía del estante más alto. Escudriñó atentamente y se percató de que era una sola hoja perdida entre el polvo y el tiempo. Seguramente algún pergamino inútil; pero, no obstante, la curiosidad le hizo trepar por los primeros estantes haciendo crujir las baldas, hasta que, alargando la mano, aferró aquella esquina y se hizo con el pergamino, que atrajo hacia sí acompañado de una nube de polvo.

De nuevo en el suelo, acercó con cuidado la antorcha hacia el mismo. Parecía viejo, muy viejo, mucho más que cualquiera de los libros que había visto; de manera que retiró un poco el fuego, temiendo prenderlo.

Sin saber por qué su mirada se vio atraída por la firma del autor al final del texto. Aquel no era el nombre del bibliotecario, ni de ninguna otra persona que conociera.

El corazón de Taruk dio un vuelco. ¡Era la primera prueba escrita que encontraba no firmada por aquel hombre!

El signatario decía así: *Lothan de Orz... Criptor de Mil Ríos.*

Se detuvo en el acto, con la hoja temblando. Tenía entre sus manos una prueba ancestral de que alguien sabía de la existencia de Mil Ríos mucho antes de que la niebla cayera. Abrumado por su descubrimiento, rebuscó entre los demás libros, pero aquella hoja era lo único que restaba. Tal vez algún funcionario descuidado traspapeló aquel documento, o quizá el mismo bibliotecario lo guardara como una pieza de museo, como el criminal que guarda el arma del delito para regodearse en la soledad de su guarida.

Emocionado comenzó a leer la hoja por el principio. El comienzo era abrupto, como si continuara una historia anterior:

“...en el final habitaba la luz, mas era ya una luz tardía y decrepita. Eclipsada por la sombra de los largos años transcurridos desde su misma creación. Agotada por las heridas infligidas en el mundo bajo sus cálidos brazos. Testigo silenciosa de la lacra que se extendía por doquier.

Y fue entonces que Kilumaras, el de ilimitada bondad, el de infinita

paciencia, el misericordioso, selló el destino de su propia creación.

Llevado de la pena y envuelto por su compasión, Él, que ilumina, trajo sobre sus obras la ruptura, la división y la disensión.

Desquebrajó Kilumaras el mundo. Lo partió sin piedad, por su propia iniquidad. Hastiado, apesadumbrado, lo desmembró. Y los fragmentos del cataclismo se dispersaron sin criterio divino alguno, llevados de la voluntad de los Perantaraan.

Y la tierra, antes verde y clara, que fue prevista para los hijos de la luz, fue ocultada y cerrada a sus ojos. Y la creación vagó sin rumbo y en la oscuridad.

Libre en su esclavitud.

Y al séptimo día Kilumaras lloró. Y lloró amargamente.

Por la separación de su obra lloró.

Por el repudio de los Perantaraan lloró.

Por la traición de los Mork lloró.

Por la falta de fe de los Heldere lloró.

Más cuando el noveno día había transcurrido, y las lágrimas de Kilumaras anegaron los restos de la desolación, formando océanos insondables donde antes hubiera tierra; entonces reunió “Aquel que trae la Luz” a los pocos que con Él permanecieron.

Y tras largo pesar y no escasas decisiones, habló así Kilumaras:

«Los Perantaraan han forjado sus corazones de piedra y han rendido su voluntad a los Mork. Donde yo plantara hierba fresca, ellos han plantado cieno y cerraja.

»De piedra será, pues, mi corazón para ellos. Hasta que aquel que vendrá derrumbe la montaña, derrita la roca y haga manar la sangre del corazón de Kilumaras, para que de nuevo la vida brote en el mundo».

Así se cumplió lo previsto por aquellos a los que les fue concedido el

don de la profecía:

*“Un corazón de Luz en la piedra enterrado.
Una Tierra en la sombra alumbrada.
El que es y será olvidado.
Por su corazón seremos sanados.
Cuando aquel que vendrá en un cielo llameante sea anunciado,
el día que fructifica la tierra”*

*Lothan de Orz
Criptor de Mil Ríos”*

Taruk dobló el pergamino y lo guardó entre los pliegues de su túnica. Aquella sola hoja contenía más información de la que podía procesar en una sola noche. Pero era evidente que aquella extraña historia variaba diametralmente de todo cuanto le habían contado. El traidor se convertía en traicionado, y el afrentado en culpable.

Apresuradamente, recogió sus cosas y abandonó el recinto con cara de pocos amigos. Debía presentarse ante las tropas y prepararlo todo. Avituallamiento, impedimenta, el tren de suministros, la guerra estaba próxima pero... ¿por qué y para quién luchaba?

—¿Encontró lo que buscaba? —la voz burlona del bibliotecario lo sacó bruscamente de su ensimismamiento.

—En absoluto —respondió Taruk con sequedad, observando al anciano, que al parecer sí era capaz de moverse más de lo que sugería su aspecto. El bibliotecario rio mostrando sus pútridos dienteillos—. Tan solo son las mismas historias de siempre —añadió el Sunna.

El bibliotecario rio con más fuerza:

—¡Pues claro, hombre! ¿Qué esperaba encontrar sino las mismas historias de siempre? ¿No es para eso para lo que escribimos, para contar siempre lo mismo?

Taruk asintió con la cabeza, mientras en su corazón rumiaba otros asuntos.

—Sí, por supuesto —añadió, mientras abandonaba aquel lugar que

había sembrado una profunda inquietud en su alma.

El anciano contempló cómo el Sunna partía, y chasqueó la lengua como si sospechara algo respecto a aquel hombre.

Cuando Taruk había partido, el anciano recorrió con pasos inseguros el camino hasta el pasillo cincuenta y seis, escalera H, estantería azul. Una vez allí revisó todos los libros de manera profesional y concienzuda, sin comprender qué podía ser lo que había atormentado de tal manera al todopoderoso Sunna Taruk.

Estaba a punto de dar por zanjado el asunto, cuando vislumbró sobre las dos primeras baldas las huellas de una gran bota recortadas en el polvo.

Sorprendido, miró a un lado y a otro. El Sunna había trepado para alcanzar las baldas más altas. ¿Qué buscaría?

Con sumo cuidado trepó reproduciendo las acciones de Taruk, y observó a la tímida luz de una vela el estante superior. Allí lo vio.

La delatora marca de un pequeño pergamino; era del tamaño de un manuscrito y estaba reveladoramente grabada en el polvo.

* * *

El sudoroso obrero llegó hasta sus capataces sin aliento. Corría con noticias, y lo hacía por primera vez en su vida con ánimo, pues también por primera vez los malos tratos y las palizas eran historia del pasado en aquella empresa, que por absurda que fuera era su trabajo.

—¡Ya vienen! —anunció sin más, al llegar hasta el ingeniero jefe.

El anciano Alek, que acompañaba al arquitecto en cada paso que daba, aconsejándole, haciendo cálculos y escuchando sus confidencias y preocupaciones, despidió al obrero con un gesto de agradecimiento y un mendrugo de pan como pago por sus servicios. El hombre partió feliz de haber cumplido con su parte.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —preguntó el astuto anciano a Malik.

—Sí. Eso creo —respondió el arquitecto sucintamente.

—Relájate. En el fondo solo tienes que contar la verdad, pues ellos mismos nos han puesto en tan precaria situación. Solamente si la conversación

se desvía hacia nuestras promesas sobre la calidad del agua...

—Entonces usaré la copa. Sí, lo recuerdo todo.

—Eso espero —aseveró Alek—. O estaremos todos muertos para el anochecer.

El cáliz al que se referían lo había obtenido Alek de uno de sus viejos contactos. Un antiguo boticario que, caído en desgracia, se ganaba ahora la vida como hojalatero en la ciudad. Marginado, apartado, pero todavía capaz de sacar trucos de la manga que sorprenderían a cualquier curandero; el Sangrador, lo llamaban.

El interior de la copa iba recubierto de una sustancia porosa que absorbía a gran velocidad la salinidad del agua, de manera que al verter en la misma el líquido salino, creían que la misma obtendría un sabor más neutro que disimulara el engaño, al que esperaban agarrarse al menos durante un tiempo más.

El Khalifa Amr y su imponente séquito de guardias, esclavos, taxonímicos y algunos prisioneros, avanzaban hacia los andamios, diques y sacos terreros que se alzaban por doquier en el área, tratando de contener el poder del agua.

Como todo despliegue oficial en Mundo Antiguo, aquel también estaba hecho para apabullar al espectador y dejar constancia de quién mandaba. Y el hecho de arrastrar una recua de prisioneros maltrechos con ellos, no hacía sino acentuar el mensaje. Tan sencillo como: “Mirad lo que le sucede a quien no cumple la voluntad del Khalifa”.

Cuernos y trompetas anunciaron su llegada, y cuando la larga hilera se detuvo al pie de las obras, junto a los ingenieros arrodillados, el Gran Khalifa descendió con ceremonia de su carroza cubierta, utilizando a un esclavo agazapado como escalera.

Alek, astuto como era, no pudo evitar interpretar acertadamente todo aquel boato y pompa. Amr estaba nervioso, tenía un sinfín de preocupaciones, pero seguramente existía una por encima de todas que lo atormentaba. Aquella representación estaba destinada específicamente para acallar las voces discordantes, que pudieran siquiera sugerir un hálito de debilidad en el sistema de Mundo Antiguo.

El Khalifa se aproximó alargando su arrugada mano cargada de sortijas, y se la ofreció a todos los hombres arrodillados para que las besaran y le

rindieran homenaje.

—Vengo a comprobar de primera mano cómo prosiguen las obras.

Malik y Alek se incorporaron, tras solicitar permiso con una inclinación de cabeza. Entonces el primero de ellos habló, explayándose en una miríada de detalles técnicos.

—Todo marcha conforme a lo previsto, mi señor. Los diques son fuertes, nuestros cálculos acertados, y la fuerza de Baash nos impulsa — añadió al finalizar

Amr se volvió hacia el arquitecto con una sonrisa sarcástica ante aquella innecesaria muestra de fe. Pero en el fondo la disfrutó, pues reflejaba el miedo que subyacía en semejante aseveración.

—Intuyo un “pero” en todo cuanto me relatas —repuso no obstante.

—Su Exaltada persona juzga bien —se apresuró Malik.

—¿Y bien? —exigió saber el Khalifa.

—Mi señor... nuestros cálculos estaban orquestados a tenor del caudal, velocidad de flujo y masa de agua emergentes conocidos. Pero cuando la Cascada estalló y se produjo una nueva lluvia de piedra y polvo, la tierra se agrietó, una vez más, por distintos puntos, y a su vez surgió más agua de su interior, los niveles subieron y rebasaron nuestras primeras obras. La tierra reacciona como si un océano entero estuviera oculto bajo nuestros pies.

—Si no puedes contenerla, encontraré a alguien que lo haga —afirmó el Khalifa amenazador.

—Lo que quiere decir el gran arquitecto —se adelantó a intervenir Alek—, es que son necesarios nuevos cálculos, nuevas obras y por tanto más tiempo y paciencia por parte de vuestra sacra persona —el anciano dobló el espinazo de manera sumisa; Amr disfrutó también viendo cómo una persona, que sin duda era mayor que él mismo, se humillaba a sus pies.

—Continúa —sugirió el Khalifa.

—Todo cuanto dice mi colega es cierto —aseguró Malik—. Y además está el problema de la mano de obra. Se nos ha privado de la mitad de los hombres que se nos prometió; ni siquiera taxonímicos nos han dejado. Eso hace que los retrasos se multipliquen.

—Entiendo —afirmó Amr, acariciándose la barba—. No es culpa tuya, y os perdono por ello, pero por el momento poco podemos hacer al respecto, se necesitan esos obreros en otros lugares más acuciantes —un brillo extraño

se deslizó por los ojos de Amr—. Pero dime... ¿qué hay con tus promesas de utilizar el agua que brota del suelo para nuestro propio beneficio? ¿Te has asegurado de que su uso sea adecuado? ¿No provocarás por tu ignorancia la muerte de nuestros campos, nuestros cultivos y nuestra gente, verdad?

—Mi señor... —Malik se adelantó y avanzó hacia el dique más cercano. De una mesa próxima tomó una humilde copa, sin ornamentos ni grabados, y con decisión la hundió directamente en la inmensa masa de agua que bullía más allá.

Con la misma en la mano, se acercó al Khalifa ofreciéndosela, a lo cual tres guardias armados se adelantaron recelosos. Amr los tranquilizó, dejando que Malik prosiguiera con la exhibición.

—Comprendo —replicó Malik. Tras lo cual apuró un largo trago de la copa y se la tendió al Khalifa. Este la tomó entre sus dedos y olisqueó sospechosamente el contenido. Después se la llevó a los labios y bebió un corto trago mientras el arquitecto explicaba:

—Percibiréis un cierto sabor más duro y pesado del habitual. Pero eso es debido tan solo a los depósitos minerales que se han ido filtrando a lo largo de los siglos sobre estas aguas subterráneas, mi señor.

Amr le devolvió la copa satisfecho, y Malik se la tendió al anciano Alek, mientras intercambiaban una rápida mirada de complicidad.

—Ya veo —aseguró Amr—. En ese caso no tienes nada que temer, arquitecto. Prosigue trabajando como hasta ahora y serás recompensado.

—Gracias, mi señor.

—Pero... —añadió—. Tengo una última tarea para ti. Estos prisioneros —el Khalifa los señaló sin dignarse a mirarlos— regresaron de su incursión en la Cascada esperando ser recibidos con trompetas, mujeres y oro. Pero su ineptitud e incapacidad para volar en polvo aquel lugar nos ha traído mayores desgracias. Así que te los ofrezco como regalo.

—¿Obreros? —preguntó Malik.

El Gran Khalifa rio.

—No, en absoluto. Mis guardias os ayudarán. Es mi deseo que los utilicéis como argamasa en vuestros diques y presas.

—¿Vivos, mi señor? ¿O los ajusticiamos primero? —preguntó Alek, tratando de tender una mano misericordiosa a aquellos desgraciados.

—Vivos, claro. ¿De qué otra manera iba ser, ingeniero? —Al ver sus caras de disgusto, añadió—: Para eso están mis hombres, ellos se asegurarán de que se cumplan fielmente mis deseos.

Algunos prisioneros emitieron ruidos guturales y quejas mudas como si estuvieran amordazados.

—Ah... y no os preocupéis por sus quejas. Hablaban demasiado, se disculpaban a todas horas, y ordené cercenarles la lengua. Así os resultarán más dóciles.

La comitiva del Palacio Khalifal volvió grupas, dejando a los prisioneros y los ingenieros a cargo de aquella guardia sedienta de sangre. Lo mejor sería terminar rápidamente y dejar que los guardias volvieran a palacio lo antes posible. Cuantos menos ojos observaran lo que se traían entre manos, mejor que mejor.

El carro de Amr traqueteaba ya por los caminos, cuando la comitiva fue detenida por un anciano encapuchado, montado en un pollino atravesado en medio del paso.

Contrariado por aquella interrupción, el Gran Khalifa se asomó a través de la cortinilla púrpura de su ventana y exclamó.

—¿Qué demonios sucede ahora?

Uno de los soldados se aproximó trotando veloz hacia el carro, pero antes de que el hombre dijera nada Amr ya había reconocido a aquel anciano.

—Subidle a mi carro —ordenó—. Me acompañará el camino de regreso a Palacio.

Los guardias aseguraron al pollino de la rienda, a la parte trasera del carro; el anciano se acomodó en el interior del mismo, cara a cara con el Gran Khalifa, y cuando las puertas se hubieron cerrado, retiró la capucha de su cabeza y se dejó ver a la luz.

—El bibliotecario —dijo Amr—. Qué inesperado placer. ¿Qué te ha sacado de tu caverna a estas alturas de la vida? Suponía que no volveríamos a vernos hasta que un buen día pasara yo a verte, y encontrara tus huesos blanqueados sentados en la misma silla donde te dejé.

—Eso mismo pensaba yo, mi señor.

—¿Qué te sacó de la hibernación, entonces? —Amr preveía de antemano lo que el anciano iba decir.

—El Sunna Taruk, mi señor —el Khalifa no pestañeó. El mismo día que le informaban de la sospechosa visita de uno de sus Sunnas a los archivos, el anciano bibliotecario decide salir de su letargo. Evidentemente no se trataba de una casualidad—. Realizó una visita a la biblioteca —añadió el viejo, brevemente.

—Sí. He sido informado —afirmó Amr, dando a entender que lo sabía todo, infalible como debía ser.

—El Sunna... se llevó algo de la biblioteca, mi señor —tartamudeó el anciano.

—¿Has hecho el catálogo? ¿Qué libro se llevó? —poco importaba aquello, habida cuenta del origen de todos aquellos escritos.

—Ahí está lo escamoso del asunto, Gran Khalifa. No se llevó ningún libro —ahora fue el turno de Amr de mostrarse sorprendido, mientras el hombre proseguía—. En lo más alto de uno de los estantes halló algún tipo de pergamino y lo sustrajo sin ponerlo en mi conocimiento. Ahora bien, puedo afirmar, sin lugar a dudas, que dicho papel no pertenece a la colección oficial que allí tenemos almacenada.

—Así que ignoras por completo el contenido.

El bibliotecario asintió nervioso.

—Pero es imposible que tenga la menor importancia, mi señor. Tan solo lo pongo en vuestro conocimiento como leal súbdito...

—¡Has hecho bien! —exclamó Amr, interrumpiendo al nervioso anciano—. Has hecho bien.

El Gran Khalifa se sumió en profunda reflexión, obviando la presencia de aquel hombre.

¿Podría ser que algún documento de tiempos pasados hubiera sobrevivido? Todo fue destruido cuando se reescribió la historia, pero no obstante... ¿Podría ser?

La duda lo corroía.

—Has hecho bien —repitió como para sí mismo—. Pondré un par de ojos a vigilar al Sunna Taruk.

—Es lo que yo haría, ¡oh, excelso!

—Y, bibliotecario... —lo señaló con un retorcido dedo—. Si vuelve a pasar por tus aposentos, no dudes en informarme. Únicamente a mí.

¿Entendido?

El bibliotecario asintió con alivio repetidas veces, sintiendo que de alguna manera su cuello había estado cerca de la soga.

* * *

Cuando la caravana de palacio se hubo retirado, la actividad volvió a la normalidad. Hileras de hombres cargando sacos, fabricando ladrillos y levantando diques y canales, en un vano esfuerzo por contener aquel torrente de agua que parecía inagotable.

La guardia del Khalifa se arremangó para ayudar a emparedar a los ajusticiados en uno de los muros de contención, mientras estos pataleaban y gemían suplicando inútilmente. Cuando hubieron terminado, sudorosos y entre risas, deshicieron el camino de vuelta a palacio, por donde hacía pocas horas había desaparecido Amr y su nutrido séquito.

Así volvió una cierta sensación de normalidad, bajo la cual el arquitecto jefe Malik devolvió su atención a las obras que tenía entre manos, tratando de silenciar el espantoso sonido que habían hecho aquellos hombres al ser utilizados como argamasa.

El anciano Alek, que se había convertido en su mano derecha y fiel consejero, se aproximó a sus espaldas, momento en el cual susurró:

—Lo has hecho bien.

Malik se limitó a hacer un leve gesto de asentimiento.

—Has ganado tiempo y hemos burlado su atención, al menos por el momento.

—Sí —afirmó Malik, ensimismado con algo que solo él parecía ver en el horizonte—. ¿Pero por cuánto tiempo?

El anciano asentía a su vez.

—No mucho, seguramente. Pero si mis cálculos son correctos, nada de eso tendrá ya importancia.

Las palabras del anciano hicieron que Malik saliera de su estupor parpadeando varias veces, como si despertara de un largo sueño.

—¿Qué... qué quieres decir?

Alek se rascó el cogote pensativo, mientras extraía de debajo de su túnica un rollo de papel algo gastado y se lo tendía al ingeniero jefe. Malik lo

tomó entre sus manos y desenrollándolo comenzó a leer.

Al principio sus ojos avanzaban sobre los negros trazos sin detenerse apenas a pensar, pero muy pronto sus pupilas comenzaron a dilatarse, mientras se detenían o fijaban en algún aspecto concreto, o volvían a leer y releer alguna fórmula.

Cuando concluyó, alzó los ojos buscando la mirada del anciano, como si allí fuera a encontrar la respuesta a la pregunta que taladraba su cerebro.

—Esto... ¿es correcto?

—Tanto como puede serlo con los medios de que dispongo. Pero sí. Mis cálculos son correctos.

Malik asintió, apesadumbrado.

—¿No creerías de verdad que podías frenar esto? Ambos sabíamos que tu idea del regadío, los canales y demás no eran más que entelequias para ganar tiempo —explicó Alek.

—Sí, sí... pero no sé... por un momento pensé...

—Ya... —concluyó el anciano—. Pensaste en resarcirte, en hacer algo grande, en dejar huella para la posteridad. Sí, muy normal viniendo de nuestro gremio. Pero, amigo, qué tremenda sorpresa cuando descubres que no habrá posteridad.

Malik se repasó la cabeza y el rostro con una mano nerviosa.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Máximo unas pocas semanas —afirmó Alek.

—¿Tan poco tiempo?... —suspiró Malik abatido—. Al menos nuestros trabajadores y nosotros mismos nos ahorraremos el horror de morir ajusticiados. Daré orden para que las obras continúen conforme a lo previsto... será mejor que estén distraídos hasta el final.

—Muy noble por tu parte... —comenzó Alek, sin ocultar la ironía de su voz—. Pero tal vez yo tenga una idea mejor, aunque sea desesperada.

Malik se giró hacia el anciano sin terminar de comprenderle. Habían pasado por demasiadas cosas juntos en un lamentablemente corto espacio de tiempo, pero lo vivido les había unido como si hubieran sido varias vidas.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Malik, que ya no necesitaba leer entre líneas para saber que aquel astuto anciano tenía un elaborado plan en su cabeza.

—Que sigan trabajando en efecto. Pero hagamos que su trabajo varíe ligeramente, y dediquemos sus esfuerzos a otros menesteres que no supongan contener o canalizar el agua

—¡Pero nos rebasará en cuestión de semanas! Eso has dicho. Si tus cálculos son correctos y todo sigue a este ritmo, el agua anegará todo Mundo Antiguo en cuestión de días; y de seguir así, estaríamos hablando de que todo nuestro mundo conocido quedaría sepultado bajo el agua.

Esto decía Malik, mientras sacudía el rollo con los cálculos de Alek delante de sus narices.

—Y me reitero en lo que digo, mi querido amigo. Pero ¿cuántos de los habitantes de este mundo conocen a ciencia cierta lo que va suceder de aquí a poco tiempo?

Malik rumió sus palabras.

—Supongo que tú y yo —afirmó.

—¡Exacto! —exclamó el anciano—. Luego ¿quién tiene la oportunidad de prepararse para lo que ha de venir?

—Nosotros —concluyó Malik.

El anciano Alek le palmeó la espalda como si felicitara a un alumno perspicaz.

—¿Qué pretendes? —preguntó al fin Malik. El anciano extrajo nuevamente de entre sus ropas, que parecían ser una caja de tesoros, otro rollo de pergamino. Malik lo desenrolló, y entonces miró de nuevo al anciano, que le observaba con una sonrisa en los labios.

—¿Barcos? —preguntó el arquitecto.

—Yo lo dejaría en balandras; pero sí: desesperado, aunque oportuno creo yo —sonrió Alek.

* * *

Restallar de látigos, gritos, sangre, y un bloque más.

El fanático Alawi contemplaba el progreso de las obras sin disimular su satisfacción. Desde que habían recibido prioridad, el Portal de los Ancestros era ya una realidad palpable, a falta de un par de grandes bloques por ubicar.

El Khalifa estaría satisfecho, el profeta estaría satisfecho, y lo que era

más importante... Baash estaría satisfecho. Había dedicado su vida a una única causa; había hecho de esa causa el eje motriz de todo cuanto hacía: la terminación de aquella puerta para mayor gloria de Baashamel, era la conclusión de sus largos años de abnegada lealtad. Al fin ocuparía el lugar que le correspondía entre los justos.

Los esclavos se afanaban bajo los golpes de los capataces, y las tropas, acampadas a pocos metros de allí, tremolaban ansiosas por dar salida a la enervante espera. Todo bajo la atenta mirada de dos cuervos, que se arreglaban las plumas bajo un anciano olmo, el cual parecía haber visto demasiado y solo quería morir de viejo.

Hasta que...Restallar de látigos, gritos, sangre, y el último bloque fue colocado.

Se hizo entonces un pesado silencio; todos los presentes, esclavos y señores, contuvieron la respiración, como si esperaran que al colocar aquel último bloque sucediera algún tipo de proeza.

Alawi adelantó la cabeza, expectante, esperando que algo aconteciera, más nada sucedió. Aquella no era más que una puerta normal y corriente edificada en sólida piedra. Enorme por sus dimensiones, pero inerte, muerta, y cuya luz abría a la nada.

Sin embargo, los cuervos graznaron llenos de excitación y alzaron el vuelo para ir a posarse a pocos metros del Sunna. Ambos binaturales adoptaron entonces su aspecto humano, que en cierto modo resultaba más animal que su forma previa, y clavaron sus aviesas miradas sobre Alawi.

—¿Esperamos a algo? —preguntó Muninn.

—¿O a alguien? —apostilló Huginn.

Alawi cabeceó, negando dubitativo.

—No... no. El Gran Khalifa me ordenó concluir las obras y poner en funcionamiento el portal sin aguardar un minuto. Puedo informarle después en caso necesario.

—¡Excelente! —rugió Muninn.

—¡Abridlo pues! —ordenó Huginn.

—Pero ¿cómo? —quiso saber Alawi, que ignoraba por completo por qué el portal no funcionaba.

Los cuervos avanzaron hacia el Sunna amenazadores.

—Deberías saberlo ya... pues de igual modo se preparan vuestros

guerreros para la batalla —explicó Huginn.

Alawi parpadeó varias veces.

—Os referís al ritual de la sangre... ¿así se abrirá el portal?

—Todos los portales se conectan por medio de la sangre de sus víctimas —explicó Muninn—. Y cuanto más inocente es la sangre derramada, más poderoso es el portal. Por eso el de nuestro señor Leviathanas es el faro que guiará a los demás a nuestro destino, porque su sangre fue la más inocente.

—De manera que sangre... —reflexionó Alawi, y los cuervos asintieron—. ¿Y valdría...? —Alawi dejó la pregunta en el aire, mientras señalaba sin reparos las largas hileras de trabajadores que se extendían a sus pies.

Muninn asintió sonriendo siniestramente.

—Sería un bello tributo, sin duda.

—Y casualmente tienes un ejército a pocos metros —constató el otro.

Las instrucciones fueron rápidas y concisas. Alawi reunió en privado a los capitanes del ejército de Mundo Antiguo y distribuyó sus nuevas órdenes.

Todos los esclavos, taxonímicos, hombres, mujeres y niños fueron amarrados y llevados como ganado al matadero, formando una única y larga cola de sacrificio.

El ejército, ansioso de actividad, colaboró activamente y de grado en su recién asignada tarea, a pesar de que su general, el Sunna Taruk se hallaba temporalmente ausente.

—*Taruk nunca habría tenido redaños para hacer lo que hay que hacer* —pensó Alawi, mientras veía avanzar la cola.

Uno a uno los prisioneros eran llevados bajo el umbral de la enorme puerta, y uno tras otro eran degollados como cerdos, hasta que la última gota de sus cuerpos había sido drenada. Los cadáveres eran retirados a ambos lados del Portal, donde empezaban a formar macabras colinas de carne, y nubes de nerviosas moscas palpitaban como un único monstruo gigante.

Los sacerdotes que acompañaban al ejército, comenzaron a untar las jambas del Portal con la sangre de las oblaciones, siguiendo las precisas instrucciones de Huginn y Muninn, que parecían disfrutar con el espectáculo.

Muy pronto todo verdor en un radio de cincuenta metros alrededor del portal, quedó tupido por la pastosa acumulación de litros y litros de sangre, al igual que la piedra misma que se alzaba vigorosa hacia el cielo, quedó teñida

del oscuro color.

Los ojos de Alawi parecían contemplar el paisaje a través de un prisma de turmalina roja, cuando el Portal de los Ancestros tembló y la tierra tembló con él.

Un ligero terremoto parecía vibrar bajo los pies de todos cuando el último esclavo fue sacrificado. La tierra parecía resquebrajarse ligeramente, y el Portal aparentemente aumentaba y disminuía de tamaño ante sus ojos, hasta que todo se estabilizó y sobrevino el silencio.

Y el Portal de los Ancestros se abrió con un oscuro fulgor crepitando en su umbral, como si el telón del mundo que hay más allá hubiera caído.

XXXIII

EL VACÍO

Algo oscuro vibró en el espacio entre los mundos. Y se revolcó en su herrumbre, refocilándose. De aquel agreste y recóndito lugar, donde el arrepentimiento no tiene cabida, apartados por una voluntad inquebrantable del orden establecido; allí donde el alejamiento de la luz es la pena, y donde la tortura que se aplica a cada ser es autoinfligida por la propia deformación del espíritu, allí despertó tras largos años de letargo todo aquello que clamaba venganza.

Y el despertar no fue silencioso, sino abrupto, tremebundo y horrísono. Como mil dientes rechinando a la vez, o como si las uñas más afiladas que imaginarse pudiera arañaran una superficie pulida, todas a coro.

El mismo tejido de la realidad se deshilvanó, y las cadenas impuestas por el bien de la creación, se quebraron con la fragilidad del metal al ser mortalmente enfriado.

Una ola negra de perdición y muerte acudió a la llamada de su amo, atraída por la luz que brotaba del Portal como un solitario faro que los guiaba hasta su señor.

Cientos de puertas fueron abiertas, cientos de agujeros, para un mundo que se hundía y se mostraba ojeroso y de brazos cruzados ante la tormenta que arreciaba.

Y por cada una de aquellas puertas salieron a raudales, ansiosos, sin poder contener la ira y el deseo de destruir todo cuanto fuera bello. Habían sido llamados, habían sido convocados por el señor de todos; pero mucho antes, antes incluso de que existiera un plan, fueron los mismos Perantaraan

los que les dieron las llaves.

Pues la infección que aquejaba al mundo era la infección que pudría a los Perantaraan. Una enfermedad que empezó siendo rechazada tibiamente, combatida con palabras huecas, maquillada con paños calientes y paulatinamente asumida y aceptada con total naturalidad.

Así los Portales de los Mundos, las puertas creadas por el mismísimo Sarkôn de manera traicionera, se activaron. En cada rincón del universo, conocido, o no, los umbrales inertes relumbraron de vida, y las criaturas y seres que se agitaban del otro lado rugieron ebrias.

Como una marea imparable se abalanzaron contra los Portales, huyendo de su presidio y buscando retribución. Espoleados por largos siglos de condena, deseando cobrarse en la creación el precio de cada sufrimiento que consideraban injustamente padecido.

Al fin demostrarían a Quien deberían amar por darles forma, y a Quién odiaban sin medida por darles justicia, que el mundo que tanto amó era de ellos; y lo forjarían de nuevo a su imagen y semejanza.

Cientos de puertas entre mundos se abrieron, y como las canalizaciones de una gran ciudad, fueron convergiendo de una fosa séptica a otra, recogiendo toda la inmundicia que hallaban a su paso; ascendiendo de círculo en círculo, así hasta nueve veces, forzando giros en el séptimo, fosas en el octavo y diversas zonas en el noveno.

Y cuando todos aquellos seres alcanzaron el círculo superior, contemplaron la puerta que ansiaban; allí estaba esperándoles el mismísimo Sarkôn, y lo reconocieron como lo que era, el más hermoso de todos.

Junto al Caído venían sus lugartenientes, Trifania, Zagut y Fasto, que recibieron con los brazos abiertos a toda aberración, para alumbrarla en el mundo.

Así todo mal y toda deformidad se acantonó en la tierra, y Leviathanas los llamó allí donde los grises, los hijos de Kilumaras, concluirían sus días.

En Mil Ríos los reunió.

EXORDIO

Hay hombres que, prácticamente desde su nacimiento, saben para lo que están destinados. Y hay otros hombres, como el que suscribe, que pueden tardar una vida entera en encontrar el sentido de sus vicisitudes.

La mayoría de nosotros pasamos por la vida hallando muy tarde las razones por las que fuimos concebidos. Y aquellos que conocen su objetivo desde muy temprano, tienen en ese conocimiento su gracia y su maldición.

Yo, Irkûn, digo esto porque me muero. Así es, no tiene sentido seguir disimulándolo, y ya he dejado instrucciones precisas a mis seguidores para que continúen esta magna obra, que es tan mía como del Criptor Lothan.

Sin embargo, y aunque sienta dolor físico y pesar en el alma por tener que partir, he hallado la paz. He estrechado la mano del Altísimo y hecho las paces entre mi orgullo y su piedad.

Muero tranquilo escribiendo estas mis últimas líneas de tan larga epopeya humana y divina. Desde aquí otras plumas heredarán la carga, como yo la heredé del gran Criptor. Han sido adiestrados y advertidos, y todos ellos

saben a lo que se enfrentan, pues han visto partir ya a dos narradores.

He dado órdenes para que a mi muerte mi cuerpo sea enterrado con dignidad y para que recen por mi alma. Y parto tranquilo, sabiendo que el Enemigo me ha derrotado, pero no me ha vencido. Me he mantenido firme, mi papel en esta historia ha concluido, esa fue mi función y ahora cedo el legado a otros que vienen detrás de mí.

Ellos saben lo que tienen que hacer una vez concluyan estos manuscritos.

Ya nadie recuerda cuánto duró aquella guerra, la que fue conocida como La Segunda Guerra entre el Cielo y el Infierno. Tan solo recuerdan, aquellos que tienen tal don, todo cuanto se perdió. Pues, incluso derrotados los Mork, el daño causado fue irreparable y las cicatrices profundas.

Grande fue la pena con la que Kilumaras, viendo la irredenta actitud de sus hijos, dio al fin su permiso a los impulsivos Heldere para que intervinieran.

Dyrene partió por el orbe, reuniendo a las bestias que todavía amaban la luz y acantonándolas en el prado antes verde de Agbara, la Fortaleza, que en ocasiones es citado como Agbara Ti Emí, la Fortaleza del Espíritu.

La dama Mystal, protectora de los cielos, a su vez reunió a cuantos quisieron venir, hablando con aquellos que habitan en los altos dominios; y estos volaron presurosos a unirse a las fuerzas de la luz.

Fuglene reunió a peces, cetáceos y sirenas para que acudieran a la llamada, e hizo hervir las aguas donde habitaban todos los renegados que en el mar buscaban cobijo. Las simas marinas se abrieron, azufre y lava brotaron del fondo del océano, y auténticas cordilleras submarinas cobraron vida, ocultas al ojo del hombre.

Somting, la de dulces dedos, buscó todo lo que crece y verdea en el mundo, y con ella vinieron los árboles, que habían de librar combate contra aquel que roba la savia. En aquel tiempo, además, era inusual encontrar un solo rincón del mundo sin plantas, hierbas, arbustos y árboles; y de todos los seres vivos, eran estos los más silenciosos, prudentes y extraños, pero, sin embargo, los más agradecidos a Kilumaras por los dones recibidos. Ni uno solo de estos seres se unió a Sarkôn en la guerra que estaba por venir.

Así, la dama Somting creó una red de mensajeros, y las noticias volaban de la hierba al arbusto, y del arbusto al árbol. Los bosques distribuían, a su vez, la palabra dada, y esta llegaba a cada rincón donde se la necesitara.

Viendo como sus hermanos Heldere utilizaban aquel sistema, y rabiosos por la desafección del mundo vegetal hacia los Mork, Sarkôn ordenó quemar los bosques y las colinas. Y los fuegos que se alzaron en el firmamento supusieron las salvas iniciales de la Segunda Guerra.

Y en el verde prado de Agbara Ti Emí, allí los reunió a todos Kilumaras. Algunos dicen que entonces habló con su voz, arengándolos; otros sostienen que nunca se presentó y los discursos corrieron por parte de Dyrene; mas los sabios sostienen que si bien Kilumaras no tomó parte en aquella lucha, sí que la concluyó cuando la hora fue llegada.

De manera que Aquel que trae la Luz adoptó una actitud expectante, todavía aferrado al último vestigio de humanidad que pudiera anidar en los Adhan y los Perantaraan.

Pero los Mork habían corrompido a conciencia a los Adhan, y los Perantaraan clamaban venganza por la sangre derramada, y no fue posible el entendimiento.

Y Sarkôn puso sitio a la Luz en Agbara Ti Emí. Y la Luz tremoló viendo su pabito consumirse.

La oscuridad brotó de cada agujero, rincón y de cada portal abierto por Sarkôn, e inundó el sagrado verdor. Lamias, dragones, grifos, titanes, esfinges, basiliscos, arpías, mantícoras, nagas... todo lo que está corrupto, reptante y odia, todo se reunió allí.

Y junto a semejante ejército de abominaciones, traídas de espacios prohibidos, cargaban los Adhan, petulantes, hinchados de orgullo, gozando

de la ingente superioridad de sus fuerzas y de sus nuevas armas de polvo negro fabricadas por los Mork.

A pie firme, del otro lado del claro, en Agbara Ti Emí, allí esperaban la embestida las pocas fuerzas que defendían la Luz, comandadas por los Heldere; allí se forjó la que se conocería como la Última Alianza entre el hombre y el cielo.

Como un maremoto tratando de ser detenido por un humilde farallón, así la noche colisionó contra el día

Tres días y tres noches se prolongó la lucha. Tres días y tres noches fue todo lo que necesitó el mal para cambiar la creación y el destino de los Perantaraan. Tres, nada más, para variar el curso de los acontecimientos y hacer que la oscuridad engullera por muy poco a la Luz. Y tan solo un segundo necesitaron los Mork para creer que por ello alteraban los planes de Kilumaras.

Mas Kilumaras obra despacio y obra seguro, sabiendo que todo cuanto acaece no es sino por su voluntad, salvo cuanto hay de malo en el corazón de sus hijos, que eligieron la podredumbre de un fruto temporal prefiriéndola a la eternidad de sus dones.

Viendo tantas desgracias y tanta destrucción, se cuestionó Kilumaras faltar a su palabra y privar a sus obras de la libertad de acción que tanto ansiaban sus corazones; mas reflexionando consigo mismo, El que trae la Luz comprendió que podía hacer algo mejor que someterlos por la fuerza.

Y aceptando que hay mal en el mundo, y que este no duraría por siempre, hizo Kilumaras la mayor de sus obras. Engañó al mal por el bien, salvaguardando la palabra dada a los Perantaraan, incluso en su desafecto.

Cegados por el odio, los Mork y sus esclavos jamás podrían verlo o percibirlo. Y así, cuando el mal hablara, cabalgara, quemara, e incluso matara, a pesar de todo el sufrimiento que con todo esto causara, sin saberlo, sin poder imaginarlo o concebirlo en sus más oscuros planes, estaría sirviendo a un plan superior que no les había sido dado comprender.

Así salvó Kilumaras la palabra empeñada y se sirvió de los horribles actos de los hombres para crear algo nuevo y luminoso. Algo que nunca llegarían a disfrutar los presentes, pero cuya concepción nació aquel mismo día en los campos regados de sangre de Agbara Ti Emí.

En tan tristes jornadas, muchos fueron los caídos y mayor número aún recayó entre los heridos.

Muchos Perantaraan fallecieron a manos de sus hermanos, y no menos Adhan vieron sus vidas segadas por sus semejantes. La sangre de bestias y hombres se mezclaba como un manto pútrido que envenenó la tierra en aquel claro.

Mas una vez terminado el combate, la mano de Kilumaras barrió toda inmundicia y dignificó aquel lugar, aquella Fortaleza del Espíritu, haciéndola ascender, convirtiéndola en un espacio sagrado oculto a los ojos de los hombres, un espacio de recogimiento donde en un futuro sus planes madurarían y donde los elegidos podrían estar cercanos a la Luz en tiempos de oscuridad.

Así, el Agbara Ti Emí, la Fortaleza del Espíritu, fue rebautizada por Kilumaras como el “Claro”. Y demostró, una vez más, que incluso de algo tan horrendo como una batalla, podía concebir algo bello que sirviera a un fin superior.

Mork y Heldere no salieron indemnes de semejante conflagración; heridos y quebrantados, los Heldere se retiraron con sus fuerzas, cediendo terreno ante el implacable avance de sus enemigos.

Somting cayó desvanecida al sentir la muerte de sus hijos.

Dyrene, herido en un brazo, retrocedió sosteniendo en alto su espada.

Del otro extremo, la oscura Dama del Vacío, Trifania, abrasado su rostro de un lado, se convirtió en un “reflejo” de lo que fue.

Y así todos los demás sufrieron tormento y dolor por sus diversas heridas.

Y la Guerra alcanzó su tercera jornada. Y el mundo se oscureció pues la victoria de Sarkôn era inminente.

XXXIV

MIL RÍOS

La niña de alegre semblante caminaba con pasos cortos hacia la reunión a la que había sido convocada, y mientras andaba, se tapaba el rostro con una capucha de basto tejido.

En ocasiones le dolía. Seguía sin comprender el porqué. Habían pasado siglos, y sin embargo, en determinados momentos sus heridas parecían reabrirse. Y siempre que aquello sucedía le venían a la memoria hechos y tiempos que no deseaba recordar.

Así que apretó el paso y ocultó la deformidad de su rostro bajo sus ropas, hasta que llegó al lugar del encuentro, donde ya aguardaban una cantidad importante de caras conocidas.

—¡Bienvenida, Trifania! —exclamó Leviathanas aduladoramente.

Ella lo despachó con un gesto agrio.

“Trifania”. Aquel nombre le sonaba ahora lejano y extraño. Lo reconocía, por supuesto, pero hacía demasiado tiempo que le parecía un *reflejo*. Hacía mucho tiempo que había adoptado un nuevo nombre.

—Prefiero Reflejo, si no es molestia —siseó ella.

Leviathanas asintió sin darle importancia al matiz, ajeno a los entresijos mentales de aquella poderosa mujer.

La reunión tenía lugar junto a las humeantes ruinas de una antigua atalaya, la que anteriormente fuera conocida como Atalaya del Oso, junto a la ribera del Río Vuelto, en las cercanías del Portal.

Se hallaban allí todos y cada uno de los implicados en los designios de Sarkôn, este último ausente corporalmente, pero sin perder detalle de todo

cuanto se decía y hacía desde donde quiera que estuviera su conciencia.

Presentes estaban Ars, Confusión y Reflejo, los tres Mork, lugartenientes del todopoderoso Señor de la Tierra y el Fuego.

Y, por supuesto, Leviathanas, henchido como un pavo en el cortejo, gozando de la realización de todo cuanto había urdido, y realmente aliviado de tener a su lado a los Guardianes de la Sombra.

Junto a él permanecía con gesto orgulloso y masculino la caudilla Sonya. Comandante del Ejército de los Últimos Días.

Los mandos afines de la guardia y el ejército de Mil Ríos también habían sido llamados, junto con dos nuevos rostros que hicieron aparición en ese preciso instante.

Se trataba de los Sunnas de Mundo Antiguo, que se presentaron como Alawi y Taruk. El primero de ellos se mostraba alegre y extasiado por el espectáculo que tenía lugar a su alrededor; tampoco se molestaba en ocultar su sumisión y pleitesía, que rozaba en lo burlesco. Por el contrario, el segundo portaba un gesto taciturno, hosco y desconfiado.

Taruk estaba asqueado. Sí, aquella era la palabra adecuada. Desde el mismo momento en que sus hombres comenzaron a cruzar el Portal de los Ancestros, para reunirse allí con las fuerzas del Mundo Suspendido... desde ese instante, sus dudas interiores se habían recrudecido.

Y todo a la vista de aquel oscuro portal, allá, en Mundo Antiguo.

Cuando lo alcanzó junto a las primeras filas de sus hombres, dispuesto a cruzarlo y llevar la batalla allí donde le ordenaran, sintió frío y repulsión. La sangre estaba por doquier, recordaba, el suelo se pegaba viscoso a la suela de sus botas, las vísceras decoraban jambas y alrededores, el olor era nauseabundo. Y sin embargo... no era distinto del ritual de la sangre propio de su pueblo. Lo cual le hacía cuestionarse. Si un hecho le causaba repulsión y el otro no... ¿En qué le convertía aquello? ¿En un hipócrita? ¿O quizá simple y llanamente en un imbécil?

Metió la mano izquierda bajo su coraza y estrujó un viejo pergamino que escondía en su pecho. Desde su hallazgo había leído cada noche aquel texto, tratando de entrever la historia que ocultaba, o bien la historia incompleta que se había perdido. Leía una y otra vez aquellas líneas, y cada vez se sentía más convencido de que su vida era una mentira, de que alguien

más lo estaba utilizando. Y en esa convicción encontró también la confirmación de que probablemente moriría sin saber más al respecto. Aun así, aunque tuviera que morir en la ignorancia, decidió que lo haría agarrándose a la única nobleza que le podía restar. Intentaría morir honorablemente. Y fue desde ese momento que comenzó a cuestionarse severamente sus propios actos, sus propias decisiones. E inevitablemente el conflicto interno estalló; y donde, meses atrás, determinadas acciones eran ejecutadas con total normalidad, ahora sentía asco y hastío.

De alguna manera, aquel gesto de sentir bajo sus dedos el crujiendo papel le daba fuerzas, pero también le hacía pensar; tal vez demasiado.

El gesto tampoco pasó desapercibido para Leviathanas, que con ojos inquisidores parecía ver a través del metal de su pecho. Taruk se percató de aquella mirada, y retiró la mano a la vez que desviaba los ojos; pero, al apartar la vista, su atención fue a cruzarse brevemente con la sonrisa sarcástica y pétrea de la caudilla Sonya.

—Hola, soldadito —saludó ella enseñando los dientes, igual que el tigre sonríe a su presa.

—¿Qué hace esa mujer aquí? —preguntó Taruk, sin dirigirse a nadie en particular, pero sin ocultar el veneno en su entonación, pues la reconocía como una de las Amazonas.

—Es la caudilla del Ejército de los Últimos Días, Sunna —intervino Leviathanas—. Y está al mando de todas las tropas... Mundo Antiguo incluido —añadió no sin sorna, como si terminara de hundir una daga en su costado.

—¿Ahora ponemos al mando a traidores? —preguntó lanzando otro dardo.

Sonya rio sonoramente, pero con evidente frialdad omitió cualquier respuesta, no estando por la labor de seguirle el juego, que evidentemente pretendía buscar una confrontación más física.

Fue Leviathanas quien intervino por ella.

—Ha sido elegida por mí mismo para tal tarea. Posee todas las virtudes que necesitamos. Es fría y calculadora, pero también es fuego abrasador y muerte. Y créeme si te digo que ha ascendido rápidamente por sus propios méritos.

Sonya rio nuevamente, recordando las ejecuciones de aquellos

generales insatisfechos, y soñando con que aquel Sunna se mostrara igual de petulante. Podría hacer un gran ejemplo con él despellejándolo en una estaca.

Taruk sintió el tacto de la mano de Alawi en su antebrazo y reculó, sopesando sabiamente vivir para luchar otro día. Tenía que ser más perspicaz y escoger mejor sus batallas, o no viviría demasiado, rodeado de semejantes aliados.

—Disculpad, mi señor. No pretendía ofenderos. No me cabe duda de que su frialdad y pericia nos serán de gran utilidad —añadió al fin Taruk, disimulando malamente su ironía.

—Disculpas aceptadas. Pero decidme ahora, mis buenos vasallos —continuó Leviathanas—, ¿por qué el Khalifa Amr no ha venido en persona a supervisar los estadios finales de nuestros planes?

Alawi tomó la palabra entonces, adelantándose al impetuoso general de Mundo Antiguo.

—Otros asuntos lo mantienen ocupado en nuestro reino, mi señor. No pretendía haceros ofensa con semejante decisión, pero es un hecho que Mundo Antiguo pasa por un mal momento y necesita de su dirección para sobrevivir.

—¿Otros asuntos? —preguntó Reflejo, masticando las palabras.

—¿Tal vez no encuentra apetecibles los niños de Mil Ríos? Seguro que podemos encontrarle alguno que no rebase la decena —aseguró Ars, venenoso.

Alawi carraspeó, preguntándose cómo demonios podía saber tanto aquella gente sobre su señor.

—No, mis señores —respondió titubeando—. Es más bien un problema nacional y no particular; tenemos una situación un tanto incontrolada con...

—El agua —apuntó Leviathanas.

—Exacto —corroboró Alawi, sin comprender como sabían tanto—. ¿Tenéis espías en Mundo Antiguo? —preguntó.

Leviathanas miró a los Mork y rio divertido.

—No es necesario —repuso—. Pero que esto te sirva para comprender que siempre sabemos más de lo que puedes imaginar. Y también vemos más de lo que puedes pensar.

Esto último lo dijo mirando directamente a Taruk, que, nervioso por aquella indirecta, cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro. Incómodo por

el rumbo que tomaba la conversación, optó por salir bien librado salvando al menos las apariencias.

—Si no os importa, yo debería volver por el Portal a Mundo Antiguo. Queda mucho por hacer y aún faltan tropas por llegar. He de asegurar que portan todo lo necesario y no dejan atrás la adecuada impedimenta.

Alawi lo miró desconcertado.

—Estoy seguro —añadió Taruk— que mi colega podrá hacerse cargo de la situación sin mayor dificultad por el momento.

—¿Es así? —preguntó Ars, dirigiéndose a Alawi con cara de pocos amigos.

—Eh... ¡Sí, claro, sí! —se apresuró a responder su colega—. No habrá ningún problema; y si mi señor Taruk tiene tareas pendientes, yo puedo asumir perfectamente sus funciones en este consejo.

—En ese caso —aceptó Leviathanas—, buen viaje Sunna Taruk, y esperemos vernos pronto para poder concluir nuestra obra.

Taruk asintió sin más. Apenas un gesto breve de cortesía, para ocultar la premura con la que su corazón le decía que saliera de allí a toda prisa. Y sin demora, se esfumó dejando atrás la reunión. Caminó tan deprisa como pudo de regreso al Portal y, con suerte, a su mundo.

Cuando se hubo retirado, Leviathanas chascó los dedos y automáticamente dos cuervos descendieron hasta sus hombros graznando.

—Munim... síguelo. Ve a ver al Khalifa y ordénale ejecutar al Sunna Taruk —el cuervo graznó satisfecho—. No podemos fiarnos de ese hombre.

A continuación, fijó la mirada en Alawi, analizando cualquier tipo de discrepancia con respecto a su decisión. Sin embargo, Alawi agachó la cabeza sumisamente.

—Muy sabio, mi señor —afirmó abriendo los brazos—. El Sunna Taruk nunca ha sido de fiar, yo me ocuparé de disponer los ejércitos de Mundo Antiguo para Baash. No podemos permitirnos que la debilidad de uno ponga en peligro los planes de muchos.

—Bien dicho —aseguró Leviathanas; pero, por su entonación, más bien parecía que se dirigía a un perro bueno al que le estuviera arrojando un hueso.

El consejo de guerra prosiguió con normalidad. Cada uno de los implicados procedió brevemente a realizar un recuento de las fuerzas de que

disponían hasta el momento. Las cifras resultaban abrumadoras.

Se componían estas de un nutrido grupo de desertores, tanto de la Escala, como de la Cascada; mercenarios, soldados de fortuna y gente sencilla que lo único que ansiaban era sobrevivir, y cuya única manera de hacerlo pasaba por alistarse. Conformaban así, un grupo de unas dos mil espadas, no muy fiables o preparadas, pero en toda partida de ajedrez uno necesita peones.

Las fuerzas traídas desde Mundo Antiguo, aunque sin medios aéreos suficientes, tras las pérdidas de kolfs en la batalla de la Escala, sumaban hasta el momento cinco mil lanzas y se esperaba que tres mil más vinieran a unirse bajo el mando del Sunna Taruk... o de cualquier otro Sunna.

Mil Ríos, por su parte, entre ejército y guardia había reunido cuatro mil almas. Aquellos que estaban fuera de la Fortaleza del Agua, y aquellos que habían logrado escapar de la debacle, cuestión sobre la que ahondarían en breve.

Finalmente se encontraba el grueso de las fuerzas del Ejército de los Últimos Días. Fuerzas que acampaban apartadas del resto de la tropa, pues su sola presencia hacía perder la razón y el valor al resto de sus aliados.

Eran estos seres deformes, bestias inmundas, Ûng, demonios, criaturas que muchos pensarían surgidas de la mitología, pero cuyo aspecto era muy real. Cíclopes, quimeras, grifos, nagas, ghouls, serpientes gigantes descendientes de los grandes dragones alados, y sabe el cielo qué más se había dado cita allí atraídos por el gran Portal de su señor. Aquel portal era la luz, el faro que todos seguían, aunque fuera una luz pálida; no obstante, como polillas acudían a ella, pues el Portal de Mil Ríos había sido bañado con sangre inocente y sangre real.

Conformaban dichas huestes el número de diez mil aberraciones.

—Así pues, dispondremos de veinticuatro mil efectivos cuando los últimos Adhan se unan a nosotros —asintió Sonya, relamiéndose—. Eso siendo conservadores, pues cualquiera de esas bestias que he visto deben de valer por diez o veinte hombres.

—Sin la menor duda, caudilla —aseguró Ars de manera siniestra—. Los humanos no son rival.

Leviathanas y el resto se mostraron satisfechos. Todo el plan seguía su curso sin la menor oposición, o al menos sin una oposición que planteara un

serio desafío. Hecho por el cual, cuando comenzaron a debatir la situación presente en el territorio de Mil Ríos, algún rostro dio muestras de inquietud.

Tomó la palabra un veterano general de los ejércitos de Mil Ríos. Un hombre curtido por los años, que había sabido ascender en el escalafón arrimándose siempre al árbol que más lo cobijara, y que ahora no mostraba ningún recelo en unir su destino al de todos aquellos seres.

—Personalmente a mí me inquieta la situación actual en la Fortaleza del Agua y sus alrededores —comenzó a hablar el general, con el beneplácito de Sonya.

—General Hadar —dijo Leviathanas presentándolo—. Es el momento de exponer vuestras apreciaciones.

Evidentemente el ladino consejero de los estarostas no utilizó la palabra “quejas”, pues no concebían tal cosa entre sus filas. Y todos los hombres tenían bien presente lo que les había sucedido a los últimos mandos que mostraron alguna discrepancia con el modo de dirigir la campaña. Sonya no pudo reprimir una sonrisa, al pensar en lo sencillo que resultaba imponer una férrea disciplina si ejecutabas un par de peces gordos. Y si matabas a toda la cúpula militar... entonces tu poder se volvía casi ilimitado.

—La situación no es preocupante, diría yo, habida cuenta de las fuerzas que hemos logrado amasar —comenzó el general Hadar—. Pero sí deberíamos evitar subestimar al enemigo. No les hagamos ese favor.

—¿Subestimarles? ¿Acaso pensáis que tienen alguna posibilidad? —preguntó Confusión.

—La Escala arrasada, la Cascada desaparecida, y lo poco que queda del pasado glorioso de Mil Ríos asediado tras los muros de una decrepita fortaleza. ¿Qué teméis? —preguntó a su vez Reflejo, con una exasperante vocecilla infantil.

—Señores —intervino Sonya, que en poco tiempo se había hecho un hueco entre los grandes, gracias a su crueldad y despiadado modo de dirigir—. El general Hadar es un anciano que ha vivido muchas lunas y visto muchas batallas. Tal vez deberíamos escuchar lo que tenga que decir, aunque la decisión esté ya tomada.

Hadar asintió, agradeciendo la intervención de su caudilla, y continuó:

—No dudo de la victoria final, tan solo me preocupo del coste que

pueda suponer. Como soldado, mi interés redunda siempre en el ahorro de vidas, al menos entre mis propias filas.

—El coste es algo de lo que no deberíais preocuparos, ya se ha tenido en cuenta y se ha estimado insignificante —respondió Ars, sin ocultar en la crueldad de sus palabras lo poco que le importaba que no quedara ni un solo humano vivo para contarlos. Al fin y al cabo, era de la destrucción del hombre de lo que se trataba todo aquello. Los que no murieran durante la lucha sobrevivirían para ser esclavos, o un vago reflejo de lo que eran. Cuando todo terminara, los humanos, los Perantaraan, no serían más que un lejano recuerdo.

—Aun así —insistió Hadar—, no debemos perder de vista lo sucedido en las últimas semanas. Un nuevo estarosta se ha hecho con el control de Mil Ríos, al menos nominalmente, pues tan solo controla la Fortaleza del Agua y sus alrededores. Por otro lado, ha conseguido que las siete casas nobles de Mil Ríos muestren su apoyo, aunque no podemos descartar que se trate de una maniobra interesada por parte de las mismas, pero que, no obstante, haríamos bien en no menospreciar. No olvidemos que, esta alianza, en apariencia frágil, nos ha expulsado de la ciudadela, llevando a cabo una meditada guerra de guerrillas contra nuestras fuerzas, que terminó por desbancarnos.

—¿Cómo sobrevivisteis, general? —preguntó cortante Leviathanas. El general Hadar lo miró entonces, para acto seguido bajar la vista avergonzado.

—Nos liberó el estarosta de Mil Ríos, mi señor. Ese muchacho... terminada la contienda, reunió a todos los nuestros que habían capturado y nos dio dos opciones, unirnos a sus filas, o partir al exilio.

—Ese muchacho es débil, tal y como demuestran sus actos —afirmó Confusión.

—O quizá sea tan fuerte que puede permitirse el lujo de dejar marchar a su enemigo, para al día siguiente volver a tenerlo delante —consideró Hadar.

—Quizá —asintió Leviathanas—. Pero es un hecho que sus actos denotan una debilidad intrínseca en el muchacho... fue incapaz de ejecutarlos, de dar ejemplo con vosotros. No quiso mancharse las manos de sangre para atemorizar a nuestras fuerzas, y todo por una absurda sensación de superioridad moral. Ese chico es débil... —añadió Leviathanas, y entonces se giró ligeramente hacia Huginn, que reposaba todavía en su hombro—. Lo que me hace preguntarme cómo demonios mis fieles sirvientes fueron incapaces de

terminar con todo esto, antes de que tuviéramos que llegar a esta situación. ¡Todo habría resultado más sencillo, de haber matado al chico cuando se os ordenó! —descargó un manotazo contra el cuervo, que cayó al suelo graznando y adoptando su apariencia humana.

—Mi señor —suplicó Huginn, arrodillándose tanto como le permitía la humillación.

—¡Habríamos encontrado una ciudad corrupta, desordenada, desunida, carcomida desde dentro! Y ahora, aunque irrelevante al fin y al cabo para el resultado final, nos encontramos a toda una ciudad agrupada en torno al pendón de los gúldenes de oro.

—No puedo dar ninguna excusa, mi señor —se disculpaba Huginn atemorizado.

—Lo sé —corroboró Leviathanas—. Pero levanta... no te mataré hoy. Todavía puedo darte uso.

Temblando, y sin terminar de fiar en las palabras de su señor, Huginn se incorporó.

—Ve ahora —ordenó Leviathanas—, tengo una nueva misión para ti —Huginn agachó sumiso la cabeza—. Reúne a todos los sacerdotes Kohen y tráelos a nuestra presencia. Los necesitamos para que realicen los sacrificios previos a la batalla.

El hombre se transformó en cuervo sin dejar de realizar reverencias sumisas con la cabeza, incluso cuando levantó el vuelo y graznó fuertemente.

—¿Algo qué añadir, general Hadar? —refirió entonces Leviathanas, girándose hacia el aludido.

El hombre negó, momento que aprovecharon Ars y los demás Mork para intervenir, cansados de dar vueltas sobre cuestiones baladíes.

—Todas estas derivas preparatorias resultan la mar de interesantes, al igual que la demostración de fuerza y poderío que pretendes realizar delante de nosotros; ignoro si con la intención de impresionarnos, cosa que obviamente carece de sentido. Pero ahora estaría bien conocer cuál es nuestro plan de batalla. Llevamos siglos esperando este momento y no vamos a retrasarlo ni un minuto más por culpa de cuervos, niños regentes o aliados de dudosa fiabilidad. Tenemos la fuerza, el poder y la decisión. Pero ahora me pregunto: ¿Tienes tú, Leviathanas, lo que hay que tener?

El elegido, el profeta, no pudo evitar sentir cierta aprensión, ante la velada amenaza que destilaban las palabras de Ars, cuyo rostro denotaba ya un avanzado estado de putrefacción, atrayendo de cuando en cuando alguna ávida mosca, que caía al suelo inerte al rozar su cara.

Por su parte la caudilla Sonya sonreía divertida, como si asistiera a una pelea familiar que no fuera con ella.

—Claro, por supuesto. De eso precisamente es de lo que íbamos a hablar ahora mismo —respondió Leviathanas, mostrando un servilismo rayano en lo humillante. Después desvió la acritud que no osaba dirigir a los Mork, hacia Sonya, exclamando—: ¡Caudilla, es el momento de exponer vuestra estrategia!

Sonya avanzó sonriente hacia el centro de la reunión, revestida de arriba abajo con una armadura completa, más oscura que la misma muerte y grabada con hebras de plata en el peto. Las escenas de batalla más cruentas que pudo escoger, decoraban la misma.

Miró a unos y a otros, sin borrar una sonrisilla burlesca, como si nada le afectara y todo aquello no fuera más que un juego. Clavó los ojos en Ars, Confusión y Reflejo con un aire casi desafiante, y comenzó a exponer sus ideas, tras desplegar en el suelo un mapa elaborado sobre la piel de un cabrito.

—Trataré de exponer esto de la manera más sencilla posible —su voz era condescendiente, como si se dirigiera a un grupo de infantes imbeciles.

—¡Cuida tus palabras mujer! —la increpó Confusión, haciendo que Sonya se encarara con él sin perder el temple.

—¿Prefieres doblar el espinazo y exponer tú el gran plan? ¿O quizá resulta algo enrevesado y “*confuso*” para nuestros oídos? —preguntó ella con ironía, haciendo que todo un Mork cerrara el pico—. Bien. Pues entonces, si me disculpas, expondré lo que he pensado, tarea esta que parece estar poco en boga entre los presentes.

—Me gusta esta mujer, me gusta su espíritu —rio Ars, divertido.

—Por eso mismo la elegí para dirigir nuestras fuerzas, mi señor —aseguró Leviathanas, tratando de apuntarse un tanto a ojos de sus amos.

—¡Bien hecho! Es posible que cuando todo esto acabe la obsequie con un gran don —arguyó Ars, que tan solo ansiaba traspasar su espíritu a un

nuevo pellejo y, relamiéndose, pensaba encarnarse en una mujer tan fiera como aquella—. Continúa por favor —comentó, solícito.

Sonya carraspeó antes de escupir una buena flema y, sin molestarse en mirarlos, dobló una rodilla delante del mapa que había desplegado. En el mismo se veían perfectamente recreados la Fortaleza del Agua y sus alrededores; la Espiral, los ríos, arroyos y afluentes de Mil Ríos, la Cordillera de los Dientes del Dragón, los campos y atalayas, todo cuanto podían necesitar grabado con detalle en aquella piel curtida.

—Bien —comenzó—. Veo por vuestra fogosidad e impaciencia, que querriais una estrategia basada en cargar directamente y de manera frontal contra la Fortaleza del Agua, y terminar con esta historia lo antes posible.

—En efecto —aseguró Reflejo.

—Pero por mucho que me satisfaga semejante manera de pensar —continuó Sonya, obviando a la mujer de dos caras—, he encontrado una manera de entregaros el mundo mucho más satisfactoria, tanto para mí, como para vosotros.

—¿De qué manera? —preguntó Ars.

—Sembrando el terror —concluyó la mujer, hallando en los ojos de su audiencia miradas interesadas—. Disponemos de un ejército inigualable, cargado además con criaturas de pesadilla que los habitantes de esta tierra apenas si han llegado a imaginar. Podríamos cargar directos contra su bastión y barrerlos...

—Es lo que deberíamos hacer, antes de que más refuerzos puedan unírseles —sugirió Leviathanas, encontrando el apoyo del general Hadar.

—Pero... —continuó Sonya, abrasando con la mirada al profeta, molesta ante su interrupción— si los barremos ahora, acabaríamos con una parte del problema, para más adelante tener que ir solventando, uno a uno, los posibles conatos de rebelión que surgieran en otras partes.

—Tiene sentido —asintió Ars.

—De manera que —continuó ella—, dejemos que se les unan todos aquellos que deseen hacerlo. Dejemos que entren, que se encierren tras los muros de la Fortaleza del Agua. Dejemos que ellos mismos se metan en la trampa, que se signifiquen. Y cuando estemos preparados, tendremos fuerza de sobra para destruirlos de un solo golpe.

Una ola de comprensión se extendió entre los presentes, incluidos Hadar y Leviathanas, que comenzaron a compartir el punto de vista de la caudilla.

—Muy bonito, pero mientras esperamos a que todas sus fuerzas se acantonen en un solo lugar... ¿permaneceremos de brazos cruzados? —quiso saber Reflejo, que de buen grado degollaría a aquella mujer, de no ser porque la necesitaban y porque por desgracia tenía sentido lo que decía.

—En absoluto. Eso nos lleva al punto uno de mi exposición, antes de que me interrumpierais y generarais cierta “*confusión*” —añadió Sonya con retintín, desviando dos ojillos traviosos hacia Confusión—: el terror. Sembradlo como una semilla ahora, y cuando estemos listos para cargar contra la Fortaleza, el fruto caerá maduro.

—¡Explícate! —exigió Ars.

Sonya repasó con la palma de la mano los alrededores de la Fortaleza de los estarostas sobre el plano.

—Arrasaremos sus tierras; destruyámoslo todo mientras esperamos. Tierra quemada; que las hogueras y el humo de la matanza oculten nuestro avance, tanto como estas perennes nubes grises que nos rodean. Que las historias sobre nuestra crueldad y las bestias que nos acompañan lleguen hasta la capital y atormenten sus corazones.

—¿Y después? —preguntó Hadar.

—Después... después tantearemos sus defensas antes de lanzar un ataque directo. Valoraremos su disposición y su voluntad de resistir —afirmó Sonya.

—¿Dónde? —quiso saber Confusión.

Sonya cabeceó varias veces ante el plano.

—Existen varias opciones, pero existe una sola que puede servir a dos propósitos: sopesar sus fuerzas, y privarles de una importante red de suministro en la Fortaleza.

Un dedo enguantado se clavó sobre el mapa, señalando el punto donde el ataque debía tener lugar.

Los ojillos malévolos de Leviathanas se iluminaron ante la perspicacia de aquella mujer. En efecto su plan podía funcionar.

* * *

—¡Las veo y subo cinco! —exclamó Lord Sutton, dejando escapar algún salivazo de entre sus dientes amarillentos, mientras arrojaba tres cartas hexagonales al centro de la mesa.

—¡Jugáis igual que vivís, Lord Sutton! —lo reprendió Lord Goritz—. ¿No estaréis faroleando de nuevo?

—Os recuerdo, señores, que esto es un juego serio. El koshar se juega entre caballeros —intervino Lord Pemberton.

—No estamos precisamente en un palacio —rio Lord Tyrol, haciendo referencia a la Posada del Ahorcado Cimbreado, lugar que el nuevo estarosta gustaba de visitar, desde que el pueblo le hubiera sacado en hombros de la Plaza de las Putas.

—Sí, hay que reconocerle que tiene un novedoso estilo de gobernar y adolece de toda la pompa y la tirantez de la clase alta —masculló Lord Brown, mientras añadía una carta más al montón que se apilaba en el centro de la mesa, como las hojas caídas de un árbol.

—No hace falta que seáis irónico, Lord Brown. Conocemos sobradamente nuestros defectos —replicó Lord Moltan—. Empezabais a caerme bien, no la fastidiéis.

Lord Brown hizo un gesto condescendiente, otorgándole la victoria verbal a Lord Moltan, y el juego prosiguió sin contratiempos.

Desde aquella primera vez que Lord Pemberton los había reunido en la maltrecha posada a conspirar, habían sido seis las veces que se habían encontrado en dicho lugar. A Ron, el estarosta, parecía gustarle mezclarse con el pueblo, al que había pertenecido durante tanto tiempo, y gozaba de su compañía; de manera que solía huir de la parafernalia palaciega, para venir a refugiarse en antros como aquel a reflexionar y trazar planes futuros, junto con su inseparable bufón y el no menos pintoresco detective frustrado.

Y por eso se encontraban los nobles esa tarde en el mismo lugar donde, no hacía mucho tiempo, en vez de lanzarse cartas se lanzaban cuchillos.

La iluminación había mejorado, y financiado por el actual gobernante, el local había conseguido crear un clima mucho más acogedor. Ambiente que ya se ocupaban sus elegantes clientes de enturbiar, con el humo que brotaba de sus cigarrillos, alargadas pipas y exquisitos narguiles.

La cerveza se prodigaba con generosidad, ahora que las despensas ocultas del barrio se habían abierto como las esclusas de una presa y un cierto ambiente de optimismo impregnaba todo.

Esto era debido a los recientes éxitos del estarosta, cuyo pabellón colgaba desafiante de las más altas torres de la Fortaleza del Agua. Las costureras más dispuestas, que no tenían por qué ser las mejores, se encargaron de tejer desde cero los nuevos pendones, y todo el pueblo sacaba de nuevo sus mejores galas y paseaban por los empedrados caminos como señores barones.

Lord Pemberton repartió una mano de nueve cartas, y comenzaron una nueva ronda.

—El pueblo le adora —sentenció Lord Pemberton, apurando una calada de su narguile, mientras estudiaba sus cartas.

—No es para menos. ¡Mirad lo que ha conseguido en apenas unas semanas! —dijo Tyrol.

—Unir a las casas nobles, para empezar —aportó Lord Goritz—. Y hacer que el pueblo le siguiera. Hacer que todo Mil Ríos se levantara en armas.

—¡Y expulsar a todos los adeptos de Mabruk! —añadió Lord Sutton.

—Leviathanas —corrigió Lord Brown.

—Como sea —bufó el aludido—. Ese mal nacido...

La ronda terminó, y Lord Brown recogió sus ganancias con una sonrisa satisfecha.

—Gozáis de suerte hoy, milord —le dijo Lord Moltan.

—Llamadlo como gustéis.

La partida prosiguió con una nueva mano repartida por el aludido Brown, cuya cara impenetrable no dejaba traslucir secreto alguno sobre la estrategia que utilizaba en el koshar.

—¿Qué me decís de los recién llegados? —preguntó Lord Gránico, que había permanecido callado hasta el momento.

—Yo opino que cuantos más mejor —sentenció Lord Pemberton, descartándose de dos cartas y cogiendo tres más.

—Digo lo mismo... —intervino Lord Tyrol, que se sorprendió a sí mismo apoyando a su eterno rival—. Sí. Opino igual que vos. Esa chica... ¿cómo se llamaba?

—Sera —lo asistió Lord Sutton.

—¡Eso! Pues esa chica me parece muy interesante y dispuesta. Y si trae consigo más tropas pues mejor que mejor.

—¿No será que os interesa tener una nueva concubina muda, para que no parezca más inteligente que vos? —lo apuñaló Lord Brown.

Lord Tyrol se levantó dejando las cartas sobre la mesa y llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero contuvo su furia, que tan solo quedó reflejada en una palpitante vena sobre su sien.

—Milord —dijo, dirigiéndose a Lord Brown—. De no ser por el pacto de no agresión que acordamos hace unos días... exigiría vuestra cabeza en el acto, para orinar en vuestra boca y ver si así conseguíamos de una vez que dejara de soltar improperios y comentarios mordaces.

—Pues espero que tengáis una buena vejiga, porque yo tengo una boca enorme, milord —añadió Lord Brown, incorporándose a su vez y apretando con sus dedos la daga que le pendía del cinto.

En ese momento entró en la estancia el estarosta de Mil Ríos, seguido por un nutrido grupo de sus más allegados.

—Sería una lástima que Lord Brown malgastara su cabeza y que vos, Lord Tyrol, malgastarais vuestra orina.

Los siete nobles se levantaron en el acto y doblaron el cuello, saludando al señor de Mil Ríos y sus hombres.

—Descansad —dijo Ron.

Ellos obedecieron y tomaron asiento, mientras los recién llegados permanecían de pie y Lord Tyrol, avergonzado, se ocultaba de Sera, deseando que no hubiera escuchado comentario alguno.

—No os preocupéis por ella, Milord —aseguró Ron—. Ha tenido que lidiar con cosas peores que un grupo de nobles lenguaraces, como para escandalizarse ahora.

Sera asintió, mientras rememoraba todo cuanto había explicado a sus amigos sobre su huida de la Cascada y el encuentro con el Mork, así como de Dana, Brandon y los demás supervivientes.

Lord Tyrol se incorporó con la mirada baja.

—En cualquier caso, si os he ofendido os pido disculpas, *milady*.

Sera asintió, divertida, por escuchar en labios de aquel hombre el título con el que se dirigía hacia ella.

—Sugiere que la llaméis Sera, sin más —replicó Mejunje, que permanecía fielmente siempre al lado de la chica.

—Si ese es vuestro deseo... —asintió Tyrol.

Zanjado el asunto, entraron de lleno en lo que les atañía y la razón de la visita de su señor.

—¿Y qué nuevas nos traéis, mi señor? —preguntó Lord Pemberton, dejando definitivamente de lado una mano que parecía ganadora.

—Supongo que la guerra, milores —anunció Ron—. Pero antes de nada me gustaría saber qué ha sido de nuestros espías. ¿Alguna noticia?

—Ninguno ha vuelto de la Atalaya del Oso, o del Río Vuelto —se adelantó a decir Lord Brown.

—Podemos suponer, entonces, que los planes de Mabruk están maduros —comentó Varley, de pie junto a Ron y Marlon, su hijo.

El estarosta asintió.

—¿Significa eso que debemos esperar un ataque? —preguntó Lord Gránico.

—Sin duda —corroboró Tania, detrás de Varley, que avanzó para colocarse a su lado.

Aquellas afirmaciones causaron cierto revuelo. Aunque no resultara inesperado, los nobles habían llegado a creer por un momento que la tormenta pasaría de largo sin golpearles, ahora que habían demostrado la fuerza de su ciudad.

—¿Y qué haremos? ¿Cuál es el plan? —preguntó apresuradamente Lord Goritz.

—Pues... —comenzó Ron—. Precisamente de eso quería hablarles, milores.

El chico cayó en un silencio expectante, mientras paseaba alrededor de la mesa contemplando a aquellos hombres y valorando si podía fiarse de ellos. Finalmente se detuvo en la cabecera de la mesa y, con seriedad, les espetó:

—Antes siquiera de plantearme el sentarme a hacer planes con ustedes, debemos dejar una serie de cosas claras.

Los nobles se miraron entre ellos como si alguno de los presentes fuera una especie de traidor.

—¿Habéis averiguado algo? ¿Algún tipo de complot o amenaza? —

preguntó Lord Gránico.

Ron asintió.

—Así es.

—¡Decidme quién y yo mismo lo destriparé con esta daga! —aseveró Lord Brown.

—No solucionaremos esto con vuestra daga, Lord Brown. La amenaza a la que me refiero nos come desde el interior y nos condena a la perdición si no le ponemos coto aquí y ahora.

—¿A qué os referís? —pregunto Lord Pemberton.

—A ustedes, milores —afirmó Ron—. No puedo fiarme de ninguno de ustedes si son incapaces de fiarse los unos de los otros y si siempre están urdiendo tramas paralelas. ¿Cómo saber que harán lo que tienen que hacer cuando llegue el momento, si son incapaces de trabajar unidos?

—¡Limpiamos Mil Ríos de traidores, juntos! —exclamó Goritz—. Eso debería dar fe de nuestro compromiso.

—Sin duda —otorgó Ron—. Pero vos sabéis que no fue por lealtad hacia mí, o hacia vuestros iguales. Fue por intereses, cada uno los suyos, pero intereses, al fin y al cabo.

La verdad dolía, pero el silencio que guardaron otorgó la razón al muchacho.

—¿Cómo podemos ganarnos vuestra confianza? ¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Lord Pemberton.

—Me alegra que lo preguntéis, Lord Pemberton, porque de hecho hay algo que podéis hacer.

—¿Qué es? —preguntó Lord Tyrol.

—Un juramento —sentenció Ron, recibiendo las miradas incrédulas de los nobles.

—Pero... mi señor. Ya os prometimos...

—No es suficiente —interrumpió Ron a Lord Sutton, y todos pudieron ver la firmeza de su rostro y sus palabras cuando habló—. Necesito algo más sólido... y es por eso que he decidido recurrir a algo inquebrantable, algo de cuya existencia yo no tenía noticia, pero de lo cual Kadros estaba al corriente.

Como nadie interrumpió, Ron prosiguió:

—El Juramento Irrenunciable. Un vínculo entre Kilumaras y el hombre.

Sus palabras cayeron como un mazazo sobre la mesa. La mayoría de los nobles guardaron silencio, mientras que Lord Brown no quitaba ojo al estarosta, sopesando los pasos que daba aquel muchacho, como si asistiera a un acontecimiento histórico.

—Mi señor, lo que sugerís es muy... anacrónico —comenzó Lord Tyrol, educadamente.

—Yo diría más bien serio. Pero si queréis llamarlo anacrónico... dejémoslo en tradicional, por llegar a un punto intermedio.

Lord Brown aplaudió, divertido.

—¡Quién lo iba a decir! —añadió—. Tantos años llevo reclamando volver a los valores tradicionales de nuestro pueblo, y mira por donde tuvo que llegar este muchacho para recordaros lo que sois y de donde venís.

—Pero vos sois un retrógrado, si me lo permitís, Lord Brown —repuso Lord Gránico.

—¡Y a mucha honra! —respondió él burlesco.

—¡Basta! —exclamó Ron—. La única manera de trabajar juntos es realizando dicho juramento, amén de que también es la única manera de que todo cuanto tracemos hoy aquí pueda llegar a buen puerto.

—¿Os dais cuenta de que nos estáis pidiendo un salto de fe? —dijo Lord Pemberton. Ron asintió.

—Lo que pido no es un juramento hacia mi persona, milores.

—Recordadnos pues, en que consiste el Juramento Irrenunciable —sugirió Tyrol.

Ron se giró hacia Kadros y, dando un par de pasos atrás, dejó que el antiguo bufón de Mil Ríos se dirigiera a la nobleza. El Kaimu clavó sus desiguales ojos sobre todos y cada uno de los siete nobles, traspasándoles con la mirada y viendo más allá del engaño de sus pieles. Vio cobardía, vio grandeza, vio pasión y vio corrupción. Pero también vio luz. Y a ese hálito brillante se aferró cuando comenzó a hablarles:

—El Juramento Irrenunciable no es un juramento de fidelidad hacia el estarosta, ni hacia la persona que ostenta el mando, aunque los antiguos estarostas lo realizaran con devoción al jurar el cargo, hasta que cayera en el olvido... este juramento es un juramento entre hermanos. Es un acto de fidelidad entre iguales. Pero por encima de todo... es un acto de consagración.

Por medio del juramento solicitamos la protección de Kilumaras y consagramos la tierra que pisamos a Aquel que trae la Luz, en la esperanza de que dicha luz prevalezca en el final sobre toda oscuridad.

—¿Y ya está? —preguntó Lord Pemberton.

Kadros asintió.

—Técnicamente sí. Pero si el juramento es “irrenunciable” es precisamente por su carácter eterno y vinculante. Cualquier cosa que hagáis después de dicho juramento, quedará ligada al mismo para bien o para mal. Y la pena por quebrantarlo os alcanzará, por muy lejos que corráis.

—¿Para qué? —preguntó Sutton—. ¿Por qué jurar algo así?

—Porque por esta unión crearemos la hermandad que necesitamos para librar esta batalla. Unidad sin la cual sucumbiremos sin remedio y divididos —sentenció Kadros.

—Señores por favor —intervino Ron—. No lo hagan por mí. No lo hagan por ustedes. Háganlo por Mil Ríos y por las almas de la gente que todavía respiran.

Kadros y Ron dejaron que los nobles debatieran entre ellos la cuestión. No se terminaba con largos años de incredulidad de un plumazo; y aunque deseosos, sin saberlo, de correr hacia aquello que se les ofrecía, se mostraban reticentes a doblegar tantos años de acomodada laxitud.

Tardaron largos minutos en alcanzar un acuerdo, pero al fin encontraron el consenso que buscaban, y dejaron que fuera Lord Brown, “el tradicional”, el que arrojara el resultado:

—Aceptamos —expresó con sencillez, y Ron sonrió complacido.

—Gracias, milores.

Acto seguido, cedió de nuevo la palabra a Kadros, que haciendo ponerse en pie a todos los presentes comenzó:

—Pronunciaréis ahora, todos vosotros, nobles y plebeyos, el Juramento Irrenunciable, y vuestro destino quedará ligado para siempre a las palabras que emitáis. ¿Estáis dispuestos?

—¡Lo estamos! —dijeron a coro todos los presentes.

Emocionada, Tania le estrechó la mano a Varley, y a su vez Mejunje buscó con los dedos la mano de Sera. Kadros prosiguió.

—Repetid entonces las palabras:

*Toda mi vida, todo mi ser,
lo consagro ahora a tu servicio.
Que mis manos hagan solo el bien,
que mi boca diga solo la verdad,
que mis ojos sean puros,
que mi corazón sea roca en la batalla y pluma en la paz.
Ahora doy todo mi ser para quien está junto a mí,
y ellos dan su vida conmigo mismo a tu Persona.
Que consagradas sus gentes, consagres esta dulce tierra,
hasta donde se ocultan los soles.
Haz, Kilumaras, de esta buena tierra tu Fortaleza del Espiritu,
convierte mi hogar en Agbara Ti Emí.*

Un aura de solemnidad se apoderó de todos cuantos repitieron aquellas palabras, y sus corazones se vieron inflamados por un “algo” que no sabían expresar; pero si en algo coincidieron, fue en la resolución que pareció tomar el control de sus actos desde aquel instante.

Así fue como el nuevo estarosta unificó definitivamente a la nobleza bajo su bandera. La única posibilidad que tenían de plantar cara al mal que crecía en el oeste, pasaba por aquel juramento, y Ron suspiró aliviado al verlo realizado.

—A Lucius le habría gustado esto —comentó Varley, susurrándole a Tania.

—¿El juramento? Sí, creo que le habría gustado —dijo ella.

Varley la miro sonriendo de lado a lado.

—Me refería a la Posada del Ahorcado Cimbreado, no al juramento. Todo tabernero sabe hacer aprecio de un digno antro cuando lo ve.

—Idiota —exclamó ella golpeándole, divertida; a lo que Varley respondió besándola en la mejilla.

—Sí, pero te gusto —ella le besó.

—¿Crees que estarán bien? Torgund y los demás, digo. Tardan demasiado, ya deberían haberse reunido con nosotros.

Varley movió la nariz como cuando tenía una corazonada, pero en aquella ocasión no supo qué decir.

—Ron parece tranquilo. Y Kadros afirma que la senda que debe seguir Sarmiento es más oscura y tortuosa... signifique lo que signifique “tortuosa”.

Tania se aproximó a él y le estrecho la mano cariñosamente, mientras ambos devolvían su atención al centro de la sala, donde el estarosta de Mil Ríos hablaba de nuevo.

El joven gobernante parecía imbuido de una fuerza que emanaba de las recién juradas palabras.

—De nuevo gracias, milores —agradeció de corazón—. Ahora puedo al fin ocuparme de los asuntos que realmente nos apremian y que debemos acometer sin dilación.

Varley acercó sus labios al oído de Tania.

—Te dije que era muy leído. Parece que ha nacido para esto —la mujer le arreó un codazo entre las costillas, y el detective ahogó un quejido—. ¿Qué? ¿Qué culpa tengo yo si habla tan florido?

Ron continuó.

—Sabemos que el enemigo se agrupa. Igual que sabemos que no otorga importancia a nuestras fuerzas, o no habrían dejado que tomáramos con tanta facilidad la Fortaleza.

—¿Os pareció sencillo? —preguntó Lord Goritz.

—Ciertamente sí. Si Leviathanas hubiera querido conservar este lugar por su valor estratégico lo habría hecho. Pero se sabe poderoso, y cuenta sin duda con un enorme ejército y aliados terribles. El tiempo juega a su favor; carece de prisa alguna.

—Si yo fuera él, esperarí a que todos estuviéramos juntos en el mismo cesto —aportó Kadros.

—Y entonces aplastaría todos los huevos de un solo golpe, ¡plaf! —sentenció Varley dando una palmada. Los rostros de los nobles se volvieron hacia él—. ¡Qué! Vale, puede que no haya sido la mejor de mis metáforas, pero responde bien a lo que queremos expresar.

—Varley tiene razón —prosiguió el joven estarosta—. Tratarán de aplastarnos de un solo golpe.

«*Los huevos*» —vocalizó Varley sin hablar, pero mirando a los nobles.

—Por eso —continuó Ron—, os pido que me ayudéis a trazar un plan. Vosotros conocéis mejor que nadie este lugar. Sois sus dirigentes, sus adalides. Por eso ahora os ruego que expreséis vuestras ideas ante la batalla que se avecina.

De noble a noble, todos se miraron entre ellos. Ninguno se atrevió a hacer mención a una posible negociación, pues de sobra habían comprendido que con el enemigo al que se enfrentaban no existía tal opción.

—Bueno, si empezamos por las armas que podemos reunir... —comenzó Pemberton—. Contamos con tres mil hombres, soldado arriba o abajo. Pero no es fiable dicha cifra, pues algunos resultan muy viejos para el combate.

—O demasiado bisoños —corroboró Tyrol.

—En efecto —dijo Pemberton, mostrando su acuerdo—. Una cifra más realista sería de unos dos mil quinientos hombres, o incluso menos.

—Las cifras son lo vuestro Lord Pemberton, tomaré esos dos mil quinientos como válidos. ¿Pero cómo aprovechamos esas cifras a nuestro favor? ¿Con cuántos efectivos contarán ellos?

—Estimo que no menos de diez mil —afirmó Pemberton, mirando la mesa.

—Algunos pocos espías que lograron cumplir su cometido han llegado a contabilizar quince mil. Pero eso fue hace ya días. Bien pueden haber incrementado dicha cifra —intervino Moltan.

Aquellos números resultaban abrumadores; Marlon, el hijo de Varley se ocultaba en un segundo plano, disimulando el temor que le inspiraba cuanto se debatía allí. Percibiendo su inquietud, Varley se aproximó a él.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí —asintió sin convicción, para después añadir—. Nunca he estado en una batalla, padre.

—Lo harás bien... y más con ese mazo que llevas. Y en caso de duda, siempre puedes partírle la nariz a alguien, conmigo te funcionó —dijo palmeándole los hombros.

—¿Tú has librado alguna batalla? —preguntó.

—Oh, sí. Muchas.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—La hora del día es indistinta; aunque si tuviera que decir un “cuándo” te diría que por la tarde noche. Y en lo que respecta al dónde... en muchos sitios. La Posada del Babero, la Cantina del Espetón, la Taberna de las tres jarras...

—Vale —rio Marlon—. Comprendido. Estamos en igualdad de condiciones, ¿no?

—Igual no... —su voz se tornó seria—. Yo quiero luchar. Por ti, por Wilhelm —pronunciar el nombre hizo que a Marlon se le enturbió la vista—, por Tania y por todos los que me importan. Acabo de redescubrir que mi vida tiene sentido, y no estoy por la labor de que una pandilla de mamarrachos endemoniados, me arrebatan el mundo. Le estaba empezando a coger gustillo.

Marlon rio, y padre e hijo se estrecharon la mano.

Cuando devolvieron la atención a la reunión, era Lord Goritz quien se levantaba de la mesa tomando la palabra.

—Deberíamos prepararnos para un asedio prolongado.

—Será un sitio en toda regla —sugirió Brown.

—Eso me temo —corroboró Ron—. Por eso y ya que lo mencionáis, Lord Goritz, os encargo que os ocupéis del avituallamiento y los abastecimientos. Reunid, recopilad y acumulad todo cuanto podáis en las semanas, o los días que nos queden. Armas, alimentos, ropa, cuanto consideréis menester. Id enseguida, no os entretengáis.

—Mi señor —dijo Lord Goritz con una suave inclinación; y abandonó la reunión a toda prisa. En cuanto puso un pie fuera de la posada, comenzó a disponer instrucciones entre los miembros de su casa.

—Bien. Lord Brown... —habló entonces el estarosta dirigiéndose al noble—, sois el jefe de una de las casas más antiguas de Mil Ríos, y según me dicen de las más combativas, o si lo preferís conflictivas. Habéis permanecido siempre leales a los estarostas, y combatido en todas y cada una de las revueltas que se han producido contra el gobierno legítimo, incluida la última, donde sé por vuestros hombres que habéis socavado en la sombra el poder del depuesto regente. ¿Si tuvierais que atacar esta fortaleza... cómo lo haríais?

Lord Brown se atragantó con un cacahuete que acababa de pelar, sin dejar de mirar con los ojos abiertos a los presentes, ni dar crédito a lo que oía. Finalmente se incorporó, abandonando la actitud indiferente de la que hacía siempre gala.

—Yo... con toda humildad, mi señor... quizá no sea el más adecuado para responder a semejante pregunta.

Ron lo observó, sonriendo.

—He ahí precisamente lo que estaba buscando, Lord Brown. Y habéis hablado bien cuando habéis utilizado la palabra “humildad”. En estas semanas he intentado hablar con cada uno de los nobles de Mil Ríos en privado, y aunque era difícil ponerlos de acuerdo en aspectos políticos, económicos y sociales, todos coincidieron en una cosa. Bueno... todos excepto vos.

—¿En qué, mi señor?

—Todos os señalaron como el más adecuado para dirigir un ejército en caso de que este se formara.

—¿Yo? —preguntó Lord Brown, antes de detenerse a mirar a sus homólogos, que a su vez le devolvían la mirada.

—Sí, vos. Al principio pensé que el resto de las casas trataban de escurrir el bulto al atribuirlos una tarea tan poco apetecida. Pero después hice algunas pesquisas.

—¿Sí, mi señor?

—Sí. ¿No sois acaso el Lord Brown que suprimió las revueltas campesinas hará sesenta años? ¿El mismo Lord Brown que combatió contra los sediciosos del Límite junto al Dedo de Kilumaras? ¿Habéis oído hablar tal vez de la batalla del Risco, cuando un tal Lord Brown, a la cabeza de una pequeña hueste de caballería, barrió las filas de los rebeldes bordeños? ¿Sois el hombre que dicen vuestros libros de historia, o no?

Lord Brown agachó la cabeza.

—Lo soy —susurró al fin.

—Lo sé —asintió Ron—. Igual que sé que fue por todas esas victorias que las casas nobles os temían, os criticaron y finalmente os ignoraron, abandonándoos al ostracismo.

—Muy bien pudiera ser como decís —afirmó Brown.

—Pero eso se ha terminado. Todos habéis pronunciado el Juramento Irrenunciable, todos somos ahora hermanos de sangre —continuó Ron—. Y ahora os pregunto de nuevo. Si tuvierais que asediar esta fortaleza, ¿cómo procederíais? Me niego a creer que no os lo hayáis planteado alguna vez a lo largo de todos estos años de disputas intestinas.

Lord Brown se alzó de la mesa, esta vez con un aire regio en su porte y sus movimientos. Repentinamente su actitud se había transformado, y en pie junto a su estarosta, enmarcaban una auténtica estampa digna de ser registrada en un tapiz.

Sin dilación hizo traer un viejo mapa de Mil Ríos y alrededores, y con decisión, comenzó a hablar.

—Nuestro enemigo tiene el tiempo, los recursos y la fuerza. Nuestra única ventaja consiste en que nosotros poseemos el terreno... —miraba el mapa distraídamente—. Nosotros decidiremos cómo y dónde se lucha, aunque ellos escojan el cuándo. Por tanto, si yo fuera el que dirige a esa partida de cabrones... —inclinó brevemente la cabeza—. Disculpad mi lenguaje.

—No hay que medir las palabras cuando los tiempos no se detienen a medir sus actos. No os disculpéis por ser lo que sois, un viejo guerrero.

—Gracias, mi señor —respondió Brown, risueño como un niño, antes de continuar señalando posiciones en el mapa que se extendía sobre la mesa—. Como decía, yo no atacaría directamente estas murallas. Los bastiones, los fosos, el Lago Real y la triple muralla son fuertes y no tienen una idea cierta de nuestro número. No, yo no me arriesgaría a un ataque frontal.

—¿Qué haríais entonces? —preguntó Kadros, que se inclinaba sobre el mapa, sinceramente interesado.

Lord Brown barrió con la mano toda el área dibujada en el mismo, mientras decía:

—Lo quemaría todo. Arrasaría los alrededores convirtiéndolos en un yermo, eso nos privaría de sustento y moral, todo en uno.

—¿Y después? —lo invitó a continuar Ron.

—Razias. Ataques de tanteo para valorar nuestras fuerzas.

—¿Por la retaguardia? ¿Utilizando el Río Grande tal vez? —sugirió Tyrol.

—No, demasiado evidente. Y las corrientes de ese río son una gran perra. Zozobrarían la mitad de sus recursos antes de plantar un pie en las murallas. Yo trataría de atacar un objetivo que además nos privara de una rica ruta de suministros. Por un lado, me serviría para medir las fuerzas del rival y, si saliera bien, dejaría la ciudadela sin su principal vía de recursos, lo cual, para un asedio, huelga decir resulta vital.

Lord Brown miró entonces el mapa y levantó los ojos hacia el resto de los nobles, los cuales, uno tras otro mudaron el color de sus caras al comprender lo que estaba pensando aquel hombre.

—¡El Arroyo de las Terrazas! —exclamó Lord Sutton.

—En efecto —asintió Brown—. Ese, mal denominado, arroyo, fluye desde las cercanías de la Puerta de la Luz y va directo hasta el Lago Real, activando por el camino nada menos que cinco enormes molinos de agua, que se encargan de producir el sesenta por ciento del grano de Mil Ríos. Además de lo dicho, resulta ser un cauce navegable, por lo que el transporte de alimentos y recursos por sus aguas ha sido tradicionalmente la manera de mantener la Fortaleza del Agua abastecida.

—De manera que si nos cortan esa artería... caeremos —. Afirmó Lord Gránico.

—Pudiera ser. Pero confiemos en que Lord Goritz sea capaz de reunir cantidad suficiente de material antes de que todo empiece —repuso Brown.

—¿Podemos hacer algo para evitarlo? —preguntó el estarosta.

—Poca cosa, si hablamos de nuestra relación de fuerzas. Pero sí que podemos retrasarles y hacerles pagar por cada metro ganado.

—¿Cómo? —quiso saber Ron.

Lord Brown señaló uno por uno los cinco molinos edificados a lo largo del cauce, desde la Atalaya del Pez hasta que el arroyo corre a unirse al Río Grande.

—Estos molinos situados en cada una de las pequeñas cascadas que dan nombre al arroyo, de ahí lo de terrazas... podríamos fortificarlos.

—¿Esperáis que vengan por el río? —quiso saber Ron.

—Es lo que haría yo —cabeceó—. Con la esperanza de que no hubiera ningún perro viejo defendiendo la ciudad, claro.

LA ESCALA

Las últimas semanas habían servido para que Torgund rumiara algo parecido a un plan, mientras seguía dando rodeos sin llegar a ningún lugar concreto, temeroso de que Sarmiento no estuviera preparado.

A toda costa deseaba evitar la confrontación que cada día percibía con mayor certeza y que tendría que terminar por afrontar.

Lucius no dejó de recordárselo desde el día en que golpeara al chico: “Vas a tener que tomar una decisión”. Pero el anciano Kaimu sentía el peso de los años sobre sus hombros como nunca antes lo había sentido y no hallaba las fuerzas necesarias. Aunque siguiendo el consejo recibido por Lilian, Torgund había comenzado a recogerse todas las noches para hablarle a Kilumaras, no obstante, sentía un vacío al otro lado que le hacía verse como un idiota ante su presencia.

Aun así, cuando desaparecía la poca luz restante del día, Torgund se apartaba del campamento, desenfundaba su negra espada, la clavaba en el suelo y le hablaba sin esperar respuesta.

Con ella se comportaba como con un viejo amigo, le contaba sus inquietudes, sus debilidades, sus inseguridades, sus errores... para finalmente solicitar su ayuda y protección antes de caer totalmente dormido y abatido.

Así prosiguieron durante varios días a lo largo de dos semanas, en las cuales Sarmiento seguía dando muestras de inusitada violencia en sus actos y en sus palabras. Especialmente hacia Lucius, por quién había desarrollado una especial inquina y un odio feroz, producto de la pedrada que usara para hacerle callar.

Desde ese aciago día el tabernero no lo perdía de vista, y el muchacho

siempre que le miraba traslucía una inteligencia maligna bajo aquellos ojos opacos, que parecían estar calculando la mejor manera de partirle el cuello.

Lucius no perdía ocasión de comentar con Torgund la situación, haciéndole notar cómo Sarmiento se le escapaba de las manos a cada hora que pasaba. Sin embargo, el gigante seguía esperando.

—Aún no es el momento. Pero pronto. Tan solo resta una última cosa por hacer... dependiendo de lo que suceda... tomaré mi decisión.

—¿Qué cosa es esa? —quiso saber Lucius.

—He concertado una reunión —afirmó él.

—¿Cómo? Nunca te alejas de nosotros más que unos metros. Y hemos permanecido siempre juntos.

Torgund señaló su espada con un gesto misterioso.

—He utilizado los sueños, amigo.

El tabernero miró al gigante sin dar crédito. Después realizó un gesto abnegado de la mano y concluyó.

—Vale... no te preguntaré, porque si no, me caerá algún tipo de explicación que no quiero escuchar. Pero vamos a resumirlo a nivel básico, como para tontos. Te has puesto en contacto con alguien a través de los sueños utilizando tu espada, ¿no es así?

Torgund asintió.

—Ahora sí que la hemos liado —sentenció Lucius, tocándose con dos dedos el puente de la nariz.

Al día siguiente el sol salió con timidez por el horizonte. Muchas esperanzas tenía depositadas Torgund para aquel día. Y muchas respuestas que deseaba encontrar.

Los rayos de sol iluminaron vagamente las yermas tierras de la Escala, que no hacía ni una semana verdeaban y crecían alegres. Hasta que algo había hecho enfermar la tierra y, día tras día, todo se volvía ceniza y polvo gris, que se alzaba hacía el cielo como si se tratara de una fina agua nieve, cayendo de la tierra hacia el cielo en sentido antinatural.

—¡Ya deberíamos haber llegado, abuelo! —Reprendió Sarmiento al Kaimu—. ¡Dijiste que hoy hallaríamos respuestas, pero seguimos metidos en estos sucios caminos! —el chico pateó una piedra con violencia.

—No todos los caminos directos resultan adecuados, hijo.

Intercambiaron duras palabras, mientras Lucius no les quitaba ojo de encima.

—¡Pues deja de dar vueltas, y llévame de una vez a ver a quien se supone que hemos venido a ver!

Torgund suspiró largamente, cabeceando taciturno. Pero con voz dulce le respondió:

—No te apresures tanto, hijo, ni tengas prisa por alcanzar la meta. La vida es caminar y el camino es la vida.

—*La vida es caminar y el camino es la vida* —repitió Sarmiento con voz burlesca—. ¿Qué demonios significa tamaña estupidez?

—Podrías escuchar en lugar de rezongar —intervino Lucius, recibiendo una mirada feroz por parte del chico; tan espantosa fue aquella mirada que hasta su rostro se deformó en una horrible mueca. Lucius retrocedió un paso, antes de que Torgund se interpusiera entre los dos.

—Lo que quiero decirte, hijo... —continuó Torgund, que al interponerse parecía haber corrido una cortina delante de Sarmiento, haciendo que se calmara por un instante— lo que significa esa frase... ¿quieres qué siga?

Sarmiento cabeceó condescendiente. En absoluto deseaba escuchar su charla, pero le divertía ver los torpes esfuerzos de aquel grandullón tratando de... ¿salvarle? Algo dentro del chico rio con fuerza.

Torgund continuó y empezó por repetir la frase:

—*La vida es caminar y el camino es la vida*. La vida es caminar, siempre hacia delante, con la vista fija en el horizonte, hacia la meta y el final del sendero. A pesar de las dificultades, el hombre sigue andando, por encima de los obstáculos y de las barreras que se atraviesen. Pero la vida es también camino. Dejas atrás el pasado como el caminante deja atrás el polvo de tus sandalias. Caminas en el presente, en ocasiones tan apresurado que arriesgas perderte la belleza del momento, un paisaje, una puesta de sol, un amigo que te acompaña. Y vamos con la vista puesta en el futuro, como aquel que camina; aprendiendo de nuestros tropiezos pasados, de nuestras caídas; pisando con mayor firmeza y seguridad, para no recaer en las mismas debilidades durante el resto de la vida, durante el resto del camino.

Torgund calló entonces, para encontrarse con los ojos de Lucius, que lo contemplaban con asombro y respeto, preguntándose si sus palabras surtirían

algún efecto. Sin embargo, aquel momento vino y se fue, ensombrecido por Sarmiento, que necesitaba añadir la puntilla:

—Menuda tontería. ¡Deja de aleccionarme con tu santurronería, y terminemos con esto de una vez!

El chico abrió la marcha, mientras Torgund y Lucius lo seguían cabizbajos sin saber qué decir. Aunque en los ojos del tabernero el Kaimu leía con toda claridad: «*Tienes que hacer algo*».

Aquella misma noche, mientras los otros dormían, Torgund se apartó de la hoguera como venía siendo habitual, y desenfundando su espadón, lo hincó en el suelo y se arrodilló, dejando la guarda de la espada a la altura de sus ojos.

No sabía por dónde empezar, no sabía qué decir. Sentía el fracaso palpitando dentro de su corazón, cuando comenzó a hablar con el negro acero.

—Le he fallado al chico, a su padre y a Ti —repetía y sollozaba ahogadamente para no despertarlos—. Estoy perdido. Sin dirección, caminando hacia delante, huyendo hacia el horizonte, temiendo afrontar mis propios temores.

Decía así, y se golpeaba el pecho a la vez.

—Si pudiera saber, si pudiera ver... Yo tenía fe cuando comencé; pero ahora caigo, y no soy capaz de encontrar el apoyo adecuado para levantarme de nuevo; ante semejante vendaval... ¿qué puedo hacer yo? ¿Qué puede siquiera hacer el hombre contra tanta oscuridad?

Torgund sollozaba en silencio mientras, arrodillado ante su espada, aferraba la empuñadura. Su pecho subía y bajaba con espasmos, al intentar reprimir el llanto. Las cálidas lágrimas corrieron por sus mejillas, hasta perderse en la frondosidad de la espesa barba que habitaba su rostro; y entonces, sin palabras, encontró la respuesta y la señal que tanto ansiaba. «*¿Qué puede hacer el hombre contra tanta oscuridad?*»

Su negra espada, oscura como el mismo mal que los rodeaba, comenzó a palpitar, y finalmente brilló con un fulgor que brotaba de su mismo núcleo acerado.

Los zarcillos que brotaban de su filo fluían como las olas del mar, y su sola visión resultaba reconfortante. La espada respondía a las peticiones de Torgund. La espada habló sin palabras, y entonces el Kaimu lo vio.

«*¿Qué puede hacer el hombre contra tanta oscuridad?*»

¡Brillar! No había más respuesta. Contra todo mal, contra todo pronóstico, contra los azotes del mundo, un hombre solo debe brillar en la oscuridad como faro para sus semejantes que están perdidos. Un hombre debe ser reflejo de Aquel que lo creó, debe ser imagen de Aquel que trae la Luz. Un hombre debe ser luz para el hombre.

Torgund lo supo entonces. Una nueva resolución anidó en su ser. Sabía lo que tenía que hacer.

* * *

A la mañana siguiente despertaron los tres junto a los humeantes rescoldos de la hoguera. Lucius se acodó en el suelo y contempló sorprendido a Torgund, durmiendo en paz por primera vez en semanas.

Tomaron un frugal desayuno, recogieron cuanto necesitaban, e iniciaron una nueva jornada. Sin embargo, en aquella ocasión el paso de Torgund era firme y decidido, y su ruta no giró en círculos como hasta el momento.

Avanzó en línea recta, apresurado y con largos trancos de sus largas piernas. Durante una pausa en el camino el tabernero se le acercó escamado.

—¿Qué haces? —le susurró.

—No demorar más nuestra misión —respondió él.

—¿Has tomado una decisión? —quiso saber Lucius, y Torgund asintió. Afirmación que fue recibida con un suspiro de alivio por parte del tabernero.

—Pero antes debemos vernos con alguien —concluyó Torgund, que siguió caminando veloz.

Sus pasos los llevaron hasta un claro cubierto de ceniza, junto a un reseco arroyo que no tardaría demasiado en desaparecer. Habían caminado durante todo el día, y Sarmiento, sorprendentemente, no emitió palabra alguna, aunque en sus miradas siniestras se percibía un atisbo de curiosidad y recelo, como si deseara conocer la razón para un cambio tan drástico en la ruta, pero no se atreviera a preguntarlo.

Finalmente, Torgund se detuvo oteando el horizonte y la rala vegetación que se marchitaba en las cercanías. Entonces se volvió hacia sus compañeros.

—Es aquí.

—¿Estás seguro? —preguntó Lucius.

—¿De qué demonios habláis? ¿Nos has traído hasta este yermo a morir, o verdaderamente me ayudarás en algo con el cometido que se me ha encomendado?

Torgund se giró hacia el muchacho.

—Te ayudaré en todo lo que atañe a tu cometido, chico —dejó de lado la palabra “hijo”, al menos por el momento—. Es por ello que estamos aquí. Debemos vernos con alguien.

—¿Para qué? —preguntó agriamente el muchacho.

—Para que tengamos alguna posibilidad, para eso.

Sarmiento bufó con desdén, y aguardaron. Sus ojos opacos se cruzaron con los de Lucius, y el tabernero habría jurado que el chico veía a la perfección, por como clavó la mirada en él. Permanecieron así durante unos segundos, hasta que Sarmiento le dedicó una mueca horrenda y desvió su atención hacia la ceniza.

Fue el momento en el cual, de entre la bruma, surgió una sombra encapuchada y tras ella una docena más. A la pálida luz del atardecer, y sobre el grisáceo y enfermo suelo de la Escala, sus siluetas pasaban desapercibidas, y además vestían mantos toscos de color gris que los mimetizaban aún más con el entorno. De manera que más se podría decir que eran espectros que hombres.

Lucius no pudo evitar sentir un escalofrío, pero cuando miró de nuevo a Sarmiento, no supo discernir si su inquietud provenía de aquellos desconocidos, o del mismo muchacho, que exudaba un aire nocivo a su alrededor.

Cuando los recién llegados estuvieron a tres metros, se detuvieron. Ninguno empuñaba las armas, aunque tampoco las ocultaban, dejando constancia de su determinación.

Torgund se adelantó, desenfundó su enorme espadón y lo clavó, como era su costumbre, en el suelo, dejándolo entre ambos bandos e invitándoles a dialogar.

Uno de ellos se adelantó, desenfundó a su vez la espada y la clavó junto a la de Torgund. Entonces se retiró la capucha y dejó ver su rostro.

Era una mujer, y el Kaimu la reconoció al instante.

—Has venido —dijo Torgund.

—Sinceramente no sabía qué pensar —comenzó ella—. Pero dada la recurrencia de mi sueño y mis anteriores experiencias con el mundo de la vigilia... no pude dejarlo pasar sin más.

—Lo sé —asintió él—. Igualmente agradezco que estés aquí, caudilla.

—Olvida ese título, ya no significa nada. Además, todavía ignoro si eres un grandísimo manipulador, o si esto es una trampa. Igualmente he pensado si no serías como esos otros seres que he encontrado en mi camino...

Torgund la observó detenidamente y, sin dificultad, ató los cabos necesarios.

—Has vuelto a ver a Reflejo ¿verdad? —preguntó. Ella asintió.

—Así es. Tuvimos una o dos conversaciones la mar de interesantes... y también utilizaba los sueños... como tú.

—Ya. Por eso has venido acompañada —sugirió Torgund.

—Obviamente. No están los tiempos para fiarse de sueños, adivinaciones y profecías. De manera que vengo acompañada de aquellos en los que fio.

—Mira... no pretendo que confíes en mí, yo tan solo...

—Confío en lo que mis ojos ven —le interrumpió—. Desgraciadamente soy así de práctica. Y mis ojos te han visto antes Torgund. Te he visto en la batalla abrir las filas de mis hombres con la espada desnuda, segándolos como si fueran la mies. Y todo por rescatar a un amigo.

—Este muchacho, sí —corroboró Torgund. La mujer se detuvo a mirar al chico.

—¿No ha crecido demasiado? ¿Qué le das de comer?

—Es una larga historia.

—Me gustaría oírla.

—Te la contaré —mirando a su alrededor, añadió—. ¿Puedo esperar que recibamos un trato adecuado hasta que digamos lo que tenemos que decir?

—¿Acaso no te dejé escapar en una ocasión?

Torgund asintió.

—Sí.

—¿Por qué crees que lo hice?

—Tienes honor —respondió, adornando la realidad al respecto.

—Equivocado. Hasta las ratas pueden tener honor —repuso ella, sin dejar de mirarle—. Yo... sentí algo. He visto algo más grande que yo misma y que no sé explicar. Y aquel impulso hizo que volviera mi espada contra los míos —tras ella un soldado se movía nervioso, recordando los hechos que narraba.

A su vez, Torgund cabeceaba, recordando cómo en el Claro, Sera, Ron y Sarmiento habían explicado que eran capaces de influir en la gente, en el espacio y en el tiempo. Cómo habían sido capaces de influir en los actos de otros, para ayudarse a sí mismos en momentos de necesidad.

—Lo comprendo —dijo al fin el gigante.

—Hablemos entonces.

Los acompañantes de la mujer se aproximaron y descubrieron sus rostros. Los más allegados, que parecían gozar de su plena confianza, se presentaron como Clovis, Rogto, Xifo y Safiro. El resto permanecieron descubiertos, pero en un segundo plano.

—Veo que estás bien acompañada: una mezcla muy... ecléctica —sugirió Torgund.

—Así es. Hemos reunido a todos aquellos que desean conservar su integridad, al menos hasta donde comprendemos esa palabra —Marthia rio con amargura—. Tenemos Siniestros, hombres, mujeres, niños, Nasciturus y Amazonas. Todos juntos.

—¿Cómo?

—¿Cómo lo hemos hecho? Bueno —continuó ella—, supongo que el ser humano es así de contradictorio. Tan solo necesitábamos vernos al borde de la extinción para percatarnos de lo absurdo de nuestro propio mundo y sus riñas.

—¿Y has conseguido reunir a todos los supervivientes de la Escala? —quiso saber Torgund. Pero Marthia negó con la cabeza.

—En absoluto. Hemos logrado reunir un gran número, eso seguro, y de los más capaces, pues contamos con buenas espadas entre los nuestros. Pero hemos tenido nuestros desencuentros con otros grupos menos dispuestos, que abogan por esconder el rabo entre las piernas y ver pasar la tormenta desde la supuesta seguridad de sus cuevas.

—No se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado —sentenció

Torgund.

—Así es. Pero dime... la última vez que nos vimos yo te guardaba la espalda mientras escapabas de una partida de Amazonas a caballo. ¿Qué demonios haces aquí de nuevo?

Torgund se extendió unos minutos en poner al día al grupo de Marthia, aunque fue muy concreto y no se recreó en algunos detalles que podían resultar conflictivos; como el hecho de que la identidad de Marthia hubiera sido suplantada en una ocasión, por los mismos muchachos que ahora iban a solicitar su ayuda.

—Muy bien —concluyó ella—. Es una historia impresionante que me explica qué has hecho desde que no nos vemos. Pero no aclara por qué has vuelto.

—Para eso he traído al chico — Torgund se giró hacia Sarmiento, invitándolo a unirse a la conversación. Él se aproximó, cejijunto, hasta donde se encontraban, y rechazó la mano que le tendía Marthia como si no la hubiera visto.

—Pensé que era ciego, no irrespetuoso —comentó Marthia.

—Y yo creí que eras una mujer y no una yegua ojerosa —espetó Sarmiento.

Los hombres de Marthia se removieron nerviosos a su espalda, y Torgund levantó las manos para tranquilizarlos.

—Hemos realizado un largo viaje, y es posible que los ánimos estén un poco caldeados —se disculpó Torgund—. Comencemos de nuevo. Sarmiento ha regresado para solicitar vuestra ayuda.

—Curiosa forma de pedir ayuda —respondió Marthia.

El chico dio la espalda a la caudilla, hablando conspirativamente con Torgund, pero sin molestarse en mirarle.

—¡Me dijiste que veníamos en busca de aliados, y me has traído ante una banda de mendigos desaliñados! —los hombres tantearon las empuñaduras de sus armas.

Lucius se adelantó unos pasos, nervioso, ante el cariz que tomaba la situación.

—Mira chico, quizá deberíamos ser un poquito más diplomáticos, ¿no te parece?

—¡Tú a callar, rata asquerosa! ¡No creas que me he olvidado de lo que hiciste! —chilló Sarmiento.

Lucius retrocedió como si le hubieran abofeteado, contemplando con rostro desencajado la mirada serena de Torgund, cuyos ojos parecían simplemente estar valorando algo que había previsto de antemano.

—No creo que queramos aliarnos con la causa, en vista de cómo tratáis a los vuestros —afirmó Marthia.

—Lo comprendo —respondió Torgund—. Y no debéis hacerlo. No así, al menos.

—¡Mejor! No me acercaría a esa puerca asquerosa ni para extenderle estiércol en su cara arrugada —esta vez nadie hizo caso de los comentarios del chico. Y el hecho de ignorarle, le resultaba enervante; de manera que tanto apretó los puños, que las antiguas heridas de sus dedos se reabrieron nuevamente, y comenzó a sangrar por las cutículas de las uñas. Desaliñado, adelgazado, tras varios días en que se había negado a probar bocado, y avejentado, la imagen de Sarmiento resultaba despreciable.

—¿Entonces? ¿Si sabías que tu alianza fracasaría, por qué has venido? —preguntó Marthia.

—Porque teníais que verlo —respondió Torgund—. Porque todos habéis escuchado esa Voz —Marthia y los demás temblaron al recordar, pero sin sorprenderse demasiado por el hecho de que Torgund lo mencionara—. Porque creo que sabes a lo que nos enfrentamos, lo has visto; pero, sobre todo, porque necesito vuestra ayuda... y él también la necesita.

—¡Yo no necesito una puta mierda, mal nacidos! —gritó Sarmiento. Lucius se acercó por detrás del chico, temiendo que hiciera alguna temeridad, y este se giró con brusquedad—. ¡Aléjate de mí, hijo de puta!

Torgund y Marthia se miraron durante un instante eterno, en el cual sus voluntades parecían haberse unido. Antaño podía haber odiado aquella sensación, pero Marthia sabía que tenía más en común con aquel extraño hombretón que con cualquier otro.

Mientras las blasfemias e imprecaciones de Sarmiento se multiplicaron sin control, ellos prosiguieron hablando.

—¿Qué quieres de mí? —dijo al fin Marthia.

—Nada... todavía. Pero llegado el momento, ¿acudirás? —preguntó

Torgund.

Ella dudó durante unos breves segundos antes de responder.

—Iré —el rostro de Torgund se relajó de manera palpable, como si hubiera encontrado una paz que no esperaba.

—Gracias —respondió—. Vámonos Lucius —añadió, volviendo la espalda a los demás y disponiéndose a partir.

—¡Espera! —lo llamó Marthia, acercándose a él; y obligándole a agacharse, llevó los labios a su oído—. Ten cuidado, Torgund... el chico me recuerda a... a...

—A Reflejo —concluyó el—. Sí, lo sé.

Se separaron, y Torgund comenzó a caminar seguido por Lucius. Sin embargo, Sarmiento, insatisfecho con el resultado de la reunión, comenzó blasfemar de nuevo insultando a todo cuanto le rodeaba. Era como si el hecho de partir lo contrariara, como si hubiera esperado que el plan continuara conforme a lo previsto, y al ver que no sucedía tal cosa estallara furibundo.

—¿Para eso nos has hecho venir hasta aquí, viejo bastardo? ¿Estás senil, chocheas, ya no se te levanta? ¿Acaso se te levantó alguna vez? —comenzó a hacer aspavientos descoordinados—. ¿Por qué no vuelves y te llevas a tu zorra, a lo mejor ella consigue hacer algo con tu vieja polla?

Torgund lo comprendió finalmente; todas sus sospechas quedaban confirmadas con aquel comportamiento. Sarmiento esperaba que el plan se hubiera salvado de alguna manera, esperaba forjar una alianza, aunque fuera a regañadientes, para, una vez dentro, dinamitarla actuando como el infiltrado que era.

El Kaimu dejó traslucir una mirada lastimera, mientras en su fuero interno reflexionaba: «*¿Hay algún lugar donde el enemigo no se haya infiltrado? ¿Algún rincón, alguna persona o institución que no esté bajo su control? Ni siquiera el chico está exento*».

Sarmiento se giró hacia Marthia y los suyos, mientras profería maldades ante las miradas atónitas de los demás.

—¡Y vosotros! —Señaló a Clovis y el resto—. ¡Todos sois ratas traidoras que venderían a sus madres! ¡Y este! —Dijo señalando a Xifo—. ¡Un mal nacido eunuco que seguramente dejaba que una vieja asquerosa le metiera los dedos por el culo cuando nadie miraba! ¿Son estos nuestros aliados?

¿Vamos...?

La pregunta no concluyó, pues el puño de Torgund la abrevió, al golpear el codo del chico sin miramientos. Sarmiento cayó al suelo como un saco de patatas inconsciente.

El gigante se arrodilló, y entonces sí, con delicadeza, tomó el cuerpo del ceniciento suelo y se lo cargó sobre los hombros como una pieza de caza.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó Marthia, asustada, ante lo que había presenciado.

—Creo que lo sabes —Torgund bajó la mirada, como si reconocer aquello constituyera un pecado personal—. Y si no lo sabes lo intuyes.

—Puede que lo sepa, pero no lo comprendo.

—Escapa a la razón —afirmó Torgund. Y se puso en marcha sin mirar atrás.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—¡A las cuevas! —Gritó desde la distancia—. Las que se abren al pie de Los Tullidos. Las conozco desde hace años. Estaremos bien allí.

Marthia no sabía qué decir, y dio un par de pasos tras ellos como si pretendiera unirse a su grupo.

—¿Necesitarás ayuda? —se adelantó a preguntar, sin saber exactamente lo que se proponía el grandullón.

—¡Toda ayuda será bienvenida, Marthia! —Volvió a gritar—. ¡Pero quien venga ha de ser voluntariamente!

Gritó aquello mientras las sombras engullían sus siluetas y desaparecían en la oscuridad.

* * *

A la mañana siguiente, aunque no parecía amanecer nunca en aquella oscuridad, Lucius avivaba un lastimero fuego en el exterior de una de las oquedades que se abrían al pie de Los Tullidos. En aquellas imponentes formaciones rocosas de aspecto amenazador, que dominaban la isla de los Nasciturus, fue donde comenzó la historia de aquel muchacho que ahora sufría en el interior de la cueva.

El tabernero vagaba entre sus pensamientos, buscando respuestas bajo

los rescoldos, cuando por el rabillo del ojo percibió movimiento a unos cien metros de donde se encontraba.

Se incorporó, dejando que el fuego se asfixiara y avanzó hacia los recién llegados.

—Dijo que vendrías —exclamó al verlos llegar.

—¿Dónde está? —fue a su vez toda la respuesta que obtuvo de Marthia, que, acompañada de Clovis, Rogto, Safiro y el eunuco Xifo, se adentró en la fría caverna.

Lucius hizo un gesto con la mano, invitándoles a pasar en primer lugar, y se adentraron en las entrañas de la montaña.

Acostumbrados a palacios, sedas y mullidos colchones, el impacto de aquel húmedo refugio resultó desagradable, especialmente para Xifo, que había vivido toda su vida en el Harén, cebado como un cordero para el sacrificio.

En la oscuridad reinante, tan solo percibían el rítmico goteo del agua que caía del techo, formando tímidos charcos en el suelo que decoraban la caverna con parches cristalinos aquí y allá.

En ocasiones, Lucius les advertía para que agacharan las cabezas, y atravesaban un cañón natural esquivando estalactitas y palpando las paredes a ambos lados.

No tardaron en vislumbrar en la distancia el fulgor de otra hoguera. Aquella luz, recortada en la espesa negrura, actuaba como un punto de fuga, atrayendo sus ojos y dando la sensación de mayor profundidad.

Cuando la alcanzaron, el cañón se abrió a una pequeña sala poco más amplia que un cuarto, donde se repartieron todos alrededor de Torgund, que permanecía arrodillado frente a su espada. A la derecha se abría una nueva oquedad, de manera que la presente estancia actuaba como antesala de aquella.

El Kaimu permanecía sereno, tranquilo, ausente. No daba muestras de haberse percatado de la presencia de todos ellos. Así las cosas, Marthia dio un paso al frente para hablarle, pero Lucius la retuvo agarrándola por el brazo.

—Ha dicho que tiene que ser así. Que primero debía prepararse él — Marthia observó la mano que le agarraba de la ropa, con un gesto fiero de su rostro; un gesto que recordaba tiempos pasados—. Dijo que necesitaba tiempo

y que aguardáramos.

De manera que esperaron. Todos permanecieron en torno al gigante en estricto silencio, entreoyendo de sus labios frases cortadas que parecían surgir de su espada, la cual brillaba con un extraño fulgor, atrayendo los ojos inquietos de Clovis y el resto.

—Soy frágil, soy débil, pero con tu ayuda, y solo con ella, podremos alcanzar la meta —le susurraba a la espada, como si le deseara buenas noches por lo bajo.

—He errado y me arrepiento. Pero hoy he de combatir, he de luchar, y si el combate exige mi vida, debo estar preparado.

El ambiente en la cueva era opresivo; las paredes parecían cerrarse sobre ellos empequeñeciendo el poco espacio del que disponían, mientras Torgund proseguía con su letanía, exhalándola en el aire enrarecido.

—Pido pues tu perdón y tu luz en esta hora de necesidad. Guía mis actos y mis palabras, y sostenme cuando caiga, porque caeré. Te lo pido...

Torgund concluyó haciendo un solemne gesto con la mano hacia el cielo, para después llevar el puño a la cabeza y el pecho.

—Que la luz de Kilumaras me dé discernimiento y habite en mi corazón —concluyó Lucius, a coro con Torgund.

Marthia se volvió hacia el tabernero.

—No sabía que fueras creyente.

—Ni yo tampoco —respondió—. Pero con todo lo que he visto, es muy posible que creyera en la redención obtenida por la veneración de un hámster viudo.

La caudilla lo miró con ojos críticos, viendo más allá de aquella máscara cínica.

—Vale, sí —aceptó él—. Creo, no siempre fui un tabernero amargado. Si quieres un culpable te lo señalo. Está ahí de rodillas.

Torgund se incorporó y miró a su alrededor. Una sonrisa afable se dibujó en su avejentado rostro.

—Gracias por venir —dijo, al fin.

—Dime que no he venido para nada —respondió Marthia.

—Espero que así sea.

—Sí, ¿pero a qué hemos venido si puede saberse? —Preguntó Safiro—.

Seguimos a Marthia por lealtad, y la acompañaríamos hasta la muerte. Nos quedó claro la cuestión sobre la voluntariedad de esta misión. ¿Pero qué misión es esta?

Torgund asintió varias veces.

—Estáis en vuestro derecho de preguntar.

—¿Es por el chico? ¿Está enfermo? —sugirió Xifo. Pero Torgund negó.

—No exactamente. No del tipo de enfermedad que concebís con la razón —respondió.

—De acuerdo. No esperaría que nada fuera normal si estás cerca —intervino Marthia—. ¿Pero tiene cura?

Por un breve instante, todos percibieron la inseguridad que corrió por el semblante de Torgund como un fantasma, que fue sustituida en el acto por un rostro neutro y severo.

—Espero que sí —concluyó.

—Explícanos de que va todo esto —solicitó Clovis, algo receloso por las evasivas. Torgund se volvió hacia él, en realidad se volvió hacia todos ellos, pues los recorrió con ojos tristes.

—Hoy va a librarse un combate, aquí, en esta cueva. Un combate que podría tratar de librar solo, pero para el cual necesito ayuda. Para el cual es preferible tener ayuda.

—¡Has llamado a los tipos adecuados! —exclamó Rogto, socarrón.

—No habléis antes de haber escuchado lo que tengo que decir —lo interpeló Torgund, tajante, haciéndole callar. Entonces continuó—. Soy un Kaimu —dijo entonces, provocando que no pocos ojos se abrieran desmesuradamente—. Marthia ya sospechaba que había algo raro en mí, y no andaba desencaminada. Pertenezco a dicha orden desde el principio del mundo. Tanto tiempo ha pasado, que por poco hemos olvidado nuestra función; y tan pocos somos, que apenas damos para poder llevarla a cabo.

—¿Qué misión? —preguntó Xifo.

—Salvaguardar al mundo de la oscuridad y de todo aquello que existe en ella; guiar a los Perantaraan hacia su destino; mantener el orden divino de las cosas.

Atónitos, callaban todos, incluso Lucius, que percibía un aspecto transfigurado en su amigo. Eran palabras extrañas, palabras que parecían

surgir de las páginas amarillentas de los relatos épicos del pasado. Marthia carraspeó un par de veces antes de decir:

—Había oído historias parecidas en la Escala, historias prohibidas, por supuesto. Pensé que eran leyendas que se contaban a los niños para ir a dormir, nunca pensé que...

—¿Qué las verías de carne y hueso?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y ahora que ves, lo crees? —preguntó Torgund.

No exactamente —replicó ella—. Creo que para eso necesitaré más tiempo. Por el momento me conformaré con ver a dónde nos conduce todo esto; y después, viendo el resultado, te diré en lo que creo.

—Supongo que tendrá que valer —aceptó Torgund—. ¿Y los demás? —preguntó, mirándoles.

Todos dieron respuestas similares, o se agarraron a su lealtad con respecto a Marthia para reafirmar su presencia allí. En definitiva, podía contar con ellos, aún ignorantes de cuál era la tarea.

—¿Has dicho algo de un combate? Quizá necesitaríamos saber algo más. Enemigo, armas, lugar... —habló así Clovis, apelando como siempre a su sentido práctico en los casos en que su nerviosismo quería imponerse al dominio de las emociones.

—En efecto. Estamos a las puertas de una batalla como no habéis visto nunca, contra un enemigo que el mundo ha olvidado, y que se libraré en el interior de ese muchacho —señaló la cavidad que permanecía a su derecha.

Nadie se atrevió a contrariarle. Apenas si lo entendían.

—¿Y las armas? —preguntó Rogto, preocupado. Torgund se volvió hacia él.

—Las dejaréis todas aquí, excepto esta —aferró su espada negra—. Esta será necesaria.

—¿Y ya está? —preguntó Safiro incrédulo.

—No, no está. Os enseñaré palabras antiguas que deberéis repetir en todo momento, por vuestra protección y por la del muchacho. Vuestra armadura serán esas palabras y vuestra fortaleza será solo de oración. Por eso os he reunido en esta antesala. Igual que yo me he preparado, ahora debo

prepararos, porque lo que veréis y oiréis ahí dentro no tendrá sentido alguno para vosotros.

—Pero... —comenzó a decir Clovis.

—¡Basta! —atajó Marthia—. ¿Hemos venido a ayudar o no? —todos agacharon la cabeza como si una madre los llamara al orden—. Haremos cuanto Torgund diga y como él lo diga. Más tarde tendremos tiempo de aclarar los aspectos grises de esta historia.

Torgund asintió hacia la caudilla.

—Gracias.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó ella.

—Principalmente asistirme y ayudarme, pues estoy oxidado y hace largo tiempo que lo que vais a presenciar no se ha realizado, excepto quizá por otro de nosotros, llamado Kadros, que lo ha enfrentado ya en dos ocasiones. Se trata de un rito, una oración por Sarmiento, cuya alma sufre encerrada en ese cascarón de piel y huesos que llamáis cuerpo —seguían mirando sin comprender, pero nadie más interrumpió—. Sé que no lo entendéis, pero después de hoy... preferiréis no haberlo entendido. Ahora bien —prosiguió—, mientras yo realizo el rito, vosotros me seguiréis como asistentes. Me ayudaréis en cuanto os pida; y si no lo solicito, y debéis permanecer ociosos, repetid sin parar las palabras que os enseñaré. Y a ser posible, conforme las repitáis... dirigirlas a Kilumaras. Espero que si no creéis en Él cuando comencemos, creeréis en Él cuando terminemos, pues ya dijo algún sabio que por la existencia de uno se puede llegar al conocimiento del otro.

La incertidumbre era tanta, que aquellos hombres, hechos a la guerra, comenzaron a notar cómo las mejillas se les perlaban de sudor, pues sentían un temor atávico al desconocimiento.

—¿Algún consejo? —preguntó Marthia.

—Más que un consejo, tomadlo como una orden... —dejó que aquello calara—. No habléis en ningún momento con el Enemigo, aunque se dirija a vosotros; no toquéis al chico; no hagáis caso de nada de lo que diga ahí dentro, pues usará verdades y mentiras entremezcladas, para arrastraros a la confusión. Incluso si contara o dijera cosas que penséis es imposible que conociera, no le prestéis oídos, pues puede haceros creer que ve más allá del espacio y del tiempo, o que lo sabe todo, y no es así. Y si titubeáis, orad, cerrad los oídos y repetid las palabras.

—¿Eso es todo? —preguntó Lucius con ironía.

—No —añadió Torgund—. Todo no. Ahora arrodillaos y recibid la bendición.

Aunque a regañadientes, todos terminaron por doblar las rodillas y agacharon las cabezas, mientras Torgund los bendecía y solicitaba la protección de Kilumaras para ellos en aquel trance.

Finalizados los preparativos Torgund se adentró en el interior de la caverna y todos le siguieron.

La siguiente sala era pequeña, de unos cuatro metros de lado, el espacio justo para que cupieran apelotonados. Sarmiento estaba sentado y maniatado a una estaca en el suelo. Cuando los vio entrar se le iluminaron los ojos y comenzó a hablar, su rostro era distinto, sus facciones se habían suavizado y sus palabras iban envueltas en miel.

—Menos mal que habéis venido, amigos —comenzó a decir, pero nadie respondió a su saludo, atendiendo a las instrucciones de Torgund—. Mi tío ha perdido el juicio, debéis hacerle entrar en razón. Esto no es bueno para ninguno.

El chico giraba sus ojos vacíos de un rostro a otro buscando su simpatía, o más bien buscando una debilidad de la que valerse.

Torgund repartió a todos alrededor del chico y comprobó sus ataduras. Con gesto autoritario ordenó que agacharan las cabezas y comenzaran a recitar las palabras que les había enseñado.

«*Bendito Kilumaras que Trae la Luz y anega de vida los campos, esperanza, roca y abrigo...*» —comenzaron a recitar. Y ya no cesarían de repetir la letanía hasta que Torgund ordenara lo contrario.

Entonces el Kaimu desenfundó el negro espadón, y por un momento los ojos de Sarmiento parecieron muy vivos y su boca se cerró atemorizada. Pero Torgund no iba a hacerle daño; por el contrario, hizo girar el acero y lo clavó profundo en la tierra delante del chico, dejando que la cruceta de la espada descansara a la altura de sus ciegos ojos.

El gigantón se desprendió de parte de su ropa: armadura, peto, capa, todo aquello que pudiera agobiarle; necesitaba sentirse libre, ágil. Necesitaba concentrarse y tener la menor cantidad de distracciones, de manera que el peso de una armadura o el roce de una prenda de tejido basto, eran cuestiones que

prever por adelantado.

Acto seguido, clavó una rodilla en el suelo y agarró con sendas manos los brazos cortos de su espada. Besó la empuñadura y comenzó a decir:

—Protege Kilumaras a tus criaturas aquí presentes. Protege a tu siervo, protege a aquellos que me acompañan y protege a este muchacho que ahora te presentamos para que te apiades de él.

—¿Torgund, amigo mío, es que has perdido el juicio? —dijo Sarmiento con tono afable.

Así comenzó la primera sesión. Aquel día nada se consiguió, nada sucedió. Tan solo que las dudas entre Marthia y los suyos se incrementaron, pues estuvieron cerca de tres horas recitando versos y escuchando cómo Torgund realizaba un rito desconocido. Todo para terminar igual que empezaron, con un chico sonriente que se preguntaba el porqué de aquel sinsentido.

* * *

La segunda sesión no fue mucho mejor. Tras volver a pedir protección para todos, Torgund continuó.

—No tengas presentes, oh Kilumaras, nuestros pecados o los de nuestros ancestros

—*Y no nos castigues por nuestras ofensas* —respondieron todos siguiendo el guion que había redactado el Kaimu la noche anterior.

—No nos dejes caer en la tentación

—*Y líbranos del mal* —concluyeron el resto.

—Salva a este muchacho, tu siervo.

—*Porque espera en ti.*

Así hablaban, intercambiando frases como si se tratara de una conversación; todo bajo la atenta mirada de Sarmiento, que había cambiado su condescendencia por una actitud más irónica.

—¿Vais a estar salmodiándome hasta que me muera? —preguntó, como si todo aquello le divirtiera, o no fuera con él.

Torgund no hizo ni el menor amago de escucharle, y prosiguió.

—Sé una torre de fortaleza para él.

—*Ante el rostro del Enemigo* —respondieron.

—No dejes que el Enemigo venza en él.

—*Y no permitas que el hijo de la iniquidad lo hiera* —continuaron.

—Envíale ayuda, Kilumaras. Escucha mi oración.

—*Y deja que mi llanto te alcance* —concluyeron todos.

El rito continuó como el día anterior y como el siguiente. Tres días largos de repetir palabras y realizar oraciones; tres días en los que los ánimos comenzaban a flojear y en los que la certeza sobre la estabilidad mental de Torgund también se tambaleaba.

* * *

Aquella noche Marthia y Lucius se acercaron al gigante, que se recogía junto a una hoguera envuelto en su gabán. Se sentaron junto a él en silencio, observándole, con la mirada perdida en las llamas, el rostro macilento.

—¿Estás bien amigo? —susurró Lucius.

Torgund sacudió la cabeza varias veces, como saliendo de un sueño antes de responder.

—Sí... tan solo cansado.

—No me sorprende —sentenció Marthia—. Mira, Torgund, sé que te he prometido mi ayuda, pero... ¿qué sentido tiene todo esto? Alimentamos al chico y lo mantenemos prisionero, mientras se suceden los días y no observamos ningún cambio. Excepto que parece más receptivo y amable.

—Sí, ya lo he visto —aceptó Torgund, abatido—. Cuando se muestre no será así. Está jugando. Creo que nos enfrentamos a un cabrón muy duro.

Marthia se aproximó al gigante y reposó la palma de la mano sobre el dorso de la suya. Torgund la miró como si fuera la mano de un ser fantasmal.

—¿De qué va todo esto? —preguntó ella. Torgund titubeó, pero al final dijo:

—Es... un combate. Y no va muy bien; avanzamos despacio y el Enemigo reclama demasiada energía de mí.

—Estás agotado —intervino Lucius.

—Así es.

—¿Un trago? —preguntó el tabernero.

—Me encantaría —respondió Torgund—. Pero ahora no, amigo.

Se retiraron a sus lechos y durmieron cuanto pudieron. Torgund por su parte permaneció en vela, ensimismado en sus pensamientos.

* * *

Al día siguiente todo fue conforme a lo previsto, básicamente una repetición de lo que habían visto hasta el momento. Los hombres de Marthia no se atrevían a murmurar, ni a sugerir que volvieran, pues veían que ella permanecía; de manera que aguantaron y esperaron a ver como se desenvolvía aquella jornada.

La cuarta sesión comenzó como las anteriores, se pidió protección, se realizaron una serie de invocaciones y llegaron de nuevo al momento de convocar al Enemigo; fase en la cual los tres intentos anteriores habían terminado en frustración, bajo las sonrisas y chistes sarcásticos de Sarmiento.

Sin embargo, se percibía un ligero cambio en el ambiente. Sarmiento transpiraba profusamente, y en la manera de mirar a Torgund se atisbaba una mezcla de cansancio y odio. El chico parecía estar resistiéndose a algo más que a sus propias ataduras.

Torgund comenzó a exhortarle, y su voz sonó autoritaria como no había sonado hasta ahora.

—¡Espíritu inmundo! ¡Seas quién seas tú y todos los compañeros que habitáis en este siervo de Kilumaras! —Torgund clavó los ojos en los de Sarmiento, que por primera vez lo miraba con un matiz temeroso.

—¿Qué narices haces gritándome? —preguntó el chico, rompiendo a sudar con fuerza. Torgund lo obvió, continuando.

—¡Por los misterios sagrados y los padecimientos de Kilumaras! ¡Por la creación y el fin de los tiempos! ¡Te lo ordeno! ¡Dime, con algún signo, tu nombre, el día y la hora de tu condenación!

—¿Pero qué mierda es esta, imbécil? —preguntó, al fin, el chico, perdiendo la paciencia por primera vez. Jadeaba y trataba de evitar muecas horrendas, apenas consiguiéndolo. Como un gato acorralado, buscó entre los presentes y se detuvo en Marthia, que con la mirada gacha seguía recitando las palabras que le enseñara Torgund—. ¿Sabe esta perra que la hemos utilizado para llegar hasta aquí?

Marthia levantó la cabeza, dejando de recitar, atraída por la mirada

torva del muchacho.

—¿Sabe qué no es más que un títere? Ah... supongo que no. ¡El bueno de Torgund no tiene los cojones! —una lluvia de salivazos escapó de entre sus dientes cuando profirió los insultos. Torgund se giró momentáneamente hacia Marthia, tranquilizándola, y recordándole con su sola mirada lo que habían hablado. Las explicaciones después, la concentración ahora, y no hacer caso de cuanto dijera el chico. De manera que retomó sus letanías donde las había dejado, uniéndose a los demás.

—¡Obedéceme en todo! ¡Aunque sea un siervo indigno de Kilumaras!

—¡Por fin hablas verdad! ¡Aunque yo no habría utilizado la palabra indigno, rata!

—¡No hagas daño a esta criatura —dijo, por Sarmiento—, ni a ninguno de nosotros! ¡Dime tu nombre! —exigió Torgund. Sarmiento rio entonces, mirándole con gesto desafiante.

—¿Querrías saberlo, verdad? —sin dejar de sonreír, el chico le sacó la lengua, y sin mediar un segundo la mordió con fuerza, tratando de cortarla con los dientes.

—¡Rápido! ¡Ayudadme! —gritó Torgund a los demás.

Lucius saltó como un resorte, y encontrando un pedazo de leña que le entrara en la boca, le obligó a abrirla; con ayuda de Marthia lo encajó para que no pudiera seguir mordiendo. Sin embargo, Sarmiento se revolvía con furia y a punto estuvo de liberarse de sus ataduras, de no haber intervenido entonces Rogto y Clovis, que se apresuraron a apretar las cuerdas.

Atónitos, se miraron unos a otros y así concluyó la cuarta sesión.

* * *

Esa noche Marthia se aproximó a Torgund, mientras este trataba de recuperar fuerzas, aunque con cada día que pasaba parecía menguar en tamaño y fortaleza, y su ya de por sí canoso pelo parecía más añejo, habiendo perdido su brillo plateado.

El Kaimu la vio aproximarse, y sin que esta se hubiera sentado le espetó:

—Se lo que vas a preguntar.

—Eso hará que la conversación sea más breve y podamos ir cuanto antes a descansar, supongo —repuso ella. Torgund la miró con cara de circunstancias, pero en aquel rostro ajado y en aquellos pómulos hundidos, apenas si podía reconocer al gigante de hacía una semana.

—Te dije que no escucharas nada de lo que el chico dijera, utiliza medias verdades para manipularnos, busca nuestros puntos débiles y en ti parece haber encontrado uno.

—Pero no le dejé que lo utilizara —replicó.

—Tuvimos suerte —aclaró Torgund.

—De acuerdo. ¿Puedes explicármelo, ahora que estamos tranquilos?

Torgund resolló. Parecía cansado, más allá de cualquier posible recuperación; el peso de las preocupaciones y la lucha que libraba le hundían los hombros y hacían que pareciera en verdad un anciano.

—Es difícil de explicar...

—Inténtalo.

—De acuerdo. ¿Recuerdas cuando te hablé de que había otros chicos?

—Sera, Ron y Sarmiento. Sí, lo recuerdo —respondió ella, apremiante.

—Bueno. Pues de alguna manera, en aquel lugar del que te hablé, en el Claro, podían controlar brevemente el espacio y el tiempo dentro de unos límites. Pero lo suficiente para haber intervenido en distintos momentos de sus propias vidas, todo con la idea de pavimentar el destino que debían alcanzar.

—¿Qué insinúas?

—Que de alguna manera los chicos influyeron en ti el día que volviste tu espada contra los tuyos para protegernos —concluyó Torgund, mientras aguardaba cabizbajo algún tipo de reprimenda, o quizá una muestra de rabia contenida por parte de ella. Pero Marthia tan solo negaba incrédula con la cabeza.

—No, no, eso no es posible. Recuerdo perfectamente el momento. Fue una decisión consciente, nadie la tomó por mí.

—En parte es posible que lo fuera. Pero recibiste un empujoncito, te lo garantizo.

Marthia se reclinó hacia atrás como si huyera de la verdad.

—¿Y qué hay de todo lo que nos contaste sobre el libre albedrío a mí y

a los míos? —Torgund asintió.

—Sigue vigente. Tú actuaste libremente, pudiste elegir hacer frente a todo lo que te decía que actuaras tal y como lo hiciste, pero finalmente elegiste hacerlo.

Ella se detuvo a pensar.

—De manera que... en el fondo con ese acto me liberé.

—Así es —corroboró Torgund

—Aunque me trajera sufrimiento.

—A veces las cosas buenas implican sufrir —continuó él.

—Luego fue algo bueno.

—Es una manera de verlo —dijo, mientras se rascaba el cogote.

—Y sin embargo Sarmiento me lo escupió a la cara, con toda la carga negativa que ello conlleva —concluyó Marthia.

—Te advertí que utilizaría medias verdades para meterse en vuestra cabeza.

—Lo hiciste... pero creo que nadie está preparado para esto.

—Ni siquiera yo —asintió Torgund, agachando la cabeza con pesar.

—¿Qué quieres decir?

Lentamente, alzó los ojos del suelo y los dirigió con ternura hacia ella. Compartía con aquella mujer un especial entendimiento, una especie de camaradería no expresada, que se traducía en largos silencios y miradas comprensivas.

—No sé si estoy a la altura de esto, Marthia. Su mal está muy avanzado, tanto que no sé si ha tomado control completo de él, lo que implicaría que todas sus barreras habrían caído.

—Ahora eres tú el que duda... ¿no se habrá metido también en tu cabeza? —preguntó ella acercándose a él con calidez.

—Lo he pensado. Y no es descartable. Cuando libras este combate el Enemigo siempre se lleva una parte de ti.

—¿Cómo?

—Es la lucha más cruel y despiadada que hay, Marthia —empezó a explicar Torgund—. Una batalla a vida o muerte entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, sin escala de grises, sin puntos medios para consolar las conciencias de la gente que no quiere ver. Las cosas en ocasiones son sencillas,

tan sencillo como algo bueno y algo malo. Y cuando te enfrentas a ello, a un mal tan puro, tan absoluto que ni siquiera tiene nombre o forma; cuando afrontas libremente este combate en nombre de otra persona...

—Sarmiento... —completó ella.

—Exacto —aseveró él—. Cuando te colocas entre el mal que habita en el muchacho y el alma del propio muchacho, cuando haces de escudo por él y de guía... en ese momento te conviertes en rehén del mal.

—¿Insinúas que lo que aqueja al chico está infectándote a ti?

—No. Infectando no. Puedo resistir sus malicias, pero mi resistencia lo enfurece sobremanera. Mientras el chico siga siendo suyo sabe que yo soy su rehén, y en el final se cobrará su precio —Marthia lo observaba preocupada—. Mírame... ya ha empezado a hacerlo.

La mujer no pudo evitar detenerse a contemplar las bolsas bajo los ojos del gigante, la piel apergaminada que había comenzado a adherirse reseca sobre sus músculos, los ojos ensangrentados, y el pelo carente del lustre plateado de la edad.

Marthia descansó su mano sobre la de Torgund, y mirándole con respeto, dijo:

—Hemos venido a ayudarte. Dinos qué podemos hacer.

—Seguir como hasta ahora... y si Kilumaras quiere... todo saldrá bien —concluyó él, dándole unas palmaditas de agradecimiento a Marthia en la mano.

—Déjame luchar a tú lado —pidió repentinamente, a lo que Torgund sonrió con ternura.

—Ya lo haces. Lo hacéis todos. Pero para lo que tengo que hacer no estás preparada. Sería como enviar a un cordero entre lobos —concluyó.

—Pero si eres un rehén como dices... tiene que haber alguna manera de ayudarte.

—Marthia... haced lo que os digo. Nada más —y sonriéndola, añadió—. Por favor.

Ella sencillamente asintió, y se retiró preocupada junto a los suyos. Torgund, por su parte, retomó sus cavilaciones donde las había dejado, sin percibir que entre las sombras alguien más había prestado oídos a su conversación.

Desde la oscuridad Lucius se retiró, a su vez, al improvisado lecho que tenía en la cueva. Y una sola cuestión asediaba sus pesadillas... *Torgund era un rehén del mal*. Eso había dicho. Tenía que haber algo que él pudiera hacer. El respeto que sentía por el viejo Kaimu se había tornado en amistad, y por qué no decirlo... quería a aquel bastardo.

* * *

A la mañana siguiente, el quinto desde que comenzara aquella locura, todo avanzó con mayor fluidez. Los síntomas de Sarmiento se hicieron más patentes y alcanzaron un cierto clímax con mayor rapidez.

Ahora el chico reaccionaba con furia ante la presencia de la espada negra: escupía, profería maldiciones y se debatía con sus ataduras de manera violenta; tanto que, en más de una ocasión, Rogto y Safiro tuvieron que intervenir para sujetarle, mientras Torgund no cesaba de interrogarle e increparle, ajeno a todo cuanto le decía el muchacho.

—¡Eres una puta rabiza cuyo chocho no puede recibir más pollas! ¡Cierra la puta boca! —gritaba Sarmiento, dando saltos sobre su trasero sin poder liberarse. Tan fuertes fueron sus envites, que terminó por sacar la estaca del suelo, y cayendo lateralmente, comenzó a golpearse la cabeza agresivamente contra la piedra. Clovis se abalanzó sobre el muchacho y, junto con los demás, lo incorporaron, lo sentaron y volvieron a fijarlo al suelo con una nueva estaca. Limpiaron sus heridas y le obligaron a beber, y durante todo el proceso Sarmiento no dejaba de gritar.

—¡Eres un cerdo que se follaría a su jefa por el culo! —le dijo con ojos malignos a Clovis.

—¡Vosotros sucios traidores de mierda! —Por Rogto y Safiro—. ¡Y tú... emasculado de los cojones... te los tenía que haber cortado yo para hacértelos masticar! —le dedicó a Xifo.

Torgund se incorporó mientras seguía rezando, ignorando todo aquel griterío. Desclavó su espada del suelo y se aproximó a Sarmiento.

—¿Qué? ¿Al fin le echas huevos? —lo increpó el chico. La espada comenzó a relumbrar con oscuros zarcillos cobrando vida a lo largo de su filo, y Sarmiento trató de alejarse cuanto pudo, como si le quemara, aplastando la espalda contra la estaca.

Torgund no habló, alzó la espada y, con sencillez, depositó la misma sobre la cabeza del chico, apoyando la hoja plana sobre su cabello. En el acto Sarmiento comenzó a chillar como un demente y a proferir inmundas blasfemias y sonoras amenazas, mientras Torgund, con voz autoritaria y poderosa, decía:

—¡En el nombre de Kilumaras te ordeno que me digas tu nombre! —su voz reflejaba una fortaleza interior que no se acompañaba de su apariencia exterior.

—¡Ya sabes cuál es! —chilló el chico.

—¡Piro no es tu nombre, espíritu familiar! —gritó Torgund, recordando las palabras de Xila—. ¡Dime tu verdadero nombre!

El chico se retorció, su espalda se arqueó de manera antinatural, y clavando los ojos en Torgund, añadió con una voz gélida y rasposa, que no era la de Sarmiento:

—¡Jamás lo tendrás! —exclamó orgulloso, pero era evidente que sufría, y añadió—: ¡Hagamos un trato!

—¡No hay tratos entre hombres y leones! —exclamó Torgund, que apretó con mayor contundencia la espada sobre la cabeza de Sarmiento, haciéndole gritar de terror.

Y así concluyó el quinto día y amaneció el sexto.

* * *

Los progresos durante aquella jornada fueron igualmente nimios, y ningún cambio reseñable se pudo apreciar en Sarmiento, que permanecía con la barbilla apoyada sobre el pecho, mientras hilachas de baba le colgaban de los labios impregnándole la ropa.

De nuevo Torgund exigió con autoridad conocer la identidad del indeseado invasor, y nuevamente comenzó una retahíla de insultos y blasfemias. El único aspecto destacable fue que Sarmiento comenzaba a obviar la presencia de Torgund, y divagaba centrandó sus ataques en cualquiera de los presentes. Se comportaba como una bestia acorralada, que, viendo cortadas todas sus salidas, trataba de buscar apresuradamente cualquier resquicio en la muralla que habían interpuesto.

El chico hizo referencia a la vida íntima de sus víctimas, revelando secretos que estas creían bien guardados, pero que a sus ojos parecían cristalinos. Por suerte todos los aludidos mantuvieron la compostura, y ninguno se desmoralizó abriéndole un hueco a sus maldades; pues, como bien los había aleccionado Torgund, aquel ser no podía saberlo todo, aunque lo aparentara. No obstante, era un ser peligroso, pues era hábil y sagaz leyendo a las personas, y con esa arma era capaz de aventurar afirmaciones que no eran sino faroles bien apuntados.

Con todo y con eso, hizo falta que reunieran toda la fuerza de voluntad que pudieran albergar, para soportar la humillación de ver expuestas públicamente sus respectivas vergüenzas.

La temperatura descendió en el interior de la caverna con brusquedad, haciendo que todos comenzaran a temblar y exhalar vaporosos alientos, mientras se arremolinaban y arrebuajaban entre sus ropas preguntándose qué demonios sucedía. Todos, excepto Torgund y Lucius, que bien conocían ya aquel tipo de manifestaciones.

El Kaimu concluyó la parte del rito en la que reclamaba al ente que se revelara, y comenzó a recitar de memoria pasajes de textos sagrados que recordaba, pues los originales se habían perdido en los albores del tiempo.

La recitación se hizo tediosa, y Sarmiento parecía aprovechar para recuperar fuerzas, mientras Torgund repetía y repetía sin sentido aparente.

Pero fue cuando el Kaimu colocó sus manos sobre la cabeza del chico, que este saltó como un resorte, y de no haber estado maniatado, muy bien se habría lanzado al cuello de Torgund.

—¡Kilumaras haz partir al Enemigo! ¡Invocamos tu nombre y te suplicamos te dignes darnos fuerzas contra este y cualquier otro espíritu impío que atormenta a tu criatura! ¡Envíanos a tus Heldere para que nos asistan en esta hora de necesidad!

En aquella ocasión el chico no emitió palabra ni insulto. Tan solo chilló, farfulló palabras incoherentes en lenguas nunca oídas, y se revolvió en sus ataduras con furia, cuando Torgund fue enumerando los nombres de cada uno de los Custodios de la Luz.

Al finalizar, ambos estaban exhaustos. Sarmiento fue obligado a comer una mezcla de gachas espesas y cayó en un profundo sueño. Torgund, por su

parte, se retiró, de nuevo, dispuesto a pasar una noche más en vela viendo apagarse sus ya mermadas fuerzas.

Esa noche la luna brillaba temerosa entre las tinieblas, y fue Lucius quien se arrimó al calor del fuego junto a Torgund, llevando con él una humilde escudilla de comida que dejó a su lado.

—Gracias —habló el Kaimu, tomando la comida entre sus enormes manos y obligándose a tragar algunos bocados. Lucius lo observó comer durante un rato, hasta que al fin preguntó:

—¿Cuánto más va durar esto? —su cuestión traslucía más preocupación de la que había pretendido en un principio, de manera que trató de disimularla con un rápido carraspeo.

—Nadie puede saberlo, Lucius —respondió, ausente, Torgund.

—¿Seguirás entonces hasta que te consuma? —quiso saber, y Torgund asintió.

—Si es necesario...

Lucius se revolvió nervioso ante la abnegación de su colega. ¿Dónde estaba el gigante orgulloso, combativo y temerario que había conocido? ¿Consumido por la tristeza y el esfuerzo, había perdido toda su garra? ¿O tal vez se había topado con un rival al que no podía derrotar?

—¿Puedes vencerle? —susurró, temiendo la respuesta. Ahora fue Torgund el que se removió y se rascó la barba con preocupación.

—No lo sé —reconoció, al fin.

«*Es un rehén... Seguirá hasta que reclame su último aliento...*», pensó Lucius.

—Pero ¿cómo combates contra algo así? ¿Cómo puedes derrotar a semejante mal? —preguntó Lucius.

Por primera vez desde hacía seis días Torgund sonrió, recuperando parcialmente el aspecto familiar que recordaba el tabernero.

—Bueno... los míos... los Kaimu, fuimos concebidos para tal fin. Mis más ancianos predecesores te darían una buena charla sobre semejante cuestión y se extenderían en intrincados debates cosmológicos... y no dirían mentiras, pues sigo sus enseñanzas al dedillo. Pero todo podría resumirse en una frase que me refirió Xila en un momento de debilidad, hace muchos años, cuando le hice una pregunta parecida a la que me haces tú ahora —sonrió, y

perdió la mirada en la oscuridad, como si rememorara el momento al que se refería.

El tiempo se dilató demasiado para el gusto de Lucius.

—¿Qué dijo? —lo apremió éste, haciéndole volver a la realidad con un gesto cansado que borró la agradable sonrisa de su rostro.

—Xila me dijo que para combatir el mal todo se resume en algo muy simple... Primero pides la intercesión de Kilumaras, y después... sigues dando palos y más palos hasta que el cabrón al que te enfrentas se rinde.

—Parece sencillo —replicó irónico Lucius—. Pero hablas de rendirse... yo pensé que ibas a eliminarlo... matarlo.

Torgund dejó escapar una risa cansada.

—A veces me preguntó por qué las cosas no pueden ser así de sencillas. Cogería mi espada y partiría en dos al mamonazo que está haciendo esto —sacudió la cabeza—. Pero no... esa potestad no nos corresponde. Nuestra labor consiste en devolver el orden espiritual; en este caso, a Sarmiento, y a nivel global al mundo. Pero el castigo, la decisión de eliminar a uno de estos... no nos has sido otorgada. Eso escapa a nuestras manos.

—¿Entonces el mal queda sin castigo?

—Yo no he dicho tal cosa —se defendió Torgund—. Todo mal recibirá su correspondiente ajuste en el momento y la hora precisa. Pero no por nuestra mano.

—¿Así que te destruirás a ti mismo tratando de curar al chaval, simplemente para dejar que el hijo de puta responsable se vaya a dar una vuelta en busca de una nueva víctima?

—No le resultará tan sencillo encontrar una nueva víctima. Volver al vacío no es agradable, y eso les provoca un temor visceral e incontrolable que los vuelve violentos e imprevisibles, como has podido comprobar. No... no es tan sencillo para estos entes hacer daño, aunque siempre están rondando y buscando la ocasión. Y en cualquier caso... ese ser jamás habría tomado el control de Sarmiento sin una invitación previa por su parte. Llámalo debilidad, ignorancia, desconocimiento en este caso. En otros casos hay consentimiento absoluto, y entonces nos encontramos ante una dominación completa, de la cual ya no hay vuelta atrás.

—¿De manera que tratas de expulsarlo?

—Así es.

—Pero te matará.

—Está en ello. Como ya le dije a Marthia, en el final se cobrará su precio.

—¿Y ya está? ¿Así de tranquilo me dices que vas a morir?

—Es por lo que existo, y es en lo que... creo —concluyó Torgund, percatándose de que, en efecto, aquella palabra volvía a cobrar sentido; como si al entrar en contacto con el archienemigo, su resolución y confianza en Kilumaras se reforzara.

—No lo comprendo —refunfuñó Lucius. Torgund apoyó suavemente su debilitada mano en la espalda de su amigo.

—Sé que es duro, Lucius, pero no necesito que lo entiendas, necesito que me ayudes como hasta ahora.

«*Ya lo creo que te ayudaré*». Pensó él. Y en su mente el esbozo de un plan comenzaba a tomar forma. Si aquello iba demasiado lejos, tomaría cartas en el asunto, vaya que si lo haría.

Esa misma noche el tabernero reunió los ingredientes que necesitaba para llevar a cabo su plan, obteniéndolos de su propia reserva personal y sustrayendo algunos de la de los otros; y preparó un cóctel muy especial, que guardó en una pequeña redoma junto a su pecho. Sería su secreto, su plan secundario, su última opción, si veía que la cosa se iba de las manos.

* * *

Al séptimo día Torgund no descansó, más bien redobló sus ataques. Multiplicó los “palos” de los que hablara a Lucius la noche anterior.

Toda la rutina se repitió como en días pasados, hasta que llegados al momento en que Torgund exigía al “familiar” su rendición, el Kaimu aferró su espada, y colocándola, refulgente, contra la cabeza del chico, comenzó a declamar con voz fuerte:

—¡Tu nombre carece ya de importancia, pues tu nombre será olvido! —comenzó a exclamar, haciendo evidente que había renunciado a extraer el nombre del ente al que se enfrentaba y que se jugaba todo a aquella baza—. ¡Tu nombre será condenación, lodo y pesadumbre! ¡Tus apellidos desolación y

muerte! ¡Nadie sabrá tu nombre y a nadie le importará!

—¡Eres un imbécil y un mal mentiroso, anciano! —gritó Sarmiento, por respuesta—. ¡Claro que te interesa mi nombre!

Torgund había tocado la fibra correcta del ente. El orgullo. Un orgullo sin límites.

—¡Yo te expulso, invasor! ¡A todos y cada uno de vosotros en el nombre de Kilumaras! ¡Te destierro y arranco la raíz que tienes en esta criatura! ¡Pero es Él quien lo ordena, no yo!

Sarmiento comenzó a patalear alocadamente, mientras giraba a un lado y a otro la cabeza, chillando como un cerdo en el matadero.

—¡Todos vais a morir hijos de la gran puta! —gritó. Pero Torgund proseguía:

—¡Es Él quien ordena que seas arrojado a las profundidades! ¡Él, que controla los mares, los vientos y las tormentas! ¡Escucha y tiembla, enemigo de los Perantaraan, fuente de muerte, ladrón de vida, pervertidor de la justicia, urdimbre de vicios, seductor de los hombres, traidor de naciones, incitador de los celos, origen de la codicia, causa de la discordia, creador de agonía!

Sarmiento inclinó la cabeza hacia atrás en un grito agónico, ante la mención de semejantes títulos. Las venas de su cuello estaban hinchadas como sanguijuelas ahítas, y la nuez de su garganta subía y bajaba de manera nerviosa.

—¿Por qué te resistes y permaneces, cuando sabes que Kilumaras ha destruido tu plan? —añadió el Kaimu.

Entonces Torgund se aproximó a Sarmiento y realizó la señal de Kilumaras sobre su frente.

—¡Kilumaras! —prosiguió—. ¡Disuelve las falacias de su plan, mira a tu siervo asaltado por las insidias de este espíritu impío, el adversario ancestral, el Enemigo de la tierra! ¡Repélelo señor, hazle huir y que el alma y el cuerpo de tu siervo quede protegido por esta señal! —Torgund repitió la señal sobre la frente del chico y continuó—. ¡Ahora que has sido exhortado por su nombre, parte de esta criatura a la que Kilumaras dio el aliento! ¡Es posible que te resistas, o que obedezcas, pero cuanto más lo retrases, mayor será la pena que obtendrás! ¡Pues no serán las normas de los hombres lo que desobedeces, sino las de Aquel que rige en vivos y muertos! ¡Todo está sujeto

a Él! ¡Y es Él quien te expulsa! ¡Las estancias están dispuestas para ti y los tuyos!

Sarmiento exhaló un fuerte grito, y la tensión de su cuerpo y sus miembros parecieron desaparecer, dejándose caer como un muñeco de trapo sujetado tan solo por sus ataduras.

Torgund se apresuró entonces a recitar desde el principio todas las oraciones, hasta que, agotado, dio por finalizado el día y cayó al suelo descompuesto. Marthia y Lucius corrieron a socorrerle.

—¿Ya está? —preguntó Marthia, observando la paz que traslucía el chico.

—¿Ha funcionado? —quiso saber Lucius. Pero Torgund negó con dificultad.

—No lo creo... pero está cerca. Está débil. Lo percibo.

Sarmiento levantó entonces la cabeza, y con una mueca grotesca, comenzó a hablar, dirigiéndose a Torgund. Su voz sonó rasposa como una cuchilla oxidada; profunda, como si las rocas de la montaña hablaran.

—¿Quieres que salga Kaimu? —todos giraron la cabeza en su dirección, y el chico sonrió de modo siniestro—. Pues ya sabes lo que tienes que darme.

No hizo falta que nadie respondiera. Lucius, Marthia, todo el mundo lo comprendió. Su vida por la del muchacho. Torgund era un rehén.

* * *

Esa noche el Kaimu durmió por agotamiento; por desesperación, durmió. Esa noche, una multitud de gente se reunió a las puertas de la cueva donde llevaban una semana habitando Marthia y los demás, y la caudilla salió a recibirlos.

Eran sus hombres, los hombres y mujeres que se habían unido a su causa: Amazonas, Siniestros, Nasciturus; todos ellos habían viajado hasta allí en procesión, dejando atrás su campamento y la tierra donde se sentían seguros.

Cuando se reunió con ellos, la primera de las preguntas resultó ser la más obvia de las preguntas.

—¿Qué hacéis aquí? —quiso saber Marthia, que había dejado instrucciones precisas de lo que se debía hacer en su ausencia, y no creía que toda aquella gente viniera a asistirles voluntariamente en la locura que tenía lugar dentro de la caverna.

—La Escala se muere —fue la respuesta de un veterano Siniestro, que vestía una heterogénea mezcla entre ropas de campo y su antiguo uniforme.

Marthia los invitó a establecerse junto a la entrada de la cueva, y encendieron un fuego.

—Por favor, explicaros —solicitó ella. Y toda aquella noche se prolongó en un encendido debate sobre la situación y los pasos a dar; mas la idea principal permanecía en sus cabezas, idea que expuso el Siniestro que hablara en primer lugar.

—La enfermedad de la ceniza se ha extendido por toda nuestra tierra y ya no queda nada verde, ni agua, ni alimento, salvo el que llevamos con nosotros. Las bestias mueren y los pájaros caen del cielo. Y hay algo peor...

—¿Peor? —preguntó Marthia, incrédula.

—Esa enfermedad ha comenzado a disolver la misma tierra —Clovis, Rogto y todos los demás ahogaron cualquier exclamación, sin dar crédito a lo que oían—. Con la isla de las Matriarcas desaparecida tras la Hecatombe — como algunos habían bautizado a la caída de uno de los soles—, la enfermedad que arrastró aquella ceniza solar, hizo presa de la isla media y de esta isla en la que nos refugiamos. Pero la isla media no existe ya. Se fue disolviendo en polvo y ceniza, hasta que su mismo núcleo desapareció y una masa de polvo grisáceo se precipitó al vacío, hacia el olvido, con todo aquel que no se hubiera refugiado en la isla Nasciturus.

La gravedad de aquello hizo que toda conversación se detuviera.

—Y le ha llegado el turno a esta isla, Marthia —sentenció el Siniestro cabizbajo—. Somos los siguientes.

—Se nos acaba el tiempo —afirmó Marthia, sin saber qué decir.

«*En efecto, se nos acaba el tiempo*». Pensó Lucius, que había escuchado con atención toda la conversación, y ahora se distanciaba de la multitud para rumiar sus propias preocupaciones.

Con Torgund durmiendo, y el resto de la gente reunida a las puertas de la caverna, no fue difícil para el tabernero encontrar un rincón apartado donde

reflexionar.

El tiempo se agotaba, la tierra moría, y todos morirían con ella. Y estaba claro que el ente que habitaba en Sarmiento no tenía prisa y disfrutaba con la idea de llevarse por delante a todos y cada uno de ellos, si podía retenerlos anclados en aquella situación unos días más. Sería todo un éxito para su causa, sin duda. Y aunque Lucius no fuera el mayor de los creyentes, ni el más devoto, y su vida nunca hubiera sido un ejemplo de virtud, en su fuero interno sabía que ese muchacho tenía algún tipo de cometido en esta historia que solo él podía llevar a cabo. De manera que, si perdían al chico, quizá lo perdieran todo. Y lo mejor y más chistoso del asunto era que, probablemente, aquel ente ni siquiera era consciente del daño que estaba haciendo; ignoraba la importancia del chico, según decía Torgund.

—¡Pues menos mal! —resolló, irónico y en voz alta, Lucius. Y repentinamente tomó una resolución. Alguien tenía que hacer algo y tenía que hacerlo urgentemente. Torgund estaba en las últimas, y a saber si sería capaz de levantarse al día siguiente para repetir aquel ritual que minaba sus fuerzas. De manera que, decididamente, desabotonó su chaqueta e introdujo la mano en su interior, rebuscando durante un par de suspiros, para terminar extrayendo de un bolsillo escondido una pequeña redoma de cristal, que contenía el preparado fabricado por él mismo de antemano. Un descabellado plan había cobrado forma en su cabeza, y creía que era el momento de llevarlo a término.

—Puede que sea la única opción... ¡Tiene narices que tenga que ser yo! —exclamó para sí, mientras descorchaba el tapón e ingería de un trago el contenido que había preparado la noche anterior. El líquido tenía un sabor rancio, exactamente como recordaba que lo describían todos aquellos truhanes y asesinos que habían pasado por su antigua taberna, “El Alegre Juglar”. Qué lejos quedaba ya todo aquello, qué vago recuerdo... aquel día que entró en su local un detective borracho con ganas de bronca... y le cambió la vida. Lucius sonrió al recordar, sintiendo cómo el líquido bajaba por su esófago y caía en su estómago para empezar a disolverse, haciendo lo que se suponía tenía que hacer. Sonrió a su propia sombra con ironía, como si se mirara en un espejo, y recordó su lema, la triple D: “Desembolsa, Descalabra, Desaparece”. Repetirlo en voz alta, le hizo reír entre dientes.

Quedaba poco tiempo, tenía que actuar.

El tabernero se adentró en la oscura y húmeda cueva con una

resolución, producto de la inevitabilidad de sus actos, pues ya no había vuelta atrás. Al pasar junto al cuerpo tendido de Torgund, comprobó que respiraba pesadamente.

—Lo siento, viejo amigo —susurró, dejándolo atrás.

Con precaución, traspuso el rocoso umbral que se abría a mano derecha, y se aseguró de que no le molestaran, atrancando la rudimentaria puerta de madera que habían improvisado para separar una cueva de la siguiente, donde se hallaba Sarmiento.

Cuando todo estuvo dispuesto a su completo gusto, se giró hacia el chico, con quien se había encerrado en la habitación, que permanecía con la cabeza volcada sobre el pecho, como si durmiera. Mas nada más alejado de la realidad. Una voz brotó repentinamente de aquellos labios cuarteados, sin molestarse en mirar al tabernero.

—Sabía que vendrías —dijo aquella voz. Y la voz resonó como producto de un eco antinatural, pues no era el eco breve y opaco propio de una cueva. Los labios del chico hablaban, y acto seguido sus palabras se repetían por una voz distinta y distante, por una voz que sonaba bajo tierra, que sonaba como si mil almas torturadas repitieran las palabras del muchacho.

Manteniendo la cabeza fría, para no salir huyendo, y haciendo acopio de toda la voluntad que podía, para que no le temblara la voz, Lucius respondió imitando la sorna aprendida de Varley:

—¿En serio sabías que vendría? Pareces saber mucho. ¿Acaso lo ves todo?

—Todo —aseguró una voz, y repitió su siniestro eco.

—¿Sabes entonces por qué he venido?

Sarmiento, o el ser, alzaron los ojos hacia Lucius, y la boca se torció en una macabra sonrisa.

—Por supuesto... vienes a salvar a tu amigo y de paso al muchacho —afirmó el ente, y de nuevo la tierra repitió su frase.

—Así es —corroboró Lucius, sin dudar, aunque no le pasó desapercibido el renunció en que había caído aquel ser. Deducir a lo que venía podía haberlo hecho hasta un niño de doce meses; pero, manteniendo la cabeza fría, era evidente que el ente no sospechaba lo que se le venía encima, o la conversación hubiera comenzado de forma bien distinta. «*De manera*

que... es verdad, no lo veis todo, no sois todopoderosos». Descubrir aquella gran verdad llenó de energía renovada y fuerzas a Lucius, que con gran resolución expuso los motivos de su presencia allí. Así entró en el juego del espíritu, mientras decía verdades a medias para ocultar sus auténticas intenciones.

—¿Está el chico ahí dentro contigo? —preguntó él, pero Sarmiento sonrió sin responder—. De acuerdo, tomaré eso como un sí. Sabes a qué he venido ¿no?

—Quieres hacer un trato... —respondió relamiéndose— y tú pareces más dispuesto que el Kaimu —el chico repasó sus labios sangrantes con la lengua, como un ofidio.

—Así es... mi vida por la suya —afirmó Lucius al fin. Sarmiento extendió la cabeza hacia atrás, riendo.

—Es absurdo que le pregunte a un mortal si sabe lo que hace, pues no tenéis ni la menor idea, sois todo pasión e impulsos —la siniestra voz seguía sonando como un maléfico coro desfasado, con su respectiva versión cavernosa—. Pero igualmente... ¿Sabes lo que me pides?

—Sí, entiendo que estoy cediendo toda mi voluntad a la tuya propia. Supongo que sería como aceptar dominio completo sobre mí, según tengo entendido.

—En efecto... no estás mal informado —afirmó con voz viciosa el ente, que dejaba de lado los sospechosos conocimientos que demostraba Lucius, en aras de un apetito mayor—. ¿Harías eso por este chico?

—Sin duda —afirmó Lucius, y el muchacho volvió a relamerse de manera obscena. Parecía que disfrutara, como si le hubieran puesto al alcance de la mano un sabroso manjar, como si se regocijara teniendo ocasión de desvirtuar un acto abnegado y desinteresado como aquel. Finalmente, detuvo sus malévolos ojos sobre Lucius, ojos cuyas pupilas se habían horizontalizado momentáneamente, y respondió:

—¡Acepto el trato! —una oleada de deseo arrastró la voz y a su gemela por la caverna, Torgund se removió inquieto en sueños, y alarmado, salió de su estupor mirando en todas direcciones; hasta que sus ojos recayeron en la puerta que separaba ambas estancias. Por un momento, había creído escuchar una voz que decía: *“Acepto el trato”*. Escamado, se incorporó realizando

ímprobos esfuerzos y se aproximó a la puerta. La tanteó con ligereza, y le resultó patente que estaba atrancada.

—¿Quién está ahí? —exclamó. Aporreó la puerta sin obtener respuesta. Entonces sintió una punzada en el pecho en forma de corazonada; aporreó la puerta de nuevo, con más intensidad, y preguntó—. ¿Lucius? ¿Eres tú?

La respuesta tardó unos segundos en salir por entre las juntas de madera mohosa, y cuando lo hizo parecía amortiguada, lejana.

—¡No más Lucius, Kaimu! —fueron las siniestras palabras que surgieron a través los tablones.

—¡Ayuda! —empezó a chillar Torgund, mientras golpeaba la puerta con el hombro, utilizando las pocas fuerzas que le restaban. Por el corredor principal aparecieron a la carrera Marthia, seguida de Clovis y Xifo, que, valorando en un parpadeo la situación, arrimaron el hombro junto con Torgund, hasta que la puerta cedió bruscamente y cayeron hacia el interior.

Cuando se incorporaron vieron a Sarmiento, todavía maniatado e inconsciente, rodeado de un charco de su propia orina; junto a él permanecía en pie Lucius, con una sonrisa burlesca que deformaba sus otrora risueñas mejillas.

—¡Bienvenidos! —exclamó Lucius riendo, y haciéndoles reverencias. Una fea herida se abrió espontáneamente a lo largo de su frente y la piel se retiró por la tensión, igual que hace bajo el escalpelo del cirujano.

—¿Qué has hecho? —preguntó Torgund, apesadumbrado, mientras Marthia y los demás intercambiaban miradas de incompreensión.

—No hice nada que no me hubieran pedido antes, Kaimu, ya sabes cómo va esto —afirmó el ente, que ahora controlaba a Lucius.

—Eres... —comenzó a decir Torgund, golpeando con el puño el suelo—. ¡Un maldito bastardo! —desenfundó su espada con pesadez y la empuñó dispuesto a cargar y herir.

—Uoh, uoh... —rió Lucius—. Tus insultos son néctar para mí. Sigue así, Kaimu, pierde tu autocontrol, aliméntame... hoy es mi día de suerte. Dejo al chico tullido, me apodero de este cuerpo nuevo y veo como tú te autodestruyes; desde luego esto no lo vi venir... tanta... tanta...

Las últimas palabras se le atragantaron a Lucius en la garganta, y sus ojos se abrieron desmesuradamente sin comprender qué sucedía. Con

nerviosismo comenzó a decir incongruencias, a la vez que se arañaba con las uñas el cuello.

—Mal... pero... perro... ahora... día... noche... ¿qué me has hecho? — el cuerpo del tabernero apretó las manos sobre su garganta, y cayó de rodillas en el frío suelo. Torgund corrió junto a él, sin saber cómo asistir a su amigo, o siquiera librarle de su maldición, o si tan siquiera estaba todavía allí.

—¡Ese sucio traidor!... ¿qué me ha hecho? —preguntó de nuevo el ente, reflejando el miedo en su voz.

Torgund tuvo repentinamente un momento de iluminación, y mientras sujetaba la cabeza de Lucius, comenzó a rebuscar entre las ropas de su amigo, cuyo cuerpo permanecía inmóvil. Así abrió y rebuscó bolsillos hasta que dio con lo que buscaba, una pequeña redoma de cristal vacía. La llevó hacia su nariz y olisqueó el interior.

—Loco hijo de puta —susurró Torgund, desviando con cariño la mirada hacia Lucius.

—¿Qué... qué me ha hecho? —tartamudeó el ente, que percibía cómo los músculos del habla comenzaban a cerrarse sobre sí mismos y el cuerpo se asfixiaba por segundos. Torgund acercó su ajado rostro al de su amigo y le espetó.

—Se llama veneno... demonio —los ojos del ente se abrieron llenos de terror—. Parece que ha habido alguien que ha sido más listo que nosotros dos... ¿No es así?

—No... no... —tartamudeaba entre estertores—. No puede... ser. No puedo... volver... el vacío... no... nunca.

Las vías respiratorias de Lucius se cerraron definitivamente, un susurro lejano se dibujó en sus labios, tan solo audible por Torgund, que permanecía a su lado; los ojos del tabernero recuperaron por un instante su lozanía.

—Dale recuerdos a Varley... —su garganta se cerró del todo con un chasquido gomoso, y acto seguido, su boca se abrió y un grito de ultratumba reverberó entre piedra y tierra, haciéndoles caer a todos por el suelo. Con su último aliento, algo salió expelido por la boca de Lucius, una nube negra e informe que se perdió, chillando desesperada, en el vacío. El cuerpo de su amigo reposó laxo entre los brazos de Torgund, que apretó su cabeza contra la suya, y sollozó bañándole con sus lágrimas y lavando con su dolor la

inmundicia que había portado por breve tiempo.

—Ve en paz... Lucius —dijo mientras le besaba la frente y pensaba... *«al final se cobró su precio, pero no se cobró su alma»*.

El griterío y el estrépito atrajo a la gente del exterior, y pronto la caverna estaba toda atestada. Torgund dejó descansar el cuerpo de Lucius, incorporándose, y entonces alguien habló a sus espaldas. Era la voz de Sarmiento, pero no era la voz de los últimos tiempos. Su voz había recuperado el color, la armonía y la alegría, a pesar del cansancio que dejaba traslucir.

—¿Tío Torgund? —dijo el chico. El Kaimu giró sobre sus talones, cayó a tierra, se arrastró hasta él y lo abrazó.

—Ya está, chico, ya ha pasado todo.

—Tío... —Sarmiento miraba en todas las direcciones—. No puedo ver. Torgund lo abrazó con más fuerza.

—No pasa nada... no pasa nada —decía Torgund, mientras le acariciaba el pelo tranquilizándole. Entonces, sin perder un instante, lo besó al igual que había hecho Xila tiempo atrás con Sera y Ron.

—Recibe el don que Kilumaras dispuso para ti, como Sera y Ron lo recibieron antes que tú.

El muchacho, aunque ciego y agotado, se sintió repentinamente lleno por una fuerza que no podía explicar, una fuerza que quería escapar fuera de él a raudales y extenderse por el mundo.

La mirada de Torgund se volvió hacia Marthia, sin que sus brazos dejaran de rodear al muchacho. La mujer permanecía boquiabierta, como el resto de los que habían presenciado la escena. Los ojos del Kaimu parecían decirle: ¿Ahora que lo has visto lo crees? Y la pregunta muda fue acompañada por la negra espada que alzó ante sus ojos.

Marthia tembló, mientras una miríada de pensamientos correteaban por su cabeza. Pero no podía negar lo que había presenciado, y ella era una mujer práctica, como siempre había sostenido. Volvió entonces sobre sus talones y miró a la multitud, sin saber por dónde empezar. Hasta que tomó una decisión que era la definitiva, la decisión que Torgund quería que hubiera tomado, pero la decisión que solo podía tomar una vez hubiera sido testigo de los hechos que allí habían tenido lugar.

—Reunid a todos los hombres —dijo, al fin, resoluta—, los pertrechos

y los caballos que tengamos, y llevadlos junto a la entrada. Esta gente puede sacarnos de aquí antes de que la Escala se extinga.

—¿Y a dónde iremos? —preguntó alguien entre la multitud.

—A la batalla —afirmó Marthia; su cuerpo pareció aumentar de tamaño hasta no tener cabida bajo aquel techo.

* * *

Lentamente, la isla de los Nasciturus fue deshaciéndose como un manto de hojas barridas por el viento del otoño, llevándose consigo toda vida que no hubiera sido salvada. La ceniza negra y gris se dispersó, como si millones de moscas dejaran de moverse al unísono y se precipitaran muertas al vacío. El polvo cubrió la luz y cayó como una cortina, flotando etérea, sin dejar recuerdo alguno de lo que antaño fuera un gran reino. Pero Marthia y los suyos ya no estaban allí para contemplar aquella escena. Los últimos de la Escala, salvados en el último momento, acudían a la llamada del tiempo que les había tocado vivir.

XXXVI

MUNDO ANTIGUO

Nadie puede contener esta marea, señor —el joven peón se atusaba el pelo grasiento, que se le adhería sobre una coronilla que, para su edad, no debiera estar tan despejada—. Es como tratar de contener la arena del desierto, por cada dique que levantamos, el agua derrumba tres. Apenas si logramos mantener el campamento a resguardo.

—Comprendo —reflexionó Malik, escuchando con atención al asustado obrero, cuyo temor procedía de los nuevos capataces que permanecían en pie tras él, y no por el terror que pudiera ocasionarle el extraño comportamiento de aquellas aguas.

—¿Debemos continuar como hasta ahora? —preguntó, con extrema precaución, el joven, cuya piel estaba tostada por las largas jornadas de trabajo bajo el sol.

El anciano Alek carraspeó bruscamente. Malik parpadeó un par de veces, percibiendo las miradas de sospecha entre los capataces, y rápidamente replicó al obrero.

—¡Por supuesto! ¡Nuestros cálculos siguen siendo válidos! —su cabeza hacía varias semanas que se hallaba enfrascada en un proyecto bien distinto al de contener el agua—. ¿Cómo osas poner en duda los deseos del Khalifa? —reprendió al muchacho, interpretando su papel.

—Disculpad, señor —repuso el obrero, arrodillándose en el suelo y hundiendo la cabeza en la arena, humillándose tanto como pudo, lo cual pareció satisfacer a los capataces y disolver sus sospechas—. Se hará como ordenáis —añadió levantando los ojos del suelo.

—Eso espero, por vuestro propio bien.

Malik hizo un gesto hacia los capataces, y se retiraron junto con el peón, al que sacaron de su presencia entre puntapiés y flagelos. El arquitecto torció el gesto en una mueca de disgusto; despreciaba a los capataces que estaban bajo su mando, pero era el precio del anillo que llevaba en la mano; era el poder atribuido por el Gran Khalifa, no podía repudiarlo sin incurrir en su ira. De haber podido, habría cogido aquel anillo y lo habría arrojado al mar; irónicamente, el mismo mar que tenía que detener.

Aunque, esto último, ya no suponía un problema, desde que Alek y Malik consagraban su tiempo a un proyecto completamente distinto del original, bajo las mismas narices de capataces y guardias, que no eran sino espías y sanguijuelas de palacio que, con disimulo, observaban y reportaban todo cuanto sucedía allí, lo cual había obligado a proseguir con las obras, como si nada sucediera, mientras por debajo elaboraban un plan de huida.

—¿Conseguiste lo que te pedí? —susurró Malik, mientras aparentaba darle instrucciones al anciano sobre un plano desplegado delante de ellos.

—Sí —replicó Alek—. Los polvorines están vacíos, obviamente el esfuerzo bélico reclama todo el polvo negro que Mundo Antigo pudiera poseer. Pero, no obstante, he conseguido hacerme con una generosa partida... nuestro amigo el boticario es un hombre con recursos.

Malik no terminaba de mostrar agrado con respecto a sus tratos con el Sangrador, pero si no quedaba más remedio debería aguantarlo por el momento.

—¿Te ha costado mucho? ¿No habrás levantado sospechas? —preguntó, preocupado, el arquitecto.

—En absoluto. Unas mentiras aquí, unas verdades allá... nada que no hubiera hecho antes.

—¿Qué hay de las aguas que nos acosan por el este? —preguntó entonces Malik, refiriéndose a la subida que había ocasionado la reciente desaparición de la Cascada.

—¿Por qué preguntas cosas que ya sabes? Casi todos nuestros esfuerzos se centran en contener la marea del oeste, y pocos recursos se desvían hacia el lado opuesto. Mundo Antigo está cercado por dos manantiales que nadie puede contener, y cada día que pasa estamos más cerca de palacio. ¿O no te percatas de que día tras día retrocedemos, sin remisión, vencidos por el agua? ¿Acaso no ves que hace tiempo que nos está rodeando, y que lo único que la

contiene es el hecho de que el palacio y la ciudad están por encima del nivel actual de la marea?

—Es como si fuera un mar que hubiera permanecido oculto —susurró Malik.

—Eso es porque probablemente lo sea... gran arquitecto —añadió, cuando Malik desvió la mirada hacia él, sorprendido.

—Insinúas que esas historias, esos mitos...

—Yo no insinúo nada... que cada cual saque sus propias conclusiones —afirmó Alek, dando por zanjada la cuestión, aunque Malik permaneció escrutando el rostro pétreo del anciano, buscando reflejada allí la respuesta a su pregunta. Pero el hombre no ahondó en la cuestión, y desvió la conversación hacia otros derroteros.

—Bueno... —empezó de nuevo Alek, olvidando su renuncio anterior—. Entonces, ¿cuándo estimas que será el mejor momento?

Malik alzó la vista al cielo sopesando las opciones.

—Creo que no deberíamos esperar más. Las embarcaciones están preparadas y ocultas.

—A falta de dar la orden para sacarlas a escena. Resulta hilarante... —Alek rio entre dientes— solo hemos tenido que engatusar al bueno del Khalifa, para llevarlo todo a cabo bajo sus mismas narices.

—Sí. Fue una verdadera suerte que aceptara nuestra teoría: “Mejorando las condiciones de vida, mejorará notablemente la productividad, y menos mano de obra trabajará como si fuera más” —recitó, repitiendo el argumento.

—Desde luego no sé cómo habríamos podido construir barracones para los peones, de no haber sido por tu labia, hijo —concluyó Alek.

El arquitecto asintió, devolviéndole el cumplido al ingeniero jefe. La idea era osada, temeraria, una locura, pero era la única opción que les quedaba si querían salvar el pellejo tanto del agua, como de la ira del Khalifa.

—Sí... una suerte —dijo con aire distraído—. ¡Lo haremos esta noche! —añadió, al fin, el arquitecto, con repentina convicción.

—Ordenaré que dispongan el polvo negro donde acordamos —replicó Alek.

Y sin más se separaron, tratando de no levantar sospechas entre los guardias.

* * *

Desde su regreso a Mundo Antiguo a través del portal, para supervisar las labores de pertrecho y avituallamiento de sus tropas, la intranquilidad de Taruk tan solo había ido en aumento. Y el hecho de que el Gran Khalifa Amr insistiera en conferenciar con él cada dos por tres, no hacía sino incrementar la sensación de que aquellas entrevistas perseguían un doble propósito. Por un lado, era sometido a una intrincada batería de preguntas acerca de sus labores al frente de la inminente expedición militar: cifras, abastos, hombres... pero, por debajo, Taruk observaba las miradas aviesas que le lanzaba el Khalifa y leía en sus largos silencios un grito evidente. Había perdido el favor de su señor, pero por alguna razón éste no daba el paso, no lo degradaba, no lo condenaba; era como si quisiera sonsacarle sus oscuros secretos antes de ejecutarle. Y cada vez que esa sensación lo embargaba, Taruk estrechaba, sin saber por qué, el trocito de pergamino que salvaguardaba junto a su pecho. De alguna manera encontraba en aquel amarillento papel un remedo de refugio, al que retirarse cuando todo lo demás a su alrededor parecía carecer de sentido. ¿Cómo había llegado a aquella situación? Se preguntaba, en ocasiones, al releer aquel papel, consciente de que jugaba en la fina línea de la traición, pues poner en tela de juicio la versión oficial de la historia era lo mismo que denostar todo el sistema que sostenía su modo de vida. ¿Cuándo se apoderó la duda de él? ¿Fue quizá durante los rezos vacíos que realizaba como un autómatas cinco veces al día? ¿Tal vez en los tediosos consejos de guerra con los demás Sunnas y el mismísimo Khalifa, donde la hipocresía y la doblez eran la norma? ¿Antes quizá de atacar a las Amazonas, cuando se preparaba para el combate y sintió un extraño malestar ante la ejecución del rito de la sangre? ¿Quizá fue al abrir el Portal de los Ancestros, cuyas horribles imágenes todavía lo despertaban con los gritos y súplicas de los sacrificios? ¿Podía ser la inquietante desazón que sentía ante la presencia de sus aliados, aquellos seres que respiraban frío y exhalaban muerte? ¿O tal vez era todo un largo proceso que lo había llevado donde se encontraba ahora?

Aguardando una nueva audiencia con el Gran Khalifa Amr, y tembloroso como un niño al que llevan ante su padre para recibir una reprimenda por su comportamiento, Taruk respiró profundamente tratando de

encontrar la relajación que no sentía. Se repetía a si mismo que todo iría bien, que la audiencia sería como todas las anteriores. Automáticamente, comenzó a rememorar sus últimas conferencias con el señor de Mundo Antiguo.

—¿Cómo progresan nuestros planes? —fue lo que preguntó en primera instancia su señor la primera vez que se vieron; pero, bajo la superficialidad de las palabras, Taruk detectó que subyacía otra pregunta. El Khalifa la formuló en cuanto el Sunna había respondido con eficacia a la anterior.

—¿Y la moral?

—Alta, mi señor —afirmó entonces Taruk; pero Amr se inclinó hacia delante sobre sus rodillas, atravesándolo con la mirada tras su poblada barba.

—¿Y tú moral?

Taruk parpadeó varias veces, evitando a duras penas que su sorpresa trasluciera, pero el Khalifa ya tenía su respuesta antes de que abriera la boca siquiera.

—Tan alta como el que más, mi señor —replicó, sin fe.

—Ya veo —aseveró Amr, dando por concluida aquella reunión.

Cuando se encontraron de nuevo una semana después, y tras solventar todo tipo de cuestiones sobre el flujo de las tropas a través del portal, Amr se detuvo en seco, escrutando a Taruk de arriba abajo. Incómodo ante aquel escrutinio, el Sunna se aventuró a cambiar el peso de un pie a otro, antes de sacar pecho, tanto como pudo, para reafirmar su apariencia.

—¿Hay algo que desees contarme, Sunna Taruk? —preguntó, con deliberada lentitud, el Khalifa.

—Nada que añadir, mi señor —pero era evidente que sí había mucho que añadir.

La tercera vez que se vieron fue quizá la más incómoda de todas ellas, pues halló a su señor leyendo distraídamente un grueso volumen, abierto a la mitad sobre la mesa del consejo.

—Acércate, Sunna —Taruk obedeció sin dudar, mientras que el Khalifa no se tomaba la molestia de despegar los ojos de aquellas páginas.

—“Así será, que el perro morderá la mano de su amo, ¿y este lo reprenderá?” —Amr levantó brevemente los ojos hacia Taruk antes de proseguir—: “¿O más bien debería apalear a la bestia desagradecida hasta morir, no mereciendo el tiempo que podría emplear en siervos más leales? Es así entre Baash y su prole, que aquel que sirve sea ensalzado, y aquel que

holgazanea sea sacrificado”. —Tomó aire con sonora teatralidad, pasó la página, y concluyó leyendo un nuevo pasaje—: “Cuídate de aquel que lleva la traición en su corazón, de la simiente de la sierpe su espíritu es, una vez duda, duda por siempre será”.

El Gran Khalifa cerró el libro con violencia, haciendo que Taruk diera un ligero respingo.

—¿Sabéis que es esto, Sunna? —preguntó Amr.

—Un... un libro, alabado —replicó Taruk, que había comenzado a perlar su frente con un tímido sudor.

—Ajá, muy perspicaz. ¿Y de dónde lo he sacado? —Taruk constató que era absurdo negar lo que Amr ya sabía con toda seguridad, la negación no haría sino acrecentar sus sospechas.

—De la biblioteca, he de suponer.

—¡Exacto! —exclamó Amr, divertido con su propia pantomima—. ¿Sabéis que tenemos una biblioteca, no es así? —no esperó la respuesta—. Por supuesto que lo sabéis, todos los Sunnas lo saben, aunque no la utilicen... ¿Habéis estado alguna vez allí?

—Sí, mi señor —respondió Taruk, sin asomo de duda en su voz. Amr tamborileó con sus largos dedos sobre el lomo del libro.

—Sí... habéis estado... —susurró con lentitud—. ¿Qué buscabais allí?

Taruk se detuvo por un instante, midiendo muy bien sus palabras, pues de ellas podía depender su vida.

—Iluminación.

—¿Sobre qué?

—El Enemigo —ambos se miraron por un instante, como si hubieran comprendido que cada cual se refería a distintas personas con aquel nombre.

—¿Y hallasteis esa iluminación?

—En parte —afirmó Taruk.

Tras ello, Amr despidió al Sunna con un gesto displicente de la mano, pero sus ojos siguieron fijos en su cogote hasta que abandonó la sala, y Taruk aceleró el paso, como si pudiera sentirlos tratando de horadar su cerebro, intentando ver lo que pensaba y sentía.

El Khalifa no hizo nada aquel día, ni al siguiente; no podía tocarle, no tenía pruebas. Pero resultaba obvio que seguiría presionándole hasta que

cometiera un error, un desliz que lo llevara ante el verdugo.

Y así llegaron al encuentro que afrontaban en aquel día. Había sido convocado con urgencia, cuando Taruk se disponía a unirse a las últimas brigadas de hombres que partían rumbo a Mil Ríos. El mensajero fue taxativo sobre la cuestión y las palabras del Khalifa: “Cualquier otro asunto puede esperar” afirmó el mensajero. Y por eso estaba allí, a las puertas de la sala del consejo, apretando contra su pecho aquel absurdo pergamino, revestido para la guerra y recordando palabras estúpidas escritas hacía miles de años por gente desconocida.

«Y la tierra antes verde y clara, que fue prevista para los hijos de la luz, fue ocultada y cerrada a sus ojos. Y la creación vagó sin rumbo y en la oscuridad.

Libre en su esclavitud».

Y volvía a repetirse para sí: *«Libre en su esclavitud, libre en su esclavitud, libre en su esclavitud...»*

—El Gran Khalifa os aguarda, Sunna —las palabras del mayordomo con aspecto de topo, uno de aquellos taxonímicos de triste existencia, lo sacaron de sus ensoñaciones. Taruk carraspeó un par de veces, se arregló y ajustó brevemente la armadura, y traspasó el umbral con paso decidido.

La sala permanecía en ominoso silencio, haciendo que cada una de sus metálicas pisadas resonaran más amenazadoras. Taruk mantenía la vista al frente, mientras se aproximaba al “trono” de su señor, que no gustaba de denominar así su asiento, pero que se comportaba como el peor de los regentes.

Sin embargo, fue la presencia de un invitado inesperado junto a Amr, lo que destempló los ánimos de Taruk. Lo reconoció al instante, y sus labios se torcieron en el acto con una mueca de disgusto. El pelo grasiento, las vestiduras negras, las uñas como garras, la nariz aguileña. Era Muninn, uno de los binaturales que gustaba de utilizar Leviathanas como mensajero o sicario.

Taruk se situó frente al Khalifa, saludó, y no se molestó en dar la menor señal de que había visto a Muninn allí. Despreciaba aquel engendro, tanto como aquella sonrisita de autosuficiencia que se perfilaba en sus labios.

—Sunna Taruk, habéis sido convocado con la máxima urgencia —comenzó Amr.

—Y con tal urgencia he acudido, mi señor.

—No me andaré con circunloquios, Sunna. Hechos de la máxima gravedad nos han sido puestos de manifiesto. Hechos que apuntan acusadores a vuestra persona y que, por ende, ponen en entredicho vuestra lealtad y la estabilidad de nuestro sistema.

Taruk no pestañeó, era como si de pronto todo aquello que había intentado evitar cobrara forma y ahora que debía enfrentarlo ya no le importara.

—Tengo derecho a saber de qué se me acusa y quién es el acusador —replicó con orgullo.

—Por supuesto, Sunna, por supuesto —Amr hizo un gesto con la mano y las puertas se abrieron de nuevo, dando paso a la decrepita figura del anciano bibliotecario. Tras él, entraron sin ningún disimulo seis guardias armados que cerraron la puerta a sus espaldas. Al avezado oído de Taruk no pasaron desapercibidos los chirriantes roces de los cerrojos al clausurar la sala del consejo. Era evidente que no saldría de allí con vida, o si salía con ella sería tan solo para ser privada de la misma de la manera más cruel que pudieran imaginar sus verdugos.

—El anciano bibliotecario asegura que os dejasteis caer por su caverna hará un mes aproximadamente —comenzó diciendo Amr. Taruk mantenía la vista fija en el Khalifa, sin hacerle aprecio alguno al recién llegado anciano, mientras Muninn reía por lo bajo—. Afirma que llegasteis con extrañas preguntas sobre la leyenda de Némesis y que os mostrabais nervioso y acelerado.

—Ya hablamos sobre esa cuestión en nuestro anterior encuentro, mi señor —replicó Taruk.

—En efecto, eso mismo me dije yo... pero... —continuó—. Lo que obviasteis anteriormente es que sustrajisteis algún tipo de documento de la biblioteca sin autorización —se detuvo deliberadamente para observar las reacciones faciales de Taruk—. Evidentemente, me dije a mi mismo que no eran sino mentiras infundadas, dislates, calumnias vertidas contra mi mejor general en vísperas de nuestra mayor guerra, un fútil intento de desestabilizarnos.

Taruk callaba sin despegar los labios, y el Khalifa prosiguió.

—Pero semejantes acusaciones no pueden pasar sin más por mis manos sin recibir la debida atención. ¿Qué gobernante sería, si no? De manera que —

se giró hacia Muninn—, aprovechando las noticias que me trajo este mensajero de nuestro común aliado, opté por prolongar sus servicios por una temporada, con el beneplácito de Leviathanas, claro está.

—¿Mensaje? —preguntó Taruk—. Yo mismo podía haberlo traído, estuve en el concilio con el mismo Leviathanas y sus... aliados —concluyó la frase, sin saber cómo referirse a aquellas criaturas que helaban la sangre con su mismo recuerdo.

—No me cabe duda de que lo habríais traído, de no ser porque el mensaje era el de vuestra propia ejecución —Amr lo miró con fijeza, esperando encontrar un temblor en su más aguerrido general, pero los ojos del Sunna parecían de hielo.

—Habría traído mi orden de ejecución firmada si la causa fuera justa, mi señor.

—Ah... sí. Vuestro honor, claro... la cuestión es que no podía dejar en manos de un extranjero algo tan serio como ordenar vuestra ejecución, o muy pronto nuestros hombres pensarían que no somos más que títeres —*«y es que somos títeres, pensó Taruk, libres en su esclavitud»*—. Así que llegué a un acuerdo con este hombre —señaló a Muninn—. Y accedió a espiaros para reunir pruebas sobre vuestra traición.

—¿Y qué pruebas tiene? —preguntó Taruk, desafiante, mientras calibraba las distancias entre los hombres armados y su espalda, así como los pasos que le separaban de puertas y ventanas. Las mascotas del Khalifa se acercaron a él, y este las acarició el lomo con las manos como si fueran meros gatitos, pero de entre sus fauces abiertas se entreveía el deseo y el hambre de carne fresca.

—¿Pruebas me exigís? —replicó Amr, ofendido—. ¿Qué tal si sacáis ese viejo papel que con tanto esmero atesoráis junto al pecho? Y nos leéis qué dice en él, que os resulta tan importante como para traicionar nuestra confianza.

Ahora sí, Taruk sintió que el golpe descargado lo desequilibraba y clavó los ojos por primera vez en Muninn, que le devolvió una sonrisa rabiosa a cambio.

—¿Y bien? —repitió Amr.

Taruk agachó la cabeza y asintió, tomando conciencia de que daba sus últimos pasos y emitía sus últimas palabras.

—Con el debido respeto, señor... no haré tal cosa.

—¿Os negáis? —una vena se inflamó en el cuello del Khalifa. Nadie nunca lo había desafiado abiertamente de aquella manera—. ¡Guardias! —exclamó en el acto, y los seis guardias aprestaron las lanzas hacia la espalda de Taruk—. ¡Matad a este perro traidor! ¡Si podéis cogerlo vivo doblaré vuestra recompensa! ¡Quiero darme el placer de ver cómo chilla este cerdo en la jaula de fuego!

Taruk desenfundó su cimitarra con un destelló veloz, asestando con la empuñadura un golpe al anciano bibliotecario, que rodó por el suelo sollozando. Las bestias de Amr cargaron contra el Sunna y llegaron a cerrar los dientes sobre la capa que ondeaba tras él. Los guardias corrieron a su vez en pos del Sunna tratando de acorralarlo, pero Taruk corría con decisión, ajeno a ellos, en dirección a la vidriera más próxima.

Cuando distaba diez pasos de la cristalera, alzó el brazo empuñando su espada como un hacha, y haciendo impulso con toda la fuerza de su espalda y de su hombro, arrojó el acero, que voló en línea recta trazando círculos en el aire hasta quedar profundamente clavado en el cristal de colores.

—¡Vuestro esfuerzo es inútil...! —exclamaba el Khalifa, pero Taruk no escuchaba y corría sin detenerse hacia el cristal, con la vista fija en las líneas de fractura que brotaban de su acero en todas direcciones.

A dos metros de la ventana Taruk dio una larga zancada tomando impulso, y embistió con todo su peso y el de su armadura contra la empuñadura de la cimitarra. Aquello fue suficiente. El cristal estalló con estrépito en una lluvia de colores, y el Sunna renegado se precipitó por el marco de la ventana cayendo al vacío.

Los guardias se asomaron por la apertura apuntando las lanzas tras su estela, con el tiempo justo de ver como Taruk golpeaba un tejado por debajo de su nivel, y tras arrancar varias tejas proseguía su caída. Cuando al fin frenó el abrupto descenso sintió el cuerpo magullado, y escuchó con claridad las voces de alarma y los gritos que venían de palacio; sin pérdida de tiempo, se incorporó y salió corriendo por los tejados de la ciudad, perdiéndose en aquel bosque de tejas rojizas.

Sobre las cabezas de los guardias y los ladridos de las bestias, un cuervo negro emprendió el vuelo y fue tras el fugitivo.

* * *

Anocheecía. Junto a los diques y muelles levantados para contener la marea, capataces y guardias reunían a los trabajadores como al ganado y los conducían a sus barracones. Las hileras de taciturnos y agotados hombres y taxonímicos, se prolongaban como serpientes deprimentes al final de una nueva jornada, tan inútil como la anterior y la siguiente desde hacía meses.

Aquí y allá se escuchaban restallar látigos ocasionalmente, pues la sumisión era total; tanto que los trabajadores agachaban las cabezas, haciendo que el uso de la fusta, si bien innecesario, fuera divertido para los crueles hombres que velaban las obras.

Ordenadamente, esclavos y modificados se recogieron en sus barracones, rudimentarias viviendas edificadas por ellos mismos bajo la dirección de los ingenieros Malik y Alek, hombres a los cuales odiaban los capataces, pero a los que debían obedecer, aunque solo fuera porque el primero de ellos portaba un anillo con el sello del mismísimo Khalifa.

Así, lentamente, casi lastimosamente, los sonidos de cientos de pies que se arrastraban por el suelo fueron acallándose, y un silencio tenso se impuso entre los canales, los diques y las presas.

La misma ceremonia se repetía como en un espejo, más al este de donde se encontraban ambos ingenieros, en las obras que trataban de frenar el avance del agua desde aquel frente.

Satisfechos con su tarea, los capataces y guardias comenzaron a replegarse, entre risas cansadas y deseos de sueños ebrios tras una dura jornada.

Malik intercambió una mirada cómplice con el anciano Alek antes de asaltarlos amigablemente. Habían dejado todo dispuesto, todos los ingenieros estaban implicados, y los jefes de barracón sabían lo que debían hacer una vez se diera la señal. Cuando todo empezara, dispondrían de escasos minutos antes de que la situación se descontrolara. Con todo esto en mente, se acercaron al grupo de hombres que se batía en retirada hacia la casa de putas más próxima.

—¡Caballeros! —exclamó Malik, atrayendo su atención y haciéndoles frenar sobre sus pasos, para atender lo que esperaban sería el último capricho de aquel sobrevalorado arquitecto, al que de buen grado colgarían de sus

propios ingenios—. ¡Permítanme celebrar con ustedes lo que considero será el final de nuestras obras!

Los hombres se miraron los unos a los otros desconcertados. Uno de ellos escupió en el suelo a los pies de Malik.

—¡Pensé que esta mierda nos sobrepasaba! ¡Se supone que esto no va a ninguna parte, o eso piensan los hombres! —dijo, señalando a la tropa reunida tras él: cinco capataces y siete guardias—. ¿Qué ha cambiado, numeritos? —preguntó burlón.

—Quiero celebrar con ustedes la apertura de las dos últimas presas, tanto la del este como la del oeste. Esas murallas de piedra creo que serán la solución definitiva a nuestros problemas —respondió Malik.

—¡Hemos escuchado esas bobadas antes, y el agua siempre parece superar sus cálculos... ingeniero! —replicó, despectivo, el hombre—. Quizá no seáis tan bueno con los números como piensa el Khalifa.

Malik asintió varias veces antes de proseguir con tono apaciguador:

—¡Muy cierto! Puede que no sea el mejor con los números, pero me he rodeado de los mejores —aprovechó para pasar la mano por encima del hombro de Alek—. Y sí, otras veces antes de esta he sugerido estar cerca del final de la obra, o próximo a dar con una solución... ¿Pero alguna vez he pagado la cuenta de ustedes en la cantina? ¿O he prometido pagarles las putas?

Guardias y capataces intercambiaron miradas lascivas, mezcladas con gestos desconfiados.

—¿Qué insinuáis? —dijo el que se había erigido como portavoz. A lo cual Malik respondió:

—Sencillo. Estoy tan seguro de mi éxito mañana, que he concertado audiencia con el Gran Khalifa Amr —su voz sonó absolutamente convencida, ejerciendo la reacción que esperaba entre aquellos hombres, era hora de echar el lazo—. Pero antes de ello, deseaba celebrar juntos nuestro éxito. ¡Por eso esta noche las bebidas y las mujeres corren a mi cuenta!

No había más que hablar. Los hombres prorrumpieron en carcajadas y se golpeaban las espaldas con grandes palmadas, celebrando con antelación la que presagiaban como una gran noche.

A voces, se aproximaron al sinfín de tugurios que habían proliferado alrededor de las obras. Tabernas, tascas, lupanares y otros, no menos abyectos, que habían aprendido a hacer negocio en la desgracia. Gente

humilde y desesperada, de la cual abundaba en Mundo Antiguo, que salían adelante confraternizando con los mismos psicópatas y pedófilos que les rajarían el cuello por cualquier nimiedad.

Ebrios de lujuria, antes siquiera de probar el producto, entraron todos en la primera cantina que encontraron, y ambos ingenieros entraron tras ellos.

—¡Tabernero! —gritó Malik—. ¡Bebidas gratis para los fieles de Baash y siervos del Khalifa!

—¡Síiii! —corearon todos, mientras se abalanzaban contra la grasienta barra y comenzaban a otear la estancia, inspeccionando con ojos deseosos a toda mujer que se hallara en la sala.

La fiesta se prolongó durante largo rato. Los guardias bebieron sin medida y con glotonería comieron; y se rifaron a las mujeres presentes, echando a suertes quién se acostaría con quién, asignando las más feas, ancianas, o gordas para los que perdían jugando a los dados.

Alek intercambió una nueva mirada con Malik, mientras bebían cerveza con sorbitos contenidos de una jarra de peltre. El arquitecto parecía nervioso, y miraba a su anciano camarada, preguntándose por qué demonios no sucedía aquello que precisamente le había prometido Alek cuando lo planearon.

El anciano bebió de nuevo con sutileza, y bajó sus cálidos ojos solicitando paciencia a su colega, el cual tomó asiento, sudoroso, mientras los dedos nerviosos de los guardias comenzaban a desgarrar las ropas de las más jóvenes, como si abrieran regalos el día de su primera luz.

Las mujeres, por su parte, desviaban las miradas hacia Malik interrogándole. Se suponía que no debía estar sucediendo aquello, se suponía que la cosa no llegaría tan lejos, o eso les dijeron. Así que observaban al ingeniero, con una mezcla de resentimiento y un creciente deseo de chillar revelando el plan del que formaban parte.

—¡Vamos, rubita! —dijo uno de los más borrachos—. ¡Enséñame lo que tienes entre las piernas! —rio de manera desagradable.

El hombre adelantó las manos con torpeza hacia la falda de la muchacha; esta se revolvió ligeramente al principio, pero cuando los dedos grasientos de aquel sátiro rasgaron su ropa, la mujer no pudo reprimir su instinto y descargó un zarpazo contra el rostro del hombre.

—¡Putas! —chilló como un cerdo, mientras se llevaba la mano a la cara, donde tres profundos surcos sangrantes se habían abierto. El resto de sus

camaradas, ocupados en similares tareas, se limitaron a reír mientras rasgaban a su vez las ropas de sus víctimas—. ¡Te voy a dar por culo hasta que sangres por la boca, zorra! —gritó adelantándose con torpeza hacia ella. Pero no había dado tres pasos, cuando trastabilló y cayó de bruces contra una mesa cercana, haciéndola volcar, con el consecuente estruendo de cacharrería, desportillando toda la vajilla.

—¡Mirad! —rio uno de ellos, con los pantalones ya por los tobillos y un sucio y raquíto falo colgando como un gusano de cebo—. ¡El cabrón no es capaz ni de zurrar a su puta! —pero no había terminado de balbucear aquellas sandeces ebrias, cuando cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra la barra y liberando a la joven a la que tenía postrada sobre una mesa.

Un desvanecimiento podía ser casualidad, pero dos seguidos levantaban suspicacias. Malik observó nervioso a Alek, y por un silencioso momento, los ojos de los guardias y capataces que permanecían en pie se dirigieron hacia ellos con sospecha.

—¿Qué cojones...? —preguntó otro, subiéndose la bragueta, mientras se limpiaba el bigote de espuma de cerveza. Al no encontrar respuesta en la impertérrita actitud de los ingenieros, que continuaban bebiendo como si tal cosa, desvió la mirada hacia el tabernero, que ocupaba las manos tratando de limpiar una jarra de cerveza con un paño.

El cantinero temblaba tanto, que estaba a punto de dejar caer la jarra y echar a correr por la ventana más próxima.

—¿Qué has hecho hijo de puta? —pero la pregunta murió en sus labios cuando se disponía a desenfundar una daga. El guardia cayó contra el suelo, aplastando la nariz bruscamente contra los tablones. El resto de los hombres, ya alertados, se pusieron en pie y se acercaron con intenciones homicidas hacia Alek y Malik. El joven ingeniero incluso llegó a dar dos pasos hacia atrás, intimidado, mientras que el anciano permaneció tranquilo bebiendo de su jarra.

Los restantes hombres cayeron como las fichas del domino, o como las hojas en el otoño a los pies de Alek. El anciano dejó su jarra sobre la barra con parsimonia, y pasó por encima de los caídos sin prestarles la menor atención; después repartió algunos cobres entre los presentes, con especial atención a las mujeres, que todavía temblaban temerosas. Y añadió con voz neutra:

—El mundo que conocéis termina esta noche. Si queréis vivir, si queréis salvaros, refugiaos en los barracones de los trabajadores. Avisad a vuestros amigos, a vuestras familias, a todo aquel que desee ser salvado, pero no vayáis a la ciudad. No hay espacio para nadie más.

El cantinero y las mujeres abandonaron la taberna a toda prisa, sin volver la vista atrás, preguntándose qué demonios sucedía. Malik se aproximó entonces al anciano.

—Pensé que no funcionaria.

—Lo sé. Pero yo no dudaba. Si mi amigo el boticario, el Sangrador, pudo convertir el agua salada en dulce, no tenía razones para dudar de su veneno —aseveró Alek.

—¿Vendrá con nosotros? —preguntó Malik.

—No —afirmó Alek, sucinto—. Tenía un espacio reservado para él, por supuesto. Pero me aseguró que no deseaba vivir en nuevos mundos, ni afrontar la muerte de los viejos. Dice que es demasiado mayor para ir por ese camino, prefiere morir haciendo que otros puedan ver un nuevo amanecer.

—Un tipo interesante, ahora nunca lo conoceré —reflexionó Malik.

—Tampoco te hizo falta —afirmó Alek, mirándole.

—¿Y qué hará entonces? —quiso saber el ingeniero.

—Pues se ocupa en estos momentos de los diques de esta zona, así como otros hombres de confianza se encargan de los del este. El supervisará que todo vaya conforme a lo previsto —afirmó Alek, antes de zanjar el asunto con premura—. Y ahora deberíamos irnos. Comprobaré que todos estén en sus puestos, nos reuniremos en los barracones en una hora.

Los ingenieros se estrecharon las manos y separaron sus caminos.

* * *

Taruk llevaba toda la tarde huyendo, y el anochecer le había alcanzado antes que sus perseguidores. Para correr con mayor agilidad se había despojado de toda su armadura, que limitaba mucho sus movimientos, y tan solo conservaba un fino jubón y su basta ropa de cuero. Conocía aquella ciudad, y tras huir por los tejados había conseguido escapar por las cloacas, donde pasó la mayor parte de las horas diurnas, aguardando la cobertura de la

noche.

Cuando la luna ascendió, o al menos lo intentó entre las brumas, Taruk se arriesgó a salir del subsuelo en un oscuro callejón. Tanteó el adoquinado con las manos, y se deslizó al exterior con precaución, atento a cualquier sonido o cualquier sombra sospechosa.

Se arrimó a la esquina más próxima, y oteó en ambas direcciones la calle que se abría ante él, pero no llegó a poner un pie en la misma, pues a sus espaldas percibió precisamente la sombra y el sonido sospechoso que no deseaba percibir.

El graznido de un cuervo llegó nítido hasta sus oídos, y Taruk se llevó la mano al cinto buscando la cimitarra, pero había perdido la misma cuando saltó precipitadamente en su huida de palacio.

Farfulló una maldición, y optó por extraer de su bota una daga de dos palmos de largo. Tras eso se giró sobre los talones, escrutando la oscuridad del callejón. No vio nada, pero guiñó los ojos, como si al entrecerrarlos las formas se definieran de alguna manera.

Igualmente, no vio nada, lo oyó. Fue un ruido sibilante de succión, acompañado de una rápida sucesión de chasquidos y crujidos, que recordaban al sonido que hacían los muslos y alas de pollo al ser quebradas en un banquete. Los chasquidos se acompasaron, cobrando forma física y una silueta se dibujó en la noche.

Del callejón brotó la familiar y grasienta figura de Muninn, con su apariencia humana. A la tenue luz proveniente de la calle aledaña, que iluminaba la mitad de su rostro, Taruk pudo entrever su despreciable sonrisa de suficiencia.

—¿Por qué huyes, traidor? —preguntó, provocador, mientras desenfundaba un negro estilete.

—Ignoraba que usaras esas cosas, te hacía más de posarte en una rama a observar —le espetó Taruk.

—En ocasiones me gustan los trabajos manuales —replicó el cuervo, moviendo el cuello con movimientos entrecortados como las aves.

Durante segundos interminables se sostuvieron la mirada, sin aventurarse a dar el primer paso. Hasta que Taruk comenzó a correr con furia hacia Muninn, mientras que este lo aguardaba con una elegante postura defensiva, con el estilete por encima de su cabeza.

Taruk gritó para acompañar el impulso de su brazo contra el pecho descubierto de Muninn, pero tan solo apuñaló el aire. El binatural había adoptado su aspecto de ave de presa en un parpadeo, y desapareció entre una nube de plumas negras, haciendo que Taruk trastabillara con el impulso.

El Sunna frenó en seco y giró completamente sobre sus pies, al escuchar el chirriante sonido de huesos recomponiéndose tras él. Se volvió justo a tiempo de frenar con su daga el estilete que pretendía atravesar su corazón.

Muninn chilló frustrado, y su chillido resonó como un graznido en el callejón. Dos o tres estocadas intercambiaron, no más, y Muninn se transformó de nuevo en cuervo, alzando el vuelo. Taruk giraba sobre sí mismo, vigilante, aguardando otro ataque desde cualquier lado.

El ataque llegó desde el cielo. Muninn picó contra Taruk como un halcón, para transformarse en un proyectil humano que se transmutó antes del impacto. El Sunna pudo esquivar parcialmente el brutal golpe, y el estilete tan solo arañó el pecho de su jubón. De no haber retrocedido cuando su instinto se lo sugirió, la fría punta habría penetrado en el triángulo entre su cuello y su clavícula.

Muninn golpeó el adoquinado con el estilete y volvió a graznar; Taruk le asestó una patada en la rodilla que no apoyaba en el suelo y el cuervo rodó. Entonces se abalanzó sobre él, aprovechando su ventaja, pero mientras rodaba, Muninn ya se había transformado de nuevo.

* * *

Malik llegó a la carrera, había pasado una hora, golpeó la puerta del barracón previsto de antemano y le abrieron en el acto. Entró jadeando y miró a los veinte pares de ojos que le devolvían la mirada.

—¿Todo dispuesto por aquí? —preguntó.

—Sí, señor —respondió uno de los esclavos.

—Bien... afirmó. Es la hora. Que todo el mundo comience a actuar —y mirando a su alrededor, preguntó—. ¿Dónde está Alek?

Pero nadie le respondió. En el momento que había ordenado que todos comenzaran a actuar, una febril actividad se apoderó de ellos. Preguntó de nuevo por el anciano a un esclavo que corría hacia la salida:

—¿Dónde está el ingeniero Alek? —preguntó, nervioso, aferrando por

el brazo al joven muchacho.

—No lo he visto, señor —respondió el chico, asustado.

—Vale, está bien. Ayuda a los demás, ¡vamos!

Malik se giró a un lado y a otro buscando a Alek, y corrió al exterior buscando entre los barracones cualquier signo de su presencia.

Afuera, barracón tras barracón, se repetía la misma ceremonia. Los obreros abandonaban sus rudimentarios refugios, aquellos barracones con tejados de doble agua, y comenzaban a derribar a hachazos las estacas que en la base del muro afianzaban la estructura al suelo. Tras ello, arrojaban cuerdas por encima de los tejados, y varios hombres se encaramaban a los mismos y afianzaban los extremos de los cabos de las argollas dispuestas para tal fin.

—¡Alek! —gritó Malik, sin obtener respuesta entre el alboroto de los trabajadores.

Todos a una, comenzaron a tirar de los cabos y volcaron los barracones haciéndolos caer, disponiéndolos panza arriba. Después, y utilizando las mismas estacas que antes los afianzaran al suelo, dispusieron los barracones sobre el barro, apoyados en el vértice de sus tejados y calzados con las dichas estacas.

Así dispuestos, la extraña estructura que había pasado desapercibida a ojos de los capataces cobró vida, y una enorme flota de rudimentarios botes quedó preparada como si de un dique seco se tratara.

Casi un centenar de barracones habían edificado en aquel campamento, y otros tantos en su campamento hermano del este. Todos pensados con una única intención: servir de botes salvavidas. De manera que los tejados eran ahora quillas; las ventanas, pequeñas y opresivas, se convertían en troneras para los remos que habían ocultado hábilmente entre los tablones del suelo, y las mismas literas se transformaban en las bancadas de remeros.

Pronto estuvo todo preparado, como si se dispusieran a emprender un inminente desembarco. Obreros e ingenieros, mujeres, niños y familias, todo aquel que acudió a la llamada fue embarcado con los víveres y vituallas que habían podido reunir.

—¡Alek! —llamó de nuevo Malik, desesperado.

Una tremenda explosión resonó en el oeste, pronto seguida por una más atenuada que provino del este. El suelo tembló. Y el temblor se incrementó bruscamente con el rugir de una tempestad, una marea brutal que había sido

liberada. Presas, diques y canales volaron al unísono a la hora señalada, y el agua, liberada de sus cadenas, se abrió camino con furia purificadora.

—¡Alek! —gritó una última vez Malik, para después refugiarse en su improvisada embarcación. Removiéndose frustrado en su asiento, esperaba la embestida del agua en cualquier momento, cuando reparó en un papel que sobresalía del bolsillo de su pelliza.

Lo extrajo con sumo cuidado sin reconocerlo y lo desplegó leyendo su contenido.

—“*Estimado Arquitecto*” —reconoció la letra de Alek y el corazón le dio un vuelco repentino—. “*Espero que para cuando leáis esto os encontréis ya a buen recaudo en uno de nuestros hermosos navíos, acompañando a la flota en cuya esperanza se depositan nuestros inciertos futuros. No espero que comprendáis mis motivos, ni mucho menos que los compartáis, pero habéis de saber que, con mucho, estos últimos meses han sido los mejores de un pobre anciano que buscaba un ápice de redención a una vida de crimen y actos malvados. Los nombres de mis pecados son muchos y no los listaré aquí; pues si, como pienso, las historias son ciertas, muy pronto habré de dar cuenta de ellos en otro lugar. Pero sabed, mi estimado amigo, que durante un tiempo devolvisteis la alegría y la humanidad a un hombre perdido, cuyas artes fueron muchas y de dudosa valía. El camino por delante es vuestro, pues como ya os dije, no deseo vivir en nuevos mundos, ni afrontar la muerte de los viejos. Soy demasiado mayor para ir por ese camino, y prefiero morir haciendo que otros puedan ver un nuevo amanecer. Vuestro por siempre... Alek*”.

El rostro de Malik se desencajó mientras arrugaba el papel y lo guardaba, estupefacto.

—El boticario... Alek era el boticario —susurró, incrédulo, al comprender que era Alek quién había detonado los dispositivos, quién había transformado el agua salada en dulce y quién había envenenado a los guardias.

Las piezas empezaban a encajar en su lugar, cuando una brutal ola golpeó la flota de obreros y sacudió las embarcaciones, como si fueran cáscaras de nuez presas de una tempestad.

Algunas de las balandras se deshicieron en astillas por la furia del envite; pero la gran mayoría soportó la embestida y se liberaron de sus diques

secos, saliendo despedidas en todas las direcciones trazando alocadas espirales, como hojas batidas por el viento.

Malik se aferró a su banco y dejó escapar un reguero de lágrimas silenciosas.

—El Sangrador... —repetía—. El boticario... mi amigo —el rugido de la tempestad acalló sus sollozos, y Malik alzó el rostro al cielo, rogando a quién estuviera allí y escuchara, que se acordara de Alek, el boticario, El Sangrador, que con su último aliento quiso enderezar una vida plagada de maldad.

Sollozante, Malik extrajo la sortija de su dedo y la arrojó con furia a la tempestad, renegando de su pasado, aguardando su futuro.

* * *

Acababa de asestarle un codazo en el puente de la nariz, y había conseguido estampar su cabeza de cuervo contra la pared estucada, cuando ambos se detuvieron al sentir el suelo temblar.

Los púgiles se separaron como si aquel combate lo rigiera algún tipo de norma, y entonces el sonido de dos poderosas explosiones llegó a sus oídos. Respiraban aceleradamente sin quitarse el ojo de encima el uno al otro y, mientras, aguardaban.

Pronto el temblor y las explosiones cedieron el paso a los gritos y las carreras, y la población entera de Mundo Antiguo precedía a la marea en su huida. Vieron pasar junto a la calle perpendicular oleadas de gente aterrada. Algunos gritaban, otros lanzaban proclamas apocalípticas, no pocos invitaban a los fieles a reunirse en la Torre de los Devotos para adorar a Baashamel, pero nadie permanecía en sus casas.

Al principio fue una suave marea que lamió las calles y lavó el empedrado con sus aguas, heraldo de lo que estaba por venir. En cuestión de minutos la marea apareció en la calle y se adentró en el callejón cubriéndoles hasta los tobillos con facilidad.

Fue cuando retomaron su particular lucha, ajenos a cuanto acaecía a su alrededor. Muninn, dispuesto a concluir aquel duelo con rapidez para salvar el pellejo, embistió con rapidez y una letal serie de fintas. Pero Taruk esquivó una tras otra con frialdad, aguardando su oportunidad de aprovechar el

espacio abierto que pudiera ofrecerle.

Los aceros chocaron en varias ocasiones, gimiendo el uno contra el otro, como las mandíbulas de una bestia entrechocando los dientes, rechinando.

Una ola brutal arrasó con fuerza la calle adyacente, y pudieron escuchar los gritos de la población y ver a la gente trastabillar y caer arrastrados por la fuerza de la corriente; el agua seguía subiendo sin remisión. Les cubría ya por las caderas, y esto dificultaba sus movimientos, que se volvieron lentos y pesados. Por suerte para ambos, la fuerza de la descarga se cebaba con la calle principal, utilizando el callejón donde luchaban como un rellano, un sumidero donde el agua perdía fuerza, aunque ascendiera inexorablemente.

De la lucha veloz que habían entablado, pasaron a un combate más estático, en el que cada cual mantenía su posición, prácticamente impedido para moverse. El agua les llegaba por el pecho y Muninn no esperó más; en una explosión de plumas negras se transformó en cuervo y alzó el vuelo, pero Taruk se encontraba a un palmo de su enemigo, tratando de atravesarlo con su daga, y con un movimiento rápido, alzó la mano libre atrapándolo por una de sus patas de cuatro dedos. Muninn graznó bajo su forma animal y trató de picar los dedos que aferraban su pata, pero Taruk tiró de él con fuerza hacia abajo sumergiéndolo en el agua. El ave, empapada, se convirtió de nuevo en humano, debatiéndose bajo la mano de Taruk que lo aferraba por un pie. Con el que le quedaba libre, Muninn asestó una patada en el pecho al Sunna, haciéndole perder el resuello, pero Taruk no soltó su presa, más bien se revolvió y de un salto apuñaló a Muninn en el hombro, justo cuando este se transformaba de nuevo en cuervo.

La bestia graznó al sentir cómo los tendones de su ala se desgarraban, y caía pesada al agua, hundiéndose con rapidez. Taruk se volvió a un lado y a otro, esperando verlo emerger en cualquier momento, humano de nuevo.

Y, en efecto, así fue. Muninn emergió con el agua corriéndole por el maltratado cabello, que se le adhería al rostro contraído por el dolor.

—Eres un bastardo con suerte —escupió el cuervo, apretando la herida de su hombro con una mano y sujetando el estilete con la otra—. No podré volar, pero si muero ahogado tú mueres conmigo.

—Qué así sea, bestia.

Se enzarzaron de nuevo con las armas por alto, fuera del agua que

cubría sus cuellos, tratando de apuñalar a su oponente con golpes descendentes y brutales. Hasta que, engañando a su rival con una rápida finta, Taruk hundió su daga en el agua, venciendo la resistencia que esta ofrecía, y clavó su filo en las entrañas de Muninn.

El binatural ahogó un gemido antes de escupir sangre y cubrir a Taruk con la misma.

—Estáis... todos perdidos... —susurró Muninn.

—Es posible —replicó, sin atisbo de duda, Taruk, y entonces golpeó la nariz de su rival con la cabeza y, aferrándole con ambas manos del cuello, lo sumergió en el agua hasta que este dejó de aletear revolviéndose.

El cuerpo negro de su enemigo flotó hasta la bocacalle y fue arrastrado por la creciente corriente, que ganaba en furia y altura a cada minuto. El agua golpeó con fuerza, y Taruk dejó de tocar con la punta de los dedos de los pies el suelo. El nivel subía con rapidez ahora, y pronto se vio elevado por encima de casas y tejados, si bien eran los más bajos de la ciudad, en los barrios más pobres.

Luchando por respirar y tratando de nadar, cosa que nadie había necesitado hacer nunca en Mundo Antiguo y a la cual no estaban muy habituados, Taruk libró su última batalla, y antes de verse elevado por el agua hacia su incierto destino tuvo ocasión de susurrar:

—Kilumaras... escúchame... —el agua lo engulló mientras apretaba un ajado pergamino junto al pecho.

* * *

La marea descargó brutal desde el oeste. Las escasas tropas y pertrechos que restaban por traspasar el Portal de los Ancestros perecieron, barridas por la corriente. Al este, los diques y presas también explotaron obrando de igual manera; y un anciano y taciturno bibliotecario se debatía desesperado en su oscura caverna, contemplando cómo el agua ascendía y lo comprimía contra la bóveda de su guarida, privándole de aire y de vida y, al fin, pereciendo ahogado bajo las aguas, junto con todas las mentiras que había escrito.

En su inexorable ascenso, la marea lavó el Mundo Antiguo de

inmundicia y alimañas, aniquiló a la población, y la superficie de la tierra se convirtió por completo en un vasto y plateado mar de aguas procelosas.

En el interior de la Torre de los Devotos se apiñaban los supervivientes, que, a cientos, morían gritando en los niveles inferiores, presagiando con sus alaridos lo que alcanzaría sin remedio a aquellos que habían conseguido alcanzar los niveles superiores. El agua subía por escaleras y salones barriéndolo todo, y era tal la cantidad de gente allí refugiada, que muchos morían asfixiados por la presión antes de morir ahogados por el agua.

Así, el recién revelado océano alcanzó la cúspide de Mundo Antiguo, donde su señor resollaba oraciones baldías a dioses sordos. Como si representara la voz atribulada de un pueblo entero, el Gran Khalifa Amr alzó los ojos a lo alto, desesperado; inconscientemente, buscaba la salvación allí en el cielo, como si en el último momento un resquicio de su alma tendiera hacia las alturas, como un hombre que se ahoga y mira siempre la luz que hay sobre su cabeza. Y así permaneció, repitiendo sus orgullosas oraciones carentes de caridad.

Él alzó el rostro suplicante a las alturas, y Baashamel le susurró:

“NO”.

LIBRO SEXTO

Expulsión



“El mal tiene poder sobre nosotros, de alguna manera. Incluso derrotado y a la fuga te araña al pasar. Si no lo derrotas exige el precio de la más terrible agonía. Desgarra el espíritu con su sucia garra, y parte de su veneno entra en las venas del alma.

Es el precio.

Un recordatorio.

Una lección.

*Una advertencia...
...algún día volverá”*

EXORDIO

El maestro Irkûn ha muerto. Es todo cuanto cabe decir, pues la aflicción no deja lugar a los panegíricos. Claro que Irkûn siempre renegó de las palabras dichas a la muerte de un ser querido, pues sostenía que aquello que quedaba sin decir en vida era polvo en los labios, consuelo de necios.

Así pues, omitiremos grandes párrafos dedicados a gestar sus actos en vida; diremos, nada más, que fue enterrado conforme a sus deseos y que cada día se reza por su alma. Seguiremos nosotros, sus pupilos, glosando su obra y la de su predecesor, Lothan, para que tan costoso legado pueda llegar a las generaciones futuras.

Nosotros somos los herederos de estos gigantes y sobre sus hombros nos alzamos. No tenemos nombre, no tenemos rostro, tan solo el Enemigo conoce nuestras identidades. Somos aquellos de entre sus seguidores que han elegido mantenerse firmes, pues muchos nos han abandonado por el camino.

Como ya advirtiera el maestro Irkûn, antes de cerrar las cortinas en el escenario de su vida para siempre: «No agüéis el vino, ni diluyáis el buen licor. Esta historia que os

lego es una historia de absolutos, pues la Verdad es absoluta y carece de puntos de encuentro. Contad lo que vuestros corazones anhelan contar; no busquéis contentar a vuestra audiencia, o tratar de atraer mayor número de seguidores, cometiendo la aberración de tergiversar vuestras creencias. Antes bien, sabed que no hay reconciliación posible entre la Luz y la Oscuridad. No hay escalas de grises, ni puntos intermedios. La historia de los Perantaraan, nuestra propia historia, se resume de manera sencilla, aunque el mundo no lo quiera aceptar. Está el Bien y está el Mal. Y no hay nada en el medio, ya que el medio siempre está revestido de algo maligno, es propiedad del Mal, pues es en el medio donde obra y atrae a su causa. Es en el medio donde el Mal disfruta generando confusión, envidia y cisma. Si afirmáis hallaros en el centro... creedme... ya sois siervos del Mal».

Así habló Irkûn antes de expirar. Y nos dejó para siempre en este tiempo: un tiempo de decisiones absolutas, un tiempo de extremos donde dudar es morir.

Solo queda, pues, rezar, para que, concluidos estos manuscritos, su sapiencia pueda iluminar a aquellos que permanecieron... cuando el mundo se fracturó.

Heldere, Mork, Adhan y Perantaraan... todos mezclaron su sangre en aquel funesto episodio, que algunos quisieran olvidar y otros desearían se olvidara.

La Segunda Guerra estaba decidida, y el fulcro de la balanza vencía en favor de la Oscuridad, antes de la intervención de Kilumaras, antes de

que Agbara Ti Emí se convirtiera en el Claro.

Mucha más sangre e icor corrió en la tercera y última jornada de una breve contienda, cuya maduración se remontaba siglos en el tiempo. Un conflicto que Kilumaras previó y deseó evitar. Aunque desencadenó un cisma entre el hombre y el cielo, entre el Creador y su criatura. Un conflicto elegido por el propio hombre, una guerra interior mucho antes de convertirse en una guerra física.

Cuando Aquel que Trae la Luz intervino, ya era tarde para muchos, o eso pensaron aquellos que cayeron. Pero en el plan de Kilumaras nada sucede por capricho, y en su razón intangible, que escapa a nuestros designios, no era tarde, ni pronto. Era sencillamente el momento.

Fue el día en que las hordas del mal rugían ebrias de victoria, con los pocos guardianes de la Luz que restaban acantonados en Agbara Ti Emí.

Las fuerzas de Sarkôn embistieron con toda la furia que albergaban en sus corazones, y sus ejércitos se estrellaron como la mar rabiosa contra la escarpada costa.

Hombre y Heldere permanecieron hasta el final codo con codo, hasta que la última fortaleza cayó y la alianza entre cielo y tierra sucumbió. Mas no derribaron la fortaleza interior de sus almas, que prosiguieron enconadas en combate.

Así, la ponzoñosa hediondez de los Mork penetró en la sagrada Fortaleza. Así vieron los días de luz llegar su final.

Pero no fue el final.

Desde sus estancias en lo alto, Kilumaras descendió como un rayo, viendo llegada la hora, constatando que ninguno más de sus hijos podía ser salvado, salvo aquellos que permanecían a pie firme conteniendo la negra tempestad.

Pues así obra la razón de Quien Trae la Luz, que por una sola de sus criaturas aguardará hasta el final de los tiempos anhelando su redención.

Nada se sabe con certeza sobre lo que aconteciera después. Algunos dicen que Kilumaras bajó como un águila; otros afirmaron que la Luz de lo alto penetró en ellos, e interpretaron aquello como la bendición de Kilumaras; los menos, incluso creyeron que Quien Trae la Luz se encarnó.

Lo único cierto es que el cataclismo ocurrió entonces, cuando Kilumaras descendió del cielo, el día que la tierra se fracturó.

Las aguas tremolaron nerviosas, pues habían escuchado la llegada de su creador, y Aquel que Trae la Luz bailó con ellas durante toda la jornada y el nivel de los mares y los océanos comenzó a subir.

La tierra tembló, grietas y simas se abrieron a lo largo y ancho del mundo, como si el tejido de la creación se desmembrara. El corazón ardiente de la tierra brotó de las profundidades y silbó y restalló al encontrarse con las aguas. Y en la destrucción, creó Kilumaras nuevas tierras ignotas y desconocidas, de las que todavía no tenemos constancia.

De la unión de su corazón creador, brotando de la tierra, y de su furia oceánica, bailando sobre ella, de fuego y agua las creo.

Y la marea subió; incontenible, inabarcable e inexorable, subió. Y lo cubrió todo. Y barrió con su furia la podredumbre del mundo; y con sus elegantes dedos el océano aniquiló a las bestias y sirvientes de los Mork, terminando así con sus planes, mas no con sus ansias de poder.

Los Perantaraan fueron separados en la fractura; divididos, pero salvados. Aislados en grandes continentes de tierra que se desgajaron del suelo y ascendieron con las aguas por el orbe, como si de grandes embarcaciones se trataran.

El agua barrió los muertos de la Luz y de la Oscuridad. Y el mar, que sirve a Kilumaras, sopesó el alma de los muertos, Adhan y Perantaraan por igual. Aquellos que poseían un alma liviana y pura, ascendieron con el agua para salir del orbe cuando la corriente alcanzó el polo, y estos se convirtieron en protectores y espíritus benévolos para la creación. Mas aquellos de los caídos que poseían un alma plomiza y negra, cayeron hasta el fondo en los océanos, sumergiéndose en su propia condena y convirtiéndose en criaturas de la oscuridad.

Pero no destruyó Aquel que Trae la Luz a los Adhan. Sin su consentimiento y sin su conocimiento, conservó Kilumaras protegido un reducido terruño del orbe ante la furia del agua, donde los pocos Adhan que sobrevivieron al cataclismo y la guerra hallaron refugio. Y los aisló allí de todas sus demás obras, en la esperanza de que algún día recapacitaran, o sus propios actos los condenaran.

Así, cuando las aguas bajaron limpiándolo todo a su paso, y queriendo evitar que aquellos Perantaraan que sobrevivieron se vieran envueltos de nuevo en una guerra intestina con sus hermanos Adhan, optó

por dejar a los primeros suspendidos en sus aislados continentes. Por protección, por amor, por salvación.

De manera que Tres pueblos Perantaraan y uno de los Adhan fueron salvados, pero estos últimos no ascendieron y quedaron más alejados de Kilumaras. La hora no era llegada. Pero cuando su hora llegara deberían estar preparados; y así Kilumaras los aisló los unos de los otros para que, débiles como eran, no terminaran por aniquilarse, para que tuvieran tiempo de rehacerse, de crecer y de madurar.

Así los ocultó a unos de otros, y exhaló Kilumaras su aliento sobre sus criaturas, creando un espeso velo nuboso que ocultó la existencia de los demás pueblos, en la esperanza de que, el día que tal velo cayera, fuera para la salvación de su creación. Y así, como padre que ama, protegió a sus hijos. Aunque sus hijos no tardaron demasiado en olvidar aquellos actos, y pronto todo cuanto había sucedido pasaría a formar parte de las leyendas, los cuentos y el folclore. Y aunque lloró por la ingratitud del hombre, Kilumaras aguardó, pues su paciencia es eterna.

Pero sus lágrimas no fueron vanas. Avergonzado por la futilidad de las mismas, Kilumaras decidió darles un fin y quiso ocultarlas a la luz del día. Y así fue como escondió los océanos y mares de la creación, cubriéndolos de tierra, a la espera de que el amor de Kilumaras fuera necesario para derramarse por el mundo.

Fue el destino de los Mork más triste e implacable. Pues no podían quedar sin castigo sus actos. Derribó, así, Kilumaras el profano Portal que edificara Sarkôn, aquel símbolo del orgullo desmedido que pretendía alcanzar el cielo por la mera fuerza de las manos. Y con las piedras de tan sacrílega obra creó Kilumaras los Tullidos, las montañas malogradas que se alzaron en uno de los recónditos refugios de los Perantaraan. Y las llamó los Tullidos, pues las hizo altas y orgullosas, pero sin cima, como si hubiera querido crear la más hermosa de las águilas y privarla de pico para recordarle su petulancia.

Hizo tal cosa sabiendo que aquellas piedras albergarían siempre la esencia de Sarkôn, pues por el fueron creadas. Pero el poder de la Oscuridad va ligado al destino del mundo, y ni el mismo Kilumaras podía romper aquella regla; de manera que el Mal seguiría presente en el mundo, pero en migajas, como mortero para aquellas rocosas elevaciones.

Sarkôn y los suyos fueron llevados ante Kilumaras cargados de cadenas, cadenas para cuya fundición fue necesaria la energía de dos estrellas solares, hecho por el cual dotó Kilumaras al mundo de una nueva Luz, más necesaria que nunca en los tiempos de oscuridad que estaban por venir.

Y los Heldere vieron en aquellos soles los ojos vigilantes de su Señor sobre la tierra, y por eso en ocasiones se han conocido los soles hermanos como los Ojos de Kilumaras.

Trifania, Zagut y Fasto fueron privados de su poder, drenados de sus ansias de hacer el mal, para que pudieran rehacerse y tratar de comenzar de nuevo, y tal vez ganarse un lugar junto a los Heldere en el día y la hora. Pero, aunque privados de poder para el Mal, no fueron privados de su capacidad de conducir sus vidas por el camino que antojaran, por lo cual, aunque cambiados de forma y habiendo perdido su hermosura pretérita, no perdieron su capacidad para albergar deseos oscuros y su habilidad para retorcer el alma.

Y llegó la temida sentencia.

No tuvo piedad Aquel que Trae la Luz para Aquel que Vomitó la Oscuridad. No tuvo, no pudo.

Sarkôn recibió el castigo máximo. Su vida fue respetada, más no su cuerpo. Así, su cuerpo ardió por siempre en las entrañas del mundo, donde está ligado con su poder; y su espíritu inmortal salió de la pútrida carcasa e infestó el mundo, desterrado en el mismo vacío que Trifania había creado. Y, aunque débil e incorpóreo, trató de seguir ejerciendo la maldad, mas no pudo encontrar a los Perantaraan para cobrarse venganza por las afrentas recibidas, pues el hálito de Kilumaras prudentemente los había ocultado para protegerlos de sus insidias. En su sabiduría, creó Kilumaras el velo para protegernos del Mal en su forma plena, permitiéndonos combatirlo en sus pequeñas formas cuando este se filtraba por la cortina, una defensa, pero también una prueba para el hombre.

Y así, el alma de Sarkôn permanece en el mundo, latente, atraída por el corazón de los hombres como una polilla a la luz. Y su hambre, ávida, los busca sin descanso. Pues su venganza ya no puede ser ejercida por sí mismo y necesita de las manos de otros para realizar sus negros propósitos. De manera que el Señor de los Mork no obra como tal en lo material, pero

posee un poder más peligroso aún si cabe. Sarkôn conservó su voz, y así, sibilina, La Voz se convirtió en su arma.

XXXVII

LA FORTALEZA DEL AGUA

Ni ave, ni bestia daban signos de vida en el territorio de Mil Ríos, hasta tal extremo que no más podía hablarse de Mil Ríos; el mundo se circunscribía a la sola Fortaleza del Agua.

Una densa capa de silencio había cubierto el continente, como si la misma naturaleza presagiara lo que estaba por venir; y aunque la moral entre las fuerzas de la guarnición era alta, aquel ominoso silencio y aquella sempiterna oscuridad hacía presa de sus corazones, y los arrastraba en las horas de vigilia peligrosamente hacia la desesperación.

Los rumores iban y venían, y obtener información fidedigna se convertía en ardua tarea; pero si algo había sacado en claro el jovencísimo estarosta de Mil Ríos, era que el enemigo estaba a sus puertas.

Las tierras de los Ríos, las tierras que antaño gobernara su padre Rimbaud, al que nunca conoció, ardían a lo largo y ancho de la cordillera de los Dientes del Dragón. Un nombre que ahora resultaba sin duda premonitorio, pues cercados por aquellas picudas elevaciones en todo su perímetro, y ardiendo la tierra por doquier, podía creerse que Mil Ríos se encontrara dentro de las fauces de un dragón rugiente, que tan solo aguardaba a cerrar sus mandíbulas sobre la presa que llevaba años preparando.

Pero, entre el fuego y las habladurías, algún rumor resultó ser verdadero. Así, sus habitantes supieron del avistamiento de monstruos y aberraciones recorriendo los caminos y senderos, ocultándose de la escasa luz del día. Los testigos y campesinos describían terrores sin nombre, a los que era difícil atribuir crédito; pero cuando los soldados tras las murallas, espías e informadores comenzaron a describir cosas similares, fue entonces cuando

las leyendas parecieron cobrar vida.

Los monstruos existían.

Por otro lado, la nobleza de Mil Ríos había aconsejado certeramente a su señor, pues pronto quedó patente que el plan del enemigo consistía en arrasarse la tierra y sembrar el caos y el terror, como paso previo a cualquier ataque. Esto magnificó la importancia de no dejarse llevar por tan terrorífica propaganda, la importancia de mantener la cordura para poder así disponer la mejor defensa posible.

De manera que Ron agradecía, una y otra vez, la perspicacia de Lord Brown, por haberle aconsejado con sabiduría; aunque no pudiera hacérselo saber en persona, pues el noble se hallaba en el Arroyo de las Terrazas, terminando de aprestar las defensas ante el inminente ataque, que no tardaría en llegar, si las pesquisas resultaban ser ciertas.

Con Brown habían partido la mayoría de las casas de la ciudad, pues Sutton, Moltan y Gránico sumaron sus fuerzas a las suyas, conformando un ejército nada despreciable, al cual se añadieron algunos invitados de última hora: Varley y su hijo Marlon acompañaron a la expedición, y a ellos los siguió un joven apasionado de la Cascada, que respondía al nombre de Brandon y manejaba el arco como un consumado violinista su instrumento.

Pero todo esto quedaba lejano para el atribulado estarosta, aunque sucediera dentro de sus dominios, pues los problemas que ahora le atañían resultaban de otra índole, no el menor de los cuales era apaciguar los temores de sus súbditos, cuyas truculentas historias sobre monstruos y criaturas de la noche no hacían sino debilitar el espíritu y la moral de la población.

Tenía que mantener ocupado al pueblo y evitar que de esa manera dedicaran demasiado tiempo a pensar en el futuro. Por tiránica que pudiera resultar semejante decisión, no podía dejar que los habitantes de Mil Ríos divagarán, aguardando un futuro respecto del cual no tenían ninguna garantía. Los necesitaba a todos centrados aquí y ahora, y no perdidos en funestos sueños decadentes. Así fue como, con ayuda de Kadros, estableció un elaborado organigrama mediante el cual todo el mundo sabía lo que tenía que hacer en cada momento.

Los soldados patrullaban las murallas, reforzaban las defensas; los civiles, asistidos por Lord Goritz, hacían acopio de víveres, clasificándolos y realizando cálculos, ante el más que probable racionamiento que deberían

acometer en el futuro. Todos tenían algo que hacer.

—Podemos ser útiles. No deberíamos permanecer ociosas mientras los demás realizan los trabajos más pesados —Tania se dirigía de aquella manera a Ron, no sin respeto, pero adoptando el tono recriminatorio que utiliza una buena madre para con su hijo.

—Nadie negó jamás vuestra utilidad, ni vuestra valía —respondió Ron, pacientemente.

—Y sin embargo, se nos relega tras estos muros y se nos impide acudir a la defensa de las Terrazas —replicó Tania, permitiendo que hablara el orgullo por su boca.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Acaso piensas que ordené que permanecierais en la fortaleza por consideraros débiles? —preguntó Ron.

—Es lo que parece. ¿Cómo explicas, si no, que Dana, Sera, o yo misma, que poseemos experiencia con las armas y sabemos cuidarnos por nosotras mismas, permanezcamos aquí, mientras vemos cómo los demás parten a la lucha?

Ron agachó la cabeza. Tenía demasiadas cosas en las que pensar, y no esperaba que una cuestión como aquella fuera a asaltarle en aquel preciso momento. Lord Tyrol y Lord Pemberton permanecían en un segundo plano, contemplando la que creían era una conversación absurda, que distraía a su señor de temas más acuciantes. Sin embargo, Kadros se adelantó tratando de calmar los ánimos, pues si no lo hacía él no lo haría nadie.

—Tania —comenzó—. Las intenciones de Ron para con vosotras...

—Han sido malinterpretadas —concluyó Ron interrumpiendo a Kadros—. Gracias, Kadros. Ya me ocupo yo de lidiar con esto, gracias de veras —el Kaimu realizó una breve reverencia y retrocedió; en el fondo de su corazón sentía orgullo por como había madurado aquel muchacho.

Ron levantó entonces la cabeza hacia Tania, Lilian, Sera y Dana que permanecían frente él.

—Tania... sé que ver partir a Varley y quedarte atrás ha sido duro, pero no fue su decisión sino la mía —escuchar el nombre de Varley fue como una bofetada para Tania—. Eres una madre para mí, y de ninguna manera te expondré en una batalla incierta hasta que no me quede más remedio. Si para protegerte he de recibir tu desprecio a cambio, que así sea, pero no me

retracto de mi decisión. Lilian —continuó, girándose hacia la aludida—. Sabes mejor que yo que no estás preparada para esto, no has empuñado un arma en tu vida; pero más que por tu maestría con las armas te retengo por tus heridas, ya sabes a lo que me refiero —Lilian cruzó la mirada con Kadros y agachó la cabeza avergonzada, pues sabía que tenían razón—. En cuanto a ti Dana... agradéceselo a Brandon, y no veas ironía en mis palabras pues no la hay. Vino a mí cuando nuestras fuerzas se disponían a partir y me hizo prometer que no dejaría que fueras tras él. De manera que si te retengo es para honrar el amor que ese muchacho te profesa, sugiero que hagas lo mismo, pero tras estos muros. Y Sera... —dijo al fin—. Lo tuyo, sin duda, ha sido decisión personal mía, al igual que con nuestra madre. Pero si con Tania admito mi aparentemente desfasado sentimentalismo, contigo he de reconocer una evidente cuestión estratégica. Sabes muy bien que el Enemigo ha estado persiguiéndonos desde el principio, ignoramos lo que saben, pues ni nosotros mismos conocemos cuál es la razón por la que nuestros caminos se cruzaron, pero no me expondré a que caigas en su poder, inútilmente, para que te utilicen en nuestra contra.

Aquello parecía dar por zanjadas las quejas de las cuatro, aunque el estarosta añadió algo más:

—Me recrimináis que os retenga aquí, a resguardo, como si con ello dejara implícito que os considero débiles o inferiores; y sois incapaces de percibir nobleza o grandeza en semejantes decisiones; igual que sois incapaces de ver que muy posiblemente no os haga un favor manteniéndoos a mi lado... —hizo una breve pausa—. ¿Habéis pensado que el grueso de nuestras fuerzas ha partido y la Fortaleza del Agua está prácticamente indefensa? Todo porque jugamos un único farol, basado en la corazonada de que no atacaran directamente este lugar. Pero si estuviéramos equivocados... ¿no veis que recaería sobre mi conciencia cada una de vuestras muertes?... Igualmente os digo... ¿Creéis que Varley, Marlon, o Brandon podrían soportar veros partir? ¿Creéis que podrían mantener la concentración y sobrevivir, si saben que os ponen en peligro? ¿O más bien lucharán como leones por proteger a sus seres amados, sabiendo que lo que hagan en este día mantendrá alejado al enemigo de vosotras? ¿No veis la grandeza de sus actos? —preguntó, sin dejar de posar la mirada en cada una de ellas—. Pero lo que es más triste es que no veis vuestra propia grandeza, pues vuestra fuerza es de un

tipo de la cual carece el hombre. El hombre golpea, pero la mujer resiste. El hombre arremete, la mujer es paciente. Ni uno ni otro son malos en sí mismos y el complemento de ambos forma un todo maravilloso. Pero cuando pretendemos intercambiar los papeles, tergiversar las cosas, contaminar caballeridad con discriminación, y nobleza con afrenta... fomentamos la disensión entre hombre y mujer, destruimos aquello que nos hace únicos, anhelando ser como el otro, en una estúpida búsqueda de una igualdad que no existe, pues ningún ser es igual a otro ni lo será.

Fue el turno para Tania de arrebolarse, avergonzada por aquellas palabras, que, pensadas en frío, portaban más sabiduría de la que le habían atribuido en un principio.

—Pero aún diré algo más —continuó Ron—, y con esto daré por concluido el asunto... Si he aprendido algo en estos años, es que la igualdad constituye otra de las armas del Enemigo, y no la menos poderosa. Nos impulsa a gritar: ¡Igualdad! Para que nos avergoncemos de nuestras diferencias, para que comencemos a anhelar lo que tienen los demás, para que surja la envidia, el deseo de lo ajeno y finalmente la destrucción de la propia alma. Y no hay nada más dañino que enarbolar la bandera de la igualdad entre un hombre y una mujer... y por tanto, bajo mi mando... no permitiré cosa semejante.

Concluyó su discurso así, de manera tajante, sin dejar opción a la réplica. Kadros le estrechó el hombro como si reconfortara a un púgil en la esquina del cuadrilátero.

—Sugiero que empleemos nuestra energía en lo que está aquí y ahora, en lo que podemos hacer. De manera que dejar de preguntaros qué puede hacer el mundo por vosotras, y comenzar a preguntaros que podéis hacer vosotras por el mundo.

Tras decir aquello, las cuatro mujeres y todos los presentes no pudieron evitar sentir una punzada de culpabilidad, pues las palabras del estarosta dejaban en evidencia los propios egoísmos, que hasta el momento solo veían como justas reclamaciones.

Nadie quería ser el primero en hablar, y ninguno encontraba argumentos para rebatir, de manera que aguardaban con sencillez que Ron los liberara de su presencia.

Pero fue Lilian, la callada y temerosa Lilian que había permanecido

silenciosa y pensativa en un segundo plano, la que dio un paso al frente adelantándose a sus compañeras, y con voz pausada y relajada, exhortó al señor de Mil Ríos:

—Creo que ya sé qué podemos hacer nosotras... en este momento de necesidad.

—Adelante —la invitó Ron. Ella se giró entonces hacia sus compañeras y comenzó a hablar.

—El estarosta tiene razón, no seremos de gran utilidad en la primera línea de combate, y constituiríamos más una distracción que una ayuda. Sin embargo... —volvió sus ojos hacia Ron—. Como decís, la Fortaleza del Agua ha quedado desprotegida en gran medida, y los pocos soldados y civiles que se resguardan tras sus murallas apenas dan abasto para reforzar y aprestar sus defensas para lo que está por venir.

—Así es —corroboró Ron. Lilian dio un par de pasos al frente, como si se dispusiera a ascender los pocos escalones que llevaban al trono, pero se detuvo con un pie apoyado en el primer peldaño.

—Dejadnos ayudar en las defensas... —Ron la evaluó con la mirada—. Podríamos llenar sacos de arena y cargarlos, podemos ayudar terraplenando los muros; dejadnos ayudar a rellenar de arena el corredor entre la primera y la segunda muralla. Los pocos hombres que quedan no acabaran nunca a tiempo, y nosotras podemos movilizar a cinco centenas de mujeres en cuestión de unas horas, que estarían dispuestas a doblar el espinazo en vez de permanecer ociosas esperando.

Ron contempló a aquella mujer agradecido. No esperaba semejante oferta, pero precisamente era lo que necesitaban en aquel momento.

—¿Cómo no darte mi autorización, cuando tus argumentos son irrefutables, Lilian? —Sonrió—. Ayudaréis en la construcción de las defensas; presentaos en el muro norte a orillas del Río Grande, os ocuparéis de ese sector, el cual hasta ahora habíamos descuidado en gran medida. Pero gracias a vosotras eso dejará de ser así.

—Sí, señor —respondió Lilian, con una reverencia, antes de volver con el grupo que, a su vez repitió el saludo. Tras ello se despidieron y abandonaron el salón.

Lord Pemberton y Lord Tyrol se aproximaron entonces al estarosta como diligentes consejeros.

—Muy sabio. No es mala idea, mi señor —aseguró Pemberton—. El muro norte siempre ha sido descuidado por los gobernantes de Mil Ríos. Es hora de prestarle la atención debida.

—Sí, demasiada fe depositamos en que las fuertes corrientes del Río Grande nos protegerán, como una especie de muralla natural, por ese flanco —corroboró Lord Tyrol.

—Si bien, lo cierto es que resulta más probable que un ataque serio del enemigo provenga de la puerta principal, en el sur, con dos vías de acceso, por el Arroyo de las Terrazas y el Río Negro, confluyendo en el Lago Real —afirmó Ron.

—Habéis estudiado los mapas —corroboró, complacido, Pemberton. Ron asintió sin darle importancia.

—En cualquier caso, hacéis bien —intervino Kadros—. Nada puede dejarse al azar o a la fortuna contra este Enemigo... es mejor estar preparados para cualquier contingencia.

Ambos nobles miraron con ironía divertida al Kaimu, cuyas opiniones respetaban, aunque recelaran de su origen no humano.

—Pensé que alguien como vos optaría por una solución digamos más... diplomática, o quizá... contemplativa —sugirió Tyrol.

Kadros se volvió hacia él noble con frialdad en sus ojos dispares, aunque no pretendía que así fuera, pues tan solo era autoridad lo que exudó.

—Que resulte imprescindible la oración en momentos así, no es óbice para que el sentido común me impulse a empuñar una espada, milord. Kilumaras puede guiar las manos, pero es el hombre quién empuña el acero. Nadie se acerca a un perro rabioso con una ramita de olivo y se dice: “mi fe me protegerá”. Más bien decíos: “Rezaré a Kilumaras para que, cuando me enfrente a ese perro rabioso, mi espada sea más rápida que la suya, más fuerte que la suya, más justa que la suya...”. No lo olvidéis milores.

Lord Tyrol se removió, avergonzado.

—Debéis disculparme. No pretendía ofenderos —dijo el noble.

—No hay ofensa en vuestras palabras, Lord Tyrol. Solo desconocimiento... y eso tiene cura, siempre que el paciente desee curarse.

—Tendré en cuenta vuestros consejos —afirmó Tyrol, a modo de disculpa.

Cuando finalmente abandonaron el salón rumbo a sus respectivas tareas, pues restaba mucho por hacer, Ron quedó a solas con sus pensamientos.

¿Cómo les iría a Varley y los demás en aquellos molinos de piedra de los que hablara Lord Brown? ¿Realmente atacaría el enemigo por allí? ¿Qué se proponía hacer Leviathanas y sus huestes? ¿Sería aquel el último día de su vida? ¿Sería el ocaso del hombre?

* * *

—Hemos perdido el contacto con Mundo Antiguo —exclamó el mensajero, ocultando la mirada al escrutinio de su señor; se sentía más atemorizado por los presentes en aquella reunión, que por el mismo Leviathanas.

El Ejército de los Últimos Días y toda su recua de subalternos, súbditos y caudillos se acantonaban tras las jambas de la Puerta de la Luz. Las otrora lujosas hojas de las puertas lucían desvencijadas sobre sus goznes, profanadas por un ejército que no respetaba nada y cuya única función era sembrar el terror.

De la tierra se alzaban fumarolas y humaredas, testigos mudos de un país asolado y un mundo calcinado. Sonya había dado lo que había prometido, y el mundo ardía a su alrededor, dispuesto a ser entregado en sus manos.

—Lo sé —aseveró Leviathanas, sin inmutarse, a la vez que despedía al mensajero; el muchacho no tardó en desaparecer sin atreverse a mirar atrás.

Cuando el caos y la destrucción asolaron Mundo Antiguo, los gritos desesperados de la población y el terror de los Adhan que traspasaban el umbral en el último suspiro, perseguidos por las aguas, fueron signos más que suficientes para deducir lo que había sucedido. Pero lo que verdaderamente molestaba a Leviathanas no era la pérdida de aquellas gentes, meros peones en un juego mucho más grande. Lo que le había quitado el sosiego había sido una punzada, una corazonada, rápida y fugaz, pero certera y segura.

Muninn había muerto. Podía percibirlo, había sentido su presunción y su prepotencia cuando perseguía a Taruk por los tejados. Había compartido los golpes que daba con sus alas tras la presa, y había sentido la presión que ejercían aquellos dedos sobre el cuello de Muninn, como si fuera el suyo

propio.

Muninn había caído. Y Leviathanas lo sabía; al fin y al cabo, él los creó. Eran sus criaturas, y estaba ligado a ellas de alguna manera. Fue él quien encadenó el alma de esos desgraciados a aquellas formas animales, dando a luz a los binaturales. Y como aberrante madre que era, percibía su pérdida.

—¡Huginn! —gritó Leviathanas, y el cuervo apareció raudo volando a ras de suelo. Realizó una media vuelta alrededor de los presentes y aterrizó junto a su amo, convirtiéndose en el atormentado hombre de negro que era—. Lo percibes... ¿verdad?

—Sí, mi señor Leviathanas —afirmó Huginn, hundiendo la cabeza.

—Bien. Igualmente, sabes que no es momento de lamentarse, dejemos eso para los débiles. Para nosotros es momento el momento de la venganza; espero que halles en la muerte de Muninn acicate suficiente para lo que debes hacer.

—Sin duda, mi señor —asintió Huginn, recordando en algún recóndito rincón de su memoria a dos niños, dos chavales que jugaban distraídos en los arrabales de Mil Ríos, no sabía cuántos años ha. Dos críos que fueron atraídos por un anciano engatusador que los empujó a hacer cientos de actos oscuros y que, pedazo a pedazo, fue eliminando cualquier rastro de aquellos dos muchachos, hasta que los convirtió en lo que eran ahora: bestias, cuervos, aves de mal agüero; y el anciano... Mabruk, que ascendió hasta el palacio con sus artes; Mabruk, que se posicionó donde los estarostas no pudieron privarse de él, y Leviathanas era su nombre.

—Excelente. Que esto te sirva de lección en el futuro, hijo —añadió Leviathanas paternalmente—. Dime ahora, ¿has cumplido con el cometido que te encomendé?

—Los he reunido a todos —aseguró Huginn.

—Necios —rio Leviathanas, antes de girarse hacia los Mork y añadir—. Vienen por su propio pie.

Una cacofonía de risas estalló entre los reunidos; algunas, sabedoras de lo que sucedía, como las de Zagut, Trifania y Fasto; otras, ignorantes, que se congraciaban con el coro principal, como las del general Hadar y Sonya. Y algunas, aterrorizadas, como la de Alawi, para el cual la noticia sobre la destrucción de todo cuanto conocía había caído como un jarro de agua fría.

—Has hecho bien, Huginn. Ve, parte veloz y reúne a tus hermanos, muy pronto los necesitaremos a todos.

Huginn asintió y levantó el vuelo, dejando tras de sí una estela de plumas negras y el eco de su graznido. Se llevó consigo la congoja y la aflicción de un hermano que apenas recordaba y al que no podía llorar.

—¡Caballeros! —exclamó entonces Leviathanas con voz ladina, dirigiéndose a su audiencia—. Vayamos a la Puerta de la Luz a contemplar el día en que será rebautizada, pues ya no provendrá luz alguna de ella.

Así fueron todos hasta el umbral que ahora se abría hacia el vacío y, más abajo, hacia un extenso océano que abarcaba todo alrededor. La Puerta de la Luz yacía postrada, violada, esperando que la desacralizaran más, si eso era posible. Ciertamente Leviathanas había pensado en ello, mas no eran sus planes los que se ejecutaban, sino los de Sarkôn, Baashamel, que actuaba a través de su siervo.

Reunidos allí, con las ropas batidas por el viento, aguardaban dos centenares de sacerdotes Kohen, todos los que servían en Mil Ríos, reunidos por Huginn y traídos allí por pura obediencia y fidelidad. Los hombres, en su gran mayoría ancianos y venerables, que eran tenidos por sabios entre la población, se afanaban en aquel momento en oraciones, libaciones y ofrendas a Baashamel, esperando ganar su gracia y apoyo para los combates que estaban por venir.

Leviathanas se distanció del grupo que formaban los Mork y sus generales, y adelantándose hacia los sacerdotes comenzó a hablarles.

—¡Respetados hermanos! —gritó, para hacerse oír por encima de sus oraciones y cánticos—. ¡Respetados hermanos! —repitió de nuevo, haciendo que las últimas voces se acallaran—. Habéis servido bien a vuestro señor, Baashamel, y este se muestra satisfecho. Por eso... —alzó las manos, tranquilizando a la multitud que, enfervorizada, gritaba alabanzas a Baash—. Por eso... —repitió otra vez— habéis de ser premiados... ¿y qué mejor premio que unirse en un abrazo eterno con vuestro señor?

Los gritos de devota demencia se propagaron como una peste enfermiza. Leviathanas sonrió y, antes de proseguir, observó a Fasto recolocándose su segunda piel, con signos evidentes de estar disfrutando el momento.

—¡Por ello seréis recompensados uniéndoos a Baashamel en esta hora de necesidad, y al mismo tiempo obraréis vuestro mayor acto de devoción y entrega abnegada por su causa! —los Kohen rugieron como una muchedumbre de descerebrados, aprestándose al suicidio colectivo—. ¡Vosotros daréis fuerza a nuestras tropas! ¡Baash es grande!

—*¡Baash es grande!* —rugieron, como un solo espíritu, los sacerdotes.

—¡Baash es grande! —enunció Leviathanas y obtuvo de nuevo la respuesta.

—*¡Baash es grande!*

—¡Yo os conmino como alimento para sus obras! —añadió Leviathanas. Y aunque los Kohen vitorearon de nuevo como dementes aquella proclama, Sonya, Hadar y Alawi dieron un paso atrás precavidamente.

El suelo tembló bajo sus pies. La miríada de granitos de fina arena, bajo sus suelas, pareció alzarse brevemente en el aire como una ola. Las voces, los gritos y los vítores murieron en las mismas gargantas que los proferían.

Una tromba de terror se adhirió a los corazones de los Kohen antes siquiera de ser conscientes de lo que sucedía. Una escarcha que parecía gozar de voluntad propia, corrió hacia ellos desde la distancia, mientras sus helados dedos se extendían hacia los sacerdotes queriendo aferrarlos. La arena se cristalizó y crujió, anunciando el terror sin nombre que se abalanzaba sobre ellos.

Incluso entonces, cuando comenzaron los gritos, los Kohen siguieron cantando. Como adictos que abrazan la fuente de su propia destrucción con gozo.

Hordas de demonios y seres de pesadilla se materializaron de la nada, helándole la sangre a cualquiera de los presentes. A cualquiera menos a sus padres, los Mork, que contemplaban sus movimientos con orgullo y deleite. Aquellos seres venidos de otros mundos, otros espacios, o como quiera definirse su origen, habían sido convocados por su amo a través del portal. Y habían venido al mundo con un hambre rabiosa que duraba ya una eternidad. Hambre que se disponían a paliar con el sacrificio que se les ofrecía, de manera que pudieran acaparar toda la fuerza de que eran capaces, con vistas a la batalla que estaba por librar.

Así, las bestias se interpusieron en semicírculo entre Leviathanas y los sacerdotes, y acorralaron a estos contra la ruinosa Puerta de la Luz, empujándoles paulatinamente hacia el abismo, si no querían caer bajo sus fauces.

Uno tras otro, fueron consumidos, devorados. Los pocos sacerdotes Kohen que parecían recobrar la razón en un último impulso de lucidez, se arrojaban horrorizados al vacío saltando desde la Puerta de la Luz. Sus gritos se entremezclaban con el crujido que hacían los huesos de sus hermanos al ser sistemáticamente quebrados. El resto... el resto dejó tan solo un rastro pútrido y sanguinolento cuya mera visión producía náuseas y espanto.

Los entes desaparecieron tan rápidamente como habían hecho acto de presencia, dejando las carcasas vacías y drenadas de los sacerdotes tras de sí, dispuestas sobre el suelo con extraños patrones geométricos que permitían entrever que, cuanto había sucedido allí, no era un simple banquete, sino un ritual de la más perversa índole.

Una vez se hubieron retirado adonde quiera que acamparan, pues semejante hueste permanecía apartada del resto del Ejército de Sonya, tanto la caudilla como el general Hadar y Alawi se disculparon, ocultando cada cual sus respectivos celos, ascos y temores. Sonya y el general se apresuraron junto al bastión este de la Puerta de la Luz, dejando atrás la hediondez de la masacre. Allí, entre la puerta y las ruinas humeantes que eran la Atalaya del Pez, nacían las aguas del Arroyo de las Terrazas bajando desde las cumbres de los Dientes del Dragón. Allí estaba dispuesta la primera oleada del Ejército de los Últimos días, la punta de lanza que utilizaría Sonya río abajo para asaltar la Fortaleza del Agua y cortar su principal vía de suministro. Y, si estaba en lo cierto, y su campaña de terror había surtido efecto... no hallarían mucha resistencia. Además de que las únicas estructuras existentes en aquella vía fluvial consistían en humildes molinos de piedra, que estarían mal conservados y peor defendidos. Las puertas de Mil Ríos se abrían para la caudilla; casi podía saborear la victoria, era el momento de reclamar su premio.

Sonya se puso al frente de sus tropas, toda revestida para la guerra, y exclamó:

—¡En marcha! —y como una extensa serpiente acerada, el ejército se puso en camino reptando por la tierra.

Alawi se unió a los suyos en la formación. Él no era un guerrero, aunque dominaba la espada y había recibido las nociones pertinentes como cualquier otro Sunna de Mundo Antiguo, pero jamás destacó en el arte de la guerra. Aquellas mañanas eran más propias de Taruk, él sí que era un auténtico guerrero.

—*Ah... Taruk* —suspiró Alawi—. *¿Dónde estarás ahora tú y tu conciencia atormentada? ¿Y adónde te ha conducido?* —masculló, sin poder dejar de maravillarse ante aquella maquinaria de guerra que habían contribuido a levantar, espantosa en su magnificencia—. *¿Qué ha sido de Mundo Antiguo y de sus hombres?* —la melancolía impregnaba sus palabras y empañaba sus ojos, pues hasta el más ruin de los corazones posee algún anhelo en su interior, alguna bondad que lo ata a la humanidad. Esa fibra interna que sigue diciéndote “eres humano”, ese recelo que te hace comprender que aquello que Alawi acababa de presenciar no estaba bien, que era...demoniaco.

Pero todo eso no hacía sino provocar infinidad de preguntas nuevas que proseguían sin respuesta.

—*¿A quién hemos servido todo este tiempo? ¿A quién sirvo ahora? ¿Es así como terminarán nuestros días, los días de los Adhan, el pueblo escogido? ¿Sucumbiendo como carne de cañón al frente del ejército de otro?*

Y supo que, en efecto, no había escapatoria; que, hilera tras hilera de soldados, caminaban hacia la extinción. Comprendió que Taruk había sabido entender, al menos en parte, lo que sucedía y por eso murió. Todo estaba perdido, no había nada, tan solo vacío y desesperación.

La esperanza... una palabra, una mentira, un mito.

Y no existe nada más peligroso que un hombre sin esperanza.

Desde lo alto de una colina calcinada, Leviathanas contemplaba el avance del Ejército de los Últimos días con el corazón henchido de orgullo ante lo que había sido capaz de levantar. Años y años de paciencia habían rendido su fruto, traducidos ahora en aquella marea metálica que se abalanzaba sobre los despojos del mundo.

Trifania se cubría el rostro con una negra capucha, tratando de ocultar

la deformidad supurante de su cara, Zagut observaba silencioso la marcha de las tropas, y Fasto, bajo su forma de Ars, sonreía demencialmente, abriendo las heridas de su rostro, cuyas cicatrices ya no cerraban a base de abrirse y cerrarse cada vez que su dueño reía sin control.

Y Sarkôn... él estaba allí sin duda, entre las tropas, entre los hombres y las bestias, estaba en el frente y en la retaguardia, estaba con los Mork y con Leviathanas, nada escapaba a su control.

Así permanecieron los cuatro contemplando el lento avance de la condenación del hombre, martillo y yunque en su final. Hasta que intrigado, Leviathanas se volvió hacia sus aliados:

—¿No iréis con las tropas para reclamar vuestra victoria? —preguntó.

—¿Acaso deberíamos? Hay que saber cuándo jugar tus peones, profeta —replicó, hiriente, Fasto.

Leviathanas contempló uno por uno los rostros que le acompañaban. Trifania retiró la mirada, azorada. Repentinamente, su rostro de niña, que debería inspirar terror con su putrefacta presencia, se escondía. Zagut, por el contrario, mantenía la mirada fija en Leviathanas, ocultando sus expresiones bajo su siniestra capucha, generando confusión. Pero sus ojos eran los de un jugador de koshar, un farolero que oculta su verdadera carta bajo la manga.

Y después estaba Ars, o Fasto, que se removía inquieto, sin saber si mirar en otra dirección o resistir desafiante la escrutadora mirada de Leviathanas. Este último comprendió entonces lo que sucedía.

—No podéis... ¿Verdad? —Reflejo, la orgullosa Trifania, retiró la capucha de su cabeza y mirándolo con su desagradable rostro replicó:

—¿Nos cuestionas?

Ars salió en defensa de Leviathanas, apaciguador, una faceta suya completamente inesperada, que hizo pensar al antiguo consejero si no sería aquello una muestra de debilidad, de inseguridad.

Los todopoderosos Mork, ¿tenían miedo?, ¿dudaban de la victoria final?

—Tranquila, Trifania —dijo, interponiéndose—. No debemos pelear entre nosotros, reserva tus energías para quién las reclame —y volviéndose hacia Leviathanas, añadió—. Debes comprender, amigo... —de *siervo* a *amigo* en el transcurso de unas pocas conversaciones, extraño— que existen reglas en este mundo que ni siquiera los Mork podemos quebrantar.

Leviathanas los miró detenidamente, sosteniendo la mirada a cada uno de ellos como si de pronto fueran sus iguales; sintió una agradable oleada de poder al saborear la debilidad de aquellos que antes fueran incuestionables.

—Entiendo —respondió—. Es por la creación ¿verdad?... no os pertenece —Ars sacudió la cabeza con desagrado, sin poder contrariar aquella conclusión—. De manera que entiendo que el enemigo estableció límites que no podéis traspasar, aunque permanezcáis encadenados a su obra, al mundo.

—Algo así —masculló Reflejo.

—De manera que no podéis interactuar físicamente con los Perantaraan, salvo en contadas ocasiones, ¿me equivoco?

—Estás en lo cierto —afirmó, con un susurro de desagrado, Confusión, como si revelara un pecado inconfesable.

—Ya veo... por eso dependéis de aquellos mismos a los que pretendéis destruir. Necesitáis que los hombres ejecuten vuestras obras, pues la única manera de destruirlos, si no podéis tocarlos, es hacer que se destruyan ellos mismos desde dentro.

—Sabes mucho, Leviathanas... demasiado —la voz de Ars sonó amenazadora, y un rayo cayó en la tierra acompañando sus palabras, como si el mismísimo Sarkôn hubiera venido a secundar su opinión, cosa que evidentemente hacía. Leviathanas retrocedió atemorizado, pensando por un instante que su razón supondría su perdición. Pero no sucedió tal cosa.

—Él nos encadenó al mundo —intervino con furia Confusión—. Nos condenó al vacío y nos desterró, pero dejó que su creación conservara su apreciada libertad para decidir sus propios destinos... y eso incluía pactar con nosotros y dejarnos entrar en sus vidas. De manera que el hombre comenzó a sentirse atraído por aquello que ofrecíamos, comenzó a ver las ventajas de ponerse de nuestra parte, y cada vez nuestra presencia se hizo más fuerte en la tierra. Así, rodaja a rodaja, fuimos devorando toda la pieza hasta no dejar nada...

—Y nos hallamos precisamente en ese punto —interrumpió Ars—, en el que engullimos las últimas migajas y damos vida a algo nuevo, ajeno a las obras y planes del impostor.

—¿Necesitas alguna otra aclaración...? —preguntó Reflejo con voz agria.

—En absoluto —se apresuró a responder Leviathanas—. Creo que todo queda aclarado.

—Excelente, odiaría tener que privarte de ver el final —amenazó Ars, con escasa sutileza.

Devolvieron entonces la atención hacia los cientos de miles de hombres que avanzaban hacia la batalla, soldados que se arracimaban en las estribaciones del nacimiento del arroyo, y comenzaban a embarcar en largos lanchones que llevaban tiempo fabricando. Sonya había sido meticulosa, y mientras el grueso de sus fuerzas asolaba el territorio, desvió una nada desdeñable partida para la tala de bosques y posterior fabricación de armas de asedio, lanchas, escalas, torres y algún otro orgulloso ingenio de la poliorcética que sacaría a la luz en el momento preciso.

Contemplando aquella aplastante máquina de guerra, nadie podía pensar que algo pudiera interponerse en el camino o los designios de Sarkôn. Y sin embargo Leviathanas había percibido la duda. Los Mork tenían prisa, los espoleaba una insana premura, como si supieran que debían aprovechar el momento, o lo perderían. Y no sería él quien los refrenara, pero no le gustaba actuar con prisa. Si algo había aprendido al servicio de los estarostas, durante tantos años, era a labrarse su ascenso paso a paso, no con grandes acciones, sino minando lentamente el corazón de su enemigo, teniendo siempre presente el objetivo final. El hecho de que los Mork tuvieran aquella ansia de actuar no hacía sino recordarle lo fácil que era equivocarse mortalmente, dando al traste con cualquier plan, por bien concebido que estuviera este. Pero Leviathanas calló sus pensamientos y guardó sus dudas; fiel a su credo, esperaría el devenir de los acontecimientos y, llegado el caso, encontraría la manera de sobrevivir a cualquier posible debacle. Leviathanas, Mabruk, consejero de Mil Ríos, regente de estas tierras, era un superviviente y siempre lo sería.

—Los portales se han cerrado. La pérdida del Portal de los Ancestros bajo las aguas ha bloqueado la comunicación —comentó de pasada, sin dirigirse a nadie en particular.

—Lo sabemos —corroboró Fasto.

—¿Serán suficientes? —preguntó Leviathanas, precavido, sin querer tensar demasiado la cuerda de la confianza. Lentamente y con desprecio, Ars se giró hacia él para mirarle directamente a los ojos.

—Tenemos hombres y fuerzas suficientes para anegar tres creaciones de

oscuridad —replicó con voz rasposa, dejando que sus heridas supuraran hasta la barbilla empapándole la barba.

—Sí. Nuestro ejército es imponente, sin duda —Ars cabeceó, más satisfecho con aquella respuesta—. Pero... —añadió Leviathanas—. ¿Nadie ha pensado que, al cerrarse el portal, nos han cortado también la retirada, y estamos encerrados en este terruño, tanto como la gente a la que pretendemos aniquilar?

Como si aquel temor viniera a sumarse a sus respectivos recelos, los tres Mork observaron en silencio a Leviathanas, mientras apretaban los dientes sin saber qué responder.

Su orgullo les impedía siquiera contemplar la posibilidad de una retirada.

XXXVIII

EL ARROYO DE LAS TERRAZAS

El cauce del Arroyo de las Terrazas, mal llamado arroyo, pues su caudal es el tercero más importante después del Río Grande y con permiso del Río Negro, fluye desde las alturas orientales de los Dientes del Dragón, donde nace de una empinada grieta, que le hace cobrar fuerza y desenrollarse espumoso a lo largo de cinco pequeños saltos de agua que fueron los que antaño le dieron el nombre.

Previamente a cada uno de esos saltos, los estarostas hicieron construir cinco molinos de sólida piedra, que cubrían parcialmente el anchuroso río y que controlaban el flujo por medio de presas y compuertas, con las cuales se regulaba la fuerza motriz que impulsaba las gigantescas ruedas de piedra utilizadas para moler el grano.

Aquellos molinos constituyeron un gran empuje para la sociedad, así como un fuerte impulso económico para toda la región, terminando con el hambre y dando trabajo a un sinfín de personas; a la par que afianzaban la lealtad y devoción por la casa de los estarostas.

Pero todo eso pertenecía al pasado, mucho antes de aquellos tiempos, mucho antes de Ron y de su padre Rimbaud, incluso anterior al abuelo de este último.

Los molinos cayeron en el olvido y en el desuso, desplazados por los emergentes motores de una industria que nunca terminó de florecer, pero cuyos beneficios, sin aparente esfuerzo, hicieron de aquellas ruedas de piedra algo obsoleto. Aunque, no obstante, se les siguió dando uso; mas si un eje se rompía no se cambiaba, si los líquenes cubrían la fachada de uno de ellos no se limpiaban, y si las ruedas gastadas eran incapaces ya de moler, se

abandonaban.

Aun así, los molinos fluviales seguían constituyendo imponentes construcciones por sí solas; silenciosas, en medio del tumulto vocinglero de la corriente que saltaba y salpicaba a su alrededor, lamiendo sus ancestrales cimientos.

Y como gigantes durmientes en la noche se presentaron a los ojos de los soldados que descendían río abajo, embarcados en enormes lanchones de madera, cubriendo el cauce en toda su anchura con un frente compuesto por ocho embarcaciones, a las cuales seguían, columna tras columna, lanchas, hasta donde alcanzaba la vista. Una marea de nenúfares silenciosos que se aproximaba al primero de los molinos.

En el interior de aquellos barcos, en el puente inferior, donde se afanaban remando los galeotes, los cómitres se empleaban a fondo, marcando el ritmo en una cadencia de avance que permitiera mantener el silencio, dentro de lo posible, para un ejército de aquellas dimensiones.

Por su parte, en la cubierta se apelotonaban infinidad de soldados, la primera línea de batalla, compuesta en su totalidad por los Adhan que habían traspasado el Portal de los Ancestros, y fueron asignados a dichos botes por orden expresa de su nueva líder, Sonya. Lo cual no hacía sino sumar a la amenaza de ir los primeros, la humillación de ser dirigidos por una mujer, hecho que en Mundo Antiguo era intolerable. Pero ya no estaban en Mundo Antiguo.

—Ya no existe Mundo Antiguo —susurró para sí un pesaroso Alawi que, vestido para la guerra, parecía tan fuera de lugar como un mono en un banquete.

—Y si nos han mandado los primeros... ¿por qué esa perra no viene con nosotros? —susurró un soldado, asustado, antes de escupir una enorme flema por la borda.

—Esa mujer odia a todo el que lleva una de estas colgando —respondió otro, agarrándose con firmeza la entrepierna.

—¡Silencio! —ordenó Alawi, alzando la voz lo justo para reprender a los revoltosos.

De proa a popa volvió la calma. Era noche cerrada y el silencio imperaba alrededor, en ambas orillas, pero no convenía arrojar pistas sobre sus intenciones a cualquier observador casual.

Tan solo el susurro de los remos cortando las aguas quebraba levemente aquella quietud.

—¿Esperamos mucha resistencia? —susurró un recluta bisoño entre la masa de soldados, cuyo hacinamiento había empezado a apestar hacía ya media hora.

—No lo creo —dijo otra voz por lo bajo—. Mujeres y niños en su mayoría.

Las embarcaciones traspasaron la gigantesca silueta del primer molino, y los hombres se encogieron en las cubiertas, atemorizados por su tamaño. El gigante durmiente no dio señales de vida, y la fuerza expedicionaria pasó al completo, prosiguiendo su descenso rumbo al segundo molino.

—¿Lo ves? —replicó la segunda voz—. Va a ser pan comido.

Cuando los lanchones de quilla plana y poco calado alcanzaron el segundo molino, pudieron apreciar que, tal vez, la tarea no iba a ser tan sencilla. Desde la distancia se apreciaban las apresuradas obras de fortificación llevadas a cabo en la estructura del molino. Troneras, sacos, estacas y otros muchos elementos convertían aquel edificio en un bastión, si bien no poderoso, sí a tener en cuenta.

—¡Avanzad! —gritó Alawi, haciéndose escuchar por encima de remos y barcas. Y los cómitres redoblaron el ritmo y los capataces el castigo sobre los lomos de los galeotes, en su mayoría taxonímicos de Mundo Antiguo y una heterogénea mezcla de esclavos y prisioneros encadenados a sus remos.

Las embarcaciones brincaron en el agua al sentir el redoblado impulso, y se lanzaron apresuradas hacia la apertura que dejaba el molino entre la orilla oriental y la estructura de piedra.

Repentinamente, gritos de alarma llegaron a oídos de Alawi. Giró la vista hacia la orilla y comprobó que una de las embarcaciones frenaba en seco, como si esta chocase contra un muro de piedra, haciendo rodar a los soldados sobre la cubierta; no pocos cayeron al agua.

—¿Pero qué...? —comenzó a preguntarse el Sunna, cuando una nueva embarcación se detuvo brutalmente ante sus ojos y a poco estuvo de volcar por el impulso.

—¡Estacas! —gritó alguien—. ¡Han clavado estacas en el lecho del río!

—¡Reducid! —ordenó Alawi de inmediato. Pero otras dos

embarcaciones habían quedado empaladas en sendas estacas que, apuntando río arriba, atravesaban la plana base de las embarcaciones como si fueran de papel.

Junto a la ribera comenzaron a colisionar las embarcaciones que venían detrás con aquellas que habían quedado detenidas y muy pronto se formó un gran tumulto. Mas nadie vio al enemigo ni recibió ataque alguno.

—¿Defensas pasivas? —preguntó Alawi al sargento que iba tras él.

—Eso parece.

—Muy bien —dijo Alawi—. Que se alineen. Reduzcamos nuestro frente a la mitad y que sigan a la nave comandante.

—¡Sí, señor! —respondió el sargento, que apresuradamente se hizo con dos banderines de señales y empezó a dar instrucciones al resto de las embarcaciones.

Así la flota se estrechó, adentrándose por el cuello de botella formado entre las estacas de la orilla oriental y los muros del molino. Una tras otra las embarcaciones se deslizaron bajo los muros de aquel silente montón de piedras, hasta que la noche pareció hacerse día y de nuevo los gritos llenaron la oscuridad.

Varios portones de madera se abrieron al unísono en la fachada del molino, dejando ver con claridad la luminosidad que brotaba de su interior.

—¿Cómo no hemos visto eso? —preguntó Alawi a voces. Pero no obtuvo respuesta, tampoco la necesitaba. Era obvio que aquella gente había sabido ocultar bien sus cartas.

Los defensores volcaron por las compuertas abiertas enormes calderos rebosantes hasta los bordes de aceite hirviendo, y como un vómito negro, cayó el oleoso líquido sobre los cogotes y las cubiertas impregnándolo todo.

Viendo lo que sucedía a sus espaldas con ojos de terror, Alawi ordenó:

—¡Rápido! ¡Salid de ahí! —y enseguida el sargento transmitió las señales. Pero era tarde. Desde el molino arrojaron varias antorchas contra la apretada masa de barcos y estos ardieron como una tea.

Algunos tendones restallaron cuando los asaltantes dispararon tímidas flechas contra los huidizos pirómanos, que escapaban del molino, campo a través, camino del tercer salto de agua. Tan solo dos hombres cayeron de bruces con la espalda empenachada por una saeta afortunada.

Por el contrario, el fuego se extendía como una fiera salvaje entre las lanchas y los hombres, que, profiriendo gritos de terror, se arrojaban al agua. El caos hizo presa de la fuerza atacante, y los barcos se desviaban a izquierda y derecha, mientras que los que venían detrás trataban de frenar para no convertirse a su vez en bolas de fuego. Aquella escaramuza se tradujo en diez lanchas más empaladas al tratar de huir de las llamas y no menos de una docena arrasadas por el fuego.

Alawi permaneció boquiabierto, mientras echaba el ancla y perdía un tiempo precioso tratando de reagrupar sus fuerzas y de apagar los incendios.

—¡Mierda! —exclamó. Pero no añadió nada más. Habían pagado un alto precio y todo a cambio de dos enemigos muertos. Por no decir que apenas si habían avanzado más de dos tramos del Arroyo. Alawi temblaba pensando en lo que podía aguardarles más adelante y renegaba entre dientes maldiciendo a Sonya, por haberlos mandado de aquella manera, como carne de cañón, a medir la resolución de su enemigo. Debería dar la vuelta, plantarse ante aquella mujer y decirle: ¡Sí, maldición, son resueltos! ¡Fin de la historia! Pero Alawi no tenía valor para eso. Así que tres cuartos de hora después de haber traspuesto el segundo molino reanudaron la marcha.

El tercer molino ya se vislumbraba en la distancia, pero ya no lo contemplaban como un gigante silente, sino como una bestia que fuera a despedazarlos.

Y así, encogidos los corazones, pasaron bajo la ominosa edificación sin recibir un solo rasguño, de manera que, conforme las lanchas se deslizaban sobre el agua, la tropa se decía:

—¡Quizá solo fueran unos renegados y el resto se ha rendido! —y reían fuertemente, dándose ánimos.

El descenso del cauce, que muchos susurraban ya era un descenso a los infiernos, prosiguió sin percance, mientras el cuarto umbral, el cuarto molino, parecía al alcance de la mano. Tras ese llegarían al quinto y último de aquellos ingenios y desembarcarían en los muelles fluviales de la Fortaleza del Agua. Ese era el plan original, al menos.

Y como cualquier otro plan que se trace en tiempos de guerra, no sobrevivió al contacto con la realidad. Un segundo antes, estaban contemplando el cuarto molino y la elegante arcada de piedra que atravesaba el río de orilla a orilla; y un instante después, contemplaban con ojos

horrorizados cómo la estructura al completo estallaba y se venía abajo, despidiendo fragmentos de mampostería, mortero y grava en todas las direcciones, y salpicando las embarcaciones con aquel indeseado granizo.

Los restos del molino repicaban sobre las cubiertas de los barcos, mientras desde la embarcación de Alawi su sargento se esforzaba por realizar las señales pertinentes a toda velocidad y el primero se desgañitaba:

—¡Deteneos! —gritó, aunque su orden fue inaudible bajo el fragor de las lanchas que colisionaban y el derrumbe del molino, que como una cascada de granito se precipitaba sobre el cauce, al igual que un castillo de naipes, y comenzaba a formar una infranqueable presa que haría que tardaran un número obscuro de horas en abrir un paso.

La escuadra se detuvo al completo y los Adhan quedaron apelotonados, cubierta con cubierta, borda con borda, recelosos del líquido elemento y ansiosos, mirando en todas las direcciones desde las cuales esperaban un ataque.

Pero el ataque no llegó desde las riberas del río, ni desde las ruinas del molino. A sus espaldas, río arriba, desde la intacta estructura del tercer molino, aparecieron más de una docena de pequeñas embarcaciones, que comenzaron a deslizarse a gran velocidad hacia ellos.

Los gritos de alarma atrajeron la atención de Alawi, que saltando de lancha en lancha alcanzó la retaguardia para ver que sucedía. Por inercia, se hizo sombra con la palma de la mano, aunque la luminosidad era nula, y exclamó:

—No cuento más de una docena de esquifes.

—¿Tratan de abordarnos? —preguntó un soldado cercano, y Alawi negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Sería un suicidio. Pero me temo algún nuevo truco por su parte —se giró hacia el sargento de aquella embarcación—. Haga señales a la nave comandante e informe de cuál es la situación.

—Sí, señor —el hombre levantó los banderines que poseía cada lancha para comunicarse entre sí, y trasladó la pregunta. Al poco llegó la respuesta y el hombre se la transmitió a Alawi—. Sin novedad, señor. Ni rastro del enemigo río abajo.

—¿Qué traman? —masculló Alawi, escamado, tratando de discernir

con mayor claridad aquellos botes en la penumbra sin estrellas. Acto seguido ordenó a los hombres de la retaguardia—: ¡Transmitan la señal! ¡Qué los hombres se preparen para repeler un posible intento de abordaje!

—¡A las armas! —fue el grito que paso de bote en bote.

—¿Verdaderamente cree que van a intentarlo? —preguntó el sargento.

—Yo ya no creo en nada —fue la agria replica—. Desconfía de todo y estarás preparado para cualquier cosa —dicho lo cual, miró a su alrededor, contemplando satisfecho cómo todas y cada una de las lanchas de la retaguardia cubrían el cauce y apuntaban sus armas hacia el posible agresor.

Los esquifes continuaron su pausado descenso, y por más que los escudriñaban, no se apreciaba a los tripulantes, tal vez parapetados y con las cabezas gachas, supusieron.

Pero todo se precipitó en cuestión de segundos. Los vigías dieron la voz de alarma una vez más:

—¡Arqueros! ¡Arqueros en ambas orillas!

Alawi se precipitó hacia el costado de babor y oteó la orilla, repitiendo la misma acción por el costado de estribor segundos después, y comprobando, en efecto, que cerca de una decena de arqueros se apostaban en cada una de las riberas. Los soldados comenzaron a removerse inquietos, pero el Sunna los tranquilizó con su actitud displicente.

—¡Pufff! —bufó—. Es absurdo. Ni siquiera están al alcance de nuestros barcos. Desde esa distancia jamás lograrán hacer blanco contra nosotros. ¡Tranquilos todos! ¡Quien manda a esta gente es un pobre aficionado!

No había terminado de decir aquello, y sus palabras se le atragantaron, haciendo que se preguntara quién era realmente el aficionado.

Los arqueros descubrieron un pebetero que ocultaban escrupulosamente de la vista, y destapándolo prendieron sus saetas.

—¡Quieren quemarnos! —gritó un hombre.

—¡Tranquilos, no nos tienen a tiro! —exclamó Alawi. Pero entonces pensó... *no nos tienen a tiro a nosotros*. Y devolviendo la vista al cauce contempló de nuevo los frágiles esquifes que se deslizaban apenas a cien metros. Una vez más observó a los arqueros, cuyos incandescentes proyectiles apuntaban ya al cielo; Alawi abrió desmesuradamente los ojos cuando al fin constató la trampa en la que habían caído.

—¡Dispersaos! ¡Dispersaos! —gritó—. ¡Romped la formación! —ordenó, desesperado, cuando los arcos cantaron, y las flechas ardientes surcaron el cielo de la noche, creando una veintena de estelas ígneas.

Pero la orden era tardía, y la confusión se instauró entre las filas de los Adhan. Algunos retrocedieron, atemorizados, sobre las cubiertas, y no pocas embarcaciones trataban de maniobrar, colisionando con sus vecinas.

—¡Abrid espacios! —se desgañitaba. Pero era imposible, dada la concentración de embarcaciones, abrir ningún espacio.

Cuando las flechas cayeron al río, algunas extinguieron su fulgor en el agua, pero las suficientes hicieron blanco sobre los esquifes, provocando que las doce embarcaciones prendieran como teas ardientes, al acertar los proyectiles en los pellejos de aceite y cereal apilados en sus panzas.

—¡Nos quieren quemar! —gritó de nuevo un soldado, y cundió el pánico, pues no podían defenderse de aquello. Esto causó una precipitada estampida de las lanchas de retaguardia, mientras los hombres saltaban de barca en barca tratando de evadir la amenaza; pero al estar las cubiertas atestadas, los guerreros caían al agua ahogándose, arrastrados por el peso de sus armas, y las peleas surgieron por doquier.

Los arqueros se retiraron de ambas orillas y desaparecieron, mientras los esquifes se aproximaban inflamados e inexorables hacia la muralla de madera. Finalmente, cuando la primera proa ardiente de aquellas naves besó los costados de las enormes lanchas, se produjo una cadena de fuertes explosiones que atronó y ensordeció los oídos, y mandó por los aires la primera línea, en una lluvia de agua, madera y hueso.

El cauce se iluminó como si fuera la feria de la cosecha, y por un instante la noche se convirtió en día. Los hombres corrían, algunos de ellos, impregnados de aceite, lo hacían en llamas, gritando desgarradoramente y desmoralizando los corazones de la tropa, hasta que se arrojaban al agua eligiendo morir ahogados mejor que quemados.

El resto no corrió mejor suerte. Incapaces de apagar las llamas, estas avanzaron fila tras fila de barcos, devorándolo todo a su paso. Y los dedos ardientes y rojizos golpeaban lancha tras lancha, repitiéndose las mismas escenas de desolación precedentes.

Asistiendo a la aniquilación de su flota, arrasadas las cubiertas y cercados por las llamas, viendo morir quemados o asfixiados por el humo a

sus hombres, o bien ahogados en su desesperación, Alawi ordenó:

—¡Abandonen los barcos! ¡Desembarcad! ¡Desembarcad!

Obedeciendo en el acto, la tropa se reunió, aterrada, en el costado de babor, tratando de llegar a las lanchas que lamían el fondo por estar cercanas a la orilla. Allí saltaban por la borda, cayendo al agua donde esta les cubría tan solo hasta la cintura.

Pronto una fuerza considerable de Adhan, heridos, empapados y con cantidad de quemaduras se reunió en la orilla. Mas no habían conseguido desembarcar más de quinientos cuando por ambos flancos, pillándolos con la espalda contra el río, se arrojó contra ellos una fuerza de infantería enemiga.

Entre los estandartes enarbolados por el enemigo se distinguía el perro ahorcado, el colibrí, el toro embolado y el valle. Cuatro de las casas nobles de Mil Ríos se habían reunido allí para frenar su avance, y el perro ahorcado, como si de una premonición se tratara, iba al frente. Lord Brown lo aferraba entre sus dedos y, con grandes voces, dirigía el ataque:

—¡Aplastadlos! —gritó. Mientras los atribulados náufragos aprestaban las armas que habían podido salvar y se defendían con saña, vendiendo cara cada vida.

Así, el combate se trasladó a tierra firme, mientras las siluetas de los desembarcados se recortaban contra el fuego, y se intercambiaban mandobles y el griterío iba en aumento.

Pronto la orilla se volvió resbaladiza, mezclándose en su sustrato la sangre, el barro, la orina y el sudor, y no en menor proporción las lágrimas de aquellos soldados, todavía bisoños, que se sujetaban las tripas tratando de devolverlas dentro de sus cuerpos, mientras llamaban a voces a sus madres.

La celada había sido perfecta en su diseño y mejor en su ejecución. Pero los Adhan eran un pueblo guerrero. Herido, sí. Diezmados, puede. Pero cuando se revolvieron contra el atacante, la furia fanática de su mundo se cerró como un puño, que chocó con fuerza, haciendo tambalearse las líneas enemigas.

La refriega entró así en un punto muerto, un estancamiento donde ni uno ni otro avanzaba y los pies se clavaban firmes en el limo.

—¡Esto no marcha bien! —gritó un sudoroso Marlon hacia su padre, que manejaba la espada como un cantero y la lengua como un poeta.

—¡Qué me aspen si va bien! —exclamó retirando su acero del cuello empalado de un enemigo. Marlon hizo girar su maza varias veces en el aire, cogiendo impulso antes de descargarla contra el pecho de un hombre, el cual salió despedido como un saco de patatas contra el barro, donde con otro golpe diestro fue rematado—. ¡Te defiendes bien! —lo felicitó su padre—. ¡Teniendo en cuenta que nunca te has visto en una así!

—¡Ni tú tampoco! —replicó Marlon.

—¡Muy cierto! ¡Aunque creo que poco importará nuestra maestría con las armas si no encontramos la manera de terminar esto rápidamente!

Marlon asintió y se giró, buscando con la mirada el perro ahorcado, el pabellón de Lord Brown. Lo encontró a unos cincuenta metros de donde se encontraba, y pudo comprobar que, rodeado por una nutrida guardia, departía con Lord Gránico y Lord Sutton.

De Lord Moltan no había ni rastro.

No había que ser experto en el arte de la guerra, para leer en el lenguaje corporal del Lord la decisión que estaba a punto de tomar: la retirada. La trampa había comenzado bien. El plan para eliminar el grueso de la fuerza enemiga era ambicioso, y por un instante pareció factible. Pero la marea parecía volverse en su contra; resultaba obvio. Lord Brown iba ordenar la retirada, con el riesgo que suponía dar la espalda a un ejército como el que enfrentaban.

El perro ahorcado se alzó en alto y Lord Brown llegó a gritar:

—¡Retirada!

Pero nadie lo oyó, excepto aquellos que permanecían junto a él. Pues desde la distancia, río arriba, desde la misma orilla donde se hallaban, llegó nítido y penetrante el clamor de una treintena de cuernos acallando toda voz y todo grito.

El combate se detuvo por un breve instante, y aquellos compases de quietud se prolongaron, mientras resonaba en sus cabezas el golpeteo lejano de unos cascos de caballo. El canto de los cuernos cedió el protagonismo a la percusión de los equinos, y el suelo se sacudió bajos sus herraduras.

Varley observó por encima de las cabezas de los Adhan, tratando de entender lo que sucedía, y Marlon lanzó una mirada suspicaz hacia Lord Brown, sospechando que aquello formara parte de un plan que el noble no

hubiera tenido la bondad de compartir.

Pero entonces, por el rabillo del ojo, captó la sonrisa que enmarcaba el rostro de su padre, el cual exclamó embriagado de gozo:

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué sucede? —preguntó tras él un sudoroso Brandon que, agotado, sostenía entre sus dedos la última flecha de su carcaj.

Todos miraron en la misma dirección que Varley, entre el humo y la oscuridad, donde despuntaba un tímido amanecer tras largas horas de combate nocturno; y recortados bajo la tímida luz del día... los caballos, orgullosos, señoriales, cargaban sin temor.

La inesperada embestida alcanzó las filas de los Adhan sin compasión, segando la mies como el labrador, avanzando sin detenerse como una fuerza justiciera, dejando tras de sí los despojos para la infantería, que los seguía a la carrera.

Los Adhan aterrados, viendo frustrada una victoria pírrica que tenían al alcance de la mano, se dispersaron en todas direcciones, siendo perseguidos y masacrados allí donde se los encontró.

Los batidores corrieron en pos de sus presas, mientras la cabecera de la carga llegó hasta el núcleo de las fuerzas de Mil Ríos, junto al estandarte del perro ahorcado, donde un atónito Lord Brown contemplaba a los recién llegados.

—¿Quién demonios sois voso...? —comenzó a preguntar el noble, dirigiéndose a los recién llegados. Pero Varley, abriéndose paso a codazos entre las filas de soldados, llegó hasta el medio gritando como un loco.

—¡Torgund! ¡Borracho hijo de puta, estás hecho una mierda! —dijo en referencia a su aspecto avejentado—. ¡Pero estás vivo!

Al gigantesco Kaimu, montado sobre un caballo al cual castigaba con su enorme tamaño, se le iluminó el semblante de manera jovial, al reconocer el rostro de su amigo; hasta que, repentinamente, algún recuerdo nubló aquella sonrisa, devolviéndole su aspecto taciturno inicial.

—Varley —saludó Torgund, con un leve gesto. Atónito, Varley fue a hacia él con intención de hablarle, pero Marlon lo retuvo por el brazo, y el gigante y sus acompañantes se enfrascaron en conversación con Lord Brown, mientras una extraña mezcla de hombres y mujeres a caballo erradicaba al

enemigo del campo de batalla como a la cizaña.

—¿Qué puñetas le pasa? —preguntó Varley a nadie en particular.

—Déjalo —sugirió Marlon, conteniéndole—. Reconozco esa cara, padre.

—¿Ah sí? —replicó, escéptico, Varley.

—Sí... es la misma cara que tenía yo el día que Willhelm murió.

Varley se volvió hacia su hijo con los ojos llenos de sorpresa. El fragor del combate se apagaba paulatinamente. Los muertos eran enterrados lo mejor que se podía en una fosa común, y los heridos cargados en parihuelas para su pronto traslado a la Fortaleza del Agua. Amanecía. La batalla era suya, pero la victoria no.

* * *

La larga marcha de regreso a la Fortaleza del Agua iba cargada de alborozo y comentarios optimistas. Los soldados de las casas nobles se sentían indestructibles, y como decían: con las Amazonas y los Siniestros de nuestra parte, tendremos más posibilidades.

Marthia, a la cual pronto conocieron todos, aunque solo fuera por la imponente imagen de fortaleza que transmitía, cabalgaba al paso, en el frente de la columna, acompañando a Lord Brown, a Lord Gránico y Lord Sutton, a los cuales habían cedido sus monturas un trío de Amazonas por orden expresa de la mujer.

Para aquellos hombres era inconcebible el mando y el poder que ejercía sobre aquel heterogéneo ejército que había venido a rescatarles, pero nadie dudaba de su gallardía o dureza. Su rostro era el de quien ha ganado su posición bajo el fuego y la sangre, con los pies manchados de barro.

De manera que, mientras Marthia hablaba, ellos escuchaban, y así relató toda su historia desde la Batalla de los Campos Rojos hasta su juicio, pasando por sus encuentros con Torgund, Sarmiento o Reflejo; a su vez, Lord Brown respondió a sus incisivas preguntas sobre la situación actual, el estarosta, el enemigo, las fuerzas de que disponían, y un sinfín de asuntos más que requerían atención.

—Nos vendrá bien tu experiencia —concluyó Lord Brown, cuyo

cumplido fue recibido con un gesto parco de agradecimiento por parte de Marthia, que a su vez correspondió con un halago.

—Buen truco el de los brulotes.

Lord Brown asintió, agradecido.

La columna redobló el paso; el tiempo apremiaba y el estarosta querría saber lo que había sucedido. Se alegraría de ver el obsequio que llevaban a palacio.

En la retaguardia, cerrando filas, andaban con paso cansino Torgund, Varley y un transformado Sarmiento, que utilizaba una vara de olivo para tantear el terreno. Tras ellos venía el funesto séquito de heridos con su coro de lamentos y gemidos. Y por último el cadáver de Lord Moltan, caído en el vado por un golpe de cimitarra que su cimera no pudo detener. Su cuerpo volvía a casa cubierto con el pabellón del colibrí, para ser embalsamado y enterrado junto a sus antepasados.

—Estás cambiado, chico —dijo Varley, con suavidad, dirigiéndose a Sarmiento.

—Vuelvo a ser yo, pero ya no soy yo —respondió el muchacho, crípticamente, con la mirada perdida.

Varley se volvió hacia Torgund sin disimular su sorpresa.

—¿Ha perdido también el juicio, además de la vista?

—No —lo increpó Sarmiento—. Mi juicio sigue indemne. Tan solo he perdido una parte de mí, la que se llevó.

—¿Se llevó? ¿Qué quieres decir? —preguntó Varley.

—Sarmiento está bien, amigo —atajó Torgund—. No te preocupes. Vuelve a ser él mismo. Pero librarse de su carga ha exigido un precio.

—¿Qué precio? —y viendo el rostro del Kaimu traspasado por el dolor, añadió— ¿Dónde está Lucius?

Torgund le miró profundamente, sintiendo cómo las lágrimas se reunían bajo sus párpados pugnando por salir.

—Me pidió que te diera recuerdos... eso dijo antes de... —Torgund agachó la cabeza. Sin pensarlo, Varley se detuvo y abrazó a su amigo, abarcándole con los brazos como pudo, ridículamente abrazado a su enorme pecho con unos brazos que parecían de juguete a su lado.

Cuando se separaron susurró:

—Contádmelo todo.

Pero no fue Torgund quien respondió.

—Yo te lo contaré... —dijo Sarmiento, haciendo que Varley se volviera hacia él con interés—. Todo.

El resto del camino transcurrió de aquella manera. Tres almas fragmentadas tratando de restañar sus heridas, a la cola del ejército de Mil Ríos, recordando a un hombre al que habían llamado amigo.

* * *

Perdido el elemento sorpresa, el mermado ejército de Mil Ríos emprendía el viaje de regreso y dejaba atrás unas posiciones que ya no podía sostener, mientras algo inesperado e inexplicable sucedía ajeno a la razón.

Las tropas hicieron un alto en el camino. Al alba, cuando el sol comenzaba a despuntar, no pocos aprovecharon para echar una cabezada, pues la última noche la habían pasado en vela.

En la Fortaleza del Agua, una tensa calma vibraba en el ambiente, la serena espera de aquellos que aguardan noticias.

Pero tanto en la vereda del camino, como tras los sólidos muros de la fortaleza, Ron, Sera y Sarmiento dormitaban, sin obtener descanso, un sueño plagado de pesadillas que en absoluto era reparador.

En el sueño estaban los tres reunidos, como si el mundo de la noche hubiera desaparecido y una extraña vigilia inconsciente se hubiera hecho con el control.

Se miraban unos a otros confundidos.

—¿Esto es real? —preguntó Sera.

—¡Puedes hablar! —exclamó Ron.

—Y yo puedo veros como no veía desde hacía años —afirmó Sarmiento.

Sin embargo, no hablaron más, pues, bajo sus pies, el suelo se abría en una tupida telaraña de pequeñas grietas que se fueron ensanchando, hasta que la luz que emanaba de la tierra brilló brotando a raudales por las aperturas.

Dieron un paso atrás mirando a su alrededor. Distinguían formas familiares, bosques, personas, edificios; allí la Fortaleza del Agua, allá la cabaña en la que vivía Sera... pero todo era difuso, difuminado como un recuerdo que se agarra a la mente: sabes que está allí, pero no lo puedes expresar.

—¿Qué sucede? —se preguntaron, sin articular palabra, pero escuchando la pregunta con claridad en sus cabezas.

Entonces cuatro estrellas brillaron con fuerza en el firmamento, eclipsando toda luz a su alrededor; tanto brillaban aquellas estrellas.

Hipnotizados con su titilar, que semejaba un baile celeste, los tres contemplaron el cielo, ajenos al mundo que ardía a su alrededor.

Hasta que uno de los astros pareció estallar en lo alto y apagarse. Y tras su desaparición, las otras tres parecían brillar con menos fuerza.

No sabían por qué, pero ver apagarse aquellas estrellas les causaba pena sin nombre. Y vieron cómo los cuatro astros, ya meras piedras inertes, se precipitaban contra el mundo, ardiendo con fuerza y rasgando el firmamento.

Las cuatro cayeron frente a ellos levantando una fina polvareda, y los chicos se aproximaron, esperando contemplar en su agonía aquellas hermosas estrellas yaciendo en el suelo.

Pero, asustados, retrocedieron. Pues de entre las fumarolas que se elevaban del suelo no brotó luz, ni belleza. De los cráteres abiertos por su caída surgieron tres seres, aunque percibían cuatro, pero a este último no podían verlo.

Los reconocieron. La niña de rostro pútrido sonrió a Sarmiento de manera lasciva; el anciano encapuchado contempló a Ron, sembrando en él la duda; y el ser que vestía la piel de un hombre como si fuera la suya, sonrió a Sera, dejando que las cicatrices de su rostro se abrieran hasta supurar incluso por las sienes.

La Voz habló en sus cabezas, la cuarta estrella estaba allí presente, ya no más bella, ya no más suspendida del cielo.

«Abandonad toda esperanza... es mejor sucumbir ante la arrolladora ola en paz, que alzarse contra la marea sacudido sin remedio».

Sus palabras hacían temblar el corazón, y por un breve instante sintieron el frío abrazo de la desesperación.

«No hay luz en este mundo y no hay salvación en ningún otro. ¿Por qué vivir, pudiendo morir?».

Ron dio un paso al frente, haciendo acopio de todo el valor que pudo reunir:

—¡No ha llegado el día en que los Perantaraan sellarán su destino bajo tu mano!

La Voz rio, y los Mork con ella. Ron se disponía a responder apresuradamente para acallar sus risas, pero Sarmiento lo detuvo con una mano cálida, indicándole que desde ahí se encargaría él. Sorprendido por aquel cambio de actitud, Ron accedió. Entonces Sarmiento, viendo con claridad a su enemigo por vez primera, lo increpó:

—¿Qué os sucedió? —la pregunta no solo acalló las risas, sino que los hizo mirarse desconcertados—. ¿Qué pasó con vuestra belleza? ¿Qué, con el lugar que ocupabais y al cual estabais destinados?

Reflejo siseó como una serpiente y los demás apretaron los dientes.

—¿Por qué preguntas cosas que no son de tu incumbencia? —replicó Reflejo. Sarmiento se volvió hacia ella.

—¿Trifania, verdad? —la niña gruñó como si la hirieran con un hierro candente, y de pronto los tres Mork abandonaron su apariencia terrena y adoptaron nuevas formas, formas que todos supieron eran su aspecto original, antes de que el mundo fuera mundo. Formas que antaño fueron bellas, y sin embargo formas terribles, deformes, horrendas, que producían pavor y espanto.

—¿Cómo osas...? —comenzó a decir el que respondía al nombre de Fasto.

—Tenéis miedo —afirmó Sarmiento. No fue una pregunta, pues preguntar si tenían miedo era dudar de que, en efecto, lo tenían. Y Sarmiento sabía por experiencia, que aquellos seres vivían en un temor constante. Aterrados de su sombra, de su poder, de lo que estaba por encima de ellos...

—¿Nosotros, miedo? —preguntó Zagut, displicente; pero Sarmiento se volvió hacia él con rapidez.

—Sí. Miedo de no entender, miedo de ignorar si estaréis jugando bien el juego. Miedo... de nosotros.

Por un momento callaron, sin poder disimular la inquietud que las

palabras de aquel chico les generaba. Y siendo como eran maestros del disimulo y el engaño, odiaban traslucir sus pensamientos con semejante claridad, pero aquel muchacho los desarmaba, lo cual no hacía sino incrementar sus dudas.

¿Quiénes eran aquellos Perantaraan, aquellos niños que ya eran adultos? ¿Cuál era su función, si es que la tenían, en el plan del enemigo? Habían entrado en sus sueños para atormentarlos, pero ahora ya no estaban tan seguros con respecto a que hubiera sido una buena idea.

—Eres atrevido, para ser un sirviente —le espetó Trifania, iracunda.

—No más que vosotros, que desafiáis aquello que no entendéis... aunque tal vez descubramos muy pronto que el concepto de sirviente difiere ampliamente entre vosotros y nosotros. Todos servimos, pero no todos somos siervos.

Zagut se adelantó con aire hostil, aunque sabía que en aquel entorno poco podía hacer.

—Eres un humano con una lengua muy atrevida.

—He tenido a uno de los vuestros haciéndome compañía durante una temporada, eso te da perspectiva... —Sera y Ron miraron a su amigo, preocupados al oír aquello—. Creo que he aprendido de los mejores.

—¡Reconoces entonces que somos mejores! —asintió Fasto.

—Para hacer maldades... supongo. Pero nadie ha dicho que seáis mejores en todo lo demás, ni mucho menos más listos.

«¡Basta!» —gritó la Voz, Sarkôn.

La tierra se abrió por completo, el fuego y la lava brotaron con furia y el sueño desapareció.

Cada uno de los muchachos despertó allí donde se encontraba, sudoroso, confuso, con el corazón latiendo en la garganta.

Pero habían aprendido algo. El Enemigo no toleraba la burla, y el Enemigo no lo sabía todo. Aquella conversación los había puesto nerviosos; solo había esperar que actuaran precipitadamente y eso los llevara a una fatal equivocación.

XXXIX

LA FORTALEZA DEL AGUA

Las exequias por la muerte de Lord Moltan se prolongaron durante tres días, con toda la pompa y el protocolo que correspondía a un hombre de su posición. Y durante esas tres jornadas el Ejército de los Últimos Días no atacó la Fortaleza del Agua. Tampoco lo hizo en toda esa semana, ni en la que siguió. Y aunque nadie creyera entre las filas del estarosta, que aquello se debía a algún tipo de caballería por parte del enemigo, sí que se permitieron la osadía de pensar que la victoria era suya. Y si no la victoria, algún tipo de acuerdo beneficioso para ambas partes.

La sensación de bonhomía hizo que, por un tiempo, la gente distrajera la atención de lo que verdaderamente importaba y comenzara a centrar sus intereses hacia cosas más mundanas.

Como consecuencia de ello, las propias celebraciones se vieron enturbiadas por el descontento de la población, que no comprendía por qué se malgastaba tiempo y dinero de tal manera en aquellos momentos. Máxime cuando la mayoría de los caídos en el Arroyo de las Terrazas habían sido depositados en una fosa común, con la esperanza de que terminada la guerra pudiera dárseles digno descanso.

Cualquier explicación emanada desde el círculo de confianza del estarosta fue recibida con recelo, y aquello enrareció el clima de una ciudad de por sí enfrascada en una situación ya extraña; pues aunque intentaran llamar la atención sobre las acuciantes dificultades de abastecimiento y algunas enfermedades que comenzaban a extenderse desde la calle de las Pulgas hacia el centro, el pueblo se mostraba más preocupado sobre cómo gastaban su

dinero los nobles, que sobre cómo iban a sobrevivir al día siguiente.

Claro que, una vez embalsamado y enterrado Lord Moltan, la memoria voluble de la población pareció recuperar repentinamente el sentido común y percatarse de que sus verdaderos enemigos no estaban tras aquellos muros, sino al otro lado de ellos, donde se agrupaban aquellos que pretendían desmoronarlos y terminar con el modo de vida que conocían.

Así que puede uno imaginar la tensa calma que se vivía tras las murallas de la fortaleza. Murallas desde las cuales ahora contemplaba Varley el ocaso, o algo que recordaba al ocaso, y que no era más que mera desaparición de la luz.

Se encontraba en una balconada, con los codos descansando sobre el repecho y la mirada distante, ensimismado en sus pensamientos.

Desde el interior de la fortaleza llegaron unos tímidos pasos, amortiguados con la intención de no molestarle en su contemplación. Pero los pasos vinieron hasta él y se detuvieron a sus espaldas sin decir palabra.

Así permanecieron durante un tiempo precioso, hasta que se quebró el silencio del atardecer.

—¿Qué piensas? —preguntó con suavidad Tania, aproximándose al fin hasta Varley y poniendo sus manos sobre los brazos de él.

El detective no mostró sorpresa, y a duras penas se dio por aludido, saliendo de su introspección. Un breve carraspeo y un ligero asentimiento fueron suficientes para devolverle a la realidad.

—Estás guapa —dijo Varley. Tania desvió la mirada con timidez.

—Gracias, pero más bien normalita —repuso ella.

—Será por la luz entonces —y cuando miraron a su alrededor vieron la sucia luz que se filtraba entre el manto de oscuridad. Luz que no daría ni para llenar un dedal de esperanza, pero suficiente para que ambos rieran por lo absurdo de aquel piropo.

—Eres imbécil —afirmó ella con una sonrisa.

—Ya era un imbécil antes de conocerte, no veo razón alguna para cambiar ahora —volvieron a reír, y Tania lo abrazó. Después, besándole en la mejilla añadió:

—Y ahora que ya has hecho tu chiste y has distraído la atención... ¿me dirás qué piensas?

—Yo... —Varley perdió la mirada en el horizonte, más allá de la puerta principal de Mil Ríos y de la calzada de entrada embarrada—. Esas marismas... —dijo al fin—. La marea de este lago sube y baja todos los días regularmente dejando al descubierto un espacio razonablemente ancho que llega hasta las murallas. Y si bien el terreno es un lodazal que dificultará cualquier labor de asedio... es evidente que atacarán cualquier día de estos desde esta dirección.

—Ajá... —afirmó ella, sin mucho interés—. Muy interesante, para tus reuniones con el estarosta, supongo. Pero ¿en qué piensas realmente?

Varley dejó de apoyarse sobre la barandilla y miró hacia el interior de la fortaleza, de la misma manera que intentaba mirar ahora hacia el interior de su alma.

—En Lucius... en Willhelm... en Confusión, en sus palabras... —concluyó al fin. Tania frunció el gesto, apenada, y se abrazó a él. Pero no dijo nada, pues todo había quedado dicho el día que volvieron con Torgund los supervivientes de la Escala. Todas las penas y las lágrimas habían sido lavadas, pero no olvidadas. Él se volvió hacia Tania y, estrechándola contra su pecho, la besó.

—Gracias, perdona... no soy yo mismo últimamente.

—Pues a mí me pareces el mismo gilipollas de siempre —afirmó ella, con procacidad, sin ocultar la diversión juguetona en sus ojos.

—Esa me la he buscado —afirmó Varley, que la volvió a besar—. ¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué tal va todo?

—Bueno —se despegó de él mientras hablaban, pero sus manos permanecieron unidas—. Ya sabes. Lilian y las demás hemos arrimado el hombro en la muralla norte, donde el Lago Real es más profundo.

—Cualquier precaución es poca ¿eh?

—Eso mismo.

—El ataque vendrá por el muro sur, la entrada principal y las marismas —dijo Varley.

—Sin duda. Pero así aportamos nuestro granito de arena, en vez de estar sentadas a cubierto en alguna gruta, aguardando que nos corten el gaznate —replicó ella.

—Si alguien intenta rajarte el cuello se llevará una desagradable

sorpresa.

—Seguramente —rio Tania—. Pero personalmente me siento más tranquila si todo el perímetro esta reforzado, en vez de confiar la defensa de esa sección a un montón de agua. Lilian estuvo acertada en su proposición y ha conseguido lo que ningún hombre había conseguido.

—¿El qué? —quiso saber Varley.

—Hacernos callar —dijo, mientras observaba como él contenía una sonrisa—. ¡No! Es cierto. Hasta que Lilian vino con aquella idea éramos un manojo de nervios, cada una remando como una loca en direcciones distintas. Ahora, al fin, tenemos un objetivo y trabajamos como una, y codo con codo con los hombres.

Varley la atrajo con el brazo y la estrechó de nuevo, descansando su cabeza sobre su hombro, llenándose los sentidos con el olor de su pelo.

—Me alegro... —y tras dudar unos instantes añadió—. Te quiero —Tania se despegó de él sonriendo tras hacer un ruidito divertido.

—Vaya... yo también me alegro. Porque casualmente yo también te quiero.

No habían terminado de besarse, cuando Dana, la muchacha de la Cascada, asomó su desordenada cabellera por el umbral.

—Disculpad —saludó azorada—. El estarosta reclama vuestra presencia. Está en pleno consejo, y nos quiere a todos allí.

—¿A todos? —interrogó Tania, sin disimular lo inoportuno de su interrupción.

—Afirma que todos debemos dar nuestra opinión sobre el rumbo a seguir y que la decisión no es solo suya.

—Vamos —concluyó Varley, que las invitó a abrir el camino, cediéndoles el paso. En el momento que Tania traspasaba la puerta, Varley le dio un azote cariñoso en el trasero.

—Gilipollas —susurró ella, divertida.

—Lo sé —respondió él.

* * *

Fue una reunión llena de caras conocidas y otras no tan habituales, al menos para aquellos que apenas llevaban una semana tras las murallas; gente como Torgund y Sarmiento, Marthia y Clovis, para los que nombres como Pemberton, Dana, o Goritz, todavía resultaban difíciles de asociar con un rostro.

Aunque esto no quería decir que el reencuentro no hubiera sido dichoso, o que el hecho de ver a Sarmiento de una pieza y siendo él mismo no fuera una gran noticia. Además, los rostros nuevos solo podían significar una cosa: eran más de los que creían. No eran cuatro locos de ideas intempestivas, lanzados a una extraña cruzada. No. Eran cientos, miles, y serían muchos más si el mundo no hubiera seguido la deriva actual.

No obstante, y a pesar de tanta dicha, el recuerdo de Lucius flotaba en el ambiente y empañaba el semblante de más de uno.

Cuando Varley, Tania y Dana entraron en el salón, donde ya se encontraban todos, Lord Goritz ostentaba la palabra. Tuvo unas palabras de recuerdo para su colega fallecido, Lord Moltan, y prosiguió exponiendo las dificultades logísticas a las que se enfrentaban. Muchas de ellas ya eran conocidas por los presentes, de modo que se ciñó a lo más apremiante.

—Abandonada nuestra posición en el Arroyo de las Terrazas, habremos de sobrevivir con todo aquello de lo que hicimos acopio antes del asedio, pues el enemigo se acerca —expuso Goritz con fría precisión.

—¿Es eso seguro? —preguntó Lord Tyrol.

—Desde luego —aseveró Lord Brown—. Ninguna patrulla, ninguna partida de caza ha regresado desde que volvimos. Es de suponer que el enemigo está tocado, pero que no ha renunciado a su objetivo.

—Exacto —prosiguió Goritz—. De manera que podemos dar por sentado que el cerco en torno a la Fortaleza del Agua está cerrado, ya que ningún hombre ha regresado —el estarosta asentía con cara de circunstancias—. Por eso sugiero instauremos, desde este mismo momento, un racionamiento lógico si pretendemos plantar cara.

—Encargaos de llevar a cabo dicho racionamiento. Solicitad la ayuda que necesitéis —ordenó Ron.

—Podríamos ayudar —intervino Lilian, que recibió una respuesta positiva por parte de Ron, pues habían dado pruebas suficientes de su valía en

aquellos momentos de necesidad.

—Con eso bastará —aseguró Goritz.

—¿Y qué hay de las enfermedades que se extienden por nuestra urbe?
—quiso saber entonces Ron.

—Hemos creado un área de cuarentena y los casos más graves se recluyen allí, siempre atendidos y tratados conforme al respeto que el estarosta exigió —expuso Goritz.

—La mayoría de los enfermos son ancianos, milores —apuntilló Lord Sutton, aventurando su inesperada intervención.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Lord Brown, sin disimular su disgusto ante la velada sugerencia de su noble colega.

—Bueno... —comenzó Sutton—. Ya han vivido. Han amado, han bebido, han gozado, ya nadie puede quitarles eso. Pero ellos aún pueden hacernos mucho daño si dejamos que la enfermedad prolifere. No tienen nada que perder, tal vez... deberíamos pensar...

—En matarlos —concluyó Ron, con sequedad.

—¡Sedarlos, dormirlos con el jugo de la adormidera! —dijo nervioso Lord Sutton, como si recelara de utilizar la palabra matar en aquella coyuntura—. Sería lo más caritativo, y evitaríamos que aniquilaran a la población esparciendo la enfermedad.

Kadros se adelantó, con el beneplácito del estarosta, y comenzó a hablar en su nombre:

—Es esta una cuestión que largamente he debatido con el estarosta. Habláis de caridad, y solo percibo temor en vuestras palabras —lo reprendió Kadros.

—¡Claro que tengo miedo! Todos deberíamos tenerlo. La enfermedad puede terminar con este asedio antes de empezar.

—Cierto. Y hacemos todo lo que está en nuestra mano para evitarlo —lo reprendió Kadros—. ¿Pero por qué habría de importaros morir? Vos mismo no sois ya un joven, habéis vivido, habéis amado, habéis gozado... ¿Qué tenéis que perder?

—Yo... no estoy enfermo —tartamudeó Lord Sutton.

—Pero si lo estuvierais, seguro que saltaríais desde lo alto de las murallas para hacer que vuestros humores nocivos murieran con vos,

sacrificándoos de tal manera por el pueblo... ¿verdad? —preguntó Kadros.

—Yo... —no sabía que responder, y agachó la cabeza.

—¿No tienen ellos nada que perder? —prosiguió Kadros—. ¿Y vos, Lord Sutton? —silencio—. El hombre no puede perder su pasado, pues está detrás de él; ni le podemos privar de su futuro, pues no tiene todavía conciencia del mismo. Pero sí podemos privarle de su presente, de ese momento en el que vive y es. Y a mi parecer vuestro presente es igual de sagrado que el presente de cualquier otro ser, de manera que no privaremos de tal don a nadie en aras de un futuro que no se posee con certeza.

Aquellas palabras dieron por zanjada la cuestión, y Lord Sutton retrocedió avergonzado, hasta quedar relegado en un segundo plano.

Tras esto se trataron diversos temas y cuestiones. Las bajas sufridas en el arroyo habían resultado cuantiosas, pero no catastróficas, dejando hombres suficientes para defender las murallas, aunque no los bastantes como para soportar un asedio prolongado y decidido. Lilian, Tania y las demás mujeres propusieron hacerse cargo de la defensa en la muralla norte, que amén de ser la menos expuesta, sería de la que más fuerzas podrían desviar para atender otras secciones más comprometidas. Ron mostró su acuerdo, y así se hizo; las mujeres no solo terminarían de apuntalar y terraplenar la muralla, también la defenderían con los hombres que se asignaran para tal fin.

—Nuestro principal objetivo es defender la entrada sur —explicó Ron—. Allí el mazazo será más contundente y el Enemigo tratará de sobrepasarnos en las marismas y el lago.

Lord Tyrol se aproximó entonces al centro de la reunión y, carraspeando, sugirió:

—Apoyo todas vuestras disposiciones, mi señor. Pero quiero llamar la atención sobre una pequeña cuestión que tal vez no hayamos considerado.

—Decid —lo invitó Ron, aunque el noble todavía tardó unos segundos en responder, como si lo que tuviera que decir fuera una vergüenza.

—Un pacto —propuso al fin, sin añadir nada más, y causando un gran silencio por respuesta.

—¿Disculpad? —preguntó Ron.

—Un pacto —repitió Tyrol—. El enemigo ha sufrido un varapalo considerable en las Terrazas. Quizá sería factible llegar a algún tipo de

acuerdo, que nos permitiera evitar la lucha y la aniquilación. Somos muy pocos —continuó, para apaciguar los primeros reproches—. Haced las matemáticas. ¿Cuánto aguantaremos? ¿Una semana, un mes? Tarde o temprano sucumbiremos.

Ron se volvió hacia Kadros, como si no le quedaran fuerzas para aquello e invitara al Kaimu a responder por él.

—Hay también otros aspectos que no habéis considerado vos, milord —Tyrol desvió brevemente la mirada hacia Lord Sutton, que todavía se lamía las heridas tras una pilastra—. No se puede pactar con quién te quiere aniquilar; y solo puede esperarse vileza de quien es vil.

—¡No tenemos defensa posible contra lo que se avecina, Kadros! —trató de razonar Tyrol.

—Nuestra mejor defensa es no parecernos a ellos, milord. Puede que tengáis razón, quizá no ganemos esta batalla; no por la fuerza de las armas, al menos.

Y cuando dijo: “No por la fuerza de las armas, al menos”. Kadros desvió la mirada hacia Sarmiento, como si ambos compartieran un momento de intimidad cargado de significado. Un secreto que solo ellos parecían comprender, y que, sin embargo, no pasó desapercibido para Torgund, pues también lo sospechaba.

Kadros prosiguió.

—No es cuestión de morir o vivir a cualquier precio, mis señores. Es cuestión de cómo vivir y cómo morir. Proponéis soluciones temporales, cuando lo efímero no tiene substancia. Por eso os digo a vos, os digo a todos... en este combate, el combate de nuestras vidas, lo primordial es mantenerse recto, que no enderezado.

Nadie osó volver a cuestionar las decisiones tomadas. El resto de la reunión transcurrió con serenidad y matemática precisión.

Organización, fuerzas, preparativos... todo estaba dispuesto, tan solo era cuestión de cuándo.

¿Cómo? ¿Por qué? Ya no tenían cabida.

* * *

La sala se despejó con rapidez y quedaron a solas Sera, Sarmiento y Ron. Durante largo tiempo se observaron y se estudiaron, sopesando quién de ellos daría el primer paso, o plantearía la pregunta obvia. Llevaban semanas eludiendo reunirse y tratar aquella cuestión. Pero ninguno cometió el error de hacer una pregunta tonta, por lo que, tomando directamente la iniciativa, fue Ron quién dijo:

—¿Cómo lo supiste? —preguntó, dirigiéndose a Sarmiento—. ¿Cómo sabías dónde tenías que golpear para que los Mork se retiraran? —preguntaba por el sueño común que habían compartido de tan extraña manera.

—Yo... —comenzó Sarmiento dubitativo—. No lo sé con certeza. Igual que no sé por qué compartimos sueños, destinos, o dolencias... Pero en aquel instante lo vi con claridad. El Enemigo no tolera la burla; no digo el insulto, pues el insulto es algo vulgar propio de él; hablo de la burla, el descrédito, el desprecio. Necesita ser protagonista, hacerse notar, tiene un ansia que lo corroe por reclamar el crédito por todas las maldades que urde. Y no darle crédito o atención lo enerva.

Ron y Sera asintieron.

—¿Cómo podemos vencer, o parar esto? —preguntó Ron, dando al fin señales de debilidad que no se permitía en presencia de los otros, pues Sera y Sarmiento eran como sus hermanos. El ciego reflexionó antes de responder; y de alguna manera, Ron y él mismo pudieron escuchar en sus cabezas las respuestas de Sera, sin intermediación de Mejunje, que, compungido, esperaba fuera por lealtad, por deber y por amor.

—Es posible que nuestro objetivo no sea vencer —concluyó Sarmiento.

—¿Qué quieres decir? ¿Insinúas que no hay esperanza? —preguntó Sera en su cabeza.

—Yo no digo eso... solo digo que a veces planteamos el concepto de victoria o derrota desde una perspectiva simplista: ellos, o nosotros —decía, mientras movía las manos de un lado a otro como una balanza—; más armas, contra menos armas; más muertos, contra menos muertos... —lo miraban asombrados—. Y como dijo Kadros... no creo que podamos ganar por la mera fuerza de las armas. No contra este Enemigo.

—Entonces... ¿Todo está perdido? —aseveró Ron.

—No lo creo. No —afirmó con seguridad Sarmiento.

—¿Cómo puedes saberlo con tanta seguridad? —quiso saber Sera—. ¿Quién pudo enseñarte a combatir sin armas y a ganar sin fuerzas?

Sarmiento reflexionó brevemente, sin responder. Por un momento parecía que sus ojos brillaran con su fuego original, antes de quedar invidente.

—Puede que todos, puede que nadie —fue su críptica réplica, antes de añadir—. Puede que Lucius.

Entonces un gran griterío y una sucesión de rápidas carreras interrumpió la conversación y atrajo la atención de los tres, que, abandonando el salón, accedieron al exterior por uno de los balcones.

Desde allí contemplaron lo que todo el mundo veía retrepados en las murallas.

El Enemigo había llegado, y sus fuerzas acampaban a pocas millas del Lago Real. Pero, queriendo infundir el miedo en los corazones de los sitiados, había decidido enviar un emisario muy singular.

El hombre enviado, pues era un hombre, aunque su magullado cuerpo no permitiera distinguirlo de un despojo, daba alaridos y gritaba desesperado. Dos criaturas de pesadilla lo portaban; eran dichos seres tan altos como tres hombres y tenían siete brazos decorados con pulseras grabadas de letras prohibidas.

El desgraciado era llevado en volandas por encima de las cabezas de aquellos monstruos, que sujetaban con sus musculosos brazos una enorme estaca. A la estaca iba atado el hombre, sentado sobre una plataforma que descendía al mismo ritmo al que la afilada lanza penetraba en su cuerpo por el ano.

Y el hombre gritaba desamparado; y las criaturas comenzaron a dar vueltas alrededor de la ciudad, mostrando su trofeo como si de su estandarte se tratara. Así atemorizaron los corazones de aquellos que debían defender la ciudad, pero también aligeraban cualquier duda que pudieran albergar sobre pactos o rendiciones. Pues aquel ajusticiado no era prisionero de guerra o amigo de nadie. Aquel reo era de las propias filas del Enemigo; y si su oponente trataba de tal manera a los que eran de su ejército... ¿qué prebenda podrían esperar ellos?

Sesenta y seis vueltas dieron a la ciudad con tan macabro espectáculo, hasta que la voz del desgraciado se fue apagando y la punta de la estaca brotó de entre el cerco de sus dientes.

Las bestias arrojaron el cadáver al Lago Real y abandonaron el lugar apresuradamente, entre risas animales que parecían balidos.

El estarosta de Mil Ríos dio una única orden. Varios pescadores lanzaron sus barcas al Lago Real, saliendo por una de las arcadas que se abrían en la muralla para tal uso. Con bicheros y cuerdas recuperaron el cadáver; poco después el cuerpo fue lavado, ungido y enterrado con algo de dignidad.

Era la primera víctima enterrada en aquel día. El asedio contra Agbara Ti Emí había comenzado.

* * *

Los días pasaban, y pasaron las semanas. Y aunque los Mork se mostraban inquietos y ardían en deseos de atacar Mil Ríos, la caudilla Sonya había conseguido retenerlos apelando a la razón y la estrategia. El varapalo en el Arroyo de las Terrazas había tenido una doble función. Habían medido sus fuerzas y habían purgado el Ejército de los Últimos Días de aquella chusma indisciplinada de Mundo Antiguo, pues ningún Adhan había regresado; y los que habían sobrevivido, habían desertado, convirtiéndose en reos de muerte allí donde se los avistara.

—¡Deberíamos estar atacando ya sus murallas! —exclamó Fasto.

—¡Cada minuto que pasamos aquí debatiendo estrategias, es un minuto que nuestro enemigo tiene para reforzarse! Y tras la reciente batalla, sus corazones están envalentonados. El momento de atacar es ahora —añadió Zagut.

—Percibo un cambio de actitud con respecto a nuestra última reunión. ¿A qué tanta prisa? —preguntó Sonya—. ¿Qué ha cambiado? —los Mork se removían nerviosos, como si hubiera algo que los atormentara. Aunque eran seres preternaturales, en aquellos instantes a Sonya le parecieron sumamente humanos. Casi podía oler su sudor desde donde se encontraba. Sabiéndose dueña de la situación, replicó con penetrante suspicacia— ¿Acaso habéis tenido una pesadilla que os atormenta, o habéis visto presagios que os desvelan por las noches?

Fasto resopló y se retiró contrariado.

Entonces Sonya comprendió cuán cerca había estado de la verdad, y prefirió callar, en lugar de ahondar en sus heridas. Advertida por los gestos de

disgusto de sus contertulios, se apresuró a hablar, intentando distraer la atención y evitar así que la furia de los Mork pudiera volverse contra ella.

—Nuestras fuerzas están prácticamente intactas. Y los hombres perdidos... —Sonya rio entre dientes al recordarlos— esos Adhan, no eran más que peones útiles; os he librado de un aliado imprevisible e indisciplinado. No ha sido sino un simple calentamiento para desgastar sus defensas y obtener un beneficio.

—¿Qué beneficio? —quiso saber Reflejo, sin ocultar su desprecio por aquella mujer.

—Carecen de suministros —sentenció Sonya—. En este momento controlamos la mayor vía de acceso a la ciudad. Habiéndose retirado del Arroyo de las Terrazas nada nos impide iniciar el asedio. Creía haberlo dejado claro en nuestra última reunión.

—Mide tus palabras, mujer —intervino Zagut. La caudilla le devolvió la mirada como si hablaran de igual a igual.

—Ya lo creo que lo hago —replicó, desafiante.

Leviathanas se adelantó, apaciguando los ánimos, y evitando así perder a su nuevo comandante fetiche por la ira de los Mork.

—Lo que la general quiere decir... —todos enfocaron la vista en el hombre que parecía ser un anciano, aunque sus movimientos revelaran una vitalidad poco acorde con su aspecto— es que el tiempo juega a nuestro favor, y por tanto actuar con premura podría acarrear males mayores.

—¡Exacto! —exclamó Sonya, agradeciendo la intervención de Leviathanas.

Los Mork rezongaron, y un rayo cayó a tierra en la distancia como si el mismísimo Sarkôn mostrara su disgusto.

—¿Y qué sugieres entonces? —preguntó al fin Fasto, dirigiéndose a la caudilla.

Sonya se detuvo a mirar a Leviathanas antes de responder, como si con aquella breve mirada le estuviera solicitando cobertura en caso de que las cosas fueran mal. Y entonces dijo:

—El plan no ha cambiado. Hemos sembrado el terror en los corazones de nuestros enemigos, nos hemos librado de la rémora que suponían los Adhan, y contamos con un nutrido ejército. Los desterrados y desahuciados de

los tres territorios, a saber: Mil Ríos, la Cascada y la Escala, conforman fuerzas suficientes para poner sitio a la Fortaleza del Agua. Eso, sumado a las ingentes bestias y seres que os rinden pleitesía, debería ser más que suficiente para doblegarlos.

—¿A qué esperamos, entonces? —preguntó Reflejo, impaciente.

—Pues... en parte, a la marea adecuada —comenzó a responder Sonya—. Ese Lago Real, o como lo llamen, parece tener vida propia, y posee un calendario de mareas bastante caprichoso. Pero, gracias a nuestros amigos de Mil Ríos, hemos conseguido estipular la ventana perfecta para atacar.

—¿Y bien? —dijo Fasto.

—Mañana... al alba —replicó Sonya.

—¡Perfecto! ¡Atacaremos con todo!

—Bueno... —lo contrarió ella, enfriando su apasionamiento—. Dejaré en la reserva una generosa fuerza en caso de que las cosas no fueran como esperamos. Pondremos a prueba esas murallas y sus defensas, y valoraremos su fuerza.

Los Mork volvieron a mostrar su disgusto, y Sonya continuó:

—Salvo que preferáis perder todos vuestros efectivos en un solo enfrentamiento, claro.

Ellos negaron con la cabeza.

—No, claro que no.

—Bien... —completó Sonya, rubricando su victoria—. En ese caso, iniciaremos el asedio con máquinas convencionales y escalas. Las tropas humanas irán en primer lugar. Mientras esas fuerzas ejercen presión sobre el enemigo, aprovecharemos para cavar dos o tres pozos tras nuestra primera línea, y aseguraremos sendos brocales con piedra para que cuando la marea suba no se aneguen.

—¿Pozos? —preguntó Leviathanas, enarcando una ceja suspicaz y adelantándose a las airadas recriminaciones de los demás.

—Sí —se reafirmó Sonya—. He ordenado al general Hadar que supervise esta operación personalmente.

El general asintió.

—Tendremos listos dos o tres brocales de piedra antes del atardecer —aseguró el veterano.

—¿Para qué? —insistió Leviathanas. Sonya estaba obligada a responder, si no quería dar cuenta ante aquellos seres; el regente de Mil Ríos, aviesamente, conducía las respuestas de su caudilla con aquellas preguntas, buscando que paliara la desconfianza de sus soliviantados señores.

—Sencillo. El primer ataque constituirá una distracción. Si tiene éxito, perfecto. Arrasaremos Mil Ríos en un día y os entregaré la cabeza de ese niño que se hace llamar estarosta... —aquello parecía complacer a los Mork—. Pero he de contemplar la posibilidad del fracaso, o no sería un buen general. Y es por ello qué cavaremos pozos, para, llegado el caso, excavar minas bajo la superficie, alcanzar los cimientos de esas murallas, y rellenarlas de tanto polvo negro como tengáis en la reserva. En última instancia, si todo saliera mal, volaremos las murallas desde debajo de la tierra, e inundaremos la ciudadela con sangre y fuego.

El plan resultó del agrado de todos y la victoria parecía segura. Nadie mostró discrepancias abiertamente, no al menos hasta que Fasto, que había permanecido en silencio, escuchándola con atención, añadió:

—¿Y si ese plan tuyo también fracasa? —la audiencia quedó muda en el acto, y los rostros, que hacía un segundo contemplaban a Sonya con agrado, volvían a mostrarse ceñudos.

—Para eso es para lo que tengo a un tercio de nuestro ejército construyendo máquinas de asedio, mis señores.

—Pensé que serían para la muralla principal —afirmó Zagut; pero Sonya negaba.

—No. Eso es lo que queremos que piensen. Esas máquinas, esos nuevos ingenios, servirán a otro propósito... pero esperemos no tener que utilizarlos.

Por el momento le concedieron la victoria dialéctica a aquella mujer. Si fracasaba, su muerte sería igualmente lenta y agónica, y ella lo sabía. Por tanto, era la principal interesada en que aquella operación tuviera éxito.

Durante largo rato definieron las líneas básicas de las próximas horas y repartieron órdenes desde el último rango de la tropa al primero. Sonya se había vuelto muy concienzuda y metódica a la hora de dirigir a sus ejércitos. No permitiría que nadie más se desbandara bajo su mando, no como aquella vez, no como en el Harén.

Así transcurría la noche, hasta que un regalo inesperado apareció entre ellos. Desde varios cientos de metros pudo escucharse el clamor, y cuando

estuvieron más cerca, el aire vibró con los aleteos, gorjeos y graznidos.

Una bandada de cuervos volaba desde la tierra de los arroyos y se dirigía directa hacia el campamento.

Sus gritos y revuelos hicieron que los reunidos se detuvieran a contemplar aquella inesperada interrupción. Pero Leviathanas observó con agrado como Huginn volaba al frente de aquella tropa de binaturales, tal y como se le había ordenado.

Lo que no esperaba era ver lo que traían consigo.

Sostenido por los picos y garras de una docena de negros pájaros, un despojo de hombre, empapado y con la ropa convertida en jirones, surcaba los cielos hasta ellos.

Cuando estuvieron apenas a dos metros de distancia, los cuervos soltaron su carga y dejaron caer al desgraciado como un saco de excrementos. Al caer, el hombre profirió un grito ahogado cuando su tibia izquierda se quebró como una rama.

Resollando, empapado, con los pelos pegados contra el rostro y gimiendo por el dolor de sus no escasas heridas, aquel hombre inspiraba lástima. O la habría inspirado si hubiera servido a otros señores.

—¡Mira lo que nos ha traído la corriente! —exclamó Sonya.

—Bien hecho, Huginn —lo felicitó Leviathanas, acariciando el cuello emplumado de una de las aves que descansaba sobre sus hombros.

El recién llegado escupió agua y sangre entre toses.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó Leviathanas. Huginn se descolgó de su hombro y adoptó su forma humana con total naturalidad.

—Río arriba. Lejos del combate. Escapó con algunos otros de la matanza posterior, cuando las fuerzas de Mundo Antiguo se desbandaron —afirmó Huginn, satisfecho de sí mismo.

—Has hecho bien, hijo —aseguró Leviathanas, con un cumplido hacia Huginn, que removi6 su cuello veloz como un ave, aunque no sintiera felicidad alguna—. Así que... un desertor —continuó entonces el profeta, dirigiéndose al hombre que vaciaba la vejiga a sus pies.

—Yo diría... coff...cofff —tosió repetidas veces—. Un superviviente... aunque supongo que os habéis ganado el derecho de denominarme como queráis, pues he sido testigo de lo que habéis hecho con los míos —continuó—. Aquellos que trataron de salvar el pellejo y replegarse

para luchar otro día... aquellos que os eran leales.

Leviathanas se acuclilló junto al hombre, con gesto divertido.

—¿Alawi? —preguntó—. ¿Lo pronuncio bien, Alawi? —el hombre asintió volviendo a toser—. Mundo Antiguo es cobarde, ha dejado de existir y todos tus hombres han...

—Eso es mentira —susurró Alawi, sin que apenas pudiera oírse su apagada voz.

—¿Disculpad? —preguntó Leviathanas, contrariado.

—Mundo Antiguo no es cobarde y no ha dejado de existir... coff... vosotros lo habéis destruido.

Nadie respondió ante aquella acusación. Tan solo Huginn se aproximó al agonizante, propinándole un puntapié en la mandíbula.

—Eso es algo que habéis hecho vosotros solos —afirmó Leviathanas—. Los tuyos nunca necesitaron ayuda para autodestruirse. Los de tu raza, tu “cultura”, tu mundo, tu modo de vida, hace mucho tiempo que eligieron la destrucción para sí y para los demás.

—Quizá... coff... —escupió una flema— nos equivocamos de señor... —concluyó Alawi. Huginn parpadeó repetidas veces al escuchar aquello, y se quedó paralizado por un instante, recordando a su hermano Muninn. Retazos de una vida pasada que ya no era suya lo asediaron al escuchar las palabras de aquel moribundo.

Leviathanas levantó la mirada divertido hacia los Mork y rio con fuerza. Después observó a Sonya, que permanecía junto a él sin decir palabra.

—Caudilla... es posible que encontremos alguna utilidad para este desertor. Seguro que somos capaces de implementar algún tipo de castigo edificante, que sirva de advertencia para nuestros enemigos.

Sonya asintió.

—¿Puedo sugerir un empalamiento? —solicitó ella.

—Aunque no niego que disfruto con vuestro particular gusto por destrozarnos los rectos de los varones, es posible que para nuestras intenciones necesitemos de algo más espectacular —afirmó Leviathanas—. Algo que intimide a nuestros enemigos.

—¡Empaladlo! —exclamó Fasto—. Yo haré que dos trolls lo carguen en una plataforma. Rodearán la ciudad una y otra vez con este desgraciado

suplicando por su muerte, hasta que no le quede aliento.

—Sí... sí —se relamía Leviathanas, y con él Trifania y Zagut—. Eso sería un comienzo francamente teatral para nuestro ataque.

XL

AGBARA TI EMÍ

El último episodio de La Tercera Guerra entre el Abismo y el Cielo comenzó así, con un desgraciado gritando desesperado a las puertas de una ciudad que nunca llegaría a pisar. Aquel acto de impiedad, perpetrado por un enemigo que desconocía semejante palabra, constituyó la salva inicial de los últimos días de los hombres.

A las puertas de la Fortaleza del Agua, rebautizada por sus defensores como Fortaleza del Espíritu, o Agbara Ti Emí, se reunían las legiones del Ejército de los Últimos Días. Y al frente de tal horda cabalgaban Sonya y Hadar; ella sobre un poderoso ruano negro que despedía espuma por los ollares, él sobre un frisón color caramelo cuya belleza parecía fuera de lugar.

Junto a los generales permanecían de pie los Mork y su sirviente, Leviathanas, sobre cuyos hombros descansaba Huginn.

Resulta típico de los preliminares de una batalla hacer referencia al silencio que se puede cortar con un cuchillo, o a la calma que precede a la tempestad, pero sería impensable creer que semejante tropa permanecía en silencio. Bastante era que mantenían la formación de manera ordenada.

Por el contrario, tras las murallas sí había sobrevenido un silencio premonitorio, mientras soldados y civiles contenían la respiración y cerraban los ojos queriendo despertar de aquel sueño. Mas cuando asomaban las cabezas por encima de los parapetos...

Hilera tras hilera y columna tras columna, formados en escuadras y ordenadamente distribuidos en el espacio disponible, se arremolinaban hombres, bestias, monstruos y otros seres. Amenazadoras máquinas de asedio se vislumbraban tras las líneas enemigas y sus operarios se afanaban para

tenerlas a punto.

—¿A qué esperan? —preguntó Marlon, nervioso.

—Tranquilo, muchacho —le llegó la voz de Lord Brown, que junto al resto de nobles habían decidido defender las murallas como uno más—. No hay que desear la batalla, sino terminarla.

—¿Alguna otra máxima que queráis compartir? —preguntó Lord Sutton, junto a su hombro. Lord Brown desvió la mirada.

—Sí... nunca interrumpas a tu enemigo cuando está cometiendo un error.

—Eso os lo acabáis de inventar —comentó Lord Tyrol.

—Puede ser. Tal vez nunca lo sepamos —rio. Su risa sonó extraña bajo aquel silencio, como temerosa de romper el manto de quietud previo a la batalla.

—¡Mirad! —interrumpió Varley, señalando por encima de los paramentos.

Una mujer, que parecía dirigir aquella ingente fuerza, hizo un ademán imperioso y se adelantaron dos exploradores con sendas varas de fresno. Los hombres se aproximaron al Lago Real, donde comenzaban las marismas, ya bajas por la hora temprana, y sumergiendo sus bastones en el agua comenzaron a tantear el terreno, midiendo la profundidad y la firmeza del lecho. Cuando hubieron comprobado la adecuación del mismo, hicieron señales a su general y retrocedieron tras sus líneas a la carrera.

Entonces la mujer se alzó sobre los estribos para gritar:

—¡Cargad! —su orden resonó como un terremoto.

Las primeras líneas del enemigo estallaron como un hormiguero al ser removido con una ramita. Cientos de hombres ávidos de sangre y botín avanzaron a paso ligero, adentrándose en la marisma con el agua por los tobillos.

Desde la muralla, en el matacán construido sobre la puerta principal, Marthia se asomó y escudriñó a la mujer, pues había reconocido su voz.

—Sonya... —susurró para sí, pensando que nadie la escuchaba. Pero Clovis, Rogto, Safiro y Xifo, que estaban junto a ella, reconocieron el nombre y la preocupación que asediaba a Marthia.

Desde el patio llegó la profunda voz de Torgund:

—¡Esperad a que atraviesen las marismas! —gritaba a los hombres allí reunidos junto a una docena de catapultas.

La ola de asaltantes corría ahora, tan rápido como podía, para cubrir el espacio que los separaba del talud y la cortina de la muralla, sabedores de que, una vez pegados a ella, los defensores no tendrían ángulo para usar sus defensas y el combate cuerpo a cuerpo les daría la victoria por avasallamiento.

Aquella marabunta salió a pie enjuto de la marisma y comenzó a correr por la explanada que daba acceso al foso y el paño de fría roca. Las órdenes de uno y otro bando resonaron prácticamente seguidas, como un eco:

—¡Fuego! —gritó Torgund.

—¡Fuego! —ordenó Sonya, dirigiéndose a su retaguardia con aquel berrido.

Las salvas y proyectiles se cruzaron en el aire de la mañana, trazando parábolas hacia dentro y hacia fuera de Agbara Ti Emí. Desde la fortaleza volaban grandes piedras, y hacia la fortaleza volaban bolas de paja envueltas en brea que estallaban como bombas contra las casas y edificios; así el fuego comenzó a extenderse por toda la ciudad.

Viendo cómo las llamas amenazaban con consumir por completo la fortaleza, Ron descendió de su torre, desde donde contemplaba y dirigía la defensa, pues no le habían permitido situarse en primera línea como a él le habría gustado. Le acompañaban Sera, Sarmiento y Mejunje, a los cuales tampoco habían permitido sumarse a la batalla principal, por razones obvias.

El estarosta buscó a Lilian con la mirada, encontrándola al poco entre vendas y ungüentos, atendiendo a los primeros heridos junto con Dana.

—¡Hay que controlar los fuegos! —gritó Ron para hacerse oír por encima del estrépito. Ellas asintieron, y entre todos organizaron con rapidez cuadrillas que se afanaban en extraer agua de los aljibes y extinguir los fuegos allí donde brotaban.

Mientras, la lluvia de fuego proseguía. Las descargas de piedra batían rítmicamente las fuerzas que corrían hacia la fortaleza barriéndolos como bolos, y la distancia entre el rebotadero y la primera línea se acortaba.

Torgund se desgañitaba tratando de aumentar el ritmo de los disparos, cargando él mismo peñascos enormes con la sola fuerza de sus brazos. Aquel día perdieron dos catapultas, que ardieron como fósforos al ser alcanzadas por

proyectiles enemigos, pero en ningún momento llegaron a silenciarlas.

Con todo, no pudieron evitar que la marea humana que corría hacia ellos estallara contra la muralla como si fuera un rompeolas. Los asaltantes entraron en el foso y se esforzaban por trepar por el talud hasta el pie de la cortina. Las catapultas no callaban y sobre las murallas los defensores se apremiaban para arrojar cascotes, vasijas y saetas sobre la vertical para disuadir a los atacantes. Pero a estos últimos los empujaba un deseo fanático.

Sobre su caballo, Sonya contemplaba el hervidero en que se habían convertido los muros, con divertida fascinación. En ese momento se volvió hacia la segunda línea y dio la orden:

—¡Escalas y zapadores!

En el acto se adelantaron un centenar de hombres, portando una veintena de escalas fabricadas con madera flexible y cordones de cuero. Tras ellos corrían una nueva ola de infantería y, seguidamente, cientos de hombres armados con zapapicos y palas. Estos últimos eran los encargados de comenzar a cavar los pozos, aunque esperaban que, si el ataque proseguía de aquella manera, no tuvieran que utilizarlos.

Entre los zapadores había muchos que arrastraban carretillas cargadas con piedras para los brocales de los pozos, y otros que tiraban de carretas llenas de maderos, para una vez abiertas las minas irlas apuntalando metro a metro. En un terreno como aquel, bajo un lago y una marisma, el techo de la mina sería inseguro e inestable, pero no imposible de sustentar.

Sobre las murallas Varley y Marlon, codo con codo, se sucedían agarrando enormes piedras y arrojándolas paño abajo.

—¡Diana! —exclamaba Varley, cuando acertaba a alguno. Y su hijo le devolvía la sonrisa, como si del temor hubieran pasado a la euforia en aquel juego demencial.

—¡Escalas! —gritó Brandon, de pronto, tras ellos, que aterrado señalaba en la distancia. Varley se asomó sobre la almena más cercana, contemplando las veinte escaleras que corrían hacia ellos. Se giró hacia el patio interior y gritó.

—¡Torgund! —el gigante lo miró—. ¡Escalas, a unos quinientos metros! El Kaimu se dio por enterado y comenzó a recalibrar las defensas.

—¡Alto el fuego! ¡Retroceded las catapultas unos metros, hacia los edificios!

Los grandes armatostes crujieron sobres sus ruedas cuando se retiraron los calzos. Las asentaron en su nueva posición y abrieron fuego a discreción.

Cinco escalas fueron alcanzadas convirtiéndose en astillas, pero las otras quince avanzaban con decisión y eran ya imparables.

—¡Espadas y bicheros! —ordenó Lord Brown, viendo las escalas aproximarse. Los que estaban a su alrededor aferraron los bicheros que utilizaban en los muelles, y que ahora servirían para despegar las escalas de la cortina de la muralla.

—¡Están demasiado cerca! —temblaba Brandon, detrás de Varley—. ¡Si consiguen emplazarlas... estaremos perdidos, inundarán el adarve y la fortaleza, y no podremos hacer nada!

—¡Brandon! —gritó Varley, tratando de sacar al muchacho del shock sacudiéndolo por los hombros.

—¡Todos moriremos! —dijo el chico.

—¡Brandon, para! —chilló Varley.

Pero el chico no cesaba. En ese momento una mano firme apartó Varley a un lado y descerrajó un sonoro bofetón sobre la mejilla del chico. Acto seguido, Tania, que era quién había aparecido de la nada, agarró por la pechera a Brandon y, escupiéndole las palabras en la cara, añadió:

—¡Comienza a ser un hombre ahora que aún vives!

El chico salió de su estupor, y dejó la sorpresa y la parálisis atrás. Tania lo ayudó a incorporarse y devolviéndole su arco añadió:

—¡Apunta y mata a esos cabrones!

Varley se volvió entonces hacia ella:

—¿Tú de dónde sales?

—¡He venido a ver cómo os iba! —respondió ella.

—Estupendamente —replicó Varley, sarcástico—. Recuérdame que nunca te haga enfadar... atizas fuerte.

—Ten cuidado —rio ella—. Vuelvo de nuevo con Lilian, me necesitan con los fuegos y los heridos... ni se te ocurra estar entre ellos ¿vale?

—Querida —dijo, mientras arrojaba una piedra por encima del muro—. Hace mucho que el alcohol se atribuyó el derecho a matarme. No hay ningún hierro que le vaya a quitar ahora ese privilegio. Además... no se me ocurriría desobedecerte.

Tania le robó un beso en la mejilla y descendió las escaleras con rapidez.

Mientras, las escalas ya descansaban sobre los muros y los enemigos se agolpaban a sus pies tratando de ascender.

Los defensores se emplearon a fondo tratando de desengancharlas, pero cuando quitaban una, otra ocupaba su lugar, de manera que quince parecieron quince mil. Tarde o temprano los rebasarían, y cuando el primer enemigo pusiera un pie en el adarve y tuvieran que encargarse de frenarlos... los aplastarían, ascenderían como una jauría por la muralla y sería el fin.

La lucha se prolongó toda aquella mañana, alcanzando un desagradable punto muerto en el que unos no conseguían saltar las almenas y otros eran incapaces de repelerlos.

Pero tarde o temprano... tarde o temprano.

Marlon miró a su alrededor, tras hundir un cráneo que asomaba por encima del muro. Era más de medio día, ¡qué demonios! Seguro que se había pasado ya la hora de comer. Y allí seguían. Necesitaban descansar, reponer fuerzas, restañar las heridas, pero si no conseguían destrozar aquellas escaleras el enemigo no descansaría. Tenían hombres de sobra para hacer relevos en el ataque, mientras que ellos debían emplear todo lo que disponían en la defensa.

Al mirar hacia el interior del patio, donde las catapultas seguían vibrando, tratando de menguar el número de enemigos que todavía se repartían por la marisma, sus ojos fueron atraídos por la cautivadora belleza del fuego que había brotado en un edificio cercano.

Permaneció así durante unos instantes, a ojos de su padre, idiotizado.

—¡Marlon! —lo sacudió Varley. En ese mismo instante su padre lo arrojó al suelo echándose sobre él, y una flecha voló sobre sus cabezas, con tan mala fortuna que se alojó en el ojo izquierdo de Lord Gránico, el cual cayó muerto por encima del adarve hacia el patio. Su cuerpo, al estrellarse contra los adoquines, hizo un ruido húmedo que les puso los pelos de punta—. ¡Joder! —apuntilló Varley, como triste epitafio para aquel noble.

—¡Tengo una idea! —gritó Marlon.

—¿De qué coño hablas? —replicó Varley.

—¡Tú espera aquí!

—¡Marlon!

Pero su hijo corría escaleras abajo y atravesaba el patio rumbo a los edificios en llamas, mientras el combate se recrudecía en las murallas.

A los pocos minutos, cuando parecía que todo iba terminar y que el enemigo los desbordaría, apareció Marlon con dos antorchas ardientes en la mano, y un par de pellejos de aceite sobre sus hombros.

—¡Esto servirá! —gritó, pasándole una a su padre.

Varley lo miró jadeando. No disponían de grandes cantidades de aceite; la mayoría se había consumido en las Terrazas, y el resto lo guardaban para una situación más desesperada, si es que la había. Pero tampoco necesitaban más para prenderle fuego a las escalas que asomaban por encima del muro.

Una tras otra, ardieron.

Los enemigos se arrojaban al vacío desde lo alto, huyendo del fuego; las estructuras de madera y cuero se desmoronaban como castillos de naipes, y la ceniza y las pavesas eran llevadas por el viento junto con los gritos de los moribundos.

El día había terminado. La victoria distaba mucho de entregarse a cualquiera de los dos bandos.

* * *

Ambos bandos aprovecharon las horas de oscuridad para vendar sus heridas y rehacer filas. En la Fortaleza del Agua se había instaurado una profunda sensación de pesimismo y desánimo. Una ineluctable desesperación oprimía los corazones y hacía perder la perspectiva a todo aquel que defendía la muralla, pues no veían el sentido de defender aquel bastión contra los inevitables embates del destino.

¿Cómo evitar sentir la desesperación abrirse paso dentro de uno, cuando todo a tu alrededor se desmorona? ¿Cómo no preguntarse por la razón de la propia existencia, cuando se nos priva de todo cuanto amamos?

Este era el tipo de preguntas que se hacían tras las murallas. Y como cualquier otro día, se departió entre los mandos, hubo reuniones entre los subalternos y se trazaron planes de cara a los próximos combates.

Sin embargo, algo varió con respecto a las jornadas previas.

Kadros asistió silencioso a todos los mandatos del estarosta. Atendió a los deseos de aquel muchacho que era ya un hombre y se manejaba como tal. Y viéndolo en toda su magnificencia, supo que ya no le necesitaba.

No, al menos, como lo necesitaba antes. Ron ya no requería un protector; ya no eran necesarios ni Kadros, ni Varley, ni nadie. No obstante, el joven estarosta necesitaba algo que no sabía, y que no había solicitado. O tal vez sí lo supiera, pero llevado por los avatares y necesidades del momento lo postergaba u olvidaba, aturdido por los tambores de guerra.

Así, Kadros recordó a Xila. Lejana como un recuerdo de infancia, pero tan viva como la alegría que producen estos al ser recuperados de la memoria. Y sus palabras resonaron de nuevo dentro de Kadros, advirtiéndole: «*Antes del final, tuya será la responsabilidad y el momento...*» Y no sería esta la última vez que recordara aquellas palabras antes del final.

Impelido por aquel recuerdo, reunió con permiso de su señor a todos aquellos que desearon acompañarle, y juntos retomaron la vieja tradición, largamente olvidada. Reunidos los desamparados, los desesperados, los desahuciados, heridos, moribundos y atribulados, todos con una sola voz se encomendaron a Kilumaras. Y Kadros les presentó a Aquel que Trae la Luz como si les redescubriera una vieja amistad que habían olvidado.

Aquella noche Mil Ríos restañó algo más que sus heridas físicas, y dispuso cuerpo y alma para lo que el amanecer trajera consigo.

* * *

Por el contrario, entre las filas del Ejército de los Últimos Días se hacía recuento y represión ante el fracaso. Se ajusticiaba a los disidentes y a aquellos que mostraran conductas desleales.

Los Mork por su parte callaban, al menos por el momento, y otorgaban a su general el beneficio de un nuevo asalto. Aunque para tal cesión fuera necesaria la intervención de Leviathanas, o tal vez, si no, Sonya hubiera terminado sus días empalada sobre la misma estaca a la que tan aficionada se había hecho.

* * *

Al alba, cuando cualquier narrador habría gustado de escribir: “*Despuntaba el sol*”, una imperecedera penumbra lo cubría todo.

Durante la noche, las cuadrillas de carpinteros y curtidores, que servían bajo el ejército de las tinieblas, habían reconstruido las escalas calcinadas durante el día anterior. Y no solo las habían reconstruido, sino que habían multiplicado su número hasta doblar la cantidad.

Esa mañana, cuando la marea de las marismas bajó, dejando libre su estrecho paso, Sonya lanzó toda su fuerza al ataque.

Leviathanas contemplaba la carga desde una elevación cercana, acompañado de su ya perenne compañía.

—¿Qué trama ahora esa mujer? —preguntó Fasto.

—Lo que no funcionara ayer... ¿Por qué habría de funcionar hoy? —quiso saber Zagut.

El siervo respondió adulator a sus preguntas:

—Mis amos... la batalla es importante... pero creo que más importante es lo que sucede tras la cortina que ha establecido la caudilla —los demás desviaron la vista hacia Leviathanas, interesados—. Vos mejor que nadie deberíais conocer la doblez y el arte del engaño. La caudilla invierte todos nuestros recursos en un ataque frontal, del cual no espera mayor éxito que antes, salvo para desgastar sus defensas. Y mientras Mil Ríos se afana en contenernos... esos pozos que iniciaran ayer, esas minas subterráneas, avanzan inexorables hacia las murallas. Y cuando estas caigan...

—Nadie se nos opondrá —concluyó Trifania, tensando los tendones que asomaban entre los despojos de su rostro.

* * *

La infantería, cubierta por el fuego constante de flechas y proyectiles incendiarios, cargó en un amplio frente que cubría la muralla de la Fortaleza del Agua de extremo a extremo.

Los incontables hombres que atestaban la explanada cenagosa frente a las puertas, colisionaron contra la fría roca como en el día previo.

Las mismas escenas se repitieron entonces, como si un espejo enorme se hubiera situado entre una jornada y la siguiente. Los mismos gritos, la

misma sangre, la misma muerte.

A la sombra de una obstinada cobertura, las cuarenta escalas de Sonya alcanzaron la cortina de cuatro metros de espesor, y afianzaron sus posiciones en el talud y el paño principal.

Veinte de aquellos ingenios casi provocaron la ruina no hacía ni doce horas. Dobladas las cifras, doblada la ruina.

Como ávidas hormigas trepaban los enemigos muralla arriba, para ser repelidos lo mejor que se podía desde lo alto, mientras provenientes del patio interior seguían volando proyectiles de piedra. Piedras que los defensores extraían ahora de los edificios derruidos, donde no faltaba materia prima.

Así las cosas, la defensa se hizo insostenible, con todos los brazos disponibles destinados a la muralla y el adarve principal.

El Ejército de los Últimos Días no tardó en afianzar y asegurar media docena de escalas y poner un pie en la fortaleza. Con esas seis enormes escaleras colocadas y protegidas desde el interior, el destino de los defensores parecía sellado.

Sin embargo, Mil Ríos guardaba una carta en la manga. Torgund, Marthia, Clovis y el resto, junto con Varley y su hijo, se distribuyeron sobre el adarve con los filos prestos hacia el enemigo que inundaba las defensas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Brandon, robándole la pregunta a cualquiera de ellos.

Torgund miró momentáneamente a Marthia, y esta asintió. A su vez, ella desvió la mirada hacia Clovis y Safiro.

—Ya sabéis lo que hay que hacer —ordenó ella. Y ambos salieron a la carrera, rumbo hacia uno de los torreones más cercanos.

—¿Qué hay que hacer? —quiso saber Marlon, haciéndose oír a gritos entre el tumulto. Varley observó a Torgund, que parecía seguro, después se retrepó sobre las fortificaciones y observó el lienzo de la muralla sonriendo.

—¿Recuerdas lo que te costó encontrar aceite para esas antorchas tuyas? —preguntó Varley retórico.

—Sí. La mayoría se invirtió en el Arroyo de las Terrazas.

—¡Parcialmente correcto, hijo! —añadió Varley, sonriendo hacia Torgund—. Creo que nuestros amiguitos, el gigante y la mujer guerrera, se guardaban un as en la manga.

—¿Qué as? —insistió Marlon.

—Vamos a echar el resto —concluyó Torgund, sin mirarlos—. Es nuestra última opción, y la reservábamos para una situación desesperada... como esta.

—¿Qué...? —comenzó a preguntar Marlon. Pero entonces lo interrumpió el griterío. Safiro y Clovis habían cortado una enorme maroma, y su contrapeso cayó al vacío desde lo alto del torreón. Al caer, el peso arrastró la enorme cuerda que había sido camuflada a lo largo de la muralla, la cual cubría el frente de batalla casi por completo. Uno a uno, se fueron rajando los pellejos que hábilmente se ocultaban en las saeteras, y la negra sustancia aceitosa que contenían cayó empapando a las tropas que se apelotonaban en el talud.

—Lo mantuvimos en secreto, lo siento —añadió Torgund, sin mirarlos, mientras desde el otro lado de la muralla el enemigo daba voces nerviosas—. De haberlo sabido tal vez habríais suplicado utilizarlo demasiado pronto. Y queríamos evitar un debate en medio de una situación como esta. Por eso Ron decidió confiarme a mí esta tarea.

—Y Torgund confió en mí para que desarrolláramos la idea y protegieramos esta opción —añadió Marthia.

—Buen truco —asintió Varley, divertido.

—Vale. Entendido, debíais mantener el secreto. ¿Y ahora qué? —quiso saber Marlon. Torgund se volvió al fin hacia todos aquellos que a sus espaldas se extendían por el adarve dispuestos a dar guerra.

—¡Es la hora, cortaremos el grifo y limpiaremos la casa! —sentenció Torgund.

—Poético —corroboró Varley.

Dentro de los gruesos muros, los arqueros asomaron sus proyectiles incendiarios por las troneras que se abrían cada pocos metros. Torgund dio la orden:

—¡Fuego! —y tanto la orden, como el resultado de la misma, hicieron honor a la palabra “fuego”.

Un centenar de proyectiles incandescentes volaron verticalmente hacia el talud a lo largo de toda la cortina, y al entrar en contacto con el suelo embreado y los cuerpos aceitosos, prendió todo como una tea.

La enorme muralla de la Fortaleza del Agua se iluminó al instante como

si hubiera explotado en toda su longitud. Las llamas se alzaron en el cielo hasta alcanzar casi las mismas almenas. Los hombres gritaban en llamas y se arrojaban al vacío desde las escalas; las aves huían batiendo sus alas y graznaban ante la hecatombe.

Otros hombres corrían despavoridos, tratando de poner distancia entre ellos y los muros, pero cuando retrocedían sobre sus líneas, eran eliminados por sus propias fuerzas, que tenían orden de abatir a cualquier desertor.

—¡Ahora! —gritó entonces Marthia. Y como una serpiente se lanzaron a la carga por el estrecho adarve, que apenas tenía tres metros de anchura y permitía avanzar en fila de dos.

La colisión contra el enemigo en el interior de la fortaleza fue brutal, y la serpiente de acero se adaptó como un acordeón, encogiéndose y estirándose conforme ganaban o perdían terreno. Pero la voluntad de los atacantes había sufrido un duro revés. Cortada la retirada y cortada la posibilidad de recibir refuerzos, no les quedaba más remedio que vender caro el pellejo. Cosa que hicieron con decisión.

Torgund barría el aire horizontalmente, dos o tres veces, con la negra espada que Sarmiento le había confiado de nuevo. Brazos, piernas y cabezas saltaban como si fueran muñecos, como en un sueño irreal. El gigante terminaba un barrido, para acto seguido descargar la espada vertical contra el suelo, partiendo a un hombre desde el hombro hasta la cadera. Con un chirrido desagradable extraía el acero rozando contra la pelvis y volvía a embestir, combinando barridos y demolidores hachazos.

A su espalda Marthia no se quedaba atrás en destreza y eficacia matando. Su paso era más corto, más medido, y sus movimientos más elegantes. Donde Torgund rebanaba cuellos como un leñador, Marthia lo hacía como un cirujano, no necesitando cercenar miembros, pero seccionando arterias vitales, e hiriendo órganos sin los cuales el desgraciado moriría en cuestión de minutos.

Golpe a golpe, se abrieron paso como un cuchillo penetrando en la mantequilla, primero dura, pero que, conforme pasa el tiempo, se reblandece y se esparce con facilidad.

Así masacraron al enemigo en aquella segunda jornada, y aquellos que no dejaron sus entrañas regando el suelo y las murallas, saltaron por encima de las mismas, prefiriendo la piedad del fuego al filo del acero.

Durante aquella noche, Sonya mantuvo un constante bombardeo sobre la ciudad, dando tiempo a sus fuerzas para reagruparse y recordándole a los sitiados su precaria situación.

En los salones del estarosta se vivía el momento con preocupación. Perdían hombres lentamente en el combate, con un constante goteo; la enfermedad parecía controlada en la ciudadela, pero amenazaba con extenderse; los alimentos comenzaban a escasear y habían agotado toda su reserva de aceite, de manera que aquel truco no volvería a funcionar; y de los soldados que todavía podían combatir, era raro el que no tenía al menos una herida que atender.

Los combates habían sido cruentos y sin cuartel, no habiendo lugar para la piedad o la compasión. Era una guerra de exterminio.

* * *

A pesar del bombardeo y la tímida respuesta que desde la fortaleza se hacía con las catapultas que todavía podían actuar, una tensa calma cayó sobre los habitantes de la fortaleza, que se permitieron descabezar algunas horas de sueño, o pasar el rato jugando al koshar para olvidar.

El patio de la guarnición se encontraba lleno de aquellos que trataban de olvidar el presente y vivir un poco.

Un joven tambor aprovechaba la calma para amenizar la velada junto al fuego, tamborileando tonadillas distraídas con movimientos ágiles de sus baquetas, que manejaba entre sus dedos como la más mortal de las dagas.

El repiqueteo sobre la curtida piel del tambor traía recuerdos marciales, propios de las marchas militares que solía acompañar aquel chico, cuando formaba parte de la orquesta de palacio y tocaba ante los estarostas y señores en recepciones y despedidas, que eran al parecer los momentos apropiados para aporrear su tambor. Fuera de ahí, el sonido de su instrumento parecía inoportuno. Si bien, junto a aquella hoguera, junto a aquellos hombres maltrechos, el sonido de su pequeño tambor alegraba y hacía repiquetear también los corazones.

Uno de los hombres se incorporó y se acercó hasta donde se encontraba el muchacho. Alargando la mano, le entregó una desportillada escudilla, cuyo humeante contenido le hacía rugir el estómago.

El chico dudó.

—Vamos, cógela —le dijo el hombre—. Yo he comido suficiente y tus brazos parecen baquetas. ¡Qué demonios! Tus baquetas tienen más carne que tú.

El chico sonrió y aferró el recipiente con un temblor en los ojos, como si por el simple hecho de cogerlo el espejismo pudiera desaparecer. Pero no lo hizo.

La escudilla estaba caliente. Con ansia, dejó a un lado su tambor para poder aferrarla con ambas manos. Después levantó la mirada agradecida hacia aquel desconocido.

—De nada —sonrió el hombre, y volvió junto al fuego.

El muchacho vació el contenido con fruición, disfrutando cada sorbo como si fuera el último, y apurando los posos e hilachas de tocino que se le enganchaban entre los dientes.

Satisfecho, dejó la escudilla a un lado y suspiró sonriente. Se recostó sobre la pared que había tras él, y apoyó su mano sobre la maltratada piel del tambor como si fuera un perrillo fiel. Cerró los ojos, tratando de relajarse, para olvidar lo que le rodeaba y soñar que dormía plácidamente la siesta bajo un árbol.

Un hormiguelo en las yemas de los dedos le hizo entreabrir los párpados y mirarse la mano. La despegó del tambor y se frotó los dedos sin darle importancia. Descansó de nuevo la mano sobre el parche y sus dedos volvieron a hormiguelar, pero prestando toda su atención, descubrió que no eran sus dedos los que producían aquella sensación. Era el tambor.

Se arrodilló y colocó ambas manos sobre la tersa piel. La vibración era ligera, sutil, pero allí estaba. Rítmica y constante como una melodía. El tambor reverberaba por sí solo, aquello no era normal. Miró a su alrededor, pero nadie parecía percibir el temblor, pues era tan suave que tan solo el parche del tambor parecía advertirlo.

—¿Me devuelves mi escudilla? —preguntaron a sus espaldas, haciéndole dar un respingo.

El chico se volvió, y encontró al hombre mirándole con suspicacia al verlo arrodillado ante su tambor.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Yo... —balbuceó el muchacho.

—Bueno, es igual. Me llevo esto ¿vale? —cogió la escudilla—.

Cuídate, chico.

El hombre se alejó dando pequeños pasos y, repentinamente, el joven reaccionó.

—¡Espera! —sorpresa el soldado se giró sobre sus talones, el chico corría hacia él—. Yo... he descubierto algo, pero no sé de qué se trata.

—Enséñame a ver si yo puedo ayudarte —se ofreció.

Así, el joven llevó al soldado hasta el tambor y con su mano condujo la del guerrero para que tocara el parche del instrumento. El hombre miró desconcertado al chico como si este se hubiera vuelto loco. Pero tan pronto como iba a despegar los labios para pedirle que no le hiciera perder el tiempo, sus ojos se abrieron con sorpresa. El hombre colocó las dos manos sobre el tambor, y una honda preocupación aprisionó su gesto. De rodillas, dejó el instrumento atrás y apoyó la oreja contra el suelo; cerrando los párpados, contuvo la respiración y aguardó.

—¡Mirad! ¡Ese cerdo está buscando trufas! —rieron sus camaradas desde el fuego.

Pero él los ignoraba. Finalmente abrió los ojos, sin ocultar el miedo en su mirada. Alargó las manos hacia el chico y lo agarró por los hombros.

—¡Rápido! ¡Vamos a palacio!

* * *

Se había dado la voz de alarma y Ron, el estarosta, había reunido a sus más allegados. Varley, Kadros, Torgund, Tania... todos estaban allí, y por supuesto los nobles, a excepción de Lord Moltan y Lord Gránico, caídos durante los combates pasados.

Se habló de todo y de nada, como en toda buena reunión de estado. Y cuando por fin se trataron los problemas de verdad, la gente estaba ya recelosa, cansada y suspicaz. Momento en el cual, hicieron acto de presencia un soldado veterano y un joven tambor que cargaba a sus espaldas con el instrumento al que era fiel.

Se los presentó brevemente, y el soldado agachó la cabeza con respeto ante su señor. Cuando el protocolo dejó paso, y pudieron exponer los motivos por los que habían solicitado audiencia de manera tan apresurada y bajo términos tan alarmistas, el veterano se aproximó para concluir su exposición.

—Así que este chico me alertó —concluyó, señalándolo—. Ya he visto

cosas semejantes con anterioridad, mi señor, puede que no de esta magnitud y osadía, pero no me cabe duda —aseguró.

—¿Cuál es tu conclusión? —inquirió Ron inclinándose hacia ellos interesado.

—Minas —afirmó el soldado—. Minas bajo el Lago Real y las marismas.

Aquella revelación fue recibida con un largo silencio. Lord Pemberton carraspeó como tenía por costumbre, manía que servía a dos propósitos: atraer la atención de la audiencia hacia sí mismo, e interrumpir de manera “noble” una conversación.

—¿Y todo eso lo habéis deducido por un temblor en un tambor? —preguntó con escepticismo.

—Podéis dudar de mí, nobles señores —respondió el veterano con orgullo—. Pero si vuestros otros sentidos no creen mis palabras, venid a verlo con vuestros propios ojos.

Ante la imposibilidad de hacer que la nobleza actuara bajo los auspicios de algo en lo que no creían, se organizó una comitiva desde el palacio y fueron al lugar de los hechos. Allí, ante testigos y no pocos veteranos, el chico colocó de nuevo su tambor en el suelo.

Uno a uno, fueron pasando por el instrumento: nobles, soldados, ciudadanos... todo aquel que quiso comprobar de primera mano las palabras del veterano y el muchacho, pudo hacerlo con libertad.

Torgund fue el último en posar una de sus enormes manos sobre el pellejo del tambor, que bajo sus dedos parecía una mera pandereta. No tardó ni un segundo en levantarla.

—Eso son zapapicos y palas... ¡qué me aspen si no lo son! —exclamó.

—¡Están cavando minas! —concluyó el Kaimu, ya en palacio y en presencia del estarosta.

Ron se removía inquieto en el asiento.

—¿Qué podemos hacer? Si alcanzan la muralla podrían volar una sección entera sin dificultad.

—¿Aguantarían las tareas de refuerzo y terraplenado que hemos emprendido? —quiso saber Lilian.

—Pudiera ser —intervino Kadros—. Pero no podemos fiarlo todo a esa

carta. Debemos actuar.

—¿Ideas? —dijo Ron, lanzando la pregunta al auditorio, y provocando las típicas miradas bajas de quién esquivaba la pregunta como si esquivara un escupitajo.

Todos parecían encerrados en sus propios planes, tratando de dar con la mejor manera de solventar aquella situación. Algo había que hacer.

—Yo... —comenzó a decir Varley—. Leí una vez un poema que narraba un largo sitio. ¡Hasta diez años estuvieron dándose leña aquellos fulanos sobre los que leí! La cuestión es, que en dicho sitio había un tipo muy listo, artero dirían algunos; yo lo definiría simplemente como un cabrón muy listo.

—¿Y tu plan? —preguntó Lord Brown, impaciente.

—Pues sería algo como lo que hizo ese artero hijo de puta... atacar de noche cuando la marea ha subido y menos se lo esperen. Está claro que por la noche se creen seguros... por algo será. Y de día no podemos observar trabajos de excavación por ningún lado, de modo que... —Lord Brown lo miró desconcertado, al comprender el discurrir de sus pensamientos.

—¿Insinúas que han estado cavando las minas en medio del Lago Real, en las marismas?

—Eso mismo —replicó Varley—. ¿Cómo, si no, nos las han ocultado? Si las hubieran cavado cientos de metros atrás donde acampan, o donde las aguas del lago comienzan, abríamos visto las obras con claridad. Yo creo... que han utilizado todos estos combates para distraernos y aprovechar el lecho del lago y la bajada de la marea para cavar. Durante el día combatimos. Apenas si vemos más allá de la muralla y menos lo que sucede tras sus líneas, que por cierto se esfuerzan por mantener nuestra atención focalizada. Y de noche, cuando el agua sube, oculta todo resto de sus maniobras... Seguro que es algún tipo de pozo, habrán construido un brocal y el agua sube hasta su mismo borde sin llegar a rebasarlo. Un punto negro perdido en medio del lago, imposible de ver para nuestros vigías y menos de noche.

—No está mal para no probar gota desde hace días —lo sacudió Torgund.

—Pues tendrías que verme cuando bebo —respondió Varley, con media sonrisa.

Nadie pudo rebatir su argumentación, nadie tenía una idea mejor, y la exposición de los hechos encajaba. Aunque carecían de pruebas, y sin ellas

nada podían hacer.

—¿Te encargarás tú? —preguntó Ron.

—Bueno... no tengo prisa por emular al guerrero del poema, pero... sí, lo haré.

Ron sonrió satisfecho. No esperaba menos del hombre que lo había traído por tan largo camino hasta allí.

—¿Qué necesitas?

—Dos botes de remos, con los remos bien envueltos en tela... armas cortas, cuchillos, dagas, porras y puños... y al menos un puñado de locos de atar.

—De las dos primeras partes de tu lista me ocuparé yo personalmente —respondió Ron.

—De la última me encargó yo —concluyó Torgund, sonriendo y dando un paso al frente.

XLI

EL LAGO REAL

Ese día amaneció el cielo teñido de sangre. El Ejército de los Últimos Días cargó como la jornada anterior y la pasada, arrastrados por los latigazos de sus amos y empujados por una ira demente, un odio insaciable contra sí mismos y contra el mundo.

Pero, aunque el ataque fue decidido y de violencia inusitada, y a pesar de que cada día que pasaba cobraba fuerza, no fue suficiente para desbancar a los defensores de sus posiciones en la Fortaleza del Agua. Hecho que no hacía sino corroborar la teoría de que todo el ataque no era sino una distracción para, a sus espaldas, abrir una o varias minas de acceso.

Las escasas horas de luz transcurrieron entre gritos y sollozos, mientras la muerte se cobraba el consabido peaje en sangre y lágrimas.

Cuando el último y temeroso rayo de luz del día se retiró tras el manto de nubes, cayó la noche, y fue una noche cerrada y oscura como la boca de un lobo.

Tan absoluto era el manto negro que había caído sobre sus cabezas, que cuando el enemigo se retiró a sus posiciones iniciales y la marea subió, Varley no pudo evitar preguntarse si no sería aquella oscuridad algún tipo de ayuda enviada desde lo alto.

Aunque cuando sugirió la cuestión a Torgund, que navegaba junto a él en aquel momento, el gigante despachó el asunto con un ligero “Humm” y una sonrisa misteriosa.

—Será mejor que le preguntes a Kadros... él es quién podría responderte mejor —fue su escueta respuesta, y continuaron la navegación por el Lago Real, buscando cualquier indicio de que el enemigo hubiera abierto

pozos en el mismo.

El bote en el que avanzaban con deliberada lentitud, se hundía prácticamente hasta la regala, bajo el peso de Torgund, Marthia y Varley. Era un humilde esquife de pesca fluvial, y no estaba concebido para llevar un Kaimu entre sus ocupantes y menos uno de su envergadura.

Por el contrario, el bote gemelo que batía las aguas a pocos metros de donde ellos se hallaban, avanzaba sin pesadez cortando las aguas, con Clovis, Marlon y Tania ocupando sus baos desnudos.

Había resultado imposible no llevarse a Tania con ellos. Cuando Varley sugirió siquiera la posibilidad de dejarla en el palacio a resguardo, una sonora metáfora sobre colgantes y testículos hizo que Varley cambiara rápidamente de opinión.

Así dispusieron aquel par de falúas, y embotando sus remos, salieron en la oscuridad de la noche, por las compuertas que se abrían en las murallas occidentales hacia el lago.

La marea había subido rápidamente aquel día, más de lo habitual, según comentaron los más ancianos. Algunos incluso calificaron el hecho de antinatural, y temían que artes oscuras tuvieran algo que ver con aquel fenómeno.

Pero para los fines que perseguía aquella expedición, resultó ser una bendición disponer de ese tiempo extra para husmear en busca de posibles pretilos.

Pronto dejaron atrás la seguridad que aportaba vislumbrar las murallas a sus espaldas, que, maltrechas y desconchadas, habían perdido a raíz de los combates la ostentosa belleza de sus azulejos de lapislázuli. Y por doquiera que mirasen, se observaban vacíos en sus paramentos que dejaban a la vista la fría roca que subyacía; desconchones que a Varley le recordaban una miríada de heridas supurando con lentitud.

Las embarcaciones se adentraron en un monótono paisaje de agua y oscuridad, donde lo único que se escuchaba era el sonido amortiguado de los remos al cortar la superficie y el latido de los corazones dentro del pecho de cada cual.

Escudriñaban con los ojos en la penumbra, tratando de atisbar cualquier indicio que revelara un pozo, pero no hallaron nada. Tania lanzó un cabo al bote de Torgund y ambas embarcaciones se aseguraron entre ellas para evitar

desperdigarse en la bruma nocturna.

La noche avanzaba y las fuerzas comenzaban a escasear.

—¡Al menos agua tenemos de sobra! —exclamó Marlon haciendo un cuenco con la mano y llevándose un sorbo del lago a la boca.

Fue entonces cuando la embarcación de Varley se detuvo en seco haciendo rodar por la cubierta a sus tres ocupantes.

—¿Pero qué...? —preguntó Marthia.

Varley se incorporó a cuatro patas.

—¿Cómo no lo has visto? —preguntó Torgund susurrando.

—Y yo que sé, ¿acaso lo viste tú? —replicó él. Después ambos se reunieron en la proa, haciendo que la popa se alzara fuera del agua, y se asomaron sobre el lago casi palpándolo con los dedos.

No tardaron en percatarse de que habían encontrado lo que buscaban. En la superficie, apenas emergiendo sesenta centímetros sobre el nivel del agua, asomaba una estructura de piedra cuadrangular.

—Un pozo —susurró Marthia, asomándose a su vez—. Es imposible ver algo así desde las murallas.

—Pero ¿dónde están los trabajadores? ¿No deberíamos haber visto luz o humo saliendo del agujero por encima del lago? —preguntó Varley.

—Habrán tapado todas las lucernas y habrán interpuesto paños en los corredores para compartimentar el túnel por áreas —explicó Torgund.

—¿Entonces hay gente allí abajo? —quiso saber Marthia, señalando el túnel que se abría ante ellos y se adentraba bajo el lecho del río.

—Seguramente —asintió Torgund.

—¡Muy bien!... pues volemos el cotarro y demos al traste con sus planes —sugirió Varley.

—No —lo contrarió Torgund.

—¿No?

—No. Antes debemos capturar a uno de ellos. Tenemos que saber cuántos pozos han excavado. Debemos eliminarlos esta noche en su totalidad, o mañana quizá sea demasiado tarde.

Guardaron silencio.

Acto seguido, Varley aferró un cabo que descansaba sobre la cubierta, y asegurándolo en la regala del bote, arrojó el extremo libre por la boca del

pozo.

—Sabía que dirías algo así, maldición —refunfuñó entre dientes—. Las cosas contigo nunca pueden ser fáciles.

—Pero sí divertidas —repuso el Kaimu, socarrón.

—Tal vez —aceptó Varley, repasando el filo de una daga distraídamente.

Echaron el ancla y dejaron el segundo bote vigilando, mientras descendían por la cuerda hacia las entrañas del Lago Real, por la negra boca de lo que parecía una ballena abriendo sus fauces para recibirlos.

La bajada a través de aquella garganta era lúgubre y estrecha, apenas el ancho de un hombre, lo que hacía que Torgund se atascara continuamente debido a sus anchas espaldas.

Desde el primer momento percibieron la laboriosa tarea emprendida por el enemigo; las ingentes cantidades de madera invertidas para apuntalar la mina, debían de haber consumido un bosque por completo. Pilares, vigas y tornapuntas se alternaban y entrelazaban tanto en las paredes como en el techo. Olía a humedad reconcentrada, y el suelo acumulaba agua hasta la altura de los tobillos.

Dejaron el cabo que les hacía de umbilical con la superficie, y se adentraron por el túnel abovedado en silencio, midiendo cada paso, amortiguando los delatores chapoteos que hacían con cada pisada.

La oscuridad era casi impenetrable, y el techo goteaba sobre sus cabezas filtrando el agua de la superficie. Cada pocos metros encontraban cubos, con los que los obreros debían de achicar el túnel para poder mantenerlo abierto.

Recorrieron más de doscientos metros por la galería, temiendo a cada paso que cediera y el barro y el agua se cerrara sobre sus cabezas.

—Deben de estar locos para haber cavado esto bajo el lago. Tendrían que achicarlo todos los días, y me niego a creer que no haya habido derrumbamientos —susurró Varley.

—Tienen peones de sobra —replicó Marthia.

—Pues a mí no me convencerían tan fácilmente para meterme bajo tierra.

—Pues has entrado hace un minuto por propia voluntad —rio Torgund. Varley giró la cabeza hacia atrás buscando a Torgund.

—¡Eso es distinto! —respondió con un grito ahogado—. Yo no... ¡Me cago en...! —se interrumpió Varley, justo al instante, quedando enredado en una cortina negra que atravesaba el túnel.

Removiendo los brazos para liberarse de la tela, cayó al suelo arrastrando consigo la cortina. Al hacerlo una clara luz destelló por el corredor revelando sombras humanas unos metros por delante.

—¡Lo sabía! —dijo Torgund—. Han ocultado la luz para que no se viera desde el exterior. ¡Vamos!

En silencio y con los cuchillos desenfundados, se adentraron más aún por aquellos pasillos en penumbra. A pocos metros apreciaron el sonido de las palabras de alguna conversación insustancial, mantenida por quien fuera que vigilaba la mina durante la noche. Y en la distancia, más allá de las voces, el inconfundible repiqueteo de los picos al golpear la piedra y de las palas al rascar el suelo.

—De noche y de día —susurró Varley—. Hay que reconocerles la perseverancia.

—Silencio —ordenó Torgund, que acto seguido realizó varios gestos rápidos entendiéndose con Marthia.

Justo tras el primer recodo un trabajador se tomaba un descanso, apurando vino de un pellejo y dándole bocados a un rancio mendrugo de pan.

—¡Marcus! —gritó una voz desde el fondo de la galería—. ¡Vamos, rata de cloaca! ¡Es la segunda vez que te tomas un descanso, y debemos terminar este túnel para el amanecer, o ya sabes lo que nos harán!

El hombre, sentado de cualquier manera en un espacio sin agua del túnel, escupió y rezongó:

—¡Qué le den por el culo a esa perra! ¡Tengo cincuenta y dos años! ¡Yo no me uní para esto! ¡De manera qué si esa hija de esturión quiere anteponerse en la jerarquía a mi vejiga, que venga aquí y le mearé en la boca!

Las risas llegaron amortiguadas desde el corredor. Torgund y Varley intercambiaron miradas cómplices. El personal laboral no parecía muy conforme con su situación, y eso jugaba en su favor.

Acuclillados como si fueran a saltar sobre una liebre, se dispusieron en el extremo del recodo, y a la cuenta de tres, saltaron sobre el trabajador, inmovilizándole y tapándole la boca. El hombre se debatió inútilmente bajo el peso de sus atacantes, pero pronto comprendió que la resistencia era fútil y

cedió.

—Ahora voy a retirar la mano, anciano —susurró Varley, con una daga apoyada en la yugular del hombre y con Torgund aferrándole como un oso, mientras Marthia vigilaba la galería arriba y abajo.

Con lentitud, y los ojos clavados en los del obrero, Varley retiró sus dedos. El hombre sacudió brevemente la mandíbula y chasqueó la lengua. Después permaneció en silencio, contemplando a sus captores sin despegar los labios. Su rostro transmitía una tranquilidad inusual que Varley creyó reconocer.

—¿No dices nada? ¿No hay ruegos ni súplicas? —preguntó Varley.

—¿Qué quieres? ¿Qué suplique por mi vida? ¡Venga ya, muchacho! —bufó Marcus—. Casi debería daros las gracias, por fin vais a poner término a esta mierda de existencia.

De nuevo Torgund intercambió una mirada con Varley.

—No vamos a matarte —afirmó el detective, percatándose de que ese hombre ya estaba muerto por dentro

—¿Ah, no? Pues vaya. Para algo bueno que me iba pasar —replicó él.

—No le tienes mucho apego a la vida, ¿verdad? —intervino Torgund, liberándolo de su abrazo. Marcus desvió los ojos hacia el gigante con cierto desafío.

—Cuando tu vida ha sido una solemne sucesión de días de mierda, malas decisiones y borracheras para olvidar estas últimas... cuando lo has perdido todo y lo único que amabas en la vida se ha ido... ¿Qué sentido tiene seguir viviendo?

Varley lo contempló cabizbajo. En el fondo reconocía en aquel desgraciado sus propios males, sus propios errores y faltas... su propio cinismo y sus mismos argumentos. No había ninguna diferencia entre Marcus y él, se dijo. Ninguna, excepto que Varley tuvo otra oportunidad.

Con lentitud, se arrodilló junto a Marcus.

—Perdiste un hijo —afirmó Varley, mirándole a los ojos. Marcus desvió la mirada hacia él, sorprendido. Sus labios temblaban y sus ojos parecían a punto de estallar.

—Una hija —repuso—. ¿Cómo lo has sabido? —quiso saber Marcus, que temió estar ante alguna especie de nigromante.

—Porque yo he perdido a un hijo —el recuerdo de Willhelm retornó para apuñalarle, como una herida que supura para nunca cerrar—. Y conozco esa cara, podrías ser el espejo que me devuelve mi propia imagen.

Durante unos instantes permanecieron en silenciosa sintonía. Dos padres arruinados que desearían volver atrás y que no podían.

—¿Entiendes entonces que debo morir? —dijo Marcus—. ¿Qué salida me queda?

—Entiendo que quieres morir... pero no es una salida, tan solo una huida.

—¿Cómo se supera que te roben a tu hija? ¡Dime!

—No se supera —afirmó Varley—. Se vive con ello, igual que con tus otros errores y tu mierda de vida. No existen los milagros a la carta en este mundo, y el único que puedes esperar es perdonarte a ti mismo. Pero puedes vivir tu vida como a ella le habría gustado. ¿Cómo habría querido tu hija que fuera su padre?

Marcus agachó la cabeza sobre su pecho y sollozó. Trató de limpiarse repetidas veces con la manga, pero en el acto nuevos mocos y babas le caían sobre la camisa, mientras se sacudía en silencio. Cuando se tranquilizó, alzó la cabeza con los ojos enrojecidos.

—¿Qué queréis de mí?

Los tres compañeros se miraron brevemente y Varley prosiguió:

—Sabemos que estais cavando minas. Queremos saber cuántas son y dónde están.

—¿Después me mataréis?

—No. Te dejaremos libre... —sentenció Varley, percibiendo cómo Marthia se removía disconforme tras él—. Lo que hagas después dependerá de ti.

—Podría delataros... —susurró Marcus.

—En efecto... —intervino Torgund— y seguirías con ello alejándote más y más de tu hija. Seguirías deformando tu alma hasta que ni tú mismo la reconocerías.

El hombre cayó hacia atrás recostándose en la pared de la mina, contemplando atónito a Varley, sollozando indefenso como un bebé desnudo.

—Os ayudaré —concluyó entre balbuceos.

Los tres se aproximaron hacia Marcus prestando atención a las revelaciones susurradas del anciano.

—Hasta donde yo sé existen dos minas en progreso. La presente y otra unos cien metros al oeste en línea recta.

—¿Ninguna otra? —preguntó Torgund.

—Diría que no. Pero no puedo hablar por el resto de la muralla. A nosotros se nos ha encomendado el frente. Y la bruja que dirige este cotarro parece empeñada en entrar por la puerta principal, de modo que sí, creo que solo trabajan en estas dos.

—Gracias Marcus —dijo Varley, reconfortándole con una mano sobre el hombro—. Ahora nos vamos —se incorporó y añadió con sinceridad—: ven con nosotros, tenemos un bote esperándonos, podemos llevarte a donde quieras.

Marcus negó repetidas veces.

—¿Puedes devolverme a mi hija?

—No —confirmó Varley, con gesto triste.

—Entonces me quedaré.

—Sabes lo que pasará a continuación, ¿verdad? —preguntó Varley, nervioso.

—No soy imbécil —afirmó—. Haréis lo que debéis. Y yo me quedaré aquí a esperar a mi hija.

Viendo la inamovible resolución del hombre, nadie se aventuró a añadir nada más, y tras despedirse brevemente, fueron retirándose hacia la salida con sigilo. Sin embargo, antes de partir Marcus retuvo a Torgund.

—¡Espera! Tú... te reconozco por las historias... Eres uno de ellos, ¿verdad?

Torgund retrocedió junto al hombre, se repasó los dientes con la lengua, pensativo, y asintió.

—Lo sabía —dijo Marcus sin emoción alguna—. Dime... ¿crees que un único acto de nobleza en toda una vida puede expiar las faltas cometidas durante la misma? —Torgund negó.

—No.

—Entonces vete —sentenció Marcus, con un ademán de la mano.

—Pero puede ser un comienzo —continuó Torgund, recuperando la

atención del hombre—. Toda una vida es mucho tiempo. Pero podrías empezar por pedir perdón.

—¿Cómo? ¿A quién? ¿Para qué? —quiso saber Marcus. Torgund se aproximó a él y lo abrazó.

—Yo te enseñaré.

* * *

Cuando Torgund se reunió de nuevo con Marthia y Varley en el pozo de ascenso al exterior, la amazona preguntó:

—¿Qué hacías allí atrás? —Torgund ocultó sus lágrimas y respondió con sencillez.

—Ayudarle a hacer algo que él solo no podía hacer —fueron sus palabras. Y aunque ninguno de los dos preguntó, creyeron comprender la medida de paz que había depositado sobre Marcus.

Ascendieron por el cabo y volvieron al bote sobre el Lago Real. Desde la embarcación de Tania suspiraron aliviados al verlos salir. La oscuridad clareaba en el este y tenían poco tiempo. El bote de Tania se dirigió cien metros hacia el oeste, buscando el brocal del segundo pozo, y Torgund permaneció con Varley y Marthia en el primero.

—¿Vamos a hacerlo? —preguntó Varley; Torgund asintió, pensativo—. ¡Pues adelante!

Utilizando las herramientas de que disponían y la fuerza de sus brazos, destrozaron el brocal arrancando las piedras. Y conforme arrancaban más piedras, la fuerza del agua se sumaba a sus esfuerzos desmoronando secciones enteras, hasta que la piedra no pudo contener el agua y el lago se vertió por aquel sumidero con la fuerza de quién quiere recuperar su casa.

La misma escena se repetía cien metros hacia el oeste, y ambas embarcaciones se retiraron con rapidez de vuelta a la Fortaleza del Agua, con la misión cumplida y el corazón silencioso.

* * *

Bajo tierra, en el lecho del lago, el torrente prorrumpió con fuerza devastadora arrastrando barro y cieno, arrancando los puntales y andamios,

aplastando hombres, inundando cada resquicio.

Los hombres gritaban y corrían por delante de Marcus, huyendo hacia el corazón de la mina, hacia una vía sin retorno. Sin embargo, él permaneció donde estaba, de pie, contemplando la marea que embestía con rabia contra su persona. Pero su rabia era paz y su rugido palabras.

En aquel último instante, viendo la masa embarrada de agua cargando hacia él, creyó ver en la misma a su hija abriéndose en un abrazo. Y Marcus sintió la paz de ir a su encuentro.

—Ya voy Elia... te quiero.

El agua anegó las minas y se derrumbaron. En la superficie el lago eructó sin más los gases y el aire acumulados.

* * *

—¡Deberíamos desollarla y dejar su piel secando al sol como ejemplo y escarmiento para los demás! —exclamó Trifania, dejando que la saliva se le escapara entre los jirones de su mejilla al mismo ritmo que emitía las palabras.

—¡Quizá deberías hacerlo! ¡Y así tendrías con qué hacerte un injerto de piel para tu cara bonita! —replicó con rapidez de serpiente Sonya.

Reflejo dio dos pasos hacia la caudilla, desenfundando una negra daga que llevaba al cinto, pero Ars la detuvo por la muñeca. Ambos se miraron sin disimular el odio que sentían el uno por el otro, hasta que Fasto apretó tanto sus dedos sobre la muñeca pútrida de Trifania, que esta soltó la daga. El acero repiqueteó contra el suelo, dando paso a una tregua inestable entre los asistentes.

Más tranquilos los ánimos, Leviathanas retomó el hilo de la disputa donde lo habían dejado.

—Con las minas cegadas y nuestro ejército sufriendo derrota tras derrota contra las murallas de Mil Ríos... comprenderá, general, que se exijan responsabilidades.

—No están derrumbadas... —replicó Sonya—. No todas al menos.

Fasto y Zagut la miraron con desconfianza.

—Explícate —ordenó el último.

—Sencillo. Han derrumbado dos minas, en efecto. Y probablemente crean que con eso nos han frenado, que estamos ante una guerra de desgaste y que terminaremos por retirarnos. Pero se equivocan... —Sonya se detuvo a tomar el pulso de los Mork; no parecían fiarse de sus palabras, se removían ansiosos y parecían querer tomar cartas en el asunto—. Existe una tercera mina —reveló.

—¿Dónde? —quiso saber Reflejo. Sonya se volvió como si disfrutara de que precisamente fuera ella quien planteara la pregunta.

—La muralla norte.

—¿La muralla norte? —preguntó Fasto—. ¿En el mismo medio del lago? ¿Para qué? No podemos hacer que nuestras tropas accedan sin llamar la atención, y allí no baja la marea como en las marismas de la cara sur.

—Es posible que hayamos sobrevalorado su capacidad —siseó Zagut, mientras Trifania se relamía previendo el final.

—Si me dejáis explicarlo... —Leviathanas se lo concedió, y escucharon—. Gracias... —asintió con la cabeza, y se lanzó al vacío con lo que tenía— mientras nos debatíamos en interminables combates contra las defensas de la Fortaleza del Agua y cavábamos minas en la puerta principal, con la esperanza de que con eso bastara, supuse que existía el riesgo del fracaso.

—Obviamente —la espoleó Reflejo, pero ella la ignoró.

—Por eso, en secreto, hice cavar una tercera mina a sus espaldas, para ser utilizada en el que, por momentos, se ha convertido en mi plan principal; atacaremos desde allí.

Los Mork guardaron silencio, sin dignarse a emitir un juicio. Finalmente, Fasto habló:

—¿Y para qué hemos construido esas enormes torres de asedio, entonces?

—Precisamente forman parte de mi plan —replicó Sonya—. Y no son exactamente torres de asedio —afirmó, aunque pocos la escuchaban.

—¿Y por qué no utilizarlas por la entrada principal con lo que resta de nuestra avanzada? —sugirió Zagut.

—Porque el suelo que se abre entre nosotros y las murallas es un cenagal, donde quedarían embarrancadas y como presa fácil para cualquier

proyector incendiario. Si queréis perderlas... adelante.

—¿Y acaso no es un lago lo que se abre ante nosotros en el muro norte? ¿Cómo pretendes utilizar allí esas torres de asedio? ¿No será más fácil moverlas en un cenagal que no en un lago? ¿Qué pretendes? —la asaeteó Reflejo con preguntas.

—Precisamente ahí radica la belleza de mi plan... nadie se lo espera.

—¡Esto es demencial! —exclamó Trifania, desdeñosa.

—Camaradas... camaradas... —terció Leviathanas—. No perdamos la compostura. Tal y como yo lo veo nuestra caudilla ha tenido su oportunidad y ha fallado repetidas veces con sus intrincados planes.

—Cierto —apuntilló a sus espaldas Trifania.

—Con esto no quiero decir que prescindamos de sus servicios —se apresuró a aclarar Leviathanas, viendo los ojillos nerviosos de Reflejo—. Pero tal vez... podríamos implementar nuestros planes particulares para el próximo ataque. Y en caso de que este fallara...

—Que no fallará —afirmó Zagut.

—Pero si fallara... daremos a Sonya su última oportunidad. Y tras ello, si no alcanzamos el éxito... se decidirá su destino.

Aquel acuerdo de mínimos pareció satisfacer a todos, sobre todo a Sonya, que viviría un día más. Aunque Reflejo se retiró de la audiencia contrariada, mientras hacía aspavientos y pucheros con su inquietante voz infantil.

Quedaron atrás Zagut y Fasto, y este último, tras debatirlo brevemente con su colega, sentenció:

—Dado que tus últimos intentos han fracasado estrepitosamente, el siguiente asalto responderá a nuestro plan particular.

—Ordenad y yo obedeceré —respondió Sonya, sumisa.

—Es hora de mostrarle a los Perantaraan una brizna de nuestro poder desatado sobre su mundo.

Sonya tragó saliva, mientras aguardaba.

—Ordena un ataque frontal con el grueso de nuestras fuerzas —dijo Fasto.

—Con... ¿con vuestros...? —preguntó Sonya tartamudeando; una muestra de inseguridad que la hizo sentirse incómoda.

—Desde luego. Llévate bestias, espíritus y entes. Ataca la muralla con toda su fuerza, haz que los corazones del enemigo tiemblen y que desesperen. Obliguémosles a arrojarse desde lo alto de sus muros aterrados y desesperanzados, que vean todos que de este mundo no hay salida.

Sonya permaneció en silencio sin atreverse a decir palabra.

—¿Hay algún problema? —quiso saber Zagut, al ver su reacción.

Sonya cabeceó con rapidez para alejar la sombra de la duda a ojos de sus oyentes, pero en su fuero interno Sonya recelaba. No podía mandar un ejército así. Por esa misma razón no había recurrido antes a ellos, prefiriendo utilizar las tropas convencionales de que disponía. ¿Cómo dirigir un ejército que no respondía ante nadie y que a nadie debe pleitesía? ¿Cómo hacerlos actuar con un objetivo común y ordenadamente, cuando eran caos y muerte? No, Sonya no estaba de acuerdo con aquella decisión, pero su vida dependía de estar de acuerdo con ellos. Así pues...

—Ninguno en absoluto —respondió.

—Bien... todavía no deseamos prescindir de tus servicios —amenazó veladamente Fasto.

—¿A qué hora deseáis que comience el ataque? —preguntó Sonya por los detalles que sí podía controlar.

—A las tres —afirmó Zagut, dejando a Sonya atónita.

—Las tres de la tarde, supongo —inquirió ella.

—Las tres de la madrugada —corrigió Fasto, sonriendo al ver el desconcierto en el rostro de ella.

—Pero... pero a esa hora la marea estará alta. El lago tendrá una profundidad de unos seis metros en su punto central. No comprendo... —replicó Sonya, sin atreverse a llevar más lejos su exposición.

—Esas aguas no deberán preocuparte cuando atacemos —Fasto hablaba, pero ella recelaba—. El ataque se llevará a cabo a las tres de la mañana. Esa es la hora en la que nuestras hordas cobrarán mayor fuerza y estarán más dispuestas.

—¿Por qué a esa hora y no a otra? —se aventuró Sonya, pero solo obtuvo una mirada condescendiente por parte de Fasto.

—Sencillamente es la hora —afirmó.

—Ya, pero... —insistió.

—¡Porque es la hora! ¡Y no necesitas saber nada más! —exclamó Zagut, imperativo.

—Muy bien —retrocedió Sonya—. Atacaremos a las tres. Solo con las fuerzas del portal, lo tendré todo dispuesto.

Se retiró con rapidez, con la cabeza bullendo de preguntas sin respuesta. Tenía una batalla que preparar, aunque más bien sería una mera espectadora, se dijo. Aquel asalto lo dirigirían los Mork, si es que dirigir era la palabra adecuada para el hecho de dar rienda suelta a aquellas criaturas.

* * *

Retirada Sonya, quedaron a solas Leviathanas y los Mork, ultimando detalles.

—No me fío de ella —anunció Zagut.

—Es útil —lo interrumpió Leviathanas—. Es despiadada, es lista y sabe dirigir.

—Sí, por eso precisamente está donde está... pero... dudo de su obediencia —susurró Fasto.

—Yo no —afirmó Leviathanas—. Su temor es mayor que su recelo. Obedecerá.

—¿Y si no? —preguntó Zagut.

—¿De verdad es necesario que responda a esa pregunta? —replicó Leviathanas, retirándose satisfecho al comprobar que, tal y como sospechaba, los Mork tenían debilidades.

* * *

Cuando Kadros entró con rostro cansado, aunque paso firme, en el salón de los estarostas, Torgund, Ron y los muchachos lo estaban esperando.

Varley acababa de ausentarse tras relatar la gesta de aquella noche, extendiéndose profusamente en los detalles más intrincados de la cuestión, para hacer ver a Ron que la tarea no había resultado sencilla. Pero cuando concluyó, solicitó permiso por parte del estarosta y salió a la carrera, aduciendo:

—Si me disculpáis, tengo una cita —y abandonó el salón presuroso, dejando atrás las sonrisas traviesas de todos.

Desde que había amanecido, el campo de batalla permanecía tranquilo, y nada hacía sospechar que en aquel día se librarían combates. El enemigo se había replegado, y el plan que hubieran urdido para aquellas minas se había ido al traste.

Así pues, volvemos al momento en el que el antiguo bufón de Mil Ríos se acercaba, como antaño, al señor de la casa, para asistirle con su consejo. Pero poco quedaba ya de aquel bufón que hacía juegos de magia y malabares, poco restaba de su humor travieso y sus comentarios puntillosos, que hacían enarcar más de una ceja y sonreír a más de un comensal. Todo eso había sido parcialmente arrancado de su ser por sus sufrimientos, por sus acciones... por casos como el de Lilian, que reclamaron su precio en libras de carne.

Kadros se aproximó con deliberada tranquilidad, dando una imagen de paz, en aquellos momentos en los que todo el mundo deseaba actuar precipitadamente. Saludó a Torgund, cuyo aspecto había mejorado notablemente desde que había puesto días entre medias, tras su particular duelo con Piro. A Sera, a Sarmiento y al siempre entrañable Mejunje, del cual era casi imposible librarse, los saludó de igual modo.

Finalmente se giró hacia Ron.

—Me habéis hecho llamar, mi señor —saludó, cordial, con una inclinación de cabeza.

—Así es, Kadros. Pero por favor... abandonemos el formulismo por un momento y tratémos de nuevo con sencillez... padre —añadió al final Ron, recordando tiempos más pacíficos que resucitaron en la memoria de ambos con claridad.

A petición del estarosta se trajeron varias sillas, y todos tomaron asiento alrededor de él, como si formaran un consejo privado.

—¿Qué necesitas? —preguntó Kadros.

—He estado escuchando el relato de Varley y Torgund sobre la excursión que ejecutaron la noche pasada —comenzó Ron.

—Sí, toda una hazaña, de hecho —corroboró Kadros, felicitando a Torgund.

—Sí, sí. Eso mismo es lo que es. Si la valoramos por separado, claro —continuó Ron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre de los ojos desparejados.

—Quiero decir —respondió Ron, tomando aire—. Que si analizamos la noche pasada por separado puede resultar una simple hazaña, pero si la colocamos en contexto con todo lo que estamos viviendo en los últimos días... tengo la impresión de que nada es casual.

Kadros sonrió y cabeceó lleno de satisfacción.

—Te has vuelto muy perspicaz, hijo.

—¿Qué has estado haciendo, Kadros? Varley me relató, lleno de asombro, cómo el agua se comportó de manera extraña durante las horas de oscuridad. Algo así como que ayer la marea subió más rápido de lo normal, lo cual proporcionó el tiempo necesario a Torgund y los demás para hallar sendas minas y cegarlas.

—Es posible —afirmó con sencillez Kadros.

—Y observemos los combates de los últimos días. ¿Alguno de los presentes cree realmente que sobrevivimos gracias solo a la fuerza de las armas? ¿O al músculo de nuestros hombres? —todos negaron.

Fue en aquel momento que guardaron silencio, y las miradas se centraron sobre Kadros.

—De modo que, te pregunto de nuevo: ¿Qué has estado haciendo, Kadros? Y no me niegues que tienes algo que ver.

Kadros intercambió una mirada críptica con Torgund. Y tan rápido como un pestañeo se entendieron. Entonces miró directamente a los ojos a Ron, como mira un padre cariñoso a punto de desvelarle a su hijo un secreto familiar largamente custodiado.

—Es bien sabido por todos los presentes, pues nunca lo he ocultado —comenzó a decir Kadros—, que no puedo acercarme en demasía al campo de batalla, pues mi presencia ejerce una extraña influencia en el Enemigo. Sabéis que desde mis encuentros con él, he encarnado una especie de brújula que atraía su atención y su malevolencia sobre mí.

—¿A qué encuentros te refieres? —preguntó Sera, sirviéndose del encantador Mejunje. Kadros suspiró recordando.

—Hablo de mis intentos más o menos exitosos de combatirlo por mí mismo. Hablo de Lilian, hablo de Rimbaud... —desvió rápidamente la mirada hacia Torgund y después buscó a Sarmiento, que, aunque privado de la vista, no distraía sus opacos ojos de Kadros—. Hablo de ti, Sarmiento.

—¿De mí? —preguntó el chico.

—Sí. Tú has supuesto la tercera prueba a la que hemos sido sometidos. Y de la cual Torgund ha salido parcialmente indemne por una trágica casualidad.

Tanto el enorme Kaimu, como Sarmiento, inclinaron la cabeza recordando la pérdida de Lucius, y de nuevo sentimientos encontrados se dieron cita dentro del chico, que no dejaba de rememorar la estratagema que había utilizado el ingenioso tabernero.

—¿Y qué hemos constatado en todos estos encuentros con él, amén de nuestra propia fragilidad e impotencia? —prosiguió Kadros, observando a los presentes, como si buscara respuesta para su pregunta, aunque no la esperara—. Sencillo —dijo sin aguardar—. El mal avanza. Y su avance es directamente proporcional al alejamiento de los Perantaraan de su creador. El hombre ha utilizado su libertad para una única cosa: para distanciarse, para alzarse como portador de una llama que canta independencia y que se apaga con un soplo; tal es su fragilidad. Nos regodeamos y solazamos por nuestra osadía, por nuestros avances, por nuestras capacidades, que nos decimos solo debemos a nuestra propia razón. Y siglo tras siglo, ocasión perdida tras ocasión perdida, hemos ido puliendo nuestros corazones hasta hacerlos brillar de conocimiento inútil, opacos a la auténtica luz que nos dio la vida. Así, el hombre ha olvidado a Kilumaras, y olvidándolo, rápido buscó sustitutos para cubrir el vacío que, sin podérselo explicar, su corazón ansiaba llenar. Por eso, alejados de su creador, los Perantaraan rápido empezaron a creer en las cosas más inverosímiles: magia, energías, misticismos, superstición... incluso desplazamos fiestas tradicionales para instaurar otras nuevas de gusto más acorde con los tiempos imperantes... Y el alma, amigos míos, es algo que se tiñe del color de sus pensamientos —tomó aire—. Todas estas cosas vinieron a llenar el espacio dejado voluntariamente por los Perantaraan dentro de sí mismos —Kadros realizó una breve pausa—. Pero aquello no fue sino la puerta de entrada para algo peor, que no supimos ver, o bien no quisimos ver.

—Cierto —murmuró Torgund.

—Así llegamos hasta nuestro tiempo. En el cual el mal no solo se ha hecho poderoso, sino que ha arraigado en el mundo y tomado posesión del mismo, como de un feudo largamente añorado; ahora no podemos contenerlo, pues rebosa por los bordes y se derrama por doquier.

Guardaron silencio durante largos minutos, reflexionando ante la dura exposición de los hechos, que no hacía sino recordarles lo que era una falta común a todos ellos, pues todos eran descendientes de aquellos Perantaraan.

—De modo que, tras consultarlo con quién debe ser consultado y meditarlo largamente, llegué a una conclusión evidente —añadió Kadros.

—¿Y es? —lo invitó Ron a continuar, sin ocultar el desánimo en su descorazonada mirada. Kadros retomó su razonamiento.

—El mismo mal que acosó a Lilian, que acabó con la vida de Rimbaud, tu padre, y que azotó a Sarmiento... es el mismo mal que asola ahora nuestro mundo. La misma enfermedad, pero multiplicada por ciento. Y esto me lleva a tu pregunta original... mi señor —dijo Kadros, recuperando un tono más ceremonioso—. ¿Qué he estado haciendo? Sencillo... a mismo mal, idéntica cura. Este mal es una enfermedad, un tumor que hay que seccionar y expulsar. Pero como todo tumor es imposible extirparlo sin que haya consecuencias, pues su raíz es profunda y su extirpación supondrá la desaparición de nuestro modo de vida, o incluso de nuestro mundo.

Por un momento Ron y los demás miraron a Kadros aterrorizados.

—¿Hablas del fin del mundo? —preguntó Sera, cuyas palabras tartamudeó Mejunje.

—No... no tiene por qué. Quizá sea el fin, o tal vez solo el principio. No puedo ver esos extremos, mi niña —añadió, cariñoso.

—Entonces... a mismo mal, idéntica cura —atrajo Ron la atención hacia sí mismo, citando las palabras de Kadros—. Lo que le hiciste a Lilian y no pudo salvar a Rimbaud... ¿es lo que tratas de hacerle al mundo?

—Precisamente —afirmó Kadros.

—¿Cómo? —preguntó Sarmiento.

—Reuniendo a todo aquel que quiera creer, para acompañarme en una perpetua oración —sentenció Kadros.

—¿Has movilizado al pueblo para rezar? ¿Ese es tu plan? —quiso saber Ron.

—A todo aquel que lo ha deseado. Somos mujeres, niños, hombres, soldados, nobles, plebeyos; y cada día sumamos más y más a nuestro número. Nuestro objetivo es sencillo, hacer guardia y estar vigilantes, y no permitir que haya un solo instante en el que alguien no alce la voz suplicando tras estos muros. Esa es nuestra defensa y nuestro escudo.

—¿Y funciona? —preguntó, Ron dubitativo.

—Dímelo tú... —replicó, con dureza, Kadros—. Seguimos vivos.

—Puede ser... —corroboró el chico, sin poder evitar una nota de escepticismo en la voz—. Pero no podemos fiar nuestra defensa tan solo en la oración, Kadros.

—No lo pretendo. Sería tan absurdo como esperar que un pájaro fuera un oso, o que las montañas caminaran sobre sus pies.

Ron contempló a su mentor, a su padre adoptivo, durante un largo rato, antes de preguntar:

—¿Cómo llegaste a la conclusión de que esta era tu misión? ¿Cómo...?

—Xila... —lo interrumpió él—. Me advirtió que este momento llegaría. Para todos vosotros tuvo palabras de despedida aquel día. Las mías fueron extrañas y crípticas, ya sabéis como era.

—En efecto —corroboró Sarmiento, lamentándose por la agria manera en que se despidieron.

Percibiendo su malestar, Kadros lo reconfortó:

—No sientas pesar, muchacho. Xila sabía que no era tu momento, nada más. Pero tenía fe en ti y en tus amigos. Tenía fe en Torgund. Puede que las cosas no hayan salido exactamente como previó. Pero te aseguro que nunca te guardó rencor en su corazón; tú fuiste la víctima y no el villano —luego devolvió su atención hacia Ron—. Xila me dijo: “*Antes del final tuyas serán la responsabilidad y el momento*”.

—¿Y es este tu momento? —lo interrogó el estarosta.

—Lo ignoro, señor. Pero la consigna es: actúa en cada momento como si fuera el último, pues lo que no transmite luz, crea su propia oscuridad.

El estarosta de Mil Ríos no sabía qué decir, o qué añadir. Estaba sobrepasado por la magnitud de las afirmaciones de aquel hombre que se hizo pasar por bufón durante años: su preceptor, su tutor, su padre.

—En ese caso, Kadros... haz lo que consideres necesario para que la luz no se apague —sentenció Ron—. Te daremos toda la ayuda que requieras.

—Podríais sumaros a los demás y unirlos a nuestras oraciones cuando dispongáis de un instante.

—Así lo haremos —aseguró Ron, para acto seguido añadir, tras contemplar a sus amigos—. Todos nosotros. El estarosta de Mil Ríos no

despreciará ningún arma que preste servicio contra el Enemigo. Y aunque no pueda entenderla del todo... la hemos visto en acción. De manera que creo en ti Kadros.

—Sería mejor que depositarais vuestra fe más alto, señor —rebató el Kaimu.

—Cierto... —aseveró Ron.

Impulsado por una intuición superior que le impelía a dar algún tipo de respuesta, Ron agarró el colgante con forma de diente que colgaba de su cuello, aquel que Kadros le cediera en su momento para hacer de faro para los demás. Sin dudar, lo arrancó de su cuello y se lo tendió a Kadros, diciendo:

—Él habla con vosotros a través de vuestros amuletos... Sera perdió el de Xila al venir hasta aquí, Torgund conserva el propio... pero tú...

—Eso fue un regalo, mi señor —interrumpió Kadros.

—Lo sé. Pero si vas a interceder con Kilumaras por todos nosotros... prefiero que permanezca en tus manos y no en las mías.

El estarosta alargó el diente todavía unido a su cuerda y lo depositó entre las manos de Kadros, que lo recibió sin rechistar, pues era consciente de que toda ayuda sería poca ante lo que se avecinaba.

El Kaimu asintió agradecido; a ojos del pueblo aquel regalo significó que Kadros había recuperado el favor del estarosta.

Así quedaron zanjados los rumores infundados que se habían extendido por la fortaleza, acerca de lo que andaba haciendo Kadros a espaldas del estarosta, y pudieron centrarse de nuevo en recuperar el orden natural de la agenda de un gobernante asediado por miles de enemigos.

—Bien. Podemos retirarnos. Mañana seguramente atacaran otra vez, debemos estar listos para el amanecer —sugirió Ron.

Los presentes iniciaron una lenta retirada hacia la puerta, pero Kadros permanecía clavado en el suelo sin inmutarse, el rostro surcado por las hondas arrugas de la preocupación.

—¿Sucede algo? —preguntó Ron, y al preguntar hizo que los demás se detuvieran. El Kaimu se removió entonces, debatiéndose consigo mismo sin terminar de decidirse.

—Díselo, Kadros —sugirió Torgund, pues conocía muy bien aquella mirada.

—En cuanto al combate de mañana... yo sugeriría que estuvierais preparados para el anochecer y no esperarais al amanecer.

—¿Esta noche? ¿Con la marea alta? ¿Cómo iban a atacar? —preguntó Ron, incrédulo.

Kadros se volvió hacia Torgund buscando su apoyo.

—¿Tú lo has sentido, no es así? —el gigante asintió, y los demás observaron a ambos Kaimu, sin comprender—. Mi señor —continuó Kadros, con formalidad—. Torgund y yo nos hemos enfrentado en combate directo, cuerpo a cuerpo con el enemigo. Ese combate deja unas heridas que jamás podremos sanar, y como consecuencia nuestras almas no hallarán descanso en este mundo. Pero precisamente por eso poseemos una extraña conexión.

—¿Con el Enemigo? —preguntó Ron.

—Algo así. No es nada concreto. No es como si pudiera predecir sus movimientos y decisiones, pero os aseguro que algo ha cambiado en la estrategia de nuestro oponente.

—¿Cómo puedes saber algo así? —fue Sarmiento quién preguntó, aunque él mismo sentía algo ligeramente similar a lo que repentinamente reveló Kadros.

—Frío —fueron sus palabras—. Desde el triunfo en las minas siento frío. Un frío malévolo y calculador. Un frío que percibo ansía devorarlo todo.

—Yo he sentido lo mismo —corroboró Torgund.

Ron y Sera los contemplaban con incredulidad, mirando a uno y a otro alternativamente. El estarosta recelaba, y a punto estaba de despedirles, aseverando que no eran sino corazonadas infundadas, hasta que...

—¡Yo también lo siento! —exclamó Sarmiento, y Ron lo miró aún más desconcertado—. Lo que dice Kadros es cierto. El Enemigo trama algo. Ese frío del que hablan... yo también lo percibo desde... desde... entonces —concluyó el chico, sin querer recordar los sacrificios hechos por él—. Pero desde la madrugada pasada he sentido cómo ese frío casi podía hablarme, como si fuera algo físico, palpable.

—Algo se avecina —remató Kadros.

Ron los observaba reflexivo. No podía negar la evidencia de los hechos. No podía obviar una advertencia tan clara.

—Muy bien. De acuerdo. Dispondremos todo para combatir en la

oscuridad. Transmitiré mis órdenes inmediatamente.

—¿Puedo sugerir que tengáis todo dispuesto antes de las tres de la mañana? —intervino Kadros de nuevo.

—¿Las tres? —repitió Mejunje— ¿Por qué las tres? ¿Por qué no las dos, o las seis?

Kadros respondió al muchacho, sin dejar de mirar al estarosta.

—Porque las tres es la hora en que mayor poder tendrán sus fuerzas. Porque las tres es su hora y su burla personal. Porque las tres es la hora de Sarkôn.

XLII

AGBARA TI EMÍ

La noche se desperezaba serena y apacible. Una cálida tranquilidad recorría la fortaleza de arriba abajo, y nada parecía indicar que se fuera a alterar aquel estado. Sin embargo, los soldados permanecían expectantes en las almenas, y los vigías oteaban el horizonte tratando de atisbar señales del enemigo.

Cuando el reloj marcó la una de la madrugada los ánimos se distendieron, y al alcanzar las dos, la guardia sencillamente comenzó a pensar que su señor había enloquecido. Mas perseveraron y, aunque relajados, mantuvieron sus posiciones.

En su tarea ayudaba el hecho de que nadie parecía descansar esa noche, a causa de la orden expresa del estarosta.

Fue una orden directa que nadie quiso desobedecer y que fue secundada por los más allegados sin asomo de duda, y a su vez por el resto de nobles, si bien con algo más de reticencia.

Pero nada ocurría, y todos comenzaban a creer que aquella empresa no hacía sino debilitar las ya menguadas fuerzas de los sitiados.

—Deberíamos comenzar a pensar en hacer relevos, para que algunos puedan descansar —sugirió Lord Pemberton, susurrando al oído de Lord Brown. Sin embargo, este desoyó su comentario como el que espanta una mosca plomiza.

—¡Informen! —gritó, en cambio, dirigiéndose a la guardia de la torre más próxima.

—¡Nueve minutos para las tres! —le llegó la voz desde lo alto. Y Lord Brown rechinó los dientes.

—Lord Brown... —susurró de nuevo Lord Pemberton.

—¡Esperaremos hasta que la hora en punto haya sido superada! Si a esa hora no ha sucedido nada, yo mismo iré a hablar con el estarosta.

Así dio por zanjada la discusión.

Restaban cinco minutos para las tres. Y luego dos.

Finalmente, el último grano de arena cayó en la redoma del reloj, y el vigilante lo volteó para indicar el comienzo de una nueva hora, a la par que anunciaba con voz potente:

—¡Las tres y sin novedad!

Lord Brown y todos los que con él estaban contuvieron el aliento, sin saber muy bien ni por qué lo hacían, ni lo que esperaban que sucediera. Pero los segundos corrían con sedosa lentitud y ningún cambio se produjo.

Rebasaron el minuto de espera desde que el soldado diera la hora, sesenta segundos que se eternizaron, hasta que Lord Brown miró a Lord Pemberton.

—Sinceramente, espero que esta noche la única víctima entre nuestras filas sea el sueño —afirmó Lord Brown, sin ocultar el cansancio crónico que padecía—. Aguardaremos unos minutos más a ver qué pasa... después, si nada sucede, hablaré personalmente con el estarosta.

No hizo falta consultar a Pemberton si estaba de acuerdo, o a Tyrol, o a cualquiera de los soldados presentes. Nadie iba a culpar al estarosta por ser prudente, eso estaba claro; y en cualquier caso, preferían que sus corazonadas fueran equivocadas antes que tener que afrontar un ataque en aquella impenetrable oscuridad.

Dos minutos pasaban de las tres, y los ánimos comenzaban a relajarse, a la par que los tendones a destensarse sobre las empuñaduras de las armas.

En el patio central, Kadros había reunido a un nutrido grupo de hombres y mujeres, que no eran aptos para combatir en primera línea, pero que habían optado por librar su particular lucha acompañando al Kaimu en su vigilia. Desde el adarve de la muralla, recostado sobre el antepecho de la misma, Varley alcanzaba a oír retazos de sus oraciones.

«...ascenderé al altar de mi Señor, el Dios de mi alegría. Me revestiré con la armadura de Kilumaras para repeler los engaños de mi Enemigo... Resiste, ciñe la verdad en tu cintura, haz que la justicia sea tu coraza. Y por

encima de todo toma el escudo de la fe con el que serás capaz de sofocar los fieros dardos del maligno; acepta la salvación como tu morrión y la palabra de Kilumaras como la espada que recibiste».

Y así proseguía y se extendían sus palabras, como un manto, por toda la fortaleza. Y aquellos que las escuchaban sentían el bálsamo de su voz y miraban con mayor decisión hacia el horizonte.

En el baluarte sureste, sobre el imponente saliente que formaba allí la muralla penetrando como un cuchillo en el Lago Real, el vigilante de la garita se giró hacia su colega de guardia.

—¿Hueles eso? —preguntó, arrugando la nariz.

—¡Puuj! —replicó el otro, mientras se apresuraba a subirse el pañuelo de la garganta hacia la nariz—. ¡Huele como si camináramos sobre cien mil huevos podridos!

Entonces se lanzó la primera voz de alarma desde el otro extremo de la fortaleza.

—¡Atentos! ¡Movimiento a las puertas! —gritó el centinela del baluarte suroeste.

Lord Brown, los nobles, Varley y Torgund, y todos aquellos que abarrotaban las murallas, se arremolinaron observando con inquietud.

—¿Hora? —gritó Lord Brown, para hacerse oír por encima del murmullo nervioso de la tropa.

—¡Pasan cinco minutos de las tres! —respondió el centinela encargado. Devolvieron la atención al frente, y las voces de los soldados se fueron acallando, tratando de prever con sus oídos lo que no podían ver con sus ojos.

—¡Apagad los faroles! —ordenó Lord Brown, y todo a lo largo de la muralla se eclipsaron las luces.

Una tímida luna llena trataba de sustituir la luz del aceite, sin demasiado éxito. No obstante, los ojos se fueron acostumbrando a la penumbra.

De pronto un frío antinatural hizo presa de cada alma presente, y soldados y nobles comenzaron a expulsar aceleradas nubes por sus bocas.

Varley y Torgund intercambiaron una mirada rápida. El detective pudo leer en el rostro de su amigo lo que sospechaba. Reconocían esa heladora sensación que paralizaba la sangre dentro de las venas. Por desgracia, después

de esta noche, los presentes compartirían aquella sensación y su recuerdo, pues nadie que se haya enfrentado contra semejantes cosas las puede olvidar.

El pestilente hedor a podredumbre fue desplazado por el sonido de mil cristales restallando sobre el lago, como si un millar de copas se estrellaran contra el suelo y en el estrépito de su caída se deslizaran hacia el frente como una ola.

A veinte metros de la muralla, aquel clamor de cristales rotos reveló su presencia. El Lago Real se congelaba a gran velocidad, y sus aguas, al solidificarse, emitían una chirriante música, cayendo hacia delante como un dominó de cristal. Capa sobre capa, se congelaba la laguna, hasta que sus fríos dedos alcanzaron la muralla. Los dedos se congelaron aferrándose a los cimientos cual ramas de una planta trepadora y se alzaron por el lienzo con una garra azulada.

El mismo aliento de los defensores parecía congelarse en sus gargantas, haciéndoles toser de continuo.

Una llama se alzó en el sur, y el fuego relumbraba, dejando entrever la superficie congelada del Lago Real como un espejo opaco de color mortecino.

Cuando pudieron dibujar con más precisión el perfil de aquella llama, observaron que brotaba de la cabeza cornuda de un extraño ser.

—Asag... —murmuró Torgund. Varley, junto a él, prefirió no preguntar al respecto. En cualquier caso, iba a conocer muy pronto a quien respondiera a ese nombre.

El ente que utilizaba el nombre de Asag, era una bestia de descomunal tamaño. Cubría sus ojos con un mugriento trapo negro, y de su ardiente cabeza brotaban cuatro retorcidos cuernos. Su musculado cuerpo era un mar de cicatrices y sufrimiento, y le seguían cincuenta gigantes de piedra.

Ellos fueron los primeros en adentrarse en el hielo tanteando la superficie del lago con sus enormes pies.

—¡Fuego! —exclamó Lord Brown, sin perder un instante, haciendo que catapultas y onagros improvisados abrieran fuego contra los atacantes.

Asag emitió un rugido que ensordeció los oídos y llenó de temor los pensamientos. Aquel demonio era el miedo más visceral y primigenio, y era a él a quien habían ordenado encabezar el ataque. Era el miedo que precedía a la masacre.

A no mucho tardar, los gigantes de piedra cargaron contra las murallas en estampida, sin poder contener su ira y levantando esquirlas de hielo a cada paso. Su marcha resonaba como los tambores de guerra que preceden a un ejército.

Sin embargo, el ataque del Enemigo no respondía a una estrategia especialmente coordinada, basando su plan en la pura fuerza. De modo que sus efectivos atacaban todos a la vez, con la desenfrenada avidez de un adicto al que se ha privado de su dosis. Sin control, sin orden, llevados tan solo de un odio endémico, y liberados de sus cadenas con el único objetivo de sembrar la destrucción.

El fuego cruzado se recrudeció entre ambos bandos: de las murallas caían proyectiles sobre el lago abriendo cráteres en el hielo, y desde el lago llovían piedras que los mismos gigantes arrancaban de sus cuerpos y arrojaban con violencia.

En ese momento, mientras estaban ocupados tratando de frenar el avance de las primeras líneas, tras la vanguardia enemiga hizo acto de presencia otro de los entes que lideraban aquella fuerza, ansiando adelantarse en crueldad a su homónimo y compitiendo con él en maldad. Era este de aspecto leonino, con cinco patas de cabra, aunque caminara en posición erguida y rugiera órdenes a un ejército de muertos que se extendía a su espalda.

—¿Quién coño es ese? —chilló Brandon detrás de Varley, aterrado por el despliegue infernal que cobraba vida ante sus ojos. Aunque no tenía motivos para sentirse avergonzado, pues todos y cada uno de los soldados que defendían la muralla sentían el mismo espanto que él.

—¡Ese es Buer, al que siguen sus legiones de demonios y un ejército de Vetaldas! —gritó Torgund.

—¿Vetaldas? —quiso saber Varley; aunque lo único que realmente le interesaba saber era cómo matar a aquellas bestias antes que lo mataran a él. Simplemente necesitaba hablar para mantenerse ocupado, y por eso preguntó.

—Sí —añadió Torgund, empuñando con fuerza su negra espada—. Son demonios que poseen los cuerpos de personas fallecidas, para moverse libremente y manipular a los vivos.

Estaba Varley preguntándose cómo era posible que el adarve no se hubiera despejado en el acto ante semejantes visiones pesadillescas, cuando

de nuevo llegó a sus oídos la voz de Kadros como si resonara en la mente:

«Tú, dragón maldito y tus legiones, os conjuramos en el nombre de Kilumaras. Nosotros tomamos posesión de esta tierra en su nombre y se os niega la entrada, pues no os contáis entre los suyos...»

Varley observó al Kaimu, pensando que tal vez aquel personaje de ojillos anormales era el responsable de que los hombres siguieran en sus puestos, de que él siguiera en su puesto, pero no podía asegurarlo, era tan solo una corazonada.

En un momento dado, Kadros se incorporó e incluso bendijo la Fortaleza del Agua, mientras recitaba apresuradamente nuevas oraciones.

* * *

Los gigantes de piedra alcanzaron la muralla, seguidos por Asag, Buer, Vetaldas y demonios. El primero de los gigantes alzo un granítico puño y golpeó el lienzo de las defensas, que retumbaron como un tambor y se desportillaron como una vajilla, al resquebrajar los hermosos azulejos que aún conservaba. Todos los soldados del adarve tuvieron que hacer equilibrios sobre sus pies, para no rodar por el suelo ante la sacudida.

Otro gigante llegó y golpeó, y tras él otro más y otro. La muralla resonaba sacudida bajo sus mazazos, y los rugidos de Asag proferían gritos aterradores.

Desde las defensas los arqueros se afanaban en lanzar proyectiles contra los atacantes sin éxito alguno: piedras, muebles, cualquier cosa que pudiera detenerlos. Pero no existía arma capaz de frenarlos.

—¡Estamos jodidos! —exclamó Varley por encima del hombro, hablándole a Torgund; pero este se había arrodillado ante su espada y murmuraba sin cesar. Varley miró entonces hacia el patio, el grupo de Kadros había aumentado, y al mismo se habían sumado Ron, Sera y Sarmiento—. ¡Condenados críos! ¡Deberían estar dentro! —dijo en voz alta.

«Defiéndenos ante sus asechanzas, y envía a tus Custodios de la Luz en nuestra ayuda en esta hora de necesidad...»

Recitaba Kadros, con los labios pegados sobre su colgante, justo en el momento en el cual un grito de victoria brotó de los labios de varios soldados

que observaban por encima de las almenas.

Varley se asomó sobre el antepecho del muro y contempló a los gigantes, así como a los demonios y los muertos vivientes que se apretujaban en el congelado talud.

Uno de los gigantes miraba, con gesto estúpido y estupor, su enorme puño grisáceo disolviéndose en una deforme masa magmática. El monstruo emitió un grito ensordecedor que era como un desprendimiento en las montañas, y el magma avanzó incandescente a lo largo de su brazo, consumiéndole. La bestia comenzó a correr en sentido contrario, de vuelta hacia su retaguardia, pero no llegó ni a mitad de camino, cuando todo su cuerpo quedó consumido en una masa amorfa de roca fundida.

Asag gritó de nuevo, y los gigantes golpearon con más furia, haciendo temblar la muralla de tal modo que parecía fuera a saltar de sus cimientos. Pero no habían golpeado tres veces, cuando todos los gigantes contemplaban atónitos cómo sus manos se fundían y sus cuerpos se convertían, a su vez, en charcos de lava incandescente, que al depositarse sobre la superficie helada del lago se solidificaban creando extraños túmulos.

La muerte de los gigantes dejó a los Vetala gritando indefensos a los pies del muro, recibiendo las saetas que llovían sobre sus cabezas; Asag y Buer se enfrascaron en una agria disputa entre ellos mismos.

—¿Qué ha sido eso...? —preguntó en voz alta Varley; pero Torgund permanecía concentrado sin responder. Tan solo en un susurro apenas inaudible, sugirió:

—Contra semejante enemigo ya no valen las espadas... —y prosiguió murmurando al compás de Kadros.

Varley estaba atónito, ignoraba qué palabras recitaba Torgund, pues de haberlas conocido ya se habría sumado a ellas, pero optó por hacer lo más humilde que podía. Se arrodilló junto a él y posó su mano sobre la empuñadura de la negra espada, acompañándole.

Algunos soldados siguieron su ejemplo, y una larga fila de hombres hincaron la rodilla a lo largo de las defensas. Otros muchos por su parte prosiguieron defendiendo los muros con la fuerza de sus brazos. Tanto unos como otros eran necesarios esa noche.

Un terrible lamento hendió la oscuridad. Desde los límites del lago hizo

su aparición una bestia monstruosa similar a un ofidio, pero cien veces más grande que la más grande de las serpientes. Su escamoso cuerpo de motivos anillados se deslizaba sobre el hielo a gran velocidad, camino de las puertas. Su cabeza no tenía rostro, su boca estaba sellada, y los lamentos atroces que emitía su alma atormentada resonaban dentro de su vientre apagados, como si alguien gritara desde el interior de un saco.

La bestia era Hundun, el padre de los dragones, cuya prole venía tras él rugiendo en llameante ira. A esta nueva embestida se sumaron en cascada todas las aberraciones que restaban; así resiguieron la estela de Hundun grifos, hidras, lamias, ghouls, arañas, mantícoras, nagas, urcos, hombres lobo, y un sin fin de seres contrahechos para los cuales no ha sido concebido todavía un nombre.

Dicho ejército recorrió la distancia helada que los separaba de los muros con inquietante rapidez; una cacofonía estremecedora de gritos y alaridos, como mil almas condenadas lanzándose al asalto, sin nada que perder, pues ni la misma alma conservaban.

Una descarga de proyectiles surgió por encima de los paramentos defensivos, en un inútil esfuerzo por contener la tremenda furia del enemigo. Pero su odio era inmensurable como el mar; y como el agua, se filtra entre los dedos de quien ociosamente trata de contenerlo entre sus manos.

Así Hundun llegó hasta las puertas de Agbara Ti Emí. Y el terror sin rostro embistió como un ariete las enormes hojas, que retumbaron sobre sus goznes. Piedra y bronce tremolaron, y Mil Ríos contuvo el aliento. Las puertas resistieron, los azulejos se desprendieron de lo alto y los defensores incrementaron la cadencia de fuego; pero todo era insuficiente para frenar a aquel enemigo.

Los secuaces de Hundun, que venían tras él abarrotaron el talud y el foso congelado con sus horrendas figuras. Arañaban las murallas, mancillaban los cadáveres de sus propios caídos, y trataban de trepar muro arriba entre gritos, amenazas y blasfemias.

Pero las puertas de la Fortaleza del Espíritu, apuntaladas, resistieron; y sus murallas reforzadas con arena soportaron la carga. Mas el tiempo jugaba en contra; y era cuestión de eso nada más el que los brazos acabaran cayendo agotados y firmaran así el final de una era.

Hundun, resentido, pues nunca hubo mortal o elemento que se le hubiese resistido de tal manera, se alzó en toda su longitud como si fuera una cobra. Apoyándose tan solo en su poderosa cola ascendió por encima de las puertas y las murallas, clamando venganza, proclamando un odio ahogado desde el interior de su cuerpo sin labios. Y su rabia bullía por brotar al exterior y erradicar toda vida; pero al no poder salir, caía nuevamente en su interior y lo corroía por dentro, hecho que generaba más bilis y maldad, y retroalimentaba nuevas ofensas.

Se alzó la maligna serpiente sobre el baluarte que coronaba las puertas, y dejó caer su cuerpo anillado contra los soldados que allí defendían la posición, aplastándolos con deleite.

Mientras, sus fuerzas atacaban las murallas, y aquellos de ellos que poseían el don de volar, como los grifos, asediaban el adarve, sustrayendo aquí y allá a pobres desgraciados, que eran arrojados al exterior para ser mutilados por las inmundas bestias.

Hundun fijó entonces su atención en la gran torre que allí se elevaba rozando el firmamento, y con malicia y rapidez se enroscó sobre su base y ascendió gimiendo por su cilíndrica estructura. Conforme ascendía siseando hacia dentro, comprimía con sus anillos a la estructura, resquebrajando sin piedad el lucido alicatado y haciendo gemir la piedra subyacente bajo su abrazo.

Los soldados que desde la cúspide contemplaban atónitos el terror sin voz, disparaban sus dardos hacia abajo tratando de frenar el avance de la bestia.

Pero no se detuvo ni dio señales de sentir los agujonazos de los dardos. La serpiente dragón siseó de nuevo y, con especial placer, contrajo toda su musculatura al unísono. La torre de la que había hecho presa estalló en una lluvia de piedra y argamasa, y los defensores volaron por los aires encontrando la muerte.

Torgund, que había abandonado junto con Varley su posición en la muralla, había descendido al patio de la guarnición, e increpaba en ese momento a catapultas y onagros, instándoles a disparar y cargar con mayor rapidez. El sonido de la torre desmoronándose bajo el cuerpo de Hundun llegó a sus oídos, y los gritos de los desgraciados también.

—¡Hay qué hacer algo! —gritó Tania a sus espaldas, mientras vendaba

un corte en su antebrazo. Varley apareció a la carrera con la espada desenfundada, evaluó la situación en dos parpadeos y exclamó.

—¡Tú y tú! —señaló a dos operarios de una enorme balista—. ¡Girad esa máquina y apuntadla hacia la serpiente! —los hombres temblaban, y tuvo que ser Varley, apoyado por Tania y Torgund, quien dispusiera finalmente el arma.

Hundun se regodeaba mientras tanto, girando sobre sí misma, restregándose con las ruinas y frotándose con los cascotes, para despanzurrar los cadáveres y humillarlos cuanto pudiera.

La cuerda de tendones de la balista restalló en la distancia. La serpiente sin rostro lo oyó y alzó su cabeza alertada, justo cuando el proyectil impactaba contra su pecho.

Si hubiera sido una bomba no habría sonado con mayor potencia, ni con mayor terror. Así fue el grito que profirió Hundun antes de caer fuera de las murallas. Con todo y con eso, su alarido de rabia quedó contenido dentro del ser sin labios, no pudiendo brotar al exterior y siendo esta la causa que más daño le produjo, pues vísceras y entrañas estallaron de puro odio en su interior.

Pero el ataque proseguía incontenible, y una pequeña victoria no era más que eso: una gota en un océano.

—¡Qué hacemos ahora! —clamaban Brandon y Marlon desde las murallas, desesperados, enfrentándose a toda bestia que osaba poner sus garras por encima de las almenas.

Torgund se tomó un instante, mirando a su alrededor, y allí donde sus ojos deparaban solo veía muerte, fuego y oscuridad. Después reparó en Varley y vio algo más... desesperanza. El Kaimu detuvo su mano sobre el hombro de su amigo y, con sencillez, le dijo:

—Ven. Es el momento de creer y hacer que todos cuantos puedan se unan.

Todavía sin comprenderlo con claridad, Varley observó como Torgund se arrodillaba de nuevo y, llevado por una intuición natural, comenzaba a recitar versos y oraciones en consonancia con Kadros, que hacía otro tanto desde su expuesta posición con cientos de personas que se les habían unido.

Varley cayó de rodillas y acompañó a Torgund, Tania al observarlos

terminó por seguirlos. Así, uno a uno, como una oleada que se extendiera por toda la ciudad, fueron hincando la rodilla los defensores, conscientes de que las armas nada podrían contra seres como Hundun.

Los Perantaraan hicieron memoria y recordaron un recurso largamente olvidado.

Tan solo un reducido grupo prosiguió luchando contra la inminente amenaza que saltaba por las murallas, pero su coraje descansaba sobre las palabras que se pronunciaban tras ellos.

Al principio nada sucedió, y más de uno supuso que morirían así, de rodillas. Pero algo cambió imperceptiblemente en el ambiente... el frío comenzó a ceder. El omnipresente frío remitía a gran velocidad, y los atacantes perdían fuerza por momentos y se sentían confusos, interrogándose los unos a los otros, desconfiando, lanzando miradas recelosas hacia atrás, buscando a sus amos como perros descarriados.

Fue así que el hielo que cubría el Lago Real comenzó a resquebrajarse y ceder. Hebras de cristal se rompían y crujían bajo las garras del enemigo, y en cuestión de unos minutos el hielo cedió, abriéndose en grandes casquetes que apenas permitían a ninguno de ellos permanecer en la superficie.

Los entes más torpes y lentos hallaron la muerte allí, ahogados. Aquellos que volaban se retiraron apresuradamente cuidándose tan solo de ellos mismos, mientras el grueso de las fuerzas comenzó a arrastrarse a duras penas con el rabo entre las piernas.

Pero no fue eso lo único que sucedió, aunque con eso pudiera haber bastado. El hielo se fundió con rapidez, y el lago atrapó sus cuerpos; bestias y monstruos trataban de nadar, mientras chillaban en las heladas aguas. Repentinamente el agua comenzó a retirarse con rapidez haciendo bajar la marea de manera antinatural.

Muy pronto aquellos seres que se debatían entre las aguas, hicieron pie sobre el lecho de la marisma y rieron, divertidos, al creer que el peligro había pasado y que renovarían el ataque con mayor energía y facilidad.

Ya volvían sus garras de nuevo hacia la ciudad, envalentonados, cuando las aguas regresaron con brusquedad sobre sus cabezas por ambos lados. Las dos grandes olas convergieron sobre el enemigo, y aquellos que no murieron aplastados se ahogaron sin remisión.

Desde Agbara Ti Emí se alzó un cántico de victoria y un grito de alabanza. Tan solo algunas bestias lograron salir del agua por su propio pie: Asag y Buer, maltrechos y con sus fuerzas diezmadas; Hundun, arrastrándose a duras penas por la orilla opuesta, sin dejar de perder negra sangre por la herida abierta en su pecho.

Así concluyó el combate de aquella noche, donde las fuerzas de las armas no ganaron la jornada para Mil Ríos y donde quién se mantenía incrédulo, creyó.

* * *

Habían levantado un pabellón de lona negra en el mismo centro del campamento, y en él se reunían los Mork y sus lacayos una vez más, lo que estaba empezando a convertirse en una molesta costumbre.

El interior de la tienda resultaba más espacioso de lo que aparentaba a simple vista desde fuera; Sonya ignoraba si esto era producto de un efecto óptico, o si intervenía allí algún tipo de arte oscura; por su experiencia personal, podía asegurar que la segunda premisa era la opción adecuada.

Un ambiente mefítico se respiraba en el interior, un ambiente de medias palabras y medias verdades, donde unos no revelaban por completo sus planes y otros no osaban contrariarlos. Y allí estaban aquellos que formaban la cúpula del Ejército de los Últimos Días: Sonya, Hadar, los Mork, con sus terribles caras de desprecio, y Leviathanas, eternamente presente, ejerciendo de puente entre los humanos y... lo que sea que fueran los Mork.

Durante largo rato permanecieron en sus asientos sin emitir palabra, mientras el fuego del hogar caldeaba un poco la gélida presencia de los amos. Sonya se mantenía expectante. Sabía que el plan de sus contratistas, como ella los veía, había fracasado a pesar de sus advertencias al respecto. Pero no era prudente restregarles el hecho en el rostro, de manera que aguardaba a que ellos dieran el primer paso.

—Tenías razón —aceptó, al fin, con voz profunda Ars, como si reconocer aquello le provocara un especial dolor—. Debimos prestar más atención a tus palabras.

Sonya parpadeó un par de veces, intercambiando miradas con el

general Hadar. ¿Era humildad lo que detectaba en aquella disculpa? ¿Era siquiera una disculpa? Lo que estaba claro, y Sonya lo vio reflejado en Hadar y en Leviathanas, era que no se trataba de debilidad lo que veía en los Mork. Tan solo aflojaban la cuerda para volver a tensarla por otro lado en cualquier momento.

—Creo que no es una cuestión sobre tener razón o no —replicó Sonya—. Tal vez podríamos aprender de lo sucedido y sacar provecho. Todavía contamos con la ventaja y una superioridad apabullante en números... —Sonya sopesó hasta dónde podía llevar su atrevimiento—. ¿Puedo preguntar qué salió mal? Ningún ejército podría haber soportado semejante asedio más de un minuto y mucho menos rechazarlo... vuestras... bestias, no son algo que se vea a menudo, ni contra lo que se conozca estrategia alguna.

Reflejo observaba la reunión, sumida en sus pensamientos, aparentando no prestar atención, remordiéndose su cabeza con negros deseos contra Sonya y contra el mundo. Los otros por el contrario parecían más dispuestos a conciliar una postura.

—Lo que salió mal fue nuestra precipitación —reconoció Fasto; y Sonya obvió la oportunidad de subrayar la frase con un *te lo dije*—. Debíamos haberlo previsto. Pero su plan se nos escapa.

—¿El plan de...? —comenzó a preguntar Sonya, dejando la cuestión abierta a la espera de que ellos mismos la completaran.

—De aquel cuyo nombre despreciamos —escupió Zagut con acritud.

La caudilla observó a sus interlocutores con detenimiento. Ni siquiera se atrevían a pronunciar el nombre de su enemigo y Sonya sospechaba que no era el desprecio la razón de tal comportamiento.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué fue lo que no previmos? —añadió Sonya, curiosa.

Trifania se incorporó con un bufido y se apartó hacia una mesilla, haciendo como si sirviera una copa de vino, aunque aquellos placeres fueran cenizas para su boca. Fasto por el contrario respondió con la calma de un tutor, cosa que pilló desprevenida a Sonya.

—Sencillo... existen ciertas reglas en este mundo que todavía no pueden romperse. Reglas que una vez triunfemos serán abolidas por completo. Pero mientras nos alzamos con el triunfo, estas siguen teniendo vigencia,

aunque cada vez sea menor su poder.

—¿Podéis aclarar ese punto? —Fasto apretó los dientes, como si le pidieran que recordara una antigua enfermedad cuyas secuelas todavía estuvieran presentes en su cuerpo.

—No nos está permitido actuar abiertamente en el mundo. No del todo al menos. Es verdad que hemos ganado fuerza y que, año a año, siglo tras siglo, hemos ido arañando nuestro derecho y recuperando gran parte de nuestro poder. Pero... si actuamos abiertamente, si nos manifestamos en toda nuestra excelencia... aquel cuyo nombre es dolor interviene.

—¿Cómo? —se interesó Sonya—. ¿Cómo interviene? Existirá alguna manera de evitarlo, digo yo.

—La había, en efecto. Y ha funcionado a la perfección durante toda la eternidad, pero parece que ahora, al final, los Perantaraan han recordado un atisbo del arma que les fue dada; a pesar de todos nuestros esfuerzos para hacer que la olvidaran, a pesar de nuestro éxito alejándolos de su creador... esa arma es algo que nos produce asco y contra la que combatimos con todo nuestro odio. Esa arma es el yugo del cual nos liberamos en el albor de los tiempos, y son las cadenas de las cuales ayudamos a los hombres a prescindir. Pero parece que el hombre vuelve a sus cadenas una vez más, esperando que estas los salven.

—No acabo de comprender... —comenzó a decir Sonya; pero Zagut la interrumpió, dejando la pregunta morir en sus labios antes de pronunciarla.

—¡El hombre ha recordado que puede pedir ayuda! ¡Ha descubierto que no está solo! ¡Qué no fue abandonado con la fractura del mundo! Y nuestro mayor problema es que han pedido esta ayuda y lo han hecho con sinceridad... Ahora los hombres saben que pueden recurrir a ella siempre que lo necesiten.

—¡En efecto! —escupió Reflejo—. Y eso no hará más que reforzar su resolución.

Sonya contempló a sus amos con interés y sin dejar de sospechar. Sabía que había cosas que escapaban a su razón, pero también sabía que aquellos socios le ocultaban demasiada información. ¿Qué clase de enemigo podía frenar un ataque como el de la noche pasada con solo pedirlo? Sin duda, aquella era un arma a tener en cuenta.

—Entonces... no podemos depender de vuestras fuerzas, ni recurrir a ellas, ¿es eso?

—No, hasta el final, al menos... Cuando se den las circunstancias apropiadas, ya nada podrá detenernos —respondió Fasto.

—Entiendo —asintió Sonya.

—Y es por eso precisamente que deseamos vuelvas a retomar tu plan original. Pondremos todos los medios a nuestro alcance para ver cumplidas tus promesas, caudilla —añadió Zagut.

—Ya... —replicó secamente Sonya—. Con respecto a eso... el plan sigue siendo válido por supuesto, pero he pensado una nueva perspectiva para nuestro asedio, que desearía comentar con... vosotros.

—Habla —la apremió Trifania.

Sonya respondió con una única palabra:

—Hambre —la propuesta fue recibida con frialdad—. Pensadlo. Tenemos el control absoluto del territorio, rodeamos la Fortaleza del Agua en todo su perímetro, controlamos el Arroyo de las Terrazas, y por el aire no podrán recibir suministros de ningún tipo. Y lo más importante... no queda nadie que pueda venir a apoyarles. Mundo Antiguo está bajo el agua —Sonya prefirió no comentar el hecho de que aquellas aguas continuaban subiendo como si pretendieran llenar el orbe—, la Cascada y la Escala desaparecidas, y los pocos aliados que les restaban se encierran tras los muros. ¿Cuánto tardarán en quedarse sin alimentos? ¿Cuánto tardarán en morir todos y entregarnos una victoria fácil?

Sonya dejó aquellas preguntas flotando en el aire, pensando que serían recibidas con deleite. Pero vio por sus rostros que no era así la recepción. Los semblantes de los Mork eran adustos y estaban torcidos en muecas desagradables. Sonya reculó un paso y miró dubitativa al general Hadar, que a su vez le devolvió la mirada sin comprender qué pasaba.

—¿No estáis de acuerdo? —se aventuró a preguntar Sonya.

Ars, o Fasto, carraspeó antes de responder, como si la mera idea de someter a la población por inanición se le atragantara.

—Agradecemos tu interés, caudilla. Puede que esos métodos de asedio sean válidos para los tuyos... pero para un Mork...

Orgullo, se dijo Sonya. Siempre la misma calamidad. Daba igual quién dirigiera los ejércitos, el orgullo siempre terminaba fastidiando un plan perfectamente válido.

—¿Rendir la voluntad de los hombres por hambre? —continuó Fasto, formulando una pregunta retórica—. No recurriremos a algo tan banal, cuando poseemos todo el poder del mundo; no dejaremos que se recuerde que por nuestra propia voluntad tuvimos que recurrir a artimañas de mujer para someter la debilidad de los Perantaraan —Sonya se mordió la lengua—. No, de ninguna manera. Atacarás el muro norte como tenías previsto, como prometiste. Y atacarás con todas tus fuerzas. Es el momento de sacar partido a esa tercera mina y a las máquinas de asedio que con tanto mimo has ocultado al enemigo.

—Como deseáis —aceptó Sonya, inclinándose.

—¡Si el hombre se rinde será por la fuerza! ¡Será porque hemos demostrado quién es el mejor ángel! —continuó Fasto, sin contener la furia que emanaba de las cicatrices enrojecidas de su rostro.

—Así se hará —afirmó Sonya, que con lentitud comenzó a retirarse de la presencia de los Mork, cuya compañía había aprendido a odiar.

—¡Ah! Y caudilla... —añadió Fasto, reteniéndola brevemente—. Esta será vuestra última oportunidad. Si no vais a tener éxito, lo mejor será que no volváis y busquéis la manera que más os plazca de morir —Sonya le sostuvo la mirada, desafiante—. Pensad que siempre será más dulce que la más dulce de las muertes que pudiéramos daros.

* * *

Por una vez se permitieron el lujo de una frugal comida.

Reunidos en el salón de los estarostas, nobles y mandos del ejército, así como los allegados de Ron, se daban cita en aquella lúgubre velada que vagamente trataba de rememorar las glorias de tiempos pasados. Claro que, con gachas aguadas y pan duro, acompañadas de algunas frutas agusanadas, las similitudes acababan en la misma puerta del salón.

Las reservas de comida habían menguado drásticamente, y el hecho de que parte de lo recolectado apareciera podrido una buena mañana, no ayudaba a la supervivencia. Los encargados de los almacenes, sencillamente, no daban crédito, pero el hecho es que la carne fresca y los cereales acumulados para afrontar el asedio ennegrecieron, hasta que una fina película de polvo cubrió

los alimentos.

Esto hizo que la situación se volviera más apremiante y dramática si cabe. Las enfermedades que azotaban la calle de las Pulgas y el callejón de la Cebada, amenazaban con extenderse por toda la ciudad, y el hambre se había aliado con sus enemigos en aquella contienda.

Pero a pesar de todo, tras los recientes acontecimientos el ánimo era positivo alrededor de la mesa. Los nobles que habían acudido a defender las murallas la noche que sucedió “el milagro”, todavía no daban crédito a lo que vieron sus ojos. A muchos les resultaba más inverosímil aún aceptar el hecho de que ellos mismos habían doblado la rodilla para sumarse a Kadros, en lo que preferían denominar como...

—¡Magia! ¿Por qué no utilizar esa magia y terminar de una vez con nuestros enemigos? —era Lord Tyrol quién hablaba.

Lord Brown puso los ojos en blanco con desdén, mientras apuraba un vaso de vino, uno de los pocos productos que aún se conservaban y del cual había abundantes reservas, lo cual resultaba irónico. No tenían qué llevarse a la boca, pero podían beber hasta morir. La ironía habría emocionado a Varley, de no ser porque su estómago gruñía tan fuerte como el de los demás.

—¿No sería lo más lógico hacer uso de esa ventaja? —concluyó Tyrol, dirigiéndose a Ron.

El estarosta no emitió juicio alguno; pero al buscar apoyo entre los presentes, sus ojos se cruzaron brevemente con los de Sarmiento, que, aunque ciegos, le atravesaban de lado a lado. Durante un instante el estarosta quedó prendido de su mirada: aquellos ojos parecían hablarle directamente a él; algo atormentaba a Sarmiento. Sin embargo, Ron se desentendió por el momento de su amigo, urgido por la necesidad de dar respuesta a Lord Tyrol.

Kadros, por su parte, se llevó una grasienta cucharada a la boca, y sin levantar la vista del caldo, contrarió al noble, adelantándose a su señor:

—No ha sido magia —afirmó—. Y no permitiré que nadie denomine de esa manera lo que sucedió anoche —callaron todos, de tal modo que lo único que se pudo escuchar fueron los labios de Kadros sorbiendo la sopa con educación. Algunos de los presentes se removieron incómodos en sus asientos ante la hostil respuesta, bailando como si tuvieran debajo abrojos en lugar de almohadones. Lord Tyrol se puso en pie, como si fuera a conferenciar, y tras aclararse la garganta con un buen sorbo de vino, insistió en su punto de vista.

—¿Y cómo denominaríamos, entonces, a lo sucedido la pasada noche? ¿Cómo llamaríais a las fuerzas que nos atacaron? ¿Y qué hay de su huida y aniquilación? ¿Cómo no pensar que hay una poderosa magia detrás de todo esto?

—Ojalá estuvieran aniquilados, mi buen señor. Pero nada más lejos de la realidad —fue la respuesta de Kadros.

—¿No respondéis?... ¡Magia entonces! —recalcó Tyrol, machaconamente.

—¡Por favor Lord Tyrol, dejadlo ya! —terció Lord Brown, aburrido por su palabrería—. ¿Acaso creéis que este hombre mandará llover fuego del cielo? Nuestra salvación no está más que en nuestras manos.

—Os lo agradezco, Lord Brown, pero vos también os equivocáis —Kadros se volvió hacia el noble; el resto de los presentes comían o simulaban que hacían tal cosa—. Es muy cierto que de nosotros depende el resultado de esta batalla, nadie dice lo contrario. Pero tal vez depende de nosotros no del modo que imagináis. Nuestra salvación, como decís, en efecto está en nuestras manos. Pero por la sencilla razón de que depende de nosotros hacer una elección.

Lord Brown asentía a modo de disculpa, analizando las matizaciones de aquel hombre.

—Quizá tengáis razón —aceptó.

—¿Qué elección? —quiso saber Lord Pemberton.

Kadros se tomó su tiempo para responder. Parecía cansado, tal vez como consecuencia de sus vigiliyas y oraciones. Aquellas plegarias parecían no ser más que una vulgar pérdida de tiempo, y sin embargo lo dejaban avejentado, molido y magullado como si hubiera luchado en primera línea contra las fuerzas enemigas.

—Nuestro eminente Lord Tyrol ha hablado de magia... —comenzó a decir Kadros—. Cuando la palabra que estaba buscando es fe. Por eso cuando digo que está en nuestras manos, no me refiero a armas y artefactos, batallas y estrategias; me refiero a una lucha mucho más profunda y silenciosa, que es la que se libra dentro de cada uno de ustedes y la razón por la que ese enemigo está a nuestras puertas. Vienen a por ustedes, a por cada uno de nosotros.

—¿Nos acusa de haber provocado esto? —preguntó Lord Goritz, sin

dar crédito. Kadros le respondió con dulzura.

—Usted, ellos, Torgund, yo mismo... todos hemos sido responsables de esta situación. Todos olvidamos nuestros orígenes; todos nos apartamos del camino y en algún momento pensamos que la libertad consistía en eso, en romper las amarras que nos unían a la luz... todos nos equivocamos y permitimos que la oscuridad viniera a llenar el vacío, pues el Enemigo solo entiende de equilibrios y es maestro de los vacíos, que siempre ansía ocupar.

—Si no es magia, y tan solo fe, lo que haces —quiso saber Lord Sutton—, he de suponer que lo de nuestro enemigo tampoco es magia, sino fe. Así pues... ¿qué diferencia hay entre ellos y nosotros?

—¡Hasta los malvados creen en algo! —exclamó Kadros, que parecía haber entrado en duelo contra toda la mesa—. No puedo negarlo, es posible que nuestros enemigos sean los más creyentes de entre los crédulos. Creen tanto, que odian sin medida a su creador. Pero aunque reconozca que tienen fe, que creen... hay creencias y creencias, y por mucho que los tiempos digan lo contrario no todos los credos son iguales, ni adoramos al mismo Dios. Hay fe torcida en ellos, al igual que había fe en la Cascada, una fe que era idolatría. Había fe en la Escala, en la superioridad de la mujer a cualquier precio, incluso al de perder su identidad. Y había fe en Mil Ríos, fe en el dinero y en el poder. Por haber, había fe incluso en Mundo Antiguo, pero para cuando se percataron de a quién adoraban ya era demasiado tarde, me temo.

Kadros tomó aire antes de continuar.

—Aquello que con tanta insistencia llamáis magia, queriendo decir fe, y lo que en verdad es la fe, conforman dos códigos de creencias opuestas. La nuestra habla de la luz, la suya... la suya es la fe de los malvados. Y como tal, ha deformado tanto sus preceptos como sus cuerpos. Todos esos seres “mágicos” que vimos ayer y los que estén por venir... pudieron ser otra cosa antaño. Pudieron llevar otra vida en el pasado. Pero eligieron creer en su “dios”, y su fe los ha deformado hasta convertirse en lo que son ahora.

—Pero alguno habría entre ellos que no creyera en nada... ¿Qué pasa con ellos? No adoraban a nadie, por tanto, no deberían deformar su “yo”. ¿Acaso no hay lugar para los ateos en este mundo? —preguntó Brandon con inocencia desde el otro lado de la mesa. El muchacho había estado siguiendo la conversación con interés desde que Lord Tyrol expuso su posición.

—Esa precisamente es la trampa en la que cayeron ellos mismos,

muchacho; todos aquellos que alegan ser ateos gritando al tiempo ser libres de toda atadura, no adoran a nadie y son presos de todo. Es un hecho que quizá sean los más crédulos de entre los hombres, pues los ateos creen en el dinero, en la vulgaridad, en los placeres; creen en la amistad hueca y el amor vacío; creen en la ecología, en el sistema político de turno, en la solidaridad, que es palabrería que anestesia sus propios egoísmos, y en la tolerancia bulímica que regurgita sus mismos prejuicios; creen en cualquier simplicidad que pueda llenar el vacío que voluntariamente cultivaron —afirmó Kadros—. Creen en una o en todas estas cosas a la vez.

—Pero ellos no tienen por qué ser deformes o monstruos... —continuó Brandon, sin terminar de comprender—. He tenido muchos amigos que no tenían ningún tipo de creencia y eran buenas personas.

—Eso se decían, sin duda. Y seguramente fueran buenos a su manera; en efecto, no eran monstruos. Pero nadie puede afirmar, sin caer en la hipocresía: “No creo en nada”. Pues todo el mundo tiene algo a lo que aferrarse, y más aquellos que dicen no creer... Pueden creer en esta vida, en la seguridad del hogar, en el amor de unos padres... pero si llega la hora de probar esas convicciones que con tanto orgullo enarbolan... estarán indefensos, y sin defensas podrían llegar a convertirse en cualquiera de las aberraciones que viste la otra noche atacando las murallas. De manera que no reconozco eso que llamáis magia, y cualquier cosa que se asemeje al concepto que tenéis de magia proviene de una misma fuente. Fuente cuyas aguas solo os traerán muerte —Kadros trasegó un nuevo bocado antes de concluir—. Ahora más que nunca, es necesaria la fuerza de la fe; pero eso no excluye el hecho incontestable de que, ahora más que nunca, se necesita la fuerza de los hombres.

Una copa se cayó al suelo rompiendo por un instante la tensión del momento. Tanto los nobles como el resto de los invitados prefirieron no proseguir con aquella discusión, obviamente nadie podía saber más que Kadros con respecto a lo sucedido en los últimos combates, de manera que nadie se atrevió a rebatir su punto de vista, o a sugerir siquiera que su reticencia se debiera a algún tipo de impostura. Aunque en su fuero interno, muchos de los nobles seguían pensando que aquel bufón ocultaba un poder sobrenatural que se negaba a compartir. Su orgullo nobiliario hacía más paladeable creer en ese tipo de fuerzas esotéricas, que creer en un poder

emanado de la propia fe. Y dado que ninguno de los presentes podía presumir precisamente de una vida virtuosa, denostaban y menospreciaban una fe que pudiera emanar de ellos mismos, pensando que cuanto sugería Kadros era irrealizable para los nobles; de manera que la única justificación posible era la magia.

Durante el resto de la velada la intensidad de las conversaciones se redujo a chistes, comentarios jocosos y algún que otro preparativo de cara a las siguientes jornadas.

Varley, que bebía con alegría el excedente de vino, descargó un codazo contra las costillas de Torgund de manera conspirativa.

—Es imposible ganarle en una guerra dialéctica, ¿no? —dijo, apuntando a Kadros con el mentón.

—Sobre tema de escrituras y misterios divinos es absolutamente improbable —Torgund bebió de su copa—, pero si discutimos sobre la calidad de la cerveza y juegos de cartas... no tiene nada que hacer.

Ambos se miraron y rieron por lo bajo, como dos niños pillos que anduvieran urdiendo maldades contra su tutor.

* * *

Cuando las viandas se terminaron, cosa que realmente no requirió de demasiado tiempo, el estarosta se disculpó y se retiró a sus aposentos. La guardia lo acompañó hasta la misma puerta, y Ron se adentró en su habitación. La estancia se hallaba en penumbra, y el ambiente permanecía algo caldeado gracias al brasero que había tenido encendido horas antes. Agotado y asediado por un sinfín de preocupaciones, Ron se dejó caer sobre la cama con la vista clavada en el dosel.

Estaba distraído en la oscuridad, contemplando cómo la escasa luz que se filtraba por los ventanales orlaba los tapices de su cuarto, cuando reparó en que no estaba solo. Apremiado por la sorpresa, Ron saltó de la cama y desenfundó el acero que ahora llevaba siempre al cinto. Giró sobre sí mismo en posición defensiva, con la espada firmemente aferrada por delante de su cuerpo, y encontró al intruso sentado en un sillón orejero, apenas visible en la oscuridad, tan solo una silueta.

—¿Quién eres? —preguntó Ron, manteniendo la voz firme.

—Eso no será necesario, Ron —respondió el intruso.

—¿Sarm? —preguntó Ron—. ¿Eres tú, Sarmiento? —añadió, incrédulo, utilizando su nombre completo y no la apócope por el que algunos se dirigían a él para simplificar.

—Sí, soy yo.

—¿Qué narices haces aquí? ¿Cómo has entrado? Por poco me matas del susto, amigo.

Sarmiento no respondió a ninguna de aquellas preguntas, por lo que Ron asumió que carecían de importancia comparado con lo que realmente le había traído allí.

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó nuevamente, mientras prendía el pabilo de una vela, cuya luz rápidamente se esparció en todas las direcciones.

—No lo sé —respondió Sarmiento, vacilante. Ron podía ver su rostro alumbrado parcialmente por la insignificante llamita—. La verdad, no lo sé.

—¿Hay algo... que te atormenta? ¿Es eso?

Sarmiento asintió, sin dar mayores explicaciones, hasta que movido no sabía muy bien por qué, empezó a barruntar una cascada de palabras.

—Es por Lucius. Es por lo que hizo, por cómo lo hizo... no dejo de darle vueltas, Ron. No dejo de ver su cara en mis sueños y de pensar cómo podríamos haber solucionado la situación de otra manera.

—Pero fue su decisión —trató de reconfortarle Ron, que adelantándose comenzó a servir dos pequeñas copas de licor.

—Precisamente por eso... fue su decisión. Y la tomó porque no veía otra salida. Y puede que ese fuera el sentido de su vida, puede que su misión en esta historia fuera esa, dar su vida por la mía. De manera que Lucius murió sabiendo cuál era su objetivo, digámoslo así... —se detuvo sin saber qué quería decir—. Pero ¿y nosotros?

Ron callaba y daba pequeños sorbitos de la copa, mientras tendía su gemela hacia Sarmiento.

—Sabes que no tengo respuestas para eso, Sarm —el chico recogió la copa que le alcanzaban y bebió.

—¿Y si te dijera que creo tener una vaga idea de hacia dónde conduce todo esto? —sugirió Sarmiento de manera distraída, consiguiendo que Ron lo

mirara con extrema atención—. ¿Y si te dijera que creo saber cuál es nuestra función?

—Sin duda te pediría que me lo revelaras inmediatamente —replicó Ron, dejando su copa sobre la mesilla.

—¿Y si no es el momento? ¿Confiarías en mí? —Ron asintió a duras penas; el ansia de saber lo que ocultaba Sarm era más fuerte que su propia voluntad.

—Sí. Confiaría en ti —afirmó, al fin, convencido de sus propias palabras.

—¿Y si en el futuro te revelara mi plan y no fuera el mejor momento, o pensaras que es una locura? ¿Qué me dirías? —Ron vaciló una vez más.

—Confiaría en ti... y te pediría que me explicaras de donde procede ese plan.

—Eso puedo responderlo ahora. El plan no es mío. El plan lo expuso Kadros en tus salones hace ya tiempo —Ron no terminaba de aferrar a qué se refería.

—¿Hablas de lo que está tratando de hacer con el mundo en general, o te refieres a algo más concreto?

—A la primera de tus deducciones.

—El mundo entonces —corroboró Ron—. ¿Y qué tenemos que ver nosotros dos?

—Y Sera... no olvides a Sera —corrigió Sarmiento.

—Y Sera, sí —concluyó Ron, deseando que continuara.

—No sé qué pintamos, Ron. Nunca hemos sabido exactamente cuál era nuestra función. Y, sin embargo, creo que nuestros pasos nos han llevado exactamente al lugar y el momento en el que teníamos que estar... igual que a Lucius.

—¿Cómo puedes saber algo así?

—No olvides, Ron, que yo he estado dentro de mi cuerpo compartiendo espacio con uno de ellos durante demasiado tiempo —el estarosta agachó la cabeza, prefería no recordar aquellos momentos—. En todo momento parecía ser yo quien actuaba, quien decidía cuándo dormir, cuándo comer, cuándo hablar... pero pronto me percaté de que mi cuerpo era una prisión de la cual no podía escapar, no por mí mismo al menos. Pero durante aquel tiempo pude

ver cómo pensaba mi enemigo, ver cómo actuaba; llegué a conocerle y comprender sus propósitos y sus motivos. Éramos uno solo, igual que ahora creo que el mundo y Sarkôn son uno solo...

—¿Y qué tiene que ver Lucius en todo esto? —quiso saber Ron. Sarmiento levantó la cabeza hacia su amigo, y un atisbo de decisión firme se dibujó en su semblante.

—Lucius fue la llave que me liberó de una unión aberrante y maligna... —se detuvo pensativo—. ¿Y si nosotros tres fuéramos la llave de otra unión similar?

Ron rumió por un instante las palabras de Sarmiento.

—Creo que te diría que no tiene sentido, Sarm.

—Lo sé. ¿Pero si llegara el día en que te pidiera que confíes en mí? ¿Lo harías?

Ron sopesó sus próximas palabras como si estuviera realizando un juramento formal, como si Sarm le estuviera obligando a repetir el Juramento Irrenunciable.

—Lo haré —sentenció.

* * *

Durante una larga semana, transcurrida entre guardias y vigiliias, no se produjo altercado alguno. Tras las murallas los sitiados observaban y aguardaban, viendo decaer sus provisiones y sus propias fuerzas, mientras al otro lado del muro, en la yerma extensión que fuera Mil Ríos, donde ahora los cauces se secaban y la vida moría cubierta por un tupido manto de ceniza, el Enemigo se replegaba para coger impulso, preparando su siguiente golpe.

Los días y las noches se sucedían sin solución de continuidad, haciendo confundir las luces del alba con las del atardecer, presentando un mundo gris para días grises. Los pájaros hacía largo tiempo que habían dejado de cantar, y si habían sido listos habrían partido lejos, volando hasta morir, pues no quedaba tierra suspendida donde refugiarse, y bajo Mil Ríos tan solo se atisbaba un vasto océano que no parecía tener fin y que a cada jornada se aproximaba más y más, como si quisiera engullir aquel terruño flotante, eliminando la única prueba de que alguna vez existió algo llamado hombre.

El Lago Real se extendía desde las murallas de la Fortaleza del Agua

hacia fuera, invadiendo con serenidad el espacio que le comía al terreno; su superficie vibraba tímidamente con la brisa de la mañana, derramando un festín opalescente, dejando entender, a cualquiera que observara sus estáticas aguas, que no había fuerza en el mundo capaz de alterar aquella paz que emanaba.

La maltrecha fortaleza lucía las heridas sufridas durante los combates: cascotes, grandes piezas de mampostería abatidas, torres derruidas, columnas de humo que se estrechaban conforme avanzaba la mañana... su estampa se reflejaba sobre las aguas del lago y por un breve instante su apariencia sanaba ante el espejo, aparentando recuperar la gloria de días pasados con el brillo de su reflejo.

Sobre sus paramentos, la perenne guardia que se relevaba cada dos horas, debido a la escasez de manos, paseaba arriba y abajo por los adarves y defensas. El resto de Mil Ríos dormitaba, arañando los últimos minutos de sueño, antes de abrir los ojos para desear cerrarlos al instante, o sencillamente para desear no haber despertado.

Pero como dicen aquellos que no tienen nada mejor que decir, la vida sigue, y vaya si sigue, hasta su último hálito y consecuencias.

El pueblo se despereza; la guardia cambia de nuevo en las murallas; el estarosta, que la pasada noche no logró pegar ojo por sus atribulados sueños, amanece y se une a sus hombres en lo alto del muro.

Dos medias lunas de color azulado se dibujan bajo sus ojos y sus pasos son torpes. No quiere estar allí, preferiría la paz del campo y la tranquilidad de una cabaña; pero finalmente se acoda sobre el repecho, y contempla la extensión desolada que se abre ante sus ojos y las marismas que saludan al nuevo día con la bajada de la marea.

Por alguna razón morbosa, se queda extasiado contemplando las carcasas de cadáveres que quedan a la vista cuando el agua se retira. Cientos de cuerpos extraños que han comenzado a corromperse, y de cuyas putrefactas carnes se alimentan los peces y animalejos que todavía se atreven a vivir en las cercanías de la Fortaleza. El estarosta se queda embobado pensando en los peces, en la estúpida razón que los ha retenido allí. Se pregunta por qué no habrán huido como todos los demás animales, dejando así al hombre a solas en su final. Y entonces comprende lo absurdo de su reflexión, pues son prisioneros en el agua del lago, sin lugar al que huir, ni refugio al que recurrir.

De manera que se unirán al hombre en su ocaso, por la sencilla razón de no tener piernas para correr, ni pulmones que respiren aire.

Entonces se ríe, y los guardias a su alrededor lo observan de reojo. Ha comprendido que ellos mismos son peces, atrapados en otra prisión y con la misma capacidad de decisión que sus hermanos de branquias.

La mente de Ron comienza a entrar en una debacle de pesimismo auto infligido, momento en el que recibe una fuerte palmada en la espalda que lo saca de su abatimiento.

—Chico —saluda con suavidad y cortesía la somnolienta voz de Varley—. ¿Tú es que no duermes?

—Últimamente parece que no —afirmó él al recordar las pesadillas que pueblan sus sueños—. Hola Tania, hola Torgund —saluda a su vez a ambos, que llegaban pocos pasos por detrás del detective. Ellos responden con un breve movimiento de cabeza. Ron se detiene casi embelesado a contemplar el pelo revuelto de la mujer, y aquella imagen le hace sonreír. No puede evitar imaginar los motivos nocturnos que han provocado semejante desbarajuste en su melena.

Por su parte, Varley inclina la cabeza buscando los ojos de Ron, percibiendo una grave lucha interna, un terrible desasosiego. Lo conoce mejor de lo que pensaba, mejor de hecho de lo que llegó a conocer a sus propios hijos, aunque los amara. Sabe que está preocupado; ha acompañado a aquel muchacho resabido desde que en cierto modo lo adoptara, cuando lo rescatara, hacía ya eones, de una triste cabaña.

—¿Una copa? —dice simplemente Varley alzando una botella de vino y una basta copa metálica. Ron se gira hacia él sorprendido y divertido a un tiempo. Al parecer aquel hombre era capaz de hacer olvidar la oscuridad de la noche y despertar en él una sonrisa con facilidad.

—¿A estas horas de la mañana? —replicó Ron con cierta socarronería.

—¿Y por qué no? —rebatió Varley, encogiéndose de hombros—. Si desayunaras de esto —le dio un par de golpecitos a la botella con los dedos—, esa cabecita tuya atribulada se centraría más en el ahora y menos en la fauna y la flora de fuera —añadió, señalando por encima de la muralla la tierra asolada.

—Puede ser... pero mejor más tarde ¿vale?

—Pues yo tomaré el desayuno completo —atajó Torgund, arrebatándole la botella.

—No pienso acudir en vuestra ayuda si os tambaleáis como payasos y os convierten en una brocheta de alcohol —afirmó Tania, molesta.

—Tranquila... es solo para entrar en calor —afirmó Varley, mientras compartía la botella de manera poco equitativa con el saque de su compañero.

El estarosta sonría, divertido; la presencia de aquellos tres le hacía olvidar por un momento dónde se encontraba y a lo que se enfrentaban. Durante unos preciosos segundos, parecía estar de nuevo reunido en una grata velada familiar, y eso que no tenía ni idea de lo que era una velada familiar. Pero las obligaciones primaban, y debía asegurarse de que todo estuviera en orden; debía asegurarse de que prevalecían un día más, siempre apuntando al siguiente amanecer.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, distraído.

—Bueno... —comenzó Tania. Mientras, los otros dos trasegaban largos tragos, compitiendo el uno con el otro por ver quien mataba la botella—. Los soldados están distribuidos a lo largo y ancho de las murallas lo más equilibradamente posible, haciendo hincapié como siempre en la puerta principal y el talud.

—¿Y los nuestros? —preguntó. Tania sabía que deseaba conocer el paradero de aquellos a los que ahora tenía por familia y por cuyas vidas se preocupaba diariamente.

—Pues si exceptuamos a los aquí presentes... Kadros prosigue su labor de vigilia ininterrumpida y acoge a todo aquel que desee unírsele. Además, ha organizado grupos que se relevan cada cierto número de horas, para asegurarse que no queda un segundo del día sin plegarias —Ron asintió—. Sarmiento, Sera y Mejunje pasan los días aquí en los aposentos contiguos a los vuestros.

—Sí, lo sé. No pienso arriesgarlos hasta que no estemos seguros de a qué nos enfrentamos —afirmó el estarosta, recordando retazos de su pasada conversación con Sarmiento.

—Bueno, es posible que nunca sepamos cuándo es el momento hasta que el momento sea demasiado tarde —sugirió Tania.

—Cierto... —aceptó Ron—. Pero todavía no estoy preparado... eso es todo.

Viendo que el muchacho no deseaba incidir en aquella cuestión, Tania prosiguió.

—En cuanto a Brandon y Dana, se han unido a Lilian y las demás mujeres en el muro norte. Junto con una pequeña guarnición de soldados, vigilan cualquier movimiento que proviniera de nuestra retaguardia. Creo que Marlon los acompaña, siempre taciturno y pensativo.

—Sacó lo mejor de su madre —aseveró Varley, sonriente. Los otros obviaron el chascarrillo, pues la mirada de Ron era preocupada. Tania siguió entonces.

—En cuanto a Marthia y los suyos, patrullan junto con la guarnición norte, apoyando a Lilian. Esa mujer es como un perro de presa —aseguró Tania, mirando divertida hacia Torgund—, parece olfatear el aire a su alrededor, como si estuviera valorando el mejor punto para un ataque y...

Ron la interrumpió, sin dejarla terminar.

—¿Los nobles? —preguntó sin especificar. Torgund se aproximó dejando, la botella vacía sobre una almena y limpiándose la barba con la manga.

—Reunidos en palacio. Preocupados. Tyrol y Pemberton mantienen el hacha de guerra enterrada, al menos mientras sus objetivos los lleven por el mismo cauce —añadió Torgund, sugiriendo algo más que lo que sus palabras indicaban.

—Pronunciaron el Juramento Irrenunciable... —dijo el estarosta, descartando aquellos temores—. No temo por su lealtad, temo por su moral. Me acosan sueños funestos en los que la desesperación nos lleva a bajar los brazos y aceptar la destrucción como si tal cosa. Temo la apatía de mis nobles. Sé que su orgullo los mantendrá firmes en sus juramentos. Pero temo por sus corazones. ¿Podrán suportarlo? —se preguntó Ron.

—Supongo que tienes razón... —corroboró Torgund—. Sutton y Goritz permanecen neutrales, pero son como cualquiera de ellos, a la primera oportunidad barrerán a favor de su casa y olvidarán el bien común.

—¿Y acaso no hacen todos los hombres igual, Torgund? —preguntó Ron distraídamente—. Nobles o plebeyos, qué más da. Es posible que merezcamos esto... —el gobernante expresaba sentimientos, o pensamientos a medias, sin terminar de darles forma, creando una extraña incomodidad en sus amigos.

—Sin embargo, Lord Brown... —sugirió Torgund.

—¡Ah! Lord Brown... —sonrió de medio lado el chico—. Ese hombre es un auténtico bloque de granito. Inamovible. Quizá esa sea su virtud... es el único de mis nobles del cual podéis estar seguro seguirá en pie hasta el último aliento.

—Y lo hará... —aseguró Varley—. Deberías haberlo visto en la muralla durante el asalto. Aquellas bestias tuvieron suerte de proceder de otro mundo, de haber sido hombres con sangre caliente en las venas habrían puesto pies en polvorosa.

—¿Y vosotros...? —preguntó al fin Ron—. ¿Qué haréis si llegara el final hoy?

Durante un breve instante permanecieron en estricto silencio, ni siquiera Torgund despegó los labios.

—Me gustaría decir que emborracharme —dijo, al fin, Varley—. Pero no, supongo que soy demasiado viejo y demasiado cabezón para rendirme. Supongo que seguiría luchando hasta que algún desgraciado fuera mejor que yo. Además —añadió—, todavía tengo una cuenta pendiente.

Su rostro se tornó lóbrego por un segundo, recorrido por deseos de venganza. Aquella inquietante mirada distrajo a Ron; no hizo falta que preguntara, pues sabía que Varley pensaba en Willhelm, siempre en Willhelm y en las palabras que emitiera Confusión hacía ya muchas lunas. Aunque tal vez lo que ocupaba su mente era Marlon y no Willhelm: el temor de perderlos a ambos.

Torgund se aproximó, percibiendo la inestable cuerda en la que se balanceaba Varley. Se disponía sin duda a serenarlo con palabras escogidas y tal vez algún ejemplarizante relato, pero lo que fuera a decir murió en sus labios.

Una fuerte explosión sacudió toda la fortaleza, obligándoles a hacer equilibrios para mantenerse en pie. Una nube purulenta fue arrastrada por la brisa septentrional cubriendo patios y corredores, hasta llegar a las mismas puertas de Mil Ríos. El estarosta y sus acompañantes intercambiaron miradas de sorpresa y preocupación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó innecesariamente Ron, leyendo la respuesta en la cara de Varley.

—La muralla norte —susurró—. ¡Marlon! —Y no había terminado de decir aquellas palabras, cuando rompió a correr como no había corrido desde hacía veinte años.

—¡Varley, espera! —gritó Torgund, lanzándose tras él.

Ron se volvió hacia Tania, todavía paralizado por el estupor.

—¡Hazlo ya! —lo zarandeó ella, recuperando por un momento su papel materno y espabilándolo como si estuviera atontado. Ron se giró hacia el jefe de guardia.

—¡Atacan la muralla norte! ¡A las defensas, apoyemos a nuestra gente allí!

El hormiguero había sido sacudido, tropas y voluntarios armados con horcas y palas se movilizaron a la carrera. Se fueron reuniendo en pequeños grupos al principio, poco a poco formando corpúsculos más respetables y todos corriendo rumbo al norte, dejando atrás una pequeña guarnición para vigilar la puerta principal.

La explosión todavía resonaba en sus cabezas, y los oídos se iban destaponando lentamente. Algunos cascotes comenzaban a caer desde el cielo minutos después del estampido, tan alto habían volado.

Ron se removía inquieto, mientras veía movilizarse a la buena gente de Mil Ríos. Determinado al fin, giró sobre sus talones y se encaminó hacia sus aposentos, no para refugiarse, iba en busca de Sera y Sarmiento. Debían permanecer juntos, sin duda el enemigo había abierto una brecha en la muralla. ¿Era aquel el final?

* * *

Horas antes de que la mañana temblara bajo los cascotes, el humo y el fuego, Sonya se reunía en la orilla norte del Lago Real con sus fuerzas, contemplando a la imponente fortaleza desperezarse ante sus ojos bajo una fina calima.

El peso de la responsabilidad diríase que le hundía los hombros bajo su peso, pero en el fondo de su corazón sabía que no era la responsabilidad, sino la inevitabilidad de sus actos, pues era impelida e impulsada por la amenaza y coacción, como cualquier otro de los miembros de aquel aterrador ejército,

donde uno machacaba al que tenía debajo y soportaba las amenazas del que tenía encima como modo de vida.

Y así ella, que había aspirado a obtener poder e independencia, ya fuera sirviendo a las Matriarcas, o ahora a los Mork, constató que seguía siendo una esclava y que moriría bajo el yugo de la esclavitud, haciendo lo único que sabía hacer mejor.

Matar.

Sorbió ruidosamente por la nariz despreciando el frío aire de la mañana, y cargando un generoso esputo, lo descargó con rabia y odio contra las aguas cristalinas, como si no pudiera soportar su belleza, o quizá su propio reflejo, o tal vez ambos.

Tras limpiarse con el guantelete, se volvió hacia el general Hadar.

—¿Están los zapadores en posición?

—Hace diez minutos que dieron la señal —confirmó el general. Sonya recibió la respuesta con una mirada inquieta hacia el horizonte, hacia la fortaleza, apenas visible entre la niebla temprana.

—Que las flotantes inicien su aproximación en completo silencio. Deben estar lo más cerca posible de la muralla antes de que comience todo.

—¡Sí, señora! —Hadar saludó con marcialidad y partió a distribuir las correspondientes órdenes.

* * *

Al principio el movimiento resultaba imperceptible desde las murallas, pero medio centenar de frágiles pontones se deslizaban sigilosos rasgando el velo de bruma que los separaba de su objetivo. A bordo iban soldados de todas las raleas y de diversos orígenes. Desertores, criminales, renegados... ninguna bestia o ente en aquella oleada, siendo demasiado pesados para transportarlos en aquellas rudimentarias embarcaciones.

Pero aquella oleada no era más que el principio, si todo iba conforme al plan.

Los botes rebasaron el brocal de la mina, que sobresalía tímidamente de la superficie del agua. Al pasar junto al mismo arrojaron una piedra por su apertura con un mensaje atado. Era la señal. En cinco minutos comenzaría el

asalto final y el mundo caería.

Hecho éste que no dejaba de resultar irónico, pues los hombres que atacaban aquella mañana no se habían detenido a plantearse qué sucedería después de la caída, a dónde irían, qué sería de ellos si la humanidad era segada de la realidad. Sus razones tan solo alcanzaban hasta el punto en el que el mundo caía. Y contra este tipo de enemigo no había razonamiento posible, pues la única motivación de esta clase de enemigo reside en ver el mundo arder; en cobrarse por su frustración con la completa aniquilación de aquello que odian... la realidad, la tierra y a sí mismos.

Las flotantes se detuvieron a seis metros de los muros, inadvertidas para los ojos que, bajo la espesa niebla, oteaban desde la muralla la madrugada. Las tripulaciones fueron preparando las escalas con precaución, para que ningún sonido revelara su presencia y aguardaron. Desde donde se encontraban, escuchando a las aguas lamer el costado de sus botes, alcanzaban a oír retazos de conversaciones que provenían de lo alto de la cortina de piedra. Los sitiados no habían descuidado la retaguardia y tenían apostados soldados y vigías todo a lo largo. Pero eso daba ya igual. En el momento que la mina hiciera explosión, se desataría el infierno.

Los asaltantes terminaban de contar mentalmente los segundos, cuando un fuerte estampido tronó bajo sus pies, haciendo el agua tremolar. La mina había estallado, y la ensordecedora explosión sacudió el lienzo de la muralla de manera brutal.

Extasiados y llenos de valor por la enérgica detonación, los asaltantes rugieron victoriosos y se lanzaron al asalto entre la bruma, buscando la apertura que sin lugar a duda habían abierto en la muralla.

Pero sufrieron una sorpresa mayúscula cuando al salir de entre los dedos grisáceos de la niebla cayeron bajo una lluvia de cascotes. Y donde debía de haber un gran socavón se elevaba una enorme montaña de deshechos y arena, piedras, bloques y cuerpos entremezclados, pero ningún agujero, más bien un estrecho acceso que se elevaba entre los muros de Mil Ríos, invitándoles a subir y sucumbir por aquel embudo.

Desde la orilla opuesta Hadar y Sonya contenían el aliento, y cuando la niebla comenzó a disiparse, haciéndose con una lente, la caudilla oteó el horizonte.

—¡Maldición! —masculló. No dijo más, y le pasó el artilugio al

general, que a su vez supo leer con claridad la batalla.

Los muros de la Fortaleza del Agua estaban terraplenados, rellenos de sacos y arena entre el lienzo exterior y el interior. La mina, al hacer explosión, debería haber abierto la muralla como una cáscara de huevo, mandando restos y piedras desmoronándose hacia el interior. Pero las toneladas de arena que separaban una muralla de otra absorbieron gran parte de la onda expansiva, haciendo que el lienzo exterior cayera hacia fuera en lugar de hacia dentro.

Esta repentina revelación vino acompañada por los gritos de los desgraciados que formaban parte del primer asalto, que se hallaban a bordo de sus botes y aferrados a sus inútiles escalas. En el acto la muralla comenzó a caer sobre sus cabezas, aplastándoles; y si trataban de huir, colisionaban con los demás botes, zozobrando y generando una gran algarabía y desconcierto.

Eso dio tiempo a las defensas para reagruparse, y con eficacia, comenzaron a bombardear al enemigo con una lluvia de proyectiles de toda índole.

El primer asalto se retiró con el rabo entre las piernas, habiendo perdido el factor sorpresa.

Sonya contemplaba la muralla una vez más a través de la lente.

—Mujeres —murmuró. Los muros estaban llenos de mujeres que lanzaban piedras y cascotes contra sus hombres en retirada. Mujeres... sus hermanas que deberían repeler la opresión del hombre; allí estaban codo con codo con ellos, defendiendo la fortaleza. Cerró el artefacto con un golpe seco.

—Manden las torres. ¡Terminemos con esto! —ordenó.

Sonya giró sobre sus talones y se encaminó hacia sus preciadas máquinas de guerra, que con tanto esmero había reservado para esta parte de su plan. Y mientras embarcaba pensaba: «*Habría sido mejor rendirlos por el hambre*».

* * *

En lo alto de la muralla norte de la fortaleza, dos mujeres se saludaban con un sentido abrazo. Marthia llegó hasta Lilian; apenas si se conocían, pero ya eran como amigas de toda la vida, unidas por el vínculo indisoluble de la contienda.

—Parece que ha funcionado —comentó Marthia.

—Sí. Eso nos da algo de tiempo. Pero van a volver y lo harán con toda su fuerza. Deben de estar rabiosos, han perdido a muchos en ese último intento —respondió Lilian.

—Solo tenemos que aguantar hasta que lleguen los demás —sentenció Marthia—. Cubriremos la muralla interior y la herida que han abierto. Deberíamos poder aguantar un rato al menos. Ellos tendrán que acercarse a este embudo y subir por la resbaladiza loma que han creado. ¿Me escuchas?

Lilian escuchaba, pero tenía la vista clavada en el horizonte. Entonces señaló con un dedo hacia la otra orilla.

—Es posible que no todos pretendan entrar por la brecha, Marthia —la amazona se acodó sobre la muralla y miró en la distancia—. ¿Qué es eso? —preguntó Lilian.

Marthia ahogó una maldición antes de dar una fuerte voz hacia el interior de la fortaleza.

—¡Arqueros! ¡Cargad proyectiles incendiarios!

Lilian la observaba con preocupación mientras los hombres cumplían sus órdenes.

—¿Y los demás que hacemos?

Marthia se mordió los labios.

—Resistir... con espadas, con los puños, con piedras, con los dientes... Torgund y los demás vendrán.

Marlon apareció a la carrera con su mazo en la mano, seguido por Brandon y Dana.

—¿Qué demonios sucede? —quiso saber el hijo de Varley. Lilian señaló hacia el horizonte, y el muchacho, sin procesar lo que veía, espetó—. ¿Qué es eso?

Marthia se volvió al fin hacia todos y respondió:

—Torres.

—¿Torres de asedio? —preguntó Brandon.

—¿Sobre el agua? —añadió Dana.

Clovis y Xifo, seguidos por Safiro y Rogto, aparecieron al poco con fría atención, acompañados de una reducida brigada de voluntarios de ambos sexos que habían logrado reunir. Sin hacer preguntas, observaban a Marthia y

por encima de las almenas; tan solo esperaban sus órdenes.

—Sí —afirmó Marthia—. Son torres de asedio montadas sobre enormes barcazas. Una idea brillante, debo reconocérselo a Sonya... se lo haré saber antes de matarla.

* * *

Como titanes de una era primigenia, avanzaban sobre monstruosas barcazas de poco calado y enormemente anchas, para darle estabilidad a la estructura; lastradas con cantidades ingentes de sacos en su base, con la pretensión de lidiar con los bandeos y sacudidas propias de las altas torres. Así eran las flotantes que, de entre los últimos jirones de niebla, brotaron dando un paso hacia delante.

Ocho torres asomaron sus amenazadoras cúspides por encima de la neblina, para, paulatinamente, sacar a la luz el cuerpo y los pies. Se levantaban sobre la prístina superficie del Lago Real como gigantes y se movían con inexorable lentitud hacia la muralla, impulsadas por la fuerza de un sinfín de mal nutridos galeotes que, por ambas bordas, daban paladas al ritmo del cómitre.

Otras embarcaciones de menor calado y atestadas de infantes, se dirigían apresuradas, remando entre las imponentes torres, camino de la brecha abierta en las defensas. El ataque se desataría a lo largo de toda la muralla, tanto en la brecha como en los muros; nada escaparía al fuego y la furia.

Cuando cien metros separaban las máquinas de asedio del lienzo de la muralla, cientos de flechas incendiarias volaron desde el interior de la fortaleza trazando hermosas parábolas en el aire. La mayoría caían en el lago, consumiéndose en el acto; algunas pocas impactaban contra las torres, iniciando pequeños conatos, y muy pocas conseguían un impacto directo contra el pecho de un atacante, tras trazar un vuelo afortunado.

Pero nada parecía frenarlas, y las ocho grandes torres de madera avanzaban cortando las aguas con la parsimonia con la que un mastín se espanta los mosquitos.

El fuego que provenía de la fortaleza incrementó su cadencia, conforme más y más defensores se unían a la lucha; pero aunque una de las torres fue

finalmente abatida entre llama y humo, y contemplaban cómo su tripulación ardía o se precipitaba a las gélidas aguas, las otras siete prosiguieron sin dilación.

Las pequeñas embarcaciones concentradas en la brecha alcanzaron la muralla antes que las torres, y las tropas embarcadas comenzaron a desembarcar al pie de la colina de escombros que se levantaba ante ellos.

Con un grito de guerra, comenzaron a ascender con torpeza entre resbalones y blasfemias, mientras una granizada de escombros llovía sobre ellos, proveniente de los interrumpidos adarves de la muralla que se alzaban por encima de sus cabezas.

Eran en gran parte las mujeres de Mil Ríos, que defendían su tierra en el momento preciso y el lugar adecuado.

Pronto el griterío se apoderó de todo el muro norte. Lilian se afanaba y daba voces como si fuera un general, y la gente obedecía y arrojaba piedras allí donde se necesitaban. El enemigo seguía trepando hacia el interior de la fortaleza, y pronto resultó evidente que con las piedras no bastaría.

En aquel momento las fuerzas flaquearon y los ánimos cayeron. Por un instante todo parecía perdido.

Lilian miró a su alrededor y percibió más brazos caídos que manos alzando piedras. Se desgañitaba, se revelaba contra aquella apatía sumisa; ella, mejor que nadie, sabía que había que luchar sin dejarse vencer. Pero el pueblo parecía hallarse bajo el hechizo de un estupor maligno, una aceptación insana de lo inevitable.

Queriendo despertarlos, aferró una lanza que descansaba en la muralla, con el estandarte de los estarostas despuntando en su extremo.

—¡Seguidme! —gritó.

Y se lanzó a la carrera desde el adarve a la masa de piedras y arena que ocupaba la brecha. Las mujeres y soldados que había a su alrededor la miraron boquiabiertos, casi sin comprender lo que sucedía, pero el empuje y arrojamiento de aquella mujer pareció devolverlos a la realidad. Magnificada a sus ojos, como un héroe de las grandes epopeyas, se lanzaron en pos ella para que la gesta de aquel día pudiera ser cantada.

Pero les sacaba amplia ventaja.

Marthia presenció todo desde la muralla, junto a Clovis y los suyos,

que sin decir palabra reconocían el valor de aquella mujer, heroína inesperada de la defensa del muro norte, mujer anónima para muchos, que con su ejemplo habría de salvar el día.

Así, las fuerzas desembarcadas llegaron a lo alto de la brecha.

Un mal encarado teniente de rostro granujiento dirigía la carga, profiriendo increíbles insultos y amenazas contra sus hombres, y jurando beber la sangre de los niños de Mil Ríos en los cráneos de sus madres.

Aquel hombre alcanzó la cima presuroso, lleno de orgullo y furia. Se disponía a poner un pie en la fortaleza —el primer enemigo que traspasaría aquellos muros en siglos—, cuando la punta de una lanza apareció brotando como una flor por su espalda, traspasando el peto de protección.

El hombre jadeó, escupiendo cuajarones de sangre y cayendo de rodillas a los pies de la mujer que empuñaba el arma. Los asaltantes se detuvieron, consternados, al contemplarla: enorme, gigantesca, enmarcada entre el humo y las ruinas. Humillados y detenidos en su arrojío por una sola mujer, que en un acto inaudito de valor solitario, logró quebrar por un segundo la voluntad de un ejército.

Furiosos ante la muerte de su teniente, los hombres cargaron colina arriba. La mujer desencajó la lanza de las tripas de su enemigo, provocando un asqueroso sonido de succión al extraerla. Y allí, sin temor en los ojos, alzó el estandarte de los estarostas y lo clavo en la tierra, en lo alto de la colina, reclamando aquel territorio para Mil Ríos.

Tres saetas empenachadas de negras plumas volaron rectas y traspasaron el pecho de la mujer, que, abatida, cayó de rodillas sin dejar de sostener el estandarte. Pero antes de exhalar alzó los ojos al cielo diciendo:

—Vuelvo contigo, hijo mío —y al fin su alma halló descanso.

En el preciso momento en que sus labios se cerraban para siempre, doblando el cuello, mientras su pelo ondeaba sobre el pecho como una bandera hecha jirones, en ese momento, las fuerzas de Mil Ríos aparecieron tras ella clamando justicia.

La repentina aparición hizo flaquear de nuevo los corazones de los asaltantes; las fuerzas de la Fortaleza el Agua, soldados, mujeres y hombres demasiado mayores como para prestar servicio, descendieron a la carrera contra ellos.

Marlon iba a la cabeza y, con furia desmedida, se abría paso entre los

desembarcados blandiendo su mazo a izquierda y derecha.

* * *

Marthia contemplaba los sucesos en la brecha desde lo alto de uno de los bastiones de la muralla, aquel hacia el cual dos torres se aproximaban ya sin remedio. Desde donde estaba, observaba el barullo de brazos y piernas que se había organizado en la colina, y atisbó el estandarte del estarosta, al igual que reconoció a la mujer que lo sujetaba. Apenada, alzó los ojos y recitó una oración, unas palabras que el mismo Torgund le había enseñado.

Pero pronto ella, Clovis y todos los demás devolvieron la atención a lo que les atañía.

El ruido de las proas de las barcazas impactando contra el lienzo de la muralla la sacó de su recogimiento.

Una tras otra las siete torres impactaron contra los muros y los tripulantes que manejaban las barcazas lanzaron anclas y garfios para afianzarlas.

En pocos segundos, todo estaba dispuesto, y los defensores se apiñaban en las áreas de la muralla donde se había instalado el enemigo. Cuando las torres estuvieron firmes, las rampas descendieron con estrépito, y las hordas del enemigo inundaron la muralla desencadenando una lucha feroz; Vetalas y Ghouls se unieron al asalto, pues algunos de ellos venían hacinados en el interior de los torreones.

Instantáneamente, el adarve se tornó resbaladizo, y la muerte se cebó glotona e insaciable.

La cortina al completo se transformó en un hervidero, donde lo que palpataba eran los corazones y los brazos de aquellos que combatían; un hormiguero desenfrenado de gritos y llantos, donde uno se alzaba sobre el cadáver del que tenía delante, para seguir combatiendo al enemigo que trataba de avasallarlos.

Así se llegó a un punto muerto, donde el asedio no avanzaba ni por la brecha, ni por la muralla, y donde cada metro ganado o perdido, se cobraba en libras de carne y litros de sangre.

* * *

Tras una horda de hombres renegados, que habían desembarcado con furia en el adarve lanzando poderosos mandobles, hizo su aparición Sonya, caudilla del Ejército de los Últimos Días, poniendo al fin un pie en la fortaleza y ordenando en el acto alzar un estandarte carmesí, con signos extraños bordados sobre su lienzo. Así, los Mork, que contemplaban la batalla desde la seguridad de la orilla norte, supieron que el final estaba próximo, y comenzaron a saborear la victoria y los gritos desesperados de los cientos de almas que cosecharían.

Enfundada en su terrible armadura, Sonya se abrió paso con metódica crueldad, matando con eficacia, pero haciendo el mayor daño posible entre sus enemigos.

La mujer se sumergió entre la multitud que trataba de frenarla a ella y a los suyos. La lucha era enconada, tanto en la muralla como en la brecha; las flechas volaban sobre sus cabezas y los cuerpos se apilaban por doquier.

Sonya segó la garganta a un desgraciado y dejó que este cayera de rodillas a sus pies, mientras se deleitaba contemplando cómo trataba de emitir algún tipo de lamento y se ahogaba en su propia sangre.

Repentinamente, se le erizó el vello de la espalda, y presintiendo lo peor, se volvió con brusquedad, esquivando por apenas un dedo la saeta que le habría atravesado la nuca.

El proyectil se perdió dando vueltas en el aire, tras golpear contra una almena.

Rabiosa, observó el origen del disparo, y trabó los ojos con los de un joven guerrero que empuñaba un arco de arce. Con decisión, apretó su espada y comenzó a dar largos trancos hacia el muchacho, mientras apartaba a cuchilladas a cualquier enemigo que se interpusiera.

El chico disparó un nuevo proyectil, pero este se alojó en la mejilla de un soldado, en el momento en el que el mismo saltaba hacia delante invadiendo la muralla. El hombre herido rugió, llevándose las manos al rostro, al comprobar que ambas mejillas estaban atravesadas de lado a lado y que varios dientes habían desaparecido. Sonya lo atravesó por el cuello sin dudar y lo apartó a un lado. Era uno de los suyos, pero ella estaba cegada con la vista fija en el chico.

Nada más llegar junto a él, Sonya descargó su espada con brutalidad,

asestando un golpe vertical que habría partido por la mitad al joven, de no haber interpuesto este su arco, que se convirtió en astillas.

El muchacho rodó por el suelo, mientras Sonya se disponía a terminar lo empezado. Alzó la espada en alto, y justo cuando descendía como la guadaña de las parcas, algo le aguijoneó la mano haciéndole fallar el golpe. Frustrada, miró a sus espaldas, donde se aproximaba una chica abriéndose paso y gritando:

—¡Brandon! —Dana había arrojado una de sus espadas cortas en el último momento, para evitar que Sonya terminara con la vida del muchacho. La caudilla calibró con exactitud la situación y supo ver en aquel gesto más de lo que nadie hubiera previsto.

Aquellos jóvenes estaban enamorados.

Sonya sonrió siniestramente. El amor entre hombre y mujer... casi sentía ganas de vomitar. Sin dudar, agarró a Brandon por el cuello y lo alzó en vilo con tanta fuerza que lo levantó del suelo y sus pies bailaron en el aire. Arrastrado de aquella manera, fue empujado contra la muralla, y mirando a uno y a otro alternativamente, Sonya le traspasó el corazón de una estocada.

—¡Nooooo! —chilló Dana, haciéndose oír por encima del tumulto y atrayendo las miradas de Marthia y Clovis, que combatían no lejos de allí.

—¡Hazte cargo! —exclamó Marthia, en dirección a Clovis, mientras rompía a correr, dejándolo enfrascado en una cruenta lucha con dos hombres.

Sonya sonrió de nuevo, como un niño cruel que ha roto algo valioso y disfruta viendo las reacciones de los que están a su alrededor. Después soltó el cadáver de Brandon, que se precipitó al vacío por fuera de los muros, cayendo entre los cientos de enemigos que se afanaban por asaltar la fortaleza y que, rápidamente, dieron cuenta de su cuerpo mancillándolo.

Dana cargó, enloquecida, contra la caudilla de aquel ejército, sin importarle ya absolutamente nada. Olvidó las razones por las que estaba allí, olvidó el motivo de la lucha. Tan solo la herida abierta en su pecho, que manaba dolor sin tregua, alimentaba sus sentidos.

Sonya se dispuso para recibirla, y Dana la sorprendió arrojando su última espada contra ella. El arma se habría clavado en el hombro, pero la mujer la esquivó por poco, escapando no sin un importante tajo sobre la clavícula.

Desequilibrada, se vio empujada por Dana, que clavó su hombro contra

su diafragma, dejándola sin aire.

Ambas rodaron por el suelo, desarmadas. Dana cerró los dedos sobre la garganta de la mujer derramando lágrimas sobre su armadura, pero Sonya no se molestó en luchar contra ella.

No se molestó por apartar las manos de su cuello. La miró desafiante durante unos segundos, hasta que los ojos de Dana se volvieron vidriosos, sus manos perdieron fuerza y finalmente cayó recostada sobre el pecho de Sonya, atravesada por una daga en el costado izquierdo que le había partido el corazón.

Divertida por aquel encuentro, rodó sobre sí misma para liberarse, y una vez en pie, lanzó el cuerpo de Dana por encima de las almenas. Macabramente, pensó que resultaba poético que ambos tortolitos compartieran el mismo destino.

Acto seguido devolvió la atención nuevamente al combate que se desarrollaba a su alrededor. Y entonces encontró algo que no esperaba. Allí, de pie junto a ella, empuñando una espada ensangrentada y con la cara surcada por la dureza de una vida de lucha, aguardaba su destino.

* * *

En la brecha, la oleada humana inicial había dejado paso a hordas de ghouls que se empeñaban con salvajismo, mordiendo, arañando y desmembrando a quién se les opusiera.

Marlon lucía una generosa herida que recorría su rostro desde la sien izquierda hasta la oreja. Y aunque sangraba con profusión, el muchacho luchaba como un león, ajeno al dolor, o a la sangre que se le metía en los ojos cegándole ocasionalmente.

Dos ghouls cargaban hacia él, uno de ellos royendo todavía el muslo arrancado de algún desgraciado. El primero se abalanzó con sus garras y dientes por delante, y Marlon lo recibió con un poderoso golpe de su mazo que lo mando, retrocediendo sobre sus zarpas, al limo.

El otro arrojó el muslo contra Marlon, que lo esquivó resbalando. El ghoul se le echó encima y le hizo caer. Ambos rodaron por el barro en un extraño abrazo, cubiertos de cieno, indistinguibles desde fuera.

La criatura inmovilizó los brazos de Marlon contra el suelo y adelantó

su lengua lamiéndole el rostro, antes de enseñar sus pútridos dientes con intención de arrancarle la cara.

Marlon cerró los ojos, tratando de evadirse de lo que ya era un hecho consumado y entonces sintió la calidez de un negro fluido derramándose sobre su boca. Asqueado por el sabor amargo y la hediondez, abrió los ojos, y en lugar de una amenazante boca llena de afilados dientes, encontró el cuello segado del ghoul como un tocón abandonado.

Miró a su alrededor, y encontró a su salvador sonriendo junto a él, a su vez empapado y embarrado.

—¡Has tardado la vida! —exclamó Marlon, divertido, mientras se ponía en pie.

—¡Ya no respiro como antes, desde que algún capullo me partió la napa! Ahora me ahogo al correr, ¿sabes? —replicó Varley, abrazándose a su hijo.

—Te haces mayor, padre —dijo Marlon a su vez, feliz como nunca por verle.

Tania y Torgund aparecieron a sus espaldas, este último haciendo volar por los aires a un vetala con un puñetazo que resonó como una campana.

—¿Lo ves, Varley? —comentó Torgund, como si hiciera referencia a una conversación anterior que debían haber dejado a medias—. Confusión no lo sabe todo, no lo ve todo. Tan solo apuesta fuerte y hace afirmaciones posibles para engañarnos. Solo eso, es un maestro del engaño —concluyó. Mientras, decapitaba un ghoul de manera amorfa, al meter su acero entre el cuello y la clavícula para después sacarla por la axila contraria.

Varley se separó de su hijo, contemplándolo como si todavía no pudiera creer que fuera real. Rememorando las sucias palabras de Confusión, sus sombríos presagios, finalmente sentenció:

—¿Sabes lo que te digo?... ¡Qué le den por el culo a ese mal nacido! Ningún mamarracho preternatural va a decidir el destino de este hombre, ni de ningún otro.

Dicho lo cual, los refuerzos venidos desde la puerta principal se unieron a los defensores del muro norte y la balanza comenzó a ceder en su favor.

Pero tan solo era una falsa apariencia provocada por el furor y la

emoción. Los números hablaban por sí solos.

Y estos estaban en contra de Mil Ríos.

* * *

Alrededor de Sonya parecía haberse detenido el tiempo. A izquierda y derecha se sucedían soldados apresurados de ambos bandos, sin que ella les prestara la menor atención. El murmullo de un gran griterío quiso despertarla cuando los refuerzos del enemigo llegaron hasta su posición, pero ni aun así apartó Sonya los ojos de la espada ensangrentada que había frente a ella.

La hoja permanecía, al igual que la suya, con la punta hacia el suelo, contemplando cómo las tímidas perlas carmesíes, como rubíes, lamían su filo, para finalmente precipitarse y caer formando un macabro charquito a los pies de la persona que la empuñaba.

Sus ojos se entrelazaron en mortal combate, como si ambos pares previeran el desarrollo del próximo duelo. Y así permanecieron largo tiempo sin mediar palabra, hasta que una y otra mataron a su oponente cien veces en su propio pensamiento y en su corazón.

No hubo palabras entonces, ni ninguna de ellas las esperó. Llevaban demasiados años combatiendo como para cometer un error tan infantil; se conocían desde hacía muchos años, y las dos sabían que no habría cuartel cuando las espadas estuvieran en alto.

Así, sin piedad, sin caballerosidad, sin mediar saludo o insulto, los aceros se besaron, y su canto fue tan estruendoso que parecía acallar la batalla que se libraba a su alrededor.

Marthia y Sonya se encontraron al fin, la primera dispuesta a ajustar cuentas por su juicio, por la traición, por las muertes de Lilian, Brandon y Dana. La segunda infectada por un odio intratable hacia la mujer que siempre estuvo por encima de ella en todo momento, eclipsando su propia pericia y poder.

Enfrascadas en el fragor de la lucha, eran tan solo dos soldados más, de rostro anónimo, que se batían en el adarve de la muralla desesperadamente. Sin embargo, su destreza era sin parangón y su habilidad única, de manera que, inadvertidamente, el resto de los hombres a su alrededor captaban el peligro

resultante de estar en su proximidad, y poco a poco se fueron haciendo un espacio donde intercambiaban golpes con rapidez.

La caudilla del Ejército de los Últimos Días lanzó una auténtica tormenta de acero contra su rival, alternando fintas y estocadas, giros y golpes, buscando siempre un hueco en la defensa de su oponente; pero Marthia repelía con similar velocidad cada golpe que descargaba contra ella.

Eran dos maestras en el arte de la espada, y sus fuerzas eran parejas. El combate atrajo no pocas miradas asombradas entre los que junto a ellas luchaban; habrían preferido encontrarse ante una exhibición y no en una batalla.

Marthia descargó su puño libre contra la mandíbula de Sonya, y esta retrocedió trastabillando, tan solo para coger impulso y embestir nuevamente.

Resollaban, los golpes iban perdiendo fuerza; sus espadas se encontraban, o en ocasiones fallaban el golpe para ir a rechinar contra la piedra y desprender tímidas chispas.

Parecía que su combate se prolongaría durante toda la jornada.

Parecía no tener fin.

Sonya barrió con los pies a Marthia, y esta cayó al suelo con dureza, rodando sobre sí misma para evitar la hoja que se abalanzó al instante donde había estado no hacía un segundo.

Se incorporó lentamente, tan lentamente como Sonya se giró hacia ella aguardando una nueva lid. Estaban agotadas. El combate había reclamado prácticamente todas sus fuerzas, y se decidiría cuando una de las dos bajara los brazos.

Sin embargo, Sonya conservaba una importante reserva de energía, comparativamente con Marthia, que en las últimas semanas había visto reducida su ración de alimentos como todos los soldados que defendían la fortaleza.

Y aquella sutil diferencia comenzaba a hacer mella en la aguerrida mujer, cuya debilidad no pasó inadvertida para la caudilla, que comenzó a girar alrededor de ella como un ave de presa.

—¿Qué sucede, Marthia? ¿Cansada? ¿No te alimentan bien? —dijo Sonya, rompiendo sus propias reglas y hablando con Marthia.

Pero no podía evitarlo, sentía una necesidad interna por la cual no

bastaba con matarla, tenía que humillarla. Tenía que hacerla sentir desesperación, quería que su paso al vacío fuera tan doloroso como fuera posible.

Marthia no respondió, prefería concentrar sus fuerzas y no distraer su atención. Mientras, Sonya seguía girando a su alrededor, claramente acorralándola contra la muralla, privándole de cualquier vía de escape.

—¿Qué? —la provocó—. ¿No dirás nada? —y nada dijo Marthia—. ¡Muy bien! —Sonya parecía molesta ante la falta de reacción por parte de su rival—. ¡Ya te daré de comer tu propio hígado cuando te haya abierto en canal, zorra!

Confiada cargó furibunda.

Su espada se lanzaba dispuesta a abrirla como a un cerdo, cuando Marthia realizó un amago hacia la derecha, para rápidamente cambiar el peso del cuerpo hacia la izquierda y lanzarse como un proyectil, con toda la fuerza que le restaba, contra el pecho de Sonya. Marthia pasó por debajo del acero de Sonya, cargando con los hombros y sabiendo lo que sucedería a continuación.

Ambas mujeres ahogaron un bufido por el impacto, y salieron despedidas hacia el interior del patio, cayendo fuera del adarve: seis metros de caída.

El golpe contra el suelo fue brutal, y el sonido que hizo la espalda de Sonya al golpear el adoquinado erizaría los pelos de cualquiera. Por fortuna para Marthia, ella cayó sobre su rival amortiguando en parte la caída, pero dejándola atontada durante unos instantes sobre el pecho acorazado de la caudilla.

Cuando se recuperó parcialmente, alzó la cabeza y encontró los ojos de Sonya clavados en ella, mirándola con un odio lacerante.

Pero la mujer no se movía.

Marthia se separó y trató de incorporarse. La batalla rugía sobre la muralla y hacía allí desvió los ojos, para percatarse de las miradas preocupadas de los soldados enemigos, que miraban en su dirección.

Sonya comenzó a mover los labios sin perderla de vista, escupiendo veneno por su boca.

—¿Qué has conseguido... puta traidora? —gimió.

Trataba de moverse, pero no podía y sus intentos por hacerlo resultaban

lastimeros y casi cómicos. Era como una marioneta a la cual hubieran cortado las cuerdas.

—¡Estáis acabados! —continuó—. ¡La fortaleza caerá, nuestras fuerzas son infinitamente superiores! ¡Solo has conseguido retrasarlo unos minutos... perra!

Marthia no le prestaba atención. Seguía de pie junto al cuerpo inmóvil de Sonya, analizando las miradas y los gestos de los enemigos que la observaban.

Y no vio alarma o inquietud por el futuro de su líder.

Ninguno dio un paso al frente para ir a defender a su caudilla. No vio lealtad, tan solo leyó miedo en sus rostros.

—¿Qué harás? ¡Estás acabada! —Sonya trató de reír, pero solo consiguió salpicarse de sangre toda la pechera.

Marthia sintió entonces que sabía lo que tenía que hacer. Sabía cómo terminar con aquella batalla, al menos por el momento. Al menos durante aquel día.

Cargada de resolución se volvió hacia Sonya que todavía lanzaba improperios y trataba de provocarla.

—¿Dónde está ese dios tuyo que os ha engañado a todos? ¿Dónde está ese Kilumaras, del que tanto he oído hablar, para ayudaros? —escupió de nuevo; era lo único que podía hacer—. ¡No merecéis ninguna de las victorias que habéis obtenido, no han sido sino meras casualidades! ¡Casualidades que los tuyos se habrán apresurado a vender como intervenciones divinas! —Sonya no podía dejar de echar bilis, como si aquel fluido fuera el motor de su vida y no la sangre.

Marthia se aproximó a ella con la espada firmemente empuñada.

Había tomado una decisión, pues, aunque no quisiera hacerlo, era necesario. Necesitaban detener el combate, pues era imposible que lo ganaran. No obstante, antes de ejecutar tan negros actos, sabiendo que para ella y los suyos el perdón quedaba muy lejano, se agachó y mirándola sin atisbo de pesar le susurró:

—Si no has sido capaz de ver a Dios hasta ahora, en todo cuanto ha sucedido... ya nunca lo serás.

Sin decir más se incorporó y alzando con ambas manos la espada por

encima de su cabeza la descargó contra el cuello de Sonya.

Acto seguido el cuerpo de la caudilla fue quemado y la cabeza clavada en una pica. Marthia subió de nuevo al adarve, con la espada ensangrentada en una mano y la cabeza de Sonya en la otra, dando grandes voces y abatiendo enemigos como un ángel vengador.

La voz se corrió y el pánico cundió. La moral del enemigo se vino abajo, sin mando, sin orden, sin motivos para seguir combatiendo. Contemplando a la terrible mujer que luchaba contra ellos con la cabeza de su líder ensartada en una lanza.

Se produjo una desbandada general, en la cual sucumbieron más enemigos. El adarve fue despejado con rapidez, con los soldados de los Mork retirándose a través de las torres de asedio, que todavía estaban arrimadas a la muralla. Con ello, las fuerzas liberadas de la presión en lo alto de los muros, acudieron en ayuda de la gente que combatía en la brecha y, unidos, hicieron poner los pies en polvorosa a los pocos ghouls y vetalas que restaban.

El epitafio final para aquel día lo pusieron las siete torres, que ardieron prestamente y alumbraron el atardecer como candelas. Su luz se vio desde larga distancia, y el humo que desprendieron seguiría escupiendo volutas bien entrado el día siguiente.

* * *

—No puedo decir que me agrade... —repuso finalmente el estarosta. Ron se acariciaba el vello rampante que brotaba en su mandíbula—. Pero puedo comprender que tomaras semejante decisión.

Las palabras del gobernante sonaron a medio camino entre la reprimenda y la indulgencia. No podía negar que la batalla se había interrumpido en el momento más crítico, ni podía objetar nada contra la eficacia de los medios empleados. Pero a Ron comenzaba a preocuparle cada vez más la moralidad de sus actos, preocupación que tenía la mala costumbre de abreviar la vida política de cualquier gobernante. Y dar albergue y cobijo a hechos inmorales entre los suyos, no dejaba de afectarle como una falta propia.

De manera que, cuando supo del destino sufrido por la caudilla del ejército enemigo, no pudo reprimir una mueca de disgusto. Pero el gesto de su

rostro no era tanto por la repulsión que pudiera generarle semejante acto, como por la lástima que le provocaba saber que los problemas humanos se dirimían de aquel modo.

Quedaba mucho por hacer, mucho por cambiar. El hombre seguiría siendo hombre pasara lo que pasase, ganaran o perdieran. Pero hoy por hoy debía darle la razón a aquella mujer.

—Has obrado como creías correcto, Marthia —afirmó al fin—. Has hecho lo que debías, y con ello probablemente has salvado la ciudad.

—Gracias, mi señor —replicó Marthia, sintiendo que por una vez aquellas palabras de respeto no se le atragantaban.

—Pero deja que te pregunte... ¿Qué ha sido de la cabeza? Sé que quemasteis el cuerpo... ¿Qué fue del resto?

Kadros, allí presente, miró con interés al estarosta, sabiendo el origen de su inquietud y aprobando con sus ojos lo que acto seguido ordenaría.

—Colocamos la pica a las puertas de la fortaleza para escarmiento y ejemplo, señor —respondió Marthia.

Ante la ausencia de reacción por parte de Ron, Marthia prosiguió:

—Pensé que de esa manera magnificaríamos el efecto deseado y podríamos ganar algo más de tiempo.

Ron negó con tristeza varias veces.

—Es posible que tengas razón, Marthia. Pero tu gesto ha quedado ampliamente amortizado cuando lo llevaste a cabo. No veo la necesidad de continuar explotando lo que ya de por sí es una exhibición... discutible —dijo, tratando de acomodarse lo más posible a las palabras—. Es mi deseo que se dé entierro a dicho cuerpo en terreno sagrado, para que encuentre el descanso que le sea posible, o que juzgue Aquel que Trae la Luz que ha merecido.

—Con todo respeto, mi señor —intervino Clovis, adelantándose—. Querréis decir la cabeza.

—Cabeza, cuerpo, brazo, pierna... todos forman parte de un mismo ser y merecen el mismo respeto. Cuando dejamos de respetar una parte del todo, profanamos su totalidad. De manera que trataremos esa cabeza como lo que es. Un cuerpo que tiene un alma, puede que torcida, no nos corresponde juzgar a nosotros, pero alma al fin y al cabo.

En ese instante Ron buscó con la mirada a Rogto y Safiro, este último

malherido en el combate, y con palabras dulces los implicó:

—¿O qué fue si no lo que os impulsó en su día a vosotros dos para enterrar el corazón de Garena? ¿No era acaso un mero despojo, a todos los efectos indistinguible de un corazón de cerdo o de ternera?

—Yo... —balbuceó Rogto—. No sabría decir qué fue lo que me pasó por la cabeza.

—Yo tampoco —añadió Safiro, casi al unísono.

—Pero, sin embargo, algo en vuestro interior, una fibra desconocida, os dijo que era lo correcto ¿no es así?

Ellos asintieron y Ron se reafirmó.

—Quiero que esa cabeza sea enterrada —sentenció con firmeza.

—Yo misma me encargaré de que sea enterrada con el respeto debido, mi señor.

Aquello pareció satisfacer al estarosta, que asintió agradecido, permitiendo que Marthia se ausentara para retirar cuanto antes el macabro trofeo que colgaba del frontón de la puerta principal.

La reunión que siguió estuvo repleta de caras largas y presagios funestos. Habían soportado la embestida del enemigo una y otra vez, y respiraban un día más, pero la situación distaba de ser positiva, por mucho que los soldados de Mil Ríos vitorearan a su señor y mostraran moral suficiente para aguantar nuevos ataques.

El precio pagado había resultado demasiado elevado.

El cuerpo de Lilian fue enterrado con el máximo cuidado que se pudo, y se encargó a varias mujeres que lo limpiaran y prepararan como cuando se enterraba a un noble señor.

Kadros supervisó todo el proceso desde la distancia, obnubilado en sus reflexiones, mientras contemplaba el cuerpo inerte de Lilian reposando sobre la mesa del cirujano.

Al fin descansaba su espíritu atormentado. Y aquel era el único hecho positivo que podía extraer el atribulado Kaimu de aquella muerte. Él mismo había ayudado a liberar a aquella mujer, pero, aunque sanada, nunca llegaron a cerrar sus heridas por completo.

Y el anhelo de reencontrarse con su hijo nunca había menguado.

Kadros hizo entonces lo único que restaba por hacer. Se arrodilló y

tomando su fría mano la acompañó en su último viaje.

Por el contrario, los cuerpos de Dana y Brandon nunca fueron recuperados, al igual que los de tantos otros. El dolor por su pérdida se hizo más acuciante en Sera y Mejunje, pues habían compartido con ellos más tiempo y peripecias que el resto.

Sin embargo, Sera conseguía mantenerse serena, mientras Mejunje sollozaba con disimulo junto a ella.

La muchacha, percatándose, se volvió hacia el chico, acompañada de un atractivo movimiento de sus trenzas, y utilizando el lenguaje de signos que compartían, lo interrogó:

—¿Qué sucede? —dijo ella, moviendo con rapidez las manos; tan rápido que, aun estando la sala atestada de gente, era como si hablaran en privado, pues nadie más podía comprenderles.

Mejunje se limpió los mocos con la manga, sin ocultar sus ojos acuosos.

—Los echaré de menos —respondió brevemente.

—Yo también —afirmó Sera.

Viendo que el chico no podía apartar la mirada de ella, finalmente lo abrazó. Mejunje la estrechó con fuerza, y apoyando su mejilla sobre su hombro, le susurró:

—No dejaré que te pase nada... —y al instante añadió—: te quiero.

—Lo sé —respondió Sera, apretándolo con más fuerza contra su pecho.

Ese día se abrieron grandes fosas en el patio de la guarnición y en ellas se depositaron las decenas de cadáveres que habían tenido que retirar de cada rincón de la muralla.

Una breve oración fue recitada por Torgund, y varios soldados prendieron fuego a los cuerpos. Nadie se movió, nadie se cubrió la cara ante el olor de la carne quemada, y todo el mundo permaneció firme, dando su último adiós a aquellos que habían entregado sus vidas y nunca verían un nuevo amanecer.

Entre las llamas, las miradas interrogantes de Sarmiento, Sera y Ron se cruzaron repetidas veces. Los tres se cuestionaban qué harían a continuación. Los tres se atormentaban por todas aquellas muertes, pues no encontraban significado para ellas.

Algunos nobles y amigos, como Varley o Torgund, trataron de hablar con el estarosta, tratando de disponerlo todo para los próximos días, deseando trazar planes en la esperanza de que estando preparados sobrevivirían por más tiempo.

Pero Ron se escabulló hacia sus aposentos, atormentado; convencido de que aquel era el final, y deseando dormir toda la noche, para cerrar los ojos y no volver a abrirlos.

Sabía que aquello no era posible, pero no obstante esa noche dormiría sin que nadie lo estorbara, y si el mundo tenía que terminar entonces... que lo hiciera.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Marlon a su padre, cuando este volvió cabizbajo a reunirse con ellos junto a la hoguera.

—Nada —negó él—. Ha barruntado cuatro consignas y dos órdenes de guardia, y se ha retirado...

—Creo que sabe que esto se termina... padre —concluyó Marlon.

Varley le devolvió una mirada taciturna, mientras contemplaba cómo su hijo trataba de coserse a sí mismo la mejilla.

—Es posible —corroboró Varley, y se sentó junto a él, abrazando a Tania que azuzaba el fuego con una ramita.

Durante un rato observó con la mirada perdida cómo Marlon daba puntadas con dificultad sobre la piel de su cara, hasta que volviendo del largo viaje que había realizado su mente, contemplando todos los finales posibles para el día de mañana, sugirió:

—¡Dame esa aguja pedazo de animal! ¡O mañana parecerás la maldita red de un pescador de siluros!

La noche se adentró sin permiso, mientras Varley trabajaba en el rostro de su hijo.

* * *

—¡Esto está llevando ya demasiado tiempo! —gritó Fasto, dirigiéndose a Leviathanas.

—Comprendo vuestra ira, mi señor —aceptó con sumisión—. Pero debéis ser pacientes.

—¡Al cuerno la paciencia! —intervino Trifania, iracunda,

entremezclando la belleza de su voz infantil con la acidez de su rasposa voz real—. ¡Yo digo que carguemos con todo lo que tenemos, basta de medias tintas, basta de ocultarnos cuando ya es evidente lo que buscamos, lo que somos!

—Sabes que eso no es posible —interrumpió con tono conciliador Zagut.

Sus palabras fueron seguidas por un leve temblor de tierra. Era la manera que tenía Sarkôn de manifestar su acuerdo con Confusión.

—Sabes que si intervenimos abiertamente el Enemigo tomará cartas en el asunto. Sabes que no podemos sobrepasar ciertos límites por mucho que lo deseemos. Un enfrentamiento directo solo nos pondría en peligro y facilitaría que Él se manifestara.

—¡Pues estoy harta de los límites! ¡Quiero hacerlos añicos y restregárselos por la cara!

—Y algún día lo haremos, Trifania —continuó Zagut, situándose junto a Leviathanas—. Pero para eso debemos ser inteligentes y no actuar llevados por la furia.

—No te mostrabas tan elocuente y tranquilo la última vez —lo zahirió Fasto.

—Porque la última vez no habíamos perdido la mitad de nuestro ejército por culpa de la precipitación —replicó él.

Ambos apretaron los labios, midiéndose con la mirada, mientras el general Hadar permanecía ante su presencia apenas controlando las ganas de orinar que tenía, aterrado ante aquellos seres.

Siempre había sido Sonya la que tenía que lidiar con ellos, comunicar las noticias, trazar los planes en su compañía... Pero con su muerte, había sido Hadar quien había heredado el cetro. Y era un honor del cual deseaba desprenderse lo antes posible. Solo informar del fracaso del asalto y de la muerte de la caudilla le había hecho manchar la ropa interior. No quería ni imaginar lo que sería trabajar codo con codo con los Mork en los próximos días.

—¡Está bien! —concluyó Fasto, rompiendo el contacto visual con Zagut—. ¡General! —dijo entonces, volviéndose hacia él.

El hombre se cuadró repentinamente con excesivo nerviosismo, lo que no pasó desapercibido y divirtió a Fasto.

—El combate ha sido una ruina, estamos de acuerdo. Pero... ¿hay alguna noticia de esos escurridizos chicos?

—Ninguna, mi señor. No se dejan ver y nunca intervienen en los combates.

Los Mork se removían furiosos.

O bien aquellos chicos sabían algo que ellos ignoraban, lo cual resultaba enervante; o bien estaban a oscuras como todos, y no tenían ni la menor idea de cuál era su papel en esta historia.

En cualquier caso, Fasto sospechaba que la clave de la victoria radicaba en terminar con ellos. Y debían hacerlo pronto.

—¡Quiero a esos chicos, maldición!

—Hacemos lo que podemos, mi señor —balbució el general—. Incluso envié pequeñas fuerzas, en diversas intenciones, para secuestrarlos; pero los que no han sido masacrados, han desertado y se han ocultado en el yermo. Yo... creo que la única manera de dar con ellos es derruir esa fortaleza ladrillo a ladrillo.

Fasto dio varias vueltas alrededor del general Hadar, paladeando el olor a miedo que desprendía.

—¿Crees que te necesitamos para decirme lo que ya sé? ¿Que hay que derrumbar esa maldita fortaleza piedra a piedra?

—No, mi señor —Hadar no pudo soportarlo por más tiempo, y dejó escapar unas pocas gotas deladoras en la pernera de su pantalón.

Fasto sonrió divertido, y Trifania rio mientras se palmeaba los muslos como la niña pequeña que aparentaba ser.

—Vaya... —prosiguió Fasto—. Alguien está nervioso... ¿no es así? —Hadar no respondió. Fasto continuó con aquella pantomima, mientras reflexionaba en voz alta—. ¿Sabéis lo que os digo? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular—. Creo que nuestra querida caudilla tuvo al menos el coraje de ser fiel a su palabra, y dado que la batalla fue una absoluta debacle, optó por morir en combate... muy honorable por su parte. Y conveniente, si supiera lo que le esperaba de haber vuelto.

Los otros Mork asentían mostrando su acuerdo.

—Lo que hace que me pregunte... —continuó— ¿Por qué estáis vivo vos, general?

El general Hadar terminó de vaciar la vejiga empapándose las botas.

—Yo... yo...

—Elocuentes palabras —sonrió divertido Fasto—. ¡Leviathanas! —ordenó entonces, y este último se adelantó para atender sus deseos—. Ordena a tus hombres que desnuden a este hombre y lo cuelguen por los dedos de un poste.

—¡Mi señor! —suplicó sollozante Hadar, sin que nadie le prestara atención.

—Después enviaré a Astaroth y Devoración para que agasajen a nuestro buen general.

El general Hadar fue arrastrado fuera de su presencia entre gritos de súplica, gritos que nadie escucharía, y que cesarían una vez ambas bestias desollaran y bebieran la vida de Hadar de su vientre abierto.

Permanecieron a solas Leviathanas y el trío de Mork. Se habían quedado sin aliados humanos, sin una marioneta que utilizar a su antojo, y no parecía haber una gran cola aguardando para suplir la vacante.

Aleteando, apareció Huginn, que se posó sobre el hombro de su amo y asistió en completo silencio al reinicio del encuentro.

Mientras ellos departían sobre cosas que estaban muy por encima de sus funciones, Huginn informó a Leviathanas de la imparable subida del agua, que proseguía su ascenso, y amenazaba ya con llegar hasta el continente suspendido, como si todo el orbe del mundo se estuviera inundando.

—¡Mañana terminaremos con esto! —afirmó Fasto, convencido, sin prestarles atención—. ¡Atacaremos con todas nuestras fuerzas, se terminaron los planes, se acabaron las triquiñuelas! ¡Iremos de frente con todo!

—¿Y nosotros? —quiso saber Trifania.

—Permaneceremos atrás —afirmó Fasto—. Es la única manera en la cual esto puede funcionar.

Los cuatro se mostraron de acuerdo.

—Mañana será el último día de la raza del hombre.

XLIII

EN SUEÑOS

Oscuridad... todo era oscuridad... y repentinamente una luz brilló en la noche.

Era una luz trémula y frágil, vibrante. Palpitaba como la vida de un viejo corazón que se apaga...

Y una voz clamó en el vacío:

«Un corazón de Luz en la piedra enterrado...»

Las tinieblas envolvieron a la luz. La marea de negra noche engullía todo a su paso. Y la luz quedaba ya muy distante, sometiéndose a los designios de una fuerza imparable.

Ejércitos innumerables recorrían la tierra, indistinguibles a sus ojos; sombras que se desplazaban sin identidad, anónimas.

Aquella maldad sin nombre asoló la tierra, pero la luz no sucumbió. La luz brilló más bella y fuerte por un momento, y el mundo se quebró. Y el corazón que palpitaba, que era la luz, se fracturó con el mundo y en tres partes se fracturó.

Y allí donde mirara, la tierra estaba sumida en tinieblas.

«...una Tierra en la sombra alumbrada...»

Un torbellino barrió entonces sombras y luces, y la letárgica sensación del largo olvido lo envolvió todo.

«...El que es y será olvidado...»

Vio entonces el resurgir de una fuerza oscura, el renacer de un tiempo prohibido del que nadie emitía juicio o palabra.

Vio las tres partes que componían el corazón de luz, brillar por separado, como tres errantes que vagan sin sentido. Las vio viajar, las vio luchar, sufrir, dudar... las vio, sin comprender.

Pero algo cambió entonces en la telaraña del sueño.

Las tres luces de un mismo corazón volaban al encuentro como tres cometas imparables. Y de la explosión que siguió a su encuentro brotó la más deslumbrante de las estrellas, y el corazón estuvo de nuevo completo. Y lo que nunca debió ser quebrado por el orgullo fue rehecho de nuevo por el amor.

Entonces la oscuridad se alzó nuevamente, en apariencia más fuerte que nunca, más indomable y salvaje.

Y el mundo tembló.

Pero las imágenes se sucedían con rapidez, y el sentido parecía escapar a la razón. Pues un titán de la oscuridad se elevó, monstruoso, sobre toda raza y encontró el corazón de luz, que tan ávidamente había perseguido sin saber para qué lo quería. Pero lo odiaba, sin entenderlo; sin comprenderlo, lo odiaba.

El titán en el sueño reía sin voz, sujetando entre sus manos aquella hermosa estrella. Y ebrio, en su triunfo, aplastó el corazón con sus dedos sin dudar, despidiendo una lluvia de luz sobre la tierra.

«...por su corazón seremos sanados...»

El titán se removió con inquietud, y miraba a su alrededor, sorprendido por las infinitas gotas de luz que lo rodeaban.

La tierra tembló.

Hubo una gran batalla cuando los ejércitos del día y de la noche se encontraron en la llanura. Y la niña se encogió sobre sí misma, viendo pasar

a su alrededor fila tras fila de soldados sin nombre, hasta que la misma sangre derramada tiñó las nubes y la aurora despuntó con sus dedos rosados.

«...cuando aquel que venga en un cielo llameante sea anunciado...»

Pero el hijo de la oscuridad no temía a nada ni a nadie, y la victoria era suya. La luz había sido destruida y los hijos del titán dominaban la tierra.

Aunque el tímido y brillante rocío seguía cayendo sobre el yermo suelo.

Fue entonces que las gotas de luz tocaron los campos de ceniza y una flor brotó de lo que antes fuera estéril.

Y el titán contempló algo tan frágil a sus pies, y tembló ante su presencia, pues aquello no podía ser.

Sin dudar aplastó la flor con su negra bota.

Pero pronto brotó otra y otra. Y allí donde la luz tocaba el suelo renacía y volvía la esperanza. Y el titán aulló de terror viendo que su plan fracasaba.

«...el día que fructificará la tierra...»

Las flores, las plantas y los ríos reaparecieron como por arte de magia. Los árboles, los brotes, las aguas, todo ser que era de la luz parecía enroscarse en torno a las gruesas piernas del titán y, lentamente, lo aferraban y trepaban por su cuerpo engulléndolo.

Hasta que la luz eclipsó a la oscuridad y...

Sera se incorporó repentinamente completamente cubierta de sudor. Resolló varias veces, miró a su alrededor, como si quisiera corroborar que todavía seguía existiendo, y corrió a palacio sin apenas darse tiempo para ponerse algo de ropa.

Cuando entró apresuradamente en la sala de audiencias ya se encontraban allí Ron y Sarmiento, también a medio vestir, impulsados por una

urgencia que no sabían explicar.

Al verla entrar, ambos se quedaron paralizados, Ron sin dejar de mirarla, y Sarmiento apuntando sus ojos vacíos hacia ella.

—¡No puede ser casualidad! —exclamó Ron, al verla entrar quebrando el silencio de la noche.

—¿Qué significa esto? —preguntó ella, moviendo los labios para que ellos la comprendieran.

Los tres se reunieron al fin, sin poder tomar asiento, inquietos e intrigados al mismo tiempo.

—¿Deberíamos despertar a Kadros? Quizá él sepa cómo interpretar lo sucedido —arguyó Ron.

—¿Para qué? —dijo al fin, Sarmiento. Mientras Sera y Ron se miraban e interrogaban, él había estado reflexionando.

—Pues para que pueda explicarnos el significado de esto... de lo que está pasando... de este sueño que hemos... hemos...

—¿Compartido? —aclaró Sarm, interrogativamente.

—Precisamente —replicó Ron, molesto ante su actitud.

Sarmiento, por su parte, comenzó a trazar círculos alrededor de sus amigos, que lo contemplaban en silencio. Aquel extraño sueño parecía haberlos sacado a todos de sus casillas y no sabían explicar la razón, pero les causaba un gran desasosiego.

—¿Recuerdas el día que te rogué que confiaras en mí llegado el momento? —dijo repentinamente Sarmiento, encarándose con Ron.

El estarosta dudó unos instantes antes de responder.

—Claro que lo recuerdo, Sarm —el muchacho correspondió con un lento cabeceo afirmativo.

—Creo que sé lo que significa el sueño... —espetó Sarmiento, sin detenerse por más tiempo—. Y creo que vosotros también entrevéis el significado, aunque cerréis los ojos al mismo —remató rápidamente, al ver sus intenciones de replicar.

—¿Qué insinúas? —quiso saber Ron.

—Dejadme que me explique y, por favor, no me interrumpáis. Llevo largo tiempo dándole vueltas a una sola idea y creo que este sueño me ha dado

la clave, o tal vez el impulso que necesitaba. Solo os pido que confiéis en mí.

Sera y Ron intercambiaron una mirada harto elocuente y asintieron.

—Confiamos en ti.

—Muy bien —agradeció—. Todo esto tiene que ver con Lucius...

—¿Cómo? —preguntó Ron.

Al ver la cara con la que le recriminaba Sarm su interrupción, se apresuró a añadir:

—Perdón... continúa.

—Cada cosa a su tiempo... —continuó Sarm—. El corazón de nuestro sueño, ese corazón de luz tiene tres partes. Tres partes que al unirse forman un solo ser... ¿no? —no aguardó su respuesta y continuó—. Y es el sacrificio de ese corazón lo que termina con la oscuridad en el sueño. Es la muerte de ese corazón lo que hace renacer la vida de nuevo... ¿verdad?

—Ajá —susurró Ron.

—Bien. Creo que el dueño del corazón al fin se ha puesto en contacto con las respectivas partes del mismo. Creo que nos ha enviado un esbozo de lo que tenemos que hacer.

—¿Convertirnos en un corazón? —preguntó Ron con incredulidad.

—No seas necio, Ron... —lo increpó Sarm—. El corazón puede que sea o no una metáfora. Lo que sí puedo confirmar, casi con total seguridad, ahora mismo, es que nosotros tres somos encarnaciones de un mismo ser.

La enormidad de lo que acababa de revelar hizo que Sera y Ron sellaran los labios digiriendo aquella información.

—¿Quieres decir...? —comenzó Sera.

—Quiero decir que tenemos que aceptar de una vez lo que somos.

—¿Y qué somos? —se adelantó Ron a preguntar.

Sarmiento lo miró largamente y con profundidad, antes de responder. Pero cuando al fin lo hizo, el estarosta percibió algo extraño en sus ojos, como si la película opaca que los tupía estuviera adelgazando.

—Kilumaras —dijo finalmente Sarm.

—¿Perdona? —la pregunta estuvo a punto de atragantarse en la garganta de Ron, y Sera prefirió no decir nada.

—Digo que Kilumaras partió su corazón en tres partes, al igual que

partió el mundo en tres partes... Digo que Kilumaras nunca se fue, ni dejó al hombre a su suerte. Digo que si aceptamos al fin lo que somos, la verdad se revelará por sí misma. Digo que somos la encarnación en la que Kilumaras depositó su corazón, en la esperanza de que algún día el hombre pudiera necesitarle.

Atónitos, miraban a su compañero sin saber que decir.

—Confiad en mí... por favor —añadió Sarmiento—. Si lo que creo es correcto...

—¡Te creo! —exclamó Sera abruptamente, y ambos chicos se giraron hacia ella sorprendidos.

—¡Has hablado! —exclamó Ron, casi gritando.

—Sí... ¡Síiii! —estalló Sera, llena de júbilo.

Sarmiento se volvió hacia Ron con más intensidad todavía en la mirada, como si tratara de hipnotizarle.

—Ron... confía... debes creer —añadió con suavidad, al mismo tiempo que extendía la mano hacia él y tomaba con la otra la que le ofrecía Sera.

El estarosta se debatía entre la razón y la fe. Sus largos años de formación junto a Kadros, las largas lecturas y la erudición le habían conducido a aquel momento de infinita humildad, en el que debía reconocer que todo cuanto sabía no valía para nada y que la única respuesta yacía ante él, invitándole a dar aquel salto al vacío.

Y el estarosta saltó.

—Confío... y te creo. Yo creo.

Sin más, tomó de las manos a sus amigos y descubrió que su brazo tullido funcionaba y que podía estrecharles las manos. Al mismo tiempo, contempló cómo Sarmiento los observaba con los ojos, al fin abiertos al mundo, y Sera reía sin querer dejar de hablar.

—¿Cómo es posible? —se preguntó.

—Somos una sola persona, Ron. Por separado carecíamos de significado, y quizá fuera eso lo que representaban nuestras deficiencias. Pero una vez la verdad ha sido revelada, es más, una vez hemos aceptado esa verdad, nuestros defectos no tienen cabida, nos perfeccionamos y estamos más cerca de representar a la persona que realmente somos. Había algo que fue

quebrado y finalmente se ha rehecho.

—¡Es... es increíble...! No me siento distinto en absoluto, salvo por el hecho de que al fin puedo manejar las dos manos —corroboró Ron.

—No hay nada distinto en nosotros. Pero sí en nuestros corazones. Ahora sabemos lo que hay que hacer.

—¿Y qué hay que hacer? —quiso saber Sera.

—Bueno. Ahí es donde entra mi corazonada, ahí es donde requiero de vosotros una mayor confianza —continuó Sarm—, y ahí es donde el ejemplo de Lucius viene a colación.

—Sigo sin comprender —replicó el estarosta.

—Creo que Lucius nos dio la clave para derrotar a este enemigo y expulsarlo del mundo. Él fue la llave para sacar el mal de mi cuerpo, creo que nosotros podemos ser la llave para sacarlo del mundo. Pero vamos a necesitar la ayuda de Kadros y de todos los demás.

Acto seguido se explayó durante largos minutos exponiendo su teoría. Y conforme avanzaba, las caras de Sera y Ron se volvían más y más tristes, como si hubieran sabido de antemano que aquel día llegaría.

—¿Y no hay otra manera? ¿Estás convencido? —quisieron saber Ron y Sera.

—Hablaemos con Kadros, pero sospecho lo que nos dirá —rebató Sarmiento—. Creo que apoyará nuestro plan. Es una idea desesperada, pero no ganaremos esta batalla por la fuerza de las armas, y tú lo sabes —añadió, mirando directamente a Ron—. Igual que Lucius, que no ganó porque fuera más diestro con las armas, o más hábil. Se la jugó a una única carta y venció.

—Tu plan podría matarnos a los tres —alertó Sera, que habiendo recuperado la voz no hacía ni veinte minutos, no podía sino sentir lástima, al pensar en perderla al día siguiente, si había de caer.

Sarmiento asentía, contemplándoles.

—Es muy posible amigos míos... pero una vez escuché a un sabio que decía: “Te embarcaste, has navegado y has llegado a tu destino... baja del barco”.

Los tres guardaron silencio, y la noche acompañó su contemplativo mutismo.

—Creo que debemos bajar de la barca, amigos míos —fueron las

últimas palabras de Sarmiento.

XLIV

AGBARA TI EMÍ

Esa misma mañana fue convocado un pequeño grupo. En el mismo estaban presentes aquellos nobles que todavía se mantenían en pie, Kadros, Torgund y Varley, del cual era imposible librarse, y más cuando se trataba de debatir cuestiones que atañían a la seguridad de Ron.

Ninguno de los presentes ocultó su sorpresa ante la milagrosa curación que habían sufrido tanto su joven señor como sus amigos, pero los chicos se mostraron evasivos con respecto a los motivos de la completa recuperación; lo más que obtuvieron, ante las constantes preguntas, fueron vagas respuestas y sucintas evasivas.

Sera y los chicos se mostraban apremiantes, como si aquel hecho milagroso careciera de importancia, eclipsado ante la gravedad de los motivos que realmente los había llevado a reunirlos allí.

Sin perder un minuto, los tres muchachos expusieron la naturaleza de sus intenciones. Y no fue necesario extenderse mucho en la cuestión, cuando Lord Brown expresó sucintamente lo que suscitaba aquella idea en todos los demás.

—¡Es una locura! ¡Demencial! ¡Abandonar ahora Mil Ríos, cuando más os necesita! ¡Con todo el esfuerzo que os ha costado llegar hasta donde estáis!

El estarosta le interrumpió con delicadeza, pero con firmeza.

—No os he hecho llamar para debatir acerca de una decisión que ya está tomada Lord Brown.

La nobleza se revolvía sin comprender, mientras los Kaimu observaban desde un segundo plano al joven gobernante. Ambos veían un atisbo de lo que

sucedía y callaban. Por su parte, Varley también guardaba silencio, pero por diferentes motivos.

—¡Dejaréis Mil Ríos sin cabeza, una vez más! ¡Ya estamos bastante debilitados, y lo único que mantiene unido al pueblo es precisamente que creen en vos!

Ron intercambió una indescifrable mirada con Sera y Sarmiento, después sonrió.

—Me alegro de escuchar eso, Lord Brown. Me alegro de saber que creen en mí. Espero que nos aseguremos de que en el futuro siga siendo así.

Kadros se humedeció los labios, desentrañando el significado oculto de aquellas palabras. Se volvió hacia Torgund, y sonrió mientras le susurraba:

—Creo que ha llegado la hora. Creo que al fin lo comprendemos.

Ron siguió hablando, centrando su atención en los cabizbajos nobles.

—Os he hecho llamar para que escucharais lo que sucederá en el día de hoy. No para que lo impidierais —trataron de replicar, pero Ron no consintió—. Sé lo que parece, pero también sé lo que tengo que hacer. Y no es una decisión que tome a la ligera. De hecho, por eso estáis todos aquí.

Se miraban unos a otros sin comprender.

—Lord Brown... si como teméis, lo peor tuviera que suceder, he de arrogaros una enorme responsabilidad.

—No, mi señor —respondió él, abatido, sin querer escuchar más.

—Si cayera...

—¡Mi señor! —exclamaron algunos nobles, pero Ron los refrenó.

—Si cayera... quiero que Lord Brown sea investido con mis poderes. Quiero que sea reconocido como mi sucesor y aceptado por el resto de la nobleza —se giró hacia ellos, dándoles a entender la razón de que estuvieran allí—. Después, seréis libres de llevar a Mil Ríos a donde consideréis necesario. El gobierno de los estarostas caduca hoy y el futuro estará en vuestras manos, lo que sea de esta tierra dependerá de vuestras decisiones.

Hubo un cierto revuelo, pero nada de cuanto dijeran haría cambiar de opinión a Ron y los demás; así, asumiendo que la última palabra había sido dicha, procedieron a abandonar las estancias. Las previsiones no parecían nada halagüeñas y ellos lo sabían.

Cuando se hubieron retirado los nobles, Varley se aproximó al

muchacho al que había aprendido a querer como a un hijo.

—¿De qué va todo esto?

Ron lo miraba, desconcertado.

—Va de unir a la nobleza para que aquello que se salve no llegue a desmembrarse. No podemos permitirnos perder lo poco que nos queda, y si quiero que algo sobreviva, debemos contar con ellos. No dejaré que la anarquía reine en...

—Si... si... ya. Muy bien —interrumpió Varley—. Ellos, nosotros, lo que sea... es lo de menos. No me refería a ellos —dijo, señalando la estela de los nobles en retirada—. Me refiero a lo que tramáis tú, Sera y Sarmiento.

Ron lo miró largo tiempo sopesando sus opciones, valorando si debía contarle la verdad sobre sus planes. Durante un buen rato consideró confesárselo todo, caer sollozando pidiendo ayuda; pero, tras reflexionar ampliamente, creyó más adecuado mantener su posición, por Varley y por todos.

—Varley... —comenzó a decir con cariño—. Puede que algún día lo comprendas... que lo comprenda todo el mundo. Pero tienes que confiar en mí en esta ocasión. Ya no puedes protegerme, no de lo que tengo que hacer.

Varley reuló sin decir palabra, aunque en su rostro quedaba patente la intensidad con la que se mordía la lengua. Asintió un par de veces, y se dispuso a dejar a solas al estarosta con sus pensamientos.

—¿Y ya está? —se sorprendió Ron—. ¿No dirás nada más para hacerme cambiar de opinión? ¿No intentarás convencerme?

—Creo que no. Después de todo este tiempo, de todo lo que ha pasado... confiaré en vuestro instinto. No puedo hacer otra cosa... es más, creo que no debo hacer otra cosa. Pues si tratara de convencerlos de lo contrario, sospecho que no sería yo quién os hablara, sino el Enemigo, utilizando mis labios con falsa bondad.

—Gracias —respondió simplemente. Y en su cara se dibujó una amplia sonrisa que significaba una infinita gratitud por su ayuda, por su apoyo, por su fe.

—Aunque... —comenzó a decir Varley— no estaría de más saber cómo demonios habéis dejado de ser un trío de tullidos; eso sería digno de escucharse.

—Y lo sabrás, amigo, pero no ahora —Ron desvió entonces la mirada

hacia Kadros y Torgund, que permanecían en completo silencio—. Ellos podrán explicarlo... algún día.

Kadros asintió y el gigante lo imitó.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —preguntó el estarosta, mirando directamente a Kadros y desatendiendo un instante a Varley.

—Creo que sí, Ron —afirmó Kadros, permitiéndose tutearle—. Creo que fue esto lo que previó Xila cuando me dijo que más serían la responsabilidad y el momento.

—Una loba lista por lo que se ve —apuntilló Varley, sin terminar de comprender el plan global, pero confiando en que ellos supieran lo que se hacían.

—La vieja supo ver más de lo que nunca podríamos imaginar. Supo prever los destinos posibles y preparar el camino para conducirnos al que hoy nos enfrentamos —comentó Torgund.

—Actuaremos —concluyó Ron.

—Sí, muchacho —dijo Kadros, colocándole la guinda al pastel—. Pero ¿puedo sugerir que les hagamos esperar? —Viendo las caras de incomprensión de los chicos, añadió— Hay ciertas debilidades del Enemigo que jugarán a nuestro favor, si antes de combatir los desestabilizamos un poco. No nos requerirá gran esfuerzo, y a ellos puede hacerles desviar la atención de lo que realmente importa.

* * *

El día comenzó como cualquier otro día de largo asedio. La bruma se levantó, la escasa luz que se filtraba entre las nubes iluminó el escenario del drama, y los ejércitos contenían el aliento.

El agua del Lago Real se retiró, dejando la fangosa marisma a la vista, y a las puertas de Mil Ríos, a escasos mil metros de sus muros, se reunieron todas las fuerzas del Ejército de los Últimos Días al completo.

Bestias, hombres, esclavos y demonios. Todos en pie y ávidos de sangre. Ansiosos por asestar la estocada final contra aquel enconado enemigo, que se refugiaba tras la sólida triple muralla.

Habían perdido a muchos, no cabía duda, pero, con todo, seguían

conformando un espléndido ejército en número y fuerza bruta.

Más de diez mil seres de toda condición y oscuro origen rugían, reptaban, caminaban o revoloteaban en el frente de la próxima batalla.

Y desde las defensas no se advertía movimiento alguno, la Fortaleza del Agua parecía muerta, abandonada.

—¿Habrán sucumbido? ¿Una epidemia tal vez? —sugirió Leviathanas.

—¡Ataquemos de una vez! —exclamó Trifania.

—Tranquilos todos —los apaciguó Fasto—. Debemos ser inteligentes.

—Traman algo —susurró Zagut.

—Muy posiblemente —corroboró Fasto—. Pero nosotros no podemos interferir aún, y no enviaré el grueso de nuestro ejército contra sus muros sin estar seguro de lo que estamos haciendo.

—¿Esperamos entonces? —preguntó Trifania frustrada, ahogando un grito de histeria.

—Esperamos —sentenció Fasto, que, desde la muerte de Sonya y la caída de Hadar, había optado por encabezar personalmente la estrategia de sus fuerzas.

Las horas avanzaban, y ni un pajarillo osó romper aquel punto muerto. Las bestias y demonios se retorcían inquietas; deseaban destrozar, mutilar, desangrar, y la larga espera les resultaba desquiciante como un picor que no podían rascar.

—¡Se burlan de nosotros! —exclamó Trifania—. ¡Nos están tomando el pelo! ¡No soporto que se burlen de nosotros!

Ninguno repuso nada, y aunque no lo expresaran, todos sentían la misma quemazón en su interior. Era algo que sacaba de quicio a cualquier Mork, demonio, ente o criatura de la oscuridad. Eran terribles, eran poderosos, y la mera noción de que alguien pudiera estarse burlando de ellos los quemaba más que el más vasto fuego.

Era la burla que no tolera el arrogante.

—¡Se burlan de nosotros! —repitió Trifania, al borde del histerismo, desgarrando su pútrida mejilla.

—¡Basta! —la abofeteó Fasto—. ¡Lo sabemos de sobra! ¡Repetirlo no cambia el hecho! —miró de nuevo hacia los muros—. Está claro que entre ellos hay uno que sabe que no reaccionamos bien ante semejante menosprecio.

—¡Nos están provocando! —clamó Zagut, que a su vez empezaba a perder la compostura.

—¡Ataquemos ya! —exigió de nuevo Trifania.

—¡La cuestión...! —comenzó a decir Fasto.

Pero no terminó la frase, pues un fuerte chirrido llegó a sus oídos atrayendo su atención.

Las puertas de la Fortaleza del Agua giraban sobre sus goznes y se entreabrían ligeramente, apenas el ancho de los hombros de una persona.

El mundo contuvo el aliento y cada cual abrazó las inquietudes de su propia mente.

Los Mork callaron, sin quitar ojo de aquella pequeña franja de luz en la férrea muralla. ¿Se atrevían a salir a campo abierto? ¿A plantarles cara con el ejército que habían traído a sus puertas? ¿Acaso no tenían miedo?

Desde las murallas Torgund contemplaba las filas y filas de bestias enemigas y alzaba la vista al cielo, lanzando sus dudas a lo alto.

Varley estrechaba la mano de Tania, mientras palmeaba la espalda de Marlon, y la sempiterna vocecilla que le hablaba en la cabeza se preguntaba: «¿*Qué demonios estamos haciendo?*» Pero acto seguido movía de lado a lado la nariz, como cuando tenía una corazonada.

Marthia se volvió hacia Clovis, que la miraba a ella en lugar de mirar hacia la marisma, donde todos clavaban los ojos. Y no dijo nada, pero ambos comprendieron cuanto había que decir. Tan solo se saludaron con una cortés flexión del cuello, que parecía querer contener lo que realmente deseaban decirle al otro.

Rogto, Xifo y el malherido Safiro estaban tras ellos, completamente en silencio, completamente sobrepasados. Con un nudo en el estómago, al igual que los supervivientes que se habían reunido para aquel último acto.

Kadros, por su parte, permanecía de rodillas en el mismo patio, y aquellos que deseaban acompañarle se sumaban a su oración; habían formado un grupo casi tan numeroso como el que protegía las murallas. Sus labios tan solo decían:

—En el nombre de Kilumaras... te lo ordeno —y repetía de nuevo—. En el nombre de Kilumaras... te lo ordeno.

Entre las dos hojas de la puerta principal aparecieron, casi colocándose

de perfil, tres personas. Atravesaron el umbral y se alinearon formando un ridículo frente de batalla.

Se miraron entre ellos en completo silencio y, de mutuo acuerdo, comenzaron a caminar hacia el campo enemigo.

No se habían cerrado las puertas tras ellos, cuando apareció Mejunje corriendo a sus espaldas.

—¡Sera! ¡No! ¡Espera! —corría hacia los tres llorando desconsolado, y los muchachos se detuvieron.

Sera volvió sobre sus pasos y recibió con gusto los brazos de Mejunje cuando la rodeó entre lágrimas.

—No puedes hacer esto. No te vayas. No puedes... —balbuceaba—. Yo... te quiero.

Sera se separó un poco de él, acariciándole los cabellos y mirándole directamente a los ojos, donde se veía reflejada entre sus lágrimas como si fueran dos espejos.

—Tengo que hacerlo... sé que no lo comprendes, Mejunje, pero es lo que debemos hacer.

—Pero yo te quiero —repuso.

—Lo sé. Y yo a ti. Me quisiste sin saber quién o qué era... creíste en mí cuando nadie más lo habría hecho. Me diste desinteresadamente tu corazón — el chico seguía llorando—. Pero es el momento de que me vaya; sin embargo, no te dejaré. Igual que tú no dejarás de quererme cuando ya no esté.

—Déjame ir contigo —replicó él.

—No. No puedes. Y los hombres necesitarán a alguien como tú. Alguien que me haya amado con tanta intensidad y tan desinteresadamente en la intimidad de su mente, que ahora pueda presentarles la historia tal cual es. Necesitarán tu testimonio cuando yo ya no esté.

—Me cambiaste la vida —balbució.

Ella lo tomó por el mentón y le hizo mirarla.

—Cuéntales eso —dijo. Después le besó la mejilla y le ordenó que se retirara, pero Mejunje se quedó allí de pie, como en un trance, sin poder moverse o reaccionar.

Sera, Ron y Sarmiento comenzaron a caminar hacia el ingente enemigo que se desplegaba ante ellos.

* * *

—¡No puedo creerlo! —exclamó Zagut.

—¡Necios! —rio Trifania.

—¿Se entregan? —se preguntó Leviathanas—. No lo comprendo.

Fasto callaba.

Tampoco lo comprendía, pero no iba rechazar un regalo cuando se lo ponían en bandeja. Aunque aquel movimiento le resultaba preocupante. ¿Pensaban negociar? ¿Vendrían con alguna exigencia?... o peor... ¿Habían descubierto algo que ellos desconocían? Aquella era la cuestión que le atormentaba, que le despertaba por las noches. El hecho de no saber, de no comprender qué tramaba su eterno enemigo al haber marcado a aquellos tres críos como sus adalides.

Sarkôn, por su parte, hizo temblar el firmamento con un trueno, aunque no se apreciaba tormenta alguna en el cielo.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Trifania, nerviosa, cuando realmente ella tenía claro lo que haría.

—¿Deberíamos ir a su encuentro? —sugirió Zagut.

—No... no... —negó Fasto, pensativo—. No nos expongamos. Todavía puede ser que se manifieste si intervenimos directamente. Enviemos a alguien.

Fasto se habría mordido las uñas, si no se le hubieran caído todas putrefactas, embolsado en su segunda piel. No conseguía imaginar en qué se sustentaba la estrategia del enemigo.

—Procedamos con cautela, pudiera ser una trampa... —concluyó, al fin, Fasto—. ¡Leviathanas! ¡Envía a tus lacayos, que los prendan y reduzcan!

El enviado asintió y se giró hacia el cuervo que reposaba sobre su hombro.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le susurró.

Huginn levantó el vuelo, graznando con furia fingida que no era sino recelo. Una horda de cuarenta cuervos negros se le unió en su breve travesía; durante unos instantes, a ojos de la Fortaleza del Agua, parecía que una descarga de flechas se abalanzaba sobre su señor y sus dos amigos.

—¡Les disparan! —exclamó alguien. Pero pronto lo silenciaron,

haciéndole ver lo que realmente acontecía.

Los cuervos llegaron hasta los muchachos y volaron a su alrededor, profiriendo enormes gritos de triunfo, de amenaza, de desprecio.

Lentamente el círculo fue cerrándose sobre sus cabezas, hasta que los tres quedaron envueltos en un torbellino de plumas revueltas.

Los binaturales adoptaron sus formas humanas al tocar tierra junto a ellos y les apuntaron con sus afilados estiletes y ballestas de muñeca.

—¡No os movais! —ordenó Huginn.

—No lo haremos —replicó Ron.

Y los prendieron.

* * *

Se había preparado un fastuoso pabellón cuando fueron llevados ante la presencia de los Mork. Un ostentoso despliegue, con la intención de intimidar o empequeñecer la pobreza con la que venían a ellos aquellos prisioneros.

Encadenados, fueron introducidos entre golpes y escupitajos. Cuando las telas fueron apartadas para hacerles pasar, sintieron un frío animal que parecía brotar del interior de la tienda, un frío tan salvaje y primario que parecía cristalizar el aire gélido del exterior con su solo contacto.

Ron y Sarmiento entraron sin decir palabra. Sera tan solo arrugó la nariz ante el penetrante olor a podrido que se reconcentraba en el interior.

Durante unos largos minutos fueron sometidos al escrutinio de las malévolas miradas de sus enemigos, cuyos ojos les hacían sentirse desnudos. Pero nadie daba el primer paso.

Fue Leviathanas, quién a modo de fiscal autoproclamado, comenzó lo que quería parecerse a un interrogatorio.

—¿Quiénes sois? —preguntó. Pero no obtuvo respuesta.

—¿Qué queréis? —nada dijeron.

—¿Habéis venido a negociar? —silencio.

Y así durante no menos de una decena de preguntas, que hicieron perder los estribos a Fasto.

Iracundo se levantó de su silla, exclamando:

—¡Os ordeno que habléis! ¡Responded!

Pero callaban.

—¿No me habláis? ¿No os dais cuenta que vuestras vidas están en mis manos, que yo decido quién vive y quién muere en el mundo? —escupió Fasto, cargado de orgullo.

—No tienes semejante poder en este mundo —replicó Sarmiento con voz serena.

Fasto se tragó el mayor ataque de ira del que había sido víctima desde hacía siglos. Lentamente se aproximó al muchacho y, sin mediar palabra, lo abofeteó. Asustado, retiró la mano con rapidez, al percatarse de que lo había tocado, atemorizado por la magia que pudiera emanar de ellos, igual que emanó de la muralla en los primeros compases del asedio, cuando una horda de demonios de piedra fue aniquilada en un parpadeo.

Pero al ver que nada sucedía, y contemplando su mano en perfecto estado, Fasto se envalentonó y prosiguió hablando en lugar de Leviathanas.

—¿Con que no tengo poder, eh? ¿Es todo cuanto tenéis que decir?... — como no respondían siguió—. De manera que os rendís... muy bien... hablemos de los términos de vuestra...

—¿Se rinde acaso el señor ante el sirviente? —espetó, con rapidez, Ron, cuya atrevida replica fue respondida por un fuerte puñetazo en la boca del estómago. Esta vez fue Zagut quién golpeó.

Fasto se aproximó hacia el depuesto estarosta, aferrándole por las mejillas con crueldad.

—¿Es que acaso no respetáis a la muerte cuando la tenéis ante vosotros? —sus dedos apretaron las mejillas de Ron hasta que comenzaron a sangrar.

—Incluso la muerte se arrodilla ante la verdad —sentenció Sera, sin terminar de comprender cómo esas palabras afloraban de sus labios.

Trifania sacudió las corvas de Sera por detrás, y la muchacha cayó de rodillas ante Fasto. Mientras la despreciable niña de rostro ambiguo reía divertida ante sus propias malicias.

Fasto se aproximó hacia Sera con pasos lentos y calculados, rumiando las palabras que acababa de emitir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, sin poder ocultar cierto nerviosismo en la voz.

Sera callaba.

—¿Qué es acaso la verdad? —inquirió el Mork.

Sarmiento lo encaró entonces, mirándole directamente a los ojos.

—La estás viendo.

Aquello cayó como un jarro de agua fría entre los allí reunidos. Tanto Leviathanas como los Mork, se miraban los unos a los otros buscando la respuesta a los acertijos planteados por semejantes críos. Pero realmente solo conseguían alimentar sus temores y reflejar con claridad sus propias inseguridades.

Tenían miedo, siempre lo habían tenido. Miedo al vacío, miedo a la luz. Y era este último miedo, sin duda, una dicotomía ancestral, pues tanto odiaban a la luz como sentían necesidad de ella. De manera que nunca hallaban la paz, pues combatían a la luz desde que tenían recuerdos, pero al mismo tiempo su lejanía los atormentaba; y el vacío los llamaba a la par que lo temían.

Y ante semejante desajuste, ante semejante demencia enfermiza, los Mork se volvían imprevisibles en sus manifestaciones, aunque previsibles en sus actos; pues siempre sabías que tratarían de provocar el mayor daño posible y crear la mayor confusión a su alcance.

Pero esto también los volvía precipitados... orgullosos... ególatras desmedidos que cultivan su propia imagen, que desean ser adorados, recordados a cualquier precio, aunque en la ignorancia y la incredulidad hallen su caldo de cultivo ideal.

Las respuestas de aquellos desgraciados resonaban en las impermeables conciencias de los Mork:

«No tienes semejante poder en este mundo...»

«¿Se rinde acaso el señor ante el sirviente?»

«Incluso la muerte se arrodilla ante la verdad...»

«La estás viendo...»

Tan pocas palabras, y tantas preguntas. Fasto no pudo soportarlo. Si eso era todo cuanto tenían que decir, que así fuera. No eran más que unos malditos críos con ínfulas, no eran nada especial, tan solo un juguete roto del enemigo, una más de sus estúpidas maneras de inspirar bondad y buenos sentimientos entre los Perantaraan.

Vacío. Todo era vacío. Igual que sus promesas, se decía Fasto. Aquellos

chicos no tenían nada de especial, todo había sido una pérdida de tiempo.

La confirmación de su situación, y la profunda frustración que les causaba, hizo que los tres señores de la oscuridad tomaran una decisión, como era de esperar, precipitada.

Kadros lo sabía, lo había supuesto, pues conocía a su Enemigo. Por eso sugirió en su momento hacer esperar a los Mork, desconcertarles, hacerles sentir por un momento fuera de control.

Lo cual sin duda condujo a lo que a continuación sucedió, pero aunque el Kaimu pudiera sospecharlo, y Ron y los demás preverlo, era algo que debía hacerse.

—No me servís para nada, no sois más que tres críos inservibles sin ningún propósito... un farol... una distracción —aseguró Fasto—. Una de tantas veces que nuestro enemigo trata de confundirnos, seguro que hasta albergando en su interior la creencia de que algún día volveremos a él.

Trifania escupió en el suelo expresando así su desprecio ante aquella posibilidad.

—¡Eso nunca!

Fasto la tranquilizó con un gesto imperioso.

—Nunca, en efecto. Lo que nos deja por solucionar la cuestión principal —clavó sus sombríos ojos en los chicos—. ¿Qué hacemos con estos tres? ¿No sería lo más apropiado dar ejemplo al resto, mostrarles lo que sucede cuando te rebelas contra un poder superior?

Ron, Sera y Sarmiento fueron llevados al exterior y despojados de sus ropas. Darían con ellos un espectáculo a la gente de Mil Ríos que nunca podrían olvidar. Le quitarían su juguete a Kilumaras, se desharían de esa atadura, y entonces al fin serían libres para actuar.

Lo que nunca habrían sospechado sus captores era el tipo de espectáculo al que se disponían a asistir.

* * *

—¿Qué veis? —gritó alguien desde el patio al escuchar el alboroto.

—¿Qué sucede? —preguntó un soldado que se desperezaba tras su hora de descanso.

—No veo nada —decía un joven, en segunda línea, sobre el adarve.

—¡Aparta! —exclamaba un anciano de malas pulgas

—¡Santo cielo! —sollozó una mujer, cubriéndose el rostro con las manos.

El señor de Mil Ríos había partido hacía casi una vuelta completa al ojo de Kilumaras, el único que le quedaba al Dios Tuerto. Nada se había vuelto a saber de él ni de sus amigos hasta ese momento.

Las murallas de la Fortaleza del agua se atestaron de gente: soldados, nobles, civiles y curiosos que sencillamente querían saber qué era lo que atraía la atención de semejante gentío.

Varley subió de dos en dos los gastados escalones que llevaban a lo alto del baluarte. A la carrera, se hizo hueco como pudo entre los codos y espaldas de la muchedumbre, pero con escaso éxito; hasta que apareció Torgund y con su solo tamaño y porte los fue haciendo a un lado.

Pronto alcanzaron una posición excelente para observar las marismas, con el sol brillando tímidamente sobre la tierra húmeda.

En lontananza contemplaron lo previsible: hileras e hileras de bestias, monstruos, demonios, y hombres que habían vendido su alma por un puñado de promesas falsas.

Pero algo había cambiado. Algo se erigía justo al frente de aquel ejército.

—Es un patíbulo —corroboró Varley, aguzando la vista—. ¿Dónde está Kadros?

Torgund respondió sin apartar la mirada de la estructura de madera que el enemigo había improvisado al borde del Lago Real.

—Donde tiene que estar. Él sabe lo que tiene que hacer... y nosotros también.

—¿Ah sí? ¿Y qué tenemos que hacer?

—Resistir, Varley. Ganar tiempo.

—¿Para qué?

—Para que lo que tiene que suceder suceda.

Varley se disponía a replicar con alguna perla de su propia cosecha, cuando Torgund levantó una de sus enormes manos, haciéndole cerrar la boca en el acto.

Entonces dirigió la mirada en la misma dirección que Torgund y algo se

removió dentro de sus tripas. Sintió un frío desagradable clavándose como una daga y retorciéndose con saña.

Había reconocido a Confusión ascendiendo peldaño a peldaño hasta lo alto del cadalso.

Torgund y Varley no dijeron nada, pero ambos comprendían la gravedad del momento. Su enemigo iba a sentar las bases de los acontecimientos por venir; se dejaban ver por vez primera ante toda la humanidad. O estaban muy seguros de sí mismos, o sabían que ya nada podría cambiar lo que tenía que pasar.

A continuación, fue el turno de Torgund para sentir un ligero temblor; había reconocido a Reflejo, y con la mirada buscó a Marthia que, a pocos metros de donde se encontraba, observaba también con preocupación lo que sucedía al otro lado de los muros.

Supo por su expresión que ella también había reconocido al Mork, e igualmente sentía el frío.

El último en auparse hasta las tablas fue un ajado anciano, cuya piel parecía venirle grande como si llevara un traje mal tallado.

Nadie parecía reconocer a aquel ser, que por sus movimientos se comportaba como si fuera el líder de aquel grupo. Sin embargo, Mejunje sí que lo reconoció, trayendo a su memoria recuerdos de una lejana posada que prefería olvidar. Azorado, se estrujó contra Safiro, Rogto y Xifo, que estaban junto a él. No comprendían qué podía ser aquello que atribulaba al joven, pero lo acogieron entre ellos, reconfortándolo.

Fue en ese instante que el estarosta de Mil Ríos ascendió al patíbulo, enjaezado como una bestia, junto a sus dos compañeros.

Un silencio premonitorio cayó sobre la ciudad, nadie pronunciaba palabra, todos contenían el aliento y ninguno dudaba de lo que estaban presenciando.

* * *

—No tengas en cuenta nuestros pecados, o los de nuestros ancestros — recitaba Kadros, reunido junto a aquellos que lo acompañaban, ajeno a lo que sucedía en el exterior, pero absolutamente consciente de cuanto pasaba; sabedor de lo que tenía que hacerse, aunque su corazón le impeliera en otra

dirección—. Arroja tu ira contra la bestia que pretende arrebatarte aquello que te pertenece...

* * *

Ron subió lentamente los escalones, seguido por Sera y Sarmiento, que tras él ascendían maniatados, sufriendo las humillaciones y vejaciones de su enemigo. Parecían cansados, pero su expresión corporal no era la de un reo de muerte. Subieron decididos, reforzados por la entereza de los otros.

* * *

—Parece que no ha funcionado —siseó Varley desde la muralla, apretando los dientes

—O quizá ha funcionado mejor de lo que imaginas —aseveró Torgund.

Varley lo miraba desconcertado, cuando devolvió su atención hacia la marisma y el patíbulo, donde una docena de cuernos, de sonidos estridentes, resonaron reclamando silencio entre las filas enemigas.

* * *

Los Mork paseaban por el cadalso dejándose ver con ostentación, mientras los tres muchachos eran aferrados a unas improvisadas aspas, sobre cuya superficie sus espaldas se lastimaron contra los crueles nudos de madera sin pulir.

Desnudos y atados, con los miembros desplegados en una perfecta equis, permanecían callados, mientras sus verdugos obraban a su antojo.

El señor de los Mork, el hombre cuya piel parecía demasiado grande para su estructura ósea, se adelantó encarando las murallas del último bastión de los hombres:

—¡Esto es lo que sucede con aquellos que desafían al auténtico poder!

* * *

—¡Te lo ordeno bajo pena de muerte, serpiente ancestral! ¡En el nombre del juez de vivos y muertos, en el nombre de aquel que nos creó, de aquel que

te creó! ¡Abandona este mundo! —algunos de los que rodeaban a Kadros dieron un respingo, ante el repentino cambio en el tono de voz del Kaimu. No es que su voz fuera desagradable, pero hablaba con la autoridad de un general dirigiendo una batalla.

* * *

El día guardó silencio, ante los gritos de dolor emitidos por las gargantas de aquellos tres inocentes, cuando fueron clavados a sus maderos con clavos de piedra. Y con cada golpe del mazo, los Mork ampliaban sus sonrisas y dirigían miradas aviesas hacia la ciudad, saboreando su temor, vaticinando su propia victoria.

Desde las murallas surgieron gritos ahogados, y las mujeres gemían, mientras los hombres alzaban los puños al cielo clamando venganza.

Y Leviathanas aplaudía, viendo cumplidas todas sus esperanzas, sintiendo que el plan de su enemigo se desmoronaba, pues de algún modo había depositado en aquellos tres chicos el destino del mundo, y ahora colgaban como despojos ensangrentados.

Ni una sola alma dentro del Ejército de los Últimos Días se cuestionó si aquello que hacían era lo apropiado, o lo que más convenía a sus intereses. Ninguno supo ver que su error radicaba en su ceguera. Nadie entre bestias y entes comprendería jamás, que la muerte de tres inocentes pudiera ser el revulsivo que necesitaba el mundo para librarse de la lacra de su yugo.

Pero así fue.

Y los tres muchachos espiraron, y de haber podido se habrían tomado por las manos mientras clavaban los ojos en el cielo y exhalaban el postrer aliento.

Uno a uno, dejaron reposar la cabeza sobre el pecho, hasta que la vida escapó de sus cuerpos.

Una risa maligna resonó en el yermo, una risa que parecía proceder de ninguna parte y de todas a la vez, una risa que rápidamente fue coreada por las filas del mal, a la que se sumaron con sus gritos y cánticos victoriosos.

Sarkôn reía y sus esclavos le seguían.

Fasto se regodeó, se hinchó de gloria y codicia, ya no contenidas por más tiempo. Nada se oponía a sus designios. Su plan estaba completo, tan solo

restaba dar el golpe de gracia a la humanidad.

Saboreando el momento, pero sin querer postergarlo por más tiempo, ordenó a sus hordas el asalto total contra la fortaleza, sin piedad, sin misericordia, hasta el último hombre.

Como una sola masa, se abalanzó el Ejército de los Últimos Días hacia las marismas, reclamando cada uno su parte del botín.

* * *

Desde lo alto de las almenas una mujer gritaba y se tiraba de los pelos, desesperada. Contemplaba los cuerpos sin vida de aquellos tres muchachos, mientras seguía viendo los chiquillos que fueron. Varley se aproximó y trató de abrazarla, pero Tania gemía desconsolada sintiendo que la habían traspasado el pecho.

Cualquier mujer que hubiera sido madre comprendería el sufrimiento y el dolor que atravesaba a aquella mujer, viendo colgar de un madero al fruto de todos sus sacrificios.

* * *

—¡Yo te expulso, espíritu impío, Enemigo invasor! ¡Todos vosotros! ¡Todos y cada uno de vosotros, en el nombre de Kilumaras! ¡Tu raíz ha sido cortada y te ordena caer! ¡Él, que comanda los vientos y los océanos, las tormentas y los astros! ¡Temedlo! —Kadros se desgañitaba. Incluso desde las murallas podían escucharlo—. ¿Por qué te resistes cuando sabes que Kilumaras ha destruido tu plan?

* * *

Un herrerillo de cuerpo dorado y cola azulada alzó el vuelo, contemplando las fuerzas opuestas en lid.

El pájaro revoloteó, aparentemente sin rumbo, hasta que descendió sobre el cadalso que había sido abandonado a su suerte, pasto ya de alimañas carroñeras.

El ave canturreaba alegre su tonada, y su canto pasó desapercibido para

cualquiera, a pesar de que hacía semanas que no se veía un solo pájaro en Mil Ríos.

Descendió con precisión de lo alto y fue a posarse sobre el brazo de una de las aspas de madera, que presidían con su mutismo el combate.

Tímidamente, se aproximó a las ataduras que allí encontró, a saltitos se acercó, y con su pequeño pico comenzó a picotear con decisión el cáñamo que hería las muñecas y los pies de los ajusticiados.

Así prosiguió su ardua tarea, hasta que hubo liberado los tres cuerpos; y cortó las ataduras de tal manera que ninguno de ellos cayó con violencia contra las tablas, sino que caían casi como si flotaran, hasta reposar en el suelo.

Así hizo aquel pajarillo aparecido de ninguna parte, y si alguien hubiera sido testigo, podría haber jurado que el herrerillo lloraba.

* * *

La tierra tembló entonces con brutalidad, y el cielo lloró, sumándose a las lágrimas derramadas por el herrerillo.

El terremoto hizo rodar por tierra a todo ser viviente, y las fuerzas de la oscuridad se incorporaron recelosas ante semejante portentoso.

—¿Acaso os asusta un ligero temblor? —preguntó Fasto a sus tropas con sorna. Pero viendo la duda en sus ojos, y sintiendo una punzada de aviso en su propio ser, optó por concluir aquello lo antes posible—. ¡Al asalto! —y el ejército retomó la carga.

* * *

Pero el cielo lloraba copiosamente, tanto que apenas permitía ver a más allá de un metro.

Bajo sus pies, en el orbe del mundo sobre el que se suspendía Mil Ríos, el agua ascendía. E impelida por la fuerza de la tempestad, el agua comenzó a subir con mayor velocidad, bullendo sus olas empenachadas de algodón, como si hirvieran de premura.

* * *

Desde las murallas de la Fortaleza del Agua, aquello que quedaba de la humanidad contemplaba caer sobre sí el aciago destino.

Lord Brown, como todos los demás, había contemplado la ejecución con el corazón en un puño. Pero una vez concluyó la misma, su cabeza parecía haberse despejado, y una clara resolución cobró vida dentro de él.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Por nuestro estarosta! ¡Por Kilumaras! ¡Y por el mundo!

La tierra tembló por segunda vez aquella mañana, como si rubricara las palabras de aquel noble. La sacudida sacó del estupor a los defensores de la fortaleza, que tuvieron tiempo de ver cómo Lord Brown, alzando su espada en alto, aprestaba las tropas y se lanzaba hacia la puerta principal, ebrio por realizar una última gesta que se recordara por siempre, para que el hombre no cayera en el olvido.

La tierra se hendió sufriendo múltiples cicatrices a lo largo y ancho de Mil Ríos. Canales y cañones se abrieron por doquier a una velocidad antinatural, como si una serpiente monstruosa se arrastrara por las entrañas del mundo y su estela fueran los surcos que dejaba. Pero, aunque cientos de cañones nacieron aquel día, como ríos secos, ninguno de ellos traspasó los muros de la Fortaleza del Agua.

* * *

—¡Avanzad! —gritaba Fasto—. ¡Ya nada puede pararnos! —y verdaderamente lo creía, o si no jamás se habría manifestado abiertamente de aquella manera. Pues ¿qué podía hacer ya su enemigo? ¿Qué podía hacer Kilumaras? Nada. Nada podía hacer ya. Cualquier cosa que emprendiera sería baladí y no afectaría al resultado de la contienda; el mundo era al fin suyo... de Sarkôn, tuvo que corregirse.

* * *

El cielo se tiñó de rojo. El ojo de Kilumaras ardía con furia sobre sus cabezas, y más de uno recordó una lejana profecía que anunciaba:

*“Cuando aquel que vendrá en un cielo llameante sea anunciado,
el día que fructifica la tierra”*

Kadros sudaba profusamente y apretaba los dientes, mientras seguía orando junto a sus acompañantes. Él dirigía, los demás le seguían.

—¡Enemigo de la raza humana! ¡Conozco tu nombre! ¡Has caído en la trampa, la propia trampa que tú mismo te has tendido! ¡Vete! ¡Huye antes de que sea tarde!

Kadros alzó las manos al cielo y, por un momento, sus ojos dispares se cruzaron con el ojo de Kilumaras, radiante.

—Pues lo que tu pequeña mente no comprende... es que por la muerte nos vino la salvación.

* * *

Tres cuerpos habían desaparecido del patíbulo, que ahora yacía silencioso en la retaguardia. Tres cuerpos que no dejaron ni rastro.

Un tímido herrerillo alzó el vuelo, sonriente, entre la lluvia, pero él ya no lloraba.

* * *

Las puertas de la fortaleza se abrieron chirriando bajo sus goznes. Y no se abrieron parcialmente, como la última vez, sino de par en par, en todo su esplendor.

Lord Brown puso un pie en las marismas y se lanzó a la carrera hacia su enemigo, enarbolando su espada. Junto a él cargaba un extraño compañero de viaje, era Mejunje, que armado con una humilde horca gritó y cargó junto al noble.

Y tras ellos, la humanidad, unida al fin, cuando ya parecía todo perdido, cargó.

La lluvia caía copiosa y las aguas seguían subiendo.

Mejunje corría por delante del Lord, más joven y más ágil, e impulsado por una furia que no había conocido hasta ese momento, en que contempló cómo Sera era clavada sobre un madero.

Empuñaba su horca como si fuera la más temible de las hachas y corría hundiendo sus huellas en el frío barro.

Todo Mil Ríos lo seguía.

Y frente a ellos, hundiéndose en el fango a cada paso, el inabarcable ejército enemigo cargaba, incontable.

Una fuerza y otra colisionaron con gran estrépito en la oscuridad de un día sin luces, y sus gritos quedaron acallados bajo la furia de la tempestad que arreciaba sobre sus cabezas.

El agua caía convirtiéndolo todo en una gran marisma.

Degollaron, apuñalaron, mordieron y arañaron. Bestias y hombres se encontraron en el lodo y, como enemigos ancestrales que eran, no dieron cuartel.

El cielo se oscureció aún más, y a la tormenta se sumó un fuerte vendaval. Las gotas golpeaban horizontalmente arrastradas contra el rostro del enemigo, de manera que, parcialmente cegados, las deformidades que asolaban la tierra comenzaron a sentir que aquella batalla no iba exactamente como cabía esperar.

* * *

Un rayo cayó del cielo encendiendo con su poder una hoguera en la tierra... era la ira de Sarkôn revelada.

Un trueno respondió en el acto, como un rugido amenazador que hizo que el rayo quedara empujado... el creador respondía a su creación.

Y las aguas subían lamiendo la roca sobre la que se levantaba Mil Ríos.

* * *

Hordas de ghouls y vetalas rodeaban las fuerzas de Mil Ríos. Los supervivientes habían atacado de frente, haciendo que la línea enemiga se combara hacia su retaguardia, pero con ello solo había conseguido que el Ejército de los Últimos Días ampliara sus alas, abriendo sus brazos a derecha e izquierda, para engullir la escasa fuerza que trataba de combatirles en campo abierto.

Así, no tardaron en verse rodeados, mientras el enemigo reunía sus más poderosos adalides en el centro de la línea.

Allí juntaron los Mork, bajo su propio mando, demonios, espíritus, aberraciones sin nombre y criaturas de pesadilla. Se reunieron con Asag, Buer, Astaroth, Cimeries y Mormo y muchos más de sus hermanos y de su oscura prole.

Fue en el centro donde el golpe resultó más devastador.

Fue donde cayeron Lord Goritz y Lord Tyrol, a cuyo rescate trató de acudir su eterno enemigo Lord Pemberton, sin lograrlo.

Fue donde las bestias bebían sangre mientras resbalaban sobre el lodo.

Fue donde el combate se volvió más enconado y cruel.

Hasta que la trampa se cerró y el círculo estuvo completo y la humanidad fue reunida como el ganado para su final.

* * *

Las aguas ascendían y batían su rabia espumosa contra las lomas de los Dientes del Dragón. La cordillera se convirtió en una presa natural que contuvo por un instante más la furia que estaba por desbordarse. Las nieves de las cumbres y de los ibones se disolvieron y sumaron sus aguas a las del mundo.

* * *

La cabeza voló separada del cuerpo durante un par de metros y cayó sobre el barro. Allí la lengua viperina del deleznable ser entró y salió repetidas veces de su boca, con un último estertor, antes de quedar inerte sobre el fango.

Torgund se volvió con violencia contra un nuevo enemigo, al que

despachó con no menos eficacia hendiendo el capacete como si fuera mantequilla y alojando el acero en sus sesos. Cuando retiró la espada, restos de materia gris cubrieron la frente del caído como una cortinilla.

El Kaimu no le prestó mayor atención. Lo reconoció como uno de los renegados de Mil Ríos, y se giró contra otro hombre de piel tostada, esta vez se trataba de uno de los pocos Adhan que quedaban después de la batalla del Arroyo de las Terrazas.

El hombre se defendió con valor, empuñando su cimitarra, pero los golpes de Torgund eran demoledores y parecía haber dejado atrás la contención que dominaba su arte en el pasado.

El gigante barrió con su espada paralela al suelo y partió por la mitad a su rival alcanzándole por encima del ombligo.

Todavía gritaba el moribundo en una lengua extraña, cuando sus dos mitades cayeron al suelo y un ovillo de tripas brillantes se agruparon sobre el barro.

Donde quiera que miraras la batalla no era menos cruel. Nadie daba cuartel ni lo esperaba, y ya no era una lucha entre caballeros, hacía mucho tiempo que no lo era. Era una guerra de exterminio, y ante semejante hecho solo había una opción: defenderse hasta el último aliento con frialdad y método. Aquellos que dudaban, aquellos que parpadeaban un instante ante la visión de la sangre y el barro, esos morían bajo el acero.

Por su parte, Varley paraba golpes con su espada en la diestra y apuñalaba vientres con la siniestra. Él no podía soportar un combate prolongado, propinando los golpes de leñador que veía asestar a Torgund, él tenía que ser más un cirujano que un cantero, pero igualmente mataba con eficacia a quién se le ponía por delante.

Retiró la daga de las entrañas de un licántropo, y lo remató hundiendo su espada larga en el gaznate de la bestia, que apenas llegó a lanzar un aullido.

Por un instante contempló el desarrollo de la batalla a su alrededor, por un momento irreal el tiempo pareció detenerse, aunque fueran milésimas de segundo, pero fueron suficientes para captar un atisbo de su entorno.

Estaban rodeados.

Torgund luchaba a pocos metros, al igual que Marthia, que se levantaba del suelo embarrada y ensangrentada, tras haber abierto en canal el vientre de un urco salvaje. Clovis, junto a ella, se batía espada en mano contra dos

enemigos, y Rogto arrastraba el cuerpo de Safiro por el frío barro, dejando un surco con sus botas. El desgraciado estaba herido antes del combate, y aun así había cargado de los primeros, pues no quería quedarse atrás. No supieron por qué razón, pero antes de morir, Safiro sonrió y pronunció un solo nombre: Garena. De aquella manera fue a reunirse con ella y en cierto modo sintió que había sido perdonado.

Lord Pemberton luchaba espalda contra espalda junto a Lord Brown, y una docena de cadáveres yacían a sus pies.

Mejunje había tirado su horca y se había hecho con una espada corta con la que daba estocadas desesperado, pero sin dudar. Marlon se hallaba con él, y lo protegía haciendo girar su mazo y reventando algún cráneo de cuando en cuando.

Todo aquello estaba muy bien, se dijo Varley. Resistían. Pero si miraba por encima de las cabezas que lo rodeaban, percibía cómo el cerco se iba estrechando y las fuerzas del Mil Ríos retrocedían inexorablemente hacia el centro de su formación.

Era tan solo cuestión de tiempo.

Miró entonces al frente enemigo y reconoció a los Mork, y al bastardo Mabruk, o Leviathanas, como todo el mundo le conocía ya. Mataban a su paso con el terror y con sortilegios, y se abrían camino casi sin oposición.

Varley no era imbécil. Aquella batalla no la podían ganar, y su enemigo estaba absolutamente convencido de que aquello era el final, o no habría salido personalmente al barro a disfrutar de la ocasión.

Agachó la cabeza, haciendo lo que no debía hacerse, dudar, pues dudar era la muerte. Contempló el cielo rojizo entre la densa capa de nubes, que hacía sangrar el firmamento, y entonces oyó un graznido.

Rápido se volvió, buscando su procedencia con la mirada, y a pocos metros a su espalda lo vio. Una bandada de negros cuervos sobrevolaba la batalla en círculos.

El recuerdo de Wilhelm ardió con fuerza en su pecho. Si iba a morir, al menos se iría al otro mundo llevándose por delante a algunos de los cabrones responsables de su muerte. Y ya que Leviathanas parecía fuera de su alcance, tal vez pudiera igualar la balanza desplumando unos cuantos pollos negros.

—¡Bajad aquí, hijos de la gran puta! —gritó, entonces, alzando la espada y el puñal hacia el cielo—. ¡Os voy a cortar las alas y se las voy a dar

de comer a las ratas!

La bandada cambió bruscamente de rumbo y pico contra él.

Tania observaba boquiabierta desde la distancia cómo Varley abría los brazos, para recibir al negro séquito que se abalanzaba sobre su posición. Ella trató de abrirse paso, pero la lucha contra un Cóatl y una Sombra, la retuvo pegada a su posición.

Lo que fuera de Varley dependía ahora únicamente de él.

* * *

La frente de Kadros comenzó a perlarse con gotas rojizas. El Kaimu sudaba sangre por el esfuerzo. Le costaba mantenerse de rodillas, y algunos de los que le asistían ayudaban cuanto podían limpiándole la frente, sosteniéndole por las axilas y haciendo que sus brazos permanecieran en alto como había ordenado hacía una hora.

—¡Estás fuera! —exclamaba entre ímprobos esfuerzos—. ¡No tienes cabida aquí, ni tú, ni tus lacayos! ¡Ninguna Legión, ni congregación maligna! —Kadros hablaba, y la gente a su alrededor lo contemplaba asustada al ver reflejado el esfuerzo en su rostro, sin saber cómo asistirle, más que con sus propias oraciones, tal y como él había encomendado—. Hemos sido redimidos y su sangre ha sido el precio. No tienes ya poder alguno sobre el hombre o sobre el mundo. ¡Ha destruido tu celoso odio contra la salvación, se ha humillado haciéndose obediente a la muerte para salvarnos, para expulsarte! ¡Deja ya de engañar a los humanos y de ofrecerles tu veneno!

Repentinamente, su voz se hizo más profunda; un vendaval pareció sacudir a los presentes, de tal manera que hasta la lluvia evitaba tocarle. Sus oraciones eran similares a las que siempre realizaba, a las que siempre había utilizado, pero algo había cambiado esta vez. Algo nuevo había sucedido que había roto el odre viejo. Y ese algo eran tres muchachos que habían muerto voluntariamente por la salvación de su pueblo, tres muchachos cuyo destino era ahora revelado a ojos de Kadros y de aquellos que quisieran comprender.

—¡Humíllate ante la mano de Kilumaras, que fueron tres y ahora es uno! ¡Témelo y huye cuando invoquemos su sagrado nombre! ¡Porque a Él le teme todo espíritu maligno, y a Él están sometidas toda virtud, poder, o dominio del cielo! —hizo una breve pausa, antes de concluir con tono de

súplica—. Humildemente te suplicamos: ¡Libéranos con tu poder de las influencias de Sarkôn y su progenie! —un rayo cayó a pocos metros de donde se hallaba Kadros, su Enemigo había percibido tardíamente la amenaza—. ¡Libéranos de sus trampas, engaños y traiciones! ¡De las emboscadas de Sarkôn!

—¡Libéranos, Señor! —clamó el pueblo. Un rayo cayó, matando a uno de los orantes, mas no resonó trueno alguno que afirmara que había sido obra de la naturaleza.

—¡Te pedimos que ayudes a tu pueblo, para que pueda servirte en libertad!

—¡Escúchanos!

—¡Humilla a tus enemigos!

—¡Escúchanos!

* * *

El mundo pareció caer en completo silencio; un nuevo rayo cayó sobre la cúpula del palacio de los estarostas sin emitir sonido alguno, sordo, solitario.

Tardíamente, largo rato pasó, un trueno quebró el día y la noche. Un trueno que anunciaba la lejana tormenta que al fin llegaba para limpiar la tierra.

Eran los timbales que anunciaban la liberación del hombre.

El agua mecía Mil Ríos entre sus brazos, como si de una gran barca continental se tratase, con movimientos tempestuosos que hacían perder el equilibrio a los combatientes, ofuscados en sus peleas particulares sin percatarse de lo que sucedía a su alrededor.

La marea alcanzó las más altas cumbres de los Dientes del Dragón y comenzó a derramarse por encima de las montañas hacia el interior, llenando a gran velocidad el recipiente vacío que se le ofrecía. La fuerza del agua descendió desde las montañas como un torrente y unió sus energías a las de los mil ríos que daban nombre a aquel terruño.

La ola barrió a gran velocidad el territorio devorando el terreno con

violencia y lavándolo de la ceniza purulenta que lo cubría. En pocos minutos alcanzaría la Fortaleza del Agua y a todos los allí reunidos.

En pocos instantes el agua lavaría la inmundicia del mundo.

Pero esto no sucedería antes de que Kilumaras salvara a los justos en Agbara Ti Emí.

* * *

Seis cuervos aterrizaron alrededor de Varley, aislándolo de la batalla, amenazándolo con estiletes negros.

Él se revolvió de un lado a otro contabilizando a sus enemigos, sopesando su próximo movimiento, y asintió, sabiendo que su temeridad quizá le llevara a la muerte.

«*Siempre dije que esa boca tuya nos iba a matar*» —susurró la voz de su conciencia.

Uno de los binaturales se adelantó, con su arma apuntada siempre hacia el pecho de Varley.

—Eres tú, ¿verdad? —ambos se miraron y se reconocieron. Se recordaban luchando, cuando Leviathanas envió a Huginn y Muninn a por el muchacho, aquel crío sin importancia que resultó ser el legítimo estarosta.

Pero Varley lo recordaba por algo mucho más profundo. Recordaba la muerte de Willhelm y recordaba que, de alguna manera, ese ser, ese ente que tenía allí ante sí desafiándole, tomó partido en la misma.

—¿Me echabas de menos? —replicó Varley, tratando de ganar tiempo. Pero en el acto su boca lo traicionó, y el tiempo ganado se perdió al decir—: ¿Dónde está tu alimaña gemela, ese mamarracho que nunca se separa de ti?

Huginn se aproximó lentamente hacia Varley, con el pelo empapado pegado al rostro y los ojos entornados bajo la inclemente lluvia. Varley no pudo evitar sonreír, al compararlo en su cabeza con un pollo recién salido del nido, que se revuelca en el barro tras caer del árbol.

—Murió... —respondió fríamente— pero le habría gustado estar aquí —concluyó Huginn.

—Mejor, entonces —replicó Varley, sin detenerse a pensar—. Así solo tendré que preocuparme de un mamonazo y no de dos.

Sin mediar palabra, se abalanzó contra Huginn, lanzando un golpe vertical y una rápida finta con la daga buscando sus tripas. El binatural esquivó ambos movimientos con rapidez y le devolvió la sonrisa, inclinando el cuello como un ave de presa.

El séquito de cuervos que acompañaban a Huginn hizo amago de embestir, pero este los retuvo gritando:

—¡Dejádmelo! ¡Esto es algo personal entre el humano y yo!

—Eso... que sea personal —asintió Varley, sopesando la firmeza de su propio agarre sobre la empuñadura de las armas.

Con un graznido estridente, Huginn dio dos rápidos pasos al frente buscando el corazón de Varley. El retrocedió y se hizo a un lado, dejando que la inercia hiciera perder el equilibrio a su rival, pero, cual ave en pleno vuelo, se detuvo y cambió el rumbo sin pestañear.

—¿Detecto algún tipo de problema familiar? ¿Alguna clase de competición fraterna por la misma teta? —se burló Varley, provocándole.

Huginn no cayó en una trampa tan infantil y comenzó a repartir estocadas con una velocidad endiablada, tanto que Varley apenas si tenía tiempo de detener una, cuando la siguiente ya estaba cayendo sobre él.

A ese ritmo, las posibilidades de contraatacar eran prácticamente nulas y, en cambio, las de terminar en el fango recogiendo su vejiga del suelo eran muy altas.

De algún modo resistió, de alguna manera soportó la brutal contienda.

Hasta que Leviathanas apareció por detrás de los binaturales, alzándose huesudo y siniestro, con las yemas de sus dedos chispeando aún zarcillos de sortilegios liberados.

—¡Termina con él de una vez Huginn! ¡Acaba tu vendetta privada y vuelve a tu lugar! —exigió violentamente.

El cuervo graznó, molesto, y lanzó una aviesa mirada de odio hacia Leviathanas.

Varley percibió en aquel gesto la lucha interna que libraba Huginn, y sintió cómo aquel desgraciado bullía de odio hacia todo y hacia todos, profesando un odio especial hacia su señor, al cual no osaba tocar, pero al que despreciaba y deseaba desobedecer.

—¡He dicho que lo mates, maldito cuervo desplumado!

* * *

Kadros concluyó con voz suave:

—Así sea.

Y bajó los brazos, al fin.

* * *

En ese momento Hugim rodeaba a su enemigo para abatirlo definitivamente, y quizá, solo tal vez, se revolviera entonces contra su amo para dejar de estar sometido bajo su yugo. Claro que, si hacía tal cosa, sería ejecutado o pasaría a estar sometido a un nuevo amo que tal vez fuera peor. En cualquier caso, su vida era una condena sin remisión y no tenía ya nada que perder.

Leviathanas lo increpaba e insultaba desde segunda línea, cuando la tierra vibró nuevamente. Enemigos de ambos bandos se detuvieron por un instante, y contemplaron la arenilla moverse bajo sus pies y la ceniza levitar ligeramente sobre el suelo, como si una fuerza eléctrica de gran potencia alimentara aquellos fenómenos.

Los binaturales dieron un par de pasos atrás, mirando con desconfianza hacia el suelo, como si fuera a surgir una mano de la tierra para llevárselos.

Pero fue entonces, cuando Leviathanas clamaba: «¡Maldito seas!», que un rayo flamígero y dorado brotó del suelo y ascendió hacia el cielo, atravesando a Leviathanas y dejándolo fulminado en el acto para asombro de todos. Tan solo un cadáver chamuscado y olor a carne quemada sin vida. Todos sus planes truncados en un único parpadeo de luz.

Las espadas se detuvieron y los gritos cedieron, mientras ambos ejércitos contemplaban expectantes lo sucedido.

Hasta los mismísimos Mork quedaron paralizados por un momento, y algo se quebró en su interior. Una punzada de desconfianza que se alojó en sus entrañas.

—¡No puede ser! —exclamó Fasto, al observar el cuerpo calcinado

de su siervo—. ¡Es imposible! ¡No puede intervenir! —Y de haber tenido corazón, habrían comprendido en lo más profundo del mismo que sí era posible, y que ellos mismos habían traído a hombros su propia condenación.

Un rayo azulado cayó ahora del cielo y besó la tierra con violencia, despidiendo polvo y piedras en todas direcciones; Sarkôn parecía responder a la amenaza que nacía del suelo.

Pero un nuevo rayo dorado brotó del suelo, atravesando la tormenta, las nubes y el cielo.

Más y más descargas cayeron desde lo alto y del suelo brotaban sus antagonistas que ascendían y combatían en pleno firmamento, entre las tupidas nubes.

En pocos segundos el campo de batalla se convirtió en un combate eléctrico de dimensiones titánicas, donde los rayos de la tierra se batían en duelo con los rayos del cielo, fulminando bestias y espíritus allí donde los cazaban.

El estallido y el chisporroteo que provocaban con las colisiones, hacía temblar las piernas a cualquiera que anduviera en las cercanías, y el olor a ozono comenzó a mezclarse con la peste sulfurosa del ejército enemigo.

* * *

Desde las murallas de la Fortaleza se alzó un grito de alarma. Desde los paramentos llegó el murmullo de algo inesperado, y la gente señalaba hacia el horizonte, tanto hacia el este como hacia el oeste, el norte o el sur.

Una ola gargantuesca se elevaba ocultando la cordillera de los Dientes del Dragón a los ojos, y avanzaba barriendo todo a su paso y cobrando fuerza a cada metro.

Y aquella brutal marea convergía hacia un solo punto, como si fuera el sumidero de un embudo descomunal.

Y ese punto era la Fortaleza del Agua.

* * *

Huginn giró la cabeza un instante, al escuchar la algarabía a sus

espaldas, y vio una enorme pared de agua que avanzaba hacia ellos.

Sin pensarlo dos veces, él y los suyos se convirtieron en cuervos y alzaron el vuelo, pero en ese momento un rayo brotó de la tierra y ascendió pasando a pocos centímetros de su cuerpo, lo que hizo que se desorientara.

Huginn aleteó torpemente, encerrado en su forma animal, tratando de ganar altura, hasta que un fuerte dolor lo acució entre la unión del ala y el cuello.

Graznó, y cayó como una piedra en el fango, contemplando en su caída a Varley, que sostenía su espada teñida de sangre.

Los otros cuervos abandonaron a su líder, sin mirar atrás, y se perdieron en la distancia en busca de un lugar seguro, nadie en su sano juicio querría estar allí cuando el tsunami rompiera contra ellos.

Huginn adoptó su forma humana, incapaz de mantener su aspecto animal por más tiempo, agotado por la profusa pérdida de sangre. Al hacerlo, apareció ante Varley enlodado, arrastrándose sobre el fango, tratando de alejarse de su verdugo con el único brazo que le restaba y un muñón sucio rezumando vida hacia fuera.

Consciente de que no le quedaban opciones, optó por no seguir huyendo, y se tumbó boca arriba para recibir un final que en el fondo anhelaba.

Varley se aproximó hacia él cautamente, recelando de la malicia de aquel ser; pero algo en su mirada había cambiado. Inspiraba lástima, y bajó la espada.

Alrededor de ellos, los rayos dorados y azules seguían en combate y los mantenían aislados del resto de la batalla, manteniéndoles encerrados en una jaula de luz.

El binatural sonrió de manera extraña, extraña por agradable, por primera vez en su vida. Y rio escupiendo sangre por la boca.

—Al menos he visto morir a ese bastardo —susurró Huginn, escupiendo cada sílaba en dirección al cadáver calcinado de Leviathanas.

Varley sintió la necesidad de acompañarlo, y se arrodilló junto al moribundo. No sabría explicarlo, pero en aquel instante no era capaz de odiarlo. Había pensado que, consumada su venganza, encontraría la paz y el regocijo que anhelaba, pero estaba resultando contrario a lo esperado.

Allí en el fango, junto a su enemigo, Varley sintió la pena más profunda

que había sentido jamás por un alma, y comprendió el horror que vivían los siervos de la oscuridad.

—Siento... —comenzó a decir Varley, que realmente no sabía qué decir—. Siento haberte cortado el ala... ¡el brazo, quiero decir el brazo!

Su rapidez al corregirse hizo sonreír a Huginn.

—Gracias —Varley le devolvió una mirada incrédula.

—¿Por qué?

—Por llamarlo brazo... me devuelves parte de la humanidad que nos fue arrebatada a mi hermano y a mí... cof... cof...

Huginn se ladeó, vomitando un esputo negruzco. Varley retrocedió ligeramente asqueado, pero Huginn lo retuvo.

—Lo sé, es asqueroso, no es sangre, no del todo al menos... cof... es lo que nos hizo Leviathanas a mí y a mi hermano... y a muchos otros, cientos de años atrás, cuando no era más que un postulante esotérico con demasiados planes en la cabeza.

—¿Él os convirtió en lo que sois? —Huginn asintió.

—En parte... pero nosotros nos entregamos... cof... voluntariamente... cof... y ahora mi hermano está muerto y perdido, y yo... en breve lo estaré.

Varley sintió como se le oprimía el corazón contra el pecho al no saber qué responder, o cómo consolarle. Entonces recordó algo que en su día hablara con Kadros; no era gran cosa, pero tal vez...

—Un amigo mío me dijo en una ocasión que nunca todo está perdido, y que todos tenemos opciones incluso al final, cuando creemos que no hay nada que hacer —Huginn clavó sus ojos en él sin tratar de hablar, escuchando—. Sé que no es mucho consuelo, y sé que probablemente tu vida ha sido una sucesión de maldades, voluntarias o no... pero si te arrepientes ahora de todas ellas, yo... yo... —Varley no terminaba de entender lo que estaba por decir—. Yo rezaré por ti y por tu hermano para que no se os trate con dureza en la otra vida y que se os juzgue con justicia.

Los ojos de Huginn se abrieron sorprendidos.

—Con esto no quiero decir que te vayas a ir de rositas... —añadió Varley—. Imagino que las cosas de arriba tienen sus reglas, pero pediré todos los días para que os lo pongan más fácil, si es posible.

Huginn alzó su única mano, apenas capaz de sostenerla, y Varley se la

estrechó con la suya. Una lágrima le corrió por la mejilla, intentó articular palabras, pedir perdón, pero la cálida sangre lo asfixiaba.

Varley lo serenó, mientras retiraba un mechón de pelo adherido en su rostro.

—Tranquilo... lo entiendo... sé lo que quieres decir... y si yo lo he comprendido, el que te espera al otro lado seguro que también lo ha comprendido.

Una sonrisa beatífica se dibujó en el antes desagradable rostro de Huginn, una sonrisa con la que murió en los labios, mientras sus ojos se cerraban lentamente.

Apesadumbrado ante el cuerpo de aquel hombre, “hombre” se repetía una y otra vez, lloró como si hubiera perdido a Wilhelm de nuevo, sin poderse explicar de dónde procedían la compasión y la empatía.

Y Varley comprendió, al fin, por qué lloraba, y supo que lloraba también por sí mismo, pues antaño él pudo ser Huginn y Huginn ser él.

Comprendiendo aquella realidad, comenzó a cumplir la palabra dada en el acto y oró brevemente sobre el cadáver de aquel hombre.

* * *

La tierra temblaba con cada sacudida, las aguas debajo del suelo balanceaban Mil Ríos como una cáscara de nuez y la batalla se recrudecía, espoleada por la desesperación que hizo presa de todos al ver acercarse una losa de agua en el horizonte.

—¡Estamos acabados! —exclamó Pemberton, que arrastraba la pierna herida sobre el barro.

Lord Brown y los supervivientes se reunieron en torno al pabellón de los estarostas. Las criaturas y bestias que los cercaban en la marisma continuaban el ataque, presas de una ira ciega, que los inducía a matar antes de que el agua acabara con ellos.

Mientras, a su alrededor, el duelo lumínico entre el cielo y la tierra alcanzó su punto álgido, cuando una cascada de rayos brotando del suelo acalló los cielos como una salva de artillería.

Las nubes temblaron ante aquella descarga y quedaron en silencio, y

muchos creyeron oír el gemido desesperado de Sarkôn en su retirada.

—¡No, nooo! —gritaba Trifania, mirando hacia el cielo, mientras se tiraba de los pelos.

Fasto volvió la vista rápidamente hacia la ola y de nuevo hacia los sitiados. Con amargura, sonrió mientras decía:

—Al menos morirán todos. Al menos eso no podrán arrebatárnoslo.

—Pero también perecerán los nuestros —replicó Zagut.

—¡Eso es indiferente! Son siervos, ¡pues que sirvan! Nosotros seguiremos existiendo eternamente cuando todos sean huesos y ceniza.

Fasto rio, disfrutando como un demente de su parca victoria.

* * *

—¡No creo que estemos acabados! —exclamó Torgund, apareciendo tras Lord Pemberton y reuniéndose con los demás.

Allí estaban Tania, Marthia, Clovis, Rogto, Mejunje, Xifo, y Marlon y Varley que aparecieron a la carrera.

—¿Y cómo describiríais nuestra situación, entonces? —preguntó Lord Sutton, cargado de ironía, apenas resistiendo el dolor de una fea herida en el costado.

—Dramática... —replicó Torgund—. Desesperada, trágica... —se giró hacia los nobles y añadió—. Única.

—Única será desde luego, si no hacemos algo pronto —repuso Lord Pemberton.

—¿Acaso no veis las fuerzas que se han desatado? ¿Creéis en serio que después de manifestarse de tal manera nos dejará a nuestra suerte? —preguntó Torgund, sin limar la aspereza de su tono.

Los nobles callaron avergonzados.

Varley se aproximó hacia el Kaimu y, hablándole por encima del hombro, le susurró al oído:

—Eso es estupendo, Torgund. Pero lo que tenga que hacer, dile que lo haga rapidito.

* * *

Paso a paso retrocedían y el cerco se estrechaba.

La lluvia cesó repentinamente, como si el caudal se hubiera cortado, y no pocos alzaron la vista hacia el cielo, desconcertados.

Las nubes corrieron con presteza a ocultarse, disipándose. Tras innumerables años de oscuridad, el cielo al fin dejaba ver su rostro azul y el único ojo del Dios Tuerto brillaba orgulloso en su faz.

Las espadas dieron tregua unos segundos ante aquel nuevo fenómeno, pero en cuestión de un par de latidos comenzaron de nuevo a cantar.

Bestia y hombre, enzarzados en una lucha despiadada, en la cual la sangre y el barro eran ya indistinguibles el uno del otro.

Escudo contra garra, espada contra fuego, bien contra mal.

Los rayos que habían procedido del cielo habían dejado de restallar, habían perdido la batalla. Pero, sin embargo, los dorados rayos de la tierra comenzaron a brotar con más furia calcinando y fulminando criaturas por doquier.

Brotaban aquí y allá, aparentemente anárquicos, pero siempre siguiendo un mismo patrón; contorneando el círculo formado por las fuerzas de Mil Ríos y concentrando su mayor fulgor en la retaguardia, en la única vía de retirada que tenían hacia la ciudad y sus muros.

* * *

La enorme ola alcanzó su punto más alto, y rompiendo, espumosa, comenzó a curvarse hacia delante, combinando elegancia y terror.

* * *

Grifos, sierpes, mantícoras y basiliscos gritaban desesperados al ser alcanzados por los rayos. Los elementales se disolvían al sentir las descargas atravesarles y los adalides de la oscuridad como Asag, gemían rabiosos viendo sus escamas disolverse.

A cientos caían bajo los rayos que surgían del suelo. Hasta que un paso quedó expedito entre Mil Ríos y sus defensores.

Fue en ese momento que, tomando la iniciativa por encima de Lord Brown, Torgund exclamó:

—¡Replegaos a la fortaleza! ¡Retirada!

No hubo que decir más. Nadie cuestionó la orden ni se detuvo un solo instante a rebatirla. Les habían servido la oportunidad, y ahora dependía de ellos mismos el aprovecharla. La salvación estaba a su alcance, solo debían querer cogerla.

Las gigantescas puertas de la Fortaleza del Agua se abrieron una vez más y el ejército de Mil Ríos se replegó veloz hacia el interior, con cientos de bestias pisándoles los talones.

Algunos arqueros y hombres heridos, así como mujeres y ancianos que habían quedado atrás, los cubrieron en su repliegue arrojando dardos y proyectiles desde las murallas.

Y así, abriéndose paso a espada y sangre, traspusieron el umbral.

Más de una docena de hombres, los últimos en entrar, entre ellos Torgund, Varley y su hijo, hubieron de volverse en el último instante, mientras las puertas se cerraban de nuevo para contener a la horda enemiga.

Pero finalmente, tras largos esfuerzos, el reconfortante chasquido del portón y el cerrojo llegó a sus oídos, y pudieron respirar aliviados.

Aunque la incertidumbre no había concluido.

Temporalmente seguros tras los muros, y escuchando los gritos y rugidos que reclamaban sus vidas entre blasfemias, centraron la atención en la ola que ya caía sobre ellos venida desde los cuatro puntos cardinales.

—Kadros... —dijo Varley, al encontrarse con él en el patio.

El maltrecho Kaimu, acercándose a rastras, se había reunido con los recién llegados. Su aspecto era el de un anciano, estaba consumido, y su rostro transmitía un dolor inexplicable contra el que parecía luchar, aunque claramente estaba perdiendo la batalla.

—Tú has vivido más años tras estos muros en el pasado —comenzó Varley—. ¿Aguantarán las murallas?

Kadros no respondió en un primer momento, contemplando la fría ola despuntar por encima de los muros picando hacia ellos.

—Pronto lo sabremos —susurró.

* * *

El Ejército de los Últimos Días comenzó a desmoronarse.

Al principio como un goteo inconstante.

Al final resultó ser como una desbandada incontrolada, donde los que más corrían, o los más grandes, aplastaban contra el barro a los más lentos

La presencia de la ola, ya sobre sus cabezas, ocultando la recién recuperada luz del sol, hizo que el pánico se impusiera sobre el odio que sentían.

De manera que, en cuestión de segundos, las murallas quedaron despejadas y las hordas enemigas corrían despavoridas tratando de huir en cualquier dirección, para percatarse desesperados de que todo era inútil, pues la marea parecía crecer por todos lados.

La cresta de la ola se retorció y comenzó a caer hacia la Fortaleza del agua. Hubo un momento de silencio estático, mientras las aguas se detenían, hipnóticas, ante el cielo, hasta que el hechizo se rompió y cayeron a plomo sobre las marismas.

Allí donde golpeó el frente de la ola al caer, pulverizó todo, no dejando rastro ni de carne ni de hueso.

Rebotando sobre la tierra el agua se encabritó como si quisiera volver a ascender, como un delfín saltando y jugando en la superficie del agua, pero la masa azulada que venía tras ella no dejó tiempo para juegos, e impulsó con fuerza la marea hacia delante.

El agua se hizo dueña de la tierra y cubrió cada esquina y recoveco a gran velocidad y con indómita violencia.

La ceniza fue barrida, la podredumbre erradicada, las cicatrices de las guerras pasadas y presentes tapadas y sanadas.

Y los cientos de miles de bestias y demonios que pululaban por el mundo sufrieron dispar destino.

La mayoría fueron aplastados por las aguas contra el suelo; cientos se ahogaron en los minutos siguientes, pereciendo; y aquellos que habían quedado atrás y que se contaban por cientos de miles, fueron empujados por el agua contra los muros de Mil Ríos, donde sus cuerpos quedaron aplastados contra

los gruesos muros y su sangre erradicada de los mismos por la marea.

Pocos, muy pocos, sobrevivieron aferrándose a los restos del naufragio, maderos, toneles, cuerpos...

Aquellos que gozaban del don del vuelo, sencillamente corrieron a ocultarse en los cielos, a la espera de que la tempestad cesara.

Y los Mork...

Ellos desaparecieron sin dejar ni rastro, abandonando a su suerte a sus siervos. No quedó nada de su presencia, salvo tal vez un pellejo maltratado que guardaba un vago parecido con un anciano llamado Ars, al que ya nadie recordaba.

Huyeron sin mirar atrás, lamiéndose las heridas recibidas, alimentando de nuevo su más febril odio hacia los Perantaraan y su creador, y diciéndose a sí mismos que la hora y el día llegarían.

Desaparecieron de la vista del hombre, mas no desaparecieron del mundo y siguieron urdiendo, tramando y confabulando, pues a ello se dedican sin descanso.

XLV

GÉNESIS

A sí terminó el asedio de Agbara Ti Emí.
Y durante cuarenta días y cuarenta noches Mil Ríos, en concreto la Fortaleza del Agua, flotó y navegó sobre un mundo azul cuyo límite no alcanzaba la vista.

El pueblo se mostraba asustado ante aquella nueva contrariedad y manifestaba sus dudas al respecto de los días venideros.

Los nobles, encabezados por Lord Brown, consiguieron organizar a hombre y mujer, no ya para la guerra, sino para la reconstrucción.

A todos dieron ocupación y a todos dieron qué hacer.

Y mientras los Perantaraan trabajaban de cara a su incierto futuro, el mundo sanaba bajo las aguas y se preparaba para lo que estaba por venir.

* * *

Los caídos fueron entregados al recién nacido océano, no con desprecio, sino con el agradecimiento de una ofrenda, al saberse salvados por las aguas.

La ciudad recuperó parte de su luz.

Las enfermedades que asolaban los barrios humildes de Mil Ríos fueron tratadas, y finalmente erradicadas, gracias al tiempo y la dedicación de cientos de voluntarios.

Y en este tiempo de espera no faltó la comida, pues diariamente se establecieron partidas de pesca que salían en sus botes a navegar, volviendo

con las redes llenas, y en ocasiones hasta alguna ballena o marsopa que se cruzaba en su camino.

Y todos afirmaban con asombro que las aguas bullían de vida.

* * *

—Pareces cansado —afirmó Varley, dirigiéndose a Kadros.

Ambos compartían comida y bebida. Las reservas de vino todavía no se habían agotado, para deleite de Torgund y Varley, y diariamente se reunían para comer y platicar ambos Kaimu con el detective, al cual en ocasiones acompañaban Tania o Marlon.

—Eso será porque lo estoy —respondió el aludido.

—¿Hay algo que pueda hacer al respecto? —Kadros sonrió, mientras lo miraba agradecido.

—Has resultado más sorprendente de lo que nunca pude imaginar, viejo amigo... —replicó Kadros—. Pero no. No hay nada que este en tu mano hacer... mis heridas y mi dolor están más allá del poder de curación de los hombres.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

Kadros suspiró, antes de responder con gesto cansado.

—Me siento como si hubiera sido drenado de toda vida, o de la misma alegría de vivir. Mis últimos días han sido un combate constante, puede que no con las armas, pero combate, al fin y al cabo. Y como toda lucha conlleva sufrir heridas.

Hizo una breve pausa tomando aire.

—He luchado, hemos ganado, el mal ha sido apartado del mundo... pero lo he pagado en libras de mi propia carne, pues cada combate que he librado contra nuestro Enemigo ha reclamado una parte de mi ser, y ahora estoy vaciado por dentro. Y esa, amigo, es una herida que nadie puede curar... excepto Uno.

Varley asentía, creía comprender lo que decía el Kaimu. No quería abusar de su compañía, pues parecía agotado, pero había algo que le afligía y deseaba preguntar.

—¿Qué es? —se adelantó Kadros a su pensamiento.

Varley sonrió.

—Yo... dices que se han ido. Que hemos terminado con el mal... pero los Mork... huyeron ¿no es así? Y algunos de sus secuaces lograron sobrevivir también.

Kadros suspiró nuevamente. Torgund se aproximó a él invitándole a descansar, pero se opuso.

—No, no, amigo... le responderé, no pasa nada. —Y volviéndose hacia Varley, explicó— Hemos sacado el mal que poseía este mundo, eso es cierto. Puede decirse que hemos vencido, que los Mork y su herrumbre han sido expulsados del cuerpo poseso de nuestra tierra. Pero no podemos dormirnos, ni acomodarnos en la victoria. Ahora viene el trabajo de verdad, la verdadera y constante lucha en la que se determinará la firmeza del hombre. En cuanto a los Mork... —continuó—. No están en nuestras manos, nunca lo estuvieron. No nos corresponde a ninguno dicha tarea y Kilumaras sabrá por qué. Podemos combatirles, combatir sus obras, el mal que ejercen sobre las personas... pero el mal siempre permanece, vigilante, ladino, oculto, esperando una nueva ocasión para asaltar el mundo.

—¿Quiere decir eso que volverán? ¿Volveremos a encontrarnos?

—Me gustaría decir que no, Varley. Pero tú conoces a las personas y sabes como son. Hemos ganado un tiempo de paz, una larga paz espero... pero ellos no desisten y volverán para reclamar lo que creen que es suyo. Puede que no ahora, puede que no vengan en cien, ni en mil años... pero ten por seguro que volverán.

—No es un pensamiento muy positivo —replicó.

—Ni lo pretende. Creía que habías aprendido cómo funcionan estas cosas.

—Lo comprendo, o eso creo —aseguró Varley, convencido. Entonces se incorporó—. Te dejo descansar, me voy a ver a Tania y Marlon antes de que discutan de nuevo por cualquier nimiedad.

Kadros lo retuvo por el antebrazo.

—Ahora depende de vosotros, de todos vosotros lo que suceda con el mundo. Dependerá de los Perantaraan si ellos vuelven o no.

Varley se agachó junto al Kaimu.

—Tranquilo Kadros... lo comprendo, de veras —dijo tranquilizador.

—Tú puede que sí... ¿Pero y los que están por venir, las generaciones del futuro? ¿Qué pasará cuando ellos se olviden de nuevo de Aquel que Trae la Luz? ¿Qué pasará entonces?

—Relájate, Kadros... —replicó Varley—. No puedo hablar por las generaciones de dentro de cien años. Aunque puedo asegurar, casi con certeza, que repetirán los mismos errores del pasado —cabeceó—. Pero nos esforzaremos para que eso no suceda... y si llegara el caso... confío en que Kilumaras sabrá la razón.

Kadros abrió los ojos, por un instante luminosos de vida.

—Al final te hemos convertido en un maldito creyente —rio entre toses entrecortadas.

—Eso parece —acordó Torgund.

—Bueno, bueno... —atajó Varley, alzando las manos—. Que no se os suba a la cabeza... no me voy a unir a vuestra tribu ni nada por el estilo... todavía siento una gran admiración por las mujeres y sigo siendo lo bastante joven como para que me dejen ser padre... y esta vez... —sonrió para sus adentros— lo haré bien.

Comenzaba a salir, cuando Torgund exclamó:

—No nos has hecho la pregunta.

—¿Qué pregunta? —quiso saber Varley.

—La que te carcome desde hace tiempo —replicó Torgund.

Varley asintió repetidas veces, comprendiendo a lo que se referían: Su inquietud por Ron, Sera y Sarmiento. El significado de todo aquello, la razón de su existencia y de su sacrificio.

—¿Sabes qué?... —repuso él—. No lo necesito... ya sé todo cuanto tenía que saber... lo he visto. Me lo habéis enseñado.

Sonriendo, se retiró al fin, satisfecho. Y los Kaimu quedaron a solas, llenos de felicidad pues todo había concluido y el hombre había visto y oído.

* * *

Marthia se aproximó a espaldas de Clovis. El veterano soldado rumiaba cabizbajo sus pensamientos y aguardaba solitario lo que deparara el nuevo día.

—Hola —saludó ella, sorprendiéndole.

Clovis dio un respingo, incorporándose de un golpe; reaccionaba impulsado por un reflejo bien entrenado ante la presencia de un superior.

Se giró con rapidez e hizo amago de saludar marcialmente, pero su mano se detuvo a medio camino, sorprendido ante lo que veía.

Por un momento desvió la mirada y se sonrojó sin saber muy bien cómo comportarse, pero Marthia se aproximó diciendo:

—Relájate —su voz sonaba risueña y juguetona—. Mírame, no pasa nada.

Ella dio un par de vueltas sobre sí misma de manera provocativa, y el vuelo de una falda acompañó cada uno de sus movimientos.

—Yo... —balbuceó con palabras entrecortadas Clovis, al ver a su caudilla vestida con aquella ropa tan extraña.

—¿No te gusta? —preguntó ella—. Pensé que dijiste en una ocasión algo sobre lo interesante que sería verme vestir una falda... bueno, pues hay una modista muy amable en el casco viejo de la ciudad que ha tenido el bonito detalle de arreglarme esta... ¿Qué opinas?

—Yo... —volvió a decir—. Pareces una mujer —concluyó, avergonzado.

Marthia rio, divertida, consciente de cuanto significaba aquello, y disfrutando por haber recuperado algo que siempre fue suyo.

—Ya lo sé, idiota. ¿Acaso no se trata de eso? —después se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos—. Me he cansado de jugar a ser algo que no soy. Bésame.

Y sus labios sellaron sus bocas.

* * *

Cuando cuarenta noches habían pasado, el agua comenzó a bajar.

La marea parecía fluir de manera natural.

Primero se retiró del talud y la muralla. Abandonó las marismas y retrocedió hasta los despojos de las atalayas y la mismísima Puerta de la Luz.

La marea saltó por encima de las montañas; la cordillera de los Dientes del Dragón había cambiado para siempre por la fuerza de la tempestad:

algunos picos se mantenían firmes, otros habían desaparecido, y la mayoría habían sido erosionados, abriendo pasos y caminos que habría que explorar.

Se escurrió hacia el otro lado, hacia el abismo y la corriente cayó sobre el vasto océano que cubría el mundo, pero cada día que pasaba el cielo parecía alejarse y las estrellas brillar más altas.

Mil Ríos ya no levitaba sobre el orbe, Mil Ríos flotaba sobre el mar y descendía con las aguas, conforme estas iban tomando cauces desconocidos.

Así, al séptimo día las aguas se asentaron sobre el mundo y Mil Ríos se posó con delicadeza sobre la tierra de la que siglos atrás fuera separada.

Se formaron mares y océanos, nuevos ríos y nuevas montañas surgieron en los días posteriores y el mundo se reconfiguró, no ya más suspendido, sino al fin con los pies en la tierra.

Mil Ríos quedó asentada sobre una gran meseta, desde donde dominaba hectáreas y hectáreas de tierra donde quiera que se mirase.

De pronto, los límites establecidos por los Dientes del Dragón se quedaban pequeños y un mundo entero se abría para ser descubierto.

La tierra reverdeció y los animales reaparecieron para llenar de bullicio bosques, veredas, valles, océanos y lagos, ríos y cielos.

Los hombres reían alegres, y la reconstrucción comenzó.

Lord Brown fue elegido de entre sus iguales, nunca más nobles, sino hombres, como gobernante de la nueva estirpe, la nueva generación de los Perantaraan, aquellos que reconstruirían el mundo.

Pero era ya un hombre maduro y maltratado por los años; de modo que escogió como heredero a la única persona que lo había seguido sin dudar al combate.

Lord Brown adoptó a Mejunje como hijo suyo, pues no tenía descendencia, y lo llamó Hêvî, que significa esperanza. Y cerraron el linaje de los estarostas para siempre y abrieron una nueva etapa en la historia del hombre, con la esperanza de que este pudiera gobernarse a sí mismo bajo la égida de Kilumaras. Y ellos y sus descendientes gobernarían el mundo con justicia y clemencia durante cien generaciones.

El mundo volvería a ser como el Creador lo había concebido, el mundo renacía.

Un nuevo génesis.

* * *

Quedaba una última cosa por hacer, una última tarea pendiente. Y en aquel día, el quincuagésimo primero desde la salvación del mundo, un arco iris brilló en el cielo de extremo a extremo del horizonte.

Fue aquel día en el que Kadros se incorporó en su camastro e hizo llamar a Torgund y a Varley, para tan solo decir:

—Es la hora.

Varley no comprendió a qué hora se refería, pero Torgund asintió y partió veloz a disponerlo todo.

Los tres emprendieron entonces un largo viaje en una humilde carreta cubierta, con el arco iris siempre en el cielo guiando su camino, pues ante la pregunta de: «¿A dónde vamos?» Kadros siempre respondía: «Al horizonte, al nacimiento del arco iris».

Así anduvieron durante tres días con sus noches, hasta que la carreta alcanzó una verde y hermosa loma, donde el ojo del Dios Tuerto brillaba con más fuerza y los pájaros llenaban con sus trinos de alegría el lugar.

Allí el arco iris caía sobre la hierba y se fundía con el verdor de la colina, indistinguibles por un momento el cielo de la tierra.

Varley contemplaba el paisaje, embelesado, con respetuoso recogimiento, pues a sus ojos aquel arco iris parecía establecer un puente entre el mundo y el reino de Kilumaras.

Y dentro de su corazón sintió una calidez que no había conocido, una paz indescriptible en la cual casi pudo escuchar a Willhelm hablándole.

Y le decía:

«Tranquilo, padre. Todo ha terminado y no hay más sufrimiento para mí».

Varley descendió de la carreta y ayudó a Kadros a bajar, mientras Torgund lo sujetaba desde arriba.

Los tres se encaminaron con pasos lentos hacia la misma base del arco iris, donde este brillaba con toda su fuerza y fulgor, donde todos sus colores se veían con nitidez, sin mezclas, allí donde cada uno quedaba perfectamente definido. Tanto era así que Varley creyó que cada color conformaba un...

—¡Escalón!

Kadros asintió.

—Así es, amigo mío.

Varley buscó con la mirada a Torgund y vio que este asentía, confirmando las palabras de Kadros.

—¿Entonces...?

—Lo que presentía tu corazón es cierto —afirmó Kadros con voz débil—. El arco iris es la escalera y el pacto que Kilumaras establece con el hombre. Siempre que lo veas en el cielo sabrás que Él está mirando, y también... —se interrumpió, como si supiera que lo próximo que dijera causaría dolor a su amigo.

—¿Y qué? —quiso saber él.

—Que algún alma ha ascendido a su presencia —concluyó el Kaimu, sin desviar la mirada.

Se hizo el silencio, mientras Varley miraba a uno y a otro, confundido.

—Espera... espera... me estás diciendo... que vosotros...

—Sí, Varley —intervino Torgund, sintiendo el dolor tal y como lo sentía su amigo.

—¡Pero no podéis iros! ¡No podéis dejarnos! ¿Qué haremos sin vosotros? —suplicó él.

—Nunca nos iremos, Varley. Siempre desempeñaremos la tarea para la cual fuimos creados y siempre velaremos por los Perantaraan, pero nuestra función en esta historia ha concluido. Y como ya dije... depende ahora de vosotros lo que sea del futuro.

Y sin poderse contener por más tiempo, Varley lloró. Sollozaba y se convulsionaba en silencio, tratando de no avergonzarse ni violentar a sus amigos, lloró con una pena desconocida, y los Kaimu lo abrazaron y sintió el calor que de ellos emanaba entrando en su interior.

—Vamos a unirnos a nuestros hermanos, Varley. Volvemos a casa, ahora que hemos salvado la tuya.

—¿Es por tus heridas? —fue un pregunta, pero realmente estaba afirmándolo.

—En parte —asintió Kadros—. No hallaré descanso para mí en este mundo, Varley. Y solo Él puede sanarme. Debo volver con mi creador y rendir

cuentas de todos estos largos años a su servicio. Con mis defectos y con mis aciertos me presentaré ante Él... y me someteré a su escrutinio. Y Él me sanará de toda herida que lleve dentro y fuera de mi ser. Lo necesito... ¿comprendes?

Varley terminó de limpiarse la nariz con la manga.

—Claro que lo entiendo, pero es...

—¿Doloroso?

—Sí.

—Siempre lo es... pero recuerda que la muerte no es más que un camino más. Asusta, da espanto en ocasiones, pero recuerda lo que has vivido. La muerte puede traer algo más, puede traer vida, esperanza, salvación. No olvides que Kilumaras es capaz de servirse incluso de un gran mal para dar forma a un gran bien, aunque en el momento no podamos comprenderlo.

—Entonces... allí donde vais... Sera, Ron... Sarmiento... —comenzó a decir Varley.

—Están esperándonos —confirmó Torgund—. Y volveremos a vernos, todos volveremos a vernos.

Se abrazaron de nuevo y, al separarse, Kadros comenzó a subir el primer peldaño de color morado. Cuando puso el pie en el escalón su peso se hizo liviano y Kadros comenzó a moverse sin dificultad alguna, como si toda la pesadez de su sufrimiento desapareciera conforme ascendía. Azul, verde, amarillo... cada peldaño lo acercaba más al cielo hasta que se perdió en la curvatura del arco iris.

Torgund se giró hacia Varley, con un pie puesto en el primer escalón.

—Siempre que bebas... acuérdate de que yo bebo contigo desde arriba. Siempre que brindes, recuerda que yo brindo contigo desde arriba.

Se abrazaron y lloraron.

Torgund comenzó a subir la escalera de colores, y se alejaba, mientras el arco iris se replegaba y difuminaba. Primero desaparecieron sus anclas en la tierra, y conforme el Kaimu avanzaba, se disipaba la estela de color a su espalda.

Cuando Torgund alcanzó el punto más alto del arco, se giró un instante hacia la tierra y saludó por última vez a Varley, que le devolvió el saludo.

En ese momento una loba blanca salió al encuentro de Torgund, y el

arco iris se disipó en el cielo sin dejar rastro alguno.

* * *

Durante el viaje de regreso Varley no fue capaz de articular palabra, sumido en sus pensamientos y asediado por sentimientos contradictorios, pues se sentía dichoso y triste a un tiempo.

De manera que mientras animaba al caballo que tiraba de la carreta, para que acelerara el paso, comenzó a rezar. Y le pidió a Kilumaras por todos aquellos que amaba y por aquellos dos Kaimu que habían partido a su presencia.

Y especialmente le pidió que fuera benévolo si dos hombrecillos llamados Huginn y Muninn llegaban ante su trono; aunque no fueran esos sus nombres, Él sabría reconocerlos.

Y no pasaría un día desde entonces que no pidiera a Kilumaras tuviera piedad de esos dos.

* * *

Varley llegó junto a la cabaña que había construido en las cercanías de un populoso río, apartado del bullicio de la ciudad y de los pueblos que habían comenzado a florecer, ahora que el mundo se repoblaba.

Dejó el carro y el caballo amarrados y le puso pienso y agua a la bestia.

Después se aproximó a la puerta de entrada y esta se abrió antes de que él llegara siquiera, Tania salió a recibirle.

Se besaron y él depositó su mano sobre el vientre de ella, y sintió la vida que allí se gestaba.

La miró a los ojos sin ocultar la humedad de los suyos y dijo.

—¿Lo ves? Él lo ha hecho todo nuevo.

* * *

En el vacío, un alma condenada gritó, y su grito resonó en la eternidad.
Sarkôn no había terminado sus cuitas con la raza de los Perantaraan.

Y su mal es insomne.

EXORDIO

No sabemos cuándo será el día ni la hora. Solo sabemos que no es de seres racionales desperdiciar el tiempo que se nos ha dado, lamentándonos y escondiendo la cabeza en la tierra ante las tribulaciones de nuestros días.

Hoy puede que sea el último de esos días, puede que sea el final de estos escritos.

O puede que no. Puede que tan solo sea el principio.

En cualquier caso, la necesidad nos espolea y nos vemos obligados a tratar de darle cierre y conclusión a este relato. Mucho es lo que se ha dejado sin narrar y muchos los ricos detalles, que tal vez una pluma más hábil que la nuestra habría rescatado del olvido. Pero el futuro ya no nos atañe, por estar fuera de nuestro alcance. Así pues, nos centramos en el ahora, en el presente, en la esperanza de que cuanto hoy realizamos ilumine tal vez a quien pudiera hallar estas líneas.

No podemos salvar la ingente cantidad de rollos que conforman esta historia de salvación, no sin atraer la atención de aquellos que quieren destruirnos.

Pero encontramos una solución intermedia que podría

suponer la diferencia entre el olvido y la vida. Solución que dejara claramente indicada nuestro predecesor.

Utilizando la sabiduría del Criptor Lothan y su sucesor Irkûn, recurriendo a dones que nos fueron conferidos por Aquel mismo que no cede ante el embate del Enemigo, hemos logrado codificar toda la historia de los Perantaraan en una única página, que a ojos del mundo parecerá incompleta, inconexa, como si formara parte de un relato más grande y el resto se hubiera perdido.

A su vez la hemos ocultado en una fría caverna, tan fría como los libros que contiene, plagados de mentiras y manipulaciones. Allí reposará por los siglos de los siglos, hasta que un alma incrédula la halle y al leerla abra los ojos a la luz.

Y en ese momento el que era incrédulo creerá, y el que era ciego verá. Recordará, sabrá y transmitirá cuanto en estas líneas se ha relatado.

Mas Kilumaras sabía que los Mork habían sido domeñados, que no vencidos, y así se dispuso, pues Aquel que Trae la Luz siempre anhela el regreso de sus ovejas al redil, y no dejará de aguardarlas incluso cuando su lana sea negra como su corazón.

Pero no estaba ciego Kilumaras en su misericordia, y aunque esperaba que los Mork pudieran volver algún día a unirse con sus hermanos los Heldere, el corazón le advertía sobre sus argucias y malicias.

Y así, tras la fractura del mundo, tras el ocultamiento de la tierra y los mares, trazó Kilumaras su mayor plan, y elaboró la que habría de ser su obra de salvación para los Perantaraan y para sus hermanos exiliados, los

Adhan.

Cesaron las batallas, sanaron las heridas, los corazones obtuvieron la paz de quien trabaja la tierra sin preocupación, y los Perantaraan crecieron y maduraron ignorantes de la existencia de sus hermanos.

Y pasaron generaciones enteras, y el velo que protegía la existencia del hombre hizo pensar a este que Kilumaras los había abandonado. Y la verdad fue olvidada, se transformó y, finalmente, se tergiversó. De manera que quien fracturara el mundo para protegernos, fue tenido por tirano y caprichoso al haber destruido su propia obra por antojo, tan solo para demostrar su preeminencia ante el universo.

Y fue esta una lágrima más que tuvo que derramar Kilumaras: ver que sus hijos, a los que había dado una segunda oportunidad, olvidaban su nombre, renegaban de él y, finalmente, lo relegaban al ámbito de las leyendas y las tradiciones pretéritas.

Pero si los Perantaraan fueron hijos descuidados, los Adhan fueron hijos resentidos, pues nunca perdonaron y nunca olvidaron. Y crearon para sí una especial interpretación de la historia del mundo, tras la cual se percibía la gélida mano de Sarkôn. De manera que los Adhan evolucionaron para el dolor, la codicia y la barbarie, en una esquizofrénica amalgama de contradicciones que eran incapaces de congeniar.

Se reunió a la vista de esto Kilumaras con sus Custodios de la Luz, y se preguntaban los Heldere por los motivos de su señor para consentir el actual estado de las cosas.

Mas Kilumaras no quiso explicarse y los Heldere se retiraron entristecidos, tan solo con la promesa de la alegría final, en la que creían. Pues, aunque no podían entender la complejidad de Quien Trae la Luz, sabían que en el final la verdad se desvelaría.

Así fue como Kilumaras obró su último acto en la historia de la salvación del hombre y pasó al silencio de los siglos, haciendo que sus hijos creyeran que había desaparecido para siempre.

Mas nunca abandonó el mundo ni a su creación.

Pero el mundo si lo abandonó a él, y dejó de creer en su palabra y en su persona, y abrió las puertas para que los siervos de la oscuridad camparan a sus anchas por la tierra.

Así la humanidad se desarmó a sí misma para librarse de sus pretendidas supersticiones.

Kilumaras vio todo esto, y tembló su corazón. Vio al hombre desarmado, cuya única protección residía ahora en sus propias fuerzas, que eran caducas, y se dijo Aquel que Trae la Luz, que era llegado el momento de obrar su gran plan.

A pesar de sus ofensas sin disculpa, sus afrentas sin resarcir, Kilumaras amaba al hombre y se partió entonces por él.

En tres partes se partió el alma de Kilumaras cuando dejó el mundo; por el hombre se partió, por el hombre ocultó su presencia tal y como había ocultado tierra y océano.

Para salvar al hombre se partió.

Y dotó Kilumaras de poder especial a las tres tierras suspendidas, con la intención de que el hombre no estuviera completamente desamparado.

Nacieron así los Sagrados, recuerdos de un pasado olvidado a los cuales los Perantaraan bautizaron como el Ojo, el Dedo y el Corazón de Kilumaras. Y dispuso Kilumaras, que llegado el momento, cuando la necesidad apremiara, aquellos tres puntos reunirían las tres partes que de su propia alma desgajó.

De manera que los auténticos Sagrados quedaron ocultos al mundo, pues estaban aún por nacer. Y urdió así su propia encarnación, Kilumaras. En tres criaturas inocentes de entre los hombres se encarnó. Tres criaturas que portarían el sello de la Luz. Tres criaturas que serían una sola.

“Un corazón de Luz en la piedra enterrado.

Una Tierra en la sombra alumbrada.

El que es y será olvidado.

Por su corazón seremos sanados.

*Cuando aquel que vendrá en un cielo llameante sea anunciado,
el día que fructifica la tierra”*

Y así selló Kilumaras el destino del mundo. Anunciando al mismo

tiempo la guerra que estaba por llegar y la salvación que de esta se devendría. Una guerra definitiva que se libraría en el mismo corazón del hombre, en la cual se pondrían en juego bienes más valiosos que la misma vida.

Dejó Kilumaras anunciado así a sus Heldere, que en el día que sus tres partes se reunieran, y voluntariamente entregadas en sacrificio, fueran aniquiladas y expuestas para escarnio y burla, en ese mismo día sabría que era llegada la hora de hacer renacer la creación y que no quedaban justos fuera de Agbara Ti Emí.

Y no entendiendo bien sus palabras, se preocupaban y preguntaban los Heldere a su señor, a la par que le recriminaban su partida y la responsabilidad que depositaba sobre sus hombros. Pero, dejándolos como tutores del mundo, les encomendó la tarea de velar por él, y reveló entonces la existencia de los Kaimu a los Heldere, y se los presentó como sus hermanos en la tierra.

«Ellos hablarán con vosotros gracias a los dones y herramientas que portan. Y vuestra voz será la voz de Kilumaras, que resonará como una sola voz».

Los Heldere lloraron la partida de Kilumaras, mas antes de partir preguntaron a Aquel que Trae la Luz cómo deberían actuar, si en su ausencia los Mork destruyeran la creación.

Y Kilumaras respondió:

«No tienen poder sobre aquello que no comprenden, pues no comprenden la esencia. No pueden destruir por completo nada de lo creado, pues aunque lo redujeran a cenizas siempre quedaría la esencia».

Los Heldere respiraron aliviados, en gran medida, aunque no comprendieron sus palabras, ni sus intenciones, por lo que las referencias a polvo y ceniza seguían provocándoles gran desazón.

Mas añadió Kilumaras:

«Mi corazón desea su retorno» dijo por los Mork. «Pero sé que no han de volver. Jamás destruirán la creación, pero la tergiversarán y retorcerán hasta hacerla irreconocible, pues tal es su potestad. Se valdrán del hombre para llegar allí donde sus acciones no pueden llegar, y obrarán por él todo el mal que sus mentes puedan urdir. Más la creación perdurará,

pues su esencia es eterna y atraviesa la razón. Y esto es algo que ellos no comprenden».

Así, Aquel Que Trae la Luz se ausentó del mundo hasta su regreso, y dijo en su partida:

«Estad vigilantes, pues no sabéis el día ni la hora».

EPÍLOGO

El agua subió y el agua bajó. Tras largo sufrimiento parecía que la ordalía llegaba a su fin. En la distancia los vigías percibían franjas de tierra que, conforme se aproximaban, se convirtieron en continentes, lamidos con tibieza por las aguas de aquellos océanos recién formados.

En lo alto, Malik contempló un espectáculo que le era desconocido. El cielo lucía de un azul prístino; el único sol, una estrella amarilla, el ojo del Dios Tuerto calentaba con candor el rostro de aquellos que conformaban la flota superviviente. Y toda aquella belleza era enmarcada por un hermoso arco de luz y color, que recorría el horizonte de extremo a extremo. Cientos de aves trinaban y cantaban como si dieran alabanzas, y entre las coloridas líneas de color del horizonte, Malik creyó ver dos puntos negros que ascendían por su curva, como quién asciende una ligera pendiente.

Habían sufrido un largo viaje desde que abandonaron Mundo Antiguo, y no pocas de las embarcaciones habían naufragado, pero cientos habían sido salvados y el antiguo ingeniero sentía la obligación de conducirlos a tierra.

Era el final de un gran sufrimiento.

Todavía recordaba el terror y la desesperanza del día que partieron. Alguna noche lloraba en su catre al recordar la pérdida de Alek, pero pronto acuciantes tareas reclamaban su atención. Se había convertido en el líder de aquella estafalaria expedición y debía responder en consecuencia.

Durante días después de su partida, recogieron a cuantos encontraban flotando entre los desperdicios de un mundo sumergido. Y junto con las personas rescataban todo alimento que todavía fuera comestible.

Hasta que un buen día pescaron a un hombre singular, que flotaba a la deriva aferrado a un triste madero.

El hombre estaba empapado y sus ropas eran meros harapos. Sin

embargo, Malik no pudo evitar reconocerlo, pues su desollada vestimenta dejaba claramente a la vista unos tejidos propios de la corte. Pero Malik ocultó lo que pensaba y calló. No era quién para juzgar, no era quién para tomar decisiones sobre la vida y la muerte de nadie, de manera que el hombre fue rescatado del agua como cualquier otro.

Y prosiguieron el viaje, en el cual aquel misterioso superviviente salvado de las aguas no dijo palabra, ni de agradecimiento, ni de desprecio. Sencillamente permanecía expectante con la vista perdida en el horizonte, a ratos comiendo lo que se le ofrecía, bebiendo lo que podía y siempre contemplando pensativo en lontananza.

Malik intentó no pocas veces entablar conversación con el desconocido, pero este siempre lo despachaba con un silencio desprovisto de maldad, que hacía tensar cualquier intento de aproximación.

Ese hombre se había cerrado al mundo y se había cerrado en sí mismo. Tan deprimente parecía su existencia a ojos de Malik, que éste llegó a pensar si alguna vez debió sacarlo del agua, o si más bien debía haber permitido que hallara su destino entre las ondulantes olas.

Y así llegaron al continente.

La nueva tierra se extendía por doquier, y lavada por las aguas del diluvio, cuando quiso resurgir de debajo de las mismas, parecía haber verdeado y sanado de sus largos siglos de oscuridad.

El pueblo desembarcó y en la distancia percibieron finas columnas de humo alzándose en el horizonte, y el olor de la carne asada impregnó sus sentidos.

Un banquete, otros pueblos, otros hombres, una posibilidad para la paz.

Sin duda era momento de celebraciones, era un nuevo comienzo y era un mundo nuevo. Un nuevo punto de partida para todos, volver a empezar. El reloj del tiempo había dado la vuelta y una nueva génesis parecía haber acontecido.

Así, el nuevo mundo, como más tarde se descubriría, quedó dividido en cinco grandes masas de tierra, sus continentes, y cinco grandes masas de agua, sus océanos. Todos ellos radiantes de vida bajo la vigilante luz del ojo del Dios Tuerto, el astro amarillo que calienta los corazones.

Así, la tierra respiró de todo el mal que había sufrido, aunque sus

cicatrices permanecieron. Porque a pesar de lo que se pudiera creer, el mal permanece y nunca duerme y si algo sabemos con seguridad es que este volverá.

* * *

Se asentó de esta manera el nuevo pueblo de los Perantaraan y los Adhan y olvidaron sus propios nombres para darse otros nuevos, creando naciones y pueblos diversos.

Y transcurridos tres años, desde aquel día dichoso en que llegaron a las costas del nuevo mundo, Malik se encontró una vez más con el extraño superviviente, al que recordaba con claridad y en el que había pensado con frecuencia. Entre el pueblo se le conocía como el “mudo”, pues nunca dijo palabra desde que fue salvado de las aguas.

Por aquel entonces necesitaba Malik gente y trabajadores para seguir haciendo crecer la incipiente ciudad que habitaban, y decidió intentarlo de nuevo con aquel hombre de anchas espaldas, pues podría ser un gran aliado con sus fuertes brazos.

—Amigo —saludó Malik, aproximándose. Aunque el aludido no hizo señal de haberle visto.

El hombre estaba cambiado, el pelo corto, la barba arreglada y su rostro surcado de arrugas producto del sufrimiento y las preocupaciones, haciéndole aparentar más años de los que realmente tenía.

Malik se sentó a su lado y habló de nuevo. Decidido a probar una nueva estrategia con él, más directa.

—Creo que sé quién eres —afirmó, consiguiendo al fin un leve parpadeo en el rostro pétreo del desconocido—. Pero eso ya no importa —el hombre desvió la mirada hacia Malik con suspicacia—. Te reconocí por tu ropa, cuando te recogimos del agua. Pero no dije nada a nadie, tu secreto está a salvo conmigo. Y como ya dije... tu pasado ya no tiene importancia. Esto es un nuevo comienzo. Todos tenemos cabida aquí.

El hombre permanecía callado, como si no creyera lo que se le decía, desconfiando de las palabras agradables de Malik.

—¿Cómo te llamas? —preguntó amigablemente. Pero el hombre desvió

la mirada contrariado.

Viendo que no conseguiría nada más de él, Malik cabeceó abnegado y se incorporó para irse.

Cuando le había dado la espalda, el desconocido extrajo de su pecho un pequeño pergamino, cuyas letras eran ya prácticamente ilegibles, corrida la tinta a causa del agua. Lo abrió con mano temblorosa y lo leyó por primera vez desde que había sido rescatado. Lo leyó despacio, lo leyó como si fuera la primera vez, lo leyó y creyó en aquellas palabras, comprendió lo que decían y los ojos se le iluminaron.

Contuvo una lágrima. Y recordó.

Lo recordó todo. Recordó su presente y su pasado.

—Me llamo Taruk.



NOTA DEL AUTOR

Para concluir quiero dedicar un especial agradecimiento a mi padre, que ha corregido y comentado la presente obra hasta la extenuación. Sin su dedicación y formidable trabajo, el presente libro no tendría la calidad necesaria.

A su vez quiero también mencionar especialmente a Christian Granero, el artista que se ha encargado de ilustrar estas páginas con sus mapas y dibujos. Si necesitáis una buena mano no dudéis en contar con la suya.

El presente trabajo es un libro de ficción y fantasía, pero esto no significa que sea una simple emanación de ideas calenturientas y perversiones mentales. En la medida de lo posible, y sin que ello ralentizara el ritmo narrativo, la aventura y la acción, he procurado que este libro fuera algo más que una simple obra de fantasía, queriendo introducir datos y acontecimientos en el mismo que han sido documentados para poder recrearlos con cierta fidelidad.

En los pasajes más oscuros, o duros de la narración, me he tomado alguna licencia narrativa, pues no se trata de un libro de consulta, pero en líneas generales se han copiado a pies juntillas párrafos enteros extraídos de mis fuentes.

Han sido casi cuatro largos años de trabajo. Años en los que nunca me sentí solo al escribir estas líneas y en los que siempre miraba hacia delante, pues el camino de palabras que se abría ante mí parecía claro y evidente, y tan solo estaba esperando a ser puesto por escrito. Cada cual puede llamarlo como quiera, musas, inspiración... yo sé el nombre que le pondría.

En cualquier caso, es un libro que espero admita doble lectura. Para aquellos que busquen seres extraños, aventuras, batallas y muertes... las tendréis a raudales. Y para aquellos que sepáis leer entre líneas en todo cuanto

en este libro se narra, espero que podáis ser capaces de atrapar siquiera la mitad de las locuras documentadas de esta ficción, y que os sirvan de alguna manera como a mí me han servido.

De hecho, solo me quedo con las ganas de haber añadido en la portada un divertido y desconcertante: “Basado en hechos reales”.

* * *

*Sancte Michael Archangele, defende nos in praelio.
Contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium.
Imperet illi Deus, supplices deprecamur.
Tuque princeps militiae caelestis,
Satanam aliosque spiritus malignos,
qui ad perditionem animarum pervagantur in mundo
divina virtute in infernum detrude. Amen.*

